



COLECCION

DE LOS MEJORES

AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO XXXVIII.

TESORO

DE

NOVELISTAS ESPAÑOLES.

TOMO TERCERO.

PARIS. — EN LA IMPRENTA DE FAIN Y THUNOT,
Calle Racine, 28, cerca del Odéon.

TESORO

DE

NOVELISTAS ESPAÑOLES

ANTIGUOS Y MODERNOS

CON UNA INTRODUCCION Y NOTICIAS

DE

DON EUGENIO DE OCHOA.

TOMO TERCERO.

VIDA DE D. GREGORIO GUADAÑA, por **Antonio Enriquez Gomez**. — VIDA Y HECHOS DE ESTEBANILLO GONZALEZ, HOMBRE DE BUEN HUMOR. — EL DIABLO COJUELO, de **Luis Velez de Guevara**. — NOVELA DE LOS TRES HERMANOS, por **Francisco Navarrete y Ribera**. — NOVELA DEL CABALLERO INVISIBLE (**Anónima**). — DIA Y NOCHE DE MADRID, por **Francisco Santos**. — VIRTUD AL USO Y MISTICA A LA MODA. Con siete otras novelas compuestas por **los mejores ingenios españoles**.



PARIS.

BAUDRY, LIBRERIA EUROPEA,

3, QUAI MALAQUAIS, AU PREMIER ÉTAGE,

CERCA DEL PUENTE DES ARTS.

1847.


B. III
NAPOLI
Biblioteca Nazionale

VIDA
DE DON GREGORIO
GUADAÑA.

Por Antonio **ENRIQUEZ GOMEZ** (1).

CAPITULO PRIMERO.

Cuenta don Gregorio su patria y genealogía.

Si está de Dios que yo he de ser coronista de mi vida, vaya de historia.

Yo, señores mios, nací en Triana, un tiro de vista de Sevilla, por no tropezar en piedra. Mi padre fué doctor de medicina, y mi madre comadre: ella servia de sacar gente al mundo, y él de sacarlos del mundo; uno les daba cuna, y otro sepultura. Llamábase mi padre el doctor Guadaña, y mi madre la comadre de la Luz; él curaba lo mejor del lugar, y ella parteaba lo mejor de la ciudad: quiero decir que él curaba al vuelo, y ella al tiento. Andaba mi padre en mula, y mi madre en mulo, por andar al revés, y todas las noches, despues de vaciar las faldriqueras, se contaba el uno al otro lo nacido y lo muerto. No comian juntos, porque mi padre tenia asco de las manos de mi madre, y ella de sus ojos, por haberlos paseado por las cámaras ó aposentos de los enfermos. Cuando habia algun parto secreto, el sobreparto curaba él, y el parto ella, y todo se quedaba en casa. Mi padre daba remedios para fingir opilaciones, y mi madre á los nueve meses desopilaba á todas.

Un tio mio, hermano de mi padre, era boticario, pero tan redomado, que haciendo un dia su testamento ordenaba que le diesen sepultura en una redoma por venderse por droga. Era su botica una piscina de ellas, y el ángel que la movia era mi padre, pero los pobres que caian en ella, en vez de llevar la cama á cuestas, los llevaban á ellos. No se daba

(1) Judio: escribió un poema, *Sanson nazareno*, impreso en Ruan en 1556. El *Siglo pitagórico*, en prosa y verso, de donde está sacada esta novela, se imprimio en el mismo pueblo en 1682.

manos mi tio á llenar su botica, ni mi padre á vaciarla; y entre los dos habia cuenta de medio partir cada mes, por lo bebido y purgado. Si un enfermo habia menester un jarabe, mi padre le recetaba diez, y si una medicina, veinte; y con este arbitrio estaba de bote en bote la casa llena de dinero á pura receta baldía, igualando mi padre las enfermedades; pues todas gozaban igualmente de su providencia. Cuando un enfermo decia que no podia tomar purga, mi padre le hacia tomar píldoras, y si no gustaba de ellas, las comutaba á pócimas, y de no á jarabes; y cuando el enfermo estaba en su opinion, él se despedia; y de esta manera obligaba á todos á beber, ó á reventar, que todo es uno, cuanto recetaba. Nunca fué único en los remedios, porque hubo dia de veinte y cuatro, á hora por remedio, ó á remedio por hora, y sin remedio los iba despachando á todos. Cuando él conocia una enfermedad corta, le largaba la rienda, y cuando caminaba mucho, se la tiraba, y entre andadura y trote, nunca la dejaba llegar á la posada de la salud, ántes la rodeaba por el camino de la muerte, sesteando todos en casa de mi tio el boticario. Tasaba mi padre sus recetas como para sí: y solia muchas veces reñir con su hermano, con lo cual aseguraba los enfermos. Llamábase mi tio Ambrosio Jeringa, si bien à Jeringa le comutaron muchos á Purgatorio, por los muchos que purgaban en su tienda los pecados de atras.

Tenia mi madre un hermano cirujano; era la llave de mi padre, y con ella abria todo el lugar. Llamábase Quiterio Ventosilla. Era el hombre mas dado á perros que ví en mi vida, porque hacia anatomía de cuantos topaba en la calle: perseguia aun despues de muertos á los pobres del hospital, y no paraba hasta verles los hígados y sacarles las entrañas: solia decir que abriendo los muertos, sanaba los vivos; pero yo nunca le ví abrir ninguno que no le abriesen primero la sepultura. Era hombre tan carnicero, que el dia que no cortaba carne partia huesos: hacia una sangría por excelencia, ó por señoría; pero habia de ser en ayunas, que despues de haber bebido, porque él no comia jamas, de cinco picadas, apenas acertaba una; y como mi padre le conocia la enfermedad, aplicábale la mañana por remedio. Era tan noble que jamas sacó sangre baja, siempre picaba alto. Cuando sangraba del tobillo á alguna dama, asistia mi padre con una luz, y mi tio traia la sangre mas peligrosa, á pesar de los humores mas ocultos. Tenia á fuentes apestado el lugar, y así daba botones de fuego á los nacionales, como si no lo fueran; estaban reputadas sus tientas, por tentaciones del diablo, y jamas abrió postema que no la hiciese. Alegrábase su alma cuando oia espadas en la calle, pero si no habia heridos, decia que todos eran unos cobardes. Sus ungüentos eran bufones de las heridas, entretenian un año y dos las llagas: era grande alegrador de un casco, pero mas del suyo.

Mi abuelo por parte de padre era sacamuelas; llamábase Torribio Quijada, y desempedraba una, y aun dos, á las mil maravillas. Solia ponerse en la plaza, con un rosario de huesos al cuello, y hacia una oracion tan piadosa, que la mayor parte de la gente estaba la boca abierta escuchándole. Limpiaba dientes y muelas con tal gracia, que nunca mas se hallaban en la boca. Ninguno llegó á sus manos con dolor de muelas, que no saliese

con otro mayor. Disciplinaba una boca con agua tan fuerte, que duraba la llaga en cuanto habia boca. Era destilador de cuantas aguas introdujo la malicia humana; sus redomas eran reliquias del Jordan, y llovian damas y en su bolsa dinero, porque las mudase caras todas las noches; y él las mudaba de forma, que no las conocian sus amantes, sino cuando él queria. Quitaba canas, teñia mudas, y mudaba rostro á otro barrio cuando se lo pagaban. En esto de poner dientes era único; tan bien los ponia como los quitaba: pero en lo que ninguno le llevó ventaja, fué en hacer ojos; podia uno quitarse los suyos por ponerse los que hacia, y era tan letrado en esta materia que con haber hecho dos mil tuertos derechos, ninguno veia la claridad de su justicia.

Mi abuela, por parte de madre, se llamaba Aldonza Cristel, y tenia por oficio ayudar con ellos á las damas. Tenia la mano tan hecha á deshacer agravios retenidos, que no habia dama por delicada que fuese que no fiase de ella en ausencia y en presencia su peligro. En su mocedad fué un lince, y conservaba los ojos tan claros que no se le escapaba el mas oscuro. Tenia en su casa dos baños, no los de la reina mora, por ser cristianos los que se bañaban en ellos; pero en el aseo, limpieza y libertad, no debian nada á los del gran turco. Poseia el secreto de un agua tan excelente, que la mas estéril se hacia fecunda á los primeros tres vasos: gustaban mucho las cortesanas de esta agua, porque era destilada por unos arcaduces de tal artificio, que mal año para el de Juanelo.

Una prima hermana mia, hija de mi tio el cirujano Ambrosio Jeringa, era maestra de niñas; llamábase Belona Lagartija, y era tan extremada en todo genero de costura, que labraba un enredo de noche sobre la almobada, tan bien como de dia le zurcia. Tenia á cargo algunas niñas, no tan niñas que no tuviesen niños que las llevasen y trajesen de la escuela. Era la señora mi prima tan prima en la bocolica doctrina, que despues de haber juntado sus discípulas las meriendas, se las comia. Tenia arte y natural de robar los corazones á todos sin ser gavilana. Era dama tan gentil que idolatraba una estafa mejor que al sol; y presumia tanto de serlo, que traia pendientes de sus rayos los mejores planetas del lugar, y yo entre ellos, hacia junta de sus discípulas, y cantábales la cartilla en dos palabras. Ninguna salió de sus manos que no supiese bordar un embuste tan bien como Celestina; prendíase de forma, que se soltaba cuando queria. Azotaba sus niñas cuando venian tarde y hasta que derramaban mil lágrimas no cesaba el castigo: jurábasela con el dedo, si no ganaban la palmatoria, y como á ella no le tocaba la palma por no ser mártir, queria hacer notoria su virginidad. Muchas mocitas iban á su escuela por aprender labor, y principalmente por saber hacer puntas y encajes; y llevaban hecha la costura, el encaje y la punta, tan perfectos que sus dueños lo juzgaban por hecho en casa. Era la suya de grande recogimiento; nunca consentia que sus discípulas holgasen; siempre trabajaban con la aguja en la mano de noche y de dia. Gustaba mucho que sus niñas se tocasen bien, y en razon de posturas, reverencias y gestos, era única, y temíanla tanto que cuando las enseñaba ninguna se meneaba sin su licencia. Cuando venia á su escuela algun galan á hablar con su parienta,

los mandaba hablar juntos en otra pieza, porque las otras muchachas no perdiesen su labor escucbando la plática, que siempre fué amiga de dar buenos ejemplos.

Un primo mio, hijo de mi tio el boticario Ambrosio Jeringa, era alquimista; llamábase Crisóstomo Candil, y solo le faltaba quemarse á sí, para hallar la piedra filosofal, porque él lo era. Habia traido gran cantidad de orates engañados, sobre convertir las piedras en oro, y como no se convertian, las habian dado por heréticas, y á él tambien. Era su casa el último cuartel del infierno, donde penaban los metales los pecados de mi primo. Era el diablo filosofal, cuando se ponia á martirizar los mixtos y los simples, siendo el mayor que alimentó la ignorancia. Un dia riñó con un criado suyo, sobre que no podia meter en los cascos la piedra que tantos buscaban; rióse el mozo y él le tiró unas tenazas que tenia en la mano; el criado, sentido del golpe, oyéndole decir que no hallaba la piedra, le tiró una que tenia, y metióle en los cascos la piedra mortal, en lugar de la filosofal, y púsole en peligro de ir á buscarla al infierno. Habia gastado la botica de su padre en estas locuras, pero la botica daba para todo, y aunque no lo diera, él esperaba restaurarla, á puro acrisolar disparates. Bullia como un azogue, á fuerza de tratar con él, y tenia trasladadas á su casa las minas de Almaden, con calidad de dar su alma á la piedra filosofal, á quien adoraba por fe, aunque mala. Tenia hecho pacto con la fragua de morir en ella, tanto la queria, por haberle robado con el mucho amor ó calor el poco juicio que tenia.

Mi bisabuelo, por parte de padre, era saludador: llamábase Estefanio Ensalmo, y su mujer Casilda Pomada. Nació con tal gracia mi bisabuelo que desde la barriga de su madre venia soplando: aprendió este oficio con un alguacil de los vagamundos en Sevilla, y de un soplo suyo resucitaba un proceso. Ninguno le llevó ventaja en soplar hácia dentro; era la destruccion del vino pero pareciéndole mal soplar en secreto, determinó de soplar en público; armóse de la hechura de un crucifijo de laton, y púsose en el arenal de Sevilla á saludar bolsas. Tenia un muchacho hecho á la mano; este en achaque de rabiar se le ponia delante, pidiéndole soplase; él besaba la cruz tres veces, que nunca se vió con tan mala paz, y con grande admiracion, dando voces á la gente, diciendo que se apartasen de aquel muchacho que rabiaba, le disparaba tan cruel tabagada, que daba con él en tierra; acudia luego con un calvario de cruces, levantábase el muchacho, y con este arbitrio llovian ignorantes á comprarle el aliento á peso de plata. Solia, cuando saludaba de mal de rabia, arrimarse al paciente que no la tenia, y sacábale la bolsa por ensalmo, y cuando el pobre la hallaba menos, rabiaba de veras. Cuando saludaba ganado era de noche, y era meter dos zorras á saludar ovejas; nunca se limpiaba de vino como otros de calentura. Solia untarse los piés con un betun fuerte; y entraba por una barra ardiendo como por flores: pero descuidándose un dia de no untarse, por estar hecho una uva, le saludó el fuego de forma que ninguno le viera hacer el canario que no dijera que rabiaba; y por mas soplos que daba, el fuego no se queria dar por saludado. No se levantó de la cama en seis meses, y no por eso dejaba de

saludar á Cazalla seis veces cada dia, y si san Martin estuviera cerca, hiciera lo mismo. Dió un tiempo en ser hipócrita, por no correrle bien el oficio de saludador. Armóse de una lamparilla, y andaba de noche pidiendo para las ánimas, y la primera que metia era la suya. Tenia una voz como un clarin; solia ponerse en la plaza de San Francisco, entre once y doce de la noche, y hacia llorar á los escribanos los pecados de aquel dia, que no era poco. Tenia un amigo tabernero que le tomaba cuenta de la demanda, y él del vino; habíase vestido un saco, con que llevaba á saco todas las bolsas: llamábanle por la ciudad el hermano Estefanio, y no tuvo tantos la santa hermandad. Tenia ojeriza todas las noches con la cabeza del rey don Pedro, que está en el candilejo hecha de mármol; poníase frontero de ella, y atemorizaba el barrio pidiendo para él; y como un poeta que vivia en lo alto de la casa buscase soledad y silencio para hacer sus versos, enfadado de oir tan insolente demanda, le llamó, diciendo: Hermano, apare limosna. Él, que oyó la voz del primer cuarto de las estrellas, tomando su gaban ó capa larga con ambas manos, dijo con voz dolorosa: Eche, hermano, que Dios se lo pagará. El poeta con no pequeña devocion le dejó caer de lo alto la alhaja mas servicial que tenia en casa, y puso á mi abuelo como una basura; él que se vió dentro de Mérida en tan poco tiempo, empezó á privarse de razon, diciendo que bajase á deshacer el agravio que le habia hecho, á cuyas quejas el poeta, sacando un candil que daba luz á sus versos, le dijo: Hermano, ¿halló la limosna? ¿quiere luz? y cerrando la ventana lo dejó á oscuras. Quedó tan escarmentado de esta burla, que ni aun de dia pasaba por la cabeza del rey don Pedro.

Mi bisabuela tiraba por otro rumbo; era barbera de las damas, quiero decir que les quitaba el vello, y á veces el pellejo; pintaba cejas, hacia mudas, aderezaba pasas, forjaba arreboles, bañaba soles, ponia lunares, y preparaba soliman: el inocente rostro que se ponia en sus manos, si no salia mártir salia confesor; anochecian en su casa las viejas palomas, y salian cuervos; en esto de sacar manchas era única, quitaba las de la cara, pero no las del cuerpo. Ultimamente no pretendo cansar á vuesas mercedes, con brujulear mas la baraja de mi honrada genealogía, pues era proceder infinito, y dar con la que tuvo Adan en el campo damasceno. Estos fueron los mas honrados de mi linage, de cuyos oficios saqué mis armas: bien podia mi vanidad pintar en su escudo zorras, zorrillas, perros, gavilanes, castillos y otras sabandijas, pero seria igualarme; y aun condenarme, por la via ordinaria; la guadaña y el orinal saqué de mi padre; las muelas de mi tio; las redomas de mi boticario; y á este paso los demas con que adorno el escudo de mis armas: si soy bien nacido, dirá el capítulo que se sigue, y si tengo nobleza, lo dirán mis obras en el discurso de mi vida, pues á mi flaco juicio, el mas bien nacido fué siempre el que vive mejor.

CAPITULO II.

Cuenta don Gregorio su nacimiento prodigioso.

Mis padres no tuvieron hijos en mas de doce años de matrimonio, y un dia dijo mi padre á mi buena madre : ¿ Cómo es posible, Brigida de la Luz (este era su nombre) que habiendo vos hecho parir á tantas, no os apliqueis á parir? Mirad, doctor, respondió ella, de la misma suerte que vos matais y os quedais vivo, hago yo con mis comadres; hágolas parir, pero quédome sin parir. Segun eso, dijo él, cuando yo me muera, parireis vos. Puede ser, respondió ella. Enojóse mi padre, y cada dia andaban al morro sobre mi concepcion : ella decia que no habia de parir, y él que sí, y yo los enfadaba ántes de nacido. Mirad, Brigida, decia mi padre, no hay gusto como tener hijos; esta hacienda que gozamos, ¿ á quién la podemos dejar sino á nosotros mismos? Doctor, respondia ella, ¿ si vos no empreñais, cómo puedo yo parir? ¡ Luego en mí está la falta! replicaba él. Bueno es eso, respondió ella, ¡ pues qué en mí! no probareis vos eso, aunque revolvais todos los libros de la medicina. Si vos os echárades una bizma, decia mi padre, no anduviéramos cada dia en estas disputas. ¿ Yo bizma, respondia ella : echaosla vos que necesitais de ella, que mi madre, buen siglo haya su alma, no contentándose de haberme parido, se echó una, y reventó ántes del parto; y no me está á cuento tener herederos tan á mi costa. Pues algun remedio se ha de dar, decia mi padre, para que os metais en cinta. Meteos vos en la razon, respondia ella, que yo no gusto de partos con artificio, que no soy Juanelo, y no penseis que fundo mal mi razon; porque los hijos han de venir naturalmente, y no con tramoyas como parto de comedia. Si yo supiera, decia mi padre, que la falta estaba en mí, yo buscara remedio suficiente para tener hijos. Doctor, replicaba mi madre, no andemos engañando la naturaleza; haced vuestra diligencia como manda Dios, y no como ordena el diablo, y pues teneis potencia para matar, tenedla para engendrar, y no me deis materia para que busque otra forma.

Estas y otras pláticas solian tener mis padres sobre faltarles heredero, segun me contaron despues, hasta que un dia estando mi madre bien descuidada, yo llamé á la puerta de su estómago con un vómito. Bien temia ella mi venida, habiéndola faltado el correo ordinario tres meses sin carta mia; entró mi padre por la sala cuando ella estaba con el ansia, y díjola : ¿ Qué teneis, Brigida? Doctor, respondió ella, tengo ansias de heredero. Buenas nuevas os dé Dios, replicó él. Tomóla el pulso, y confirmóle el preñado con tanta alegría como si yo estuviera fuera llamándole taita. Dió mi madre en ser antojadiza, y un dia dijo que la trajesen el ave fénix. Mi padre por no deshacerme ántes de tiempo buscó una ave exquisita de la India, y no contenta de habérsela guisado á su modo, se

le antojó ántes de probaría morder á mi padre en el pescuezo. Otorgó el pobre con harto dolor de su alma, y aun de su cuerpo. Hincó el diente mi madre diciendo : Doctor, pues quisisteis heredero, y no le trajísteis el ave fénix, servidle de avecena. En fin el antojo le hizo otro en el testud, saliendo mi padre con la marca de su heredero; si bien por no conocerme me compraba tan á su costa.

Dí en ser tan entremetido desde el vientre de mi madre, que no la dejaba dormir de noche á puras coces, era un diablo encarnado. Solia meterme entre las dos caderas, y ella daba unas voces tan fuertes que las ponia en la vecindad, por no enfadar al cielo. Cuando ella estaba descuidada, solia yo darle una vuelta al aposento de su vientre, y revolvería hasta las entrañas. Doctor, decia rabiando, ¿qué Roberto el diablo me habeis metido en el cuerpo? Jesus mil veces, decia él, estais endemoniada. Estoy endoctorada, que es peor, respondia ella, en mi juicio estaba yo de no tomar bizma. Bizma, decia mi padre, ¿pues cuando la tomastes? Pecadora de mí, decia ella, ¿tan flaco sois de memoria que no os acordais? Heredada tengais el alma de Galeno, que así distels heredero á mi vida tan sin pensar; aconsejaos con toda la medicina, y mirad si con otra bizma se puede remediar esta, que así la podré yo llevar como volar. ¿Quién me hizo de comadre madre? ¿y de estéril fecunda? sin duda que el fruto de mi vientre es de casta de encinas, pues sí ellas lo dan á palos, yo á coces; no, no ha de pasar así por el siglo de mi abuela, que pues vos fuísteis el autor de mi daño, que lo habeis de remediar, ó sobre eso morena, blanca ó negra.

Brigida, decia mi padre, á los nueve meses como vos sabeis se quita ese dolor, la mejor bizma que podeis tomar ahora es el tiempo; sosegaos, que despues de pasada la tormenta amanecerá en el puerto de vuestros brazos un infante, y entónces no os hallareis de gozo. Ya yo sé, replicó ella, que no me hallaré entónces, porque me habré ido para la otra vida. Pero en lo que toca á ser infante, malos años para vos; infante ha de ser, y como tal se está ensayando para revolver el mundo. ¿Qué quereis un doctorico? no, no os vereis en esto; ahito está el mundo de doctores, y no de comadres. No le faltaba mas á Brigida de la Luz sino parir un hijo hermafrodita medio doctor y medio comadre. No, amigo, mejor cuadra á la mujer ser doctora y comadre, que al varon ser comadre y doctor.

Pecadora de vos, respondia él, ¿no veis que la hija no levanta la generacion, y el hijo sí? Ya yo sé, respondió ella, que una hija no levanta lo que levanta un varon, pero tal vez una sola mujer ha levantado á muchos hombres del polvo de la tierra y puéstolos en el cuerno de la luna. Mirad, decia mi padre, para parir hija mejor fuera que no hubiérades tomado bizma. Ese es el pago que vos me dareis, respondió ella, pues hija ha de ser aunque os pese.

Ultimamente en estas disputas llegó la hora de enfadarme yo de la posada : comencé á sacudir las túnicas de la vida para vestirme las de la muerte. Mi madre como maestra de tales actos empezó á quejarse de mí atrevimiento; llenóse la casa de vecinas, las cuales por hacer compañía

á mi madre cuando ella pujaba por echarme de si, pujaban todas, y algunas parian ántes que mi madre. Di en que habia de nacer de piés, por no venir rodando de cabeza, como hacen todos. Avisó la comadre, discípula de mi madre, á mi padre de este trabajo, profetizando un parto peligroso, como si no lo fueran todos, pues salen á morir. Rogábanme que yo diese una vuelta, como si fuera podenco, y yo quedo que quedo; plantándome piés firmes en el vientre de mi madre. Ea, amiga, decia la sota comadre, maestra sois, valeos de vuestra ciencia. ¿Qué ciencia, pecadora de mí, respondió mi madre, si ese ladron de doctor me la quitó con una bizma? Entónces las vecinas, unas llorando, otras rabiando, decian: Puje, señora comadre, que le va la vida; salga de piés ó de cabeza, échelo fuera. No puedo, decia mi madre. Pues ha de poder, replicaba su discípula rascándome los piés. Y yo erre que erre.

Llamaron á mi tio el cirujano, y algunos médicos amigos de mi padre; hicieron junta sobre mí aun ántes de nacido; tales son los médicos que aun allí tienen jurisdicion sobre nuestras vidas. Dieron á mi madre muerta si no me sacaban hecho cuartos, como si yo hubiera cometido algun crímen de lesa magestad. Mi padre decia á voces que abriesen á mi madre por medio si querian que yo saliese vivo: oyólo ella, que no estaba tan muerta, y dijo: Abierto tengais el corazon; dejadme viva, que si esta bizma salió mala otra saldrá buena. Resolviéronse á que me pescasen con anzuelo, como si fuera barbo; empezó mi tio á sacar garfios para sacar del pozo de mi madre el caldero de su hijo. Olí el fruto de Vizcaya, púseme de piés juntillos, deseando salir de aquel peligro, pidió pujos la comadre, y á dos rempujones me arrojó mi madre de la ventana de la muerte á la calle de la vida. Empezaron todos á reir, y yo á llorar. Aquiétense, dijo mi madre, que no ha salido todo. Era así la verdad porque yo venia preso de ciertas damas, á quien todos rinden parias, y hacíanse tanto de rogar estas señoras que estuve por meterme otra vez en el vientre de mi madre para sacarlas fuera. En fin salieron, y en pago de su rebeldía las quemaron. Pidió albricias la comadre habiéndome tentado: mi tio el boticario le prometió una jeringa, mi padre una receta, y mi cirujano una sangría para mayo; ella lo estimó, porque sabia que le daban de lo mejor que vendian en sus tiendas.

Empezaron todas á alabar mi hermosura; unos decian que parecia á mi madre, otros que á mi padre, otros que á mi abuela, otros que á mi abuelo, otros que á ninguno, y todos decian verdad: empezaron juntamente á paladearme con miel por engañar el acíbar que me tenia aparejado el señor mundo. Vistiéronme la primera mortaja, y empecé á jurar de cadáver, y á recibir por cuenta la respiracion del aire. ¡Quién dijera que despues de nueve meses de cárcel me diesen libertad en otra mas oscura!

Ordenaron de darme ama: hubo en esto diversos pareceres sobre la leche; llovia Galicia gallegas, y todas sobre un espejo daban rayos de vino disfrazado en cuajo: últimamente entregaron mi inocencia á una que pudiera apostar á beber en secreto con el mayor hipocrita. Empecé á aplicar mis labios á sus dos pechos tan grandes que parecian alcabalas

de Baco; la cara de mi ama no diferenciaba de la de una loba, como lo era; metiéronme en la cuna (primera sepultura del hombre) y con toda la música de Galicia no me harian dormir si yo daba en llorar.

Ordenaron que durmiese con aquel pellejo que me alimentaba, y una noche que mi gallega tenia cuatro dedos de vino sobre los sesos me quiso arropar con todo su cuerpo, pero yo que babia bebido gran cantidad de mosto, empecé á levantar el chillido de tal suerte que levanté la casa, cuanto y mas los que dormian en ella. Acudió mi madre y sus criadas, y llegándose á la cama me hallaron debajo de aquella cuba casi para espirar; quitáronme la pesadilla que tenia encima, riñeron al ama, y pusiéronme en la cuna, para que buscase la rebusca que le habia quedado á mi gallega. No la despidieron, porque dijeron los médicos que no mudasen amas si no querian que yo mudase de vida. En fin no quiero enfadar á vuesas mercedes con mis niñeces por hallarme tan hombre; solo diré que mis padres me dieron por nombre don Gregorio Guadaña; cuando niño me llamaban Gregorico; cuando muchacho Gregorillo, y cuando hombre Gregorio: subime de hora en hora sobre veinte y dos años; en ellos fuí al estudio; aprendí lo que no sé, y estudié lo que sé, con que lo digo todo.

CAPITULO III.

Viage de don Gregorio de Sevilla á Madrid, y lo que le sucedió en Carmona.

Mis padres querian que yo estudiase para letrado; yo partí como piadoso á los estudios, la mitad de ellos dí á la memoria, y la otra mitad á los libros. Parecióme la vida de los letrados peligrosa, respecto de los muchos pareceres; sin embargo (estilo suyo) dije á mis padres que queria ir á acabar mis estudios á Salamanca, y graduarme de doctor en su universidad: parecióles bien mis buenos deseos; buscáronme letras para Madrid; púseme á la ley de la partida, y salí de Sevilla el último dia de Pascua de flores: iba yo muy á lo noble con mi esplorador de á caballo delante, en una mula llamada la andadora. Al llegar á los caños de Carmona, encontramos con un Juez persiguidor, digo pesquisidor, con sus ángeles de guarda, escribano y alguacil. Preguntóme muy á lo saludador, ¿adónde caminaba? Yo le respondí que á la córte. Iremos sirviendo á usted, me respondió, que allá vamos todos: dile las gracias por la merced que me hacia de llevarme en su compañía. Alentóse la plática, y preguntéle qué negocio le babia obligado á salir de Sevilla. Él me respondió: Señor mio, yo soy juez por su majestad y natural de Madrid; habrá dos años que vine á Sevilla á castigar ciertos agresores que habian muerto un caballero alevosamente. ¿Que usted es, le repliqué, el señor don..... don... (yo no le conocia). Don Juan de Liarte soy para servir á usted, me respondió de nuevo. Le dije: Ofrezco mi persona al servicio de usted, que deseaba conocerle por la gran fama de juez y caballero que

deja en Sevilla. Por lo ménos, replicó él, aunque mis émulos quieran oscurecer el sol de mi justicia, no podrán por los muchos rayos que han salido de ella. Esos he visto yo, le repliqué, en los muchos que usted deja azotados, colgados y echados á galeras. Huélgome que sea testigo de vista, me respondió, que no me será de daño en el consejo su testimonio. Ha costado esta muerte mas de cuarenta. ¿Pues cómo? dije yo, ¿todos mataron á ese caballero? No le mataron, replicó, pero eran amigos de los matadores, á quien no pude coger por haberse pasado á Indias. Lo que yo oí decir en Sevilla, le respondí, es que usted los tenia presos en la cárcel real, y que se le escaparon al alcaide, y él con ellos. Así es, dijo él, y no faltaron malas lenguas que publicaron haber sido yo el primer movedor de esa danza; pero costóles salir á vergüenza pública, y algunos fueron á galeras, para escarmiento de muchos que hablan de la justicia como si domináran sobre ella. Usted hizo como quien es, le dije, en sacar á limpio su honra; pero tal vez el juez se fia del escribano, y sin tener culpa en el cohecho, le culpan en el hecho. No bien habia soltado la palabra de la boca, cuando me la cogió al vuelvo el escribano, diciendo: Esos escribanos, señor hidalgo, mas son escribas que ministros de fe; yo soy el secretario Arenillas; y no es el sol mas limpio cuando da testimonio al dia de su luz, que yo. No por vida de..... Suplico á usted no se altere, le respondí, que lo que dije fué hablando en general, y no en particular; no obstante que cuando el juez esté libre, y el escribano, hay alguacil.... ¿Cómo alguacil? replicó el mismo alguacil, ¿conóceme usted? Yo le dije: No conozco á usted si no es para servirle. Pues yo soy (esto dijo hecho un diablo) el alguacil Torote, y tengo tan hecha la mano á prender ladrones, como á castigar deslenguados. Yo reparé que tenia mi lengua en la boca; y así no me dí por entendido, pues hablaba con deslenguados. Metióse el juez de por medio, y dijo: Este caballero habla muy cortesmente; discurre sobre la materia sin nombrar partes, y así ninguno se debe agraviar de aquello que no le toca. Aseguro á vuesas mercedes, señorías, excelencias, y demas dignidades que leyeren mi historia, que si yo tuviera poder sobre los tres, que los mandara colgar sin otra informacion, porque se sintieron de manera que les conocí el delito tan bien como ellos lo habian ejecutado.

Mudamos plática por haber conocido la teórica, cuando llegó á nosotros á toda prisa un hombre algo poblado de barba en una mula parienta de andadura; saludónos y saludámosle, que como á mí me venia de casta lo hacia soberanamente; preguntéle adonde caminaba, y respondió que á Madrid. Como le ví tan barbon le marqué por letrado, como lo era; mi juez cuando lo supo quedó contentísimo por llevar la audiencia cabal: preguntéle qué negocio le sacaba de Sevilla á la córte; y respondióme que iba á reformar todas las leyes de los jurisconsultos sin quedar ninguna. Rióse el juez, y reímonos todos; y sin dejar el tema nos quiso hablar en latin, y metióse en Babilonia de hoz y de coz; hablaba setenta y dos lenguas juntas y no hablaba ninguna, y de cuando en cuando decia: Si á mí me dejaran purgar las leyes, yo baldara á Baldo y á cuantos le siguen. No me pareció mal la postrera razon, y quisiera que la pusie-

ran luego por obra, para que le desterráran á él el primero. El escribano era uno de los lindos y feos bellacos que levantaron testimonio á su signo, y conociendo el humor, le dijo : Señor licenciado, quisiera informar á usted de un pleito en que vamos dudosos todos los de la compañía. Informe, le respondió, que el parecer que yo le diere será sentencia definitiva. Pues suplícole esté atento, dijo el escribano, que me va no menos que la vida, la honra y la hacienda. Yo, señor, soy natural de Valparaiso, mi padre se casó dos veces, una por órden de Dios, y otra por gusto del diablo; del legítimo matrimonio salí yo, y del bastardo otro tan bastardo, que era zurdo : mi abuela por parte de madre, zurda tambien, por cierta enemistad que tuvo con mi padre, dejó todos sus bienes á la bastardía. Yo que me llamaba del propio nombre, di en ser zurdo, pero un hermano de mi abuela, letrado y zurdo, se opuso á los bienes, diciendo que su hermana no podia dejarlos á sus nietos, por cuanto él era hombre de leyes y las hacia; apenas metió la primera peticion, cuando una hija de mi abuela (pero no de mi abuelo) zurda tambien, sale y dice que ella es legítima heredera de los tales bienes, y que en cuanto á la clausula del testamento de su madre, que manda no herede hombre ni mujer derecho, alega ser ella zurda en grado superlativo aun ántes de nacer, porque su padre la engendró á zurdas. Téngase usted dijo el letrado, ¿cuántos zurdos se oponen á estos bienes? Cuatro hasta ahora, respondió el escribano. ¿Pues hay mas? replicó el letrado. Suplícole esté atento, dijo Arenillas, que yo haré el caso derecho. Digo que estando el pleito en este estado, un hipócrita zurdo, de estos que piden para sus ánimas, se opone, y dice que mi abuela en el último vale de su vida y principio de su muerte, hizo un codicilo, por el cual manda revocar el testamento, y deja á una ermita que gobierna todos sus bienes. Nosotros que vimos desgobernado el pleito, dimos el codicilo por falso; pero el juez, que era hombre de capricho, proveyó un auto, diciendo que atento que mi abuela en uno y otro testamento se funda en dar los bienes al mas zurdo, que aquel que probare serlo mejor, ese se lleve los bienes. El bastardo alega y dice que él es engendrado en pecado, y que no puede haber mayor zurdo que el pecado. El letrado dice que él tuerce el derecho, y que no puede haber mayor zurdo que el que hace el derecho tuerto. Yo que soy escribano, digo que vuelvo un pleito lo de dentro afuera, y que no puede haber mayor zurdo que el que vuelve la verdad en mentira. El hipócrita dice que es un diablo, y le tienen por santo; y que no puede haber mayor zurdo, que el que vuelve lo humano divino. La mujer alega y dice que ella es mujer y zurda, y que diga todo hombre si puede una mujer hacer cosa á derechas. Esa zurda, dijo el letrado, funda mejor su opinion á pagar de mis leyes. ¿En qué lo funda? respondió el escribano. Fúndolo, dijo el letrado, en que Eva fué sacada del lado izquierdo de Adan : y fúndolo en que la manzana que le dió fué con la mano zurda, porque si fuera con la derecha Adan no la comiera.

Victor, dijimos todos, que ha dado la sentencia como jurisconsulto teologal. Nosotros quedamos contentos, y él pagado de su parecer, que no fué poco.

Llegamos con este y otros pleitos á Carmona, salionos á recibir una cuba andando, era la huéspeda, y tenia aposentadas sobre sí cosa de treinta quintales de carne sin hueso, propia para dispensa. Si yo fuera á Roma por algun breve, brevemente habia llegado á sus narices; los ojos estaban penando en dos sumideros, sus pechos eran tan pesados que no podia la monarquía de su cuerpo con ellos, su boca tenia un chirlo de cuarenta puntos, y cuando se reia se le podian ver los bígados, y aun comérselos tambien. Era tan calúrosa que siempre se estaba bañando en el sudor de sí misma, pero el agua salia de una fuente tan sucia, que solo la podia oler el mesonero; á su lado venia la criada, no tan criada que no tuviese criados, si bien con el mucho trabajo estaba tan flaca que parecia bujía en la mano de su ama; no ví moza mas descarada en mi vida, porque no la tenia. El escribano dijo ser espíritu visible, el letrado respondió visible, ni aun invisible. El juez no la vió con traer anteojos de larga vista, yo sí la ví ya no me acuerdo, en fin, yo la he pintado algo, y me pesa porque no era nada.

Apeámonos, y salió de un aposento el mesonero: yo cuando le ví me admiré de haber llegado á Sierra Morena tan presto. Traia un sombrero grande, y él lo era, porque nunca se lo quitaba: con un pellejo de ante traia vestido el suyo, y sobre él una daga tan ancha como su conciencia, y mas larga que su vida; habia sido Malco en cierto prendimiento, y traia cortada la oreja derecha por milagro; el un bigote llegaba á la huérfana oreja izquierda, y el otro buscaba la derecha por el cogote, y no la hallaba; las narices largas y anchas, solamente le faltaba tener los ojos rasgados, para que no luciesen tanto unas negras y oscuras niñas que tenia en ellos; miraba atravesado, y si lo estuviera pareciera mejor. Sean bien venidos voacedes, nos dijo, caballeros. Como yo estaba apeado de mi andadura, no me dí por entendido, pero el letrado que era acaballerado, y siempre andaba en sí mismo, le dijo: huésped, el señor don Juan de Liarte es juez pesquisidor por su magestad, y así vea donde se ha de aposentar. Dióle cuartana al mesonero, porque para su vida lo mismo era ser pesquisidor que inquisidor; los demas del meson andaban barajándose las palabras; yo conocí el juego, y dije á la huéspeda que aderezase de comer, que habíamos de ir luego nuestra jornada. Resucitaron todos, porque entendieron que mi juez les iba á juzgar las almas ó las bolsas á los del lugar. Estando á la mesa, dicen que se llegó á mí la criada (que yo no la ví) y me dijo al oido: Señor, ¿este licenciado (que ya le conocia) es chino ó indio? Amiga, le respondí yo con el mismo secreto, es griego. La moza lo publicó por el lugar, y con la novedad de ver un letrado griego, que no lo era, se llenó el meson de gente. Entre los que vinieron á verle, fué otro letrado del lugar, tan derecho como él. Apenas le dijo el mesonero quien era nuestro abogado, cuando le saludó en latin; él le respondió tambien, ó tan mal, que el otro volvió la cara á un amigo suyo, y le dijo: Verdad nos han dicho, porque me respondió en griego. Yo solté la risa, y si la dejo correr se me fuera á Grecia. Señor, dijo el abogado del lugar, aunque sea atrevimiento, quisiera preguntar á usted si ha mucho que salió de Grecia. Señor mio, le respondió

nuestro abogado, nunca estuve en ese reino, y así no sabré dar á usted razon de lo que me pregunta. Yo aparté á un lado al de Carmona, y díjele : Señor, este jurisconsulto griego es persona de calidad, y viene encubierto á ver y hablar á su magestad, y á enmendar todas las leyes, y ponerlas mas griegas de lo que están ; y así suplico á usted le dé por excusado, si no le respondiere á propósito. Pésame, dijo, porque tengo un hermano en Grecia, y quisiera preguntarle si le conocia; ¿trae algun criado ? No trae criado, le dije yo, sino una mula griega tambien, y nos ha certificado que habla tan buen griego como él; por ser costumbre de Grecia enseñar á hablar á los animales, como si fueran papagayos. ¿Es posible, me respondió, que habla griego la mula? Sí, dije, y dan la razon diciendo que la burra de Balan aportó al pais de Grecia, y dejó esta especie de animales. Si usted, señor licenciado, sabe algo de griego, entre la caballeriza y llámela, que á buen seguro le responda. Si ella supiera latin yo entrara, me respondió, pero de griego sé poco, y temo que mis frasis no los entienda la mula; pero con licencia de usted quiero entrar á verla. No tiene que tomar ese trabajo, dije yo, que ya la saca el mozo del meson á darla de beber. No bien habian salido todas cuando me preguntó cual era, yo le dije : Aquella rucia postrero. Él quiso hablarla en italiano, y respondióle en gallego, pero si como sonó la voz de la herradura en la pared, sonara en la cabeza, brevemente le metiera el griego en los cascos, y le sacara el latin. Fuésele al pobre toda la sangre al corazon, y yo le dije : Señor licenciado, no se admire de la respuesta de la mula, que como no le habló en griego, se picó de la mano como otras del pié. No me respondió palabra, ántes saliéndose de la posada haciendo cruces, iba diciendo : Jesus mil veces, hoy es el dia de mi nacimiento; no mas burlas con mulas griegas que hablan por detras.

Apenas hubo salido (pues llevaba hartas) cuando se apeó en el meson por la posta un correo de Madrid; salió á reconocerlo nuestro alguacil, y los dos se abrazaron estrechamente. Preguntó el llegado por el juez, salió al punto del aposento, y el correo le presentó un pliego del consejo, abrióle y vió que le ordenaba se viniese á Carmona á prender dos caballeros (de los cuales haremos mencion adelante) que importaba al servicio del rey; diónos parte á mí y al letrado de su detencion, y que le pesaba mucho no poder ir en nuestra compañía sirviéndonos hasta Madrid. Yo le respondí que de ninguna manera le habia de dejar, aunque la comision durase un año : el licenciado dijo lo propio, y él nos aseguró despues de muchos cumplimientos que no tardaria seis dias en Carmona.

Poco le faltó al mesonero para ahorcarse ántes de tiempo, cuando oyó que el juez se le quedaba en casa : la huéspeda se desmayó de mal de justicia, la moza solamente se alegraba de ver gente de pelo en casa, á quien ella imaginaba quitar algunas motas : tomamos posesion en lo mejor de aquel palacio, y no tardó mucho que no llegasen á él dos coches de camino, con gente pasagera para Madrid; el uno de ellos venia vacío con pacto hecho de parar en Carmona seis dias para llenarse.

El primero que salió del coche fué un fraile de San Gerónimo, tan parecido á la huéspeda en lo grueso, que no dijeran sino que los dos se ha-

bian amasado en una artesa; el segundo fué un mal soldado, tan hermanísimo del huésped que dudé si era lo mismo; el tercero era un estadista, hombre de capricho y de consejo; el cuarto un filósofo, el mayor orate que oró á la naturaleza en esta vida y en la otra; la quinta era una vieja, y la sexta (número peligroso para tales sugetos) una niña al uso con mas hermosura que años, y mas experiencia que dias. Dióle la mano al bajar del coche el estadista, y ella le dijo: Señor don Crisóstomo, mejor materia de estado es subir que bajar. Mi señora doña Beatriz, le respondió, esa regla no toca á las damas, pues mas son las que suben que bajan. El filósofo dijo: Ese argumento defenderé yo, siendo las mujeres de naturaleza del fuego, que siempre buscan lo mas alto. El soldado iba á dar su razon, pero estorbósela el fraile, diciendo: No se trate de caidas que vamos en coche, y tenemos que pasar á Sierra Morena.

La vieja era tia de la niña, y nunca ví sol con tan mala aurora; díjola cuando se apeó del coche: Beatricica, mira como andas por estas piedras, no caigas. Calle, tia, dijo ella, ¿cómo puede la república de mi cuerpo caer con tan buen estadista como llevo al lado. No te fies en eso, respondió la vieja; niña, que hay estadista que en aprovechándose de la república la deja luego. Yo estaba notando los sugetos que salian del coche, y vi que se venian dando la mano la naturaleza, el mundo, el cielo, Marte y Vénus. Salió nuestro tribunal á recibirlos, hubo ceremonias, preguntas y besamanos, servicios y cumplimientos cortesanos; pero la niña llevó la gala á todos en ser cortesana. Era una perla pendiente de la oreja de su tia, ojos negros, cejas grandes, dientes de márfil, boca pequeña, gentil cuerpo, mejor donaire, y sobre todo linda voz (por entónces) pues no pedia: jugaba con armas dobles y podia vender destreza á cuantas se armaron en la calle mayor de corsarias. Cenamos todos juntos aquella noche, y ántes de poner la mesa se llegó á mí la tia rezando en una camandula, y díjome: ¿De dónde es usted que lo quiero conocer? Yo le respondí que de Sevilla. Luego lo dije, me respondió ella, ¿irá usted á Madrid? Sí, señora, le repliqué, voy á la córte á pretender un hábito de Santiago, ó por mejor decir á ponérmelo en los pechos. Honrarse puede el hábito de estar en ellos, dijo la vieja, ¡qué buen talle! Bendígate Dios el mozo, y ¡qué galan eres! toma una higa. Esto decia despeñando una cuenta en señal de haber rezado á mi devocion. ¿Qué le parece de mi sobrinica? respondió. Yo la dije que era un prodigio de hermosura; ella me fué á la mano ó á la boca, que es mas propio, y dijo: Está flaquita la pobre de dos meses á esta parte, pero sus carnes son el ampo de la nieve. Mas á todo esto, ¿cómo es su nombre? Don Gregorio Guadaña, respondí, para servirla. Para servir á mi sobrinica le guarde Dios, me dijo, que á mí no me está bien criado de tan poca edad. Volvióse para ella, y díjola: Niña Beatricica, habla al señor don Gregorio, que le debe tu hermosura mil alabanzas. Quiéreme creer, señora tia, le respondió la niña; desde la hora que me apeé del coche, puse los ojos en este caballero por simpatía: ¡ó si yo fuera tan dichosa, que le llevase á usted en mi compañía, daria por feliz mi viaje! asegurándose que en mí hallaria la correspondencia que se debe á tan noble persona en irle sirviendo.

Señora mia, le respondí, yo nací solamente para ir sirviendo á usted y dejaré no solo la compañía que traigo, pero lo mas importante, que es la vida, perderé por entregarle el alma : disponga de una y otra á su voluntad, que las hallará prontas, para seguir su gusto.

Pasara mas adelante la plática, si no lo estorbara el estado (quiero decir el estadista) el cual llegó diciendo : Señora doña Beatriz, cuando una provincia se rebela á otro dueño, necesita de castigo. Señor don Crisóstomo, respondió la vieja, no hay reino sin posesion. El soldado dijo : Muchos he conquistado yo á coces y á bofetadas, juro á Dios. El filósofo salió con la suya, diciendo: No hay monarquía sin influencia de los astros. El fraile respondió : es gran príncipe el diablo, y no me admiro que tenga tantos vasallos, y que los aliente con semejantes monarquías. Yo que vi el mundo, la naturaleza, el cielo y Marte contra mi, diciendo con temor aquí de la justicia, llamé á mis amigos, escribano, alguacil y letrado, los cuales salieron á darme favor, con achaque de tragar. La niña se sentó junto á mí, y la vieja á su lado : si yo pudiera hacer un seguro sobre mi vida, lo hiciera, porque me parecia que cada uno de mis émulos me comia al primer bocado : dió en regalarme la sobrina, y entendí enfermar de la tia. Mi juez no quitaba los ojos de su hermosura (ni ella se los dejaria quitar); cuando se descuidaba, proveia un auto de revista, y paseábala de arriba abajo. El escribano la trazaba con los ojos una causa ; el letrado la defendia, y el alguacil la estafaba : solo yo la queria sin interés. Acabóse la cena, quitaron las mesas y rodeamos todos, como abejas, aquella colmena de miel ; lo de vírgen se quede para los mártires, que solo el fraile era confesor : tan propiamente era colmena la niña, que lo conoceria un ciego, por el zángano de la tia, y como habia tantos tábanos tenia la vieja algunas picadas sin fruto.

CAPITULO IV.

Lo que le sucedió á don Gregorio, saliendo á rondar con el juez en Carmona.

Recogiéronse todos, excepto nuestra compañía ; llegóse el juez á mí, y al letrado; y díjonos si gustábamos de ir á rondar. Yo bien excusara la ronda por tener otra en diferente parte; pero no pude. Salimos con todo secreto á prender los dos caballeros que ordenaba el consejo. Seria la una de la noche cuando á guisa de ronda llegamos á la casa de los agresores. Llevaba el juez tres cañutos del lugar que conocian los dos caballeros, que habian dado muerte alevosamente (si hay muerte que no lo sea) al hidalgo de que hicimos mencion en el antecedente capítulo. Llamaron los malsines; y como los conocian por amigos, siendo traidores, abrieron luego. Entramos todos con aquella espantosa palabra : Deténganse á la justicia. Los corchetes agarrarou de la moza, y cerraron la puerta. El escribano y alguacil siguiendo al juez, subieron la escalera con tanto ánimo como si fueran á ganar la casa santa. Llevaba el alguacil una linterna,

dió luz á una sala, no halló persona; dió luz á una alcoba, hija de la sala, no halló alma; hizo oriente á otra, no halló cuerpo; y con la priesa que llevaban todos, se dejaron por mirar un aposento cuya ventana daba en otra calle. Ellos iban coléricos, yo no llevaba sino admiracion; cuando siento abrir el aposento, y salir un hombre con una espada en la mano, y una vela en la otra. Conocíle sin haberle visto en mi vida por el agresor, y díjele: Caballero, mirad por vos, que os viene á prender un juez de su magestad, y le teneis en vuestra casa. Eu breves palabras, me respondió, conozco que sois nobles; hacedme gusto de guardar este anillo, que será lazo de eterna amistad entre los dos. Tomé el anillo, cerró el aposento á tiempo que collaba un soplo de mal aire por la escalera. Veníale siguiendo el juez y demas tropa. Llegó el malsin al aposento, y dijo: Pecador de mí (decia verdad) ¿adonde van vuesas mercedes? ¿Aquí duerme en este aposento el señor don Juan? Comenzaron á llamar de parte del rey, y como no respondian dieron con la puerta en el suelo, á tiempo que mi don Juan habia dado con su cuerpo en la calle; poco le faltó al juez para hacer lo mismo: pero contentóse con poner en la cárcel los criados, y embargar los bienes, que aunque pocos, por no ser casado el caballero, eran buenos. Hubo tres depositarios: el escribano, el alguacil, y un vecino, que se llamó en lo último del depósito, para las alhajas de mas peso; que los ministros de justicia no se entregaron de cosa que no pudiese ir en la faltriquera. A mi letrado le daban un libro de Bartulo y otro de Baldo, y respondió que no queria llevar consigo sus mortales enemigos. Dió fe el escribano de haber visto saltar por la ventana á don Juan, y el alguacil juró haberle tirado una estocada al juez. Alborotóse la vecindad, y prendimos diez y seis inocentes visitando tres casas: en la última vivia una dama entre córte y ciudad, con cierto galan que la hacia compañía de noche.

Llegóse al juez un hombre rebozado (pues no hay zelos que no traigan su rebozo) y díjole: Si usted quiere prender un cómplice en la muerte de ese caballero, en esta casa vive una dama, visítela usted que dentro de una alacena hallará lo que desea; advirtiendo que está cubierta cou un retablo en la segunda sala. Mi Juez se azoró con la mina, y subiendo todos á la primera sala, dimos en la china, quiero decir, en sus damascos, propias colgaduras de damas; entramos en la segunda, adonde tenia la vista que admirar, y el buen gusto que sentir. Rasos de nacar con cenefa de oro adornaban sala y alcoba; sillas de lo mismo; escritorios de ébano y márfil, sacados á las mil maravillas de poder de sus dueños. Los escritorios hacian correspondencia con sus pirámides, tan célebres por su camino como las de Egipto. El estrado turco, el suelo arábigo, y la cama de damasco sobre un catre de la India. Olia toda la casa á vísperas solemnes, pero tales santos se guardaban en ella. Salió á recibir al Juez una vieja, de estas que mudan caras todas las noches, y nunca aciertan con la que solian tener. Como no lo conocia, le dijo: ¿Eres tú don Alonso? El Juez respondió: Sosiéguese usted que es la justicia. ¡La justicia en mi casa, y á estas horas! dijo la vieja. El Juez inadvertidamente se salió de la sala primera, y mandó cerrar las puertas de la calle.

No bien se puso por obra, cuando la vieja cerró la sala y nos dejó á oscuras: enojóse el juez; comenzó á varear la puerta, y respondió la vieja. Espere si es servido, que estamos en camisa. En fin ellas acomodaron su galan, en tanto que nosotros nos acomodábamos á reir la sutileza del juez. Abrió la vieja, y entramos todos hasta la alcoba, admirados de ver un brazo que corria la cortina haciendo plaza á su dueño; era una dama tan hija de Vénus, que parecia haber salido de la espuma en aquel instante. Abrió los dormidos ojos con tal gracia que nos llenó de luz á modo de relámpago que pasa presto. Sentóse en la cama, arqueó las cejas, tendió los brazos, aderezó la holanda, alentó la vista, armó los ojos, y púsose á matar vidas, diciendo: ¡La justicia en mi casa! téngolo por imposible, siendo ella el tribunal de los justos, y no de los gustos, y cuando lo sea, retírese la justicia en tanto que me armo de vestidos, y no será fuerza que la acuchille con las armas del tercer planeta. No tiene usted que levantarse, dijo el juez, sino decir en qué parte acomodó su galan el cuerpo, que importa al servicio del rey. ¡Jesus, Señor! respondió ella, mi esposo ha quince años que acomodó su cuerpo en el Perú, dejando el alma por estas partes; si su espíritu importa al servicio de su magestad, abra mi corazon, y sáquele, que á buen seguro le hallará en él. ¿Casada es usted? le replicó el juez. Sí, señor, respondió la dama, casada y mal casada; pues me dejó mi esposo por las minas del Perú, concubinas de los ambiciosos. En verdad, dijo el juez, que no son malas minas sus niñas de usted. Otras habrá peores, respondió ella; pero los hombres aborrecen las nuestras, porque en vez de dar oro se le sacamos, y estan engañados, porque nosotras no tenemos otras mejores minas que las de los hombres. Pues suplícola, dijo el juez, nos enseñe la que está escondida, que la trataremos con el decoro que se debe á su belleza. Señor mio, dijo ella, la mina que naturaleza me dió no es para todos. No me entiende, respondió el juez algo sentido; lo que yo vengo á buscar es su amante, su galan, ó su diablo. ¿Su qué? dijo la dama: ¿su diablo? ¿Pues tiéneme por endemoniada, ó por hechicera? ¡Jesus mil veces! Madre, madre, la pila del agua bendita, presto, presto, que hay diablos en casa. Arredro vayas, Satanas, dijo la vieja, llenándonos de agua; diablos aquí, *abrenuntio; libera nos, Domine.*

Poco le faltó á mi juez para desesperarse, y sin mas dilacion comenzó á pasear la vista por los cuadros en achaque de alacenas. La dama le dijo: Si usted es inclinado á la pintura, mire esa cabeza de San Juan Bautista que fué del Ticiano. Él respondió: Retratos vivos busco yo, señora mia; sosiéguese, que la justicia tiene los pinceles en casa del verdugo para retocarlos cuando se le antoja Súpole mal á la dama esta respuesta, y levantándose en unas enaguas de cristal que se podian beber en ayunas, le dijo: ¿Qué busca el señor juez en mis cuadros, mirándolos por detras? Busco, le respondió, una cierta alacena que ha de tener esta sala: la cual, si no me engaño, tiene por defensa aquel san Miguel con su diablo á los piés. Alzó el cuadro mi juez, y dimos con ella. Estaba cerrada, y pidió el escribano la llave para dar fe de lo que tenia dentro. Llamen un cerrajero, dijo la vieja, que ha seis dias que se perdió la llave. ¡Ha,

madre, dijo el juez, como me parece que habeis de pasear las calles ántes de tiempo! mirad donde está la llave, ó caerá la alacena en el suelo. No hará, respondió la dama, que tiene búcaros de Lisboa y vidrios de Venecia; yo tengo la segunda, abra usted y si viere alguna sabandija nocturna no se espante.

Entretanto que el juez procuraba abrir la alacena, apartó la dama al escribano y alguacil, y puso en sus manos un bolsillo con veinte doblones: el escribano dijo: Está bien, no se hable mas en esto. No bien habia mi juez abierto la alacena cuando el galan, que estaba como galápago dentro, dió un soplo á la luz, y dejándonos á oscuras, se abalanzó al suelo, dando encima de mi juez. Acudieron el alguacil y escribano, diciendo: Resistencia, aquí de la justicia: y como la sala habia quedado en tinieblas, andábamos todos barajados unos con otros dando voces, como si tuviéramos un ejército de enemigos encima. El escribano, con mas ligereza que su pluma, abriendo la puerta de la calle, puso al galan en ella El juez pedia luz, la dama misericordia, la vieja agua bendita, el escribano doblones, el alguacil resistencia, mi letrado calle, y yo de risa pedia silla para sentarme, porque no la podia tener en pié. Ola, decia el juez, prended esa vieja hechicera. Ella respondió: Hable como ha de hablar, señor juez de la langosta, que ahora todos somos de un color. Venga luz, decia el escribano. ¿Luz? replicó la vieja; la que salió por boca del ángel puede buscar, que aquí no se vive sino en tinieblas. Por vida del rey que las he de meter en un calabozo, decia el juez. La dama, entonando su voz jacarandina, dijo:

Zampuzado en un banasto
Me tiene su magestad,
En un callejon Noruega
Aprendiendo á gavilan.

Aseguro á ustedes que cantó los cuatro versos con tal gracia, que si yo fuera el juez le perdonara el delito por toda la jácara. ¿No hay quién pida luz en casa de algun vecino? dijo el juez. El escribano respondió: Yo no acertaré con la escalera (decia verdad, con los doblones, sí). El juez no habia soltado la vela de la mano; llegóse á la cocina, y empezó á soplar un tizon con lumbre; la vieja, que estaba sobre una silla, le dejó caer un caldero de agua sobre la cabeza, y puso á mi juez como un palomino. Dió voces el ministro abadejo, llamando al escribano para que diese fe del diluvio. Él respondió: ¿Cómo quiere que dé fe del diluvio, si ha mas de cuatro mil años que pasó, y no ante mí? Que no le digo eso, replicó el juez, sino que dé fe del agua que estas putas me han echado encima. Si le doy, respondió el escribano, testimonio será verdadero, pues no lo vi. Por vida del rey, seor Arenillas, replicó el juez, que tan untadas tiene usted las manos de unto de Méjico como yo el cuerpo de agua, ¿pero á todo esto el galan de estas ninfas está asido? ¿Qué galan? dijo el alguacil, ¿el de la membrilla? Por Dios que si no lo vamos á prender á Manzanares, que aquí le veo mala órden. Ha, señor licen-

ciado, dijo el juez, ¿ no dará un parecer sobre el derecho de la escalera? Pecador de mí, respondió el letrado, yo traigo en mi faltriquera eslabon, yesca y pajuela. Hablara yo para el dia de la candelaria, lléguese á mí, y nos veremos las caras, dijo el juez. Apenas mi letrado empezó á caminar por el tacto adonde estaba mi juez, cuando la dama le puso delante un taburete; fué tal la caida que dió abrazándose con él, que en vez de hacerse las narices se las deshizo, y dijo con voz dolorosa: En toda mi vida he dado peor parecer que esta noche, y si dijera caida acertara. Con todo se levantó, y encendió luz, que no fué poco haber aclarado el derecho de su justicia. Ya la dama tenia en sus blancas manos una camisa de olanda para mi juez, y llegándose á él, le dijo: Desnude usted el pellejo de la culebra, y vístase de mi mano este lienzo herege, labrado con estas manos cristianas, aunque pecadoras. El juez quedó admirado de la hermosura y gracia de la dama, y como estaba tan propiamente rio, quiso dar corriente á las aguas, que dádivas quebrantan peñas, cuanto mas varas. pero no olvidó al galan ni la vieja, dando su palabra de no hacer agravio á ninguno. Descubrió entónces la dama otra alacena, diciendo: Salga usted, señor don Pedro. Salió otro galan; y el escribano entendió que á la dama se le deslizasen otros veinte doblones, pero en fe de la palabra no se trató sino de solemnizar su cordura. Yo pregunté á la dama si habia mas alacenas, y respondióme que volviese otra noche, y me pondria en la tercera: pasóse en silencio la vieja, porque mi juez estaba ya derretido á la luz de la ninfa; dimos fin á la visita, y salimos del palacio encantado, dando con nuestros cuerpos en la posada, tan cansados de la ronda como del sueño.

CAPITULO V.

Lo que le sucedió á don Gregorio hasta salir de Carmona.

Serian las cinco de la mañana cuando nos recogimos, y á las seis me vino á dar los buenos dias la tia de doña Beatriz, en achaque de la mala noche. Venia rezando en una camándula, y díjome corriendo la cortina: Buenas y frescas rondas dé Dios á usted señor don Gregorio. En verdad que mi sobrinica no ha podido dormir en toda la noche, con el cuidado que ha tenido de su persona. Dígame, pecador, qué gusto saca de rondar al lado de la justicia; merecia un gran castigo quien deja los favores de Vénus por los de Júpiter. Yo le conté el suceso de la dama con sus alacenas, y ella me respondió: En verdad, señor don Gregorio, que todos esos almarios ó alacenas son necesarias, para guardar ó encerrar las almas de los inocentes; piensan los amantes de poquito que su dama está obligada á ser Lucrecia á pié quedo; andan los favores á millares, y el señor dinero se está donde mi Dios es servido. No, amigo, todas las mujeres son de tomar, y en no siendo los hombres de Daroca, no alcan-

zarán un gusto perfecto, aunque se vuelvan Adonis, y se transformen en Narcisos. Los amantes de Durango son buenos para vivir en Valdeinfierno, pero los que asisten en Ciudadreal continuamente gozarán de Valparaiso. Mucha gala y poco dinero, no es galan al uso : ¿ piensa por su vida que una dama tiene mas gracia que dame, ni mas donaire que da mas? Déla por perdida si no funda sobre estos dos ejes el cielo de su hermosura. Los necios piden belleza, gala, discrecion, casa, colgaduras, sillas, escritorios, bufetes, camas, joyas y otras galas, y no miran que todo esto cuesta lo que ellos no dan. En mi tiempo las mujeres no pedian, porque los hombres daban; pero ahora es necesario ser campanas, para despertarlos. Mi sobrinica, Dios la guarde, es una boba, no pedirá un cuarto si la quemaren, y yo la digo : Niña, no está el tiempo para usar de esas galanterías, pide aunque te despidan. Dime, tonta, ¿puede el mundo conservarse sin pedir? La tierra pide agua y sol; el cielo pide almas; el limbo inocentes, y todos nos pedimos los unos á los otros. La justicia se pide, la gloria se pide, y la muerte piden muchos, ya que tú no pidas la muerte; pide hasta la muerte, pues te piden á tí. Si la fortuna te deparare un hombre como el señor don Gregorio, y se enamorare de tí, en tal caso no le pidas, que él te dará el tesoro de su mayorazgo : que si lo tiene, es mas seguro que el de Venecia; pero á los demas despídelos á letra vista, y pídeles de contado. Ella me suele responder : Calle, tia, reniegue de mujer que pide, y de hombre que aguarda que le pidan. Señor don Gregorio, es una perdida, no tiene cosa suya. Yo lo creo, la dije, pero usted debe moderar esas liberalidades. Imagina, me respondió, que no hay hombre que la contente; cincuenta me la han pedido, y cincuenta mil veces ha dicho que no : en esta parte la debe usted lo que es justo la pague, pues toda esta noche se le fué en alabar su talle, cordura, ingenio, discrecion y prudencia, diciendo : ¡Ay tia, si le habrá sucedido alguna desgracia á aquel caballero! Cuando usted vino, que serian las cinco de la mañana, me queria hacer levantar de la cama, para que supiese de su salud. Esas finezas, la dije, mas nacen de su mucha discrecion que de mis cortos merecimientos.

En esto estábamos, cuando entró la niña echando rayos al aposento. Venlala siguiendo el estadista, á quien ella habia dejado por su materia de estado : llegaron los dos á darme los buenos dias, y como hay dias para todos, les repartí los que pude. El estadista me dijo : Señor don Gregorio, no es buena razon de estado rondar por amistad, siendo curiosidad del gobierno, y no razon moral. Yo soy estadista, pero nunca condeno el dia, por salvar la noche; no siendo gala del juicio vestirle de tinieblas á costa del sueño, pues nuestra vida consiste en la conservacion del individuo, y mas cuando usted deja sus servidores pendientes de su fortuna. Si está mal con el dia, no tiene razon, siendo mi señora doña Beatriz tan propiamente sol. La niña respondió : Señor don Crisóstomo, crea que el sol no se levanta por costumbre, sino por naturaleza. La vieja dijo : El señor don Crisóstomo vive por razon de estado, pero las mujeres por órden natural : mas precia su merced gobernar la república de su bolsa, que la de su cuerpo. Los estadistas, amigo y señor, son como los

relojes, que en dejando de dar mueren; pero usted quiere gobernar, y no dar. Pues sepa que no hay estado que dé, que no guste de recibir primero. Yo, señora mia, replicó el estadista, me atrevo con mi poco juicio á gobernar una monarquía; pero no una mujer. Tiene razon, dijo la vieja, porque nosotras lo desgobernamos todo, y así no se fie de ninguna. Quiere un ejemplo, dijo don Crisóstomo, Adan fué el primer estadista, y le derribó una mujer. Engáñase, respondió la vieja. ¿Pues quién fué? replicó don Crisóstomo. El diablo, dijo ella, pues no contento con el gobierno de su gerarquía, se opuso al gobierno de Dios, y luego al del hombre, engañando primero una simple mujer, y desde entónces no fiaremos las mujeres de ningun estadista, una república de alacranes. Linda gente, almas de leones y cuerpos de corderos: todo lo saben, todo lo ignoran, todo lo gobiernan, y todo lo destruyen. Perdóneme, señor don Crisóstomo, solamente los reyes son estadistas, pues les dió Dios dos ángeles de guarda para que acierten, pero usted solo es de guarda para sí solo.

Aquí llegaba el discurso de Celestina, cuando entró el soldado: yo como le ví empecé á levantarme á toda priesa pidiendo de vestir á mi criado; la niña quiso serlo, pero yo la dije que conservase la compañía, si no queria perderme. Llegó el soldado arqueando cejas y engomando bigotes, y dijo: Esta niña, señor don Crisóstomo, ha rondado con el señor don Gregorio. Yo respondí que si habia puesto él alguna en lugar de ronda, por irse á dormir; no se dió por entendido, que no lo era. Llegóse á la vieja, y díjola: ¡Ah madre! que preparada estais para salir á fiestas populares. Como vos, respondió la vieja, salgais á ellas, sea luego. El soldado replicó: Si la bajada del gran turco fuera tan cierta como la de vuestra sobrina á esta sala, trabajo tenia Italia. En verdad, respondió la vieja, que mas trabajo tendria el castillo de Milan si á escala vista le hubiérades vos de asaltar. Llegó á la plática el filósofo, diciendo: Mi señora doña Beatriz, la cosa mas necesaria para la conservacion del mundo es la privacion, y la que mas se siente es ella misma: si usted nos priva de su vista, forzosamente mudaremos forma; y no dudo que la del señor don Gregorio sirva de materia á la de usted, pero conviene no mudar muchas, por no hacer verdadera la opinion de Pitágoras, que dice se pasean las almas de cuerpo en cuerpo, como de flor en flor. La niña respondió: No reprueban las damas esa opinion, pues cada dia mudan galanes; pero yo, señor mio, no la he seguido hasta ahora, porque mi forma está intacta, y aborrece las materias corporeas, como apostemas. Ya yo sé, dijo el filósofo, que usted es hecha de la materia prima, y que su composicion es celeste y angélica. Oyólo el fraile, que entró en este punto, y dijo: Bien digo yo que no hay filósofo que no toque en herege. Angélica será el alma cuando esté en compañía de los ángeles; que en cuanto está en el cuerpo de esta señora, aunque lo es, no lo es: y en lo que toca á ser de la materia prima, no es sino de materia corruptible, y mire lo que habla, que soy calificador del santo oficio; yo no sufriré una heregía á mi padre que venga del otro mundo. De tal mundo puede venir, respondió el filósofo, que no diga una, sino mil y una; lo que yo digo sustentaré con Aristóteles, que dice ser

hecbos los cielos de la materia prima, ó quinta esencia : esta señora es todo cielo, luego es compuesta de lo mismo. Que su alma es angélica, nadie lo duda, siendo de naturaleza intelectiva; y habiéndola criado Dios inteligencia separada de materia, y aunque ahora tiene por enemigos el mundo y la carne, líbrela Dios del demonio, que de los demas pocos se han librado.

Pasara mas adelante el argumento, si no entrara mi juez baciendo gala de la camisa, quiero decir, abotonándose las mangas holandesas con sus puntas de Flandes, á quien servia de encage él mismo. Veníale siguiendo mi letrado, y detras de ellos el alguacil y escribano; los que hallaron asientos se sentaron, los demas de sentidos se quedaron en pié, diciendo que así se hallaban mejor. Mi letrado levantó la plática, pero dejóla luego caer : preguntóle á la niña qué edad tenia. Ella le respondió : ¿Qué edad me juzga el señor licenciado? En verdad, replicó él, que cuando ande la señora doña Beatriz sobre sus cuarenta y ocho, es todo lo del mundo. La vieja respondió : Mi sobrina anda en dos, pero son piés; no puedo sufrir letradurías anales, que son peores que asnales. ¿Han visto al señor letrado de Matusalen, y qué buena vista tiene? pues por el siglo de mi abuela, que no tengo yo cincuenta cumplidos. Justicia de Dios venga sobre todos los que levantan falsos testimonios; digo que si no es un letrado, otro en el mundo nos podia hacer tan grande tuerto. ¡Cuarenta y ocho! ¡Una muchacha que anda en tutela, y no puede por falta de edad usar de los bienes que heredó de naturaleza! Vuélvala á mirar, señor licenciado, y retráetese de lo que ha dicho, que es heregía cometida contra la diosa Vénus; desdígase, que no le absolverá de este pecado un impotente. Púsose colorado el jurisconsulto, y dijo : En tanto que la señora Matorralba (que así se llamaba la vieja) no me mostrare el libro del bautismo, no me apearé de mi opinion. ¿Cómo se puede apear, replicó la vieja, quien anda en sí mismo? Por vida del señor licenciado me diga qué edad tiene. Póngame número, respondió el abogado. Juzgo yo, dijo la vieja, que habrá enfadado al tiempo sus noventa y seis años, y á las gentes sus noventa y seis mil. Ese sí que es testimonio verdadero, respondió el letrado, noventa y seis cardenales tenga en la cara quien tal dice. El filósofo metió el montante, diciendo : No se trate de años que ninguno los tiene, pues se pasan y deshacen como la niebla á los rayos del sol. Nuestra vida no consta de años, sino de sombra, que en faltando la luz de la respiracion, falta ella. La edad del hombre es flor de almendro, que á la primer luz visita el sepulcro. Los años se hicieron para los cursos celestes, que acabados vuelven, pero no para el hombre que se va y no vuelve á tener parte en el siglo. No es bien contar los años, cuando se pueden contar los alientos; los primeros no faltan, los segundos sí. No se tiene lo que no se posee; no en vivir mucho consiste la felicidad del hombre, sino en saber como se vive. Nuestra vida es un dia de veinte y cuatro horas : en una salimos al mundo, y en otra le bahemos de dejar. No por tener menos años se aumenta la vida, los dolores sí, pues siendo los dias mares de nuestra vanidad, y corriendo tormenta en ellos, el que estuviere mas cerca de la muerte estará mas pronto de llegar al puerto.

No caducan los ancianos, los mancebos sí; pues los unos saben que han de morir, y los otros aspiran á vivir; y mas juicio tiene el que se pone con experiencia que el que sale sin ella. No por quitarse los años se vive mas, ántes menos; pues pensando engañar al tiempo, nos engañamos á nosotros mismos. El principio del nacer es geroglífico del morir, todos nos vamos, y la tierra permanece; salimos como flor, y luego somos cortados del campo de la vida. Los que se quitan los años, se quitan las armas de la sabiduría. Mas vale contar mas que menos; pues no hurta quien gasta de sí mismo los dias de su vanidad. Los filósofos antiguos trabajaron por llegar á la edad perfecta, pero nosotros trabajamos por llegar á la edad de la ignorancia. Los cuatro humores llevan la carroza de nuestra vida sobre las alas del tiempo: pretender cejar atras las ruedas de este triunfal edificio es querer retroceder el curso y velocidad de los planetas. No es bien que los años vivan con cuenta, y la virtud sin ella. El caballo mas diestro cae en el principio de su carrera. Tan presto se atreve la muerte á derribar un mancebo de veinte y cuatro como un viejo de ciento. Ninguno se agravie de serlo, pues no hay mayor afrenta que infamar el tiempo y la naturaleza. Tiempo hay para todo; pero no goza el hombre sino su parte, y no podemos, siendo mundo pequeño, abrazar con la vida el mundo mayor, y así nos dieron la parte conforme la capacidad de nuestro sugeto. La sustancia de la forma y fuerza de la materia nunca se atrevieron á nuestra privacion. El gusano que deshace nuestra vida, no se cria de los años; críase de nuestro apetito, que los años no tocan lo que no criaron, sino dan lugar á que se crie. El daño no viene de la luz de afuera, viene de las tinieblas de adentro: en rebelándose la república de nuestro cuerpo, somos todos perdidos, unos hoy, y otros mañana. No somos señores de nosotros mismos, pues á físicas medicinas nos gastamos, y cuando esperamos vida entónces nos rodea la muerte. ¡Qué aguardamos de fábrica amasada con agua y polvo, y alentada con fuego y aire! Cuatro simples hicieron un simple, tan sugeto á los accidentes de la ignorancia, que cada hora sabe mas de esta ciencia; vivimos entre muertos, comemos muertos, vestimos muertos, visitamos muertos, lisonjeamos muertos, y con tener á nuestra vista tanto cadáver, queremos vivir para siempre. En verdad que venimos al mundo para merecer, pero no para valer, y no puedo creer sino que ántes de nacer cometimos algun delito, pues nos condenaron á semejante destierro. Yo no alcanzo el secreto, pero sospécholo, y de no, ¿qué razon hay para que el hombre llore cuando nace? ¿No fuera mas puesto en razon que guardara los lloros para la muerte? Antes de cometer el delito le llora: ¡ notable error! ¡ay de mí! sin duda le habia cometido ántes, y pues le vine á pagar, justo es que guarde la risa para la muerte y las lágrimas para la vida.

El fraile que le habia escuchado atentamente, le dijo: Usted es filósofo moral, pero quisiera que fuera mas espiritual: los años no se pueden despreciar, siendo escalas por donde el alma por su merecimiento sube al trono angélico. Los virtuosos, aunque se quiten los años, no se quitan las virtudes, ni es justo atropellar la vida con la continua memoria de la muerte, sino emplearla en saber morir. Si la forma asiste en la materia,

y no la gobierna como debe, justo es que de la culpa salga la pena. Las constelaciones de los planetas inclinan, pero no fuerzan, porque el libre albedrío del espíritu es mas firme que los mismos cielos, y no lo fuerzan las impresiones celestes, por ser compuesto de mas dignidad cuanto va del ángel á la esfera. La privacion toca á la materia, pero no á la forma, y si la forma no puede eternizar la materia, no es defecto suyo, sino órden del Altísimo y primer entendimiento que es Dios. Los años no acaban al hombre, ántes le hacen mas perfecto, subiendo el temperamento desde la humedad al calor, y del calor á la sequedad, y con ella el anciano obra bien conociéndose á sí mismo, sino en todo, en parte, y con este arbitrio de los años, pasa el hombre á mejor vida, y no mereciera tanta posesion, si los años no le dieran á conocer lo infinito de una inmortalidad; de modo que este plazo finito no quita el infinito. En vano despreciaron la vida los filósofos, siendo ella una escala por donde se sube á la inmortalidad. Si piensa que los justos hacen penitencia por despreciar la materia, se engaña, que los actos de virtud son los alientos de la misma vida: saber vivir es saber obrar; retirarse del mundo por buscar la quietud será prudencia, pero no sabiduría; porque la contemplacion del espíritu sin obras mas viene á ser vicio de la potencia que virtud del acto. No cometimos delito ántes de haber nacido; pero la culpa del primer hombre causó este delito, amagado en el individuo; mi alma libre estaba por creacion, pero no por generacion, pues vino al cuerpo, de modo que el secreto no es grande, si se cree por fe. La verdad es que cuatro simples hicieron un simple, pero el Señor del mundo sopló en él espíritu de vida intelectual, sustancia incorporea llena de sabiduría angélica; y bien puede la fábrica amasada con tierra y agua ser ruina de sí propia, pero el dueño que la habita, aunque caigan las columnas del templo, no morirá como Sanson. Si comemos muertos, y vestimos muertos, no lo somos, que Salomon, príncipe de la sabiduría, igualó la materia corporal con la del bruto, en cuanto á volver á la tierra donde fué formada; pero en la resurreccion de los muertos volverá á ser juzgada, pues todos hemos de resucitar en el valle de Josafat. De modo, señor mio, que su doctrina de usted sin la mia será sembrar en tierra donde no cayó rocío del cielo, y labrar un palacio sobre la region del aire.

El estadista tomó la política en la boca, y dijo: Cuando la monarquía del orbe se hizo, tuvo principio para tener fin, y este fin y principio consiste en el gobierno y conservacion de los años, que hacen con sus muchas partes el todo, siendo ellos y cuanto se ve visible y invisible, gobernados por la suma sabiduría de aquella causa primera, luz y ser de todas las demas causas. Pero la fábrica humana, torcida en parte por el pecado, no pudo ser hecha en mejor forma; esta es, de años, y si muchos no son nada, menos fueran si el gobierno no los alentara con el estado. Necesario es que, para castigar á muchos malos, peligren algunos buenos, pues muchas veces paga el inocente brazo el delito que cometió la cabeza. La república del hombre tiene para su conservacion la materia, compuesta de cuatro calidades; trepan por ella los años; si se acaban en

medio de la agitacion, ó el accidente mal gobernado, la medicina los arruinó, ó la poca fuerza del húmedo los acabó. Los años deben ser gobernados con una mediocridad de estado, y si por sustentar el todo de la virtud peligrare alguna parte, no se escandalice el necio, que como nuestra vida es una continua guerra, no se puede hacer sin escándalo de la salud y falta de muchas fuerzas. Por ensanchar la monarquía del cuerpo se pone á riesgo la del alma, que es tan horrible el estado del linage humano que atropella el divino. ¿Qué importa que sea la potencia señora, si el acto predomina sobre ella, cuanto va del pensamiento á la obra? muchos reinos se conquistaron con la imaginacion sin riesgo de un soldado, pero no con las armas sin riesgo de muchos. ¿Quién duda que el retirarse del bullicio del mundo no sea materia de estado de la prudencia? ¿pero quién podrá dudar que no es cobardía del ánimo huir de su semejante? No dudo que la suma felicidad consista en la moralidad de la vida, y gloria intelectual; ¿pero quién podrá alcanzar el triunfo soberano, sin muchos peligros? Y cuando lo alcance, ¿quién duda haberle dado el perdon mayor parte que el arrepentimiento? Los necios no consideran que el estado consta de años, y los años de experiencia y tiempo; no reparan en las obras buenas, sino en las malas, como si para vencer un ejército de enemigos se pudiera conseguir sin robos, muertes y escándalos. ¡O si la guerra se pudiera hacer sin tributos! ¿Qué culpa tenian los inocentes niños que se hallaron en tiempo del diluvio, los que acabaron en la derrota de Madian, y otros infinitos? Por cierto, estado divino es atropellar con justicia los unos y los otros. Cuando las monarquías se declaran guerra, cada una tira á su conservacion, aunque se arruine la parte inocente: no hay regla sin excepcion, como lo es querer guardar un general sin riesgo de un particular. No se gana el cielo sin buenas obras; ¿pero quién no habrá maltratado infinitas virtudes primero que lo consiga? pues para ganar una fortaleza se pelea con los buenos y malos sucesos, y entre ellos peligra el justo y el injusto. Concluyo con decir que los años no se pueden conservar sin peligro de vida, y á veces los mejores son de contraria fortuna para el hombre, y cuando se quita los años se los aumenta de ignorancia, y al contrario cuando sube de punto la edad, los llena de sabiduría y gobierno.

El soldado se levantó, diciendo: O pesia mí con tanto argumento, ó bien haya la guerra donde la verdadera ciencia es estudiar en el libro de la muerte, si nos dan lugar para ello. Los orates filósofos, que despreciaban la vida, fuéranse á la guerra, que allí hallàran la verdadera privacion. Si querian abandonar la materia, fuéranse á sufrir el cerco de un año, y para librarse de las tentaciones de la carne, tentáran una ó dos picas de nieve en medio de los Alpes, como yo he tentado, vive Dios: y si los años son escalas para subir al cielo, fuéranse á escala vista paseando de tiro en tiro; andaos á justificar albedríos, á salvar inocentes y castigar culpados, cuando la guerra no repara en muertes, robos, latrocinios y otros delitos de esta clase. Entrad saqueando un lugar, preguntando por los buenos para salvarlos, y por los malos para castigarlos: juro á Dios que si los santos se pusieran delante, los desnudáramos,

cuanto y mas los hombres. Los argumentos de los filósofos y teólogos se escriben con tinta, pero los nuestros con sangre; y pocos se libraron de la guerra dos veces sin dejar los ojos, las orejas, los brazos y la vida, que es lo mas seguro. Aténgome á la ciencia del señor licenciado, que á pura peticion pide para sí el dinero, y da la justicia á quien la desea. ¿Hay mayor felicidad que dar parecer á la parte que saque el dinero de su faldriquera, y lo ponga en la mia? Esta sí, que es materia para reir, forma para llorar y privacion para sentir. Dice el señor filósofo: Saber vivir es saber obrar; ¿pues hay obra mas cierta que la del derecho? Los letrados juegan al hombre, dejan á las partes que lo sean; báldanles los reales, que son los reyes de la baraja de Baldo, y no hay pleito que no se lleven de codillo. ¡Ah, señor licenciado! como gustara yo de que usted diera un parecer sobre un tiro de artillería, para que caminase por derecho al enemigo.

Mi letrado no respondió palabra, por ser hombre pacífico, y nunca hablaba solo, acompañado de los suyos sí. Yo celebré la academia, haciendo juicio conmigo de los muchos que habian hecho ellos encontrados. Empecé á abrir los ojos del entendimiento, noté la moral doctrina del filósofo, la intelectual del teólogo, y sobre las dos la del estado, á quien acuchillaba el soldado con la suya; y siendo cada una de por sí buena, nunca se pudieron acordar. Eché de ver entónces que la sabiduría era un instrumento acordado, cuyas cuerdas sutiles los músicos humanos tocan á tiento, y de aquí me pareció nacia la desigualdad de voces en los maestros, porque cada uno tocaba como le sonaba mejor al entendimiento; sola la música de mi letrado me pareció que totalmente desacordaba todas, y aun las tenia sujetas, pues ninguna dejaba de entrar en su jurisdiccion. Dióse fin á la academia, y cada uno se fué á prevenir su viage para la corte.

CAPITULO VI.

Sale de Carmona don Gregorio, y cuenta lo que le sucedió en una venta de Sierra Morena.

Seis dias estuvimos en Carmona, y en ellos mi juez averiguó causas, á puro sacar efectos, soltando presos sobre fianza, y haciendo otras diligencias que omito por no embarazar mi historia. Parecióle á mi juez y letrado que ocupásemos el coche que venia vacío, y que los criados fuesen en nuestras mulas; pagamos la posada, y salimos todos juntos con harto gusto de los del lugar, que rogaban á Dios los sacase de tanta justicia. La niña pretendió pasarse á nuestra carroza, pero yo la dije no era tiempo, respecto de la compañía. Llegamos por nuestras jornadas reales, pues ellos nos llevaban á una venta que saltea en Sierra Morena; saliónos á recibir ó á robar, que todo es uno, el ventero, descendiente por línea

recta del mal ladron, pero él era el mayor y mejor de su linage. Traia por barbà un bosque etíope, y cazaba con los ojos vidas, sirviéndole el sobrecejo de arcabuz, con que tiraba á matar al vuelo. Servíale de montera un paso de Cuenca, y por capote traia una docena de palmillas; era tan alto como seco y tan moreno como la sierra; con un ojo miraba al sur, y con otro al norte, y atravesaba con ellos del este á oeste. Era príncipe de los salteadores, pues venia de caza con su arcabuz en la mano, y en la pretina una docena de perdices ganadas para él. Al primero que saludó fué al escribano, y no sé si se conocian, ellos lo saben, y yo tambien. Doña Beatriz se desmayó de verle; el juez dijo: De buena gana mandara yo colgar este ladron. El arbitrista respondió: El mundo se ha de perder por un ventero, si el estado no los quita del mundo. El filósofo replicó: Si nació debajo del signo de Mercurio, déjenlo. El soldado dijo: Por vida del diablo, que estoy por hacer una buena obra al alma de este ventero, sacándola de su mal cuerpo. El fraile respondió: Nadie condene lo que no crió: este se puede salvar en su oficio, si obra bien; cristiano es, y su libre albedrío se tiene como el mas pintado. Hecho salvados, dijo el soldado, bien puede ser, padre mio, pero no de otra manera.

Ellos estaban en esta plática, cuando se apeó de un caballo un mancebo de buen talle, si bien su vestido, aunque mostraba reirse por una parte, por otras lloraba: era, como pareció despues, poeta de los que hacen versos á costa del sexo. Apartóme á un lado, y pidióme relacion de toda la compañía; yo se la dí brevemente, y él quedó tan capaz de todo, que hablaba con mis amigos, de la misma forma que si hubiera venido en su compañía mucho tiempo. Llegóse al escribano, y díjole: Señor secretario, déle con la pluma á las perdices, volarán al asador. Dicho y hecho, ya la huéspeda las ponia á perdigar; calificaron todos á nuestro poeta por hombre de buen humor, como lo son todos, y prosiguió diciendo: Pluma de escribano es pluma de ave imperial, que en tocando á las demas se consumen todas, y ella queda libre.

El ventero puso una mesa triangular, y en ella unos manteles de Etiopía. El poeta no pudo creer sino que habian desollado algun negro, y nos le vendian por tela. En medio de la mesa, puso por salero un pedazo de medellin, salado á las mil maravillas. Un gifero que podia desjarretar un toro, ocupaba la mejor parte de la mesa, y á su lado tres platos, tan faltos como quebrados, y con gran devocion en el suelo estaba un jarro ahogado en mosto. El vaso era primo hermano del salero, pero tan hondo que el bajel que nadaba en él iba seguro de bajío, pero no de tormenta. Alumbraba la mesa un candil, tan cansado de vivir que daba parasismos á cada instante. Gruñia de cuando en cuando un animal de bellota; y debajo de la mesa andaban dos hijuelos suyos por derribarla. Tres galgos y un mastin estaban de rodillas por los piés aguardando con gran devocion las reliquias de la cena. Gato no vi, porque el amo lo era. Distaba la mesa de la caballeriza cosa de una cuarta, y en ella estaban dos músicos apuleyos, entonando un rebuzno tan bien como dos necios la risa cuando las carcajadas vienen de golpe y con rocío. Estaba colgada la cuadra de una colgadura de humo, labrada en los paises del infierno.

Tocaron á cenar con el cabo del gifero, de la librea del vaso, y entónces salió á vistas la ventera. Era la madre de los pigmeos, engerta en Galicia; yo entendí que venia de rodillas por servirnos con mas devocion; pero como ví que pedia favor para subir el plato á la mesa, la tuve lástima, pero no cuando nos miró de trino con una cara de pellejo ahumado, y una alquitara por nariz; los ojos parecian espirituales, porque miraban hácia dentro. Por dedos traia unos palos de escorzonera por mondar, y por cabello un vellon de lana churra. Doña Beatriz sacó un pañuelo de holanda, y dijo : Tia, lléguese al norte, y deje la Noruega. Crítica es usted, mi señora doña Beatriz, dijo el poeta; bien hace de hablar culto, que la posada no es muy clara. No sacaremos esta mesa á campaña, dijo el soldado. No será malo, le respondí, que nos ahogamos de calor. Padre mio, dijo la vieja, sáquenos de este purgatorio. No puedo, señoras, que es el infierno, respondió el fraile. El soldado alzó la meza en alto como bandera, y dió con ella en el portal de la venta, cubierto con el manto azul. Empezamos á trinchar con los dientes las perdices; el poeta se puso á mi lado, y como si hubiera salido de un pesado cerco, así despachaba las inocentes aves : el ventero nos echaba de beber, y con una pierna de perdiz hizo la razon seis veces, no habiéndola tenido en su vida, sino cuando bebia. Por cierto, dijo el filósofo, que estan sazonadas las perdices, y que merecia el ventero ser cazador de un príncipe. Si yo supiera, dijo él, que habia de tener tan honrados buéspedes, yo trasladara la sierra á la venta. Bien áspera y espesa es ella, dijo el poeta; la voluntad le agradecemos.

La niña no hacia sino regalarme á vista de mis competidores, y el soldado la dijo : No regale usted al señor don Gregorio en público pudiendo en secreto. Yo le respondí que un favorecido podia favorecer, ó convidar muchos, que recibiese de mi mano la parte que le concedia mi cortesía. Él me respondió que no gustaba de favores por segunda mano. Yo le dije que pues no los recibia, que callase cuando los viese en poder de su dueño. Eso será si yo quisiere, replicó él echando mano á la daga. Yo levanté el plato, y sin ser platina, quise ser coronista de su vida, escribiendo con sangre su misma descortesía. Alborotáronse todos, y cada uno fué á tomar su espada, unos por via de paz, otros por via de guerra. Pero como el escribano se levantase á buscar sus armas, tinta y papel digo, y diese en el candil, y nos dejase á oscuras, cada uno daba tajos y reveses sobre la mesa, llevándose el gifero, salero y demas sabandijas. Ténganse al rey, decia el juez, y la vieja : ¡ Ay que se matan sobre mi sobrinica! acudan ántes que rancen y pidan suelo. El fraile con voz magestuosa, orgánica y grave, dijo que no se pudo hacer el mundo sin mujeres, notable sexo. El soldado daba voces, diciendo : Huésped, encienda luz, buscaré á moco de candil á mi enemigo. La niña se abrazó conmigo, diciendo : ¿ Qué es esto, señor don Gregorio, adónde está su prudencia de usted ? si quiere quitarme la vida, máteme á pesadumbre. Y diciendo y haciendo, se quedó desmayada en mis brazos, á tiempo que el mesonero y su mujer se pusieron á mi lado, uno con el candil y otro con una tea ardiendo. Yo estuve por desmayarme de verlos, porque me parecieron dos demonios

que venian á tentar á doña Beatriz, ó á llevársela ántes de tiempo. Acudió la vieja con un jarro de agua, roció la dama, y volvió en sí, á tiempo que el poeta acababa de pintar su desmayo en un soneto, y dijo que le pesaba hubiese vuelto tan presto, porque habia empezado una cancion. Ya mi juez, letrado, fraile, filósofo y estadista, habian sacado fuera de la venta al soldado, y reducídole á que fuera mi amigo. Yo lo rehusé, pero hube de casar mi amistad por fuerza, con intencion de pedir divorcio cuando me pareciese. Salimos fuera de la venta, y cada uno tomó asiento sobre su capa. Pidieron al poeta dijese el soneto, que fué el que se sigue :

Desmayábase el sol, porque su tia
  Le puso en venta los divinos ojos,
  Y si fueran fingidos sus enojos,
  Desmayarse pudiera cada dia.
Lo colorido entre la nieve ardia,
  Y dando amor en su coral de ojos,
  Bebió ciego los líquidos despojos,
  Que Dafne se perdió por bobería.
Marte zeloso esgrime su cuchilla
  (No carta de la muerte, pero rayo
  De las nubes morenas de Sevilla).
Adonis pide con la silla el Bayo :
  Y se duda, picando á cordovilla,
  Cual será jabalí de este desmayo.

Celebramos los versos; acomodóse cada uno sobre su ropa para dormir en el portal de la venta, bien que en ella habia dos camas, la caballeriza y el pajar, pero las dejamos para la chusma. El poeta dijo : No son estos colchones á propósito para las musas. Parécense á los de mi celda, respondió el fraile. De poco se espantan, dijo el soldado; bien se ve que no han dormido en campaña. ¿Qué mayor campaña ó guerra, replicó el poeta, que dormir en una venta en medio de Sierra Morena? Dormamos, dijo el juez, que son las noches cortas. La vieja y la niña se acomodaron junto á mí por huir del soldado. Empezaron algunos á roncar, digo á tocar el clarin de bellota, y el que lo hacia infernalmente era el alguacil; podia ser chirimía de Lucifer. El poeta dijo : Mal año para el órgano de Apuleyo; ¿quién ha de dormir oyendo esta música? ¿De esta se admira? respondió el escribano; si el juez entonare la suya, oirá maravillas. Empezó el ministro á llevar el contrabajo al alguacil, y por mas que nos tapábamos las orejas, no podiamos divertir el ruido; y sin duda nos sirvió de agüero; pues dentro de una hora dieron sobre nosotros treinta bandoleros hermanos del ventero : los dormidos recordaron, y aun los dispiertos, á tiempo que tenian atadas las manos, y aun los piés, y no tuvimos lugar de tomar armas, ni de ponernos en defensa. Apartáronnos fuera de la venta un cuarto de legua del camino; doña Beatriz lloraba, la vieja gruñia, el poeta glosaba, el soldado juraba, y todos ibamos como ovejas al matadero.

Empezaron los ladrones á limpiarnos la ropa, y por hacerlo con mas comodidad nos la quitaron del cuerpo, y nos fueron atando uno á uno á su árbol, haciendo una alameda de penitentes en camisa. Doña Beatriz quedó en enaguas, y la vieja en manteo; hubo pareceres de llevarse la niña, pero por no llevar la tia la dejaron. Apartáronse un poco de nosotros para hacer junta sobre nuestras vidas; entre tanto estaba la justicia pidiendo misericordia, mejor allí que en la jácara: fueron poco á poco desviándose mas, cosa de cuatro tiros de mosquete, y aun de allí temíamos los suyos. Doña Beatriz y la vieja se deshacian á lágrimas; yo las consolaba, como amante que aguardaba, sin coronarme de favores, las flechas de la hermandad. El escribano decia que un astrólogo alzó figura sobre él, y le dijo que habia de morir en un palo, y que sin duda se llegaba la hora. Mire lo que habla, Arenillas, dijo el juez, que si saben los bandoleros que hay en la compañía alguacil, escribano y juez, acabarán con todos. El fraile dijo: No nos podia suceder menos, con tantos votos, tantos reniegos, tantas ninfas, tantos versos, tanta justicia, tanto estadista, y sobre todo, tanto Baldo, escribano y alguacil. En fin cada uno se encomiende á Dios, y si los bandoleros volvieren, no serán tan crueles que no me concedan confesarlos. Los cocheros y nuestros criados estaban atados criminalmente, y renegaban á pesar de la doctrina del fraile. Quien mas se quejaba era nuestro abogado por haberle dado garrote en una pierna; entendí que diera su alma al derecho, segun alegaba de su justicia. Como la noche estaba algo oscura, parecíamos encamisada de difuntos; y si como era verano, fuera invierno, lo fuéramos de veras. No obstante se le antojó al señor cielo relampaguear, y poco á poco empezó la artillería celeste á hacer su oficio, dándonos una carga de granizo y agua, tan fuerte que nos puso como ánades sobre estanque, pero no tan libres. ¡Válgame nuestra Señora de las Aguas, decia el fraile, y qué nublado tan cruel ha caido sobre nosotros! El soldado respondió: Calle, padre, no se enoje, llévelo con paciencia, ganará el cielo. La vieja empezó á quejarse de su madre, que la traia consigo desde que nació. ¿Vienen esos bandoleros? dijo el juez. ¿No parecen, respondió el escribano. ¿No hay alguno que se pueda desatar á sí mismo? replicó el fraile? desata por ahí Respondió el cochero: No trate de eso, padre mio, que los bandoleros nos ataron á prueba, y éstese. Hermano, ¿quién os mete en puntos legales? dijo el letrado, tratad de vuestro oficio, y no os metais en términos de justicia. Amaneció el Señor con su luz, y cuando nos vimos los rostros, reíamos y rabiábamos á una: estábamos perdidos, con unas caras deslavadas, dando diente con diente como si fuera en diciembre. El alguacil tendió la vista por un ribazo, y entre unos jarales divisó un bulto; empezó á darle voces, y respondió el eco lo que bastó para consolar la compañía. Ibase llegando á nosotros un zagalejo, que guardaba unas yeguas en lo alto de la sierra, y admirado de ver tanto bulto blanco, se detuvo, pero asegurándose de nuestra desgracia, nos desató á todos, y guió á la venta, donde llegamos sin aliento.

Hallamos al ventero y su mujer llorando nuestra fortuna: reparámo-

nos lo mejor que podimos, con la poca ropa que dejaron en la venta los bandoleros en el coche olvidada, en tanto que llegábamos á parte donde pudiéramos vestirnos. Diole á la vieja su mal, tan fuertemente que se ahogába; acudí á su remedio, y la maldita madre queria dar cuenta de la hija. Ella me dijo: Hijo mio, yo me muero, pregunte si hay una ventosa, que en el ombligo es todo mi remedio; de no, mi hora es llegada. Yo pregunté á la ventera si la tenia; díjome que no, pero que podia servirme de un orinal; yo con la priesa no reparé si le seria á propósito; pedí estopas, metile cantidad, y dí con mi orinal en la barriga de la vieja. Dios nos libre, tiró tan fuertemente, que se llevó tras sí las entrañas de la pobre Matorralba; yo que ví el vidrio lleno de tripas, eché á correr dando voces, llamando al fraile que la confesase. Acudió él, y como vió el espectáculo, llamó á la ventera, diciéndole que le quitase la ventosa. ¡Ay, señor! dijo, esa le ha dado la vida: déjela su merced sosegar con ella una hora. Entró doña Beatriz, y con diligencia arrancó el orinal rellenado, y dijo la vieja: No hagan burla por vida de Beatricica, que si el señor don Gregorio no me socorre con la ventosilla, me muero. Salimos de la venta tan vestidos como desnudos. Llegamos á Juan Abad, y el cochero tomó sobre su crédito el dinero que fué menester para reparar nuestra desgracia. Lo que nos sucedió hasta llegar á Toledo, y de allí á la córte, pretendo pasar en silencio por ser coronista de mayor, que no todo se puede escribir ni menos oir.

CAPITULO VII.

Llega don Gregorio á Madrid, y da cuenta de lo que le sucedió con un pariente suyo, y con un alguacil de corte, y otros sucesos.

Llegamos á Madrid, en cuyo océano tomó cada bajel diferente rumbo: doña Beatriz y la vieja dijeron que traian cartas de Sevilla para cierta amiga suya que vivia en el Avapies, que fuese con ellas para saber su posada; hícelo así, y despues tomé la mia en la calle del Príncipe, por gozar del nombre. Diéronme un cuarto bajo, tan pariente de la calle que mas compañía tenia con ella que conmigo; no salí de casa en dos dias, procurando acomodarme á uso de corte. Al tercero, estando el sastre vistiéndome, entró en mi cuarto un hombre de buen talle, vestido de terciopelo liso, un candil por sombrero, y con los brazos abiertos se vino á mí, diciendo: Señor don Gregorio, don Gregorio y señor, primo de mi alma, don Gregorio de mi vida, don Gregorio de mis entrañas, ¡es posible que os veo, don Gregorio! no lo puedo creer. Yo quedé espantado de tanto Gregorio, y de tan prima amistad; preguntóme si le conocia, yo le respondí que no me acordaba haberle visto en mi vida, y era verdad. Yo lo creo, me dijo, pero yo conozco muy bien á vuestro padre el doctor Guadaña, á la comadre de la Luz, á Ambrosio Jeringa, y á Qui-

terio Ventosilla. Yo, que oí desensartar mi honrada genealogía, le dije : ¿Quién es usted, que le quiero conocer? y él respondió, santiguándose : Yo soy.... (válgate Dios, y lo que has crecido) don Cosme Longobardo, hijo de Longobardo Paulin, primo hermano de don Carlino Montiel, pariente en cuarto grado de su padre el doctor Guadaña, ¿no me conoce? Yo le dije : Señor mio, los parientes estan disculpados cuando por flaqueza de memoria no se acuerdan ó no conocen á sus deudos; si yo lo soy de usted me tengo por venturoso en haberle conocido. Vístase, me dijo, que como nuevo en la corte tiene necesidad de padrino. Hícelo así, y entretanto todo se le iba en admiraciones, diciendo que era un vivo retrato de mi padre. Entró la huéspeda en esta pintura, descubriendo la suya, tal que solo le faltaba estar revuelta al árbol del Paraiso engañando á Eva, por ser la carita engerta en serpiente. Díjole á mi nuevo primo : Señor don Cosme, ¿conoce usted á este caballero? Señora Mari Alfonso, respondió él, conozco al señor mi primo don Gregorio Guadaña, y por cartas que tengo de Sevilla sé que venia su merced á esta corte. ¿Que su primo es? dijo la huéspeda, séalo por muchos años. Dió una vuelta al aposento, y fuése.

Salimos á dar el primer chasco á la corte; díjome mi nuevo pariente : Oye, primo, los galanes no deben vivir sin amor; si quiere galantear una de las mas hermosas damas de Madrid, véngase conmigo. Dicho y hecho, llevóme á una casa donde vivian tres doncellas, una mas firme que otra; dos madres, tres tias, y cuatro criadas; llamábase la mas hermosa doña Angela Serafina de Bracamonte, y celebraba los dos nombres soberanamente, por lo ángel y serafin. No ví en mi vida tan aseada ninfa de Manzanares, emulacion del Tajo, con licencia de las señoras toledanas. Mi primo sirvió de relator en el consejo de Vénus, informándola de mi calidad y persona en el pleito de pretendiente. Inclinóse el tercer planeta á dar oidos á mi justicia, y preguntóme si tenia mas probanza que dar. Díjele que no; pedí libertad, pues me hallaba preso, y respondióme : Por ahora, señor mio, á prueba, y éstese. Entró una criada al dar la sentencia con otra peor, y dijo : Señora, el platero trae aquella sortija de diamantes, ¿entrará ó no? No entre, respondió la madre : bastan las que tienes, niña, sin empeñarme ahora en cincuenta ducados. Parecióme que seria descortesía no pagarlos, y dije : Si mi señora doña Angela quiere favorecerme, con ponerse en mi nombre la sortija me tendré por venturoso haber llegado en esta ocasion. Mi primo dijo : Entre el platero, que yo la suplicaré ciña una de sus diez azucenas, con los tres diamantes. Saqué de un bolsillo los cincuenta ducados, pagué al platero, y fuése, dándome mi dueño un liston verde en pago de la sortija. No tardó mucho de entrar otra criada, diciendo que el lencero traia la pieza de holanda que le habian pedido; la tia dijo que de ninguna suerte la habia de comprar á diez y seis reales la vara, que era muy cara. Yo la dije que tenia necesidad de unas camisas, y gustaria se labrasen en casa. Mi serafin, dijo, si el señor don Gregorio gusta de ello, suba el lencero, norabuena. Entró con cuatro piezas, pero salió sin ninguna, pagándole por ellas mas de cien ducados. Ya yo me tomara en la calle,

dije á mi primo, que temo entre otra moza con toda la puerta de Guadalajara Bien decís, me dijo, basta por ahora. Y sobra, dije yo, acordándome de mí doña Beatriz que en todo el camino de Sevilla á Madrid no me pidió un jarro de agua, con tener al lado la Matorralba, que quitara los dientes á diez ahorcados.

Salí tan sin dinero como enamorado, y acordándome del refran que dice tanto te quiero cuanto me cuestas, le dije á mi primo si era pretension aquella de muchos dias, y respondióme que no se alcanzaban tan brevemente aquellas conquistas, pero que la fuerte batería del tiempo todo lo rendia con el oro, sin embargo que aquellas damas aspiraban á matrimonio. Yo le dije : Si el señor mi primo me hubiera dicho ántes de hacer la visita la palabra del esposo y la esposa, yo me hubiera desposado con mi cordura, y no desposeido de mi dinero. No lo digo por eso, dijo él, dígolo porque estime el señor Guadaña, cuando gozare tanta hermosura, mi cuidado y diligencia. Llegámos á mi posada; comimos juntos; y sin apartarse de mí, sino cuando dormia, me siguió quince dias, mucho mas que mi sombra. En ellos asenté plaza de verdadero amante, galanteando mi nuevo serafin de dia y de noche. Pidióme música, encargándome el secreto, que debia de importar no lo supiese don Cosme, y díjome que fuese única; parecióme que la pedia de una voz. Púseme de ronda aquella misma noche, compré una buena guitarra en casa del Capon, y sin llevar conmigo amigo ni criado, dí con mi cuerpo gentil en la idolatría de mi dama, quiero decir en la calle de los Jardines, donde ella vivia. Hacia la noche oscura, y convidándome el silencio, empecé á rascar la guitarra, y entonar la voz. Yo estaba enamorado, no podia cantar mal : no hube bien ó mal empezado á decir ***Malograda fuentecilla,*** cuando un alguacil de corte, que venia de ronda con su escriba al lado, se llegó á mí, diciendo con voz espantosa : ¿Quién va á la justicia? ¿Quién va á la justicia? Señor mio, le respondí, la justicia se viene á mí, que yo no voy á ella. ¿Quién es? me dijo, ¿qué hace aquí? ¿dónde vive? ¿qué oficio tiene? ¿y de dónde viene? Esto dijo, quitándome la guitarra. Yo le respondí : De Sevilla soy; canto aquí, vivo aquí, y estoy aquí. Púsome la mano en los pechos, diciendo : ¿Sabe que está hablando con un alguacil de corte? ¿Que armas trae? Yo le dije que no traia sino mi espada : parecióle que la llevaria como la guitarra, y quiso quitármela; yo me retiré dos pasos atras, diciendo: Señor Téngase á la justicia, téngase á la razon, y pida con cortesía la capa, pero no la espada, y suplícole me vuelva la guitarra, que yo la rescataré á peso de plata. Esa no llevará, me respondió, recójase á su posada, y agradezca que no le meto en un calabozo. Ellos se fueron la calle abajo (que esta gente no va calle arriba) y yo quedé hecho músico de la legua, sin cantar en el teatro de mi dama.

Fuime á mi posada, dormí lo poco que habia de la noche, y á la siguiente habiendo comprado nuevo instrumento, determiné, á pesar de la justicia, dar mi música. Aguardé á la una de la noche, y sentí que mi Angela se ponia al balcon; empecé á andar en punto con mi guitarra, cuando al primer verso dieron conmigo alguacil y escribano, diciendo : ¿Quién va á la justicia? Téngase á la justicia; y aquí de la justicia. La de

Dios venga sobre tí, dije entre mí, y levantando la voz le respondí : Señor Téngase á la justicia!, ¿quién ha de ir sino un hombre á quien quitó anoche una guitarra ? Con esta serán dos, me dijo. Yo quise sacar la espada, pero no pude, porque sin sentir me rodearon tres corchetes, y el escribano cuatro, y me quitaron guitarra, espada y broquel, diciendo el alguacil : Por vida del rey, que si le hallo otra noche alborotando la calle, que ha de dormir en un cepo. Fuéronse, y quedé tan corrido y afrentado, que no tuve aliento para disculparme con mi dama, que estaba viviendo, como otras muriendo de risa; y al cerrar el balcon dijo : Superior música, y entróse, dejándome, no á la luna, que no habia salido, pero sin ella, que era peor.

Fuí á hablar con mi pariente, y otros amigos suyos que vivian seis casas mas arriba de la de mi dama; contéles mi desgracia, y díjeles que deseara vengarme del alguacil aunque me costase una vara. En el mismo instante que miré la casa, tracé mi venganza : tenia un medio patio con tres altos; compré una garrucha y una maroma fuerte, y de lo alto de la casa, que caia al patio y á la calle, le pusimos yo y mis camaradas cosa de cien quintales de peso : en el remate de la cuerda, que habia de caer á la calle, pusimos un fuerte hierro volteado; este entraba en una argolla, que yo habia de llevar asida en la pretina por las espaldas, de modo que estando asido uno de otro, y soltando el peso de lo alto como tramoya de comedia, volaria una casa. Compré una guitarrilla ó tiple pequeño, y púsele una cinta con un alfiler de á blanca, de modo que asida á las espaldas y dejándola de la mano quedaba colgada en la cintura. Con esta célebre invencion llegó la hora de ponerme asido de la argolla y cordel, y mis amigos en lo alto de la casa para soltar el peso.

Empecé á la una de la noche á tocar el tiple, abrí mi boca para beber en mi *fuentecilla*, y al primer cristal, sentí venir mi alguacil y escribano; Dios nos libre, arremetió á mí el ministro envarado, diciendo : Por vida del rey que ha de dormir con los galeotes el pícaro bribon. Yo solté la guitarrilla, y como mi alguacil me visitase las manos, y no la hallase, empezó con las suyas á abrazarme, por ver si traia armas dobles. ¿Adonde tiene la guitarra? me dijo. ¿Qué guitarra? le respondí, ¿viene loco usted? Yo que sentí el estrecho abrazo que me daba, apretándole fuertemente, dije : Tira. Soltaron mis amigos el peso, y fuimos volando, yo y mi alguacil por la region del aire. El pobre que se vió levantar del suelo, empezó á decir : ¡Jesus mil veces, que me llevan los diablos! El escribano entendió que se lo llevaban, y fué corriendo como un galgo á la calle de Alcalá á dar testimonio que al alguacil N. se lo habian llevado los demonios. Yo, que habia subido á lo alto con mi alguacil, le dije : Hermano, téngase á la justicia si puede, y por ahora apéese de aquí abajo. Soltéle; y dió con su cuerpo, y aun con su alma, en el jardin de la calle, ó por mejor decir en la calle de los Jardines, y quedóse sin decir Dios valme. Yo entendí que le habia despachado de esta vida para la otra, pero no fué así. Quitamos luego la tramoya, dejando raneando á Téngase á la justicia.

Fuimos en casa de doña Beatriz, á quien no habia visitado por los

nuevos amores de mi Angel, y ella, en pago de la rebeldía, estaba con mi juez tomándole residencia; llamamos á la puerta cuatro ó cinco veces, y no respondieron. Yo adiviné la causa, y dije á mi primo y á sus amigos: Esta ninfa está ocupada, si no me engaño; démosle un chasco y sea luego. Fuimos en casa de dos albañiles amigos, y pagándoselo muy bien, les hicimos tapiar la puerta de la calle con yeso y ladrillo, y quedó de piedra y cal, cuanto mas de ladrillo y yeso. Fuéronse los oficiales, y pusímonos frontero de la puerta rebozados, para ver por donde salia el galan de mi doña Beatriz. Amaneció su excelencia la señora Aurora, cuando vimos llegar al escribano y alguacil en busca del juez, y dijo el alguacil Arenillas: No es esta la puerta. ¿Cómo no? respondió el escribano, esta ha de ser. Vive Dios, dijo él, que estamos dormidos, ó que hemos errado la calle. Dieron la vuelta seis ó siete veces, y por mas que el alguacil afirmaba ser aquella la misma calle, no queria el escribano dar fe y verdadero testimonio que era ella. Abrió la ventana la vieja Matorralba; saludó á los dos y díjoles: Entre el señor Arenillas y el señor Torote, que la moza fué á abrir la puerta; fué así, abrió la criada, y dijo de adentro: ¿Quién nos ha calafateado el ojo de nuestra casa? ¿Quién nos ha cubierto y tapiado la delantera de nuestro albergue? Al ruido se asomó mi juez en camisa, y á su lado doña Beatriz. Que me maten, dijo la Matorralba en alta voz, si el soldado no nos ha hecho esta burla. Salimos donde estábamos escondidos, y dando vuelta á la calle llegamos al cerrado albergue: la Matorralba, que me conoció de la ventana, dió aviso al juez. La niña se desmayó, y el escribano y el alguacil nos dieron parte de la bellaquería que habian hecho á la ninfa. Yo les pregunté quién estaba dentro, y respondió el escribano que no podia dar le de lo interior de aquel cerrado alcázar. Alborotóse la vecindad, y algunos vecinos mal intencionados llamaron la justicia para prender la justicia. Vino un alguacil de corte con su escribano; echó la tapia abajo, y por favor me dejaron entrar dentro por pariente de la niña; hallaron al juez perdido de vergüenza, á la ninfa ganada, y á la vieja sin ella; dieran por no haberme visto lo que yo diera por verlos como los ví. El juez habló con el alguacil de corte, y como se entiende esta gente por señas, todo se hizo á gusto de la niña.

CAPITULO VIII.

Cuenta don Gregorio la desgracia que le sucedió con el alguacil Torote, por cuya causa le prendieron.

Parecióme que habia tomado satisfaccion bastante de doña Beatriz y el alguacil de corte, de quien supimos aquel dia que estaba para dar su alma al Criador. No me dejó de dar cuidado por los muchos testigos que habia sobre el caso; pero en fe de ser cómplices todos se sosegó mi espíritu. Su-

cedióme un dia en la calle Mayor que ví en una de sus tiendas una dama de tan buen talle que me llevó los ojos. Estaba comprando niñerías de cabeza, que no son pocas, y alzando el manto, vino de repente un relámpago de luz tan fuerte, que me turbó la vista. Yo habia menester poco para olvidar una y querer otra, gala de que se visten los buenos cortesanos, cuando empezé á ofrecerla toda la calle Mayor, cuanto mas la tienda menor. Hízose de rogar, pero como no hay mujer que no guste de recibir, y todas son de tomar, bastó el ofrecimiento para empeñarme en treinta escudos, que se iban á las mil maravillas, y las letras cobradas mejor. Supliquéla me dijese su casa, y díjome que era casada y no convenia; eché de ver entónces que era desgraciado en no preguntar primero; sin embargo no quise perder ocasion de verla, pedíle me señalase sitio, y concedióme el Prado; bien le merecia por ser tan liberal; no dí parte á don Cosme de mi nuevo empleo, y no pasaba dia que no tuviese dos querellas, una de doña Beatriz y otra de mi Angel, á quien iba á visitar por cumplimiento, por parecerme larga la pretension, y lo peor por haberme pedido por esposo, cosa que yo aborrecia tanto.

Llamábase mi tercera dama doña Lucrecia Luzan, y su criada me aseguraba, á pesar del marido, todo buen pasage, porque su señora, decia ella, se habia enamorado de mi talle, liberalidad y cortesía. Preguntéle qué oficio tenia su amo; y respondióme: ¿Usted pretende el oficio, ó la señora del oficio? Calle por su vida, pretenda para alcanzar, y pregunte para ignorar, que le conviene: ponga esta fortaleza en mis manos, que yo daré con ella en suelo. Paguéla la buena esperanza, que así se llamaba, y no reparé en mi locura, pues á lo que pareció despues, el marido de la señora Lucrecia era (no Tarquino) sino el alguacil Torote, ministro de mi juez.

Continué quince dias en mi pretension, sin ir á su casa por no encontrar con Tácito; hablábala en la calle, rondábala de noche, sin música, acordándome de Téngase á la justicia, si bien estaba cada dia mejor. Llegó la hora de rendirse este fuerte, y díjome que no podia verla en su casa á causa de su marido, á quien como dicho tengo no conocia, ni queria conocer, por lo bien ó mal que me dijo la criada. Díjela que en mi posada la podia hablar seguramente; parecióle bien, y una tarde con todo secreto la coloqué en mi cuarto. No bien habia entrado, cuando mi criado me dijo que mi primo me venia á ver; cerré la dama por defuera con intencion de volver luego, cuando veo á mi Angela y sus hermanas tirarme de la capa, diciendo: Oye, galan, véngase por aquí arriba, que tenemos que hablarle. Llegó mi primo, y dijo: Estas damas os acusaban la rebeldía, á Dios. Fuése, y dejóme entre ellas, que fué lo mismo que entre dueñas. Una me decia: Es un ingrato; otra: Es un vil caballero; otra: Es un fementido galan; y entre aquella, esta y la otra, me llevaban poco menos que á galeras, pues iba forzado.

Parecióme que seria imposible volver á mi posada, y dábame mucho cuidado la ausencia que hacia doña Lucrecia de su casa, que me certificaba ser el marido el zeloso estremeño, y le temia como el diablo, y aun mucho mas. Con este pensamiento busqué mi criado, para darle la llave,

y no le hallé; pedí licencia para irlas siguiendo á la deshilada y no fué posible; deparóme le fortuna, al llegar al corral del Príncipe, al alguacil Torote, marido de mi encerrada dama; como no le conocia por tal, apartéle á un lado, y contéle mi desgracia, suplicándole fuese á mi posada para sacar de ella á mi dama, por lo que importaba á su honor y el mio, disculpándome de no volver á ella, por ocasion de cierto embargo que la justicia babia hecho en mi persona. Él me dijo: Ya entiendo, descuide el señor don Gregorio, que todo se hará como dice. Fuése en mala hora á poner por obra su desgracia y la mia, pues abriendo mi cuarto, y viendo dentro su propia mujer, la dió cuatro puñaladas zelosas, y dejándola por muerta se salió de la posada, y me fué á buscar para hacer lo mismo.

Alborotóse la casa, y juntamente la vecindad, y hallando el horrible espectáculo, se dió parte á la justicia; escapóse mi criado de ella, y vino á buscarme á casa de doña Angela: yo cuando lo supe quedé sin juicio, no pudiendo adivinar lo cierto del caso; salí sin dar parte al orígen de mi daño, y fuí á buscar á mi primo; no lo hallé, y como todo el mundo está lleno de soplones, y los malsines son cañutos de mayor esfera, no faltó quien me llevó la justicia á casa de don Cosme. Pusiéronme en la cárcel á mí y á mi criado, adonde pagamos, yo lo que no babia comido, y él lo que no habia solicitado.

CAPITULO IX.

De lo que le sucedió á don Gregorio hasta salir de la cárcel.

Vínome á visitar á la cárcel el juez, y dióme cuenta de toda mi desgracia, que aun yo no la sabia: díjome como su alguacil Torote era marido de mi dama, pero que estaba con esperanzas de vida, y como mi amigo venia á solicitar mi libertad. Echóse de ver, porque á otro dia de mi prision, el primero que vi en ella fué mi juez. Agradecíle con grande afecto el zelo que tenia de noble, como lo era, y dándole parte de mi inocencia, empezó á tomar la mano en el negocio, y como persona que entendia tan bien las criminales causas, hizo la mia tan civil, que á no meterse de por medio vacaciones, me dieran en fiado los señores de las garnachas. Doña Lucrecia, aunque del todo no estaba fuera de peligro, estaba fuera de alguacil, que no era poco. No pareció Torote en dos meses por mas diligencias que hizo mi juez en buscarlo para acomodar el negocio, y hacer las amistades. Vínome á visitar doña Beatriz, la Matorralba, el escribano y toda la compañía que vino conmigo de Sevilla. Mi buen primo mostró serlo, porque me comia un lado aun en la misma cárcel. Quien no hizo caso de mí, fué doña Angela Serafina de Bracamonte, y estando un dia paseándome con mi juez, vino su criada, y dióme un papel, es-

crito de la mano de su señora; abrile, y vi que venia armado de los versos siguientes:

Mi don Gregorio Guadaña,
Falso Tarquino andaluz,
Que por gozar á Lucrecia,
Fuiste romano gazul.
Dícenme que la señora
En tu cuarto, á poca luz,
De cuatro puñaladitas
No pudo decir Jesus.
Si el señor Tácito andaba
Caminando con su cruz,
Dejárasle descansar,
A sombra de su salud,
Si la señora Lucrecia,
Tendida como un atun,
Por dar Torote á Jarama,
La dió Torote capuz.
Sepa que todo instrumento,
Matrimoñado laud,
No canta todas las veces,
El tono del ave cú.
Cerrar ninfas y dar llave,
Solo un guadaño avestruz,
Hijo de la misma parca,
Puede ejercerlo en tolú.
Fuiste malsin declarado
Do un serafin Boquirú.
Violando con la justicia
Todas la perlas del sur.
Lindo alcaide nos ha dado
La comadre de la Luz,
Pues dió la llave del fuerte
Al brazo de Bercebú.
Por tu vida, dueño mio,
Que te vuelvas á Adamuz
A ser médico, pues eres
Examinado en Corfú.
No son zelos por tus ojos
Uno pardo y otro azul,
Sino amor, porque me fino
Por galanes como tú.
Avisame si á Lucrecia
Se le ha restañado el fluz,
Y si se pasa Torote
Por el vado del Perú.
Camisa tienes, mi alma,
Si has de aforrar el baul,
El ginete de gaznates
Te la vista con salud.
Dios te libre de las cuerdas
De ese músico tahur,
Y si las tocares, canta
Milagros de tu virtud.

Díjele á la criada: Amiga, dile á tus señoras que estimo el favor de las musas; si quieres llevar la respuesta, aguarda, que brevemente te despacharé. Hízolo así, y despidiéndome del juez, la dije la respuesta en estos versos, que leyó su ama en presencia de mi primo:

Mi doña Angela del Monte,
No braca, mas serafin:
Primera estafa de Vénus,
Segundo logro de abril.
Hechizo de Manzanares,
Y no de Guadalquivir,
Dulce emulacion del Tajo,
Ninfa en sus aguas gentil,
Si Tarquino de la legua
Por ver á Lucrecia fui,
Mas vale perder un reino,
Que serlo de medellin.
Tu celestial hermosura
Para matrimonio vi,
Mucho signo en poco dote,
No ha de pasar ante mí.
Soy mucho para marido,
Y no he de poder sufrir
Una visita del Pardo,
En fiesta de Balsain.
Por tu vida, mi zeñora,
Que marides por ahí
Un boquirrubio de sienes,
Pues hay en la corte mil.
Dale la holanda, mis ojos,
En mi nombre á Juan Paulin,
Y matízala primero
De algun palomo turquin.
No me quieras por esposo,
Que descubro zahorí

A cuarenta y nueve estados
Un perro de un florentin.
Soy Guadaña, y soy Torote
El estremeño alguacil,
Y te dejaré sin alma
Mi doña Angela en un tris.
Todo lo que no es marido
Me puedes, mi bien, pedir;
Porque tu mina merece
La plata del Potosí.
Aconséjate con mamá
Y mira si podré ir
Por galan de Meliona
A la córte de Madrid.
Si me coges entre puertas,
He de ser, si digo si,
Un conde de Carrion
Infausto yerno del Cid.
Holguémonos como manda
El arancel de Merlin,
Tú pidiendo á todas horas,
Y yo dando sin pedir.

Díjome mi primo que apenas acabó de leer doña Angela los versos, cuando dijo la madre : ¿Qué queria el bribon de don Gregorio? ¿gozarte y dejarte? ¡malos años para él! En verdad que si pretende llevar la flor de tu hermosura, que ha de ser con título de esposa, y esposo al uso. ¡O qué lindo descanso! ¿queria llevarse lo mas precioso de una doncella, por cuatro varas de holanda y tres diamantes? No se verá en eso; amanse la cólera, ó váyase á galantear las señoras sevillanas, que las de Madrid mas ganan con un marido que con una docena de galanes; por vida de don Cosme que diga á ese pícaro de don Guadaña, que no me entre por estas puertas, porque si entra, por vida de Angelica, que lo mande cargar de leña sin ir al monte. ¿Qué pensaba holgarse sin matrimonio? está engañado, no merece descalzar á doña Angela, cuanto y mas calzarla. Yo le dije que tratásemos de mi libertad, y luego hablaríamos sobre aquella materia, tan postema para mí. Estando en esta plática, entró el alguacil Téngase á la justicia, arrimado á un báculo, tan flaco y amarillo que parecia la muerte. Todos empezaron á decir : Ola, aquí viene el alguacil á quien llevaban los diablos la otra noche, y le soltaron por haber dicho Jesus en la media region del aire. Otro decia que no es eso, sino que por tiempos está endemoniado este alguacil, y juegan con él á la pelota los diablos. Otro decia : Callad por vida vuestra, que nada de eso pasó, sino que unos enemigos suyos lo volaron por tramoya y lo soltaron sin ella. Yo entendí que me venia á embargar, pero engañéme : habló con el alcaide, y fuése. Perdonéle el susto por la brevedad con que se volvió á su casa en una silla de manos, y ganéme un millon de bendiciones, porque al entrar en ella decian los presos : Bien haya el alma que te mancó, verdugo de los pobres y estafador de los ricos. Otros decian : si fueron diablos, tuvieron buen gusto, y si hombres, lindo entretenimiento. Entró en este estado mi juez, con el mandamiento de soltura, por estar doña Lucrecia fuera de todo peligro; echéme á sus piés, en señal del ordinario agradecimiento; pagué mi prision, que hasta el tormento se paga, y salí de la cárcel con no poco recelo del alguacil Torote, que no parecia en toda la córte, por mas diligencias que se habian hecho. Dieron por libres á mi huéspeda y otros criados de su casa, que andaban á monte, constándoles á los señores de la sala estar inocentes, y habiéndose presentado el mismo dia. Costóme la burla mas de doscientos escudos, y si no estuviera el juez de por medio, me costara dos mil.

Mudé posada por parecerme conveniente, y llevóme mi primo á la suya, entretanto que se buscaba otra con mas comodidad. Hallé en ella á la Matorralba y doña Beatriz; y entró luego mi Serafina de Bracamonte. Miráronse las dos á orza, y dijo doña Angela: Reina mia, ¿es vuesa merced hermana del señor don Gregorio, porque se parecen? No, señora, respondió doña Beatriz, soy su cercana deuda por parte de Vénus, y vengo á saber de su salud. Pues excúselo por ahora, dijo mi Angel, que está el señor don Gregorio tomado para palacio. ¿Cierto? replicó doña Beatriz, riéndose. Ciertísimo, respondió doña Angela. Y mi sevillana dijo: Pues crea la señora cortesana tendrá el palacio tan lleno de gente, que no quepa don Gregorio en él. Parecióme que aquellas señoras me armaban otra para dar conmigo otra vez en la trena; metí paz, y cada una se fué á su casa, favorecida de mi cordura, que aunque no la tenia me preciaba de tenerla, y el daño estaba en la confianza que yo tenia de mi persona, tanto de galan como de discreto, virtudes que no conocí en mi vida.

CAPITULO X.

De lo que le sucedió á don Gregorio con los amigos de don Cosme y el juez.

Parecióme andar acompañado, por asegurarme de Torote. Visité á doña Lucrecia, y dile bastantemente con que reparase su desgracia, que siempre me precié de agradecido. Busqué los amigos de don Cosme, y el uno de ellos llamado Pablillos, por mal nombre, habia reñido con otro de la misma cuadrilla, á quien llamaban Sebastianillo el malo, medio rufian, y caco por naturaleza; si bien, por no tener que hurtar, andaba con la boca abierta robando el aire. Díjome Pablillos que lo habia de matar, aunque supiese pernear en la de palo; vile tan rematado que me obligó á decirle que yo le daria de palos una noche por despicarle: otorgó el partido, y otro dia por la mañana saqué mano á mano á Sebastianillo por la calle de Atocha, y díjele como su enemigo estaba resuelto á matarle por cierto agravio que habia recibido por su mano; pero que por excusar una desgracia, le habia reducido á que fuese su amigo, con calidad que yo le habia de dar de palos en su nombre; que se sirviese de aguardarme aquella noche á la puerta de su casa, que yo haria la plataforma de Palermo, con lo cual él quedaria sin palos, Pablillos vengado, y yo gustoso de haberlos hecho amigos. Estuvo un poco suspenso ántes de soltar el sí, pero en fe de nuestra amistad, dijo que recibiria los palos de veras, cuanto mas de burlas. Despedíme de él, y di cuenta á Pablillos de como aquella noche sacaria á limpio su honra.

Busqué un garrote acomodado, púseme de ronda, y fuí á las nueve de la noche con Pablillos á dar fin al duelo. Habia mi Sebastian mudado de

parecer, y en lugar del beneficio que le queria hacer, me tenia la justicia en su casa, para salir al primer golpe y prenderme. Fué así, llegué á levantar el palo, y dió conmigo un primo hermano de Téngase á la justicia, con su escribano, diciendo á voces que venia á matar á Sebastianillo á su casa. Agarróme un corchete, y el alguacil dos, y como si fuera el mayor ladron del mundo, así me llevaban por la calle, quitándome la espada, y llevándose el garrote por testigo. Al llegar á la de Toledo, procuré ser Sanson contra aquellos Filisteos, dí dos golpes al escribano en la boca del estómago, y vino á tierra; al alguacil le solté la capa, y al corchete la pretina, y con mas ligereza que ellos diligencia, me puse en mi posada. Salió mi criado á recibirme, y admirado de verme gentilhombre de á pié, me preguntó si me habian capeado algunos ladrones; yo le dije que sí, y era verdad. Púseme nueva librea, y llevéme debajo de la capa un garrote de tres palmos y medio, algo mas seguro que el primero, con intencion de suplicar á mi Sebastianillo, que pues no habia querido recibir los palos de burlas, los recibiese de veras. Tomé la espada y daga de mi criado, y con mas cólera que atrevimiento, me fuí á su casa. Hacia la noche calurosa, y estaba el pícaro sentado en una silla á la puerta, tomando el fresco, pero como le faltaba abanico, llegué con el de encina que traia en la mano, y dile una docena de palos, salvo error de cuenta, tales que bastaron á tenderle en el suelo, y sacando la daga le dí un chirlo de cosa de diez puntos cirujanos tan malos, que ninguno se los quitara por el tanto. Él quedó como merecia, y yo me fuí como deseaba, quedándome tan liviana la mano, que podia volar con ella. Encontré con mi Pablillos que habia puesto piés en polvorosa, cuando vió la justicia, y dándole parte de su desagravio y el mio, empezó á danzar de alegría y canonizóme por uno de los mas valientes hombres del mundo, y yo me lo creí por la vanidad que traia en los cascos, de haber salido tan bien del suceso referido. Fué conmigo hasta dejarme en casa de mi primo, y fuése.

Dentro de una hora vino á buscarme el juez con un hermano suyo, algo turbados y aun demudados de color, y dijo el juez que le importaba mi persona aquella noche para un caso de honra, que le hiciese gusto de ir en su compañía. Hícelo así, y díjome saliendo á la calle como por aquella parte solia venir la comadre de la reina, á quien venian á buscar para un lance forzoso. Yo entendí que estaba doña Beatriz reventando por parir, y díjome: No es eso, amigo, es negocio de honra. ¿Honra dijiste? Enmudecí, y él prosiguió diciendo: Es necesario que los tres nos pongamos estas máscaras, para no ser conocidos; por vida del señor don Gregorio, que calle á todo lo que viere, que no estoy para darle cuenta de mi desgracia. Pusímonos las tres carántulas, y quedamos matachines de honra. Serian las dos de la noche, cuando por la red de San Luis vimos venir hácia la puerta del Sol la comadre de la reina, en un machuelo con su criado detras. Acordóseme de mi madre, por las muchas veces que solia venir á tales horas de la misma manera. Llegamos á ella, y díjola el juez: Apéese usted, y véngase con nosotros, que le importa la vida. La pobre quedó muerta cuando la bajamos del machuelo, y lo en-

tregamos al criado, diciéndole que se fuese á su casa, lo que él hizo de buena gana. Señores, dijo la comadre, ¿dónde me llevan? El juez respondió: No tema, que no ha de recibir agravio de ninguno, sino mucho beneficio y provecho. Vendámosla los ojos, y quedó la pobre verdadera comadre del tacto. Yo la dije: Madre mia, aquí lleva el amparo de todas las comadres del orbe; sosiegue su espíritu, y crea que la fuerza de la honra nos obliga á ser descorteses. Ya estoy en el caso, dijo ella, entendí diferente; guien donde llevaren gusto, que las mujeres de mi oficio estan sujetas á semejantes fortunas. Anduvimos con ella rodeando catorce calles, y llegamos á una casa principal, cuya escalera subimos, y dimos en una sala, aderezada á lo grave, y tanto que levanté dos puntos al instrumento de la honra.

Quitamos el velo á la comadre, y llevónos el juez á una alcoba, donde estaba recostada, sobre un riquísimo catre de la India, una dama cubierta con un cendal blanco, dando unos dolorosos suspiros, tan bajos como altos los pensamientos de donde salian. Las blancas manos parecian grupos de blanca cera, y de los rayos que salian por el velo se podia bien colegir el sol que se ocultaba en lo diáfano de aquella nube. El juez dijo á la comadre: Amiga, haced vuestro oficio; mirad si esta mujer está pronta al parto que se espera. Salímonos los dos á la sala, y quedó el hermano de mi juez con la comadre, la cual salió luego, y dijo á nuestras máscaras (que nunca nos las quitamos hasta que se fué) que aquella señora estaba despacio, y que á su parecer no podia parir en dos horas; que trujesen ciertos medicinales ungüentos que habia menester, y sin salir de casa ya los tenia en la sala. Volvió á tentar el puerto de la humana generacion, y dentro de una hora llegó á salvamento un bajel, no galera, tan hermoso que parecia no haber tenido tormenta en el mar de la vida. Fajó la comadre la dolorosa hermosura, y oíle decir: Amiga, encomiéndeme á Dios, que estoy en grandísimo peligro: lastimóme el corazon, y determiné poner remedio en la desórden que sospechaba. Serian las cuatro de la mañana, cuando por los mismos pasos que habíamos traido la comadre la volvimos á llevar, despues de haber puesto el infante como manda la ley de naturaleza. El juez la dió en un bolsillo veinte doblones, encargándole el secreto, que aunque no sabia la ocasion, conocia la parte; quiso ser diligente en la inteligencia; ella se fué á su casa, y nosotros nos volvimos á la de la parida, donde me sucedió lo que se verá en el capítulo siguiente.

CAPITULO XI.

De lo que le sucedió á don Gregorio con el juez sobre el suceso del antecedente capítulo.

Llevóme el juez á una sala con grande secreto, y díjome : Amigo y señor, las leyes de la honra son difíciles de guardar, aunque los honrados se desvelen por su verdadero cumplimiento; pues mal puede un noble gobernar las acciones que no penden de su albedrío : pero el mundo, que puso el meromisto imperio del honor en una mujer, nos obliga á que pasemos por este errado camino; en cuyo áspero monte tantos se perdieron ó despeñaron. Esta señora que habeis visto ser horrible esperanza de la muerte, es una infeliz hermana mia, á quien por su flaqueza salteó la amorosa llama de la tercera estrella, abrasando con ella todo el lustre de su honrado nacimiento. En ella puso el cielo el gusano y polilla de nuestro linage; pues con no vista libertad, enamorándose de un criado suyo, le entregó las llaves de su honor, sin reparar en la deshonra que podia venir á sus deudos : la desigualdad es tanta que me corro de decirla, y así basta entre los diestros señalar la herida, si bien yo la he descubierto tanto, que solo nuestra amistad puede ser fiadora de su secreto. Considero que os parecerá rigor ajar en su verdor esta rosa; ¿pero quién podrá perdonar por una vida tantas como han de morir, viviendo la que fué causa de su muerte? ¿Quién duda que saliendo á la plaza del mundo mi infamia, me murmuren de poco cuerdo, y me noten de menos avisado? ¿Quién duda que sea esta mujer una ruina de mi honrado pundonor? pues cuando no case con el agresor del delito, que es el menor daño que me puede venir, quedo sujeto á otro mayor, que cuando una noble mujer se pierde á sí el decoro, no hay riesgo que no atropelle, ni infamia que no ejecute. Si lo callo, me pierdo; si lo digo, me afrento; si la caso, me deshonro; si la olvido, me acobardo; si la guardo, me engaño; si la ausento, me arruino; si la perdono, me ofendo; y no menos que con su muerte, sepulto su flaqueza y remedio mi honra. Por otra parte considero que no me concedió poder el derecho divino sobre una fragilidad tan comun como tiene el sexo femenil; y que no puedo ni debo, por una vanidad de la honra, quitar la vida á quien puede repararla con el matrimonio. Mas esta bien fundada razon la derriba el honor del siglo, pues se ha tomado tanta licencia, que predomina sobre las leyes justas de la naturaleza. Concluyo, amigo, con decir que si el amor me detiene, el honor me irrita; si el cielo me amenaza, el mundo me defiende, si la sangre me ata, el agravio me suelta; si el rigor me persigue, la honra me atormenta; y finalmente que su pecado y el mio luchan el uno con el otro, por subir á lo

eminente del delito, ó para bajar al abismo de la culpa á recibir el debido castigo que merecen.

Díjele ántes que alegase mas razones en favor de la venganza: Señor don Fernando de Salcedo (este era su nombre), pésame que para una trágica accion os hayais valido de mí, porque os quisiera lisonjear la pena con el olvido, anteponiendo á vuestro honor todo secreto; pero considerando que me trujistes como parte interesada en vuestra reputacion, aunque no me pidais consejo, os advierto que los mas discretos se pierden en estas materias, por la violencia con que la ira enciende la imaginativa, oscurece la memoria y daña el entendimiento. Confieso que el yerro de vuestra hermana ha sido costoso para vuestra sangre, ¿mas quién se puede librar de la mancha comun del pecado, ora sea por flaqueza de fe, ora por anticipacion de la Venus, ó por codicia de los humanos bienes? La tela fragil de naturaleza se salpica aun de los mas castos pensamientos, y no tiene tantas partes de armiño cuanto su ámbito ocupa de lunares feos. No apruebo, amigo y señor, á sangre fria la muerte, en quien os ha de llevar la mejor parte del corazon. Si este delito estuviera en los vulgares aplausos, en las maldicientes lenguas de los enemigos, aun tenia el duelo de la honra mas fuertes razones con que atropellar el derecho divino; pero cuando no ha salido la culpa de los umbrales de vuestra casa, es razon que le valga el arrepentimiento; es justo que le ampare el secreto; notando que si con la vida no se guarda, menos se guardará con la muerte: pues es cierto que la sangre de esta inocente, que sí lo es quien se dejó llevar de los engaños de amor, clama contra su misma sangre; y si con la vida la honra habia de blasonar de la duda, con la muerte no podrá alentar de la venganza. En vano la desigualdad que decis impone tributos á la prudencia; si el agresor del delito natural es indigno de la nobleza de vuestra casa, advertid que no será ese el primer golpe que ha recibido el cuerpo de la nobleza, y en los que le puede dar la fortuna, ninguno puede ser mas leve que el vuestro. No ajeis con los pálidos movimientos de la muerte esta rosa; no arranqueis al primer fruto este árbol; no derribeis á la primera vista este edificio; no mateis al primer vuelo del nido esta paloma: no sepulteis en el abismo de la crueldad esta hermosura. No seais homicida de vos mismo, no alcanceis nombre de cruel en vuestra misma sangre, que mas vale errar por piadoso que acertar por riguroso. Cuerdo sois, las leyes del mundo no han de poder mas que las divinas. Vuestra hermana no es vuestra esposa, para que os obligue la verdadera honra á lavar con sangre el agravio cometido. Conventos hay donde toman puerto divino estas borrascas; olvidos donde se aseguran estos objetos; casamientos donde se cubren estas faltas; y tierras donde se mudan estos delitos. No podeis negar que el infante recien nacido no sea vuestra sangre, aborrecerle por la culpa de su madre no es de nobles, es de fieras: ¿pues como quedará vuestro corazon cuando vea el retrato del original que rasgastes? no hay duda que os consuma los vitales espíritus aquella fuerza de imaginacion agitada de la ira y alentada de la venganza. Algo se templó mi juez con las piadosas razones que le dije, encaminadas á la

defensa de su hermana; y resolvióse á poner por obra mi consejo, anteponiéndole á las rigurosas leyes de la honra, materia que pedia mayor retórica y mas tiempo. Agradecile con un estrecho lazo de amistad el honor que me hacia, y dando á criar el infante recien nacido, se puso el debido secreto á su desgracia.

Diez ó doce dias anduve en compañía de mi juez, y llevóme á una academia cuyos ingenios admiraban el mundo con sus locuras. Yo me preciaba de poeta culto, lírico, cómico y heróico, los cuatro vientos de las musas. Habia todas las noches nuevos asuntos, y entre los ingenios habia uno tan preciado de ridículo como de loco. Servia de entremes á las burlas, y de farsa á las veras. Dióse un asunto celebrado por nuevo, si bien todos lo son cuando se aciertan á escribir. Este fué que una dama sentada en su cama, queriendo dar á sus blancos piés el velo de nácar, ó hablando culto, calzarse los coturnos, se desmayó de ver su amante, que impensadamente la cogió con el hurto en los piés, como otros en las manos, á cuya desmayada hermosura se dijeron los sonetos siguientes:

En un catre de nieve colocada
  Con sus diez azucenas Amariles,
  Nevando mayos, floreciendo abriles,
  Flora viviente fué sobre la almohada.
La nieve en los coturnos abrasada,
  Adorada por términos gentiles,
  Ardia en sacrificios juveniles,
  Sobre el ara de Vénus consagrada.
Pisaba Apolo la luciente esfera
  Por gozar los descuidos de su dama,
  Haciendo de sus rayos vidriera;
Violo el honor, y por guardar su fama,
  Transformando la diosa en blanca cera,
  Fué el desmayo laurel; Dafne la llama.

Nuestro ridículo poeta dijo el que sigue:

Calzábase Amariles los coturnos,
  Y amor que los miró por alambique,
  Mas tierno y derretido que alfeñique,
  Los ojazos abrió casi diurnos.
Iba el ladron contando por sus turnos,
  Desde el dedo mayor hasta el meñique.
  Y si otro fuera, me la diera á pique;
  Que amor sabe jugar cientos nocturnos.
Violo la ninfa, y disparando un rayo,
  Délfico sol, tercero de un cuanto,
  La dió sin mas ni mas cierto desmayo:
Pero el cobarde amante hijo de un puto,
  Saliéndose, mirándola al soslayo,
  No quiso hacerla Porcia, siendo Bruto.

Yo, que me preciaba de poeta medio culto, dije:

La diurna Amariles, por el rumbo
Fatal, del venatorio bamboleo,
Donde el fogoso campo de Himeneo
Sirve palestra al patpitante tumbo,
El coturno de nieve, no de chumbo,
Derrite en el Vulcano giganteo,
Y si amor se preciara de pigmeo,
Títere pareciera en el columbo.
Vénns, qne en tales actos no se zumba,
En lengua erasma, articulando á Erasmo
Habló la gatomaqnia gatatumba.
Dióie al hijo de Chipre el asma ó asmo.
Y ella revuelta en holandesa tumba,
Tuvo gota coral de pasmo á pasmo.

Como no faltan poetas ridículos, otro académico dijo el que se sigue:

En Tirias tersas de purpurea pompa,
Amariles deidad colura campa,
Y unos talares de cristal se zampa,
De Vénus alma, de Mercnrio trompa.
Sin temer que un mosquito la interrumpa,
En fuegos sulfureantes ampos ampa;
Cuando su ninfo su cotnrno estampa
En el que Adonis, jabalí se rompa.
Colúmbralo la diosa medio zamba,
Y queriendo imitar á la hecatomba,
Extiende helante la cerulea gamba,
Suspiros gira por luciente bomba,
Y el hijo propio del nocturno Bamba,
Cuadrupedantes rayos le rimbomba.

Otro poeta dijo al mismo asunto este romance:

Calzábase los coturnos
Con mucho descuido el sol,
Que tambien se calza el dia
Sus dos medias de color.
Cuando la bella Amariles
De su oriente despertó,
Y con la luz de sus ojos
Sus nevados piés calzó.
Colocada en una almohada,
Con diez azucenas dió
Sepultura á diez jazmines;
Rayos sí, del niño Dios.
Su descuido dió cuidado
A un nuevo Adonis poltron,
Que viendo abrasarse el dia,
Con mucha flema se heló.
Divisó por las columnas

Donde Hércules no llegó,
Todo el imperio de Vénus,
De quien pudo ser harpon.
Miró en dos ejes partido
Todo Chipre, donde amor
Jugó cañas tantas veces
En torcido caracol.
Parecióle al pobre amante,
Que aquel jardin se cerró,
Y ni aun con llave maestra
A abrirlo no se atrevió.
Como un amante de plomo
Paso á paso se llegó,
A ver trozos de cristal
Arder en fuego menor.
Alzó Amariles aquellos
Soles sí, luceros no,
Y con un eclipse templado
Todo el orbe sepultó.

Volvióse la academia capítulo de jácaras, adonde los senadores de las musas jacarandinas se ponian á juzgar los pleitos de la vida rufiana. Entre ellos habia dos hijos de esta ciencia; el uno se llamaba Añasquillo de Toledo, y el otro Ectongo el de Talavera, y contábase el uno al otro su vida y milagros en estos versos:

Contando está sus araños,
Como si fuera moneda,
Añasquillo el de Toledo
A Ectongo el de Talavera.
Escúchame, amigo mio,
Confesaréte mis rentas,
Y si no absolvieres dudas,
Oyeme de penitencia.
Seis años ha que me puse
A garduño en esta tierra,
Examinado de caco
En la vera de Plasencia.
Yo y Colmenar competimos
En ajustar una reja,
Multiplicando guarismos
Sobre el libro de una puerta.
En menos de cuatro mayos,
Como si fueran ovejas,
Trasquilamos en camino
Muchas personas de cuenta.
Saqueamos en la Palma,
Poco menos de doscientas,
Que para reses perdidas
Se hicieron nuestras tijeras.
Partimos esta ganancia

En la vega de Antequera,
Y si no fuera por mi
La partimos en galeras.
Con todo nos dieron caza,
Y fuimos sobre conciencia
Presentados en la cárcel
Sin bendicion de la Iglesia.
Allí conocí tus mañas
Apretándote las cuerdas,
Siendo confesor de azote,
Por ser mártir de la penca.
Dícenme que tu gaznate
Ha probado á la gineta,
Muchos hombres de dos caras
Testigos de tu destreza.
En la selva Caledonia,
Y laberinto de Creta,
Fuiste robador de Europa,
Y otro Paris de tu Elena.
Acogístete á sagrado,
Al pié de Sierra Morena,
Con la Julia á la italiana
Y la Octavia á la francesa.
Ya te conocen en Flandes,
En Corfú é Inglaterra,
Por soldado del araño,
Pues como gato peleas.
Pareciéramos los dos
Colgados en una entena,
Fruta de pagar delitos
Que madura estando seca.

Dieron fin á la jácara, por gozar de la comodidad de cierta carroza, que nos aguardaba á mi y al juez, con dos amigos que en ella venian para ir á cierta casa, de que haré mencion adelante. Yo dije entrando en ella que no habia descanso y comodidad mayor para la vida humana como la de un coche : y respondió mi juez : Por cierto, señor don Gregorio, que tuvo poca razon Demócrito en poner la felicidad del hombre en reir, Heráclito en llorar, Platon en la virtud, Aristóteles en el honor, Filon en el amor, y otros muchos en diferentes acciones y virtudes. Si ellos dijeran que no la hay mayor que la comodidad de cada uno, anduvieran acertados, y no niego haber en el mundo verdad, justicia, razon, virtud, misericordia, amistad, limosna, honra, caridad, templanza, fortaleza, prudencia y sabiduría; pero ántes que se ejecuten todas estas morales y políticas virtudes, entra primero la comodidad de cada uno. Porque el hipócrita adquiere santidad por malos medios, siendo mártir del demonio; pero toda esta santidad fingida no es ejecutada sin que primero la comodidad tenga su imperio en la misma hipocresía. En el vientre de la madre la busca el hombre, pues, despues de haberse hallado

nueve meses en el albergue natural, rompiendo las túnicas que le cubrian, sale á buscar la comodidad del aire. La madre hace lo mismo, pues para eximirse del dolor que la oprime, arroja el hijo por su comodidad á los umbrales de este siglo, y apenas respira cuando la busca con los labios, y obrando con la razon no hay deleite que no anteponga á toda virtud. Si está enfermo no hay doctor que no busque, remedio que no tome, pesar que no divierta, dolor que no reprima, tirando al remedio hasta alcanzarlo, y cuando no lo puede conseguir busca la muerte, la cual sirve de comodidad al hombre, cuando los dolores no admiten humano remedio. Los jueces, primero que lo seamos, buscamos no ser juzgados de otros, y primero adquirimos comodidad propia, que busquemos á la justicia la suya. Los señores de titulo primero la buscan para la conservacion de su estado y personas, despues entra la liberalidad y la nobleza. Hasta el culto divino la tiene para ejercer sus oficios espirituales, en sus primicias y rentas eclesiásticas; despues entran el amor, la caridad, la doctrina, el celo y fervor espiritual. El hombre mas amigo de la honra mira primero el provecho que ha de sacar de ella, y á veces no es todo virtud el conseguirla, porque la honra sin comodidad propia nunca fué buena, aunque lo sea. Todos los oficios de la república procuran la perfeccion de la obra, pero primero su comodidad; despues entran el trabajo, la manufactura y la perfeccion del arte. El que se halla incapaz del siglo busca su comodidad primero, y aunque sea para servir á Dios, pone la mira en su comodidad; despues entran la abstinencia, la disciplina y la obediencia. El que nació de ánimo humilde, hallándose incapaz para la guerra, procura su comodidad, buscando los oficios que tienen menos riesgo de la vida; despues entra el agradar á los superiores. El que salió al mundo con muchos espíritus vitales, busca la comodidad de la guerra para su descanso, y ántes de pelear mira si puede hacer presa en el amigo ó enemigo, si le pagan ó no le pagan; si le honran ó no le honran; despues entran el valor, la valentía, el ánimo y el esfuerzo militar. El amor del padre para con el hijo la busca en engendrarle, y el amor del hijo para con el padre en heredarle. La mujer que mas ama y quiere á su marido mira primero su comodidad en la dote, por ser los bienes de fortuna en la mujer de mas amparo que en el hombre. El sabio la busca en la adulacion, el mercader en la usura, el escribano en la pluma, el labrador en la nube, el tahur en la flor, el cortesano en la lisonja, el malsin en la traicion, el ladron en la noche, el homicida en la sangre, la doncella en la esperanza, la viuda en el mongil; y todos, ántes de ejercer lo útil de su estado, le tienen librado en la comodidad y conservacion del individuo.

Aquí llegaba el juez con su discurso cuando se apearon los tres, y me dijeron no saliese del coche, porque iban á ver si yo podia gozar de la conversacion de ciertas ninfas. Hícelo así, y apenas entraron en la casa donde paró el coche, cuando cercaron la carroza tres hombres, diciéndome el uno que saliese de ella si no queria morir; yo lo hice por la parte mas flaca del estribo, con tanta ligereza que tuve lugar de sacar la espada y ponerme en defensa. El cochero dió voces á mis amigos, y saliendo todos

se pusieron á mi lado. Reñimos valerosamente mas de un cuarto de hora, sin conocerse ventaja, hasta que el juez conoció á su alguacil Torote por la pinta; yo me sentí herido en el brazo izquierdo, y acordándome de mi tio el cirujano, dí conmigo en casa de Tamayo, adonde recibí en cuatro dias absolucion de mi culpa. No paró aquí la indignacion y cólera de Torote, porque me buscó varias veces en la academia, hasta que una noche me sucedió la fortuna que sigue.

CAPITULO XII.

De lo que sucedió á don Gregorio con el alguacil Torote y sus amigos.

Serian las diez de la noche cuando salimos segunda vez de la academia; despedí á mi primo, que estuvo en ella, por ir mas ligero, y á mi juez, por ir mas seguro de honra, que cada dia queria volver atrás la palabra que me habia dado. Fuime por la calle de las Carretas, y dí en la Puerta del Sol, y al querer subir por la red de San Luis, oí que me llamaba una mujer tapada, diciéndome: Ah, señor don Guadaña, váyase despacio, que allá vamos todos. Detúveme, y conocí á mi doña Angela de Bracamonte por la pinta de la voz, que pintaba serafines de oro. Luego me ofrecí, como amante, á irla acompañando, y díjome que no vivia donde solia, por cuanto se habia mudado á cierto barrio; quise saberlo, y no hubo órden. Parecióme que venia á tentarme de matrimonio, pero engañéme, que no habló en él. Dimos en el Prado, adonde me despidió, diciendo que de ninguna manera la habia de acompañar, ni saber su casa. Extrañé el modo con que me despedia, y con intento de irla siguiendo, la dejé algo sentido de su descortesía. Tomó el camino, y á la deshilada la fuí siguiendo, hasta que se detuvo, y sentó junto á una fuente del Prado, y sacando una vihuela pequeña, que yo no ví con haber hecho las ceremonias de amante que acompaña de noche á su dama, empezó á cantar con tan suave voz que admiró los galanes y damas de la carrera. ¡Válgate el mismo Orfeo por sabandija! ¿quién te armó de vihuela, no habiéndola traido, ni habiéndotela dado? Con esta admiracion estuve hasta que dió fin á su música, diferente de la que yo la dí con Téngase á la justicia. Serian las doce de la noche cuando por el prado arriba iba mi doña Serafina sola, y yo siguiéndola, empezó á menudear el paso, y como la luna daba bastante luz para no perderla de vista, determiné saber su casa, y ver en qué parte podia aquella mujer llevar la vihuela.

Al llegar á lo último del Prado, junto á un álamo estaba durmiendo un hombre; llegóse á él mi Angel, tiróle de los piés, y sacólo á campaña; él recordó á tiempo que la ninfa habia pasado de largo: no sospechó el dormido que podia ser otro que yo el que le habia hecho aquella burla, y sacando la espada que traia ceñida al lado, embistió como un leon á matarme. Ella que vió la impensada batalla, dijo en alta voz: ¡Ah, señor don Gregorio Guadaña, apriete los puños, que le va la vida! ¡Dios nos li-

bre! Apenas oyó mi nombre el que reñia conmigo, cuando como un desesperado se arrojó con tres estocadas sobre mí, y de la menor me hubiera muerto, á no hallar su espada resistencia en una cota de malla que llevaba. Conocíle luego por el alguacil Torote, porque me dijo: Traidor, con tu sangre se sacará la mancha de mi afrenta. Esto es hecho, dije entre mí; sin duda que mi sangre es sacamanchas de honras, y me la quieren quitar; y lo hicieran á no venir de ronda el mismo alguacil Téngase á la justicia, que se puso á mi lado, en agradecimiento de haberle hecho volatin. Torote dejó el Prado por no visitar la cárcel, y yo sin duda fuera á dormir á ella, si no llevara cuatro reales de á ocho que lo estorbaron, asegurándole al ministro que solo habia querido defenderme de aquel hombre que me habia salido al camino á quitar la capa. Creyéronlo así, y dejáronme, llevando mi dinero á la cárcel de su bolsa. Yo quedé dando al diablo á mi Angela, y tomando mi camino por la calle de Alcalá, con intento de irme á mi posada.

Hallé á la puerta á mi primo y sus camaradas, que me estaban aguardando para ir á rondar; contéles el suceso, y lo bien que habia salido de las aguas de Torote, y calificáronme por el Cid Rui Diaz. Solo sintieron que no hubiese sido el conde de Carrion con doña Angela. Serian las dos de la noche, y la señora Diana las habia afufado á los antípodas; no se hallara un rayo de su luz por un ojo de la cara. Vivia un boticario recien casado en la carrera de San Gerónimo; ordenamos de darle un chasco. Llegué yo como mas atrevido, y empecé con el pomo de la espada á llamar á la puerta; él dormia en un cuarto bajo, y respondió lo acostumbrado: ¿Quién está ahí? Abra usted, le respondí, que cierta necesidad precisa nos obliga á llamar á estas horas. No abro yo mi botica, dijo, á las dos de la noche á ninguna persona; venga mañana. Sosegámonos un poco, y con un canto razonable llamé otra vez, á cuyo alboroto algo alterado dijo: ¿Quién es? ¿quién es? Suplico á usted, le respondí, abra, que es lance preciso y obra de caridad. Hermano, replicó, ya os he dicho que vengais mañana, porque mi botica no se abre de media noche arriba. Estuvímonos quedos otro cuarto de hora, y con otro pelado mayor que el primero á manteniente llamé tercera vez; á cuyo golpe temblaron las redomas, y el boticario dijo: Por vida de doña Lucrecia Bampulla, que si me levanto que ha de costar triunfo el llamamiento. Yo le respondí: Abra usted y sabrá lo que quiero, y despues me disculpará. No lo hizo, y yo á dos manos entendí romper la puerta á golpes. Aguarden con los diablos, respondió, que ya me levanto. Hízolo así, y abriendo su botica, dijo: Hombre del demonio, ¿qué me quieres? Yo le respondí: Suplico á usted sea servido decirme si este cuarto es falso. Él quedó con él en la la mano, y nosotros nos fuimos por la calle abajo solemnizando la burla.

Llevaba mi primo un dominguillo de paja, vestido de colorado (espantosa figura) en un palo alto, bastante para el intento que diré. Vivia junto al caballero de Gracia un doctor de medicina, el cual tenia una mujer algo medrosilla: llegamos á su puerta, y llamamos; el respondió del primer cuarto que caia á la calle, diciendo: ¿Quién llama? Suplico al se-

ñor doctor, respondí, se asome á la ventana, que le quiero hablar dos palabras de parte del conde mi señor. ¿Qué conde ni qué aca? replicó él; id con Dios, hermano, vuelva mañana. ¿Cómo vuelva mañana? dije yo, llamando otra vez: asómese á esa ventana el señor físico, que importa la vida de un príncipe. Vete á echar, hermano, respondió, que yo no me levanto á estas horas. Serále fuerza, dije, apedreando la puerta, á cuyos golpes se levantó, y como tenia luz, y su mujer le rogase que se asomase á la ventana, la abrió á tiempo que mi primo metió por ella el dominguillo, y dándole con él en las barbas, oimos que dijo la doctora: ¡Ay, hermano, que se nos entra el diablo por la ventana! Él conoció la burla, y tomando su espada y broquel, salió á la calle. Mi primo tenia ya un pellejo de agua para reparar el golpe, y como el doctor le tirase una estocada, á un mismo punto empezó mi primo á pedir confesion. El físico, entendiendo que le habia muerto, se entró en su casa, y por librarse de la justicia que presumia habia llegado á socorrer el herido, empezó á saltar tejados y alborotar la vecindad. Como iba en camisa, ningun vecino le queria recibir, entendiendo ser algun espíritu ó fantasma venida del otro mundo.

Levantamos el difunto pellejo, y dimos con nuestro cuerpo en la calle de Toledo, y por ella venia una ronda. Iba en nuestra compañía un sastre llamado Juan Grande: nosotros nos detuvimos, y él se adelantó, y paró en una esquina rebozado con su capa. Llegaron los porteros, y dijeron: El señor cabo de ronda pregunta quien es usted. Nuestro camarada respondió muy á lo grave: Decid que un grande de España. Los porteros volvieron atras, y dijeron al cabo: Señor, es un grande de España. Alborotóse el cabo, y díjoles: Apartaos á un lado, apartaos presto: y llegándose con mucha cortesía, el sombrero en la mano y la ceremonia política en los piés, le dijo: ¿Quién es vuecelencia? ¿quien es vueseñoria? para que le vamos sirviendo. Él respondió: Señor, soy Juan Grande el sastre. Esto dijo valiéndose de los piés, y nosotros hicimos lo mismo por escapar nuestros cuerpos de tanto corchete como le acompañaba.

Venia mi señora la alba llorando auroras, cuando nos apartamos de la noche, y cada uno fué á su posada á dar su tributo al sueño, como dicen los asentistas de Morfeo. Yo dormí dos horas, y á las siete de la mañana estaba en casa de mi doña Angela, preguntándole por la vihuela con que cantó en el Prado. La niña me respondió si venia loco. Señaléle la hora, y respondióme: Por vida de mi madre, señor Guadaña, que anoche á la hora que usted dice, estaba yo en mi cama tan señora de mí cuanto agena de usted. ¿Es chasco? la dije yo, porque los dimos anoche mi primo y yo tales, que no tendrá lugar el que usted me quiere dar ahora, negándome que la señora doña Angela no fué conmigo anoche al Prado: conmigo estuvo, diciéndome se habia mudado de esta casa, cosa que yo no creí, por cuya causa la fuí siguiendo, y no tan sin cuidado qne no me le diese mayor verla sacar una vihuela y cantar con extremada gracia:

En los ojos de Amarilis,
Madrugaba un claro sol.

En verdad, señor don Gregorio, dijo la vieja, que no madrugaban los de usted que debian de dormir; ¿pues no se acuerda, diga pecador, que anoche á las diez estuvo en esta casa dando muchas satisfacciones, y no pagando ninguna, de que no habia venido á ella por haber tenido un pleito sobre su mayorazgo? ¿Yo pleito? dije, ¿yo mayorazgo? ¿yo satisfaccion? buena está la burla. ¿Qué burla? dijo doña Angela, ¿viene loco? ¿no se acuerda que despues de mil promesas que anoche me hizo, la postrera fué darme palabra de casamiento? De todo me acuerdo, la dije, sino de la palabra de esposo, y niego haber estado anoche en el Prado, y que la señora doña Angela fuese conmigo, y niego lo de la vihuela, lo de la ronda, y sobre todo lo del casamiento. Eso será si pudiere, dijo la vieja; pero no podrá que hay Dios en el cielo y justicia en la tierra. Yo quise salir de aquella maldita casa, cuando agarraron de mí las hermanas de la moza, de golpe, y dando voces en favor de su honra; la vino á socorrer un notario, un aguacil, un escribano, tres malsines y mi primo Longobardo, los cuales me cercaron, aconsejándome que cumpliese la palabra dada á la señora doña Angela, pagándole su virginidad, si no queria dormir muchos dias en la cárcel, y al cabo casarme por fuerza, y con mala reputacion. ¡Ay! dijo la vieja llorando, no crean ustedes á ese Paris traidor con esta inocente Elena, que los engañará como engañó esta casa, deshonrando el antiguo blason y ilustre sangre de los Bracamonteses, solar bien conocido en las montañas de Jaca. Antes que viniese á este albergue, estaban estas niñas doncellas en conserva, tan recogidas que ni aun el sol las miraba; era un monasterio, y ahora por mis pecados lo es de arrepentidas. No le dejen ustedes de la mano hasta que la honra de mi Angel esté satisfecha, pues con la guadaña de ese mal hombre está derramando sangre, pidiendo venganza contra el homicida que la degolló. Testigos tengo; aun vive el himeneo que profanó; no dirá que fué fingido, estando tan reciente; ténganle, señores, y consideren que los corales de la honra, que esta niña guardó veinte y dos años, este ladron se los robó en un abrir y cerrar de ojos; si no hay justicia en la tierra, la pediré al cielo. Mucha honra le hace esta niña en casarse con él, y si no se la hubiera quitado, primero cegara que tal matrimonio viera; pero este negro amor, este negro querer bien, ciega á las mujeres y da vista á los hombres; ellas quedan cargadas en el duelo del honor, y ellos descargados en el del amor: últimamente ó se case con mi Angel, ó vaya condenado al infierno de un calabozo. Yo estaba tan fuera de mí, cuanto ella dentro de su casa, y su bellaquería. Mi buen primo decia que la vieja tenia razon; los ministros de justicia que era justo que yo casase sin pleito; los malsines aseguraban y juraban que me habian oido lo de palabra de esposo, y algunos que habia hecho vida matrimonial ó añal. En fin yo dije que fuésemos á la cárcel norabuena, que mas queria acabar con honra en ella, que vivir con deshonra toda mi vida en aquella casa. . . . .

VIDA Y HECHOS

DE

ESTEBANILLO GONZALEZ[1].

DEDICATORIA

QUE HIZO EL MISMO ESTEBANILLO GONZALEZ AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON OCTAVIO PICCOLÓMINI DE ARAGON, DUQUE DE AMALFI.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR.

Yo Estebanillo Gonzalez, hombre de buen humor, hijo de mis obras, y padrastro de las agenas, y menor criado de vuestra excelencia, queriéndome hacer memorable, fiado en haber merecido ser el menor criado de vuestra excelencia, me he puesto en la plaza del mundo y en la palestra de los combates, dando á la imprenta este libro de mi vida, y no milagros. Y por temer el rigor de la censura de tantos zoilos ignorantes y de tantos émulos mordaces, y por no hallar otro mas valiente general que lo defienda de ellos, ni otro mas valeroso soldado que lo preserve de tan ponzoñosos venenos, ni otro mas generoso príncipe que me ayude y ampare, me postro á los piés de vuestra excelencia, suplicando humildemente se digne de admitir esta pequeña ofrenda, para que mi varia peregrinacion y ridículo discurso llegue con tal auxilio á merecer aplauso, y

(1) El autor de este libro se llamaba en efecto Esteban Gonzales, natural de Galicia. La primera edicion es del ano 1646, Amberes.

me sirva de alcanzar de vuestra excelencia la merced y favor que hasta aquí he recibido, y de aquí adelante me prometo de su acostumbrada y conocida magnificencia: para que demas de los laureles, que vuestra excelencia ha ganado con admiracion del orbe y espanto de los enemigos, cante la invencible fama entre la multitud de sus proezas el ser honrador de sus criados y amparo de los que poco pueden: que con esto quedarán los curiosos alegres de tener un libro de chanza con que entretenerse; y yo desvanecido de tener tan poderoso dueño de quien poder ampararme y favorecerme.

El mas humilde y menor criado de vuestra excelencia,

ESTEBANILLO GONZALEZ.

DÉCIMA DE DON FRANCISCO DE LA CRUZ, CRIADO DE SU ALTEZA, A ESTEBANILLO GONZALEZ.

Hoy califican tu ciencia
Los trabajos que has pasado,
Pues por ellos has mostrado
Lo que vale la experiencia:
La elegancia y suficiencia
Juntas se llegan á ver,
Estebanillo, en tu ser,
Pues has sido tú el primero,
Que has sabido (chocarrero)
Chancear y componer.

OTRA DE FRANCISCO DE ALI, CRIADO DE SU ALTEZA, A ESTEBANILLO GONZALEZ.

Las gracias te den laurel,
Pues que de ellas eres suma,
Y el dios Delfio por tu pluma
Tambien te adorne con él:
Si en el decir tienes miel,
Bien se puede colegir
Que el hacer sigue al decir;
Y es muy digno de alabar
Que quien tan bien sabe obrar,
Sepa mejor escribir.

SONETO

DE ESTEBANILLO GONZALEZ, AUTOR DE ESTE LIBRO.

Diéronme ser los montes de Galicia,
La sacra Roma en sus escuelas ciencia,
La libertad de Génova conciencia,
El regalo de Nápoles malicia.
La intratable Calabria el avaricia,
El poder limitado la paciencia,
Los trabajos del mundo la experiencia,
Y los estados bajos la codicia.
Experto en tales dones, he quedado
En lances y donaires tan curtido,
Que si llegase al fin, que he deseado,
Pondré todas las chanzas en olvido;
Y si no estoy del mundo retirado,
Me hallo de no estarlo arrepentido.

PROLOGO.

Carísimo ó mny barato lector, ó quien quiera que tú fneres, si curioso de saber vidas agenas llegares á leer la mia, yo me llamo Estebanillo Gonzalez, flor de la jacarandaina. Y te advierto que no es la fingida de Guzman de Alfarache, ni la fabulosa del Lazarillio de Tormes, ni la supuesta del Caballero de la Tenaza, sino nna relacion verdadera, con parte presente y testigos de vista y contestes, qne los nombro á todos para averiguacion y prueba de mis ancesos, y el dónde, cómo y euando, sin carecer de otra cosa que de dia, mes y año, y ántes quito que no añado. Por tres causas debes aplaudir y estimarla: la primera por ir dedicada á el mas prudente general y valeroso soldado que han conocido nuestras edadea, y por ser yo una humilde hechura snya, y qne solo pretendo con este pequeño volúmen dar gusto á toda la nobleza, imprimiéndolo en estos paises, confiado solamente en el amparo de mi amo y señor, el excelentísimo dnque de Amalfi, que como primero y sin segundo Alejandro, siempre me ha amparado y favorecido, mostrando los preeiosos quilates de su grandeza, valor y generosidad, en levantar mi humildad y corto merecimiento de las deshechas ruinas del olvido, y del inútil polvo de la tierra. La tercera, porque no lo doy á la imprenta para hacer mercancía de él, sino solo para que sirva de presente y regalo á los príncipes y señores, y personas de merecimiento, y no volveré la cara, ni encogeré el brazo á los premios qne me dieren; porque soy hombre que, por tomar, tomaré unciones, y por recibir, recibiré nn agravio. Tengo por imposible que te deje de agradar, si acaso no estás dejado de la mano del gnsto, ó hecha la cara al desaire de andar corto en alabar lo que es bueno, por dar muestras de entendido. Aquí hallará el curioso dichos agudos, el

soldado batallas campales y viagea á levante, el amante enredos amorosos, el alegre diversidad de chanzas y variedad de burlas, el melancólico epitafios fúnebres á los tiernos malogros del infante cardenal, de la reina de España, y de la emperatriz María, el poeta compostura nueva y romances ridículos, el recogido en su albergue las flores de la fullería, las leyes de la gente de la hampa, las preeminencias de los pícaros de jábega, las astucias de los marmitones, la cautela de los vivanderos, y finalmente los prodigios de mi vida, que han tenido mas vueltas y revueltas que el laberinto de Creta. Donde, despues de haberla leido, y héchote mas cruces que si hubieras visto al demonio, la tendrás por digna y merecedora de haber salido á luz. Dios le saque de las tinieblas de ella con bien, para que tú quedes contento, y yo pagado y libre de tu censura.

CAPITULO PRIMERO.

En que dá cuenta de su nacimiento, estudios y travesuras, y de un chiste donoso que le sucedió con un valiente, y el viage que hizo de Roma á Liorna.

Prométote, lampiño ó barbado lector, ó cualquiera que fueres, que si no lo has por enojo solo sé de mi nacimiento que me llamo Estebanillo Gonzalez: tan hijo de mis obras que si por la cuerda se saca ovillo, por ellas sacarás mi noble descendencia. Mi patria es comun de dos: pues mi padre, que esté en gloria, me decia que era español trasplantado en italiano, y gallego enjerto en romano, nacido en la villa de Salvatierra y bautizado en la ciudad de Roma; la una cabeza del mundo, y la otra rabo de Castilla, servidumbre de Asturias y albañar de Portugal, por lo cual me he juzgado por centauro á lo pícaro, medio hombre y medio rocin: la parte de hombre por lo que tengo de Roma, y la parte de rocin por lo que me toca de Galicia. Ello, si va á decir verdad, aunque sea en descrédito de mi padre, jamas me he persuadido á que esto pueda ser como él lo afirmaba, porque no tuvo mi madre tan depravado el gusto, que me habia de abortar del derrotado bajel de su barriga en el aguanoso márgen del Miño, entre piélagos de navíos y promontorios de castaños, y en esportillas de Domingos, Brases y Pascuales, pudiéndome parir muy á su salvo en las cenefas y galon de plata de la argentada orilla del celebrado Tiber, entre abismos de deleitosos jardines, y entre montes de edificios insignes, y sobre tapetes escarchados por la copia de Amaltea, cunas y regazos de Rómulos y Remos. Y cuando tuviera tan mal capricho, y tan hecha la cara al desaire, que me bostezara de su gruta oscura á ser (con perdon) gallego, y á que perdonara á Meco como todos sus pasados, echaria la soga tras el caldero, y donde me parió me daria bautismo; si

ya no es que soñase como Hécuba, reina de Troya, que de su vientre habia de salir una llama, que fuese voraz incendio de Galicia: y despues, viendo el mónstruo que habia vaciado del cofre de su barriga, se acogiese á Roma por todo, para que su santidad en pleno consistorio á fuerza de exorcismos sacase de mi pequeño cuerpo las innumerables legiones que tenia este segundo Roberto, que presumo que han sido, y son tantas que quedaron el dia de mi nacimiento escombradas las moradas infernales, como lo verás en el discurso de mi vida. Y finalmente, para que no padezca detrimento mi natividad, ni ande mi patria en opiniones, ni pleiteen Roma y Galicia sobre quien ha de llevar mi cuerpo, cuando llegare su postrimero fin; convido á los curiosos al valle de Josafat, el dia que él ángel, pareciendo viento de mapa, tocare la tremenda trompeta, á cuyo eco horrible y espantoso se levantarán pepitorias de huesos y armaduras de tabas: que entónces por ser tiempo de decir verdades, presumo que no la negarán mis padres; con que todos saldrán de sus dudas, y yo sabré si soy vasallo de un sumo pontífice, ó de un rey de España, monarca de un nuevo mundo; y á quien Dios se la diere, san Pedro se la bendiga; y en el ínterin haré como hasta aquí he hecho, que ha sido á dos manos como embarrador, siendo español en lo fanfarron, y romano en calabaza, y gallego con los gallegos, é italiano con los italianos, tomando de cada nacion algo, y de entrambas ne nada. Pues te certifico que con el aleman, soy aleman; con el flamenco, flamenco; y con el armenio, armenio; y con quien voy voy, y con quien vengo vengo. Mi padre fué pintor *in utroque*, como doctor y cirujano; pues hacia pinturas con los pinceles y encajes con las cartas; y lo que se ahorraba en la pasa, se perdia en el higo. Tenia una desdicha, que nos alcanzó á todos sus hijos, como herencia del pecado original, que fué ser hijo dalgo, que es lo mismo que ser poeta; pues son pocos los que se escapan de una pobreza eterna, ó de una hambre perdurable. Tenia nna ejecutoria tan antigua, que ni él la acertaba á leer, ni nadie se atrevia á tocarla, por no engrasarse en la espesura de sus defloradas cintas y arrugados pergaminos, ni los ratones á roerla, por no morir rabiando de achaque de esterilidad.

Murió mi madre de cierto antojo de hongos, estando preñada de mi padre, segun ella decia: quedóse en el lecho como un pajarito. Y pienso, conforme el alma tenia la cordera, que pasó de solo Roma á una de las tres moradas, porque no era tan inocente, que al cabo de su vejez, y habiendo pasado en su mocedad por la Cruz de Ferro, y siendo tan vergonzosa y recatada, fuese al limbo á ver tantos niños sin bragas. Dejó dos hijas garifas, siendo cristianas, de la edad que las manda comer el doctor, con mucha hermosura en breves abriles; y yo quedé con pocos mayos y muchas flores, pues no ignorando la de Osuna, no se me ha ocultado la del berro. Despues de haber hecho las funerales, ahorcado los lutos, y enjugado las lágrimas (aunque no fueron mas que amagos, pues se quedaron entre dos luces) volvió mi padre á su acostumbrada pintura, mis hermanas á su almohadilla, y yo á mi desusada escuela, donde mis largas tardanzas pagan mis cortas asentaderas.

Era mi memoria tan feliz, que venciendo á mi mala inclinacion, que siempre ha sido lo que de presente es, supe leer, escribir y contar, lo que me bastara á seguir diferente rumbo, y lo que me ha valido para continuar el arte que profeso, pues puedo asegurar á fe de pícaro honrado, que no es oficio para bobos.

Gustó mi padre de darme estudio: y con no haber por mis travesuras llegado á la filosofía, salí tan buen bachiller que puedo leer cátedra al que mas blasona de ella. Traia tan enredados á los maestros con enredos y á los discípulos con trapazas, que todos me llamaban el Judas Españoleto. Compraba polvos de romero, y revolvíalos con cebadilla, y haciendo unos pequeños papeles, los vendia á real á todos los estudiantes novatos, dándoles á entender que eran polvos de la Anacardina, y que tomándolos por las narices tendrian feliz memoria; con lo cual tenia yo caudal para mis golosinas, y ellos para inquietar el estudio y sus posadas y casas. Escapábanse pocos libros de mis manos, y pocas estampas de mis uñas: sobre lo cual cada dia andaba al morro, ó habia quejas á mi padre y hermanas. Tenia á cargo la mayor de ellas el castigarme y reprenderme; y unas veces me daba con su mano de mantequilla bofetadas de algodon, y otras me decia que era afrenta de su linage, que porqué no acudia á quien era, y porqué no procedia como hijodalgo: que atendiera á que nuestra madre la decia, que yo era el mayorazgo de su casa, y cabeza de su linage, y descendiente del conde Fernan Gonzalez, cuyo apellido me habia dado por línea recta de varon; y por parte de hembra, del ilustre y antiguo solar de los Muñatones, cuyos varones insignes fueron conquistadores de Cuacos y Jarandilla y los que en batalla campal prendieron á la serrana de la Vera, y descubrieron el archipiélago de las Batuecas; y que una tia mia habia dado leche al infante don Pelayo, ántes que se retirara al valle de Cavadonga; y otra habia amortajado al mancebito Pedrarias, siendo dueña de honor de la infanta doña Urraca.

Reíame yo de todos estos disparates, y por un oido me entraba su reprension, y por otro me salia; y finalmente fueron tantas mis rapacerías é inquietudes, que me vinieron á echar del estudio poco menos que con cajas destempladas. Por cuya causa mi padre, despues de haberme zurrado muy bien la badana, me llevó á casa de un amigo suyo llamado Bernardo Vadia, que era barbero del duque de Alburquerque, embajador ordinario de España, con el cual me acomodó por su aprendiz, y despues de haber hecho el entrego de la buena prenda se volvió á su casa sin hijo y yo quedé sin padre y con amo. El cual me dijo que me quitase el sombrero y la capa, y entrase á ver á mi ama, lo cual hice al instante, y entrando en la cocina, la hallé cercada de infantes, y no de Lara. Dióme una rueda de naranja para cortar la cólera, y un mendrugo de pan, abizcochado de puro duro, para secar los malos humores; y despues del breve desayuno y despues de baber lavado cuatro docenas de platos, escudillas y pucheros y ollas, y puesto la ordinaria con poca carne y mucha menestra, me dió una canasta de mantillas, pañales, sabanillas y baberos de los niños, y abriendo la puerta de un patio, y dándome dos dedos de jaboncillo de barba, me enseñó un pozo y una

pila, y me dijo: Estebanillo, manos á la labor, que este oficio toca á los aprendices, y por aquí van allá, que no quiera Dios que yo os quite lo que de derecho os toca. Bajé la cabeza, y orejeando como pollino sardesco, desembanasté los pañizuelos de narices del puerto del muladar, henchí la pila de sus menudencias, y despues de haber sacado mas de cien cubos de agua, y dádoles con cincuenta manos, y no de jabon, jamás salió limpio el caldo de sus espinacas. Hice lo mejor que pude la colada, tendí los trapos y supe hacer muy bien los mios, pues me eximí con brevedad de tal oficio, que á estar mucho con él, no hubiera Estebanillo para quince dias. Hice el venidero lo mismo, y lo que hubo de menos en la lavadura de los pañales, hubo de mas en los mandados de casa y fuera de ella: y al tercero, al tiempo que me habia dado mi amo una libranza para ir á cobrar seis ducados á la Judería, entró en la tienda un valiente, cuyos mostachos unas veces le servian de daga de ganchos y otras de puntales de los ojos, y siempre de esponjas de vino. Díjole á mi amo que se queria alzar los bigotes; y por ser tan de mañana que aun no habian venido los oficiales que tenia, trató de alzárselos él. Mandóme á mí (aunque ya tenia el ferreruelo puesto para ir á ver á los hidalgos del prendimiento de Cristo) que encendiese unos carbones, y calentase los hierros. Ejecutóse su precepto, y habiéndole alzado al tal temerario la mitad de su bosque de tabaco, se armó una pendencia en la calle, á cuyo ruido de espadas se asomó mi maestro á la puerta: y viendo que en ella habia algunos criados de el duque su amo, se arrojó á la calle á ver si la podia apaciguar, quedando el bravo con un pilar que anhelaba á remontacion, y otro que amagaba precipicio. Y por durar mucho la pendencia, y hacer tardanza mi amo, no cesaba el matasiete de echar tacos y porvidas. Preguntóme muy á lo crudo si era oficial; y yo, pareciéndome cosa de menos valer decirle que no lo era, le respondí que sí. Díjome: Pues vuesa merced, señor chulo, me alce este bigote, porque donde no, saldré como estoy á la calle, y le quitaré á su amo los suyos á coces y á bofetadas. Yo por no alcanzar algo de barato de aquel repartimiento, y porque no me cogiera en mentira, y parecerme cosa fácil levantar un bigote, sabiendo levantar dos mil embustes y testimonios, sin quitarme el ferreruelo, ni dar muestras de turbacion, saqué un hierro de los que estaban al fuego, que se habia estado escaldando desde el principio del rebato y escaramuza: y por no tener en qne probarlo y parecer diligente, tomé un peine, encajéselo en aquella selva de clines, arriméle el hierro, y levantándose una humareda horrenda al son de un sonoroso chirriar, y de un olor de pié de puerco chamuscado, le hice chicharron todo el pelámen. Alzó el grito diciéndome: Hijo de cien cabrones y de cien mil putas, ¿piensas que soy san Lorenzo, que me quieres quemar vivo? Tiróme una manotada con tal fuerza, que haciéndome caer el peine de la mano, me fué fuerza con la turbacion arrimarle el molde á todo el carrillo, y darle un cauterio de una cuarta de largo, y dando un ay, que estremeció las ruinas del anfiteatro, ó coliseo romano, fué á sacar la daga para enviarme con cartas al otro mundo. Yo, aprovechándome del refran, que *á un diestro un presto*, me puse

con tal presteza en la calle, y con tal velocidad me alejé del barrio, que yo mismo, con ser buen corredor, me espanté, cuando me hallé en menos de un minuto á la puerta de la Judería, habiendo salido de junto á la Trinidad del Monte; pero una cosa es correr y otra huir, y esto sin dejar el hierro de la mano: y al tiempo que lo fuí á meter en la faldriquera, hallé pegado á él todo el bigote del tal hidalgo, que era tan descomunal, que podia servir de cerdámen á un hisopo, y anegar con él una iglesia al primer *asperges*.

Entré en la Judería, y dando la libranza que llevaba á un hebreo que se llamaba David, me despachó con toda brevedad. Salíme al instante de Roma, contento, por haberme librado de la cautividad del Egipto de mi ama, y del poder del Faraon del zaino sin bigote. Determínéme de ir á visitar á Nuestra Señora de Loreto, por la fama que tenia aquella santa casa; y habiendo caminado alguna media legua con harta pesadumbre de dejar mi casa, padre y hermanas, volví la cabeza atras á contemplar, y á despedirme de aquella cabeza del orbe, de aquella nave de la iglesia, de aquella depositaria de tantas y tan divinas reliquias, de aquella urna de tantos mártires, de aquel abergue de tantos sumos pontífices, morada de tantos cardenales, patria de tantos emperadores, madre de tantos generales invencibles, y de tantos capitanes famosos. Miré la gran circunvalacion de sus muros, la altura de sus siete montes, Alcides de sus edificios, reverencié sus templos, admiré la hermosura de su campo, la amenidad de sus jardines: y considerando lo mucho que perdia en dejarla, y lo mal que me estaba volver á ella, derramando algunas tiernas lágrimas proseguí con mi viage; y al cabo de algunas jornadas llegué á ver aquel celestial alcázar, aquella divina morada, aquella cámara angelical, paraiso de la tierra, y eterno blason de Italia. Visitaba una vez cada dia este pedazo de cielo, é infinitas á un convento, que está muy cercano, de padres capuchinos, por razon que me ponian bien con Cristo con lindas tazas de Jesus llenas de vino, y con muy espléndida pitanza. Quiso mi desgracia que reñí un dia con un pobre mendicante, por haberme querido ganar la palmatoria al repartir de la sopa, y bajándole los humos con mi hierro de abrasa bigotes, lo dejé con dos dientes menos.

Y dejando la quietud de aquella santa vida, me fué forzoso poner tierra en medio. Fuime al santo Cristo de Pisa, y desde allí á la famosa villa de Siena. Llegué á ella en tiempo de feria, y halléla toda llena, así de gentes de varias naciones como de diferentes mercancías: y andándome paseando por ella me llegaron á hablar dos mancebos muy bien puestos, los cuales, habiéndose informado de mi patria y nombre, me dijeron que si los queria servir, puesto que estaba desacomodado. Yo, pensando que eran algunos mercaderes ricos, les dije que sí; y llevándome á su posada, despues de haberme dado muy bien de cenar, me dijo el uno de ellos, que era español: Estebanillo, tú no tienes mas á quien servir ni contentar que á mí y á mi camarada, y ayudarnos á llevar adelante nuestra antigua tramoya, y comer y beber, y oir y callar, y ántes ser mártir que confesor. Yo les prometí tener ojos de alguacil cohechado,

orejas de mercader, y habla de cartujo. Y abriendo un escritorio sacó de un cajon un mazo de doce barajas de naipes nuevos, y el otro camarada que era napolitano, un balon de dados y los instrumentos necesarios: y asentándose en dos sillas bajas junto al fuego, hiciéronme avivar la lumbre con un poco de carbon, á cuya brasa puso el italiano un crisol con un poco de oro, y una candileja con plomo. Desempapeló mi español sus cartas, y no venidas por el correo; y sacando de un estuche unas muy finas y aceradas tijeras, empezó á dar cuchilladas, cortando coronas reales, cercenando faldas de sotas por vergonzoso lugar, y desjarretando caballos, señalando las cartas por las puntas para quínolas y primera, dándoles el raspadillo por la cartera, y echándoles el garrote y la ballesta para las pintas, sin otra infinidad de flores. El italiano en una cuchara redonda de acero empezó á amolar sus dados, sin ser cuchillos ni tijeras: haciéndolos de mayor y de menor, de ocho y trece, de nueve y doce, y de diez y once, y despues de haber hecho algunas brochas, dando barreno á dos docenas de dados, hinchó los unos de oro y los otros de plomo, haciendo fustas para juegos grandes y para rateros. Dijéronme que tuviera atencion en aprender aquel arte, porque con él seria uno de mi linage. Puse tanta atencion en lo que me mandaron, que dentro de un mes pude ser maestro de ellos, porque siempre se inclinan los malos á aquello que les puede perjudicar. Despues de haber acabado el español de cercenar naipes falsos, y el italiano de amolar huesos de muertos, para dar sepulcro con ellos á los talegos de los vivos, nos fuimos á reposar lo poco que quedaba de la noche. Desde allí adelante me llevaban todos los dias por su page de flores y naipes, y cargado de naipes y dados, que era su aderezo de reñir, campeaban los dos á costa de blancos. En esta forma íbanse á las casas de juego, concertábanse con los gariteros prometiéndoles el tercio de la ganancia que se hiciese, asegurábanles el peligro por la sutileza de la labor, y á donde no consentian su contagion, hacian tener de respeto, cuando jugaba el español, media docena de barajas, á las cuales yo y el italiano le dábamos con la de Juan trocado, y al garitero y á los tahures con la de Juan grajo; y cuando jugaba el italiano, haciamos yo y el español lo mismo, echándonos sobre la tabla, y acercando los dados á nuestras pertenencias, y llevando de reserva entre los dados una fusta, para valerse de ella, cuando la hubiese menester. Doblábanse con personas de cantidad, y á veces de calidad, las cuales hacian tercio adonde quiera que jugaban: cargábanles las ganancias, en virtud de sus ayudas y destrezas. Salian mis amos siempre perdidosos al parecer de los mirones; por lo cual todos los tenian por buenos jugadores, y solicitaban de jugar con ellos. Sabian las posadas mas ricas, teniendo en todas, á costa de buenos baratos, quien les daba aviso de cuando habia huéspedes de buen pelo. Acudian á ellas, trataban amistad con los que hallaban, quedábanse á comer con ellos á escote; y por sobre mesa, en achaque de entretenimiento, dábanme dineros, y enviábanme por lo que yo traia, y empezando por poco, acababan por mucho, dejando á los pobres forasteros en cruz y en cuadro. Y con hacer los dos muy grandes ganancias, cada

uno en lo tocante á su flor, nos moriamos de hambre, porque lo que ganaba el español á las cartas, lo perdia á los dados, porque ademas de no conocerlos, no se sabia aprovechar de lo poco que alcanzaba á entender: y lo que el italiano ganaba á los dados, perdia á los naipes, que aunque tenia en casa el maestro, no habia aprendido á leer en libro de tan pocas hojas.

Yo andaba siempre temeroso de que se descubriese la flor, y por cómplice en ella, en lugar de enviarme á Galicia, me enviaran á Galilea, ó por ser muchacho me diesen algun estrecho jubon, no necesitando de él. Mas quiso mi fortuna, que estando una noche los dos cenando, y algo tristes y recelosos (porque uno de los perdidosos le habia ganado el italiano), me enviaron á llamar á unos amigos suyos, para que se informasen si los habia reconocido ó sospechado algo. Yo pensando que ya se habia descubierto la maula, y que toda la justicia daba sobre nosotros, con intencion de no volver, y por no irme sin cobrar mi salario, ya que me habia puesto á tanto riesgo, salí fuera á una antesala, y tomando el ferreruelo del señor español, que era nuevo y de paño fino, dejé el mio que estaba bien raido. Y saliendo á la calle, informándome por el camino de Liorna, me salí de la villa, y con la claridad de la luna, por temor de que no fuese seguido, anduve aquella noche tres leguas: y al cabo de ellas, hallando una pequeña choza de pastores cercana del camino, me retiré á ella á donde fuí acogido y pude con sosiego descansar, hasta tanto que el alba se reia de ver la aurora llorar á su difunto amante, siendo mujer, y no fea ni mal tocada, que á este tiempo, dejando la pastoril cabaña, y prosiguiendo mi comenzado camino, me dí tanta priesa á alejarme de mis amos que otro dia al anochecer llegué á Liorna, y metiéndome en una posada á descansar de la fatiga que habia pasado, supe otro dia como las galeras del gran duque de Toscana estaban de partida para Mesina, para irse á juntar con las de España y Nápoles, y con otras muchas que habian ocurrido para agregarse con la real, estando por príncipe de mar y tierra, y por general de aquella naval el serenísimo príncipe Emanuel Filiberto, cuya fama, virtud y santidad, por no agraviarlas con el tosco vuelo de mi pluma, las remito al silencio. Y habiendo alcanzado licencia de un capitan de galera, me embarqué en la que llevaba á su cargo, por estar informado ser todas las de aquella escuadra águilas del mar, cuyos caballeros, sus defensores de la órden de San Esteban, dan terror al turco, y espanto á sus fronteras, tienen fatigado su templo con el peso de los estandartes y medias lunas africanas, y con cadenas de multitudes de cautivos cristianos, á quien han dado amada libertad, añadiendo cada dia á las historias nuevas proezas y eternizadas victorias.

CAPITULO II.

En que se refiere su embarcacion y llegada á Mesina, y viage á Levante: y lo que le sucedió en el discurso de él y en la ciudad de Palermo, hasta tanto que se ausentó de ella.

Salimos una tarde de esta pequeña Cartago con viento fresco y mar serena, y con todos los amigos que requiere una feliz navegacion. Estuve tres dias tan mareado, que al compas que daba sustento á los peces del mar, ahorraba raciones de bizcocho á los caimanes de galera. Alentéme cuanto pude, sirviéndome de antidoto para volver en mí el ser asistido de dicho capitan con animados sorbos de vino y tragos de malvasía; que tengo por cosa asentada que estos licores me volvieron á mi primer ser, y que si despues de muerto y engullido en la fosa, con un cañuto ó embudo me lo echasen por su acostumbrado conducto, me tornara el alma al cuerpo, y se levantara mi cadáver á ser esponja de pipas y mosquito de tinajas. En efecto llegamos á Mesina, adonde quedé absorto de ver la grandeza de su puerto, ocupado con setenta galeras y cincuenta bajeles, todo debajo del dominio del planeta y rey cuarto defensor de la fé, y azote de los enemigos de ella. Y el contemplar tanta gente de guerra, de tan extrañas y apartadas naciones, tanta diferencia de belicosos instrumentos, el clamor de tanto pito, el ruido de tanta cadena, las diferentes libreas de tantos forzados, y la variedad de tantos estandartes: parecióme que estaba en otro mundo, y que sola aquella ciudad era una confusa Babilonia, siendo una tierra de promision. Alegrábanme los acentos de los bodegones marítimos, apellidando los unos tripa, tripa; y los otros folla, folla; repitiendo en mis oidos los ecos arábigos, que decian: *Macarrone, macarrone, qui manjia uno manjia dos*, pero entristecíame de ver que todos comian, y yo solo los miraba. Arriméme á un esclavo negro, tan limpio de conciencia, que lavaba media docena de menudos con una racion de agua. Hícele mil zalemas y sumisiones, por saber que era mercadante de panzas, y por verme racional camaleon. Ofrecíle mi persona, diciéndole ser único en el caldillo de los reboltillos, y en el ajilimoje de los callos. Él, agradándole mas el verme desbarbado, que no el ser buen cocinero, me recibió haciéndome aquella tarde dar seis caminos desde el matadero de la villa hasta su barraca, cargado de patas de vaca y manos de vitela; y dándome, despues de mi molestazo trabajo, un plato de mondongo verde con peregil rumiado. Por ver la brevedad del despacho, y el despojo y ruina que hice en sus panecillos, me dijo que me fuese á traer mi ropa, y á buscar un fiador que darle, para tener seguro su bodegon, porque de otra suerte no me recibiria; porque no habia muchas horas que se le habia ido un criado con un cuajar cocido, y una media cabeza sancochada: y que así mas queria estar solo, que

mal acompañado. Yo, dando gracias á Dios de salir de la espesura de su mal cocinado, me planté en la playa, y el primer español que encontré en ella fué un alférez del tercio de Sicilia, llamado don Felipe Navarro del Piamonte, el cual, poniendo los ojos en mí, me llamó, y preguntó que si estaba con amo, ó lo buscaba, y si tenia padre ó hermanos, ó algunos parientes ó conocidos en aquella ciudad. Respondíle que no tenia dueño, y que andaba en busca de uno que me tratase bien, y que era tan solo como el espárrago, y del tiempo de Adan, que no usaban parientes. Contentóle mi agudeza, y díjome que su oficio era vigilia de ayudante, y víspera de capitan: que si lo queria servir, seria uno de los de la primera plana, y que esguazaria á tutiplen. Yo, ignorando de esta gerigonza avascuenzada, por no ser práctico en ella, y por ser tan jóven; que en el mismo mes que estábamos cumplí trece años, bien empleados, pero mal servidos; pensando que la primera plana era ser de los Guzmanes de la primera hilera; y el esguazar, darme algun poco de dinero; y el tutiplen, llegar con el tiempo á ser plenipotenciario, concedí en quedarme en su servicio. Y diciéndole mi nombre, le fuí siguiendo á su posada, donde en los pocos dias que estuvimos en ella, lo pasamos con mucho regalo. Habia ido el capitan de nuestra compañía á la ciudad de Palermo á ciertos negocios suyos, por cuya ausencia mi amo, como su alferez, metia la guardia, llevando yo su bandera, con mas gravedad que Perico en la horca; porque es muy propio de hombres humildes ensoberbecerse en viéndose levantados en cualquier puesto ú dignidad. Persuadíme que todos los que quitaban el sombrero á la real insignia me lo quitaban á mí: por lo cual hacia mas piernas que un presumido de valiente, y me ponia mas hueco y pomposo que un pavon indiano. Pesábame estar ausente de mi padre y hermanas, y en parte que no podian ver el hijo y hermano que tenian, y al oficio que habia llegado en tan breve tiempo, ganado por mis puños. En esta ocasion nombró su alteza serenísima el príncipe Filiberto Manuel de Saboya, generalísimo de la mar, treinta galeras para ir en corso la vuelta de levante, en busca de navíos y galeras turcas, yendo por cabo de ellas don Diego Pimentel y don Pedro de Leiva, siendo mi compañía una de las que tocó embarcarse para ir en aquella navegacion. Salimos de Mesina un sábado por la tarde, y habiendo aquella noche dado fondo en Rijoles, reino de aquel apóstol calabrés, que por quitarse de ruidos y malas lenguas, se hizo morcon de un sauco, á la mañana zarpamos, encomendando á Dios nuestros buenos sucesos, y rogándole nos volviese victoriosos. Mi amo me mandó que tuviese cuidado de asistir al fogon, y de aderezar la comida para nuestro rancho; y acordándome de las mudanzas de fortuna, referí aquella ingeniosa glosa de: *Acordaos, flores, de mi*. Y aunque me llegó al alma el bajar de alférez á cocinero, por reparar que era oficio socorrido, y de razonables percances, no le repliqué, ni me dí por sentido; ántes en pocos dias salí tan buen oficial de marmiton, que podia ser archipreste de la cocina del gran Tamorlan.

Pasamos el mar de Venecia, reconocimos el cabo de cuatro columnas, y al cabo de cuatro jornadas, surcando la costa de Grecia, cogimos una

barca de griegos, á vista de puerto Maino. Yo iba á esta guerra tan neutral, que no me metia en dibujos, ni trataba de otra cosa sino de benchir mi barriga, siendo mi ballestera el fogon, mi cuchara mi pica, y mi cañon de crujía mi reverenda olla: usaba, en habiendo algun arma ó faena, de las siguientes chanzas. Iba siempre apercibido de una costra de bizcocho, la cual llevaba metida entre camisa y pellejo. Procuraba poner mi olla en la mejor parte, y en medio de todas las demas; y para no hallar impedimento, madrugaba, y les ganaba á todos por la mano. Y cuando la galera andaba revuelta, chirriando el pito, y curreando los bastones, quitaba la gordura de las mas sazonadas ollas, y traspasábala á la mia, con tal velocidad que aun apenas era imaginado cuando ya estaba ejecutado. Y por hacer salva á algunos púlpitos relevados, piñatas de respeto de oficiales de marca mayor, en descuidándose un instante el que estaba de guardia, zampaba mi costra en el golfo de sus espumosos hervores, y en viéndola calada, sin ser visera, la volvia á su depósito, algunas veces tan caliente y abrasante, que al principio fué toda mi barriga un piélago de vejigatorios. Pero despues que me hice á las armas, estaba toda ella con mas costras que cien asentaderas de monas, mas lo tenia por deleite que por fatiga. Esta empapada y avahada sopa me sirvió siempre de desayuno, sin otros retazos agenos mas ganados á fuego y cuchara que no á sangre y fuego. No dejaré de confesar que algunas veces me cogió la centinela con el hurto en las manos, y quitándome la espumadera, y dándome un par de cucharazos, despedia su cólera, y yo guardaba mi costra: porque en este mundo no hay gusto cumplido, ni se pescan truchas á bragas enjutas, andando, como dicen los poetas, entre rumbos de cristal, rompiendo cerúleas ondas, y fatigando con piés de madera y alas de lino, campañas de sal y montes de armiños. Cogimos diez y siete caramuzales y una urca, ellos llenos de colacion de los llagados del mal francés, y ella ballena de ricas mercancías; y aunque no tuve de ellas parte, con ser de los de la primera plana, me tocaron algunos despojos de la pasa y higo, que me sirvieron algunas semanas de dulcísimos principios y de sabrosos postres. Volcóse uno de los caramuzales, por la codicia del asalto, y competencia del saco, quedando los codiciosos hechos sustento de taburones y alimento de atunes. Yo, que jamas me metí en ruidos, ni fuí nada ambicioso, me estaba tieso que tieso en mi cocina, á la cual llamaba el cuarto de la salud.

Fuimos á Castel-Rojo á hacer aguada, y salimos rabo entre piernas, por la fuerza de los turcos de tierra, y así nos retiramos á la mar, de quien éramos señores. Enderezamos las proas á San Juan de Pate, tierra de Grecia donde nos hablaban en griego, y nos chupaban el dinero en genovés: que yo reniego de la amistad del mejor pais de contribucion: dígolo por este, que es contribuyente del turco, que lo demas, *su alma en su palma*. Volvimos á Puerto-Maino, donde cargamos de codornices ó coallas saladas y embarriladas, como si fuesen anchovas, trato y ganancia de los moradores de aquella tierra, adonde siendo yo maestro de toda patraña, me engañaron como á judío caribe, y fué en esta forma. Dióme mi amo media docena de pesos mejicanos, y mandóme saltar en

tierra á meter algun refresco. Salté en ella, y hallé junto al puerto una gran cantidad de villanos, cada uno con un carnero, y todos ellos con cien manadas de malicias. Parecióme que me estaria mas á cuento comprarles uno, por estar mas á mano la embarcacion, que irlo á buscar á la villa, que está de allí una gran milla, y volver, cuando no cargado, embarazado. Llegué á un villano, y concerté el que tenia, que me pareció de tomo y lomo, en una pieza de á ocho. Pescóme el taimado la pieza con la mano derecha, y con la izquierda hizo amago de entregarme el aventajado marido al uso. Y al tiempo que fuí á asir de la ya venerada cornamenta, soltó el villano el atril de san Márcos, y dejó en libertad el orígen del vellocino de Colcos. Empezó el tal animal á dar brincos y saltos la vuelta de la villa, partiendo el amo mas ligero que un viento en su alcance, dando muestras de quererle coger; y yo con mas velocidad que una despedida sacta, fuí en seguimiento del amo, por cobrar mi real de á ocho. El carnero huia, el dueño corria, y yo volaba. Fué tanta mi ligereza, que lo vine á alcanzar en un bosque frondoso, que estaba en la mitad del camino que habia de la villa al puerto. Preguntéle por el carnero: díjome que se habia metido por la espesura del bosque, y que no sabia de él. Pedíle mi dinero, á lo cual alegó que lo vendido vendido y lo perdido perdido, que ya él habia cumplido con entregármelo, que hubiera yo tenido cuidado de asirlo con brevedad y ponerlo en buen recaudo. Yo movido á ira de la sinrazon del villano, por verlo solo y sin armas, me atreví á meter mano á una espadilla vieja y mohosa que habia sacado de galera, pensando de aquesta suerte atemorizarlo, y reducirlo á que me volviese mi dinero: me sucedió muy al contrario de lo que yo me imaginé, porque apenas el tal borreguero vió en cueros y sin camisa el acero novel, cuando empezó á dar infinitas voces, diciendo: ¡Favor que me matan! socorro que me roban! á cuyos gritos salió de lo mas intrincado del bosque una manga suelta de tosto villanage, que Dios me libre por su santísima pasion de semejante canalla. Venian todos cargados de chuzos y escopetas; y ántes que fuesen descubiertos de mí, ya me habian atajado los pasos, y quedé en manos de villanos: que de las desdichas que suceden á los hombres esta es una de las mayores. Llegó uno, que parecia cabo de cuchara de los demas, preguntóle á mi inocente Judas la causa de su lamento, y él dijo que despues de haberme vendido un carnero, y dádole ocho reales por él, le habia ido siguiendo con intencion de quitárselos, y que alcanzándolo en aquel puesto, se lo habia pedido con muchos retos y amenazas; y que porque me los habia negado, habia metido mano á la espada para matarlo y robarlo. Ellos sin oir mi disculpa, que bastaba á Ines ser quien es, llegaron á mí y despojándome de la durindana, me dieron tantos cintarazos con ella, y tantos palos con los chuzos, que despues de haberme abarrado como encina, me dejaron hecho un pulpo á puro golpes. Fuéronse todos haciendo grande algazara, y dando muchas muestras de alegría: y yo, viéndome solo y rendido en tierra, y en medio de tan lóbrega palestra, temiendo no saliese otra emboscada que me dejase sin despojos, ya que la pasada me dejaba sin espada y sin costillas, me levanté como pude, y desgajando de un sauce un

mal acomodado baston, le supliqué que me sirviera de arrimo, y abordonado con él, me volví á mi galera, donde conté todo el caso, el cual fué celebrado, y juzgaron á buena suerte haber salvado los cinco de á ocho. Contónos el patron de la galera que él habia llegado allí diversas veces, y que habia visto hacer la misma burla á muchos soldados, y que todos los carneros, que conducen á aquel puerto, los tienen adestrados á huirse en viéndose sueltos, y volverse á sus casas; y que escogen los mozos mas ligeros de aquella cercana villa para venirlos á vender, teniendo de reten, para los que los siguen, una cuadrilla de villanos armados á la entrada de aquel bosque; y que aunque se han querido vengar algunos soldados de su engaño y villanía, no se habian atrevido, por el bando que echan los generales, de pena de la vida al que les hiciere mal ni daño; porque temen que pongan en arma la tierra, y les impida aquel retiro de cualquier tormenta, y el hacer aguada, y tomar algun refresco. Dí gracias al cielo de haber escapado con la vida, y de haber llegado á tiempo en que no solo los hombres engañan á los hombres, pero enseñan á los animales á dejarlos burlados. Yo tuve que rascar algunos dias, y de que acordarme todos los que viviere.

Tuvimos una noche en este mismo puerto una provechosa tormenta, llegando á pique de perderse toda la armada, porque las galeras, abatidas de la fuerza de los vientos, y combatidas de las soberbias y encumbradas ondas, rompiendo cabos y despedazando gumenas, se encontraron y embistieron unas con otras, y como si fueran dos enemigas escuadras, se quebraban los remos, se desgajaban los timones, y se maltrataban las popas, y miéntras unos llamaban á Dios, y otros hacian promesas y votos, y otros acudian á sus menudas faenas, mi merced, el señor Estebanillo Gonzalez, estaba en la cámara de popa, haciendo penitencia por el buen temporal, con una mochila de pasas y higos, dos panecillos frescos, y un frasco de vino que le habia soplado al capitan, diciendo con mucha devocion: ***Muera Marta y muera harta.*** Cesó la tormenta, remendáronse las galeras lo mejor que se pudo, y volvímos atras, como potros de Gaeta, cuando pensábamos pasar muy adelante. Pusieron en cadena unos patrones, porque aseguraron á los generales que llevaban bastimento para tres meses, no llevándolo para seis semanas; por cuyo engaño quizá se perdieron muchas victorias, y se malograron muchas ocasiones. ¡Qué de ello pudiera decir cerca de esto, y de otros sucesos que han pasado y pasan de esta misma calidad, no solo á patrones de galera, sino á gobernadores de villas y castellanos de fortalezas, y á municioneros y proveedores, en quien puede mas la fuerza del interés que el blason de la lealtad! Pero no quiero mezclar mis burlas con materia de tantas veras, ni aguar la dulzura de mi bufa con el amargura de decir verdades. Pasamos por entre turcos y griegos despues de haber descubierto con turbantes de nubes y plumas de celages el altivo y celebrado Etna, el ardiente volcan y el fogoso Mongibelo: llegamos á Mecina llenos de banderolas, flámulas y gallardetes: saludamos la ciudad con pelícanos de fuego, y ella con neblines de alquitran hizo salva real á nuestra buena venida y publicada victoria. Saltamos en tierra, donde los dos generales

fueron bien recibidos de su alteza serenísima el príncipe Filiberto Manuel, el cual saliendo á ver su victoriosa armada, honró á todos los capitanes y soldados particulares, asi con obras como de palabras; porque solo dan honra los que la poseen, y deshonra los que carecen de ella; porque no puede dar ninguno aquello que no tiene. Mandó poner á la urca de la presa un artificio en forma de carroza, que en virtud de sus cuatro ruedas andaba sobre el agua, caminando á todas las partes que la queria llevar, sin velas, ni remos, ni timon, que á todo esto ha llegado la sutileza de los ingenios, y todo esto puede la fuerza del oro. Retiráronse á sus puestos la mayor parte de las galeras, particularmente las del gran duque de la Toscana, quedándose en Mesina sola una escuadra de veinte y cinco galeras, en las cuales embarcándose su alteza, y dejando aquella ciudad en una confusa soledad, partimos la vuelta de Palermo á gozar de su cucaña. Detuvímonos veinte y un dias en Melazo, por falta de buenos temporales. Hay en este puerto una iglesia de la advocacion de san Fanfino, abogado de gomas y lapas, adonde cualquiera que llega á encomendarse á este bendito santo, padeciendo estas enfermedades, metiéndose en la arena de su marina, y echando sobre ella una poca de agua del mar de aquel puerto, le salen en breve espacio milagrosamente infinidades de gusanos de sus llagas antiguas ó modernas, y queda bueno y sano de su pestífera enfermedad. Yo, que por andar bien aforrado de paño y vino de Pedro Jimenez, no necesité de este santo milagro, y cuando acaso necesitara, por no echar sobre mi cuerpo la cosa que mas aborrezco, que es el arrastrado y sucio elemento del agua, me quedara hecho otro Lázaro leproso. Si este divino santo convirtiera este milagro en el de la boda del Architriclino, y volviera aquel agua del puerto de san Fanfino en vino de san Martin, te aseguro que dejara de seguir las galeras, y que dejando el mundo, me retirara á este sagrado á hacer penitencia de mis pecados en el húmedo yermo de su bodega ó cantina.

Prosiguiendo el viage de aquella fértil y abundante corte de Palermo, me sucedió una desgracia en mi aplaudido y celebrado fogon, con que dí con los huevos en la ceniza; y fué que yendo una mañana á querer poner la olla con una poca de carne que habia quedado en mi rancho, por ser el último dia de navegacion, al tiempo que la metí en un balde, y alargué el brazo al mar desde la proa, para coger un poco de agua para lavarla, llegó una soberbia onda, fomentada de una mareta sorda, y cargó con la carne y lavadero, y me dejó mojado y descarnado. Yo, por no dejar á mi amo sin comer, ni hallar por mis dineros con que encubrir el robo marítimo, arrimé al fogon la piñata, llena de tajadas de bacallao, pensando que en virtud del ajazo y pimenton supliera la falta del sucedido fracaso; y habiendo espiado una olla de un capitan (pienso que podrida, pues tan hedionda fué para mí), y visto que el guardian de ella se entretenia en la crujía en el juego de dados, le di el gatazo, á su olla asalto. Pues yendo á mi rancho, y trayendo un pequeño caldero vacío, traspasé el bacallao á él, y la olla del capitan á la mia. Hecho este trueque sin partes presentes, zampé el pescado de el caldero en la olla capitana, y volviéndolas á tapar á las dos, volví el caldero á su lugar, y poniendo la

mesa, y llamando á mi amo y sus camaradas, aparté la piñata; y hiceles que comiesen temprano, por estar á cuatro millas de Palermo. Alabaron todos lo sazonado de la olla, confirmándome por el mejor cocinero de la armada. Levantóse nuestra tabla al tiempo que se puso la del capitan, y que el guardian y maestro de cocina, habiéndole hecho dejar el juego, venia muy cargado con su olla victoriana. Desembarazóse de ella, quitóle la cobertera, y al quererla escudillar, se quedó hecho una estatua de piedra, sin menear pié ni mano. El capitan, viendo su elevacion, y que apenas pestañeaba, le preguntó la causa, pensando que le habia dado algun accidente. Él le respondió, viendo aquella transformacion de Ovidio en su olla, que sin duda aquella galera se habia vuelto palacio de Circe, pues á él lo habian convertido en mármol frio, y la carne de aquella ollá en bacallao. Viendo el capitan el suceso tan en su daño, echó á rodar la mesa de un puntapié, y con mucho enojo le dijo al cocinero soldado que si él no se hubiera puesto á jugar, ni nadie se hubiera atrevido á tales transformaciones, ni él se quedara burlado ni sin comer: que echase el pescado á la mar, y que de allí adelante no se encargase de guisar su comida, que él buscaria quien acudiese con mas cuidado. Con esto le volvió las espaldas muy enfadado, y el pobre soldado con muy grande flema llevó á un banco la encantada olla, y dió lo que estaba dentro á los forzados de él, y teniendo su piñata vacia en la mano derecha, al quererse ir á llegar á su rancho, un esclavo á quien tocó parte en las tajadas de bacallao, quizá agradecido de la limosna que le habia hecho, le contó haber sido yo el autor de aquella maraña, y el varon santo que convertia la carne en pescado, para mortificacion y continencia del capitan, y que él me habia visto hacer el milagro y la trasladacion de un sepulcro á otro. Yo, que estaba receloso de ser descubierto, y andaba escondido para ver en qué paraba aquel alboroto, estaba cerca del bando contrario, bien ignorante de lo que en mi contra se trataba. El soldado, así que se satisfizo de la verdad, por volver por su reputacion, puso por obra la venganza. Y llegándose á mí, y alzando el vaso y olla muy airosamente, rompió los cascos de ella en los de mi cabeza, diciéndome: Señor soto-alférez, quien goza de las maduras, goce de las duras; y quien come la carne, roya los huesos. Yo caí sin ningun sentido sobre la crujía, adonde al ruido del golpe acudió mi amo y su capitan: informáronse del caso, y por ver que me bastaba por castigo el estar como estaba, pidió el capitan á mi amo que me despidiese luego que llegase á Palermo, porque *quien hacia un cesto, haria ciento*: el cual le prometió de hacerlo así. Fuéronse los dos á la popa, y yo, despertando del sueño de mi desmayo ó letargo de mi tamborilazo, me hice curar de un barberote media docena de burujones que me habian sobrevenido de achaque de olla podrida, y entrapajándome muy bien la cabeza, me fui poco á poco á mi rancho. Leyóme la sentencia mi amo, dándome (aunque sobre peine, por haberle sabido bien la olla) su poquita de reprension. Díjele que supuesto que me despedia, habiéndome sucedido aquella desgracia por acudir á su regalo, que me pagase lo que me debia, conforme al concierto que hizo conmigo en Mesina cuando me recibió. Preguntóme que si desvariaba con el do-

lor de la cabeza, porque él no habia concertado nada conmigo, ni de tal se acordaba, ni que á los abanderados se les daba otra cosa que de comer y beber, y un vestido cada año. A estas razones le respondí algo enojado que él no me habia recibido para abanderado, sino para estar en la primera plana, y para esguazar, y que no solo no me habia dado el sueldo de la primera plana, ni los provechos del esguazo, ni puéstome en el avanzamiento que me habia prometido; pero que en lugar de cargo tan honroso, que me habia obligado á ser lamedor de platos y marmiton de cocina, por lo cual me habia venido á ver en el estado en que estaba. Mi amo, despues de haberse reido un gran rato, me dijo: Señor Estebanillo, vuesa merced ha vivido engañado. El ser abanderado es oficio de la primera plana, cuyo sueldo tira el alférez. Si el esguazar ha pensado que no es otra cosa que comer y beber, será el ollazo que le han dado sobre la cabeza. El tutiplen es que vuesa merced es en todo y por todo otro Lazarillo de Tormes; mas porque no te quejes de mí, ni digas que te he engañado, no siendo nada inocente, ves aquí dos reales de á ocho para ayuda de tu cura, y para que esguaces en saltando en tierra, y bebas un frasco de vino á mi salud. Yo los recibí y le agradecí la merced que me hacia, y me fuí previniendo para salir de aquel abreviado infierno, por estar ya cerca de tierra.

Tenia la ciudad y corte insigne de Palermo hechos grandes apercibimientos para recibir á su alteza serenísima por dar muestras de su valor y grandeza, y por significar el gusto que tenia de que la viniese á mandar y gobernar tan gran príncipe, y tan lleno de perfecciones y excelencias, y así al tiempo que llegó cerca de su playa, colmó el mar de balas, el aire de fuegos, la esfera de humos, y la tierra de horrores. Desembarcóse de su real al son de bélicos instrumentos de guerra, y acompañado de la nobleza ilustre de aquel reino, y aplaudido de los habitadores, entró en una de las mejores ciudades que tiene el orbe, y en uno de los mas abundantes y fértiles reinos de cuantos encierra la Europa. Tomó pacífica posesion de su merecido gobierno, y yo inquieto amparo de una pobre hostería, adonde en pocos dias quedé sano de la cabeza y enfermo de la bolsa. Mas como tras la tormenta suele venir la bonanza, así tras de una desgracia suele venir una dicha, que á haberla sabido conservar, harto feliz hubiera sido la que hallé á los ocho dias de mi desembarcacion: pues yéndome una tarde paseando por el cazaro de Palermo, admiracion del presente siglo y asombro de los cinceles, me llamó un gentilhombre que servia de secretario á la señora doña Juana de Austria, hija del que fué espanto del otomano y prodigio del mar de Lepanto. Díjome que me habia encontrado tres ó cuatro veces en aquella calle, y que le habia parecido ser forastero, y estar desacomodado: que si era así, que él me recibiria de buena gana, y que me trataria como si fuera un hijo suyo en el regalo, y en el traerme bien puesto. Pareciéndome el partido mas claro, y menos sin trampa que el de esguazar, díjele que le serviria con mucho gusto, y dándole el nombre como al soldado que está de centinela, y negándole el tener padre ni ser medio romano, me vendí por gallego: y se echó muy bien de ver que lo era en la coz que le dí, y en la que le quise

dar. Fullo siguiendo hasta su aposento, adonde, despues de haberme dado de merendar, me entregó la llave de un baul que tenia, depósito de sus vestidos y de una buena cantidad de dineros: que el hombre que llega á hacer confianza de quien no conoce, ó está jurado de santo, ó graduado de menguado. Y como mi amo me pusó el cabe de á palaleta, y yo tenia, tras de jugador, un poquito de goloso, fué fuerza el tirarlo, dándole toque y emboque al baul: el cual quedó libre de no hacer dos de claro por ser las sangrías pequeñas y de no mucha consideracion, por no darme lugar á mayor atrevimiento mi poca edad y el buen tratamiento que me hacia mi amo. Estuve con él cerca de un mes, que te certifico que no fué poco, para quien está enseñado, como yo lo estoy, á mudarlos cada semana, como camisa limpia. Llegó un dia de fiesta, aderezábale una conocida suya las vueltas y valonas y aun pienso que le almidonaba las camisas, siendo yo el portador de llevarlas y traerlas. Madrugó á oir misa, por ser dia de correo, y vió que yo me habia descuidado en no traerlas un dia ántes, como siempre acostumbraba á hacer; dióme media docena de bofetadas, muy bien dadas, pero muy mal recibidas, diciéndome: Pícaro gallego, ¿es menester que ande yo siempre tras vos, diciéndoos lo que habeis de hacer? Como teneis habilidad para comer, ¿porqué no la teneis para servir, teniendo cuenta (pues no sois de los que buscaba Herodes) de lo que yo necesito para hacerlo, sin que yo os lo mande? Y diciendo esto, se salió de casa, y yo me quedé con mis bofetadas hasta ciento y un año.

Volvió mi amo al cabo de un rato muy alborotado, diciéndome que recogiera toda su ropa blanca, y que me apercibiera, porque á otro dia nos hablamos de embarcar para Roma, porque iba acompañando al príncipe de Votera, yerno de su ama, que iba á aquella córte á ver el condestable Colona su padre. Yo salí fuera á hacer lo que me mandaba, con doblado disgusto de el que habia tenido, por no atreverme á volver á Roma, y perder tan buen amo, aunque estaba algo en mi desgracia por el desayuno de las bofetadas. Encontré en la calle á un jornalero matante, que por haber gastado con él algunas tripas de el baul, se habia hecho amigo, y lo era de taza de vino, y de los que ahora se usan. Contéle todo mi suceso, y pedíle que me aconsejase en aquello que me estaba bien. Y despues de haber reportado el bigote y arqueado las cejas, acriminó mucho lo que mi amo habia hecho conmigo, diciéndome que no me tenia por mancebo honrado, ni por hijo de hombre de bien, si no me vengaba. Y persuadiéndome que no fuese á Roma, ni tratara de darle mas disgustos á mi padre, se resolvió en que me fuese con él á Mesina, y desde allí á Nápoles, y que para el viage cargara con todo cuanto pudiera, que él me lo guardaria en su posada, y á mí me tendria oculto en ella, hasta que se embarcase mi amo, y los dos nos pusiésemos en camino. Pudo tanto conmigo la persuasion de este interesado verdugo, que me obligó á hacer una vileza que jamas habia pensado ni pasado por mi imaginacion: que tales amigos siempre incitan á cosas como aquestas, y una mala compañía es bastante á que el hombre mas prudente y de mejor ingenio tropiece en una afrenta y caiga en un peligro. Llevé toda

la ropa que estaba fuera de casa, entreguésela á mi amo, y ambos estuvimos ocupados toda aquella tarde en aprestar lo necesario para el viage. Llegó el dia de la embarcacion, y como mi natural, aunque era picaril, no se inclinaba á hurtos de importancia, sino á cosas rateras, no determinaba, temiendo no me cogiesen en la trampa, y me diesen un jubon sin costura. Quiso mi desgracia que estando ya resuelto de no hacer cosa por donde desmereciera, y de ir acompañando á mi amo, entró en el aposento el Aquitofél consejero de mi estado y amigo de mi dinero. Díjome que ¿cómo estaba con tanta flema, habiendo de partir las galeras á prima rendida, y estando mi amo en la marina con el príncipe, y el aposento solo, y la noche oscura? Yo viéndome en tan fuerte tentacion, y acordándome de lo que le habia prometido, le dije que todo lo que habia de sacar lo habia metido en aquel baul, y que por pesar mucho no habia podido cargar con él, ni habia hallado quien lo quisiese llevar. Él me respondió: No le dé cuidado eso, que aquí estoy yo que me llevaré sobre mis hombros no solamente el baul, pero el arca de Noe; y arrimarse á él y echárselo á cuestas, y salir de el aposento, todo fué uno. Viéndole cargar con los Penates de Troya, sin ser piadoso Eneas, sino un astuto Sinon, tomé mi ferreruelo, cerré tras mí, y fuilo siguiendo. Fué tan grande la ventura de mi amo, que al tiempo que iba á salir el baul por la puerta de la calle, llegó al umbral de ella á querer entrar, y viendo que lo mudaban sin su gusto, me dijo: ¿Adonde vas con ese baul á estas horas? Yo, con mas desmayo de muerto que aliento de vivo, le respondí: Que á embarcarlo en la galera, adonde habíamos de ir. Replicóme: ¿Y sabeis vos en qué galera me embarco yo? Respondile: Señor, quien lengua ha á Roma va: demas que me habian dicho que vuesa merced estaba en la playa con su excelencia, y me mandaria á donde lo habia de llevar. Díjole á mi fingido palinquin que volviera el baul á su lugar: hízolo así, y no viendo la hora de ponerse en salvo por no ser conocido, se puso con brevedad en la calle. Díjome mi amo con rostro airado, ceñudo de ojos y amostazado de narices: ¿Quién os manda á vos sacar mi hacienda de mi casa, sin tener licencia mia? Díjele: ¿Tan flaco es vuesa merced de memoria que ya se le ha olvidado la pendencia sobre las valonas, y el haberme dicho que no habia de andar tras de mí diciéndome lo que habia de hacer, sino que cuidase yo de lo que vuesa merced necesitaba, sin aguardar á que me lo mandase? Pues siendo esto así, y viendo que en este cofre tiene todos sus vestidos y dineros, y que necesita de ellos para este viage, no pienso que ha sido error hacer lo que vuesa merced me manda. Pidióme la llave: dísela, abriólo y reconociólo por todas partes, y volviéndolo á cerrar, me dijo: Señor Estebanillo Gonzalez, vuesa merced se vaya con Dios de mi casa, que no quiero en ella criados tan bien mandados, ni sirvientes tan puntuales, y que unas veces pequen de carta de mas y otra de carta de menos: y agradezca que estoy de partida, que á no estarlo yo le hiciera cantar sin solfa; y aun puede ser que lo haga, que no estoy muy fuera de ello, si no se me quita de delante. Yo, temiendo que por haber intentado cazar gangas, no me enviase á cazar grillos, me salí del aposento,

temblando de miedo, sin amo, sin dinero, y sin haber cenado, porque lo poco que habia acaudalado en ser cajero de aquella tesorería lo habia gastado con mi valiente de mentira.

Viéndome que ya era irremediable lo hecho, y que habia sido ventura haber hallado tan buena salida, habiéndome cogido las manos en la masa, me fuí á la posada de mi amigo, al cual hallé con una cara de deudor ejecutado. Contéle el despedimiento de el cuerpo y el alma: y despues de mas de media hora de paseo dando mas bufidos que un toro, y echando mas tacos que un artillero, vino á parar toda la tormenta en mandarme azainadamente que pidiese de cenar á la patrona. Yo le dije: En cuanto á pedirlo yo lo haria con todas veras; pero que en cuanto á la paga, habia salido de casa de mi amo como niño de doctrina, abofeteado y sin blanca. Él me respondió: Pues cuerpo de tal con él, ya que no tuvo ánimo de cargar con un talego, ha de dejar por la cena empeñado el ferreruelo, que no me he yo de acostar haciendo cruces por sus ojos bellidos, habiendo hecho por él lo que yo he hecho, arriesgándome, como me he arriesgado, no debiéndole ninguna amistad, ni teniéndole obligacion ninguna, que si me ha dado algunos reales, mas he hecho yo en pedírselos que él en dármelos. Y yo sé que si me conociera, que me ayunara, y que ya hubiera hecho cubrir, no solamente una tabla, sino mas tablones que hubo en el templo de Salomon: que presumo que debe de ignorar que por mí se hizo la jácara de Zampuzado en un banasto. Fué tanta la risa que me dió él ver su modo de hablar y su crudeza, que le obligué á que pensase que hacia burla de él: por lo cual, dejando caer el ferreruelo, y habiéndome hecho conde de Puñoenrostro, arrancó la tizona, quizá por haberle yo negado la colada; pero como no he sido nada lerdo ni perezoso en tales apreturas, tomé tierra del rey, y con presteza á la calle, y entrándome en casa del cardenal Doria, arzobispo de Palermo, mi bravo se quedó plantado de firme á firme, tirando ángulos corvos y obtusos á la puerta de la posada.

Hallé á la entrada de la del palacio al cocinero mayor ó de servilleta ó manteles de su eminencia, que se llamaba maestre Diego, y viéndome entrar tan presuroso y alborotado, me preguntó que ¿qué era lo que traia? Yo respondí que un puñetazo junto al ojo y cien libras de miedo, porque me habian cogido entre dos para quitarme el ferreruelo, y que me habia dado tan buena maña, que me habia librado de ellos, los cuales me habian venido siguiendo hasta haberme valido de aquel sagrado.

Quiso ser curioso, y saber de donde era, y como me llamaba, y si tenia padre ó amo, ó si era venturero. Satisfícele á sus preguntas, y recibióme por su pícaro de cocina, que es punto menos que mochillero, y punto mas que mandil. No me descontentó el cargo que me habia dado, porque sabia, por experiencia de la embarcacion, que es oficio graso, y ya que no honroso, provechoso. Regalábase mi amo á costa agena, que es gran cosa comer de mogollon y raspar á lo morlaco. Tenian cada dia pendencias él y el veedor, y á la noche sucedia con ambos aquello de en la caballeriza *yo y el potro nos pedimos perdon el uno al otro*. Yo llevaba, al tiempo que el reloj echa todo su resto, la comida de raspatoria á casa

de mi amo, y á las tres de la tarde las sobras, resultas y remanentes y percances, con ayuda del gifero, al baratillo de la ropa vieja y usada : y lo restante del dia me ocupaba en hacer burro de noria á un volteador asador, donde estaba cuatro horas como caballo del acerado, boca abajo y sin comer. Hacia de dia entierros de leños y carbones, y á la noche sacaba los tales muertos á que fuesen refrigerio de vivos. Hiciéronme al cabo de cinco semanas, en premio de mis servicios, barrendero menor de la escalera abajo, que de esta suerte avanza quien sabe tanbien servir, y con tanta satisfaccion de sus oficiales. Salí al nuevo oficio descalzo, desnudo y tiznado, con tener de mi parte los cardenales, de que era el uno á quien servia, y el otro el que me hizo el rebosado valiente, y ayunaba al traspaso.

Quiso mi favorable estrella que los criados de casa estudiaron la comedia de los Benavides, para hacerla á los años de su eminencia, y á mí por ser muchacho, ó quizá por saber que era chozno del conde Fernan Gonzalez, me dieron el papel del niño rey de Leon. Estudiéle, haciéndole al que se hizo autor de ella que me diese cada dia media libra de pasas y un par de naranjas, para hacer colacion ligera con las unas, y esfregarme la frente al cuarto del alba con las cáscaras de las otras : porque de otra manera no saldria con mi estudio, aunque no era mas de media columna, por ser flaco de memoria : y esto que habia visto hacer á Cintor y á Arias, cuando estaban en la compañía de Amarilis. Creyólo tan de veras que me hizo andar de allí adelante, miéntras duraron los ensayos, todos los dias, y estudiando todas las noches, mascando pasas y todas las mañanas atragantando cascos de naranjas, y haciendo fregaciones de frente. Llegó el dia de la representacion : hízose un suntuoso teatro en una de las mayores salas del palacio : pusieron á la parte del vestuario una selva de ramos, adonde yo habia de fingir estar durmiendo cuando llegasen los moros á cautivarme. Convidó el cardenal, mi señor, á muchos príncipes y damas de aquella corte : pusiéronse mis representantes de aldea muchas galas de fiesta de Corpus : adornáronse de muchas plumas, y en efecto el palacio era un florido abril. Pusiéronme un vestido de paño fino, con muchos pasamanos y botones de plata, y con muy costosos cabos : que fué lo mismo que ponerme alas para que volase y me fuese. Yo, aprovechándome del comun vocablo del juego del ajedrez, por no volverme á ver en paños menores, le dije á mi sayo : jaque de aquí. Empezóse nuestra comedia á las tres de la tarde, teniendo por auditorio todo lo purpúreo y brillante de aquella ciudad. Andaba tan alerta el autor sin título, por haber él alquilado mi vestido y héchose cargo de él, que no me perdia de vista. Llegó el paso en que yo salia á caza, y fatigado del sueño me habia de recostar en aquella arboleda : y despues de haber representado algunos versos, y apartádose de mí los que me habian salido acompañando, me entré á reposar en aquel acopado y florido dosel, adonde no se pudo decir por mí que me dormí con la purga, pues aun no habia entrado en él, cuando siguiendo una carrera que hacia la enramada, me dejé descolgar del tablado, y por debajo de él llegué á la puerta de la sala, y diciendo á los que la tenian ocupada : hagan plaza, que voy á mudar de

vestido, me dejaron todos pasar; y menudeando escalones, y allanando calles, llegué á la lengua del agua, y desde ella á la sombra de la mar. Informáronme otra vez que dí la vuelta á esta corte, que salieron en esta ocasion al tablado media docena de moros bautizados, hartos de lonjas de tocino y de frascos de vino: y llegando á la arboleda á hacer su presa, por pensar que yo estaba allí, dijo el uno de ellos en alta voz: ¿Ha niño, rey de los cristianos? A lo cual habia yo de responder, pensando que eran criados mios: ¿Es hora de caminar? Y como ya iba caminando mas de lo que requeria el paso, no por el temor del cautiverio, sino por miedo del despojo del vestido, mal podia hacer mi papel, ni acudir á responder á los moros, estando una milla de allí, concertándome con los cristianos, aunque no lo hice muy mal, pues salí con lo que intenté. Viendo el apuntador que no respondia, soplaba por detras á grande priesa, pensando que se me habian olvidado los piés: y á buen seguro que no se me habian quedado en la posada, pues con ellos hice peñas y Juan danzante. Viendo los moros tanta tardanza, pensando que el sueño que habia de ser fingido lo habia hecho verdadero, entráron en la enramada, y ni hallaron rey ni roque. Quedaron todos suspensos, paró la comedia, empezaron unos á darme voces, y otros á enviarme á buscar, quedando el guardian de mi persona y vestido medio desesperado, y ofreciendo misas á san Antonio de Padua y á las ánimas del purgatorio. Contáronle mi fuga al cardenal, el cual respondió que habia hecho muy bien en haberme huido de enemigos de la fe, y no haberles dado lugar á que me hiciesen prisionero: que sin duda me habia vuelto á Leon, pues era mi corte, y que desde allí mandaria restituir el vestido: y que en el interin él pagaria el valor de él, y que así no tratasen de seguirme, porque no queria dar disgusto á una persona real, y mas en dias de sus años. Mandó que le leyesen mi papel, y que acabasen la comedia: lo cual se hizo con mucho gusto de todos los oyentes, y alegre el autor de ella, por tener tan buen fiador.

CAPITULO III.

Adonde se declara el viage que hizo á Roma: lo que le sucedió en ella, estando por aprendiz de cirujano. Como se volvió á huir tercera vez: entró á servir de platicante y enfermero en el hospital de Santiago de Nápoles, y como se salió de él por pasar á Lombardía con puesto de abanderado.

Aquella tarde iba tan en popa mi fortuna que todo me sucedia á medida del deseo, pues así que llegué á la marina, oí dar voces á un marinero, diciendo: *A Napoli, a Napoli.* Preguntéle ¿que cuándo se habia de partir? Respondióme que ya estaba la faluca echada á la mar, y que solo aguardaba al patron, que habia entrado en la ciudad á sacar licencia para ello. Estando en esta plática, llegó el dicho patron, con quien me con-

certé con brevedad, en virtud de una hucha que habia hecho de lo mas alzado de la cocina, que seria de hasta cuarenta reales, y embarcándome con él en una barquilla, volviendo por instantes la cabeza atras, llegamos á la faluca y echamos todo el trapo, y al cabo de seis dias me hallé en Nápoles. Me fuí aquella noche fuera de la puerta Capuana, y al amanecer tomé el camino de Roma, donde sin acaecerme de qué poder hacer mencion, llegué una mañana á una puerta de sus antiguos muros, y habiendo entrado en ella, y considerando en el trage honrado que llevaba y la afabilidad de mi padre, me fuí derecho á su casa, adonde fuí muy bien recibido, haciendo muy al vivo el paso y ceremonias del hijo pródigo. Preguntóme mi padre que donde habia asistido el tiempo que habia faltado de sus ojos. Hícele creer que habia estado en Liorna sirviendo de page á don Pedro de Médicis, gobernador de aquella plaza, y que me habia venido con su gusto, por solo verle á él y á mis hermanas, y por tirarme el amor de la patria. Hizo que me regalasen, y no poniendo en olvido mis buenas costumbres y habilidades, me dijo que se holgaba mucho de mi venida, pero que aquella misma tarde me habia de buscar quien me enseñase oficio, aunque le costara cualquier cantidad, porque no queria que durmiese en su casa, ni que estuviese en el contorno de ella: y que pues habia tenido tan buenos principios en el de barbero, y sabia levantar tan bien un bigote, que queria que prosiguiese con él: y que mirase que no fuera tan solícito en cobrar libranzas, é irme con ellas, como habia hecho con su amigo Bernardo Vadía; que ya aquella estaba pagada, pero que si proseguia en mis travesuras, que no lo tuviese por mi padre, sino par mi enemigo capital. Comí al galope, por temer que me pusiese en la calle ántes de acabar, y con el bocado en la boca, por no faltar á su palabra, como al fin hijodalgo, me llevó á la barbería de un maestro catalan que se llamaba Juspe Casanova. Habló con él, y hallólo muy duro y muy léjos de recibirme, por estar informado de mi mala opinion y poca estabilidad. Salió mi padre por fiador de cualquiera desacierto que yo hiciese en el tiempo que estuviese en su casa, y le prometió pagar cien ducados si dentro de un año le hiciese falta de ella; pero que si asistiese y cumpliese el plazo, que él me habia de dar á mí veinte para que hiciese un vestido. El maestro, contentándole el partido, y que tenia por cosa segura el irme yo, y el cobrar él tan buena cantidad, vino en las condiciones, y haciendo de ellas escritura por ante notario, yo quedé á ser aprendiz, y mi padre se arrepintió del contrato al cabo de tres meses, que fué el tiempo que estuve en aquella tienda, ignorando mas cada dia que aprendiendo.

Tratóme este maestro con mas respeto que el primero, pues el otro me enseñaba á lavar pañales y este á echar barbas en remojo. Servíale, cuando salia fuera á dejar lampiños, y á algunos señores, de page de bacía y de mozo de estuche; y en la tienda, de calentar el agua y de atizar la fogata. Hacíame que asistiese todo el dia en ella, y que tuviese cuenta en aprender á rapar zaleas y alzar criminales, ocupando los ratos perdidos en leer unos libros que tenia de cirujía. Y por no darme á conocer, aunque ya era bien conocido de mi amo, acudia á todo con mucha puntualidad, y

mas los primeros dias, porque se dijese por mi aquello de cedacito nuevo. Pareciendo al cabo de algunos dias á mi amo que ya sabria algo del oficio, por lo atento que me veia estar siempre á los tormentos de agua y fuego, me mandó quitar el caballo y barba á un pobre, que habia llegado á pedirle una rapadura de limosna: que en las cabezas y rostros de los tales siempre se enseñan los aprendices, porque llueva sobre la poca ropa. Hícele sentar sobre una silla vieja reservada; y de respeto, para gente de poco pelo. Púsele por toalla un cernedero de colar legía, y sacando de un cajon de los principiantes unas tijeras, poco menos que de tundidor, y un peine (desperdicio de algun rocio rodado), me acerqué á mi paciente, y diciendo en nombre de Dios (por ser el primer sacrificio que hacia), empecé á tirar tijeretadas á diestro y á siniestro, mas viendo la poca igualdad que llevaba, y que estaba el cabello lleno de escalones, y con mas altas y bajas que alojamiento de capitan, traté de esquilallo como á borrego y rapaterron. Él me pedia que fuese sobre peine, y yo lo hacia sobre casco. En efecto, yo le empecé á trasquilar como á pobre, y despues lo esquilé como á carnero, y lo atusé como á perro lanudo. Tentóse el cuitado la cabeza, y hallando su lana convertida en calabaza, desierta la mollera y calva toda la cholla, me dijo: Señor mancebo, ¿quién le ha dicho á vuesa merced que tengo gana de ser buena boya, para raparme de esta manera? Respondile que aquello era nueva moda venida de Polonia y Croacia, con la cual gozaria de mas limpieza, y se saldrian mas bien los malos humores de la cabeza: y que si acaso era amigo de traer cabellos largos, le volverian á crecer á palmos, por habérselos quitado á raiz, y en creciente de luna: y encajándole otra media luna de la márgen de una bacía vieja, llena de agua fria, en el empañado pescuezo, que le pudiera servir de argolla, ya que lo tenia á la vergüenza, despues de haber empapado las bedijas, encajado la barba, y héchole mil mamonas, le enjaboné los carrillos tan apriesa, y tan apretadamente, que en poco espacio pudiera ser por la abundancia de espuma ó madre de Vénus ó mula de doctor. Sobajéle las barbas, ajéle los bigotes, rasquéle las mejillas, lavéle los labios, y despolvoréle las narices: y mi dos veces pobre, agarrado á su bacia el hocico, cerraba, y haciame mas gestos que una mona. Quitéle la bacía, sacudile los dedos, y limpiándole mas de dos libras de natas ó requesones frescos, lo volví de blanco aleman en tostado africano. Tomé un hocico ó navaja, y empecé, no á cortar, sino á desgajar lana de aquel soto de barba, cuya espesura pudiera ser habitacion de silvestres animales. Llevaba hácia abajo los cueros, y no los pellejos: y como yo no tenia el dolor, apretaba mas la mano, por dar fin á la obra, y acreditarme en breve con mi amo, que desde el principio de este prodigio le habian venido á llamar para hacer una sangria, y estaba ausente de la tienda. Era tan mal inclinada la navaja, que cortaba la carne, y no la barba. Yo, viendo que mi parroquiano tenia todo el rostro como zapato de gotoso, y que estaba teñido en la sangrientalidad, volvile á dar otra agua, porque no se despeñase el rojo licor, y se descubriese el defecto del no viejo y lo borazo de las armas; limpiélo muy bien, y por ver que prosēguian las corrientes, entré en mi aposento, y saqué un gran

puñado de telarañas, y muy al descuido fuí tapando las pequeñas grietas hechas en aquel rostro de peñasco, y las que cada instante le iba haciendo. Él, no pudiendo soportar el dolor, me dijo: Mancebito, mancebito, ¿raspa ó degüella? Respondíle: Señor mio, lo uno y lo otro hago, porque la barba de usted es mas dura que una roca, y es menester pasar cochura por hermosura. Yo estaba temblando de que viniese mi amo, y le viese la horrenda figura que tenia, pues su rostro mas era tapicería de arañas que cara de cristiano, porque eran tantos los lunares que le habia puesto, que á habérselos visto á la luna de un espejo quedara lunático ó frenético. Yo, viendo que mis principios mas eran de carnicero que de barbero, saqué del estuche de mi maestro una de sus mejores y mas cortantes navajas, con la cual empezé á bizarrear y hacer riza en aquella barba boba, que harto lo era el dueño, pues pasaba tantos martirios á pié quedo, sin estar en tierra del Japon. Quiso la mala suerte, que siempre huyendo de los ricos da en seguir á los pobres, que al tiempo que lo iba enjordanando, y quitándole veinte años de edad, tropezó la navaja en uno de los remiendos ó tacones que le habia puesto, y embarazándose en la tela de araña, no quiso pasar adelante, por lo cual me obligó á apretar la no ligera mano: y dando un grito el doliente, quísose levantar, por lo cual fué fuerza y mandamiento de apremio cruzarle no mas de la mitad de la cara, que la otra mitad la tenia él cortada, y presumo que no por bueno, y así por verlo pobre le hice amistad de emparejarle la sangre. Mas viéndole en pié, y con un sepan cuantos, como mazo de golpe, y que por el rastro que dejaba podia caminar Montesinos, salíme á la calle, metíme en el palacio del sobrino Barberino, diciendo entre mí: Ahora que estoy libre, ande el pleito.

Llegó mi amo á esta ocasion, halló al pobre dando sollozos, la casa llena de vecinos, y la puerta de mequetrefes. Dijéronle la causa del rumor, y lo mal parado que estaba el herido: y él apartando la gente, se llegó al caballero cruzado, y viéndole la cara tan llena de pegatostes que parecia niño con viruelas, perdió el enojo, y rebozándose con la capa no se atrevia á acudir al remedio, por no descubrir el chorro de la risa, la cual se le aumentó mucho mas cuando vió que al ruido habia acudido la mujer de aquel sin ventura que era vecina nuestra, y que dándole el pésame las demas, decia que sin duda se burlaban, porque aquel hombre no era su esposo, ni ella habia estado tan dejada de la mano del Señor que habia de haber escogido tal monstruo por marido. Dió mi amo fin á sus gorgoritas de alegría, y desembarazándose del ferreruelo, le zurzió el geme de abertura: y por no ser hombre que repara en puntos, le dió docena y media de ellos. Echó toda la gente fuera, y quedándose solo con el herido y con su mujer, que ya lo habia conocido por señas que le habia dado, y por el metal de la voz, envió á llamar á mi padre; el cual imaginando que lo llamaban para remediar alguna travesura mia, de que no se engañaba, acudió al momento, y viendo aquel espectáculo horrible, con ser hombre muy sévero no dejó de sonreirse en poco. Trataron los dos de quitar y contentar aquella figura de leon de piedra que tenian delante, porque no se querellase y diese queja á la justicia: y saliendo mi maestro

á curarlo y darlo sano, y ofreciéndole mi padre diez escudos, quedó muy contento, y se retiró á su casa. Supo mi maestro adonde yo estaba, y trayéndome á la suya, despues de haberme reñido muy bien, me dió por castigo (como al fin mi juez competente) suspension de oficio en el desbarbar, por tiempo de un mes; en cuyo término estudiaba algunas veces en los libros de cirujía, teniendo de los correspondientes de la tienda algunos provechos de limpiarles los sombreros (para lo cual habia comprado una escobilla á mi costa), y quitarles los pelos de las capas, echándoselos yo muchas veces encubiertamente, para obligarles á ofrecer.

Acaeció traer á la tienda, ántes que se acabara el mes de la suspension, un muchacho, hijo de un mercader, para que le cortáran un poco del cabello y que le emparejasen las guedejas. Díjele á mi amo que pues no estaba aquel arte en la suspension de oficio, que decretara en darme licencia y facultad. Vino en ello, y quiso hallarse presente, temeroso de lo pasado. Y para poder adestrarme, empecé con lindo aire á correr la tijera por encima de la dentadura de un terso y bien labrado marfil, y á echar en tierra escarchados hilos de oro, acabando con tal presteza y velocidad que mi amo me dió el parabien de ser tan buen oficial, y apenas se apartó de mí satisfecho de que ya no erraria en nada, cuando metiendo todo el cuerpo de las tijeras en una guedeja del tierno infante, para despuntársela, no acordándome que tenia orejas, y pensando que todo el distrito que cogian las dos lenguas aceradas era madeja de Absalon, apreté los dedos, y dejélo echo un Malco, un ladron principiante y una barona posta. Dió el muchacho una voz que atronó la tienda, y tras de mil ayes un millon de gritos: corríle la cortina del cabello, y viendo la oreja medio cortada, dije: Cuerpo de tal, ¿aquí estais vos, y no hablais? Preguntóme el maestro que ¿qué era lo que habia hecho? Yo le respondí que no era nada: que aquel rapaz se quejaba de vicio: que me dijera en qué parte tenia la cola con que pegaba la guitarra, para pegarle con ella media oreja, que le habia echado en tierra. Mi amo oyendo esto, y viendo la sangre que le corria, llegóse á él, y considerando una tan gran lástima, cerró conmigo, y dióme poco mas de cien bofetadas, y poco menos de cincuenta coces. Y pienso que el no aumentar el número fué por dolerle los piés y haberse lastimado las manos. Curóle la oreja, y empapelando el retazo de ella, lo llevó de la mano á casa de su padre, al cual se satisfizo, diciéndole que aquello habia sido una desgracia, sin que se hiciese á mal hacer, y que ya me habia castigado por ello tan bien que me dejaba medio muerto. El mercadante, viendo que ya aquello no tenia remedio, y que era falta que se encubria con el cabello, y que el castigo que él merecia lo habia venido á pagar su hijo, despidió á mi amo con mucho agrado, y á mí me concedió perdon.

Quedó tan escarmentado mi maestro de ver en mi tan malos principios, que temiendo que fuesen peores los fines, jamas me quiso ocupar en dejarme afeitar á ninguna persona de importancia: solo me empleaba en los de *gratis*, y en los peregrinos pobres, los cuales llegaron á ser pocos, y á disminuirse, porque el que una vez se ponia en mis manos,

no volvia otra, aunque anduviese como ermitaño del yermo. Y con todos estos defectos me tenia yo por uno de los mejores cirujanos que habia en Roma, y por el mejor barbero de Italia, y fué tanta mi presuncion y desvanecimiento, que me persuadí á que yo solo, con lo que sabia, podria sustentar mi persona, y traerla muy lucida, y aun servida de criados. Y por verme fuera de dominio, y enfadado del poco caso que se hacia de mí, cogiéndole á mi amo las mejores navajas y tijeras, y una bacía, y los demas aderezos de pelar lechones racionales, me salí tercera vez de Roma, á la vuelta de Nápoles, en cuyo camino y posadas de él pasé plaza de barbero apostólico, examinado en la corte romana. En efecto, trasquilando postillones y rapando percacheros, dí fin á mi viage. Llegué á aquella corte, que por ser primer Chipre y segundo Samos, le dan por renombre la Bella. Fuime derecho á Santiago de los españoles, que estando á título de hospital, es un auxilio y amparo de los de esta nacion, y un edificio suntuoso. Hablé con el doctor de él acerca de acomodarme: el cual se llamaba Cañizares, de quien fuí remitido á Juan Pedro Folla, que entónces ejercia el oficio de cirujano mayor. Dí á entender ser barbero y cirujano examinado, y no de los peores en aquel arte: el cual me recibió para ser enfermero, y uno de sus ayudantes.

Empecé á hacer las guardias á los dolientes, conforme me tocaban, tanto de dia como de noche, acudiendo á darles lo que les ordenaba el doctor, y lo demas que necesitaban. Ofrecióse una saugría el mismo dia que entré en la dignidad: y el cirujano, por hacer prueba de mí, me la encomendó. Yo, llegando á la cama del enfermo, le arremangué el brazo derecho, y estregándoselo suavemente, le dí garrote con un liston de un zapato que habia pescado á una moza de un ventorillo en el discurso del camino. Saqué la lanceta, y por haber leido cuando andaba trashojando los libros de mi postrer amo, que para ser buena la sangría era necesario romper bien la vena, adestrado de ciencia, y no de experiencia, la rompí tan bien que mas pareció la herida lanzada de moro izquierdo, que lancetada de barbero derecho. Al fin salí tan bien de ella, que solamente quedó el doliente manco de aquel brazo, y sano del izquierdo, por no haber llegado á él la punta de mi acero, de que Dios libre á todo fiel cristiano. Quejóse á Juan Pedro Folla, el cual habiendo reconocido la sangría y visto que dejaba el brazo estropeado, me dijo ¿que si me habia examinado de albeitar ó de barbero? Respondíle que del cansancio del camino traía alterado el pulso, y que esto habia sido la causa de no dar satisfaccion de mi persona, pero que á la segunda habria enmienda; porque como decia el doctor Juan Perez de Montalvan en su libro cómico: *De dos la una, no se yerra en el mundo cosa alguna.* Mas perdóneme su cadáver, que él tambien se erró en escribir esto; porque á la deciochena sangría hice lo mismo, sin haber acertado ninguna en las demas.

Habia entrado un soldado de los adocenados de bravo y rumbo á curarse de unas tercianas; y porque le asistiese con cuidado en su enfermedad, me habia dado un real de á cuatro, y quiso su pecado que me tocó estar de guardia el dia de su purga. Viéndose fatigado de sed, im-

ploró mi auxilio, confiado en el plateado unto. Yo, haciendo desvlos de sabio doctor, y ademanes de ministro roto, me cerré de campiña á su demanda: y él representando conmigo el auto de Lázaro y del Rico avariento, y sacando la lengua como jugador de rentoy y seña de malilla, me tenia fatigadas las orejas; mas viéndome inmóvil á sus voces y endurecido á sus quejas, haciendo duelo lo que era piedad, y pareciéndole descrédito de su persona no darle lo que pedia, habiéndome cohechado para que le asistiese y sirviese, me dijo: Señor estornudo de barbero y remendon de cirujano, trate por su vida mitigar mi sed; porque sino yo le prometo que demas de que no me lo irá á penar al otro mundo, dé cuenta al mayordomo de este hospital de los sobornos que recibe á los que entran á curarse con él. Yo le respondí que se reportara, que por mirar por su salud me habia excusado, pero que yo le cumpliria de justicia. Bajé abajo, y subiéndole encubiertamente un jarro con cuatro potes de agua fria, y metiéndoselo debajo de la cama, le dije: En acabándose ese recado, vuesa merced avise, que será servido en todo y por todo. Tomó al proviso el cangilon, y alzando á menudo los codos, á pocas idas y venidas le dió fondo, y descubrió el suelo, mirando hácia la parte donde yo me estaba paseando, y diciendo: Dios te consuele, pues me has consolado el alma: por cuya consolacion dentro de media hora pasó la suya de este mundo al otro. Vive Dios, que reviento por desbuchar aquí los males que causa untar como brujas, pero allá se lo haya Marta con sus pollos. Escondí el malhecho; dije que habia muerto de repente, pero con todos sus sacramentos; diéronle sepultura.

Tenia por flor que todas las veces que me tocaba repartir los consumados, que ordinariamente se dan á las doce de la noche, de tal modo me alegraba, siendo pecador, que de veinte que me entregaban los multiplicaba en treinta, y con una santa caridad y amor á los prójimos cobraba contribucion de los diez. Sucedióme una noche que estaba de guardia, visitar á menudo á un estudiante, por verlo que estaba muy fatigado y lleno de bascas: y como mis ojos eran linces, y mis manos barrederas, al tiempo de alzarle la cabeza para que arrimase el cuerpo á ella, por ver si de aquella suerte podia mitigar una tos que le ahogaba, columbré una bolsa que tenia debajo de la almohada, con doce doblas por piedra fundamental y cincuenta reales de á ocho por chapitel. Reconocí que estaba alerta á la buena guardia, y así dilaté el lance para mejor ocasion, y porque no se sospechase en mí, despues de cumplida mi pretension, me puse á lo largo, como compañía de arcabuceros; y por sobrevenirle unos desmayos mortales, me dieron muchas voces los enfermos que estaban mas cercanos á su cama, diciéndome que acudiera presto á ayudar á bien morir á aquel licenciado, y á traerle un confesor. Yo, viendo que se llegaba la hora en que él diese cuenta á Dios, y yo tomase cuenta á su bolsa, envié con un compañero mio á que le trajese el capellan mayor, y yo haciendo del hipócrita desalado, mas por el dinero que por el medio difunto, me eché de bruces sobre la cabecera, y diciendo: Jesus, María, *en manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*, le iba metiendo la mano debajo de la cabecera; y al instante que agarré con la breve mina

de tan preciosos metales, la fuí conduciendo á mi faltriquera, volviendo á repetir: Jesus, Jesus, Dios vaya contigo. Pensaban los circunstantes que el Dios vaya contigo lo decia al enfermo, siendo muy al contrario, porque yo lo decia á la bolsa, por el peligro que corria desde la cabecera hasta llegar á ser sepultada en mis calzones. Llegó el confesor, y hallándome muy ronco y fatigado de ayudarle á bien morir, me tuvo de allí adelante en buen concepto, y agradecióme la caridad. Sentóse sobre la cama del enfermo á oirle de penitencia, porque aun tenia su alma en su cuerpo, y sus sentidos muy cabales, porque yo solamente era el que apresuraba su vida, por dar fin y muerte á su dinero. Fué Dios servido que estando en la mitad de la confesion, le dió un parasismo tan terrible que á un mismo tiempo lo privó de sentido y de vida. Yo acudí con toda voluntad al difunto cadáver, miéntras que lo mudaron de la cama de madera á la cuna de tierra, y despues le hice decir un par de misas: y por ser cuando dí la limosna para ellas despues de haber almorzado, y cargado de delantero, mandé que fuesen de salud, que estas obligaciones me corrian, por haber quedado su legítimo heredero, sin cláusula de testamento. Abrí aquella mañana la bolsa, y habiendo registrado las tripas de ella, la metí en el lado del corazon, y dí por bien empleadas las voces y la mala noche.

Viéndome pues con tanto dinero y en vida tan estrecha que apenas tenia hora de sosiego ni lugar de echar y derribar con gente de toda broza, pretendí comodidad con mas ensanchas: y andando con este presupuesto, me salí una tarde á desenfadar al muelle de aquella ciudad. Estando de espacio contemplando tan lindo sitio, pasó á este tiempo por junto á mí mi amo el alférez don Felipe Navarro de Piamonte, á quien serví en la embarcacion de Levante. Conocíle al punto, y lleguéle á hablar y á ofrecerme de nuevo á su servicio, y á contarle en lo que me ocupaba en aquella córte. Holgóse mucho de verme, y díjome como era alférez de la compañía del maestre de campo don Melchor de Bracamonte, y que estaba de partida para Lombardía, para cuyo efecto se habia hecho aquel tercio: que si queria volver á ser su segundo alférez, y esguazar como de primero, que me llevaria de buena gana. Yo, por ver á Milan, y por salir de la clausura en que estaba, y no ser ayala de muertos y centinela de enfermos, y pareciéndome mucho mejor el son de las cajas que el de las flautas ó jeringas, dejé el oficio de arrendajo de cirujano, y tomé el de abanderado. Embarcámonos en una escuadra de galeras, y sin suceso adverso ni cosa memorable llegamos á Lombardía.

Estuvimos alojados en una villa que se llama la Costa, comiendo á costa del patron, y diciendo aquello de: huéspede, máteme una gallina, que el carnero me hace mal. Eché de ver que aquella vida era mejor que la de cirujano, si durase siempre estar sobre el villano. Mandaron á mi tercio que marchase á los Paises Bajos, cuya nueva me dejó sin aliento, por ser camino tan largo, y que lo habiamos de caminar en mulas de san Francisco. Estaba en mi compañía un soldado que habia servido en aquellos estados en tiempo de treguas; y para informarme de él qué tierra era adonde nos mandaban ir, lo convidé á beber dos frascos de vino en

una ermita del trago : y despues que estaba como el arca de Noe, habiéndole yo dicho como estaba de camino para ir á ver la gran corte de Bruselas, me dijo lleno de vaguidos de cabeza y de abundancia de erres : Camarada del alma, tome mi consejo, y haga lo que quisiere, pero á Flandes ni aun por lumbre, porque no es tierra para vagamundos, pues hacen trabajar los perros como aquí los caballos; y tan helada y fria que estando yo un invierno de guarnicion en la villa de Gueldres, tuve una pendencia con un soldado de nacion albanés sobre cierta metresa; y habiendo salido los dos á la campaña, y metido mano á nuestras lenguas de acero, ayudado yo de mi destreza, le hice una conclusion, y con una espada ancha de á caballo, que yo traia entonces, le dí tal cuchillada en el pescuezo, que como quien rebana hongos dí con su cabeza en tierra, y apenas lo vido don Alvaro de Luna, cuando quedé turbado y arrepentido; y viendo que palpitaba el cuerpo, y que la cabeza temblaba, la volví á su acostumbrado asiento, encajando gaznate con gaznate, y venas con venas, y helándose de tal manera la sangre, que sin quedar ni aun señal de cicatriz, como aun no le habia faltado el aliento, volvió el cuerpo á su primer ser, y á estar tan bueno como cuando lo saqué á campaña, y la cabeza aun mas firme que ántes. Yo atribuyéndolo mas á milagro que á la zurcidura y brevedad de la pegadura, lo levanté de tierra, y haciéndome su amigo, lo volví á la villa, y llevé á una taberna, donde á la compañía de un par de fogotes nos bebimos teta á teta media docena de potes de cerveza, con cuyos estufados humos y hochornos de los fulminantes y abrasados leños, se fué deshelando poco á poco la herida de mi compañero; y yendo á hacer la razon á un brindis que yo le habia hecho, al tiempo que trastornó la cabeza atras para dar fin y cabo á la taza, se le cayó en tierra como si fuera cabeza de muñeco de alfeñique, y se quedó el cuerpo muy sosegado en la misma silla, sin hacer ningun movimiento; y yo, asombrado de ver caso de tanta admiracion, me retiré á una vecina iglesia. Diéronle sepultura al dos veces degollado, y yo viendo el peligro que corria, si me prendiesen, me salí de Gueldres en hábito de fraile, por no ser conocido de la guardia de la puerta; y pasando muchos trabajos llegué á este pais, que aunque es frio no tiene comparacion con el otro, como vuesa merced echará de ver en lo que en buena amistad le he contado. Agradecile el aviso, y dí tanto crédito á su fábula de Esopo, que incité á la mitad de mi compañía á que fuésemos á buscar tierra caliente, y cargando con quince tornillos novillos, amadrigados de el cuartel de Nápoles, los llevé á la vuelta de Roma á que hiciesen confesion general, y á que ganasen indulgencia plenaria y remision de todos sus pecados. Llegamos á ella, unas veces pidiendo, y otras tomando, y las mas cargados de monsieur de la Paliza. Apartéme de la tal compañía, y encontrando con un amigo mio, me informé como mi padre habia ido á Palermo á cobrar un poco de dinero que le debia un criado del duque de Alburquerque, que en aquella ocasion era virey de Sicilia. Celebré la buena nueva, y entréme con mucho desembarazo en mi casa, haciéndome absoluto señor de ella.

Recibiéronme mis hermanas muy tibiamente, mirándome las dos con

caras de probar vinagre, dándome cada dia en cara mis travesuras, y los cien ducados que habian pagado por mí á mi segundo maestro. Haciame regalar como á mayorazgo de aquella casa, estimar como heredero de aquella hacienda, y respetar por haber nacido varon. Tenia con ellas mil encuentros y rebates cada dia, particularmente porque me aguaban el vino, bebiéndolo ellas puro. Llegó el rompimiento á tal extremo, que no viendo en su boca enmienda, me resolví á que oliese la casa á hombre, echando el bodegon por la ventana, y una tarde que me dieron una folleta de vino, bebí de él, bautizado de una vecina fuente, estando la mesa con la vianda, y todos sentados á ella; dándole á la mayor con los platos, y á la menor con el frasco, y echando á rodar la mesa, las dejé á las dos descalabradas, y yo me volví á mi hospital de Nápoles, donde haciendo la gata muerta, y dando por disculpa de mi ausencia cuatro mil enredos, fuí segunda vez admitido; y teniendo nuevas á los primeros dias de mi ejercicio de que mi padre habia muerto en la ciudad de Palermo, por no meterme en costa de lutos, ni dar que mormurar á mis superiores, me embarqué para Sicilia, con mas intencion de aprovecharme de la herencia que de hacer bien por su alma. Llevéme bien con los albaceas, y viendo el testamento, hice yo mi negocio, y ellos su agosto. Vendílos, y algunos muebles que habia dejado, y con el dinero que saqué de ellos empecé á ser iman de los de la hoja y norte de los de la hampa; los unos yesca para galeras, y los otros pajuelas para la horca, y todos juntos tea para el infierno. Viendo que me comian de polilla, y que eran carcomas de mi corta herencia, los dejé con la miel en los labios, por ver que mi bolsa iba dando la hiel.

Traté de acomodarme en casa del virey; y por haber sido mi padre muy conocido de todos los criados de aquella casa, fuí recibido por mozo de plata en ella. Acudian á verme y darme el parabien toda la amontonada valentia: y yo por darles á entender lo sobrado que estaba, les sacaba á todos el vientre de mal año. Fueron tan á menudo estas visitas, que con andar yo cuidadoso, como aquel que conocia la genteciila de aquel arte, que en menos de tres meses me faltaron algunos talleres de plata, y aun anduvieron conmigo comedidos, pues no se llevaron los demas. Sabiendo su excelencia la buena cuenta que habia dado de lo que se me habia entregado, y que á aquel paso presto daria fin de toda su bajilla, habiéndose satisfecho no ser yo el que habia hecho el tiro, sino aquellos honrados que me venian á visitar, y que yo no tenia con que satisfacer la pérdida, mandó despedirme, y que me aconsejáran que me apartara de la compañía de gente tan perniciosa. Salí de palacio muy bien puesto, por los grandes provechos que tenia, y por tirar plaza de soldado en una compañía que tenia sesenta soldados efectivos para entrar la guardia, y ciento y cincuenta para el dia de la muestra. Harto pudiera decir acerca de esto, pero me dirán que ¿quién me mete en esto, ni en gobernar el mundo, teniendo doctores la iglesia?

En este tiempo estaba de partida un delegado de esta corte á hacer una ejecucion sobre cierta cantidad de dinero dentro del reino, y viéndome tan bien adornado, y que habia sido criado de un virey, me nombró

por su alguacil, y llevó consigo: saliendo de la ciudad, y caminando hasta que llegamos adonde ibamos á caballo, con botas y espuelas, y armas ofensivas y defensivas y vara alta de justicia, que parecia en mí de varear bellota. Iba delante del tal juez, y de tal suerte llevaba el rey en el cuerpo, que daba á todos una voz, y á un ven acá pagaba en las hosterías no mas de aquello que me parecia. Habiendo fenecido nuestro viage, prendí el primer dia que llegamos tres labradores, en virtud de mi comision, con ayuda de vecinos, y porque ellos gustaron de dejarse prender: y con ser su causa civil, les hice echar grillos y cadenas, y meter en calabozo, basta tanto que pintaron y pidieron misericordia. Banqueteáronme un dia los parientes de estos prisioneros, porque intercediese por ellos con el legado. Hice en el convite tantas razones, que quedé sin ella, prometiéndolos soltar dentro de una hora; y dando muchos traspiés, con ser la tierra llana, me fuí á la posada, y le pedí á mi juez competente que soltase aquellos desdichados, porque no tenian con que pagar, y que el que no tiene el rey le hace libre. Echó de ver el mal que traia, y preguntóme, por verme inquieto, ¿que si me habia picado la tarántula? Yo le respondí que aprendiese á hablar bien ó que yo le enseñaria; que él solo era el tarantulero y el atalantado, y el bijo de Atalanta. Él, riéndose de mí, se me acercó, y alargando la mano me tomó la barba, y hizo en ella presa. Yo, agraviado de aquello, pareciéndome que era menosprecio y atrevimiento grande á un alguacil real, agarréle de los cabezones, y pidiendo favor á la justicia, y dándole recios enviones para llevarlo á la cárcel, le hice tiras la valona, y le desabotoné la ropilla. Él al principio lo llevó en chanza, por ver que no obraba yo, sino mi criado; mas despues, viéndose ultrajar delante de mucha gente que ocurrió á mis voces, se enojó como un Satanás; y quitándome la vara, me hizo pedazos el rey en los cascos. Tuve dicha en que fuese delgada, que á no serlo daba fin de su nuevo ministro. Volvíme á pié, y apelando á Palermo á acomular la resistencia; y advirtiendo cuando se pasaron los terremotos de la cabeza haber sido yo el culpado, me quité de historias y me volví á juntar con mis valientes. Hiciéronme salir una noche en su compañía, cosa que jamas habia hecho, en la cual uno de ellos, haciendo el oficio de san Pedro, abrió una puerta y por aligerar de ropa á su dueño, lo dejaron sin baules. Fuerón sentidos de las centinelas de unos gozques, y saliendo toda una familia en su seguimiento, les obligaron á dar con la carga en tierra, y á darles á los que los seguian un refresco de cuchilladas. Yo, que estaba temblando de miedo ántes del hurto y en el hurto, y despues del hurto, y siempre apartado de ellos, y pesaroso de no baber conocido su modo de vivir ántes de salir de mi posada, para no haberme puesto en aquel riesgo, viendo á mis compañeros huir y á los heridos volverse á sus casas á curar, metiendo los lamentos en el cielo, por no hacerme hechor, no lo siendo, me estuve quedo, y tan cortado, que cuando me quisiera ir es cierto que no pudiera. Acudió al ruido de las voces la justicia, y hallando tres baules en la calle, y cuatro hombres bien heridos, y yo no muy léjos, me llegaron á reconocer; y confiriendo de mi turbacion que era de los que habian hecho el daño, sin valerme

el alegar haber servido al virey, ni sido alguacil ejecutor del legado, me llevaron por mis piés (que aun no tuve ventura que fuese en volandas) adonde hice experiencia de amistades y prueba de amigos, saliéndome todo como yo merecia. Tomáronme otro dia la confesion, y por variar en las preguntas que me hicieron, y contradecirme en los descargos, me sentenciaron á *sursum corda* y encordacion de calabaza. Mas ántes que cantase aquello del potro rucio, por tener atencion que habia servido al duque mi señor, me condenaron á salir desterrado, poniéndome en libertad. Y sacándome fuera de las puertas de Palermo, encaminéme á Nápoles, y escarmentado de la causa de mi destierro, me junté así que llegué con otra tropa, aun peor que la referida.

Fuímonos á bañar una noche al muelle, y á la vuelta, queriendo dar garrote á una reja, pasaron dos ciudadanos; y por quererlos descobijar y dejar sin nubes, dieron gritos: Guardia, guardia. Desmayó toda la gavilla, viendo venir al socorro una escuadra de soldados de la garita de don Francisco: huyó la gente de la carda, y yo en vanguardia de todos. Fuímonos á la posada; hallámosla abastecida de pavos de Indias, que habia traido otra patrulla que habia salido del mismo cuartel. Comí con ellos con sobresalto, dormí sin ellos con desasosiego, y á la mañana echéles la bendicion: y por verme libre de justicia, que cada instante pensaba que me venian á prender para que escotase los pavos, senté plaza de soldado de á caballo en la compañía de don Diego Manrique de Aguayo. Estábame siempre muy de asiento en Nápoles, buscaba soldados para mi compañía, dábame mi capitan á dobla por cada uno, los cuales embaucaba, y daba á entender para conducirlos dos mil embelecos, y otros tantos al capitan, para encarecerle la cura y el trabajo y gastos, aun no imaginados, del oficio de la correduría; con que demas de quedarse agradecido, añadia nuevos socorros á lo capitulado. Ibame los viérnes y los sábados á la marina, adonde por aprendiz de valiente estafaba á la mayor parte de sus pescadores: traia alborotado el cuartel con trapazas, enredadas sus damas con tramoyas, cansadas sus tabernas con créditos, y el chorrillo y guantería con fianzas, de suerte que de todos me hacia conocer, y con todos campaba, y á todos engañaba. Y temiendo que se descornase la flor, y se acabase el crédito y dinero, dejando á muchos llorando por mí, y no por fuerza de voluntad, hallando embarcacion para España, me embarqué secretamente y dí con mi cuerpo en Barcelona.

CAPITULO IV.

De como llegó á España, y viage que hizo á Zaragoza, Madrid, y peregrinage á Santiago de Galicia; y otros ridículos sucesos que le pasaron en Portugal y Sevilla, hasta que entró á ser mozo de representantes.

Despues de haber llegado á Barcelona, estuve en ella algunos dias, por descansar de la larga embarcacion, y al cabo de ellos fuí acompañando hasta Zaragoza á una dama, con quien habia hecho conociencia por haber posado los dos en una misma posada; la cual era en sí tan generosa y tan amiga de agradar á todos, y de no negar cosa que le pidiesen, que en virtud de los regalos y mercedes que me hizo por el camino, comí dos meses de balde en el hospital de Nuestra Señora de Gracia, que es uno de los mas ricos de España, y adonde con mas amor y cuidado se asiste á los enfermos, y adonde con mas abundancia se les regala. Despues de salir de la convalescencia, me metí en un carro cargado de frailes y de mujeres de buen vivir; carga de que jamas han ido ni van faltos. Fuime con él á Madrid, por la noticia que tenia de ser esta villa madre de todos. Llegué á la que es corte de cortes, leonera del real leon de España, academia de la grandeza, congregacion de la hermosura, y quinta esencia de los ingenios. Al segundo dia que estuve en ella, me acomodé por page de un pretendiente, tan cargado de pretensiones como ligero de libranzas. Dábame diez cuartos de racion y quitacion, los cuales gastaba en almorzar cada mañana, y lo demas del dia estaba á diente como haca de buhonero, siendo, á mas no poder, paño veinticuatreno. Comia mi amo tarde, por ser costumbre antigua de pretendientes; y era tan amigo de cuenta y razon, peso y medida, que comia por onzas y bebia por adarmes: y tan amigo de limpieza, que pudo blasonar no tener page que fuese lame platos, porque los dejaba él tan lamidos y escombrados, que ahorraba de trabajo á las criadas de la posada.

Viéndome sin esperanza de librea, y con posesion de sarna y las tripas como tranchahilo, traté de ponerme en figura de romero, aunque no me conociese Galvan, por ir á ver á Santiago de Galicia patron de España, y por ver la patria de mis padres, y principalmente por comer á todas horas, y por no ayunar á todos tiempos. Dejé á mi amo, vestíme de peregrino con hábito largo, esclavina cumplida, bordon reforzado y calabaza de buen tamaño. Fuí á la imperial de Toledo, centro de la discrecion y oficina de esplendores, adonde despues de haber sacado mis recados y licencias para poder hacer el viage, me volví por Illescas á visitar á aquella divina y milagrosa imágen; y dando la vuelta á Madrid, me partí en demanda del Escorial, adonde se suspendieron todos mis sentidos, viendo la grandeza incomparable de aquel suntuoso templo, obra del segundo Salomon, y emulacion de la fábrica del primero, olvido del

arte de Corinto, espanto de los pinceles de Apeles, y asombro de los cinceles de Lisipo. Diéronme sus reverendos frailes limosna de potage y caridad de vino: piedad que en ellos hallan todos los pasageros. Partí de allí á Segovia, y habiendo descansado tres dias en su hospital, pasé á la ciudad de Valladolid: junteme en ella con dos devotos peregrinos, que hacian el propio viage, y eran, cuando no de mi cantidad, por lo menos de mi calidad y costumbres. Era el uno francés y el otro genovés y yo gallego romano: y todos tan diestros en la vida poltrona, que podíamos dar papilla al mas entendido gitano; y en efecto trinca, que se escaparon muy pocos de nuestras garatusas. A las primeras vistas nos conocimos los humores, como si nos hubiéramos criado juntos: y al fin, por conformidad de estrellas ó concordancia de inclinaciones, hicimos liga y monipodio de ir á pérdida y ganancia en todos lances que nos podian suceder en esta jornada, guardando las leyes de buena compañía, y para que mejor las observásemos, el genovés, como hombre mas experimentado, con tono fraternal nos informó en las ceremonias y puntos de la vida tunante. Doróla con tantos epítetos y atributos, que por gozar de sus excepciones y libertades dejara los títulos y grandezas del mayor potentado de Europa. Acabó el Ciceron á lo pícaro su compendiosa oracion, que ademas de ser gustosa, penetró de tal manera nuestros corazones que no hubo punto, por delicado que fuese, que no nos obligásemos á repetirlo y á ejercitarlo; y principalmente cuando en lugar de *quam mihi etc. vobis*, nos encargó aquella santa palabra de quémese la casa, y no salga humo: con que quedó tan pagado como nosotros contentos.

Proveidas las calabazas á discrecion, dimos principio á nuestra romería con tal fervor, que el dia que mas caminábamos no pasaba de dos leguas, por no hacer trabajo lo que habiamos tomado por entretenimiento. En el camino vendimiábamos las viñas solitarias, y cogíamos las gallinas huérfanas: y con estas chanzas y otras salimos cargados de dineros y limosnas, de las cuales comíamos los canterones y rebanadas de pan blanco, y lo negro y mal cocido vendíamos en los hospitales, para sustento de gallinas y aumentacion de alajú. Con esta mala ventura, con coles pasábamos por Benavente, y llegamos á Orense, adonde mis compañeros, como corsarios de aquel camino, me dijeron que allí los peregrinos de toda broza lavaban los cuerpos, y en Santiago las almas; y es la enigma, que hay en esta ciudad unas fuentes, cuyas aguas salen por todo extremo cálidas, que sirven de baño á los moradores de ella. Aquí los peregrinos pobres lavan sus cuerpos, y hacen colada de su ropa; y en Santiago, como se confiesan y comulgan, lavan sus almas. Nosotros, por gozar de todo, nos echamos en remojo, como abadejos, y dando envidia nuestras ropas á las de Inesilla, sin gran daño del jabon, sacamos nuestras túnicas transparentes. Llegamos á la ciudad de Santiago, que porque no me tengan por parte apasionada, por lo que tengo de gallego, me excuso de decir lo mucho que hay en ella que poder alabar. Ajustámonos nuestras conciencias, que bien anchas las habiamos traido: y cumpliendo con las obligaciones de ser cristianos y de ir á visitar aquella santa casa, quedamos tan justificados, que por no usar de nues-

tras mercancías andábamos lacios y desmayados. Por cuya causa y por ser muchos los peregrinos que acuden á la dicha ciudad, y pocos los que dan limosna, me despedí de mis camaradas; y con deseo de ver y vivir con capa de santidad, caminé á la vuelta del reino de Portugal.

Llegué á Pontevedra, villa muy regalada de pescado, adonde siendo ballena racional, hice colacion con medio cesto de sardinas, dejando atónitos á los circunstantes. Pasé de allí á Salvatierra, solar esclarecido de los Muñatones, y patria de mis padres, que no oso decir que es mio, por lo que he referido de mi nacimiento, y porque todos mis amigos, llegando á adelgazar este punto, me dicen: *Antes puto que gallego.* Informéme de el nombre de un tio mio, y en creencia de una carta que fingí de mi padre, contrahaciendo su firma, fuí ocho dias regalado de él, y á la despedida me dió cincuenta reales, y respuesta de la carta, por haberle asegurado que me volvia á Roma. Proseguí el camino de Portugal, y pasando por Tuy y llegando á Valencia, alcancé en ella la carta de misericordia que se da á todos los pasageros pobres, con cuya carta se puede marear muy bien por todo aquel reino, pues en cualquier ciudad ó villa que la muestran, juntan y dan con que puede comer cualquier hombre honrado; y como yo lo era, y con mas quilates que hierro de Vizcaya, comia á dos carrillos, y hacia dos papadas. Dióme en Coimbra el obispo de ella un toston, que es su acostumbrada limosna, y llegando á Oporto me desgradué de peregrino; y por no colgar los hábitos, los dí á guardar á la huéspeda de la posada en que estaba, y con los dineros de mi peregrinage, y con los que me habia dado mi tio, compré una cesta de cuchillos, rosarios, peines y alfileres, y otras buhonerías: transforméme de peregrino en buhonero. Ibame tan bien en mi mercancía, que iba el caudal adelante, con menudear en visitar las tabernas y mamarme á cada comida un par de tajadas de raya, con que se me pudiera atribuir aquel vocablo placentero de moma raya. Encontróme una tarde el alguacil de vagamundos, y preguntóme cómo podia pasar con tan poca mercancía. Yo le respondí: Señor mio, vendiendo mucho, y comiendo poco: cuya razon le agradó, y no trató de molestarme. Llegó á esta sazon un bajel de aquella ciudad que es flor del Andalucía, gloria de España y espanto del Africa, en efecto la pequeña Sevilla, y la sin segunda Málaga. Saltaron en tierra una docena de bravos de sus percheles, que venian á cargar de arcos de pipas, y como siempre he sido inclinado á toda gente de heria y pendon verde, al punto que vi esta cuadrilla de bravos me hice camarada con ellos, y como no son nada lerdos, convidábanme á beber, y llevándome á la taberna, hacian quitar el ramo. Colábamos hasta tente bonete, sin que yo echase de ver hasta el fenecer de las aceitunas, que era el tal convite el de Cordobilla. Al fin, unas veces gastando por mi gusto, y otras por los agenos, dí al través con toda mi buhonería, y perdí la amistad de mis rajabroqueles, pues así que me vieron descaudalado, huian de mí como si tuviera peste.

Viéndome pobre y buhonero reformado, me volví á embanastar mi vestido de peregrino, y con mi carta de misericordia me fuí á la ciudad de Lisboa, donde quedé fuera de mí, viendo la grandeza de su habita-

cion, lo suntuoso de sus palacios, la generosidad y valor de sus títulos y caballeros, la riqueza de sus mercadantes y lo caudaloso de su sagrado talo: sobre cuyas espaldas se via una copiosa selva de bajeles, tan á punto de guerra que atemorizando el tridente hacian temblar el caduceo. Era la causa del apercibimiento y junta de esta armada, estar con recelo que el inglés venia sobre esta ciudad. Empeñé, el segundo dia que me ocupé en su admiracion, mi vestido de peregrino por un frasco lleno de aguardiente, por ver si daba mejor cuenta de este trato que del buhonero. Ganaba cada dia dos reales, y pareciéndome poco, por ser mucho el gasto, me iba á los bajeles de la dicha armada todas las mañanas, y en ellos trocaba brandavín por bizcocho, y á veces por pólvora y balas, que aunque era cosa defensiva, como la ganancia sufría ancas, dábales parte de ella á los cabos de escuadra y derrengábanse y ensordecian. Aquí me hacen cosquillas mil cosas que pudiera decir, tocantes á lo que pueden las dádivas y á lo que mueve el interés, y lo presto que se conveucen los interesados, y los daños que resultan por ellos, y las penas que merecen; pero como es fruta de otro canasto, y no perteneciente á Estebanillo, no doy voces, porque sé que seria darlas en desierto. Apliquéme de suerte á trabajar, cebado en la ganancia, que despues de haber hecho mil trueques al alba, y revendídolos en tierra á las once del dia, en dando las doce horas, en que nadie me daba provecho, y yo me hallaba ocioso, me iba al tranco de los castellanos, que es la cárcel de ellos, donde porque les hacia algunos servicios y mandados me daban muy bien de comer, y algunos dineros, con lo cual ahorraba el gasto de la comida, y llevaba para ganar la cama y cena en la posada, y me quedaba libre la ganancia del aguardiente. Dividióse la armada, y por ver que ganaba muy poco en la ciudad, por haber tantos de este trato, dejándome el hábito de peregrino, empeñado que estaba, vendí los frascos y caudal de que habia hecho provision, y con lo que saqué de la venta, y lo demas que yo tenia, compré una buena cantidad de tabaqueras, y con ellas me fuí camino de Setubal.

Llegué á Montemoro, donde aficionados los vecinos de ellas, por ser curiosas, bien labradas y á moderado precio, en tres dias dí fin de todas, y doblé mi dinero. Juntéme en esta villa con un mozuelo de nacion francés, que andaba brivando por todo el reino, y era uno de los mas taimados y diestros en aquel oficio: que aunque es tan humilde y tan desdichados los que lo usan, tiene mas malicias, y hay en él mas astucias, ardides y engaños, que un preñado paladino. Descubrióme, por habérsele ido un alatés suyo, el modo de su gandaya, el provecho que sacaba de ella, y de la suerte que disponia su enredo: pidióme que le ayudase. Prometióme el tercio de lo que adquiriera, despues de pagados los gastos; y al fin me redujó á su gusto. Llegamos cerca de Evora, ciudad, en tiempo que hacia muy grandes frios, y ántes de entrar en ella se desnudó mi Juan Francés un razonable vestido que llevaba, y quedándose en carnes abrió una talega de motilon mercenario, sacó de ella una camisa hecha pedazos, la cual se puso, y un juboncillo blanco con dos mil aberturas y banderolas, y un calzon con ventanage de alcá-

zar, con variedad de remiendos y diferencias de colores, y entalegando sus despojos, quedó como Juan Paulin en la playa, entrándose de aquella suerte en la ciudad, habiéndome dejado ántes la cumplida talega; y advirtiéndome que entrase por otra puerta, y le esperase en el hospital. Obedecíle, y hice lo que me mandaba, reconociendo superioridad, por ser el autor de aquella máquina picaril. Iba por las calles mi moderno camarada, haciendo lamentaciones que enternecian á las piedras, dando sombreradas á los pasantes, haciendo reverencias á las puertas y cortesías á las ventanas, y dando mas dentelladas que perro con pulgas. Descubria los brazos, echaba al aire las pechugas, y mostraba los desnudos piés. Unas veces lloraba, suspiraba, y jamas cesaba de referir su miseria y desnudez. Dábanle los caritativos lusitanos limosna de dineros, las piadosas portuguesas camisas viejas y vestidos antiguos y zapatos desechados: y él haciendo unas veces la guaya, y otras la temblona, y tendiéndose en tierra, haciendo rosca y fingiendo el súbito desmayo, iba recogiendo alhajas, juntando pitanzas y agregando china. Cargó con todo á boca de noche, y vínome á buscar al hospital, adonde tuvimos una mesa de príncipes, y nos dimos una calda de archiduques. Madrugamos muy de mañana, y saliendo ambos bien arropados del hospital y ciudad, marchamos á buscar nuevos ignorantes. Hacia cada dia el tal tunante su compasiva representacion, y vendíamos la variedad de alhajas, sin reparar en precios: y esto no en las partes donde se habian juntado. Con esta guitonería provechosa, anduvimos doce dias, haciendo lamentaciones y enagenando muebles, hasta tanto que al último de ellos, estando mi gabacho en la plaza de una villa, dando mas voces que un vorábito, al dar los buenos dias, llegó á él á darle limosna un ropavejero de otra villa cercana, á quien la noche pasada habíamos vendido y traspasado una carga de baratijas; y habiendo venido aquel dia á esta villa á negocios de sus mercancías, nos habia visto á la entrada en diferente hábito del que de presente tenia: y habiéndolo reconocido de espacio, dió parte á la justicia: la cual trocando en ira la piedad que hasta entónces le habian tenido, lo llevaron á la prision con mas voces y algazara que alma de sastre en poder de espíritus.

Hallóse en el prendimiento cierto gorron que á título de ir á proseguir sus estudios á Salamanca, ocupaba de dia las porterías y las noches los hospitales, el cual me dió aviso de ello; ignorando ser yo cómplice de aquel delito. Yo, por la experiencia que tenia de barbero, viendo aquella pelear, eché la mia en remojo. Pues sin reparar en que estaba lloviendo á cántaros, ó á botijas, cargando con toda la mochila y ropa de él, que sin ser escarraman habitaba calabozo oscuro, y saliéndome de la ciudad á la hora que peinaban el aire morciégalos, y que mozuelos fatigaban las selvas, y habiéndome informado del camino de Yelves, empecé á marchar á lo de soldado de Oran, y despues de haber caminado hasta dos leguas, sirviéndome de norte una luz que estaba algo apartada, y pensando que fuera algun pastoral albergue, apresuré el paso á ella con deseo de enjugar mi mojada ropa y tener un poco de descanso. Y al cabo de un rato, hollando lodos y enturbiando charcos, llegué en trage de

alma en pena, adonde aligerando mi conciencia pagué todos mis pecados. Hallé debajo de la clemencia de un desollado alcornoque, que demas de servir de pabellon el verano, servia de resguardo y chimenea en el invierno, á una cuadrilla de gitanos, mas astuta en entradas y salidas que la de Pedro Cárbonero: los cuales aquella misma noche habian hecho extramuros de la dicha ciudad un hurto de dos mulas y cinco borricos; y por no poder caminar por el rigor de la noche, y parto de las nubes, habian hecho alto en aquel despoblado sitio, y hecho lumbre para enjugar sus mal ganadas vestiduras. Saludélos de tal manera, que excedí los límites de la cortesía, mas por temor de haber dado en sus manos que por amor ni aficion que jamas les tuve; porque ¿quién es tu enemigo? el que es de tu oficio. Recibiéronme con el mayor agrado que se puede significar, y compadecidas las taimadas gitanas de verme de la suerte que estaba, aun ántes de informarse de la causa de mi llegada, ni de lo que me habia obligado á venir á tales horas á su morada campesina, me empezaron á desplumar como á corneja, á título de enjugar en su gran lumbre mi muy mojada ropa, por librarme de algun catarro ó resfriado; y aunque me quise excusar de dársela, por hacer su robo con rebozo de tener compasion, me dejaron en pelota, dándome para cubrir mis desnudas carnes una capa vieja de un gitano mozo. Yo enternecia la soledad de aquel monte y sus robustos árboles, con los suspiros que daba de ver mi hacienda en monte tan sin piedad, y en banco tan roto, no quitando los ojos de mi amado jubon, compañero en mis trabajos, depositario de mi caudal. Temí que por el peso reconociesen sus colchadas doblas y sus emboscados reales. Parecíame que aun siendo insensible, sentia el apartarse de mí, y que me decia con muda lengua: A Dios, Estebanillo, que ya no nos hemos de ver mas. Estaba ocupado todo el rancho en enjugar mis funestos despojos, teniendo para este caso cercado todo el fuego y sitiada toda la hoguera.

Tenian entre ellos una algazara como gitanos, una alegría como gananciosos, y un temor como salteadores, pues cada instante volvian las cabezas por si llegaban en su seguimiento los dueños de su botin y cabalgada. Estando todos de la suerte que he dicho, y yo del modo que he pintado, llegaron de repente á vistas del rancho hasta veinte hombres, que á lo que pareció, y despues supe, eran escribas ó ministros de justicia, y á la voz de decir: Favor al rey, como si fuera nombrar el nombre de Jesus entre legiones de demonios, se desapareció toda esta cuadrilla de Satanás, con tanta velocidad que imaginé que habia sido por arte diabólica. Yo, hallándome solo, pensando que venian en busca mia, para que acompañase al triste francés en la soledad de su prision, por saber que tanta pena tiene el ladron como el encubridor, y hallarme ligero de ropas y desembarazado de vestido, atravesando y saltando pantanos me libré de sus uñas, no habiendo podido de las de los gitanos, y como fuí el postrero, y la capa era corta, y por debajo de sus arapos daba reflejos la jaspeada camisa, seguian por estrella la que era palomar: iban todos tras de mí implorando el favor de la justicia, y yo con el de mis talones, despues de haber corrido mas de media legua, los dejé muy atras, quedando

tan rendidos como yo cansado. Caminé toda la noche por temer la voz del pregonero, y por no quedarme helado en aquella desabrigada campaña. Anduve dos dias fuera de camino, asombrando pastores y atemorizando ermitaños, y al cabo de ellos llegue á Yelves, frontera de Extremadura, y valiéndome del poder del corregidor y de la caridad del cura, y contándoles haber sido robado de gitanos, el uno mandó echar un plato, y el otro un guante, con que de veras se hizo el juego de quien viste al soldado, quedando yo agradecido y algo remediado. Contáronme ambos como los dichos gitanos habian hecho un hurto junto á Alvora, y que habia salido la justicia en su seguimiento, y que habiéndolos hallado á todos en la campaña al abrigo de un gran fuego, se les habian huido sin poder coger á ninguno: mas que al fin habian dejado el hurto que habian hecho. Llegóse á mí un labrador, y preguntóme que si queria detenerme allí á coger aceituna, que me daria cada dia medio toston y de comer, con lo cual me podia remediar y tener para hacer mi viage. Parecióme que era buena conveniencia, y así tuve por bien de servirle, y estar con él mas de veinte dias, donde en cada uno de ellos hacia tres comidas á toda satisfaccion; mas por hallarme afligido de la soledad del campo, de la frialdad del tiempo, y falta de tabernas, y parecerme cargo de conciencia llevar de jornales mas que valia la aceituna que cogia, pues ántes servia de estorbo y embarazo á los que me ayudaban, cobré un dia de fiesta lo que me debia mi amo, con lo cual me fuí á la vuelta de Sevilla, despues de haberme fardado conforme á la posibilidad del dinero. Llegué á Mérida, puente y pasage del memorable rio de Guadiana, adonde se acababa de fabricar un convento de monjas de Santa Clara; y por causa de haber falta de peones para su obra, y por ir yo algo despeado, me puse á peon de albañil. Dábanme cada dia tres reales de jornal, y por juzgarme no tener malicia, no consentia la priora que ninguno sino yo entrase en el convento á sacar la cal que estaba dentro de él para que se fuese trabajando. Ocupaba en esto algunos ratos, y todas las veces que entraba en el dicho convento, iba delante de mí la madre portera, tocando una campanilla para que se escondiesen y retirasen las religiosas: pero yo imagino, que no estaban diestras en el son, pues ántes parecia llamada que retirada; pues sin bastar cencerrear, todas compadecidas de mi gran trabajo y de mi poca edad y mi agudeza, en lugar de retirarse se acercaban á mí y me daban algunas limosnas, aconsejándome que me volviese á mi tierra y no anduviese tan perdido como andaba.

Sucedióme en esta villa un gracioso caso; y fué que un domingo de mañana me llevó un labrador honrado á una bodega suya á henchir en ella un pellejo de vino para llevar á su casa. Entramos los dos á hacer prueba del que fuese mejor; y habiendo hecho á puras candelillas un cirio pascual, me hizo tener la empegada vasija, con un gran embudo que habia metido en ella, agarrada con ambas manos: iba sacando de la tinaja cántaras de vino, y vaciándolas en el cóncavo de botonas y engendrador de mosquitos: y miéntras él volvia la cara á ir escudillando, me echaba el bruces en el remanso que hacia el embudo; y en el interin que él henchia su pellejo, yo rehenchia el mio. Atólo muy bien, y echómelo á cues-

tas, para que gozara la bodega de ver cuero sobre cnero y pellejo sobre pellejo : y apenas lo tuve sobre mí, cuando me derrengué, y eché con la carga, cayendo en tierra á un mismo tiempo dos lios de vino ó dos cargas de mosto. Probó el labrador á levantarme, pero cansóse en balde, porque sola la cabeza me pesaba cien quintales, demas de ser mi barriga segunda cnba de Sahagun. Salió á la calle, buscó un hombre que le sacase el pellejo, y cuatro que me sacasen á mí. Pusiéronme, á pura fuerza de brazos, de patas en la calle : y no pudiendo sostenerme sobre ellas por haberme sacado de mi centro como atun, á la puerta de la bodega, adonde no bastando inquietudes de muchachos, burlas de barbados y socorros de calderos, dormí como un liron todo aquel dia y toda aqnella noche : y tuve á gran milagro despertar el lúnes á las once. Hallándome levado de fregados y espulgado de faltriqueras, levantéme como pude, y seguido de estudiantes mínimos y de mnchachos de escuela, me salí al campo medio avergonzado, preguntando á los que me encontraban y se reian de mí : Camaradas, ¿por donde va la danza? Volví á proseguir el camino de Sevilla, detúveme una semana en Cazalla, ayudando á cargar vino á unos arrieros de Constantina, adonde cada dia cogia una zorra por las orejas y un lobo por la cola. Desde allí fuí á Alcalá del Rio, que está á dos leguas de Sevilla : y al pasar una barca que hay en su ribera, me preguntó un labrador si queria estar con amo. Y por responderle que sí, me llevó á media legua de allí, y me entregó á un cabrero suyo para que le ayudase á guardar un hato de cabras que tenia; y al despedirse de mí me dijo que tuviera buen ánimo, y que sirviese bien, que con el tiempo podria ser que llegase á ser cabrero. Y pienso que ya lo hubiera sido muchas veces, si Dios no me hubiera guardado mi juicio, y quitádome de la cabeza el no haberme casado. Comimos al mediodia de un gazpacho que me resfrió las tripas, y á la nocbe un ajo blanco que me encalabrinó las entrañas : y lo que mas sentí fué que teníamos un pollino por repostería, el cual debajo de los reposteros de dos pellejos lanudos nos guardaba y conservaba dos mortijas, cuyo licor, no siendo ondas de Ribadavia, eran olas del Bétis. Y como yo, enseñado á diferentes licores y á regalados manjares, me hallé arrepentido de haber vuelto media legua atras de mi derecho camino : y así, dejando dormido á mi compañero, y madrugado dos horas ántes del alba, pesqué el mejor cabrito de la manada, y echándomelo á cuestas, me hallé avergonzado de que me viesen solo aquel dia con pitones sobre la cabeza, á causa de ser el animalejo de buen tamaño.

Díme tan buena diligencia que llegué muy temprano á Sevilla, aunque en mala ocasion, por ser en tiempo de la gran avenida de su rio, aunque ya habia dos dias que era pasada. Vendí mi bijo de cabra en cuatro reales, aplaqué el cansancio con bostiones crudos, camaroncitos con lima. Fuíme á dormir á la calle de la Galera, donde de ordinario hospedan la gente de mi porte. A la mañana visité las Cuevas, diéronme sns santos monges potage de frangollo y racion de vino : y dándome demas de esta limosna dos reales cada dia, me entretuve algunos en sacar cieno hediondo de su cantina, de lo que habia traido la creciente, y cansado de andar en

bodegas vacías y de sacar ruinas aguadas, dí la vuelta á Sevilla, y encontrando un dia un aguador que me pareció letrado, porque tenia la barba de cola de pato, me aconsejé con él para que me adestrase como tendria modo de vivir sin dar lugar que los alguaciles me mirasen cada dia las plantas de las manos, sin decirme la buenaventura. Él sin revolver libros me dijo que aunque era verdad que el vino que se vendia sabroso, oloroso y sustancioso, que no por eso dejaba de marearse muy bien la venta del agua, por ser muy calurosa aquella tierra, y haber tanta infinidad de gente en ella; y que era oficio que con ser necesario en la república, no necesitaba de exámen ni habia menester caudal. Dí por bueno su parecer, y comprando un cántaro y dos cristalinos vidrios, me encastillé en el oficio de aguador, y entré á ser uno de los de su número. Empecé á vender agua fria de un pozo que habia en casa de un portugués, en cuyo sencio parecia, segun su frialdad, ó que usurpaba los ampos al Ampo, ó que robaba los copos al Apenino. Costábame cada vez que lo llevaba no mas de dos maravedís, y sacaba de él dos reales. Hacia creer á todos los que acudian al reclamo del agua fria, que era agua del Alameda: y para apoyar mejor mi mentira, ponia en el tapador un ramo pequeño, que hacia provision de él para toda la semana: con él daba muestras de venir donde no venia, siendo la mercancía falsa y sus armas contrahechas. Servia el tal ramo de acreditar el trato, adorno, y garzota y penacho de mi carambanado cántaro. Algunos curiosos me preguntaron la causa de tenerla yo mas fria que los que la traian de la misma parte: y satisfacíales con decirles que por vender mas la tenia toda la mañana en nieve, y que á la tarde miéntras vendia un cántaro, dejaba otro resfriando, y que la ganancia suplia el gasto; con cuyo engaño vendia yo mas en un dia que los demas de esta profesion en una semana, teniendo menos trabajo y mas opinion. Ibame todas las tardes al corral de las comedias, y todos los caballeros, por verme que era agudo y entremetido, me enviaban, en achaque de dar de beber á las damas, á darles recados amorosos. Bebian ellos por agradarme, y hacian lo mismo ellas por complacerme: de manera que usaba á un mismo tiempo dos oficios, tirando del uno racion y del otro gages; pues demas de pagarme diez veces doblada el agua, me gratificaban el ser corredero de oreja. Hallábame tan bien en este comercio, que jamas lo hubiera dejado si él cántaro no pesara y fuera verano todo el año. Quejábanse cada dia mis parroquianos de que padecian dolor de tripas y mal de ceatica: y atribuyéndolo á otros desórdenes, echaba yo de ver que lo causaba la gran frialdad del pozo.

Vendian algunos aguadores por las mañanas, por no ser tiempo de tratar su mercancía, naranjas secas, en cuyo trato ganaban razonablemente. Y yo, ó ya fuese de envidia, ó porque ninguno de ellos me echase el pié delante, trabajé de un golpe tres diferentes mercancías, provechosas para la bolsa, y ocasionadas á tener entrada en todas partes, con cuyo achaque daba recados á las doncellas mas recatadas, y muecas á los maridos mas zelosos. Eran jaboncillos para las manos, palillos y polvos para limpiar los dientes. Hacia los jaboncillos de jabon rallado, de harina de chochos y de aceite de espliego; daba á entender que eran jaboncillos

de Bolonia. Cogia raices de malvas, coclalas en vino y sangre de dragon, tostábalas en el horno, y despachábalas por palillos de Moscovia. Formaba los polvos de piedras pomes, cogidas en la márgen de aquella celebrada ribera; y habiéndolos molido, los mezclaba con pequeña cantidad de polvos venimios, en cuya virtud se volvian rojos, y pasaban plaza de polvos de coral de Levante. Puse mi mesa de montambaneo, y ayudándome del oficio de charlatan, ensalzaba mis drogas, y encarecia la cura, y vendia caro : porque la persona que quisiere cargar en España, para vaciar en otros reinos, ha de vender sus mercancias por buhonerias de Dinamarca y invenciones de Basalicata, y curiosidades del Cuzco, naturalizarse el dueño por grison ó esguizaro; porque desestimando los españoles lo mucho bueno que encierra su patria, solo dan estima á raterias extrangeras. Vendíalo todo tan caro, y tan por sus cabales, que á los compradores obligaba á que lo estimasen, y á los que se hallaban presentes á que lo comprasen. Y como todas estas mercancias son cosas pertenecientes á la limpieza de la boca y á la blancura de las manos, eran las damas las que mas las despachaban, por ser las que menos las conocian, particularmente las representantas, por salir cada dia á vista en la plaza del mundo. Hallábase en esta ocasion entreteniendo en esta ciudad una de las mejores compañías de toda España. Era su autor, cuando no de los doce pares de Francia, por lo menos uno de los doce de la fama. Tuve en virtud de estos dos badulaques conociencia con sus reinas fingidas y príncipes de á dos horas : y como en ellas no reina la avaricia, ni aun han conocido á la miseria, yo cargaba de reales, y ellas de piedras pomes, que puedo añadir por blason al escudero de los Gonzalez, por haber engañado á representantas, habiendo salido, los que mas presumen de entendidos, engañados de ellas. Habia una, que por razon de prenderse bien, prendia las mas libres voluntades. Tenia un marido á quien no tocó las tres virtudes teologales, sino las tres dichas de los de su arte, que son tener mujer hermosa, ser pretendida de señores generosos, y estar con autor de fama. Era esta diosa, con tener partes sobrenaturales, medio motilona, ó picaseca de la compañía : porque no hacia en ella mas de una parte, que era cantar, pero con tanto extremo, que era sirena de estos siglos y admiracion de los venideros. Tenia la edad de los versos de un soneto, y caminaba á tener conterilla. Era su posada pátio de pretendientes, sala de chancillería y lonja de mercadantes; porque siempre estaba llena de visitas, y sobrada de letras y memoriales. Yo, que todo lo trascendia, apenas ví el ramo, cuando me entré en la taberna. Iba siempre apercibido y cargado de mis jaboncillos, polvos y raices; y sobre quien se los habia de feriar, se alborotaba todo el cónclave : y al que despues de la competencia salia elegido, él no muy rico, gastó muy bien su bolsa, y quedando ufano, partia yo satisfecho. Díjome la tal dama una tarde que se habia aficionado de mí, por verme muchacho, entremetido, agudo y desenfadado; que si queria servir, que me recibiria de mil amores, y que no era uso dar salario á los mozos de comedia, porque no necesitaban de nada, por los provechos que tenian : que si estos faltáran en su casa, que ella alcanzaria con el autor que tocára la caja en las villas,

ó que pusiese los carteles. Yo, pareciendo ser aquella una vida descansada, y que á costa agena podia ver las siete partidas del mundo, como el infante de Portugal, no quise hacerme de pencas, ni que me rogasen lo que yo deseaba: dile el dulce *fiat*, y pedile dos dias de término, para deshacerme de mi botica, y vender los cántaros y vasos: lo cual me concedió muy afablemente, y encomendándome el no faltar á mi palabra, me dió un real de á dos, para que refrescase.

En este plazo hice baratillo de mis drogas y almoneda de mis pocos trastos, y no viendo la hora de ser solicitador de tanto pretendiente, me fuí á casa de mi ama, la cual me ocupó en cuatro oficios, por verme hábil y suficiente para todos ellos. Era el primero cansado, el segundo fastidioso, el tercero flemático, el cuarto peligroso. Servíale de camarero en casa, doblando y guardando todos sus vestidos; de faquin en la calle, llevándole y trayéndole la ropa á la casa de la comedia; de escudero en la iglesia y en los ensayos, y de embajador en todas artes Tenia cada noche mi amo mil cuestiones con ella, sobre que yo la descalzaba, por presumirse que no era yo eunuco, y por verme algo bonitillo de cara, y no tan muchacho que no pudiera ántes calzar que descalzar, por lo cual andaba en busca de un criado para despedirme á mí. Eran tantos los que acudian al galanteo de mi ama, picados de su resistencia y estimacion, ó zelosos de verse desdeñados, y juzgar á otros por favorecidos, que el aposento, que era cátedra de representantes, se habia transformado en cuarto de contratacion. Contábanme todos sus penas, referíanme sus ansias, y dábanme parte de sus desvelos. Unos me presentaban dádivas, otros me ofrecian promesas, y otros me notificaban amenazas, y otros me daban billetes en verso, los cuales amanecian flores del Parnaso, y anochecian biznagas del Pegaso: y yo, como privado del rey, ó secretario de estado y guerra, recibia los dichos memoriales, y la untura que venia con ellos por el buen informe y brevedad del despacho. Unas veces los consultaba, y otras veces, por ver la detencion de mi ama, los decretaba en esta forma: á los de los miserables, ó pobres, no hay lugar: á los hijos de familia, en víspera de herencia, acuerde adelante: y á los ricos y generosos, désele lo que pide. Ibalos á todos dilatando el pleito, y á ninguno desconfiaba, ántes los cargaba de esperanzas. Fingia muchas veces estar mi ama acatarrada de achaque del sereno de un particular, por hartarme de caramelos y azúcar cande; y otras les hacia creer que tenia convidadas, con que me daba un verde de confituras, empanadas, y pellas de manjar blanco el dia que jugaba y perdia: porque de pícaro es dificultoso el sentar baza. Al tiempo de abrir los baules para sacar los vestidos, ó para meterlos, me henchia la faltriquera de cintas y listones, y dándoselos á los amantes por favor, y en su nombre, me satisfacian de suerte que habia con que comprar la cantidad de lo que habia sacado, y con que probar la mano toda la semana.

Quiso Bercebú, que dicen que jamas duerme, que habiéndose ido mis amos un dia que no se representaba, á pasear al arenal en un coche, que habian pedido prestado, y habiendo quedado yo solo en la posada á limpiar y doblar todos los vestidos, porque estábamos en víspera de par-

tirnos, entraron á llamarme dos mozos de la comedia y el guardaropa, para que nos fuésemos á holgar, por ser dia de vacacion. Salí con ellos, entramos en una taberna, bebimos seis cuartillos de lo caro: jugamos á los naipes, quién habia de pagar el escote; y por ser yo el condenado en costas, quedé tan picado que desafié al guardaropa á jugar las pintas: el cual no siendo escrupuloso, y teniendo mas de negro que de blanco, á cuatro paradas me dejó sin blanca. Yo, abrasado de ver mi poca suerte, le dije que si me queriar aguardar iria por dineros. Y diciéndome que sí, partí de carrera á mi posada, y sacando un manteo cubierto de pasamanos de oro que tenia mi ama, lo llevé á casa de un pastelero conocido mio, al cual le pedí veinte ducados prestados, diciendo que eran para mi ama, que le faltaban para acabar de pagar una joya que habia comprado; y que al instante que mi amo viniera, se los volveria, demas de darle su ribete por el trabajo de contar el dinero. El pastelero, viendo la prenda de tanta satisfaccion, me dió la cantidad que le pedi, con lo cual volví á jugar y á perder como de primero. Toméle dos reales de á ocho al ganancioso, por via de alicantina, y con rebozo de préstamo, con los cuales me salí á la calle, y viéndome desesperado y lleno de congojas, de haber perdido, por dar gusto á las manos, oficio tan provechoso para el cuerpo, me fuí á mi posada antigua de la calle de la Galera, adonde cené y dormí aquella noche, con harta inquietud y desasosiego.

CAPITULO V.

En que se hace relacion de la ausencia que hizo de Sevilla á ser soldado de leva, y los varios acaecimientos que le sucedieron en Francia é Italia, y de como estuvo en Barcelona sentenciado á muerte.

Así que por unas pequeñas celosías de la misma morada descubrí los reflejos de la luz del venidero dia, cuando me vestí, teniendo el corazon lleno de pesares y los ojos llenos de ternezas de ver la coz galiciana que le habia dado á mi ama, en satisfaccion del buen tratamiento que me habia hecho; y considerando el daño que me podia venir en echando menos el manteo, me salí de aquella ciudad, única flor de Andalucía, prodigio de valor de el orbe, auxilio de todas las naciones y erario de un nuevo mundo; y tomando el camino de Granada, á gozar de su apacible verano, dí alcance á dos soldados, de estos que viven de tornillo, siendo siempre mansos y guias de todas las levas que se hacen. Dijéronme, despues de haber platicado con ellos, que iban á la vuelta de la villa de Arahal, por haber tenido noticia que estaba allí un capitan haciendo gente: y que era villa, que no perecerian los que militáran bajo de su bandera. Yo, mudando de próposito y de viage, los fuí acompañando, pagando todos el gasto que se hacia rata por cantidad. Llegamos

segundo dia á la dicha villa, y siendo bien admitidos del capitan, y sentado la plaza, gozamos quince dias de vuelo, pidiendo á los patrones empanadas de pechugas de fenix y cazuelas de huevos de hormigas. Vino órden de que marchásemos: y saliendo de la villa una mañana, hacia nuestro capitan la marcha del caracol, dejando el tránsito á la mano izquierda, y volviendo sobre la mano derecha. Prosiguió tres dias con esta disimulada cautela; pero al cuarto enfadados todos los soldados que tenia, que eramos cerca de cincuenta, á la pasada de un bosque lo dejamos con solo la bandera, cajas, alférez y sargento, y con cinco mozas que llevábamos en el bagage: que mal puede conservar una compañía quien siendo padre de familia de ella trata solo de adquirir para sí á costa de sudor ageno, sin advertir que es cosa muy fácil hallar un capitan y muy dificultosa juntar cincuenta soldados. Marché con esta compañía sin oficiales á la ciudad de Alcalá la Real, á juntarnos con la gente de la flota que de presente estaba en ella alojada, estando por cabo don Pedro Orsua, caballero del hábito de Santiago, adonde demas de ser bien recibidos, gozamos de buenos alojamientos y socorros. Andaba cada dia con una docena de espadachines á caza de corchetes, en seguimiento de soplones y en alcance de fregonas. Haciamos de noche cacarear las gallinas, balar á los corderos y gruñir á los lechones. Llegó el tiempo de la embarcacion, y siendo langostas de los campos, raposas de los cortijos, garduños de los caminos, y lobos de las cabañas, pasamos á Montuque, Puente de don Gonzalo, Estepa y Osuna. Ibamos yo y mis camaradas media legua delante de la manguardia; embargamos recuas de mulos, cáfilas de cabañiles y reatas de rocines, y fingiendo ser aposentador de compañía á falta de bagage, cogia los cohechos, alzaba los embargos, y partia la presa, aconsejando á los despojados se apartasen del camino por el peligro de otros aposentadores, á fin que no llegase queja á mi capitan.

Llegamos á Cádiz, y al tiempo del embarcarnos, me pareció ser desesperacion caminar sobre burra de palo, con temor de que se echase con la carga, ó se volviese patas arriba, por cuya consideracion me escondí á lo gazapo, y me zambullí á lo de jaball seguido. Partió la flota al golfo, y yo al puerto, pues en el inter que ella pasó el de las Yeguas, yo senté plaza en el de Santa María. Y como mi natural ha sido de quebrantar el séptimo, y de conservar el quinto, tuve á dicha ser soldado de la galera Santo Domingo en la escuadra de España, y debajo del gobierno del duque de Fernandina: por razon de ser esta galera de las mas antiguas, y de ser hospital, cuyo nombre siempre reverencié, por la comodidad que continuamente hallé en ellos, y tan abuela de las demas, que estaba sin dentadura de remos y jubilada por ser viejos: con que pensé ser cuervo de la tierra, y no martajo de la mar. Serví en ella de tercero al capitan, de despensero al alférez y mozo de alguacil. Enviábame el alférez á comprar carne á la carnicería de esta villa, donde continuamente abundaba la gente, sobraban las voces, y faltaba la carne; acercábame al tajon, daba señor al carnicero, y atronaba las orejas á los oyentes: recibia la carne, metia las manos en las faltriqueras, y los ojos en el rostro del

cortador; y en viéndolo ocupado en llamamientos de alguaciles, ó en particion de tajadas, bajaba todo el cuerpo, encubríame entre la bulla, fingia haber perdido algun dinero, y agachándome, como quien anda á caza de lyganos, salia á lo raso, y ganaba los perdones del que hurta al ladron. Quedábame con el dinero, sisaba en el camino la tercia parte de la carne, y á medio dia me comia la mitad de lo que llevaba al alférez. Entré un dia con un amigo, soldado de la galera Santa Catalina, á refrescar en su rancho, y hallé amarrado á un banco y amarrado á su ballestera mi buen amigo Juan Francés, el inventor de la temblona y el autor de los tunantes, que dejé en prision en la ciudad de Evora cuando salí á burga, á dar en manos de gitanos. Conocióme así que me vió, y dándome tiernos abrazos al son de duras cadenas, me dijo como despues de haberse hecho de pencas, y dádole ciertos tocinos á traicion, le habian echado toda la ley á cuestas; mas que estaba consolado, que ya no le faltaban mas de ocho años, y que saldria de aquel trabajo en la flor de su edad, para poder proseguir con su industria. Favorecíle con lo que pude, y volviéndome á mi galera, supe como habia enviado á pedir don Antonio de Oquendo al duque de Fernandina dos compañías prestadas, como libras, para salir á recibir la flota: y que sin que me preservara á mí aquella seguidilla que dice que *quien no fué hombre en la tierra, menos lo seria en la mar*, habia tocado á mi compañía ir por una de las llamadas, y yo por uno de los escogidos. Embarcámonos en doce bajeles de Nueva España, y apartándonos de la vieja, seguimos el rumbo de Colon, y el camino de la codicia.

En el poco tiempo que duró esta embarcacion, no eché menos la Mancha, pues por ser aguados mis camaradas, y haberse todos mareado, fué siempre mi barriga caldero de torreznos y candiota de vino. Hallábame gordo y sucio; en blanco la bolsa, y en oscuro la camisa; los cabellos emplastrados con pez, y los calzones engomados con brea. Sobrevínonos una fiera tormenta, y apareciéndosenos Santelmo depues de pasada, nos volvió al puerto derrotados y sin flota. Y como de los escarmentados se hacen los arteros, pedí licencia á mi capitan para ir á cumplir un voto, que le dí á entender habia hecho en la tormenta referida; y atribuyéndolo á chanza, se sonrió y calló como en misa. Yo como habia oido decir que quien calla otorga, me juzgué por licenciado y me determiné como bachiller. Fuime entrando en el Andalucía, y apartándome de los tránsitos de la venida, por no pagar en alguna fiesta lo que hice en muchas semanas, llegué á Córdoba á confirmarme por angelico de la calle de la Feria, y á refinarme en el agua de su potro; porque despues de haber sido estudiante, page y soldado, solo este grado y caravana me faltaba para doctorarme en las leyes que profeso. Y acordándome de lo bien que lo pasaba con mis tajadas de raya y colanas de vino, cuando era buhonero, me determiné de volver al trato, mas por hallarme escaso de caudal lo empleé en solas mil agujas, y me salí de la ciudad á procurar aumentarlo. Y despues de haber corrido á Hernan Nuñez y otras dos villas, llegué á la de Montilla, á tiempo que con un numeroso senado y un copioso auditorio estaba en su plaza sobre una silla

sin costillas, y con solo tres piés, como banqueta, un ciego de *nativitate*, con un cartapacio de coplas, harto mejores que las famosas del perro de Alba, por ser ejemplares y de mucha doctrina, y ser él autor; el cual chirriando como garrucha, y rechinando como un carro, y cantando como un becerro, se rascaba el pescuezo, encogia los hombros, y cocaba todo el pueblo. Empezaban las coplas de aquesta suerte :

Cristianos, y redimidos
Por Jesus, suma clemencia,
Los que en vicios sois metidos,
Despertad bien los oidos,
Y examinad la conciencia.

Eran tantas las que vendia, que á no llegar la noche diera fin á todas las que traia. Fuéronse todos los oyentes encoplados y gustosos del dicho autor, y él, apeándose del derrengado teatro, por verse dos veces á oscuras, y cerradas las ventanas, empezó á caminar à la vuelta de su casa. Tuve propuesto de ser su Lazarillo de Tormes; mas por parecerme ser ya grande para mozo de ciego, me aparté de la pretension: y llegándome á él, le dije que como me hiciera conveniencia en el precio de las coplas, que le compraria una gran cantidad, porque era un pobre mozo extrangero que andaba de tierra en tierra, buscando donde ganar un pedazo de pan. Enterneciose, y no de verme: y respondióme que la imprenta le llevaba un ochavo por cada una, demas de la costa que le tenia de traerlas desde Córdoba; y que así, para que todos pudiésemos vivir, que se las pagara á tres maravedis. Yo le respondí que se habia puesto en la razon, y en lo que era justo, que fuésemos adonde su merced mandara, para que le contasen el dinero de cien pares de ellas, y para que me las entregasen con su cuenta y razon. Díjome que le siguiera á su casa, y alzando el palo y haciendo puntas á una parte y á otra, como ejército enemigo, aporreando puertas y descalabrando paredes, llegamos con brevedad á ella. Tenia una mujer de tan mal arte y catadura, que le habia Dios hecho á él infinitas mercedes de privarle de vista, porque no viera cosa tan abominable: y sobre todas estas gracias, tenia otras dos, que era ser vieja y muy sorda. La cual, así que vió á su marido, lo entró de la mano, adestrando hasta la cocina, quitóle el ferreruelo y el talego de las coplas, y sentólo en una silla. Díjole en alta voz que sacase del arca dos legajos que habia de su obra nueva, que era cada uno de cincuenta pares, y me los diese y recibiese el dinero á razon de seis maravedis cada par: mas todo su quebradero de cabeza era dar voces al aire, porque demas de ser sorda, al punto que lo dejó sentado, habia salido al corral á traer leña para hacerle fuego; yo, reventándome la risa en el cuerpo, le dí parte de la ausencia, el cual me rogó que le avisara cuando viniera, para que tratase de despacharme. Llegó en esta ocasion, echó la leña en tierra. Sintió él el ruido del golpe, y acercando la silla hácia la parte que le parció estar, dió conmigo, y tentándome al ferreruelo, y pensando que eran faldas, volvió á dar el segundo pregon, dejándome atro-

nados los oidos, y ella mirándonos á los dos estaba como suspensa. Hícela señas de que llegase á oir su marido, y advertirle á él el engaño; y descolgando ella un embudo grande de hoja de lata, se metió la punta en el oido, y poniendo la boca de él en la del relator de coplas, le preguntó que quien era yo, y que para qué me habia traido á su casa. Él, despues de haberle satisfecho, en tono de predicador de mandato, por el cañon de su embudada corneta, volvió á referir tercera vez lo que dos veces habia mandado. Sacó ella los legajos, y despues de haber recibido el pagamento, hízome el entrego de ellos; y yo, cargado de agujas falsas y de coplas de ciego, me fuí á dormir al hospital. Salí al amanecer de la villa, y estando algunos dias en la de Aguilar, pasé á las de Cabra y Lucena: vendia las agujas á las mozas, y cantaba las coplas á las viejas; y como se dice que *al andaluz hacerle la cruz*, á las andaluzas, para librarse de sus ingenios, les habian de hacer un calvario de ellas. Hurtábanme las redomadas de aquellas ninfas, mirándome muy á lo socarron mis agujas, haciendo ayuntamiento de belleza y tratos de gitanos. Andaban mis papeles de mano en mano, haciendo con mis puntas aceradas dos mil modos de pruebas, que yo reniego de tantas probadas. Quedaba pasmado de oir lo donairoso de su ceceo, y de ver el brio de su desgarro; y miéntras tenia cuenta con las unas, las otras me empandillaban la vista y las agujas; pues jugando con ellas al escondite, unas me las quitaban, y otras me las diezmaban, emboscándolas en los tocados y ocultándolas en las bocamangas; de manera que despues de haber cobrado dacio, feudo y tributo de este pobre buhonero de poquito, despues de regatear dos largas horas, me compraban un cuarto de ellas, y de cosario á cosario me dejaban sin vales. Oian las coplas las viejas, y despues de haberme roto los cascos y secados los gaznates, con aquello de á las mas maduras, con sus boquitas papandujas, me las alababan, y entre todas las vecinas de un barrio apenas me compraban un par de ellas. Por lo cual, y por ser tierra de buenos vinos, llevé tan adelante mi caudal, que en pocos dias pudiera jugar las hormas. En efecto, dí al traste con todo, y quedé hecho mercadante de banco roto.

Encaminéme á la vuelta de Gibraltar con intencion de ser pícaro de costa, y estando á vista de sus muros, me dieron nuevas de como prendian á todos los vagamundos y los iban llevando á la mazmorra, para que sirviesen en ella ó de soldados ó de gastadores. Yo, por ser uno de los comprehendidos en aquel bando, y por no ir á tierra de alarbes á comer alcuzcuz, me fui á la Sabinilla á ser gentilhombre de jabega y corchete de pescados. Concertéme con un armador por dos panecillos cada dia y dos reales cada semana. Volví los calzones, eché las piernas al aire, y púseme en lugar de banda un estrobo, insignia y arma de aquella religion; y al tiempo de tirar la red, hacia que echaba todo el resto de la fuerza, y la tiraba con tanto descanso y comodidad, que ántes era divertimiento que trabajo. Y al tiempo que salia el copo á ser celosía de bogas, jaula de sardinas y zaranda de caballas, por ver el armador con baston de general de jabegueros, mirando á las manos y sacudiendo en las cabezas, haciendo yo oficio de escribano contrahecho, la causa perteneciente á las

manos la remití á los piés, porque donde no alcanzan las fuerzas es menester valerse de la industria. Hacíame Clicie de aquel sol de bodegon de la cara de mi amo, y haciendo reverencias con los piés, sin haber en aquel distrito persona que mereciese hacerle cortesía, retiraba con los dedos de los cuartos bajos angelotes, y con los talones rayas. Tenia un camarada detras de mí, el cual recogia los despojos, sirviéndole unos de estomaguetes y otros de ventosas de mal de madre; los alojaba entre la camisa y la barriga, y otras veces les daba fondo por el resquicio de los zaragüelles, de modo que llegué á tiempo que ejercitaban los piés el oficio de las manos : y en faltándome sacristan que me ayudase á dejar el armador de *Requiem*, y dar sepulcro á sus pescados, escarvaba con un pié sobre la arena, como toro en coso, y formando anchurosa fosa, daba con el otro sepultura á la presa, y con ambos cubria á los difuntos para sacarlos, en quedando en soledad. Venian los arrieros, compraban el lance, y en corriendo por su cuenta descansaban los piés y trabajaban las manos : que si es desdicha verse en poder de muchachos, harta desdicha será hallarse cercado de pícaros. Dígolo porque al instante que no corria el lance por el armador, y que volvia las espaldas, y desamparaba el monton de escamas plantadas á bien librar, les hurtábamos á los arrieros mas de la tercia parte, por mas hellacos que fuesen, y por mas cuidadosos que se mostrasen. Con el provecho de estos percances, racion y salario que ganaba, comia con sosiego, dormia con reposo, no me despertaban zelos, no me molestaban deudores, no me pedian pan los hijos, ni me enfadaban las criadas; y así no se me daba tres pitos que bajase el turco ni un clavo que subiese el persiano, ni que se cayese la torre de Valladolid. Echaba mi barriga al sol, daba paga general á mis soldados, y me reia de los puntos de honra y de los embelecos del pundonor; porque á pagar de mi dinero, todas las demas son muertes, y sola es vida la del pícaro.

Habiéndome asegurado que en la ciudad de Málaga hacian levas de mozos de jabega unos pescadores antiguos, con patentes de armadores, y que daban cincuenta reales á cualesquiera bisoño que se alistase debajo de sus redes, dejé la Sabinilla y me fuí al promontorio de la pasa y almendra, y al piélago de la batata. Senté plaza de holgazan, cobré paga de mandria. Pero cansado de andar atras, sin ser cabestrero, fingiendo haberle dado á un chulo una mojada con la lengua de un gifero, me retiré á sagrado y pedí iglesia; y cuando el armador venia á pedirme el dinero, dábale largas, diciéndole que el herido habia ya pasado del sereno, y que en habiendo declarado los cirujanos, volveria á trabajar, y desquitar lo que habia recibido y gastado. Pero viendo que hacia diligencia para buscar al doliente, y que por no hallar rastro ninguno me queria echar en la prision, y que me andaba asechando para cogerme fuera de sagrado, me fuí una tarde al muelle, y hallando de partida un bajel francés que iba á Francia de poniente, y haciéndole creer al capitan que tenia unos parientes muy ricos en Burdeos, y que me habian enviado á llamar, llevándome cosa muy poca por el flete, me embarqué en su navío, porque es de hombres como yo el urdir una mentira, y es muy fácil de engañar un

hombre de bien. Pasamos el estrecho de Gibraltar, que en lo borrascoso y apretado parece título moderno. Corrimos una tormenta hasta el cabo de San Vicente; y desde allí, ayudados de un viento fresco y favorable, llegamos á San Maló de Lilia, puerto de Francia y provincia de Bretaña. Hay en esta villa veinte y cuatro perros de ayuda asalariados, los cuales estan á cargo de un soldado que los asiste y cuida de ellos; que como hay soldados particulares, hay tambien soldados perreros. Este tal tocaba cada dia, al querer anochecer, una media luna, ó llave de Medellin, ó madera de tinteros, á cuyo horrendo son acudian todos los perros á una puerta sola que tiene la dicha villa; y echándolos fuera, hacian tal guardia y ronda toda lo noche, que cualquiera persona forastera que llegase, ignorante de tales centinelas, lo hacian dos mil pedazos, con que estaba asegurada de cualquier antepresa, y de cualquier cautela enemiga: y sin pretender esta escuadra perruna avanzamientos, ventajas ni ayudas de costa, entraban cada noche de guardia, y estando siempre alerta, jamas estaban quejosos. Tocaban caja en esta villa, levantando gente para ir en corso contra el inglés, y daban á cada soldado una dobla. Yo, viéndome necesitado y en tierra extraña, y por gozar de todo y dejar en todas partes mi memoria eterna, cogí la dobla, senté la plaza, y levantando los talones, amanecí al tercero dia en Land, puerto y provincia de Normandía, adonde, por ser tiempo de guerra, juzgándome por espía del inglés, me hicieron una salva de horquillazos y puntillones, que fué poco menos que la de Borbon sobre Roma; y por hallar entre tantos malos algunos buenos, me dejaron pasar libre, y me escapé de una larga prision. Y valiéndome de mi acostumbrado oficio, y arrepentido de haber dejado en la ciudad de Lisboa mi socorrido hábito de peregrino, llegué á Ruan, cabeza de Normandía, á quien el caudaloso Sena, despues de haber sido cinta de plata de la gran corte de Paris, es tahalí escarchado de esta rica y poderosa villa; y en una de sus primeras posadas me previne de una poca de ceniza, en achaque de ser para secar unas cartas, y metiéndola en un poco de papel, y aposentándola en el lado del corazon, me fuí á la bolsa, que es la parte del contratamiento y junta de todos los asentistas y hombres de negocios, y hallando un agregamiento de mercadantes portugueses, metiéndome en su corro, y no á escupir en rueda, sino á hacerlos escupir en corrillo, les hablé con la cortesía y sumision que suele tener el que ha menester á otro, y en su misma lengua, porque no excusasen la súplica, porque como mis padres se habian criado en la raya de Portugal, la sabian muy bien, y me la habian enseñado; y despues de haberles dado á entender ser lusitano, les pedí que me amparasen, para ayuda de poder llegar á la ciudad de Viena, adonde iba en busca de unos deudos mios, y por venir pobre y derrotado, huyendo de familiares á quien no bastaban conjuros ni compelimientos de redoma, y que por lo que sus mercedes sabian habian quemado á mi padre, cuyas cenizas traia puestas sobre el alma al lado del corazon. Ellos con semblantes tristes, algunos con preñeces de ojos, que sin ser medos esperaban partos de agua, me llevaron á la casa del que me pareció el mas rico y respetado. Pidiéronme la ceniza, y habiéndola dado, sin ser primer dia de cuaresma,

fué cada uno besando el papelon por antigüedad. Pidiéronme licencia para repartir entre ellos aquellas reliquias de mártir: y yo, mostrando un poco sentimiento, les dí amplia comision, como se reservasen algunas para mí, pues en virtud de unos polvos, que habia echado al mar, me habia librado de una gran tormenta que habia corrido en el estrecho de Gibraltar. Suspiraban todos por el trágico suceso que les habia hecho creer, y decian con tiernas lágrimas: *El Dios de Israel te dé infinita gloria, pues mereciste corona de mártir.* Repartieron las cenizas de la dicha posada ó bodegon, y mostrándome todo amor y benevolencia, me volvieron á la referida bolsa, y echando un guante en todos los de su nacion, me juntaron veinte y cinco ducados, los cuales me dieron, y una carta de favor para un correspondiente suyo, mercadante en la corte de Paris, para que me socorriese para ayuda á proseguir mi viage: y despues de haberme encargado que procediese como quien era, y que jamas pusiese en olvido la muerte de mi padre y mi felicidad en haber merecido ser su hijo, me despedí de ellos, alegre de haber salido tan bien de gente que siempre engañan, y jamas se dejan engañar.

Tomé el camino de Paris, comiendo á pasto y á tabla de patron: y apenas llegué á verlo y reconocerlo, cuando empecé á dar voces, diciendo: Cata Francia, Montesinos, cata Paris la ciudad. Halléme corrido y avergonzado cuando entré y atravesé sus espaciosas calles, de la vaya que me daban algunos remendones y desculadores de agujas, diciendo á voces: Señor don Diego, daca la borrica. Compré al pasar por una botica unas cantáridas, y otros requisitos tocantes á mi oficio de cirujía, y yéndome á posar al burgo de San German, á la posada de uno de los expelidos de España que se llamaba Granados, aquella misma noche me eché en el pezcuezo dos emplastos ó vejigatorios; y á la mañana, por haber amanecido muy hinchado, me puse cantidad de paños sobre él, y me fuí al palacio del embajador de España, que era el marques de Miravel, y diciendo venir de Galicia á curarme del mal de los lamparones, me dió su limosnero tres cuartos de escudo por la llegada, y uno cada semana, hasta que fuí sano, sin llegar á piés reales. Dí la carta de favor, y tuve por ella otro socorro harto razonable. En esta corte, ó confusa Babilonía, olvido del gran Cairo y lauro de todo el orbe, gastaba como mayorazgo, y comia como recien heredero, con que dí fin á la limosna de la tribu de Abrahan, y á la caridad de los lamparones. Y por no volver á ser seguido de gozques, y de andar dando albabadas, me quité los emplastamientos y trapos del pescuezo, y me acomodé por page de un caballero natural de Roma, dándole á entender ser su paisano, y hijo de un caballero romano de honor de su santidad, de los que llaman del Esron. Tratóme á los principios como á hijo del tal, pero en muy poco tiempo conoció del pié que cojeaba; y descubriendo toda la tramoya me quitó las calzas folladas y la procesion de agujetas, y me despidió de su servicio.

Viéndome desamparado y pobre, y tan apartado de mi patria, por tener algun refrigerio para ayuda de llegar á ella, pues ya tenia de ayuda de costa el haber aprendido la lengua francesa, compré seis mil agujas de lo que habia buscado en el oficio pageril, sin acordarme de lo bien que me

fué con las andaluzas, y saliéndome de Paris tomé el camino de Leon de Francia. Y vendiendo mi mercancía, y gastando lo que sacaba de ella en los mejores vinos que hallaba, por tener valor y esfuerzo para poder hacer tan largas jornadas, hallé cerrados los pasos de aquella villa, por causa de la contagion; y así me fué forzoso buscar nuevas trochas y seguir modernos rodeos. Pasé por Montelimar y por Orange, y queriendo entrar por Aviñon, me tiraron dos mosquetazos las guardas de sus puertas, y me hicieron volver atras, por no llevar boleta de sanidad. Viéndome imposibilitado de remedio, y que sin ser avestruz me habia comido toda la acerada mercancía, y habiendo hecho voto de no comer ni comprar ni aun carne de agujas, por no acordarme de tan ruin buhonería, me encomendé á Dios, y sin ser potro de Gaeta me aparté, reculando de la villa, y me volví por el mismo camino que habia traido. Hallé en un village un sargento, que estaba levantando gente, el cual me preguntó que si queria ser soldado y servir al cristianísimo rey de Francia. Yo, viendo que me apretaba la hambre, y que en aquella ocasion, por solo mitigarla, serviria al mameluco, le respondí que sí. Llevóme á su cuartel, que era en una villa llamada Sabaza; entregóme á su capitan, cuyo nombre era monsieur Juni, del regimiento del baron de Montéme. Hízome con él, y poniéndome un cuarto de escudo en la mano, me hizo sentar plaza en su compañía, dándome por nombre monsieur de la Alegreza; porque como el capitan era mas fino que un coral, y me vió en la comida alegre de cascos, y me conoció el humor, me confirmó sin ser obispo dándome nombre conforme á mi sugeto. Marchamos por el Delfinado, haciendo buena cherra, y en cada tránsito habia avenidas de brindis, al tenor de Abu monsieur de la Fortuna, Abu monsieur de la Esperanza. Hallábame mas contento que una pascua de flores: juzgaba aquella vida por la mejor que habia tenido, y llamaba á aquella provincia la tierra del Pipiripao. Fuimos á guarnicion á la villa de Roman, adonde á costa de los patrones comíamos á dos carrillos, y pedíamos á discrecion, y habia libertad de conciencia, siendo rey chico Juan soldado, adonde persuadidos de los oficiales, por hacer ellos mejor su negocio, molestábamos los vecinos, gastábamos cada dia cien cubas de vino, y cada noche un bosque de leña en los fuegos disformes que hacíamos en nuestras posadas y en el cuerpo de guardia. Vino el unto á los mayores, recibieron el soborno, y echando rigurosos bandos, nos hicieron ayunar hartos meses lo que comimos pocos dias. Mucho paño tenia aquí adonde poder cortar, pero se embotáran mis tijeras, y pensando ganar amigos, cobraré enemigos. Diéronnos un tapaboca Bartolo, con darnos cada dia medio cuarto de escudo, que para henchir los oficiales las bolsas es necesario que los soldados aflojen las barrigas.

Embarcámonos al cabo de una temporada en una villa del duque de Guisa, llamada Mondragon, y conducidos de las soberbias corrientes del caudaloso rio, llegamos á desembarcar en la Provenza, adonde nos agregamos á una armada, que tenia el dicho duque para socorrer el Casar de Montferrat, á cuya oposicion estaban en Villafranca de Niza las galeras de Nápoles, y por general de ellas don Melchor de Borja. Enfadábame ya

de oir tanto alon, alon, sin haber alguno de gallinas, ni de capones, y el gastarme todos el nombre con monsieur de la Alegreza acá, monsieur de la Alegreza allá; y sobre todo, estaba temeroso de ver que algunas veces que me habia puesto como el arco del Iris, cantaba en sino español, por lo cual dieron en tenerme por sospechoso y llamarme espion: que el hombre que llega á beber mas de aquello que es menester, no solamente no guarda sus secretos, pero descubre los agenos. Dieron á toda el armada una paga, que es la extremauncion de los franceses, cuando entran en paises extraños, la cual cogí con ambas manos, y apresurando ambos piés fuí á resollar á Villafranca: hablé á la guardia de la puerta en italiano, por lo cual me dejaron entrar. Fuí á ver á don Melchor de Borja, y contándole todo mi suceso, lo celebró mucho: y por parecerle soldado entretenido, me mandó dar dos doblas, y que acudiese á comer á su casa. Vínole órden del duque de Saboya para que marchase con los españoles, y dejase los saboyardos y otras naciones que estaban á su órden, y que dejase á los franceses á que siguiesen su camino. Embarcóse así que la recibió, y fatigados de una procelosa borrasca, llegamos á Monaco, y de allí zarpamos á la ciudad de Génova, desde adonde envió nuestro general dos galeras de su escuadra por bastimentos á la villa de Liorna. Embarquéme en una de ellas, y habiendo tenido un feliz viage, al desembarcar en el muelle de la dicha villa, supe como su alteza el gran duque de la Toscana levantaba gente para enviar al estado de Milan. Alistéme al instante, por no perder el tiempo ni la ocasion. Diéronme ocho ducados de contado, y tuve cuatro meses desvedada la bellota en casa de patrones, adonde daba de puntillazos al sol y me burlaba de la fortuna. Envió el gobernador de Milan á dar aviso á su alteza de que al presente no necesitaba de aquella gente, por lo cual dieron licencia á muchos soldados, siendo yo uno de los primeros, por ser pequeño de cuerpo, y por constarle á mis superiores no ser grande de virtudes.

Púseme en camino á la vuelta de Sena, y pasando por Viterbo del papa, llegué cuarta vez á la gran ciudad de Roma. Fuí á ver á mis hermanas, de quien fuí mal recibido: y queriendo hacer del esmarchazo, llamaron un vecino suyo, barrachel de justicia, el cual cantando aquel verso de *mira, Zaida, que te aviso*, me puso en la calle, tomando á su cargo el amparo de mis hermanas. Fuime al palacio del conde de Monterey, que estaba entónces por embajador de España, adonde mé junté con un portugués, que era criado de don Juan de Eraso, y volviendo á continuar la vida de los temerarios, estafábamos cortesanas y agotábamos tabernas. Abríle trinchera á un pintor en la cara, sobre ciertos arrumacos que hacia á una conocida mia, por cuyo delito fué fuerza retirarme al palacio del dicho embajador; y viendo mi pleito en mal estado, y que mis hermanas aun no me daban un Dios te ayude (cosa que se da çada instante á uno que estornuda), me ayudé de mi hacienda trocando secretamente una casa que me habia dejado mi padre en la calle Ferratina, por una gran suma de pinturas, las cuales envié por la conducta á Nápoles. Y yendo yo despues á tratar de su enagenacion, dí tan buena cuenta de ellas, que en menos de un mes la mayor parte me la chuparon damas y me la comieron

rufianes; y algunas cincuenta que me habian quedado, las perdí una noche al juego de las pintas, parando á pintura y pintura, y diez en la quinta. Viendo qne se me habia caido la casa, por haber perdido, no por falta de ciencia, sino por haberme encontrado con otro mas diestro que yo, senté plaza en una leva que se hacia para España, en la compañía, sin caballos y con esperanza de rocines, del prior de la Rochela, y volví de nuevo á escandalizar con embustes el cuartel, á alborotar los cuerpos de guardia, y á inquietar los bodegones, cargado mas de miedo que de hierro, y con una letanía de valentía amontonada.

Metióme en prision mi capitan por cabeza de estos banderizos, porque temia que me huyese con ellos: y dióme en lugar de castillo el alcázar del Tarazanal, porque á gran rio gran puente. Embarcámonos en una fuerte armada para ir á España, yendo por generales de ella el marqués de Campolátaro y el de Santo Luchito; y por general de la caballería mi capitan; y por comisario general don José de Palma. Arriméme todo el tiempo que duró la embarcacion, por tener razonable pluma, y por saber algo de cuenta, á la despensa del bajel, adonde iba embarcado, para ayudar á dar racion á la gente de mar y guerra; y por andar al uso, y no querer asentar en oficio que todos yerran, daba el despensero el bizcocho mas menudo á los soldados, preservando siempre las costras mayores y enteras. Ibales dando raciones de atun de lo que se iba pudriendo, y guardaba lo qne estaba bueno. Metia un punzon en el tocino, y el que estaba oloroso le iba ocultando, y distribuyendo el que no lo estaba, haciendo lo mismo con el vino, y con lo demas que está á su cargo; porqne ya es plaga antigua ser lo peor para el soldado. Tenia cuidado de regalar al cabo de la guardia, y al capitan que venia por cabo del bajel, con que todos callaban y amorraban, y al compas que lo pasaban mal los soldados, triunfábamos nosotros. Llegamos á dar fondo en Rosas, adonde se embarcó toda la infantería: salimos del puerto, la caballería desmontada, y tomamos tierra á seis leguas de Barcelona. Quedamos aquella noche en la playa, escribiendo sobre el socorrido papel de su arena la pena de quedarnos sin patron, y hechos lobos marinos de la playa: á la mañana nos alojaron donde tuvimos de *ello con elló*, pues detras de un regalo oíamos un *cap de Deu*, y velamos media docena de pistoletes. Estaba mi capitan conmigo, por haberme retenido una paga y haber yo dado queja sobre la restitucion. Era yo siempre su ceja, pues que me tenia sobre ojo: que el soldado qne no se dejare pasar por cima en materia de interés, y tratare de dar quejas, ó capitular á sus oficiales, su verdad será mentira: y demas de no avanzar, será malquisto y aborrecible: y en achaque del servicio del rey, le darán con que no quede de servicio. Pasábalo yo mejor que todos los de mi compañía, por estar alojado en una taberna, y ser intérprete con los catalanes y napolitanos, pagándome el corretage en ponerme á veces que por hablar catalan hablaba caldeo, y por hablar napolitano hablaba tudesco. Tuve un dia una pendencia con un soldado, sobre un mentis por la gola, y dándole por debajo de ella una estocada, di con él patas arriba, por haberse él mismo (no haciendo caso de mí) entrado por los filos de mi espada: de manera

que le hirió su gran soberbia, y no mi mucha modestia. Y por no dar venganza á mi capitan, ni dar lugar á que satisfaciesen su rencor, con hacerme prender y castigar, ó querer él mismo abrirme de grados y corona, me fuí á la ciudad de Barcelona, adondede presente estaba el que nació infante, y gobernó cardenal, y murió santo. Tomé tierra del papa, y por no estar á merced de la justicia, me amparé de la piedad del convento de la Merced. Mi capitan, como si yo le hubiera á su padre robádole su hacienda, ó quitádole su dama, envió tras mí á hacerme prender en Barcelona, y anduvo tan diligente un quitapelillos suyo, abanillo de la compañía y hijo de huevo de la armada, que sin valerme antana, ni defensa de motilones, ni aquello de iglesia me llamo, me hizo, con una cuadrilla de alguaciles y corchetes, sacar de sagrado y meterme en la cárcel del Tarazanal: que hay soldado que por agradar á su capitan, prenderá al mismo que le dió el ser, con razon ó sin ella.

Echáronme grillos y cadena, y una argolla al pescuezo, con un birote que siempre señalaba al norte y apuntaba á las vigas. Fulminaron un proceso de soldado huido y alborotador del armada: y sin reparar en el dolor que le costé á mi madre cuando me parió, el trabajo que tuvo en envolverme, ni el molimiento que pasó en columpiarme, me dieron un susto con el *debo condenar y condeno*, por ser cosa que tenia con que pagarla, que á echarme la ley de la *numerata pecunia*, fuera irremediable el dar satisfaccion. En efecto, como quien no dice nada, ó como quien no quiere la cosa, me sentenciaron á oir sermoncito de escalera, á santiguar el pueblo con los talones, y á bambolearme con todos vientos, como si yo tuviera otra vida al cabo de un arca, y como si la que yo tenia me la hubiera dado el Pilatos que dió la sentencia. Notificóme un notário, tan buen cristiano, que no pidió albricias por la buena nueva, ni derechos de lo procesado. Hice algunos pucheros cuando la oí: atraganteme algunos suspiros, echando por los ojos ciertos borbotones de legia de panilla. Díjome el carcelero que me pusiera bien con Dios, sin haberme dado para aquel último trance con que ponerme bien con Baco. Y acordándome del tránsito que habia de pasar, para probar si era como los que habia hecho siendo monsieur de la Alegreza, me apretaba con la mano el gaznate, y con ser sobrepeine, no me agradaban aquellas burlas, diciendo entre mí: ¿Si esto hace la mano, siendo de carne blanda, que hará la soga, siendo de esparto duro? Hincándome de rodillas pedia misericordia al cielo, prometiale, si me viniera en libertad, hacer penitencia de mis pecados, y mudar de vida: mas al cabo vino á ser el juramento de Pelaya.

Pasó la voz por toda la ciudad, y acudieron muchos amigos á verme, y vecinos de ella á censurarme. Los amigos me consolaban, diciéndome que me animára, que aquel era camino que lo habíamos de hacer todos, que solo les llevaba la delantera, y en lo último se engañaron, porque yo me he quedado de retaguardia, y ellos han llevado la delantera, perdonando verdugos, pidiendo misas, y haciendo alzar dedos. Decian algunos catalanes que era compasion, por cosa tan poca, privarme de la vida en lo mejor de mi edad: otros, que tenia cara de grandísimo

bellaco: otros, que no por bueno estaba en tal aprieto. Entró á este tiempo un fraile francisco muy trasudado y fervoroso, preguntando: ¿Donde está el sentenciado? Yo le respondí: Padre mio, yo lo soy aunque no tengo cara de ello. Díjome: Hijo, ahora es tiempo de tratar de tu salvacion, pues ha llegado la intemerata; y así este poco de vida que le queda, es menester emplearla en confesar sus culpas, y en pedir á Dios perdon de sus pecados. Respondíle: Padre mio, si un buen amigo es espejo del hombre, uno que tuve en Sicilia, tan intrínseco que me hizo medio carnal á costa de un ojo, me decia que ántes mártir que confesor, demas que por cumplir los mandamientos de la santa madre iglesia, no me confieso sino una vez en el año, y esa por la cuaresma. Pero si es ley humana que pague con la vida el delito que he cometido, vuestra reverencia advierta, pues es tan docto, que no hay mandamiento ni precepto divino que diga: No comerás ni beberás: y así, pues no voy contra lo que Dios ha ordenado, vuestra paternidad trate de que se me dé de comer y beber, y despues tratarémos de lo que nos está bien á los dos, que en tierra de cristianos estoy y iglesia me llamo.

El padre, algo enojado de oirme decir chilindrinas en tiempo de tantas veras, sacó de su manga un crucifijo pequeño, y empezóme á predicar aquello de la ovejuela perdida, y lo del arrepentimiento del buen ladron; y esto dando tantas voces, que atronaba todo el Tarazanal, y derramando tantas lágrimas que inundaba aquel pequeño retrete. Yo, que mas gana tenia de comer que de oir sermones, por haber veinte y cuatro horas que no me habia desayunado, decia entre mi viendo las crecientes de llantos que destilaba por sus ojos: Aunque mas lágrimas deis, en vano las derramais. Mas viendo que alguna razon tenia, pues daba tantas voces, y que sin ser víspera de san Esteban me querian colgar como racimo de uvas, alargarme el gaznate como si fuera ganso, despejé el rancho, y hincando una rodilla, y poniéndome en postura de ballestero, desembuché la talega de culpas, y dejé escueto el almacen de los pecados; y habiendo recibido la bendicion, y el *ego te absolvo*, quedé tan otro que solo sentia el morir, porque juzgaba, segun estaba de contrito, que se habian de tocar de su mismo motivo todas las campanas, y alborotarse toda Barcelona, y dejar de ganar su jornal la pobre gente, por venirme á ver. Mas por conservar y alargar la vida, como en prenda tan amable, hice dar un memorial en mi nombre al marques de Este, que ejercia el puesto de general de la caballería, por haber muerto el prior de la Rochela, alegando en él ser hijo dalgo, y que conforme los fueros de los que lo eran, me tocaba morir en cadahalso, degollado como carnero, y no en horca ahogado como pollo. Pensaba que me pediria informacion de ello, y que me daria término para enviar á hacer las pruebas á Roma y á Salvatierra, y que en el inter no me faltaria una lima sorda para limar la cadena y grillos, ó una ganzúa para abrir las puertas de la prision; pero salióme todo en vano, porque el marques respondió que él no pretendia otra cosa sino que yo muriese ajusticiado, que en lo demas escogiera yo la muerte que quisiera. Agradecile la cortesía, y tomando una piedra, y pareciendo un penitente

Gerónimo, me daba con ella infinidad de golpes en los pechos; pero con tanto tiento, y con tanta blandura, que no se rompieran, aunque fueran de mantequillas. Perdí el color, faltóme el aliento, y trabóseme la lengua, cuando oí que en mis tristes oidos clamoreaban los ecos de los esquilones y campanillas de la santa caridad.

Estando con este susto, que le doy de barato al que lo quisiere, entraron acaso en el dicho Tarazanal don Francisco de Peralta, secretario de cámara de su alteza, y José Gomez su barbero; y habiéndose informado de todo, mostrando algun sentimiento, llegaron á darme el pésame de mi desgracia. Pero viéndome que como si me hubieran de sacar á bodas, hablaba bernardinas, y echaba chiculios; y que habia convertido la piedra, sin ser Domingo, de tentacion, en dos libras de pan, que me habia enviado el carcelero, y que haciendo monipodios, por haber venido acompañadas con un jarro de vino, me estaba saboreando con ellas, volvieron el sentimiento en alegría, y me dijeron, ¿qué como no sentia el haber de morir? Respondíles que harto lo habia sentido miéntras no me habian dado de beber; pero que tenia para conmigo el vino tal virtud, que al instante que lo bebia me quitaba y desarraigaba toda la melancolía. Y que advirtiendo que aquel dia salia de poder de soplones, alguaciles y escribanos, daba por bien empleada la muerte; pero que si sus mercedes pudieran alcanzar con mi general, que debajo de mi palabra me diera licencia por tres meses para ir á Roma á confesar ciertos pecados reservados á su santidad para descargo de mi conciencia y salvacion de mi alma, me harian muy grandísimo favor, y que yo les haria pleito homenage, como infanzon gallego, de volver en cumpliéndose el término á ofrecerme al funesto suplicio, y á entregar al trincbete de gargueros la mejor cabeza que jamas ciñó garzota. Cayóles tan en gracia mi demanda, que habiendo conocido mi buen humor y el buen tiempo que gastaba, me prometieron ayudar, y le fueron á informar de todo á su alteza serenísima al mismo instante, por el peligro que corria en la tardanza: el cual, como príncipe tan piadosísimo, y por constarle que tenia iglesia, mandó que se suspendiese la ejecucion, y que se revocase la sentencia de muerte, y que me echasen por diez años en galeras.

Estaba tan de mi parte el marques de Este, como si yo le hubiera hecho alguna sangría estando resfriado, que replicó á la gracia que se me habia concedido, y dijo que era muy tierno y delicado para traspalar sardinas, y que así era mucho mejor, para que fuese un ejemplar á toda la armada, quitarme de este mal mundo, y que cuando se hubiera hecho tres ó cuatro años ántes, no se hubiera perdido nada. Mas de tal manera abogaron por mí mis dos defensores y abogados, y de tal suerte encarecieron á su alteza mi despejo y taravilla de donaire, que le dió deseo de verme, y mandó sacarme de la prision libre y sin costas, y que yo le fuese á besar los piés por la merced que me habia hecho. Lleváronme la buena nueva y mandamiento de soltura, y dejando burlado al pueblo, cansados los campanilleros y sin provecho el verdugo, me fuí cantoneando á palacio, recibiendo parabienes y haciendo pagamento de ellos con una pluvia de gorrradas. Echéme á los piés de su alteza serenísima, díle las

gracias por la recibida, y despues de haberme oido algunas agudezas, y contándole algunos chistes graciosos, quiso premiar mis servicios, haciéndome grande de España, pues mandó que me cubriese, prometiéndome que con el tiempo me haria de la llave dorada de las despabiladeras. En efecto me trató como á bufon, y me mandó dar de beber como á borracho. Pero aunque estuve á pique de cubrirme, y de tomar posesion de tal oficio, lo dejé de hacer por ciertos sopapos y pescozadas que me dieron sus pages con manos pródigas, y por la grande aficion que tenia al hábito de soldado; por lo cual me salí de palacio, y me fuí á dar dos sangrías para atajar el daño que me pudiera venir del susto que habia pasado.

CAPITULO VI.

En que da cuenta del presidio que tuvo en Rosas, el viage que hizo á Milan; y como pasó á la Alsacia, y se halló en la batalla de Norlinguen.

Despues de haber desistido el temor y olvidado el peligro en que me ví, y recuperado en una taberna la sangre que me habia hecho sacar, yéndome un dia paseando hàcia la vuelta del muelle, supe como el duque de Cardona levantaba un tercio, para enviarlo á Lombardía, y que era maestre de campo don Felipe de Cardona su hijo; y por coger ciertos reales que daban, con que se engañaban muchos bobos, senté plaza de soldado; pero apenas mi capitan me vió tan mozo, y nada pesado, cuando me metió en galera con los demas de sus soldados, temiendo que me perderia, y que necesitase que me pregonasen. Zarpamos de allí á estar de presido en Rosas, hasta tanto que el tercio se acabase de hacer, adonde teníamos cada tarde un pequeño socorro; mas porque era menos que moderado, y nada bastante para aplacar mis buenos apetitos al cortar la cólera, procuré de valerme de uno de tantos oficios como sabia y habia ejercitado; y despues de haber estado entre mí toda una siesta procurando, sin estar en cónclave, hacer una buena eleccion, elegí el de cocinero, por cogerles con suavidad los socorros á los soldados, y por socorrer con ellos mis necesidades; para cuyo efecto armé un rancho, que ni bien era bodegon, ni bien casa de posadas; pero un bodegoncillo tan humilde, que pudiera la guerra dejarlo por escondido, ó perdonarlo por pobre. Estaba hecho á dos aguas, y no tenia defensa para ninguna. Era todo él ventanagê, y necesitaba de ventanas; y con tener mil entradas y salidas, usos y costumbres, veredas y servidumbres, y libre de censo y tributo, no tenia puerta ni cerradura ninguna. Eran sus mesas retazos viejos de tajones de cortar carne, sus asientos de graudes y torneadas losas, que habian servido de tapaderos de caños, sus ollas y cazuelas de cocido y no vidriado barro, y su vajilla de pasta del primer hombre. Pu-

siéronle por nombre la plaza de armas, por su poco abrigo y menos limpieza, pues no habia en toda ella mas rodilla para limpiar los platos que mi falda de camisa. Hacia cada dia un potage, que aun yo mismo ignoraba como lo podia llamar, pues ni era gigote frances, ni almodrote castellano; mas presumo que si no era legítimo, era pariente muy cercano del cocinado de Valladolid, porque tenia la olla en que se guisaba tantas zaranjadas de todas yerbas, y tanta variedad de carnes, sin preservar animal, por inmundo y asqueroso que fuese, que solo le faltó jabon y lana para ser olla de romance, aunque lo fué de latin, pues ninguno llegó á entenderla, ni yo á explicarla con haber sido estudiante. Con esto engrasaba á los soldados, y despachando escudillas de contante y platos de fiado, ellos cargaban con todo el bodrio, y yo con todos los socorros.

Despues de haber durado algunos dias esta industria ó disimulado robo, prueba de mi buen ingenio y remedio de mi necesidad, nos embarcamos en un bajel, y fuímos á dar fondo junto á la babía de Génova, adonde aun no hube puesto los piés en tierra cuando traté de escurrirme, sin ser anguila: mas por andar mis oficiales alerta, por saber la retirada qué habia becho á Barcelona, no pude salir con mi intento. En efecto marchamos la vuelta de Lombardía, teniendo siempre tapa al son del tapalapatan, y descubriendo tapaderos de cubas, á la sombra de la sábana pintada, llegamos á Alejandría de la Palla, adonde por ir derrotados, y no de batallas ni encuentros, nos dieron vestidos de municion, que en lengua latina se llaman vestidos mortuorios, y en castellano mortajas. Yo, temiendo vestirme de finado, y de hacer mis exequias en vida, y por no parecer bisoño, siendo soldado viejo, y habiendo hecho servicios particulares (que si es necesario me darán certificaciones y fees, por ser mercancía que jamas se ha negado á ninguno), me fingí enfermo, y me fuí á un hospital, valiéndome del ardid del diente de ajo, gustando mas de estar en carnes vivas que en vestidos difuntos. Repartieron todas las gentes en castillos y guarniciones, y al punto que supe me habian dejado solo, que era lo que yo deseaba, saqué la cabeza como el galápago de mi santo retiro, y saliendo como caracol en verano, con toda la casa á cuestas, cuyo peso era bien ligero, me fuí á la ciudad de Milan. Y viéndome que por causa de ser soldado estaba con mas soldaduras que una caldera vieja, arrimé á una parte como á gigante la milicia, y siguiendo la milicia de la corte, reconocí su ventaja, y senté el pié, volviendo de muerte á vida y de pobre á rico.

Salí el dia que llegué á ver despacio aquella famosa ciudad, y me pareció una de las buenas de todas cuantas habia andado, y que á gozar de mar, como muchas de ellas, no sufriendo igualdad, les llevara conocidas ventajas. Vi que sus templos competian con los de Roma, que sus palacios aventajaban á los de Sevilla, que sus calles excedian á las de Lisboa, sus sedas á las de Génova, sus brocados y cristales á los de Venecia, y sus bordaduras y curiosidades á las de Paris. Visité el palacio y corte, habitacion de su alteza serenísima el señor infante cardenal, que habia acabado de llegar de Barcelona á gobernar tan hermosísima ciudad, y á de-

fender tan inexpugnable estado. Hablé con todos los conocidos, y dime á conocer á los que no lo eran; y enfadado de los oficios pasados, por haber medrado tan poco en ellos, sabiendo cuan agradable es el *troppo variar*, me hice padre de damas, defensor de criadas, y amparador de pobretas: vendíme por natural de Alcaudete; picaba á todas horas como alguacil, y cantaba á todos ratos como alcaudon: tenia aposentos de congregacion de ninfas de canton, salas de busconas, palacios de cortesanas y alcázares de tusonas. Vendia sus mercancías á todos precios, vivia siempre con el adelantado, por tener esculpido en la memoria aquellos versos conceptuosos que dicen que quien no paga tentado mal pagará arrepentido. Señalaba horas sin ser mano de reloj, hacia amistades sin ser valiente, y llevaba á cada instante á vistas sin ser casamentero. Era, cuando me hallaba á solas con ellas, el Píramo de su aldea; en habiendo visitas, era su criado; en habiendo pendencias su mozo de golpe; y en hacerles los mandados, su mandil. Incitábalas á ser devotas de san Roque, y aconsejábalas que siempre que lo visitasen, se acercasen al ángel y huyesen del perro. Campaba como mercader, vivia como gran turco, y comia á dos carrillos como mona. Llegábame siempre á los buenos, por ser uno de ellos: acercábame á los ricos y huia de los pobres, tratando muy ordinariamente con gente de naciones, sin necesitar de aprender lenguas. Confirmé este oficio por uno de los mejores que han inventado los hombres, si no hubiera descendimientos de manos, raguños de navajas y sopetones de machetes. Pero viendo que por ciertos estelionatos del signo Virgo me querian dar colacion de la referida, me amparé del palacio de don Marco Antonio de Capua, hermano del príncipe de Roca Romana, caballero napolitano: y por habérsele ido el cocinero, entré en el reinado de la cocina, y empuñé el cetro de la cuchara. Y despues de haber estado algunos dias en quietud y regalo, complaciendo á mi amo, y haciendo alarde de mis estofados y reseña de mis aconchadillos, marchó su excelencia el duque de Feria, con un lucido, aunque pequeño ejército, para dar socorro á la Alsacia, yendo mi amo por capitan de una compañía, y yo por su soldado y cocinero. Pasamos los dos tan dilatado camino con muchísimo descanso y regalo, abundando siempre de truchas salmonadas, y diferencias de muy suaves y odoríferos vinos; porque como llevaba pella de doblones, hallábamos aun mucho mas de aquello que queríamos. Pasamos el Tirol, y juntáronse nuestras fuerzas españolas con las imperiales, que estaban á cargo del mariscal Aldringer: y hecho de todas un cuerpo, socorrimos á Costanza y Brisaque, y volviendo á separarse, nos fuimos á invernar á la Borgoña, adonde me fué fuerza reformarme del oficio y cargo que me habian dado de la cocina, por hallarla en todas las vistas que hacia, hecha un juego de esgrimidor, sus ollas vagamundas, sus cazuelas holgazanas, y sus calderos y asadores rompepoyos: siendo causa de este daño la destruccion de la tierra y la falta del dinero.

Viéndome pues cocinero reformado, busqué otro modo y otra novedad de trato: y haciéndome mercante de hierros y clavos de herrar cabellos, y marchando á la vuelta de la Baviera, en pocas jornadas quedé desen-

clavado, y conocí el yerro que habia hecho en emplear mi caudal en cosa que no podia acertar, de modo, que lo que fiaba, no me pagaban; lo que me estafaban, aun no lo agradecian; y lo que hurtaban, jamas me lo restituian: con que al cabo de la jornada hallé el carro de mi capitan, adonde yo llevaba la indigestible mercancía, muy vacío, y mi bolsa muy anublada. Fuése en esta ocasion mi amo á Italia, á cosas que le importaban, dejándome á mí desherrado y desollado, pues quedaba sin el amparo de sus ollas, y perdido el trato de los hierros. Hallóse al presente sin cocinero don Pedro de Ulloa, capitan de caballos; y por haberle informado que yo era el mejor de todo el ejército, me recibió para que le sirviese en el dicho oficio, porque en la tierra de los ciegos el que es tuerto es rey. Contóme mi amo el pretendiente, á quien serví de page en Madrid, que hallándose en una aldea cercana á él una víspera de Corpus, llegó una tropa de infantería representanta, que ni era compañía ni farándula, ni mogiganga ni bolula, sino un pequeño y despeado ñaque, tan falto de galas como de comedias, el cual, á título de compañía de á legua, pretendió hacer la fiesta del dia venidero, ofreciendo satisfaccion de muestra; y que habiéndose juntado todo el concejo, gustaron de oirlos, para ver si eran tales como ellos presumian. Llamáronlos en casa del alcalde, y delante de mi amo y de los jurados representaron el auto de *la Locura por el alma*, adonde el que hacia á Luzbel, por dar mas voces que los demas, pareció mejor que todos, siendo todos harto malos. Acabóse la muestra: salió mi amo á la plaza con todo el ayuntamiento, adonde hallaron al cura, que por haber estado diciendo vísperas, no se habia hallado en la representacion: él preguntó al alcalde, que ¿qué tales eran los representantes? Satisfízole con decirle que no habian parecido mal, pero que uno, que representaba el diablo, era el mejor de todos. A lo cual le respondió el cura: Si el diablo es el mejor, ¿qué tales seran los demas? Por lo cual aplico y digo que si yo pasaba plaza del mejor cocinero del ejército, no sabiendo lo que me hacia ¿qué tales serian los demas? En efecto, á falta de buenos me hizo mi amo alcalde de su cocina, y soldado de su compañía.

Prosiguiendo la dicha marcha, llegamos á alojar á las sierras de Baviera, adonde nos dieron por patron uno de los mas ricos de ellas, aunque por tener retirado todo su ganado y lo mejor de sus muebles, se nos vendió por pobre: mas no le valió nada su fingimiento, porque sus mismos criados me dieron aviso de ello, porque demas de ser enemigos no excusados, son los pregoneros de los defectos de sus amos. Hablaba nuestro patron tan cerrado aleman, y ignoraba tanto el lenguage español, que ni él nos entendia lo que nosotros declamos, ni nosotros entendíamos lo que él hablaba. Pedíamosle por señas lo que habiamos menester, y él, aunque las entendia, como no eran en su provecho, se daba por desentendido, y encogíase de hombros. Díjome el criado que me habia advertido de lo demas, y entendia un poco la lengua italiana, que su amo era un buen latino, que si habia alguno entre nosotros que hubiera sido estudiante, le daria á entender lo que le pedíamos. Alegráronseme las parillas, por ver que yo solo quedaba señor absoluto de la campaña, y

que podia hacer de las mias, sin que nadie me entendiera. Acerquéme al patron, y díjele muy á lo grave que yo era furriel, mayordomo y cocinero de mi amo, y que así le advertia que tenia un capitan de caballos del rey de España en su casa, y persona de mucha calidad, que tratase de regalarle muy bien á él y á sus criados, y que porque venia cansado, y era hora de comer, que hiciese traer todo lo que era necesario. Respondióme que le dijera la provision que habia de hacer en la cocina, y que haria á sus criados que lo trajesen al punto. Díjele que era menester para la primer mesa de los gentilhombres de la boca, y para la segunda de los pages y meninos, y para la tercera de los lacayos, estaferos y mozos de cocina, una vaca, dos terneras y cuatro carneros, doce gallinas, seis capones, veinte y cuatro palominos, seis libras de tocino de lardear, cuatro de azúcar, dos de toda especia, cien huevos, cincuenta libras de pescado para escabeche, medio pote de vino para cada plato, y seis botas de respeto. Él, haciéndose mas cruces que hay en el monte santo de Granada, me dijo: Si para las mesas de los criados es menester lo que vuesa merced pide, no habrá tanta hacienda en este village para la del señor. Respondile: Mi amo es tan gran caballero, que mas quiere tener contentos á sus criados que no á su persona: y así él y sus camaradas no hacen de gasto al dia á ningun patron sino un relleno imperial aovado. Preguntóme ¿que de qué se hacia el tal relleno? Respondile que me mandase traer un huevo y un pichon recien nacido y dos carros de carbon, y mandase llamar á un zapatero de viejo, con alesna y cabos, y un sepulturero con su azada, y que sabria todo lo que se habia de buscar para empezar á trabajar en hacerlo. El patron, medio atónito y atemorizado, salió en busca de lo necesario al relleno. Y al cabo de poco espacio me trajo todo lo que habia pedido, excepto los dos carros de carbon. Toméle el huevo y el pequeño pichon, y abriéndolo con un cuchillo de mi sazonada herramienta, y metiéndole el huevo, despues de haberle sacado las tripas, le dije de esta forma: Repare vuesa merced en este relleno, porque es lo mismo que el juego del gato al rato: este huevo está dentro de este pichon, el pichon ha de estar dentro de una perdiz, la perdiz dentro de una polla, la polla dentro de un capon, el capon dentro de un faisan, el faisan dentro de un pavo, el pavo dentro de un cabrito, el cabrito dentro de un carnero, el carnero dentro de una ternera, y la ternera dentro de una vaca. Todo esto ha de ir lavado, pelado, desollado y lardeado, fuera de la vaca, que ha de quedar con su pellejo. Y cuando se vayan metiendo unos en otros, como cajas de Inglaterra, porque ninguno se salga de su asiento, los ha de ir el zapatero cosiendo á dos cabos, y en estando zurcidos en el pellejo y panza de la vaca, ha de hacer el sepulturero una profunda fosa, y echar en el suelo de ella un carro de carbon, y luego la dicha vaca, y ponerle encima el otro carro; y darle fuego cuatro horas, poco mas ó menos: y despues sacándola, queda todo hecho una sustancia, y un manjar tan sabroso y regalado, que antiguamente comian los emperadores el dia de su coronacion. Por cuya causa, y por ser el huevo la piedra fundamental de aquel guisado, le daban por nombre relleno imperial aovado. El patron, que me estaba oyendo la

boca abierta, y hecho una estatua de piedra. lo tuvo tan creido, y se persuadió tanto á ello, viendo mi entereza y la priesa que le daba á la brevedad de traer todos los requisitos que le habia ordenado, que tomándome la mano, harto sin pulsos la suya, me la apretó, y me dijo: *Domine, pauper sum*: á lo cual, entendiendo la seña, le respondí: *Nihil timeas.* Y llevándolo á la cocina, nos concertamos de tal modo que restaurando la pérdida de los hierros, me sobró con que poder comprar dos pares de botas, haciéndole á mi amo creer que era el patron muy pobre, y que le habian robado todo el ganado gente de nuestras tropas, por lo cual lo habian dejado destruido; por cuya causa, teniéndole compasion, me mandó, por saber que yo solo lo entendia, que acomodase con él lo mejor que pudiera, de suerte que no le hiciese mucha costa en el gasto de la comida. Pero viendo los criados que me abundaba el vino en la cocina, y que me sobraban los regalos que el patron me enviaba, dieron cuenta á mi amo, recelosos de la cautela: el cual hizo diligencia de saber si era verdadero lo que yo le habia asegurado; y hallando ser todo al contrario, y que estaba alojado en la casa mas rica de aquel village, llamó al patron, y con un intérprete borgoñon, que entendia las dos lenguas, supo de él la contribucion que me habia dado, y que le habia dicho que era su furriel, mayordomo y cocinero, y lo demas que he referido. Bajó mi amo á la cocina, y tomando un palo de los mas delgados que habia en ella, me limpió tan bien el polvo, que mas de cuatro dias comió asado y fiambre, por falta de cocinero. Yo le dije, viéndome mas que aporreado, que si queria servirse de hombre de mi oficio que fuese fiel, que lo enviase á hacer á Alcorcon: y que se persuadiese á que no habia cocinero que no fuese ladron, saludador que no fuese borracho, ni músico que no fuese gallina. Salimos de allí, y fuimos hacer plaza de armas general en la campaña, llevando yo, por la obligacion de ser soldado, una carabina con braguero, por babérsele rompido caja y cañon, y un frasco lleno de pimienta y sal, para despolvorear los habares; y por armas tocantes á la cocina, un cuchillo grande, cuchillo mediano, y cuchillo pequeño: que á tomar transformacion, y convertirse en perros, se pudiera decir por mí que llevaba *perri chiqui, perri grandi, perri de tuti maneri.*

Pasamos de la plaza de armas á juntarnos con el ejército que traia su alteza serenísima el infante cardenal para pasar á los estados de Flandes; y habiéndonos agregado á él siguiendo la dicha derrota, ganamos algunas villas, cuyos nombres no han llegado á mi noticia, porque yo no las ví ni quise arriesgar mi salud, ni poner en contingencia mi vida; pues la tenia yo tan buena, que miéntras los soldados abrian trinchera, abria yo las ganas de comer; y en el inter que hacian hosterías, se las hacia yo á la olla, y los asaltos que ellos daban á las murallas, los daba yo á los asadores. Y despues de ponerse mi amo á la inclemencia de las balas, y de venir molido, me hallaba á mí muy descansado y mejor bebido, y tenia á suerte comer quizás mis deshechos, y beber (sin quizás) mis sobras. Fuimos prosiguiendo nuestra jornada hácia la vuelta de la villa de Norlinguen, juntándose en el camino nuestro ejército con el rey de Ungría, con lo cual se doblaron las fuerzas y nos determinamos á ir á ganar la

dicha villa. Y al tiempo que la teníamos bloqueando, y esperando cura, cruz y sacristan, el ejército sueco, opuesto al nuestro, pensando darnos un pan como unas nueces, vino por lana y volvió trasquilado. Yo, si va á decir verdad, aunque no es de mi profesion, cuando lo ví venir me acoquiné y acobardé de tal manera, que diera cuanto tenia por volverme Icaro alado, ó por poder ver la batalla desde una ventana. Cerró el enemigo con un bosque, sin necesitar de leña ni de carbon, y ganándolo á pesar de nuestra gente, se bizo señor absoluto. Llegó la nueva á nuestro ejército, y exagerando algunos de los nuestros la pérdida, pronosticaban la ruina: que bay soldados de tanto valor, que ántes de llegar á la ocasion publican contentarse con cien palos. Yo desmayado del suceso, y atemorizado de oir los truenos del riguroso bronce, y de ver los relámpagos de la pólvora, y de sentir los rayos de las balas, pensando que toda Suecia venía contra mí, y que la menor tajada seria la oreja, por ignorar los caminos y baberse puesto capuz la señora luna, me retiré á un derrotado foso, cercano á nuestro ejército, pequeño albergue de un esqueleto rocin, que patabierto y boca arriba se debia entretener en contar estrellas. Y viendo que avivan las cargas de la mosquetería, que rimbomban las cajas, y resonaban las trompetas, me uní de tal forma con él, habiéndome tendido en tierra, aunque vuéltole la cara por el mal olor, que parecíamos los dos águilas imperiales sin pluma. Y pareciéndome no tener la seguridad que yo deseaba, y que ya el contrario era señor de la campaña, me ecbé por colcba el descarnado Babieca: y aun no atreviéndome á soltar el aliento, lo tuve mas de dos boras á cuestas, contento de que, pasando plaza de caballo, se salvaria el rey de los marmitones. Llegó á esta ocasion al referido sitio un soldado de mi compañía, poco menos valiente que yo, pero con mas opinion de saber guardar su pellejo (que presumo que venia á lo mismo que yo vine) y viendo que el rocin se bamboleaba por el movimiento que yo hacia, y que atroné todo el foso con un suspiro que se me soltó del molimiento de la carga, se llegó temblando al centauro al revés, preguntando á bulto: ¿Quien vá allá? Yo, conociéndole en la voz, le llamé por su nombre, y le supliqué me quitara aquel bipógrifo de encima, que por ser desbocado habia dado conmigo en aquel foso y cogídome debajo: hizo lo que le rogué, mas reconociendo que el rocin era una antigua armadura de huesos, no pudiendo detener la risa, me dijo: Señor Estebanillo, venturosa ha sido la caida, pues el caballo se ha hecbo pedazos, y vuesa merced ba quedado libre. Respondile: Señor mío, cosas son que acontecen, y aun se suelen premiar. Calle, y callemos, que sendas nos tenemos, y velemos lo que queda de la noche á este difunto, porque Dios le depare quien haga otro tanto por su cuerpo, cuando de este mundo vaya. Concedió con mi ruego, y tomó mi consejo; y al tiempo que la aurora, atropellando luceros, daba muestras de su llegada, despidiéndome de mis dos camaradas de cama, me fuí á una montañuela, apartada del campo enemigo, por parecer curioso, y no tener que preguntar, y por confiarme en mi ligereza de piés, y tener las espaldas seguras.

Empezáronse los dos campos á saludar, y dar los buenos dias con muy

calientes escaramuzas y fervorosas embestidas, en lugar de chocolate y naranjada, y al tiempo de cerrar unos regimientos del sueco con uno de alemanes, empecé á dar voces, diciendo : ¡ Viva la casa de Austria! ímperio! imperio! avanza! avanza! Pero viendo que no aprovechaban mis exhortaciones, y que en lugar de avanzar iban volviendo las espaldas, volví yo las mias, y con menos ánimo que aliento, y con mas ligereza que valor, llegué á nuestro ejército. Encontré en su vanguardia con mi capitan, el cual me dijo ¿que porqué no me iba á la infantería española á tomar una pica para morir defendiendo la fe, ó para darle al rey una victoria? Yo respondí : Si su magestad aguarda que yo se la dé, negociada tiene su partida : demas que yo soy corazo ó coraza, y no infante, y por estar desmontado no cumplo con mi obligacion. Díjome que fuese adonde estaba el bagage, y tomara un caballo de los suyos, y que volviese presto, porque queria ver si sabia tan bien pelear como engañar villanos con rellenos imperiales. Fuíme al rancho, metíme debajo del carro de mi amo, cubríme todo el cuerpo de forrage, sin dejar afuera otra cosa mas que la cabeza, á causa de tomar aliento, porque al tiempo de la derrota, que ya la tenia por cierta, me sirviera de cubierta, por ser desierto todo aquel distrito de la campaña. Llegó á mí un capitan, que estaba de guardia al bagage, y me dijo ¿ que porqué me hacia mandria, y me cubria de yerba, y no acudia á mi tropa? Respondíle que por haber hecho mas de lo que me tocaba, me habia el enemigo muerto mi caballo, y metiéndome dos balas en el muslo, y que porque no se me resfriase la herida, me habia metido en aquel monton de forrage. Con esta satisfaccion se fué adonde estaba su compañía, prometiéndome de enviarme un gran cirujano amigo suyo, para que me curase, y yo me quedé cubierto el cuerpo de esperanza, y de temor el corazon.

Al cabo de un rato, temiendo que viniese el cirujano á curarme, estando sin lesion, ó que mi capitan enviase á buscarme, viendo mi tardanza, y me hiciese ser inquieto, siendo la misma quietud, me volví á mi montañuela á ser atalaya ganada, y gozar del juego de cañas. Y estando en ella, haciendo la consideracion de Jerjes, aunque con menos lágrimas y mas miedo, ví que un trozo del contrario ejército cerró tres veces consecutivamente con el tercio de don Martin de Idiaquez, y que todas tres veces los invencibles españoles lo rechazaron, lo rompieron y pusieron en huida. Animóme esta accion de tal manera, que arrancando de la espada, y sacando la mohosa á que la diese el aire, con estar á media legua de ambos campos, me puse el sombrero en la mano izquierda, para que me sirviese de broquel, y dando un millon de voces á pié quedo, empecé á decir ! ¡ Santiago ! Santiago ! cierra España ! á ellos, á ellos, cierra, cierra ! y presumo que acobardado el enemigo de oirme, ó atemorizado de verme, comenzó á desmayar y á poner piés en polvorosa. Empezó todo nuestro campo á apellidar : *¡ Victoria, victoria!* Yo, que no me habia hallado en otra como la presente, imaginando que llamaban á mi madre, que se llamaba Victoria Lopez, pensando que estaba conmigo, y que la habia traido en aquella jornada, respondí al tenor de las mismas voces que ellos daban, que dejasen descansar los difuntos, y que si alguno la

habia menester, que la fuese á buscar al otro mundo. Y contemplando desde talanquera, como sin ninguna órden ni concierto huian los escadrones suecos, y con el valor y bizarría que les iban dando alcance los batallones nuestros, rompiendo cabezas, brazos, desmembrando cuerpos, y no usando de piedad con ninguno, me esforcé á bajar á lo llano, por cobrar opinion de valiente, y por raspar á rio revuelto; y despues de encomendarme á Dios y hacerme mil centenares de cruces, temblándome los brazos y azogándoseme las piernas, habiendo bajado á una apacible llanada á quien el bosque servía de vergel, hallé una almadrada de atunes suecos, un matadero de novillos arrianos, y una carnicería de tajadas calvinas; y diciendo que buen dia tendrian los diablos, empecé con mi hojarasca á punzar morcones, á taladrar panzas, y á rebanar tragaderos, que no soy yo el primero que se aparece despues de la tormenta ni que ha dado á moro muerto gran lanzada. Fué tan grande el estrago que hice, que me paré á imaginar que no hay hombre mas cruel que un gallina, cuando se ve con ventaja, ni mas valiente que un hombre de bien, cuando riñe con razon.

Sucedióme (para que se conozca mi valor) que llegando á uno de los enemigos á darle media docena de morcilleras, juzgando su cuerpo por cadáver, como los demas, á la primera que le tiré despidió un ay tan espantoso, que solo de oirlo y parecerme que hacia movimiento para quererse levantar, para tomar cumplida venganza, no teniendo ánimo para sacarle la espada de la parte adonde se la habia embasado, tomando por buen partido el dejársela, le volví las espaldas, y á carrera abierta no paré hasta que llegué á la parte adonde estaba nuestro bagage, habiendo vuelto mil veces la cabeza atras, por temer que me viniese siguiendo. Compré de los que siguieron la victoria un estoque de Solingues, y algunos considerables despojos, para volverlos á revender, blasonando por todo el ejército haberlos yo ganado en la batalla, y haber sido raya de la campaña. Encontré á mi amo, que lo traian muy bien desahuciado y muy mal herido, el cual me dijo: Bergante, ¿cómo no babeis acudido á lo que yo os mandé? Respondíle: Señor, por no verme como vuesa merced se ve; porque aunque es verdad que soy soldado y cocinero, el oficio de soldado ejercito en la cocina, y de cocinero en la ocasion. El soldado no ha de tener, para ser bueno, otro oficio mas que ser soldado y servir á su rey; porque si se emplea en otros, sirviendo á oficiales mayores, ó á sus capitanes, ni puede acudir á dos partes, ni contentar á dos dueños. Llevaronlo á la villa, adonde, por no ser tan cuerdo como yo, dió el alma á su Criador. Dejóme, mas por ser él quien era que por los buenos servicios que yo le habia hecho, un caballo y cincuenta ducados: que cincuenta mil años tenga de gloria, por el bien que me hizo, y cien mil el que me diere otro tanto, por el bien que me hará.

CAPITULO VII.

Que trata del viage que hizo á los estados de Flandes: una pendencia ridicula que tuvo con un soldado: la junta que hizo con un vivandero, y otros muchos acaecimientos.

Despues de haber celebrado una de las mayores victorias que se han visto en los siglos presentes, y en la mejor ocasion que han visto los humanos, se despidió su alteza serenísima de su primo hermano el rey de Ungría, y volvió á continuar su jornada sin haber quedado contrario que se le opusiese. Halléme en esta marcha huérfano de mi amo, viudo de cocina, y temeroso de gastar la herencia; todo lo cual me obligó á sustentarme de mi trabajo, y á poner nuevo trato. Dí en hacer empanadas alemanas, por estar en Alemania (que á estar en Inglaterra fueran inglesas); buscaba la harina en los villages donde sus moradores se habian huido, y la carne en la campaña, adonde sus dueños de ella se habian desmontado: hacia cada noche media docena, las dos de vaca y cuatro de carne de caballo; echábalas á la mañana á las ancas de la yegua sin ser ninguna de ellas la bella Tartagona, y en llegando la hora del rendibuy general, apeábame del dromedario, tendia el rancho sobre mi ferreruelo, sacaba dos ternas de dados, y hacia rifar mis empanadas á escudo, quedando muchos quejosos de que no hiciese mayor provision de ellas, como si la campaña fuese tumba comun de caballos muertos. Decíanme algunos de los rifadores que era la carne muy dura, pero que estaban muy bien salpimentadas: yo le respondia que era causa el ser la carne fresca, por no tener lugar para manirla, por ocasion de marchar cada dia, pero que como tuviesen despacho y pimienta, no importaba nada la dureza. Pasamos el Rin; y marchamos la vuelta Cruzenaque, y desde allí llegamos á Juliers, adonde su alteza serenísima, acompañado de la caballería de Flandes, que le habia salido á recibir y comboyar, se apartó del ejército, y se fué á dar alegrías á la grandiosa corte de Bruselas, que por instantes le estaban esperando. Mandó volver atras muchas de sus tropas, para si necesitase de ellas en Alemania, juntamente con la gente de liga del elector de Colonia y Maguncia, y la de su magestad cesárea, yendo Mansfelte por cabo de todas. Fuéme fuerza volver la proa, por no ser mi oficio para encerrarme á ser cortesano. Añadí al trato de las empanadas aguardiente y tabaco, queso y naipes; y para tener en seguridad mi persona, y en guardia mis mercancías, me arrimé á la caballería española, yendo por cabo de ella y por su comisario general don Pedro de Villamor. Pretendia el capitan de campaña que yo le pagase contribucion de mi trato, conforme lo hacian los demas que proveian la caballería, y yo me eximí de ello, de tal suerte que siempre quedé libre como el cuquillo, porque alegué ser un compuesto de dos,

ni vivandero llevando víveres, ni gorgorero llevando menudencia, porque ni tenia carreta como el uno, ni cesta como el otro, pues en rincones de agenos carros llevaba todo mi caudal. Tuve, por ser entretenido, entrada en casa del comisario general, y entraba una vez cada dia á visitarle en su mesa, porque sabia que gustaba de ver á monsieur de la Alegreza, y tres á sus carros y cantinas, por conservar la alegría del nombre; entremetíame con todos los señores, y como es de los tales perder, y de mercadantes ganar, jugaba á los naipes y dados con todos, y haciéndose perdidizos, por cumplir con la ley de generosos, yo cargaba con la ganancia, por mercader de empanadas caballunas.

Estando en Andenarque, encontré un dia en una taberna al soldado que me ayudó á velar el difunto caballo junto á Norlinguen; y dándome vaya de que me habia hallado debajo de él, yo le dije que estaba satisfecho de su persona, que á no haber hallado ocupado aquel sitio que hubiera él hecho lo mismo: empezóse á correr y á decir que era mas valiente que yo, y pienso que no mentia, aunque fuera mas gallina que Caco. Yo, desestimando su persona y encareciendo mi corage, le desafié á campaña, y descalzándome un zapato le dí un escarpin, guante de mi pié izquierdo, por no tenerlo de las manos, en lugar de gage y desafío: y por cumplir con las leyes de retador, estaba él hecho un zaque y yo una uva; y así no acertábamos á salir de la taberna. Los soldados que estaban presentes, por ver cual era mas valiente, ó porque tal pendencia se ahogase en vino, nos adestraron á las puertas, y nos fueron acompañando hasta fuera de la villa; y despues de habernos medido las armas nos dejaron solos, y se apartaron de nosotros para vernos combatir. Sacamos á un mismo tiempo las espadas, dando algunos traspiés y amagos de dar de ojos: empezóme él á tirar cuchilladas á pié quedo, habiendo de distancia del uno al otro una muy larga pica. Yo me reparaba, y trataba de ofenderlo á pié sosegado. Decíame de cuando en cuándo: ***Reciba esta, señor gorgotero fiambre.*** Y yo, metido en cólera, aunque lo veia tan léjos, de que no me pesaba, le respondia: ***Déjela voacé venir, seó mal trapillo á fernado, y reciba esta á buena cuenta;*** y esto tirando tajos tan á menudo, que tenia hecho una criva al prado donde estábamos. En conclusion, acuchillando nuestras sombras, y dando heridas al aire, estuvimos un rato provocando á risa á los circunstantes, hasta tanto que la descompostura de los golpes, y el peso de las cabezas, nos hicieron venir á tierra y nos obligaron á no podernos levantar. Acudieron los padrinos y los demas amigos, y diciendo: Basta, no haya mas, que muy valerosos han andado, y ya los damos por buenos; nos asieron dos de ellos por las manos, y no hicieron poco en ponerme en pié. Llegó un camarada mio á querer levantar á mi contrario, y al tiempo que se bajó para ayudarlo, imaginando que era yo, y que lo iba á hacer confesarse por mi rendido, alzó la espada, y diciendo: Antes muerto que rendido, le cortó toda la mitad de un labio. Acudió al ruido el gobernador de la villa, y viendo á mi camarada desangrarse, y á los dos con las espadas desnudas, habiéndose informado de que éramos los autores de la pendencia, mandó llevarnos presos y

hacer curar al herido. Lleváronme á mí entre cuatro esbirros á la prision, mas en volandas que sobre mis piés, por no estar para sufrir la carga; y á mi competidor, porque solo bastara un carro para poderlo menear, lo dejaron tendido en campaña, adonde como animoso combatiente estuvo de sol á sol. Yo iba tan herido de las estocadas de vino, que ni conocí los que me llevaron preso, ni supe si la cárcel era cárcel, meson ó taberna. Estuve en ella cuarenta horas, y en todas ellas no supe qué cosa era despertar. Informaron al comisario general de todo el suceso, y compadecido de mí, y por hacerme la merced que siempre me hacia, envió un recado al gobernador, pidiéndole que me soltase, supuesto que la pendencia que hablamos los dos tenido se apaciguaba con dos jarros de agua fria. El gobernador, por complacerle, mandó que al punto me sacasen de la prision. Llegó con la órden un criado suyo, y habiendo hecho no poca diligencia en despertarme, volví en mí. Y pareciéndome estar en otro nuevo mundo, extrañaba el lugar adonde me hallaba: contóme quién habia sido la causa de mi libertad; y yo, haciendo cruces, y pareciéndome salir de un castillo encantado, fuí á toda priesa á darle las gracias del buen tercio al comisario general; el cual, despues de haberme hecho relatar todo el orígen de la pendencia y sucesos de ella, se rió infinito y mandó satisfaciesen mi traspaso. Y despues de haber sacado el vientre de mal año, fuí á visitar á mi rancho, el cual estaba como cosa sin dueño. Hallé el caballo boca abajo y pensativo, y mas flaco que caballete de espadador. Miré los frascos del aguardiente y hallélos de vacío, como mulas de retorno, y las demas mercancías, algunas cercenadas, y otras que se habian huido en piés agenos. No me dió cuidado esta no pequeña pérdida, porqué eché de ver que con una docena de empanadas de rocines se satisfacia toda.

Llegamos á Chavamburque, villa del elector de Maguncia, la cual hallamos desierta de todos bastimentos, casas yermas, y las caballerizas sin ningun sustento para los caballos. Aquí despaché muy bien una nueva provision que habia hecho de aguardiente, pero no me atrevia á pregonarla por las mañanas, por saber cuan bajo es el oficio de pregonero, y así la vendia cantando, por no ignorar cuan honroso es el de cantar. Llamábanme todos por ser tán conocido, y porque gustaban de oir mis chanzas: brindaban á mi salud, y yo haciendo la razon, volvíales á brindar á la de *aliquatum* y á la de sus dineros. Emborracheme brevemente, y el daño que yo mismo solicitaba lo pagaban los frascos, por lo cual cada dia habia menester comprarlos nuevos. Tuve vergüenza los primeros dias de ir á comer continuamente á la posada del comisario general y á la de don Cristobal Salgado; pero viendo tantos peinados gorreros acudir con tanta puntualidad y cuidado pensando que eran tablas de obra pia, y que se comunicaban con todo particular viviente, acudí de allí adelante á gozar de la limosna ó á comer de bonete, porque si las gorras que se metian fueran lanzas en Oran, ya ha muchos dias que estuviera el Africa por nuestra. Gastaba las horas del dia en esta forma: despues del alba hasta las nueve ejercitaba el oficio de destilador de aguas, que este título le habia dado, porque no me llamasen aguardentero á quien tenia entrada y

amistad con todos los oficiales mayores del ejército; de las nueve á las once hacia mis empanadas y las vendia; y de las once á la una era visitador general de las cocinas agenas, sobrestante de las ollas, reconocedor de las cazuelas, superintendente de los asadores y pesquisidor de los vinos: de la una á las tres era veedor de las dos mesas referidas, gracejo de sus dueños y ejecutor de sus despojos; y de las tres hasta ponerse el sol, mercante de quesos y estanquero de naipes. Tuve un dia una pendencia con un marmiton, sobre quién sabia fregar mejor una olla. Entramos en la cocina á hacer la prueba, y por haber él dado mejor razon de su oficio, siendo él aprendiz y yo maestro, y hacer burla de mí, le dí con los cascos de la olla en los de su cabeza, quedando tan rotos los unos como los otros. Fuime á amparar de don Cárlos de Padilla, y de otro capitan de corazas. Y estando un dia con ellos, pensando tener asegurada mi persona, llegó el comisario general, y por habérsele quejado el que tocó casco, sin ser jugador de espada negra, me dió media docena de palos tan bien dados, que me obligaron á tenerlos hasta hoy en la memoria. Viendo que no me valia la inmunidad de mi sagrado, les dije á los que tenia por mis valederos, que conforme el libro del duelo aquel agravio no corria por mi cuenta. Ellos, riéndose al compas que yo lloraba, me llevaron á la casa del dicho comisario general, y haciéndome brindis á su salud hicieron las amistades.

Marchamos otro dia de mañana á la vuelta del Rin, en virtud de una órden que habia enviado su alteza serenísima para que volviésemos muy aprisa á socorrer á Brabante. Iba yo muy triste, porque me habian informado entre otras cosas no ser bueno aquel pais para mis mercancías, por la sutileza de ingenio y gran trato de su burgesía; pero alegre por la generosidad de sus príncipes y señores, y por ser tierra rica y abundante, adonde si tenía mala venta mi aguardiente y tabaco, tendria buen despacho el arte de la bufonería. Pasamos á Juliers, á Estevans, Uberta y Diste, y llegamos á Tirlemon, adonde estaba su alteza serenísima, opuesto á los ejércitos de Francia y Holanda. Juntéme en la dicha villa con una añadidura de vivandero, y una tilde de mercadante. Puso él de su parte la carreta, tienda, potes y embudos, y yo un caballo y todo aderezo de cocina. Agregué un poco de dinero, que tenia de pequeño caudal, con el que él se hallaba: y habiendo hecho una razonable provision, y una escritura de estar á pérdida y ganancia, él se ocupaba en vender el vino y cerveza, y yo en hacer pulpetas de oveja y ollas de carne mortecina, por costarnos á precio moderado. Sentia por extremo el verlo entrar cada momento en la cocina á dejarme desproveido de guisados; porque sin duda en las muestras que daba presumo que se habia hallado en la rota del príncipe Tomas, y que los enemigos lo habian tenido alguna semana atado á un árbol de piés y manos, sin darle sustento humano. Desbautizábase él en ver que yo visitaba por instantes la pipa del vino, que á la de la cerveza siempre guardé respeto, porque me pareció orines de rocin con terciana. Iba cada dia á menos nuestro caudal, porque él comia por ocho y yo bebia por ochenta: sobre lo cual venimos á reñir, y cada uno por su parte nos fuímos á quejar al autor general, el cual, informado de la jus-

ticia de cada uno, teniendo á novedad tan gracioso pleito, nos divorció sin ser obispo, mandándonos separar de nuestra alianza. Partimos los bienes muebles que cada uno habia traido, mas no los gananciales, por hallarnos de pérdida, y con algunas deudas. No me pareció proseguir mas con el dicho oficio, y así me determiné de ír á ver la corte de Bruselas, por ver si conformaba su vista con su grandiosa fama.

Llegué á Lovaina, insigne universidad de Brabante, y refrescándoseme la memoria de mis estudios pasados, por proseguir en ellos, me entré en un escolástico tabernáculo, adonde tomando un calepino de tragos, en poco espacio, pensando hablar romance, hablaba un latin tan corrompido, que ni yo lo entendia, ni nadie lo llegaba á entender. Salíme fuera de la muralla, á desollar en campaña el animal que habia cogido en poblado de taza, de las primeras letras de la villa: detúveme en quitarle el pellejo no mas de treinta horas, por causa de despertarme las cajas y trompetas de guerra, que daban muestras de la llegada de su alteza á aquella villa; porque á no servirme de despertador juntamente con la artillería, con que se le hizo salva, yo entiendo que durmiera hasta el dia de hoy. Levantéme con molimiento de cuerpo, dolor de cabeza, y boca de probar vinagre: llegué aquel mismo dia á Bruselas, adonde hallé ser excusada toda alabanza para tan grandiosa poblacion. Contempléla por plaza de armas de la Europa, por escuela de la milicia, por freno de rebeldes, por espanto de enemigos, por esmalte de lealtad, y por pasmo de hermosura. Ví sus altivos muros, puertas y torreones, que siendo competidores de las pirámides egipcias, son columnas sobre quien el Atlante español fia el peso de su celeste máquina y monarquía. Veneré sus campos por Elíseos, sus salidas por jardines de Vénus, y sus bosques por recreacion de Diana. Hallé toda su nobleza en campaña, por lo cual, y por hallarme sin dineros, y ser tierra que quien no labora no manduca, me volví á seguir el ejército. Y despues de haber entrado los ejércitos enemigos con piés de plomo, y retirádose con piés de pajas, me fuí á ver á la celebrada antepresa del fuerte de Escuenque, adonde hallé á don Cárlos de Padilla, capitan de corazas españolas, que por haber conocido mi alegre modo, y haberme defendido de los palos referidos, se me mostraba aficionado: y como me habia visto solícito con el comercio de la bucólica, me hizo vivandero de su compañía, dándome carro, caballos y dineros, debajo de palabra de préstamo, y con cláusula de darle los víveres necesarios á su casa al mismo precio que yo los comprase en las villas: costumbre tan antigua en la milicia, en que se ha establecido por ley inviolable.

Fuí á la villa de Calcar, adonde cargué de todo lo competente á mi tráfico; y en particular busqué una criada de las que se usan en campaña, mercadante en la tienda, criada en la mesa, fregona en la cocina y dama en el lecho, de tierna edad, para que no ocupase el carro, ni cansase los caballos con el volúmen de su persona, y de buena cara para atraer los huéspedes. Volví á mi cuartel, planté el bodegon, y empecé á hacer lo que siempre habia hecho, y lo mismo que hiciera ahora si volviera á tal oficio. Daba al capitan la mercancía peor, y la que menos me costaba,

y la que se maltrataba por razon de los golpes del carro, contándosela á mucho mas de aquello que me costaba. Acudian á mi tienda infinidad de Adonis á la ñagaza de la criada, y cayendo en la red sin ser mártes, despachaba ella su mercancía, y yo la mia; pero entre tanta abeja que acudia á los panales, pegados los pañales en la trasera, solian venir unos zánganos y moscones que me llevaban mas de una traspuesta, que yo ganaba en veinte asomadas. Pero viéndome corrido y enfadado de que al maestro le diesen cuchillada, me aporté por unos dias de mi compañía, por gozar del refran de *quien se muda, Dios le ayuda*, aunque me ayudó conforme á mi buena intencion: y para llevar mas tren y ostentacion, le pedí á un capitan, conocido mio, una carreta prestada, diciéndole no ser mas que para un convoy, ofreciéndome al buen tratamiento del caballo; con la cual, y el carro que llevaba, me hice vivandero de verdad, habiéndolo sido basta allí de mentira. Arriméme al mayor grueso de la caballería española, adonde cada dia iba creciendo el caudal, y aumentándose el crédito y la opinion : mas la codicia, que siempre rompe el saco, y el vicio de hallarme con tanto descanso, me incitaban á jugar cada instante con la gente mas lucida de las tropas, entendiendo ganar por todas partes. Mas un dia, que fué noche para mí, aunque despues lo fué de Pascua, habiendo perdido con don Pedro de Villamor, lo que quizá en la villa, haciendo el amor, habia ganado la criada, le supliqué que me jugara la carreta y caballo, que aunque no era mio, corria plaza de serlo. Hizo lo que pedí, y echando quinolas mas que un quebrado, y flujes, que para mí eran de sangre, me ganó el corto caudal que yo babia adquirido, y la carreta y caballo que estaban en confianza. Volvíme á mi tendejon cabizbajo y pensativo, adonde pensando hallar consuelo, se me doblaron los pesares, añadiendo pena á pena y pérdida á pérdida; porque la criada habiendo tenido noticia de que habia jugado lo mio y lo ageno, babia becho pella como el escarabajo de lo mejor que yo tenia, y acogídose sin cañamar, dejándome la tienda sola. Por cuya causa, aprovechándose algunos caballos ligeros de la ocasion, por salir pesados, la entraron á saco, como si fuera pabellon de enemigos.

Halléme fuera de cuidado de no tener que guardar, y con solo el carro y caballos de mi capitan, que por razon de conocer ser suyos, no pasaron por la misma risa. Busqué un pan fiado, para que se desayunasen, siendo ya las nueve de la noche, y bartándolos de agua, los volví á la estala tan tristes, que me persuadí que habian sabido mi pérdida, y no la hubieron de ignorar, pues ayunaron de sentimiento de ella á pan y agua. Venida la mañana, me envió á llamar don Pedro de Villamor, y dando muestras de su valor y liberalidad, me volvió todo lo que me habia ganado, dándome de mas á mas lo que me alegró el alma, me confortó el corazon, y me desterró la tristeza. Salí de su casa hecho un carretero de la Mancha, y dándole tras cada alabanza un millon de bendiciones, volvíme á mi compañía, dí la carreta á su dueño, y mi capitan, que ya sabia todo lo que me babia pasado, viendo sus caballos que hilaban tan delgado que podian saltar por arco como perros de reza-

dores, preguntándome si les habia dado la racion en dineros, me los quitó tan colérico, que pensando que me queria pagar el porte de habérselos traido, me fuí de su compañía, ántes que él me echara de ella. Halléme dos dias ántes con carro, carreta y criada, y mucha mercancía, y en el que de presente me hallaba, y compré un saco de pan y un rocin viejo y cargado de muermo, el un ojo ciego, y el otro bizco á puras nubes, y que se acordaba del asalto de Mastrique por el príncipe de Parma. Carguélo con el costal, y hacíame dos mil reverencias, ó por ver que habia en el mundo quien se acordase de él, ó por suplicarme que le quitase lo que no podia llevar. Fuíme con el regimiento de caballos del marqués de Vizconte, llevándolo del cabestro para servirle de guia, y refrescándolo á cada tiron de arcabuz, y dejándolo descansar todas las veces que él queria. Vendí mi pan, compré dos frascos de aguardiente, hice mi barraca: y para comprar ollas, sartenes, calderos, potes y tazas, y tener que dar de comer y beber, embauqué á todo el regimiento, sin quedar soldado á quien no pidiese prestado, y como muchos pocos hacen un mucho, junté una buena cantidad, con la cual me volví á armar de nuevo. Pero toda la ganancia y los préstamos no fueron bastantes á poder tener aquel oficio en pié, porque era tanto lo que yo bebia, que cuando pensaba ir muy adelante, me hallaba muy atras. Apretábanme los acreedores, á quien pagaba con buenas palabras, pero jamas con buenas obras: pero advirtiendo ellos que á costa suya por la mañana hasta medio dia estaba atolondrado de aguardiente, y de medio dia hasta la noche de *pura mente capiamus*, dieron al auditor muchas quejas, por *debitoribus nostris;* y una mañana, al son de una trompeta, hicieron almoneda de todos mis asadores, parrillas, cucharas, morteros, rallos, trébedes y tenazas, y de todos los demas trastos, pareciendo mas almoneda de baratillo ó mercado viejo, que bienes de vivandero. Cada acreedor cargó con lo que pudo, y ninguno se atrevió á cargar con el caballito de Vamba. Yo, viendo que, sin valerme las leyes de la espera, me habian dado sentencia de remate, me despedí harto tiernamente de mi querido rocin, y él á disculparse conmigo de no hallarse con fuerzas para poder acompañarme.

Amparéme de los capitanes, y ayudándome entre todos para ayuda de los gastos del camino, me fuí al regimiento del conde de Fuenclara, el cual habia ido á Alemania, con órden de su alteza serenísima, á pedir socorro á la cesárea magestad del emperador, para poder echar de estos estados los ejércitos agregados de Francia y Holanda. Fuí á hablar á don Pedro de Carvajal, su teniente coronel, el cual anduvo tan bizarro (conociendo mi sugeto) que me prestó con que poder levantar la cabeza, y encastillarme en la vivandería. Compré una carreta y dos caballos, cerrados de edad y abiertos de espinazo, con mas faltas que un juego de pelota; pero animales quietos y sosegados, y que siempre buscaban su comodidad. Marchamos al contorno de Mastrique á cobrar algunas contribuciones, yendo por cabo de toda nuestra gente el marques de Leyden: y volviéndonos á retirar, los buenos de mis caballos dieron en decir nones, y aunque los mataba á palos, jamas tuvieron atrevimiento de

tirar coces; y esto viniendo la carreta vacía, y yo caminando á pié, que á venir cargado hubiera mas de seis horas ántes que necesitara de cargar con ellos y traerlos á cuestas. El uno, que era cabezudo como aragonés, dió en que no habia de pasar adelante, y salióse con ello hasta ciento y un año, por cuya razon me fué fuerza quedarme muy atrasado de las tropas, y venirme en buena conversacion con el otro, suplicándole que me hiciese merced por otra tal, de no dejarme hasta el cuartel. Tropecé en el camino con seis soldados de una partida de holandeses que habian salido de Mastrique; y al tiempo que llegaron á despojarme, vi mas adelante una emboscada de hasta otros veinte. Y pensando que eran de nuestra gente les empecé á dar voces, para que me viniesen á ayudar. En el ínter procuré de escurrirme de los que me tenian cercado. Acudió toda la emboscada, con la cual yo cobré ánimo y empecé á dar voces, diciendo: Viva España, y muera Holanda. Ea, soldados, paguen esos luteranos la amistad que me querian hacer. Llegó toda la tropa, y como me oyeron, que engañados los trataba tan mal de palabra, me dieron media docena de mochazos, y me dejaron tan de valentía en el donaire, y donaire en el mirar, que me daba el sol por la parte que le dió á don Bueso.

Lleváronme á mí y al señor mi caballo presos á Mastrique, teniendo á dicha el ser prisionero, por vengarme del tal rocin, viéndolo en poder de enemigos. Diéronme por cárcel una taberna, que era lo que la mona queria. Pasó la fama que era un vivandero rico, por lo cual esperaban de mí una gran ranzon, y por Dios que se engañaban, no en la mitad del justo precio, sino en todo y por todo. Al cabo de algunos dias, viendo que se alargaba la prision, y crecia la costa, pedí licencia para hablar al duque de Bollon, que era gobernador en aquella villa, la cual se me concedió, y cercado de chuzos y alabardas como paso del prendimiento, me llevaron á casa del dicho duque, al cual hallé que estaba comiendo, cercado de camaradas y con grande ostentacion. Hice mil cortesías, dime un centenar de tapabocas poniéndome la planta de las manos en los labios, como versos de amantes secretos, echéme á sus piés, y que quiso que no quiso, le di un par de paces de Judas, dejándole los zapatos limpios de polvo y lodo. Hizome levantar, y preguntóme que cuánto daria por mi ranzon Referíle muy triste que su excelencia me mandara dar de beber, para echar aquel susto abajo, y que despues trataríamos de cosas de gusto, y no de pesadumbre. Mandó que se me diera al instante, y un page, por lisonjearme, no conociendo mi calidad y buen despacho, me trajo la bebida en una taza tan cristalina como penada. Yo le dije: Señor mio, eso es añadir penas á penas: salir yo de las penas de la prision, y darme á beber en taza penada, es querer dar conmigo en la sepultura: vuesa merced me traiga una taza de descanso, y seremos buenos amigos. Díjome que no habia taza tan grande como á él le parecia que yo habia menester; á lo cual respondí: Tráigaseme un caldero de hacer colada, que cuando no venga lleno, suelo tiene. El duque, disimulando la risa, le mandó me trajese una fuente que tenia de vidrio, y un frasco grande de vino, y me lo fuesen echando, hasta tanto que aplacase la sed. Hizolo así

el page, y yo hocicando en un arteson que tenia, adonde se despeñaban media docena de caños del artificio, á pocas tiradas dejé la fuente agotada y agotado el frasco. Díjome el duque: Con esa pictima aliento tendrá ahora para tratar de su ranzon. Respondíle: Excelentísimo señor, *de dignare in fora cuanto volite*: yo no tengo plaza de soldado, ni calle de vivandero, porque soy caballero aventurero, teniendo mas de Galaor que de Esplandian. Mi nombre es Estebanillo Gonzalez entre los españoles, monsieur de la Alegreza entre la nacion francesa. Mi oficio es el de buscon, y mi arte el de la bufa, por cuyas preeminencias y prerrogativas soy libre como novillo de concejo. Si cada soldado de los que se hallaron á bacerme prisionero, quiere una gracia por lo que le puede tocar, y vuesa excelencia cuatro gestos por lo que le pertenece, júntense todos; que luego de contante serán satisfechos y pagados: y donde no, su daño hacen, y mi provecho; porque habiendo descubierto quien soy, no me puede faltar de derecho esta casa, por ser la mas principal, y en pocos dias que entre en ella, se encarecerá el vino, y en pocos meses se morirán todos de sed. Holgóse el duque de oirme: riéronse sus camaradas, y mandóme dar un plato de la mesa. Me brindaron tan á menudo, que á no ser tan buen piloto, les pudiera decir: *A espacio, penas, á espacio*. Alzaron la tabla, y llamándome el duque, me dijo que por postre de mesa me daba libertad, y por principio de conociencia dos doblas para hacer venta en el camino. Agradecíle la merced, y recibiendo las dos doblas, me despedí de él y sus camaradas, suplicándole encarecidamente, que por ninguna razon diera libertad á mi rocin, por los mochazos que recibí por su causa. Y saliéndome de la villa, tomé el camino de Namur, á donde llegué con harto temor, por irme recelando en todo el viage dar en las leyes de partida, ya que en la pasada renuncié las de la entrega, prueba y paga.

Fuí á visitar á Bernabé Vizconte, capitan de caballos, y contándole mi prision y la causa de mi libertad, y dándome en poco rato á conocer, le agradaron tanto mis burlerias, que despues de haberme reparado la esterilidad del camino, y añadir otra dobla á las dos que yo traia, me metió en su coche, á donde encochinados los dos, me llevó á ver el conde Octavio Picolómini, general de la armada imperial, que en aquella sazon estaba en aquella villa: el cual, habiéndose informado del capitan las partes y méritos que en mí concurrian, se holgó de tener un rato con quien poderse entretener, que no siempre estuvo César venciendo batallas, ni Pompeyo conquistando reinos, ni Belisario sujetando provincias, que hay tiempos de pelear y tiempos de divertirse. Y por ser hora de cortar capas y de echar bendiciones, le pusieron la mesa perteneciente á tal señor, y necesaria á tan gran soldado. Mandóme dar silla de la suerte que andaba el mundo, y honróme con que fuera su convidado. Púsome un criado la silla al revés, cosa que hasta entónces ignoré; y al tiempo que la quise volver me dijo que no tratase de ello, porque él me daba aquello que me pertenecia. Y como no iba yo á tratar de vanidades de asientos, sino de henchir la talega, corrí mas de treinta postas, camino de brindis, con estar mal ensillado. Dió fin lo que empezó en comida y acabó en banquete, y usando los camaradas diez de comida hecha, compañía des-

hecha, quedamos solos yo y su excelencia, y el capitan que me habia conducido á que sacase la tripa de mal año. Desafiáronme á jugar á la primera, y sacando en lugar de tantos cada uno un puñado de doblas, las hicieron de resto; y yo valiéndome de la libertad del nuevo oficio, lo hice de sopapos. Contáronme tantos, y empezamos á jugar un sopapo de vale, treinta de resto, y de precio cada dobla de treinta tantos. Hallé que en ley de cristiano no podia jugar aquel juego, por ser como escritura prohibida el ir yo á la ganancia y ellos á la pérdida; pues si me decia bien ganaba doblas, y si perdia perdia sopapos que en tiempo de necesidad recibiria veinte al maravedl; y si los dos me ganaban, quedaban dolientes de dedos y lastimados de bolsas: pero sin reparar en escrúpulos de cargos de conciencia, por ser cosa que no se usa, jugué sin miedo, como quien tenia resto abierto, y bastantes carrillos para pagar cualquier cantidad. Gané á su excelencia seis doblas, que por usar siempre de su conocida generosidad presumo que se dejó perder. Ganóme el capitan treinta tantos, y dióselos de barato á los pages, los cuales me hicieron hinchar como hombre humilde que se ve en altura, y ponerme cariampollado y de figura bóreas, y dejándome hechos los carrillos salseretas de color granadino, ellos quedaron alegres y yo satisfecho. Preguntéle al criado que me puso la silla, que si habia pasado hora por ella, ¿ó por qué razon me la ponia á mí diferente que á los demas que habian comido con su excelencia? Respondióme: A los que convida mi amo y son gentiles hombres, se les da la silla á la haz; pero á los que ellos se convidan, ó son gentiles hombres de la bufa, se les da al revés. Yo le respondí: Si siempre me ha de regalar su excelencia como ha hecho hoy, mas que me ponga vuesa merced albarda; y considerando que ya pasaba plaza de caballero alegre, y muestra de gentilhombre entretenido, dije entre mí: Mi gusto es mi honra, y *ande yo caliente y ríase la gente;* pues *poco importa que mi padre se llame Hogaza, si yo me muero de hambre.* Fuése aquella tarde su excelencia corriendo la posta á la corte de Bruselas, mar donde acuden todos los rios del poder y valor, y patria comun de todos los extrangeros. Quedéme helado cuando supe su partida, por haberme dejado habiendo sido su camarada de mesa, y de puro sentimiento estuve á pique de renunciar el tal oficio, y de volverme á mis platos y escudillas. Fuíme á dar cuenta de ello al marques Matey, que estaba en aquella villa por coronel de infantería alemana, el cual me animó á que prosiguiese adelante con mis caravanas, y que no temiese el año del noviciado: y porque echó de ver que sentia el haberse ausentado su excelencia, me dió dineros para que le siguiese por la posta. Púseme en camino, dando á entender á los postillones (porque veia que se reian de mí, viéndome tan pobre de vestido) que era un caballero mayorazgo que me habia escapado de la prision de Mastrique.

Entré en Bruselas desempedrando calles, pareciendo yo postillon desbalijado, y el postillon correo sin asistencia. Y despues de haberme apeado y curádome, como penitente de sangre, mis desolladas asentaderas, me fuí en busca del palacio de su excelencia, pues sin duda pronosticaba el bien y merced que me habia de hacer, y el que de presente me hace;

pues con tanto extremo me habia inclinado á su servicio, y con tal agonía le venia buscando. Preguntéle á un cortesano que si conocia al conde Octavio Picolómini de Aragon, y si sabia á qué parte estaba su palacio, el cual respondió : Muy poco debe vuesa merced de saber quién es ese señor, pues me pregunta á mí si le conozco, no habiendo hoy en todo el orbe persona mas conocida por su valor, por su fama y por su ilustre nacimiento : pues despues de haber sido honor y gloria de Italia y Alcides del sacro imperio, ha sido el Mesías de estos estados; pues siempre que nos hemos visto oprimidos y molestados de ejércitos enemigos, y habemos implorado su santo advenimiento, nos ha sacado del caos de afliccion en que nos hallábamos : pues en virtud de los socorros que nos ha conducido, el gobierno que ha tenido, y la lealtad que ha mostrado, hoy se hallan los victoriosos y enemigos campos vencidos, y nuestros derrotados ejércitos vencedores : pues despues de haber sido con el suyo causa principal de que dejasen Lovaina libre, y los estados pacíficos y triunfantes, ha sido el primer motivo y causa de haber ganado la Capela, rendido á Jateleto y conquistado á Corbi ; habiendo convertido los cristales del caudaloso Soma en mar de sangre enemiga, y sus plateadas márgenes en promontorios de fogosas piras, y en lilibéos de funestos despojos. Pero ¿quién podia dar á la casa de Austria tantas victorias, á Flandes tantos laureles, y añadir tantos timbres á sus armas, sino un señor de tan grandiosa calidad y tan antigua casa, originada de los excelentísimos duques de Amalfi, de cuyo esclarecido tronco han florecido sumos pontífices, títulos y señores que han dado asunto con su valor y grandeza á las historias y han inmortalizado sus famas, adornando el un cuartel de su escudo las barras de Aragon por descendiente de su casa real, tan venerada en el orbe por sus poderosos reyes, por sus invencibles conquistas y por sus aplaudidas victorias?

Tenia talle mi entendido cortesano de no cesar en un año, y pienso que tenia bastante materia para ello, á no llamarlo unos amigos suyos, por lo cual le fué fuerza quebrar el hilo de tan verdadera relacion y discurso tan notorio. Despidióse de mí y dándome noticia de la calle donde vivia su excelencia, se fué por una parte y yo me escurrí por otra. Quedé alegre por la buena informacion, y triste advirtiendo que un señor de tantas partes y de tan conocida nobleza no se dignaria de recibir en su servicio un pobre hongo, producido del polvo de la tierra : y mas viéndome en trage tan destraido y en hábito tan roto; porque en el dia de hoy no tratan á cada uno mas de conforme se trata. Pero considerando que el rey don Fernando de Aragon fué el príncipe mas amigo de bufones que han conocido nuestras edades, y que su excelencia, por descendiente de aquella real casa, y por gozar de las bendiciones de aquel adagio que dice : *Bien haya quien á los suyos se parece*, me admitiria, por constarle que semejantes casas jamas estan escasas de leones atados y de bufones sueltos; y que fué una borracha la gentilidad en tener por deidades y dar adoracion á la poesía, música y amor, y no dársela á la bufonería, siendo arte liberal de que tanto han gustado emperadores, reyes y monarcas, y que solamente es aborrecida de pelones y miserables :

y tratando los romanos de desterrar todos los bufones, por ser gente vagabunda é inútiles á la república, no pudieron conseguir su intento, por alegar todo el senado y los varones sabios y doctos ser provechosos para decir á sus emperadores libremente los defectos que tenian, y las quejas y sentimientos de sus vasallos, y para divertirlos en sus melancolías y tristezas. Animándome estas consideraciones, alargué el paso y resucité la esperanza. Llegué al palacio de este nuevo Marte, y valiéndome de las excepciones y privilegios de mi profesion, sin licencia de porteros ni recados de pages me entré hasta su misma sala, adonde me recibió con rostro alegre, y con su acostumbrada afabilidad mandó que me refrescasen, para que apagase el calor del camino, y que de allí adelante me asistiesen con todo lo necesario, y me tratasen como á criado suyo Agradecíle el favor y honra que me hacia, y pomposo de haber salido con mi pretension, senté el real, y tomé pacífica posesion del provechoso oficio. Mandóme hacer un vestido de su librea, para que me sirviese de estimacion con los señores, y de salvaguardia con los pages y lacayos: y aunque lo sentí por saber que aunque su nombre empieza en libertad, es vestido de esclavitud y municion de galeotes, pues al menor tris hay un topafuera, me fué fuerza en encajármelo, por no contradecirle en su gusto, y por remediar mi desnudez.

En este tiempo hizo mi amo un viage á Alemania, á reforzar el ejército imperial que estaba á su cargo, en defensa y custodia de estos estados. Partió de esta córte en caballos ordinarios, siendo yo uno de los primeros que le iban sirviendo de norte, y no de los postreros en llegarme á comer en su mesa, y en silla baja, á uso de córte. Tomaba, por solo tomar, cuanto me daban sus camaradas, y los títulos y señores de las villas y ciudades por donde íbamos pasando: yo, por no dar, aun no daba á ningun criado los buenos dias. Llegamos á Viena, adonde sin limpiarme las botas de las salpicaduras del camino, fuí á besar la mano á la cesárea magestad de la emperatriz María, la cual, con ser yo pequeño, y no usarse en Alemania chapines, me hizo grande del sacro imperio: mandóme cubrir como á potentado. Yo, viéndome favorecido, y en vísperas de privado, me endiosé con tanta gravedad y vanagloria, que en lo hinchado y puesto en asas parecia botija de serenar. Llegó un page por detras de mí, y viéndome tan espetado y relleno, metió por debajo del envés de la barriga un puntiagudo aguijon, que podia servir de lengua á una torneada garrocha, y dar muerte con ella al mas valiente novillo de Jaramo. Disimulé el dolor, aunque era insufrible, por no perder un punto de mi engollamiento; y al cabo de un rato me salí de la sala, por no poderlo sufrir; y encontrando al mayordomo mayor le dije: Señor, ¿cómo se permite que se atrevan los pages á los príncipes extrangeros y de tanta calidad, que se cubren delante de sus magestades cesáreas? El cual dejándome con la palabra en la boca, y volviéndome las espaldas, me respondió: Esos son los postres de los bufones: cuyas palabras me dejaron tan mortificado, y sin espíritu, que en muchos dias no me atreví á volver al palacio.

Mi amo (que así me he atrevido á llamarlo, pues comia su pan y vestia

su librea, y siempre lo ha sido, lo es, y lo será) con la mayor brevedad que pudo hizo su ejército, y dándole órden de marchar la vuelta de Flandes, fué prosiguiendo su viage. Y yo, por no volverme de vacío, me fuí á despedir de la magestad cesárea de la emperatriz, la cual me mandó dar una taza grande de plata y cien escudos de oro. Al punto que lo recibí, tomé la posta, y corrí en ella hasta Praga, cabeza del reino de Bohemia. Fuí á visitar á don Baltasar de Marradas, que era virey de aquel reino: halléle en la mesa, y celebrando mi buena venida, me dió de comer y beber, aun mucho mas de lo que me bastaba. Salí á una sala de su antecámara, adonde estaba la tabla de la repostería, en la cual hallé una gran porcelana llena de crema con mucha azúcar, y á su lado un plato cubierto de bizcochos. Hízome cosquillas lo dulce, y atreviéndome á embestirle, fiado en mis preeminencias, mojé un bizcocho en aquel piélago de ampos, y trasladándolo con sutileza de manos á boca, me sirvió de impedimento un criado de repostero, que juzgándolo á atrevimiento, ó ignorando mi dignidad, me sacó aquel dulce maná de entre los labios, lastimándome todo el frontispicio de márfil. Yo, sintiendo el dolor, y no reparando en galas, le encajé la porcelana en la cabeza, dejándo ela tan ajustada que parecia montera redonda de sayal blanco ó cófia de aldeana curiosa. Empezáronle á bajar tantas y tan espesas corrientes, que sirviéndole al rostro de albayalde, le aprovechó de enjalbegar el vestido. Tomó un cuchillo que halló á mano, y se vino como rayo para mí. Yo, que sabia cuan irremediable es una giferada picaresca, volvíle las espaldas, y medio rodando unas escaleras abajo, llegué á la cocina; y por ver que me venia siguiendo, puesta la mano en su celada (por temor de no quebrarla) tomé un asador con la mano derecha, y una tapa de hierro de una grande olla en la izquierda, y me planté de firme á firme con mi mosca en leche. Dió chillidos una fregona, á los cuales acudió el mayordomo, y hallándonos á los dos en postura tan ridícula, se puso en medio, y sin dar lugar al criado á que se quitase el nevado tocador, nos llevó á la mesa de su amo, con todas nuestras armas y pertrechos. Rióse mucho el virey del suyo, y de ver la blancura de mi competidor: y despues de mandar hacernos amigos, me dió una veintena de escudos, la cual recibí con mucha voluntad, y con muchísima me salí de su palacio, receloso del enamorado aleman.

Marchamos á Wormes, ciudad de las principales del Palatinado, y vecina del ameno y caudaloso Rin, adonde estaba hecho alto el ejército imperial, aguardando segunda órden para pasar á Flandes. Venia mi amo tan á la ligera, que no traia consigo ningun bagage: por lo cual fué fuerza que los pocos criados que le veníamos acompañando le sirviésemos en lo tocante á su comida y regalo, y en otros oficios de la escalera arriba, supliendo la falta de los que venian atras en guarda de su recámara. Encargáronme, por ver mi brio y despejo, la despensa de la comida, la cantina del vino y el pozo de la nieve, que fué lo mismo que meter una zorra en una viña cercada en tiempo de vendimia, ó hacer á un lobo pastor de ovejas. Diéronme criados pertenecientes á tal amo, para que entretenidos cerca de mi persona, observasen mis órdenes. Estimábanme

era. Sucedióme un dia un cuento harto donoso, y fué que saliendo de comer de la villa, tan por extremo cargada la cabeza que los niños me parecian hombres y los hombres gigantes, lo blanco azul y lo verde leonado, llegué dando traspiés á una grasería que estaba todo cubierta y adornada de manojos y hileras de velas de sebo, y pareciéndome los manojos que lo eran de rábanos, le pregunté al dueño que por qué causa les habia quitado las hojas. El cual, por no entenderme, y conocer de la suerte que iba, dejó de responderme, y se puso muy despacio á reir. Yo, que imagino que la preñez de mi borrachera me habia dado antojo de comer rábanos, alargué la mano á una de las hileras, que estaba pendiente de un palo largo, y agarrando dos velas, y tirando con fuerza, para darme un verde de lo que apetecia, dí con todo el agradijo en tierra. Viendo el amo toda su mercancía hecha pedazos, ántes de dejármela probar tomó el palo, y descargóïo sobre mí con tal furia, que si el vino me habia hecho ver estrellas á medio dia, él me hizo ver luceros á las dos de la tarde. Sentia, aunque borracho, de tal suerte el dolor y agravio, que metiendo mano á la espada, cerré con él como con tropa de enemigos. Viéndome tan fuera de mí, y que sin miedo ninguno me iba acercando á él sin bastarle la defensa del palo, se metió en un aposento cercano á la tienda, y cerró tras sí la puerta. Yo, viendo que por mas estocadas que daba á la puerta no se me quitaba el escozor de la chimenea y de las costillas, cerré con la procesion de candelaria, y tirando tajos y reveses, desgajando y desmenuzando escuadrones de sebo y pábilos, rendí á mis piés el número de mil velas ó rábanos, dejando la tienda hecha una ruina de grosura. A este tiempo acertó á pasar por cerca de mi palestra una tropa de soldados de los nuestros; y viéndome jugar de montante, y tan encendido en cólera, á persuasion de unos vecinos, me sacaron á la calle, diciendo á grandes voces: ¿Palos á mí por un par de rábanos, valiendo á liarte el manojo? Lleváronme medio en peso, adonde dormí la pendencia, dejando al pobre burgés sin dormir de puro desvelado. Fué la queja á mi amo, con otras muchas que dieron los vivanderos de que yo les estafaba y destruia: por lo cual, indignado contra mí, y porque viesen la igualdad de su justicia, me mandó prender y echar una grande y pesada cadena, y que me pusiesen á buen recado. Los ejecutores infernales, no siendo lerdos ni perezosos á su mandato (por dar muestras de ministros puntuales) me amarraron á un duro banco, y no de galera turquesca. Allí purgué la batalla de los rábanos, allí pené los pecados cometidos contra los prójimos vivanderos, ayuné sin ser témporas ni vigilias, y hice dieta sin haberme metido en cura. Enternecida de este rigor la señora condesa de Buquoy, sorda á las quejas de tantos demandantes, le pidió á mi amo que trocase el peso de su justicia en la balanza de su misericordia: el cual, viendo la deidad que me amparaba, y el ángel que me defendia, mandó que me deseslabonasen, y que me diesen cumplida libertad. Salí de aquel penitente yermo con propósito de no disgustar mas á mi amo, ni obligarle á que me volviese á poner en semejante apretura, dejando de allí adelante de visitar los conocidos vivanderos, que fué el mayor castigo que se me pudiera dar. Pasé aquella campaña tan quieto

y sosegado, que mas parecia pretendiente de ermitaño que hombre de buréo.

Llegó el tiempo de retirarnos, y por gozar de mis anchuras y no andar compungido y recatado, me fui á desenfadar al bosque de Bodu, tres leguas de Mons, á acompañar al príncipe Tomas, que andaba en seguimiento de un ciervo. Estuve allí muchos dias, hecho devanaderas de su distrito y sabueso de su espesura. Cansado de buscar en campaña lo que abunda en poblado, le persuadí á su alteza que dejase aquel enfadoso ejercicio, y que le bastase por escarmiento haber andado tantos ratos tras de un animal cornucopia, sin poderle dar un alcance: porque si aquel molimiento y cansancio era divertimiento de príncipes como su alteza, no era vida de caballeros alegres como yo, porque mas queria irme á ser raposa de una pequeña defensa, que quedarme á ser lobo de un dilatado bosque. Respondióme que me guardaria bien de dejarlo, porque lo pagaria con las setenas. Este mandato me acrecentó el deseo de apartarme de ser seguidor de perros y saltador de matas. Y poniéndome en el camino de Mons, sin reparar en la nueva órden, me fui á visitar mis antiguas parroquias y á verme libre de todo dominio. Estúveme holgando en ellas, hasta que supe que su alteza habia conseguido el fin de su caza, por haber muerto un disforme y temerario ciervo: por cuya razon le volví á buscar, para irle acompañando hasta la corte de Bruselas, adonde estaba mi amo. Preguntóme ¿que cómo me habia ido sin su licencia, y no obedecido lo que me habia mandado? Respondíle que me habia perdido en el bosque como el marques de Mantua, y por no encontrar con algun infante Baldovinos, me habia retirado á descansar del trabajo pasado. Parecióle muy frívola disculpa, y descubriendo mi flor, y oyendo que todos los caballeros y señores que le acompañaban le pedian á voces mi merecido castigo, se apartó á una parte con ellos á consultar la gravedad del delito, y á pronunciar la sentencia que se me habia de dar. Yo estaba con rostro de reo, y con temblores de aterciànado, dando al diablo oficio con tantas zozobras y vida con tantos sobresaltos. Salió de la junta y sala del crímen, que en pena de mi desobediencia se me pusiese un peto fuerte, y un espaldar reforzado, y que me clavasen en la delantera del peto, como lanzas en ristre, los cuernos del difunto ciervo, arbolados en forma piramidal, para que me sirviesen de toldo ó pabellon, y en cada gancho de la dilatada cornamenta un cascabel de marca mayor; y que del pellejo se me hiciera una capellina de armas, que cubriendo la cabeza sirviese de loriga á lo restante de las partes desarmadas. Notificáronme el fallo, y como si fuera pasado por vista y revista, no se me concedió apelacion: y haciendo venir de la villa un armador de rastrillos de dedos y un sastre de coser pieles, me armaron de punta en blanco y me vistieron de animal selvático. Subiéronme á caballo, y me mandaron que corriese la posta, hasta entrar en Bruselas, y dar una vuelta por todas sus calles y paseos, y despues entrar en su palacio real. Salí del bosque con insignias de marido consintiente, sin que me faltase para el vergonzoso geroglífico sino solo un pregonero y una ristra de ajos, y como por calles acostumbradas, segun el camino real, asombrando pasageros y alborotando

perros (porque pensando que fuese segundo Anteon, me seguian y perseguian) entré en Bruselas, donde al son de mis cascabeles y al estruendo de las herraduras de mi rocinante, se despoblaban las casas y se colmaban las calles. Absortábanse de ver la diabólica armadura y ridículo trage. Y dándome mas silbos que á un encierro de toros, me regalaban de cuando en cuando con algunos manzanazos. Llegué al real palacio, y al punto que puse pié en tierra, tuve órden de su alteza serenísima el infante cardenal que subiese á verlo. Entré en la sala con muchísimo trabajo por el altura de mis ganchosos alcornoques, y por el anchura espaciosa de mis aspas de cornicabra, adonde mirando su alteza mi espectáculo horrible y espantoso, estuvo tentado de dar un buen rato á sus lebreles; pero venciendo su piedad á su deseo, mandó que me regalasen y que no se me hiciese ofensa ninguna. Yo estaba tan avergonzado de verme gentilhombre de Cervera, y de traer astas arboladas sin ser corneta, que estuve mil veces tentado en el dicho camino, villas y villages en la entrada de Bruselas, de apearme y vengarme á puras cornadas, por el escarnio y burla que de mí hicieron. Dejélo de hacer, porque no me desjarretasen, ó me echasen alanos á la oreja. Despues de haber refrescado y tomado algun aliento, volví á subir á caballo, y me fuí á casa de mi amo, llevando de retaguardia un grande ejército de muchachos, y una grande algazara de gritos y voces. Entré en su cuarto y admirándose de que siendo yo soltero usurpase armas agenas, anticipándome para lo venidero, se holgó infinito de lo sucedido, por haber dejado de ser cortesano, por andar al reclamo de ciervos y venados. Y por parecerle mi trage tan extravagante y ridículo, que no siendo de sátiro ni fauno era trasunto del mismo Barrabas, mandó llamar á un pintor al cual le hizo que me retratase al vivo: con cuyo favor, por hallarme merecedor de pinceles, prometiéndome de que á otra caza se me levantarian estatuas, olvidé las afrentas pasadas, y traté (quitándome aquel endemoniado trage) de gozar de las presentes.

En esta ocasion convidaron á mi amo á un bautismo, dos leguas de Rupelmunda, en un castillo llamado Basel, y dejando de acompañarle, me quedé en Bruselas en cierto divertimiento, y al segundo dia tomé la posta, codicioso de gozar de la colacion y percances extraordinarios. Hallé á mi amo tan airado contra mí, que en castigo de mi tardanza mandó que me diesen de beber otro tanto vino como se habia gastado en la colacion y banquete de la noche pasada, y que me apremiasen á que diese fin de ello. No apelé de esta nueva y nunca oida sentencia, ántes supliqué por la brevedad de la ejecucion, atento á la sequedad del camino, aunque hallaba imposible el cumplimiento sin echar ensanchas á mi pellejo, quitándole todas las botanas. Mas el gran baillo, que estaba acompañando á mi amo, por librarme de este tormento que para mí venia á ser regalo, lo persuadió á que me encerrase en una prision, como lo ejecutó volviéndose á Bruselas, y allí hubiese visto el fin de mis dias á no ser por la piedad del príncipe cardenal que me hizo sacar librándome de los inauditos tormentos que me preparaban. Lleváronme delante de su alteza, el cual me dijo: ¿Qué desdicha es esta, Estebanillo? ¿ó qué pecados has

cometido para haberte puesto en tal aprieto? Yo le respondí: Señor, estos son caprichos de señores y pension de los de mi arte. Díjome un ayuda de cámara: Hermano Esteban, el oficio del gracioso tiene del pan y del palo, de la miel y de la hiel, del gusto y susto, y es menester pasar cochura por hermosura. Pedí de beber para echar abajo toda la melancolía: á pocos lances y buenos, me reventaban los ojos de alegría y la barrigade vino, y echaba de la oseta. Volvíme con su alteza á Bruselas, adonde sin ser doctor le visitaba por la mañana en la cama, y á mediodia en la mesa.

Al cabo de algunos dias volvió mi amo segunda vez al imperio, yéndole yo sirviendo en figura de correo hasta llegar á la corte de Viena: la cual hallé llena de máscaras, fiestas y regocijos, por ser carnestolendas, y tierra donde se celebra mas que en ninguna parte de la Europa. Y yo por oir decir: ***donde quiera que fueres, haz como vieres***, hice media docena de máscaras los primeros dias, con ayuda de amigos y conocidos, tan alegres y vistosas que demas de ser celebradas no perdí nada en la mercancía. Y viéndome cargado de alabanzas y premios, proseguí en dar gusto á los señores y regocijo á la corte. Habiéndome hecho una cadena de dientes y muelas de caballos, que estaban como el camarada que tuve en Norlinguen, me vestí de montambanco, y me terció el cabestrillo de raigones: puse en la mano derecha un gatillo de sacar muelas y en la izquierda una cestilla llena de botecillos de ungüentos y emplastros encerados. Llevé conmigo cuatro judíos italianos con vestidos provocativos á risa, y con medias máscaras, que cubrian de la nariz arriba, por causa de que no fuesen conocidos del vulgo, y subiendo en un caballo, me fuí por todas las plazas y cantones de la corte, haciendo paradas y dando voces para juntar la gente: y para encarecer mis medicamentos, llegaban los tres judíos, que estaban apartados de mí, cada uno por su parte, rompiendo el corrillo y concurso de la gente, y compraban de los botes y emplastros; y pagándome por cada uno dos reales, á vista de todo el auditorio, provocaban á muchos ignorantes á que llegasen á lo mismo; llevando en los pequeños botes una poca de harina desleida con agua, y en los emplastros un poco de cañamazo bañado con sebo y cera. Llegaba despues el cuarto hebreo, fingiendo tener gran dolor de muelas: traia las manos puestas en los carrillos, y quejándose muy á menudo, juntábase á las crines de mi rocin, abria una boca de un palmo: mirábale yo despacio la dentadura, como si él fuera caballo y yo albeitar que pretendiese saber la edad que tenia, y abatiendo el gatillo y fingiendo sacarle una muela, ponia en él otra que yo llevaba, pedida para el efecto á un amigo barbero: y dando á entender habérsela sacado sin dolor ni sangre, le hacia que escupiera muchas veces, y alzando el brazo con el gatillo enmolado, alababa mi destreza, y convidaba á quitárselas á los pobres de gracia, obligándome á dejar todos los vecinos de aquella córte, por muy poco precio, sin ningunos dientes ni muelas. Dábame el judío un real, y volvíase á salir del corrillo, encareciendo mi agilidad, y jurándole no haberle dolido ni sacádole sangre, por lo cual llegaban algunos inocentes á querer hacer la prueba, y remediar sus dolores, y yo engañándoles con

visitarles las andanas, y hacerles creer no estar la muela en estado de sacarla, les aplicaba uno de los emplastros, les quitaba el dinero y los enviaba muy consolados. Solemnizábanlo los que sabian que era buena, y divertíanse los que lo ignoraban: y apenas se deshacia un corrillo cuando á poco trecho juntaba otro y hacia la misma manufactura, encajando la propia presa. Vine á llegar cerca del palacio imperial, á tiempo que sus magestades cesáreas estaban á unas ventanas, juntamente con el príncipe Matías, hermano del gran duque de Toscana, viendo pasar mucha variedad de mascarados. Y por ver que ponian los ojos en los de mi cuadrilla, empecé á vocear, y juntar un numeroso auditorio; y despues de haber hecho mi papel, como en las demas partes, y hecho su parte los tres cansinos, llegó el doliente del mal de santa Polonia, y haciendo muy al vivo su figura, abrió la puerta, que le sirvieron sus dientes de rastrillo para que no entrase el tocino, y sus labios de puente levadiza para impedir el paso al vino. Y como estaba asegurado de que jamas le hacia daño ninguno, echó al aire toda la herramienta de mascar: agarréle con el gatillo una muela, que me pareció la mas abultada de todas las demas, y por hacer reir á sus magestades á costa de llanto ageno, tiré con tanta fuerza, que no solo se la saqué, pero muy grande parte de la quijada con ella. Empezó el judío á dar voces, y sus camaradas á emperrarse contra mí, sus magestades á reirse, y el pueblo á regocijarse. Mas por ver que habia algunos en el corro que se amotinaban contra mí, enternecidos del arroyo de sangre que salia de la boca del desquijarado, dije en alta voz: Adviertan vuesas mercedes que el doliente es judío y sus camaradas hebreos, y que he hecho á posta lo que se ha visto, y no por ignorar mi oficio. Con estas razones volvió á renovar el alegría y á celebrar la accion, y á darles tal felpa á los cuatro Zabulones, que á no valerles los piés llevάran mas que curar aunque pienso que no llevaron muy poco.

CAPITULO VIII.

En que declara la vuelta que dió á los estados de Flandes sirviendo de correo, y lo que le sucedió en el socorro y batalla que dió su amo en Tionvila, y de cómo fué recibido en el servicio de su alteza serenísima el infante cardenal; y otra mucha variedad de sucesos.

Mi amo, que siempre andaba solícito y cuidadoso en el servicio de su magestad católica, partió de Viena el primer dia de cuaresma á los estados de Flandes, con un nuevo socorro de lucido ejército; y yo me quedé en Viena á cobrar los gages de haber alegrado á los alemanes y entristecido á los hebreos, y mas los donativos competentes á mi oficio. Dióme

su magestad cesárea una cadena de oro, y otra el archiduque Leopoldo su hermano, y otra el príncipe Matías, sin otras dádivas de títulos y señores. Al tercer dia de mi ocupacion y recogimiento de preseas, me envió el marques de Castañeda (que estaba en aquella corte por embajador de España) por correo á los Paises Bajos, con un despacho de su magestad católica por su hermano el serenísimo infante cardenal. Cuando me ví entronizado en tanta altura, olvidándome de todos mis oficios y beneficios, como no pude decir *de page vine á marques*, como don Alvaro de Luna, dije *de bufon vine á correo*, que fué el primer escalon. Hice tan buena diligencia, que ensanché mi fama, y quedé opinado por persona de confianza. Holgóse mucho su alteza, cuando me vió tan avanzado, y supo con la brevedad y cuidado que habia traido el despacho: por lo cual toda aquella campaña ejercité el nuevo oficio de andar al trote, volviendo otras dos veces á Alemania, á Lorena, á Luxemburgo, á las fronteras de Francia y al ejército que traia mi amo para socorrer á Tionvila, llevando despachos, zangoloteando postillones y desorejando postas.

Quiso mi ventura que me hallé con mi amo al tiempo que, hecho otro segundo dios de las batallas, la venia á dar al ejército de Francia, que nos tenia sitiada y oprimida la dicha villa. Supliquéle, en albricias de la victoria, pues yo la tenia por cierta, por ir el Hércules de Florencia á socorrer la combatida Troya, que en acabando de despachar la otra vida al ejército contrario, me enviase á llevar las nuevas á su alteza. Respondióme: Señor Estebanillo, vuesa merced es hombre muy diligente para correo y muy cobarde para estas ocasiones, y así, supuesto que sé yo que no ha de pelear, y que ha de hacer lo mismo que hizo en Norlinguen, segun me han contado, yo le concedo lo que me pide: y así póngase en otra montañuela, y si viere que Dios fuere servido de darme victoria, vaya á darle aviso á su alteza, que yo sé que ganará mas en ello que en buscar rendidos despojos. Yo, estimando la merced, y tomando su consejo, por no ponerme en contingencia de que pasase detrimento el viage que esperaba hacer, me subí en una montaña, á dos leguas de ambos campos, á tiempo que cerrando mi amo con el del enemigo, obrando prodigios de valor y portentos de bizárría, lo deshizo, venció y arruinó, quedando la villa libre y la campaña por suya, hecha toda ella un cementerio de finados. Viendo, pues, que nuestro valeroso ejército (en virtud de llevar tan heróico é invencible general) apellidaba la victoria, y avanzaba al desvalijo, bajé de mi revelado Olimpo á llevar la dichosa nueva á su alteza: mas encontrando en el camino á un vivandero de los nuestros, so color de apagar el polvo que habia cobrado en la batalla, fingiendo haberme hallado en la primera embestida, bebí de tal modo, celebrando el valor de mi amo y brindando á su salud, que dentro de un cuarto de hora me hallé con mas gana de dormir que no de correr postas. Pero animándome lo mas que pude, por codicia de ganar las albricias, con estar aturdido y medio fuera de mí, con ayuda de un vivandero y de un amigo mio que le estaba acompañando, volví a subir á caballo; pero en ocasion tan desgraciada, que tirando la villa un cañonazo (quizá por salva de la victoria, pues vino acompañado de otros muchos) con pasar

la bala mas de una legua de mí, fué tanto el pavor y sobresalto que recibí, que pensando que me habia hecho pedazos á mí y á mi caballo, me dejé caer de él, tan desatentadamente, que dando con todo el cuerpo una grande caida en tierra, me lastimé con la punta de un desgajado baston una pierna, y me salieron de ella algunas gotas de sangre, las cuales al instante que las llegué á ver y á sentir el dolor, tuve por cosa cierta que el cañonazo me la habia hecho menudas astillas, y empecé á dar voces que atronaba toda la campaña, diciendo: Jesus, que me han muerto, confesion, confesion; á cuyas lamentables quejas acudió el vivandero y el conocido amigo, é informándose de la causa de ellas, les certifiqué haberme hecho pedazos la pierna una bala de artillería de las que habia tirado la villa. Ellos, que habian oido el estallido de los rigorosos bronces, y veian los extremos dolorosos que yo hacia, y una poca de sangre que campaba en el nevado campo de la calceta, lo creyeron de tal suerte que llevándome en peso entre los dos, me metieron en el carro y me llevaron á la victoriosa villa.

Buscáronme una buena posada, y porque vieron lo necesitado que iba de sueño, por lo mucho que habia bebido, me recostaron sobre una limpia cama, y dejándome sosegar se salieron en busca de un cirujano, para que me curase. Tardaron mas de cuatro horas en volver á la posada, por haber hallado todos los cirujanos ocupados en curar algunos heridos de los nuestros, y de los muchos prisioneros que se habian hecho. En cuyo término desistí los vapores de la cabeza, y quedé libre del dolor y borrachera. Y estando durmiendo despacio lo que habia bebido de prisa, entraron en mi aposento mis enfermeros, y un venerable y bárbaro cirujano, con media docena de platicantes, que al olor de haberle dicho que tenia muy linda china y que era criado del victorioso general, me venia á curar de ostentacion. Al instante que llegaron, aligerando todos á un tiempo de capas y sombreros, empezaron á destripar estuches, á limpiar sierras, y á afilar navajas, hacer hilas, y á romper paños, haciendo capirotadas de huevos y cocimientos de vino. Al tiempo que estuvo todo á punto, mandó el tal maestro que me despertasen, para ver la cura que requeria el destrozo de la bala. Y habiéndolo yo hecho (aunque no con mucha facilidad, porque estaba en lo mejor de mi sueño) me senté sobre la cama, y quedé muy escandalizado de ver tantos cuervos con herramientas de hacer anatomía. Díjome el maestro que descubriese la pierna, para reconocer el golpe y aplicarle el remedio conveniente. Yo, sonriéndome como quien ya tenia su juicio cabal, la eché con brevedad al aire, y haciendo el cirujano acercar una vela encendida, y poniéndose apresuradamente unos cristalinos anteojos, le dió una atenta miradura de alto á bajo, y un sobado de dedos, que parecia que maduraba brevas. Pero hallándola toda sana y buena, sin tener otra lesion mas que un pequeño rasguño, me dijo muy atufado y medio corrido: ¿Vuesa merced acaso hace burla de mí, pues me envia á llamar para curarle sus heridas fingidas y fabulosas? Respondile: Vuesa merced me ponga en el estado que estaba cuando lo envié á llamar, y echará de ver que cuando la herida no fuese verdadera, por lo menos me lo parecia; pero porque no se

queje de mí, ni diga que ha trabajado en balde, tome esta pieza de á ocho, para que no salga de aquí lo que ha sucedido, y haga cuenta que me ha echado media docena de estopadas. Recibió el dinero, y riéndose él y la chusma de oficiales, nos desocuparon el aposento.

Fuí á visitar á mi amo, á quien dí el parabien de la victoria, y le conté la causa de no haber llevado la nueva de ella á su alteza serenísima, y lo corrido que habia quedado el cirujano, cuando me habia hallado aun sin señal de herida : lo cual fué añadir á una alegría otra alegría, y á un gusto otro gusto. Salí á recorrer la campaña para ver donde habia mi amo emprendido tan gran resolucion, obrando tan grande hazaña y ganado tan gran renombre : halléla toda cubierta de cadáveres sangrientos, que movian á piedad aun á los mismos homicidas. Ví una multitud de prisioneros, adonde, demas de estar en ellos la mayor parte de la nobleza de Francia, estaban sus mas valientes y animosos soldados. Enseñáronme la gran copia de vencidas banderas, mostráronme la gran suma de sus rendidos estandartes, la grandeza de su artillería y la riqueza de sus despojos. A este tiempo mandó mi amo retirar las piezas y municiones á la villa (la cual, como á su libertador, le aclamaba y aplaudia, dándole, tras infinitos parabienes, infinidad de agradecimientos) y llevar todos los prisioneros á Bruselas. Y despues de haber hecho hacimiento de gracias al Señor, cuya mano poderosa es la guia de todas las victorias y prosperidades de este mundo, le dió aviso por entero á su alteza serenísima, con cuya victoriosa nueva se alegraron todos los paises, y tocando la trompa su invencible fama, se acobardaron los extraños y se animaron las plumas, por tener tan valeroso asunto los no apasionados coronistas. Y habiendo hecho enterrar todos los difuntos y curar los heridos, y refrescar su ejército, se entró á tomar algunas villas de la Francia, molestando sus fronteras y poniendo horror á toda aquella provincia. En cuyo tiempo, en premio de tantos y tan reales servicios, y en recompensa de tantos socorros y hazañas victoriosas, le envió su real magestad la merced y título del ducado de Amalfi, estado que fué de sus ilustres progenitores y restauracion de tan valeroso soldado. Hizo aquel dia mercedes á todos sus criados, y demas de ser yo uno de los favorecidos, me prometió dar en el dicho estado con que pudiese descansar y vivir en marchitándose la flor de la juventud, y llegando á los umbrales de la vejez. Yo acepté la promesa, como aquel que no sabia el fin que vendria á tener, ni el estado en que me hallaria en aquella edad, y pues *no hay plazo que no llegue, ni deuda que no se pague*, y es refran italiano el asegurar que *ogni promesa é debito*, tengo por cosa cierta, y por caso asegurado como quien tan bien conoce su generosidad, que si Dios me da vida veré este plazo cumplido y esta deuda pagado. Y por aumentar el regocijo de tan alegre dia, y darle á mi amo muestras de agradecimiento, compuse un soneto en su alabanza, no conforme á su gran merecimiento, pero por lo menos harto trabajado, por declarar sus primeras letras su gloriosa estirpe de Aragon, por cuya atencion y hazañas notorias se le habia hecho la merced; y en las letras de en medio el nombre de su ducado, y en las últimas líneas los atributos tan debidos á su persona, y tan co-

nocidos en la Europa; el cual, si no me he olvidado, decia de esta manera.

uerrero insigne,	lustre y	Poderoso,
aureado de	afne por	Prudente :
nor del Orbe,	lises	Eminente,
omano César,	ue triunfó	Animoso :
ris de Flandes,	encedor	Famoso :
lejandro sin par,	ctor	Valiente,
e cuya fama,	ulce y	Refulgente
stá el imperio	terno y	Victorioso :
tlante en fuerza	quiles	Aplaudido,
ayo en la guerra,	arte en ser	Soldado,
nibal de Cartago	mon	Temido,
loria de Siena,	auro	Venerado,
nor de	landes, donde sois	Querido,
orte de	talia, donde sois	Amado.

Contentóle á mi amo la novedad de la curiosidad de la compostura; y aunque no creyó que los versos fuesen hijos de mi ingenio, se satisfizo de mi grande voluntad. Despachóme por la posta en busca de su alteza serenísima, á llevar ciertos pliegos de importancia: y dando tres higas á Atalanta y cuatro á los irracionales partos del Betis, le hallé en Esteque: el cual habiendo recibido los despachos, tuve, demas del premio, el tenerme siempre en su gracia. Allí fuí bravamente favorecido de los señores del pais, porque como yo les contaba todo el suceso de la batalla, y como me veian en servicio de tan esforzado y valeroso general, y amparado de un príncipe, hermano de un rey de España, se inclinaban todos á hacerme mercedes, y yo á recibirlas. Marchó despues de lo referido su alteza la vuelta de Dunquerque, por estar aguardando la armada, que venia á cargo de don Antonio de Oquendo y de don Andrés de Castro. Determinéme á irle acompañando, por lo que se me pegaba, y porque sabia que gustaba mi amo de ello. Llegamos á aquella pequeña villa, que por ser grande en valor es terror de Holanda y opresion de las demas armadas enemigas; cuyos invencibles bajeles, siendo ruina y destruccion de las flotas holandesas, son los que abastecen y enriquecen estos paises. Llegó la referida armada con mas grandeza que gobierno, y con mas velocidad que ventura. Salióla á recibir la holandesa con menos fuerzas y mejor disposicion; y al tiempo que se empezaron á pelotear, no agradándome aquel juego de requeta, por no llevar algun pelotazo de barato, estando en tierra y las armas dos leguas á la mar, dejando á su alteza serenísima en campaña, me fuí á la villa, y me entré en una cantina, adonde se vendia cerveza, por si acaso diese algun cañonazo en su edificio, no me pudieran empezar sus obras muertas: y pidiendo cerveza, cosa que jamas habia probado (porque me dejasen estar en ella), estuve bebiendo toda una tarde potes de purgas, por no recibir récipes de píldoras holandesas: y con hallarme las tripas encharcadas como rana, no tuve ánimo para salir hasta tanto que cesó el ruido

de la refriega y me aseguraron haber dado fin la disputa de las armadas. Entró el proceloso invierno, coronándose los montes de escarchados turbantes: vistiéronse las sierras de tersas alcandoras, y el tirano de las flores y bandolero de los hojas asaltó el bosque y combatió la selva. Volvió el leon español á su leonera, y yo, como oso colmenero, le fuí acompañando, para lamerme los dedos en la cueva de la córte.

Al cabo de mucho tiempo marchó mi amo el duque de Amalfi con su ejército la vuelta del imperio, por órden de la magestad cesárea, habiendo enviado para conducirlo al conde de Lesen. A esta ocasion me sobrevino una tan rigurosa enfermedad, que me obligó á no poder seguirlo y á quedarme en Bruselas. Publicóse mi dolencia por toda la villa, por lo cual me venian á ver muchos amigos y conocidos. Visitábanme los mejores doctores, servíame con mucha puntualidad la huéspeda de la posada, asistíanme las criadas, y regalábanme los vecinos. Faltóme el dinero, añadiéndose á una enfermedad otra: presumo que es mucho mayor la de la bolsa que la del cuerpo. Faltáronme á un mismo tiempo amigos y conocidos, doctores, huéspeda, criadas y vecinos: con que me desengañé, que aquellas visitas no se hacian por ganar una de las obras de misericordia, ni por ver á Estebanillo, sino á la fama de mi dinero, y para ser esponjas de él. Este ejemplar me ha hecho conservarlo el tiempo que lo he tenido, aunque en ello he ido contra los preceptos y reglas de mi profesion. Y porque con razon se diga que *cosa mala no se muere*, tuve entera y cumplida salud en muy pocos dias: y hallándome convaleciente, fuí á visitar á su alteza serenísima, y á pedirle licencia y ayuda de costa para ir á buscar á mi amo: el cual, no consintiendo que me fuese á Alemania, me mandó quedar en su servicio. No repliqué á esta proposicion, por verme muy débil para ponerme en camino. Y por lo bien que me estaba, entré á servirle con muchísimo gusto, y aunque mi oficio no era jurado, tiraba racion cada dia y provechos cada hora. Aquí fué donde se me infundió un abismo de gravedad, viendo que de bufon de una excelencia habia llegado á serlo de una alteza real: y como otros dan en querer perros, monos, y otros diferentes animales, dió su alteza en quererme bien (que *hay ojos que de legañas se enamoran*, y como hay hombres de bien con poca dicha, hay pícaros con mucha suerte) y mostrarlo en mandarme hacer muy ricos y costosos vestidos. Gustaba de llevarme á la caza á caballo, y en sus coches, cuando salia á tomar descanso del peso de su gobierno, y á dar alegría á sus súbditos y regocijo á la corte; en cuyo apacible estruendo y sonoroso ruido me hallaba como el pez en el agua ó como el aceite sobre ella. Tocóme la desvanecida por línea de presuncion, por verme favorecido y premiado; y como tal, solo trataba de la comodidad de mi persona, aseo y regalo de ella. Y para que se entienda el mal tiempo que gozamos, hubo mas de cuatro pares de presumidos, que llegaron á tenerme envidia, y procurar que cayese de la privanza, sin advertir que no era yo segundo Ruy Lopez de Avalos, sino un pobre caballero alegre, con quien gustaba de entretenerse un príncipe, y que ellos, si querian usar mi oficio (pues tanto lo envidiaban) lo podian hacer, y se hallarian tan favore-

cidos como me juzgaban. Viéndome cargado de tantos émulos, traté (por si acaso de la próspera llegase á la adversa) de hacer recluta de doblones, que son los amigos del alma y regaladores del cuerpo; para lo cual hice una lista de todos los príncipes, duques, condes, marqueses y barones del pais, llenando un pliego de la letanía de sus nombres, con anotacion al márgen (en lugar de *ora pro nobis*) de las calles y palacios en que vivian, y conforme la lista los iba visitando, al tiempo que estaban sobre la tábla, por ser propio (demas de gozar yo de muchos regalos) de hacer los señores mercedes, porque á las mañanas se levantan mustios y desabridos, y á las tardes se hallan enfadados de negocios ó fatigados de acreedores. Hallaba en los señores referidos tanta liberalidad, magnificencia y ostentacion, que echaba de ver que ni habia otra Flandes en el mundo, ni otra generosidad en la Europa. Iba por mis turnos cogiendo la ofrenda y agradeciendo el beneficio. El dia que me hallaba melancólico no visitaba á nadie, porque fuera contra razon ir á buscar quien me alegrase, siendo mi oficio alegrar á todos; ni entrar pensativo y murrio quien iba á pedir dineros, sin llevar prendas de oro, sino una poca de parolina.

Llegóse el tiempo de las carnestolendas, y yo, por agradar á su alteza y alegrar á todos los señores de la corte (por el bien que me hacian) saqué un carro triunfal muy compuesto y adornado, y dentro de él una docena de bebederos escogidos á moco de candil, que con ser tan buenos despabiladores quedaron á la noche de moco de pavo. Llevaba una redonda mesa, donde los doce comian pan, muy espléndida de fiambres y cecina salada, y dos botas de cerveza para apagar los apetitos de la carne. Representaba yo el zambo mayor de aquellos doce monos, teniéndolos instruidos á mis órdenes y mandatos. Iba en cabecera de mesa uno, que por ser tan amigo de Baco lo representó aquella tarde muy al vivo. Iba desnudo en carnes, y con una guirnalda de hojas de parra contrahechas, que le ceñia toda la cabeza, y otra enramada de las mismas hojas, que le tapaba las pertenencias y bosques de la baja Alemania. Iba sentado sobre una bota de vino, y por ser tiempo de invierno, y tierra no muy acomodada para triunfar en carnes, con tener asiento cálido de vapores, y con ir menudeando jarros de su tridente, iba tan de Baco hibernizo, que mas parecia alma penando en sierra nevada que pellejo encima de tonel. Llevaba cada uno de los de mi cuadrilla, en lugar de cifras y cañas, un gran vaso en la mano derecha lleno de cerveza, y en emparejando con cualquier coche de damas ó señores, les brindaba yo á su salud, y mis compañeros á un mismo tiempo y compas (sin saber puntos de solfa) empinaban los codos y hacian la razon. Llevaba de mas á mas otros tres criados, el uno para que fuese sacando la cerveza de los toneles, y los dos para que fuesen hinchendo las tazas que se iban vaciando; con tal cuidado y puntualidad que jamas pareciamos vírgenes locas, porque siempre estuvieron llenas las lámparas y las orejas encendidas. Dimos tres ó cuatro vueltas al tur, bebiendo á tantas saludes que padecieron detrimento las nuestras; y cuando ya iba el aduar cuesta abajo, y nos hacia el vino y la señora doña cerveza, á unos estar de

Asperges me Domine, y otros de *Humiliate capita vestra*, acertó á pasar su alteza, y haciéndole todos una salva real de tragos puros y refinados, nos fué forzoso salir rendidos, habiendo entrado triunfantes. Cayó nuestro desnudo Baco de la esfera de su tonel encima de la mesa de la comida, y echando abajo tablas, jarros, platos y vianda, se puso en postura de paciente en espera de ayuda; acudimos todos á ayudar á levantar á nuestro gefe, y demas de no poder conseguir nuestro deseo, nos quedamos de paso de judíos de la Resurreccion sin poder ninguno levantarse del puesto. Viendo los carroceros que llevábamos, que habíamos dado fin á los toneles y á la representacion, y que todos habíamos caido sin ser Faetones, y que por ser á vista de todo un pueblo nos empezaban á tirar lágrimas de Moises (quizá porque pasara yo el martirio de mi santo, aunque lo sintiera mucho menos) dándole rienda á los caballos, nos sacaron del paseo bien acompañados de silbos y voces. Nos llevaron á una posada que tenia yo fuera de palacio, y como quien descarga pellejos de vino de carro manchego, nos fueron poniendo en tierra tan domésticos y pacíficos, que ninguno meneó pié ni mano. Bajaron á mi helado Baco, y á puros azotes de los carroceros y de un concurso de muchachos que se habian juntado, le volvieron toda la frialdad en calor. Era tanto el tumulto de la gente que iba acudiendo, que tuvo por bien la patrona, por ver desembarazada la puerta, y por saber que habia de quedar satisfecha (por ser yo el autor de aquella danza) de entrarnos adentro y tendernos en un patio á que nos diese el sereno. Allí pasamos la noche, sin picarnos pulgas, ni inquietarnos mosquitos, ni despertarnos gallos. Venida la mañana, volví en mi y me hallé harto molido el cuerpo de la cama de losas en que habia dormido. Contemplé la parva lobuna que cogia todo el distrito del patio, y á mi amigo y compañero Baco en medio de ella en cueros (metido entre cueros) y roncando mas y mejor. Despertélos á todos, y pagándoles su jornada de racion y representacion, y habiendo contentado á la huéspeda, me fuí á palacio á esperar que su alteza se levantara, para que por mayor me pagara los gastos de la fiesta y la salva real que se le habia hecho; porque se reiria el mundo de mí si, despues de haber bebido dos botas de cerveza y una de vino, y dormido una noche al sereno por el mes de febrero y en Flandes, fuera condenado en costas. En efecto alcancé aun mas de lo que pretendia, porque yo siempre pedia como criado de los mas pequeños, y su alteza me daba como príncipe de los mas grandes.

Determinéme por razon de estado, ó por mejor decir, por andar al uso como los demas, de tener un poco de quebradero de cabeza, con entretenimiento de galanteo. Aficionéme de una doncella de su señora, y dama de dame, labradora en el aseo y cortesana en guardar fe. Tenia pocos años y muchas astucias. Traia todo su dote y ajuar á cuestas, y el testamento en la uña. Servia (por ser huérfana, y por estar en parte recogida) á una tia suya tabernera, adonde yo tenia conocimiento y entrada los ratos de mi ociosidad. Puse los ojos en la tal polla, y pareciéndome que estaba ya en edad de poner huevos, la dí un dia un pellizco tan apretado como el amor que la tenia, y ella me pagó la lisonja con una coz tan des-

igual á su adamadura, que malos años para la mas briosa yegua. Y como es muy propio de pollinos el hacer el amor á coz y bocado, no extrañé el son de la castañeta. Entróse ella en su aposento muy enojada de mi atrevimiento, y yo me quedé en el portal muy alegre, por el favor de su coz. Huia de allí adelante de mí, como del demonio, y no tenia poca razon; porque es muy fuera de las leyes del interés entrar enamorado con las pertenecientes á Cupido: porque ni Lucrecia tomara el acero, ni Porcia píldoras de brasas, si sus pretendientes hubieran entrado en pluvias de oro, y no en torbellinos de conceptos, dando, en lugar de galas, pesadumbres; y pidiendo, en lugar de favores, zelos, hinchándoles la cabeza de aire, y los cofres de sonetos, como si fuese mercancía que se hallase sobre ella para los forzosos gastos. En efecto, viendo que no llevaba bien los dedos para organista, y que galanteaba al tiempo antiguo, y que en el presente no hay Elisas, Heros ni Tisbes, y que es mas estimado el reloj que da que no el que señala, le envié un buen regalo á mi señora Dulcinea con un criado mio, retrato de Sancho Panza, y un amoroso billete dándole á entender mi pretension. La tal bobilla, como habia sido niña de muchos Gomez Arias, y de aquellas *nunca en tal me vi*, agarró la dádiva, recibió el recado, y remitió el decreto para la consulta de su tia; dándome licencia, para que en achaque de entrar á apagar la sed del cuerpo, entrase á mitigar el calor del alma. Desde aquel dia empecé á menudear en las visitas, y desde aquella hora comenzó la corderilla á pelarme y la tia á desplumarme. Dióme por primer favor una rosa de liston, diciéndome que me la pusiera en su nombre, porque era el primer galan que habia dado. Yo le dije: Reina mia, el galan yo lo soy, y me vengo á entregar á la prision de los ojos que me han cautivado; damas son las que busco y no galanes; nómbrese usted por mia é irán las cosas derechas, pues tendré yo dama y vuesa merced galan. Agradóle á la tia el discurso, y agarrándome la cinta dijo: El señor Esteban tiene razon, que á las damas se han de dar galanes y á los galanes damas, y por derechos de esta sentencia me quedaré yo con este favor, que no faltará ocasion en que emplearlo.

Llegó nuestro amor tan adelante, con el curso del tiempo, que nos miraban con cuidado los cofrades que acudian á la ermita, y que nos murmuraba el barrio y la vecindad, y porque no perdiese por mí su buena reputacion, que era reputaba por doncella, sin ser piadoso Eneas, la saqué una noche de aquella encendida Troya y dí con ella en mi casa. No tuve á poca suerte, sino á gran milagro, el haberme librado del emplasto de su tia, por ver que jamas le dió para libros. Era tan melindrosa esta dama, que no comia caracoles porque tenian cuernos; pescado, porque tenia espinas; ni conejos porque tenian colas. Desmayábase de ver salir un raton de su nido, y alegrábase de ver entrar una compañía de mosqueteros en el cuerpo de guardia. Comia en mí presencia por adarmes, y en mi ausencia por arrobas. Era enemiga de reclusion, y amiga de libertad, y con rebozo de melancolía era celosía de la ventana y umbral de la puerta. Recibia al principio muchas visitas, con achaque de primos, y por informarme yo que todos los que la venian á visitar lo eran carnales,

no queriendo sufrir segunda vez las armas que me hizo poner el príncipe Tomas, la metí en clausura, y tomé aposento sin ventana á la calle, y en calleja sin salida: no me faltó sino ponerle un torno para parecer el zeloso estremeño. Dejábale cuando salia fuera á mi criado, para que estuviese de centinela de vista, y que fuese espía de aquel campo; pero entiendo que esta diosa lo adormecia como á Argos, ó que me servia de espía doble. Cantábame ella cada noche que venia á casa, aquella copla de *Madre la mi madre, guardas me poneis, etc.* Iba todas las fiestas á misa (y oia la de san Gregorio) y volvia á casa á hora de completas, por lo cual di yo en acompañarla, y ella en sentirse de llevar tan cuidadoso escudero. Perdíaseme de cuando en cuando, y al tercer dia, como ahogado, remanecia en casa de su tia: por cuya causa estuve muchas veces determinado á hacerla pregonar, ó á ponerle un rótulo en las espaldas. Y aunque me hacia creer con lágrimas y juramentos que por mi mala condicion se habia retirado á casa de su tia, y nó habia salido un punto de ella, ni dejándose ver de persona, con todo eso no dejaba de castigarla, con tal rigor que la pobretilla no se atrevió á hacerme mas falta, sino que fué una sobra de voluntad, por un antojo que le dió de ser capitana, pudiendo ser real por lo velera y bien despalmada. Aficionóse tanto al son del parche, que despues de haber servido de page de gineta, hube menester órden de su alteza para hacerle borrar la plaza, y que la volvieran á casa de su tia, fingiendo que un oficial conocido suyo se queria casar con ella. Cumplió la órden, y *al cabo de los meses mil volvieron las aguas por do solian ir:* con lo cual quedó ella pesarosa, y la tia alegre, y yo zeloso.

Despiquéme en visitar tabernas, adonde entraba gastando largo, pagando adelantado, y haciendo muestras de centenares de doblas para opinionarme de rico y cobrar crédito para adelante en habiendo hecho cargadilla, con dilaciones de trueques, y de hoy á mañana mudaba de cuartel, y buscaba nuevo alojamiento, adonde hacia la misma embestida y la propia retirada de tal manera que en término de un año no tenia crédito ni retiro. Todas las huéspedas me buscaban, pero yo no queria que me hallasen: salíanme á recibir á sus puertas cuando pasaba por sus calles, y viéndome perseguido de tanta demanda y seco de hacerles tantas promesas, determiné de andar de allí en adelante en haca de buen paso, y sordo de ambas orejas. Fué muy provechoso á mi oficio el dejar el divertimiento de la dama y la ocupacion de las tabernas, para poder acudir con mas puntualidad al servicio de su alteza, y al amparo de muchos títulos y señores que cada dia me favorecian y remediaban. Y así despues de haber venido de campaña (que por no ser coronista de guerras ni tratar cosas de tantas veras voy prosiguiendo con mis burlas) llegaron otras carnestolendas, no tan heladas como las que resfriaron á Baco, ni tan calientes como salimos sus compañeros. La codicia de la dádiva de su alteza, y el deseo de alegrarle, me obligaron á trazar otra mascarada en otro carro como el pasado, pero con diferente asunto. Alquilé una cama con todos sus adherentes, y un jumento de buen tamaño, que no fué poca suerte el hallarlo en esta corte donde hay tanta falta y sobra de

ellos. Hice aderezar la cama en la testera del carro, y meter en ella al pollino, amarrado de piés y manos á dos fuertes palos fijados para el propósito: cubrilo con una sábana muy delgada, y con una muy labrada colcha, y dejándole sola la cabeza de fuera, le puse debajo de ella un cabezal y dos almohadas de muy blanca pluma. Vestí á un compañero de mujer, para que representando serlo del pollino, fuera lamentando el verlo enfermo y en vísperas de morir, la cual encubria debajo del abantal un gran orinal con su vasera. Llevaba otro en hábito de barbero, con una cesta llena de ventosas y estopas, y un fingido oficial con una jeringa, que podia servir de aguatocha para apagar fuegos. Iba yo vestido de doctor, con una ropa de levantar, y un bonete de cacr, unos guantes arrollados, y un gran sortijon de piedra de jaqueca, y chinelas terciopeladas. Llevé de mas á mas cuatro violones sentados en la cabecera de la cama de nuestro afligido enfermo, y un pequeño tonel de cerveza para que sirviese de orina. Con toda esta preparacion entré con mi carro en el tur ó paseo, al tiempo que todo lo brillante y lucido de esta córte estaba en él, y en parándose alguna tropa de carrozas de señores, ó damas de calidad, empezaba la fingida mujer á llorar en altas voces enjugando las dolorosas lágrimas con las sábanas del cuitado. Tomábale yo el pulso con mucho reposo, pedia la orina, la cual me daba la afligida dueña con tristes suspiros: tomábala yo en la mano derecha y con la izquierda me ponia unos anteojos, y mirándola, haciendo con ella muchos espantos y arqueando las cejas, alzaba el orinal, y de bote y boleo me bebia toda la orina, haciendo muchos ascos. Con los labios hacia señal al barbero para que le echase las ventosas, el cual llegando á la cama y sacando de la cesta media docena de grandes ventosas, le metia á cada una media libra de estopas, y encendiéndolas á la luz de una vela, se las iba pegando en el pescuezo, y del fuego de la estopa y pelo del jumento se levantaban una grande humareda y olor de chamusquina. Con el dolor de la quemadura se alborotaba el enfermo, y dando embiones por soltarse, hacia estremecer la cama. Volvia la mujer á gritar, y yo acallándola; y limpiándola con una rodilla de cocina, hacía señas al barbero que le quitase las ventosas, y mandaba á lo mudo al oficial que le echara la ayuda. Obedecíame con puntualidad, aunque no le echaba bodrio, por guardarla para mejor ocasion. Volvia á respingar el señor burro, á soltar tantos espumajos por la puerta de la dentadura, como presos por el póstigo desdentado. Fingia un desmayo la bella mal maridada, y por volverla en sí hacia al oficial que sacase el sacabuche, y haciendo señal á los músicos, tocaban sus violones, con que dábamos fin á nuestra callada y lamentable representacion. Pasábamos adelante, y en encontrando otras carrozas de títulos y personas, á quien yo tenia obligacion, haciamos lo mismo.

Sucediónos un cuento harto solemne en el discurso de nuestro viage, y fué que saliendo hácia una parte de paseo, que está sin poblacion, en un pedazo de pradería, cerca de los muros de esta corte, estaban dos pollinas en cintas, mendigando un seco pasto, y cuando nuestro doliente las vió, olvidando sus ardientes ventosas, y ayuda cámara ú de costa, empezó á alzar el cuello sobre las almohadas, y á dar unos rebuznos tan

recios que obligaron á la triste de su esposa á trocar el llanto en risa, y á caerse todos los oyentes sobre los estribos y testeras de sus coches del mismo achaque. Fué tanto lo que se celebró la tal música que en un instante pasó la palabra por todo el paseo, y todos me pedian, en acabando de ver la fiesta, que biciese rebuznar al enfermo. Respondíales que yo no entendia su lengua, y así no me atrevia á suplicárselo; pero que fuesen por las dos burras, que podria ser que se alentara á servirles y darles gusto. Solemnizaban la respuesta, prosiguiendo su viage y yo el mio. Vine al cabo de hora y media á encontrar la carroza de su alteza, y mandando hacer alto á mi carro, volvia á hacer las mismas ceremonias, con mas gracejo que en las demas partes: porque demas de la puntualidad y presteza, nos ayudó el señor pollino, haciendo su papel de tal modo que á mí y al oficial nos hizo llorar y á su alteza y á sus criados reir. Y fué de aqueste modo que despues de haber hecho las ceremonias acostumbradas, llegó el diligente oficial con su flauta llena de agua fria (reservada para aquel paso), y alzando la ropa y apartándole el dilatado mosqueador, haciendo puntería, le dió un flautazo, y le apretó los conductos de tal suerte, que dejó muy aguado el paciente, sin haberse desayunado: el cual, sintiendo la frialdad del regadlo y la borrasca de las tripas, como otros se echan con la carga, él se quiso levantar con ella, echando todo el resto de su fuerza; y al tiempo que el pobre barberote le sacó la alatonada culebrina, le dió un cañonazo de sebo mascado, con tal violencia y abundancia de tacos en medio del rostro, que le turbó la vista y le engrasó toda la delantera del vestido: y quebrando las ligaduras de los piés, enseñaba las virillas vizcainas, tirando zapetatas á pares, y truenos á docenas. Yo porque no peligrara mi estercolado jeringador, pensando que me tuviera respeto por ser doctor, me llegué á su merced por volverlo á ligar y á arroparlo, porque no se resfriara; mas no atendiendo á las insignias de mi ropa y sortijon, ó creyendo que le habia errado la cura (como suelen hacer muchos parientes suyos) me dió dos pares de coces, tan bien pegadas en la boca del estómago, que haciéndome pedazos el orinal, dió conmigo sobre las tablas del carro. Acudió el barbero á limpiar á su oficial, la mujer del llanto fingido á llorarme de veras, el asno á tirar respingos y cabriolas, y los músicos á huir de él. Su alteza se moria de risa, y sus criados de placer. Siguió la carroza su comenzado paseo; y mis dos guiadores, viendo que nuestra fiesta habia acabado de tragedia, desligando las manos al pollino, lo levantaron del lecho á que convaleciera, y lo ataron á una parte del carro; y mandando á los violones que tocasen, salieron muy de espacio del paseo. Llegaron á la posada á tiempo que babia vuelto en mí, y apeándome, me llevaron á mi aposento y me echaron sobre mi cama. Roguéle á la patrona que me cerrase la puerta, y que no dejase aquella tarde á ninguno entrar á hablarme, porque me sentia muy malo. Hízolo así, y aquella noche, aunque me sentia quebrantado de las coces, me brindó de tal suerte al sueño la referida orina, que de un tiron alcancé la luz del venidero dia.

CAPITULO IX.

Donde prosigue el fin que tuvo la referida máscara, la salida que hizo á campaña cuando se sitió Arras, el chiste que le sucedió con un vivandero, lo que pasó á la retirada con su dama, y su nueva campaña de aire, enfermedad y muerte de su alteza; y su partida á Alemania en busca de su amo el duque de Amalfi.

Apenas el hijo de Latona por el tur de su cuarta esfera (embanastado en su carricoche) nos vendia alegría en lugar de naranjada, cuando los llantos y supiros de una mujer, y el estruendo y alboroto de una tropa de gentes que subian por las escaleras de mi aposento, me inquietó, no con poco sobresalto, al oir sus confusas voces, y ver que abriendo mi puerta entraron á un mismo tiempo á darme los malos dias (pues no los pueden dar buenos los que madrugan á pedir) la huéspeda de casa, el ama del pollino, el dueño de la cama, los músicos y el barbero. Lloraba con tiernas lágrimas la dueña del jumento el haber salido su fingida enfermedad verdadera, y con duras razones me pedia le pagase el valor de él, por causa de tener todo el pescuezo quemado, y andar desordenado de tripas, y estar inútil para servirle. Poníame por cargo de conciencia la tiranía que habia usado con animal tan donoso y humilde: jurábame que á saber para el efecto que lo queria, que ántes me hubiera dado un hijo suyo que á su querido pollino; porque demás de haberlo criado, era sus piés y manos, y quien le ayudaba á sustentar su pobre casa. Pedíame el oficial el valor de su vestido, ó que le comprase otro nuevo, alegando que por mi causa habia quedado el suyo de manera que no solo no se lo podia poner, pero ni llegar con media legua á la parte donde se le habia quitado, por los aromáticos olores que de sí expelia. El camero decia que era cosa de gentiles lo que habia usado con él, pues su cama hecha para descanso de cristianos le habia hecho lecho de animales, y que estaba resuelto á no recibirla, por estar medio chamuscada y llena de operaciones sardescas. Los músicos pedian su jornada, y la huéspeda su quebrado orinal. Consideré que todos tenian razon, y concertéme con ellos lo mejor que pude, por no tener ruidos por cosa tan justa. En efecto, todos partieron contentos, y yo quedé harto triste de apartar de mi lado las doblas á quien habia dado eterno sepulcro, y en hallarme algo lastimado de las coces del enfermo, y tener que pagar el alquiler de la ropa de doctor. Por saber que la buena diligencia es madre de la buena ventura, me levanté á dar modo de recuperar el gasto de lo pasado. Y porque su alteza no me dijera que lo iba á ejecutar de contante, y que lo regocijaba á fuerza de interés, tomé la pluma, invocando el auxilio de las nueve (estando la vena pronta, por estar en ayunas) le compuse un soneto, dándole el atributo de *El señor infante príncipe invicto;* para que sirviese de acuerdo de la fiesta, y de

anticipacion á la paga. Advierta el lector que la ene de una línea sirve de eñe, que no le habia de dar á su alteza renombre de Nau, y que demas de ser licencia poética es libertad bufónica. Decia de esta manera :

E l que dará á su	P atria eterna hazaña
L auros ganando y	R ayos expeliendo,
S iendo al mundo	I nmortal, pues que venciendo
E xcede á Grecia, dando	N ombre á España :
N uma en la paz, y	C iro en la campaña,
O rror de Europa,	Y feliz renaciendo
R ayo de luz ;	P ues átomos vertiendo
I ris argenta, cuando	E strellas baña :
N unca vencido	Y centro de venturas,
F elice siempre, y con	N acer muy hombre,
A ngel divino,	A sol de las criaturas,
N adie ignora su fama,	Y sur enombre :
T u, lector, si por	T orpe conjeturas,
E sas dos	O rlas te dirán su nombre.

Agradóle á su alteza, por parecerle compostura dificultosa, y demas de quedar en opinion de entendido, conseguí mi pretension, agradeciendo á las musas la brevedad de mi despacho.

Volví á hacer paces con mi ingrata Dulcinea, dándome de nuevo mas sustos que los pasados, y algunos madrugones. Cuando me via cargado de chola y en oficio de siete durmientes, se le daba de mi amistad tres caracoles; y yo de su amor, cuando despertaba y la hallaba ausente, tres rábanos. Con estos pleitos ordinarios y con este extraordinario sobrehueso, anduvimos alborotando posadas é inquietando barrios todo aquel invierno. Llegó la primavera, y á la mitad de su florido curso, salí con su alteza á campaña con un lucido ejército. Llegamos á la vista de Arras, con intento de socorrerla, por tenerla sitiada cerca del campo francés. Habia oido decir á su alteza que aquel dia no se habia de preservar su persona, ni la de ninguno de sus criados, de entrar en la batalla, si la presentaba el contrario, ó de embestir con él en sus mismas fortificaciones. Estas palabras infundieron en mi casi cadáver cuerpo un miedo tan intrínseco y helado, que ya me parecia que el tronitoso bronce fulminaba sobre mí sus carniceros estragos. Fuime deslizando de las marciales tropas, trayéndome los achaques por los cabellos. Culpaba el caballo de flojo, y las cinchas de apretadas, á la brida de corta, y á los estribos de largos; y por mas que me procuré quedar atras, siempre tomé compañeros. Anduve montaraz, hasta que otro segundo yo (que se habia retirado herido de la flecha de Baco) me dijo que se habian mudado los votos, por serenarse los primeros ímpetus, con que sacudí mis últimos temores. Ofrecióse de ser mi lucero, inquiriendo adonde pudiésemos refrigerar los macilentos miembros, tan trémulos con el miedo como frágiles con la gazuza : discurrimos los conocidos tabernáculos del trago, penetrando los límites del cuarto de la salud, y los hallamos tan desiertos de refrigerio como poblados de quien lo buscaba. Aquí fué adonde dí al diablo la guerra, y

adonde tuve por insensato al que tiene con que pasar en la paz y viene á buscar picos pardos, y entre abismos de descomodidades anda solicitando su muerte. Fué tan general la hambre que se pasó, que para poder exagerar, basta decir que llegó á mí, que cuando le falta á uno de mi oficio, que es perro de todas bodas y registro de todas mesas, muy de rota va el negocio.

Llegamos una tarde á hacer frente de banderas cerca de un pequeño village, desamparado de sus moradores. Y teniendo noticia que un vivandero traia medio saco de pan y dos jamones cocidos, y que por tenerlos reservados para él y su familia, no queria, por ninguna cantidad, socorrer á los mas amigos y conocidos suyos, traté de que alcanzase la industria lo que no podia la fuerza del dinero, y compelido de la hambre le aseché y ahoudé mas de una hora por el contorno de su tienda, desde adonde columbré que como hombre experto y cuidadoso de aquello que tanto le importaba, tomó una pala, y haciendo un profundo hoyo á una parte de la tienda, metió en él el referido bastimento en dos sacos mediados, y cubriéndolo con unas tablas, hizo encima su cama, y se acostó (á mas no poder) con su mujer y criaturas. Yo, que atentamente estaba mirando por la vislumbre de la tela y resplandor de la luz el mal lance que habia echado, me quedé mas avergonzado que triste, por haber blasonado delante de muchos señores que le habia de dar asalto á su guardada provision. Al tiempo de quererme retirar de la parte donde habia estado sirviendo de atalaya, ví que la tienda habia estado arrimada á una zanja, que servia de division y atajo á una acostumbrada vereda, y de impedimento de poder pasar gente de á pié ni de á caballo por ella; y por causa de tener mas bien guardada su ropa, y que le sirviese de foso y trinchera, habia puesto el redomado vivandero su tienda en aquel sitio. Pero como no hay cosa que mas avive y sutilice el ingenio que es la necesidad, se me ofreció á la idea un ardid, con que me juzgué señor del pan y los jamones. Y por no perder tiempo, fuí á dar parte de ello á tres mozos de cocina que servian á ciertos señores italianos, que prevenidos de cuchillones y de mejor herramienta que pudimos hallar para este efecto, nos encajamos en la zanja; y á la hila, como banda de grullas, fuimos marchando hasta la tienda, al tiempo que palpitaba un cabo de vela que habia quedado. Tomamos á la luz de sus boqueadas el derecho de la cama de su dueño, que no estaba muy distante, y poniéndonos de rodillas, y no á hacer oracion, comenzamos los dos á abrir mina al fuerte de los sacos, y los dos á ir retirando los desperdicios de ella. Tuve tan buena suerte, que hallando el terreno arenisco y blando, en término de hora y media (estando ya rendidos y cansados) desembocamos la mina en el pozo de los víveres, y cargando con los sacos nos retiramos, sin ser sentidos, á hacerle la particion y á remediar la gazuza. Tomando doblada parte de la presa por ingeniero, minador y guia, me retiré á dormir lo que quedaba de la noche. A la mañana, saliéndome á pasear, y á ver si el sol habia descubierto lo que encubrió la soledad de la noche, hallé al vivandero muy triste, á su mujer muy llorosa, y á sus hijos y criados cariacontecidos, y llena la puerta de la mina de oficiales y soldados, los

unos celebrando el disculpado hurto, y otros santiguándose de la sutileza de la empresa. Dejéles á todos echando juicios, y volvíme á requerir lo que habia ganado en buena guerra, temiendo no le hiciesen otra mina. Con esta proporcion me remedié, hasta tanto que salimos á tierra de promision, adonde estuvo todo sobrado. Y dejando aparte los sucesos de aquella campaña para el coronista, á quien le competen, digo que al fin de ella nos volvimos á Bruselas, adonde yo cobré una vida y nuevo ser, por verme libre de los trances de la guerra y del rigor de los enemigos. En la bonanza de este mar me deleitaba, en el golfo de esta grandeza me divertia, la dulzura de sus sirenas me conhortaba, y la suavidad de sus anfiones me entretenian, y últimamente yo era el pez Nicolao de aqueste Mediterráneo, porque en sacándome de este centro, pasaba desmayado de recelos y párasismos de temores. Aquí solo trataba, por ver que andaba melancólico su alteza, de alegrarlo y divertirlo, unas veces contándole los discursos de mi vida, y otras haciéndole relacion de las agenas. Inquietaba mi sosiego y perturbaba mi inquietud un italiano de mi arte y profesion, llamado Leonora, el cual, algunos dias que acudia á la mesa de su alteza, lo que le faltaba de prosa le sobraba de manos, y á costa mia hacia alarde de su graciosidad, alargándome unas veces el pescuezo, sin ser ahorcado, y otras arañándome la cara, como si fuéramos verduleras, con que provocaba al cónclave á risa y á mi á cólera: porque en oponiéndome á la defensa, con solo un papirote daba con mi débil cuerpo en tierra. Aprovechéme de aquel refran de *á fuerza de villanos hierro en medio*, y salíame muy mal la industria; porque siendo él, demas de fuerte, animoso, me hubiera despancijado muchas veces, á no ser su alteza el iris de paz y amparo de mi defensa. Decíale, porque no blasonase de sus fuerzas, cuando veia que estaban inquietos los nublados de su cólera, que tres cosas de valor no se estimaban en el siglo presente, que eran consejo de pobre, galas de cortesana y fuerzas de ganapan. Él, por motejarme de miserable (porque no gastaba con él los doblones, que no se perderian por mal guardados) me respondia que tres cosas le eran necesarias á un bufon, para poder campar alegremente y para grangear amigos, que eran boca de confesor, espada de mercader y bolsa de señor generoso. Con estas disputas graciosas y batallas burlescas daba gusto y placer á quien tantas mercedes me hacia, no reparando en hacer escaramuzas de gatos, pues siempre salia arañado, ni en rodar media hora por la sala como vellon de lana. Llegábase el tiempo en que su alteza cumplia años, y para celebrarlos, alabando el dichoso mes de mayo en que habia nacido, hice un romance, y por dar á entender á algunos acaballerados fisgones de aquello que no entienden, que muy presumidos de discretos no estimaban mis versos, porque no eran de poeta con don ó descendiente de godos, que tambien los pobres y humildes saben hacer cosas de ingenio, pues tienen un alma y tres potencias como los mas poderosos, y cinco sentidos como los mas calificados, y que no hay cláusula en el testamento de Adan que dejase, como señor que era entónces de todo el mundo, á los caballeros mejorados en tercio y quinto en las aguas de Hipocrene, y á los pobres herederos del caño de Bacinguerra, la una

fuente del Parnaso con licores poéticos, y el otro caño cordobés con inmundicias selváticas. El romance decia de la forma siguiente :

¡ O que galan venis, Mayo!
Mas teneis razon que os sobra,
Teneis justicia que os vale,
Teneis verdad que os abona.
Despues que sois rey jurado
Por las flores olorosas,
Excelso Arturo os alienta,
Supremo Favonio os sopla.
Amaltea en vasallage
Os ha feudado su copia,
En tormentas de claveles,
En avenidas de rosas.
De jazmines y arrayanes
Formais matizadas flotas,
Siendo la campaña mar,
Siendo las flores sus ondas.
Direis que hoy hace Fernando
Años justos, y que os toca,
Por nacer en vuestro mes,
El baston, el peto y gola.
Es así, yo lo confieso,
Que por ser verdad que consta,
Hoy Madrid se regocija,
Hoy Bruselas se alboroza.
Hoy, mayo, ha de haber dos mayos,
Dos primaveras hermosas,
Dos albas en solo un dia,
Y en un dia dos auroras.
Dos soles verá Brabante :
Uno farol, otro antorcha;
Uno planeta, otro infante;
Uno en carro, otro en carroza.
Lleguemos á cuentas, mayó,
Y confesad sin lisonja :
¿ Cuál merece mas aplausos?
A quién mas triunfos le tocan?
Direis que por mas antiguo
Sois de la mesa redonda,
Principe, par y caudillo,
Siglos, lustros, años y horas :
Que por vos es Marte Adonis;
Lasciva Venus, Belona;
Incasta dueña, Lucrecia;
Inconstante dama, Porcia :
Que miéntras teneis el cetro,
La senectud se remoza,
La estéril vega se anima,
El inútil tronco brota :

Que ufana produce Ceres,
Que alegre dibuja Flora;
Y sin ser reina Amaltea,
Pensiles jardines forma:
Que al alba las avecillas
Sobre el sauce cantan solfa,
Sobre el álamo gorgean,
Sobre el mirto verde entonan:
Mirra la floresta vierte,
Cinamomo el monte aborta,
Diamantes da en risa el alba,
Perlas da en llanto el aurora:
Que hacen gratos maridages
Las fiestas mas portentosas,
Celebra el mar himeneos,
Ostenta el zéfiro bodas:
Que sale halagüeño el sol,
Con su mostacho á la moda,
Sin nube que se le atreva,
Sin vapor que se le oponga.
Quo por dar tapete al prado,
Dan las plantas mas frondosas
Una tempestad de flores,
Un torbellino de hojas:
Que vos, mayo, sois del campo
Quien lo enriquece ó lo agosta,
Quien lo alienta ó lo destruye,
Quien lo levanta ó lo postra.
Estas son vuestras hazañas,
Declaradas ya por propias,
Que ni el olvido las niega,
Ni el tiempo anciano las honra.
Aleguemos por Fernando,
Mayo alegre de esta zona,
Feliz primavera en Flandes,
Sol hermoso de esta Europa.
Que es moderno, no hay duda;
Pero mas argenta y dora
Quien al oriente da luces,
Que quien al ocaso sombras.
Este mayo, en pocos mayos,
Muchos privilegios goza,
Prevista deidad le alienta
Hesperio candor le adorna.
Este el sol es su menino,
El alba es su precursora,
Y es el dia mas sereno
De aquesta perla la concha.
La palestra se estremece:
¿Que á quién no admira y absorta
Ver un piélago de dichas,
Ver un golfo de victorias?

Sin número son sus hechos
Sus acciones belicosas,
Dignos de laurel sus triunfos,
Dignas de palmas sus glorias.
Su natural es divino,
Su condicion milagrosa,
Su compostura suprema,
Su conversacion heróica.
¿Quién vió lebrel arrojado,
Cuya piel, por prodigiosa,
Aspira á vellon de tigre,
Y espira en vellon de onza;
Que por falta de discurso,
O se enfurece ó se enoja
De ver en el tur del cielo
Correr á la luna postas:
Y ella á su arrogancia muda,
Cuanto á sus ladridos sorda,
De luces la tierra inunda,
De plata las minas colma.
O nube densa atrevida,
Que llena de vanagloria
Se opone al sol cara á cara,
Y le embiste proa á proa;
Mas el celeste diamante,
Que, por ser tan luminosa
Su claridad, quiso el cielo
Vincularlo por su joya,
La deshace en plumas rizas,
La disminuye en garzotas,
En lluvias la desvanece,
En vapores la transforma.
O mariposa, que al prado
Sus varios matices roba,
Siendo pintada alcatifa,
La que fué blanca alcandora;
Que puesta á la ardiente llama,
Fluctúa el cerco animosa,
Para ser despojo débil,
Lo que fué altanera pompa;
Y el fuego, que refulgente
Sus atrevimientos nota,
Ni precipitado ofende,
Ni enternecido perdona?
Pues de aquesta misma suerte
A aquesta luna española,
A este claro sol de Austria,
A esta llama vencedora
El que se le opone altivo,
El que de Alcides blasona,
Es á rayos de este Apolo,
Lebrel, nube y mariposa.

Si es su estrella favorable,
Si es su suerte poderosa,
Si va en bonanza su dicha,
Si va su fortuna en popa,
Fuerza es, mayo, que os exceda:
Pues su ventaja es notoria,
Su valor mas conocido,
Su calidad mas grandiosa.
Rendidle á Fernando el cetro,
Entregadle la corona:
Sea mayo y como rey
Fueros quite y leyes ponga.
Él solo en el año impere,
Cual la deidad portentosa,
Que es por gusano y por ave,
Hija y madre de sí propia.
Dadle el victor de sus años,
Lleve el grado con la borla,
Los árboles lo respeten,
Las flores lo reconozcan.
A sus años tan felices
Tocad la sonora trompa,
La caja la tierra altere,
El clarín los rayos rompa,
Flores el parque derrame,
El palacio vierta aromas;
Porque goce en holocaustos
Lo que su fama pregona.

Díselo á su alteza, y como príncipe tan perfecto, sin reparar en la humildad del verso, premió lo realzado de mi voluntad: porque son excusas de avaros y malos pagadores el calumniar al poeta y censurar sus versos, para quedarse de gratis con sus obras; pero tienen poco de Jerjes, pues no estiman el corcho de agua, y mucho de Midas en guardar su dinero. En este tiempo gastaba yo el que tenia en regalar á mi miñona, sin reparar que eran obras hechas en pecado mortal, y que sembraba en mala tierra. Queríala por lo que me costaba, y estimábala por ser mujer, y porque al fin habemos nacido de ellas. Mas la tal señora no me estimaba, sino porque la sirviese de marques del Gasto y conde de Cabra. Tenia yo la fama de ser su galan, y otros cardaban la lana. Decíame que me tendria por ídolo de su altar, si llegara á verme ciego, mudo y sordo, y alabando mis dádivas vituperaba mi persona. Y miéntras mas pesos falsos me hacia, queria que yo la estimase mas y la maltratase menos. Pedíame unas veces matrimonio, otras divorcio, y eternamente *danari y piu danari.* Y por darme mas muestras de su fineza y obligarme á quererla mas, amaneció un dia en mi casa y amaneció veinte en las agenas. Por lo cual, mas por venganza que amor, ó mas zeloso que desapasionado, la hice prender á pedimento de su tia, y meterla en una torre como á doña Blanca de Borbon, adonde se sustentaba

á mi costa, pareciéndome en todo y por todo al perro del hortelano. Quiso mi dicha que, para apartarme de esta fiera esfinge y cruel lamia, llegase la alegre primavera, acompañada del céfiro y Favonio y lisonjeada de Flora y Amaltea, la cual dando esmeraldas á los prados, librea á las selvas y esperanza á los montes, animó las flores, resucitó las plantas, y enamoró á las fieras; por cuya venida, y por haberse puesto el ejército francés sobre la villa de Aire, salió su alteza á campaña para socorrerla, no quedándome yo en zaga, porque mas queria arriesgarme á ser prisionero de un turco, que esclavo de mi perversa Dálila, porque mucho mejor me estaba ser burro de una tahona, que consentir que ella me acabase de sacar los ojos. Despues de varios sucesos que tuvo su alteza en campaña, unos prósperos y otros adversos, habiendo vuelto á siliar la villa por haberla ganado el enemigo, y hechas fortificaciones tan inexpugnables que daban terror á los sitiados, fué Dios servido de darle una enfermedad tan de repente y tan violenta, que le fué necesario retirarse á la villa de Cortray, quedando el ejército á cargo del baron de Beck, tan celebrado por sus hechos como conocido por sus hazañas, y en quien tanto género de alabanza es muy corto á su gran merecimiento. Hallóse su alteza tan indispuesto, que pasó fama de que era muerto; y aun hubo personas tan incrédulas de lo contrario, que quisieron ver y creer sin ser apósloles. Al cabo de algunos dias fué volviendo en sí, y cobrando mejoría; por lo cual pidiéndome yo mismo albricias por depender de su salud toda mi alegría y la de los estados, le hice los siguientes versos, tomando el asunto de la gran calentura que habia tenido :

Dió Fernando entre arreboles,
Soles,
Brotando sus pocos mayos,
Rayos,
Y sus lucientes albores,
Esplendores.
Viendo el mal tantos fulgores,
Fué Faeton precipitado,
Que el vuelo le han abrasado
Soles, Rayos y Esplendores.

Tuvo el mal por enemigo,
Castigo :
Dándole su atrevimiento,
Escarmiento.
Gozando, pues se condena,
Pena.
Si á la primavera amena
De su alteza se atrevió,
Tenga, pues lo mereció,
Castigo, Escarmiento y Pena.

Si nunca reserva el mal,
Cardenal,

Mirará que es el triunfante,
Infante,
Y que es en todo y en parte,
Marte,
Mas ya abatió su estandarte,
Cuando admiró su virtud;
Porque tuviese salud
Cardenal, Infante y Marte.

Goce en edades lozanas,
Semanas:
Y á despecho de holandeses,
Meses;
Y para azote de extraños,
Años.
Pues á España evita daños,
Porque el mundo se alboroce,
Viva siglos y en paz goce
Semanas, Meses y Años.

Estos le aliviaron alguna parte de su tristeza, y hallándose algo convaleciente, se pusieron en camino de Bruselas, para dar con él en la gloria. Llegó á esta corte, que se le mostró ufana y regocijada de verlo con algunas premisas de salud, aunque despues volvió su regocijo en sentimiento, por verlo recaer con menos esperanzas que tuvieron en la caida. Al fin quiso el cielo llevarse lo que era suyo, dejando á estos estados sin príncipe que los gobernase, á España sin infante que la socorriese, y á los soldados sin padre que los amparase. Contar el sentimiento que hizo esta corte y todos los paises, príncipes y señores de ellos, y todas las demas naciones, fuera proceder en infinito. Solo diré que como yo, puesta cada cosa su tanto, perdia mas que todos, estuve tres dias sin comer ni beber, hechos mis ojos dos fuentes, y mi corazon un centro de ardientes suspiros. Y por satisfacer en algo tanta merced y beneficio como me habia hecho, compuse una glosa fúnebre para poner en su real túmulo, que es la siguiente:

« Si la libertad llorais,
« Ojos que perdido habeis,
« Aunque mas lágrimas deis,
« En vano las derramais. »

Ojos, una muerte esquiva
Le dió fin al sufrimiento,
Porque un fuerte sentimiento
Vuestra libertad cautiva:
Y si el gran dolor os priva
Del curso que ejercitais,
El raudal no suspendais;
Pues viendo tales despojos,
No ceseis de llorar, ojos,
« Si la libertad llorais. »

Si en su bella juventud
Adquirió renombre eterno,
Si aplaudísteis su gobierno,
Si admirásteis su virtud,
Si vísteis su rectitud,
Si su fama conoceis,
Si sabeis lo que perdeis,
Llorad, que será tibieza
No llorar la gran riqueza,
« Ojos, que perdido habeis. »

Cortó un golpe de guadaña
Cetro y corona de gloria,
Llevó el cielo la victoria,
Y perdió su infante España:
Y aunque el cielo su luz baña,
Pues yace el cuerpo cual veis,
Llorad, ojos, no ceseis;
Pues á deuda tan debida,
Solo pagais con la vida,
« Aunque mas lágrimas deis. »

El alma en celeste vuelo
Partió triunfante y ufana,
Porque flor tan soberana
No era flor para este suelo:
Llorad, ojos, con desvelo,
Pues ya al orbe lo inundais;
Y aunque mas lágrimas dais,
Son pocas, y no me espanto,
Que si no es eterno el llanto,
« En vano las derramais. »

Al cuarto dia me apretó la hambre, aunque fué mas fineza en mí el haberme pasado sin beber que sin comer, imaginando que mis lágrimas no lo habian de resucitar, y que no era cosa decente llorar por quien estaba pisando rayos de luz, manojos de estrellas y racimos de luceros. Dije: *El muerto á la huesa y el vivo á la hogaza:* y entrando en un penitente bodegon, al compas de *Dios te tenga en su gloria*, henchí todos los vacíos y refresqué todos los secanos: y despues de haberme animado, salí á desistir pesares y á buscar mi vida. Como me veian sin señor ni amparo, todos huian de mí, á todos enfadaba, y mis gracias eran desgracias; nadie conocia á Estebanillo, ni nadie se dignaba de llegarme á hablar, como si yo hubiera sido doctor y errado la cura de su alteza. Viendo, pues, que aun mi moza se me hacia de pencas, despues de haberla sacado de la prision, y que queria que mandásemos á semanas y que calzásemos los calzones á meses, me determiné de irle á hablar al conde de Traun, que estaba en esta corte por embajador extraordinario de la magestad cesárea, al cual le supliqué que le escribiese á mi amo el

duque de Amalfi, de como habia quedado huérfano de tan gran príncipe, sin herencia y reformado, que si gustaba su excelencia que se cantase por mí aquella copla que dice: *Vuelve á casa, pan perdido.* El cual no se descuidó en hacerme merced, pues en el primer correo tuvo respuesta de mi amo, el cual le suplicaba me enviase á Alemania, que era donde se hallaba su excelencia, con la mayor brevedad que pudiera. Envióme el conde á llamar con un criado suyo: dióme la órden que tenia, y mandó que me pusiese en camino, y me dió para el gasto de él. Pasó la nueva por esta córte, y empezó su burgesía á llover embargos sobre mí, y á querer hacer arrestos, sin haber en todo mi aposento sobre qué tropezar, ni alguacil que me prendiese, ni carcelero que me quisiese recibir en su prision. Salió contra mí una querella de una vidriera, á quien, despues de haberle quebrado muchos vidrios, le habia dado una cuchillada. Estando en tres dormidas, como gusano de seda, pedíame una patrona el menoscabo de una cama, porque estando una noche acostado en ella, y cual digan dueñas, soñando que vertia aguas en la proa de una galera de Malta, le inundé todos los colchones. En efecto, no quedó vinatera ni cocinera de tripa y callo que no cargasen á molestarme. Yo, ni negando la deuda, ni ofreciendo la paga, les prometia satisfaccion ántes de hacer mi viage: y al cabo y á la postre quedaron satisfechos de quien yo era, porque quedara yo muy desairado, y no se estimara mi caballería, sin pagar á mis acreedores porque ni tuviera quien me cortejara á todas horas ni quien se acordase de mí en todos tiempos.

Fuíme á despedir de don Francisco de Melo, que estaba por gobernador de estos estados, y de todos los señores, así del pais como extrangeros, y habiendo juntado muy buena garrama, por respecto del dueño á quien iba á servir, me fuí á decirle á Dios á mi querida Belerma, y á derretirme con ella como si fuera portugués. Y despues de haberle dado con que poder pasar muchos dias, y de haber hecho muchas finezas y sentimientos de la forzosa partida, le prometí de que daria muy presto la vuelta por solo verla y regalarla: y que si habia de sentir mi ausencia y gustaba de que me quedase, obedeceria su gusto y despediria las postas. Ella, muy sonriéndose, y reventándole por los ojos rayos de alegría, por quedar en su libertad, sin tutor ni curador de su vida y milagros, me respondió: Señor Estebanillo, que vuesa merced se vaya ó se vuelva, que se quede ó no, *pour moi c'est tout un.* Y aunque tal despejo y desvío declara el corazon mas firme y constante, á mí se me encendió de tal suerte, teniendo sus ofensas á favor, que salamandra de su fuego sentia cada instante encenderme en la lumbre de sus ojos, y gustaba de estar hecho Tántalo de su belleza: porque es muy de mujeres como la tal desestimar á quien las regala y idolatrar á quien les quita lo que tienen y les da muchas bofetadas, y de hombre como yo perder el juicio y gastar la hacienda por quien no lo agradece ni sabe guardar fe ni lealtad; pero al fin era yo tal como ella, y ella tal como yo. Pudo mas en mí ir á buscar á mi amo que no la prision de mi libertad ni el estar en la gloria de Niquea, y dejándola en un monasterio, mas por fuerza que de grado, tomé las prevenidas postas, y repitiendo al son de su trote: Adios, Bruselas,

pasé á Namur, Marcha y Lisel, adonde despues de romper los cristales de la Musela y fatigar el bosque de Crucenaque, y desempedrar las calles de Wormes, Fraquendal, Espira y á Donaverte (plaza del duque de Baviera, adonde me embarqué en el caudaloso y nombrado Danubio, cuyas rápidas corrientes bañan el reino de Ungría y con soberbia del golfo desembocan en el mar de Constantinopla), desembarquéme en Viena, harto cansado de haber ido sobre elemento tan prodigioso para todos, y de tan poco provecho para mí: y ántes de descansar, ni tomar posada, fuí á visitar las cesáreas magestades, teniendo órden del mismo emperador, así que entré en su real sala, que no hablase cosa que tocase á su alteza serenísima el infante cardenal, por el gran sentimiento que hacia cuando lo oia nombrar la cesárea magestad de la emperatriz su hermana. Holgáronse de verme y de oirme, y haciéndome aliviar el mareamiento de mi embarcacion, fuí á besar la mano al marques de Castel Rodrigo, que estaba por embajador ordinario de la católica y real magestad, y por su primer plenipotenciario para el tratado de las paces: el cual, procediendo como tan gran señor, me amparó y honró, no por quien yo era, sino por el valor de su excelencia.

Estuve algunos dias hecho caballero festejador y recibidor general de cuanto me daban, mareándose de tal suerte la cochinilla del gracejo, que no trocara mi oficio por el mejor gobierno. En este tiempo partió mi amo por la posta del ejército imperial, para venir á Viena, y teniendo yo noticia de ello, le salí á recibir al camino: y echándome á sus piés le pedí perdon de haber dejado tres años su servicio, dándole por disculpa haber quedado enfermo á su partida, y el haber entrado á servir un bisnieto de Cárlos quinto, hijo de un rey de España y hermano del mayor monarca del orbe. Hízome levantar y cubrir, y díjome que se hallaba indigno de recibir en su servicio á quien habia tenido por dueño un tan gran príncipe. Entró su excelencia en la corte, y así que se apeó en su palacio, me mandó que tuviese cuidado de visitar todos los oficios tocantes á la bocolica, y que yo los ajustase de suerte que fuera bien servido. Yo, no solo tomando el mando, sino el palo, que así lo hacen los que no han sido nada, y llegan á verse en bragas de cerro, hice visita general en cocina, cantina y potagería, y los metí de tal manera en pretina, que decian que me habia dado mi amo el pié y me habia tomado la mano. Y al fin quise ser tan recto veedor, que me enemisté con todos los de casa, desde el mayor al menor, los unos porque les quitaba el mando, y los otros porque les quitaba los provechos. Cantábame un criado, á quien no le habia tocado la residencia, todas las veces que me encontraba:

Mal lograda fuentecilla,
Deten el paso, y advierte, etc.

En efecto, tuve un poco de buen tiempo en aquella corte, teniendo muchos provechos de dádivas fuera de casa, y muchos regalos dentro de ella; pero en lo mejor de él se fué mi amo á gobernar las armas impe-

riales, por muerte del general Francisco Alberto, quedándome yo enfermo del mal de los ricos, porque como me vió la fortuna puesto en razonable estado, quiso, mostrándose liberal conmigo, que de mas de un millon de arrobas que habia bebido, le pagase una sola gota de pension, porque tambien ella reparte en la jurisdiccion de los cuerpos sus millones y alcabalas, y algo se me habia de pegar á mí de andar entre príncipes y señores. Apenas habia mi amo salido de casa, cuando se conjuraron contra mí todos los criados de ella, por haber sido mequetrefe, metiéndome en aquello que no me tocaba, ni era perteneciente á mi oficio. Llegó á tanto su atrevimiento, quizá por verme medio tullido, que habiéndome un dia sentado en la cocina por gozar un poco del calor del fuego, llegó el cocinero y echándome como á Luzbel de la silla abajo, enarboló en lugar de espada un asador, y pienso que se quedó en solo el amago, por ver que al tiempo de quererme levantar, me dió un pícaro de cocina tal sartenazo en la mitad de la cabeza, que á no ser de llano me dejaba para siempre libre de la enfermedad de la gota. Y no paró solo en esto, pues una criada barrendera, con quien no habia usado de mi comision, descargó sobre mis hombros media docena de escobazos, con que me obligó á besar dos ó tres veces la tierra sin ser parte sagrada. Acudió el mayordomo al son del paloteado, y despues de haberse holgado infinito de verme aporreado, y tendido en el duro suelo, dándoles á todos razon y á mí baldones, me puso de piés en la calle, dándome con las puertas en la cara, adonde se me vino á la memoria aquel sentencioso adagio de que *en furia del conde no mates al hombre*. Yo, temiendo que pluvia que habia empezado en palos y sartenazos no acabase en torbellino de sangre, animándome lo mas que pude, tomé la posta y me fuí á buscar á mi amo, al cual hallé al cabo de algunas jornadas en la Moravia, en una villa llamada Helbruna, adonde le dí mis quejas, y criminé lo que habian hecho en mí contra los criados. Mas aunque me hizo mucha merced, y me prometió dejar vengado, al cabo de la jornada se quedaron todos en casa y yo con mi sartenazo.

Llegó á aquella villa con su armada el archiduque Leopoldo, y juntándola con la de mi amo, hizo plaza de armas general. Dió su excelencia un grandioso banquete al archiduque, y todos los cabos de la armada, por agasajarlos: y porque corriese parejas su valor con su grandeza, bebióse en él á lo aleman, pero yo, sin ser la torre de Babel, bebí en todas lenguas, caí de todas maneras, y dormí de todas suertes. Otro dia muy de mañana marchamos en seguimiento del sueco, el cual nos tenia sitiada una plaza en la Silesia, llamada Brique: pero siendo advertido el enemigo de la gran resolucion que llevaban el archiduque y mi amo de socorrerla aunque se arriesgase de perder la armada, no osando atender á tan valiente determinacion, se resolvió, con hallarse muy fortificado, no solamente en levantar el sitio, pero en dejarnos libre una villa, llamada Nais, que está á cuatro leguas de Brique, despues de haberla puesto fuego por cuatro partes, sin haber emprendido por ninguna. Y habiendo sido informado el archiduque de mi amo lo diligente que yo era, y la confianza que en diferentes ocasiones se habia hecho de mí, y

la merced que me hacia su alteza (que esté en gloria) cuando estuve en su servicio, me mandó que haciendo oficio de correo llevase estas buenas nuevas á sus cesáreas magestades. Llegué á Viena á toda diligencia, y apeándome en el patio del palacio imperial, dí el despacho al conde Buchaim, que hacia oficio de camarero mayor, queriendo mas usar de las obligaciones de correo, que de las preeminencias de gentil hombre entendido. Regaláronme todos los señores de palacio y criados de importancia, porque demas de mi buen humor servia de correo de buenas nuevas. Mandóme dar su magestad cesárea una cadena de oro de harto precio, y que se me despachase con nuevos pliegos á la armada, adonde volví con mucha brevedad y serví en ella toda lo campaña el oficio de correo, advirtiendo al postillon que corriere estos renglones, por si escrupulea sobre el nombre de armada ó ejército, que en Alemania se apellida de este modo, y que cuando no fuera así, nadie me puede quitar que yo la llame como quisiere, porque lo que se escribe de veras no goza la libertad y privilegios de lo que se compone en chanza.

Sitiamos una villa llamada Glogau, que está en el fin de la Silesia, y en los confines de Polonia y de Pomerania, adonde mi amo visitaba muy á menudo las trincheras: y por probar mi valor, aunque ya tenia harta noticia de él, me llevó una mañana consigo, mas forzado que de voluntad, diciéndome que me queria hacer un valiente soldado, siendo cosa irremediable, si no es quitándome el pellejo como á culebra y volviéndome á hacer de nuevo. Esguazamos una ribera llamada Odra, que pasa por medio de la asediada plaza, y llegamos cerca de las murallas, desde adonde el enemigo nos enviaba colacion de balas sin confitar y de peladillas amargas. Yo, empezando por el credo y acabando en los artículos, le dije á mi amo que no me agradaba mucho aquel almuerzo, que me dejase á mí ir á nuestro cuartel, y que trajese otro criado, que yo le renunciaba mi parte del honor que habia de ganar en aquella accion. Él me respondió que de aquella suerte ganaria opinion, y me haria memorable, que tuviese buen ánimo. A lo cual le repliqué: Certifico á vuestra excelencia que no me falta otra cosa, y que yo no busco en este mundo pundonores, sino dineros en serena calma, sin sirtes ni bajíos. Apenas acababa de pronunciar estas últimas razones, cuando nos tiró la villa un cañonazo tan derecho, que á bajar la puntería nos llevaba á los dos de bola, ó á uno de calles: y aunque no mostré flaqueza por estar mi amo delante, cuando vi que poco distante de nosotros hizo á un soldado volatin de carnaval, dándole remate de vida, no habiéndolo tenido de paga, cumpliendo con mi profesion, y gustando mas que dijesen: *aquí huyó*, que no: *aquí cayó*, me afufé con tal donaire, que parecia el suelto caballo á quien movian tantos vientos como espuelas. Llegué al cuartel con una tilde de vida, y menos de aliento: subíme al pajar, y sepultéme en la paja. Al cabo de una hora vino mi amo, y preguntando por mí, le dijo un page que me habia puesto en la pajada á madurar como níspero. Mandóme bajar, y llegando á su vista, no limpio de polvo y paja, me dijo: Pícaro, ¿cómo sois tan cobarde, que me habeis dejado, y á vista de una armada habeis vuelto las espaldas y puéstoos en huida?

Yo le respondí: Señor, ¿quién le ha dicho á vuestra excelencia que yo soy valiente, ó en que ocasion no lo he hecho mucho peor que hoy? Si vuestra excelencia me envió á llamar á Flandes para que le sirviese de soldado, está mal informado de mis partes, porque como otros son archiprestes de presbíteros, yo soy archigallina de gallinas. Obligóle la respuesta á convertir su enojo en placer, y á disculparme de lo sucedido.

CAPITULO X.

En que prosigue el fin que tuvo aquel sitio, y del viage que hizo al reino de Polonia, y de lo que le sucedió á la vuelta en la batalla de Leipsic, que dieron los imperiales á los suecos, y un reencuentro que tuvo con un trozo de vivanderos, y de la vuelta que dió á Flandes, y despues al imperio.

Al cabo de ocho dias, y habiéndome retirado de la plaza, por venir el enemigo con gran poder, su alteza el archiduque me despachó á Polonia con dos pliegos de cartas, el uno para el rey, y el otro para la reina su hermana. Tomé la posta, llevando de compañía un ayuda de cámara del gran duque de la Toscana, el cual llevaba la nueva del feliz nacimiento del primogénito de aquel estado; el cual anduvo tan liberal conmigo, que me hizo la costa todo lo que duró el viage. Llegamos á la corte de Polonia, adonde se apartó de mí á dar su embajada; y yo, anticipándome con la mia, me fuí al palacio real, y dí el pliego en mano propia á su magestad: el cual, como no me conocia, ni tenia aviso de quien yo era, me hizo mil honras, y mandó que me fuese á descansar, que él tenia particular cuidado de despacharme. Fuí al cuarto de la reina, dí el pliego del archiduque su hermano; y ya por mis extraordinarias cortesías, ó por advertirle en el pliego la calidad del portador, me mandó cubrir, y en lugar de enviarme á descansar, me mandó regalar, y que cuidasen del señor embajador. Dió aviso de ello á su magestad, el cual se holgó mucho, celebrando la gravedad y tesura con que le habia dado el pliego. Al cabo de tres dias me despacharon, dándome trescientos ducados para guantes; y enviándole la reina á su hermano, entre las demas cartas, una en que le encargaba que si acaso me despachase á los Paises Bajos, me diese comision de traerle unas puntas, y una muñeca vestida al trage francés, para que sus sastres tomasen el modelo y le hiciesen de vestir á uso de aquel reino, por ser el de Polonia embarazado, y no á su gusto.

Recibidos los despachos y dineros, partí en busca de la armada, y por no poder entrar por la parte de los confines de Alemania, por estar tomados los pasos del enemigo, pasé por la Ungría; y habiendo llegado á la corte imperial, el señor marques de Castel-Rodrigo, embajador ordinario del rey católico, me dió otro pliego de cartas para la armada: y

partiendo con toda brevedad en su alcance, entré en el reino de Bohemia, y pasando por Praga, llegué á Dresde, corte del duque de Sajonia. Allí tomé lengua de la armada, y me dijeron que marchaba la vuelta de Leipsic, en seguimiento de la sueca. Yo me dí tan buena diligencia en seguir aquella derrota, que á las veinte y cuatro horas, una legua de Leipsic, descubrí á las dos armadas, puestas en batalla campal, y dándose muchos bodocazos y cuchilladas. Aquí fué adonde el señor correo perdió todo el brio, y quedó mas cortado que una cernada. El caballo que llevaba, animado de las trompetas y cajas, queria embestir con los batallones; y yo atemorizado de oir una fragua de Vulcano, y de ver desatadas todas las furias del Averno, queria ponerme en huida. En efecto, estábamos de contrarias opiniones yo y mi camarada el rocin. Temia por una parte el perder los pliegos, por venir sin postillon, y por otras dos mil el perder las ganas del comer, y arriesgar el caballo que me habia costado muy buen dinero. Era tan grande y tan espeso el humo que causaba la artillería y mosquetería, y tan copiosa la polvareda que levantaban los alados húngaros y frisones, que no me daban lugar á ver quien llevaba lo mejor. Estuve un gran rato sin determinarme si pasaria adelante ó volveria atras, porque la gran turbacion que tenia no me daba lugar á determinarme; pero al tiempo que me quise acercar un poco (sabe Dios con cuanto sobresalto) llegó á mí un batallon de los nuestros diciendo que perdíamos la batalla por falta de la caballeria del cuerno izquierdo, y preguntándome, pues era correo, si sabia algun buen camino donde poder salvarse, le respondí que dejasen aquel cuidado á mi cargo, y que me siguiesen : y con mas miedo que todos ellos, los alejé de la tremenda palestra, de tal manera que á la noche los acuartelé en un village, á veinte leguas de ella, porque si yo fuera tan diestro en los alcances como en las huidas, ya estuviera escabechado á pocos laureles. No fueron tan pocos los que me siguieron que no pasaron de dos mil, con que pudiera blasonar haber sido restaurador de tanta caballería.

Llegamos á puerto salvo, despues de pasar la borrasca, por hallar en el village una infinidad de vivanderos, que iban á nuestra armada cargados de bastimentos, ignorando el siniestro suceso; y habiéndonos juntado todos á consejo de guerra para darles un Santiago, y no de azabache, me enviaron á que sirviese de espía de los pobres demonios para reconocer la cantidad que habia, y si estaban alerta. Volví al cabo de un cuarto de hora, y disminuyendo el campo contrario, y animando el mio á la empresa, cerró con tal valor, que si aquella mañana perdió una batalla en campaña, aquella noche ganó otra en poblado, con harto menos peligro y con mucho mas provecho. En efecto, entraron los amigos á saco : era un confuso laberinto oir en el peso de la obscuridad de la noche los gritos de los derrotados vivanderos, los llantos de sus tiernas criaturas, los golpes de los descerrajados baules, las embestidas á los sacos del pan, los asaltos á las botas del vino, y el cierra, cierra las arcas de ropa, sin usar de ninguna piedad ni misericordia, porque como tienen á los vivanderos en opinion que los roban y que se llevan todo el dinero de la armada, se habian revestido de nerones. Yo quise tambien probar la

mano y ganar algunos despojos, pues habia sido gula de los vencedores y espla contra los vencidos: y dejando á guardar mi caballo á un soldado, que se me habia dado por amigo, con intento de pescar otro mejor entre los muchos vivanderos, cargué con mi maleta de pliegos, y llevándola debajo del brazo izquierdo, metl mano á la espada, y cerré con el escuadron de carros, á tiempo que estaban todos ellos en cruz y en cuadro, sin que hallase otra mercancla mas que lágrimas y ternezas de sus dueños, por lo cual fué fuerza retlrarme sin caballo. Y volviendo en busca del mio, hallé que el soldado á quien se lo habia entregado se habla acogido con él, de manera que me quedé sin el uno y sin el otro, por ser disparate dejar lo cierto por lo dudoso; de forma que entre tanto despojador, vine yo solo á ser el despojado, quizá por lo que habia tenido de vivandero.

Venida la mañana, marché á pié, cargado con la maleta, siguiendo nuestras derrotadas tropas, y encontrando con un coronel, me preguntó que ¿cómo caminaba á pié? Yo le respondl que en la batalla me habia llevado la bala de un cañonazo el caballo de entre los piés. Díjome: Por cierto, Estebanillo, que fuiste dichoso en no llevarte á tl, y que lo puedes atribuir á milagro, y ser buen cristiano de aqul adelante. Marché poco á poco, hecho correo de á pié, hasta llegar á la corte de Praga, adonde hallé á su alteza el archiduque Leopoldo y á mi amo que estaban recogiendo la gente que se habia escapado de la pasada refrlega. Preguntóme su alteza, ¿cómo me habia ido en Polonia? Y yo le encarecí las mercedes que en ella habia recibido; y deseando saber la causa de mi venida á pié, le satisfice con decir que habia llegado á la armada al tiempo de la batalla, y que animándome de ver á su alteza opuesto á los peligros, empecé á escaramuzar con las tropas enemigas, adonde me dl á conocer bien á costa de mi sangre; pero que habiéndome sido forzoso el retlrarme, por ver al enemigo victorioso, rendido el caballo de haberme puesto en salvo, me fué fuerza el dejarlo, y venir á pié. Dió crédito á todo ello, por ignorar la batalla de los vivanderos. Leyó las cartas, y en recompensa de haber salvado los pliegos y traidolos á cuestas, me mandó dar para montarme. Ful á ver á mi amo, y contéle lo mismo, aunque, como me conocia, no pude (como con los demas) acreditarme de valiente. Envióme otro dia su alteza con un despacho á Viena, para su magestad cesárea, y con otros para los estados de Flandes, dándome trescientos escudos para el camino. Fuíme á despedir de mi amo, el cual me dió otro pliego para don Francisco de Melo. Llegué por la posta á Vlena, dl los pliegos y otros que asimismo traia, á la magestad cesárea de la emperatriz y al marques de Castel Rodrigo. Alll conté maravillas de la batalla, y mentiras ni vistas ni imaginadas, ganando mucho mas con ellas que no gané en Yelves á coger aceitunas. Y habiéndome despachado, me volví á empostillar, y dándome unas pocas de alas el rapaz virotero, resucitando en mí las cenizas del amor pasado, llegué en ocho dias á Bruselas, adonde, despues de haber dado mis despachos y hacer mis embajadas, me sall á pasear y á ver la tia de mi cuidado, la cual me lo acrecentó con unos pucheritos que hizo, lamentándose de la desconsolada vida que habia pa-

sado aquel enjaulado serafin. Limpiéle las lágrimas con unas doblas que le di (iris de tales tempestades) para que la sacase de empeño y la trajese á casa. Partió como una saeta; y yo quedé lastimado de su relacion, aguardando el retrato de una penitente egipciaca. Mas presto me consolé por verla entrar por la puerta, pálida como un madroño, flaca como una trucha, y con mas papada que un canónigo. Por estas señas conocí lo que habia sentido mi ausencia. Abrazóme tierna y estrechamente, y yo la dí los brazos sospechoso y desengañado, y mas cuando ví unos asomos de lágrimas en sus neutrales ojos ,que debian de ser por la reclusion pasada, ó por la que esperaba entrando en mi poder. Pasamos aquel dia con gusto, mas no tanto que no dejamos de tener tres pesadumbres, y en la semana trescientas, por ocasion de que por regalarla gastaba lo que tenia y lo que buscaba, y ella, por verme tan liberal, lo era tambien conmigo en darme lo que le pedia, que eran zelos y mas zelos.

Volví á hacer una visita general á todos los señores de esta corte, guiándome por la carta de marear de mi antigua lista, aunque por haber sido corsario en seguir aquellos rumbos, no necesitaba de ella. Satisfice algunos deudores, por pedirme la deuda con humildad y ofrecerme de nuevo sus casas con amor; que á quien esto no obliga, ó se precia de muy caballero ó de gran tirano. Visitábanme los amigos que me habian menester, saludábanme los soldados que me querian pedir, y pegábanseme los brazos que me intentaban estafar. Mi dama, por desquitar algo del encarecimiento pasado, volvió á hacer de las suyas, y dándoles á todos piques de esperanzas, me daba á mí repiques de zelos y capotes de desesperaciones. Determiné de vengarme por los mismos filos, y de sacar un fuego con otro fuego: para lo cual, habiéndome acariciado otra dama tan buena como ella, y de no menos servicios y virtudes, y que basta, para decir que tal era, que ella me hubiese acariciado. En efecto, acepté el favor, y en agradecimiento de la mala eleccion que habia hecho, la convidé á merendar fuera de los muros, y por parecer hombre de mi palabra, otro dia la envié á advertir por la puerta que habia de salir, y en el puesto que habia de esperar, y á la hora que habia de ser. Llegado el plazo, me presenté al desafío campal, llevando por armas un gran jarro de vino y ciertos sazonados manjares. Llevé por padrinos un par de amigos, y por portadores de la merienda á mi querida prenda y una conocida suya. Al tiempo que llegamos adonde la otra dama me estaba aguardando, me adelanté un poco, despues de haberla abrazado á letra vista, la dí á entender que las dos que venian en mi seguimiento eran criadas mias, y señalando la hostería donde habia de entrar, volví á retaguardia, y le hice creer á la señora mi moza ser aquella una persona de merecimiento, y á quien yo tenia muchas obligaciones, y que la habia convidado por haberla hallado en aquel puesto. Entramos en la hostería, y llamando al patron, le pregunté, ¿que si sabia hacer una ensalada con los tres artículos pertenecientes para salir perfecta? Él me respondió que si no fuera muy buena la que él me daria, que no le pagase nada de todo el gasto que hiciese en su casa. Cubrieron la tabla, y poniéndome yo y mi nueva pretensora en cabecera de ella, la empecé á brindar á lo flamenco, y á

dar paz á lo francés, y á hacerle plato á lo español, comiendo los dos los mejores bocados. Sintió de tal suerte mi antigua compañera este desprecio, que atragantaba podre por la boca y vertia ponzoña por los ojos, no porque ella me tuviese amor, ni sintiese verme divertido en nuevo empleo, sino por la poca estimacion que de ella hacia en presencia de tanta gente; y lo mas que le llegaba al corazon era el ver que su compétidora le mandaba pedir lo que faltaba en la mesa y le hacia que escanciase la bebida. Al fin, pagando agravios de zelos con venganzas de lo mismo, dimos fin á la obra, y principio á la cuenta del gasto que habia hecho el patron: el cual ajustando su conciencia, me pidió un patacon de pan, cerveza y ensalada, y de la buena pro. Yo, tomando de la mano á quien me habia servido de novia en la mesa, me iba diciendo no era obligado á pagar lo que me pedia, por no haber sido la ensalada de mi gusto.

El patron me impidió el paso, pidiéndome el escote; por ver que se juntaba bulla de gente, porque no presumiesen que por miserable no le pagaba, ó por no tener con qué, me encaré con él, y le pregunté, ¿que si acaso se acordaba de que me habia dicho, que si no fuera buena la ensalada, que él me daba por libre del gasto que hiciese? Confesó ser así; y que no solamente no podia estar mas bien hecha, pero que nadie le llevaba ventaja en saberlas acomodar. Yo le respondí: Pues tan gran maestro sois en esa profesion, ¿qué tres propiedades ha de tener el que quisiere acertar á hacerla apetitosa y sin ninguna falta? Replicóme que él no sabia mas propiedad que de cobrar su dinero, ni mas faltas de que nadie la biciese con él en irsele con su sudor. Díjele muy puesto en cólera: Pues para que veais que sois un lego y un idiota en este oficio, el hombre que hubiere de hacer una buena ensalada ha de ser justo, liberal y miserable: justo en el vinagre, liberal en el aceite, y miserable en la sal, y pues vivis de presumido, teniendo tanto de ignorante, porque no presuman los que nos estan mirando que lo hago por no pagaros, ni vos os alabeis, que no habeis cumplido lo que me prometisteis, veis aquí el real de á ocho que pedis. Y diciendo esto, lo saqué con un puño de ellos de la faltriquera, y arrojándole con mucha fuerza á unos convecinos jardines, le dije: De esta suerte se parte la diferencia, y quedamos ambos pagados: y otro dia sed mas avisado conmigo, y seré yo mas generoso con vos. Celebrando el cuento y accion los mirones, y el hostelero avergonzado, bajó la cabeza y volvió las espaldas: pero yo, por andar mas galante á vista de mi moderno galanteo, saqué otro real de á ocho, y llamando al que partia desconsolado, le dije: Ahora que os hallais convencido, y no pedis nada, veis ahí lo que pretendiais, y arrojándoselo en tierra, me entré con mucha gravedad en la villa. Acompañé á la dama bisoña hasta su casa, y con mi vieja camarada me retiré á la mia, á la cual sirviéndole de escarmiento el referido desprecio, por no llegar á verse en otro acto semejante, dió en mostrárseme mas apacible y en darme menos enojos, porque para el veneno y letargo de zelos esta es la perfecta contrayerba.

En este tiempo la condesa de Ulst, á pedimiento de mi amo, y por

agradar á la reina de Polonia, me dió una gran muñeca, vestida á lo francés, que habia hecho traer de Paris. Compré cantidad de puntas de las mejores y mas finas que pude hallar, en cumplimiento de lo que me habia mandado el archiduque Leopoldo, y llegándose el tiempo de poner el ejército en campaña, salió don Francisco de Melo, como su general, á visitar las fronteras, y me mandó que le siguiese, ó presumido que yo era algun gran ingeniero, ó teniendo noticia que era único minador de jamones y panecillos. Fuimos recorriendo todas las plazas, y llegando á la de Lila, me despachó como á correo para Alemania, con pliegos para el señor marqués de Castel Rodrigo. Dí la vuelta á Bruselas, y por tener ya mas satisfaccion de mi dama, la dejé en casa de un mercader, que á saber la buena mercancía que le dejaba estoy cierto que no la hubiera recibido. Dejéle pagado algunos meses adelantados, y todos los vestidos y galas que yo mas estimaba, por ser dádivas de su alteza; y despues de haber dispuesto mis negocios lo mejor que pude, y despedídome de mi infanta Palancona y de los amigos del trago, tomé la posta, y empecé á desmoler lo que habia comido, á sudar lo que habia colado, y á trocar en el trabajo del camino la vida palaciega de la corte. Partí de Bruselas en el mes que los enamorados sirven á sus amores: y divirtiéndome la variedad de las flores, la hermosura de los campos, el susurro blanco de los despeñados arroyuelos, y el gorgear de las sonoras aves, llegué á Viena, y entregando los despachos que llevaba, por hallarme desocupado y por tomar algun descanso de tan dilatado camino, trocando el oficio de correo en mi antigua dignidad, en achaque de *éntrome acá que llueve, y hace un sol que rabia*, me entraba en el imperial palacio, y en las casas y posadas de todos los señores, unas veces echando lances en vacío, y otras hinchendo la red, tomaba del pecador como venia, y solo sentia á par de muerte unos pegatostes, que como emplastros de resfriado se pegan á los poderosos, y pensando que lo que me daban á mí les habia de hacer falta á ellos, me hacian mal tercio, y muchas veces eran ocasion de salirme en *albis*, y otras de disminuirme las dádivas. Yo les decia: Caballeros Lanzarotes, ya que no gozais de la gloria del dar, no impidais el infierno del pedir; y si sois tutores de las haciendas de los señores, sed curadores de sus honras y famas; pues no lo gana un poderoso con henchiros á vosotros las balijas, ni á sus criados los jergones, ni con transformarse en primaveras de galas: pues diferente renombre ganó Alejandro con dar que no Heliogábalo con banquetearse y desperdiciar brocados y diamantes, y diferente fin tuvo el uno por ser dadivoso que el otro por ser gloton: y el que da imita á Dios, que siempre nos está dando á manos llenas infinidades de gracias y mercedes, y el que no da imita al mismo demonio, que solo nos regala con pesadumbre y sobresaltos.

Despues de haber hecho mi ronda, dí en querer probar la ventura, y en jugar con todos los títulos y coroneles, como si yo lo fuera, ó gozara de sus rentas: y unas veces por venir la mia detras, y otras por entrarle á treinta y nueve el *as*, me dejaron á escuras de lo que habia ganado en todas mis corredurías, y de las mercedes que me habian hecho en aquella corte, y de las mercancías que yo habia vendido en ella; porque á tanto

extremo ha llegado mi codicia, que no he hecho ningun viage que no haya cargado de ellas, llevando siempre cosas de poco volúmen y de mucho valor, y de aquello que carecia en el reino adonde llevaba los despachos: pero no hay estreñido que no vaya de cámaras. Al fin, sin poderme aprovechar de las lecciones de mis primeros amos, por jugar con gente de *libera nos domine*, me vine á hallar como Juan Paulin en la playa, y tan aborrecido de todos, por la gran pérdida que habia hecho, que andaba como el alma de Garibay, que ni la quiso Dios ni el diablo. Pero por no dar un buen dia á las corrientes de Flegetonte, ni venganza á mis competidores, valiéndome de unas resultas que me habian quedado, tomé la posta para ir á la villa de Pasan, junto del Danubio, corte del archiduque Leopoldo. Pero apenas habia corrido media legua, cuando pasando por un ameno jardin, que está cercano al camino real, me conocieron unos señores y unas damas que estaban en él holgándose, y hiciéronme apear á tiempo que se cubrian las mesas de un opulento banquete; y yo, por ser rogado, y por aliviar mi melancolía, cerré los ojos, y embestí con platos diversos, y con vinos diferentes: pero entrando de victoria, salí de rendimiento, porque tantos á uno era fuerza que diesen conmigo al través, y para acomodarme mejor de ropa blanca, el postillon que llevaba por guia quedó de tal forma, que no le pudiera guiar á él un ejército entero: y creo que á ser convidados los caballos, pasaran tambien el mismo detrimento. Corrimos los dos parejas tan iguales, que nos apeamos á un mismo tiempo, comimos y bebimos á un mismo tiempo, y caimos á un mismo punto. Acabado el banquete, hicieron diligencias aquellos señores, segun supe despues, para ver si nos podian volver en sí, pero advirtiendo que era cosa irremediable, nos mandaron llevar á una pradería, dentro del mismo jardin, adonde estaban nuestros caballos. Cargaron con nosotros dos docenas de criados, cantándonos cien responsos y haciendo cincuenta paradas, y echándonos mil jarros de agua; mas fuera muy poca toda la del convecino Danubio para apagar tanto fuego. A la tarde, despues de haberse holgado muy bien con diferentes instrumentos, se volvieron todos aquellos señores y damas á la corte, dejándome encomendado al jardinero para que tuviese cuidado de mí y de los caballos y maletas.

Quiso mi ventura que otro dia de mañana acertase á pasar uno de los caballos nuestros, tan cerca de su dueño que le puso pié con pata y zapato con herradura. Obligóle el dolor y la carga á volver á este mundo, habiendo estado en el paraiso de Baco. Sentóse lo mejor que pudo, por no atreverse á levantar, desde adonde no costándole poco trabajo me despertó. Sentéme tambien á su lado, tan atolondrado como él, y tan fuera de mí que no reconocia en la parte que estaba, porque imaginaba haber pasado de la gran Constantinopla. Preguntéle al postillon ¿qué cuántas postas habíamos corrido? Y respondióme que á su parecer mas de doscientas, segun se sentia de molido y cansado. Púseme en pié, sirviéndome de bordon la cola de uno de los dos caballos: el cual, por no ser casado, tuvo ánimo de al son de un medio relincho darme dos pares de zapatadas, con que dió conmigo en un acopado nicho de una frondosa murta, con

que me dejó hecho estatua de Baco en jardin de Flora. Y columbrando por sus verdes celosías que el jardinero venia hácia la parte adonde estábamos, ovidado del dolor, é imaginando que estábamos en camino real, y que él era pasagero que venia por él, le pregunté ¿que cuántas jornadas habia desde allí á la corte de Viena? Él, riendose de la pregunta y ayudándome á salir de mi capilla, me volvió la cara á la parte del mediodia, y me dijo : ¿Ve allí vuesa merced la torre de la iglesia mayor de la corte por quien pregunta? por el distrito que hay de aquí allá, puede conjeturar las jornadas que ha hecho despues que salió de ella. Quedéme mas atónito de lo que estaba, por ver el poco viage que habia hecho, pensando, segun me habia dicho el camarada, que estaba á vista de la villa adonde iba. Díle priesa al postillon á embridar los caballos, el cual, ayudado del jardinero, se levantó, y por ponerles las bridas en las cabezas, se las ponia en las colas, lo de adentro afuera y lo de arriba abajo; y por ser conocido de los trotones, no llevó de la colacion que yo participé. El piadoso Velardo de aquella guerra, viendo que los tragos obligan á lo que el hombre no piensa, lo puso á punto de levo, y nos ayudó á montar en ellos, que entiendo que no le costó poca fatiga, segun estábamos de pesados. Abriónos la puerta del jardin, adonde se empezó á santiguar mi católico postillon, y picando trasero y amorrando á la parte delante, tomó el camino de Viena, yendo yo en seguimiento. El jardinero, como sabia que no era aquel el viage que yo hacia, nos empezó á dar voces, diciéndonos que nos volvíamos á la corte. Yo, con darle al postillon mas olas que hay en el estrecho de Magallanes para hacerlo parar, era darlas al aire, por lo cual, apretando las espuelas á mi descansado rocin, pasé delante de él, y habiéndolo detenido y enseñádole las torres y murallas de Viena, aun no lo podia persuadir á que iba errado. En efecto reduciendo al caballo ántes que a él empezamos á hacer nuestra jornada. Llegué al cabo de las diez y ocho á los piés de su alteza, el cual se holgó de verme, y mucho mas cuando supo que llevaba la muñeca y puntas que habia mandado traer de Flandes, y pagándome diez doblado de la costa que me habian tenido, dentro de ocho dias me despachó á toda diligencia, con aquel presente y despachos, á la reina su hermana á Varsovia, corte de Polonia.

CAPITULO XI.

En que cuenta el segundo viage que hizo al reino de Polonía, el desafío que tuvo con un estudiante polaco, la llegada á Viena y partida á Italia, y lo que le sucedió en el camino con un capitan aleman; y los viages que hizo á Roma y Nápoles, hasta llegar á España.

Despues de haber corrido muchas postas, y pasado malos dias y peores noches, por ir siempre zangololeándoseme cuajar y tripas, por ir el uno lleno de comida, y las otras de los mejores vinos que hallaba, sin guardar la disciplina de los correos, llegué á Polonia, y dí mis pliegos y regalos á su magestad real, siendo embajador sin título y grande sin señorío. Tratóme, al fin, como reina, porque siempre he hallado mas afabilidad y llaneza en emperadores y reyes, que no en ciertos engolletados que se bautizaron en su alteza, y se confirmaron, y añadieron un *don* en el anchuroso dominio de Neptuno, y se endiosaron en el primer oficio que llegaron á ejercer. Todos los señores polacos, por respeto de la merced que su magestad me hacia, me cargaban de dádivas y me henchian de vino, y me trataban de senoría, con lo cual me hallaba mas hueco que un regidor de aldea. Ayudóme bravamente el saber la lengua latina, porque de otro modo hubiera sido imposible entender una palabra, por la gran obscuridad de su lenguage, y porque ellos no saben de la nuestra, sino el dar señoría á uso de Italia, por haber en aquellos paises muchos mercadantes italianos. Partieron sus magestades á su gran ducado de Lituania, adonde por antiguos fueros tienen obligacion de asistir en él un año, y dos en Polonia. Es este estado un pais muy frísimo, y de muchos y muy grandes y espesos bosques: particularmente uno llamado Viala-Vexe, en el cual su magestad mató en solo un dia seis toros salvages, tan feroces que daba horror el mirarlos, y tan bárbaros que cada uno de ellos podia prestar barbas á media docena de capones. En cualquiera parte que sus magestades hacian noche, el señor de aquel distrito les alojaba y banqueteaba al uso polaco, con tal grandeza que á mí me causaba admiracion y me parecia cosa imposible que hubiese tierra que produjese tantos regalos, ni señores que tan generosamente diesen muestras de su poder y voluntad.

Dióle á su magestad deseo de ir á caza de las grandes bestias que tienen virtud en la uña del pié izquierdo, y llegando á un gran bosque, en muy poco tiempo dió muerte á ocho: y entiendo que á querer darse diligencia, pudiera matar ochocientas, por ser siglo abundante de bestias. Yo consideraba cuantas racionales hay mayores que estas, y con mayores uñas, y mas virtudes para sus provechos en las manos derechas, y no hay quien ande á caza de ellas. Yo pienso que me preservé en esta ocasion,

por ser bestia pequeña, y andar el rey á caza de grandes. Marchamos desde aquel bosque á la vuelta de Groden, ciudad de Lituania, adonde por venir yo algo indispuesto, de haber querido bizarrear en tanta variedad de banquetes, caí malo: por cuya razon hallándome al cabo de algunos dias algo convaleciente, pedí licencia á sus magestades para volverme á Alemania: la cual me dieron con mucha voluntad, y un pasaporte real para todo su reino, y una carta de favor y recomendacion para mi persona, para la magestad cesárea de la emperatriz su prima, y pliegos para el archiduque su hermano, honrándome para ayuda del viage con seiscientos escudos, y con dos riquísimos vestidos á lo polaco, y con una carroza con dos bizarros caballos (porque caminara con mas descanso, y porque no me dañase el sol ni el viento, temiendo no volviese á recaer el señor embajador) y una guia intérprete, para que me comboyase hasta llegar á los confines de Alemania. Presentáronme tres señores de los que iban acompañando la corte tres caballos; como si Estebanillo fuese ó alguna persona de gran puesto y calidad; pero el señor que es generoso no mira el sugeto del que recibe, porque solo se atiende al valor del que da: que el que pone excepciones son *achaques al viernes por no ayunar*. Contemplándome tan poderoso y en tau alto estado, me despedí de sus magestades y de todos los señores y títulos de su corte, y poniéndome en camino salí de Lituania, y atravesando todo el reino de Rusia, y pasando el de Moscovia, llegué á una ciudad del reino de Polonia, llamada Cracovia, que es adonde se coronan los reyes de aquel reino, y adonde hay gran comercio de mercancías y muchos mercadantes italianos, siendo todo su tráfico y trato el de la seda.

Allí tuve un desafío de los que yo no suelo rehusar con un estudiante polaco, sobre quien beberia mas aguardiente. Yo lo acepté al mismo punto que me desafió, pero por ser de parte de noche, y estar ya bien cenado, y mejor bebido, lo dejé para por la mañana venidera: el cual no excusé por materia y razon de estado, pues parecia género de cobardia huir yo la cara, viniendo con carroza, criados y caballos de respeto, y con guia tafaraute. Aquella noche hice provision de esponjas y estopas, y á la noche, quitándole á mi faraute unos grandes calcetones de paño que traia debajo de unas botas, que le pudieran servir de calzones, le metí en la una de ellas todas las esponjas y estopas en lugar de escarpin y calceton, y como quien calafatea navíos, se las calafateé muy apretadamente. Dile la instruccion de lo que habia de hacer, y avisando al huésped, y depositando seis doblones, que era el señalado premio del vencedor, le dije que recibiera otros tantos de mi competidor, el cual con bacanal catadura se nos venia acercando. Dió el depósito al patron, el cual nos metió en una sala, que nos vino á servir de palenque y estacada: diónos á cada uno un jarro de azumbre y media de la mejor aguardiente que tenia, porque peleásemos con armas iguales. Sirvióme á mí de padrino mi faraute Garci Ramirez, y al retador otro estudiante camarada suyo. Pusiéronnos una mesa, y encima de ella dos vasos pequeños, para que empezásemos nuestra batalla, y dos pipas y un papelon de tabaco picado, y un candelero con una vela encendida, para que se entretuvieran

los padrinos, miéntras durase la refriega. Declaróse quedar por vencedor el que diese mas presto fin á su jarro: hiciéronles los jueces salva, para ver si habia algun fraude en ellos; y habiéndolos dado por justos y rectos, nos partieron el sol, poniéndonos á los dos de frente en frente, y la tabla en medio, que nos servia de valla: y en lugar de trompetas y da son de embestir, despues de habernos henchido los vasos, empezaron á enflautar sus pipas, y á resollar humaredas. Yo y mi estudiante nos dábamos de las astas bien á menudo y con lindo denuedo, y como era por la mañana y el pais muy frio, y en el rigor del invierno, apenas dábamos lugar á que los padrinos tuviesen tiempo de escanciarnos, porque aun no estaban llenas las ampolletas, cuando ya estaban vacías. Jugaba tan bien de la chitta mi escolástico, que ya reconocia yo superioridad: y á no haberme valido de ardides quedara el campo por suyo, por llevarma mas de seis vasos de ventaja, aunque se veia ya tan fatigado del peso de la cabeza, que la reclinaba á menudo sobre la tabla, y desconociendo á su compañero, se le antojaba la vela cirio pascual. Cuando yo vi qua se habia llegado la ocasion de conseguir mi intento, haciéndole á mi compañero, se acercó hácia la vela, an achaque de encender la pipa, y en lugar de despabilarla la dejó á buenas noches: ampezóse á lamentar, por la gran falta que les hacia á los dos, y al padrino contrario, haciendo del cortés, tomó la vela, y fué á encenderla. En el ínterin, viendo á mi competidor que estaba amorrado sobre la mesa, como jugador trasnochado y perdidoso, dándola un baño de aguardiente á su bota, dejó el jarro, con menos de cuartillo, quedándole agradecidas botas, estopas y esponjas del buen desayuno que les habia dado. Vino al punto el camarada, y tomando cada uno su pipa de tabaco, mi faraute, aun ántes de dar fin á la suya, dijo que le parecia que iba muy de espacio la procesion, y que los combatientes estaban bien bebidos y calientes, y los padrinos muertos de frio y en ayunas, y que así queria ir á hacer que les trajesen de almorzar á costa del que perdiese. Respondió el otro quo hablaba muy bien, y que pedia razon y justicia, y que cuanto ántes fuera seria mejor, porque se las pelaba de hambre. Salióse mi faraute de la sala medio chillando la bota: fué á pedirle al patron que aderezase con mucha brevedad de almórzar para dos, y en el inter se fué á nuestro aposento, y se quitó la bizma pródiga, y limpiándome la bota lo mejor que pudo, se metió en ambas sus calcetones, y volvió con lindos apetitos y con muy buen almuerzo. Cubrió el patron la mesa, haciendo desamorrar á mi contrario; y yo diciendo que tambien queria almorzar, me levanté y brindándole al patron á la salud de quien lo habia da pagar, levanté el jarro, y chupando gotas, por hacer detencion y quitar sospechas, me estuve gran rato tragando mas aire qua brandevin; y dando fin á lo que habia quedado, empecé á publicar la victoria, y á pedir el premio de ella. Diéronme todos por vencedor, y entregándome el patron los doce doblones, me senté muy despacio á almorzar con los padrinos, sin qua el rendido estuviese da provecho para podernos ayudar. Reconocieron lo que habia dejado en el jarro, y aun apenas era un cuartillo, el cual se bebieron entre los dos, y os tres dimos fin al almuerzo. Despedíma del faraute, y despues de

haberle dado para guantes, proseguí mi viage, atravesando la Ungría, y regalándome con sus fuertes y sabrosos vinos.

Llegué á la corte cesárea, adonde por verme entrar con ostentacion de carroza, y autoridad de criados y caballos, tuve ciertos bostezos de ponerme un *don*, aunque no fuera yo el primer bufon que lo ha tenido, ni me sentara mal, siendo correo imperial y real, que me llamasen don Estebanillo. Pero porque no hicieran burla de mí, como de muchos que los tienen sin tener caudal con que sustentarlos, me empecé á santiguar, diciendo: *Líbreme Dios de tan mal pensamiento.* Informáronme en Viena de como mi amo habia pasado á Italia, y que desde allí se habia embarcado para España: cuya nueva sentí en extremo, por carecer de la merced que me hacia, y que por su respeto me hallaba en tanta propiedad. Fuíme á palacio á dar á su magestad cesárea la carta de recomendacion que traia de la Polonia, la cual despues de haberla leido me prometió favorecerme en cuanto se me ofreciera, y por ser á cuatro dias de mi llegada dia de año nuevo, cobré mi aguinaldo de todos los señores de aquella corte: los cuales me doblaban la parada, por verme gentil hombre de carroza. Pero por no hallarme con gusto cumplido por estar ausente de mi amo, me determiné de pasar á Italia, para ir en su seguimiento; y para ponerlo en ejecucion, me fuí á despedir de las cesáreas magestades, y despues de haberme mandado dar una ayuda de costa y un imperial pasaporte, me honró la emperatriz con una carta de favor para el católico y poderoso rey de España su hermano y mi señor. Despedíme de toda la nobleza, y haciendo almoneda de mi carroza, tomé el camino de Italia. Rogóme á la salida un capitan genízaro que lo llevase á caballo hasta Milan, pues que llevaba cuatro de vacío, que él cuidaria del que yo le entregara. Imaginé que no me estaria mal el ir acompañado tan largo y peligroso camino, y mas de un capitan: por lo cual correspondí con obras á sus palabras. Montó encima del que le pareció mejor, porque era hombre mal contentadizo, y no poco presumido, aunque no lo cargó mucho de maleta, porque presumo que habia hecho de algun escarpin de cuero la pequeña llevada. Era el tal señor veinticuatreno en sus comidas, y no en el paño de su capote. Y porque yo no entendiera que era modo ahorrativo, me decia que le hacia mal el cenar de noche, y que era cosa muy saludable á la vida humana el dormir desembarazado el estómago; pero la noche que yo le convidaba, no reparaba en humanidades ni en embarazos.

Pasamos toda la Stiria y el Tirol, y entramos en pais de Grisones, adonde el señor capitan aleman me dijo que él era conocido por aquellos paises, y que podria ser que hubiese allí señores ó soldados que lo hubiesen visto en Alemania con su compañía, y á mí con la escuadra de mis chanzas: y que así importaba á su reputacion que yo pasase plaza de criado suyo, y esto con un género de gravedad y un modo de aspereza que me dejó atemorizado, aunque sabe muy bien el cielo que estuve por dejarlo á pié para que fuese hasta Milan abordonando con su gineta, si acaso la llevaba doblada en la estrechura de su maleta. Pero temiendo no se me alzara á mayores con el caballo, y á mí me diera media

docena de muertos por el alquiler de él (porque como se habia salido con no querer sustentarlo, tambien se saliera con lo que se le antojara) callé y sufrí, consolándome con que mi nuevo amo comia cada dia una comida muy tenua, y el señor su criado comia tres, y bebia trescientas. Iba, siempre que camínábamos, muy adelante de nosotros, teniendo á caso de menos valer el dejarse comunicar, y yo y mis criados polacos nos gloriábamos en irle siempre cortando de vestir, porque obligará un figuron de estos á que murmure de él el mas capuchino: porque no hay ley ni razon que obligue á ser grave á quien ha menester servir y agradar para no morirse de hambre. Pero hoy todo el mundo está lleno de Bartolomicos; pues hay criados de señores que apenas se hartan de lamer los platos, y por verse con esperanzas de rico, ó con una gala perdurable, tienen mas toldo que sus amos y mas humos que Alcorcon.

Llegamos á Chavena, adonde me embarqué yo y mis caballos y mis criados, y en vanguardia el capitan mi señor: el cual como me vió que iba algo rostrituerto, y él se halló en tierra del rey de España, me empezó á echar rodamontadas, como si fuera extraño para mí, siendo medio gallego; y patria para él, siendo medio aleman. Convidéle á cenar en colmo, disimulando el enojo, con intencion de pegársela en Milan, y porque no se despartiese de mí hasta llegar á él; y sin reparar en digestiones de estómago, comió como leproso y bebió como hidrópico. Otro dia, cumpliéndose lo que yo tanto deseaba, entramos en aquella rica y nombrada ciudad de Milan, adonde elegimos por posada la de Falcon. Díjele al capitan la noche que llegamos á ella, que pagase la comida de su caballo, pues demas de haber venido en él de balde, le habia yo hecho la costa todo el camino, habiéndome ofrecido á la salida de Viena muy diferente de lo que me habia cumplido. Respondióme que no solamente no queria, pero que ni aun le pasaba por la imaginacion: que la pagase yo, pues ganaba el dinero á decir gracias, que el suyo era ganado á mosquetazos, y que harta merced y honra me habia hecho en traerme en su compañía, y de admitirme en nombre de criado suyo. Yo quitándome de ruidos, como enemigo que soy de ellos, me retiré á reposar muy de espacio, y venida la mañana me fuí á ver á su excelencia el marques de Velada, que era gobernador de aquel estado, al cual me quejé muy en forma de lo que habia usado conmigo el espetado capitan y genízaro grave: con que se alegró mucho por oir el modo con que se lo pinté. Y como señor tan discreto y entendido, despues de satisfacerme con premio la relacion, no quiso que nadie se quejase de su justicia, y así me remitió al auditor general, á quien habiéndole yo informado de la mucha que tenia, y que mi capitan Holofernes eran sus bienes castrenses, movibles, y no raices, y su persona portátil, le envió media docena de ministros audienceros, á que lo hiciesen parecer á juicio, ó le arrestasen en la misma posada, estando todos á su costa y pension en guardia de su persona. Llegué haciendo el oficio de Judas con los tres pares de alfileres con alma á la posada, y lo hallé lavándose las manos, siendo Pilatos los que venian por él, y el que habia de ser senteneiado. Notificáronle el auto que fué para su gusto peor que de inquisicion, y mirá-

dome muy despacio con sus genízaros ojos y dándome el vos que dan los señores, me dijo que no dijese mal del dia hasta que fuese pasado, porque aun habia sol en Peral. En efecto no pude decir mal del presente, porque fuí satisfecho ántes de ponerse. Dióme por via de acuerdo veinte escudos, y echóme por via de ronca mil amenazas. Vendí los cinco caballos en cien doblas, con que acrecenté el caudal y aligeré de costa: despedí los criados, porque solo los ha de tener quien tiene renta segura para sustentarlos, que para matarlos de hambre y traerlos desnudos cualquiera se los tendrá.

Viéndome libre del capitan Faraon, y de siete bocas polacas, que eran para mí las del Nilo en lo rápidas y borrascosas, me salí á espaciar y á dar una vista á la ciudad, y á dejarme ver. Y como iba hecho á lo de Bruselas y Viena, que todos me hablaban y todos me conocian, y en todas partes entraba y en las mas de ellas tenia provechos, extrañé el nuevo paseo porque todos me miraban y nadie me hablaba, y en el poco tiempo que me detuve en aquella ciudad, si daba lo recibian con buen humor, y si pedia me daban esperanzas con buenas palabras: y así por las vísperas saqué los difuntos, echando de ver que no era mercancía la mia al uso de aquel estado, pues solo dos señores compraron y gustaron de ella, que fué don Fadrique Enriquez, gobernador del castillo de aquella ciudad, y don Vicente de Gonzaga, general de la caballería. Estos fueron los dos peregrinos en esta Jerusalen; pero mas vale pocos y buenos, pues cada uno de ellos me dió muchas doblas. Supe que mi amo no volvia á Italia, y que me aseguraban que se habia de embarcar para Flandes, y viéndome sin amigos ni conocidos, ni tener parte donde divertirme ni entreneterme, dí en hacer visitas á costa de mi dinero y á darme á conocer á peso de mi caudal, y á cebarme en el juego en destruccion de mi bolsa, y sobre todo en tener amigos que solicitaban mi perdicion. Y para concluir con mi suceso, digo que en solos dos meses que jugué como poderoso, que desperdicié como pródigo, que gasté como heredero de padre miserable, me quedé como en Viena, cuando me obligó otro tal disparate como el presente á ir por la posta á la corte del archiduque Leopoldo. Y porque en todo imitara este trance al otro, me despedí del marques de Velada, de quien tuve, demas del pasaporte, con que poder pasar el camino. Salí á boca de noche de la ciudad como gran señor, ó como mercante de banco roto: metíme en la carroza que iba á Florencia, adonde nos hallamos una mezcla de todas yerbas, así de oficios como de naciones; porque iba en ella un judío de Venecia, un esmarchado milanés, que salia á cumplir diez años de destierro, una dama siciliana, que por ser antigua en aquella milicía iba á ser bisoña en la de Liorna, un fraile catalan que iba á Roma á absolver de ciertas culpas, y un peregrino saboyardo que iba á confesar algunos pecados reservados á su santidad. Llegamos á Bolonia la Grasa, adonde nos detuvimos dos dias, por ver el gran concurso de gente que se habia juntado á ver efectuar las paces, y publicarlas entre los príncipes de Italia. Al tercer dia caminamos por las montañas de aquella ciudad, y en sus confines tuve en una posada una pendencia muy reñida de voces, y muy quieta de manos,

por causa de ser el huésped tan alentado como yo. Fué la causa el pedirme la cantidad de seis bocales de vino de solo una comida : cosa tan fuera de la medida de mi barriga y de la quietud de mi cabeza, que me hacia patear ver tan manifiesto robo. Porque aunque es verdad que se han visto mis tripas con muchas mayores sumas, no ha sido quedando ellas secas, como de presente estaban, ni en la tranquila bonanza en que se hallaban, ni mi cabeza tan libre de vapores, ni el juicio de lucidos intérvalos, ni la lengua tan escasa de pelos y borrones. Mas en efecto vino á valer mas su mentira, por estar en su tierra, que mi verdad, por estar en la agena, quedándome al cabo de todo, yo con mis voces, y él con mis dineros; porque todos los paises que son de confines, como este lo es de diversidad de potentados, son los patrones de sus hosterías últimos fines de la sangre y sudor de los pobres pasageros.

Llegamos á Florencia, que con justo título empieza su nombre en flor, por ser breve jazmin de las ciudades de Italia, y nueva maravilla de Europa, y antigua admiracion del mundo. Cuando ví tan espaciosas calles, empedradas de losas catedrales, los desperdicios de sobras de bastimentos en la llanura de sus insignes plazas, lo abastecida de carne y caza, la sobra de fruta y flores, y lo colmada de agua de olores y de vinos odoríferos, me quedé suspenso, imaginando que es poco curioso el que puede y tiene con que ver esta ciudad, y lo deja por negligencia, y que no puede decir que ha tenido regalo cumplido quien no ha estado algun tiempo en ella. Y como cada uno se inclina á lo que mas apetece, yo me aficioné de tal suerte á sus vinos, que aun lloro el no poder gozar de su admirable y sustancial verdea. Parecióme que quien habia visto esta ciudad, ni le faltaba mas que ver, ni que habia mas que desear. Hice alto en ella, eligiéndola por mi corte, hasta tanto que supiese nuevas ciertas de mi amo. Y por curarme en salud, ántes que me apretase la hambre, cosa jamás conocida en los que son prácticos en mi oficio, fuí á visitar al príncipe Matías, hermano de su alteza de Toscana, ante cuya grandeza fuí bien venido, quedando su alteza alegre y yo contento, por haberme conocido en Alemania cuando hice el oficio de sacamuelas. Sin reparar en mi humilde sugeto, no pareciendo á los caballeros gorrones atras referidos, sino á los príncipes de su valor y calidad, me introdujo con su alteza el gran duque su hermano; y despues de haberle dado parte de las buenas que yo tenia, y de las virtudes y propiedades que en mí concurrian, me alcanzó licencia para poderlo entrar á ver y hablar todas las veces que estuviese en la tabla. Pero despues habiendo gozado de mi bureo, y conociendo mi buen humor, y habiendo sido informado de un sobrino de mi amo, llamado don Francisco Picolómini, gentilhombre de la cámara de su magestad cesárea, y caballero del hábito de Santiago; y capitan de su guardia alemana, de como habia servido á su alteza serenísima el infante cardenal, y la gran entrada que habia tenido con sus magestades cesáreas y con el rey de Polonia, me dió libre facultad para que lo entrase á ver á todas horas, y mandó que se me diesen cuatrocientos escudos, y todo aquello que necesitase para el sustento y adorno de mi persona, todo el tiempo que yo gustase de servirle. Habiendo gozado algunos dias de tan

lucido tratamiento, me envió su hermano el príncipe cardenal Cárlos de Médicis, generalísimo de la mar, con un despacho de cartas á Liorna, adonde de presente se hallaba la marquesa de los Velez, aguardando órden y buenos temporales para embarcarse sobre cuatro galeras de su alteza de Toscana, para pasar con ellas á Sicilia, adonde estaba el marques de los Velez su marido por virey de aquel reino. Llegué á Liorna, y en virtud de los despachos que llevaba, salieron aquel mismo dia las cuatro galeras con muy próspero viento, en las cuales me embarqué por órden que traia de su alteza, de ir entreteniendo á la marquesa hasta lá ciudad de Nápoles. Llegamos á Puzol, cuatro millas de la dicha ciudad, adonde su excelencia el almirante de Castilla, que era virey de aquel reino, la salió á recibir y á ofrecerle su palacio y hacienda, suplicándole saltase en tierra para poderla servir y regalar. Y excusándose la marquesa, por tener la mar en calma y el viento favorable, se despidieron los dos: y yo, por parecer persona de importancia, hice lo mismo, regalándome su excelencia, por haberla acompañado desde Liorna, con cien escudos de oro.

Acogíme á mi nuevo retiro de Nápoles, al cual hallé tan fértil y poderoso como lo habia dejado; pero todos los amigos y conocidos y paraderos tan trocados, que me causó admiracion y asombro. Fuí á visitar la taberna principal del chorrillo, y halléla tan diferente y tan en bajo estado, que llegué á dudar si era aquella la misma que ser solia. Fuíme al cuartel de los españoles, el cual hallé tan desierto, que parecia sombra de aquello que habia sido. Supe en él como todos mis camaradas, que se sustentaban de ser desfacedores de tuertos y agravios de damas de alta guisa, de hacedores de pares y alborotadores de pendencias, estaban unos muertos en desafíos, otros huidos, y otros en galeras y otros ahorcados. Fuíme á entretener con las damas, donde acabé de ver la mayor mudanza que pueden contar las historias pasadas, porque las que dejé bisoñas estaban ya jubiladas, las que eran mozas y ollas las hallé viejas y coberteras, las que habia dejado en el amago de la senectud las hallé pasando plaza de hechiceras y brujas, y primera, segunda y tercera vez subidas en azotea, y residentes en Corozain. Consideré cuan breve flor es la hermosura, y con cuanta velocidad se pasa la juventud, y cuan á la sorda se acerca la muerte, y qué de mudanzas hay de un dia para otro: por lo cual no me espanté de hallar en el tiempo de doce años, que habia que faltaba de aquella ciudad, tanta variedad de mudanzas y tanta diversidad de acaecimientos, y mas en gente que vive muy de priesa, y ellos mismos como la mariposa solicitan su fin. Hallándome tan solo adonde pensé andar muy acompañado de tantos amigos y camaradas viejos que habia dejado, empecéme á pasear y á gastar conmigo lo que habia de gastar con ellos. Buscaba la mejor fruta, solicitaba la mejor caza, gastaba los mejores vinos, y ordenaba en mi posada que estuviese la nieve siempre sobrada. Y teniendo noticia que se embarcaba para España el duque de Medina de las Torres, virey que ha sido de aquel reino, me fuí al muelle y me embarqué en su misma galera: el cual, por la nueva conciencia, me hizo una burla, aunque ligera al parecer, muy pesada para mis cos-

tillas, pues no siendo yo nada liviano, hizo pasarme por toda la galera en el aire de mano en mano, como si fuera mi cuerpo un saco de paja, dándome despues, para que se me apaciguara el susto del paloteado, una docena de doblas.

Tuvimos ántes de llegar á Gaeta una razonable borrasca, y despues de haberla pasado llegamos á dar fondo en el ancho y espacioso muelle de Liorna. Despedíme del duque, y saltando en tierra, tomé la posta para Florencia, adonde dí parte á su alteza de toda la jornada y sucesos de ella. Estuve allí muchos dias, teniéndolos todos buenos, y no pasando ninguno malo; pero como tenia voluntad de ir á España á buscar á mi amo, por parecer criado de ley, estaba con algun género de disgusto; y así me determiné de pedir licencia á su alteza, el cual me la dió y un razonable donativo con ella. Y despues de haber hecho lo mismo con los príncipes sus hermanos, y recibido ofrendas como de tales manos, tomé el camino de Roma, para saber ántes de partir á España en el estado que estaban mis hermanas, por haber infinidad de tiempo que no habia tenido nuevas de ellas, que aunque es verdad que por mis grandes travesuras no me habian hecho ninguna amistad, al fin eran mi sangre, y á quien deseaba todo bien. Al pasar por Siena, fuí á visitar al arzobispo de ella, hermano del duque de Amalfi, mi señor, el cual, habiéndose enterado de toda la peregrinacion de mi viage, y de los buenos servicios que habia hecho, y cuan importante era mi persona para la república de los palacios, mandó que me diesen, despues de haberme regalado, cincuenta escudos, y cartas de favor para la ciudad de Nápoles. Agradecíle la merced, y proseguí mi camino.

Llegué á aquella cabeza de la cristiandad, á quien siempre he tenido en lugar de patria, por haberme criado en ella: me fuí derecho á mi casa, la cual hallé en poder de segundo poseedor. Pregunté en ella á qué parte se habian mudado mis hermanas; y me respondieron que de esta vida á la otra. Sentí sus muertes como hermano, porque solo iba á verlas para hacerlas obras de tal, arrepentido de los disgustos que las habia dado. Hice pesquisa para ver si me habian dejado por heredero, y supe que se habian casado y dejado hijos, con que me encomendé á la paciencia, y ahorré de lutos. Fuime una mañana paseando á ver el cardenal Matei, por haberlo conocido en la corte imperial, estando por nuncio apostólico, en quien tuve un buen amparo y buena estrena. Hizo lo mismo conmigo el marques Matei, general de las armadas de su santidad; á quien yo habia comunicado y recibido merced en los estados de Flandes, estando por coronel de la armada imperial, como atras he referido. Fuíle aquella misma mañana acompañando á un jardin, que tiene extramuros de Roma, llamado la Navicella, que demas de ser en hermosura un prodigio de naturaleza, es de los mas nombrados de la Europa, adonde excediendo la grandeza del dueño con la belleza de aquel palacio de la Floreda y alcázar de Amaltea, dió un banquete que si no excedió á los que hicieron los emperadores de aquella córte, por lo menos pudo merecer nombre de competidor, y por lo mas eternizar la fama de tan generoso señor. Y como el marques tenia criados de todas naciones, condu-

cidos de Flandes y de Alemania, y de su natural no son ranas sino mosquitos, y aquel dia todo anduvo sobrado, cargaron de tal manera con los demas criados de los convidados, que transformados en leones se daban batallas campales unos con otros, sin atreverse nadie á meterlos en paz, por conocer de la suerte que estaban. Y habiendo yo salido harto mas cargado que todos ellos, y mas valiente que un gato viéndose apretado sin recelar peligro, metí mano á la espada, y me puse en medio de ellos, sin saber á qué ni para qué, tirando á diestro y siniestro golpes, que los dejaba aturdidos; pero haciéndose todos una gavilla contra mí, sin respetarme por lobo mayor, me dió un tal reves en blanco, por ser de llano, que me hizo echar por la boca todo un tajo de tinto. Púsose toda la gente lacayuna en huida, pensando que me dejaban muerto: y yo creo que estaba en vísperas de ello. Empecé á grandes voces á pedir confesion: acertó á pasar allí un doctor de medicina, y llegándose á tomarme el pulso, viendo su grande alteracion, y las bascas y trasudores y agonías que pasaba, sin informarse de la causa de mi accidente, mandó al jardinero que hiciese diligencia de buscar quien me confesara, porque tenia muy pocas horas de vida. El buen hombre, porque no muriera como un alarbe, estando en tierra cristiana, me trajo á grande priesa al capellan del marques, el cual así que vió el penitente se empezó á reir, por haberle dicho que un doctor me habia desabuciado, y queriendo ver la herida de que decian que procedia mi mal, me quitó el sombrero, y halló limpia la cabeza de sangre, y sin mas mácula que un pequeño burujon, causado del cintarazo que me habian dado. Preguntó á los que se habian hallado presentes á la pendencia, que si tenia mas heridas que aquella; y habiéndole dicho que no, le dijo al jardinero: Si todas las veces que á este hombre le da este mal le hubiesen de confesar, fuera necesario que siempre llevase consigo un capellan: su enfermedad necesita de sueño, y así hágalo retirar á un aposento, que yo salgo por fiador de su vida; y dígale al médico que lo desahució que esta dolencia, como es de herida y mordedura, compete á la cirujía, y que así no me espanto que haya errado, porque de acertar anduviera contra el estilo de su profesion. Fuése á dar cuenta del suceso á todos aquellos señores, y el jardinero me metió en una sala baja, adonde me hallé á la mañana fuera del peligro y libre de todo mal. Despedíme del jardinero, agradeciéndole la amistad que me habia hecho en haber sido mi enfermero, y volviéndome á Roma, me avisaron unos conocidos antiguos de como un barrachel habia tenido noticia de mi llegada á aquella corte, y que andaba en mi seguimiento para prenderme por travesuras pasadas. Y por no verme en poder de justicia, ni pagar pecados viejos, me fuí á Ripa-Grande, y me embarqué en una faluca napolitana que hallé de partida, sin tener lugar de meter ninguna cosa de regalo para la embarcacion.

Salimos de Tiber con algun poco de trabajo al desembocar en la playa; pero hechos al mar, ayudados de un viento fresco, tuvimos un próspero viage. Habia embarcado un gentilhombre romano, que iba en la dicha faluca, un medio tonel de vino que por ser amable ó angelical lo llevaba de presente á un amigo suyo napolitano: y tanto lo alabó y encareció un

dia, que me despertó la voluntad y me dió gana de beberlo á la noche, y aprovechándome de mis ardides y trazas, llegando por la obscuridad de la presente á una cala, me arrimé al dicho tonel, y fingiendo quedarme allí á dormir, me senté sobre un banco, y cuando eché de ver que todos estaban reposando, quitando el tapadero que llevaba á la parte de arriba con un reforzado cuchillo, y haciendo caballera á una pipa que llevaba para tomar tabaco en humo, pues sin ser verdugo le quité la cabeza de los hombros, me puse sobre la mia el ferreruelo, porque si alguno despertara no me cogiera con el hurto en las manos, teniendo en ella cubierto el rostro y tonel, y metiendo la pipa entre los cristales de aquel nectar suavísimo, empecé á chillar de tal suerte, que no sentí la frialdad del mar ni el rocío de la mañana. Con este alivio de tripas llegué á Nápoles, habiendo tenido siempre cuidado de volverlo á tapar bien, y de haberle hecho tales salvas, que á haber hallado ingenio con que poder alargar ó añadir la pipa del tabaco, hubiera llegado vacío, aunque si va á decir verdad no llegó muy lleno. Desembarquéme en el Molo pícolo, adonde hallé que estaban veinte y cinco bajeles para hacer viage á España, á llevar gente de guerra, levantada en aquel reino, de lo cual me holgué en extremo, por llevar en ellos asegurada mi persona y muebles. Embosquéme en aquel jardin de Italia, y en aquel abreviado globo, gastando el tiempo que me detuve en él, hasta partir la armada, en oir comedias españolas é italianas, que son pasto del cuerpo y recreacion del alma. Entreteníame en ver en el largo del castillo la variedad de montambaneos y charlatanes, la poca venta de sus badulaques, y la gran multitud de sus arengas prosas y oyentes noveleros. A este tiempo se hicieron las honras por la muerte de la reina nuestra señora; y en feudo de vasallage puse este fúnebre epitafio en su real túmulo.

Este de lutos piélago eminente.
Este de gradas Etna relevante,
Este de luces Febo refulgente,
Este de rayos Júpiter tonante,
Este de llamas Faeton ardiente,
Este de fuegos Icaro arrogante,
Este de olores celestial consuelo,
Este de voces querubin del cielo.
Es túmulo real de una Belona,
Es pira imperial de una hermosura,
Es sepulcro feliz de una leona,
Es urna angelical de una luz pura,
Es triunfo de Isabel, de una amazona,
Tan santa reina y celestial criatura,
Que dejando en Madrid reliquias bellas,
Al cielo se partió á pisar estrellas.

Iba de cuando en cuando á ver á su excelencia el almirante de Castilla, el cual me mandaba dar cien reales cada vez, como visita de doctor de cámara real. Favorecíame tambien el conde de Celano y el príncipe de

Viñnaro, por respeto del arzobispo de Siena y de don Tiberio Carrafa. Di en tener mis devociones cotidianas, y en visitar todas las estaciones de lo caro, por probar de todo, y dar con lo que tenia en el lodo. Gastaba tan largo, que algunos que me conocian, y otros que sin conocerme se me habian pegado, pensaban que habian muerto mis hermanas sin herederos, y que venia de heredarlas: que tambien tienen sus pegatostes los gentilhombres de la bufa, como los generales y sus tenientes. Pasó de tal suerte la fama de mi ostentacion y gasto, que se enamoró de mí de solamente oidas una cortesana recien venida, de razonable cara, pocos años y menos galas, que con esto se echará de ver de la suerte que anda el mundo, la cual me dijo, llegándola á ver, que se habia inclinado á mi persona, y no á mi dinero. Y aunque me pareció milagro en mujer de tal porte, me persuadí tanto cuanto á que podia ser verdad; porque tiene tanta fuerza y virtud la fama del generoso, que demas de ser iman de sus potencias y sentidos, se lleva tras sí las gentes, piedras, animales y plantas, como el músico de Tracia. Y de justa ley y razon se les habla de llevar tras sí el que es miserable; á las gentes para escarnecerle, las piedras para apedrearlo, las fieras para que lo despedazasen, y las plantas para hacerlo chicharron. Yo, escarmentado del trato de tales damas, y no en cabeza agena, sino en la mia propia, me quise excusar, por estimar mas morir gustando vinos de taberna, que vivir probando acíbares de zelos; pero al fin no me pude resistir, porque me convirtió, siendo pecadora, con decirme que no queria de mí otra cosa mas de que comiese y callase, y que sirviese de mozo de ciego, en adestrar boquimuelles, y en encaminarla contribuyentes. Yo, por probar si aquella mujer era de otra masa que las demas de su profesion, pues no trataba de pelarme, sabiendo que tenia copia de plumas, aceté la conveniencia con todos los pactos y capitulaciones que me pedia, y desde aquel mismo dia me iba á las casas de conversacion, y en entrando en materia de damas, aseguraba que no habia otra como la referida, ni de mejores partes ni de mayor aseo, ni de mas buena conversacion: y de tal manera la alababa, que provocaba á muchos de los oyentes á pedirme que los llevase á su casa, ó á irse ellos solos, por no dar á entender su pasion; y con lo que mas los incitaba, era con decir que no era cosa mia, sino que la habia oido alabar á todos los señores adonde yo tenia entrada, y que habia ido con algunos de ellos á visitarla, y me constaba le habian dado muchas dádivas y regalos, y que habia mas de dos muy picados. Con esta flor, en tiempo de dos meses llegó á estar tan bien puesta, y se halló tan pretendida y festejada, que no mirando que la hallé en paños humildes, y que la habia alquilado galas (porque aun para ser una mujer mala ha menester caudal) para que pareciese lo que yo publicaba, y que me debia el verse en tanta altura, por los testimonios que le habia levantado, me dijo una tarde que me recatase de entrar en su casa, y que si me pudiera excusar de no entrar en ella, lo tendria á favor, porque una enemiga suya, habiendo aquel dia tenido una pendencia con ella, la habia llamado de bufona, y que si los galanes lo llegasen á entender, corríamos los dos muy gran peligro, y ella perderia mucha reputacion. Yo, no pudiendo

llevar en paciencia tantos puteriones y desagradecimientos, alcé la mano, y díle un par de tamboriladas que no se las dió mejores el obispo que la confirmó, y haciendo del rufian, le dije : Dile á tus bravos que me las vengan á pedir, que Estebanillo Gonzalez me llamo por mar y tierra, medio gallego y medio romano : y echando estas y otras roncas me salí á la calle, empuñando la espada y calando el sombrero; y ella disimulando, por no publicar su agravio, me dijo que aunque se echara con un negro con una jeta de un geme, me habia de hacer cortar la cara. Y aunque le dí á entender no hacer caso de toda una armada, fué tanto el miedo que concebí, que cada instante me atentaba el rostro, por ver si lo tenia rabanado, y á cada paso lo volvia atras, para mirar si venia algun galan suyo en mi seguimiento, ó si salia la criada á tomar la demanda; que pienso que segun yo iba, y segun mis brios, bastara ella á dejarla vengada. Y desde entónces, en viendo un negro, me aparto media legua de él, porque temo no venga de su parte á cumplir el favor que me prometió.

Fuí hecho una basura de temor á buscar un par de valientes de los de la fama, de quien poderme amparar; y hallé dos que me dejaron sin ella, porque quien no tiene dineros ¿qué fama puede tener? Estos tales, por dos desventuradas bofetadas que habia dado, le dieron mas de doscientos venturosos bofetones á mi bolsa. Declaréles todo el suceso, y ellos encareciendo el atrevimiento y exagerando el riesgo, me llevaron á hacer consulta del remedio á la audiencia de una taberna, y despues de haber hojeado los Bártolos de media docena de platos y los Baldos de una docena de garrafas, me pidieron cuatro de á ocho para gastar en espías, y informarse con todo secreto de la agraviada y de su sirvienta, si se habia querellado á algun galan suyo; y asimismo para andar en seguimiento de los que la entraban á visitar, para ver si en saliendo de su casa venian en busca de la mia. En conclusion, cada dia me daban avisos falsos con personas echadizas, de que habia dado cincuenta escudos á unos esmarchazos del pais, para que me dividiesen la facha ó me faciasen : y cada dia se me agregaban mas valientes, para andar en busca de ellos, haciéndome contribuyente de todos por persuadirme que por sus respectos, y por saber que era camarada de tantos hombres honrados, no se atrevian á ofenderme, y que me convenia andar de dia con escolta, y á boca de sorna con patrulla, siendo todo una mentira y embeleco, y una pública estafa. Tuve suerte de encontrar una tarde á la criada de la parte ofendida, á la cual por ir cercado de tanta valentía, me atreví á llegar á hablarla, no diciéndoles quien era : y dándole quejas del rigor de su ama, en pagar á quien me matase, habiéndole hecho tantos servicios, me aseguró con todos mil juramentos que aun no le habia pasado tal por la imaginacion, y que ántes estaba muy arrepentida de lo que me habia dicho, y muy pesarosa, porque no habia vuelto á su casa; porque despues que la habia dejado, tenia muy pocas visitas ó ningunas : y que para que mas me satisfaciese de la voluntad que me tenia, que leyese aquel billete que traia, con el cual habia mas de una semana que me andaba buscando para dármelo, y que la respuesta fuese el ir yo mismo á

desenojarla, porque seria bien recibido, y que ella, aunque pobre criada, salia por fiadora de cualquiera riesgo ó daño que sobre aquel particular me viniese. Recibí el papel, y dándole entero crédito á la pucheril embajadora, le dí un real de á ocho para alfileres por la buena nueva que me habia dado; y prometiéndole que haria lo que su señora me mandaba, me despedí de ella, y ocultando el billete me volví al corrillo, adonde me esperaban. Fuí con ellos á palacio, dándome por desentendido de la picardía que conmigo habian usado, pues me habian hecho sentir mas el miedo que habia tenido que no el dinero que habia gastado. Llegamos al cuerpo de guardia, y diciéndoles que me aguardasen, que subia á hablar á su excelencia, me aparté para siempre jamas de aquella cuadrilla de pretendientes de galeras y solicitadores de horcas. Paréme en las escaleras á leer el papel de mi bien costosa dama, el cual decia de esta forma:

Señor gallego romano,
Hombre de chanzas y burlas
Que ha probado todos bodrios,
Y campado de garulla;

Mas raido que bayeta,
Mas descollado que grulla,
Con mas flores que verano,
Y mas conchas que tortuga:

Postillon de Alcalá á Huete,
Gentil hombre de la bufa,
Residente de bodegos,
Y asistente de bayucas.

¿Cómo, ingratonazo amante,
Despues de darme una zurra,
Y jugar de carambola
Con cuatro mil garatusas,

Has dejado á tu carrasca,
Quizá por buscar corruscas,
Y por chamuscarme en zelos,
O te guiñas ó te afufas?

Tortolilla me contempla,
Que en lugar de llanto arrulla,
Por saber que aquesa flor
Es del berro, ó la de Osuna.

Vuelve á casa pan perdido,
Pues me tienes vagamunda,
Que tu persona apetezco,
Y renuncio tu pecunia.

No me pesó nada de ver los versos, aunque por ellos me trataba como quien soy, y como quien su merced era, porque al fin me satisfice mas

de lo que la criada me habia asegurado. Y entrándome á visitar á su excelencia y coger los ciento del pico, no salí de palacio hasta el cuarto del alba, haciendo á mis valientes estar toda la noche á oscuras, y sin cenar, y aguardándome al sereno. De allí adelante dí en no entrar en cuartel, y de no salir de los palacios de los señores, hallando por mi cuenta que si durara un mes mas el andar en la compañía que andaba, sustentando el ejército de vagamundos que cargó sobre mis hombros, que me fuera forzoso volver á ejercitar mis antiguos oficios, ó sentar plaza de soldado. Porque ha llegado á tal estado la malicia, que ya no hay descuidada madre que en reconociendo las faltas de su hija y sobras de nietos de diferentes padres, como quesos de muchas leches, no se consuele con decir que no le faltara á su cordera un soldado con quien casarla : el negro del llanto es que se vienen á cumplir sus no santas profecías. No hay hombre, por bajo y humilde que sea, que en viéndose que por sus defectos no cabe en el mundo, ó que no halla quien le dé un bocado de pan, que luego no se acoja á la inmunidad de este sagrado. Y aun apenas los tales han sentado la plaza, cuando todos quieren ser parejos con los demas que nacieron con obligaciones, á los cuales les suelo yo decir con preeminencia de mi chanza, que *membrillos cocidos y caracoles crudos no son todos unos*. Dejóme la tropa de caimanes tan remontado de cuentas, que llegándose el tiempo de la embarcacion hube menester vender parte de mi recámara. Y por no parecer ingrato á mi abofeteada cortesana, ni faltar á la correspondencia que debe tener una persona de mi autoridad, le respondí á su billete el romance siguiente:

Madama doña embeleco,
Mas lamida que alcuzcuz,
Mas probada que piñata,
Mas chupada que orozuz;

Mas batida que una estrada,
Mas navegada que el sur,
Mas combatida que Rodas,
Mas ganancioso que un flux;

Tan Circe de los novatos,
Que con saber que eres pu-
Silánime pecadora,
Te hacen todos rendibú;

Garitera perdurable
Del juego del dingandux,
Tarasca de las meriendas,
Y del dinero avestruz :

Ya no hay Bras, ni hay pau perdido,
Que á tu gran ingratitud
Le he cantado ya el *per omnia*,
Despues de hacerle la cruz.

Solo estoy arrepentido
De que te hice la buz,
Y de haberme zambullido
Por lastre de tu laud.

A Dios te queda que parto
A ver á Calatayud,
Por no ser de tu galera
El forzado de Dragud.

Cerré el papel, y dándoselo á un vinatero conocido mio, se lo puso en sus manos, saliendo sin aguardar respuesta como lo habia ordenado. Fuime á embarcar, por haber tirado la capitana pieza de leva. Hice llevar mi baul, observando el adagio que dice: *Al embarcar el primero, y á desembarcar el postrero*: metilo á lo príncipe en la popa de la capitana, llevando para el matalotage del largo camino veinte frascos de vino, y veinte sardinas saladas, y diez panecillos bizcochados, y otras menudencias de regalos de dulces, para quitar el amargor de la boca, despues de las grandes polvaredas. Iba el armada naval llena de infantería y caballería, levantada en aquel reino, para rehacer con ella los ejércitos de España, y por cabo de toda ella don Pedro de Arellano, caballero de la órden de Santiago, llevando en la capitana, demas de mi persona, á muchos caballeros y señores particulares, y particularmente á don Melchor de Borja, general de las galeras del dicho reino, y un obispo de la órden del seráfico Francisco, y al reverendísimo padre fray Juan de Nápoles, general de la dicha religion en la provincia de España, y otros muchos frailes que iban á ella á capítulo general, que de presente se hacia. Partimos de Nápoles con viento en popa y mar en bonanza, dejando llena la amenidad de aquella playa de madres que lamentaban por sus hijos, y casadas que lloraban por sus maridos, y de solteras que suspiraban por sus amantes. Entremetíme con todos los señores, y por haberme encomendado el virey al general, tenia particular cuidado con mi persona; que si como he tenido ventura con señores la hubiera tenido en armas y en amores, quedara inmortalizado entre los varones heróicos, y entre los amantes de renombre: pero las armas me han desmayado el corazon, y las damas me han afligido las bolsas. Llevábamos ocho cocineros, que trataban de nuestro regalo, y sirviendo yo de sobrestante de todos, abastecia la mesa y comia de lo mas sazonado. Bebia tan sin compas, que siempre servia de lio en la popa, ó de estorbo en la proa: por cuya razon los soldados unas veces me despojaban sin ser enemigo, y otras me daban bumazo sin ser atalaya, y otras me punzaban con alfileres sin ser morcilla; llegando á tal extremo sus desenvolturas y mis bien quejados agravios, que mandó el general que pena de estar seis horas de cabeza en el cepo quien me llegase á hacer mal ni inquietase mi perdurable reposo, y para mayor defensa mandó que me pusiesen un soldado de posta cuando á no poder mas me reclináran los vapores y me atarquinara el sueño.

Llegamos á dar fondo á la isla de Mallorca, reino muy fuerte y abastecido, y sobre todo muy barato, y ilustrado de mucha nobleza. Salté una mañana en tierra, y por desechar los frios humores marinos, tomé tal lobo terrestre de aguardieute, que excedí á mi retador polaco en tercio y quinto; y al salirme á tomar el aire, por desistir el gran bochorno, salió la aguardentera tras mí, pidiéndome la paga de lo que habia bebido. Yo sin respetar sus tocas, pareciéndome que era algun animal que me servia de estorbo á mi camino, le di tal envion que le hice á su despecho sentarse en tierra. Levantóse como víbora pisada, y cerrando conmigo, me dió tal puñetazo en la barriga, que me provocó á restituirle por la boca toda su aguardiente, dándole con él un baño que la cubrí de arriba abajo. Ella, hallándose afligida, comenzó á dar voces y llorar su vestido, miéntras yo con bascas mortales tomé posesion de siete piés de nuestra comun madre. A este tiempo acertó á pasar el general, y compadecido de verme rendido, y lastimado de oir, aunque de léjos, á la remojàda aguardentera, mandó que se le diese á ella un patacon, y que á mí me llevasen los marineros á su capitana donde fué menester para entrar en ella virarme con el cabrestante, porque mas puede y pesa un lobo racional que no dos irracionales. Salimos aquella tarde de aquel puerto, y al cabo dé doce dias que habíamos partido de Nápoles, llegamos á dar vista á la deseada España, sin haber encontrado en todo el camino ni enemigos que nos perturbasen, ni tormenta que nos iuquietase, atribuyéndolo todos, despues de la voluntad del cielo, á la ventura del general; pues habiendo hecho otros tres viages, siempre habia llegado á salvamento: que no consiste en solo tener valor el que gobierna, sino en tener dicha para conseguir sus resoluciones.

CAPITULO XII.

En que prosigue su llegada á España, y de dos ridículos casos que le sucedieron con una moza de posadas y un moderno ingeniero; de la merced que le hizo su real magestad, y de un nuevo galanteo que le sucedió en ella; y de los demas acaecimientos que tuvo hasta llegar á San Sebastian.

Desembarquéme en Vinaroz, con todos los señores que iban en aquella armada, y la gente de guerra fué á desembarcar á los alfaques de Tortosa. Púsose en camino de Zaragoza don Melchor de Borja, y yo, por ahorrar de gasto y triunfar á costa agena, lo fuí acompañando, y por ser el viage que yo habia de hacer. Llegamos en el fin de una jornada á una villa, llamada Hijar, que está en el reino de Aragon, y entrando en una de sus mejores posadas, por hacer frio, me fuí derechó á la cocina; y hallando en ella una adamadilla fregona, olvidado del uso de la tierra le tomé una mano y se la besé, y ella corrida de que le tratase como á pa-

dre de confesion, ó como á misa cántano, alzó un trapo de cocina, y dióme tal golpe con él en medio de la cara, que me quitó el sitio de todo el cuerpo: y al tiempo que trataba de desagraviarme y de armar la fullona, me hallé cercado de toda la familia, cerrando de tal suerte con el pobre Estebanillo, que si no acuden al socorro los criados de don Melchor de Borja, vengo á morir de achaque de un beso. Sacáronme de poder de aquella caterva, y viéndome libre de ellos, empecé á decir á grandes voces: ¡O bien haya dos mil veces Flandes, y dichoso y bien aventurado quien vive en él, pues allí con la mayor llaneza y sencillez del mundo se apalpa, se besa y galantea sin sobresaltos de zelos, ni temores de semejantes borrascas; cuya libre preeminencia y acostnmbrada comunicacion es causa de muchos aciertos en la gente ordinaria, pues obligados los extrangeros de la cortesía y afabilidad que hallan en sus metresas y del amor que todo lo vence, llega una pobre doncella, en virtud del casamiento, á ser madamisela, é infinidad de ellas á madamas! Y diciendo no hay tal Flandes en el mundo, me retiré al aposento que me habian señalado.

Entramos la segunda semana de cuaresma en la ciudad de Zaragoza, que el que goza de su grandeza y regalo puede ser envidiado de todos. Es corte y cabeza del reino de Aragon, y en esta ocasion custodia y defensa de Castilla, y resguardo de Navarra: cuya amenidad de campos y fertilidad de árboles, aumentando los anales de su fama, acreditan y multiplican la inmortalidad de su nombre; y animada y vanagloriosa de príncipes y señores que la califican, ha llegado á merecer ser hoy segunda corte de España, y habitacion de su invencible leon. Supe en ella como mi amo el duque de Amalfi, despues de haber recibido mil honras y mercedes de su real magestad, y muchos presentes de sus grandes, se habia embarcado para Flandes á gobernar las armas. Sentí de tal manera su partida, por lo que yo estimaba estar en su servicio, y por la falta que me hacia, y por haber hecho el viage en balde, que no sé como no me caí muerto de pesadumbre; pero animándome lo mas que pude, me salí á divertir, y á contemplar el caudaloso y cristalino Ebro, que con labios de plata besa los piés de los altivos muros de aquella insigne ciudad, y siendo procreado de las copiosas corrientes de Navarra, viene á servir de espejo á esta antigua Cesaraugusta, depositaria de multitudes de vírgenes, de millares de santos y de inmensidades de mártires. Fuí un dia á su abundante plaza del Pilar, adonde el patron de las Españas dejó á la que, siendo emperatriz del cielo, es defensora de aquel reino. Y despues de haber hecho oracion en su templo angelical, salí á ver aquel espacioso y abundantísimo mercado, el cual estaba lleno de atun fresco, de truchas salmonadas, y de mil diferencias de pescados, así de su cercana mar como de su convecina ribera. Aficionéme á unas sardinas sarpresadas, ó ya fuese por ser su precio moderado, ó por ser apetitosas á la bebida; y comprando media docena de ellas y una ochena de pan, me retiré á una taberna de vino blanco, que por ver entrar y salir mucha gente de ella, me persuadí que no amargaba el bodrio, pues tantos tunantes acudian á la sopa. Asáronme las sardinas, y á solo el olor que daban estando en

las brasas, me bebí media docena de tazas de vino, y despues al sabor diez y ocho. Preguntéle á la huéspeda cuanto era lo que le debia? Y mirándome con mucha atencion de piés á cabeza, me dijo: Vuesa merced no se ha bebido mas de veinte y cuatro tazas de á dos dineros: si yo tuviera veinte y cuatro parroquianos tan buenos oficiales, mi marido fuera en breve tiempo veinticuatro de Sevilla. Yo le pagué lo que me pidió, asegurándole que aquello era una niñería y un breve desayuno, para lo que yo acostumbraba á beber: y ella, haciéndose muchas cruces, me rogó muy encarecidamente que no echase su casa en olvido, que me daba palabra que otro dia, por solo mi respeto, empezaria una bota de vino tinto, que era el mejor que habia en aquella ciudad. Despedíme de ella, prometiendo no faltarle, miéntras á mí no me faltase el dinero.

Salíme á la calle del Coso, segundo cásara de Palermo, y hallé hecho el distrito de su cruz otras segundas gradas de san Felipe, adonde fuí conocido de muchos soldados de Flandes, Alemania é Italia, con los cuales me fué fuerza hacer camarada, por no andar solo y por tener con quien conversar. Estaban esperando á su magestad, porque se decia que estaba de partida en Madrid para venir á aquella córte: y en el ínterin tambien yo, como pretensor, y que llevaba carta de la emperatriz su hermana. Dimos en visitar la taberna de blanco y tinto, aunque mis visitas eran tan cortas que allí me salia el sol, y allí me hallaba la luna. Hacíase en este tiempo en una aldea cercana de esta ciudad una fiesta, á devocion de un mártir de aquel reino, á cuya fama acudia mucha gente de toda la comarca; y por no tener que hacer yo y dos camaradas soldados de Flandes, nos fuimos á divertir y entretener á la dicha aldea, y en el camino fué cada uno discurriendo sobre sus pretensiones. Dijo el que parecia de mas autoridad que se habia ocupado todo un año en leer un libro que trataba de fortificaciones; y que aunque era verdad que no tenia ninguna experiencia, porque habia muy poco que habia venido á servir desde el reino de Nápoles, su patria, que tenia tan en la memoria todo lo contenido en el libro, que se atrevia á decirlo, sin errar una sílaba, tan bien como el Ave María, y venia á suplicar á los señores del consejo de guerra le diesen licencia para sentar plaza de ingeniero, y gozar del sueldo que gozaban los demas de aquel género, que lo que á él le faltaba en experiencia le sobraba en ciencia. Dijo el otro compañero que él habia servido en la caballería, y que en la batalla de Rocroy habia sido su compañía desbaratada: yéndose él retirando para ampararse al calor de nuestra infantería, un teniente de nuestras tropas, pensando que era francés, por ir en tal trage, por ser hábito mas desembarazado y libre que los demas para hacer el amor y montar á caballo, le habia seguido, y dado un pistoletazo y dos cuchilladas: y que despues de haberse librado de sus fieros golpes, y puesto en salvamento, en virtud de haber tenido buen caballo, y dado al diablo el primer inventor de trages agenos, siendo tan bueno y honesto el suyo, que habia pedido licencia, por haber quedado estropeado del brazo derecho, y que habiendo llegado á Madrid, y presentado sus papeles ante los señores del consejo de guerra, por no haber sido las heridas dadas por el enemigo, en castigo de querer

ser arrendajo de francés, y vestirse de dominguillo, con porpuen estrecho y con gregüescos con bragueta encintada, no le habian querido hacer merced, ántes le habian roto todos los papeles de sus servicios, y remitido el memorial al parlamento de Paris, para que le premiase, cuando no los servicios, por lo menos el aficion de quererlos imitar en el uso del vestir; y que así se habia venido como persona desesperada á andar mendigando.

Con estos discursos llegamos á la aldea á la una de la tarde, y hallamos en su plaza dos compañías de labradores, la una de moros con ballestas de bodoques, otra de cristianos con bocas de fuego. Tenian hecho de madera en la mitad de su dicha plaza un castillo de mediana capacidad y altura, adonde habian de estar los moros; y el dia venidero, cuando la procesion llegase á su vista, la compañía de los cristianos le habia de dar asalto general, y despues de haberlo ganado á los moros los habian de llevar cautivos y maniatados por todas las calles dando muchas cargas de arcabuzazos en señal de la victoria. Tenian dos danzas, la una de espadas y la otra de cascabel gordo, y cuatro toros que correr: por lo cual estaba el anchuroso distrito todo lleno de andamios, y todas las entradas de sus calles cerradas con talanqueras. Estaba toda la puerta de la iglesia colgada de paramentos, y pendientes de ellos veinte y cuatro premios para premiar los veinte y cuatro mejores sonetos que se hiciesen en alabanza y pintura de una rosa, que al alba es boton y capullo, á medio dia flor, y á la tarde despojo. Los premios eran cintas y guantes, bolsillos y un par de ligas de color. Habia al tiempo que llegamos á esta académica colgadura mas de veinte sonetos de estudiantes, y de personas de don y rumbo, que asimismo habian venido á ver la fiesta. Yo, por ser tentado de la poesía, me acerqué á leer aquella selva de variedad de musas. Era su compostura tan realzada y culta, que mas me pareció prosa griega que verso castellano. Leílos todos sin entender ninguno, y le dije á un estudiante que estaba cerca de mí que me hiciese merced de declararme aquel género de poesía, y decirme si tal lenguaje era armenio ó caldeo. A lo cual me respondió que no se atrevia á declararlo, porque él tenia allí uno que era parto de su ingenio, del cual esperaba llevar el mejor premio; y á querer darme la significacion de él, se hallaria confuso, y no saldria con ello, porque lo que de presente andaba valido era el gongorizar con elegancia campanuda, de modo que pareciese mucho lo que no era nada, y que no lo entendiese el autor que lo hiciese, ni los curiosos que lo leyesen. Porque en no remontándose un poeta, sino abatiéndose á raterías de escribir con lisura, pan por pan y vino por vino, no solamente no era estimado, pero tenian sus versos por versos de ciego. Llamé á mis camaradas, que el uno estaba divertido en ver las danzas, el otro en darle vueltas al castillo, midiéndolo todo á piés y nivelándolo con un compas; y con achaque de beber un trago, para aliviar el cansancio del camino, los llevé á una taberna, para ver si acertaba mi pluma á remontarse sobre aquella vascuensa gerigonza. Y pidiéndole á la huéspeda un jarro de vino y recado de escribir, nos retiramos á una pequeña sala, adonde nos dieron lo que habia pedido. Púseme á escribir, el inge-

niero á peinarse, y el otro á beber. Levanté los ojos buscando un consonante, y ví al peinado matemático, que habiendo desembaulado de una de sus faltriqueras un gran papelon de harina, se estaba rociando con ella un largo y encrespado cabello que tenia: no pudiendo detener la risa, le dije ¿que si trataba de freir la cabeza, pues la enharinaba tanto? A lo cual me respondió: Hermano Estebanillo, cada uno campa con su oficio, y vive con su ingenio, si acaso lo tiene y así miéntras vos quereis ganar premios con vuestros disparates de Juan de la Encina, me aseo yo para representar lo que soy, y hablar al concejo de esta aldea sobre los yerros que tiene la planta y fortificacion del castillo: que estoy cierto que he de sacar yo mas en media hora con mi matemática que no vos en un año con vuestra poesía. Repliquéle ¿que si importaba al caso, para que lo respetasen, el ir enharinado como besugo? Respondióme que no ignoraba yo que en Flandes servia aquello de gala, y de secar el pelo, y que era uso de gente de porte, y que por habérsele acabado unos polvos olorosos que habia traido de allá para el efecto, se aprovechaba de los de la harina, y que hallaba por experiencia, y que lo habia fundado en buena matemática, el ser mucho mejores, y mas baratos; porque siendo el trigo el rey de las legumbres, y el patriarca de las plantas y yerbas, era fuerza que fuese su harina ó polvo la nata y flor de todo lo referido: y que así lo pensaba dar por escrito, é introducirlo, cuando volviese á los Paises Bajos. Con la buena conversacion ó polvareda, di yo fin á mi soneto, él á su nevada peinadura, y el otro, que tenia mas juicio que nosotros, al jarro. Salimos todos juntos á la plaza, despues de haber pagado lo que habíamos hecho de gasto, y apartándome de ellos, llegué á la puerta de la iglesia, y en el referido paramento prendí con un alfiler el soneto que habia hecho al nivel que estaban todos los demas, cuyos versos eran los siguientes:

Ebúrnea de candor, fenix pomposa,
Débil boton, brondoso brujulea,
Záfir mendiga, armiño golosea,
Siendo dosel tributa pavorosa.

Maravilla epigrama procelosa,
En canicula fiesta titubea,
Pues solsticio Faeton, ninfa Febea,
Precipicios inunda jactanciosa.

¡O inícuo trance y trémulos fulgores!
Contemplarse al albor regio edificio,
Y yantando en atril de ruiseñores:

Ser al ocaso infausto sacrificio,
Y sombra mústia lo que al alba flores,
Siendo de Céres frágil desperdicio.

Apenas estaba colgado el compendioso globo de bernardinas y disla-

tes, cuando, como si fuera cartel de justa real, se llegó todo el novelero vulgo á leerlo; y celebrándolo por no entenderlo, y ensalzándolo porque presumiesen que no lo ignoraban, sacaron mas de veinte traslados de él; y por hallarse presentes los jueces académicos, me dieron por premio las referidas ligas, aunque mal dadas y peor merecidas, quedando con todos en opinion de segundo Góngora. Y apartándome de la tropa de mil cultos versificantes, me fuí en busca de mis camaradas, santiguándome de que hubiese llegado á ver tiempo que se premiasen chanzas y bachillerías, y no ingenios. Hallé al estropeado encolerizado con los soldados de la compañía de la Suiza, diciéndoles á qué lado habian de llevar los arcabuces los que iban á la parte de afuera de hileras, y como se habia de calar la cuerda, y á cuantas hileras habia de ir la bandera. Y aunque lo quise apartar de allí, diciéndole que para qué se metia en lo que no le iba ni venia, pues aquellos labradores no eran gente de guerra, ni estaban obligados á saber las leyes de la milicia, no pude desarraigarlo de la compañía, respondiéndome que no pareceria bien que los forasteros que viniesen á aquella fiesta hiciesen burla de aquella pobre gente, habiendo allí soldados viejos, como ellos lo eran, para doctrinales. Dejélo con su tema, y yéndome paseando por la dicha plaza, vi que en un rincon de ella estaba el matemático con el cabildo y concejo, que se habian juntado á su pedimento. Acerquéme un poco, para ver de qué materia se trataba, y puesto el oido como vaquero que ha perdido novillos con cencerro, oí que mi camarada le estaba diciendo al alcalde que era un valiente ingeniero, y que tendria á particular favor, para darse á conocer en España, que su merced le ocupase en lo tocante á su profesion, pues de presente tenia muy bien en qué. El alcalde le respondió que lo habian engañado en hacerlo venir á aquella aldea, porque en ella no habia ingenio ninguno, que en Motril los habia muchos y buenos de azúcar, y que allí siendo tan eminente como decia, seria muy bien recibido. Él replicó que su ingenio no era de azúcar, sino de hacer fortificaciones, y que habiendo visto que la de su castillo estaba errada, segun las reglas de Euclides, y que no sabrian los soldados, por ser bisoños, hacer circunvalacion, ni abrir ramal de trinchera, por eso los habia hecho juntar á sus mercedes para que se fuese ganando palmo á palmo, sin que llegase á haber inundacion de sangre, mediante lo cual quedaria aquella pequeña república eterna. El regidor respondió: No son tan bisoños nuestros soldados como vuesa merced los hace, pues en esta convalacion ó convalecencia que es necesaria, sabrán hacer muy fuertes ramales y bien torcidas sogas, porque ademas de no haber en toda esta comarca quien les lleve ventaja, cogemos en esta aldea el mejor esparto que hay en todo el reino: en lo demas, porque dé fama nuestra fiesta, vuesa merced disponga á su gusto, que todos estos señores del concejo le ayudarán con todas veras. Dijo el soldado que lo primero que se habia de hacer era añadir y poner dos caballeros al castillo. El jurado le respondió: Eso no le dé á vuesa merced cuidado, porque esta tarde y mañana al amanecer vendrán aquí muchos y muy calificados de Zaragoza, y por hacernos merced se pondrán en la parte que les ordenare, y si fueren menester

damas, lo alcanzarémos de la misma suerte. Advirtiólos el soldado que los caballeros que decia habian de ser labrados de tierra. Respondióle el sacristan que los caballeros de aquel reino, y de todo el mundo, que no eran de bronce ni de acero sino de tierra y polvo, como el mas pobre villano, y que para dárselo á entender la iglesia, el miércoles de ceniza les decia al ponérsela : *Memento homo*, etc. Insistíales el soldado que mandasen juntar á todos los labradores, para abrir un cordon, que cogiese todo el contorno de la plaza, para que el castillo quedase sitiado. Respondióle el alcalde que para abrirlo y cerrarlo, que él y sus compañeros bastaban; pero que la dificultad que se les ofrecia, era que no se hallaria en la tienda cordon que fuese tan largo, porque todos los que se vendian en ella eran cortos y claveteados; pero que podria suplir la falta un liston, pues campearia mas y seria mas agradable á la vista. Estaba el soldado tan grave y espetado, y tan divertido en la gente que se le habia juntado, que no atendia á los despropósitos que le respondian. Preguntóle al regidor ¿que si tenia en los almacenes provision de zapas y palas? El cual le respondió : Señor ingeniero, en esta aldea hay muchos zapes, porque es muy abundante de gatos; zapas, si no son las hembras de este linage, no hay otras ningunas : mas en lo que toca á palas, tendremos cuantas quisiéremos. Pidióle el soldado que le trajese un par de ellas, para ver si eran de municion, y llegándose el jurado á una de las mas cercanas casas de adonde se hacia el ayuntamiento, le trajo una pala grande de madera, con que en aquella tierra se junta y traspala el trigo : y llegando muy vanaglorioso, se la puso en las manos al señor matemático, diciéndole : No por falta de palas se dejará de hacer la fiesta, porque en un cuarto de hora me atrevo á juntar doscientas de estas; y si no le agradare esta hechura, y las quisiere mas largas, le haré traer cuantas se hallaren en los hornos. Díjoles el soldado que aquellas no eran de provecho, porque habian de ser de hierro las distancias de las anchuras de las bocas, porque con aquella era imposible abrir trinchera para desembocar el foso. El sacristan, haciéndose cruces, le respondió que en su vida no habia oido los nombres exquisitos y extravagantes que iba nombrando, ni que tal habia escrito en su breviario; pero que á él le parecia que la trinchera era cosa forzosa que se abriese con trinchete, segun su derivacion : y que si era así, que allí habia un zapatero de viejo que los tenia muy buenos y muy afilados, y que en un pensamiento le abriria, como quien rebaña tajadas de melon.

Estaba tan turbado el pobre soldado de ver que todos cuantos estaban en su rueda, pensando que habia dormido entre algunos sacos de harina ó que á posta se la habian echado, pensando lisonjearle, se llegaban á él y unos con las manos, y otros con los ferreruelos, y otros á soplos le iban desollinando el cabello y enjalbegando el vestido, que no advertia en que lo que hablaba con aquellos villanos, y lo que le respondian era hebráico, por ser gente que no lo entendia, ni ataba ni desataba con su loca pretension, y con todo esto no dejaba de proseguir en su tema. Díjole al alcalde que para el castillo, y hacerle brecha, habia menester media docena de cañones. A lo cual respondió que aunque fuera una do-

cena se los podia dar al punto el sacristan, porque los tenia, como hacia el oficio de escribano, de los mejores gansos que se hallaban en toda Francia. No digo cañones de escribir, dijo el soldado, sino piezas gruesas. Respondióle el alcalde: De ésas, gracias á Dios, tenemos hartas de lienzo casero, y de muy buenas frisas. Yo, que estaba reventando de haber tenido tanto la risa, soltándola toda de un golpe, dí causa á que todos me mirasen, y no de buen talaute, y porque no sospechasen que era haciendo burla de ellos, les dije que la causa de haberme reido habia sido de ver á aquel señor ingeniero, mi camarada, en figura de mozo de molinero, hablar tan culto con sus mercedes, que ni era entendido ni se daba á entender, pues las piezas que pedia eran de artillería de las que traen los ejércitos para defensa y ofensa. A esto respondió el alcalde que era pedir gollerías, porque no tan solamente no las habia en el aldea, pero que la mayor parte de sus moradores ni las habian visto ni oido. Mi camarada, medio enfadado de que yo hubiese llegado á interrumpirle sus designios, le dijo al alcalde que, supuesto que no habia piezas con que abrir brecha para dar el asalto, que seria forzoso que le diese media docena de barriles de pólvora, para hacerle mina al castillo y volarle un lienzo. Respondióle el regidor: Esos son los que no hallaremos por ningun dinero; pero se los daré á usted de anchovas, que las puede comer el mismo rey: y para que las pruebe, y vea que tengo buen gusto, miéntras vamos al encierro de los toros, por ser ya hora, se irá con el señor jurado á una pequeña posada que está aquí cerca, que yo le enviaré un plato de ellas, para que se regale con su camarada; y cuanto se hiciere de costa hoy y mañana en ella, les pagaremos con mucho gusto, y esta noche nos veremos, y tratarémos de lo que se ha de prevenir para que nuestra fiesta no tenga ningun defecto, ya que Dios nos ha traido á tan buena ocasion dos tan excelentes matamicos. Dióme gana de reir, pensando que si el regidor sin conocernos nos llamaba matamicos, si nos hubiera visto en la taberna de Zaragoza con justa causa nos pudiera llamar matamonos y matazorras.

Pasó el jurado delante de nosotros, y juntándose á este tiempo con el ingeniero el otro soldado, nos llevó á un pequeño bodegoncillo, y dió órden y facultad al huésped, que se llamaba Pero Anton, para que nos diera de comer y beber cuanto quisiéramos, que el concejo lo pagaria. Y volviéndose muy de priesa, por causa del dicho encierro, nos dejó tan bien alojados, que con el luquete del plato de anchovas que nos trajo un hijo del regidor, benchimos de rayas toda una pared. Acomodamos razonablemente al patron de casa, el cual, por no dar muestras de su flaqueza, y por darnos alegría, por lo bien que despachábamos su mercancía, nos empezó á tocar un tamboril y una flauta. Yo y mis camaradas tomamos por estribillo el decir: *Toca Pero Anton, que el aldea lo paga:* y al son del chiste y paloteado, le comimos cuanto tenia en su casa, menudeando tan apriesa los cuartillos, que faltando pared adonde rayarlos, fué necesario ir cruzando las rayas sencillas y convirtiéndolas en dieces. Hízose el encierro, acudiendo á él muchos nobles de Zaragoza, á los cuales el alcalde alojó en su casa, y contándoles lo que habia pasado

con el ingeniero, le dijeron que sin duda debia de ser algun loco, porque aquello se hacia en la guerra, y no en la paz, y que si abria cordon ó trinchera en la plaza, que cómo se habian de correr los toros, y que quién habia de querer estar en el castillo, si lo batia ó volaba? Acertóse á hallar en esta conversacion el que hacia el capitan de los moros; y viendo que él habia de ser el batido ó volado, partió como un rayo á querer matar al matemático. Detuviéronle los caballeros y el alcalde, reportándole, con darle por castigo al que le queria hacer tanto daño, sin ser su enemigo, ni haberle ofendido en su vida, que pagase la costa que habia hecho, y que él y sus camaradas se saliesen al punto de toda aquella jurisdicion. Vino el sacristan á notificarnos el auto, á tiempo que el ingeniero estaba blasonando de que por él se hacia aquel gasto, y que pensaba sacar muchos ducados de aquel pequeño concejo, porque estaba satisfecho, que no habia otro como él en todos los ejércitos de la cristiandad. Cuando oimos el riguroso fallo, los dos nos quedamos mudos, y mi estudiante de un año, y sin maestro, atónito y embelesado. Requiriónos el sacristan que nos saliésemos con mucha brevedad porque estaban conjurados contra nosotros todos los moros, por haberlos querido volar siendo bautizados: y que si nos deteníamos allí, demas de la pena del señor alcalde, nos matarian ellos á puro bodocazos. Llamé á Pero Auton, con mas miedo que vergüenza, y le dije que, supuesto que lo gastado no lo pagaba el aldea, sino nosotros, que nos mirase con ojos de piedad, pues lo habíamos preservado á él de los barriles y cañonazos. El cual, como he dicho, por estar de buena data, ó por temer que la morisma no nos hallase en su casa, nos hizo buen partido, pagamos cada uno su parte andando á puto el postre por quien habia de pagar primero, y no ser el postrero en salir de la casa y de la aldea. En efecto despachamos con brevedad, y con la mayor presteza que podimos.

Llegamos ántes de la media noche á las murallas de Zaragoza, á donde en el portal de un convento nos estuvimos hasta el alba, dando al diablo el libro de las fortificaciones, y al salvage que tan poco provecho habia sacado de él. Venida la mañana, entramos en la ciudad, la cual hallamos alborozada y llena de fiestas y regocijos, por entrar aquel dia en ella su magestad, habiendo salido á recibirle todos los títulos y caballeros, y toda la demas nobleza. Yo y mis compañeros, olvidando con la buena nueva la mala noche, y por celebrar la entrada, nos fuimos á nuestro devoto tabernáculo á hacer hora, y á ver á mi buena tabernera, que demas de haber sido desde el segundo dia que entré en su casa la tesorera de mis dineros, siempre que me veia me hacia mil halagos. Bebia yo tan desaforadamente de aquel licor zaragozano, que mis camaradas me habian muchas veces reñido, diciéndome que mirase que aquel vino no era francés ni italiano, sino español puro y sin trampas, y que aunque eran las comidas sustanciosas, comia poco y bebia mucho, y que al cabo habia de dar conmigo en el hospital ó en la sepultura. Pero yo me hacia sordo, y callaba y sorbia. Empezó á pasar la nueva de que su magestad estaba ya á las puertas de la ciudad, y queriendo ir á verle y á gozar de tan excelsa entrada, no me pude menear de la parte á donde

estaba asentado, por hallarme tan tullido de manos y piés que no era señor de mí. Fuéronse mis camaradas contentos de que por no haber tomado sus consejos habia salido verdadera su profecía, y cumpliósele el deseo á la tabernera de tenerme siempre en su casa. Pero no le duró mucho el alegría, porque dentro de quince dias dí fin al corto caudal; y así que olió mi pobreza, me dijo que buscara posada, porque no queria tener enfermos en la suya. Anduvo tan bizarra conmigo, que aun no me quiso hacer crédito de una taza de vino, quizá por solicitar mi salud, habiéndomelas dado de diez en diez, cuando estaba mucho peor y tenia con que pagárselas: mas al cabo y la postre cada uno acude á quien es.

Habíanme dicho mis camaradas como en la jornada habia venido acompañando á su magestad el marques de Grana y Carreta, embajador ordinario de la magestad cesárea, cuya nueva me alentó de manera que viéndome forzado de la necesidad y de la falta de salud le fuí á visitar, y por estar satisfecho, que en aquel señor habia de hallar todo socorro y amparo, por ser muy generoso y muy amigo de mi amo, á quien yo habia conocido en la batalla de Tionvila, siendo general de la artillería de la armada imperial, que gobernaba el duque mi señor: el cual, así que me vió pendiente de dos muletas, admirándose de hallarme en tan miserable estado, usando de su grandeza y piedad, me admitió en su casa, mandando á sus criados que se me acudiese y regalase con todo lo que yo pidiera. Dióme, demas de estas mercedes, una libranza de muy gentiles reales, con que quedé libre de necesidad. Tuve demas de esta suerte otra no menor que ella: y fué que teniendo noticia de la grave enfermedad que tenia don Francisco Totavila, maestre de campo general, y su hermano don Vicente Totavila, á quien yo habia conocido en Flandes siendo capitan de corazas, haciendo alarde de señores liberales y de ilustres caballeros napolitanos, vinieron por mí en una carroza, movidos de compasion, y llevándome á su casa, me dieron una cantidad de doblas, para que me pusiese en cura: que no es poca grandeza en el siglo que corre que haya señores que den sin pedir, y mas en tiempo que estimaba yo mas un real que ahora un doblon; porque entónces me hallaba tullido y desacomodado, y al presente me hallo con salud, y con ella adquiero lo que he menester, y mas de lo que yo merezco. Viéndome entónces favorecido de tantos señores, y la bolsa en buen estado, consulté mi enfermedad con el licenciado Estanca, cirujano de opinion, ciencia y experiencia, y con el doctor Tamayo, cirujano de su magestad, los cuales me condenaron á ser gato de algalia y caballo de juego de cañas: y por ver si me podia librar de tener penas de infierno en vida, me ponia todos los dias á la puerta de la calle de la casa del marqués, adonde, como tengo dicho, era mi asilo y habitacion, y á cuantos doctores pasaban, malos ó buenos, de fama ó sin ella, les quitaba el sombrero hasta el suelo; no tanto por el grado como por haberlos menester, y á todos contaba la llaga y la plaga, y les ofrecia móntes de oro, y á ninguno daba nada, porque del prometer al cumplir hay muchas leguas de distancia, y mi oficio es de recibir, y no de dar. Decíanme todos: Estebanillo, si quieres vivir, no bebas (que era lo mismo que decirme

cáete muerto); y el vino que hasta aquí has despeñado por los conductos de la garganta, es menester que salga alambicado por todo el cuerpo, en agua convertido. Viendo que todos se conformaban en una misma cosa, me determiné, con el refugio de los señores que me favorecian, á irme al hospital á tomar una docena de sudores, y dos unciones particulares. Recibiéronme con gran voluntad, por tener un loco mas en aquella santa casa: y tratándome como alma condenada, me abochornaban los luétanos, y me escaldaban las pajarillas, estando siempre como el rico avariento, carleando con un palmo de lengua fuera de la boca, pidiendo á aquellos benditos Lázaros una gota de vino, acotándoles con las obras de misericordia: pero ellos me decian que con la paciencia se alcanzaba la gloria, y que lo que habia pecado por carta de mas, era necesario que lo purgase con carta de menos. Y despues de haber hecho mi cuerpo una docena de veces sopa abahada, me dieron las dos unciones para que aprendiese á ser mula de doctor, baleando todo el dia. Viéndome tan atormentado y afligido delante de los enfermeros y de otros muchos testigos, hice en alta voz juramento solemne de no beber mas vino, pues por su causa habia llegado á verme como me veia, y á padecer lo que estaba padeciendo. Pero arrepentido del gran disparate que hacia de quererme privar de aquello que mas estimaba, y de intentar apartarme de lo que mas queria, al mismo punto que acabé de hacer voto, le añadí una alforza diciendo en voz baja: Hasta que salga del hospital. Y con haberle acortado el plazo al juramento, aun lo vine á quebrantar, pues en el rigor y fiereza de la salida de los sudores y entrada en las unciones, obligué con ruegos á mis camaradas á que me trajeran lo que me ayudó mas á echar espumas y lo que me alargó mas la enfermedad, porque mas gustaba de morir bebiendo que vivir sin beber. Habian venido acompañando la corte algunos poetas de los de nombre y fama, y uno de ellos que tenia noticia de mi persona, y aun unos mendrugos de zelos sobre una ninfa á quien festejaba, que por su agudeza y brio la llaman la Coscolina, quizá á pedimento de ella, ó por venganza de él, me compuso la glosa siguiente:

Tomando estaba sudores
Marica en el hospital,
Que el tomar era costumbre,
Y el remedio era el sudar.

El remedio del gracejo,
Galan de la Coscolina,
Que al olor de una sardina,
Da fin á un tonel de añejo,
Por curtir bien su pellejo,
Que está lleno de vapores,
Sin que le valgan sus flores,
Ni aproveche su cocaña,
Hoy en la corte de España
Tomando estaba sudores.

De suerte se vió afligido,
Como le falta la nieve;
Que llora lo que no bebe,
Mas no por lo que ha bebido:
La sed lo tiene rendido,
Y en faltándole el bocal,
Es incurable su mal;
Pues de suerte se entristece,
Que hecho lágrimas, parece
Marica en el hospital.

No da al viento exclamaciones,
Siendo sus ansias atroces;
Pues por no dar, no da voces,
Y por tomar, toma unciones:
Por pedir, pide á montones,
Y toma sin pesadumbre
Una azumbre y otra azumbre;
Y asi pide por merced,
Que le remedien su sed,
Que el tomar era costumbre.

Siendo un tiempo bachiller,
Hoy está en eterna muda,
Y lo que ha bebido suda,
Y trasuda por beber:
Por dar al cuerpo placer,
Trata ya de se afufar,
Por salir á refrescar,
Diciendo que es mejor medio
El beber para el remedio,
Y el remedio era el sudar.

Despues de haber estado mas de dos meses en el hospital, salí de él sano de piés y manos; pero las piernas como hueso y el cuerpo como espárrago, y la voz como tiple de capilla, y con órden de que hiciese cuarenta dias de dieta, la cual cumplí de manera que ántes de pasar las cuarenta horas, habia ya bebido mas de cuatrocientas, comiendo en casa del embajador cuanto me daban, y comprando en las plazas cuanto apetecia: de suerte que me trataba como sano, echando seis higas al doctor y doce al cirujano, y cien bendiciones al varon santo que descubrió el sarmiento, y doscientas á lo que las plantan y benefician. Sentí infinito el no hallar en la córte los dos hermanos Totavilas, y estuve harto pesaroso cuando me dijeron que estaban en campaña, por faltarme á la convalecencia tan buen amparo. Dióme capricho, por que no se me apolilláran los dos vestidos que me dió el rey de Polonia, de vestirme á lo polaco, por llevarme tras mí los ojos del vulgo y por ser conocido con mas brevedad. Salíme en este trage á pasear todos los dias con una muletilla, á lo de príncipo ó privado, extrañando de tal manera el trage toda la ciudad, que sus oficiales dejaban sus acostumbradas ocupaciones por salir á verme á las

puertas por tener que reir y fisgar; las damas su labor, por asomarse á las ventanas á hacer burla y donaire de mí; y los muchachos, olvidados de los mandados á que iban, me cercaban y seguian y aun á veces me querian apedrear. Unos decian que era judío, otros que japon, otros que turco: y yo callaba y oreaba, porque aquel que deja su trage se pone á cualquier censura.

Habia hecho el amor, ántes de haberme tullido, á una dama de mantellina y de chinela con liston, gobernanta de la cocina y llavera de la despensa, compradora del sustento, moza de cántaro y lavandera del rio, á quien ya he dicho que llamaban por mal nombre la Coscolina: y por vivir en frente de la taberna de los dos vinos, adonde yo cargué como nube, y no de agua, para llover en la region de fuego del hospital, tuve lugar para verla, hablarla y regalarla. Y como al tiempo que ella me mostraba amor, y daba con algunas finezas señales de agradecida, caí malo, y me ausenté de su barrio á ponerme en cura, se suspendió la comunicacion, y quedó mi pretension en cierne: mas como las de aquella raza son el símbolo del amor, y el desprecio del interés, sin reparar en dimes ni diretes, me hizo, sin ser doctor, media docena de visitas, dejándome siempre debajo de las almohadas muy lindos papelones de confituras. Por no parecer ingrato á tanto favor, la fuí á buscar un sábado en la tarde á la carnicería principal; y encontrándola al salir de ella, y llegándome á hablar, como solia otras veces, se espantó tanto de verme en aquel hábito, y se corrió de tal suerte, por verse detener delante de tanta gente, que encendida de cólera y llena de vergüenza, se abajó al suelo, y tomando una piedra, que podia servir de pesa de reloj, me la tiró con tal suavidad y blandura, que á no retirar la cabeza me la hiciera pedazos, y diciendo: Al loco, muchachos, se fué con la mayor brevedad que pudo. Los muchachos, por obedecerla, empezaron á darme mil voces, repitiendo: Guarda el loco, guarda el loco, cargándose de piedras y de tronchos de coles. Y tengo por cosa cierta que á no pasar á esta ocasion el embajador, que me metió en su carroza y me llevó á su casa, que venia á ser uno de los inumerables mártires de Zaragoza, aunque dudoso el premio de mi martirio.

Fuí otro dia á hablar á su magestad, con mil temores de llegarme á poner delante de tal soberanía, pues cuando ví los rayos de su grandeza y consideré las fuerzas de su poder, eché de ver que los demas poderíos opuestos á los giros de su luz son vapores ó exhalaciones abortadas de la tierra, cuya ambicion las ha congelado en nubes, y cuya envidia y golpes de la fortuna han solicitado oscurecer su claridad, y suspender el curso de su luciente carrera, sin advertir ni considerar que al cabo ha de permanecer por su sol, y al fin ha de deshacer, consumir y abrasar los mas altivos y remontados vapores, y las mas gruesas y preñadas nubes. Presentéle los papeles de los servicios que habia hecho siendo correo, la letra de favor de la imperatriz María, y las fees que llevaba de haber sido criado de su alteza serenísima el infante don Fernando, pidiéndole en recompensa el poder tener una casa de conversacion y juego de naipes en la ciudad de Nápoles: la cual no solamente me dió por merced particular y

provision en forma, pero de mas á mas, carta para el almirante de Castilla, virey de aquel reino, para que me amparara y favoreciera, que solamente se puede llamar feliz y bienaventurado el que sirve á tan gran monarca, pues él solo es el que premia, y el que tiene con que poder premiar: y aquel que en su servicio no avanza, culpe á su corta suerte, y no á la grandeza de este poderoso Alejandro. Yo quedé tan ufano y tan agradecido de ver que un refulgente Apolo y un leon coronado se acordase de remunerar servicios tan inútiles, y hechos por tan humilde sabandija, que á no saber que mi madre me habia parido en Salvatierra de Galicia, reino que me ha honrado en poderme nombrar su leal vasallo, me hubiera, al mismo punto que recibí la merced, partido por la posta á Roma, y sacado su esqueleto de la tumba adonde yace: y trayéndolo lleno de paja, como caiman indiano, en llegando con él al primer puerto de cualquiera de sus reinos lo vaciara y me zampara de nuevo en su vientre, aunque estuviera en él en cuclillas, y la obligára á que me volviera á parir vasallo de tal deidad. Que si supieran bien los que lo son, el rey que tienen, y las mercedes y honras que cada instante les hace, le sirvieran de rodillas; pues siempre las pregona la fama, las publican las historias, y las envidian los reinos extrangeros. Hallándome ya despachado, y tan á medida de mi deseo, me fuí á despedir del conde de Monterey y de don Luis de Haro, grandes de España, y grandes en valor y grandeza, amparo de todos los pretendientes: los cuales, demas de haberme favorecido en mi pretension, y en la brevedad del despacho, me dieron dos cartas de favor para el dicho virey, suplicándole que por ningun impedimento se me dilatase la real merced: que el ser señores no consiste en la nobleza del solar, ni en la grandeza del título, sino en dar muestras de serlo, ayudando á los desvalidos y favoreciendo á los que poco pueden, y honrando generalmente á todos: que para no hacer esto, poco me importa á mí ni á nadie que sean grandes, ó que sean pequeños. Dióme asimismo el marques de Grana, demas de las mercedes que me habia hecho, una carta para el virey de Navarra, y cincuenta ducados para el camino, y treinta don Francisco Toralta, maestre de campo general reformado y gobernador de Tarragona. No me atreví á irme á despedir de tantos duques, marqueses y condes como habia en aquella corte, por haber sido causa mi enfermedad de no haber tenido dicha de haberlos comunicado. Y estando con algun reposo aguardando á partir con comodidad y compañía, me envió á llamar mi conocida tabernera, la cual, pensando que me hacia una lisonja, me dió un billete muy cerrado, diciéndome que se lo habia dado su vecina, á quien yo tanto habia estimado, para que en todo caso lo pusiese en mis manos. Abrílo con harto regocijo, porque aunque me sentia algo agraviado, no dejaba de quererla con todo extremo, el cual decia de aquesta suerte:

« Por pensar que usted era soldado, me incliné á su persona, porque » como tengo algo de Vénus, soy aficionada de los que siguen á Marte. Y » aunque le ví que asistia mas al ramo de una taberna que no á la ban- » dera del cuerpo de guardia, no por eso lo desestimé, porque jamas tuve

» por valiente al que pasa plaza de aguado : pero cuando llegué á verlo » con bonete turco y sayo de loco, quedé tan corrida y avergonzada de » haber empleado tan mal mis finezas, y de haber puesto en tan humilde » sugeto mi amor, que quise vengarme á pedradas en la causa, por ha- » ber sido engañada en la materia. Y así usted, perdonando el atreví- » miento, ponga mi amor en eterno olvido, y enamore de hoy mas á » las que fueren polacas : ó mudando de trage, podrá ser que yo mude de » parecer.

» Su menor criada,
» Y un tiempo su mayor aficionada. »

Quedé tan enamorado de oir el billete, como picado de haberla visto apedrearme con dos mil donaires, tanto que estuve resuelto á suspender el viage y á mudar de vestido; pero por no resfriarme, y por temer que dama que se llamaba Coscolina se me habia de acoger como cañamar, me salí al mismo punto de Zaragoza y tomé el derecho rumbo de San Sebastian, para pasar en la primera embarcacion que hallase á los estados de Flandes, á buscar á mi amo y señor, para agradecerle el bien y regalo que en su casa habia recibido, y las mercedes y honras que por su respeto me habian hecho : y despues con su licencia y voluntad irme á Nápoles á gozar de la merced que su magestad me habia hecho, quizá por atencion de que era yo su criado, y que solo habia venido á España en busca suya. Llegué á la ciudad de Tudela, una de las principales de Navarra, adonde me dí un verde aceitunado de olorosas frutas y de excelentísimos vinos, llevando ordinariamente un mundo tras mí, por la novedad del trage, haciéndoles creer el mozo de mulas que era un embajador del Transilvano. Pasé á una legua de aquella ciudad el presuroso y soberbio rio de Ebro sobre los hombros de una anchurosa y reforzada barca, en la cual compré una gran cesta de anguilas, por ser comida regalada y estimada en toda aquella comarca, las cuales con los arrieros y pasageros y mozos de mulas, que nos habiamos juntado en el camino, nos las merendamos en una venta á cuatro leguas de Tafalla, bebiéndonos con cada uno porque no se nos pegase al estómago, una azumbre de vino, mas helado que si fuera deshecho cristal de los despeñados desperdicios de los nevados Alpes : porque vale tan barata la nieve en aquel pais, que no se tiene por buen navarro el que no bebe frio y come caliente. Menudeamos de tal suerte al sabor de las anguilas, y á la consolacion de la frescura de la bebida, que á estar mas en la venta de lo que estuvimos, obligábamos al ventero á que bebiera lo que beben los bueyes, hallando, cuando entramos en su posada, un tonel lleno de lo tinto.

Caminamos al caer el sol, y toda la noche, por ser tierra tan cálida que no se puede andar por ella si no es con mucho riesgo de salud miéntras dura la fuerza del sol. Quiso mi desgracia, por barajarme el gusto que traia de la buena merienda, que á una legua de Tafalla, emparejando con una ermita que está cerca del camino real, ni sé si por ir lleno de sueño o por caminar cargado de vino, dí una caida de la mula abajo tan feliz y

venturosa, que sin romper la manga de la ungarina polaca, ni la del jubon napolitano, ni la de la camisa española, me hice mil pedazos un brazo, por ser la mula pequeña de cuerpo y el camino llano y arenoso. Quedé el hombre mas contento de este mundo de ver que mi caida no necesitaba de insignia; porque ¿qué mas gusto, que en cualquier tiempo digan los que vieren el revolcadero: ***Aquí cayó un lobo gallego***, que no: ***Aquí mataron á un hombre, rueguen á Dios por él?*** Lleváronme medio muerto á la villa, y metiéndome en una posada, en lugar de cirujano pedí que me trajesen de beber para pasar el susto. Trajo el huésped una cantimplora de vino frio, y el mozo de mulas un cirujano caliente: y tratando primero de aplacar mi sed, traté despues de remediar mi brazo. Hallóme con un calenturon temerario, y atribuyéndolo al vino que en su presencia habia bebido, dijo que si proseguia con tal desórden que no tenia que ponerme en cura. Díle palabra de enmendarme, y de satisfacerle su trabajo, en virtud de lo cual me curó aquella noche, viniéndome á visitar despues dos veces al dia. Cohеché de tal manera al huésped, que apenas habia dado fin á una cantimplora llena de clarete y nieve, cuando ya estaba otra apercibida y puesta á enfriar. Decíame el cirujano todas las veces que me curaba, que echara de ver si habia importado el reglarme en la bebida, pues cada dia iba mejor. Reimos yo y el huésped, dándole á entender que bebia agua cocida.

Al cabo de quince dias me hallé sano, y con fuerzas para ponerme en camino. Pagué al huésped; y despues de haber andado muy generoso con el cirujano, le dije que la causa de estar tan fuerte y animoso, y haber estado bueno con tanta brevedad, era por los milagros que habia usado el vino conmigo, por ser yo tan devoto suyo, y por baberle tenido siempre á mi cabecera. Él me respondió: Lo que á unos mata á otros sana. Y despidiéndome de los dos, y saliéndome aquella mañana de Tafalla, llegué á la tarde á la ciudad de Pamplona, cabeza del reino de Navarra, frontera de Francia. Y queriendo entrar por una de las puertas de sus fuertes y altivos muros, se alborotó de tal manera la guardia que estaba en ella, por verme en trage polaco, que me espantó como no me dieron una rociada de balazos. Salió un cabo de escuadra con veinte y cinco soldados, y todos con sus armas á recibirme, mas de guerra que de paz. Hiciéronme poner pié en tierra, y cercándome, como si fuera enemigo, me preguntaron ¿que de qué nacion era, qué oficio ejercia, de donde venia y donde iba? Yo temblando de verme entre tantas picas y arcabuces, despues de haber satisfecho al interrogatorio, les dije que mirasen que era Estebanillo Gonzalez, flor de la jacarandina, criado del duque de Amalfi, y hidalgo muchísimo menos que el rey; y que para que mas se satisfaciesen, le presentaria mi carta de creencia y ejecutoria, protestándoles que me diesen libertad y me levantasen el sitio. Pero no siendo todo esto bastante para ablandar al cabo de escuadra, se determinó de llevarme delante del conde de Oropesa, que era virey de aquel reino, y á quien yo traia las cartas de recomendacion. Llevé tras mí un batallon de gente popular, apellidándome á voces espion. Llegué á palacio con toda esta escolta, y entráronme en el cuarto de su excelencia, habiéndole pri-

mero enviado un recado con un page suyo el cabo de escuadra, de que habia preso á un esguízaro españolado por sospecha de espía. Llegué á su deseada presencia, por verme libre de aquellos soldados del prendimiento; y despues de haberle hecho un rastreado de cortesías, le dí la carta, la cual leyó con mucho agrado, y riéndose de ver con el recato y guardia que me habian traido, le mandó al cabo que se volviese, que aquella espia era de paz. Y despues de haberse entretenido conmigo en saber el largo viage que habia hecho sin haber podido dar un alcance á mi amo, mandó á su mayordomo que todo el tiempo que me detuviese en aquella ciudad, hasta tener nueva cierta de embarcacion, que me diese ocho reales de racion cada dia, que de presente hay racionero de la capilla real de Granada que hubiera trocado su racion por la mia. Hallábame siempre á su mesa, adonde saliendo siempre tripa horra, daba sepultura á los mejicanos. Venian todas las noches muchos caballeros navarros, y particularmente don Pedro Navarrete, á cortejarle y entretenerle, con quien yo chanceaba bravamente, y despues de venderles bulas sin ser cuaresma, les contaba las mayores mentiras y embelecos que se pudieran imaginar; y para que no pudiesen comprobarse, acotaba haber sucedido en Alemania y en Polonia. Dábanme allí muy buenos baratos, y en sus casas muy caros y sabrosos claretes.

Bajéme una noche á jugar á las pintas con un acemilero alentado, y encerrándonos los dos en su aposento, que estaba pegado á la caballeriza, á la luz de una torcida, alimentada con aceite, le gané todo cuanto tenia con tal rigor que aun no tuvo dicha de que llegase el naipe á su mano: y colérico de su mala suerte, ó sentido de la pérdida que habia hecho, quitándome de las manos el libro descuadernado, me dió con toda la baraja en mitad de los hocicos. Yo, acordándome de las leyes del duelo, por no quedar en nada cargado, aunque siempre lo estaba de vino, le dí tal sombrerazo en las asentaderas de los bigotes, que le dejé aplastadas las narices. Acudió con velocidad á un rincon á tomar su espada, y yo, temeroso de que la hallase, y me ahorrase de venir á Flandes, arbolé la luz, y dándole un soberbio candilazo sobre las espaldas, despues de haberlo hecho acemilero manchego, quedó el pobre Estebanillo á escuras, y á puerta cerrada, y muerto de miedo: pero dime tan buena maña á palpar la surtida, que primero dí con el cerrojo que mi contrario con la tizona. Salíme á lo raso, y amparándome del cuerpo de guardia, llegó en mi seguimiento mi encandilado aceitero, con cinco palmos de herrusca, tan antigua que pienso que en su juventud la trajo el Cid en sus alforjas. Opúsose á su ímpetu un cabo de escuadra, y despues de haberlo desarmado, sin haber tocado á la queda, y de darnos á cada uno media docena de cintarazos (que de esta mercancía suelen los oficiales de ahora ser muy liberales), se hizo sabedor de todo el caso, y trató de hacernos amigos: no queriendo venir en ello mi rascador de mulas, hasta tanto que le pagase el menoscabo de la ropilla y el valor del candil. Pero yo, dando muestras de príncipe polaco, le dí doce reales de veinte que le habia ganado, y llevándolo á él y al cabo de escuadra y á media docena de soldados á la taberna del vino de Zaragoza, que está dentro del mismo palacio,

gasté los otros ocho reales que me quedaban de toda la ganancia, ahogando la pendencia y poniendo en olvido los agravios.

Tuve otro dia nueva de que habia llegado á San Sebastian la marquesa de Torres en una fragata de Dunquerque, de lo cual dí aviso al virey, y pidiéndole licencia para proseguir mi viage, me dió á la despedida un pasaporte, y una carta para Onofre Pastor, maestre de campo reformado y gobernador de aquella plaza, para que me hiciese dar embarcacion, y una ayuda de costa, como de mano de un grande de España y conde de Oropesa. Salí de la ciudad de Pamplona con una mula y un criado; y despues de haber pasado los confines del reino de Navarra, entré en la provincia de Guipuzcoa, que, aunque es pais no barato, es muy regalado y ameno de variedad de arboledas. El segundo dia, y postrero, de mi viage, á persuasion del criado, quizá por ir él á caballo, bebí una poca de sidra, por hacer gran calor y decirme que era buena para refrescar, pero apenas la habia embasado por mi daño é ignorancia en la cueva de mi barriga, empezó á tener alborotos con el vino que estaba dentro, y andar á puñadas el uno con el otro, sintiendo yo, bien contra mi gusto, la batalla y el combate; ¿pero qué menos me podia suceder con bebida cuyo propio nombre es zagardoa, que mal azagaya le tiren al ladron que tal me hizo beber? Al fin, como en muchos reinos y señoríos me han dado emperatrices, reinas y damas de calidad muchas ayudas de costa, en esta provincia la señora doña Zagardoa, marquesa del Real de Manzanares, me honró con hacerme ayuda de cámara y escudero de á pié, pues todo el camino fuí á pata con los calzones sueltos y en las manos, y haciendo á cada veinte pasos una parada. Llegué, sobre tarde, á San Sebastian debilitado, lacio y despeado: y para alivio del mal que habia padecido, la primer nueva que me dieron fué que la fragata que habia venido de Dunquerque se habia partido para la Coruña: mas para conmigo *todos los duelos con vino son menos*, y es él que me mata y da vida. Acudí al remedio, y entrándome en una posada, me trajeron un bizcocho y una azumbre de lo de Rivadavia, el cual, por ser mi paisano, me sosegó la tormenta de la barriga, y fué causa de poderme poner las agujetas. Y sintiéndome un poco mas aliviado, fuí á llevar la carta del conde de Oropesa al gobernador de aquella plaza, el cual me dijo que el dia que supiese que habia alguna embarcacion para Flandes, que le avisase, que al punto me haria embarcar, y que si se me ofreciese alguna cosa, que acudiese á su casa. Con esto me despedí, y yéndome la vuelta de mi posada á tratar de la convalecencia de mi desgracia, encontré con dos soldados de los Paises Bajos, que me habian conocido en ellos, el uno alférez y el otro sargento, los cuales habian sido prisioneros en la batalla de Rocroy y se habian huido de la prision, y estaban aguardando pasage para volverse á sus compañías: y despues de habernos saludado, les supliqué se quedasen aquella noche á cenar conmigo: en cuyo convite me contaron su larga prision, y el modo que tuvieron para librarse y llegar á gozar de la amada libertad. Quedamos aquella noche de concierto de hacer camarada, supuesto que todos éramos de una nacion y haciamos un mismo viage. Estuve treinta dias en esta villa, gastando lo que tenia, y

sin tener socorros, como en las demas partes donde habia estado. Asistiales á mis camaradas don Diego de la Torre, secretario que habia sido de estado y guerra en los estados de Flandes. Al cabo de este tiempo hallamos un bajel hamburgués que iba á Holanda, con el cual concertamos nuestra embarcacion por muy poco dinero, y del remanente que á mí me habia quedado compré siete mil limones, con intencion de venderlos donde llegase á tomar puerto, y cuatrodoblar el caudal; pero hice la cuenta sin la huéspeda. Hicimos una muy buena provision así de comida como de bebida, la cual juntamente con los limones llevamos al dicho bajel, y echando la bendicion á la tierra, tomamos quieta y pacífica posesion de él.

CAPITULO XIII.

En que prosigue el viage que hizo á Flandes, los naufragios que le sucedieron en el camino y los palos que le dieron en Inglaterra, la llegada á Bruselas y la despedida para Nápoles.

Salimos de aquel puerto con favorable viento, y con esperanza de tener feliz viage; y el primer dia, por tener conociencia y amistad con el patron y marineros, donde fueron tantos los brindis, que si con cada uno camináramos un cuarto de legua, llegáramos aquella noche á Dunquerque. Dimos todos tres camaradas valientes muestras, miéntras duró la bonanza, de alentados, fuertes y briosos; pero al cabo de dos dias nos sobrevino tan fuerte borrasca, que deshicimos la pompa, y hechos unas madejas nos tendiamos como atunes. Tardamos veinte y cinco dias en solo tomar la canal, habiendo desde San Sebastian á la boca de ella no mas de ochocientas leguas. En esta canal, y no de tejado, tras de todos nuestros infortunios y trabajos, nos faltaron los bastimentos, así á nosotros como á los marineros. Aquí fué donde de todo punto aborrecí el agua, y donde acabé de confirmar por insensatos á los hombres que pueden caminar por tierra, comiendo cuanto quieren y bebiendo cuanto gustan, y se ponen á la inclemencia de los vientos, al rigor de las ondas, á la fiereza de los piratas, y finalmente ponen sus vidas en la confianza de una débil tabla sin considerar el peligro de un escollo, el riesgo de una sirte, y el daño de un bajio, el temor de un banco, el sobresalto de una playa, y la soberbia de una bestia fiera é indómita, y que le basta ser mujer para ser mudable y voltaria. Yendo la muerte á la puerta, y la hambre dentro de casa, animé á mis compañeros, y diciéndoles: *De paja ó heno el vientre lleno*, los bajé abajo, y dando en los limones como si estuvieran en conserva, cortábamos la cólera á todas horas, aunque teniamos bien poca: los cuales nos servian de principios y postres. Traiamos todo el dia las bocas agrias, las barrigas acedas, y los

dientes afilados y de un palmo, y á la noche cerrábamos con una docena de toneles de vino que llevaba el patron, con que quedábamos confortados. Y por irse pudriendo mis limones, los iba trocando con una gran cantidad que llevaban los marineros, y creciendo y multiplicando la mia.

Pero viéndonos el patron tan alegres y regocijados, y estar todo el dia y la noche debajo de cubierta, sin lamentarnos de la hambre y sed como todos los demas lo hacian, y considerando que no éramos cuerpos santos para pasarnos de milagro, bajó abajo, y haciendo visita general, nos descubrió la flor y nos mandó subir arriba. Pero anduvo tan bizarro, considerando á lo que obliga la necesidad, que no se dió por entendido, ni nos hizo cargo de nada de lo que le faltaba; pero de allí adelante no nos dejó entrar debajo de cubierto, con que nos helábamos de frio y nos ahilábamos de hambre, soplando siempre un viento contrario para acabarnos de acomodar. Estando ya desahuciados de todo remedio, dando bordos, llegamos una tarde á dar fondo en Valmur, uno de los mejores puertos de Inglaterra. Saltamos en tierra, y nos entramos en una taberna: y como si fuera noche de carnestolendas, ó se casara alguno de nosotros, toda la noche, ó la mayor parte de ella, se nos fué en satisfacer las muchas que habíamos pasado malas, sin haber á las últimas rociadas ninguno que se acordase de las tormentas ni de las calamidades pasadas. Venida la mañana, desembarcamos todos los limones, y los llevamos á vender á una villa, que está á una legua de este puerto, y en una de las mas ricas posadas tomamos un aposento, y llevando con nosotros una gran partida de ellos, dejamos los demas encerrados. Fuímonos á la plaza, adonde pasamos plaza de marchantes de agrio, y á medio dia nos regalábamos como mercadantes de dulce. Despachamos aquel dia todos los que sacamos al mercado, y volviendo á la noche á nuestro aposento hallé que me habian hurtado mas de la mitad de los que habia dejado; y como si estuviera en tierra del rey de España, y tuviese á mi lado al duque de Amalfi, mi amo, que me defendiese, empecé á hundir la posada á voces, y á llamar perros, ladrones, luteranos al huéspede y á sus criados: á lo cual ninguno me respondia, por no entenderme. Llegó el sargento á mí, y viéndome tan colérico y desbaratado, pues braveaba en tierra agena, y con nacion contraria á nuestra fe, me dijo que callase, porque habia muchos en aquel reino que sabian hablar español, y que si alguno llegase á entender lo que les decia, que me matarian á palos: pero apenas fué dicho cuando fué hecho, porque habiéndome oido un inglés españolado todos los nombres de las fiestas que les habia dicho, dió cuenta á cuantos estaban en la posada, y tomando cada uno el palo que halló mas á mano, me dieron mas leñazos que limones me habian hurtado. Y no contentos de haberme medido de arriba abajo infinidad de veces, y de no dejarme hueso que me quisiese bien, nos llevaron á todos tres á una jaula de hierro, que estaba en mitad de la plaza, y encerrándonos en ella como á papagayos, nos dejaron á escuras y al resistero del viento. Allí purgamos los buenos pastos que nos habíamos dado, y allí temimos, siendo en tierra, mas que todos los peligros que habíamos pasado en la mar. Estuvimos toda la noche haciendo consultas, y á la mañana amanecimos arrecidos,

por ser cerca de Navidad, y transidos de sed y hambre. Llegábannos á ver cuantos pasaban por cerca de la jaula; y en lugar de preguntarnos: ¿Como estás, loro? nos decian : ¡ Infames papistas y espiones! y otros favores á este tenor. Acertó á pasar un caballero de aquella villa, que su persona daba muestras de serlo, el cual nos saludó en latin; y yo tomando la taba, y soltando la taravilla, sin darle lugar á que nos hiciese ninguna pregunta, le estuve latinizando mas de media hora, contándole nuestro viage y causa de la pendencia, mollizna de palos y encerramiento de jaula: y humillándome ante él, le mostré todos mis papeles, y le supliqué que tuviese compasion de nosotros. El cual, enternecido de ver con la poca razon que nos tenian de aquella suerte, fué y habló á la justicia, y volviendo con un ministro de ella, nos hizo abrir la puerta, y sin decirnos os, nos salimos de la jaula, y nos pusimos en la calle los tres pajarotes. Agradecimos al caballero la merced que nos habia hecho, y vendiendo los limones que nos habian quedado en junto, salimos de la villa mas recios que jarras.

Llegamos á la marina, adonde hallamos el bajel con mucho espacio, y sus marineros con mucha flema, y dos fragatas de Dunquerque, que forzadas del mal temporal habian llegado á dar fondo. Viendo que estaban medio de partida, y que el dinero iba boqueando, nos determinamos de embarcarnos en ellas, y llegando á hablar á los que venian por cabos, me llevaron á mí á la una y mis camaradas á la otra. Salió la mia dia de Navidad del año de mil seiscientos cuarenta y cinco, y en corso contra holandeses, franceses y portugueses. Iban todos deseando hallar ocasion en que mostrar su esfuerzo y dar un filo á sus uñas, y yo rogando á Jesucristo que por su bendito nacimiento no tuviésemos fortuna de llegar á descubrir vela, aunque fuera de cera. Pero el segundo dia nos fué fuerza pelear con un bajel holandés, y despues de habernos peloteado mas de una hora, se fué á pique, salvándose la gente. Tomamos la derrota la vuelta de Bretaña, andando á caza de bajeles franceses, y en encontrándolos poníamos bandera francesa; y de la misma suerte, en encontrando bajeles holandeses, poniamos bandera holandesa. Llegamos á la costa Bretona, donde cada dia andaba el diablo en Cantillana, y se batia muy bien el cobre. Si el bajel que encontrábamos era fuerte, huíamos como galgos, y todos muy tristes, y yo reventando de alegría, y en siendo débil y de poca defensa, cerrábamos de tropa á caiga quien cayere. Y yo, por no dar alguna mala caida, me metia debajo de cubierto, y en estando pasada la borrasca, subia á saber si era presa de vino: y en siéndolo, peleaba yo solo mas que todos, pues miéntras los marineros se chupaban media docena de potes, me chirriaba yo una. Anduvimos muchos dias, unas veces huyendo por reconocer ventaja, convertidos los mas valientes en temerosas liebres, y otras veces dando alcances, por ser nosotros mas fuertes, transformado el mas cobarde en invencible leon. Al fin, habiendo echado algunos bajeles á fondo, y cogido presas de importancia, nos volvimos la vuelta de Flandes, ayudados de un poniente favorable. Era una alegre fiesta de carnesta el vernos cuan bien lográbamos los ratos desocupados que teníamos, porque como el vino no nos

habia costado nada, bebíamos todos á discrecion; y el mal humor que yo gastaba, cuando llegábamos á embestir, lo trocaba á este tiempo en chancear y en ayudar á las faenas, no á las de los árboles y velas, sino á las de remojar los tragaderos. Eran siempre mas largos estos oficios que los del sábado santo, y á la tarde veníamos á estar todos iguales, y á caer unos sobre otros: al fin vida de cosarios y muerte de pasageros. Viniendo un dia todos muy alerta por la costa de Francia, al tiempo que emparejamos con Calés, nos salieron á dar alcance dos bajeles holandeses, los cuales, mas por fuerza que por grado, nos hicieron meter en Dunquerque, contra la voluntad del capitan de la fragata, que no contento de lo pasado aun todavía queria probar su ventura: mas yo, viendo cuan buena habia sido para mí el haber dado fin á mi viage, salté en tierra y me entré en la villa. Y como otros buenos cristianos se van derechos á la iglesia, yo me fuí derecho á una taberna, y no metiendo en ella mas de cuatro reales, empecé á pedir y á gastar como si fuera cargado de doblones, en confianza de hallar amigos ó conocidos, porque mi oficio es unas veces barco lleno y otras barco vacío.

Estuve allí unos dias refrescando y descansando, y á la partida el maestre de campo don Fernando Solis me dió con que pagar el gasto que habia hecho, y con que venir hasta Nieporte, adonde Salvador Bueno, gobernador de aquella plaza, me amparó y ayudó para el camino. Llegué otro dia á Brujas, adonde me vestí á lo polaco, y por ser carnestolendas y trage ocasionado, faltó muy poco de no apedrearme. Pasé de allí á Gante, en cuyo castillo hallé todo regalo y agasajo; y al cabo de dos dias hice mi entrada en Bruselas, que fué el segundo dia de cuaresma, adonde fuí muy bien recibido de mi amo, haciéndome la merced que siempre me ha hecho, y gozando en su palacio de la generosidad que siempre he gozado. Fuí á visitar á los demas señores, en quien hallé la misma grandeza, y aun mas que ántes, y con mas quilates aventajadas las dádivas. Llevaba tambien tras mí sus poquitos de muchachos, porque imagino que no se ha visto trage mas mirado ni hombre mas perseguido que yo con él: y yendo á ver á mi dama, para mudar de vestido, me dijo el mercadante adonde la habia dejado que á pocos dias de mi partida se habia ella echado al mundo, por quitarse de malas lenguas; y que todos mis vestidos los habia vendido y empeñado, sin haber dejado cosa ninguna en su casa. Fuíme á la de su tia, la cual me recibió con mil zalemas, y me dijo que en aquel instante acababa de salir de allí su sobrina, y que estaba como un ángel, y que deseaba volver á mi poder, y que la habia estado mas de una hora persuadiendo para que me fuese hablar y dar un recado muy amoroso de su parte, y á disculparla del yerro que habia hecho: y que el haberse hecho tan miserables los hombres para con las mujeres, la habia obligado, por verse en necesidad, á enagenarme la ropa que le habia dejado á guardar. Yo dije que al punto le enviaria la respuesta de todo lo que habia dicho por escrito, para que se la diera á su sobrina. Y despidiéndome de ella, me entré en casa de un amigo, y tomando recado de escribir, le compuse un romance que decia de esta suerte:

Madama doña Escotofia
Ya no mas, por no ver mas,
Puesto que hasta aquí he querido
Cantar mal y porfiar.

Ya, mi reina, no me atrevo
Sufrir mas, por querer mas,
Porque agravios por finezas
Es ya moneda usual.

Esa zalema á los moros;
Ese tus tus á otro can,
Esas flores á otro mayo,
Esas chanzas á otro Bras.

Lleve el favonio suspiros,
Lleve lágrimas la mar,
Y lléveme á mí el diablo,
Si vos me engañáreis mas.

Por vuestra causa he quedado
Retrato del padre Adan,
Siendo en corte, por lo menos,
Polaco, á no poder mas.

Vos, señora, habeis tenido
Mas conchas que no un caiman,
Mas cautelas que un Sinon,
Mas pleitos que una ciudad;

Mas entradas que no un reino,
Mas salidas que un lugar,
Mas visitas que una audiencia,
Mas aplauso que un mordaz;

Mas encuentros que los dados;
Mas ofrendas que un abad,
Mas vuelcos que tuvo Troya,
Mas tiros que tiene Oran;

Mas que angélicas traspuestas,
Mas dispuestas que una paz,
Mas cebo que un pescador,
Mas uñas que un gavilan.

Y si mas llegare á veros,
Cuando juegue y diga mas,
Ruego al cielo que en castigo
Diga topo y eche azar.

Hícelo un billete, y despues de haberlo cerrado se lo envié con un muchacho á la tia, echándoles á las dos la bendicion para siempre. En este

tiempo mi amo, por verme en mi trage y hacerme dejar el ageno, me hizo una pura mancha el vestido polaco en un banquete; pero al cabo de dos dias salí á su costa hecho una parte de plata. Y por hacer alarde de la nueva gala, me fuí al salon de palacio, y andándome paseando por él me acordé de haber leido como en aquel mismo puesto el invencible emperador Cárlos Quinto, por hallarse enfermo de la gota y fatigado de los trabajos de la guerra, hizo renunciacion de su imperio y reinos, y se fué á Yuste á retirarse y á tener quietud. Y queriendo aprovecharme de tan grandioso ejemplar, por verme enfermo del mismo achaque y fatigado de los trabajos de la paz, y porque se me va pasando la juventud, y que me voy acercando á la vejez, propuse de abreviar con mas eficacia para irme á retirar, y á tener sosiego en aquel ameno y deleitoso Yuste de la gran ciudad de Nápoles, metrópoli de todas las grandezas, maravilla de maravillas, cuyos montes son dulce olvido de los hombres, cuyos campos son prodigios ostentosos de la naturaleza, cuyo celebrado Seveto es emulacion del Xanto y competidor del Pactolo, su muelle asombro del piramidal coloso, sus templos desperdicios del de Efeso, sus príncipes y señores el símbolo de la lealtad, la congregacion del valor, el centro de la nobleza, el sol de toda la Europa, y la flor de toda la Italia. Para cuyo efecto traté al instante de hacer este libro, por hacerme memorable; y porque sirva de despedida de mi amo y señor, para que, como tan gran príncipe, viendo que es cosa justa lo que le suplico, en premio de lo que le he servido, acordándose de la palabra que me dió despues de la batalla de Tionvila, me dé licencia para retirarme á disponer de la merced que su magestad me hizo á la fértil vega napolitana, teniendo mi celda en el san Yuste de su ducado de Amalfi. Y estando en los últimos pliegos de esta obra, llegó á esta corte la funesta y infeliz nueva de como á la magestad cesárea de la emperatriz Maria habia sido Dios servido de llevarla á mayor imperio, para que trocase la corona que tuvo en esta vida por la corona de la gloria, cuyo justo sentimiento me inundó el corazon de suspiros y de llantos los ojos, porque en oir un tan tierno malogro y tan acelerada partida, ¿qué diamante no se ablandara, ni qué risco no se enterneciera? Y soy tan por todo extremo infelice, que siempre á una pena me sigue otra pena, á una desdicha otra desdicha: pues habiendo tenido suerte de servir á un tan gran príncipe, como fué su alteza serenísima el infante cardenal, que en campos de zafir pisa tapetes de luceros, al tiempo que mas me amparaba y asistia por ser perla del nácar la divina Margarita, se lo llevó el cielo para que en él fuese celestial rubí: y cuando con toda liberalidad y grandeza la magestad real de la hermosísima reina de Polonia me honraba y favorecia, trocó el reino estable por el eterno; y ahora de presente la emperatriz del orbe, reina de la hermosura, la princesa de las flores, cuya belleza era sobrehumana, y cuyas virtudes eran divinas, porque gustaba de hacerme merced y de ayudarme con generosa mano, dejando á Alemania en un eterno caos, y á España en una confusa tiniebla, se ha partido á ser luz del sol y querubin entre los querubines: de modo que, para que á mis tormentos no haya humana resistencia, me han faltado de

cuatro años á esta parte tres columnas invencibles, tres deidades milagrosas, y tres floridos pimpollos de la casa de Austria, que han sido un infante de España, hermano de un poderoso rey; una reina de Polonia, mujer de tan gran monarca y hermana de un emperador; y una emperatriz de Alemania, mujer de un emperador del orbe, y hermana de un rey de España, y de una reina de Francia : de suerte que hoy me hallo tan huérfano y solo, que ya no tengo á quien volver los ojos, si no es á mi rey y señor y á mi antiguo dueño el excelentísimo duque de Amalfi, que á no estar debajo de su amparo y no hallarme tan obligado como me hallo, á tanto favor y merced como me ha hecho y hace, me hubiera forzado el sentimiento de esta última muerte á irme á un desierto á hacer penitencia, ó á un oculto y encumbrado monte, para que entre sus soledades me acabasen las melancolías que me afligen de la presente desdicha. Y por dar muestras de agradecido á tantos grandiosos beneficios como de su magestad cesárea habia recibido, compuse á su muerte los siguientes versos :

Cuando lleno de albores
Entró el jurado mes, rey de las flores,
Prestando á los jardines
Avenidas de rosas y jazmines,
Y dando á los vergeles
Lluvias de lirios, flotas de claveles,
La flor mas olorosa,
Las mas purpúrea y refulgente rosa
Que pasó de Castilla
A ser del sacro imperio maravilla,
La que al sol al miralla,
Le presentó victoria, y no batalla,
La emperatriz María,
Risa del alba y esplendor del dia,
Trágico golpe quiso
Transformarle el laurel en ciparíso,
Porque en tal desventura
Nos faltase la luz y la hermosura.
Jamas creyó su Atlante,
Que se eclipsara sol tan rutilante,
Ni que de fiera parca horrenda huella
Se atreviera á menguar luna tan bella;
De hoy mas no den las flores
Fragancias de odoríferos olores,
Ni tenga el mar bonanza,
Ni se vistan los prados de esperanza :
Sea todo agonía,
Pues le faltó al imperio el alegría,
Hinchéndose con llanto muy profundo
De sentimiento y luto todo el mundo.

GLOSA.

Aprended, flores, de mi,
Lo que va de ayer á hoy;
Que ayer maravilla fui,
Y hoy sombra mia aun no soy.

Purpúreos claveles rojos
Fueron mis facciones bellas,
Todas racimos de estrellas,
Todas soles á manojos:
Mas ahora son despojos,
Y no aquello que ántes fui,
Pues deshojó el aleli
La parca de mi hermosura:
Y así de tal desventura,
Aprended, flores, de mí.

Ayer me vió la campaña,
Dando á sus flores olor,
Mujer de un emperador
Y hermana de un rey de España:
Y hoy un golpe de guadaña
Me ha postrado adonde estoy,
Y aquello que fui no soy,
Ni puedo volver á ser;
Con que podrá el mundo ver
Lo que va de ayer á hoy.

La corona de mi frente
Tuvo ayer muy gran valía,
Por ser reina de la Ungria
Y emperatriz del Oriente:
Por rosa resplandeciente
Tal bien ayer merecí;
Mas como mortal nací,
La parca cortó mi ser,
Sin respetar, ni temer,
Que ayer maravilla fui.

Infanta nací en la cuna,
Y en mi juventud hermosa
Vine á ser reina y esposa
De un sol de quien fui la luna:
Tributóme la fortuna,
Y ahora fendos le doy,
Y aunque en urna real estoy,
Me sirve de desconsuelo
Que ayer me vi sol del suelo,
Y hoy sombra mia aun no soy.

Ya me parece, amigo lector, que será justo el dar fin á este volúmen, porque no seria razon, tras de tanta pena y sentimiento, escribir cosas

de chanza, cuando hubiera materia para ello; y así me perdonarás el haberte dado el postre en tragedia, pues harto me holgara yo y toda la cristiandad que su magestad cesárea se gozara siglos de siglos, y darte en lugar de sus epitafios fúnebres una docena de romances alegres. Y así culpa á la muerte, y no á mi pluma; pero porque te quedes saboreando con la miel del bureo, y no lloroso con el trágico fin, porque sea postre agridulce como granada, hice una despedida de mi amo y de todos los señores y damas de esta corte, advirtiéndote que me ha costado harto trabajo, porque su compostura es la mas difícil que hasta hoy ha salido, por ser romance sin una letra vocal que es la O, con ser la mas necesaria de todas cinco, que es el siguiente:

Insigne duque de Amalfi,
Cuya fama á Italia ilustra,
Y ella ufana á tus laureles,
La da palmas á la pluma:

Fuerte Alcides de Alemania,
Cuyas deidades augustas
Y águilas sacras rapantes
Las preservásteis de injurias:

Valiente Aníbal de Flandes,
Pues en su primera angustia
Le sacásteis invencible
De las tinieblas escuras:

Esteban se parte á Italia,
Y ántes de partir renuncia
El alegría y la chanza,
Y la gala de la bufa.

A vuestra excelencia suplica
Le dé licencia, si gusta,
Pues que sus males y achaques
La muerte y vejez anuncian.

Bruselas, quedad en paz:
Damas, deidades purpúreas,
De cuya beldad se saca
Quinta esencia de luz pura,

A reverder en el valle,
Pues ya mi merced se afufa
A tener casa de naipes,
Y á vivir de garatusa.

Príncipes, duques, marqueses,
Mi viage se apresura,
Y el partirme es para siempre,
Y la vuelta para nunca.

El fin de mis caravanas
Anhela y pide pecunia,
Que es la bella entretenida
Sanguijuela que la chupa.

Valiente y fuerte milicia,
Cuya infernal baraunda
Me hace temblar cada dia,
Y guardar muy bien la nuca,

A mi partida haced salva,
Pues sabeis mis cancamusas,
Y que en campaña de *requiem*
Nunca estuve de aleluya.

Burgesia, ya se ausenta
Esta tremenda figura,
Que de lámparas y tazas
Fué tarasca y fué lechuza.

Quedad en paz y quietud,
Galeazas de la chusma,
Pulillas de la salud,
Venteras de carne cruda.

Muy huérfanas quedareis,
Bellas y amenas bayucas,
El alma queda en rehenes,
Ya que el cadáver se muda.

Mis niñas en esta ausencia
Darán vertientes de zupia,
Que si es muerte el ausentarse,
Lágrimas den á sus urnas.

Si al que se muda, Jesus
Siempre le ampara y le ayuda;
Buen viage y buen pasage,
Pues que ya pinta la uva.

EL

DIABLO COJUELO,

VERDADES SOÑADAS

Y NOVELAS DE LA OTRA VIDA,

TRADUCIDAS A ESTA

Por Luis VELEZ DE GUEVARA (1).

TRANCO PRIMERO.

Daban en Madrid, por los fines de julio, las once en punto (hora menguada para las calles, por falta de la luna), jurisdiccion y término redondo de todo requiebro lechuzo, y patarata de la muerte. El prado de San Gerónimo boqueaba coches en la última jornada de su paseo; y en los baños de Manzanares, los Adanes y las Evas de la corte, fregados mas de la arena que limpios del agua, decian el *Ite rio est;* cuanto don Cleofas Leandro Perez Zambullo, hidalgo á cuatro vientos, caballero huracan, y encrucijada de apellidos, galan de noviciado, y estudiante de profesion, embarazado con un broquel y una cortadora espada, aprendia á gato por el caballete de un tejado, huyendo de la justicia, que le venia á los alcances por un estrupo que no lo habia comido ni bebido, que en el pleito de acreedores de una noble doncella al uso, estaba graduado en el lugar veintidoseno, pretendiendo que el pobre licenciado escotase solo lo que tantos habian merendado. Y como solicitaba escaparse de él, para uno son (sentencia definitiva del cura de la parroquia, y auto que no lo revoca sino el vicario, responso juez de la otra vida) no dificultó arrojarse desde el ala del susodicho eminente tejado, como si las tuviera, á la burada de otro que estaba confinante, nordesteado de una luz, que por ella escasamente se brujuleaba, estrella de la tormenta

(1) Celebre poeta cómico, de quien pueden verse algunos noticias en el tomo 4º de nuestro *Tesoro del Teatro*. La primera edicion de esta novela, que imitó M. Le Sage en su *Diable boiteux*, se publico en Madrid en 1641.

que corria, en cuyo desvan puso los piés y la boca á un mismo tiempo, saludándolo como á puerto seguro de tales naufragios, y dejando burlados á los ministros del agarro, y los honrados pensamientos de doña Tomasa de Bitigudiño, doncella chanflona (que se pasaba de noche como cuarto falso) que para que surtiese efecto su bellaquería habia cometido otro estelionato mas con el capitan de los ginetes á gatas que corrian las costas de aquellos tejados en su demanda, y volvian corridos de que se le hubiese escapado aquel saltador bajel de capa y espada que llevaba cautiva la honra de aquella señora mohatrera de doncellazgos, que juraba entre sí tomar satisfaccion de este desaire en otro inocente chapeton de embustes doncelliles, fiada en una venerable madre á quien ella llamaba tia: liga donde habia caido tanto pájaro forastero.

A estas horas el estudiante, no creyendo su buen suceso, y desollinando con el vestido y los ojos el zaquizamí, admiraba la region donde habia arribado, por las extrangeras extravagancias de que estaba adornada la tal espelunca, cuyo avariento farol era un candil de garabato, que se descubria sobre una mesa antigua de cadena, y papeles infinitos, así compuestos y desordenados, escritos de caractéres matemáticos, unas efemeridas abiertas, dos esferas, y algunos compases y cuadrantes; ciertas señales de que vivia en el cuarto de mas abajo algun astrólogo, dueño de aquella confusa oficina y embustera ciencia; y llegándose don Cleofas curiosamente, como quien profesaba letras, y era algo inclinado á aquella profesion, á revolver los trastos astrológicos, oyó un suspiro entre ellos mismos, que pareciéndole imaginacion ó ilusion de la noche, pasó adelante con atencion, papeleando los memoriales de Euclides y embelecos de Copernico, escuchando segunda vez repetir el suspiro; entónces, pareciéndole que no era engaño de la fantasía, sino verdad que se habia venido á los oidos, dijo con desgarro y ademan de estudiante valiente: ¿Quién diablos suspira aquí? Respondióle al mismo tiempo una voz entre humana y extrangera: Yo soy, señor licenciado, que estoy en esta redoma, adonde me tiene preso este astrólogo que vive ahí abajo, porque tambien tiene su punta de la mágica negra, y es mi alcaide dos años habrá. Luego familiar eres, dijo el estudiante. Harto me holgara yo, respondieron de la redoma, que entrara uno de la santa Inquisicion, para que metiéndole á él en otra de cal y canto, me sacara á mí de esta jaula de papagayos de piedra azufre. Pero tú has llegado á tiempo que me puedes rescatar, porque este, á cuyos conjuros estoy asistiendo, me tiene ocioso, sin emplearme en nada, siendo yo el espíritu mas travieso del infierno. Don Cleofas, espumando valor, prerogativa de estudiantes de Alcalá, le dijo: Eres demonio plebeyo, ó de los de nombre? Y de gran nombre, le repitió el vidrio endemoniado, y el mas celebrado en entrambos mundos. ¿Eres Lucifer? le repitió don Cleofas. Ese es demonio de dueñas y escuderos, le respondió la voz. ¿Eres Satanas? prosiguió el estudiante. Ese es demonio de sastres y carniceros, volvió la voz á repetir. ¿Eres Bercebú? volvió á preguntarle don Cleofas, y la voz á responderle: Ese es demonio de tahures amancebados y carreteros. ¿Eres Barrabas, Belial, Astarot? finalmente le dijo el estudiante. Esos son de-

monios de mayores ocupaciones, respondió la voz; demonio mas por menudo soy, aunque me meto en todo: yo soy las pulgas del infierno, la chisme, el enredo, la usura, la mohatra: yo traje al mundo la zarabanda, el deligo, la chacona, el bullicuzcuz, las cosquillas de la capona, el guiriguirigay, el zampapalo, la mariona, el avilipinta, el pollo, la carretería, el hermano Bartolo, el carcañal, el guineo y el clorin colorado: yo inventé las pandorgas, las jácaras, las palapatas, los comos, las mortecinas, los títeres, los volatines, los saltambancos, los maesecorrales, y al fin yo me llamo el Diablo cojuelo. Con decir eso, dijo el estudiante, hubiéramos ahorrado lo demas; usted me conozca por su servidor, que ha muchos dias que le deseaba conocer. Pero no me dirá, señor Diablo Cojuelo, porqué le pusieron este nombre, á diferencia de los demas, habiendo todos caido desde tan alto, que pudieran quedar todos de la misma suerte y con el mismo apellido? Yo, señor don Cleofas Leandro Perez Zambullo, que ya le sé el suyo, ó los suyos, dijo el Cojuelo, porque hemos sido vecinos, por esa dama que galanteaba, y por quien le'ha corrido la justicia esta noche, y de quien despues le contaré maravillas, me llamo de esta manera porque fuí el primero de los que se levantaron en la rebelion celestial, y de los que cayeron y todo; y como los demas dieron sobre mí, me estropearon; y así quedé mas que todos señalado de la mano de Dios, y de los piés de todos los diablos, y con este sobrenombre; mas no por eso menos ágil para todas las facciones que se ofrecen en los paises bajos, en cuyas empresas nunca me he quedado atras, ántes me he adelantado á todos, que camino del infierno tanto anda el cojo como el viento: aunque nunca me he estado mas sin reputacion que ahora en poder de este vinagre, á quien por trato me entregaron mis propios compañeros, porque los traia al retortero á todos, como dice el refran de Castilla, y cada momento á los mas agudos les daba gato por demonio. Sácame de este Argel de vidrio, que yo te pagaré el rescate en muchos gustos á fe de demonio, porque me precio de amigo de mi amigo, con mis tachas buenas ó malas. ¿Cómo quieres, dijo don Cleofas, mudando la cortesía con la familiaridad de la conversacion, que yo haga lo que tú no puedes, siendo demonio tan mañoso? A mí no me es concedido, dijo el espíritu, y á tí sí, por ser hombre, con el privilegio del bautismo, y libre del poder de los conjuros, con quien han hecho pacto los príncipes de la Guinea infernal. Toma un cuadrante de esos, y haz pedazos esta redoma, que luego, en derramándome, me verás visible y palpable.

No fué escrupuloso ni perezoso don Cleofas; y ejecutando lo que el espíritu le dijo, hizo con el instrumento astronómico gigote el vaso, inundando la mesa sobredicha en un licor turbio, escabeche en que se conservaba el tal diablillo; y volviendo los ojos al suelo vió en él un hombrecillo de pequeña estatura, afirmado en dos muletas, sembrado de chichones mayores de marca, calabacino de testa, y vadea de cogote, chato de narices, la boca formidable y apuntalada en los colmillos solos, que no tenia mas muela ni diente; los desiertos de las encías herizados, los bigotes como si hubiera barbado en Hircania; los pelos de su naci-

miento ralos, uno aquí y otro allí, á fuer de los espárragos, legumbre tan enemiga de la compañía, que si no es para venderlos en manojos no se juntan. Bien hayan los berros, que nacen unos entrepernados con otros, como vecindades de la corte (perdone la malicia la comparacion).

Asco le dió á don Cleofas la figura, aunque necesitaba de su favor para salir del desvan, ratonera del astrólogo, en que habia caido huyendo de los gatos que le siguieron (salvo el guante á la metáfora), y asiéndole por la mano el Cojuelo, y diciéndole: Vamos, don Cleofas, que quiero comenzar á pagarte en algo lo que te debo, salieron los dos por la buarde como si los dispararan de un tiro de artillería, no parando de volar hasta hacer pié en el chapitel de la torre de San Salvador, mayor atalaya de Madrid, tiempo á que su reloj daba la una; hora que tocaba á recoger el mundo poco á poco al descanso del sueño; treguas que dan los cuidados á la vida, siendo comun el silencio á las fieras y á los hombres; medidas que á todos hace iguales, habiendo una priesa notable á quitarse zapatos y medias, calzones y jubones, basquiñas y verdugados, guardainfantes, polleras, enaguas y guardapiés, para acostarse hombres y mujeres, quedando las humanidades menos mesuradas, y volviéndose á los primeros originales que comenzaron en el mundo, horros de todas estas ventajas; y engestándose al camarada, el Cojuelo le dijo: Don Cleofas, desde esta picota de las nubes, que es el lugar mas eminente de Madrid, mal año para Menipo, en los diálogos de Luciano, te he de enseñar todo lo mas notable que á estas horas pasa en esta Babilonia española, que en la confusion fué esotra còn ella, segunda de este nombre. Y levantando á los edificios los techos por arte diabólica lo ojaldrado, se descubrió la carne del pastelon de Madrid, como entónces estaba patentemente, que por el mucho calor estivo estaba con menos celosías, y tanta variedad de sabandijas racionales en esta arca del mundo, que la del diluvio, comparada con ella, fué de capas y gorras.

TRANCO II.

Quedó don Cleofas absorto en aquella pepitoria humana de tanta diversidad de manos, piés y cabezas, y haciendo grandes admiraciones, dijo: ¿Es posible que para tantos hombres, mujeres y niños hay lienzo para colchones, sábanas y camisas? Dejadme que me asombre, que entre las grandezas de la Providencia divina no es esta la menor. Entónces el Cojuelo, previniéndole, le dijo: Advierte que quiero empezar á enseñarte distintamente en este teatro, donde tantas figuras representan, las mas notables, en cuya variedad está su hermosura. Mira allí primeramente como estan sentados muchos caballeros y señores á una mesa opulentísima, acabando una media noche, que eso les han quitado á los relojes no mas. Don Cleofas le dijo: Todas estas caras conozco, pero sus bolsas

no, si no es para servirlas. Hanse pasado á los extrangeros, porque las trataban muy mal estos príncipes cristianos, dijo el Cojuelo, y se han quedado con las caponas sin ejercicio. Dejémoslos, dijo don Cleofas; que yo aseguro que no se levanten de la mesa sin haber concertado un juego de cañas para cuando Dios fuere servido, y pasemos adelante, que á estos magnates los mas de los dias les beso yo las manos, y estas caravanas las ando yo las mas de las noches, porque he sido dos meses culto vergonzante de la proa de uno de ellos, y estoy encurtido de excelencias y señorías, solamente buenas para veneradas.

Mira allí, prosiguió el Cojuelo, como se está quejando de la orina un letrado tan ancho de barba, y tan espeso, que parece que saca un delfin la cola por las almohadas. Allí está pariendo doña Fábula, y don Toribio, su indigno consorte, como si fuera suyo lo que pare, muy oficioso y lastimado, y está el dueño de la obra á pierna suelta en esotro barrio roncando, y descuidado del suceso. Mira aquel, preciado de lindo, ó aquel lindo de los mas preciados, como duerme con bigoteras torcidas de papel en las guedejas, y el copete, sebillo en las manos, y guantes descabezados, y tanta pasa en el rostro, que pueden hacer colacion en él toda la cuaresma que viene. Allí mas adelante está una vieja, grandísima hechicera, haciendo en un almirez una medicina de drogas restringentes, para remendar una doncella sobre su palabra, que se ha de desposar mañana. Y allí en aquel aposentillo estrecho estan dos enfermos en dos camas, y se han purgado juntos, y sobre quién ha hecho mas cursos, como si le hubieran de graduar en la facultad, se han levantado á matar á almohadazos. Vuelve allí, y mira con atencion como se está untando un hipócrita á lo moderno, para hallarse en una gran junta de brujas que hay entre San Sebastian y Fuenterrabia, y á fe que nos hablamos de ver en ella si no temiera el riesgo de ser conocido del demonio que hace el cabron, porque le di una bofetada á mano abierta en el antecámara de Lucifer, sobre unas palabras mayores que tuvimos; que tambien entre los diablos hay libro del duelo, porque el autor que le compuso es hijo de vecino del infierno. Pero mucho mas nos podemos entretener por acá, y mas si pones los ojos en aquellos dos ladrones que han entrado por un balcon en casa de aquel extrangero rico con una llave maestra, porque las ganzuas son á lo antiguo, y han llegado donde está aquel talego de vara y media, estofado de patacones de á ocho, á la luz de una linterna que llevan, que por ser tan grande y no poder arrancarle de una vez, por el riesgo del ruido determinan abrirle, é hinchir las faltriqueras y los calzones, y volver otra noche por lo demas; y comenzando á desatarle saca el tal extrangero (que estaba dentro de él guardando su dinero, por no fiarle de nadie) la cabeza, diciendo: Señores ladrones, acá estamos todos, cayéndose espantados, uno á un lado y otro á otro, como resurreccion de aldea, y se vuelven gateando á salir por donde entraron. Mejor fuera, dijo don Cleofas, que le hubieran llevado sin desatar en el capullo de su dinero, porque no le sucediera ese desaire, pues que cada extrangero es un talego bautizado, que no sirve de otra cosa en nuestra república, y en la suya, por nuestra mala maña. Pero ¿quién es aquella habada con

camisa de mujer, que no solamente la cama le viene estrecha, sino la casa y Madrid? ¿que hace roncando mas ruido que la Bermuda, y al parecer cámaras de tinajas, y como gigotes de bóvedas? Aquella ha sido cuba de Sahagun, y no profesó, dijo el Cojuelo, si no es el mundo de abora, que está para dar un estallido, y todo junto puede ser, siendo quien es, que es una bodegonera tan rica que tiene, á dar rocin por carnero, y gato por conejo á los estómagos del vuelo, seis casas en Madrid, y en la puerta de Guadalajara mas de veinte mil ducados, y con una capilla que ha hecho para su entierro, y dos capellanías que ha fundado, se piensa ir al cielo derecha, que aunque pongan una garrucha en la estrella de Vénus, y una alzaprima en las siete Cabrillas, me parece que será imposible que suba allá aquel tonel, y como ha cobrado buena fama se ha echado á dormir de aquella suerte.

Aténgome, dijo don Cleofas, á aquel caballero tasajo que tiene el alma en cecina, que he echado de ver que es caballero de un hábito que le he visto en una ropilla á la cabecera, y no es el mayor remiendo que tiene, y duerme enroscado como lámprea empanada, porque la cama es media sotanilla que le llega á las rodillas no mas. Aquel, dijo el Cojuelo, es pretendiente, y está demasiado de gordo y bien tratado para el oficio que ejercita. Bien haya aquel tabernero de corte que se quita de esos cuidados, y es cura de su vino, que le está bautizando en sus pellejos y las tinajas, y á estas horas está hecho diluvio en pena con su embudo en la mano, y ántes de mil años espero verle jugar cañas por el nacimiento de algun príncipe. Qué mucho, dijo don Cleofas, si es tabernero y puede emborrachar á la fortuna? No hayas miedo, dijo el Cojuelo, que se vea en eso aquel alquimista que está en aquel sótano con unos fuelles respirando una hornilla llena de lumbre, sobre la cual tiene un perol con mil variedades de ingredientes, muy presumido de acabar la piedra filosofal, y hacer el oro, que ha diez años que anda en esta pretension, por haber leido el arte de Reimundo Lulio, y los autores químicos que hablan en este mismo imposible. La verdad es, dijo don Cleofas, que nadie ha acertado á hacer el oro si no es Dios, y el sol con comision particular suya. Eso es cierto, dijo el Cojuelo, pues nosotros no hemos salido con ello. Vuelve allí, y acompáñame á reir de aquel marido y mujer, tan amigos de coche que todo lo que habian de gastar en vestir, calzar y componer su casa, lo han empleado en aquel que está sin caballos ahora, y comen, cenan y duermen dentro de él, sin que hayan salido de su reclusion, ni aun para las necesidades corporales en cuatro años que ha qne le compraron, que estan encochados como emparedados, siendo tanta la costumbre de no salir de él, que les sirve el coche de conchas como á la tortuga y al galápago, que en sacando cualquiera de ellos la cabeza fuera de él, la vuelven á meter luego, como quien la tiene fuera de su natural, y se resfrian y acatarran en sacando pié, pierna ó mano de esta estrecha region, y pienso que quieren ahora labrar un desvan en él para ensancharse, y alquilarle á otros dos vecinos, tan inclinados á coche que se contentáran con vivir en el caballete de él. Esos, dijo don Cleofas, se han de ir al infierno en coche y en alma. No es penitencia para menos,

respondió el Cojuelo; diferentemente le sucede á esotro pobre, y casado, que vive en esotra casa mas adelante, que despues de no haber podido dormir desde que se acostó, con un órgano al oido de niños, triples, contraltos, terceruelas y otros mil guisados de voces que han inventado para llorar, aunque se iba á trasponer un poco, le ha tocado á rebato un mal de madre de su mujer, tan terrible que no ha dejado ruda en la vecindad, lana ni papel quemado, escudilla untada con ajo, ligaduras, bebidas, humazos y trecientas cosas mas, y á él le ha dado de andar en camisa un dolor de hijada, con que imagino que se ha de desquitar del dolor de madre de su mujer.

No estan tan despiertos en aquella casa, dijo don Cleofas, donde está echando una escala aquel caballero que al parecer da asalto al cuarto, y la honra del que vive en él, que no es buena señal habiendo escaleras dentro querer entrar por las de afuera. Allí, dijo el Cojuelo, vive un caballero viejo y rico, que tiene una hija muy hermosa y doncella, y rabia por dejarlo de ser con un marques, que es el que da la escalada, que dice que se ha de casar con ella, que es papel que ha hecho con otras diez ó doce, y lo ha representado mal; pero esta noche no conseguirá lo que desea, porque viene un alcalde de ronda, y es muy antigua costumbre de nosotros ser muy regatones en los gustos; y como dice vuestro refran, si la podemos dar roma, no la damos aguileña. ¿Qué voces, dijo don Cleofas, son las que dan en esotra casa mas adelante, que parece que pregonan algun demonio que se ha perdido? No seré yo, que me he rescatado, dijo el Cojuelo; si no es que me llamen á pregones del infierno por el quebrantamiento de la redoma: pero aquel es un garitero que ha dado esta noche ciento y cincuenta barajas, y se ha endiablado de cólera porque no le han pagado ninguna, y se van los actores y los reos con las costas en el cuerpo tras una pendencia de barato, sobre uno que juzgó mal una suerte, y lo mete en paz aquella música que dan á cuatro voces en esotra calle unos criados de un señor á una mujer de un sastre, que ha jurado que los ha de coser á puñaladas. Si yo fuera el marido, dijo don Cleofas, mas los tuviera por gatos que por músicos. Ahora te parecerán galgos, dijo el Cojuelo, porque otro competidor de la sastra, con una gavilla de seis ó siete, vienen sacando las espadas, y los orfeos de la música, reparando la primera invasion con las guitarras, hacen una fuga de cuatro ó cinco calles. Pero vuelve allí los ojos, verás como se va desnudando aquel hidalgo que ha rondado toda la noche, tan caballero de milagro en las tripas, como en todas las demas facciones, pues quitándose una cabellera, queda calvo, y las narices de carátula, chato, y unos bigotes postizos, lampiño, y un brazo de para, estropeado, que pudiera irse mas camino de la sepultura que de la cama. En esotra casa mas arriba está durmiendo un mentiroso con una notable pesadilla, porque sueña que dice verdad. Allí un vizconde entre sueños está muy vano, porque ha regateado la excelencia á un grande. Allí está muriendo un fullero, y ayudándole á bien morir un testigo falso, y por darle la bula de la Cruzada le da una baraja de naipes, porque muera como vivió, y él boqueando, por decir Jesus, ha dicho flux. Allí mas arriba un boticario

está mezclando la piedra bezar con los polvos de sen. Allí sacan un médico de su casa para una apoplejía que le ha dado á un obispo. Allí llevan aquella comadre para partear á una preñada de medio ojo, que ha tenido dicha en darle los dolores á estas horas. Allí doña Tomasa, tu dama, en enaguas, está abriendo la puerta á otro, que á estas horas le oye de amor. Déjame, dijo don Cleofas; bajaré sobre ella á matarla á coces. Para estas ocasiones se hizo el tate, tate, dijo el Cojuelo, que no es salto para de burlas, y te espantas de pocas cosas, que sin este enamorado morciélago hay otros ochenta para quien tiene repartidas las horas del dia y de la noche. Por vida del mundo, dijo don Cleofas, que la tenia por una santa. Nunca te creas de ligero, le replicó el diablillo, y vuelve los ojos á mi astrólogo, y verás con las pulgas é inquietud que duerme; debe de haber sentido pasos en su desvan, y recela algun detrimento en su redoma. Consuélese con su vecino, que miéntras está roncando á mas y mejor, le estan sacando su mujer, como muela sin sentirlo, aquellos dos soldados. Del mal lo menos, dijo don Cleofas, que yo sé del marido hecho durmiente, que dirá cuando despierto lo mismo.

Mira allí, proseguió el Cojuelo, aquel barbero, que soñando se ha levantado y echado unas ventosas á su mujer, y la ha quemado con las estopas las tablas de los muslos, y ella da gritos, y él despertando la consuela, diciendo que aquella diligencia es bueno que esté hecha para cuando fuere menester. Vuelve allí los ojos á aquella cuadrilla de sastres, que estan acabando unas vistas para un tonto que se casa á ciegas, que es lo mismo que por relacion, con una doncella tarasca, fea, pobre y necia, y le han hecho creer al contrario, con un retrato que le trajo un casamentero, que á estas horas se está levantando con un pleiteante que vive pared en medio de él, el uno á casar ministros, y el otro á casar todo el género humano, que solamente tú, por estar tan alto, estás seguro de este demonio, que en algun modo lo es mas que yo. Vuelve los ojos, y mira á aquel cazador mentecato de gallo, que está ensillando su rocin ahora á estas horas, y está poniendo la escopeta debajo del caparazon, y deja de dormir de aquí á las nueve de la mañana por ir á matar un conejo, que le costaria menos, aunque le comprara en la despensa de Judas. Y al mismo tiempo advierte como á la puerta de aquel rico avariento echan un niño, que por partes de su padre puede pretender la beca del antecristo, y él en grado de apelacion da con él en casa de un señor, que vive junto á la suya, que tiene talle de comérselo ántes que criarlo, porque ha dias que su despensa espera el domingo de casi racion. Pero ya el dia no nos deja pasar adelante, que el aguardiente y el letuario son sus primeros crepúsculos, y viene el sol baciendo cosquillas á las estrellas, que estan jugando á salga la parida, y dorando la píldora del mundo, tocando al arma á tantas bolsas y talegos; y dando rebato á tantas ollas, sartenes y cazuelas, y no quiero que se valga de mi industria para ver los secretos que le negó la noche; cuéstele brujulearlo por resquicios, claraboyas y chimeneas; y volviendo á poner la tapa al pastelon, se bajaron á las calles.

TRANCO III.

Ya comenzaban en el puchero humano de la corte á hervir hombres y mujeres, unos hácia arriba y otros hácia abajo, y otros de través, haciendo un cruzado al son de su misma confusion, y el piélago racional de Madrid á sembrarse de ballenas con ruedas, que por otro nombre llaman coches, trabándose la batalla del dia, cada uno con designio y negocio diferente, y pretendiéndose engañar los unos á los otros, levantándose una polvareda de embustes y mentiras, que no se descubria una brinza de verdad por un ojo de la cara, y don Cleofas iba siguiendo á su camarada, que le habia metido por una calle algo angosta, llena de espejos por una parte y por otra, donde estaban muchas damas y lindos, mirándose y poniéndose de diferentes posturas de bocas, guedejas, semblantes, ojos, bigotes, brazos y manos, haciéndose cocos á ellos mismos. Preguntóle don Cleofas qué calle era aquella, que le parecia que no la habia visto en Madrid. Es, respondió el Cojuelo, que esta se llama la calle de los Gestos, que solamente saben á ella estas figuras de la baraja de la corte, que vienen aquí á tomar el gesto con que han de andar aquel dia, y salen con perlesía de lindeza, unos con boquita de raton, otros con los ojitos dormidos, roncando hermosura, y todos con los dos dedos de las manos, índice y meñique, levantados, y esotros de Gloria Patri. Pero salgamos muy de priesa de aquí, que con tener estómago de demonio, y no haberme mareado las maretas del infierno, me le han revuelto estas sabandijas, que nacieron para desacreditar la naturaleza y el rentoy.

Con esto se salieron de esta calle á una plazuela, donde habia gran concurso de viejas que habian sido damas cortesanas, y mozas que entraban á ser lo que ellas habian sido, en grande contratacion unas con otras. Preguntó el estudiante á su camarada qué sitio era aquel, que tampoco le habia visto. Y él le respondió: Este es el baratillo de los apellidos, que aquellas damas pasas truecan con estas mozas alvillas, por medias traidas, por zapatos viejos, balonas, tocas y ligas, como ya no las han menester, que el Guzman, el Mendoza, el Henriquez, el Cerda, el Cueva, el Silva, el Castro, el Giron, el Toledo, el Pacheco, el Córdova, el Manrique de Lara, el Osorio, el Aragon, el Guevara, y otros generosos apellidos los ceden á quien los ha menester ahora para el oficio que comienza, y se quedan con sus patronímicos primeros de Hernandez, Martinez, Lopez, Rodriguez, Perez, Gonzalez, etc., porque al fin de los años mil vuelven los nombres por donde solian ir. Cada dia, dijo el estudiante, hay cosas nuevas en la corte. Y á mano izquierda entraron á otra plazuela al modo de la de los Herradores, donde se alquilaban tias, hermanos, primos y maridos, como lacayos y escuderos para damas de achaque, que quieren pasar en la corte con buen nombre, y en-

carecer su mercadería. A la mano derecha de este seminario andante estaba un grande edificio, á manera de templo, sin altar, y en medio de él una pila grande de piedra, llena de libros de caballerías y novelas, y al rededor muchos muchachos desde diez á diez y siete años, y algunas doncelluelas de la misma edad, y cada uno y cada una con su padrino al lado, y don Cleofas le preguntó á su compañero que le dijese qué era aquello, que todo le parecia que lo habia soñado. El Cojuelo le dijo: Algo tiene de eso este fantástico aparato; pero esta es, don Cleofas, en efecto la pila de los dones, y aquí se bautizan los que vienen á la corte sin él. Todos aquellos muchachos son pages para señores, y aquellas muchachas doncellas para señoras de media talla, que han menester el don para la autoridad de la casa que entran á servir, y ahora les acaban de bautizar el don. Por allí entra ahora una fregona con un vestido alquilado, que la trae su ama á sacar de don; como de pila, para darla el tuson de las damas, porque le pague en esta moneda lo que le ha costado el criarla; y aun ella parece que se quiere volver al paño, segun viene bruñida de esmeril. Un moño, unos dientes postizos, y un guardainfante pueden hacer esos milagros, dijo don Cleofas; ¿pero qué acompañamiento, prosiguió, es este que entra ahora de tanta gente lucida por la puerta de este templo, consagrado al uso del siglo? Traen á bautizar, dijo el Cojuelo, un regidor muy rico, de un lugar aquí cercano, de edad de setenta años, que se viene al don por su pié, porque sin él le han aconsejado sus parientes que no cae tan bien el regimiento. Llámase Pascual, y vienen altercando si sobre Pascual le vendrá bien el don, que parece don extravagante de la iglesia de los dones. Ya tienen ejemplar, dijo don Cleofas, en don Pascual, ese que llamaron todos loco, y yo Diógenes de la ropa vieja, que andaba cubierta la cabeza con la ropa, sin sombrero, en trage de profeta por esas calles. Mudaráule el nombre, á mi parecer, prosiguió el Cojuelo, por no tener en su lugar regidor pascual, como cirio de los regidores. Dios le inspire, dijo don Cleofas, lo que mas convenga á su regimiento, como la cristiandad de los regidores ha menester. En acabando de tomar el señor regidor, dijo el Cojuelo, el agua del don, espera allí un italiano hacer lo mismo con un elefante que ha traido á enseñar á la Puerta del Sol. Los mas suelen llamarse, dijo el estudiante, don Pedros, don Juanes, y don Alonsos. No sé cómo ha tenido tanto descuido su ayo ó naire, como dicen los de la India Oriental: plebeyo debia de ser este animal, pues ha llegado tan tarde al don. Vive Dios que me le he de quitar yo, porque me desbautizan y desdoran los que veo. Sígueme, dijo el Cojuelo, y no te amohines, que bien sabe el don donde está, que se te ha caido en el Cleofas como la sopa en la miel.

Con esto salieron del soñado (al parecer) edificio, y en frente de él descubrieron otro, cuya portada estaba pintada de sonajas, guitarras, gaitas zamoranas, cencerros, cascabeles, ginebras, caracoles, castrapuercos, pandorga prodigiosa de la vida; y preguntó don Cleofas á su amigo qué casa era aquella que mostraba en la portada tanta variedad de instrumentos vulgares, que tampoco la he visto en la corte, y me parece que hay dentro mucho regocijo y entretenimiento. Esta es la casa de los locos,

respondió el Cojuelo, que ha poco que se instituyó en la corte entre unas obras pias que dejó un hombre muy rico y muy cuerdo, donde se castigan y curan locuras que hasta ahora no lo habian parecido. Entremos dentro, dijo don Cleofas, por aquel postiguillo que está abierto, y veamos esta novedad de locos. Y diciendo y haciendo se entraron los dos, uno tras otro, pasando un zaguan, donde estaban algunos de los convalecientes pidiendo limosna para los que estaban furiosos; llegaron á un patio cuadrado, cercado de celdas pequeñas por arriba y por abajo, que cada una de ellas ocupaba un personage de los susodichos. A la puerta de una de ellas estaba un hombre muy bien tratado de vestido escribiendo sobre la rodilla, y sentado en una banqueta, sin levantar los ojos del papel, y se habia sacado uno con la pluma sin sentirlo. El Cojuelo le dijo : Aquel es un loco arbitrista, que ha dado en decir que ha de hacer la reduccion de los cuartos, y ha escrito sobre eso mas hojas de papel que tuvo el pleito de don Alvaro de Luna. Bien haya quien le trajo á esta casa, dijo don Cleofas, que son los locos mas perjudiciales de la república. Esotro que está en esotro aposento, prosiguió el Cojuelo, es un ciego enamorado, que está con aquel retrato de su dama en la mano, y aquellos papeles que le ha escrito, como si pudiera ver lo uno, ni leer lo otro, y da en decir que ve con los oidos. En esotro aposentillo, lleno de papeles y libros, está un gramaticon, que perdió el juicio buscándole á un verbo griego el gerundio. Aquel que está á la puerta de esotro aposentillo, con unas alforjas al hombro y en calzon blanco, le han traido porque siendo cochero, que andaba siempre á caballo, tomó oficio de correo de á pié. Esotro que está en esotro de mas arriba, con un halcon en la mano, es un caballero, que habiendo heredado mucho de sus padres, lo gastó todo en la cetreria, y no le ha quedado mas que aquel halcon en la mano, que se las come de hambre. Allí está un criado de un señor, que teniendo que comer se puso á servir. Allí está un bailarin, que se ha quedado sin son bailando en seco. Mas adelante está un historiador que se volvió loco de sentimiento de haber perdido tres decadas de Tito Livio. Mas adelante está un colegial cercado de mitras, probándose la que le viene mejor, porque dió en decir que habia de ser obispo. Luego en esotro aposentillo está un letrado, que se desvaneció en pretender plaza de ropa; y de letrado dió en sastre, y está siempre cortando y cosiendo garnachas. En esotra celda, sobre un cofre lleno de doblones, cerrado con tres llaves, está sentado un rico avariento, que sin tener hijo ni pariente que le herede, se da muy mala vida, siendo esclavo de su dinero, y no comiendo mas que un pastel de á cuatro, ni cenando mas que una ensalada de pepinos, y le sirve de cepo su misma riqueza. Aquel que canta en esotra jaula es un músico sinzonte, que remeda los demas pájaros, y vuelve de cada pasage como de un parasismo. Está preso en esta cárcel de los delitos del juicio, porque siempre cantaba, y cuando le rogaban que cantase dejaba de cantar. Impertinencia es esa casi de todos los de esta profesion. En el brocal de aquel pozo que está en el patio se está mirando siempre una dama muy hermosa, como la verás si ella alza la cabeza; hija de pobres y humildes padres, que queriéndose casar con ella muchos hombres ricos y caballeros, ninguno

la contentó, y en todos halló una y muchas faltas, y está atada allí en una cadena, porque, como Narciso, enamorada de su hermosura, no se anegue en el agua que le sirve de espejo, no teniendo en lo que pisa al sol, ni á todas las estrellas. En aquel pobre aposentillo en frente, pintado por defuera de ellas, está un demonio casado que se volvió loco con la condicion de su mujer. Entónces don Cleofas le dijó al compañero que le enseñaba todo este retablo de duelos : Vámonos de aquí, no nos embarguen por alguna locura que nosotros ignoramos, porque en el mundo todos somos locos, los unos de los otros. El Cojuelo dijo : Quiero, quiero tomar tu consejo; porque, pues los demonios enloquecen, no hay que fiar de si nadie. Desde vuestra primera soberbia, dijo don Cleofas, todos lo estais, que el infierno es casa de todos los locos mas furiosos del mundo. Aprovechado estás, dijo el Cojuelo, pues hablas en lenguage ajustado.

Con esta conversacion salieron de la casa susodicha, y á mano derecha dieron en una calle algo dilatada, que por una parte y por otra estaba colgada de ataudes, y unos sacristanes, con sus sobrepellices, paseándose junto á ellos, y muchos sepultureros abriendo varios sepulcros; y don Cleofas le dijo á su camarada : ¿ Qué calle es esta que me ha admirado mas que cuantas he visto? y me pudiera obligar á hablar mas espiritualmente, que con lo primero de que tú te admiraste. Esta es mas temporal y de siglo que ninguna, le respondió el Cojuelo, y la mas necesaria, porque es la ropería de los abuelos, dondé cualquiera, para todos los actos positivos que se le ofrece, y se quiere vestir de un abuelo, porque el suyo no le viene bien ó está traido, se viene aquí, y por su dinero escoge el que le está mas á propósito. Mira allí aquel caballero torzuelo cómo se está probando una abuela que ha menester; y esotro, hijo de quien él quisiere, se está vistiendo otro abuelo, y le viene largo de talle. Esotro mas abajo da por otro abuelo el suyo, y dineros encima, y no se acaba de concertar, porque le tiene mas de costa al sacristan, que es el ropero. Otro á esotra parte llega á volver un abuelo suyo de dentro afuera, y de atras adelante, y á remendarlo con la abuela de otro. Otro viene allí con la justicia á hacer que le vuelvan un abuelo que le habian hurtado, y le ha hallado colgado en la ropería. Si hubieres menester algun abuelo ó abuela para algun crédito de tu calidad, á tiempo estamos, don Cleofas Leandro, que yo tengo aquí un ropero mi amigo, que desnuda los difuntos la primera noche que los entierran, y nos le dará por el tiempo que quisieres. Dineros he menester yo, que abuelos no, respondió el estudiante; con los mios me haga Dios bien, que me han dicho mis padres que desciendo de Leandro el animoso, el que pasaba el mar de Abido en amoroso fuego todo ardiendo; y tengo mi ejecutoria en las obras sueltas de Boscan y Garcilaso. Contra hidalguía en verso, dijo el Cojuelo, no hay olvido ni chancillería que baste, ni hay mas que desear en el mundo que ser hidalgo en consonantes. Si á mí me hicieran merced, prosiguió don Cleofas, entre Salicio y Nemoroso se habian de hacer mis diligencias, que no me habian de costar cien reales, que allí tengo mi Montaña, mi Galicia, mi Vizcaya y mis Asturias. Dejemos vanidades ahora, dijo el Cojuelo, que ya he sabido que eres muy bien nacido en verso y en prosa;

y vamos en busca de un figon á almorzar y á descansar, que bien lo habrás menester por lo madrugado y trasnochado, que despues proseguiremos nuestras aventuras.

TRANCO IV.

Dejemos á estos caballeros en su figon almorzando y descansando, que sin dineros pedian las pajaritas que andaban volando por el aire y al fenix empanado, y volvamos á nuestro astrólogo regoldano y nigromante injerto, que se habia vestido con algun cuidado de haber sentido pasos en el desvan la noche ántes, y subiendo á él halló las ruinas que habia dejado su familiar en los pedazos de la redoma, y mojados sus papeles, y el tal espíritu ausente; y viendo el estrago y la falta de su demoñuelo, comenzó á mesarse las barbas y los cabellos, y á romper sus vestiduras como rey á lo antiguo. Y estando haciendo semejantes extremos y lamentaciones entró un diablejo zurdo, mozo de retrete de Satanas, diciendo que Satanas su señor le besaba las manos, que habia sentido el atrevimiento que habia tenido el Cojuelo, que él trataria de que se castigase, y que entretanto se quedase él sirviéndole en su lugar. Agradeció mucho el cuidado el astrólogo, y encerró el tal espíritu en una sortija de un topacio grande que traia en un dedo, que ántes habia sido de un médico, con que á todos cuantos habia tomado el pulso habia muerto. Y en el infierno se juntaron entretanto en su sala plena los mas graves jueces de aquel distrito; y haciendo notorio á todos el delito del tal Cojuelo, mandaron despachar requisitoria para que le prendiesen en cualquier parte que le topasen, y se le dió esta comision á Cienllamas, demonio comisionario, que habia dado muy buena cuenta de otras que le habian encargado; y llevándose consigo por corchetes á Chispa y á Radina, demonios á las veinte, y subiéndose en la mula de Liñan, salió del infierno con vara alta de justicia en busca del dicho delincuente.

En este tiempo, sobre la paga de lo que habian almorzado, habian tenido una pesadumbre el revoltoso diablillo y don Cleofas con el figonero, en que intervinieron asadores y torteras, porque lo que es del diablo el diablo se lo ha de llevar; y acudiendo la justicia al alboroto se salieron por una ventana; y cuando el alguacil de corte, con la gente que llevaba, entendia cogerlos, estaban ya de esotra parte de Getafe, en demanda de Toledo, y dentro de un minuto en las ventillas de Torrejon, y en un cerrar de ojos á vista de la puerta de Visagra, dejando la real fábrica del hospital de Afuera á la mano derecha; y volviéndose el estudiante al camarada, le dijo: Lindos atajos sabes, mal haya quien no caminara contigo todo el mundo mejor que con el infante don Pedro de Portugal, el que anduvo las siete partidas de él. Somos gente de buena maña, respondió el Cojuelo. Y cuando estaban hablando en esto, llegando al barrio

que llaman de la Sangre Cristo, y al meson de la Sevillana, que es el mejor de aquella ciudad, el Diablo Cojuelo le dijo al estudiante: Esta es muy buena posada para pasar esta noche, y para descansar de la jornada; éntrate dentro, y pide un aposento, y que te aderecen de cenar, que á mí me importa ir esta noche á Constantinopla á alborotar el serallo del gran turco, y hacer degollar doce ó trece hermanos que tiene, por miedo de que no conspiren á la corona, y volverme de camino por los cantones de los Esgüizaros, y por Ginebra, á otras diligencias de este modo, por sobornar con algunos servicios á mi amo, que debe de estar muy indignado contra mí por la travesura pasada, y que yo estaré contigo ántes que den las siete de la mañana. Y diciendo y haciendo se metió por esos aires como por viña vendimiada, meneando la pajuela á todo pajarote y ciudadano de la region eterea, á fuer de los de la gerigonza crítica, y don Cleofas se entró á tomar posada, por haber muchos pasageros que habian venido con galeones, y pasaban á Madrid; con todo eso al huésped nuevo hicieron cortejo, porque la persona de don Cleofas traia consigo cartas de recomendacion, como dicen los cortesanos antiguos.

Convidáronle á cenar unos caballeros soldados muy corteses, preguntándole nuevas de Madrid; y despues de haber cumplido con la celebridad de los brindis por el rey (que Dios guarde) por sus damas y sus amigos, y haber dado las aceitunas y postres, carta de pago y fin de cena, se fué cada uno á recoger á su aposento, porque habian de tomar la madrugada para llegar con tiempo á Madrid, y don Cleofas hizo lo mismo en el que le señaló el huésped, sintiendo la soledad del compañero en algun modo, porque le traia muy entretenido; y haciendo varios discursos sobre la almohada, se quedó como un pajarito, jurando el silencio de las sombras como los demas del mundo (el meson de la Sevillana) el natural vasallage con el sueño, que solas grullas, murciélagos y lechuzas estaban de posta á su cuerpo de guardia, cuando á las dos de la noche oyó unas temerosas voces que repetian: Fuego! fuego! Despertaron á los dormidos pasageros, con el sobresalto y asombro que suele causar cualquier alboroto á los que estan durmiendo, y mas oyendo nombrar fuego, voz que con mas terror atemoriza los ánimos mas constantes, rodando unos las escaleras por bajar mas apriesa, otros saltando por las ventanas que caian al patio de la posada, otros que por las pulgas ó temor de las chinches dormian en cueros, como vinagre, hechos adanes del baratillo, poniendo las manos donde habian de estar las hojas de higuera, siguiendo á los demas; y acompañándolos don Cleofas con los calzones revueltos al brazo, y una alfagía, que por no encontrar la espada topó acaso en su aposento, como si en los incendios y fantasmas importase andar á palos ni cuchilladas, natural socorro del miedo en las repentinas invasiones. Salió en esto el huésped en camisa, los piés en unas empanadas de frenegal, cinchado con una faja de grana de polvo el estómago, y un candil de garabato en la mano, diciendo que se sosegasen, que aquel ruido no era de cuidado, que se volviesen á sus camas, que él pondria remedio en ello. Apretóle don Cleofas, como mas amigo de saber, que le dijese la causa de aquel alboroto, que no se habia de volver á acostar sin descifrar

aquel misterio. El huésped le dijo muy severo que era un estudiante de Madrid, que habia dos ó tres meses que entró á posar en su casa, y que era poeta de los que hacen comedias, y que habia escrito dos que se le habian chillado en Toledo, y apedreado como viñas, y que estaba acabando de escribir la comedia de Troya abrasada, y que sin duda debia de haber llegado al paso del incendio, y se convertia tanto en lo que escribia, que habria dado aquellas voces, que por otras experiencias pasadas sacaba él que aquello era verdad infalible, como él decia, que para confirmarlo subiesen con él á su aposento, y hallarian ser verdadero este discurso.

Siguieron al huésped todos de la suerte que cada uno estaba; y entrando en el aposento del tal poeta le hallaron tendido en el suelo, despedazada la media sotana, revolcado en papeles, y echando espumajos por la boca; y pronunciando con mucho desmayo: Fuego, fuego, que casi no podia echar la habla, porque se le habia metido monja. Llegaron á él muertos de risa, y llenos de piedad todos, diciéndole: Señor licenciado, vuelva en sí, y mire si quere beber y comer algo por este desmayo. Entónces el poeta, levantando, como pudo, le cabeza, y algo alborotado, dijo: Si es Eneas y Anquises con los Penates y el amado Ascanio, ¿qué aguardais aquí? Que está ya el Ilion hecho cenizas, y Priamo, Paris y Policena, Hecuba y Andrómaca han dado el fatal tributo á la muerte, y á Elena, causa de tanto daño, llevan presa Menelao y Agamenon; y lo peor es que los Mirmidones se han apoderado del tesoro troyano. Vuelto en su juicio, dijo el huesped, que aquí no hoy almidones, ni toda esa tropelía de disparates que ha referido, y mucho mejor fuera llevarle á casa de Nuncio, donde pudiera ser con bien justa causa mayoral de los locos, y meterle en cura, que se le han subido los consonantes á la cabeza como tabardillo. ¡Qué bien entiende de afectos el señor huésped! respondió el poeta, incorporándose un poco mas. De afectos, ni de afeites, dijo el huésped, no quiero entender, sino de mi negocio: lo que importa es que mañana hagamos cuenta de lo que me debe de posada, y se vaya con Dios, que no quiero tener en ella quien me la alborote cada dia con estas locuras; basten las pasadas, pues comenzando á escribir, recien venido aquí, la comedia del marques de Mantua, que zozobró, y fué una de las silbadas, fueron tantas las prevenciones de la caza, y las voces que dió llamando á los perros Meleampo, Oliveros, Saltamontes, Tragavientos, etc., y el ataja, ataja, y el güarda el oso cerdoso, y el jaball colmilludo, que malparió una señora preñada, que pasaba del Andalucía á Madrid, del sobresalto; y en esotra del Saco de Roma, que entrambos parecieron, cual tenga la salud, fué el estruendo de las cajas y trompetas, haciendo pedazos las puertas y ventanas de este aposento á tan desusadas horas como estas, y el cierra España, Santiago y á ellos, y el jugar la artillerla con la boca, como si hubiera ido á la escuela con un petardo, ó criádose como el basilisco de Malta, que engañó el rebato á una compañía de infanterla que alojaron aquella noche en mi casa; de suerte que tocando al arma, se hubieron de hacer, á oscuras, unos soldados pedazos con los otros, acudiendo al ruido medio Toledo con la justicia, echándome las puertas

abajo, y amenazó á hacer una de todos los diablos, que es poeta grulla que siempre está en vela y halla consonantes á cualquier hora de la noche y de la madrugada.

El poeta dijo entónces : Mucho mayor alboroto fuera si yo acabara aquella comedia de que tiene usted en preudas dos jornadas por lo que le debo, que la llamo las Tinieblas de Palestina, donde es fuerza que se rompa el velo del templo en la tercera jornada, y se oscurezca el sol y la luna, y se den unas piedras con otras, y se venga abajo toda la fábrica celestial, con truenos y relámpagos, cometas y exhalaciones, en sentimiento de su Hacedor, que por faltarme dos nombres que he de poner á los sayones no la he acabado. Ahí me dirá usted, señor huésped, ¿qué fuera ello? Váyase, dijo el mesonerazo, á acabarla al calvario, aunque no faltará en cualquiera parte que la escriba ó la representen quien le crucifique á silbos, legumbre y edificio. Antes resucitan con mis comedias los autores, dijo el poeta, y para que conozcan todos ustedes esta verdad, y admiren el estilo que llevan todas las que yo escribo, ya que se han levantado á tan buen tiempo, quiero leerles esta. Y diciendo y haciendo, tomó en la mano una rima de vueltas de cartas viejas, cuyo bulto se encaminaba mas á pleito de tenuta que á comedia; y arqueando las cejas, y desollinándose los bigotes, dijo leyendo el título de esta suerte : Tragedia troyana, Astucias de Sinon, Caballo griego, Amantes adúlteros y Reyes endemoniados. Sale lo primero por el patio, sin haber cantado, el Paladion con cuatro mil griegos, por lo menos, armados de punta en blanco dentro de él. ¿Cómo, le replicó un caballero soldado de aquellos que estaban en cueros, que parece que le habian de echar á andar en la comedia, puede toda esa máquina entrar por ningun patio ni coliseo de cuantos hay en España, ni por el del Buen Retiro, afrenta de los romanos anfiteatros, ni por una plaza de toros? Muy buen remedio, respondió el poeta; derribaráse el corral, y dos calles junto á él, para que quepa esta tramoya, que es la mas portentosa y nueva que los teatros han visto, que no siempre sucede hacerse una comedia como esta, y será tanta la ganancia que podrá muy bien á sus ancas sufrir todo este gasto. Pero escuchen, que ya comienza la obra, y atencion por mi amor. Salen por el tablado con mucho ruido de chirimlas y atabalillos Priamo, rey de Troya, y el príncipe Páris, y Elena muy bizarra en un palafren, en medio, y el rey á la mano derecha (que siempre de esta manera guardo el decoro á las persónas reales) y luego tras ellos, en palafrenes negros, de la misma suerte, once mil dueñas á caballo. Mas dificultosa apariencia es esa que esotra, dijo uno de los oyentes, porque es imposible que tantas dueñas juntas se hallen. Algunas se harán de pasta, dijo el poeta, y las demas se juntarán de aquí para allí, fuera de que si se hace en la corte, ¿qué señora habrá que no envie sus dueñas prestadas para una cosa tan grande, por estar los dias que se representare la comedia, que será por lo menos siete ú ocho meses, libres de tan cansadas sabandijas? Hubiéronse de caer de risa los oyentes, y de una carcajada se llevaron media hora de reloj al son de los disparates del tal poeta, y él prosiguió, diciendo : No hay que reirse, que si Dios me tiene de sus consonantes,

he de rellenar el mundo de comedias mias, y ha de ser Lope de Vega (prodigioso monstruo español, y nuevo Tostado en verso) niño de teta conmigo; y despues me he de retirar á escribir un poema heróico para mi posteridad, que mis hijos ó mis sucesores hereden, en que tengan toda su vida que roer sílabas. Y ahora oigan vuesas mercedes (amagando á comenzar el brazo derecho levantado) los versos de la comedia, cuando todos á una voz le dijeron que lo dejase para mas espacio; y el huésped indignado, que sabia poco de filis, le volvió á advertir que no habia de estar un dia mas en la posada.

La encamisada, pues, de los caballeros y soldados se puso á mediar con el huésped el caso, y don Cleofas, sobre un arte poético de Rengifo, que estaba tambien corriendo borrasca entre esotros legajos por el suelo, tomó pleito homenage al tal poeta, puestas las manos sobre los consonantes, jurando que no escribiria mas comedias de ruido, sino de capa y espada, con que quedó el huésped satisfecho, y con esto se volvieron á sus camas, y el poeta calzado y vestido, con su comedia en la mano, se quedó tan aturdido sobre la suya, que apostó á roncar con los siete Durmientes, á peligro de no valer la moneda cuando despertase.

TRANCO V.

Dentro de muy pocas horas lo fué de volverse á levantar los huéspedes al quitar, haciendo la cuenta con ellos de la noche pasada el huésped de por vida, esperezándose y bostezando de lo trasnochado con el poeta, y trataron de caminar, ensillando los mozos de mulas y poniendo los frenos al son de seguidillas y jácaras; y brindándose con vino y pullas los unos á los otros, ribeteándolas con tabaco en polvo y en humo: cuando nuestro don Cleofas tambien despertó, tratando de vestirse, con algunas saudes de su dama (que las malas correspondencias de las mujeres á veces despiertan mas la voluntad), y ántes que diesen las ocho, como habia dicho, entró por el aposento el camarada en trage turquesco, con almalafa y turbantes, señales ciertas de venir de aquel pais, diciendo: ¿Heme tardado en el viage, señor licenciado? Él le respondió, sonriéndose: Menos se tardó usted desde el cielo al infierno, con haber mas leguas, cuando rodó con todos esos príncipes, que no han podido gatear otra vez á la maroma de donde cayeron. Al amigo, señor don Cleofas, respondió el Cojuelo, chinche en el ojo, como dice el refran de Castilla. Bueno, bueno, pocos hay, respondió el estudiante, que en ofreciéndose el chiste miren esos respetos; pero esto lo digo yo en galantería, y por la amistad que hay entre nosotros. Mas dejando esto aparte, ¿cómo te ha ido por esos mundos? Hice todo á lo que fuí, y mucho mas, respondió el genízaro recien venido, y si quisiera me jurara por Gran Turco aquella buena gente, que á fe que alguna guarda mejor su palabra, y saben decir ver-

dad, y hacer amistades mas que vosotros los cristianos. ¡Qué presto te pagaste! dijo don Cleofas; algun cuarto debes de tener de demonio villano. Es imposible, respondió el Cojuelo, porque descendemos todos de la mas noble y mas alta montaña de la tierra y del cielo; y aunque seamos zapateros de viejo, en siendo montañeses, todos somos hidalgos, que muchos de ellos nacen como los escarabajos y ratones de la putrefaccion.

Bien sé que sabes filosofía, le dijo don Cleofas, mejor que si la hubieras estudiado en Alcalá, y que eres maestro en primeras licencias. Dejemos estas digresiones, y acaba de darme cuenta de tu jornada. Con el trage del pais, como ves, respondió el Cojuelo, por ensuciarlos todos, como cierto amigo, que por desaseado en extremo, ensució el de soldado, el de peregrino y estudiante, volví por los Cantones, por la Bartolina y Ginebra, y no tuve que hacer nada en estos paises, porque sus paisanos son demonios de sí mismos, y ese es el juro de heredad que mas seguro tenemos en el infierno. Despues de las Indias fuí á Venecia, por ver una poblacion tan prodigiosa que está fundada en el mar, y de su natural condicion tan bajel de argamasa y sillería, que como la tiene en peso el piélago Mediterráneo, le vuelve á cualquier viento que le sopla. Estuve en la plaza de San Márcos platicando con unos criados de unos clarísimos esta mañana, y hablando en las gacetas de la guerra, les dije que en Constantinopla se habia sabido por espías que estaban en España, que hay grandes prevenciones de ella, y tan prodigiosas, que hasta los difuntos se levantaban de los sepulcros, al son de las cajas, para este efecto, y hay quien diga que entre ellos habia resucitado el gran duque de Osuna. Apenas lo acabé de pronunciar cuando escurrí por no perder tiempo en mis diligencias; y dejando el seno Adriático, me sorbí la Marca de Ancona, y por la Romanía. A la mano izquierda dejé á Roma, porque aun los demonios (por cabeza de la Iglesia militante) veneramos su poblacion. Pasé por Florencia á Milan, que no se le da con su castillo dos blancas de la Europa. Ví á Génova la bella, talego del mundo, llena de novedades, y golfo lanzado. Toqué á Vinaroz y los Alfaques, pasando el de Leon y Narbona. Llegué á Valencia, que juega cañas dulces con la primavera. Metíme en la Mancha, que no hay greda que la pueda sacar. Entré en Madrid, y supe que unos parientes de tu dama te andaban á buscar para matarte, porque dicen que la has dejado sin reputacion; y lo peor es, lo que me chismeó Zancadilla, demonio espía del infierno y sobrestante de tentaciones, que me andaba á buscar Cienllamas con una requisitoria, y soy de parecer, por obviar estos dos riesgos, que pongamos tierra en medio: vámonos al Andalucía, que es la mas ancha del mundo; y pues yo te hago la costa, no tienes que temer nada, que con el romance, que dice: *Tendré el invierno en Sevilla, y el veranito en Granada*, no hemos de dejar lugar en ella que no traginemos. Y volviéndose á la ventana que salia á la calle, le dijo: Hágote puerta de meson, vamos, y sígueme por ella, don Cleofas, que hemos de ir á comer á la venta de Durazutan, que es en Sierra Morena, veinte y dos, ó veinte y tres leguas de aquí. No importa, dijo don Cleofas, si eres demo-

nio deportante, aunque cojo; y diciendo esto, salieron los dos por la ventana flechados de sí mismos, y el huésped desde la puerta dándole voces al estudiante, cuando le vió por el aire, diciendo que le pagase la cama y la posada, y don Cleofas respondió que en volviendo del Andalucía cumpliria con sus obligaciones; y el huésped, que parecia que lo soñaba, se volvió, santiguando, y diciendo: « Pluguiera á Dios, como » se me va este, se me fuera el poeta, aunque me llevara la cama y todo » asida á la cola. »

Ya en esto el Cojuelo y don Cleofas descubrian la dicha venta, y apeándose del aire, entraron en ella, pidiendo al ventero de comer, y él les dijo que no habia quedado en la venta mas que un conejo y un perdigon, que estaban en aquel asador entreteniéndose á la lumbre. Pues trasládenlos á un plato, dijo don Cleofas, señor ventero, y venga el salmorejo, poniéndonos la mesa, pan, vino y salero. El ventero respondió que fuese en buen hora; pero que esperasen que acabasen de comer unos extrangeros que estaban en eso, porque en la venta no habia otra mesa mas que la que ellos ocupaban. Don Cleofas dijo: Por no esperar, si estos señores nos dan licencia, podremos comer juntos, y ya que ellos van en la silla, nosotros iremos en las ancas. Y sentándose los dos al paso que lo decian, fué todo uno, trayéndoles el ventero la porcion susodicha, con todas sus adherencias é incidencias, y comenzaron á comer en compañía de los extrangeros, que el uno era francés, el otro inglés, el otro italiano, y el otro tudesco, que habia ya pespuntado la comida mas apriesa á brindis de vino blanco y clarete, y tenia á orza la testa, con señales de vómito y tiempo borrascoso, tan zorra de cuatro costados, que pudiera temerle el corral de gallinas del ventero. El italiano preguntó á don Cleofas que de adónde venia, y él le respondió que de Madrid. Repitió el italiano: ¿Qué nuevas hay de guerra, señor español? Don Cleofas le dijo: Ahora todo es guerra. ¿Y contra quién dicen? replicó el francés. Contra todo el mundo, respondió don Cleofas, pará ponerlo todo á los pies del rey de España. Pues á fe, replicó el francés, que primero que el rey de España... Antes que acabase la razon el gabacho, dijo don Cleofas: El rey de España... El Cojuelo le fué á la mano, diciendo: Déjame, don Cleofas, responder á mí, que soy español por la vida; y con quien vengo, vengo, que les quiero con alabanzas del rey de España dar un tapaboca á estos borrachos, que si leen las historias de ella, hallarán que por rey de Castilla tiene virtud de sacar demonios, que es mas generosa cirugía que curar lamparones.

Los extrangeros, habiento visto callar al Español, estaban muy falsos, cuando el Cojuelo, sentándose mejor, y tomando la mano, y en trage castellano, que ya habia dejado á la guardaropa del viento tudesco, les dijo: Señores mios, mi camarada iba á responder, y á mí por tener mas edad me toca el hacerlo; escúchenme atentamente por caridad: el rey de España es un generosísimo lebrel, que pasa acaso solo por una calle, y no hay gozque en ella que á ladrarle no salga, sin hacer caso de ninguno, hasta que se juntan tantos, que se atreve uno al desembocar de ella á otra (pensando que es sufrimiento y no desprecio) á besarle con

la boca la cola; entónces vuelve, y dando una manotada á unos, y otra á otros, huyendo todos de manera que no saben adonde meterse, queda la calle toda tan barrida de gozques, y con tanto silencio, que aun á ladrar no se atreven, sino á morder las piedras de rabia. Esto mismo le sucede siempre con los reyes contrarios, con las señorías y potentados, que son todos gozques con su magestad católica; pero guárdese el que se atreviere á besarle la cola, que ha de llevar manotada que escarmiente de suerte á los demas, que no hallen donde meterse huyendo de él.

Los extrangeros se comenzaron á escarapelar, y el francés le dijo: ¡Ha, bugre coquin español! y el italiano: ¡Farfante marrano español! y el inglés: ¡Nitesgut español! y el tudesco estaba de suerte que lo dió por recibido, dando permision que hablasen los demas por él en aquellas cortes. Don Cleofas que los vió palotear, y echar espadañadas de vino y heregías contra lo que habia dicho su camarada, acostumbrado á sufrir poco, y al refran de quien da luego da dos veces, levantando el banco en que estaban sentados los dos, dió tras ellos, adelantándose el compañero con las muletas en la mano, manejándolas tan bien que dió con el francés en el tejado de otra venta que estaba tres leguas de allí, y en una necesaria de Ciudad Real con el italiano, porque muriese bácia donde pecan; y con el inglés de cabeza en una caldera de agua hirviendo que tenian para pelar un puerco en casa de un labrador de Adamuz; y al tudesco, que se habia anticipado á caer de bruces á los piés de don Cleofas, le volvió al puerto de Santa María, de donde habia salido quince dias ántes, á dormir la zorra. El ventero se quiso poner en medio, y dió con él en Peralvillo, entre aquellas cenizas de Gestas, como en su centro.

Volviéronse con esto á sentar á comer de los despojos que habia dejado el enemigo muy despacio; y estando en los postreros lances de la comida entraron algunos mozos de mulas en la venta llamando al huésped y pidiendo vino, y tras ellos en el mismo carruage una compañía de representantes que pasaban de Córdoba á la corte, con gana de tomar un refresco en la venta; venian las damas en jamugas, con bohemios, sombreros con plumas y mascarillas en los rostros, los chapines con plata, colgados de los respaldares de los sillones; y ellos, unos con portamanteos sin cogines, y otros sin cogines ni portamanteos, las capas dobladas debajo, las balonas en los sombreros, con alforjas detras, y los músicos con las guitarras en cajas delante en los arzones, y algunos de ellos ciclanes de estribos, y otros eunucos, con los mozos que les sirven á las ancas; unos con espuelas sobre los zapatos y las medias, y otros con botas de rodillera sin ninguna, otros con varas para hacer andar sus cabalgaduras y las demas mujeres; los apellidos de los mas eran valencianos, y los nombres de las representantas se resolvian en Marianas y Anas Marías, hablando todos recalcado con el tono de la representacion. La conversacion con que entraron en la venta era decir que habian robado á Lisboa, asombrado á Córdoba y escandalizado á Sevilla, y que habian de despoblar á Madrid; porque con sola la loa que llevaban para la entrada de un tundidor de Ecija, habian de derribar cuantos autores en-

trasen en la corte. Con esto se fueron arrojando de las cabalgaduras, y los maridos muy severos apeando en los brazos á sus mujeres, llamando todos al buésped, y de nada se dolia.

La autora se asentó en una alfombrilla que la echaron en el suelo, las demas princesas al rededor, y el autor andaba solicitando el regalo de todos como pastor de aquel ganado, y dijo el Cojuelo: Con el señor autor estoy en pecado mortal de parte de mis camaradas. ¿Porqué? dijo don Cleofas. Respondió el diablillo: Porque es el peor representante del mundo, y hace siempre los demonios en los autos del Corpus, y está perdigado para demonio de veras, y para que haga en el infierno los autos si se representaren comedias, que algunas hacen estas farándulas, que aun para el infierno son malas. Uno he visto aquí, dijo don Cleofas, entre los demas compañeros, que le he deseado cruzar la cara, porque me galanteó en Alcalá una doncella, moza mia, que se enamoró de él, viéndole hacer un rey de Dinamarca. Doncella, dijo el Cojuelo, debia de ser de ella; pero si quieres, prosiguió, que tomemos los dos venganza del autor y del representante, espera y verás como lo trazo, porque ahora quieren repartir una comedia con que han de segundar en Madrid, y sobre los papeles has de ver lo que pasa.

Al mismo tiempo que decia eso el Cojuelo, el apuntador de la compañía sacó de una alforja los de una comedia de Claramonte, que habia acabado de copiar en Adamuz el tiempo que estuvieron allí, diciendo al autor: Aquí será razon que se repartan estos papeles, entretanto que se adereza la comida y parece el huésped. El autor vino en ello, porque se dejaba gobernar del tal apuntador, como de hombre que tenia grandísima curia en la comedia; habia sido estudiante en Salamanca, y le llamaban el Filósofo por mal nombre; y llegando con el papel de la segunda dama á Ana María, mujer del que cantaba los bajetes y bailaba los dias del Corpus, habiéndole dado la primera dama á Mariana, la mujer del que cobraba, y que hacía su parte tambien en las comedias de tramoya, arrojándole, dijo que ella habia entrado para partir entre las dos los primeros papeles, y que siempre le daban los segundos, y que ella podia enseñar á representar á cuantas andaban en la comedia, porque habia representado al lado de los mayores representantes del mundo, y en la legua la llamaban Amarilis, segunda de este nombre. Esotra le dijo que no sabria mirar lo que ella con su zapato representaba. Respondióle esotra que de cuando acá tenia tanta soberbia, sabiendo que en Sevilla le prestó hasta las enaguas para hacer el papel de Dido en la gran comedia de don Guillen de Castro, echando á perder la comedia, y haciendo que silbasen la compañía. Tú eres la silbada, dijo esotra, y tu ánima; llegando á las manos, y diciéndose palabras mayores, y tan grandes, que alcanzaron á los maridos, y sacando unos con otros las espadas, comenzó una batalla de comedia, metiéndolos en paz los mozos de mulas con los frenos que acababan de quitar; y dejándolos empelotados se salieron don Cleofas y el Cojuelo de la venta al camino de Andalucia, quedándose abrasando á cuchilladas la compañía, que fuera un Roncesvalles del molino del papel, si el

ventero no llegara con la hermandad en busca de los dos que se fueron para prenderlos, con escopetas, chuzos y ballestas, y viendo esta nueva matanza en su venta, jarros, tinajas y platos, hechos tantos en la refriega, los apaciguaron y prendieron á los dichos representantes para llevarlos á Ciudad Real, habiendo de tener otra peleona mas pesada con el alguacil que los traia á Madrid por órden de los arrendadores, con comision del consejo.

TRANCO VI.

En este tiempo nuestros caminantes, tragando leguas de aire, como si fueran camaleones de alquiler, habian pasado á Adamuz del gran marques del Carpio Hado, y nobilísimo descendiente de los señores antiguos de Vizcaya, y padre ilustrísimo del mayor Mecenas que los antiguos ingenios y modernos han tenido, y caballero que igualó con sus generosas partes su modestia. Y habiéndose sorbido los siete vados y las ventas de Alcolea, se pusieron á vista de Córdoba por su fertilísima campiña, y por sus celebradas dehesas gramenosas, donde nacen y pacen tantos brutos hijos del Zefiro, mas que los que fingió la antigüedad en el Tajo portugués; y entrando por el campo de la Verdad (pocas veces pisado de gente de esta calaña) á la colonia y populosa patria de dos Sénecas y un Lucano, y del padre de la poesía española el celebrado Góngora, á tiempo que se celebraban fiestas de toros aquel dia y juego de cañas, acto positivo que mas excelentemente ejecutan los caballeros de aquella famosa ciudad; y tomando posada en el meson de las Rejas, que estaba lleno de forasteros que habian concurrido á esta celebridad, se apercibieron para ir á verlas limpiándose el polvo de las nubes; y llegando á la Corredera, que es la plaza donde siempre se hacen estas festividades, se pusieron á ver un juego de esgrima que estaba en medio del concurso de la gente (que en estas ocasiones suele siempre en aquesta provincia preceder á las fiestas) á cuya esfera no habia llegado la línea recta, ni el ángulo obtuso ni oblicuo, que todavía se practicaba el uñas arriba y el uñas abajo de la destreza primitiva que nuestros primeros padres usaron: y acordándose don Cleofas de lo que dice el ingeniosísimo Quevedo en su Buscon, pensó perecer de risa, bien que se debe al insigne don Luis Pacheco de Narvaez haber sacado de la oscura tiniebla de la vulgaridad á luz la verdad de este arte, y del caos de tantas opiniones las demostraciones matemáticas de esta ciencia.

Habia dejado en esta ocasion la espada negra un mozo de Montilla, bravo aporreador, quedando en el puesto otro de los Pedroches, no menos bizarro campeon; y arrojándose entre otros que la fueron á tomar muy apriesa don Cleofas, la levantó primero que todos, admirando la resolucion del forastero que en el ademan les pareció castellano; y dando á su camarada

la capa y la espada como es costumbre, puso bizarramente las plantas en la palestra. En esto el maestro con el montante barriendo los piés á los mirones abrió la rueda, dando aplauso á la pendencia vellorí, pues se hacia con espadas mulatas; y partiendo el andaluz y el estudiante castellano uno para otro airosamente, corrieron una ida y venida sin tocarse al pelo de la ropa, y á la segunda, don Cleofas, que tenia algunas revelaciones de Carranza, por el cuarto círculo le dió al andaluz con la zapatilla un golpe de pechos, y él metiendo el brazal un tajo á don Cleofas en la cabeza sobre la guarnicion de la espada, y convirtiendo don Cleofas el reparo en revés, con un movimiento accidèntal, dió tan grande tamborilada á su contrario, que sonó como si hubiera dado en la tumba de los Castillas. Alborotáronse algunos amigos y conocidos que habia en el corro, y sobre el montante del señor maestro le entraron tirando algunas estocadillas veniales al tal don Cleofas, que en la zapatilla, como con agua bendita, se las quitó; y apelando á su espada y capa, y el Cojuelo á sus muletas, hicieron tanta riza en el monton agavillado, que fué necesario echarles un toro para ponerlos en paz; tan valiente montante de Sierra Morena, que á dos ó tres mandobles puso la plaza mas despejada que pudieran la guarda tudesca y española, á costa de algunas bregas que hicieron por detras ciclopes á sus dueños.

Encaramándose á un tablado don Cleofas y su camarada muy falsos á ver la fiesta, haciéndose aire con los sombreros como si tal no hubiera pasado por ellos; y asechándolos unos alguaciles (porque en estas ocasiones siempre quiebra la soga por lo mas forastero) habiendo dejarretado el toro llegaron desde la plaza á caballo, diciéndoles : Señor licenciado y señor Cojo, bajen acá, que los llama el señor corregidor. Y haciendo don Cleofas y su compañero orejas de mercader, comenzaron los ministros ó baqueros de la justicia á quererlo intentar con las varas, y agarrándose cada uno de la suya á vara por barba, dijeron á los tales ministros, quitándoselas de las manos de cuajo : Sígannos vuesas mercedes si se atreven á alcanzarnos; y levantándose por el aire parecieron cohetes voladores, y los dichos alguaciles capados de varas pedian á los gorriones favor á la justicia, quedándose suspensos, y atribuyendo la agilidad de los nuevos volatines á sueño, haciendo tan alta punta los dos halcones, salvando á Guadalcazar del ilustre marques de este título, del claro apellido de los Córdobas, que dieron sobre el Rollo de Ecija, diciéndole el Cojuelo á don Cleofas: Mira qué gentil árbol berroqueño que suele llevar hombres como otros fruta. ¿Qué coluna tan grande es esta? le preguntó don Cleofas. El celebrado Rollo del mundo, le respondió el Cojuelo. ¿Luego esta ciudad es Ecija? repitió don Cleofas. Esta es Ecija, la mas fertil poblacion de Andalucía, dijo el diablillo, que tiene aquel sol por armas á la entrada de esa hermosa puente, cuyos ojos rasgados lloran Genil, caudaloso rio que tiene su solar en Sierra Nevada, y despues haciendo con el Darro maridage de cristal viene á calzar de plata estos hermosos edificios, y tanto pueblo de abril y mayo.

De aquí fué Garci Sanchez de Badajoz, aquel insigne poeta castellano; y en esta ciudad solamente se coge el galardon, semilla que en

toda España no nace, ademas de otros veinte y cuatro frutos sin sembrarlos de que se vale para vender la gente necesitada; su comarca tambien es fertilísima. Montilla cae aquí á mano izquierda, habitacion de los heróicos marqueses de Priego, Córdobas y Aguilares, de cuya gran casa salió para honra de España el que mereció llamarse gran capitan por antonomasía, y hoy á su marques ilustrísimo se le ha acrecentado la casa de Feria, por morir sin hijos aquel gran portento de Italia, que malogró la fortuna de envidia, cuyo gran sucesor siendo mudo ocupa á grandezas en silencio elocuentes las lenguas de la fama. Mas abajo está Lucena del alcaide de los Donceles, duque de Cardona, en cuyo oceano de blasones se anegó la gran casa de Lerma. Luego Cabra, celebrada por su sima tan profunda como la antigüedad de sus dueños, pregona con las lenguas de sus almenas que es del inclito duque de Sesa y Soma, y que la vive hoy su entendido y bizarro heredero. Luego Osuna se ofrece á la demarcacion de estos ilustres edificios, blasonando con tantos maestres Girones la altivez de sus duques. Veinte y dos leguas de aquí cae la hermosísima Granada, paraiso de Mahoma, que no en vano la defendieron tanto sus valientes africanos españoles, de cuya Alhambra y alcazaba es alcaide el nobilísimo marques de Mondejar, padre del generoso conde de Tendilla, Mendozas del ave maria y credo de los caballeros. No nos olvidemos de camino de Guadix, ciudad antigua y celebrada por sus melones, y mucho mas por el divino ingenio del doctor Mira de Mescua, hijo suyo y arcediano. Cuando iba el Cojuelo refiriendo esto, llegaron á la plaza Mayor de Ecija, que es la mas insigne del Andalucía, y junto á una fuente que tiene en medio de jaspe, con cuatro ninfas gigantas de alabastro derramando lanzas de cristal, estaban unos ciegos sobre un banco de piés, y mucha gente de capa parda de auditorio, cantando la relacion muy verdadera que trataba de como una maldita dueña se habia hecho preñada del diablo, y por permision de Dios habia parido una manada de lechones, con un romance de don Alvaro de Luna, y una letrilla contra los demonios, que decia:

Lucifer tiene muermo,
Satanas sarna,
Y el Diablillo Cojuelo
Tiene almorranas.
Almorranas y muermo,
Sarna y ladillas,
Su mujer se las quita
Con tenacillas.

El Cojuelo le dijo á don Cleofás: ¿Qué te parece los testimonios que nos levantan estos ciegos y las sátiras que nos hacen? Ninguna raza de gente se nos atreve á nosotros si no son estos que tienen mas ánimo que los mayores ingenios; pero esta vez me lo han de pagar castigándose ellos mismos por sus propias manos, y daré de camino venganza á las dueñas, porque no hay en el mundo quien no las quiera mal, y nosotros

las tenemos grandes obligaciones, porque nos ayudan á nuestros embustes, que son demonias hembras. Y sobre la entonacion de las coplas metió el Cojuelo zizaña entre los ciegos, que rempujándose primero, y cayendo de ellos en el pilon de la fuente, y esotros en el suelo, volviéndose á juntar se mataron á palos, dando barato de camino á los oyentes que les respondieron con algunos puñetes y coces. Y como llegaron á Ecija con las varas de los alguaciles de Córdoba, pensando que traian alguna gran comision de la corte, llegó la justicia de la ciudad á hacerles fiesta, y á lisonjearlos con ofrecerles sus posadas; y ellos valiéndose de la ocasion admitieron las ofertas con que fueron regalados como cuerpos de rey; y preguntándoles qué negocio era el que traian para Ecija, el Cojuelo les respondió que era contra los médicos y boticarios, y visita general de beatas; y que á los médicos se les venia á vedar que despues de matar á un enfermo no les valiese la mula por sagrado; y que cuando no se saliese con esto, por lo menos á los boticarios que errasen las purgas, que no pudiesen ser castigados si se retrajesen en los cementerios de las mulas de los médicos, que son las ancas, y que á las beatas se les venia á quitar el tomar tabaco, beber chocolate y comer gigote. Parecióle al alguacil mayor (que no era lerdo, y tenia su punta de hacer jácaras y entremeses) que hacian burla de ellos, y quiso agarrarlos para dar con ellos en la trena, y despues sacudirles el polvo, y batanarles el cordoban por embelecadores, embusteros y alguaciles chanflones; y levantando el Cojuelo una polvareda de piedra azufre, y asiendo á don Cleofas por la mano se desaparecieron entre la cólera y resolucion de los ministros ecijanos, dejándolos tosiendo y estornudando, dándose de cabezadas unos á otros sin entenderse, haciendo los neblies de la mas oscura Noruega puntas á diferentes partes; y dejando á la derecha á Palma, donde se junta Genil con Guadalquivir por el Vicario de las Aguas, villa antigua de los Bocanegras y Portocarreros, de quien fué dueño aquel gran cortesano y valiente caballero don Luis Portocarrero, cuyo corazon excedió muchas varas á su estatura, y luego á la Monclova, bosque deliciosísimo, y monte de Clovio, valeroso capitan romano, y posesion hoy de otro Portocarrero y Enriquez no menos gran caballero que el pasado, y á la hermosa villa de Fuentes, de quien fué marques el bizarro y no vencido don Juan Claros de Guzman el Bueno, que despues de muchos servicios á su rey murió en Flandes con lástima de todos y envidia de mas, hijo de la gran casa de Medina Sidonia, donde todos sus Guzmanes son Buenos por apellido, por sangre y por sus personas esclarecidas, sin tocar al pelo de la ropa á Marchena, habitacion noble de los duques de Arcos, marqueses que fueron de Cádiz, de quien hoy es meritísimo señor el excelentísimo duque don Rodrigo Ponce de Leon, en quien se cifran todas las proezas y grandezas heróicas de sus antepasados, columbrando desde mas léjos á Villanueva del Rio de los marqueses de Villanueva, Enriquez y Riberas, y hoy de Antonio Alvarez de Toledo y Beamonte, marques suyo y duque de Huesca, heredero ilustre del gran duque de Alba, condestable de Navarra.

Llegaron de un vuelo los dos pajarotes de camarada, no siendo esta la

mayor pareja que habian corrido, al pié de la cuesta de Carmona, en su dilatada, fértil y celebrada vega, donde les anocheció, diciéndole don Cleofas al amigo: Camarada, descansemos un poco, que ya es mucho pajarear este, y nos metemos á lecbuzas silvestres, que la serenidad de la noche y el verano brindan á pasarla en el campo. Soy de ese parecer, dijo el Cojuelo, tendamos la raspa en este pradillo junto á este arroyo, espejo donde se estan tocando las estrellas porque aguardan á la madrugada visita del sol, gran turco de todas esas señoras. Y don Cleofas, poniendo el ferreruelo por cabecera, y la espada sobre el estómago, acomodó el individuo, y estando boca arriba paseando con los ojos la bóveda celestial, cuya fábrica portentosa al mas ciego gentil obliga á rastrear, que la mano de su artífice es de Dios; y de gran Dios, le dijo al camarada: ¿No me dirás, pues has vivido en aquellos barrios, si esas estrellas son tan grandes como esos astrólogos dicen cuando hablan de su magnitud, y en qué cielo estan, y cuántos cielos hay, para que no nos den papilla cada dia con tantas y tan diversas opiniones, haciéndonos bobos á los demas con líneas y coluros imaginados; y si es verdad que los planetas tienen epiciclos, y el movimiento de cada cielo, desde el primer movil al remiso y al trepidante, y donde estan los signos de estos luceros escribanos, porque yo desengañe al mundo, y no nos vendan imaginaciones por verdades? El Cojuelo le respondió: Don Cleofas, nuestra caida fué tan apriesa, que no nos dejó reparar en nada; y á fe que si Lucifer no se hubiera traido tras de sí la tercera parte de las estrellas, como repiten tantas veces en los autos del Corpus, aun hubiera mas en que haceros mas garatusas la astrología. Esto todo sea con perdon del antojo del Galileo, y el del gran don Juan de Espina, cuya célebre casa y peregrina silla son ideas de su raro ingenio, que yo hablo de antojos abajo como de tejas, y salvo la obrica de estos señores antojadizos que han descubierto al sol un lunar en el lado izquierdo, y en la luna han linceado montes y valles, y han visto á Vénus Cornuta. Lo que yo sé decir que el poco tiempo que estuve por allá arriba, nunca oí nombrar la Bocina, el Carro, la Espica vírginis, la Ursa mayor ni la Ursa menor, las Pleyadas ni las Eliades, nombres que los de la astrología les han dado; y esa que llamaron Via Lactea, y ahora los vulgares Camino de Santiago, por donde anda tanto el cojo como el sano, que si esto fuera así, yo tambien por lo cojo habia de andar por aquel camino, siendo hijo de vecino de aquella provincia. Ya en estas razones últimas se habia agradecido al sueño el tal don Cleofas, dejando al compañero de posta como grulla de la otra vida, cuando un estruendo de clarines y cabalgaduras le despertó sobresaltado, recelando que se le llevaba á otra parte mas desacomodada el que le habia agasajado hasta allí; pero el Cojuelo le sosegó diciendo: No te alborotes, don Cleofas, que estando conmigo no tienes que temer. ¿Pues qué ruido tan grande es este? le replicó el estudiante. Yo te lo diré, dijo el Cojuelo, si acabas de despertar, y me escuchas con atencion.

TRANCO VII.

El estudiante se incorporó entónces, supliendo con bostezos y esperezos lo que le faltaba por dormir, y prosiguió el diablillo diciendo: Todo este estruendo trae consigo la casa de la Fortuna, que pasa al Asia Mayor á asistir á una batalla campal entre el Mogor y el Sofi, para dar la victoria á quien menos la mereciere. Escucha y mira que esta que pasa es su recámara, y en lugar de acémilas van mercaderes y hombres de negocios que dicen, cargados de cajas de moneda de oro y plata, con reposteros bordados encima, con las armas de la Fortuna, que son los cuatro vientos, y un harpon en una torre moviéndose á todos cuatro; sogas y garrotes del mismo metal que llevan; con ir tanto peso ván descansados á su parecer. Esta tropa innumerable que pasa ahora mal concertada es de oficiales de boca, cocineros, mozos de cocina, botilleros, reposteros, despenseros, panaderos, veedores, y la demas canalla que toca á la bucólica. Estos que vienen ahora á pié con fieltros blancos terciados por los hombros son lacayos de la Fortuna, que son los mayores ingenios que ha tenido el mundo, entre los cuales va Homero, Pindaro, Anacreonte, Virgilio, Ovidio, Horacio, Silio Itálico, Lucano, Claudiano, Estacio, Papirio, Juvenal, Marcial, Catulo, Propercio, Petrarca, Sanázaro, el Taso, el Bembo, el Dante, el Guarino, el Ariosto, el caballero Marino, Juan de Mena, Castillejo, Gregorio Hernandez, Garci Sanchez, Camões, y otros muchos que han sido en diferentes provincias príncipes de la poesía. Por cierto que han medrado poco, dijo el estudiante, pues no han pasado de lacayos de la Fortuna. No hay en su casa, dijo el Cojuelo, quien tenga lo que merece.

¿Qué escuadron es este tan lucido con joyas de diamantes y cadenas, y vestidos lloviendo oro y perlas, prosiguió el estudiante, que llevan tantos pages en cuerpo que los alumbran con tantas hachas blancas, y van sobre filósofos antiguos qué les sirven de caballos, de tan malos talles que los mas son corcobados, cojos, mancos, calvos, narigones, tuertos, zurdos y balbucientes? Estos son, dijo el Cojuelo, potentados, príncipes y grandes señores del mundo que van acompañando á la Fortuna, de quien han recibido los estados y las riquezas que tienen, y con ser tan poderosos y ricos, son los mas necios y miserables de la tierra. Buen gusto ha tenido la Fortuna, por cierto, dijo don Cleófas, bien se le parece que tiene nombre de mujer, que escoge lo peor. Primero lo debieron á la naturaleza, respondió el Cojuelo, y prosiguió diciendo: Aquel gigante que viene sobre un dromedario con un ojo; y ese ciego solamente en la mitad de la frente, con un árbol en las manos de suma magnitud, lleno de bastones, mitras, laureles, hábitos, capelos, coronas y tiaras, es Polifemo, que despues que le cegó Ulises le ha dado la Fortuna á cargo aquella escarpia de dignidades, para que las reparta á ciegos, y va

siempre junto al carro triunfal de la Fortuna, que es aquel que le tiran cincuenta emperadores griegos y romanos, y ella viene cercada de faroles de cristal, con cirios pascuales encendidos dentro de ellos, sobre una rueda llena de arcaduces de plata, que siempre está llenándolos, y vaciándolos de viento; esotro pié en el elemento mismo, que está lleno de camaleones que le van dando memoriales, y ella rompiéndolos. Ahora vienen siguiéndola sus damas en elefantes, con sillones de oro sembrados de balages, rubíes y crisólitos. La primera es la Necedad, camarera mayor suya, y aunque sea muy favorecida. La Mudanza es esotra, que va dando cédulas de casamiento, y no cumpliendo ninguna. Esotra es la Lisonja vestida á la francesa de tornasoles de aguas, y lleva en la cabeza un iris de colores por tocado, y en cada mano cien lenguas. Aquella que la sucede vestida de negro, sin oro ni joya, de linda cara y talle, que viene llorosa, es la Hermosura, una dama muy noble, y muy olvidada de los favores de su ama. La Envidia la sigue y la persigue, con un vestido pajizo bordado de basiliscos y corazones. Siempre esa dama, dijo don Cleofas, come grosura, que es balcon de las alcandoras de palacio. Esotra que viene, prosiguió el Cojuelo, que parece que va preñada, es la Ambicion, que está hidrópica de deseos y de imaginaciones. Esotra es la Avaricia, que está opilada de oro, y no quiere tomar el acero porque es mas bajo metal. Aquellas que vienen con tocas largas y anteojos sobre minotauros son la Usura, la Simonía, la Mohatra, la Chisme, la Baraja, la Soberbia, la Invencion, la Hazañería, dueñas de la Fortuna. Los que vienen galanteando á estas señoras todas, y alumbrándolas con antorchas de colores diferentes, son ladrones, fulleros, astrólogos, espías, hipócritas, monederos falsos, casamenteros, noveleros, corredores, glotones y borrachos. Aquel que viene sobre el asno de oro de Lucio Apuleyo es Creso, mayordomo mayor de la Fortuna, y á su mano izquierda Astolfo, su caballerizo mayor. Aquellos que van sobre cubas con ruedas y belicómenes en las manos, dando carcajadas de risa, son sus gentiles hombres de la copa, que han sido taberneros de corte primero. Aquella escuadra de salvages que vienen en jumentos de albarda son contadores, tesoreros, escribanos de raciones, administradores, historiadores, letrados, correspondientes, agentes de la Fortuna, y llevan manos de almireces por plumas, y por papel pieles abahadas.

Tras de estos viene una silla de manos bordada de trofeos para las visitas de la Fortuna: los silleros son Pitágoras, Diógenes, Aristóteles, Platon y otros filósofos, con camisolas y calzones de tela de nácar, herrados los rostros con eses y clavos. Aquellos que vienen ahora de tres en tres sobre tumbas enlutadas á la gineta y la brida, son médicos de la cámara y de la familia, boticarios y barberos de la Fortuna. Ahora cierra todo este escuadron y acompañamiento aquella prodigiosísima torre andante, que es la de Babilonia, llena de gigantes, de enanos, de bailarines y representantes, de instrumentos músicos y marciales, de voces, de algazaras, que se ven y oyen por infinitas ventanas que tiene el edificio coronadas de luminarias, y flechando girandolas y cohetes voladores: y en un balcon muy grande de la fachada va la Esperanza, una jayana ves-

tida de verde muy larga de estatura, y muchos pretendientes por abajo á pié, soldados, capitanes, abogados, artífices y profesores de diferentes ciencias, mal vestidos, hambrientos y desesperados, dándola voces, y con la confusion no se entienden los unos á los otros, ni los otros á los unos. Y por otro balcon del lado derecho va la Prosperidad coronada de espigas de oro, y vestida de brocado de tres altos, bordado de las cuatro estaciones del año, sembrando talegos sobre muchos mentecatos ricos, que van en literas roncando, que no los han menester, y piensan que los sueñan. Ahora sigue á todo este aparato una infinita tropa de carros largos llenos de comida, y vestidos de mujeres y de hombres, que es la guardaropa de la Fortuna; y con ir tantos como la siguen desnudos y hambrientos, no les dan un bocado que coman, ni un trapo con que se cubran; y aunque los repartiera con ellos no les viniera bien, que están hechos solamente á medida de los dichosos. Seguia este carruage un escuadron volante de locos á pié y á caballo, y en coches, con diferentes formas, que habian perdido el juicio de varios sucesos de la Fortuna por mar y por tierra; unos riéndose, otros llorando, otros cantando, otros callando, y todos renegando de ella; y no tomaba de otros parecer, diligencia para no acertar nada, desapareciendo toda esta máquina confusa una polvareda espantosa, en cuyo temeroso piélago se anegó toda esta confusion, llegando el dia, que fué mucho no se perdiera el sol con la grande polvareda, como don Beltran de los planetas.

Subiéronse los dos camaradas la cuesta arriba á la recien bautizada ciudad de Carmona, atalaya del Andalucía, de cielo tan sereno, que nunca le tuvo, y adonde no han conocido el catarro si no es para servirle: y tomando refresco de unos conejos y unos pollos en un meson que se dice de los Caballeros, pasaron á Sevilla, cuya Giralda y torre tan celebrada se descubre desde la venta de Peromingo el Alto, tan hijo de vecino de los aires, que parece que se descalabra en las estrellas. Admiró mucho á don Cleofas el sitio de su dilatada poblacion, y de la que hacen tantos diversos bajeles en el Guadalquivir, valla de cristal de Sevilla y de Triana, distinguiéndose de mas cerca la hermosura de sus edificios, que parece que han muerto vírgenes y mártires, porque todos están con palmas en las manos, que son las que se descuellan de sus peregrinos pensiles entre tantos cidros, naranjos, limones, laureles y cipreses; llegando en breve espacio á Torreblanca, una legua larga de esta insigne ciudad, desde donde comienza su calzada y los caños de Carmona, hermosísima puente de arcos, por donde entra el rio Guadaira de Sevilla, cuya hidrópica sed le bebe todo, sin dejar apenas una gota para tributar al mar, que es solamente el rio en todo el mundo que está privilegiado de este pecho; haciendo mayor la belleza de esta entrada infinitas granjas por una parte y por otra, que en cada una se cifra un jardin terrenal, granizando azahares, mosquetas y jazmines reales. Y al mismo tiempo que ellos iban llegando á la puerta de Carmona atisbó el Cojuelo entrar por ella á caballo con vara alta, y los dos corchetes que sacó del infierno, á Cienllamas; y volviéndose á don Cleofas, le dijo: Aquel que entra por la puerta de Carmona es comisario de mis amos, que

viene contra mí á Sevilla, menester es guardarnos. No se me da dos blancas, dijo don Cleofas, que yo estoy matriculado en Alcalá, y no tiene ningun tribunal jurisdiccion en mi persona; y fuera de eso dicen que es Sevilla lugar tan confuso, que no nos hallarán, si queremos, todos cuantos hurones tienen Lucifer y Bercebú.

Entrándose en la ciudad los dos á buen paso, y guiando el Cojuelo, la barba sobre el hombro, fueron hilbanando calles, y llegando á una plazuela reparó don Cleofas en un edificio suntuoso de unas casas, que tienen una portada ostentosa de alabastro, y unos corredores dilatados de la misma piedra. Preguntóle don Cleofas al Cojuelo qué templo era aquel; y él le respondió que no era templo, aunque tenia tantas cruces de Jerusalen del mismo relieve de mármol, sino las casas de los duques de Alcalá, marqueses de Tarifa, condes de los Morales y adelantados mayores de Andalucía, cuya grandeza ha heredado hoy el gran duque de Medina Celi por falta de hijos herederos, que aunque fuera mayor no le hiciera mas, que por Fox y Cerda es lo mas que puede ser. Ya conozco ese príncipe, dijo don Cleofas, y le he visto en la corte, y es tan generoso y entendido como gran señor. Con esta plática llegaron á la cabeza del rey don Pedro, cuya calle se llama del Candilejo, y atravesando por Cal de Abades, la Borciguenería y plazuela del Atambor, llegaron á las calles del Agua, donde tomaron posada, que son las mas recatadas de Sevilla.

En este tiempo á nuestro astrólogo ó mágico se lo habia llevado de una apoplejía el demoñuelo Zurdo, que sustituia el Cojuelo, y bajó á pedir justicia á Lucifer en el bueso del alma, con las mondaduras del cuerpo, del quebrantamiento de su redoma: y doña Tomasa, no olvidando los desaires de don Cleofas, trataba con otra requisitoria de venir á Sevilla, con un galan nuevo que tenia, soldado de los galeones, para tomar venganza, casándose con el licenciado Vireno de Madrid la Olimpa de mala mano, sabiendo que se habia escapado allá. Don Cleofas y su camarada no salian de su posada por desmentir las espías de Cienllamas y de Chispa y Redina; y subiéndose á un terrado una tarde, de los que tienen todas las casas de Sevilla, á tomar el fresco, y á ver desde lo alto mas particularmente los edificios de aquella populosa ciudad, estómago de España y del mundo, que reparte á todas las provincias de ella la sustancia de lo que traga á las Indias en plata y oro, que es avestruz de la Europa, pues digiere mas generosos metales, espantándose don Cleofas de aquel numeroso ejército de edificios, tan epilogado que si se derramara no cupiera en toda la Andalucía, le dijo á su compañero: Enséñame desde aquí algunas particulares, si se descubre á la vista. El Cojuelo le dijo: Ya por aquella torre que descubrimos desde tan léjos, discurrirás que esa bellísima fábrica que está arrimada á ella es la iglesia mayor, y mayor templo de cuantos fabricó la antigüedad, ni el siglo de ahora reconoce. No quiero decirte por menudo sus grandezas; basta afirmarte que su cirio pascual pesa ochenta y cuatro arrobas de cera, y el candelero de tinieblas, de grandeza notable, es de bronce, y de tanta ostentacion y artificio que si fuera de oro no hubiera costado tanto. Su custodia es otra torre de plata, de la misma fábrica y modelo; su tras-

coro no perdonó piedra exquisita y preciosa á los minerales; su monumento es un templo portátil de Salomon. Pero salgámonos de ella, que aun con las relaciones ni los pensamientos no podemos los demonios pasearla, y vuelve los ojos á aquel edificio que se llama la Lonja, cortada del pernil de San Lorenzo el Real, diseño de don Felipe II, y á mano derecha de ella está el Alcázar, posada real y antigua de los reyes de Castilla, fértil albergue de la primavera, de quien es ilustrísimo alcaide el conde duque de Sanlucar la Mayor, gran Atlante del Hércules de España, cuya prudentísima cabeza es el reloj del gobierno de su monarquía, que á no estar labrado el Buen-Retiro, fábrica de inimitable ejemplar, por el edificio, los jardines y estanques, tuviera este palacio sevillano la primacía de todas las casas reales del mundo, poniendo en primer lugar el real salon que la magestad del rey don Felipe IV el grande ha copiado su divina idea, donde todas las admiraciones vienen cortas, y las mayores grandezas enjauladas.

Mas adelante está la casa de la Contratacion, que tantas veces se ve enladrillada de barras de oro y de plata. Luego está la casa del bizarro conde de Cantanilla, gran cortesano, galan y palaciego, airoso caballero de la Plaza, crédito de sus aplausos y alegría de sus reyes, que esto confiesan los toros de Tarifa y de Jarama cuando cumplen con sus rejones, como con la parroquia. Luego está junto á la puerta de Jerez la gran casa de Moneda, donde siempre hay montones de oro y de plata como de trigo, y junto á ella el aduana, tarasca de todas las mercaderías y del mundo, con dos bocas, una á la ciudad y otra al rio, donde está la torre del Oro y el muelle, chupadera de cuanto traen amontonado los galeones en los tuétanos de sus camarotes. A mano derecha está la puente de Triana, de madera, sobre trece barcos.

Mas abajo, pues, en el márgen del celebrado rio, las Cuevas, monasterio insigne de la cartuja de san Bruno, que con profesar el silencio mudo vive á la lengua del agua. A esta otra parte sobre la orilla de Guadalquivir está Gelves, donde todos los romances antiguos de Moros iban á jugar cañas, y hoy es de sus ilustres condes, y del gran duque de Veragua, hijo y retrato de tan gran padre, que es para no tener á mundos miedo, Portugal y Colon, Castro y Toledo. Soltáronsete, dijo don Cleofas, los consonantes, camarada. Cuidado fué y no descuido, respondió el Cojuelo, porque me daba mas que prosa el dueño de estas alabanzas. Y prosiguió diciendo: Allí es el Alamillo donde se pescan los sábalos albures y sollos; y mas abajo cae el Algaba de los esclarecidos marqueses de este título, de Ardales, y condes de Teba, Guzmanes en todo. De esotra parte cae el Castellar de los Ramirez y Saavedras, y á la vuelta Villamanrique de los Zúñigas, de la gran casa de Bejar, cuyo último malogrado marques fué Guzman dos veces Bueno, sobrino del gran patriarca de las Indias, capellan y limosnero mayor del rey, cuya generosa piedad se taracea con su oficio y con su sangre, y hermano del gran duque de Sidonia, cuyo solio es San Lucar de Barrameda, corte suya, que está ese rio abajo, siendo Narciso del oceano y generalísimo del Andalucía, y de las costas del mar de España; á cuyo baston, y siempre planta vencedora, obedece

el agua y la tierra, asegurando á su rey toda su monarquía en aquel promontorio donde asiste para blason del mundo. Y pues ya llega la noche, y de estas alabanzas no puedo salir menos que callando para encarecerlas, dejemos para mañana lo demas: bajándose del terrado á tratar que se aderezase la cena, y á salir un poco por la ciudad á su insigne alameda, que hizo y adornó con las dos colunas de Hércules el conde de Barajas, asistente de Sevilla, y despues de Castilla dignísimo presidente.

TRANCO VIII.

Ya para ejecutar su designio habia tomado doña Tomasa (que siempre tomaba, por cumplir con su nombre y su condicion) una litera para Sevilla, y una acémila en que llevar algunos baules para su ropa blanca, y algunas galas con las del dicho galan soldado, que metiéndose los dos en la litera, partieron de Madrid como unos hermanos, con la requisitoria que hemos referido. A nuestro astrólogo no le habian dado sepultura sobre las barajas de un testamento que habia hecho unos dias ántes, y descubrieron en un escritorio unos deudos suyos, y estaba la justicia poniendo en razon esta litispendencia. Y el Cojuelo y don Cleofas, que habian dormido hasta las dos de la tarde, por haber andado rondando la noche ántes la mayor parte de ella por Sevilla, despues de haber comido algunos pescados regalados de aquella ciudad, y del pan que dicen de Gallego, que es el mejor del mundo, y habiendo dormido la siesta, bien que el compañero siempre velaba, haciendo diligencias para lisonjeará su dueño en razon de su delito, se subieron al dicho terrado, como la tarde ántes, y enseñándole algunos particulares edificios á su compañero de los que habian quedado sin referir la tarde ántes en aquel golfo de pueblos, suspiró dos veces don Cleofas, y preguntóle el Cojuelo: ¿De qué te has acordado, amigo? Qué memorias te han dividido esas dos exhalaciones de fuego del corazon á la boca? Camarada, le respondió el estudiante, acordéme de la calle Mayor de Madrid, y de su insigne paseo á estas horas, hasta dar en el Prado. Fácil cosa será verle, dijo el Cojuelo, tan al vivo como está pasando ahora: pide un espejo á la huéspeda, y tendrás el mejor rato que has tenido en tu vida, que aunque yo por la posta en un abrir y cerrar de ojos te pudiera poner en él, porque las que yo conozco comen alas del viento por cebada, no quiero que dejemos á Sevilla hasta ver en qué paran las diligencias de Cienllamas, y las de tu dama, que viene caminando acá, y me hallo en este lugar muy bien, porque alcanzan á él las conciencias de las Indias.

A este mismo tiempo subia á su terrado Rufina María (que así se llamaba la huéspeda) dama entre nogal y granadillo, por no llamarla mulata, gran piloto de los rumbos mas secretos de Sevilla, y alfaneque de volar una bolsa de breton desde su faltriquera á las garras de tanta doncellita

poniente como venian á valerse de ella. Iba en jubon de holanda blanca acuchillado, con unas enaguas blancas de cotonja, zapato de ponleví, con escarpin sin media, como es usanza en esta tierra entre la gente tapetada, que á estas horas se subia á su azotea á tocar de la tarantula, con un peine, y un espejo que podia ser de armar: y el Cojuelo, viendo la ocasion, se le pidió con mucha cortesía para el dicho efecto, diciendo: Bien puede estar aquí la señora huéspeda, que yo sé que tiene inclinacion á estas cosas. ¡Ay, señor! respondió la Rufina María, si son de nigromancia me pierdo por eso, que nací en Triana, y sé echar las habas, y andar el cedazo mejor que cuantas hay de mi tamaño; y tengo otros primores mejores, que fiaré de vuesas mercedes, si me la hacen, aunque todos los que son entendidos me dicen que son disparates. No dicen mal, dijo el Cojuelo, pero con todo eso, señora Rufina María, de tan gran talento se pueden fiar los que yo quiero enseñar á mi camarada; esté atenta. Y tomando el espejo en la mano, dijo: Aquí quiero enseñarles á los dos lo que á estas horas pasa en la calle Mayor de Madrid, que esto solo un demonio lo puede hacer, y yo. Y adviértase que en las alabanzas de los señores que pasaren, que es mesa redonda, que cada uno de por sí hace cabecera, y que no es pleito de acreedores, que tienen unos antelaciones á otros. ¡Ay, señor! dijo de tal Rufina, comience usted, que será mucho de ver, que yo cuando niña estuve en la corte con una dama, que se fué tras de un caballero del hábito de Calatrava, que vino á hacer aquí unas pruebas, y despues me volvieron mis padres á Sevilla, y quedé con grande inclinacion á esa calle, y me holgaria de volverla á ver, aunque sea en este espejo. Apenas acabó de decir esto la huéspeda, cuando comenzaron á pasar coches, carrozas, literas, sillas y muchos caballeros á caballo, y tanta diversidad de hermosuras y de galas, que parecia que se habian soltado abril y mayo, y desatado las estrellas. Y don Cleofas con tanto ojo por ver si pasaba doña Tomasa, que todavía la tenia en el corazon, sin haberse templado con tantos desengaños. ¡O proclive humanidad nuestra, que con los malos términos se abrasa, y con los agasajos se destempla! Pero la tal doña Tomasa á aquellas horas ya habia pasado de Illescas en su litera de dos yemas.

La Rufina María estaba sin juicio mirando tantas figuras como en aquel retrato del mundo iban representando papeles diferentes, y dijo al Cojuelo: Señor huésped, enséñeme al rey y á la reina, que los deseo ver, y no quiero perder esta ocasion. Hija, le respondió el Cojuelo, en estos paseos ordinarios no salen sus magestades, si quiere ver sus retratos al vivo, presto llegarémos adonde cumpla su deseo. Sea en buena hora, dijo la Rufina, y prosiguió diciendo: ¿Quién es este caballero y gran señor que pasa ahora con tanto lucimiento de lacayos y pages en ese coche que puede ser carroza del sol? El Cojuelo le respondió: Este es el almirante de Castilla don Juan Alonso Enriquez de Cabrera, duque de Medina de Rioseco, y conde de Medica, terror de Francia en Fuenterrabia. ¡Ay, señor! dijo la Rufina, aquel nos echó los franceses de España. Dios le guarde muchos años. Él y el gran marques de los Velez, respondió el Cojuelo, fueron los Pelayos segundos sin segundo de su patria Castilla.

¿Quién viene en aquella carroza que parece de la Primavera? preguntó la Rufina. Allí viene, dijo el Cojuelo, el conde de Oropesa y Alcaudete, sangre de Toledo, Pimentel, y de la real de Portugal, príncipe de grandes partes; y el que va á su mano derecha es el conde de Luna su primo, Quiñones y Pimentel, señor de la casa de Benavides en Leon, hijo primogénito del conde de Benavente, que es Luna, que tambien resplandece de dia. El conde de Lemos y Andrade, marques de Sarria, pertiguero mayor de Santiago, Castro y Enriquez, del gran duque de Arjona, viene en aquel coche, tan entendido y generoso como gran señor, y en esotro el conde de Monterrey y Fuentes, presidente de Italia, que ha venido de ser virey de Nápoles, dejando de su gobierno tanto aplauso á las dos Sicilias; y sucediéndole en esta dignidad el duque de las Torres, marques de Heliche y de Toral, señor del Castillo de Aviados, sumiller de corps de su magestad, príncipe de Astillano y duque de Sabioneta, que este título es el mas compatible con su grandeza, á quien acompaña con no menos sangre y divino ingenio de Italia el marques de Alcañizas, Almansa, Enriquez y Borja. Allí viene el condestable, prudentísimo Velasco, gentilhombre de la cámara de su magestad, con su hermano el marques del Fresno. El duque de Hijar le sigue, Silva y Mendoza y Sarmiento, marques de Alenquer y Ribadeo, gran cortesano y hombre de á caballo, grande en entrambas sillas, que por el último título que hemos dicho tiene privilegio de comer con los reyes la pascua de este nombre. Va con él el marques de los Balbases Epínola, cuyo apellido puso su gran padre sobre las estrellas. Allí vá el conde de Altamira, Moscoso, Sandoval, gran señor y caballero en todo, caballerizo mayor de su magestad de la reina. Allí pasa el marques de Pobar Aragon con don Antonio Aragon su hermano, del consejo de órdenes, y del supremo de la Inquisicion. Los que atraviesan en aquel coche ahora son el marques de Jodar, y el conde de Peñaranda, del consejo real de Castilla, ambos Simancas de la jurispericia, como de la nobleza. ¿Quién son aquellos dos mozos que van juntos, preguntó Rufina, de una misma edad, y al parecer que llevan llaves doradas? El marques de la Hinojosa, respondió el Cojuelo, conde de Aguilar y señor de los Camareros, Ramirez de Arellano, es el uno; y el otro es el marques de Aitona, favorecedor de música y de la poesía, que heredó hasta la posteridad de su padre, entrambos camaristas.

¿Qué coche es aquel tan lleno que va espumando sangre generosísima en tantos bizarros mozos? preguntó la tal huéspeda. Es el duque del Infantado, dijo el Cojuelo, cabeza de los Mendozas y Sandoval de Varon, marques de Santillana y del Cenete, conde de Saldaña y del Real de Manzanares, hijo y retrato de tan gran padre. Los que van con él son el marques de Almenara, el mas bizarro, galan y bien visto de la corte, hijo del gran marques de Orani; el almirante de Aragon, perfecto caballero; el marques de San Roman, caballero de veras, heredero del gran marques de Velada, rayo de Oran, de Holanda y Zelanda, y su hermano el marques de Salinas, que iguala el alma con el cuerpo, copias vivas de tan gran padre; y don Iñigo Hurtado de Mendoza, primo del duque del Infantado, grandes caballeros todos, y señores que bien pue-

den alabarse á sí mismos con decir quién son, que todas las lenguas de la fama no bastan. Va con ellos don Francisco de Mendoza, gentil hombre cortesano, favorecido de todos, y diestro en entrambas sillas, de la espada blanca y negra. ¿Qué tropa es esta que viene ahora á caballo? preguntó la Rufina. Si pasan á espacio, te lo diré, dijo el Cojuelo; estos dos primeros son el conde de Melgar y el marques de Peñafiel, que llevan en sus títulos sus aplausos; don Baltasar de Zúñiga, el conde de Brandevilla su hermano, hijos del marques de Mirabel, y que lo parecen en todo; el conde de Medellin, Portocarrero de Varon, y el príncipe de Arembergue, primogénito del duque de Ariscot; el marques de la Guardia, que tiene título de Angel; el marques de la Liseda, Silva y Manrique de Lara, y Diego Gomez de Sandoval, comendador mayor de Calatrava, marques de Villazores, Añover y Humanes, don Baltasar de Guzman y Mendoza, heredero de la gran casa de Orgaz; Arias Gonzalo, primogénito del conde de Puñonrostro, imitando las bizarrías de su padre, y afianzando las imitaciones de su muy invencible abuelo. Allí viene el conde de Molina, y don Antonio de Mesla de Tobar su hermano, siendo crédito recíprocamente el uno del otro, y entre ellos don Francisco Luzon, blason de este apellido en Madrid, cuyo magnánimo corazon hallará estrecha posada en un gigante. Va con él don José de Castrejon, deudo suyo, gran caballero, y ambos sobrinos del ilustrísimo presidente de Castilla. En este coche que les sigue viene el duque de Pastrana, cabeza de los Silvas, estudioso príncipe y gran señor, con el marques de Palacios, mayordomo del rey, y descendiente único de Men Rodriguez de Sanabria, señor de la Puebla de Sanabria, mayordomo mayor del rey don Pedro, el conde de Garayal, gran señor, y el conde de Galve, su hermano del duque, molde de buenos caballeros, y en quien se hallará, si se perdiera, la cortesía. Los demas que van acompañándole son hombres insignes de diferentes posesiones, que este es siempre su séquito. Viene hablando en otro coche con el príncipe de Esquilache su tio, y con el duque de Villahermosa don Cárlos su hermano, este del consejo de estado de su magestad, y esotro príncipe de los ingenios. Va con ellos el duque mozo de Villahermosa don Fernando, en quien lo entendido y lo bizarro corren parejas, y don Fernando de Borja, comendador mayor de Montesa, de la cámara de su magestad, con veinte y dos cursos de virey, que se puede graduar de Caton Uticense y Censorino. Allí viene el marques de Santa Cruz, Neptuno español y mayordomo mayor de la reina nuestra señora. Aquel es el conde de Alba de Aliste, con el marques de Tabara y el conde de Puñonrostro, tras ellos el duque de Nochera, Héctor napolitano y gobernador hoy de Aragon. En ese coche que se sigue viene el conde de Coruña, Mendoza y Hurtado, de las nueve Musas, honra de los consonantes castellanos, en compañía del conde de la Puebla de Montalvan, Pacheco y Giron. Allí el marques de Malagon, Ulloa, Saavedra, y el marques de Malpica, Barroso y Ribera, y el de Fromista, padre del marques de Caracena, celebrado por Marte castellano en Italia, y el conde de Orgaz, Guzman y Mendoza de Santo Domingo, y San Ildefonso, todos mayordomos del rey. Aquel que va en

aquel coche es el marques de Floresdávila, Zúñiga y Cueva, tio del gran duque de Alburquerque, que hoy está sirviendo con una pica en Flandes, capitan general de Oran, donde fué asombro del Africa, levantando las banderas de su rey veinte y cinco leguas dentro de la Barbaría. Allí va el conde de Castrollano, napolitano Adonis. Allí va el conde de Garcíes Quesada, y andaluz bizarro, el marques de Belmar, el marques de Tarazona, conde de Ayala, Toledo y Fonseca, el conde de Santistevan y Cocentaina, y el conde de Cifuentes, divinos ingenios, el conde de la Calzada, y tras él el duque de Peñaranda, Sandoval y Zúñiga, y en esotro coche don Antonio Luna, y don Claudio Pimentel, del Consejo de órdenes, Castor y Polux de la amistad y de la generosidad.

¡Ay, señor! aquel que pasa en aquel coche, dijo la Rufina, si no me engaño, es de Sevilla, y se llama Luis Ponce de Sandoval, marques de Val de Encinas, y como que me crié en su casa. El Cojuelo le respondió: Es muy gran caballero, y el mas bien quisto que hay en esta tierra, ni en la corte, que no es pequeño encarecimiento. Y aquel con quien va es el marques de Ayamonte, estirado título de Castilla, y Zúñiga de Varon, y no menos que él es ese que viene en ese coche, el conde de la Puebla del Maestre, que tiene mas maestres en su sangre que condes, mozo de grandes esperanzas, y lo fuera de mayores posesiones si tuviera de su parte la atencion de la fortuna. Allí pasa el conde de Castrillo Haro, hermano del gran marques del Carpio, presidente de Indias, y tras él el marques de Ladrada, y el conde de Baños, padre é hijo, Cerdas, de la gran casa de Medina Celi. Esotro es el marques de los Trujillos, bizarro caballero, y tras ellos el conde de Fuensalida con don Jaime Manuel, de la cámara de su magestad, y hermano del duque de Maqueda y Nájera, que hoy gobierna el tridente de ambos mares. Dígame usted, señor licenciado, dijo la Rufina, ¿qué casas suntuosas son estas que estan en frente de estas joyerías? Son del conde de Oñate, dijo el Cojuelo, timbre esclarecidísimo de los Ladrones de Guevara, mercurio mayor de España, y conde de Villamediana, hijo de un padre que hace emperadores, y es hoy presidente de órdenes. Y aquellas gradas que estan en frente, prosiguió Rufina, tan llenas de gente, ¿de qué templo son, ó qué hacen allí tanta variedad de hombres vestidos de diferentes colores? Aquellas son las gradas de San Felipe, respondió el Cojuelo, convento de San Agustin, que es el mentidero de los soldados, de donde salen las nuevas primero que los sucesos.

Qué entierro es este tan suntuoso, preguntó don Cleofas, que pasa por la calle Mayor? Que estaba tan aturdido como la mulata. Este es el de nuestro astrólogo, respondió el Cojuelo, que ayunó toda su vida, para que se le coman todos estos en su muerte; y siendo su retiro tan grande cuando vivió, ordenó que le paseasen por la calle Mayor despues de muerto en el testamento que hallaron sus parientes. Bellaco coche, dijo don Cleofas, es un ataud para ese paseo. Los mas ordinarios son esos, dijo el Cojuelo, y los que ruedan mas en el mundo. Y ahora me parece, prosiguió diciendo, que estarán mis amos menos indignados conmigo, pues la prenda que solicitaban por mí la tienen allá, hasta que

vaya esotra mitad, que es el cuerpo, á regalarse en aquellos baños de piedra azufre. Con sus tizones se lo coma, dijo don Cleofas, y la Rufina estaba absorta mirando su calle Mayor, que no les entendió la plática; y volviéndose á ella el Cojuelo, le dijo: Ya vamos llegando, señora huéspeda, donde cumpla lo que desea, que es la Puerta del Sol y la Plaza de Armas de la mejor fruta que hay en Madrid. Aquella bellísima fuente de lapislázuli y alabastro es la del Buen Suceso, adonde, como en pleito de acreedores, estan los aguadores gallegos y coritos gozando de sus antelaciones, para hinchir de agua sus cántaros. Aquella es la Victoria de frailes mínimos de San Francisco de Paula, retrato de aquel humilde y seráfico portento que en el palacio de Dios ocupa el asiento de nuestro soberbio príncipe Lucifer; y mira en frente los retratos que yo la prometí enseñar (sin estar la dicha mulata en la plática que hácia don Cleofas habia dirigido el tal Cojuelo) y diciendo: Qué linda hilera de señores, que parece que estan vivos! El rey nuestro señor es el primero, dijo el Cojuelo. ¡Qué hombre está! dijo la mulata. ¡Qué bizarros bigotes tiene! Y cómo parece rey en la cara y en el arte! ¡Qué hermosa que está junto á él la reina nuestra señora, y qué bien vestida y tocada! Dios nos la guarde. Aquel niño de oro que se sigue luego, quién es? El príncipe nuestro señor, dijo don Cleofas, que pienso que le crió Dios en la turquesa de los ángeles. Dios le bendiga, replicó Rufina, y mi ojo no le haga mal; y viviendo mas que el mundo nunca herede á su padre, y viva su padre mas siglos que tiene almenas en su monarquía. ¡Ay, señor! replicó Rufina, ¿quién es aquel caballero, que al parecer está vestido á lo turquesco, con aquella señora tan linda al lado vestida á la española? No es, dijo el Cojuelo, trage turquesco, que es la usanza úngara, como ha sido rey de Ungría, que es Ferdinando de Austria, cesareo emperador de Alemania y rey de romanos, y la emperatriz su esposa María, serenísima infanta de Castilla, que hasta los demonios (volviéndose á don Cleofas) celebramos sus grandezas. ¿Quién es aquel de tan hermosa cara y tan alentadas guedejas, preguntó la mulata, que está tambien en la cuadrilla vestido de soldado, tan galan, tan bizarro y tan airoso, que se lleva los ojos de todos, y tiene tanto auditorio mirándole? Aquel es el serenísimo infante don Fernando, respondió el Cojuelo, que está por su hermano gobernando los estados de Flandes, y es arzobispo de Toledo y cardenal de España, y ha dado al infierno las mayores entradas de franceses y holandeses que ha tenido jamas, despues que se representa en él la eternidad de Dios, aunque entren las de Jerjes y Dario, y pienso que ha de hacer dar grada á mujeres de las luteranas, calvinistas y protestantes que siguen la secta de sus maridos, tanto que los mas de los dias vuelve el dinero el purgatorio. Gana me da, si pudiera, dijo la mulata, de darle mil besos. En pais está, dijo don Cleofas, que tendrá el original bastante mercadería de eso, que esta ceremonia dejó Judas sembrada en aquellos paises. ¡O cómo me pesa, dijo la Rufina, que va anocheciendo y encubriéndose el concurso de la calle Mayor! Ya todo ha bajado al Prado, dijo el Cojuelo, y no hay nada que ver en ella: tome usted su espejo, que otro dia le enseña-

rémos el rio de Manzanares, que se llama rio porque se rie de los que van á bañarse en él, no teniendo agua, que solamente tiene regalada arena, y pasa el verano de noche como rio navarrisco, siendo el mas merendado y cenado de cuantos rios hay en el mundo. El de mas caudal es él, dijo don Cleofas, pues lleva mas hombres, mujeres y coches que pescados los dos mares. Ya me espantaba yo, dijo el Cojuelo, que no volvais por tu rio; respóndele eso al vizcaino que dijo: *O vende puente, ó comprario.* No ha menester mayor rio Madrid, dijo don Cleofas, pues hay muchos en él que se ahogan en poca agua, y en menos se ahogará aquel regidor que entró en el ayuntamiento de las ranas del molino quemado. ¡Qué galante eres, dijo el Cojuelo, don Cleofas, hasta con tus regidores! Bajándose con esto de la azotea, y la Rufina protestando al Cojuelo que le habia de cumplir la palabra el dia siguiente. Todo lo cual, y lo demas que sucediere, se deja para estotro tranco.

TRANCO IX.

Y saliéndose al ejercicio de la noche pasada, aunque las calles de Sevilla en la mayor parte son hijas del laberinto de Creta, como el Cojuelo era el Teseo de todas, sin el ovillo de Ariadna, llegaron al barrio del duque, que es una plaza mas ancha que las demas, ilustrada de las ostentosas casas de los duques de Sidonia, como lo muestra sobre sus armas, y coronel un niño con una daga en la mano, segundo Isaac en el hecho, como esotro en la obediencia, en el dicho, que murió sacrificado á la lealtad de su padre don Alonso Perez de Guzman el Bueno, alcaide de Tarifa; aposento siempre de los asistentes de Sevilla, y hoy del que con tanta aprobacion lo es el conde de Salvatierra, gentilhombre de la cámara del señor infante don Fernando, y segundo Licurgo de gobierno. Y al entrar por la calle de las Armas, que se sigue, luego á siniestra mano, en un gran cuarto bajo, cuyas rejas rasgadas descubrian algunas luces, vieron mucha gente de buena capa, sentados con grande órden, y uno en una silla, con un bufete delante, una campanilla, recado de escribir y papeles, y dos acólitos á los lados, y algunas mujeres con mantos, de medio ojo, sentadas en el suelo, que era un espacio que hacian los asientos: y el Cojuelo le dijo á don Cleofas: Esta es una academia de los mayores ingenios de Sevilla, que se juntan en esta casa á conferir cosas de la profesion, y hacer versos á diferentes asuntos: si quieres (pues eres hombre inclinado á esta habilidad), éntrate á entretener dentro, que por huéspedes y forasteros no podemos dejar de ser muy bien recibidos. Don Cleofas le respondió: En ninguna parte nos podemos entretener tanto, entremos norabuena. Y trayendo en el aire (para entrar mas de rebozo) el Cojuelo dos pares de anteojos, con sus cuerdas de guitarra para las orejas, que se los quitó á dos descorteses.

que con este achaque palian su descortesía, que estaban durmiendo, por ejercerla de noche y de dia, entraron muy severos en la dicha academia, que patrocinaba, con el agasajo que suele, el conde de la Torre Ribera y Saavedra y Guzman, cabeza y varon de los Riberas. El presidente era Antonio Ortiz Melgarejo, de la insignia de San Juan, ingenio eminente en la música y en la poesía, cuya casa fué siempre el museo de la poesía y de la música. Era secretario Alvaro de Cubillo, ingenio granadino, que habia venido á Sevilla á algunos negocios de su importancia, excelente cómico y grande versificador, con aquel fuego andaluz que todos los que nacen en aquel clima tienen, y Blas de las Casas era fiscal, espíritu divino en lo divino y humano. Eran entre los demas académicos conocidos don Cristoval de Rosas y don Diego de Rosas, ingenios peregrinos que han honrado el poema dramático : y don García Coronel y Salcedo, fenix de las letras humanas y primer Pindaro andaluz.

Levantáronse todos cuando entraron los forasteros, haciéndolos acomodar en los mejores lugares que se hallaron. Y sosegada la academia al repique de la campanilla del presidente, habiendo referido algunos versos de los sugetos que habian dado en la pasada, y que daban fin en los que entónces habia leido, con una silva al Fenix, que leyó doña Ana Caro, décima musa sevillana, les pidió el presidente á los dos forasteros que por honrar aquella academia repitiesen algunos versos suyos, que era imposible dejar de hacerlos muy buenos los que habian entrado á oir los pasados; y don Cleofas sin hacerse mas de rogar, por parecer castellano entendido y cortesano de nacimiento, dijo : Yo obedezco con este soneto que escribí á la gran máscara del rey nuestro señor, que se celebró en el Prado alto, junto al Buen Retiro, tan grande anfiteatro que borró la memoria de los antiguos griegos y romanos. Callaron todos, y dijo en alta voz, con accion bizarra y airoso ademan, de esta suerte.

SONETO.

Aquel que mas allá de hombre vestido,
De sus propios augustos esplendores,
Al sol por virey tiene, y en mayores
Climas su nombre estrecha esclarecido.
Aquel que sobre un céfiro nacido,
Entre los ciudadanos, moradores
Del Betis, á quien mas que pació flores
Plumas para ser pájaro ha bebido.
Aquel que á luz y á tornos desafía,
En la mayor palestra que vió el suelo,
Cuanta le ve estrellada monarquía.
Es á pesar del bárbaro desvelo,
Felipe el Grande, que árbitro del dia,
Está partiendo imperios con el cielo.

Aplaudiéndolo toda la academia con vítores, y un dilatado estruendo festivo, y apercibiéndose el Cojuelo para otro, destosiéndose, como es

costumbre, dijo de este modo á un sastre, tan caballero que no queria cortar los vestidos de sus amigos, remitiéndolos á su maese barrilete:

SONETO.

Pánfilo, ya que los eternos dioses
Por el secreto fin de su juicio)
No te han hecho tribuno ni patricio,
Con que á la dignidad del césar oses.
Razon será que el ánimo reposes,
Haciendo en tí oblacion y sacrificio,
Que dicen que no acudes á tu oficio,
Estos que cortan lo que tú no coses.
Los ojos vuelve á tu primer estado,
Las togas cose, y de vestir las deja,
Que un plebeyo no aspira al consulado.
Esto, Pánfilo, Roma te aconseja,
No digan que de plumas que has hurtado
Te has querido vestir como corneja.

El soneto fué aplaudido de toda la academia, diciendo los mas noticiosos de ella que parecia epígrama de Marcial, ó en su tiempo compuesto de algun poeta que le quiso imitar; y otros dijeron que adolecia del doctor de Villahermosa, divino Juvenal aragonés: pidiendo el conde de la Torre á don Cleofas y al Cojuelo que honrasen aquella junta lo que estuviesen en Sevilla, y que dijesen los nombres supuestos con que habian de asistirla, como se usó en la Corusca, y en las academias de Capua, de Nápoles, de Roma y de Florencia en Italia, y como se acostumbraba en aquella. Don Cleofas dijo que se llamaba el Engañado, y el Cojuelo el Engañador, sin entenderse el fundamento que tenian los dos nombres, y repartiendo los asuntos para la academia venidera, nombraron por presidente de ella al Engañado y por fiscal al Engañador, porque el oficio de secretario no se mudaba, haciéndoles esta lisonja por forasteros, y porque les pareció á todos que eran ingenios singulares. Y sacando una guitarra una dama de las tapadas, templada sin sentirlo, con otras dos, cantaron á tres voces un romance excelentísimo de don Antonio de Mendoza, soberano ingenio montañés, y dueño eminentísimo del estilo lírico, á cuya divina música vendrán estrechos todos los agasajos de su fortuna. Con que se acabó la academia de aquella noche, dividiéndose los unos de los otros para sus posadas, aunque todavía era temprano, porque no habian dado las nueve, y don Cleofas y el Cojuelo se bajaron hácia la alameda, con pretexto de tomar el fresco en el Almenilla, baluarte bellísimo que resiste á Guadalquivir, para que no anegue aquel gran pueblo en las continuas y soberbias avenidas suyas. Y llegando á vista de San Clemente el Real, que estaba en el camino á mano izquierda, convento ilustrísimo de monjas, que son señoras de todo aquel barrio, y de vasallos fuera de él, patronazgo magnífico de los reyes, fundado por el santo rey Fernando, porque el dia de su advocacion ganó aquella ciu-

dad de los moros, le dijo el Cojuelo á don Cleofas: Este real edificio es jaula sagráda de un serafin ó Serafina, que fué primero dulcísimo ruiseñor del Tejo, cuya divina y extrangera voz no cabe en los oidos humanos, y sube en simétrica armonía á solicitar la capilla empirea, prodigio nunca visto en el diapason, ni en la naturaleza; pero no por eso privilegiada de la envidia.

A estos hipérboles iba dando carrete (verdades pocas veces ejecutadas de su lengua) cuando al revolver otra calle, pocas veces paseada á tales horas de nadie, oyeron grandes carcajadas de risa y aplausos de regocijo en una casa baja, edificio humilde, que se indiciaba de jardin, por unas pequeñas berjas de una reja algo alta del suelo, que malparia algunos relámpagos de luces, escasamente conocidos de los que pasaban. Y preguntóle al Cojuelo don Cleofas qué casa era aquella donde habia tanto regocijo á aquellas horas. El diablillo le respondió: Este se llama el Garito de los pobres, que aquí se juntan ellos y ellas, despues de haber perdido todo el dia, á entretenerse y á jugar, y á nombrar los puestos donde han de mendigar esotro dia, porque no se encuentren unas limosnas con otras: entrémonos dentro, y nos entretendremos un rato, que sin ser vistos ni oidos, haciéndonos invisibles con mi buena maña, hemos de registrar èste cónclave de San Lázaro. Y con estas palabras, tomando á don Cleofas por la mano, se entraron por un balconcillo que á la mano derecha tenia la enemiga habitacion; porque en la puerta tenian puesto portero, porque no entrasen mas de los que ellos quisiesen, y los que fuesen señalados de la mano de Dios; y bajando por un caracolillo á una sala baja, algo espaciosa, cuyas ventanas salian á un jardinillo de ortigas y malvas, como de gente que habia nacido en ellas, lo hallaron ocupado, con mucha órden, de los pobres que habian venido, comenzando á jugar al rento y limetas de vino de Alanis y Cazalla, que en aquel lugar nunca lo hay razonable; y algunos mirones sentados tambien, y en pié. La mesa sobre que se jugaba era de pino, con tres piés, y otro supuesto, que podia pedir limosna con ellos, un candelero de barro, con una antorcha de brea, y los naipes con dos dedos de moho hácia ceniza de puro manejados de aquellos príncipes; y el barato que se sacaba se iba poniendo sobre el candelero. A estotra parte estaba el estrado de las señoras, sobre una estera de esparto de retorno del invierno pasado, tan remendados todos y todas que parece que les habian cortado de vestir de jaspes de los muladares. Y entrando don Cleofas y su compañero, y diciendo una pobra, fué todo uno: Ya viene el Diablo Cojuelo. Alteróse pues don Cleofas, y dijo á su camarada: Juro á Dios que nos han conocido. No te sobresaltes, respondió el diablillo, que no nos han conocido, ni nos pueden ver, como te previne, que el que ha dicho la pobra que viene, es aquel que entra ahora, que trae una pierna de palo y una muleta en la mano, y se viene quitando la montera, y entre ellas le llaman el Diablo Cojuelo por mal nombre, que es un trapaza, embustero y ladron, y estoy harto cansado con él y con esotros porque le nombran así; que es una sátira que me han hecho con esto, y que yo he sentido mucho; pero esta noche pienso que me lo ha

de pagar, aunque sea con la mano del gato, como dicen. Muy grande atrevimiento, dijo don Cleofas, ha sido quererlas apostar contigo, siendo tú el demonio mas travieso del infierno, y no te la hará nadie, que no te la pague. Estos pobres, dijo el Cojuelo, como son de Sevilla, campan tambien de valientes, y reñirán con los diablos; pero no se alabará, si yo puedo, este de haber salido borro de esta chanza, que en el mundo se me han atrevido solamente tres linages de gentes, representantes, ciegos y pobres, que los demas embusteros y gente de este género pasan por demonios como yo.

En esto se habia acomodado ó sentádose en el suelo el Pié de palo, Diablo Cojuelo, segundo de este nombre, diciendo muchas galanterías á las damas. Y entró el Morciélago, llamado así porque pedia de noche á gritos por las calles, con Sopa en vino, que le habia encontrado agazapado en una taberna, y sacado por el rastro de los mosquitos que de él salian, como de la cuba de Sahagun. Convidóles con su asiento el Chicharron y el Gallo; el uno que cantaba pidiendo por las fiestas en verano, y despertando los lirones; el otro mendigaba por las madrugadas, y tomando el suelo por mejor asiento, porque cualquiera cosa mas alta los desvanecia. Y estando en esto entró un pobre en un carreton á quien llamaban el Duque, y todos se levantaron, ellos y ellas, á hacerle cortesía; y él quitándose un sombrerillo que habia sido de un carril de un pozo, dijo: Por mi amor que se estén quedos y quedas, ó me volveré á ir. Temieron el desfavor; y acercándose el muchacho que le traia el carreton á la mesa donde se jugaba, pidió cartas. Faraon, que era uno de los del juego, llamado de esta suerte porque pedia con plagas á las puertas de las iglesias, y el Sargento, nombrado así porque tenia un brazo menos, le dijeron que los dejase jugar su excelencia, que estaban picados, que despues harian lo que les mandaba: viniéndose el Duque con el marques de los Chapines, que era un pobre que andaba arrastrando, y de la cintura arriba muy galan, y estaba entreteniendo las damas, diciendo: Con vusía me vengo, que está mas bien parado; y á ninguno de los dos les habian las damas menester para nada. La Postillona, llamada así porque pedia á las veinte limosna, no dejando calle ni barrio que no anduviese cada dia, tuvo palabras con la Berlinga, tan larga como el nombre, que habia sido senda de Esgueva á Zapardiel, sobre zelos del Duque: y la Paulina, que apellidaban asl porque maldecia á quien no le daba limosna, se picó con la Galeona, que llamaban de esta suerte porque andaba artillada de niños que alquilaba para pedir, sobre haber dicho unas malas palabras al marques, sin dar causa su señoría á ello, metiéndose la Lagartija y la Mendruga á revolverlas mas, y el Pié de palo á las vueltas con las Fuerzas de Hércules, que eran dos pobres uno sobre otro; que á no meterse Zampalimosnas, que era el garitero, de por medio, y Pericon el de la Barqueta, y Embudo el Temerario, Tragadardos, Zancayo, Peruétano y Aborcasopas, hubiera un paloteado, entre los pobres y pobras, de los diablos. El duque y el marques interpusieron sus autoridades, y para quietarlo de todo punto enviaron por un particular, que trajo luego Pié de palo, para pagarlo de bonete, que fueron unos

ciegos, y una gaita zamorana, que muy cerca de allí se recogian, que fué menester pagárselo adelantado porque se levantasen, y se concertó en treinta cuartos, y dijo el duque que no se habia pagado tan caro particular jamas, por vida de la duquesa. Y al mismo tiempo que entró Pié de palo con el particular, se entró tras ellos Cienllamas, con la vara en la petrina, y Chispa y Redina con él, preguntando: ¿Quién es aquí el Diablo Cojuelo? que he tenido soplo que está aquí en este garito de los pobres, y no me ha de salir ninguno de este aposento hasta reconocerlos á todos, porque me importa hacer esta prision. Los pobres y las pobras se escarapelaron viendo la justicia en su garito: y el verdadero Diablo Cojuelo, como quien deja la capa al toro, dejó á Cienllamas cebado con el pobrismo, y por el caracolillo se volvieron á salir del garito él y don Cleofas. Este es, dijo el duque, señalando á Pié de palo, que nosotros, ni hombres como nosotros, no hemos de delender de la justicia á hombres tan delincuentes; tomando venganza de algunos embustes que les habia hecho en las limosnas de la sopa de los conventos: y agarrando con él Chispa y Redina, comenzó á pedir iglesia á grandes voces Pié de palo, que en un bodegon hiciera lo mismo, queriendo darles á entender que era ermita y no garito donde estaban, y que todos y todas habian venido á hacer oracion á ella. El tal Cienllamas y Chispa y Redina comenzaron á sacarle arrastrando, diciéndole, entre algunos puñetes y mogicones: No penseis, ladron, que os habeis de escapar con esos embustes de nuestras manos, que ya os conocemos. Entónces el conde, metiendo las manos en los chapines, dijo: ¿Porqué hemos de consentir que no contradiga el duque que lleve preso un alguacil á un pobrete como el Cojuelo? Por vida de la condesa que no le ha de llevar, y haciéndose los demas pobres y pobras de su parte, y apagando las luces, comenzaron con los asientos y con las muletas y bordones á zamarrearle á él y á sus corchetes á oscuras, tocándoles los ciegos la gaita zamorana y los demas instrumentos, á cuyo son no se oian los unos á los otros, acabando la culebra con el dia, y con desaparecerse los apaleados.

TRANCO X.

En este tiempo llegaban á Gradas don Cleofas y su camarada, tratando de mudarse de aquella posada, porque ya tenia rastro de ellos Cienllamas, cuando vieron entrar por la posta, tras un postillon, dos caballeros soldados vestidos á la moda, y díjole el Cojuelo á don Cleofas: Estos van á tomar posada, y apearse á Caldevayona ó á la Pagería, y es tu dama y el soldado que viene en su compañía, que por acabar mas presto la jornada dejaron la litera, y tomaron postas. Juro á Dios, dijo don Cleofas, que lo he de ir á matar ántes que se apee, y á cortarle las piernas á doña Tomasa. Sin riesgo tuyo se hará todo eso, dijo el Cojuelo, ni sin tanta demostra-

cion pública; gobiérnate por mí ahora, que yo te dejaré satisfecho. Con eso me has templado, dijo don Cleofas, que estaba loco de zelos. Ya sé qué enfermedad es esa, pues se compara á todo el infierno junto, dijo el diablillo, vámonos á casa de nuestra mulata, almorzarás y conmutarás en sueños la pendencia; y acuérdate que has de ser presidente de la academia, y yo fiscal. Pardiez, dijo don Cleofas, todo se me habia olvidado con la pesadumbre; pero es razon que cumplamos nuestras palabras como quien somos. Y habiéndose mudado de la posada de Rufina otro dia á otra de la Morería, mas recatada, pasaron los que faltaron para la academia en estudiar y escribir los sugctos que les habian dado, y en hacer don Cleofas una oracion para preludio de ella, como es costumbre y obligacion de las presidencias de tales actos; y llegado el dia se aderezaron lo mejor que pudieron, y al anochecer partieron á la palestra donde les esperaban todos los ingenios con admiraciones de los suyos, y con los mismos antojos de la preñez pasada se fueron sentando en los lugares que les tocaban; y haciendo señal con la campanilla para obligar al silencio, don Cleofas, llamado el Engañado en la academia, hizo una oracion excelentísima en verso de silva, cuyos números ataron los oidos al aplauso, y desataron los asombros á sus alabanzas. Y en pronunciando la última palabra, que es el *Dixi*, volviendo á resonar el pájaro de plata, dijo: Yo quiero parecer presidente en publicar ahora, despues de mi oracion, unas pragmáticas que guarden los divinos ingenios que me han constituido en esta dignidad, leyendo de esta manera un papel que traia doblado en el pecho: *Pragmáticas y ordenanzas que se han de guardar en la ingeniosa academia sevillana desde hoy en adelante.*

Y porque se celebren y publiquen con la solemnidad que es necesaria, sirviendo de atabales los cuatro vientos, y de trompetas el músico de Tracia, tan marido que por su mujer *descendit ad inferos*; y Arion, que siendo de los piratas con quien navega arrojado al mar por robarle, le dió un delfin en su escamosa espalda, al son de su instrumento, jamugas para que no naufragase, *et cetus, et Amphion Thebanæ conditor urbis*; y pregonera la Fama, que penetra provincias y elementos, y secretario que que se las dicte Virgilio Maron, príncipe de los poetas, digan de esta suerte:

Don Apolo, por la gracia de la Poesía, rey de las musas, príncipe de la Aurora, conde y señor de los oráculos de Delfos y Delo, duque del Pindo, archiduque de las dos Frentes del Parnaso, y marques de la fuente Cavalina, etc. A todos los poetas heróicos, épicos, trágicos, cómicos, ditirámbicos, dramáticos, autistas, entremeseros, bailinistas y villancieres, y los demas del nuestro dominio, así seglares como eclesiásticos, salud y consonantes. Sepades, como advirtiendo las grandes desórdenes y desperdicios con que han vivido hasta aquí los que manejan nuestros ritmos, y que son tantos los que sin temor de Dios y de sus conciencias componen, escriben y hacen versos, salteando y capeando de noche, y decir los estilos, conceptos y modos de decir de los mayores, no imitándolos con la templanza y perífrasis que aconseja Aristóteles, Horacio y César Escalígero, y los demas censores que nuestra poética advierten, sino

remendándose con centones de los otros, y haciendo mohatras de versos, fullerías y trapazas. Y para poner remedio en esto, como es justo, ordenamos y mandamos lo siguiente.

Primeramente se manda : que todos escriban con lenguas castellanas, sin introducirlas de otras lenguas; y que el que dijere fulgor, livar, numen, purpurear, meta, trámite, afectar, pompa, trémula, amago y dilio, ni otras de esta manera, ni introdujere proposiciones desatinadas, quede privado de poeta por dos academias, y á la segunda vez confiscadas sus sílabas, y sembrados de sal sus consonantes, como traidores á su lengua materna.

Item : que nadie lea sus versos en idioma de járabe, ni con gárgaras de algarabía en el gutur, sino en nuestra castellana pronunciacion, pena de no ser oidos de nadie.

Item : por cuanto celebráron el Fenix en la academia pasada en tantos géneros de versos, y en otras muchas ocasiones lo han hecho otros, levantándole testimoñios á este ave, y llamándola hija y heredera de sí propia, pájaro del sol, sin haberle tomado una mano, ni haberla conocido si no es para servirla, ni haber ningun testigo de vista de su nido, y ser alarbe de los pájaros, pues en ninguna region ha encontrado nadie su aduar. Mandamos que se ponga perpetuo silencio en su memoria, atento que es la alabanza supersticiosa, y pájaro de ningun provecho para nadie; pues ni sus plumas sirven en las galas cortesanas ni militares, ni nadie ha escrito con ellas, ni su voz ha dado música á ningun melancólico, ni sus pechugas alimento á ningun enfermo, que es pájaro duende, pues dicen que le hay, y no le encuentra nadie, y ave solamente para sí: finalmente sospechosa de su sangre, pues no tiene abuelo que no haya sido quemado. Estando en el mundo el pájaro celeste, el cisne, el águila, que no era bobo Júpiter, pues la eligió por su embajatriz; la garza, el neblí, la paloma de Vénus, el pelícano, afrenta de los miserables, y finalmente el capon de leche con quien los demas son unos pícaros : este sí que debe alabarse, y mátenle un fenix á quien sea su devoto cuando tenga mas necesidad de comer. Dios se lo perdone á Claudiano, que celebró esta necedad imaginada para que todos los poetas pecasen en ella.

Item : porque á nuestra noticia ha venido que hay un linage de poetas y poetisas hácia palaciegos, que hacen mas estrecha vida que los monges del Paular, porque con ocho ó diez vocablos solamente, que son crédito, descrédito, recato, desperdicio, ferrion, desman, atento, valido, desvalido, baja fortuna, estar falso, esplayarse, quieren expresar todos sus conceptos, y dejar á Dios solamente que los entienda. Mandamos que se les dén otros cincuenta vocablos mas de ayuda de costa del tesoro de la academia, para valerse de ellos, con tal que, si no lo hicieren, caigan en pena de menguados, y de no ser entendidos, como si habláran en vascuence.

Item : que en las comedias se quite el desmensurarse los embajadores con los reyes, y que de aquí adelante no le valga la ley del mensagero. Que ningun príncipe en ellas se finja hortelano por ninguna infanta, y

que á las de Leon, se les vuelva su honra con chirimías, por los testimonios que las han levantado. Que los lacayos graciosos no se entremetan con las personas reales, si no es en el campo, ó en las calles de noche, que para querer dormirse, sin qué, ni para qué, no se diga: *Sueño me toma*, ni otros versos por el consonante, como decir: ha rey porque es justísima ley, ni ha padre porque á mi honra más cuadre, ni las demas: á furia me provoco aquí, para entre los dos, y otras vilidades, ni que se disculpen sin disculparse, diciendo: porque un consonante obliga á lo que el hombre no piensa. Y al poeta que en ellas incurriere de aquí adelante, la primera vez le silben, y la segunda sirva á su magestad con dos comedias en Oran.

Item: que los poetas mas antiguos se repartan por sus turnos á dar limosna de sonetos, canciones, madrigales, silvas, décimas, romances, y todos los demas géneros de versos á poetas vergonzosos, que piden de noche, y á recoger los que hallaren enfermos, comentando, ó perdidos en las soledades de don Luis de Góngora. Que haya una portería en la academia por donde se dé la sopa de versos á los poetas mendigos.

Item: que se instituya una hermandad y peralvillo contra los poetas monteses y jabalíes.

Item, mandamos que las comedias de moros se bauticen dentro de cuarenta dias, ó salgan del reino.

Item: que ningun poeta por necesidad ni amor pueda ser pastor de cabras, ni de ovejas, ni otra res semejante, salvo si fuere tan hijo pródigo que, disipando sus consonantes en cosas ilícitas, quedare sin ninguno sobre que caer poeta: mandamos que en tal caso, en pena de su pecado, guarde cochinos.

Item: que ningun poeta sea osado á hablar mal de los otros, si no es dos veces en la semana.

Item: que al poeta que hiciere poema heróico no se le dé de plazo mas que año y medio, y lo que mas tardare se entienda ser falta de la musa. Que á los poetas satíricos no se les dé lugar en las academias, y se tengan por poetas bandidos, y fuera del gremio de la poesía noble, y que se pregonen las tallas de sus consonantes, como de hombres facinerosos á la república. Que ningun hijo de poeta que no hiciere versos no pueda jurar por vida de su padre, porque parece que no es su hijo.

Item: que el poeta que sirviere á señor alguno muera de hambre por ello. Y al fin estas pragmáticas y ordenanzas se obedezcan y ejecuten, como si fueran leyes establecidas de nuestros príncipes, reyes y emperadores de la poesía. *Mándase pregonar porque venga á noticia de todos.*

Celebradísimo fué el papel del Engañado por peregrino y caprichoso, sacando al mismo tiempo que le acababa otros del pecho del Engañador llamado así en la academia y en los tres hemisferios, y fiscal de la presente, que decia de esta manera:

« Pronóstico y lunario del año que viene al meridiano de Sevilla y Madrid, contra los poetas, músicos y pintores. Compuesto por el Engañador, académico de la insigne academia del Betis, y dirigido á Perico

de los Palotes, protodemonio, y poeta de Dios te la depare buena. »

Interrumpiendo estas últimas razones un alguacil de los veinte, guarnecido de corchetes, y tantos que si fueran de plata pudiera competir con la capitana y almiranta de los galeones, cuando vuelven de retorno con las entrañas del Potosí, y los corazones de los que los esperan y los traen. Doña Tomasa y su soldado, como entraron por la posta, para entrar á la vista de la ejecucion de su requisitoria. La academia se alteró con la intempestiva visita, y el atrevido alguacil dijo : Vuesas mercedes no se alboroten, que yo vengo á hacer mi oficio, y á prender no menos que al señor presidente, porque es órden de Madrid, y la he de hacer de evangelio. Palotearon los académicos, y don Cleofas se espeluzó tanto cuanto; y el fiscal, que era el Cojuelo, le dijo : No te sobresaltes, don Cleofas, y déjate prender, no nos perdamos en esta ocasion, que yo te sacaré á paz y salvo de todo. Y volviendo á los demas les dijo lo mismo, y que no convenia en aquel lance resistencia ninguna, que si fuera menester el Engañado y él meterian á todos los alguaciles de Sevilla las cabras en el corral. Hombre hay aquí, dijo un estudianton del Corpus, graduado por la feria, y el pendon verde, que si es menester no dejará oreja de ministro á manteazos, siendo yo el menor de todos estos señores. El alguacil trató de su negocio, sin meterse en mas dimes ni diretes, deseando mas que hubiese dares y tomares. Y doña Tomasa estuvo empuñada la espada, y terciada la capa, á punto de pelear, al lado de su soldado, que era sobre alentada muy diestra, como habia tanto que jugaba las armas, hasta que vió sacar preso al que le negaba la deuda, libre de polvo y paja. El Cojuelo se fué tras ellos, y la academia se malogró aquella noche y murió de viruelas locas.

El Cojuelo, arrimándose al alguacil, le dijo aparte, metiéndole un bolsillo en la mano de trecientos escudos : Señor mio, usted ablande su cólera con este diaquilon mayor, que son ciento y cincuenta doblones de á dos, respondiéndole el alguacil al mismo tiempo que los recibió : Ustedes perdonen el haberme equivocado; y el señor licenciado se vaya libre y sin costas mas de las que le hemos hecho, que yo me he puesto á un riesgo muy grande, habiendo errado el golpe. El soldado y la señora doña Tomasa, que tambien habian regalado al alguacil, por mas protestas que le hicieron entónces no le pudieron poner en razon, y ya á estas horas estaban los dos camaradas tan léjos de ellos, que habian llegado al rio, y al pasage, que llaman, por donde pasan de Sevilla á Triana, y vuelven de Triana á Sevilla; y tomando un barco, durmieron aquella noche en la calle del Altozano, calle mayor de aquel ilustre arrabal; y la Vitigudiño y su galan se fueron muy desairados á lo mismo á su posada, y el alguacil á la suya, haciendo mil discursos con sus trecientos escudos, y el Cojuelo madrugó sin dormir, dejando al compañero en Triana, para espiar en Sevilla lo que pasaba acerca de las causas de los dos, revolviendo de paso dos ó tres pendencias en el arenal.

El alguacil despertó mas temprano con el alborozo de sus doblones, que habia puesto debajo de las almohadas; y metiendo la mano no los halló; y levantándose á buscarlos se vió emparedado de carbon, y todos

los aposentos de la casa de la misma suerte, porque no faltase lo que suele ser siempre el dinero que da el diablo, y tan sitiado de esta mercadería, que fué necesario salir por una ventana que estaba junto al techo; y en saliendo se le volvió todo el carbon ceniza; que si no fuera así, tomara despues por partido dejar lo alguacil por carbonero, si fuera el carbon de la encina del infierno, que nunca se acaba. El Cojuelo iba dando notables risadas entre sí, sabiendo lo que le habia sucedido al alguacil con el soborno. Saliendo en este tiempo por Cal de Tintores á la plaza de San Francisco, y habiendo andado muy pocos pasos, volvió la cabeza y vió que le venian siguiendo Cienllamas, Chispa y Redina: y dejando las muletas comenzó á correr, y ellos tras él á grandes voces, diciendo: Tengan ese cojo ladron; y cuando casi le echaban las garras Chispa y Redina, venia un escribano del número bostezando, y metiósele el Cojuelo por la boca calzado y vestido, tomando iglesia la que mas á su propósito pudo hallar. Quisieron entrarse tras él á sacarle de este sagrado Chispa, Redina y Cienllamas, y salió á defender su jurisdiccion una cuadrilla de sastres, que les hicieron resistencia á agujazos y á dedalazos, obligando á Cienllamas á enviar á Redina al infierno por órden de lo que se habia de hacer; y lo que trajo en los aires fué que con el escribano y los sastres diesen con el Cojuelo en los infiernos. Ejecutóse como se dijo, y fué tanto lo que los revolvió el escribano, despues de haberle hecho gormar al Cojuelo, que tuvieron por bien los jueces de aquel partido echarlo fuera, y que se volviese á su escritorio, dejándolo á los sastres en rehenes, para unas libreas que habian de hacer á Lucifér á la festividad del nacimiento del antecristo. Tratando doña Tomasa (desengañada) de pasarse á las Indias con el soldado, y don Cleofas volverse á Alcalá á acabar sus estudios, habiendo sabido el mal suceso de la prision del Cojuelo, desengañado de que hasta los diablos tienen sus alguaciles, y que los alguaciles tienen á los diablos. Con que da fin esta novela, y su dueño gracias á Dios, porque le sacó de ella con bien, suplicando á quien la leyere que se entretenga, y no se pudra en su leyenda, y verá que bien se halla.

NOVELA

DE

LOS TRES HERMANOS,

ESCRITA SIN EL USO DE LA *A*.

Por Francisco NAVARRETE y RIBERA (1).

Premio el lector llevará,
Cuando el discurso leyere,
Si en alguna línea viere
Razon escrita con A.

En Toledo, pueblo insigne por quien le dió principio, que fué Ptolomeo, eminentísimo estrellero por su suelo y cielo, por su sitio, como por su célebre rio, sus dulces y melosos frutos, por su rico y suntuoso templo, por sus bellos rostros de mujeres en visos del sol, esculpidos entre crepúsculos de nieve, por sus eternos edificios, propios de sus ilustres vecinos, por el entendimiento de sus hijos, que son robo de los estudios, por el orgullo invencible de muchos que siguieron pendones, y con gusto oyeron el rumor del bélico instrumento, y en nombre de su rey rindieron fuertes, pendieron triunfos, y fueron dignos merecedores de mercedes y privilegios que hoy hinchen sus honorosos escudos; este, pues, Toledo, como digo, en el principio que reinó el prudentísimo y temido rey don Felipe II, hubo un buen clérigo con el beneficio del templo del glorioso Isidoro, con cuyos frutos, y los derechos de sus obvenciones, se gobernó bien regido, sin deseos del propio ministerio. Este, pues, crió un bello mozo, por nombre don Pedro Osorio, en el título de sobrino, que es el deudo comun de estos señores, con todos los propios que el tesoro de los hombres contiene; fué bien entendido como brioso,

(1) Incluimos esta novelita en nuestra coleccion únicamente con el objeto de presentar á nuestros lectores una muestra de las de su género, genero que obtuvo mucho aplauso en el siglo XVII y que solo tiene un mérito, el de la dificultad vencida. En efecto, escribir en castellano una relacion algo larga sin emplear una vocal dada, y en especial la *a*, como sucede en esta novelita, es empresa notable; y sin embargo, muchos de nuestros escritores de aquella época, señaladamente los de escaso mérito, se ejercitaron en esta *habilidad*. Don Alonso de Alcalá y Herrera compuso cinco novelas, escritas cada una sin una vocal, tituladas *Varios efectos de amor*.

Para muestra de un género tan extravagante basta la presente novelita, que de intento hemos elegido por ser de un autor casi desconocido, contemporáneo de Velez de Guevara.

de lindo cuerpo y mejor condicion; crióse con el motivo de sí solo, porque muchos se perdieron por otros, y no por sí: exentóse de los desvelos del ciego dios, y recogido en virtud, cuidó siempre el ejercicio de leer curiosos libros, y de buen ejemplo; en fin quitó y hurtó el vicio de su juventud. Y en medio de este sosiego bien seguro de su perdicion, un domingo del fogoso julio, en el festin del rio deleitoso, vió en un coche un hermoso prodigio, un espíritu del sol en vestido de mujer, el pelo en rizos de oro, sus ojos dos luceros, verde el color, tesoro prometido, si bien difícil por lo severo y poco divertido.

Puso los ojos el cuerdo mozo en el bellísimo y hermoso rostro, en cuyos divinos reflejos se entregó vencido, y sin el uso de su condicion: fué cortés del sombrero, y en lo recíproco vió su cortejo bien recibido: llegóse, y vió un gentilhombre, si no es que fuese hombre gentil, que muchos lo son en el conocimiento de lo que deben donde tienen honores, y todo el beneficio de su comun ministerio, pues por pequeño interes venden lo que no tiene conocido precio, que es el crédito y opinion de sus dueños fingidos en veces, y en veces solícitos corredores de su conocido interes, con que son inquietud y perdicion de los hijos de sus señores. Díjole: Señor mio, por conocerle le pido quién es este portento hermoso. Respondió el buen escudero, de nombre Monzon: Este querubin divino lo engendró don Rodrigo Ponce de Leon, de noble y generoso estirpe, rico y muy poderoso, pues tiene en censos y tributos tres mil escudos por tercio de bueno y seguro cobro; es viudo de diez meses; tiene otro hijo que por inquieto no vive en Toledo, y en su olvido es el disgusto de don Rodrigo mi señor, que siempre lo tiene por muerto ó perdido, por su mucho brio y poco temor.

Don Pedro quedó gustoso del informe, y dijo: Yo estimo lo referido, y quedo reconocido deudor. Despidióse: quedó confuso, como inquieto, y como le cogió en los principios, fué un improviso que le privó de su entendimiento, y solo con el distinto de hombre siguió el coche, supo el nido de su hermoso dueño, de quien desde el mismo punto que le vió se reconoció preso en el brete de sus ojos. Recogióse, oscureció, y quedó en silencio el tropel confuso de los vivientes: penó desvelos sin ser vencido del sueño, y con deseo de ver luces del sol, como de los divinos luceros dueños de su inquietud, dejó el lecho, vistióse presuroso, y fué donde dejó su entendimiento. Estuvo poco tiempo, y vió el escudero en quien puso el punto fijo de su norte; díjole: Señor, yo soy el pedidor del informe, y vuestro conocido deudor; yo peno, yo estoy vencido de los bellos ojos de vuestro dueño; en vos espero remedio, que siendo honesto (como lo es) el intento mio, bien podeis sin escrúpulo ser el temple de mi sosiego, que os prometo servir en mucho. Monzon respondió: Bien he conocido, señor, vuestro fuego, que yo soy hombre, y mozo tuve esos impulsos de incendios: decid lo que quereis, que os prometo ser vuestro fiel servidor. Don Pedro tomó nuevo brio, y con diferente sosiego, dijo: Yo pretendo por un billete que mi dueño esté entendido del violento fuego que en mí obró el ver sus divinos ojos. Monzon respondió: Yo me obligo en corto tiempo que el billete esté leido y respondido; porque (decirlo

quiero) que vi no sé qué correspondiente en los ojos que vos visteis, en que juzgo no muy dificultoso el leer y recibir; bien podeis escribir, y si fueren versos mucho mejor, con un poquito de culto, que es el sobrescrito del buen ingenio: de noche espero, que yo pondré el pecho en vuestro servicio. Con este ofrecimiento se despidió Monzon, y don Pedro le envió contento con el cortejo de seis doblones que le dió. Fuése don Pedro con el gusto diferente, lo que entre muerto y vivo, recogióse en su retrete, y escribió estos versos:

Vuestros bellos ojos vi
Que divinos como bellos
Estoy perdido por ellos,
Si en verlos no me perdí.
Yo me considero en mí
Confuso entre muerto y vivo,
Dolor y gusto recibo,
Tengo temor, bien espero,
Y en fin dicen lo que os quiero
Estos versos que os escribo.

Escrito, cerró el pliego, siendo su deseo prevenido; correo fué el sol en su curso con piés de plomo, sintió mucho lo prolijo de su luz, oscureció, y fué presuroso, y vió en el puesto de su prevencion que Monzon estuvo en los puntos del reloj de oro: hízole solemne recibimiento cortes, como humilde, y dijo: Señor don Pedro, yo estoy en el puesto donde espero órden de vuestros preceptos. Don Pedro le dió el billete con otros dobloncillos, y dijo: Yo espero por medio vuestro el remedio y gusto mio. Despidióse, y Monzon hizo como bueno y solícito confidente, diciendo: Este es un hombre muy nobilísimo, muy poderoso, de lindo entendimiento, modesto, y en resolucion del mejor crédito de los hombres; su intento es en buen fin, pues sólo pretende desposorio. Esto se escuchó con gusto, que es el tiempo en que se corre el riesgo, que quien escuchó siempre estuvo en vehemente peligro. Cobró Monzon un billete, que don Pedro recibió, perdido el seso de gusto, y leyólo, y vió su estilo, que es este:

« Los dudosos conceptos, el tener y no tener fe, bien creo que son » justos temores. Lo tierno estimo, lo fino quiero, mujer soy y noble, » honesto es mi pretexto, mucho os estimo. »

Leyó el billete, y quedó don Pedro gustoso; consideró en su breve compendio lo mucho que en él se le dice, y perdiendo el temor, poniendo en olvido todos los riesgos y peligros que le pueden venir, se resolvió y escribió en otro que dice su resolucion. Monzon, correo diligente, codicioso, como lleno de embustes, fingiendo ruegos y conceptos no oidos, yendo y viniendo, y bien encendido el fuego en sus deseos, tuvieron los dos queridos por bueno y seguro medio el verse juntos, porque despues

de sucedido no tuviese remedio, ni fuese disuelto su intento; en cuyo pretexto estuvieron conformes, no viendo ni temiendo el brio y rigor de don Rodrigo, y que suele ser el fin muy diferente de lo prevenido. En fin, Monzon dispuso el negocio en que los juntó en un retrete suyo, en medio del silencio.

Entró don Pedro en el retrete, donde estuvo prevenido su hermoso dueño; y Monzon lo cerró sin ver lo enorme de su delito, pues recibiendo beneficio de su señor, fué el vendedor del tesoro rico de su honor, que es en los nobles de excesivo precio en este tiempo. Don Rodrigo, inquieto y medroso con los justos temores que se deben tener, por ser viudo y solo, viendo y conociendo el poco crédito de los sirvientes, que son enemigos de dentro del muro con sueldo conocido, preguntó por su empeño querido, último engendro de su juventud; no le respondió, dió voces, púsose en un corredor, eminente puesto de su edificio, donde oyó entre un rumor ledo, como quien temeroso huye, que Monzon en este tiempo lo hizo como delincuente. Con estos incitos don Rodrigo tomó un estoque y un broquel, pidió luz, y hecho perdiguero de su honor, buscó rincones y retretes, y vió el de Monzon sin luz, hecho muro el postigo, dió golpes, vuelto el zelo en zelos. Don Pedro que oyó el ruido, temiendo el peligro, se determinó en poner cobro en su querido dueño, y bien prevenido en lo diestro como en lo discreto, sin perder punto, en tiempo que don Rodrigo furioso, como ofendido, de un golpe rompió el sepulcro ó entierro de su honor, siendo menos dichoso que brioso, recibió un golpe que don Pedro le dió, con que dió en el suelo, pidiendo confesion. Don Pedro como pudo y con invencible denuedo puso cobro en su dueño, y lo entregó en el convento de Silíceo, donde por el nombre de su tio le conocieron é hicieron lo que pidió. El buen don Rodrigo quedó en el suelo; hubo inquieto ruido por ser hombre de mucho bulto; confesóse, y curóse.

Vino el corregidor, y de oficio inquirió quién fuese el delincuente. Monzon, escondido en el hueco de un pesebre, fué descubierto de un perro de monte, en otro nombre, corchete, fué preso, y temiendo el burro, dijo el negocio, cómo y con quién, propio motivo de hombre vil. Don Pedro, que conoció el delito cometido, cuidó de ponerse en cobro; fuése de Toledo con el cómodo del silencio, y el socorro de su bolsillo (prevencion de hombres de bien). Fué en lo obscuro por el uso del comercio, y con luz por los montes, y no viéndose muy seguro en todo el reino, tocó en Bejél, puerto del estrecho, donde vió un esquife surto con dos remos, en que se entró y remó con mucho esfuerzo. Tomó puerto en el Peñon, presidio de su rey, donde fué bien recibido, que en su modo le vieron hombre lucido, y en visos de muy noble.

Don Rodrigo en menos tiempo de un mes estuvo muy bueno, y quedó el buen señor con justo sentimiento en verse sin sus dos hijos, lo perdido del uno sin remedio; porque supo como don Pedro, hijo suyo, cometió el incesto (si bien no entendido), y temeroso del confuso contingente del pueblo, y por el otro, que no volviendo, ó siendo muerto sin sucesion se pierde un vínculo como el suyo; con estos dolores y sentimientos

estuvo don Rodrigo el tiempo que duró no ver á su querido hijo don Diego.

Don Pedro sirvió en el Peñon mucho, y estuvo poco, porque teniendo con los moros muchos encuentros, en uno de ellos fué preso, y por ser hombre de precio fué presente del rey de Fez, donde puesto en hierros consideró el suyo, y con esto muy confuso, temiendo lo enorme de su delito, en que juzgó redimirse primero de los moros, que de negocio del peso suyo. Diéronle por oficio el sustento de unos perros lchreles, entretenimiento y gusto del rey; en cuyo poder fué preso don Diego Ponce, que de este nombre fué el hijo de don Rodrigo, y preso tuvo el de Luis por encubrirse y redimir lo excesivo de su precio; tuvo suerte con los moros por los buenos propios que en él vieron, por ser discreto y muy diestro ginete, por lo que todos le quisieron bien, y uno de ellos, que siendo preso en Toledo se huyó con otros, le encontró en Fez, y conociéndole, le prometió mucho bien, y tener secreto sin descubrir quién fuese, con que don Diego hizo leve su prision.

Viéronse juntos Luis y don Pedro, y Luis le preguntó su nombre, y dónde fué preso. Don Pedro respondió lleno de dolor, y con muchos suspiros: Yo soy de Toledo; sucedióme un negocio confuso en Bejel, tomé un esquife, toqué el Peñon, donde tuve en diferentes tiempos muchos encuentros con los moros, y fué Dios servido que en uno de ellos fuí preso, y estoy donde me veis, y no espero remedio, porque no lo es mio el redimirme de los moros, sino de un delito enormísimo que he cometido en Toledo, con que me puedo despedir de él todo el tiempo que viviere. Luis le respondió: Tened consuelo, y no desespereis, que Dios puede ofrecer remedio, que yo le espero preso como vos, y con muchos inconvenientes. Yo soy del reino de Toledo, no muy lejos de él, hijo de un hombre muy rico; mi nombre es Luis, y bien sé que si supiesen de mí, que brevemente seré redimido si fuese en peso de oro: decidme vuestro dolor y sentimiento con el seguro de mi secreto, que os prometo como noble socorreros, y ser vuestro remedio en todo lo que se ofreciere, y poner el hombro en el beneficio y servicio vuestro, no siendo el suceso en oprobio de nuestro divino precepto, ni en perjuicio del rey nuestro señor, y podeis tener por cierto que lo cumpliré siendo vivo, sin excepcion de lo muy dificultoso. Con esto recibió don Pedro mucho consuelo, y se determinó, y descubrió su pecho, en que dijo: Crióme un tio mio siempre con el silencio de quien me engendró; porque ni él me lo dijo, ni yo lo pregunté: tuve lo menesteroso, espléndido el sustento, copioso el vestido, bien corregido, con introduccion en lo político, y en lo menesteroso en el preciso cortejo con que mi tio vivió gustoso, y yo muy quieto. Y este postrero julio, que fué el mes en que hizo curso mi suerte, y volvió en diminucion su creciente, ví un espíritu del sol en un cuerpo de mujer; quitóme el sentido, robó mi entendimiento, supe como don Rodrigo Ponce de Leon fué quien engendró este hermoso portento. Como Luis oyese el nombre de quien le dió el ser, encendió el fuego de los ojos, turbó el color, é hizo mucho sentimiento, por lo que don Pedro dijo: Señor, yo he visto en vos muy diferente modó del que tuvísteis en los

principios; si os doy disgusto en mi digresion, decidlo, y si os mueve mi dolor, ó despierto el vuestro, que bien creo de un hombre mozo, y de vuestro sugeto, que con este recuerdo sentiréis lo que en gustos ó disgustos os hubiere sucedido. Luis con severo rostro respondió: Decís bien, que el puesto y prision en que estoy me sobrevino por mujer que yo quise bien; decid vuestro suceso, que con gusto le escucho. Prosiguió don Pedro, y dijo: Un escudero, que fué el piloto de mi perdicion, fué el medio con que tuve modo en que se entendiese mi deseo: fueron y vinieron correos; escribí muchos billetes, cuyo estudio me dió versos; dispúsome de ingenio; perfilé mi estilo: dije conceptos (efectos precedidos del incendio que el dios desnudo infunde); en fin el buen escudero nos juntó donde tuve el premio de mis honrosos deseos, en tiempo que don Rodrigo, con el celo de quien es, nos cogió juntos en el retrete, donde yo dichoso, y él menos prevenido quedó en el suelo por muerto: puse cobro en mi dueño, vine donde me veis. Este es mi suceso, de vos me fio, y espero que me cumpliréis lo prometido.

Luis, si en el principio del cuento hizo sentimiento, de modo que no lo pudo encubrir, entónces escupió fuego entre inquieto y prudente, perdió el sosiego, confuso, y medio resuelto el sufrimiento en el postrero punto: consideró lo que despues puso en ejecucion por conveniente de su honor mismo, quedó un poco suspenso, y tomó por remedio despedirse, diciendo: Mi ejercicio es preciso, yo me voy, despues nos veremos. Fuése, y don Pedro no supo qué le sucedió en ver que Luis le dejó en confuso silencio sin responderle, y muy triste pensó si el negocio referido tocó en hombre ó mujer que fuese deudo de Luis, porque en el discurso suyo vió en él diferente modo que tuvo en los principios de sus ofrecimientos. Con esto don Pedro se fué, y cuidó de su ejercicio por no perder el crédito de buen sirviente. Luis, con el sentimiento de lo que oyó, entre resuelto y prudente, estuvo previniendo en el cómputo de su honor qué medio pudo tener, y cómo tuviese remedio lo perdido. Vió lo primero en don Pedro un sugeto de lindo modo, bien entendido, y muy posible el ser noble. Consideró el yerro que es de los que tienen el perdon consigo, y que don Pedro con sencillo pecho se le descubrió, porque le ofreció y prometió mucho, y que lo prometido se debe, como por escrito, que es ley entre nobles. Estuvo lleno de confusiones, tuvo estímulo de homicidio. Vióse preso, en fin pensólo bien, y determinóse en lo mejor, que fué poner cobro en lo perdido, y que don Pedro fuese esposo de quien fué el instrumento de su confusion. Buscólo, y viéndole le dijo:

Don Pedro, yo soy hijo legítimo de don Rodrigo Ponce de Leon; mi nombre es don Diego Ponce; por inquieto é inobediente he venido, y estoy en el mísero puesto en que me veis; bien visteis mi sentimiento en vuestro discurso, y no sé si de prudente ó de clemente os perdone: despues que os vi tuve deseos íntimos de vuestro bien; el motivo ignoro, que no es de mí comprehendido, y os prometí socorrer, y lo he de cumplir ó morir por ello, que el ser quien soy me dice que cuide mi empeño en lo prometido, y que olvide el sucedido oprobio. Yo os he de poner libre en Toledo, donde sereis esposo de quien con extremo quereis; el dolor y

desconsuelo que yo tengo es en si fuese muerto don Rodrigo mi señor, y querido principio mio. Tened consuelo, que siendo muerto ó vivo sereis deudo mio, y dueño de mi vínculo, y todo esto brevemente lo vereis cumplido. Yo tengo un confidente moro, que con otros se huyó de Toledo, siendo preso, y hoy es vecino de Fez, que luego que vine preso, conociéndome, tiene conocimiento de un poco bien que de mí recibió, y he visto en él fe, siendo moro, pues me tiene secreto de quien soy, y me prometió poner en puesto seguro donde yo quede libre: los dos tendremos este indulto, que por mis ruegos bien sé que ireis conmigo.

Esto dicho, don Pedro se postró en el suelo, los ojos en los piés de Luis, y dijo: Dichoso yo mil veces, pues en medio de mi perdicion, y teniendo el remedio solo en morir, veo el trueque que mi suerte hizo en ponerme de muerto vivo, de perdido en mucho cobro; en fin hoy soy hijo vuestro, y yo quien por vos vivo. Luis le puso en pié, y consoló mucho, y con el concierto hecho se despidió. Don Pedro quedó como el que despertó de un penoso sueño, que en mucho susto se vió en los colmillos de un leon, ó en los cuernos de un toro, y se ve en su lecho libre y quieto.

Luis estuvo con su confidente moro, le pidió cumpliese lo prometido: el moro lo cumplió con el cortejo de hombre muy noble, y en tiempo oportuno los llevó, y puso en seguro puerto, de donde en breve tiempo estuvieron en el Peñon, en cuyo fuerte los recibieron bien, y les previnieron esquife que los puso en Bejel, desde donde fueron en un coche bien entretenidos, confiriendo en veces su negocio, en que don Diego, restituido en su nombre, dijo: Don Pedro, si Dios fuese servido que estuviese vivo el que vos heristeis, ¡qué dos gustos considero! el uno, de quien me tuvo por muerto: el otro, en que yo le viese vivo. ¡Dichoso yo si llego donde deseo! ¡Qué festines y gustos miro en vuestro desposorio! No sé qué teneis, que miro en vos un medio hechizo que me hurtó el deseo y me inclinó mucho en vuestro beneficio.

En esto sintieron que el coche entró por el puente de Toledo muy de noche, en cuyo silencio se fueron donde don Pedro se crió, porque don Diego no quiso beber de un golpe el bebedizo del triste fin de quien le engendró, sino divertirlo en correos, que es fingido consuelo de los tristes; dieron golpes, y el buen clérigo, que recogido y en mucho olvido de que en el tiempo del sueño hubiese quien lo inquiete y busque, respondió y preguntó: ¿Quién es? Don Pedro dijo: Vuestro sobrino es, querido señor mio. Oido el eco de sus deseos, corrió el cerrojo, y bien incrédulo de su gusto, vióle, que no pensó ver en lo poco de su discurso. Dijo don Pedro, porque su tio supiese y estuviese en el cortejo debido: El señor don Diego Ponce es hijo del señor don Rodrigo, y redentor mio, y quien me libró de muchos infortunios, que en breve tiempo fueron prodigiosos, y es quien compone mi sosiego y quietud, y me tiene donde me veis libre de mis delitos: solo os ruego que de presente nos entereis en si es vivo ó muerto el señor don Rodrigo, que siendo vivo, es en lo que consiste nuestro gusto y cumplido bien. El buen clérigo, muy gustoso, como entendido del negocio, viendo juntos los dos,

dijo con descuido, siendo dueño del misterio y secreto de todo: El señor don Rodrigo vive, sí, con mucho dolor y sentimiento por vuestro olvido, siendo único y muy querido hijo, que siempre tuvo por muerto. Don Diego, puesto en el suelo, dijo: No pretendo otro bien sino lo que os he oido, que con eso quedo quieto, gustoso en mis desvelos, y cumpliré con don Pedro lo prometido. El clérigo lo puso en pié con muchos ofrecimientos, y muy reconocido del bien recibido de don Pedro. Con esto don Diego se despidió, y dejó juntos tio y sobrino; fuése, y vió cierto el informe. Vió vivo el tronco de quien procedió noble y rico; fué recibido como el perdido joyel que el inquieto y deseoso dueño encontró.

Don Rodrigo, enternecido de ver un hijo querido, y que tuvo por muerto, como de lo sucedido, en que vió su honor en opinion contingente del vulgo, le dijo: Don Diego, hijo mio, tú eres único heredero de mi vínculo, y de los ilustres privilegios de nuestros progenitores, y eres quien por tí mismo debes tener vigilo en el oro precioso del honor. Yo como solo y viudo he tenido mucho descuido en mi gobierno, y no he puesto el celo en el punto que el honor pide, por lo que te ruego, y te lo doy por precepto, que mires de quien te sirves, que es de mucho peligro el sirviente, ne siendo bien entendido y virtuoso; porque en el uso y ejercicio en los hijos, hombre ó mujer, es muy posible el imprimirse el motivo y condicion de los continuos con quien se vive, y es cierto que por un ruin sirviente tengo perdido el sosiego y gusto, y no espero tenerle el tiempo que viviere. Don Diego dijo: Señor, bien entendido estoy de vuestro dolor y justo sentimiento, que como vuestro es mio. En mi prision de los moros bien por extenso supe lo sucedido del mismo delincuente, que preso en Fez, sin conocerme, se descubrió; y yo en tiempo le prometí socorrer y poner el pecho en todo su remedio y redencion. Supe despues como vos y yo somos ofendidos, y siendo el negocio del peso que es, tengo por bien y mucho mejor el cumplir lo que prometí, que otro estímulo, que si en vos me miro, me veo noble, que es preciso el cumplir lo prometido, con que vengo resuelto, si vos, señor, teneis por bien, en poner remedio en lo perdido, y que se junten en uno. Don Pedro es muy lindo mozo, y de perfectos propios; el perdon es propio vuestro: por quien sois os lo ruego, querido señor mio. Don Rodrigo, enternecido y prudente, le respondió: Hijo mio, don Diego, mucho estimo ver en tí esos visos de noble con los deseos de cumplir lo prometido; pero tu pretension no es posible, ni puede tener efecto, porque ese mozo don Pedro es mi hijo, que siendo soltero lo engendré en un bello prodigio de mujer del suelo ilustre de los Osorios; el celo tuyo y vehementes deseos proceden del mucho deudo que contigo tiene, pues como tú eres mi hijo, lo es don Pedro Osorio; el remedio es que quien fué motivo de todos estos disgustos se quede en el convento donde delincuente se entró.

Don Diego hizo mucho sentimiento, y se enterneció de modo que fué menester que don Rodrigo le pidiese y divirtiese, é hiciese su trueco en los consuelos. Sosegóse don Diego por los ruegos y el debido respeto, y don Rodrigo envió por el buen clérigo y por don Pedro su hijo. Vinie-

ron, y todos juntos confiriendo en el confuso negocio, se resolvieron en que don Pedro fuese religioso, y él vino en ello con mucho gusto, y escogió un convento de Recoletos, con que se celebró en un mismo tiempo profesion de uno y religion de otro, donde recogidos vivieron, siendo ejemplo de virtud, y murieron reducidos y penitentes, reconocidos de los muchos beneficios que recibieron de Dios nuestro Señor.

NOVELA

DEL CABALLERO INVISIBLE,

COMPUESTA EN EQUIVOCOS BURLESCOS.

ANONIMA (1).

En lo bajo de Andalucía, y vente luego, habia un caballero á quien llamaban y no respondia; era nacido de un brazo, gentil hombre en la ley, y de su color blanco, donde tiran; tenia el juicio pintado, la memoria en inventario, su condicion era de arrendamiento, su calidad la tenia en su complexion, su cantidad era en escudos de armas, vivia en la casa de la muerte, la cual tenia puerta de calzon, la llave de la mano, ventanas de nariz, con rejas de arados, el poyo de alcalde, dos salas de audiencia, un retrete que apenas, los corredores de lonja, el pozo airon, el brocal de daga, el cubo de molino, el carrillo hinchado, la soga arrastrando, corral de concejo, secreta que calla. Este confuso caballero se admiraba en sí, considerando su extraña naturaleza, deseando con extremo ser casado, mirando á que no se perdiese generacion tan notable, y como no faltan terceros de la cuerda, ciertos amigos de dinero hicieron diligencia, buscando con quien casase, y hallaron una hermosa dama, tan á medida del buen caballero que pareció haberla trazado el sastre de su naturaleza. Era una niña de un ojo, hija de un padre de yeguas, y de una madre de sumidero; llamábanla Blanca, de cuatro al ochavo, al padre Domingo de la tentacion, y á la madre Ana de tapicería; era esta niña gallarda tañida, tenia muchas gracias de Roma, buenas manos de labor de campo, tañia campanas, cantaba kyries y bailaba el agua adelante, leia cátedras, escribia en un oficio publico y contaba lo que le sucedia; su risa era de un arroyo, su donaire del que tiene don y es nada, y en todas estas gracias atinando á ser casada como pinsion.

(1) He aquí otra muestra, que mas bien es una *caricatura*, de un género que tambien cultivaron mucho nuestros autores del siglo XVII y en el que Quevedo llegó al *non plus ultra* de la perfeccion ó, mejor dicho, de la extravagancia. Aquí tenemos, llevado al mas alto punto de la exajeracion, el abuso de los equivocos, de los retruécanos y de toda especie de juegos de palabras y de trabucamientos de ideas, permítasenos la expresion. Pocos extrangeros, por bien que conozcan nuestra lengua, entenderan esta novelita, de la que es probable que tampoco queden muy enterados, aunque la lean con atencion, muchos Españoles, tan enmarañado es su lenguage y tan absurdo su sentido.

Pues como el tal caballero supiese las partes de esta niña, como la voluntad de sus padres, generoso, como enamorado, le envió las donas siguientes: en el arca de Noé, un apretador de dificultades, el chapin de la reina, con listones de madera, dos guantes, el uno de desafío, el otro de pedir para un pobre, una sortija corrida, con cinco piedras tiradas, y por arracadas dos calabazas fritas; y para su servicio cuatro moras de zarza, dos negros ojuelos, y una negra Pascua. Estimaron los padres el regalo, y agradecidos le dieron en dote á la ira mala dos mil ducados de títulos, mitad en reales de ferias y mitad en cuartos de luna, el horno de Babilonia, dos molinos de viento, la manta de Cazalla, sillas de encerrar trigo, escritorios de escribanos, mesas de guarnicion, una cama de un melon, que todo lo dicho vino á montar cuatro cuentos de horno; de tal suerte satisfizo al desposado la grandeza de este dote, que apresurando plazos llegó el deseado dia de las bodas, á cuya contemplacion los nobles de aquel lugar, que eran unos caballeros que vendian caballos, trataron de hacerle unas fiestas de guardar, y habiendo entrado en junta de médicos, nombraron cuatro cuadrilleros de la hermandad, para que cada uno vistiese á ocho del mes y escogiese colores; lo cual se hizo tan breve, como para el dia siguiente hubo aquella noche muy costosos fuegos de san Anton, con muchos valadores de garzas.

Amaneció el deseado dia, y empezaron las fiestas de esta suerte. Estaba la plaza de un soldado bien aderezada, colgada de doseles de cartilla. Asistió á ellas el rey, que la mandó matar, con los consejos de un padre, tres cardenales de un ojo, y otros muchos señores de lo ageno; muchas y hermosas damas de ajedrez, y en andamios de albañiles los desposados y sus padres. Entró alegrando la plaza un clarin de valonas, y seguíanle los atabales del que ha corrido el mundo. Entró un alguacil de moscas en un caballo de oros, á quien acompañaban doce corchetes de un sayo, llevando en la mano por insignia una vara y una cuarta, y comision en el despejo, hízolo, dando lugar á que los caballeros hiciesen la entrada con esta solemnidad. Entró la primera cuadrilla, que era un aposento pequeño en caballos rodados de una sierra, las libreas de tela de cebolla, cosa nueva y de grande primor. La segunda entró en caballos de poner sillas seguros, poco briosos, con librea de tela de los sesos, que á los ojos se venia. Entró la tercera de un negocio en caballos de llagas, rica casta á no ser zainos, con libreas de tela de juicio. La cuarta y última entró en caballos castaños con su fruto, con libreas de tela de araña brillante, sí de poca costa, todos conformes en lanzas de coches, banderolas de campanarios, mochilas de caminantes, bozales negros, espuelas de cuidado, estribos de la paciencia, riendas de reformacion, cabezadas en una esquina, y bocados rabiosos. Entraron en solemne paseo, haciendo á quien se debia dos reverencias y una paternidad, y dada la vuelta y media trataron de correr la posta, lo cual se hizo á parejas de sotas con mucha bizarría. Acabada la carrera de Indias entraron seis machos de herrero cargados de cañas de vacas, con reposteros vivos y garrotes de necios; tomaron las cañas, y en dos partes divididos empezaron el juego de quínolas, donde anduvieron en las vueltas de Gua-

dalquivir, y en las revueltas de un mentiroso, tan bien que se midieron á compas de música. Fuése el juego calentando hasta que los padrinos de un bautismo hicieron las paces de Inglaterra, á cuyo tiempo soltaron el toro del signo, que con su braveza alegró la gente de á caballo. Y un caballero llamado y no escogido dió una lanzada de viña venturosa, porque dió al toro en el gatillo de una escopeta, y le salió á la cola del dragon; tocaron la trompeta del juicio en señal que desjarretasen, cosa fácil por ser tantos contra uno. Empezaron un caracol de escalera bien ordenado, porque el que lo guiaba sabia bien como buen guisado.

Acabadas las fiestas con el dia, llevaron en solemne acompañamiento á los desposados á su casa, donde á todos se dió rica colacion de capellanía, en que hubo cajas de difuntos, canelones de disciplina, y en ricos almíbares limones de carreta, peras de cama, y muchos cubiertos que nadie los veía. Amaneció el alegre dia de la boda, donde juntos los huéspedes se les dió la comida siguiente. Pusiéronles en mesas de escaleras manteles de muralla, cuchillos de capa, limas de herrero; sirviéronles en fuentes de piernas pan de opilados, en bollos de la frente, y roscas de tornillo: habia á un lado de la mesa una cantarera que vendia cántaros, con muy curiosos barros en la cara, y en la otra parte muchas macetas de zapatero, con diferentes flores de tahures; sirviéronles pasas de negro, un melon de un corcobado; un adobado de un coleto, un picado del juego, perdigones de plomo, capones de música, gallinas que huyen, una olla del rio, con vaca de una prebenda y carnero de enterrar, manjar blanco como la nieve, y por sainete del convite algunos platos de pescado, en que hubo lenguados de guardar viñas, acedias de estómago y pámpanos de parra, y de postre conserva de una flota, con otros dulces de navajas, castañuelas de bailar, nueces de ballesta, manzanas de espadas y peros de inconvenientes, vino quien faltaba, y aguas de diferentes chamelotes.

Alzadas las mesas, y despedidos los huéspedes, quedaron en felice concordia, donde algunos dias se gozaron sin zelos y con amores, dulce golfo de la paz: y en medio de este sosiego se les recreció un disgusto, porque el tal caballero se resolvió á ser soldado de una pierna, y dejar su mujer á beneficio de natura, y pasando acaso un tercio de fin de abril, que iba á los estados de hondo, y vió que el capitan mandaba la gineta de silla, y el alférez llevaba la bandera para su ropa, y el sargento á la barda de una huerta. Habló al general, que era un poder para pleitos, y asentáronle la plaza de Vivarrambla. Despidióse de su mujer, diciendo que por ser aquella jornada de pan no la podia excusar. Fué en una compañía de cien infantes, hijos de rey, y marchando en su hilera, que era una que vendia hilo, llegó á su viaje, donde se ofreció salir á una escaramuza picada, donde dió muchas cuchilladas de calzas, y al fin salió con dos heridas mujeres; la una en las espaldas de un monte, y la otra en la coronilla de un pastel, de que vino á morir de otra parte. Ordenó su testamento, y mandó á sus criados muchas cosas de su servicio: salió su alma de cántaro para la gloria de un vencimiento, quedó su cuerpo de libro desalmado, cual rufian, y tendido como camisa al sol; cubriéronle

con un paño que sale á la cara, y puesto en una caja de conserva, hicieron las campanillas del paladar señal por hombre con tres dobles de cientos, y una sencilla mujer de Castilla.

Vinieron á su entierro frailes de haba, de la orden de Moyano, los hábitos en sus costumbres, y capillas de hornos, y en sus manos de papel velas de navío. Vinieron los niños del limbo con hachas de partir leña, y lo llevaron á cuestas arriba cuatro hermanos de padre y madre, y le cantaron las tres ánades madre. Llegaron á San Ciruelo el verde, y vieron un hombre jugado que habia hecho un hoyo en la barba en un cimenterio de un viejo, donde lo arrojaron como pelota, y se quedó como espada de Bilbao. Hechos los oficios de zapatero y sastre, pusieron sobre su sepultura una piedra de la hijada, con letras de cambio, en que decia quien las leia : Aquí no hace este caballero ninguna cosa. Llegó la triste nueva á la sin ventura Blanca, porque tuvo dos cartas de marear por dos vias, la ordinaria y la ejecutiva; cubrió su cabeza de ajo, y recogióse, donde acabó algunas cosas que tenia empezadas á trece por docena del mes del obispado en el año fatal.

DIA Y NOCHE

DE MADRID,

DISCURSOS

DE LO MAS NOTABLE QUE EN ÉL PASA.

Por Francisco SANTOS (1).

DISCURSO PRIMERO.

Enojado se mostraba el cielo contra los mortales una confusa noche, amenazando con espantosos relámpagos, que por entre oscuras nubes se despedian, fulminados de impulsos poderosos: bramaba el viento en los cóncavos que formaba el agua, volviéndola en penachos soberbios, cuya atrevida arrogancia parece que se oponia á la conquista de los orbes celestes; y en castigo de su atrevimiento, quedaban deshechos en espuma, siendo testigos los que vagaban su dilatado reino: todos huyendo de el sosiego ajeno de el órden natural. Retrocedia á no ser para formar un caos confuso: los elementos se aunaron para un estrago (que es muy propio para una ofensa el juntarse los mas discordes) disponiéndose para una total ruina del globo terrestre: el granizo titubeando, medroso buscaba la tierra por asilo en semejante confusion huyendo del mar, cuya braveza se sorbia el portátil albergue, viendo aumentado su caudal. El dia venia tímido ó medroso, pareciéndole que la noche se coronaba á duraciones; el fuego despedia flechas; el aire arrojaba suspiros, el mar mostraba copiosas lágrimas, y la tierra temblaba de temor: mas el cielo piadoso (atento á todo) desterrando lutos, ya dejaba ver su divino color, clareado por los visos del crepúsculo, el alba, anunciando al dia, á cuya deseada vista, una tropa de gente en un vaso, que sobre las aguas esperaban remedio de el autor de la vida, enarbolando una blanca bandera, en cuya candidez se via un escudo rojo, con las barras de Aragon; y alentando un vene-

(1) Natural de Madrid: escribió mucho y tuvo gran fama en su tiempo. En el dia ninguna tiene. En él concluye la larga serie de los novelistas acreditados del siglo XVII.

rable religioso redentor á unos humildes redimidos, despidiéndose de las playas de Argel, al mirar sus rostros, los vió como fuera de los tormentos, risueños y llenos de gozo, que mas parecia que deliciados entre flores estaban, que no fluctuando equívocos gigantes de cristal. Ea, amigos, que ya la piadosa mano de Dios nos ha sacado del cautiverio del infiel, y nos llevará al puerto deseado; pidámoselo de todo corazon postrados. Lo cual hicieron con entrañable ansia aquellos que el dia ántes se habian visto debajo de la forzosa servidumbre de un moro; y ya se hallaban entre espantosos montes de agua, amenazándolos la muerte, á quien con rostro alegre esperaban.

Mucho pueden las lágrimas de un rendido corazon; pues así que acabaron su oracion, serenó el tiempo, picando una tramontana que hizo huir los vapores que en forma de nubes servian de doseles al agua, y ya llenos de alegría adornaban aquel monte de palo, de gallardetes y banderolas, levantando el estandarte de la piadosa redencion de los religiosísimos mercenarios, con trecientos cautivos, entre los cuales venia uno, á quien un moro principal habia entregado á la Redencion de gracia, y sin interés (si hay gracia entre enemigos de la fe), llamado Onofre, hombre de varia fortuna, á quien dió libertad solo por su claro entendimiento, pues luego le manifiesta la lengua: ocupábale su amo en traerle á su lado, solo por oirle, tanto puede la discrecion y naturaleza: á ninguno se la negó tan del todo, que dejase de enseñarle las luces del conocimiento, sin mostrarse tan escasa, que le dejara inhabil. Este moro, habiéndole oido decir que su contraria fortuna no le permitia cumpliese sus deseos, que solo eran el ver la corte del gran monarca de España, Madrid, de quien le alejaba su estrella, por el grande deseo que tenia de llegar á su estancia: y así, movido el moro de sus justos deseos (como quien habia gozado de su grandeza, en el tiempo que la habia pisado cautivo) le ofreció libertad en la primera ocasion que hubiese, como lo cumplió, entregándole á la piadosa Redencion, dándole dineros para que en saltando en tierra reparase su persona de lo necesario. En fin, gozando de un favorable viento, llegaron al deseado puerto, donde tomando tierra, hicieron el acostumbrado reconocimiento á la amada madre, á quien postrados besaron, y desembarcados, buscaron donde descansar de tantos trabajos como causa el mar: y conseguido, ordenaron su viaje, que se logró con buen tiempo, hasta que vieron las torres deseadas de aquella gran Babilonia de España: y con los avisos que habian tenido, ya los aguardaba grande número de religiosos, acompañados de la mas lucida, mas atenta y cortesana plebe, esperando al pueblo peregrino, que aquel Moises calzado habia sacado de cautiverio, todos en sus cuadrúpedes, cubiertos de negras gualdrapas (que mas parecian montes de azabache, heridos á golpes de nieve, formada de sus blancas estameñas) entraron por las calles con mucho gozo del pueblo, siguiendo á la multitud de redimidos gran tropa de piadosos, hasta llegar á su casa, en cuya puerta aguardaban tantos religiosos, que parecia no habia salido alguno de la casa, con su cruz y ciriales en manos de sacerdotes, y el estandarte de la redentora de el mundo, María de las Mercedes.

Acabada la procesion y el recibimiento con el dia (pues parecia que solo aguardaba á que se acabase tanto regocijo para oscurecerse, sin llevar deseos de saber en qué habia parado tanto festivo alborozo), Onofre, despidiéndose de el padre redentor (á quien ofreció volver á visitar) salió de el convento, admirado de ver tanta gente como habia ocurrido á la procesion; fué pasando calles, absortos sus ojos de la grandeza de sus casas, hasta que la noche le obligó á buscar donde recogerse : y para hacerlo mejor, llamó á un mozo, que le pareció haber seguido la tropa de redimidos, á quien cortesmente suplicó le guiase á una posada donde pudiese descansar : hízolo el mozo á una casa que al parecer era conocido de la gente que la vivia, pidiendo le diesen buena cama; y despidiéndose, preguntó al cautivo si se le ofrecia otra cosa en que le pudiese servir, lo haria con mucho gusto, á quien agradecido el cautivo, dijo se quedase á cenar con él, tomando el trabajo de ir á buscarlo; y dándole dinero para ello, el mozo se ofreció á servirle, y con brevedad trajo lo bastante, con que habiendo cenado, le preguntó el cautivo donde era su posada, y oyéndole decir era cerca, le suplicó no se fuese tan presto, conversarian un rato, y creyese le habia cobrado amor, aunque en tan breve tiempo (pues no es menester tratar mucho con un hombre dócil para conocerle). El mozo con agradecimientos corteses se quedó, á quien el cautivo pidió se sirviese de decirle su nombre, patria y estado de vida, que le seria agradable, habiendo conocido su buen discurso : y el mozo (nada perezoso) procurando no dar ocasion á la porfía, dijo así :

A mí me llaman Juanillo el de Provincia; el porqué oirás, si estás atento. Nací y me crié en Madrid, corte del gran Júpiter español, el Cuarto Filipo, solo con el abrigo de una pobre madre, pues padre no conocí : crióme á sus pechos, por ser madre entera (pues la que pare y no cria no se lo puede llamar); pasaba la vida con harto trabajo : llamábame amado hijo, y algunas veces añadia el de carísimo : renombre que entendí algo tarde, pues cuando llegué á alcanzar estos puntos, ya era muchacho adocenado en años, como en compañía los valientes de el milagro. Era el renombre que me daba de carísimo, porque de mi parto pasó muchos dolores, y con gran pesadez me trajo en sus entrañas; parióme doblado, y á mi entender fué dar fin á mis dobleces, que (aunque es fruta de el tiempo) en mi vida la he usado ni tenido. Tuvo tan grande mal en los pechos, que la prolija enfermedad no la dejó, hasta que la cortaron el uno, en cuya enfadosa cama vendió cuanto tenia; con mucha brevedad seria, porque el caudal del pobre siempre se parece á su dueño. Llegó á tanta pobreza que la necesidad la sugetó á pedir por Dios; no es afrenta, que la afrenta es negarle el socorro al pobre que le pide. Perdóname, amigo, la turbacion que me ha causado el sentimiento, deshecho en lágrimas, no por verme pobre, solo ha sido el acordarme del estado á que vino mi padre. Acudia á los oficios de provincia, llevándome en sus brazos, y su mucha humildad y la inocencia mia, engastada en cariñoso agrado, hallaron caridad. En estos sitios acuden los ministros de el tribunal de los alcaldes de casa y corte de su magestad, y entre muchos que quitan, no faltaba quien nos socorriese, y como el agradecimiento vivè entre los

pobres, que desembarazados de la confusion del tener conocen á quien les hace bien, mi madre, agradecida al socorro que allí hallaba, se aplicó á barrer los oficios todas las mañanas, que son unos puestos donde asisten de dia y de noche los ministros en cuanto no tienen que hacer, ó salen á buscar á los que de noche buscan lo que aun no se ha perdido. Con este afan, mi madre cobró voluntades, y yo hallé amor, pues muchas veces me ví en brazos de alguaciles y escribanos, y no me iba mal, pues como en la niñez cualquier meneo es gracia, y un buen natural grangea las voluntades, me daban dádivas, y yo conocia á quien era franco conmigo, y me arrimaba á él así que le via.

Ya la edad iba dejándome andar, cosa que en el hombre no es tan notada como en la mujer, con que me iba aplicando á ayudar á mi buena madre; pues asiendo de la escoba, la quitaba parte del trabajo, dándola muchos gustos, pues todos me acudian, y yo la acudia con todo. No me enseñó mas entretenimiento para vivir que el que te he dicho; Dios se lo perdone, pues sin oficio me dejó en tantos laberintos con la puerta abierta para ser oficial de aventar parbas, siendo por mis pecados viento de ministros. Faltóme regalo, cariño, enseñanza y madre, á un tiempo, quedando de diez años, edad, aunque poca, que ya conocia de toda costura, pues no era para menos el sitio donde me crié. Parecíanme mal algunas cosas que via donde habitaba, y tal vez reprehendia, y era oido, que quien atiende á reprehension de pocos años la escucha en chanza ó la toma como de niño, sin atender que ellos y los locos dicen las verdades. Quedé con el oficio de mi madre, y comia y bebia entre los que bien me querian, y de algunos llevaba ciertos golpes y bofetadas, y sabe Dios, que lo digo sin pasion, que no es razon que en un pecho cristiano duren rencores, que fueron dados sin causa (pero en el mundo que gozamos ¿qué mayor causa que decir verdades!), pero tal vez eran mis razones lanzas, que herian sus corazones; que como los ojos enfermos no sufren la luz, tampoco el vicioso sufre la razon cuando la hiciere en su mala vida y costumbres; y como es en el hombre tan de su cosecha el dar en pago de un agasajo un mal galardon, á mí, que decia las verdades, me pagaban con castigo.

Fué Dios servido que un mozo gallego, de diferente alma que algunos que allí acuden, asistia en un oficio, usando el de escribiente; viéndome tan servicial, agudo, amigo de saber, y que mis razones daban muestra de capacidad, se aplicó á enseñarme á leer, y yo me dí tanto á ello que con poco trabajo lo consiguió; tenia lugar para todo, porque, como era hombre de buena conciencia, no le ocupaban mucho. No perdia la misa ningun dia, y algunas veces que estando en ella preguntaban por él, yo como quien mas cuidado tenia con quien me hacia bien, respondia donde estaba, á que decian algunos: Pues á la misa que le dé de comer. ¡O mal lenguage, en gente falta de entendimiento! Era en fin mi maestro hombre sano, y por no enfermar en estos puestos, procuró poco á poco el huir de el contagio. Entre muchas liciones que le debo, era la mas ordinaria el decirme: No hagas burla de tus mayores, superior ó príncipe, que es gran pecado y es ultrajar á la misma justicia, pues el supe-

rior es el dueño de todo : no le niegues la debida cortesía, ni lo que le toca ó pertenece, y repara en el castigo que da el cielo á los que usurpan el hacienda á su dueño, pues quitándole el poder le oscurecen la estimacion que merecia, y para ejemplo procura saber la vida de Elio Seyano, valido de Tiberio, emperador romano, que habiendo merecido estatuas y goberuado el imperio su ambicion y soberbia, le castigó la burla que de su príncipe hacia, mostrándole presagios tristes, auunciadores de su muerte, y en breves horas el que mandaba á Roma y al mundo se vió arrastrar por sus calles y destruir sus estatuas, hallando en una (al irla á hacer pedazos para de su metal labrar instrumentos viles) dentro del hueco de la garganta un cordel, y del cuerpo salió una culebra, señales del juicio celestial, en que dice : Esto merece quien de su príncipe y señor hace burla, usurpándole la grandeza que merecia, sin reparar á lo que le obliga el nombre de valido, pues le dice. Mira que ese título te fuerza á llorar los trabajos de tu señor, que es el cargo que tienes, que balido es llanto, y el mas sincero animal, símbolo de la inocencia, cuando le oprime el sentimiento, bala, que en él es llorar, y así el nombre de valido quiere decir sentimiento y lágrimas. Estas y otras liciones semejantes me decia, y cuando se quiso despedir de mi compañía me dijo : Juan, si acaso llegares á extremo de tomar estado de matrimonio, pues no sabes el bien ó mal que para tí está guardado, mira que la mujer es una joya que, aunque propia, se ha de guardar con recato, usando de ella con mucho amor, y se ha de manosear sin que falte algo de sospecha lícita dentro de tu pensamiento, pues hay algunas que, aunque las traten bien, se bastardean, perdiendo de su intrínseco valor, y muchas que tratadas con poca estimacion se aburren, y vienen á menos de lo que son; y así, el hombre avisado y cuerdo la ha de tratar con amor y caricia, sin fiarse de ella, como de enemigo que puede ofenderle si quiere; y en esto no me aparto de dar alabanza á la buena, llamando dichoso al que la tiene por consorte. Faltóme en fin, pues no hay cosa que no le tenga en este mundo; dió fin á mi enseñanza, dejándome, porque todos le dejaban, viéndole de estraña condicion á la suya; quedé segunda vez solo, sin su compañía, pues ya le habia cobrado amor, como á quien procuraba mi enseño, y darme á conocer la luz de la razon, que es parte que necesita de maestro; solo el llorar se ejerce sin enseño, que es lo primero que se hace en naciendo, licion de la naturaleza en que representa los trabajos que nos esperan en el discurso de la vida.

Apliquéme, con el reconocimiento que la edad me concedia, á recoger de encima de las mesas el sebo que dejaban las velas que ardian de noche; hacia con esto dos cosas, mi provecho, y limpiar lo asqueroso que deja el sebo derretido. Pasé algun tiempo deste modo, hasta que un hombre, que daba agua fresca por estos oficios, siendo el suyo aguador de un cántaro, reparando en que me lucia, y pasaba la vida razonablemente, pareciéndole que la causa de mi lucimiento era el sebo que adquiria, por habérmelo visto vender algunas veces, se introdujo de aguador á medio bufon, que para serlo enteramente uno, ha menester mucha gracia; decia algunas chanzas, aplaudidas de muchos tontos que allí

acuden, bellacos solo para ejecer su oficio; pues la razon las mas veces no es como se dice, y es como suena, con que vino á dar gusto con sus mentiras, y yo disgusto con mis verdades. Ofrecióse á tomar la escoba, y el cuchillo rabon; ejercíalo con mas cuidado que yo, con que el cariño que me tenian se pasó á mirarme ya como cosa que enfadaba. ¡O vil novedad, lo que siempre has valido! El amor que hasta entónces habia durado se trocó en amenazarme que, si no buscaba modo de vivir, me habian de meter en un calabozo y enviarme á servir al rey. Apoderóse de mis flacas fuerzas el temor, que donde hay resistencia de poca edad, presto entra, con que medroso me ausenté una noche; y pareciéndome mucha ingratitud, tanta ausencia de donde me habia criado, así que el dia mostró sus luces me fuí acercando á mis queridos lugares, aunque con harto miedo, cuando vi al que era causa de todo mi pesar, que ya estaba usando mi oficio. Te prometo que me sobrevino una tristeza tan grande, que me quedé como fuera de mis sentidos, en tal forma que aun no determinaba si viviente ó bulto de piedra era, hasta que llegó á mí una mujer, que como me vió suspenso tan demaña, tirándome de un brazo me dijo: ¿Que haces aquí tan elevado, muchacho? ¿Buscas comodidad? Volví los ojos de una atencion confusa en que los tenia, y aplicándolos á quien me habia preguntado, ví que era una mujer de mala cara, revuelta en una capa parda, y del propio color una montera, que la cubria, á quien, quitándome el sombrero, respondí que desacomodado estaba, y buscaba á quien servir; perdóneme el ser varon, que corriendo mis ojos copiosas lagrimas, fué tanta la tristeza que me sobrevino, que apenas podia pronunciar palabra formada; consolóme, diciendo: ¡Ea, que hombre de tan buena cara no dejará de hacer lo que debe á bueno! vente conmigo, que yo te doy palabra de favorecerte si obras como debes. Seguíla, mas contento que la Pascua de Navidad, donde hay piñones y muchachos, y á poco espacio llegamos á su casa. ¡O poder inmenso! ¿quién no hubiera nacido entónces ó se quedara muerto así que fué lavado de su original culpa, para no llegar á ver al dueño de la casa? Quedéme inmóvil á la puerta, sin saber qué hacerme, por haber conocido el sitio donde la fortuna me habia arrojado, hasta que salió á la puerta el dueño á verme, como le habia dicho la mujer que me llevaba consigo. Mira, ¿que haria yo cuando presente le vi, si ausente le temblaba? Díjome: Entra, hijo. El nombre mas tierno que crió naturaleza es, pero en la boca de este hombre todo fué horror y confusion para mí: él procuraba acariciarme, y yo toda el ansia qne tenia era por huir de su vista. Era en fin el que ejecuta la justicia en los miserables que por sus pecados salen á vergüenza pública, sentenciados á pena corporal.

En estos lances me hallaba, cuando Dios, que en las mayores necesidades acude á los suyos, acordándose de mí, me dió treguas con un profundo desmayo. Alivio es el que falten los sentidos cuando hay penas en que ocuparlos, y cuando volví en mí me hallé en casa de un santo sacerdote, que habiendo visto lo que habia pasado, compadecido de mis pocos años, me llevó á su aposento, y ya cobrado de aquel letargo en

quien representa la muerte su poder, me dispuso para huir, á cuya diligencia me salió el sacerdote al paso, deteniéndome, que con poco trabajo lo consiguió; pues así que ví hábitos de san Pedro, me consolé, diciendo entre mí: Donde hay insignias de Pedro, poco poder tiene Malco. Soseguéme, y preguntóme la causa; y sabida, me consoló, dándome pan y un trago de vino, con una reprehension muy recia para mi poca edad, diciendo: Para el hombre que nació de padres humíldes, y es dadoá buenas costumbres, hay en este lugar muchas ocasiones para comer y pasar; y para el que tiene valiente corazon, hay en la campaña una pica ó un mosquete; y para el sosegado, hay un oficio, á gusto de la persona, en que emplear la primera edad y hallarse en la crecida con que ganar de comer; y para el que á nada de lo dicho se aplica hay otros ejercicios que, aunque no dan honra, no la quitan, ni estragan á nadie la calidad; y así busque su remedio, que no es razon que estando en edad para ello no lo haga. A los niños siempre los suena mal la reprehension, y mas siendo dada detras de el agasajo; á mí se me añudó el pan en la garganta, aunque lo tenia harta gana, con las razones de mi consejero; despedíme, dándole palabra de tomar su consejo.

Si el que promete la enmienda por miedo del castigo tuviera siempre el látigo à la vista, él se enmendara: sale de la prision en que la pena le tiene otro de quien era, y con la libertad vuelve á ser el que ántes, ó peor.

¿Has visto el pececillo que enredado en el verde garito de juncos lidió toda la noche en su oscura prision, sin poder conseguir la libertad, hasta que las luces de el alba le enseñan puerto por donde librar la vida, y consiguiéndolo huye de aquel calobozo, sin parar en largo espacio? Así yo, que libre y en la calle me ví, todas se me hacian angostas, hasta que dí en el campo, donde pasé aquel dia pensando en mi fortuna, llegando la noche con su acostumbrada tristeza, hallándome en aquella soledad sin saber adonde guiar mis pasos: y pareciéndome que una nochecomo quiera se pasa, y en la edad nueva no se siente, pero siéntese en la madura, me arrimé á un ribazo con intento de quedarme allí aquella noche, cuando un pobre que descansaba el cuerpo sobre dos muletas, viéndome de aquel modo me dijo: Hombre, qué haces ahí? Mira que no es tiempo de quedarse en el campo. Y viendo que no le respondia, se acercó á mí, y me conoció, y yo á él por cosario en Provincia. Preguntóme que en aquel sitio qué hacia á tal hora, siendo mi habitanza en la confusion de el mundo. Contéle toda mi historia, y hallé consuelo en él; pues animándome dijo le siguiese, que él me llevaria adonde me recogiesen aquella noche, y todas las que gustase. Seguíle, y me llevó á una casa, cuyos dueños eran dos viejos, marido y mujer, que en el santo matrimonio habian vivido cincuenta años, y mas, de que tenian un hijo, que primero lo habia sido de mejores padres, pues le habia sacado de la casa donde llamaba padre á José: llamábaule hijo, y él los obedecia como tal. Así que entré se arrimó á mí, como vió otro de su igual en edad, y empezó á cobrarme amor, y yo á pagarle en la misma caricia, y á breve tiempo quedamos amigos, en tal grado que no se hallaba el uno sin el otro. Faltaron los viejos, porque les faltó la vida, dejándole por

dueño de todo : hacíalo conmigo, como si fuera su hermano; tenia ocho camas, y todas se ocupaban; no faltaba con qué hacer trabajar á la sarten, ni el de Alcorcon holgaba; y yo aconsejado de mi padrino (el que me llevó á esta casa) me arrimé á la vida mendiga.

Diéronme liciones entre él, y otro compadre suyo, tullido de dia y sano de noche : mi padrino era tuerto, y tenia una pierna mala, que en recogiéndose quedaba buena, y su dueño con entera vista : las liciones fueron con una salutacion á la edad, como si fuera en el gusto de alguno tener poca ó mucha. Díjome el uno si sabria fingirme ciego. A quien respondí que porqué habia de ser ingrato á Dios, habiéndome dado buena vista, dar á entender al mundo que era ciego, que no la admitia por ser licion nada sana. Y yo le haré dos muletas, dijo el otro, con que mi compadre salga á pagármelas y hágase tullido. Tampoco me sonó bien, pues usándolo el continuarlo habia de ser fuerza, y tal vez, ofreciéndose ocasion de huir de algun aprieto, habia de quebrantar el precepto, y muchos no lo tendrian á milagro, aunqué yo dijese que lo era, siendo causa de perder el crédito para la limosna. El primero volvió á decir que con un casquete de pez, quitándome el pelo, pasaria plaza de tiñoso, y que me imitaria unas llagas para autoridad de pobre. A lo que respondí que hombre de pelo habia de ser, miéntras tuviese vida. Enojáronse los dos, y me dijeron que me fuese norabuena, pues no estimaba ni agradecia las liciones que me daban, que alguno diera por otras tantas medio año de limosnas; que buscase modo de vivir sin pedir con el tonillo que ellos, ni repitiese llagas de Cristo, ni pasos de su Pasion, y que era muy niño y bachiller.

Yo, atento á todo, procuré por buenos medios el templar su enojo, á quien dije : Señores, yo estimo sus liciones, pero no las admito, pues en ellas no me han de ganar; y así no se cansen, que yo he de pedir con diferente modo que el que me enseñan, y con él me he de bandear sin pedirles nada, que yo no quiero sus consejos nada sanos, pues con ellos procuran enfermarme el cuerpo al parecer, y que quede sin parecer el alma : yo tengo de fingirme tonto, pues lo soy, y no será novedad; y en viendo la mia, yo sabré decir cuatro chanzas honestas, con su poco de equívoco, que por lo traidora es razon al uso : andaré desnudo, con que daré lástima á los que me vieren, y á mí recuerdos de que nací así : y en extendiéndose mi fama, he de traer criado conmigo, para que recoja la limosna.

Agradóles la chanza, y me quedé con ella muchos dias, y me fué tan bien que mi fama se extendió en la corte, llamándome unos Juanillo el de Provincia, y otros el de las verdades : y cree que siempre la he tratado, la profeso y la digo, aunque en muchas ocasiones me ha sido fuerza hacerla trocar la capa con la mentira, para que algunos á quien fastidia la verdad me oyesen, aunque verdaderamente la mentira no tiene mas paga que la burla y la verdad : la admiracion se entiende viniendo como quien son, pero trocando capas todas pasan plaza de buena moneda en el oido del poco virtuoso á quien suena bien la fábula y da asco la licion científica y enseños de la verdad. A los que conocia yo de buen natural, los

decia la verdad desnuda, porque yo via que agradaba á su oido: y á los que les hiere la verdad, ella por ella se la guarnecia con ribete de chanza, con que no yendo en carnes, no ofendia al oido de los que tienen librado el gusto en el Repolista, que es un bufon desvergonzado que entretiene á muchos tontos de la corte, á quien solia yo decir: Hartaos de mentiras, que podrá ser oir la verdad en el otro mundo: como decia Leonidas espartano á sus soldados: Comed bien, satisfaced esa hambre que os prime, que podrá ser el ir á cenar á los Infiernos. Bien conozco que todos cuantos siguen la verdad todos miran á un blanco; aunque vayan por diferentes caminos todos se juntan á un fin, que como el que la crió es solo un dios, ella es siempre una, como lo confesó Hermagoras, de quien habla san Agustin; era gran filósofo, matemático y astrólogo; hacia burla de sus padres, porque adoraban muchos dioses: la verdad ha de ser siempre una, pues es siempre un dios el que la crió.

Aunque se disfrace, dijo el cautivo, no es posible el deslucirla de sus atributos, que son limpieza, pureza, valor, bondad y suavidad, y yo creo que el tiempo no sujeta á la verdad, que la verdad sujeta al tiempo.

Así es, respondió Juanillo, y el consejo del poderoso, si tiene algo de avariento, no lleva fundamentos de la verdad, porque de ordinario le mueve solo su comodidad, con que hace verdadero el refran de quien mas tiene mas quiere; á mí jamas me movió el interés mas de hasta sustentar mi persona moderadamente, pues nunca he sabido qué es tener un real sobrado; y como hecho á estas humildes armas, no me inquieta la gula de la riqueza, que es un gusanillo que roe hasta el alma, y siempre he procurado huir de la mentira, y de su hijo el engaño; y conozco que aun dicha forzosamente no lleva brios de valor, y el mejor medio es no usarla, y el mayor castigo del mentiroso es que si alguna vez quiere decir verdad no es creida por tal de quien le conoce y escucha, porque el que está habituado á mentir nunca sale de aquel trato, y conocido por tal no le dan asiento entre hombres de razon, pues no sirve de otra cosa que de inficionar, como apestado. Pero cree que está el mundo de tal data que no quiere ni consiente carda, por andarse en el corro de la mentira.

¡O árbol de la vida, dijo el cautivo, si por traer las raices al revés de los otros árboles, quieres andarlo, mal haces, hábiendote dado Dios cinco sentidos y tres potencias! guárdate del fuego, que como árbol te puede quemar, que no eres de la madera del árbol Laix, á quien el fuego no ofende, que tú eres un árbol sujeto á cuantos trabajos hay pesados en el mundo, y siendo tan cierto, tan cierto es el olvido en tí.

¡Qué bien dices! dijo Juanillo, que en los animales podia notar los realces de grandeza que tiene á todos, pues el mas prudente es el elefante, que aprende lo bueno ó malo que el maestro le enseña, y con el pié dicen haber escrito letras formadas en el arena: mas discurso tiene el hombre, pues es el maestro, y á quien se sujeta el elefante, y no aprende lo que le enseña el maestro, que por suyo señaló Dios en un confesionario, en un púlpito, y otros lugares. El caballo es el mas noble de los animales; y su madre tiene cuidado, para quererle y criarle, el comerle así que nace la carne que saca en la frente: y al hombre, sin tener que dar á Dios

mas de una mala correspondencia, le está queriendo y criando, siendo la mejor obra de sus santísimas manos. El perro es el animal de mas memoria que hay, y en conocimiento excede á muchos, pues conoce á todos los que le hacen bien, y llora por el que mas bien le hace, si le pierde (como cuentan muchas historias); conoce el camino pasándole una vez, y sabe huir del mal paso: y el mal hombre no paga ni agradece á Dios los beneficios que dél recibe, ni se aparta del camino que le aparta de Dios, ni llora, aunque le pierde. El lobo tiene la grandeza de lo reluciente de los ojos, y su cabeza es contra los hechizos: mejores ojos tiene el hombre, pues parecen dos hermosísimos luceros del cielo, y no tiene cosa que sirva para alivio de su prójimo, pues solo su provecho le mueve. El ciervo tiene aquel conocimiento de la yerba siselis, con que las mujeres mitigan los dolores del parto, comiéndola cuando vírgenes; el hombre conoce cuantas yerbas odoríferas y salutíferas hay en el mundo, sin pagar el enseño á quien tanto le costó su doctrina, y siendo malo, hasta el alma de los que con él tratan inficiona. El oso se sustenta los inviernos de el humor de sus manos, y el hombre de tan ricos y sustanciales alimentos como produce el aire, el mar y la tierra, sin desvelarse en dar gracias á su criador. El toro solo fué un tiempo estimado entre los romanos, y el hombre sabio lo es en todo el mundo. El animal mas venerado de los españoles es el leon: y el hombre cuerdo, temido y venerado de todos los vivientes, y con tantas partes tan superiores á los animales, dá en pago una continua ingratitud, sin acordarse de las obligaciones de cristiano, amando á la mentira y el engaño: y mandando Dios que ampare á su prójimo, en lugar de hacerlo le pone el pié para que caiga. ¡O culebra vil é inutil! que arrastrando andas por encima de tu mismo pecado, sin dar la mano á la razon, para que sirviéndote de muleta te levante del engaño en que estás. Si el castigo del mentiroso fuera como el de la atrevida abeja, que pica, y el atrevimiento le cuesta la vida, él se aparta de su daño. En fin, volviendo á mi historia, no hay cosa estable en este mundo; pues lo que hoy es cuerpo viviente mañana es frio cadáver. Enfadóme el mendigar con tanta salud, y aconsejado de un religioso, á quien yo acudia, y de quien siempre he recibido buenos consejos, dejé la vida poltrona, asistiendo en su convento, donde hoy estoy sirviendo, sin que me falte cosa de lo necesario para alimentar la vida, que es la que te he contado.

Muy agradecido te confieso, dijo el cautivo, á la merced que de tí he recibido en haber contado tu vida, que de verdad que tiene que dar muchas gracias á Dios, el que criándose sin padres, ni maestro, sale virtuoso, y en particular el que ha corrido siempre fortuna de pobre; y porque ya es tarde, y el cuerpo miserable pide descanso, dejo de contarte mi peregrina historia; pero lo ofrezco para la primera ocasion: solo te digo que mi nombre es Onofre, mi patria Nápoles, y te suplico que por la mañana vengas, para que como hijo deste lugar me le enseñes, con las cosas mas notables que en él pasan, que pues confiesas no moverte el interés, yo te ofrezco el agradecimiento. A quien Juanillo ofreció de servirle, y despedidos, se recogieron.

DISCURSO II.

No apenas mostraba el dia sus deseadas luces, pues solo las muestra ó manifiesta entre penas á aquel que las aguarda para ofensas de Dios, sirviéndole de letargo mortal lo que por alivio le envia el autor de todo. Mostrólas entre alegres endechas de diversas aves, con cuya sonora armonía alaban á su Criador, cuando llamó á la puerta de la posada de Onofre Juanillo, á quien halló vestido, que á quien siguen cuidados poco acompaña el descanso. Diéronse los buenos dias, y despues de preguntarse como habian pasado la noche, y respondídose cortesmente, dijo Juanillo así: Pues Dios ha sido servido que veamos la luz del dia, habiendo pasado la oscura tiniebla, aquella que con su manto nos enluta las luces que nos alientan, con que nos da liciones para morir, pues cada dia tiene fin, sin reservarse el mas festivo ó lucido de el año, imitando la triste muerte á la fria noche, pues atrevida acaba la vida mas descansada y la edad mas robusta, hilando siempre el estambre sutil de nuestra vida la parca Cloto, Lachesis la tuerce, y Atropos la corta. ¡O corta vida del hombre! pues sin hora de descanso pasas la carrera, sin poder volver atras un paso. Razon será que desterrando la pereza nos encaminemos adonde con quietud oigamos misa; y si te parece, sea en la casa de la milagrosa Vírgen de las Mercedes, pues es á quien debes el buen suceso de tu libertad, que allí hay gran quietud, que es la parte que mas conviene para contemplar tal misterio. Contento soy, dijo Onofre, bien puedes guiar donde quisieres, que desde luego te doy palabra de obedecerte en todo.

Fueron, y á breve instancia llegaron al religiosísimo convento de la redentora María, en cuyo altar mayor hicicron oracion; pasando al milagroso santuario de aquella hermosísima aurora, que desde el seno del padre fué enviada para ser madre de Dios, con el privilegio de concebida en gracia y en gloria, dádiva de su amado hijo, como quien pudo y quiso: y así que entraron en la capilla, cuyo título es Remedios de el hombre, salió misa, que oyeron con grande quietud, hasta que copioso número de hombres y mujeres se llegaron á la santa comunion, que duró el darla largo espacio, de lo que Onofre estaba absorto y elevado, viendo tantas almas arrepentidas junto á su Dios, pues con amor le recogian en sus entrañas. Acabóse la misa, y saliendo á la calle, preguntó Onofre á Juanillo, si era continuo el comulgar tanta gente. A lo que respondió: Sí, y dura el tiempo que las misas, que será hasta las dos del dia, y no es solo en esta capilla, que hay en Madrid muchos santuarios donde es lo mismo. Onofre no cesaba de dar gracias á Dios, diciendo: Señor, tantas almas buenas son causa sin duda que nos consintais á tantos malos, como somos en este mundo. Perturbólos la contemplacion una tropa de pobres que iban á todo correr; y habiendo Onofre reparado en sus achaques, que despues de colmada edad habia tullidos, mancos, y otros con plagas

bastantes para pedir limosna. Reparó en otra cantidad de mujeres, asimismo pobres, con las ruinas que la edad y la necesidad traen. Preguntó á Juanillo la causa de ir separados unos de otros, y donde tan apriesa; á lo que respondió: Estos van con la bulla que ves por conseguir el coger limosna de dos ó tres casas; y el ir apartados hombres de mujeres es que en algunas casas de señores, donde dan limosna, gustan que el rato que aguardan sea no estando juntos, porque la ociosidad no tome ocasiones; y así dan en unas casas la limosna á hombres, y en otras á mujeres; y yo me conformo con el buen gusto, pues aunque pobres tambien son de la culpable materia que los ricos, aunque algunos creo que extrañan esta verdad, pues en viendo á un pobre huyen dél como de una fiera, siendo quien por un ochavo se ofrece á ser abogado ante el tribunal de Dios. ¡Qué de cosas consigue el que da limosna al necesitado! pues viéndose socorrido, dice (penetrando con aquella humilde vista las celestes esferas): ¡Dios te dé que dar, dándote de sus bienes! El que lo ve ó lo sabe esparce fama, pues con amor le alaba de caritativo y limosnero. Dios que todo lo alcanza, le señala premio, porque parte con el mendigo el hacienda que le dió en administracion. ¡O grandeza de la limosna dada con amor! Que no es razon darla con desagrado al que necesitado la pide, que harta vergüenza gasta (y bien propia) á trueco de sufrimiento ageno, y no serán estos pobres solos, prosiguió Juanillo, que por otras calles irán muchos mas; y estos son pobres que no perecen, porque piden públicamente, pero cuantos necesitados habrá de puerta adentro con muchos hijos, sin tener pan que darles. Tal creo, dijo Onofre, pero no morirán de hambre, que tienen gran Dios que los socorra. Así es, respondió Juanillo, y para que alabes su grandeza, y por el camino que cuida de sus ovejas el Pastor celestial, escucha.

Sale de la casa de un hombre poderoso una criada en busca de lumbre, y pasa cuatro puertas de la suya; vive en la que llega á llamar una pobre viuda con seis hijos: allí va á buscar lumbre, donde no ha ido jamas; y casi en jamas se enciende; allí la guia Dios; llama á la puerta, y pregunta: ¿Hay lumbre? Conócela la mujer en la voz, y con eco afable la responde que no. No lo oye la moza, y entra dentro; la buena mujer la recibe como á cosa de la casa de un poderoso, que amor, rendimiento y agasajo siempre sobra donde sobra necesidad; la moza la mira el rostro pálido, lo que un pobre trapo, que sirve de toca, concede que se vea: vuelve la vista á un lado, y ve entre una muy remendada manta seis criaturas, á quien por tapar mal la poca ropa manifiestan harto trabajosas camisas; uno llora, otro se va enterneciendo, como ve llorar á su hermano: el mas pequeño pide pan, otro pide agua, otro dice que le vistan, y el mayor con algun discurso les dice que callen, y no sean cansados. La madre enjuga con la toca las lágrimas que el sentimiento ha traido á sus ojos, y dice: Déjalos á los pobres, que no se han desayunado desde ayer mañana. La moza que por lumbre habia ido se enternece, y queda como absorta: mira á todas partes, y cuanto ve todo es pobreza: vuelve el rostro (porque no vean su sentimiento) y enjúgale en el revés de la basquiña; sálese triste, sin pedir lumbre, y sin ella se va á su casa: vela su

ama, que aguardándola está para hacer chocolate, dícela : ¿Cómo no traes la lumbre? La moza no acierta á responder : mírala su señora el rostro, vela lloroso: pregúntala qué tiene, ó quién la ha ofendido, qué la falta, que cómo habiendo salido bien alegre, vuelve tan triste, que la saque de dudas, y la responda. La moza, impedida de un sollozo, negándola el paso á la respiracion, forma medias palabras, y á partes iguales, ojos y lengua, cuenta la miseria que en aquella casa hay, y la necesidad que padece. La señora, llena de piedad, agradece lo compasivo de su criada, y dícela : Si tú, á quien no acompaña tanto discurso como á otros, sientes tan entrañablemente la miseria del pobre, ¿cómo mi corazon no se deshace en lágrimas y te acompaña? Y pues me has dado en que merecer con Dios, y poder emplearme en un acto tan agradable á sus ojos, socorrer quiero á esa mujer pobre, que bien tengo entendido que es una viuda recogida y virtuosa; y así dueña te hago de cuanto hay en casa; alienta su pobreza, y ten cuidado cada dia de hacerlo, pues Dios me ha dado con que. La moza, desde aquel dia nada perezosa, se convierte en ángel, y cuida de aquella Daniel metida en un lago de miserias, rodeada de seis leones, llevándola el sustento.

Mira por el camino que Dios envió á esta pobre que comer, pues bien puedes creer que pasa en este lugar esto y mucho mas; y tambien hay algunos que pueden hacer limosnas, y no saben que tal se usa en el mundo, ántes sirven de quitar el sustento al desvalido, en lugar de dárselo, y pasan á mas, que lo mismo que los sirve para anhelar tambien se lo quitan ó encarecen.

La bien gobernada república de abejas cria entre sí un animalejo parecido á ellas en lo que la vista registra; llámale zángano; susténtase con el trabajo de la pobre abeja, gozando del licor que su afan cria, pues la come la miel y la cera, sirviendo solamente de estorbo y de inquietud, sin dar provecho alguno, y aun no se contenta su ambicion, que cuando salen las abejas á buscar qué comer, va con ellas, y es el que se come las flores mas copiosas y altas, sin dejar las cosas buenas; hasta en en la comida pone carestía, que no se contenta con quitarlas el sudor y aliento con que afanan (siendo su estorbo y su inquietud, y apurándolas el caudal) que tambien las quita lo que las sirve de aliento. ¡O zangano con quien hablo! que no quieres conocer la pobreza de esa abeja, teniendo en tu casa donde habitas mucho mas de lo que has menester; y allí te ha dado Dios (con medida colmada) los haberes del siglo : conténtate con eso, y deja al pobre que aliente su penosa vida, pues con ella está gustoso, aunque no sale de trabajos; no le quites lo que le alienta, que le cuesta gotas de sangre; y si no quieres cesar hasta ver acabada esa higa que contemplas en el mísero, mira que una que cuesta dos cuartos suele librar de mal ojo al que la trae : compra tú las alabanzas de un pobre por dos maravedís, que en tal ocasion lo harás que te sirva de guarda para no caer en las llamas eternas. Escucha, oirás lamentar al pobre, y verás como Dios cuida de lo que tú habias de hacer con la hacienda que te dió; no te hagas malquisto con tu Criador, abre los ojos y presta el oido, que si no lo haces te diré que aun eres peor que el aspid, pues para no oir á quien le

quiere encantar, cose el un oido con la tierra y el otro tapa con la cola; pero hácelo por librar la vida de los que procuraban que salga de la cueva para matarle; pero tú tapas los oidos con los entretenimientos, por no escuchar las lástimas, y cierras los ojos por no ver al que representa á Dios cuando andaba en el mundo, pues pobre fué desde que nació en un pobre albergue, hasta que murió en un desierto, siendo enterrado de la Misericordia: mira que el aspid por defender la cabeza opone al riesgo todo el cuerpo, y tú opones toda el alma para defender la hacienda. Y si no te mueve lo dicho para que la conmiseracion te ablande, mira que de Amasis cuentan que, viendo llevar á morir á un solo hijo que tenia, no lloró ni mostró sentimiento alguno, y lloró muy tiernas lágrimas viendo pedir limosna á un amigo suyo: compadécete tú de ver entre miserias y aflicciones al pobre, que puede ser que sea indigno del estado que tiene, y tú del que gozas: limpia la cera del oido; desembarázale, déjale sincero, y entónces escucha.

¡Ay! dice el pobre al amanecer, si Dios me dará en que ganar un pedazo de pan para mis hijos. ¡Ay! dice á medio dia, hijos queridos, tomad ese pobre sustento que vuestro padre ha adquirido. Saca de un paño blanco y roto dos cuartos de morcillas de carnero y un panecillo; enternécese, y con la capa se limpia los ojos: mírale su esposa, y dice entre sí: Corazon mio, ¿de qué metal eres hecho, que viendo aquellas lágrimas de sangre blanca, tú no las viertes de sangre roja? Surten tantas á sus ojos que tal vez las niega el paso el penoso sollozo: el pobre marido, que á su pena habia menester quien le ofreciese alivios, es quien necesita de consuelo para su mujer; ásela las manos, llégala á sí, y abrázala, diciendo: Pasa ese corazon con el mio, amada esposa, para que yo sea solo el que sienta por los dos. A este paso, atentos cuatro hijos queridos y bien doctrinados, forma una capilla de tristes voces, y de verlos llorar, y á sus padres, procuran el consuelo, por aplacar su llanto. Uno dice: Madre mia de mi corazon; otro: Padre de mis entrañas; otro chiquito, de ver llorar á sus hermanos, ya se enternece y suspira. Llamad, niños, al padre del alma, que es el interior y el poderoso, que el padre exterior no puede mas. A tantas lágrimas, á tantos suspiros, á tanta afliccion y á tanta pobreza; ¿quién será quien socorra? ¿El rico, el próspero, el que tiene mas de lo que ha menester? No. ¿Pues quién? ¿Dios, por medio de la misma pobreza, cuida del vil gusano, del bruto, del ave y del pez, y se habia de olvidar de su imágen y semejanza, que es el hombre! No cabe en Dios la dureza que en el mortal.

Llama á la puerta un religioso capuchino, y dice: ¿Hay un huevo para los pobres enfermos? Recoge el llanto la mujer, y sale á responder, no tan enjutas las lágrimas que el religioso no conozca su tristeza. ¿Qué tiene? la pregunta. ¿Qué le aflige? No me niegue la verdad. Surten otra vez á sus ojos copiosas lágrimas, que es propio en el triste el aumentar el llanto la vista de quien le puede remediar. Vuelve á sacudir el sollozo, sin poder pronunciar mas palabras que: Mi marido, mis hijos, yo rodo pobreza. No la consiente la pena que diga mas, y sin mas preguntar, entra dentro el religioso (guiado de la misericordia de Dios) donde ve llanto

de inocentes y amor de piadosos. Enternécese tambien, confórtase con brevedad, y empieza á consolar : No hay mas, hijos, ea, desechad la tristeza, que Dios que lo vé lo remediará. Oye su afan de la boca del hombre, que entre sus colmadas penas ya siente alegría, con solo ver aquel saco de sayal tan amoroso á los ojos de Dios, por ser insignia del mas humilde pobre. Saca el religioso de las mangas cuatro panecillos, y de una cesta media docena de huevos; dáselo, y dice : Hermano, Dios se lo dá, acuda á la portería de mi convento cada mañana, que yo tendré cuidado de socorrerle con lo que pudiere. Agradecido el hombre, le ase las mangas, y en él las refresca la boca y los ojos : él se despide, dando á cada muchacho cuatro pasas, con que quedan contentos : y al salir de la puerta la da á la mujer un papelillo; ella, creyendo que es el nombre de Jesus, le mete en el pecho.

Vase el religioso, y ellos quedan con un consuelo tan interior que llenos de gozo no hacen mas de mirarse el uno al otro. Llégase uno de los muchachos á la madre, y como la vió dar el papelillo, la dice : ¿A ver qué es, madre mia? Esta saca el papel, extiéndele los dobleces, y ve que tiene mas letras de las que imaginó : dásele al marido para que le lea, ve que es libranza en que dice la providencia de Dios : Dé el síndico de este convento de San Antonio treinta reales al portador. Ya el gozo en estos pobres encubiertos pasa de gozo, pues enmudecen, conociendo que Dios ha sido el que ha socorrido su tristeza : vase el hombre á su afan, y la mujer sale en busca de quien la ha de pagar el papel; hállale con brevedad, y con un semblante de gozo la despacha con su dinero.

Abre los ojos, rico miserable, pues has escuchado el llanto del pobre, y ves como á tus descuidos se desvela el mismo Dios, para cuidar de lo que á tí tocaba de derecho con el hacienda que te pidió.

Perdona, Onofre, prosiguió Juanillo, si te he cansado, que en llegando á estos lances, como pobre, aunque se enternece el alma, el corazon me ofrece alientos para decir lo que pasa en Madrid, tan verdaderamente como lo has oido. Antes te confieso, dijo Onofre, que gusto tanto de oirte, que lo hiciera continuamente; pues á tus razones cualquier pecho cristiano debe atender; y así prosigue si tienes mas que decir, pues todo lo que pasa en este lugar de tan gran confusion, no se puede ver, y para saberlo necesito de tu buen discurso. Siendo eso así, prosiguió Juanillo, pues has oido del modo que pasa la vida el pobre, oye de la forma que la goza el rico.

¿Qué tiempo hace? pregunta el poderoso por la mañana. Responde un criado : Triste hace el dia, y está lloviendo (bien responde este criado); triste y llorando está el dia. Poderoso, abre los ojos del entendimiento, y verás como cesa el tiempo de arrojar lágrimas, para que lluevan tus ojos. Manda que cierren las ventanas, y que le traigan chocolate. Vase levantando, abriendo mas boca que la tarasca. Salta de la cama, y ya le espera un criado, ocupadas las manos con unas chancletas de terciopelo; póneselas en los piés, y otro criado le echa en los hombros una capa de grana, y pone en la cabeza una gorra de felpa. Siéntase cerca de la cama, junto á un brasero de lumbre, no porque siente frio, pero basta el que

ha oido decir que le hace. Vase calzando, entra el chocolate, tómalo, y acábase de vestir. Manda poner el coche, vase á misa, porque es dia que obliga (esto hace, si no hay oratorio en casa, que en Madrid ya hay tantos como poderosos); procura oir la mas breve, y da vuelta á casa. Pide de almorzar, algo ligero, porque no se le estrague la gana para el medio dia, porque solo esta pensando en que ha de comer mucho; sácanle una conserva, toma dos bocados, y parécele que se le han abierto las ganas, con que dice que le saquen algo de mas jugo : tráenle una polla de leche, come las pechugas y la rabadilla; va pellizcando lo mas tostado, y poco á poco la deja esqueleto. Manda quitar la mesa, y sobre el brazo de una silla, donde está sentado, se recuesta; á breve rato pide un libro entretenido, dánsele; lee breve, y manda que le toqueu un instrumento; en estos lances llega la hora del comer. Llámanle á la mesa, donde le esperan diversas viandas, come de todas, sin reservar principios ni postres. Levántase (murmurando entre dientes de un palillo que le escarba las encías sin hacer caso de lo que le escarba la conciéncia) y pregunta qué comedia hacen; dícenselo, y responde : Mal título tiene, pero no hace tiempo para otro entretenimiento. Vase á ella, vela representar en compañía de otro de su misma posibilidad; y si no le gusta mucho se sale á la segunda jornada, alborotando para ello la gente del patio. Vase á casa (si ántes no se van adonde Vénus convida con su plato), pónense á jugar, hasta la medio noche, y de cuando en cuando pide de beber con sus bizcochos de canela. Dice el uno : Esta vida no se puede llevar; hace un tiempo tan encogido que no sabe un hombre qué hacerse, sin poder salir á espaciarse. El otro dice : Mortal estoy en tales dias, sin poder ir á buscar un entretenimiento. Este se debe de sentir inmortal lo mas del año, pues dice que está mortal en dias tristes, no mas. ¡ O qué ageno está de la razon el que en solo un dia dice verdad, sin hacer reparo que el mismo tiempo esconde sus luces por no ver las demasías que hace el hombre ! ¡ Qué vida pasarán estos, que tienen bienes en dias alegres y espaciosos, si en los tristes y encogidos, pasando la que he dicho, les parece penosa, y puede ser que los pariese su madre sobre una alfombra de malvas, y recogiese en harto pobres pañales. La cosa mas amada y aborrecida que hay es la pobreza; todos la alaban, y con razon deben hacerlo, pero nadie la busca ni procura, que el poderoso no la alaba para propia: que bajarse de aquel lugar en que le tiene la fortuna, no le está bien, ni es consejo sano para él; pero pues ama á la pobreza, porque Dios la amó, se acuerde del pobre, á quien suele probar la paciencia el corto poder, y repare que tiene la fortuna muchas mudanzas, y que el capitan Belisario, despues de haber vencido á los persas en el oriente, á los godos en Italia y á los vandalos en Africa, dando todas estas victorias al emperador Justiniano, el mundo le pagó por una libranza de la envidia, y le sacó los ojos, viniendo á tan miserable estado que su albergue era una pobre cabaña de pastores, de donde salia á pedir limosna para alimentar la triste vida. Nadie confie en que tiene, obre bien, que no hay mayor seguridad ni vida mas descansada, y tenga por cierto que el caritativo y piadoso (que siempre anda lo uno con lo otro), si se emplea en el socorro del necesitado, es como la

luz, que hermosa y caudalosa, llegan á ella otras que necesitan de resplandor, y pródiga da su caudal á los mendigos necesitados, sin que en ella se conozca falta alguna, ántes mas copiosa miéntras mas da.

Estos ricos, para el adorno personal no dejan terciopelo rizo, ni liso, felpa, chamelote, tafetan, ni raso, que todo no lo arrastran, y aun inventan otras telas; medias de pelo, y de arrugar, las bastantes; zapatos, los que sobran; sombrero, de castor, mas de uno; ropa blanca, mucha, que no hacen otra cosa las doncellas de casa. Deste modo viven, no como un hombre deste lugar, que yo conozco, mozo, rico y soltero, que habiéndome enseñado su casa, y despues del adorno, que era bueno y curioso, habiéndosele alabado, me dijo: Lo mejor falta que veas, y sacó de debajo de la cama un ataud, dado triste color, y dentro dél la mortaja, atada con un cordel de esparto: y viendo alguna suspension en mí, me dijo: Mas cierta es esta alhaja que cuantas has visto: mortal soy, sé que me he de morir, y para que no se me olvide tengo debajo del lecho donde descanso este despertador. Esto es en cuanto á la verdad de la muerte: en la posibilidad de todo lo que adquiero, son dueños de la mitad los pobres: en cuanto á otras obras, quédese á Dios. Esto me dijo, y yo digo ahora que esta vida es como la flor del amaranto, que jamas se marchita. Mas da que hacer el pobre en su casa; pero ¿qué pobre hay que no enfade, estorbe y canse, si le oprime la necesidad? Cada noche ha menester su mujer dos cuartos de hilo para remendarle el hato: toma la camisa, y mas que el verla rota, la aburre y consume no tener remiendos para ella, obligándola la fuerza de la necesidad á cercenar las faldas para acudir al cuerpo; si ase los calzones (que parecen, salpicados de diferentes remiendos, papagayos en muda) los tiene en pié, volviéndolos lo de atras adelante. Las mangas vestideras, que asidas á un miserable jubon de gamuzas andan, son de fustan, bien parecidas á los calzones en lo trabajoso. La ropilla, sin mangas, que perdidas se han deshecho á puras peticiones de los zaragüelles. La capa, muy alcuza, que tambien ha entrado en las sisas de tantos remiendos, como se han ofrecido para socorrer la necesidad del vestido. El sombrero, como los zapatos, que á puro limpiarlos ya no tiene color. Las medias han sido parte para haber hecho á su mujer maestra de coger puntos, y con toda esta miseria se holgaria de tener qué comer para él y su mujer.

¡Dios justo y santo! que haya hombres á quien diste hacienda sobrada, que no reparen en la mujer que no sale á misa, por no tener manto, y en la que por ser vergonzante aguarda á que la noche la ampare para salir á buscar un pedazo de pan, y la que, para dar de comer á sus hijos, va al matadero, y aguarda á que arrojen unos desperdicios de los vientres de las vacas para cogerlo, y con ellos sustentarse, y que todas estas que digo tambien tuvieron bienes, y ya no quedó ni aun señales de que hubo, solo quedó la puerta que la vil necesidad abre para que la virtud se vaya, y solo al que puede se le concede cerrar esta puerta que tan olvidada tiene; pero ¿qué mucho, si los tiene turbada la vista tanto entretenimiento como inventa su poder? Estos zánganos aun no se contentan con

hacerse ciegos y sordos á las tristes y necesitadas quejas del pobre, que tambien procuran quitarlos lo poco que tienen.

Vive cerca de la casa de un poderoso un pobre, en una casilla que fué de sus abuelos, y siempre la reserva de las ocasiones de la necesidad, temblando de que si la vende se acabará el dinero que le dieren por ella, y se hallará sin casa y pobre como siempre. El poderoso no cabe en la que vive; y para ensancharse, por medio de un criado suyo, y amigo del pobre, le envia á decir que le venda la casa: responde que, aunque su necesidad es grande, pues los mas dias no tiene que comer, que no se determina por el presente á enagenarla, que ántes pedirá por Dios un pedazo de pan. El poderoso que tal oye, le parece grande atrevimiento el que el pobre ha tenido en no haberle obedecido; y mas furioso que sierpe herida, promete en su corazon el darle mala vecindad, para que se vaya aburriendo. Cáese en estos lances una tapia que dividia las dos casas; con que el pobre parece que ha estado toda la vida en lo profundo de las minas del azogue, segun tiembla, porque no tiene con que levantar la parte que le toca. La tapia primero temblaria que se cayese: ya tiembla este pobre; á él le harán caer. El rico le envia á decir que mire que es menester abrir zanjas y sacar cimientos, y levantar rafas de ladrillo, que es decente para la guarda de su casa y hacienda, que busque dinero, y que si no lo hace con brevedad, le echará de la casa por justicia, porque está por su lado muy á riesgo su hacienda. El pobre responde que por su casa no le faltará nada, y que él no ha menester tanto gasto, que con un cimiento de piedra aguja, como ella tenia, y una rafa de yeso, tiene harto. El rico se enoja, y le amenaza. Busca un albañil conocido, y un ministro que lo sea tambien (que de la parte del rico nunca faltan cirineos). Dicen al pobre que mire que es menester levantar aquella tapia, ó que dé fianzas de seguridad á la hacienda de su vecino. Él que tal oye se pone mas triste que la noche: dice que le den tiempo para buscar dinero sobre la casa, por no tener otra prenda: á lo que le responden que buen espacio busca, que procure modo mas breve, porque á otro dia sin dilacion alguna se ha de empezar. El pobre no sabe qué responder; quédase confuso, mirándolos como quien dice: Socorredme por pobre. A esotra puerta, que esa no se abre. El maestro, como le ve confuso, le dice que mejor le ha de estar el venderla, y pues tiene tan buena ocasion, que hace mal en no gozarla, porque la medianería le ha de costar mucho; que tome su consejo, que le ofrece de hacer sus partes en la tasacion. El pobre que tal oye, y se ve sin consejo, mas de aquel que le dan, y que todos son de parte de que la venda, se determina á ello. Tratan de concierto, ajústase; danle su dinero, y échanle en la calle: busca casa de alquiler: mírase triste, fuera del rincon donde nació y llamaba suyo. Hállase embarazado con el dinero, y temeroso de no gastarlo, ó que se le baje, busca donde ponerlo á ganar; halla con brevedad un enredador que le carea con otro, que de ordinario el malo trae otros tales por segundas personas; dícele que don Fulano es hombre hacendado y de mucho caudal, á quien podrá dar aquella cantidad. El pobre con facilidad da crédito á todo, porque le parece que como él es

hombre llano y sincero, todos lo serán. Entrega su dinero, hácenle escritura de á tanto por ciento, y de su misma hacienda le dan medio año adelantado de réditos : cree que le han dado algo; pasa el primero mes, y al segundo ya se ha levantado el enredador con el hacienda deste pobre y otros.

Mira la obra que hizo el zángano poderoso á la cuitada abeja en quitarla la casa, sin reparar que en siete piés de tierra ha de estar hasta el fin del mundo, y para cuatro dias que tiene de vida, le parece poca la capacidad que pisa, quitándole para ensancharse la humilde choza al mísero y pobre viviente.

Es la carcoma un gusanillo pequeño, pero muy ambicioso : no se contenta con poco, hállase con mucho y todo lo pierde. Arrímase á un árbol grande, hermoso y pomposo de hojas, con intento de buscar donde recogerse; y al pié de su edificio empieza á roer hasta que cabe su cuerpo. Hállase bien en casa, que llama propia; parécele que la comida no ha de faltar : cree que el tiempo no le ha de ofender, y no se acuerda que hay fin, y aun no está contento, que como va creciendo su soberbia y no cabe en aquel aposento, y procura roer mas y mas en el corazon del árbol, labrando salas y recibimientos muy de su gusto, hasta que a puro roer al árbol le seca y quita la vida. Repara en el labrador que busca leña, y como le ve tan sin jugo de virtud, le corta para entregarle al fuego, donde con toda su vanidad muere la ambiciosa carcoma. Guárdese el que con hacienda mal adquirida labra palacios, que puede ser faltar el brio que le alienta, y llegar Atropos con su cortadera, y derribarle. Pida á Dios (arrepentido) ántes que falte el tiempo, que este labrador, que no reserva árbol, por mas grande y copetudo que sea, que no le corte para entregarle al fuego eterno. ¿ Quién es el que verdaderamente se puede llamar rico, preguntó un discípulo á su maestro ? Y respondióle que aquel que humilde (estando próspero en los bienes del mundo) se tenia en poco, siendo de otros tenido en mucho. Y añadió: Aquel que se templa por sí solo, cuando está mas airado. Un poeta dijo que los bienes deste mundo eran todos como el vuelo del águila, que apenas le empieza cuando se desaparece. El obrar bien es lo mas durable : y el acudir al pobre es el oro que resplandece en las armas del noble; que el pobre, todo su caudal se convierte en imaginados deseos; y el caudal del rico, son los cumplimientos de sus apetitos; pero el pobre deseando, y el rico ejecutando, tienen á quien temer, que es la muerte.

DISCURSO III.

En los oidos del piadoso, siempre suena bien la conversacion, que solo se endereza para consuelo del pobre : ejercicio honesto es hablar en la caridad, y aumentos espirituales y temporales del prójimo, y de hombre de

sano juicio es dar licion de virtud, en particular al que carece della; y así todo cuanto he oido, amigo, dijo Onofre, ha hecho en mis oidos muy gustoso ruido; bien se conoce que tienes experiencia, en lo que has dicho, pues lo cuentas como á aquel á quien puede haber sucedido. Ya te he contado, respondió Juanillo, como siempre he sido pobre; y así como tal te confieso que puede ser, pues los trabajos nunca huyen del misero en bienes de fortuna; pero cree que pasa en este lugar lo que te he contado, y aun mucho mas; y pues el dia va manifestando su edad, y el sol descubre sus luces á la tierra, con que la fertiliza y alienta, guiemos por esta calle arriba, saldrémos á la Plaza mayor, y verás como va empezando su confusion, que despues que alabes su hermosa planta, harás reparo en lo que encierra de mantenimientos, que no es el menor bien de una república tener rey justo y piadoso, juez entendido, gobernador desinteresado, y plaza abastecida. Pasaron la puerta cerrada, y subieron la escalera de piedra de la Caba, dando en el portal de los Pañeros, en cuyo sitio hizo reparo Onofre, preguntando á Juanillo qué tiendas eran aquellas, que le admiraba lo adornado y compuesto de sus telas. A lo que Juanillo respondió: Todas estas, y mas que hay á la vuelta, son de mercaderes de paños, y yo me acuerdo (y no soy muy viejo) cuando en cada poste destos habia otra tienda de medias de cordellate de todos colores; y algunas que habia de regalo eran de estameña, y todas se vendian, porque las compraban las mozas de servicio; y ya es mercadería, que sin pragmática se arrinconó su traje, como el de los cuellos y los guardainfantes en este tiempo; pues no hay zarrapastrosa que no haya condenado á destruicion las faldillas del jubon (quitasol del guardainfante) solo por ir hecha toda ella una francesa, ó gruesa de agujetas, pues mas parecen señuelos de la paranza del pecado que trajes decentes. Pues dime, preguntó Onofre, no hay ya quien sirva, ó qué es la causa? Mas mozas hay hoy que damas replicó Juanillo, y no falta á quien servir, pues no hay verdulera ni carnicera que no use y quiera criadas. No consiste en eso, y si lo quieres saber, escucha, pues no te cansan mis razones.

Está ya tan perdido el mundo, y en particular este lugar, que las que en el tiempo de marras eran mozas de servicio ya son damas en esta edad, usando el traje que te diré, que es harto indecente, pero muchas que le usan y sirven me dan que notar, el que sea cierto estar contento y pagado su amo, aunque la vea con mas adorno que á su esposa, pues consiente el que lo ande con su desvergüenza y libertad; y verdaderamente mas pena debe (en mi juicio) el consintiente que el hechor. Trae la picarona camisa muy delgada, con el cabezon y puños bien labrados; enaguas de beatilla, con puntas algo grandes, porque se vean bien que es anzuelo para la pesca destos tiempos; medias de pelo, de un color tan salido como ellas; calcetas de hilo muy delgado, mas de un par, porque hagan piernas; zapato muy replicado, él, y el zapatero porque le hiciese pequeño; ligas de colonia ancha con puntas blancas, que faltaren lo que se ha de ver, fuera mucho descuido en cima de un jubon de cotonia, uno de rasilla, porque venga con la tela de la cara, que es bien rasa; la cabeza hecha un mayo con cintas, de mas colores que inventa Venecia,

toda ella una flor, pero flor con muchas espinas, mas que el espino, junco, zarza y cambronera, frutos que produjo la tierra despues que fué maldita. Trae arracadas de perlas, y perlas por gargantilla, que para tales damas ya murieron coral, azabache y abalorio y peonías, ya no se siembran: usan un guardapiés con ocho guarniciones muy anchas, y en traer la cara acicalada no se descuidan, como anda en venta la hoja: cúbrense con una capa mejor que la trae su amo, ó con una mantilla blanca muy grande; á él no se le da nada, porque la mira con gusto. A pocos lances pide manto: en siendo señora dél, pide puntas, que sin ellas dice que es de viuda, y no entiende en serlo. Mira tú todo esto, como se sustentará con quince reales de salario: no guian ellas el agua á su molino con los quince del salario, con tener quince al gasto. ¿Y á esa moza que has pintado, dijo Onofre, quién la sirve? que dama tan compuesta ha menester criada. Dentro de casa la tiene, respondió Juanillo, que lo es su ama; porque gusta el señor de casa, que como trae medias de Inglaterra, que parece que han tenido viruelas y muchas, segun sus costurones: sírvenla de ligas unas cintas de lana; los zapatos son, aunque viejos, hartos de cordoban y suela; camisa echada en casa que la hiló ella, y no su criada; toca de lino en la cabeza, y en las orejas arillos de plata, con unas calabacillas de coral; gargantilla de lo mismo; vestido de estameña de Toledo, y manto de peso, todo apreo de buen gusto, mas no á gusto del señor, que le ha empleado todo en su criada, porque cuida del rostro, sin hacer reparo que rostro y cuerpo tienen el título que el libro de Montalvan. Así consiente á la mujer que sirva á su criada. Ciego está tal hombre, y es fuerza que lo esté quien se ha dado todo al dios vendado. Porque no se pierda esta moza, dice á su esposa que la tiene en casa, que como es de buen parecer, será lástima que ande de casa en casa. Esto dice el que usa tales yerros; la mujer no trata mas que del servicio de Dios: es sana, no tiene malicias, y cree que todos son así. Vase á misa, y aunque tarde, por oir dos ó tres, y se queda á sermon si ve disposicion de que le ha de haber: no la pide cuenta el señor, como queda entretenido con aquel disgusto que por gusto tiene.

En ciertas partes del mundo he oido decir que se crian centauros ó sagitarios: son unos brutos que de medio cuerpo arriba parecen hombres, y de medio abajo caballos; yo no los he visto en estas partes, pero sé que se crian en Madrid muchos que parecen hombres y son brutos, y así, á quien vive como he referido, le daré este aviso, diciéndole: Hombre al parecer, mira que no tienes razon, que la una es la que Dios te dió por esposa, y esotra es una moza de servicio, que te tiene fuera de tí, comiéndote el hacienda, enfermándote el cuerpo, y encenagándote el alma: abre los ojos del entendimiento, y mira que, sin que tú lo sepas, con lo que á tí te quita, sustenta dias ha á un lacayo de valonas y medias, porque es mozo de brios. y ahora mira no de mala gana á un criado de un alcalde, porque trae coleto y vaina abierta: mira con los personages que se emplea tu dama ó tu criada. Puedes creer, prosiguió Juanillo, que no es murmurar lo que te voy á decir, que no todas estas salen estériles, que algunas se llenan de huesos la barriga, y viéndolo el agresor, como va

creciendo el bulto, le juzga por suyo, sin reparar en que pueden haber trabajado muchos en aquella obra. Procura buscarla donde esté, que tenerla en casa ya fuera demasiade falta de vergüenza. A su mujer la dice que ya no hay que creer en ninguna moza, que mire quien pensara tal de una muchacha como aquella. Halla donde esté, que no faltan unas pasadas ollas, que ya quebraron, y sus casos sirven de tapar otras nuevas. Esto hace, si acaso su desvergüenza no la consiente parir en casa, haciendo á su esposa que la sirva y regale, y crie como á hijo lo que pare, dándola por ello muchas pesadumbres, si acaso no pasa á tratarla mal de obra.

Pare fuera de casa por fin y postre de aquel lance; y apenas lo arroja cuando lo da á criar, ó echa adonde la piedad los cria: hállase la recien parida con los pechos cargados; anda dolorida, quejándose. La que la acude, consejera á mas no poder, la dice que si fuera ella que buscara cria: parécele bien la licion, y sin dar cuenta á su amo, van juntas á la casa de una buena señora, que llaman capitana de gente lechal, que vive á Lavapiés: búscala una casa de unos señores que tienen poder de hacienda, con que sustentan criados y criadas. Es la primera criatura que han tenido: empieza á darla el pecho, y á pocos dias se le luce á lo reciennacido el cuidado de la ama: los señores muy contentos empiezan á darla el vestido. la joya, y otras alhajas que la generosidad del poder reparte con quien le agrada. Hállase mujer de prendas, y con la quietud y el recogimiento está de buen parecer: y ella, que no lo tiene á novedad el saberse engerir, úsalo ahora con mas libertad, con que se pone de luna llena la que no ha salido de menguante. Repara en ella un criado de los de escalera arriba; ve la moza, y de buena cara, con buenas alhajas, querida de sus amos y envidiada de las demas criadas; empieza á galantearla para esposa; ella lo conoce, y se pone mas hueca que calabaza añeja; y entre la gravedad y la estimacion, no la parece mal, ni le paga en mala moneda: habla el pretendiente á sus amos del intento que tiene, y gusta de su acierto, porque ban sabido de su boca de ella que con palabra de casarém contigo la hubo un caballero, y el dia que se habian de sacar los recados para amonestarse, le mataron quedando preñada, y que lo que parió se murió. En fin se ajusta, porque quiere sombra de marido; y ya tiene creida su autoridad con la compuesta mentira, pues con la mascarilla del engaño tapó la infamia de sus obras. Cásanse muy á gusto, porque ella ha conocido en él buena masa, que es lo que ha menester su condicioncilla: hállase con marido, y al instante toma don, que luego las entra á estas fregatrices como heredado, habiéndosele hallado entre las hebras de un estropajo. De mi señora doña Fulana no se ha olvidado su primer amo: sabe que se ha casado, y procura por los medios posibles el verla; consíguelo por órden de la que la tuvo en su casa cuando parió, que razon es que una veleta sirva á todos vientos. Caréanse y el buen señor la habla muy tierno, pareciéndole mas hermosa que nunca; represéntala cosas pasadas, deudas y obligaciones que se tienen; ella, que aun no las ha olvidado, se va ablandando poco á poco, y con el reconocimiento de lo referido, vuelve la conversacion antigua con mas fuerza que ántes.

Acaba de criar; los señores no quieren en casa criados casados; danla mucho mas de lo que la deben, y á él tambien, y despídenlos. Sale enseñada á que la llamen doña Fulana, que la suena bien, y á romper galas, que no la parecen mal; su marido no puede dárselas, y ya le mira como á hombre inútil, que no merecia ser su esposo; ya le utraja, como le ha conocido blando, y mostrándole un bociquillo desabrido, le dice que ¿cuando pensó el piojoso tener tal mujer? que ella debia de estar fuera de sí cuando tal hizo; que trate de buscar con que ella sustente aquel punto en que se ha criado, porque no ha de bajar dél. El pobre hombre se aburre, y viven no muy en paz, porque lo quiere así mi señora doña Fulana.

Si esta desvanecida mujer, que, siendo una pobre moza de servicio, y sabe Dios si nació en las malvas, ya que la sucedió el trabajo que sabe, y Dios la remedió y soldó la quiebra de su honra, y la ha puesto en el estado que está, que parece algo, y es nada, tratara de arrimarse á la virtud, vistiendo honestamente, ya fuera seguir la ley de Dios; y estimando á su esposo, se acordara quien fué, y reparara quien es, sin olvidarse de lo que ha de ser; y que sus galas y hermosura, si la tiene, ha de parar en nada, ó contemplara en el pavo, cuando forma la rueda, en crespando su pluma y tendiendo las alas, alentando sus venas con el caudal de su sangre, pareciéndole entónces estar mas hermoso, lozano y galan que jamas, pero en medio de esta alegría baja los ojos á la tierra, y como ve toda aquella fanfarrona hermosura fundada sobre cimientos frágiles y asquerosos, y ve el lugar donde ha de parar, le sobreviene una melancolía tan grande que le obliga á deshacer toda aquella máquina que habia formado, quedando triste, pensativo, pálido y melancólico. Haz tú lo mismo, y mira, ya que no á tu nacimiento, á la tierra de que eres formada, contemplando en ella tu mas seguro lugar: y haciéndolo así, la tristeza te hará dejar tanto adorno, y recoger las redes y lazos que encubiertos traes en ese traje, que para contentar á Dios todo eso sobra, y para tu marido mucho menos basta.

Y tú, señor, que, siendo tu criada, violaste el sagrado y guarda de tus menores, pues en lugar de doctrina y buen ejemplo los enseñaste á pecar, siendo causa de cuanto hace esa mujer, pues verdaderamente tú tienes la culpa, que hiciste tu casa casa de pecar, habiendo de ser y parecer un sagrado, y guarda de tus súbditos, pues el primer enseño es lo que no se olvida con facilidad, y la misma obligacion tenias á tu criada que á tus hijos, pues todos son menores tuyos; ¿porqué no dejas á esa mujer? ¿Porqué no reparas que es ya otro tiempo, pues es casada? Y no tan solamente debes dejarla, que tambien la has de dar consejos sanos para que no ejercite lo que la has enseñado. Déjala que acuda á lo que Dios manda, y mira que tienes en tu casa una buena cristiana por esposa, que no habrá duda en que sus oraciones te tengan en pié. Vuelve en tí, mira que son contrarios y muy opuestos la vida y la muerte, y que reinando la muerte acaba la vida, y aunque la vida sea reina y señora, no acaba con la muerte; lo mas que hace es no hacer caso della, siendo tan cierta. Tambien el cuerpo y la alma tienen esta contrariedad, y muy reñida, y es menester enfrenar el cuerpo con recio bocado, para que no la lleve ó guie al despeñadero, ni la

inquiete á solos sus apetitos. Mira que el caballo huye del acicate que le hiere; y por apartarse á su entender del daño que recibe, se va al despeñadero, si no le refrenara y detuviera el ginete, haciéndole meter por camino El alma siempre se desvela por guiar al cuerpo á buenos pasos, refrenándole y aconsejándole lo bueno, para que no se pierda y la pierda; pero él huye deste acicate, que le parece mal, y no procura mas gobierno que el suyo, hasta que la edad ó la enfermedad le ablanda, y no repara que la vida es breve, y puede ser muy breve la enfermedad.

Hállase un cuerpo malo de una recia calentura, y toda su ansia es pedir agua, siendo lo que mas le acrecienta el mal, pues no es mas que dar vigor á la materia para que vuelva á encenderse con mas fuerza, y le parece mal la regla del médico, y de quien le asiste, pues procura con la abstinencia que mejore y él solo mira su gusto, aunque empeore. Mira que al oido del discreto hace ruido gustoso el consejo sano, y nadie se arrepiente si primero mira el fin que le puede resultar en lo que va á ejecutar, pues como avisado de sí mismo, no yerra con facilidad; nadie huye de la razon, si tiene juicio, y si huye, téngale por loco: quien arrima ó arrincona el matrimonio de Dios por una vil mujer, merece el castigo que el lopon. Es un animal que se cria en el Ponto de Grecia, isla del mar; así que la edad le da permision y conocimiento, escoge para vivir en compañía una hembra de las que con él se han criado, ó una la mas cercana que le haya mostrado mas amor; con ella pasa quieto y contento, pero algunos viciosos buscan otra por diferenciar, y es tal su calidad que en el mismo acto se quedan muertos, y ellas enferman, siendo causa que en el contento de la novedad (como es animal de poca posibilidad) se desaina: puédese creer, pues el conejo despues del acto se desmaya y cae en el suelo pataleando, como á quien faltan fuerzas para volver en sí. Tambien las palomas, y una vez casadas, no buscan mas compañía, pero son aves sin hiel, y los hombres de estos tiempos tienen mucha. Si te ciega lo adornado del rostro y compuesto de galas de esa que fué tu criada, mira lo adornado y hermoso del alma de la que por consorte te dió el cielo. Mira que un cuerpo lascivo no puede dar ni aconsejar mas de como obra, que todo lo acaba la vida: y que una alma amiga de Dios dá consejos sanos y buenos. Repara que si caes malo sola es tu esposa la que hecha un Argos vigilante se desvela en acudirte, mirando por tu salud, arriesgando su persona entre ansias y trabajos: y la mala mujer solo te quiere en tus adversidades, y en el ínterin que tienes que darla, que en faltando en tí el poder falta en ella la voluntad y el fingido amor, y te va dejando para buscar otro: y puede ser ponerte en ocasion que pierdas la vida y arriesgues el alma. Repara con el sosiego que se pasa el tiempo, si se gasta como se debe, acudiendo á lo que Dios manda; pero busca sosiego, quietud ni tiempo en vida que no se conoce el tiempo, sosiego ni quietud, que en servicio del demonio todo falta: y muchas veces dos lágrimas que llora el engañoso cocodrillo te ablandan y vuelven á su gusto, y las mas veces solo el que diga que las ha derramado; y un océano de ansias y suspiros que ha arrojado tu esposa, aconsejándote lo que te está bien, no han hecho señal en tu corazon, pues parece que

le vuelves bronce. No seas desagradecido á quien te crió, que es gran maldad, y aunque la vida se ve arruinada de la muerte, y estragada la calidad de la pobreza, mucho mas acaba y destruye la ingratitud, usándolo con quien generosamente hace mercedes: muy falto de conocimiento está el que no repara en el bacimiento de gracias que debe por la vida que goza; y mire por fin que el agradecer no consiste en palabras, en obras consiste.

DISCURSO IV.

Solo es vida el reconocimiento á la deuda, y así dijo un sabio que no habia mayor muerte para la criatura que la ingratitud; y el que la tiene es ignorante; y se verá en él, pues sus obras van guarnecidas de tiranía y temeridad, con que se da á conocer en diferenciarse el prudente y sabio; pues este usa modestia y templanza en todo lo que obra. Agradecido te estoy, dijo Onofre, en dar luz á la tiniebla de mi ignorancia, con el discurso que en tí he conocido; pues poco daño puede causar quien sabe dar liciones de vivir bien: dichoso es el que, buscando guia en un camino ignorado, la halla, sin la hambrienta pasion del interés, atenta á la obligacion de cristiano, y discursiva en lo que debe hacer y decir, como mortal que desea vivir eternidades: y así, Juan, confieso que tengo envidia á tu buen natural. Mucha paga me adelantas, dijo Juanillo, y yo me conozco el que he de quedar corto en servirte; pero cree que en lo que has oido no he puesto nada que no pase así; y así escucha, ya que el ver esta plaza en un dia de toros no puede ser por ahora, te la pintaré lo mejor que mi discurso pueda, desembarazada de la máquina de trastos que ves que encierra. Y habiendo Juanillo con el pincel del alma pintado el adorno real, sitio de los católicos reyes, pasando á los puestos de los reales consejos, lo pulido y compuesto de los balcones y ventanas á quien adornan el oro de Arabia y el indiano metal, gastado en vistosas y ricas colgaduras, la entrada de las reales guardias, el aire y gala con arrogante bizarría de la española nacion, lo grave y majestuoso de la tropa alemana, lo riguroso y colérico de la nacion tudesca, la entrada del sol y luna de España, y el despojo de la plaza; y despues de contarle lo mas notable que se ofrece, hasta la salida del primer toro, y habiendo conocido en Onofre lo atento y suspenso que le habia escuchado, le dijo: Pues has oido la prevencion de la fiesta, quiero que sepas algo de lo mucho que en tal dia sucede.

Viene por la mañana tanta gente al encierro de los toros, que no queda lugar que no se ocupe. Córrense cuatro ó seis dellos, y acábase la fiesta, y la gente que ocupaba los tablados se apea para cubrir la plaza. Bájase de un tablado un hombre de casa y familia, sacudiendo la capa y limpiando el sombrero de algunos arrojos que las narices de otros han tenido (sufrimiento del que no puede ver la fiesta en balcon), y despues de compuesto de hato, y no de ojos, los vuelve á un tablado, y ve que se baja

una mujer de razonable brio, y no mala cara, bien apreada de vestidos (que ya es comun en las comunes), y en su compañía una niña de las que la edad las permite sepan lo que es mundo, gozando de sus pasatiempos. Al apearse del tablado descubre un pulido pié, y la pierna adornada con lo que ya se sabe, echando al aire parte de las enaguas con todas sus puntas (descuido es con mucho cuidado) porque sabe que aquello inquieta; hace reparo en que la miran, arroja un ay, y se echa el manto; compónese, y con brevedad descubre un tarazon de rostro (á modo de mírame que eso quiero) y dice: Anda, doña Luisa. El tal hombre, que atento ha estado, pareciéndole bien la dama, se llega á ella muy cortés, diciendo si le mandan algo, ó quieren que las vaya sirviendo. Respóndenle: Otra cosa habíamos menester mas que criados. ¿Pues qué se ofrece? las dice. Hablen, no sean tontas. A lo que la taimada responde: En ayunas salimos de casa, y quisiéramos almorzar, y pues ha llegado á tan buen tiempo, guie adonde se pueda matar el gusanillo, que por parecernos tarde aun no tomamos chocolate. El hombre, hecho un blando portugués, guia mas cortés que la necesidad, enviando el pensamiento adonde habrá buena comodidad, y entre su atropellado discurso, se le acuerda de una casa que aunque roba á ojos abiertos, y de todo, hay lugar para poder hablar; llegan; y procura el acomodarlas en lo mas secreto y escondido, porque ha dicho la dama que conviene á su reputacion. Parte luego muy diligente, y pregunta: ¿Qué hay que almorzar? Respóndenle que pollas de leche, perdices y pichones, y que hay tocino estremeño. Parécele bien, aunque repara que su dinero es poco, pero alégrase en confianza de una caja de plata, y el rosario, que es engarzado en lo mismo, y tiene medallas; vuelve muy contento adonde están las taimadas, y dice que miren de aquello que le han ofrecido lo que mas es de su gusto para ir por ello. Respóndenle que haga lo que quisiere, que no tienen mas gusto que el suyo: vuelve muy contento con gran cuidado en el andar, peinándose con los dedos el pelo, alabando su dicha en haber topado tal dama, y pide que le aderecen una polla y un par de perdices, y con mucha brevedad se lo ponen en dos platos, con que muy contento lo lleva, sin aguardar mas criado; dícenle que se siente, y responde que en trayendo pan y vino: van por ello, y en el ínter el ave de rapiña ha guardado una perdiz en una talega de lienzo que trae debajo de la saya, prevencion con que tiene gran cuenta siempre que se viste, por si acaso sale de casa y se ofrece ocasion; van trinchando, y viene el bobo muy cargado con un jarro, una taza, tres panecillos, y la capa, porque se le caia, asida con la boca, y el sombrero abollado, y trastornado á un lado de un tropezon que dió en el umbral de una puerta, el pelo enmarañado, y el color perdido, como el dinero y el sentido; pónelo en la mesa, y siéntase. Ellas, como diestras, cada una ase su media pechuga, y el pobre diablo toma un hueso para empezar á roer; vásele todo en contemplar las manos de su Vénus, muy compuestas de sortijas (que ha ganado corriéndola); á él se le va el alma mirándola el rostro, y á ellas mirando á la mejor presa. Parten la polla, y dícenle que pida un limon: va por él, y cuando vuelve ya las pechugas estan en la

talega de lienzo : echan agrio, y empiezan á comer con tanta ansia, que parece que las han tenido atadas. Abrevian con ello, y dice el Adonis, si quieren mas? Responden que si son buenos pida unos pichones, y sino que traiga un poco de tocino : va por ello, y tráelo todo : pónelo en la mesa, y echa mano al jarro á ver si tiene vino; aunque le habia socorrido con una azumbre y le habian faltado los brios para hacer ruido : va por vino, y aguardando á que se lo den, tarda; y en aquel tiempo envian un pichon y un pedazo de tocino á visitar los presos del calabozo de lino : acábase el almuerzo con sus postres de fruta del tiempo, y el rufian pagote va al ajuste del gasto. Pregunta cuánto debe. Dícenle que cincuenta reales, y buen provecho. Estírase de cejas, saca su dinero, halla treinta, y por la resta deja cautivo el rosario, y empeñada la caja de plata. Este hombre tiene casa, y en ella á su mujer y sus hijos, y no los dejó ni aun pan para desayunarse, que al salir por la mañana barrió con cuanto dinero habia, diciendo que presto volveria y traeria que comer. Va donde estan las aves de rapiña, componiéndose el bigote : siéntase junto á la que ya tiene por dama, y pídela una mano, á lo que responde la taimada que tenga paciencia, y no sea colérico, que mire que no es sitio decente para tal atrevimiento, y no miran ellas que en aquel sitio han sido ladronas estafadoras. Alárgale una mano, enfadada de aquel tonto y ciego, y él asido como simple pajarillo de aquella apestada liga, la pregunta donde vive, y si es casada. Ella responde que no es casada, pero que está en compañía de un hermano (y dice verdad, que cualquiera lo es por parte de Adan). Estando en estos lances, da la una del dia, y dice doña Luisita : ¡Jesus mil veces! Doña Juana de mi corazon, ¿á qué hora hemos de ir á casa? ¿y qué lugar tendrémos para ver los toros! ¡Ay, pobre de mí! Sosiégate, dice doña Juana, que mentira mas ó menos lo ha de hacer : dirémos que una amiga nos convidó á comer, y adonde ver la fiesta, que eso fué la causa de no haber ido á casa. Con esto se sosiegan, y el señor embelesado dice que mejor fuera en el ínterin que duraba la fiesta se fuesen al campo ó á una huerta á merendar, que la holgura de toros ya se sabe qué es en Madrid ¡Ay, Vírgen! dice doña Luisita, ¿al campo, adonde vaya un toro, y nos mate? Eso no. Y doña Juana, astuta y sosegada, dice : ¿Es posible que aconseje un hombre tal disparate? ¿Vienen de fuera de Madrid á ver esta fiesta, y los del lugar la habíamos de perder? Bien digo yo que es vuesa merced colérico : despues de acabada, hay lugar para todo, y así no perdamos tiempo; vamos, y busquemos lugares que sean decentes y buenos. El hombre, ya empeñado, discurre que el dejarlas será cobardía, y mengua el no proseguir en el galanteo (como si no fuera mayor mengua el continuar el hombre su ruina). Pónele confuso el que la memoria le acuerda que no tiene blanca, y sácale de la pena el que carpinteros hay, que han armado tablados y son conocidos, con que vuelven á la plaza.

En el estado que va este hombre, quien le acordará y dirá al oido : Repara que tu casa quedó sin un consuelo para comer. Bien sabes que no dejaste moneda alguna, y que tienes hijos, que si son chicos piden

pan ántes de amanecer, que tienes mujer, que son las dos de la tarde. En vano será, porque todo el sentimiento le lleva en buscar un tablajero conocido; entran en ella, y he que ya no cabe nadie en sus tablados; ellas se angustian, y él turbado y mas colorado que pimiento maduro, las dice que anden apriesa; bácenlo, y con brevedad dan vuelta á la mayor parte de la plaza; ve un conocido, dueño de un tablado; llámale, y pídele dos asientos que sean buenos : el carpintero, que ha notado para quien son, y sabe que en tales lances no se repara en maravedises, dice que dos lugares tiene en un nicho, pero que menos de seis reales de á ocho no los ha de dar; y el galan, sin reparar en que los ha de pagar, y que el precio es mucho, cierra el batallon del amor contra todos sus sentidos, y ajusta los lugares. Siéntanse las damas, y él se queda en la plaza : el del tablado le pide el dinero, diciendo que lo ha menester para pagar el sitio; y él, como si tuviera en su casa mil ducados sobrados, le dice que envie luego, ó en amaneciendo, por ellos. El tablajero, como ve ya sentadas las mujeres, calla y apela á la cobranza; luego hace reparo que es fuerza el traerlas algo que merendar, y con señas las dice que va por ello : ellas le responden en la misma frase que hará bien, que es la tarde larga, y ya se lo querian decir. Sale de la plaza, y pide consejo á todo su discurso sobre donde irá, que le presten unos cuartos : acuérdase de un amigo que en algunas ocasiones se le ha ofrecido, y aunque muchas le ha habido menester, no ha llegado por detenerle la vergüenza; pero ahora llega sin ella, que se la quita el demonio para que cumpla con él; que para cumplir con lo que Dios manda, él se la volverá Y porque esta razon quede definida, prosiguió Juanillo, escucha un ejemplo, que no te pesará el oirle, y nos sacará de dudas.

Salia de su celda un santo religioso en un dia que se celebraba un grande jubileo en su casa, con intento (aunque impedido) de buscar lugar decente y confesar almas arrepentidas; y para hacerlo mejor, se llegó al altar mayor, para pedir á Dios sacramentado su divino auxilio, y al llegar á sus gradas vió sentado en ellas un demonio. Admiróse el religioso, y llegándose cerca dél, le dijo : ¿Qué haces ahí, maldito? A lo que respondió el padre del pecado : Restituir. Bueno es, dijo el religioso, pero en tí no sé que lo sea, pues hasta ahora no he visto diablo que tenga conciencia; pero dime qué restituyes. Excusaba el responder, á lo que el santo le forzó, amenazándole con una correa, ó cordon, con que obedeció, diciendo : Restituyo la vergüenza á estos que se estan confesando, que cuando cometieron la culpa se la quité, y ahora, que han de decirla, con la vergüenza que les vuelvo, cobran tanto horror que avergonzados callan su afrenta. Bien te empleas, dijo el religioso; pero en castigo de tu atrevimiento, di en voz alta en qué te ocupabas, y quién eres, y vete, que basta para castigo de un malo el que él propio diga que lo es. Obedeció el maldito, con que todos los que penitentemente acudian, contritos especulaban su conciencia con rigor. Y así este hombre, si fuera para las faltas del sustento de su casa, lleno de vergüenza, se encogiera; pero para lograr un pecado mortal, pierde la vergüenza.

Llega en fin á el tal amigo, y saludándole le da ocasion que le pregunte qué se le ofrece. Responde el enamorado que ha tenido una pesadumbre en la plaza, y que por no alejarse á su casa para pagar á un ministro el agasajo que le ha hecho en no prenderle, le dé cincuenta reales. El hombre diligente le da un doblon, y dícele que mire si manda otra cosa. Responde que desear ocasion de servirle, que le ha hecho mucha merced; despídese, y parte en busca de un figon, ó ladronera (que mejor nombre es este para tal tienda); pide si hay algo para merendar, dícenle que no. Va en busca de otro, como un loco desatado, sin compas en el andar, ni reparo en los que encuentra, ni atencion de su persona. Halla en él una empanada de pollos tan ligera que verdaderamente parece en pan nada. Pregunta si hay mas. Dícenle que unas lenguas de puerco: tómalas, pide pan, y sin concertar ni preguntar cuanto le llevan por ello, alarga el doblon y pide la resta. Danle lo que quieren, y sin contar lo echa en la faltriquera. Luego se le acuerda que es menester bebida; y en la tienda de un vidriero conocido pide que le den una garrafa: danle una muy grande, porque como el dia es ocasionado, no ha quedado otra: tómala jugando de aquel refran de su suelo se tiene; busca un mozo, y échala vino y nieve: y aunque es grande, procura que no vaya menguada, que harto lo es él. Parte á la plaza, y ya cuando llega, todo está cerrado y toro fuera; y como anda por las espaldas de los tablados, y está oscuro, y él ha menester poco, tan sin sentido anda que tropieza con las tornapuntas y piés de techos de los tablados. Al cabo de una hora, cansado y molido, sube la escalera de un tablado, porque ha parecido que es donde estan las damas: llama en su puertecilla por estar cerrada tan desatentamente que cansados é importunados los mas cercanos le abren; ve que no es allí, y sin acertar á responder á lo que le preguntan, se baja sin hacer caso de algunas razones pesadas que le han dicho; vuelve á encaminar la vista en lo lóbrego de aquella estancia, y vé que se baja el que le alquiló los asientos; alégrale el ver que ya ha acertado: dale la garrafa para que beba: bebe como un sediento, y luego le dice que alcance á las damas aquella merienda; hácelo, y él se queda detras de todos. A poco rato plantan la mesa sobre sus pecadoras basquiñas para merendar; y el pobre estudiante en Escoto apenas puede alcanzar con que las estudiantas Tomistas engullen á cuenta de Escotista. Dícenle si quiere merendar, y él responde que no tiene gana; y es verdad, que los enamorados que estan cerca de alcanzar sus deseos no se acuerdan de comer, que tan bien sustenta amor como la calentura, y el primer hombre no conoció la necesidad hasta que pecó. Danle, aunque con algun trabajo, la garrafa, y él bebe, porque la saliva que hace en su boca parece ajonge cocido. Acaban de merendar, y sosiégase. Prosigue la fiesta, y llega el fin tan cierto á todas las cosas del mundo. Levántanse sus magestades, y la gente hace lo mismo, y nuestro darista se alegra en ver la fiesta acabada. Bájase del tablado, y ellas, al apearse, sin acordarse de la garrafa, la quiebran: angústianse á lo taimado, y el rufian dice que no importa: la una, codiciosa de la corchera, se la quiere llevar, y el mucho estorbo se lo impide. Procuran salir de la plaza, con-

síguenlo, y dicen al caballero Dardin que guie á la Trinidad : ya van dando mas gravedad al pecado, pues para su ajuste citan lugares sagrados. Hácelo, llegan á su lonja, y páranse. Dice doña Luisita : Ahora bebiera yo un poco de limonada. Yo tambien, dice doña Juana, con que el pobre diablo le es fuerza guiar donde la hay : empiezan á echar cuartillos, y á llenarse ellas como pelotas, ó como quien son, hasta que no quieren mas; ajusta lo que debe, paga, y queda ajustada la vuelta de el doblon. Salen fuera, y él guia donde le ordenan : llegan á la calle, en que piensa este animal tener pesebre; y ántes de llegar á la casa, los sale una moza al encuentro, diciendo : Desdichada de mí, que ha dos horas que está mi señor aguardando, hecho un renegado; anden ustedes apriesa. Con que doña Juana alarga el paso, y doña Luisa se queda consolando á nuestro pagote; dícele que espere en la cera de enfrente hasta que ella le avise, que será en yéndose el hermano, que es un demonio. Quédase el galan á la luna, si la hace; á ratos se arrima, y á ratos se pasea; siempre el oido atento á la puerta, por si le llaman. Pásase el tiempo; dan las diez de la noche; cánsase de esperar, y determina el llegar á la puerta : hácelo, no ve á nadie; entra dentro, nota un callejon oscuro, síguele, y por el tiento halla una escalera; no se atreve á subir; escucha, y oye entre el silencio que maya un gato y un perro le responde con su ladrido, á cuya disonante capilla llora un niño, y quien le acude al ruido de la cuna canta así :

En las orillas del Nilo
El engaño se hospedó;
Y por agentes buscó
Mujer, lance, y cocodrilo.

Sale á la calle, sin hacer caso del romance (que si le hiciera admitiérale por desengaño); levanta los ojos á la casa, nota que sus cuartos dan señales de hospedar mas que á doña Juana, y tómalas para otro dia. Si se empezó á perder este hombre desde por la mañana, continuándolo todo el dia, y la mejor parte de la noche, pues aunque no llegó á ejecutar sus deseos, harto pecó con el pensamiento y la palabra, y con todas las obras exteriores que pudo, ¿qué mucho que como á perdido le tratasen estas mujeres, haciendo burla dél. Oye las once de la noche, y vase á su casa; llama á la puerta, ábrele su mujer, el rosario en las manos, y las lágrimas en los ojos. ¿Es posible, fulano, dice afligida, que tenga corazon para estar todo un dia sin venir á su casa, sabiendo del modo que la dejó, que si no fuera por un pan que me han prestado, no sé qué fuera de mí y estas criaturas? ¿Qué es esto en que anda? ¿en qué se ha entretenido desde las cuatro de la mañana hasta las once de la noche? Llora la afligida mujer, y él, como vé la demasiada razon que tiene, calla y se va desnudando, y al son de lágrimas y quejas se queda dormido. El mayor consuelo que lleva un hombre desterrado, es que le hagan compañía virtudes y buenas obras; pero á este que se destierra de vivir, ¿quién le hará compañía en el inter que se ensaya á morir? Miren lo que

ha ejercitado todo el dia; que de ordinario son los sueños confusas especies de aquello que se obró, vió y oyó; mala compañía le hará la memoria.

Si este hombre, cuando vió la desvergüenza que las taimadas tuvieron en el almuerzo, se fuera á la mano y se acordara de sus obligaciones, vaya; pero embriagado de amor no hizo caso en todo el dia que era casado y tenia hijos, ni se fué á la mano en cincuenta reales de almuerzo, ni en ochenta de asientos, ni en cincuenta de merienda, ni en treinta de garrafa, ni en un dia perdido, siendo azacan de dos estafadoras.

Apenas amanece cuando llama á la puerta de la casa el carpintero de los asientos. ¿Quién es? dice la mujer (que vestida se ha quedado sin acostarse, llorando sus cuitas). Sale á abrir; pregúntale qué quiere, y él dice que le diga al señor fulano que viene por los seis reales de á ocho de los asientos del tablado. La mujer se estira de cejas y suspira. Entra, y dícele á su marido: Mire usted que vienen por seis reales de á ocho de los asientos de ayer: en verdad que no se alquilaron para mí, que con tener que comer me hubiera contentado. Empieza á renovar la afligida mujer la llaga de su congoja, y él se viste al mismo son que se desnudó, hasta que las lágrimas de la mujer le obligan á decir que no es él el que los debe, que es un amigo que le trajo todo el dia ocupado: la mujer calla y siente, y él siente y calla. Acábase de vestir, y viene un recado de el vidriero que envie el garrafon, que le han menester. Responde que luego le llevará. Sale de casa, síguele el carpintero, á quien despacha con buenas palabras, diciendo que luego ha de cobrar unos dineros y tendrá cuidado de pagarle, que le perdone, que por no dar disgusto á su mujer no le pagó en casa. Acobárdale luego el acordarse que no tiene un consuelo para sus hijos, y dice entre sí: ¿Es posible que la fortuna me siga deste modo? Que tan pobre sea yo? Hombre, sin razon de hombre, si lo que gastaste ayer mal gastado lo guardaras, bien tuvieras para hoy, y tuvieras quietud en tu casa; como tuviste brio ayer para buscar prestado, sin necesidad, busca hoy, pues necesidad tienes. A este galan de doña Juana, le es fuerza, para pagar los asientos y la garrafa, y desempeñar el rosario y tabaquera, vender una prenda, ó hacer una trampa: y por la casa donde debe el doblon no se atreve á pasar hasta que lo paga, y si se acuerda de doña Juana, y quiere ver si puede alcanzar paga del gasto pasado, se detiene, porque no tiene, que ya sabe que se han de ofrecer gastos nuevos. Abrid el ojo, mentecatos, que andan ladrones con taleguillas de lienzo.

¿Qué te parece, Onofre, prosiguió Juanillo, de lo que has oido? Pues cree que pasa del mismo modo, y no hablo de la que no halla maula y vende la camisa para ver los toros, ni de la que, despues de la fiesta acabada, yendo con su galan, le sucede el enfado, porque otro la conoce, y se ofende del que va con ella, y no se ofende della, que es la causa de todo. Tal dia como el de toros en Madrid cree que suceden cosas notables, que para escribirlas era menester un molino de papel.

Otros amigos se sientan cuatro juntos, y el no llevar que merendar al tablado les parece que es mengua en gente conocida: ordenan la me-

rienda, como para veinte personas, que ya saben que en el tablado se ha de dar á los conocidos, y á los cercanos en asiento, aunque no lo sean, mucha bebida en una garrafa grande con mucha nieve, y de respeto una bota de buen tamaño para recebar. Vanse á la fiesta solos, y sin sus mujeres; porque dicen que es grande estorbo para un hombre la mujer propia. Llega la hora de merendar estos amigos, y ántes de probar bocado van repartiendo con los conocidos. Está cerca dellos una mujer que toda la tarde ha estado tapada, y así que los ve merendar, saca de los guantes dos blancas manos, llenas de sortijas de azabache, que aunque negras campean entre los libres dedos; compone el manto, y al intentarlo descubre el rostro : hace reparo uno de los cuatro amigos, y dice entre sí : No es mala la tapada. Toma de la mesa, que armada está sobre las rodillas, lo mejor que hay, y se lo dá á esta dama; y ella sin melindre alguno alarga la mano, y lo toma, con que le parece á este tonto que ya es suya, como si fuera nuevo en las mujeres el tomar, y dar muchas pesadumbres. Otro amigo, que lo ha visto muy colérico, con juramentos dice que se vaya poco á poco, que parece que para él solo se ha traido la merienda; y este cólerico se ha enojado por no haber sido él el primero en aquel empleo : el galante responde algo enojado, con que la amistad está á pique de quebrar : sosiéganse, y acuden á merendar; pero ya no hay mas que desperdicios del partir; van dando de beber á todos, sin descuidarse de la dama el que empezó. Acábase el vino de la garrafa y bota, siéndoles fuerza el buscar un peon de los que andan en la plaza para que lo traiga : convídase uno de ir, y danle entre los cuatro amigos para cuatro azumbres de vino de lo bueno, y él trae tres de lo largo, y suple la falta de la azumbre, echando agua. Dice uno bebiendo : Este vino es barato; bien lo digo yo, que habia de ser así. Otro responde : Ya no tiene remedio; ¿qué importa? El no importa de este lugar vale mas que otros reinos. Acábase la fiesta, y el galante se queda aguardando á la dama : los tres le llaman y dan priesa, y él dice que se aguarden ó se vayan. Llégase á ella, y dícela muy tierno que le mande. Responde que le estima el agasajo, pero que le haga gusto de irse, porque es casada, y vendrá allí su marido, á quien espera. Con esto se despide el tonto, y ella se queda aguardando á quien ya sabe. Y no te quiero cansar en otros lances que suceden, y de ordinario por mujeres; pues se ven en los tablados pendencias y cuchilladas : uno que pierde la capa, y otro que se la halla; uno se quebra una pierna, y otro que le llevan á la cárcel, y le cuesta su dinero, y no ve la fiesta; y destas cosas, un sin fin de boberías, y sabe Dios si muchos de los de merendonas en tales dias, y asiento en delantera de tablado, tienen la camisa con mas remiendos que años su edad; y podrá ser que á otro dia no haya con que poner la olla, si no se busca prestado; y para ver los toros, no ha de faltar aunque se hunda el mundo. Vanse en fin los cuatro amigos juntos, y dice el uno : Yo no he merendado bocado : otro dice que no ve los bultos de hambre : otro dice : Vamos á un figon, buscarémos algo que comer. Van donde es malo y caro, vuelven á merendar y á dejar el poco dinero que habia quedado.

A un loco le preguntaron que donde tenia Madrid su tesoro, y él res-

pondió : El dia de toros en los figones. Preguntando á este mismo loco que como habia perdido el juicio, respondió : Porque me engendró mi padre en un dia de toros, cuando no hay juicio en el mundo, y así salí tan falto dél. Y preguntándole una mujer que porque se holgaba de ser pobre, respondió : Por no tener que dar á las mujeres, aunque quiera.

DISCURSO V.

Un filósofo dijo que salia tarde la dádiva de la mano del que la da, cuando ha dado lugar á que hayan salido colores en el rostro del que pide : mucha vergüenza gasta en este mundo el que nació pobre, pues salió al puerto de la miseria, reconociendo vasallage al que puede mas : no puede ser todo igual, pues para conocerle la riqueza ha de haber pobres que carezcan della y ricos que la gozen : con la riqueza se tapa la boca al quejoso, y con la riqueza nacen alas en los piés del perezoso : en la gente comun no se llama el no tener pobreza, llámanla desdicha : el moderado gasto y conocimiento de su poder hace á muchos hombres ricos : dígolo, prosiguió Juanillo, por esta tropa de gente de hábito negro que ves parados en esta plaza, que unos estan lucidos de cara y otros de vestidos. Dime, preguntó Onofre, quien son, y tantos juntos, que yo he imaginado si aguardan algun entierro. No has dicho mal, respondió Juanillo, que estos hombres aguardan moros que cautivar, y quien cautiva cierto es que prende, y gente cautiva ó presa la llaman desgraciada : y así al desgraciado cuando le prenden le entierran. Estos son sastres que estan aguardando la flota en el maestro que los viene á buscar, pues si no conocen en los recados de los vestidos que han de hacer mas grangería que en el jornal, no quieren trabajar, y si la conocen, y ven que hay con que añadir el pendon, se ajustan; y en cayendo el moro, van al punto á la redencion, que es aquel portal de allí enfrente tan adornado de gallardetes y banderolas en sus postes; llámanle de los ropavejeros, y yo le llamo bergantin de maulas. Hay entre estos algunos que de los ahorros se visten, y para que lo notes, repara en aquel que vuelve el rostro á nosotros : mirale desde el tronco á la altura, y verás en los zapatos y las medias, compradas con el jornal, que como es miserable así salieron ellos y ellas; los calzones son de tafetan doble, como quien los posee, y ya se rien de su dueño primero porque fué bobo, y del segundo porque no es tonto; la ropilla tiene los pechos de paño y las espaldas de bayeta: la capa mira como blanquea con la edad, que luego arroja las flores al rostro; solo por esto la quieren mal las mujeres, porque las planta los años en la cara, aunque mas lo encubran con sus afeites : la valona, aunque la pone debajo tafetan de pliego, blanquea poco, y yo apostaré á que la golilla se acuerda de la batalla naval, segun muestra la antigüedad ; al sombrero bien se le conoce haber salido del sitio de los valientes, y por eso está tan caido de faldas que parece que su amo toma liciones de viudo,

y aunque le da manos no toma brios; la toquilla es de manto, y el aforro tambien; y cree, amigo Onofre, que no es murmurar, que bien conozco que son pobres, pues aguardan á otros para que los den de comer, y el tiempo no está para comer á gusto ni vestir á uso: y tambien hay algunos que se aventajan en vestidos á los que pueden mas. Y aun eso es parte, dijo Onofre, de la perdicion de caudales deste lugar, que segun he oido dicen que un cortador de carne se echa tantas galas, y mas que un almirante. Así es, respondió Juanillo, pero hasta hoy no he visto regla en esto, porque son los que mejor pueden.

Divertidos en su plática estaban cuando vieron una mujer que, puesta la mano en una mejilla, iba dando alaridos que llegaban al cielo: preguntóla Onofre qué tenia ó qué era la causa de su tristeza, y ella llorosa dijo casi por señas que muela era quien aumentaba toda su pena. ¡Ha cuerpo humano! repetia entre sí Onofre, si una muela te da tan mal rato, siendo una parte tan pequeña, que te hace no estar en tí, sin comer ni dormir, ni acordarte de cosa, qué dolor será aquel tan fuerte como cierto de la hora del morir? ¿Qué batallas tendrán entre sí los sentidos, como cuando muere un poderoso, y deja muchos herederos, que siendo todos unos y hermanos (lo mas comun) sobre si á tí te mejoró, ó te dió en vida mas que á mí, se forma entre ellos una perpetua enemistad, siendo ántes que muriera su dueño unos y conformes. Así los sentidos turbados y descompuestos, cada uno fuera de sí pretende reinar, hasta que todos dan con su dueño en la tierra, siendo el pobre cuerpo el que solo es el que, si tiene algun sentido, siente penas, desasosiegos y inquietudes, y sobra de dolores. Anda acá, Juan, dijo Onofre, verémos sacar la muela á esta mujer, que ya hice reparo al pasar en la percha del sacamuelas, que parece en su aparato que el dueño ha robado algun cementerio; bravo ruido tendrá su tienda el dia del juicio, sobre buscar cada uno sus muelas; ¡qué de bocas abiertas se verán sobre el ajuste de aquellas menudencias! Llegaron al puesto del sacamuelas, sin dolor suyo, cuando en mala hora para la paciente, la hizo abrir el maestro de la referida profesion una cuarta de boca, y echar al aire otra tanta lengua; y despues de haberse lavado dos ó tres dedos de cada mano en la boca de la paciente, la preguntó cual muela era la que le dolia; señalóla la mujer, y él volvió á enjuagar los dedos, y luego sacó un estuche, ó dél una herramienta, que llaman gatillo, que es peor que un gato de desvan, y apestándose á la obra, siempre la pobre mujer la boca abierta, y no por escuchar sus gracias, esperando en el doler el descanso, la sacó una muela sana, y dejó la dañada. La mujer dió un grito, que le puso en el cielo, y acabó con un ¡ay, pobre de mí! revuelto entre bocanadas de sangre, y mas cuando aplicó la punta de la lengua al lugar que pensó hallar vacío, y le halló ocupado con su antiguo huésped, que desocupando la boca de la mucha sangre que la salia, dijo: ¡Desventurada de mí! señor, ¿qué ha hecho, que me ha dejado la muela mala en la boca, y me ha sacado una sana? ¿En qué pensaba cuando tal hizo? Pero el socarron del maestro, medio riéndose, la dijo: Calle, que esa muela tambien estaba dañada; si mañana habia de volver á buscarme, ya lleva hecha esa diligencia: vuelva acá la cara,

la sacaré esotra. La mujer, ya puesta en la obra, volvió á abrir la boca llena de sangre, y él asió la muela dañada, porque ya habia para acertar con ella señales de ruina, pared y medio: sacóla, y la mujer, arrojando sangre y quejas, se fué, y el sacamuelas la siguió y asió del manto, diciendo que le pagase, pero la mujer, llena de enojo, escupiendo á cada palabra, le dijo: Cuando me vuelva la muela á la boca, y ponga tan firme como ántes estaba, yo le pagaré, y en el ínter Dios le dé en pago tanto dolor como yo llevo. Fuése dejando su tragedia gente y sobrados muchachos, que nunca faltan en fiestas deste color. Uno decia: Mala mano; otro: Tal te guie Dios; otro: Antes me dejara morir que ponerme en las uñas de tus gatillos: y el maestro de errar á todo se hacia sordo, y por disimular tomó un braguero y se puso á coser, con que la gente poco á poco le fueron dejando solo. Tambien mudaron de sitio los dos amigos, que a ratos se reian y á ratos se admiraban. Prométote, amigo Onofre, dijo Juanillo, que me dolia una muela mucho, y con lo que he visto se ha ido el dolor, y si vuelve tengo de venir á este Japon, pues solo su vista hace huir el dolor con la memoria del martirio. Dime por tu vida, dijo Onofre, qué gente es aquella que en aquel portal se anda paseando, unos en cuerpo y otros la capa terciada, y, si no me engaño, ocupan una mano con una escobilla de limpiar, que á traer toalla al hombro creyera que pedian para la maya. Estos, dijo Juanillo sonriéndose, son mancebos, llamadores en tiendas de sombrero, y son tales que vuelven loco al que llega á comprar, y aunque sea amigo, lleva que contar agravios. ¿En qué manera? preguntó Onofre; ¿tenemos otra sacamuelas? No, prosiguió Juanillo, pero escucha, que sin dolor interior del que llega á comprar, son peores esos.

Llega uno, y pide un sombrero, á quien con agasajos y monerías le dicen que entre dentro en la tienda, ó asiéndole de la capa, casi á fuerza lo hacen, porque si queda fuera, otro de pared y medio, que alerta está, con la vista mas atenta que perro que aguarda presa, le hace señas y se le lleva. Estando dentro, le sacan un sombrero del género que pide, pero no tan bueno como le quiere: dice que no le gusta; arrímanle, y sacan otra suerte mejor; toma el vendedor un sombrero, y sacúdele, y luego le limpia con la escobilla, que siempre anda con ellos, y despues de limpio se quita el suyo, si le tiene puesto, y se pone el que ha limpiado, con que siempre es él que primero le estrena. Vase al espejo galanteando de cabeza, y dice: Mire usted qué sombrero y qué horma; Dios la bendiga, no la hay mejor en la corte. Este sombrero á un amigo se puede dar (y en su vida le ha visto otra vez). El que compra le mira, y se le prueba, y dice que le agrada; con que le saca otro, y otro, hasta que le vuelve á dar con el primero, sin perder el ademan de ponérsele, alabando la horma ó su cabeza. En fin llegan á concierto, y pide tanto el que vende que le da la mitad el que compra: á lo que el sombrerero, con una risilla falsa, dice: Usted no busca género tan bueno; aguárdese, verá sombreros de ese precio. Y sin aguardar mas razones, le saca uno de corito recien venido. El hombre va apurando su paciencia, y el astuto vendedor, mas sagaz que la culebra en el manzano, le va sacando otros géneros, hasta

que le hace huir el precio; y muy atento, dice que no puede darle, que ántes le ha pedido menos de la costa. Déjale salir de la tienda, diciendo: Usted volverá á mi casa, que del maestro que este es no le hay en Madrid. Así que le ve fuera, le vuelve á llamar, diciendo que vea otro género; con que el hombre enfadado se va huyendo á priesa de quien poco á poco le iba matando, y sin detenerse pasa medio portal, y dá en otra tienda, donde hacen las mismas ceremonias que en la primera, sino mas; al cabo de dos horas que le han estado moliendo, ya enfadado, ajusta uno en mas de lo que vale, tan bueno que á dos posturas descubre diez manchas, y con el calor de la cabeza se le caen las faldas, como las alas al tierno pollo cuando se quiere morir, quedando como soga deshecha que ha fregado el vidriado de una boda en casa de dueño rico y gastador. A pocos dias acierta á pasar por la tienda, ve en ella al que se le vendió, y dícele: Famoso salió aquel sombrero. A que responde el tal sombrerero: ¿Pues habia yo de engañar á hombres como usted? No hay en Madrid mejor ropa que la que yo vendo en mi casa. Tal salud tengas, dice el paciente, y se va.

Parece que lo has usado, segun lo cuentas, dijo Onofre, pero dime; ¿está siempre la escalera puesta en la horca como ahora? No, respondió Juanillo, que el estarlo hoy da señales de algun ajusticiado. Sacólos de la duda un muchacho que, tocando una campanilla, declaró ser ajusticiados, pues sus voces decian: Hagan bien por el alma destos hombres. Preguntóle Juanillo: ¿Cuantos son mas de uno? Y respondió el muchacho: Otro. No parece bobo el tamaño (dijo Onofre), segun te ha respondido. No lo profesan ellos, prosiguió Juanillo, que son maestros del dos de bastos y su habitanza es debajo destas armas reales, con otros de su porte; y no les falta para hacer saltar la taba, y sustentar sus personas en el ínter que hay panaderos tontos, fruteras descuidadas y compradores divertidos, y lo que mas los engorda es un dia destos, que como acude mucha gente, que gusta de ver estos trabajos, y se aprietan unos con otros, no sienten el que estos inocentes degüellen las bolsas á los descuidados.

Aquí llegaba Juanillo cuando media docena de ciegos venian con grande furia, sacudiéndose el polvo á palos, como suyos, dados sin mirar á quien, y sabida la causa era sobre cuantos habian de estar debajo de la horca aquella tarde, rezando por el alma de los que habian de ajusticiar: pusiéronlos en paz doz tuertos y un bizco, á tiempo que, volviendo la cabeza Juanillo, vió al verdugo, que registrando estaba la escalera, y el verle fué causa que, perdiendo el color, se ausentase sin detenerse, hasta que atravesó la plaza, huyendo como de la muerte. Siguióle Onofre, y así que se detuvo, le miró el rostro, para saber la ocasion de haberle dejado solo, y viéndole de color mortal, le preguntó qué habia sido la causa de su turbacion, que tan otro estaba. A lo que respondió: Déjame, Onofre, que solo el ver aquel hombre, que ejecuta la justicia, ha sido parte de haberse turbado todos mis sentidos, y solo pido á Dios que me tenga de su mano, que el corazon parece que no cabe en el lugar que siempre ha ocupado, segun los golpes que dentro da: y no es el miedo

parte, pues quien á nadie ofende no tiene que temer, pero no puedo negarte la turbacion que me oprime en viendo, no solo á este hombre, pero á cualquiera que tenga vara de justicia en la mano, que mas quiero pedir por Dios toda mi vida, libre de penas y desasosiegos, que cuanto hay en el mundo, y siendo dueño de todo habia de tener que hacer la justicia conmigo. Tomóla porque representa la persona del rey, y el rey la de Dios: y como es Dios quien me ha de juzgar, en viendo vara de justicia me parece que la aprehension apoderada de mis oidos dice: Juicio. Bien estoy con que se respete y ampare, y tema á la justicia, dijo Onofre, pues por ella vive en su casa cualquiera seguro; pero que se desfigure un hombre de tal calidad, que parece que ha llegado el último vale de su vida, parece cobardía; pero el tener respeto y temor á la justicia la llaman los discretos cuartana de los nobles; y aunque en sangre no lo seas, has manifestado el serlo en el proceder, que es nobleza que grangea cada uno por sí, y no es la peor. Que lo adquirido mas lauro merece que lo heredado, y no desmerece asiento entre los buenos en sangre el que lo es en costumbres y proceder: y volviendo á tu turbacion, no me espanto si cuando viste al verdugo te acordaste de que su mujer con ofrecimientos te llevaba á su casa para que le sirvieses: y pues el color ya restituido va ocupando su lugar, y el habla sosegada dice que ha huido el temor, dime por tu vida, ¿salen en Madrid los ajusticiados á pié ó á caballo? A caballo, respondió Juanillo, y el salir así es mucha ganancia para el verdugo, porque para un borrico que ha menester recoge doscientos, y de todos le dan rescate los dueños, que son pobres labradores. que vienen con leña ó paja; pero lo que mas hay hoy que admirar es ver dos mil tontas mujeres, y muchos simples, que despues de colgados los penitentes verás que llegan y los besan los piés, tocándolos con las manos, y luego besando los dedos que llegaron al zapato, como si fuera reliquia milagrosa el pié de un hombre que muere á manos de la justicia, que aunque verdaderamente muere conociendo á Dios, y sabe la hora en que ha de ser, ya ha sido un facineroso ó ladron, y besar tales trastos mas es falta de cordura que otra cosa, porque á ser devocion reliquias hay de muchos santos y efigies de Cristo y su Madre á quien adorar. Y si algunos mentecatos dijeren que lo hacen por ahuyentar el miedo, digo que mienten, que solo encomendarlos á Dios es la parte mas cierta para que halle el miedo resistencia, ó no verle morir, y rogar por él á Dios. Bien dices, dijo Onofre, y ahora dime qué hacen aquí tantos hombres juntos, que su adorno me da que notar, pues veo unos que parecen molineros, y otros de harto trabajoso vestido, y todos me parecen que deben de aguardar una misma cosa. Estos, respondió Juanillo, son Guzmanes, y aquí hay harto que notar, pues no todos son del arte que les da de comer, que aquí hay maestros de la albañilería y carpinteros que llaman de obras de afuera, y otros, que llaman peones, que son los que amasan el yeso á los albañiles; y en sabiendo tirar cuatro pelladas, luego son maestros, y juegan de dorico y compuesto, siendo ellos los simples de que el compuesto se hace. Otros hay que ayudan á dar recado, entre los cuales hay muchos á quien faltó el caudal, y se vienen aquí á buscar

en que ganar un pedazo de pan. Y para que notes el pago mas ordinario que da el mundo, y que nadie puede decir: Bien estoy y seguro, pues aun los huesos no lo estan despues de enterrados, repara en aquel hombre de la capa negra, que tiene el rosario en las manos, que yo le conocí tejedor de sedas, con ocho telares, que todos trabajaban y su amo comia: y como ya la obra de Castilla no vale nada, porque las gaiterías extrangeras la han arrinconado, llamándola broma, porque dura, y no reparamos en que el extrangero trae las telicas de cebolla, y se lleva el paño de Segovia para su gasto, y se rie de nosotros, en fin este hombre se perdió, faltándole el caudal, con las huecas destos infames usos, ayudando á ello mal tiempo, hijos y enfermedades, obligándole necesidad á venir á ser peon de albañil.

Mira aquel que tiene el medio panecillo en la mano, que se limpia los ojos á la capa, y creo que no es porque los tiene malos, que la causa será el sentimiento, que en acordarse de tiempos pasados surte á los ojos. Era mercader joyero, y su corta suerte le ha traido á este estado. El otro dia salió del hospital, y los amigos que tenia huyen dél en viéndole, como si fuera un apestado; pero ¿qué mayor peste que la pobreza? Solo un amigo ha sido el que no le ha faltado del lado, que es el perro que ves junto á él. Repara en aquel que toma tabaco: cuatro años ha que valia su hacienda diez mil ducados, y vivia quieto y regalado; y aun eso imagino que le ha echado á perder, pues se metió á arrendar una de las sisas que tiene el vino, y le sisó el sosiego y la hacienda: ha estado preso, y por pobre le soltaron, que la necesidad le obliga á venir á buscar quien le dé en qué ganar uñ real. ¿Y aquel que manotea tanto, preguntó Onofre; tan azulado de valona, es maestro? No, respondió Juanillo que tambien viene á buscar quien le ocupe: ha sido juez de comisiones. ¿Qué dices? replicó Onofre: ¿y ahora viene á esta miseria? No hay que admirarse de eso, prosiguió Juanillo, que un juez de comision se compone de un rodrigon, que despedido en la casa en que sirve, con favor de criado de don Fulano, le dan una comision, con que le hacen de hombre langosta, pues va á cortar las haciendas á los pobres labradores: y mas monta el tanto de sus salarios que el principal del negocio, y algunos vienen de la diligencia molidos á palos; y tiene bueu gusto quien tal diligencia hace con ellos, que mas son ladrones que jueces de comisiones, si acaso hay diferencia entre estas sabandijas.

Perturbólos á la plática alguna gente que siguiendo á unos ministros venia; y apartándose á un lado, notaron que era un hombre, que asido de una mujer, decia haberle sacado veinte reales de la faltriquera, que los llevaba para comprar de comer. La mujer negaba á vueltas de lágrimas y buen rostro, con que los que cerca se hallaban volvian por ella ultrajando al hombre con palabras pesadas (bravo engaño es debajo de buen rostro malas mañas: licion es del demonio, pues para engañar á Eva se valió solo de un buen rostro). El hombre iba hecho una sierpe, y decia: En esta faltriquera la cogí la mano (señalando á la de un lado) y perderé el dinero si la miran y no la hallan. Con que un ministro (habiendo reparado en la instancia del hombre) se determinó á mirarla, y para ha-

cerlo mejor la fué guiando á un portal para ejecutarlo con menos gente. La mujer se hacia muy pesada, con que dió bastante indicio, á tiempo que un hombre, que detras iba de la mujer, vió que dejó caer en el suelo dineros, y llamando á la justicia los dió aviso, diciendo que mirasen que aquella mujer dejaba caer el hurto en el suelo. Levantólo el dueño, y dijo: Un real de á cuatro falta, mírenla usted. Hízolo el ministro, y de unas bolsas de lienzo, que parecian talegas de alcamonlas, se le sacó.

Señora remilgada, dijo el dueño del hurto, será razon llamarla ahora ladrona? mire si ha salido á luz mi verdad y su infamia. La justicia, como vió la razon que tenia el hombre, y reparó en que la mujer habia enmudecido, tomaron su dicho, nombre y casa al hombre, y á la señora inocente llevaron á enjaular, para prevenir la posada en frente del hospital general.

Apenas se fué la justicia cuando de entre la gente que se habia llegado, salia dando voces un sacerdote (forastero al parecer) diciendo: ¿Hay mayor infamia y atrevimiento, que á la vista del castigo se esté robando? ¡que tal pase en este lugar! ¿Qué es eso, preguntó un hombre; señor licenciado, ¿que le ha sucedido á vuestra merced? A quien respondió el sacerdote: ¿Qué quiere que sea? Aqui llegue á ver este alboroto, y aquí me han alborotado mi sosiego, pues me han sacado veinte doblones de una bolsa y hasta dos pañuelos. Miraba las faltriqueras, y decia que no le habian dejado cosa en ellas; daba vueltas, y miraba al suelo, propia accion del que pierde algo inclinar la vista á la tierra, por ver si lo halla, y lo mismo hace el que se halla algo, por ver si hay mas (nadie pierde mayor ni mejor alhaja que el tiempo mal gastado). No seré yo tan dichoso, decia, como aquel que topó el ladron y el hurto; pero ¿donde le he de buscar yo, que ya estará media legua de aquí? Y tambien podia ser estar mirando y oyendo lo que pasaba, que bien de ordinario sucede.

Onofre, atento á todo, estaba como fuera de sí, diciendo: ¿Es posible que á la vista de un suplicio, donde se ha de hacer justicia, se atrevan á un sacerdote? ¡O lugar! ¡O confusion del mundo!

Vamos de aquí, dijo Juanillo, que estas cosas suceden tan de ordinario que no hay que espantarse, y pues es hora de almorzar, sígueme. Hízolo Onofre, y á pocos pasos entraron en una casa, donde pidieron lo necesario, y con brevedad fueron servidos: y á poco rato vieron un hombre que, llamando á la dueña de la casa, la dijo: Vuestro marido queda preso en la cárcel de corte. ¡Mi marido! ¿Porqué? preguntó la mujer. A lo que el hombre respondió: Porque él se tiene la culpa, que los hombres han de andar cuerdos y atentos con la justicia. Salia de la carnicería con un cabrito, y llegando un alguazil á mirarle, no lo consintió, y porfiando el ministro en que lo habia de hacer, se resistió sacando la espada. Miren qué desatino en un hombre como Domingo. Forzosa cosa será que usted tome su manto, que aquestas son cosas que no quieren dilacion en el negocio, y yo voy en el Ínter á la cárcel, y allí aguardo.

Fuése con esto, y Onofre preguntó á su amigo quién era el dueño de la casa, que se atrevia á una resistencia formada con la justicia. Parécele

juguete tal accion, debiendo andar prudente y cortés, pues sabrás, dijo Juanillo, que el que ha hecho la accion que has oido no tiene mas dignidad que ser tabernero, y ayer era mozo de pellejos; ha tenido buena suerte en esta casa, donde ha ganado para tenerlas; cuyas plumas son de oro, plata y cobre, y no repara que son parecidas á la estatua de Nabuco, que al primer vaiven de la fortuna no faltará una china que la deshaga; yo sé que ha dado en un valle que le han de hacer aplacar los tusos, aunque imagino que saldrá bien de todo, porque tiene todo, que es tener dinero (¡ó buen Dios, lo que puede!). Bien puede Marina sacar la hucha, y llevarla á la cárcel, que en estos lances no hay favor como el oro.

A este tiempo, ya Marina se habia adornado; el manto era una capa de paño verde, con el cuello de terciopelo del mismo color, que sus señas decian : Soy de un lacayo, memorias que guardaba Domingo para acordarse de sus obligaciones. Marchó dejando encomendada la casa á una amiga suya, que en la cara se le conocia haber gozado de lo gálico, verde que pacen los machos de las salas de San Juan de Dios. Paguemos, dijo Juanillo, y vamos, que la visita de la cárcel hoy no se puede perder, y verémos qué le dan á Domingo por la valentía.

Así que salieron á la calle, ya entraba la justicia, con el rigor que se sabe, á embargar el hacienda, como lo hicieron, cerrando la puerta.

Hombre, ó mozo de tabernero, siéndolo, pues tambien lo serias de los pellejos, y aunque ahora no lo eres, lo has sido, y es fuerza que las beces te hayan quedado, ¿qué importa que tengas cuatro reales, si no tienes prudencia y eres humilde? ¿Y qué importa que tu hacienda sea ganada con gotas de sudor, si las vendias á precio de vino? Si quieres aumentos, busca humildad, desterrando de tí la soberbia, que para nada es buena: solo sirve para caer, como lo hizo el ángel mas hermoso que habia en el cielo; y para que veas el estado á que viene la soberbia, escucha : Cinaras, mujer hermosa, tuvo siete hijas, llevando á su madre en la hermosura muchos realces, pero tan soberbias que enfadados los dioses de su demasía las convirtieron en siete gradas de un templo, para que fuesen pisadas de todos. Guárdate tú, no quedes convertido en pez y tu hacienda en agua, que aunque anades no hallaras qué aguar; pero consolaráste diciendo : Lo que es del agua, el agua se lo lleva.

DISCURSO VI.

Amanece el dia deseado de todos, quiere el autor de las cosas criadas manifestar sus luces, desterrando las confusas tinieblas de la noche, para que el hombre deje de ser ingrato á tantos beneficios, y ya otro conozca la deuda en que le está á Dios, que le ha criado. Despierta ántes del amanecer, y vase vistiendo, deseando entre el dia solo para su como-

didad, su gusto y su ganancia. Sale de casa, sin acordarse que hay muerte y que todo su ser puede dejar de ser en lo breve de un pensamiento; y aunque se contempla á la imágen y semejanza de Dios, no le da gracias de que le ha sacado de entre los lutos de la noche, imágen de la muerte: y toda su priesa es por ir á engañar á su prójimo, ó buscar ocasion de murmuraciones, ó entretenimientos excusados. Tambien amanece para el bruto, pues criatura es de Dios. Levántase en la cueva donde habita, dejando caliente el lugar que de lecho le ha servido; extiéndese, y entre esperezos encorva el lomo, y abre la boca: levanta la vista al cielo, y luego la inclina á la tierra. El pajarillo sale del nido, y á la puerta de su estrecha vivienda, con el agudo pico pule sus alas, extendiendo cada una á compas de una patilla, y viéndose en el deseado dia empieza su canto. El pez, que en lo lóbrego de su estancia pasó la noche quieto y encogido, viendo el dia retoza con los cristales; y despues de muchos brincos, causados de su alegría, saca la frentecilla de plata, levantando la vista al cielo. Este pececillo seguro amanece á su entender, que despues de muchas fiestas y escaramuzas, á que le mueve su alegría, por las luces que goza (que el levantar la cabecilla al cielo es darle gracias del bien que recibe) parte luego bullicioso á buscar sustento, y sin pensamiento de hacer malda en el garlito, ó la red, y queda preso ó muerto. El pajarillo sale de su nido á ver la claridad, y para dar gracias á su Criador, mueve la sonora voz, mirando á todas partes, dando nuevas á las aves que ya ha venido el dia y ha manifestado sus luces: levanta el vuelo para buscar sustento: ve una verde zarza, y enderézase á ella, para descansar de los retozos que por el aire ha dado, é inocente de que el desvelado cazador tiene enredada la zarza de engaños, queda preso en la vareta, ultrajada su pluma, ajados sus hermosos colores, y con la lucha á que le ha ocasionado el verse preso, ya herido ó muerto. El animal, que de la cueva poco á poco va saliendo, llega á la bruta puerta, mira al cielo, y estremécese, abriendo la boca, con que en su modo da gracias al Autor de todos. Sale (seguro á su entender) á buscar alimento, sin reparar que el montero ha estado toda la noche sobre la cueva, aguardando á que salga, y así que le ve le tira, y queda muerto. El bruto, el ave, el pez, todos dan gracias á su Criador de la vida que gozan, sin aspirar á mas, y sin hacer mal mueren impensadamente.

¡Ay de mí, miserable gusano! que siendo hecho de tan hermosa arquitectura, á quien Dios dió dos ojos, dos oidos, dos manos y dos piés, y un discurso tan penetrante, no le aplico al conocimiento de que tengo una alma no mas; y que si falta la vida (que puede ser) y me halla mal prevenido la muerte, no tengo otra vida á que apelar para curar el alma ni otra alma que salga á pagar las deudas que causé viviendo; y pudiendo aspirar á una vida eterna, malogro el mayorazgo que es mio, ofendiendo al Padre que me le dejó, dándole causa para que me eche su maldicion, como á hijo desobediente, y desherede de lo que por mio señaló.

Sale (con fin de hacer mal) un hombre de su casa, casa donde habita de noche; es de vecindad donde viven otros, aunque malos, mejores

que él; y sin santiguarse, ni mirar al cielo, solo mira á la tierra, que le parece mucha y larga para llegar adonde ha estado pensando toda la noche. Guia sus pasos á Provincia en busca de un alguacil conocido, que no faltan ministros que conocen á estos, y ya los entienden su flor, que es flor que usa la serpiente llamada hiena, que tiene instinto de aprender los nombres de los pastores que habitan donde ella, y llamándolos de noche los ocasiona á que salgan de sus cabañas, y luego los mata. Así este hombre anda de dia vigilante á los pecados agenos; nótalos, y aprende las casas y nombres de los que pecan para luego matarlos, llamándolos por medio de la justicia. ¡O vil serpiente con voz y rostro de hombre! Llegó uno destos de quien hablo á Provincia, y halló con quien desahogar su infamé pecho, á tiempo que Juanillo y Onofre, pasando por allí, repararon en el hombre; y parándose, como quien no hace caso de aquello mismo que desea ver, oyeron que el alguacil decia que guiase; y Juanillo dijo á Onofre: Sígueme, verás una de las vilezas que los que las profesan usan en este lugar. Hízolo Onofre, y á breve instancia dieron en la calle del Arenal, y en una casa harta de viviendas y hambrienta de entrada se metió la guia, y en su seguimiento la justicia. A poco rato salieron con la caza, que era una mujer de honesto adorno, tapado el rostro, y un hombre de buen parecer, que venia entre el alguacil y el escribano.

¿Qué te parece, dijo Juanillo, lo que vas viendo? Pues sabrás que el honrado que guió á este lance es cañuto del fuelle de la fragua de Vulcano; mira como se queda dentro; pues cuidado, y verás como sale á su tiempo, y se atraviesa al paso para el ajuste, que á estos ya los conozco yo, y sé su modo de vivir. Fuéronse los dos amigos á lo largo, detrás de la justicia; y al llegar á la escalera de piedra de San Ginés, los cogió de cara el cierzo, haciéndolos detener, y sus primeras razones fueron decir al preso: ¿Qué es esto, señor Fulano? ¿va vuesa merced á la cárcel? Mire si manda algo en que le sirva, que amigos son estos señores, y harán por mí cualquiera cosa. A lo que dijo el preso: A la cárcel me llevan, y los he suplicado dejen á esta señora, que es casada, y como no me conocen no han querido hacerme favor. Entónces el fuelle apartó al alguacil á un lado, y estando hablando con él, el preso se subió la escalera arriba, y de lo alto dijo, quitándose el sombrero: Regalen vuesas mercedes á ese caballero, que yo le prometo de satisfacerle el agasajo, y esa señora por mujer siquiera la pueden dejar, que yo los encomendaré á Dios, que los libre de soplones. El ministro quedó haciendo el papel de un confuso, y el fuelle sin poder respirar (como le faltó el aliento, que á su entender ya tenia en la bolsa) mirando al alguacil brotando parte del veneno de sus podridas entrañas, le dijo: Si vuesa merced le dejó suelto, ¿qué queria que hiciera? Vil soplon, si querias ajustar el que no fuese ese hombre á la cárcel, ¿porqué te pesa de que haya huido? Respóndeme luego, que no he acabado contigo.

En fin, desterrando la confusion, el ministro dijo á la mujer: Vuesa merced, señora, váyase con Dios, y mire por la enmienda, que otra vez, aunque sola, la he de llevar á la cárcel. Fuése con eso al paso de quien

huye: y volviendo la justicia al soplon, le dijeron si mandaba algo. A que respondió aturdido: Váyanse ustedes con Dios, que yo me he de ver con este caballero para decirle cómo ha usado tal término con hombres como yo; pero á un beneficio una mala correspondencia es muy cierto (esto cierto es que lo diria por la gente que lo oia; que para la justicia que ya le conocia no era necesario). Hiciéronle ir, y él hubo menester poco, no porque la vergüenza fuese la causa, que estos tales la vendieron en la cuna.

Quiera Dios nuestro Señor, fuelle de Satanás ó cierzo del infierno, que viento des á la barca de Aqueronte; á esto madrugastes, despues de desvelado toda la noche, hasta ver preso el pez? Para esto usaste de la mas vil obra que hacen los hombres, si acaso son tales como tú. Respóndeme, duende convertido en aire pestilente. Dirás que lo hiciste por evitar un pecado mortal, por atajar un escándalo y por limpiar tu casa, que ya sé que vives en ella, y que vives de lo que tú sabes y todos sabemos. Mientes, si tal dices; no bastaba conocer á este hombre, y mirar que debes querer á tu próximo como á tí mismo; pero por conocerle lo hiciste, que sabes que tiene que gastar, y pensaste que te tocará á veinte por ciento: el sueño del ciego fué para tí, que mala yerba eres: á la cicuta te comparo, fria y venenosa: medio desesperado vas, porque no se ha hecho á tu gusto lo que querias; mira no te mueras de pesar, que Filistion Niceo murió de risa, y Filipides de gusto de un vencimiento poético. No mueras tú de un susto, que suele helar la sangre; y procura, para que no te lleve arreatadamente otro aire mas fuerte que tú, traer plomo en los piés como lo traia Filetas, poeta elegíaco griego, de quien afirma Eliano que, para que el aire no le llevase, traia en los zapatos gruesas suelas de plomo; mira que tú andas muy ligero, y que el aire de la muerte no se descuida. Solo te digo que te vayas para quien eres, y te lleves esta advertencia hácia allá, y ten cuidado con ella: el testigo falso engendró al soplon, y por obra tan infame salió condenado en doscientos azotes. Mira que sigues su rumbo, y que te consuelas con decir que tales sustos los echas á la espalda.

¿Qué te parece, amigo Onofre, dijo Juanillo, lo que vas sabiendo mas en este laberinto del mundo? Mira si ha salido todo verdad; pues aguarda, que no se ha acabado la historia. Mira el que llevaban preso, como sale de la iglesia, y se va á la justicia con mucho sosiego; mira como los saluda, y ellos á él; escucha, que en buen lugar estamos para oir.

Agradecido estaré toda la vida, dijo el hombre, al agasajo que se ha hecho conmigo, y á conocer valia algo el interés, le diera con sobrado gusto; pero ya saben mi posada, y pues me conocen, me pueden mandar. Esto no se ha hecho por otra cosa mas que por conocer que con hombres como vuesa merced para la enmienda no es menester ejecutar castigo, dijo el alguacil, y porque el soplon no haya logrado su desvelo. Despidiéronse, y el hombre guió á la plaza, á quien hizo volver el rostro Juanillo, que en voz alta dijo: ¡O ministros extraños á todos los nacidos, que salieron al mundo para serlo, pues desinteresados las diferencias de todos: buena pascua os dé Dios, y mala al soplon, sobre el mal rato que le ha-

beis dado. Sonrióse el hombre, y Onofre se llegó á él, diciendo le hiciese gusto (para sacarle de dudas) decirle el suceso, que aunque habian visto gran parte dél, no sabian lo interior, á quien el hombre dijo así: Estando hablando con aquella mujer en su casa, entró la justicia : luego me conocieron, por ser amigos mios; dijéronme como los habia dado el punto aquel hombre, y que habia de salir al paso para el ajuste; que los habia dicho como era conocido mio (como es verdad que le conozco de una tarde, que le libré de manos de unos que infamándole de soplon le querian dar su merecido); díjome el alguacil que por quedar bien con él (que de cuando en cuando los socorria con viento) llegase hasta San Ginés, y allí me entrase; y que luego dejarian la mujer : despues ha pasado lo que vuesas mercedes han visto; pero yo le haré que se acuerde de mí. Con esto se despidió, quedando Onofre espantado, diciendo : Famoso dia tendrá el soplon. ¡Que haya tales hombres en el mundo! Aunque no mirara al haber nacido cristiano, se habia de acordar que le debia aquella accion de librarle la vida de quien le queria ofender : ¡y que haya pretendido tal infamia! ¿De eso te espantas, dijo Juanillo; hay en Madrid un sin fin destos. ¿Piensas tú que la justicia hiciera tantas prisiones como hace, si no fuera por el aliento destos huracanes? En sus oficios se estan paseando, ó sentados, hasta que llega el aire y los descoge.

En el campo cerca de los pueblos, se crian cardos silvestres, y aunque silvestres echan su flor en una como alcachofa; cuaja esta flor simiente, y seca se cae, dejando el lugar donde fué congelada, que es un círculo redondo, tan sutil que parece ser hecho de aquellos átomos que descubre el sol, cuando entra por parte tan angosta que le niega lo franco. Sécase el cardo, y de entre sus hojas saca el aire de octubre aquel círculo sutil, y trae á los pueblos volando por su esfera : en viéndole los muchachos como vuela por el aire y corre por la tierra, le llaman milano y procuran asirle: hácenlo, aunque con algun cansancio, y en cogiéndole en las manos, le dan un fuerte soplo para que vuele á su gusto. Estos niños con alma sincera le avientan con soplos, porque ven que no hace daño el levantarle del suelo, ni aventarle, y á ellos los sirve de entretenimiento; pero el soplon da un soplo al ministro, ó milano, que quieto en su lugar se está, para que vuele, para que haga daño, para que, si pega el pájaro en la liga, que á puro soplo ha puesto en su vara, le dé parte de la pluma que le ha de quitar. Atrevido aire de octubre, que á ese milano sacaste de su quietud, que por tal la tenia, aunque entre hojas secas, y le has traido adonde canse é inquiete á esos niños; pero ¿para qué hemos de reñir á este aire, pues no hace mas daño que cansar y moler á aquellos niños, y tambien los entretiene? Pero tú, aire cruel del infierno, que interrumpes y deshaces la quietud del ministro que sosegado se anda paseando con el rosario debajo de la capa, porque no le vea otro compañero suyo, que no es aficionado á cuentas, y le llame santurron camandulero (que hasta en el rezar ha entrado el vituperio y la murmuracion), y puede ser que esté pensando en cosas que importan á su alma, ¿para qué le desacomodas de su quietud? ¿Para que vaya á hacer mal á su prójimo? ¿para que si hay ocasion eche veinte juramentos? ¿para que te dé algo de lo que ha de qui-

tar al otro? Buen amor tienes á tu prójimo; buena licion sacaste de la escuela de amor; sin duda llegaste despues que habia trocado armas con la muerte, pues tu amor mata; mira que hay muertes desprevenidas, y que no andas seguro debajo de tejados ni canalones: mira que Esquilo, siendo hombre de mucha razon, sentado en el campo estudiando, le mató una tortuga que dejó caer un águila, dándole en la cabeza de tal suerte que de la grave herida murió. Mira que tú vives de hacer mal, y que no sabes si tu castigo está prevenido en tu lecho. Mira que no mereces que te llamen hombre, pues á Dios nombra quien nombra hombre. A tí te han de llamar camaleon, pues le sustenta lo que á tí; pero con diferencia que el camaleon cuando abre la boca para recoger el aire da gracias de camino al que crió tal elemento, y no daña con él; pero tú recibes el aire como sabes, y para que te sustente, al arrojar con que dañas y matas, que tus entrañas producen ascos de peste. Solo te digo, para dejarte (que no te juzgo, que te digo quien eres), que el juzgar le toca á Dios, á quien suplico nos juzgue con toda su piedad y misericordia.

Bien le has castigado de palabras, dijo Onofre, aunque mucho mas merecia, pues ni de los mandamientos de Dios, ni de las obras de misericordia se acuerda el que solo estudia cómo hará mal á otro. Aguarda, dijo Juanillo, que lance semejante no se puede perder; pues nuestro entretenimiento es recoger hoy bazas perdidas, ó por lo menos parecernos mal sus descuidos. Repara en aquellas dos damas que allí vienen, que aunque bien vestidas son muy desgarradas; y á fe que las conocí yo con diferente adorno, que aquella de las puntas en el manto, que son de tramoya, con ella las ha ganado: yo me acuerdo cuando asaba castañas al lado de una que decia ser su tia, y la tal tia vendia por menudo su mercaduría. Sacóla de menores, y pasó á medianos, un estudiante, hijo de un mercader lencero, de los que traen la tienda á cuestas, y luego un mozo de mulas la puso en mayores, aunque para ello vendió el caudal, echando la culpa á la careza de la cebada; y ya es mujer de cuarto de casa, estrado y criada, y no falta quien la da coche algunas veces, y en verdad que fiada en su cara anda muy barata y se da mucha priesa: ella dice que buenos son muchos pocos, y si se descuida la han de condenar á zarza, porque es de la calidad del diablo, que á nadie desecha ni hace asco de cosa, sin reparar las miserables el mal fin que tienen todas, ocupando las camas de los hospitales ó las puertas de las iglesias, tullidas y llagadas, sin poderse menear, pudiendo reparar con tiempo en la causa de su mayor hermosura, que es el adorno: sin el adorno, ¿cómo amanece? Y tomando un espejo contemplarán la falta que las hace la falta de las galas, el cabello descompuesto, y sin el cuidado ordinario, que poco las adorna; mirando el color del rostro pálido, y á trechos amarillo, que ageno está de la hermosura, los ojos con ojeras y legañas, de haber estado aquellas breves horas cerrados; mirarán los labios cárdenos, el aliento pesado y enfadoso; todo causado de una noche que para descansar se acuestan: y si esto, que sirve de descanso, desfigura tanto, ¿qué hará una enfermedad? y si contemplaran en la enfermedad, no estuvieran léjos de acordarse de la muerte: pero ellas solo estudian el ejercicio de desnudar á los

hombres para vestirse y adornarse. Mira qué presto que hallaron las arpías con quien hablar, que ya cecean á aquel alguacil; escucha, que en buen lugar estamos para oirlas.

Llegó el ministro á ellas, y despues de saludarle la una le empezó á reñir como en tantos tiempos no la habia ido á ver, que bien se conocia el tener nuevo gusto. A lo que respondió el ministro que ocupaciones precisas no le daban mas lugar, que mirasen si mandaban algo, porque tenia que hacer. A lo que la una dijo: Esta tarde le hemos menester á usted, que doña Ines (señalando à la compañera) tiene un particular que hacer, y es con un indiano de los que han venido con la flota, que bien se le conoce ser hombre de hacienda, pues á la primer vista la ha dado veinte pesos para las puntas de un manto: ha pasado á Castilla á ver sus damas, y ha encontrando con ella, y la picarona bien sabe embobarle con sus melindres; y creo para mí que esta tarde va para despedirse, y así á las seis aguardamos; la portera estará avisada, que es aquella buena vieja antigua en casa que bien conoce vuesa merced. Despidiéronse con eso, y el alguacil dió palabra de ir, y con el acostumbrado desgarro prosiguieron su viage.

Vil mujer, hija del Nilo, astuto engañador cocodrilo, que en sus engañosas riberas te has criado, que lloras para matar al hombre que te está favoreciendo, ¿qué razon darás á tan justas quejas como contra tí da la misma naturaleza, pues á quien te alienta quieres matar? El leon es el animal mas fiero que hay, y si recibe un beneficio del hombre agradecido, le sirve toda su vida. Dirás que es forastero, que se ha de ir y dejarte, que es rico, que pague bien el gusto que ha tenido. Esto respondes, falso animal, caballo deshocado, que al dueño que te ha lavado, regalado y peinado, y te ha querido y estimado, le matas de dos coces ó le despeñas. Sobrada paga era (á lo que tú mereces, segun quien eres) cuatro reales de plata; mira qué agradecimiento das á lo demas.

Un pájaro hay bien conocido á quien llaman torcecuellos: á este le dió naturaleza la lengua diferente, que á otros pájaros, pues es delgada como un hilo y larga. Este con particular instinto busca los hormigueros mas copiosos, y allí se echa, sacando y tendiendo la lengua á la puerta de aquellas ambiciosas afanadoras: ellas codiciosas del sabor de la carne se enlazan en ella, y estando toda cubierta de hormigar abre el pico, y sepulta en su seno todas aquellas vivientes, metiendo dentro la lengua cargada de hormigas, como erizo de madroños ó manzanas. Peores sois que este pájaro, que aunque mata es á quien nunca le ha hecho beneficio; pero vosotras matais al mismo que os sustenta. Este una vez mata; vosotros muchas veces: este cierra los ojos para engañar; vosotras los abris para ofender á Dios y al hombre. Este le dió naturaleza la pluma que se adorna, y siempre se reconoce deudor; pues cantándole endechas agradece el beneficio. A vosotras os da el vestido el hombre, y le procurais matar; peores sois que el demonio, pues para meter el pecado en el mundo se val ó de vuestro rostro y nombró por su abogado, siendo vosotras el principal instrumento para que entrase la culpa por los puertos de la naturaleza. Desdichado es el hombre que en el meson del mundo,

donde ha de venir, topó consorte de vuestro humor; y dichoso aquel á quien cupo mujer honesta y virtuosa, que es toda la dicha del siglo!

¡Válgame Dios, dijo Onofre, amigo Juan! ¿Esto hay en Madrid? Es posible que no teman estas viles mujeres la justicia de Dios! sin dar el oido á sus amenazas, y reparando en las ganancias del pecado, pues todo su caudal es comerse de cáncer sus miembros, y consumirse poco á poco, agregándose á este achaque otras enfermedades graves, como la lepra, asma, perlesía, hidropesía, el no poder lograr la comida en el estómago con desgana della, el frenesí, la lengua pasmada, la gota, y otros achaques tan graves, y mas llenos de penas, desasosiegos, inquietudes y dolores, y que tan sin rienda pequen por tan viles modos! ¿De eso te espantas? dijo Juanillo; hay tantas que usan esta flor que para mí no es novedad por ser tan práctico. ¡O bondad infinita! replicó Onofre, peores son estas que la víbora, que aunque hace rebentar á la madre que la cria, ya es obra de naturaleza: pero lo que estas hacen es obra del demonio, que mete al hombre en el pecado, y luego corre el velo y toca la campanilla, para que todos le vean, y su misma afrenta le mate. Aun no hace tanto daño el cuervo en sacar los ojos á la madre que le cria. Baste, sierpe lasciva, que para nombrarte te llamen mala y luego mujer. Vamos, Juan, que no quiero ver en este lugar mas de lo que he visto, que para perpetua admiracion basta. ¿Aun no has empezado? respondió Juanillo; ¿ya te enfadas? Ten paciencia, que hay mucho mas que saber y ver, que estas son cosas que los hijos deste lugar las tenemos por tan comunes como un domingo cada semana.

Sus pasos guiaban (los dos amigos) á la calle mayor, cuando un ***kyrie eleison*** de un sacristan que junto á la cruz de su parroquia iba, los hizo detener; era un entierro, y por ver la ostentacion que llevaba se detuvieron. Iban ocho religiones, los hermanos de San Juan de Dios, que llevaban el cuerpo, los niños de la doctrina y desamparados, todo el cabildo, veinte y cuatro pobres con sus hachas de cuatro pábilos, muchas cofradías, y sus mayordomos con cetros: el cuerpo iba en una caja cubierto de bayeta, y detras mucho acompañamiento pardillo; y ántes de llegar el cuerpo á la iglesia, se detuvo en el ínter que dijeron un responso, á tiempo que los testamentarios (que en sus razones se le conoció el serlo) al llegar donde Onofre y Juanillo estaban, se detuvieron, preguntándolos otro que iba en el entierro que cuantas misas habia dejado. A que respondió uno dellos que ciento, y que en cuanta hacienda dejaba no habia para pagar deudas y entierro. Estiróse de cejas el que preguntó, y el entierro anduvo.

Hombre, que no eres mas que un vil gusano, á quien despues de muerto aborrecen los mismos que cuando vivo le amaron, pues ya no hace mas que causar horror y espanto, para qué quieres honra fantástica. ¿De qué te sirve despues de muerto? Procura honra en el alma, que es solo la que entre los muertos vive. Anda acá, Onofre, dijo Juanillo, le encomendarémos á Dios, y preguntarémos quien es. Fueron, y en la iglesia notaron un aparato como para un príncipe; estaba toda la tierra enlutada, veinte y cuatro blandones de plata, para las hachas que llevaban los pobres, que

á puro atizarlas ya iban demediadas. Toda la música de la capilla real, y la tumba tenia al rededor mas de doscientas luces. ¡Válgame Dios! dijo Onofre, quién será este, que con tanta magestad viene á la tierra. Preguntólo á un hombre que habia acompañado el entierro, y respondió que era un bodegonero de la calle de las Velas. ¡Válgate Dios por bodegonero! dijo Juanillo, ¿no era mejor ajustar un entierro de moderado gasto, acordándote quien eras y eres, y no dejar que notar? Con doce sacerdotes y una cofradía tenias harto para hombre de tu esfera, y no tanto aparato y tan pocas misas; ¿porqué no te acordaste de tus padres, y de tus parientes y bienhechores, que por tales podias tener á cuantos han comido en tu casa. ¿Porqué no reparabas que habia almas en el purgatorio, y que en Madrid se da limosna para redencion de cautivos, y que hay pobres viudas y huérfanas doncellas. Esto sí que luciera mas que las hachas que llevan los pobres. Tú sin duda te aconsejaste con alguno de tu oficio, que de ordinario son zafios y gente que solo entiende en la ganancia que deja la tajada con dientes, y el picadillo de livianos de vaca. Mal te aconsejaron en un lance, que despues de muerto no hay enmienda, y mas habiendo tenido un trato como el tuyo; quiera Dios sea solo el cuerpo el que pereció, y no el alma; que si la llevas hambrienta de caridad, no has de poder socorrerla, aunque te hallaras allá con lo que sobraba en tu mal bodegon, que en lugar de darlo á pobres lo recogias para volverlo á vender, y cuando sobraba no era por falta de hambre en los que á comer entraban, que la causa de sobrar era lo mal guisado y mala sazon de lo que bien vendido los ofrecias, y por eso preveniste tantas especies al cuerpo y te olvidaste del alma. Allá lo verás, cuando de tantas veces como acá oias decir ; ¿Cuanto debo? allí oyes decir : ¿Cuanto nos debes? y volviendo la vista á la parte de la voz, ves que se acercan á tí una tropa de aguadores, esportilleros, lacayos y mozos de sillas, quejándose de tí, porque dejaste su pobre hacienda en el mundo, pudiendo haberla llevado allá, y repartir con ellos, contigo, y con los de obligacion.

DISCURSO VII.

El que usa misericordia debe ser breve en la resolucion, y el que airado fragua castigos, debe dilatar el juicio y la ejecucion; y haciéndolo así, excusa el arrepentimiento. Divertido estaba, dijo Juanillo, pensando en lo afligido de un preso dia de visitarse, y todo lo allana cuando hay juez piadoso que obra con misericordia, con que se parece á Dios; y pues es hora, vamos á ver la visita, que hoy será temprano. Siguióle Onofre, y á breves pasos llegaron á la cárcel de córte, donde á su puerta habia gran número de gente; y preguntando la causa, supieron era un ministro que habia quitado la espada á un lacayo, por ser de mas de marca, y traerla en vaina abierta : y el tal lacayo gallego habia avisado al mayordomo de

su casa, y habian venido á la defensa una veintena de lacayos y una docena de pages; daban (con demasiado brio) voces, diciendo eran criados de don Fulano, y que no diese la justicia lugar que lo supiese su amo. Pero como la justicia estaba en el zaguan de la cárcel, asiendo á dos, que eran los que mas voces daban, los metieron dentro y cerraron la puerta, con que los de afuera apelaron á la visita. Muchos aguardaban á que abriesen, y algunos llamaban á quien el señor portero decia se fuese noramala: para él tales dias de bulla son enfadosos, y no me espanto; pero un preso que llamaban á la visita hizo abrir, con que todos entraron. Llevaban este preso porque traia un coleto de bien poco abrigo y defensa, que su dueño mas que por defensa le traia por abrigo.

Así que dentro estuvo Onofre, permitió que la admiracion usase sus extremos, notando en tan hermoso edificio tanta comodidad y desahogo para los presos, cuando cerca de sí vió un bombre que batallando estaba con otro; quejábase el uno amargamente de su corta fortuna, diciendo: ¿Es posible que usted no me haya hecho mas favor, sabiendo que hoy se ha de ver mi pleito, en haber examinado aquel testigo, que importaba mucho á mi negocio? A lo que el otro respondió: A mí no me han dado blanca alguna, y no viendo luz, yo no acierto á escribir, aunque fuera para mi padre. Aquí conoció Onofre que el uno era preso, y el otro era escribano. Prosiguió diciendo: Usted busque dinero, y tendrá buen pleito. ¿Qué bueno le he de tener, respondió el preso, si se ha de ver hoy sin falta, y con su descuido de usted ¿qué sé yo lo que saldrá? Gran desdicha es el ser pobre un hombre, y no hallar caridad en los que trata. Despidióse el escribano, porque le llamó otro preso, quedando este primero mas triste que la noche. ¡Es posible, decia Onofre, que seamos tan malos los hombres, que no viendo el interés primero, no nos movamos para acudir al necesitado! que este escribano, que ya le habrá comido su hacienda, falte á una diligencia, porque faltó el dinero; poco premio espera del cielo el que solo mira al de la tierra. Volvió la vista al otro lado Onofre, sintiendo en su corazon estas miserias; vió otro preso que á un hombre suplicaba le llamase á su letrado, porque salia ya la visita; y el tal bombre le respondió que ya le habia llamado; pero que decia que si no le daban dinero no queria venir. ¿Qué dineros le he de dar, respondió el preso, si ya los llevó ayer, y no se vió el pleito? Amigo, replicó el tal, ya se lo dije, y me respondió que hoy era otro dia. ¡Ha pobre de mí! prosiguió el preso, sin abogado, y en visita ¿qué haré? Paseábase, apretando las manos una con otra, levantando la vista al cielo, pidiéndole favor. A todo atendia Onofre, cuando vió que entre los sayones llevaba á la visita á un hombre cano y macilento, que iba chasqueando dos pares de grillos muy cortos de mastil; y llegándose Onofre á otro preso, le preguntó que porque estaba aquel bombre tan cargado de prisiones. A que respondió el preso: Seis meses ha que está del modo que veis, solo por un indicio, y cierto que cuando le trajeron preso no traia cana alguna, y mirad qué tal está. ¡Ha triste vida del bombre! decia entre sí Onofre, dime ¿cuando descansas? Que no sé cuando ó como vives con tantos trabajos y penas como entran en tí con el uso de la razon. Vamos arriba,

dijo Juanillo, que ya creo que empieza la visita. Subieron, y vieron que se empezaba en domingo el de la resistencia : y como Marina no se habia descuidado, no le fiscaleó el alguacil, y el escribano habia escrito con pluma suave, pero con todo salió condenado en doscientos ducados, y cuatro años de destierro, y privado de aguador. Si á este le castigáran, decia entre sí Onofre, por esta resistencia, pues era justicia, no se atreviera á otro tanto alguno, con mas alas que este; pero como el dinero es gran favor en todas partes, y aquí no ha tenido pereza en bullir todo, se ha hecho bien.

Si le sucediera esto á un capitan harto de pasar malas noches y peores dias, atento al servicio de su rey, siempre buscando la muerte, opuesto á cualquier empeño, y el cuerpo con mas cicatrices que ochavos su bolsa, con el informe de un apasionado ministro y lo escrito de un mal agasajado escribano le encerráran quince dias, hasta que el consejo de guerra le embargara, y luego le formáran competencia entre las dos justicias, que no hay cosa que mas apure la paciencia, pues siempre aguardan los mártes, y para el preso llegan aclagos; y cuando llega á verse su negocio, ya el vestido con que entró en la cárcel á puro remiendo no se le conoce su primer orígen, ni á su dueño si tiene cara, pues le tienen tal las barbas que parece caserla pequeña entre alameda grande, y ya el que era hombre robusto está tan cenceño que le pasarán de parte á parte con una pala de centeno. A este con rigor se le escriban sus pecados, que es soldado y pobre, y no ha podido guiar la pluma ni enroscar la vara.

Siguióse la visita en el lacayo de la vaina abierta, y mandaron los señores que al punto se la volviesen, y echasen la puerta afuera; y aun no iba contento, que decia que habia de hacer y acontecer. No hay hoy puesto con mas libertades, dijo un preso que junto á Onofre estaba, que lacayo de un señor ó de un alcalde; y sin decir mas se salió de la sala. Visitóse el del coleto, y el alguacil alegaba que traia espada. A lo que el dueño dijo que en su vida se la habia puesto. Mandáronsele volver, que parecia de gamuzas, y no de ante; y al irse, le dijo el alguacil agradeciese, que no le habia fiscaleado. Llamaron á visita al hombre cano, y así que se empezó á relatar su causa, dió la hora, y los señores se levantaron, mandando desocupar la sala y la cárcel para sacar aquellos míseros de fortuna.

Válgame Dios! dijo Onofre, qué laberinto es el de esta casa! Vámonos, que ya me tiemblan las carnes de estar aquí dentro. Salieron fuera, y guiando sus pasos á la Puerta del Sol, vieron grande ruido á la de una casa grande, y preguntando Onofre á un mozo la causa, le dijo que dos hombres sobre una suerte se habian herido muy mal en aquella casa, que lo era de juego. Entraron dentro, y en el zaguan vieron una mujer, que entre llantos y congojas en las palabras que decia declaraba ser su marido uno de los dos heridos. Consolábala un sacerdote, y ella con muchas lágrimas decia : Que se lo tenia yo avisado á este hombre que el juego le habia de dar el pago, que no basta que me ha jugado toda mi hacienda, sobre tantos digustos como tengo por este juego, que desde ayer no le he visto la cara; y los mas dias es así, sin reparar que tiene mujer, y

que está pereciendo, sin tener que llegar á la boca: pobre de mí, ¿qué es esto? que tenia yo marido sosegado, y este maldito ejercicio me le ha puesto en el estado que ves. ¿Qué tengo de hacer, sin tener prenda que vender para curarle? ¿Adonde iré? ¿Donde echaré? ¿Quién me dará consuelo? ¿Quien me dirá por donde he de guiar? A todos causaba dolor el llanto de la mujer, cuando entrando un hombre venerable con una muleta en la mano, preguntó donde estaban los heridos. Enseñáronselos, y vertiendo algunas lágrimas, que enjugaba á la capa, decia: ¡Ha, hijo, como os lo habia yo pronosticado, que este juego habia de acabar con vos y conmigo! ¿No basta que me habeis dejado á puertas, sin tener consuelo alguno, el que se ha visto sobrado y estimado, verse hoy pobre y abatido? Harto os he predicado siempre en lo que os estaba bien: no habeis querido tomar consejos de vuestro padre, no os tengo la culpa.

Asi lamentaba la mujer y el padre de los dos heridos, cuando entró la justicia para hacer la averiguacion, y queriendo llevarlos á la cárcel, vieron que el uno, que era el mas mozo, estaba sin habla, y el otro ya tenia la muerte cercana á los pálidos labios. ¿Hay mayor desdicha, amigo Juan, dijo Onofre, que aquesta que se ve? De ordinario sucede esto en casas de juego, respondió Juanillo, sin mirar los jugadores su perdicion de cuerpo y alma; pues perdiendo las haciendas, pierden las almas á puros juramentos y porvidas, deseándose mal unos á otros: uno picado de haber perdido aguarda al que le ha ganado, y colérico y precipitado le da dos estocadas: otro no se harta de decir infamias al que le habia ganado; otro coge la baraja con que ha perdido, y con boca y manos los hace pedazos, y en desocupando la boca ensarta la tarabilla de malditos sean los trapos, y quien los buscó para que os hicieran, el que hizo el papel, el que hizo el carton, el que hizo el engrudo, el que os pintó, el que os cortó, el que os vende, y el que os trajo á esta casa, y el que vive en ella, y á cada palabra de estas hace pedazos un naipe, mirando con unos ojos de tigre en batalla, sin atreverse nadie á reportarle, porque su traza es de reñir con quien le engendró. Si le va á la mano otro, porque no le dan barato, amaga un bofeton al que ha ganado, diciéndole palabras afrentosas; y enfadado el paciente de sufrir, saca una daga y le da con ella. Esto y mucho mas pasa en el juego; ¿en casa del jugador qué pasará? Pierde uno, y picado, para perder mas, va á su casa á buscar que; la mujer defiende sus alhajas, porque es contra ellas el mandamiento de ejecucion que lleva; ultrájala de palabra, ó la da de bofetadas, llevándose por fin lo que queria, sin reparar que es mujer, y de materia frágil, y que el diablo no duerme; pero quien no mira por el alma, mal mirará por su casa. Muchos hombres hemos conocido que para sustentar el juego han hecho muchas vilezas, perdiéndose á si y á su linage. Vamos de aquí, dijo Onofre, que lástimas que no se pueden remediar basta el verlas de paso, para solo contemplar la miseria deste mundo, y el pago que da. ¿Ves esta desgracia? replicó Juanillo, pues cree que no será parte para que no se enmienden jugadores, que ántes en lugar de huir destas amenazas, buscan otros que quietos y sosegados estan, y á fuerza de su infame

consejo los hacen tomar este modo de morir. Hombre jugador es peor que el demonio, que si el demonio da malos consejos es su oficio, y luego se conoce ser él quien los dá, segun lo que aconseja; pero el jugador da liciones de perdicion como perdido, á otros que aun no lo estan, para verlos como él se ve; pero siendo cristianos, es de notar que el demonio (como imposibilitado del bien de Dios) ciega y guia al hombre para que pierda la gracia que ya perdió él, y el jugador cela y guia á su amigo para que pierda el hacienda que ya perdió él, siendo escalones para perder el alma; y lo que mas espanta, que vendrán guiados de la gula del juego, que los sirve de aliento, siendo lo que les mata; y aunque tropiecen con la muerte, no los causa horror ni aparta del vicio.

Mas sentido tiene el pájaro cien sayos (llámanle así los cazadores), porque, en quitándole la pluma hermosa y de varios colores que le adorna, le queda otra mas menuda debajo, y en quitándole la segunda le queda un vello muy espeso. Así es el jugador,¡como anda á deshoras con la muerte á los ojos, debajo del vestido que de la gala le sirve, trae otro que es coleto, y luego la malla ó el jubon de cien tafetanes (llámanle cien sayos). Este pájaro, con tanta pluma, su carne vale muy poco, que es negra, y al instante que le matan huele mal, que mas le matan por la pluma que le han de quitar. Así es el jugador, por quitarle lo que gana le suelen matar. Este pájaro tiene la cabeza tan desnuda, que parece que naturaleza, cansada de haberle adornado con tanto cuidado el cuerpo, le dejó la cabeza desnuda porque tuviese algun defecto, pues no hay cosa criada sin él. Así es el jugador falto de entendimiento: su cabeza es la parte mas desnuda. Cria el pájaro en ella un legamo pegajoso, es muy gloton y muy ruidoso su canto. Así es el jugador, que huye el sosiego y la quietud de donde él está, hasta cuando duerme está soñando con el juego: miren qué quietud tiene, cuando todo es quitud. Este pájaro el sustento mas regalado que tiene es el que le mata. Así es el jugador: el juego es su mayor regalo, y es quien acaba con él. Busca por los montes parte donde haya animal muerto: la carne muerta luego cria gusanos, los gusanos busca él; come tantos que le embriàgan y sacan de sí. Miren qué sentido le queda al que acaba de perder; busque á la memoria, verá donde la tiene. Tan sin sentido queda este pájaro, que turbado y sin él da en el suelo junto al mismo sustento que con tanta ansia buscó; él es causa de su ruina: el gusano, que su anhelar es buscar donde asirse, encuentra con la cabeza de este pájaro, y se ase en ella, comiéndole ya los ojos, ó parte, que cuando quiere volver en sí, ya no es dueño de sí, pues herido ó ciego de lo uno ó lo otro, queda imposibilitado de volar, con que acaban con él los mismos gusanos. Miren al jugador que acaba de perder quan falto queda de alientos, y cuan sobrado de impaciencia. Estando este pájaro entero, que se conoce lo que fué, no llega en todo aquel sitio otro pajaro de su género, porque les causa horror ver su semejante muerto, por lo mismo que ellos andan buscando. Si el jugador hiciera otro tanto, ya tuviera sentido, pero aunque ve que la embriaguez del juego ha puesto aquellos dos hombres cerca de muertos, si ya no lo estan, es tal su ceguedad que, en lugar de que los cause horror y espanto ver lo que ven,

darán mucha priesa para que los saquen fuera, y ponerse á jugar en el mismo sitio que ellos estan, sin hacer reparo en la sangre vertida ni en las lástimas que hacen otros; diferente hace el pájaro, mas entendimiento tiene qne el hombre. Jugador, date una palmada en la frente de tu vicio, y llama á la memoria, para que te acuerde que hay fin; pero si la memoria la tienes metida entre barajas de naipes, donde hay figuras, espadas, palos y copas con que brinda la gula, primero que de allí saques, ya podrá ser que haya llegado la muerte por ti, como ha llegado por aquellos dos. Bien se puede jugar un rato para divertir el pensamiento de muchos ahogos que hay, siendo de tal suerte que no ocasione el perder la amistad ni la hacienda, salud ni sosiego, que todo lo pierde un jugador embriagado en el juego. Darse un hombre tanto al pecado, que enamorado dél le lleve á cuestas, ya es trabajar mucho, ya es penalidad, ya es ser esclavo del vicio y de su autor el demonio. A la tórtuga la hace andar tan poco la carga de lo que trae por guarda, es imágen de la pereza, y el jugador de la pereza un todo, pues le ocasiona el juego faltar á Dios, y á sus obligaciones en el mundo.

Guiando iban sus pasos Onofre y Juanillo una calle abajo, cuando á la puerta de una casa grande habia detenidas algunas personas, á las amargas quejas de un pobre francés amolador; quejábase do que unos mozos mas sobrados de edad que de juicio, le habian ensuciado los palos que con las manos ase, para hacer rodar aquel carro, á quien su mismo amo sirve de mula, solo porque le ayuda: daba voces, quejándose de que no le pagaban lo que habia amolado (justa queja es en el pobre), pero enfadados los agresores de oirle, y ver que juntaba gente (propio de los ruines ofenderse de la razon) le tiraron una teja y le descalabraron. Levantó el alarido como vió sangre, y las quejas se volvieron palabras pesadas: sintiéronse agraviados los tales, y llegándose al pobre le dieron de palos, pareciéndoles no quedaban bien de otro modo. Eran estos caballeros, que siguieron el libro del duelo (cuyo autor fué un demonio) un cochero y dos lacayos destos de coleto de grandes faldillas, abrochado con muchos cordones, la espada en vaina abierta, que parece verga de ballesta, segun la arquean, porque se vea la hoja, muy grande valona, que mas parece esclavina del viage de Santiago, muchas melenas, y muy peinadas, que no falta una castañera á quien agradan. Llegóse mucha gente, porque el llanto del pobre francés era grande, y á todo los hechores, muy abiertos de plantage, estaban á la vista del ruido, riéndose unos con otros: la gente que llegaba preguntaba el suceso, y mirando las partes daban por consuelo al pobre paciente que se fuese y callase.

¡Válgame Dios, que extraña anda la razon los hombres! Ese cuitado amolador quieto se iba por la cale, buscando un pedazo de pan á costa de su trabajo, con unos calzones de mala gamuza, y una mala ungarina, y sin camisa, con unos zapatos, que á puras puntadas de hierro que los da con los clavos que arrojan los herradores, los tiene en pié; mírale las manos, que le forma lo riguroso de un invierno, que mas parecen pulpos que manos humanas: repara en el calor de un verano, como se atreverá á pasar tan poca ropa como le adorna. Déjale vivir, que quieto

se va, no le ofendas, y si le ofendes, déjale quejar; y si porque se queja le castigas, ¿qué te quedaba que hacer, si se ofreciera á la defensa, si no es matarle? No sé qué le falta á tu crueldad. Mente divina, Dios piadoso, júzgame con toda tu misericordia y bondad, dijo Onofre, que sinrazones tales no las quisiera ver. No te espantes, respondió Juanillo, destas niñerías, que mucha gente deste lugar lo tiene por juguete: y mira que ya hemos llegado á la Puerta del Sol, que es uno de los mejores sitios que tiene Madrid, pues es su plaza de armas, siempre llena de soldados, cuyo capitan herido y vencedor se ha retirado á la vitoria de sus hazañas, teniendo en centinela su alférez mayor enarbolando la bandera del Buen suceso, dejando por sitio señalado para la inocencia que no tiene culpa la fuerza de la inclusa. Este sitio de resplandores, con razon llamado del Sol, es abundante de muchas cosas, y nombrado, no solo en Madrid, pero en las mas partes del mundo. Aquí llegaba Juanillo, cuando las voces que un mozo daba los hizo volver á saber la causa, y preguntándola Onofre á otro que allí estaba, le dijo: Este que se queja es criado de un doctor; salió hoy á vender la mula de su amo, por ser espaciosa, y haber menester, para las visitas que tiene, mula de mas brios, por ser muchas. ¿Tantos enfermos tiene? preguntó Onofre; á lo que el mozo prosiguió: Es un barrio el que habita de gente delicada, destos que se visten con luz, sin salir de la cama, muy cerradas las ventanas porque no entre aire, y si toman chocolate, y tiene á su parecer mas azúcar de lo que ha menester, dicen que es húmeda, y los ha hecho mal; otras veces dicen que está muy tostado el cacao; otras que la canela era fuerte; otras veces dicen que el pimiento los mata, y luego llaman al médico; y así para tentar el pulso y bolsas á todos, ha menester mula briosa, y por no serlo la que tenia, la envió hoy á vender con este mozo, y mas tardó en llegar que en topar mercader, y segun dice fué otro criado de un doctor forastero, que acababa de llegar á caballo entre dos seras de pan: treta que no la alcanzara el mismo diablo, pues porque no echaran de ver que entraba la muerte por las puertas de Madrid, venia rebozado con la capa del sustento. Huyendo dicen que venia de su lugar, que siendo de mucha gente, en un año que le habia vivido, ya estaba medio despoblado por su causa; y así se venia á Madrid, que por lo grande no serian tan notadas sus obras, y á breves lances se concertó con él; y porque le convidó y ofreció ocho reales el comprador, le dejó subir en la mula, y sin salir de la calle de Alcalá se le ha perdido. Sonrióse Onofre del buen humor del mozo, y llegándose al cuitado, que no cesaba de plañir, oyó que unos le consolaban, y otros le aconsejaban mirase los mesones, que podria ser haberla entrado á dar un pienso: otros le decian se fuese, y no llorase, que su amo lo ganaria en cuatro dias, que ya empezaba el melon. A todo el mozo lloraba, y baveaba de las narices lo bastante para almidonar la capa y bocamangas á que se limpiaba. Lástima causó en lo compasivo de Onofre las cuitas del pobre corito: y Juanillo, llamando á su amigo, le dijo creyese que dias de mercado sucedian lances varios en aquella calle; y para que supiese la astucia de algunos ladrones, escuchase un cuento, que sucedió con otro mozo de un doctor.

Salió como este á vender la mula, por ser tan nueva y cerril, que no podia su amo salir á las visitas en ella. Llegó al mercado, y al punto halló mercader, que aquestos mozos zafios ántes le hallan que un pícaro malicioso, que ya entiende toda gerigonza. Concertóla con brevedad, y díjole viniese en su mula por el dinero en casa de un cirujano, para quien era; y llevóle á la de uno, donde era conocido por algunas veces que le habia afeitado. Entró, dijo al mozo esperase á la puerta en tanto que él salia. Hízolo así, sin apearse de la mula; y el ladron preguntó por el maestro, y habiéndole saludado con las ceremonias que ellos usan, le dijo que aquel mozo tenia sus partes bajas dañadas, y que de vergüenza no se habia dejado curar muchos dias, que le hiciese gusto de mirarle, y se sirviese de, si era menester algun recado, ponerlo; y á buena cuenta tomase un real de á ocho, que él acudiria con mas. El maestro respondió que con mucho gusto lo haria, que se aguardase un poco, despacharia con una forzosa diligencia en que estaba. Está bien, dijo el ladron, yo tengo que hacer; dígale vuesa merced que espere, porque él es tan corto que no dudo el que no aguarde y se vaya. El maestro, muy contento con su onza, salió, y díjole: Entre, mancebo, y aguarde un rato, que al punto le despacharé. ¿Sabe ya vuesa merced lo que es? dijo el mozo. A quien respondió el maestro: Sí, amigo, ya me lo ha dicho este señor, y yo abreviaré lo posible el negocio en que estoy para despacharos. Con esto se apeó, y el ladron, asiendo las riendas, le dijo: Al punto te dará tu dinero, y para tí una docena de reales para que almuerzes, que ya se lo he dicho. Picó con esto, y el mozo entró en la tienda, y se sentó. Acabó el cirujano lo que estaba haciendo, y llamó al mozo á la trastienda; y así que estuvo dentro, le dijo: Desatáquese. ¿Para qué? preguntó el mozo. ¿A qué? respondió el cirujano, para curaros. ¿Qué me ha de curar? replicó el mozo. Déme vuesa merced mi dinero, y no gaste chanza conmigo. El maestro, algo confuso, le dijo mirase cómo hablaba, que no era hombre que gastaba chanza con nadie, y qué no entendia qué dinero pedia. A que el mozo medio turbado dijo: El dinero de la mula que me ha comprado aquel hombre. Amigo, respondió el cirujano, yo no sé de mula, ni sé de dinero: solo sé que me dijo que estábais malo de vuestras partes bajas, que os mirara y curara, y para ello me dió un real de á ocho. Con esto el mozo levantó el alarido, que le ponia en las nubes. Llegó al ruido gente y justicia, y habiendo oido las dos partes, consolaban al mozo, diciéndole: Lo que podemos decir á este, no jueguen bobos, y cuidado para otra vez, y en el ínter, Dios le consuele.

DISCURSO VIII.

Mucho aligera el paso el que desea ver, y poco cansancio siente el que con gusto anda: no aguarda satisfacion en este mundo el que caritativo obra; ni el soberbio ambicioso obra con quien conoce necesitado. Guiando iban sus pasos Onofre y Juanillo á la casa donde, tremolando en vez de bandera su mismo ropage, está aquella capitana milagrosa, que alistó debajo de su órden tanto esclarecido soldado, con que asombró y dió miedo al mismo infierno, combatiéndole desde el Carmelo Monte, cuando en su calle los detuvo el paso un pobre, que causaba lástima al corazon mas ageno de la caridad: iba con dos chapines en sus manos, llevando arrastrando el cuerpo, solo con la defensa de dos corchos, que atados en las rodillas las defendian de que las piedras las ultrajasen; la cabeza llevaba con un casquete lleno de sangre y pez, toda cogida; el pescuezo liado con unos trapajos llenos de sangre aguada, que parecia materia: los brazos del mismo modo, las piernas rodeadas de orillos, y sus voces llenas de lástimas y clamores. Pedia por un solo Dios crucificado, que bajó del cielo á la tierra á padecer afrentas, por el pobre tullido y llagado, que arrastrando por este suelo miserable pide limosna á los católicos cristianos, así la piedad divina los libre de verse como á este vil gusano ve: decíalo con un tono espacioso y sonoro; y de rato en rato levantaba el cuerpo, enderezándose sobre las rodillas, para que sus voces llegasen á las viviendas altas, y sus ojos viesen quien ofrecia su santa limosna. Juntaba deste modo mucha, á tiempo que de la portería del Cármen bajaba una tropa de pobres de recibir la limosna de su santa casa; y parándose algunos, se empezaron á reir del pobre tullido. Uno le dijo: Enredador, embustero, si á la noche te vieran cuando te recoges, los que ahora te dan limosna por las lástimas que haces, ¡qué poco la tuvieran de tí! Otro llegándose cerca, le dijo: A Dios, tramoyero entrapajado. A lo que Juanillo dijo á su amigo Onofre: ¿Has reparado en aquel pobre, que le llamó tramoyero entrapajado? Sí, respondió Onofre, que es aquel tan arropado de sayo. Pues sabrás, replicó Juanillo, que cuando pide limosna no habla mas palabra que la de Dios te dé Dios, y luego repite Dios, Dios; y si le dicen que perdone en algunas casas, responde: Eso sí, eso sí, y nunca se le oyen mas razones; y mira ahora como formó mas sílabas para su venganza.

A todo el tullido andaba discreto, pues no respondia, ni cesaba de implorar al verdadero Dios, con que cansados se fueron, y él quedó sin los enemigos de su oficio, que son los mayores que tiene el hombre. ¿Ves este tullido? dijo Juanillo; pues repara bien en él, que á la noche te le he de enseñar, para que veas con cuanta tramoya quitan algunos la limosna á los que verdaderamente son tullidos y necesitados, que ahora no quiero decir nada, no digas que murmuro del pobre. No diré tal, respondió

Onofre, pero cuando doy la limosna, solo la doy por Dios al que por Dios la pide, sin hacer reparo en lo que el pobre puede encubrir con su desvelo : solo miro que publica pobreza, y á mí no me engaña, que si engaña es á sí solo. Pero dime, Juan, ¿qué hace tanta gente lucida en estas gradas, estando la puerta del templo cerrada, segun parece, y creo que ya es mas de medio dia? En esta iglesia, respondió Juanillo, sin duda alguna hay sermon, y no se debe de haber acabado, pues sus puertas dan señales del sosiego y quietud que dentro pide la palabra de Dios. Y estos que se pasean, y platican aquí afuera, es gente que hace poca falta donde no asisten, pues donde ellos estan no hay quietud ni sosiego, y así, bien estan acá fuera, que aguardarán á que acabe el predicador, para preguntar cómo ha sido el sermon, ó murmurar de la gente que va saliendo de la iglesia; á estos los llaman lindos, y si estuvieran dentro no dejaran oir á los cercanos á ellos, ni al predicador predicar, siendo causa su inquietud: y en el ínter que hay lugar para que veas este santo templo, escucha el entretenimiento que tienen estos dentro de una iglesia.

Siéntanse dos, destos lindos de quien hablo, juntos en frente de otros conocidos de su mesma profesion, y pregunta el uno al otro : ¿Quién es el predicador, que no le conozco? muy mozo parece, árbol tan nuevo poco fruto puede dar. Este, le dijera yo (si cerca me hallara), es quien en nombre de Dios te viene á decir su palabra : este es un religioso que se ha desvelado por ver si puede dar liciones de fruto á tu esterilidad; y aunque te parece mozo, es buen estudiante, y le ilustra la alma ajustada á la ley de Dios, y procura él que la tuya lo sea, y salga del vicio en que duerme; este puede ser que con unos cordeles de cáñamo torcido hiera sus carnes, cuando las tuyas se engolfan en las delicias del mundo: y puede ser que sus oraciones te sustenten con vida. Este es el que sube al púlpito, dice la salutacion, y encomienda el Ave María; y en lugar de rezarla, dice el otro : Amigo, no tiene mal pico. No lo oye bien el camarada, y arrima la cabeza á la de su amigo tanto que se juntan las dos cabezas, y luego besa el uno el oido del otro, para hablar y ser oido, con que entiende que su amigo dice que tiene buen pico.

Mejor fuera que le dijera que tenia buen espíritu; respóndele que así, meneando la cabeza y la boca. Los que estan en frente tienen á este murmurador por hombre entendido, y es un bruto (que tambien hay brutos principales), y uno dellos por señas, arrugando el entrecejo, le pregunta qué le parece. Y él murmurando responde (arrugando la nariz y levantando el labio superior con el inferior, con que hace un gesto horrible) que no es cosa. Al que preguntó á este, le pregunta otro : ¿Qué dijo don Fulano? y él responde: Que nos vamos (pluguiese á Dios que con esto dejareis asientos á otros, y quietud en el templo). No es ocasion, respondió el tal que preguntó; el irnos á la salutacion, ¿ qué diran los que lo ven? y mas cuando otros andan buscando asientos con tanto fervor : ya no tiene remedio el dejar de oirle, con que abrevie tenemos harto; pero ¿quién lo ve? Se quedan estos á oir el sermon : y si los preguntaran quién lo ve, dijeran que amigos y gente conocida : y se les podia responder: Tambien lo ve Dios, que realmente patente está en ese Sacramento : y

tambien lo ve ese orador evangélico, que ha hecho reparo en tus enfadosos meneos y demasiada inquietud. Empieza el sermon con un lugar de David tan piadoso como grande, de aquellas amorosas palabras que tanto alcanzaron con Dios : Yo solo pequé contra tí, Señor; y el murmurador, meneando el cuerpo, dice : Mas de mil veces he oido este lugar en el púlpito. Mas valiera que tu alma le dijera con dólor de su corazon á su confesor una vez. Va el predicador llenándose de fervor, arrojándole en sus razones, de suerte que le hace sudar, obligándole á limpiarse el rostro con el hábito. Entónces podia el murmurador reparar que el agua que aquel orador arroja es la que falta en sus ojos, y dejar de murmurar. Va vagamundeando la vista, atractiva solo al pecado, y ve un hombre que llora de oir al predicador, y él se rie, y mudaudo la vista, tan inquieta como la lengua, ve en otro lado á un pobre hombre á quien obliga el sueño á dar algunas cabezadas, con que se inquieta é inquieta á cuantos hay cercanos á él, para que le vean y noten. Atiende tú al sermon, y deja ese cuitado, que puede ser que no haya dormido la noche pasada de dolores, hambre ó necesidad, y tú sano y harto de todos manjares causas mas escándalo.

A este tiempo entra por la puerta de la iglesía un amigo suyo, de aquellos de contramangas huecas á puro almidon y vueltas, que parecen quitasoles flamencos : vele, y sin reparar en la quietud que en semejante lugar es menester, le llama, ceceando tan recio que se oye. Pregúntale el que entra : ¿Hay lugar para mi? A quien responde : ¿Pues habia de faltar para vos? Con esto es fuerza para que aquel lindo pase inquietar la gente de la mitad de la Iglesia. Hace reparo el predicador, estira las cejas, abriendo los ojos mas de lo ordinario, siéndole fuerza parar en el sermon, por la inquietud y murmullo que se ha levantado. Va pisando á unos y atropellando á otros : dícele una buena mujer que porqué no vino mas temprano para no hacer mala obra. Y solo por esto la llama Margaritona, que en estos tiempos ya se sabe lo que quiere decir. Llega sin sosiego donde su amigo y otros levantados le esperan; siéntanse todos, y todos empiezan á charlar si doña Elena es hermosa y si doña Petronila tiene mejores ojos. Prosigue el predicador su sermon, y en todo lo restante no han cesado aquellas bocas de demonio. Acábase el sermon, bájase el predicador, y luego se van juntando todos los del cónclave de la murmuracion. ¿Cómo les ha parecido? dice uno. A quien responde otro : Así, así; es poco teólogo. Otro dice : Es muy sabido cuanto ha dicho, y muy golpeado en los púlpitos. Otro dice : No es mal estudiante, pero le aseán aquellos meneos y brincos que da en el púlpito. ¿Otro, por no dejar la suya en el pecho, dice que cansa como es largo. A todos respondo : Atencion, murmuradores de lo que no entendeis. A tí (con quien hablo) que dices que es poco téologo, ¿qué entiendes tú de teología? ni aun las coplas de Gaiferos y Melisendra has sabido leer en tu vida, que ayer aprendiste, siendo criado de un mercader, y ya era tu edad de veinte años arriba. Mira á qué hora empezó á entrar en tí el conocimiento de la cartilla, y creo que no has llegado al catecismo. A tí, que dices que lo que ha predicado es muy sabido y muy golpeado en los púlpitos, ¿de

donde lo sabes? que jamas oyes sermon, y este ha sido mas por fuerza que de grado; y así no atendiste á él, que todo se te fué en hablar: y si es muy golpeado en los púlpitos, ¿cómo han herido en tu corazon tan poco tantos golpes de la palabra divina? A tí, que dices que es bueno si no diera aquellos salticos en el púlpito, si es bueno, ¿porqué no le sufriste algo indecente? en decir que es bueno hablaste verdad, pues es muy cierto que la palabra de Dios no puede ser mala, pero yo apostaré algo que, si quieres decir verdad, que en tí será cosa nueva mas vista, que no entendiste palabra del sermon, porque la murmuracion no te dió lugar, ni el entendimiento tiempo para discurrir. Solo te digo que, cuando se menea el predicador algo mas de lo decente, al entender de algunos mentecatos, que no tiene el sentido en sus afectaciones del cuerpo, que le ocupa en hermosear tu alma. A tí que lo largo del sermon te molestó, no me espanto, que tu confusion es hablar mucho y dar voces, y aunque no dejaste de hablar, sentias no poder dar voces, y por eso deseabas que se acabase, y el mismo deseo te lo dilataba, á tu entender, y qué mal entender tienes!

Estos lindos todos juntos aguardan una misa breve, y ya hartos de murmurar por entónces, vuelven la vista á un altar, y ven una, empezada el primer evangelio. Arrodíllanse sobre diez vueltas de capa, si acaso no traen bayeta que poner en el suelo. Sacan el pañuelo, y empiezan á limpiarse la cara; luego se componen el pelo y tientan la golilla; sacúdense luego la ropilla, golpeando las faldillas á capirotes, que arroja el dedo del corazon despedido del pulgar. Luego se componen las ligas, luego componen lo ajado de la toquilla del sombrero, luego miran á todas partes, en particular donde hay damas.

Acábase el primer evangelio, levántanse y miran los piés si estan limpios y pulidos, sin mirar que debajo de ellos hay cuerpos muertos que conocieron vivos, con quien comieron y bebieron, y por dicha habrá poco tiempo: pregúntenlos como les va en la otra vida, y oirán lo que responden. Vuelven á arrodillarse, y echan mano al bigote; compónenle á su entender, y luego sacan el pañuelo y se suenan las narices (mirando lo que ha salido dellas como si fuera ámbar ó perlas preciosas) y aunque se las suenan con melindre, vuelven á descomponer el bigote, danle otra vez dedos, y pareciéndoles que queda bueno, echan mano al rosario, sacarle de la faltriquera, y en él revuelto un liston que sirvió de lazo en la cabeza de un demonio: y empieza á contemplar de modo que lo vean otros. Repara uno de sus amigos en el liston, y pregunta: ¿Es favor? y él muy risueño, haciendo gestos en el rostro, dice: ¡Ay! es de cierta dama. Y puede ser que la tal dama haya sido criada de algun mesonero, que de estos puestos suben al estrado y coche.

Hombre divertido, contempla en este sacrificio que en este altar de Dios se hace, y mira que no es solo su imágen la que está en él, que es su real y corporal presencia, y que no meneas los ojos, sin que él lo vea: el mayor pecado, que mas enoja á Dios, y clama contra el mismo que le comete, es no tener respeto ni quietud en el templo.

Acábase la misa, y levántanse, limpian las rodillas, como si hubieran

llegado al suelo, sacuden la capa, y echan la mano al rostro, y forman unos garabatos, meneando los dedos tan apriesa, que parece que tocan batalla en un órgano; de este modo se santiguaban. En la primera edad juegan los muchachos con unos alfileres á un juego que llaman el crucillo ó el cruzado: el que bace cruz formada gana; la que no forman bien la llaman cabeza de perro, y no vale. Mira tú que te santiguas con mas garabatos que tiene una barredera de pozos, si acaso son cruces las que te haces, ó son cabezas de perros. Salen á la calle, y empiezan á levantar la voz de punto, y á murmurar de nuevo, notando á cuantos van saliendo de la iglesia.

Sale una mujer honesta y tapada, con el rosario en las manos, y por verla, y que se destape, la dicen que es vieja, y que no tiene dientes, que debe de ser una tarasca (si acaso no la tiran del manto, como suelen). La mujer es cuerda, calla, y se va su camino. Sale otra á quien notan de briosa y buenas partes. Uno dice, pintándola el pié, que cómo, siendo un ángel, se tiene en tan poco. Otro la dice: ¡Jesus, qué medroso talle! en un palmo le pueden meter. Otro dice: Si todo lo que se ve es tan bueno, veamos el rostro, para morir deseando. Mejor es vivir obrando bien que deseando obrar mal, dice la tal tapada, y se descubre á este último que habló, porque es su marido, y dícele: Poco gasta usted estos requiebros en su casa; pues creo que si hubiera conocido, no me hubiera dicho tantas finezas; huélgome que dé lugar á que otros me hayan galanteado por su ocasion: muy buen entretenimiento tiene usted, pero crea que hay otros mejores y mas decentes. Vuelve á taparse, y se va. Él se desfigura algo, pero no enmudece.

¿Es posible que tan embebecido estés, murmurador, que á tu esposa no conozcas, y por otra la tengas? tu mesmo ejercicio ha dañado tu lengua, y se ha vuelto contra tí. ¿Pero cómo la habias de conocer tapada? Por el vestido mal pudieras, que la saya y el manto que lleva es prestado, que no lo tiene ni aun para salir á misa, que para oirla lo busca entre la vecindad: en verdad que fuera mejor que vuesa merced rompiera menos galas, y su mujer tuviera saya y manto, y reparara que el diablo es puerco y gruñe, y que puede ser que, cansada de buscarle prestado, y sentir poco calor en su marido, la obligue á dejar que se lo den, pues es muy cierto el rendirse las plazas mas fuertes por necesidad.

Estos hombres aun en sus casas son aborrecidos, y para mí creo que por vivir con sosiego los que con ellos tratan, los desearan la muerte para quietud de las almas. Perdone el ser humano, que le he de comparar al puerco, pues es animal que aun cuando está comiendo está murmurando ó gruñendo, y hasta que muere no hay sosiego ni quietud en la casa que habitan, y en muriendo dan buenos dias. Así el murmurador, encenagado como este animal, se estriega á otros mas limpios que él, para encenagarlos, como él se ve, y que se den á la murmuracion, siendo odiosos á los buenos, y aborrecidos en sus casas, sin conocer la quietud, hasta que sus dias se acaban; pues entónces queda la casa, que sin ellos queda, llena de perpetua alegría.

Cierto, amigo Juan, dijo Onofre, que no hago nada en admirarme de

oir tus verdades, que no son murmuraciones las que solo llevan su mira á fin bueno, honesto, y virtuoso, y se puede creer que será como lo has dicho, y pasará en un lugar que hay tantos (sin número) diferentes en condicion, calidad y poder; y pues ya parece hora, segun las muestras de la gente, vamos, veremos la joya que encierra este santo templo. Guió Juanillo, y despues de hacer oracion en su altar mayor, y haber contemplado en un devoto *Ecce homo* que junto de una puerta está, oyeron unas voces en la calle, que decian: Para ayuda llevar estos enfermos al hospital, por amor de Dios. Salió Onofre á la calle, donde vió un mozo de hermosa presencia, adornado el pecho con una cruz de Santiago, el sombrero en la mano, donde recogia la limosna que adquiria con sus voces, y por la cera de enfrente iba un licenciado muchacho, el rostro como el de un Serafin, con el mismo ejercicio. ¿Quién son estos? preguntó Onofre á su amigo Juan, á quien respondió: Quien se emplea en obras de caridad y misericordia, ¿quién quieres tú que sean? unos ángeles, que llevan enfermos á curar al hospital, y aquella silla que es donde va el pobre enfermo, que lleva en su frontera pintada á María Santísima, es del refugio, y como lo es María de los pobres, va pintada como patrona. El ejercicio de estos es cuidar de los pobres, ampararlos, recogerlos y curarlos, procurando en todo, para el pobre regalo, quietud y comodidad; y así contempla en estos dos ángeles, y aun sus obras son para subir á mas, que si cupiera envidia en los ciudadanos del cielo, la tuvieran de tales hombres, que siendo mortales los ilustran tanto las obras que parecen divinos.

En esta contemplacion estaban los dos amigos, cuando vieron que de una casa grande salia huyendo una mujer, y en su alcance un hombre de madura edad con una muleta en la mano, diciendo razones de las que duelen, como mala mujer, enredadora, que con tus embustes y tramoyas quitas la hacienda á las doncellas honradas, haciéndolas perder la inocencia, y que rocen el decoro con que son criadas. Yo os juro por estas canas de hombre de bien que si os vuelvo á ver en esta casa, que tengo de hacer que os lleven á la galera, que otras con menos causas que vos estarán allá. Colérico estaba el buen señor, hasta que un criado le reportó, y obligó con razones á que entrase dentro. Llegóse alguna gente á la mujer (como de ordinario sucede en semejantes lances), y preguntada de algunos respondió que era quitadora de vello, y que por haberla hallado quitándole á una mujer de aquella casa, sin mas causa la habia ultrajado aquel hombre del modo que habian visto. Poca razon ha tenido este caballero, dijo Onofre, sin respetar el ser mujer, deuda con que nace el hombre. Mal conoces tú, respondió Juanillo, á estas mujeres; mira como se va sin arrojar razones en su defensa, pues á fe que no son mudas; pero conocerá la razon contra sí, obligada á callar se va. Pues dime, replicó Onofre, ¿estas qué hacen malo, para que las ultrajen así? Que no habiendo mas causa que quitar el vello, no es parte para que las traten mal con palabras injuriosas, que tambien nosotros nos ponemos en las manos de un rapador, y consentimos que nos encaje la barba en sus manos, que es meneo burlesco, y nos sobajan y entretienen con

nuestro testuz en lavatorio una hora; y si queremos pulir esta obra, la llamamos afeitar, de mano de un mal rascador que tiene el sentido y la memoria en unas ventosas sajadas, que le estan esperando, y nos traban el rostro como nalgas de un niño; y así, no nos hemos de espantar que se hagan el rostro las mujeres de mano de otra mujer, que yo sé lugares donde las rapan los barberos, que es mucho peor. Pues para que sepas, dijo Juanillo, que todo lo merecen estas santas mujeres, por sus buenas obras y costumbres, escucha, y no sentencies jamas sin oir ambas partes, que es accion de juez apasionado.

Entra una destas en una casa de familia, donde hay doncellas, hijas, criadas y deudas, y algunas casadas que se agregan: en sabiendo que van estas mujeres, plantan su rancho en una de las viviendas mas recogidas de la casa donde menos acude el dueño della; siéntase muy á su gusto, y saca una cestilla de vidros quebrados (que su intento es que las que ha de rapar lo parezcan); coge luego entre sus piernas una pretendiente de la hermosura, y sobre sus faldas la acomoda la cabeza. Vala quitando el vello y el bozo, señales que en el rostro de la mujer dice tiempo quieto y sosiegado, y quitado dice tiempo ocasionado y revuelto: si tiene cañones, la echa un hilo, con que la va repelando, que se puede creer que sufre por gusto lo que no hiciera por penitencia: en viéndola rapada, saca una redomita de agua, y blandamente (amortajando dos dedos en un pedazo de toca) la va lavando: pregúntala qué agua es aquella, y responde que se llama agua costosa, que hasta entónces no se ha inventado otra mejor, que es agua que conserva el rostro limpio y sin arrugas. Mucho huyen de las arrugas las mujeres: arrugas, dobleces poco se diferencian: bueno fuera que huyeran dellos. Saca luego un botecillo de una masa blanda, y las da una mano, para que las suyas anden francas al tiempo de la paga. Luego saca un pedacito de papel de color, y las da el colorido. Pregunta la paciente qué color es aquella, que parece buena. Responde el pintor que es color oriental hecha con la sangre del murice, y que no se halla en Madrid mas de en una parte. Luego saca un carboncillo, y las cejas desiertas las vuelve poblado; dice la figura que se va pintando que tiene buen negro el carbon, y muy propio. A que responde el pintor: Tal costa tiene. Saca luego un palito colorado, y las limpia los dientes. Pregúntanla qué palo es, y responde que celeste, donde anida el ave de su nombre, cosa que apenas se halla; que conserva la dentadura firme y limpia. En estando esta figura pintada, va pintando á las demas, y en acabando la dice una si la quiere dar un poco de aquella agua (y es que se ha mirado al espejo, y se ha creido hermosa), que cuanto la ha de llevar por ella. Responde que con sus parroquianas no gana, ni es su intento tal, que cuatro reales; y saca una redomita de poco mas de onza de agua; que en el camino compró media docena en casa de un vidriero, y las llevó de agua eu el baño de una taberna, donde entró á beber un cuartillo de lo de adentro, con que cria mejores colores que las que presta su papel. Cobra sus cuatro reales, y la paga de la barba, y dice la otra si la quiere dar un poco de aquella masilla del bote. Sácala diciendo: Nadie de ustedes sabe qué aderezo es este; todo

es hecho de sebo de diferentes animales. Dala tanto como dan por un cuarto de ungüento blanco; y jugando siempre de aquello de con las parroquianas no gano, la pide seis reales, y no vale cuatro cuartos, que no es mas de un poco de sebo de cabrito y miel de Leganés. Otra la pide un papel de color; encarécele mucho; en fin le saca, llevando por él dos reales, y dice : Estos mismos me lleva por él un extrangero que los hace, que ha venido poco ha, que en Madrid no saben hacerla tan buena. En siendo cosa de extrangero artífice, basta para darla valor, y le cuestan á tres cuartos en casa de un portugués que vive en la Puerta del Sol. Luego la piden un carboncillo; dale con interes de un real, y son carbones de sarmiento que en la ceniza que arrojan los que los queman los coge; el palito de los dientes pide otra, excusa el darle, y por un real se ablanda, y no vale dos cuartos, que no es mas de palo de sangre de drago. Todas cuantas mujeres hay en esta casa se igualan en comprar, con que la rapadera saca muy buen dinero por lo que no vale nada.

Y no hablo de mil cosas que consigo traen para engañar, como pasas aderezadas, cañutillo de albayalde, soliman labrado, habas, parchecitos para las sienes, modo de hacer lunares, teñir canas, enrubiar el pelo, mudas para el paño de la cara, aderezo para las manos, con que aderezan su bolsa, y otros mil badulaques que debajo de aquella saya (alcahueta de trastos supersticiosos) trae, que por no cansarte no nombro. Rióse Onofre, y dijo : Juan, ¿donde has estudiado tanta droga? A lo que Juanillo prosiguió diciendo : ¿Desto te espantas? Otro ejercicio usan algunas, peor que este, por lo que merecen castigo grande, que el que aquel hombre las dió no equivale á lo merecido de sus habilidades, y para que lo sepas todo, atiende.

Usan las malas, en achaque de quitar el vello, ó el vellon, que á solo él llevan la mira, el ser corredoras de deseos, y vendedoras de quietudes. Entran en una casa, donde la simple doncella que la conoce la envió á llamar, doncella de las que el deseo de ser madres las trae inquietas. Mira de buena gana á un caballerete de los que llaman pisaverdes (que es lo mismo que bestias en prado) no mas de porque la miró, y no sabiendo como enviarle á decir lo bien recibido que está en su corazon, se allana y facilita por medio de estas santas mujeres, pues con su achaque de rapar rapan la honra, sin atender al fin que puede tener, no mirando mas de su provecho, chupando á cada uno de por sí cuanto pueden, y suelen usar esta correduría en casas donde hay marido que no repara en nada; y no cesa aquí su mal trato, que tambien para quitar mejor el dinero á las simples corderillas, se fingen que saben la diabólica invencion; y para que lo crean, traen en una bolsa al lado de su falso corazon unos palillos, y en cada uno pintada la figura que las parece, con una mixtura que hacen de alumbre de roque, batida con agua, con que pintan cosas que no se ven si no echan en el agua. Llaman á la mujer simple en parte que la soledad las haga compañía, y dícenla : Fulano te adora, y por ti se muere, y si le quieres ver yo me atrevo á que lo logres al punto.

¿Cómo puede ser? dice la mujer. Y el astuto engañador pide que traiga un caldero de agua. Va la simple mujer por él; y en el interin saca

la embustera un papel, donde trae pintada de infame mano una figura que parece de hombre : enséñala el papel blanco, y luego le echa en el agua, y se ve lo pintado : espántase de lo que admira, y no del demonio que lo hace : saca luego unos naipes, que dice es una baraja que arrojó colérico un tahúr, y que asl ban de ser para la suerte que pretende hacer : y con ellos forma unos juegos con que emboba á la simple mujer. No excusan bacer otros embustes, con que dice que no la olvidará, valiéndose de monedas arrojadas y cosas semejantes.

Doncella recogida, mujer soltera ó casada, atended á todo, y haced reparo en los trastos de que se vale esa mujer para bacer sus enredos. De unos naipes que un blasfemo arrojó, naipes malditos : de una moneda arrojada con maldicion, todo maldito : de la boca de un ciego, y dormido á los preceptos de Dios. ¿Pues porqué crees que cosa con maldicion baga nada de provecbo? Si es Dios solo el que mueve las voluntades, ¿porqué te persuades á que las mueve el enredo y la infamia de esa mujer al parecer, que sus obras de demonio son? Abre los ojos de la razon, y no creas que cosa alguna puede obrar sin Dios, y que donde hay pecado no habita, porque Dios es gracia : y gracia y pecado no los junta su inmenso poder, ni la piedra iman aderezada con embelecos, ni las monedas, naipes, habas, y otros embustes, que no nombro por infames. A todo le falta fuerza, que por sí no la tienen, que son criaturas : el Criador es el que todo lo puede : llámale, doncella, y pídele remedio, que él te crió y no te tiene olvidada; no te creas de manifiestos enredos y tramoyas. Y la casada mire en la obligacion que está, y tome el consejo de su padre espiritual, que otra cosa la saldrá á la cara por fin, pues fin tiene todo.

Y tú, rapandera y tramoyera, enredadora y alcahueta, cuenta tus trastos y herramientas, y saca el rosario, y mira que tienes alma, y que la juegas á la primer quínola sin descarte, y te veo con infames cartas en las manos. Restituye cuanto tienes, que todo es mal ganado (si lo has ganado del modo que he dicbo), que adquirido con trabajo honesto, libre de mi granizo, Dios te haga bien con ello, y á mí con su gracia.

DISCURSO IX.

El hombre que recibe beneficios y mercedes ha de ser agradecido á su bienhechor, que el agradecimiento es guarda del bien recibido, y siendo de persona superior, razon natural que obliga es que sean las gracias con obediencia y respeto. A todo bemos faltado, dijo Onofre, pues estando á la puerta de la que aboga por el hombre, no bemos entrado á darla gracias del bien recibido, siendo el Buen Suceso de los hombres. Bien bas reparado, respondió Juanillo, que divertidos con el afan del mozo del doctor no atendimos á la obligacion; y pues estamos cerca, vamos, visi-

tarémos su santo templo y te holgarás de verle. Fueron, y despues de haber hecho oracion, al salir vieron un hermano de la casa que con una moza estaba en diferencias, siendo causa de que Onofre preguntase á su amigo qué era lo que litigaban. A lo que Juanillo respondió: Escucha sus razones, que ellas te sacarán de dudas; con que atento Onofre, oyó que el hermano decia así: Ya la tengo buscada una comodidad de una casa honrada; es marido y mujer, dan diez y seis reales cada mes, buen sustento, y lo mejor es que no hay á qué salir de casa, porque el señor compra de comer, y las menudencias necesarias estan por junto. Fuego, respondió, ¿qué tal debe de ser? amo tan mezquino, pues no fia de una criada; para mi humor no es casa, que yo no quiero tanto emparedamiento, y yo no soy buena para monja. Despidióse con esto, y Onofre dijo á su amigo: Sin duda, Juan, este hermano acomoda mozas de servicio. A que Juanillo respondió que sí, que atendiese que llegaba otra. Era una destas de manto remendado, guantes cortados los dedos, gregorillo de puntas, saya de rasilla, mas arrugada que hoja de breton, con el rosario en la mano, dándole vueltas á la muñeca. Preguntó al hermano: ¿Hame buscado comodidad? A quien el hermano respondió: ¿Qué comodidad quiere que la busque, si á cuantas la procuro pone dificultades y achaques? Si es hombre viejo, dice que será impaciente, cansado y pegajoso: si mozo, que no es casa segura: si casado, que será zeloso, y luego lo pagan las criadas: si hay hijos, que no es bueno traer niños á cuestas; á todas pone excusa, váyase con Dios, que para ella no hay casa como la de San Juan de Dios. ¿Qué casa dice, hermano? replicó la fregatriz, y el hermano algo enfadado la dijo: La sala de las unciones. Fuése, y apenas se apartó, cuando con unas cumplidas reverencias, sin agobiar el cuerpo, muy chupada de faldas y fruncida de mantilla, muy abultada de pechos y carrillos, se llegó una de las que juran en la cruz de hierro de no ser castas en Castilla: y sin perder las reverencias á cada razon, como cojo sin muleta, le dijo al hermano si la queria buscar una casa donde criar, porque estaba recien parida y se le habia muerto la criatura. El hermano, despues de haber mirado aquella alcuza en basar de tetas, la dijo: Vaya la señora Dominga, y pregunte por la Inclusa; que allí van las de su tierra á hacerse la leche. Fuése sin perder las reverencias, y al hermano al ir á entrar en la iglesia le detuvo una mujer de buen habito, preguntándole si conocia á la moza que la envió tal dia, ó sabia quién era? El hermano la respondió que no, que á ninguna de cuantas acomodaba conocia, que era cuidado que habia de tener quien la recibia, que á él no le tocaba. Pues sepa, dijo la mujer, que se lo pregunto porque se me ha ido, y se ha llevado un vestido de mi marido; y así le suplico, si acaso la ve, ó sabe della, me avise. Dió la palabra de hacerlo, con que la mujer se fué algo consolada.

¡Qué de lances deben de pasar de estos en Madrid! dijo Onofre; á quien respondió Juanillo: Tantos que el querer referirlos fuera desatino; ya no hay mozas de servicio, que se acabó el ser en ellas, y solo las quedó el vicio; ya son damas, y las damas tienen mozas sobradas, porque las dejan salir con cuanto quieren. Aquí llegaban los dos amigos,

cuando, volviendo á mirar al hermano, le vieron reprehendiendo á una muchacha porque habia dádose al vicio, á quien decia así : Venga acá, ¿cómo ha dejado la casa que la busqué? ¿No repara que en ella se puede aprender virtud y honestidad, que no faltaba el sustento? ¿No repara que menospreciar la honrada comodidad por la vanidad del mundo, es falta de juicio? ¿No ve que la virtud es un linage celestial, y que es solo lo que da hartura y bienes de gloria? ¿No repara que ese traje mundano la llevará al paradero donde van otros de su trato? Mire que la falta de las cosas temporales hace creer el bien interior en el alma, que es diferente hartura que la del cuerpo. Mire que una enfermedad, negando la salud, borra la hermosura y consume la hacienda. Recójase, que es lástima que una mujer, hija de buenos padres, ande en los pasos que anda: y si me da palabra firme de la enmienda, la ofrezco volver á la misma casa. La picarona, enfadada de tanta reprehension y documentos, con gran descaro, echando el un pié delantero, meneando el cuerpo, puesta en jarras y la cabeza algo torcida, le dijo: Hermano, ¿predica? piensa que soy algun herege? Vaya á emplear esa habilidad al Japon, que yo no necesito de su doctrina ni ofrecimientos, que tengo lo que he menester, y no carezco de servir, que soy servida y regalada. El hermano, enfadado de ver tanta libertad en pocos años, levantando la mano, la dió una bofetada muy á su gusto. Ella levantó las quejas, que llegaban á las nubes, y el hermano, sin hacer caso, se iba á la iglesia. Llegó alguna gente á las voces de la moza, y entre ella algunos de esos de toballa por la cintura, coleto á la vista y calzon sin abrochar las boquillas, porque se vean los de lienzo, sombrero blanco, y medias de color. Preguntáronla, con su acostumbrada arrogancia, quién la habia enojado, y ella, con el favor á la vista, empezó á formar razones contra el hermano; pero él con mas justa razon, algo colérico, asiendo un palo de un ciego, se fué á ella, que si no huye es peor que la bofetada. Buena salud tengas, y mala á quien mal le pareciere, dijo Onofre, que en gente de razon siempre pareció bien la justicia, pues podian ablandar las razones del hermano á un corazon de piedra; y miren con el desahogo y sobrada desvergüenza que le respondió: solo me espanta que este hermano no se canse en un ejercicio tan mal agradecido, que no tendrá mas de quejas de todas partes. Así es verdad, respondió Juanillo, pero como lo hace por Dios, no lo tiene por enfado, porque el que se mueve á la caridad y amor de su prójimo, sin humano interés, jamas se cansa. Razon cristiana es, replicó Onofre, y pues no te enfada el que te pregunte, dime por tu vida á qué entran estos pobres en la iglesia tan afanados y presurosos. Yo te lo diré, y para que admires, prosiguió Juanillo, una caridad no creida, entra, y verás como socorre á estos pobres otro pobre, que aunque la piedad toda es en sí maravillas, en algunos luce mas lo fervoroso del espíritu que en otros, como en este hombre, á quien aguardan estos pobres mendigantes. Con facilidad se movia Onofre á ver lances piadosos, pues así que oyó á Juanillo, entró en la iglesia, y á poco tiempo vieron entrar un hombre de buena edad y humilde hábito, que despues de hacer oracion y besar la tierra, se levantó, y fué á los pobres, que ya venian á él todos hacién-

dole reverencias, á quien con rostro alegre saludó, diciendo: ¿Qué hay, hijos? ya Dios ha dado hoy para mí, y para vosotros; y así razon será dar al césar lo que es suyo. Ya he comido yo, perdonad que haya sido sin vuestra compañía, pero creed que la imaginacion os tenia presentes. Y sacando de un paño blanco alguna comida, la fué repartiendo entre todos: y lo mismo hizo de algunos cuartos que traia, y luego al mas necesitado le dio unos zapatos que le habian dado á él.

Si el obrar bien ó mal del hombre se ve premiar al fin, por la regla del juicio divino, buen pleito tendrá este pobre en el tribunal de Dios. Este estado no es de los que se convierten en nada ó en vanidad, que todo es uno; no es este obrar del mundo, que aun no llega á ser humo: este obrar y este estado de vida en el cielo asiste entre los justos. Entre sí repetia estas razones Onofre, cuando un pobre le dijo: ¡Ha, señor, cómo se conocen los bien nacidos en las obras! A que respondió con rostro severo: No gastes otra vez el tiempo en acordarme de vanidades de linajudos; á quien sustenta él soy, aunque ande vestido de necesidad; solo me habeis de acordar el estado en que estoy, y en el fin tan cierto que nos espera, que así me darás contento. Al hombre próspero en los bienes del mundo, que primero fué pobre, á ese sí que es razon acordarle lo que fué, para que no acaricie á la soberbia, ni la admita en su casa, sacando ejemplo de la flor mas hermosa que produce la tierra, contemplando en la azucena tanta belleza y fragrancia, que así que su boton se halla crecido, ántes que esparza su riqueza, le inclina á la tierra, y mira la miseria de que ha nacido, y al pié de sus principios mira su fin: pues si atrevida mano no la corta, la ha de servir un mismo lugar de cuna y ataud; y mirando que los pañales en que nació la ofrecen mortaja, no se desvanece, que pudiera con tanta hermosura; y así otra vez tened cuidado, y quedad con Dios hasta mañana, que ya sabeis que las tardes me voy á los hospitales á ver trabajos, enfermedades y miserias á que nace sugeto el hombre, que allí contemplo en un espejo, que me representa mi rostro propio, y lo que soy sin engaños, y pues para hoy ha dado Dios, pedidle para mañana, que obligacion es.

Fuése con esto, quedando los pobres dando mil gracias á Dios, alabando tal caridad. Mira que tal es este hombre, dijo Juanillo á Onofre, que aun los de su oficio dicen bien dél. Todo lo merece la caridad, respondió Onofre, y de cuanto he visto en este lugar no me ha gustado cosa como esta limosna dada por mano de un mendigo; que con lo que aquí ha repartido á pobres, se podia sustentar y lucir alguno; pero él no hace caso de lo exterior, solo mira á lo interior, que es el alma. Pues has de saber, dijo Juanillo, que ha sido hombre de muchos ducados y de grande caudal en ganado; y por haber fiado á algunas personas, que le movieron con fingida necesidad y encubierta traicion, se halla hoy como ves; pues otro Job, con la paciencia que has notado, visita algunas casas donde le conocieron y socorren, que no es poca dicha en este tiempo el que no desconozcan pobre al que conocieron rico, pues es cierto el que desfigura la pobreza notablemente, y sé por muy cierto que en algunas casas le recogieran y regalaran; pero dice que no es solo él al que han de

sustentar, que tiene muchos hermanos á quien acudir, y en sustentando su persona con moderada comida, reparto lo demas, como has visto, siempre con un mismo semblante. Amigo Juanillo, dijo Onofre, admirado estoy de lo que veo en este lugar, pues todo él es maravillas: no en balde le alaban las extrangeras naciones aclamándole Madrid, madre de pobres. Y pues ya es horas de dar al cuerpo su ordinario sustento, guia, amigo Juan, donde comamos, y sea en parte que haya poca gente, pues hay muchos que dejan de comer por notar las acciones que hace el otro mascando, y le cuentan los bocados, como si tuvieran arrendada la alcabala del mascar. Hízolo Juanillo á una casa que guisan para los que huyen de los mal cocinados bodegones, y así llamad á estas casas particulares de la gula. Sentáronse, y fueron servidos con lo que pidieron, y estando cerca de los fines de su tarea, vieron entrar tres hombres de buen pelage; y sentados los dos, el otro ordenó lo que habian de beber, y luego se sentó. El uno no queria comer, y los otros le decian que porqué no hacia compañía y comia, á lo que respondió: Amigos, yo he de ir á comer á mi casa, y si ahora tomo algo, no tendré gana despues; á lo que otro dijo: Pues á mí solo me sabe bien lo que como por acá fuera, que en entrando en casa luego empiezan las mujeres con sus reprehensiones y documentos con que se hace rejalgar cuanto sacan á la mesa; y yo por no dar á la mia con algo que la duela, he dado en comer por acá fuera los mas dias. El otro, que faltaba de hablar, dijo: Pues yo, aunque como aquí, tambien he de comer en casa, que estómago hay para todo. Dábanle (al que no queria comer) vaya entre los dos, importunándole á que comiera; pero él se excusaba con los medios posibles, diciendo: Para mí, amigos, no hay gusto como ir á mi casa, y sentarme á la mesa con mi mujer y mis hijos, y comer un bocado, y mas yo que soy poco comedor: si aquí como algo, no tendré despues gana, perdonad que yo me he de regir deste modo. Famoso capuchino haceis, dijo el uno, sin duda teneis miedo á vuestra mujer; andais bien, no os azote. El otro le dijo: Si lo dejais por no traer dinero, mal haceis, que aquí no hemos menester nada vuestro. A todo el hombre se armaba de paciencia, diciendo: Sea lo que vosotros quisiéreis, que yo no he de salir de mi regla. Quien tan bien la guarda, replicó el uno de los dos, lástima es que no sea fraile. Ya Onofre y Juanillo habian acabado de comer, y saludando á los tres salieron fuera.

Este hombre que no ha querido comer, dijo Onofre, es tonto, porque conociéndole la condicion, hace mal de acompañarse con otros de diferente calidad que la suya. Si se conoce templado en el comer y beber, ande con otros de su humor, y con esto no llegará á semejantes lances como este. Es verdad respondió Juanillo, pero no todas veces se puede excusar una compañía, ó ya por andar juntos en algun negocio, ó por otros mil lances que se ofrecen. Bien estoy en que eso es así, replicó Onofre, pero ántes de llegar á lo apretado de semejantes ocasiones, puede poner un hombre muchas excusas; y lo que mas he notado ha sido la desenvoltura en las lenguas de los dos, sin reparar en que los escuchaban otros, y dejarse decir el uno que tenia por estorbo el que su mujer le re-

prehendiese lo malo de su condicion, y diga es parte para no comer en su casa. No te espantes de lo que has oido y visto, dijo Juanillo, que otros hombres hay en Madrid peores que estos : hay muchos, ó algunos, que despues de haber comido con quien han querido, ya como estos que has visto, ó en otras partes peores, donde el demonio trincha, y da de beber, haciendo la salva, van á su casa con un rostro de bermellon y unos ojos de gato encerrado; su esposa le espera vigilante, tiénele la mesa puesta con aseo y limpieza, dícele qué cómo viene tan tarde á comer, y él sin responder palabra se sienta á la mesa : empieza á partir mucho pan, que como no está en lo que hace, hace cosa sin medida. Sácanle la olla, ó lo que en ella se ha cocido, puesto en un plato; no quiere potage; prueba algo de la verdura, y dice: ¡Jesus, qué salada! fuego en tal mano. La mujer se pone triste, pruébala tambien, ve, ó gusta, que no tiene mas sal de la que ha menester, y dícele que no tiene razon, y él la mira con unos ojos de enojado vengativo : pide de beber, dánselo; llégalo á los labios, y dice que de donde han traido aquella hiel y vinagre. La mujer conoce la mala gana que trae, que no es la primera vez, y trata de comer y callar; y él como ve la quietud con que masca, empieza á gruñir, y ella con sobrada razon le responde algunas palabras que sin fundamento alguno le oye decir: él se enfada, porque ha menester poco; y con cuanto hay en la mesa da en el suelo. Si la mujer levanta la voz, él levanta la mano, y la da de bofetadas. Ella, entre afrenta, dolor y lágrimas, arroja palabras de sentimiento, que encerraba su pecho; y él mohino, como ya quitó la cólera en su pobre mujer, repara en que no ha tenido razon; y como ella no cesa de arrojar quejas, él toma la capa y se va. Y por no cansarte, no hablo de otros peores que este, que hay muchos de grueso caudal, que por hacer fuera de casa gastos excusados, se ven muchas veces sin tener que llegar á la boca, siéndoles fuerza el ir vendiendo las alhajas que adornan la casa, hasta que la dejan como ermita de desierto, y ellos andando el tiempo, y gastándole de este modo, se hallan penitentes de Satanas, solo por seguir un infame gusto, sin reparar que tienen mujer que sustentar, y que mal comida, sin tiempo, faltándola la compañía de su marido, y mirándole distraido, y viéndose ultrajada, puede como frágil hacer lo que el perro, que le cria uno en su casa, regalándole y defendiéndole de que nadie le dé, ni otro perro le muerda : pasa un dia, y otro dia estrágale el gusto; enfádase con él, y dale de palos, ó puntapiés, con que el perro va cobrando miedo á quien solia hacer fiestas, y tal vez muda de casa y de amo, buscando donde no le castiguen y den de comer : y si el hombre perdido da ocasion á que su mujer haga lo mesmo, mire que enojada es peor que el perro, que este animal no hace mas daño que irse sin llevarse nada, y la mujer si se aburre le hará participante en el mayor mal que pueden tener los hombres.

Y asi, amigo Onofre, aunque estos hombres que has visto no son de los mejores, puede ser que no sean de los peores, pues es cierto que habrá otros mas malos; y el que quisiere vivir quieto, como Dios manda, mídase con su poderío, y obre con quietud, amor y temor, quietud y amor en su casa, y temor en la muerte, como varon discreto, pues el que lo es se

viste de prudencia, y conoce que es mortal, y como tal se mide en sus acciones y obras, y repara que todo mira al fin.

DISCURSO X.

De las cosas mas convenientes que tiene un lugar grande ó pequeño, es el maestro de niños, pues es el principal instrumento que enseña prudencia, respeto y temor, y así deben los tales maestros ser gente de sana conciencia, virtuosos y verdaderos; conviene que no sean avarientos, pues el avaro siempre anda falto de consejo: tampoco debe ser ambicioso, pedidor, ni sonsacador de sus discípulos, pues siéndolo da lugar para que se atreva el niño á cosas indecentes, por agasajar á su maestro; ni ha de ser durable en el rencor, pues es juez de una tierna república. Debe ser su dotrina ejemplar, y sus razones llenas de dotrina, pues en serlo consiste el que lo sean muchos, y cuando mas colérico se ha de reportar; y de mi parecer el mas aventajado es el mas desinteresado, que sabe mezclar lo justiciero con lo piadoso, acordándose que el rey de las abejas tiene aguijon, pero no hiere jamas con él, basta el miedo que pone de que puede ofender si quiere.

Á la puerta de uno llegaban Onofre y Juanillo, á tiempo que con voz grave decia á sus discípulos: Lean con cuidado, y tengan atencion en la letura, para que les aproveche. Licion es esta, dijo Juanillo, para gente de mas edad que estos niños, y en particular para aquellos que toman un libro que tiene cincuenta pliegos, y en dos horas le pasan, y dicen que tiene poca sustancia su escritura, y es solo su gusto de la poca sustancia. Mal puede tomar las señas de un camino el que le anda á escuras, y por la posta; qué provecho puede sacar en tan breve tiempo? ¿y qué reparo hará en sus razones? ¿qué dotrina dejará impresa en la memoria: cómo podrá contar algo de lo que ha leido? Pero hoy los mas gustos solo buscan en un libro chanzas y cuentos, sin reparar que los cuentos y chanzas son sainete para que se lea la licion, que hiere en la mala vida y costumbres. Mal gusto tiene el que, cuando come una cosa de sabor, la traga á medio mascar: haciéndolo así, poco gusto dejará en el paladar: con el sosiego y la quietud se goza de todo, y se experimenta el sabor y dulzura de la obra, que lo atropellado jamas dejó provecho.

Lean, decia el maestro, con cuidado, á tiempo que llegó una piadosa madre con un hijuelo que de muy mala gana iba á la escuela, aunque la madre le obligaba á poder de caricias y ofrecimientos. Entró dentro, y sin saludar al maestro, le dijo: Este niño ha cobrado miedo á vuestra merced, y sin duda es la causa el que le azota; no haga tal por su vida, ni me le dé por causa alguna, que si aprendiere tarde, mi dinero lo paga; y sepa que me ha costado mucho trabajo el criarle, y no quiero que nadie me le dé ni castigue. Ofreciólo el maestro, aunque primero la dijo mirase

que la letra en la tierna edad se imprimia con el castigo ó la amenaza, segun el sugeto, y que conociendo aquel niño cariño demasiado en sus padres, y templanza en su maestro, no haria nada de provecho, y que su oficio era enseñar, y la brevedad en ello le daba crédito, y para conseguirle era menester riguridad, cuando la ocasion lo pedia. A todo decia la madre que no queria que le llegase al pelo de la cabeza.

Mujer, ó madrastra, que mas lo pareces que madre, ¿sabes lo que te toca hacer en la enseñanza de este hijo que te ha dado el cielo? ¿Sabes lo que te manda Dios que obres en su crianza? Pues respóndeme á estas preguntas.

Si con esas alas que das á tu hijo, asegurándole que no será castigado, saliese de mala inclinacion, dado al vicio, ¿quién tendrá la culpa? Si con ese demasiado cariño que le muestras, llegase á perderte el respeto (pues el amor maternal en la edad crecida no es tan fino como en la tierna), ¿á quien te quejarás? Si confiado en que el maestro no ha de ofenderle, no asiste á la escuela y se da á vicios, conforme la edad, y aun se anticipa en ello, quién lo pagará? A esto respondes que tu hijo es de buena masa, y la inclinacion no es mala; por eso tu lo vas bastardeando, segun tus obras.

Juega uno con un perro, que ha criado en su casa, vale retozando y cosquillando, porque ya lo ha hecho otras veces, y gusta de ver como se enfurece, y procura defenderse de las burlas de su amo. Descuídase con el animal, y enojado (como se ve querido) se atreve á abrir la boca, y atravesar con los dientes una mano á su dueño, de que muchos dias está manco. Los que le asisten dan al diablo al perro, y el impaciente dice que no tiene el perro la culpa, que él la tiene: dice bien, que si él no le hubiera enseñado á que entre las burlas del retozo mordiera el animal, no sabia, y él se lo enseñó. Así tú á ese niño le vas haciendo que pierda lo dócil y se pase á desabrido, porque conoce que le quieres, y procuras traerle en caja como joya, retozándole con cariños. Que se quieran los hijos obra es de la naturaleza, pues el animal mas horrible los quiere, pero ha de ser el querer de modo que no lo conozcan; y criarlos con temor y respeto, y no dejarlos seguir su humor, con esas alas que cortan el hilo á la virtud mas que las del vencejo al aire. No hay cosa que mas destruya á un enfermo que no obedecer al buen médico, pues si solo sigue su apetito, atraerá un mal gobierno, y el mal gobierno la perdicion. Y así, ántes que los hijos lleguen á mediano conocimiento, los has de tener enseñados á que con un mirar de ojos te entiendan y obedezcan, y será entónces en él muy suave la dotrina, pues el saber obedecer es gran virtud. Querer verdaderamente á los hijos, dice un filósofo, es el criarlos de modo que los quieran todos, obligando á ello su cortesía y afable condicion. Al águila noble, en la edad crecida, la sobrevienen tres enfermedades. La primera, se le hacen pesadas las alas; la segunda, se le oscurecen los ojos; y la tercera, se le embota el pico, con que queda imposibilitada de volar, ver ni picar, faltándola alientos y vista: todo esto causa la enfermedad ó la vejez; pero procura su renovacion, y lo consigue, como ya se sabe, retirándose á su nido; allí se está hasta que la

nacen alas nuevas, y se le aclara la vista. ¿De donde comiera esta águila, si no fuera dejando hijos bien enseñados, que las presas que hacen las traen á su madre, para que coma y reparta entre ellos lo que sobra? Haz tú así, si quieres tener quien te socorra en la vejez, criando tus hijos con obediencia y amor, para que así conozcan la obligacion que te tienen, y conociéndola sabrán la que tienen á Dios.

Atentos estaban Onofre y Juanillo á todo lo que habia pasado entre el maestro y la mujer, cuando despedida ocupó su lugar un hombre que tenia un hijo en la escuela, y despues de saludar al maestro le informó á lo que iba, mandando llamar al que ya, habiendo visto á su padre, cubiertos los ojos de agua, y el aliento impedido de un sollozo, se venia al mismo que procuraba su castigo, y puestas las manos cruzadas, con que por señas dicen humildad, pedia á su padre no le azotasen mas, pues ya le habia castigado en casa. Entónces el padre en voz alta dijo: Para que los que os conocen sepan vuestras infamias, las vengo á publicar á la escuela, que un niño que no hace lo que su padre le manda es razon que sea castigado públicamente, pues el castigo dado en presencia de otros causa vergüenza y atrae la enmienda. Fuése con esto, y el maestro ejecutó la sentencia en aquel tierno reo. Este hombre, dijo Onofre, quiere hijo, y aquella mujer no quiere hijo; segun las muestras que cada uno ha dado. Pero dejando esto aparte, pues para crianza de los hijos hay un sinnúmero de escritos, aquellos dos hombres que ha rato que estan en barajas (y en verdad que algunas palabras que se les oye, que son bien pesadas, han de obligar á echarse alguno con la carga) ¿en qué han de parar tantas razones de si pasa la calle, ó mira las ventanas, le he de matar? De esta pendencia, dijo Juanillo, alguna dama es la causa. Atentos estaban mirando en qué habia de parar, cuando enfadado uno de muchas razones que habia dejado pasar, habiendo procurado con la cordura posible reportar á su contrario, y viendo que cortesía no bastaba apaciguarle, dándole una puñada en los pechos, sacó la espada, y despidiendo la capa de los hombros, enpuñó una daga, y el otro, aun no fuera de algunos traspiés, que le habia hecho dar, medio aturdido, viendo venir á su contrario, sacaba piés para sacar la espada vírgen, tan léjos de mártir, y enfadado el otro le tiró dos cintarazos, rematando con ponerle la espada á los pechos, dando con él y su miedo en el suelo. Dejóle levantar, y habiéndolo conseguido, aunque con harto afan, le volvió las espaldas, á tiempo que alguna gente, que habia llegado, procuraba la paz. Cobróse él de la espada y daga, y arropándolas en sus vainas, fué en busca de la capa, pero no la halló, quedando soldado de la quiebra pasada. Buscábala con cuidado, pero ni cuidado ni diligencia bastaban á dar con ella Este hombre, dijo Juanillo, habia de ir á buscar su capa á los ropavejeros, que allí van á parar las cosas halladas, que en este mundo nada se pierde, si no es el tiempo. En fin, se metió en una casa en el ínter que le trajeron capa, y Onofre dijo á su amigo Juan para qué gastaba tanto hálago aquel cobarde, si no habia de ser hombre para sustentarle, habiendo quedado avergonzado, sin tener brios para echar al aire aquella hoja cartuja. De eso no te espantes, respondió Juanillo, que

él solo puede decir, y los cercanos á él, si acaso aquella cólera paró en blandura, y la empleó en pichones bravos; así las agujetas, fiadoras de los calzones, quebráran la fe del lazo, y manifestáran la verdad; que yo apostaré que ha quedado como niño de la dotrina despues de un entierro, que nunca les falta cera que vender. ¿Ves este cobarde? prosiguió Juanillo, pues toda esta pendencia, sin ser sastre, ha de volver lo de dentro afuera, que estos gallinas con cresta de gallo tienen bravas puntadas; y para que sepas algunas, que usan muchos venedizos á este lago (como huyendo del charco donde cantaban renacuajos), atiende.

Hay hombre de estos valientes en conversacion que por haberle faltado un boton en parte menesterosa, suplen la falta con un alfiler, y como su oficio del alfiler, asir ó arañar, descuidándose del lugar que ocupaba, pasa la mano y se hiere; duélele, y procura sustentar aquel duelo con una banda, y mas lo hacen por quitar aquel estorbo del lado izquierdo Tópale un amigo, y como le ve así le pregunta: ¿Qué es eso, Fulano? ¿herido estais? y él responde: No es nada, ahi es cierta pendencia que sucedió estotro dia: ¿no ha llegado á vuestra noticia? No, responde el tal amigo. Pues habreis de saber, dice el herido, que me acometieron cinco hombres estando hablando con una mujer de las mucho punto de este lugar, y si no fuera por la destreza, y andar un hombre bizarro, por Dios que me hubiera ido mal: en fin se dispuso bien; dos dicen que hay heridos, y yo ando medio retirado, hasta que se dispongan las cosas; todo se acabará con el tiempo. ¿Y la herida vuestra, es algo? pregunta el tal amigo. A quien responde: No, yo mismo me herí al ir á hacer una treta con la daga, que de tretas tienen estos perrillos caseros, que todo su ser es ladrar, sin salir del umbral de su puerta. Todo se puede llevar, prosiguió el herido, con el cuidado de la dama, que obligada á lo bizarro (que ya sabreis que estas mujeres se pagan de los valientes) me socorre con todo lo necesario. ¡Que en tales ocasiones, dice el tal amigo no se halle un camarada al lado de otro, por vida de tantos y cuantos! pero en verdad que todos andamos de mala, que á mí me sucedió á noche un enfado harto grande: topé la ronda, en que iba un alcalde de corte con ocho ministros, y el mas alentado, que bien le conoceis, me quiso quitar el broquel; defendíle, y le hice servir; unos rodaban, y otros por no rodar huian; no he sabido cuantos heridos hay, porque mi espada no se descuidó; y hasta saberlo, anda un hombre á sombra de tejados, porque no le echen la mano. Y el que cuenta esto (mas cobarde que Sardanápalo), por haber oido decir que andaban ladrones en el barrio, cobró tanto miedo que se recogió con sol á su casa, y aun no se contentó con la cerradura ordinaria, pues adelantó á las guardas de la puerta una tranca, sin dormir en toda la noche de miedo que le dió una puerta, que se meneaba con el aire que hacia. Crédito se puede dar, dijo Onofre, á lo que has contado; pero espántame el que haya tales hombres que no se avergüencen de haber nacido. Pues cree que los hay, prosiguió Juanillo, y en este lugar venden ellos sus drogas, sin ser deste lugar, que nacieron fuera, y vinieron en canasta con red, como quien son. Esa razon aguardaba yo de tu boca, replicó Onofre, como natural deste mundo abreviado.

que de otro modo anduvieras mal. Pues cree, dijo Juanillo, que no es la pasion la que mueve mi lengua, sino la verdad, y para que lo creas te diré las ocasiones que hay para que no sean cobardes los hijos deste lugar.

En todos los barrios, ó en los mas, hay maestros de armas, y donde no, no falta un aficionado, que tiene espadas negras, y se huelga que las vayan á jugar, y apenas pasa el varon de los doce años, cuando el deseo de saber le mueve é inquieta, con la golosina de tirar cuatro palos en un juego público; y así el ejercicio de las armas es fuerza que destierre el temor, como las letras lo simple del hombre: y si haces reparo, verás traer la espada ceñida en tierna edad á todos los mas, siendo primera causa lo que he dicho; y luego que les entró el amor con facilidad, como hay tanto sobrado á que mirar, y en habiendo amor no se excusan lances honrados, engendrados del que dirán. Y así no hay alguno que no sepa sacar la espada en viendo la ocasion, y se ve muy de ordinario en juegos públicos mozos oficiales deste lugar jugar con tal aire y destreza, que puede la admiracion usar sus extremos, como lo hace, cuando cosas grandes son el principal motivo, y no me negarás que el que sabe jugar la espada negra, sabrá sacar la blanca, y plantarse con aire, y defenderse con brio. Así es, dijo Onofre, y afirmo por verdad lo que has dicho, pues en los castillos y plazas fuertes no hay mas ejercicio para el soldado honrado que el ejercitar las armas, para que habituado no le coja inhábil la ocasion de la campaña. Es verdad, replicó Juanillo, si no fuera tan menesteroso el ejercicio de las armas que se manejan en la paz, no tuvieran los reyes y príncipes tan grandes como ha tenido nuestra España, maestros científicos en este arte, con quien ejercer lo belicoso, que establecer lo contrario fuera querer oscurecer la gloria que á los pasados se les debe en dejar á luz, vista de todos la verdadera destreza, que sus nombres la fama los burila en las hojas del libro de la inmortalidad, pues á ellos se les debe la primera luz de la razon, y á los destos tiempos tantos realces de su noble desvelo, hijo de bizarro aliento, en fin Español, que merecen (por la continuacion de su ejercicio, á quien mueve solo el deseo de la enseñanza) que los mármoles y bronces ofrezcan planas á las grandezas de sus obras.

DISCURSO XI.

El animal mas humilde, doméstico y leal que crió la naturaleza, es el perro, y así con halagos mueve á que le den el hueso roido, y con él se contenta: pero el leon ambicioso, aunque haya cogido entre sus espantosas uñas la liebre, si ve pasar la cabra montés, suelta la presa humilde, por la otra mayor, movido de la ambicion ó embriaguez de el tener mas, animal en fin, que aun preso y atado da temor su poder: así el ávaro rico solo su nombre da miedo en el oido del pobre; y aunque forzosamente le

haya menester, huye de su poder soberbio. Cuantos hombres, prosiguió Juanillo, tendrá este lugar, parecidos á este fiero animal! y para que lo admires, repara, amigo Onofre, en aquel tan pensativo, con aquella capa de color, tan raida como su conciencia: es hombre de cien mil ducados, y vive en una jaula que ha labrado, mayor que la que habia menester tal pájaro, donde tiene un sótano (y porque diferencie á los otros) son sus puertas de hierro, y aun al sol le niega el que registre su estancia, pues le oprime la entrada á la luz con tres rejas de hierro, que mas parece locutorio de cartujas que calabozo de el logro y usura. Este, cuando ha menester algun dinero para emplear, baja al infierno, donde está penando su cuidado, y á su propia hacienda pide la cantidad que ha menester, ofreciéndose á veinte por ciento: y lo hace, porque le han dicho que un hombre vende una casa con necesidad, para pagar ciertas deudas que lo aprietan: ó que otro vende unas piezas de plata de mucha hechura, y la pierde toda, obligándole á ello el corto poder. Para estos empleos saca el dinero, pero para prestar al necesitado, como él no lo es de los bienes temporales, no se acuerda que hay necesidad en el mundo, y jamás verás llegar algun pobre á su puerta, porque conocen la esterilidad de sus umbrales, y la infernal condicion de el dueño. ¡O vil cardo, que no das fruto hasta estar enterrado! yo creo que ha de venir á ser como Craso, hombre riquísimo, á quien mató su gula, pues le venció á que comiese oro derretido; ¿pero qué no hará un avariento poderoso? Mal hace, dijo Onofre, siendo dueño de tanta hacienda, en extrañarse de la caridad y olvidarse de que con una mortaja, y siete piés de tierra, le ha de pagar el mundo.

Atiende, dijo Juanillo, á lo que aquellas dos picaronas de mantilla blanca con aquel hombre, que ayer le ví, que andaba vendiendo un guardapiés de bayeta de su mujer, y á fe que no es buena señal vender tal alhaja á entrada de invierno, y no sé de que come, que siempre le veo con la capa en el hombro vendiendo prendas. Aquí llegaba Juanillo, cuando oyeron que las dos busconas le pidieron las diese unos dulces, y él muy contento las llevó á una confitería. ¿Que se atrevan dos picaronas como estas, dijo Onofre, de tan ordinario pelage, á pedir dulces á un hombre? ¿y que haya hombre que se los dé, y se pague de tal? Amigo, respondió Juanillo, el pedir las fregatrices dulces ya es tan comun como el chocolate. Pues dejemos, replicó Onofre, lo que no tiene muy fácil el remedio, y dime qué hace tanta gente en aquellas rejas. Allí, respondió Juanillo, es la estafeta, y hoy es la de Badajoz, y ha de haber bravo rato en el mentidero, dosel de las Cobachuelas de San Felipe. ¿Porqué das nombre de mentidero, dijo Onofre, á un lugar sagrado? Yo, prosiguió Juanillo, no trato al lugar con indecencia: á los que mienten en él, siendo sagrado lugar, es solo á los que llamo mentidores, pues profanándole le hacen mentidero, que entre ellos se dicen mas mentiras que entre sastres y mujeres; y porque veas algo de lo mucho que pasa en esta lonja, repara en aquel hombre que acaba de leer aquella carta, y verás el ruido que mete con ella. Así fué, pues apenas lo hubo hecho, cuando doblándola la guardó, y sacó otra con mas renglones que letras tenia la

que guardó, y subiendo las gradas se paró, como que leia, á tiempo que se llegaron á él mas de veinte personas. Uno decia: ¿Qué hay de nuevo, señor Fulano? Otro: ¿Tenemos algo bueno? Otro preguntaba si era carta del ejército. Otro decia: Señor capitan don Sancho, sáquenos de dudas. Otro en voz alta, que resalia á todos, decia: Esta carta será cierta y verdadera. En fin, todos puestos en rueda, y él enmedio, empezó á leer, y á llegarse mas gente que á los primeros besugos. Tardó en leer la carta mas de una hora, y la que tomó en la estafeta no tardó el tiempo que se gasta en rezar un Ave María Salia la gente del cerco del enredo, unos santiguándose, otros estirándose de cejas; otros mordiéndose los labios; otros apretándose las manos, y dando recias patadas; y viendo estas acciones, se llegaba mucha gente, y preguntaban qué nuevas habian venido Acabó de leer la carta, ó tramoya con letras, y quedóse en el sitio rodeado de noveleros, contando la disposicion del ejército, prevencion de la campaña y sitio del enemigo, y dando su parecer en el modo con que se habia de gobernar la gente para un asalto, y por donde convenia el darle.

¿Ves este hombre? dijo Juanillo, pues en su vida ha salido de Madrid, y le llaman el señor capitan, y le oirás contar de mas de quinientas heridas que le han dado en la guerra; y dice bien, que algunos que le conocen le dicen que no sea enredador, y á buen entender heridas son bien penetrantes el decir las verdades á quien carece de ellas, mas él poco las siente, pues no se enmienda; y yo apostaré algo á que la carta que ha leido ha sido escrita esta noche en su posada, para con ella embobar hoy á cien tontos, que tienen librado el gusto en las mentiras que oyen, que la carta que él tomó en la estafeta puede ser que sea de un bodegonero, que se ausentó estotro dia, en cuya casa comia este capitan mentira, y le enviaria á pedir la monta de las tajadas con dientes, que le quedó debiendo, que en toda cuanta gente aqui ves, no hay diez soldados, y cierto que me admira que los noveleros no hayan reparado en tu alquicel, y te hayan cogido en medio de cincuenta á preguntarte de tu cautiverio, y pudieras sin mentir entretenerlos mejor que aqueste mentecato con su carta postiza, pues habla sin fundamento, y tú con él podias hablar. Raro humor de gente, respondió Onofre, pues se creen tan de ligero de quien no saben que sea cierto lo que dice. Yo soy soldado, pero no contara cosa en cuanto á los sitios de la campaña; solo lo hiciera á otros que supiera yo que eran soldados, que hablar con quien en su vida ha sabido volver á su nido la espalda, ni sabe lo que se pasa, cuando no hay que pasar, para mí creyera que era dar voces al viento, que nunca responde cosa conforme mas de con los últimos acentos que oye. Quien con quietud vive en la tierra, ¿cómo ha de saber regir ni gobernar los estados de la milicia? ¿Qué pareciera que un pastor que en su vida ha salido de guardar ganado, se pusiera á leer teología, sin haber estudiado letra? Este, gobernando su ganado, acertara; un mercader tratando en sus mercaderías no puede errar mucho, pero mucho errará dando pareceres de letrado, si no estudió para ello. Acudiendo cada uno á su ejercicio, está todo quieto y en paz; yo nunca gastara el tiempo tan mal gastado

como escuchando á quien no es profesor verdadero de la materia en que trata, porque el que habla de aquello que no entiende es como el tiro, que sale casualmente sin gobierno de la mano del que tira, que siempre va errado; y es cosa muy cierta que el que habla en lo que no alcanza ni entiende, miente, y se imposibilita para ser creido en lo que profesa.

Inquietólos de su conversacion las voces que dos soldados (al parecer) daban sobre el volar una mina, y mas volaban sus levantadas voces, pues llegaban al campanario. Uno decia: Señor capitan, vuestra merced ha lidiado siempre en partes que no ha habido necesidad de abrir minas, y así mal puede entender lo que no ha visto. Pero algo picado el tal que escuchaba, le respondió: Por eso he abierto muchas bocas en pechos contrarios, lo que vuestra merced no ha llegado á hacer. Enojáronse, y púsolos en paz un hombre de madura edad, con su espada en el lado, y en las manos una muleta y el vestido harto trabajoso. ¿Has visto la pendencia de los dos? preguntó Juanillo á Onofre; pues aquel de las plumas en el sombrero es tropista, y nunca ha servido de otra cosa, y cuando va á llevar gente se le muda el color del rostro, pues el que le ves ahora (afrenta de tomate maduro) se le vuelve pálido, siendo causa el perder la vista los bodegones de la puerta del Sol: y el otro es de estos que buscan gente, á quien con promesas hacen sentar plaza de soldados, administrando este ejercicio (peor que el de los moros cosarios de Argel) por lo que de cada uno les toca; y aquel buen viejo bien se nota en él el ser soldado en el vestido que le adorna; y aunque la edad le ha jubilado algo los brios, no por eso ha desechado la espada del sitio que siempre ocupó. Mira con qué razones (pocas y corteses, y por lo corteses penetrantes) los ha puesto en paz, y ha mudado de sitio. Repara en aquel hombre de la capa parda, tan capuchina de remiendos y el sombrero tan espumador, segun la grasa que siempre trae. Ha estado todo el dia remendando zapatos á la puerta de un zaguan, y ora viene á oir mentiras que á él le sirven de descanso el rato que deja ocioso el boj, pero tiene una cosa buena, que oye y calla; pues jamas le he visto meter la mano en el plato de esta lonja: y aquel que va con él es un escudero de estos que en la picardía son ciento y tantos, empleándose en su mejor edad (sin guardar los preceptos que se deben á la golilla) en dar capa á unos vestigios, con tocas ó huesos entre algodon, donde solo quedó el fuí lleno de deseos de volverlo á ser, desde la mortaja de la toca, dueñas en fin, y tiene tan extraña condicion á la del zapatero, que puede hablar con todas las monjas que hay en Madrid: mira como ponen tienda de su mercadería. Así fué, pues sosegados empezó el rodrigon á menear su taravilla, y se le fué llegando mas gente que á pragmática nueva y deseada, empezando á jugar de aquel bocado peor y mejor que tiene el hombre segun usa dél. Y despues de haber hablado gran rato en los estados de la milicia y gobierno de la campaña, mudó la plática, tratando de la carestía de los mantenimientos, y decia: ¿Que en un año como este, tan abundante de todo, como Dios nos ha dado, que podian las hormigas (con lo que adquieren de los desperdicios del labrador) poner tienda de panecillos, valga un pan lo que vale? A lo que respondió otro: No tiene la culpa el

i nadero que le vende, la culpa tiene la hormiga que lo almacena. Luego proseguia diciendo: ¿Que valga una libra de carne tanto en un tiempo tan abundante, como apregona la cuerda Estremadura? A que respondió otro: La culpa tienen nuestros pecados. Otro que habia perdido en todas estas ocasiones el ejecutar heridas con su lengua, viendo ocasion en la vacante, se opuso, echando la mano á los bigotes, que por lo copiosos parecian cosas de su piel, siendo la suya de zorro, y dijo, abriéndose de piernas, sacando el papel del tabaco: ¿Que en un año tan fértil como este valga una azumbre de vino aguado, y mal medido, catorce cuartos? En verdad que lo he conocido yo bueno, y bien medido, por seis, y menos. En fin, cada uno dijo su alcaldada corta, porque el báculo de vidas perdurables no daba lugar á mas. ¿Este hombre que tanto habla, preguntó Onofre, entiende algo de lo que trata? No, respondió Juanillo, porque ni es estudiante ni soldado, y le juzgo tan imposibilitado de saber que las cinco vocales no han llegado á su noticia. Pues mal puede hablar bien quien miente de continuo, replicó Onofre, que á los animales se les sigue gran daño en no poder hablar, y á los hombres mucho mayor por hablar mucho. La lengua es esclava del hombre, pero si la deja libre se truecan las suertes, quedando el hombre hecho esclavo de su lengua, y siempre tiene en el pico su corazon, manifestando lo mas secreto y escondido que hay en él. El que quisiere hablar bien ha de hablar siempre verdad: y este hombre no tiene entendimiento ni es capaz de discurso, pues no tiene miedo á su lengua, oyéndola con dos oidos tan cercanos. Bruto parece, pues no conoce que está su muerte debajo de su lengua, y el centro de la muerte debajo de sus piés. Quien mucho habla mucho yerra, aunque no sea mas que en la demasía, es certísimo.

Aquí llegaba Onofre, cuando saliendo del cerco de la mentira el zapatero de obra segunda, y viendo en Onofre señales de cautivo, se acercó á él, mirándole atento, sin hacer movimiento mas de con las cejas, hasta que llamándole Onofre le preguntó si era mudo. A quien respondió: No lo soy; parecerlo quisiera, que hablar sin ocasion es querer ser sin ocasion oido; y al que tiene miedo en el hablar, el silencio le hace cuerpo de guardia y defiende; y así mas vale ser mudo que hablar cuando no hay ocasion, como aquel majadero que juega tanto que no deja hacer baza á nadie. Quien tan bien discierne las razones como vos, dijo Onofre, merece ser oido; y si yo puedo serviros en algo, preguntad, como sea poco; porque de las palabras se ha de usar como del vestido; y véase parte de él, y parte de él se encubra. A lo que el zapatero prosiguió diciendo: Me parece que nos entendemos; y así siguiendo vuestro humor, digo que no seré molesto, pues la razon hablada sin tiempo queda hecha señora del hombre; y callando, me veo señor de todas las razones. Bien decís, replicó Onofre, que á mi entender el cuidado de naturaleza en poner dos oidos tan cercanos á la lengua, no fué otra cosa que decir: Ahí pongo dos guardas para que uses con medida de ese instrumento, pues es muy cierto que el que calla vive seguro, y el que habla suele dañarse á sí y á otros, y el mayor enemigo que tiene el hombre es su lengua mal gobernada, pues mas posible es callar bien que bien hablar; y así solo os su-

plico me digais de donde sois, donde os cautivaron, que trato os hacian, y quien os rescató. A lo que Onofre satisfizo, diciendo: Mi patria es la gran ciudad de Nápoles; cautiváronme cerca del presidio de Larache, habiendo salido á hacer leña con otros soldados; la fortuna favorable me dió un amo, aunque moro, hombre de piadoso natural y buen entendimiento: tratóme mejor que yo merecia, y por haberme oido quejar de mi fortuna diversas veces, me preguntó la causa, y habiéndome oido decir que solo era el deseo de ver á Madrid, movido á piedad me ofreció el rescate para la primera ocasion que hubiese, como lo cumplió, entregándome á la redencion que ha hecho ahora la religiosísima órden de la Merced, y el padre redentor, á quien mi amo encargó mi persona, lo ha hecho conmigo como padre, hasta ponerme en Madrid: treinta meses estuve cautivo, que solo los sentí en no poder frecuentar los sacramentos con la libertad que entre cristianos. Esto es haber respondido á vuestra pregunta, mirad si mandais otra cosa. Solo serviros, dijo el zapatero, y pues me habeis hecho sabidor de lo que ignoraba, quedad con Dios, y advertid que no soy mas de un pobre remendon de zapateros; la fortuna me dió mas bienes que los que os he dicho; pero con ellos vivo quieto y gustoso, oigo y callo; y así gozo del mundo, y creo por cosa muy cierta que un tropezon que da el hombre, aunque salga herido dél, tiene cura, y la medicina y el tiempo le sana; pero el tropezon de la lengua no le sana el tiempo ni la medicina. Fuése sin hablar mas palabra, y Onofre quedó espantado de ver un hombre tan miserable y tan cuerdo. En mi vida, dijo Juanillo, le he oido hablar otro tanto, y le conozco hartos tiempos ha. Si habla siempre como ahora, respondió Onofre, lástima es que calle, que aunque el silencio es sueño del entendimiento, se ha de usar dél con buen medio, que el hombre se diferencia del animal en la razon, que sin ella no fuera mas de un bruto, y á este hombre le adorna y enriquece mucho el buen lenguage. Así es, replicó Juanillo, pues la cosa mas fea que hay en el viviente es buen cuerpo, gala y disposicion, si con ello tiene mala lengua habladora.

Hízolos dejar la conversacion el alboroto de dos ciegos, que tirándose recios palos, eran parte para que en lugar de ponerlos en paz huyesen de ellos los que lo vian, hasta que los sosegó, haciendo dejar el paloteado una vendedora de escarpinos, y ya algo quietos dijo el uno muy colérico (limpiándose los mocos á las mangas del jubon, y meneando los hombros á son de zarambeque): Anda, hijo de la alcahueta á no poder mas, que yo me vengaré de tí en la primera relacion que salga, que tengo de hacer que no te den pliego que vender. En cuanto á lo de mi madre, respondió el otro, mientes en decir que fué alcahueta á no poder mas, porque sé que murió de treinta años, y no era edad en que no podia hacer primeros papeles; pero la tuya dejó el ser frazada por baqueta, y si no tuvo otro oficio fué por tener mala cara, que nunca á tí te engendrara tu padre, si tuviera vista. Hízolos callar otro ciego, y para que dejasen el puesto y el enfado los dijo que en la manta colorada lo habia como de lo caro, y que allí tenia para media, que le siguiesen. Hiciéronlo, dejando que reír á los que habian visto la pendencia, y la que los puso en paz, tratanta de es-

carpines, sobre volver por el uno de los dos ciegos, trabó pendencia con ella otra de su trato, donde salió en público las faltas y sobras; y despues de las lenguas, anduvieron las manos entre los mal peinados rebujos de pelo, hasta que un mozo de los que sacan barato de los boliches, las puso en paz, diciendo: ¿Es posible que dos mujeres como vuesas mercedes hayan llegado á este estremo en la calle, donde todos lo notan? Cierto que me espanta que siendo tan amigas se pierdan el respeto. Cada una dió su disculpa, y ya sosegadas fueron á echar la pesadumbre abajo, acompañadas de aquel hidalgo del ajuste.

¿Qué te parece, dijo Juanillo á su amigo Onofre, de lo que pasa en esta lonja? Cree que es uno de los mejores sitios que tiene Madrid para un rato de divertimiento; pues ya es tarde, si te parece, vámonos paseando al hospital general, para que veas unas de las mejores casas que tiene España para pobres de todas enfermedades; y de camino veremos la de los niños desamparados, á quien recoge el amparo y caridad, que es una casa de mucha consideracion, y para que no sientas el camino, haz reparo en aquel hombre macilento que está en aquel umbral de aquella puerta: era su hacienda muy florida, y por lo pericon se la han comido las pendangas de este lugar. Tenia (cuando tenia) el mas raro humor que hombre en el mundo: decia que ¿quién habia de sufrir los enfados y ahogos de un matrimonio? ¿ni los melindres, zelos y empeños de una dama? Pero conociéndole el capricho una de las marcadas de este pais, le ha puesto en el estado que ves, pues lo mísero de el vestido dice la posibilidad de su dueño. Pero dime por tu vida, preguntó Onofre, ¿cómo se dejó engañar de las mujeres, pues, segun has contado, huia tanto de sus empeños? El cómo no sé, pero sé del modo que engañan, prosiguió Juanillo, á los boquirubios como este; y por que no sientas el viage, como tengo dicho, te lo contaré.

Llega una de estas, toda agujetas, vestida á la francesa, con muchos lazos (que no es nuevo en ellas el ser todas lazo) y en viendo á un hombre que saben que tiene, se estriegan á él, con que le dejan apestado. Mírala el bobo, á quien deja rozado con las galas y inquietado con una ojeada que le dió, pero no habla palabra por establecer su condicion, solo contempla el descuido con que lleva el cabello hecho un pensil de flores, que como suele ofrecer la ocasion los cabellos al amor, estas buscan la ocasion con los cabellos, haciendo de ellos líneas y paralelos al pecado. No deja de parecerle bien, aunque se fuerza lo posible á desviar de sí algunos motivos con que le brindó el niño amor. Véncese, y procura el desvío: ella, que vuelve la vista á ver si ha obrado su cebo, repara en que sí, pues nota el que tiene los labios secos con lo que ha babeado, y los procura remojar con quien muerde: vuelve la dama á buscar ocasion de encontrarse con él, y al emparejar le mira y dice: No entendí que eran tan cobardes los hombres. Hácele con esto asomar colores al rostro, y por apaciguarla la sigue: dícela si hablaba con él, ella responde que sí, que bien podia pagarla algunos de los muchos desvelos que le cuesta. El que oye estas ternezas á la vista de el sol de junio, empieza á responder, disimulando lo mejor que puede; trábase conver-

sacion algo estrecha, y el tonto, mas tierno que una melcocha, la dice si le ha de querer por interés, á que responde la astuta culebra : Mujeres de mi porte, sangre y reputacion, no se determinan á semejantes empeños movidas del interés, pues solo amor es quien preside. Con esto, simplemente cree que le quieren por su persona no mas, y dice entre sí : Mujer que sin interés quiere merece ser querida, sin reparar el tonto que jamas ha habido mujeres de tal color, que ahora se usan colores tristes y desesperados; y en todo tiempo sus dádivas no han sido mas que tristezas y desesperaciones. A pocos lances se determina ella á ver si el buril de su astucia puede labrar aquel bruto diamante, y por medio de una criada (bien alicionada) le envia á decir que la ha sucedido un disgusto grande, y para remediar lo posible de él la haga merced de enviarla quinientos reales; y que para memoria de reconocerse su deudora, tome las joyas que lleva aquella criada. La que lleva el recado ha sido del arte desde edad de diez años : miren si sabrá hacer bien el papel. Da el recado, aun mejor que su ama se le dió: y el tonto que le escucha entra en consulta con su memoria, entendimiento y voluntad, y sale de acuerdo que se los dé, pues ha conocido el mucho amor que le tiene, y cuan desinteresada es : y pues se ha determinado á pedirle aquel dinero, y le envia prendas, cierta señal es ser grande ó por lo menos precisa la necesidad. Dáselos, y dice á la recaudadora que se lleve las prendas, que excusada diligencia ha sido para con él el enviárselas, á lo que la criada responde: ¡Jesus mil veces! lo primero que mi señora me dijo fué que las dejara: y si no bastaban volviese por mas : ¡ay Dios! yo apostaré que estima en mas este agasajo que cuanto hay en el mundo : en verdad que sí la costó el determinarse á enviarlos á pedir á vuestra merced el desperdiciar mas rosas de su bello rostro que las que produce un mayo : bonita es la otra, por no pedir se dejaran morir entre dos paredes : mal la conoce vuestra merced, no hay mujer de tal condicion en Madrid. El pobre simple la dice : Hago lo que la mando, y no se meta en mas, que vuelva las prendas á su señora, y la diga no sea tonta. La moza ha menester poco, y parte mas veloz que el tiempo. Su señora la recibe contenta, porque la ve venir alegre, y dice : ¿Qué hay? ¿picó el pez? A que responde la criada : Con tal gracia le puse yo el cebo, al instante cayó. Enséñala las prendas y el dinero (no tan cabal como él se lo dió, pues la sisa sus principios los tuvo en la fregatriz servidumbre), y la taimada dice : Mas da el duro que el desnudo, vayan cayendo estos peces, y á su cuenta ve por algo con que nos regalemos.

El tal pagote, lleno de confusiones, sintiendo el dinero que ha salido de su bolsa, dice entre sí : No es posible que esta mujer haya enviado á pedir este dinero sin grande ocasion, pues en todo el tiempo que ha que la conozco no me ha empeñado en nada, ni su agrado ha dado muestras de interesado; pues si esto es así, en una ocasion no ha de ser un hombre tan laceriado que no socorra á una mujer que le quiere. Por este camino, y por otros, que sus habilidades arbitran, los van limando poco á poco las haciendas, sin descuidarse de la letra general en los dias mas festivos de el año, cuando saben que ha de ir á verla su galan el estar

muy tristes, y la criada bien avisada : y si pregunta (como es fuerza gastador de aquel ejército de drogas, la causa) responde con el pañuelo en los ojos; y la segunda dama hace su papel al vivo, y dice, publicando su semblante tristeza : ¿Qué quiere vuestra merced que tenga mi señora, que de puro buena la suceden lances como el que ahora está llorando? Ayer amparó aquí á una mujer, porque vino diciendo la habia sucedido un disgusto en su casa, y en el ínter que se apaciguaba, la recogiese mi señora en la fuga : hízolo, como Juana de buena alma, y esta mañana cuando fui por de comer, se fué, y la llevó el manto, que solo las puntas habian costado treinta de á ocho, y demasiado de corta anduvo, pues no se llevó mas. Muy bien empleado está, dicelo la picarona cabeceando, y mirando á su ama; con que el tontonazo lo cree, hallándose en la obligacion y empeño de darla para otro. Y esto lo usan con los que llaman duros de bolsa, y tampoco se les olvida la intentona en las mayores bolguras de esconder la gargantilla ó manillas, y alborotarse con el tonillo de : ¡Ay triste de mí! entrandose en la bulla del desmayo, para que llegue el galan muy tierno á preguntar la causa; y sabida, aunque con dolor de su bolsa, la ofrece otra, y ella le paga con melindres dan á montones. Y deste modo van ablandando y rindiendo aquellas inexpugnables bolsas de hierro, sin hacer reparo el paciente gastador en que traen el cebo á la vista, y tapado el anzuelo, hasta que á los mas duros los dejan tan blandos que aun brio no tienen para tenerse.

DISCURSO XII.

La buena fama, adquirida con buena fe, es hermana de los bienes espirituales y dueña perpetua de la alabanza, es maestra de la virtud, honor y dignidad, y su nombre vuela por diversas y remotas partes del mundo, pues su pregon va dando noticias de la bondad, y así mas vale buena fama que los bienes de la fortuna, que la mas horrible llaga sana, y la mala fama mata, y la buena ha de ser ejecutando obras de caridad, no como el hipócrita, que solo adorna la portada de su vida, labrada á la malicia. Esto he dicho, amigo Onofre, prosiguió Juanillo, por los señores que tienen cuidado con los hospitales de Madrid, pues su celo lleno de caridad y su atencion colmada de piedades, es bastante á que no falte lo necesario en la comodidad y el regalo destas casas, habiendo en ellas tantos necesitados enfermos. Y pues hemos llegado á la casa de los pobres huérfanos desamparados, entra, y verás lo que sustenta la piedad de esta puerta adentro.

Entraron dentro, y así que pasaron sus umbrales, de una puerta que entreabierta estaba, oyeron una voz tan delgada y agradable que se conocia ser de alguno de los muchachos que allí habitan, que divertido en el afan en que estaba, cantaba, sin reparar que le escuchaban, estas dé-

cimas ajustadas á los quiebros de su voz, sin mas instrumento que lo que con sus manos ejercitaban.

Atended, pasos, que fuistes
Sin sentido hácia la muerte,
Y en el tránsito mas fuerte,
Como á ciego me pusistes:
Si por lo frágil me asistes,
Pasos, dados vanamente,
Como de ignorante gente,
Que me dejeis solo os pido,
Que no esta á todo perdido
Quien llorando se arrepiente.
Cuanto en la vida he pensado,
Cuanto ciego he pretendido,
Humo y sombra todo ha sido,
Como mísero engañado:
Ya de todo lo pasado,
El tiempo perdido siento;
Si conmigo en cuentas entro;
Solo pido al corazon,
Tenga de sí compasion,
Con ternezas allá dentro.
¿Quién me enseñó tantos daños,
Con tan ciegos desvaríos,
Que no trate como mios,
Años tan llenos de engaños?
Pero ya los desengaños
En la frágil edad mia,
Con horrorosa porfía,
Dicen qne hay pena y tormento,
Y que todo este ardimiento
Puede cesar en nn dia.
No aguardes, cnerpo indiscreto,
Al tiempo, que los sentidos
Turbados no hallen oidos
En lo frágil del sugeto:
No qnieras verte en aprieto,
Que aunque es el juez piadoso,
Es justo y es poderoso;
Y si has sido descuidado,
Puedes ser predestinado
Al infierno riguroso.
Temiendo la muerte fiera,
¿Porqué ya, corazon mio,
Pues que lágrimas te envio;
No ablandas tu dura esfera?
Mira el lance que te espera,
Que á todos convierte en hielo;
Pide con humil de celo
(Apartado del pecado)
A Dios, pnes le has enojado,

Que no te niegue su cielo.
¿Quién me librará de mí,
Antes que de mí me ausente,
Si un instante es lo presente,
Y lo que se espera así?
Sugeto á penas me vi,
Por haberos ofendido,
Y así triste y abatido,
Gran Dios, os pido postrado,
Que no sea desechado,
Por haber sido perdido.
Nunca léjos de temeros
Me vi en mi vida, Señor,
Que como á Dios y hacedor,
Temblaba para ofenderos:
Siempre impulsos de quereros
Tuve en mi edad peregrina,
Mirando esa cruz divina,
Norte de luz celestial,
Que el haber sido yo (tal
Cual soy) ya me desatina.
Deten, vida (la carrera
Desbocada) que te pierdes,
Que ya pasaron las verdes
Flores de tu primavera:
En la jornada postrera,
Contempla tu lozanía;
Pues ya se oscurece el dia
Mas hermoso de tu edad,
Mira que no hay mas verdad,
Que el ser de ceniza fria.
Cuando contemplo mi estado,
Cual cristiano discursivo,
Solo me espanta que vivo,
Habiendo tanto pecado:
Y pues á tiempo he llegado,
Pretendo de hoy mas estar
Tan otro que pueda dar
Avisos do arrepentido,
Quien tan sin rienda ha vivido;
Pudiéndose condenar.

Atajó la voz al muchacho un hombre, que llamándole mandó que acudiese al otro ejercicio, quedando Onofre y Juanillo tristes con su ausencia, por haberle escuchado con gusto, y habiendo hecho reparo el hombre en la suspension de los dos amigos, volviendo á ellos, los dijo creyesen que cuanto cantaba componia, siendo parte su entendimiento, para que con mucho cuidado se le diese estudio. Fuése con esto, y Onofre absorto no cesaba de dar gracias á Dios, contemplando en tan verde edad avisos tan maduros. A quien Juanillo dijo así: En esta casa se recogen los mu-

chachos huérfanos, y se enseñan, dando á cada uno el oficio á que se inclina, habiendo dentro de casa algunos maestros de diferentes artes, y maestro para leer y escribir; y algunos á quien Dios da buena voz, como á este, los acomodan donde la ejerzan, y otros en otras partes, de donde vienen á valer, que aunque la fortuna los arrojó pobres, la caridad los recoge y cria. Aquí veras venir muchas mujeres pobres preñadas, que no tienen en que recoger lo que esperan parir, y la caridad las tiene en esta casa cama y regalo, hasta que convalezcan del parto y se llevan lo que paren; y si la tal parida es tan pobre que no tiene quien apadrine lo que nació de sus entrañas, para lavarle la culpa original, aquí tienen cuidado de hacerlo; y si acaso (por ser engendrados entre las sombras del letargo mortal) los dejan, cuidando en esta casa de remitirlos á la de San José, donde se crian un sinnúmero de criaturas, así las que de aquí van como las que echan en la misma casa, donde verás un aposento lleno de zapatos y medias, piezas de lienzo, cordellates y frisas, todo para el vestuario de los niños, teniendo dentro amas, para que vayan criando, en el ínter que los remiten fuera dando un tanto cada mes, y la ropa que han menester hasta que tienen edad para remitirlos á otras casas como esta, donde asiste la misericordia. Demas desto, se recogen pobres á dormir cuidando de su abrigo, con que grangea el nombre de amparo de huérfanos. Y pues has oido lo mas notable, vamos al hospital general, pues ya la tarde va negando las luces al dia. A su lonja llegaron á tiempo que de la iglesia vieron salir un entierro que se enderezaba á su campo santo, á quien acompañaron, notando otra caridad harto grande, grangeada del cuidado que tiene mucha gente de este lugar en enterrar (con la decencia posible) á los pobres que mueren en este hospital, y decirles misas, todo adquirido de limosnas que su santo celo recoge. Absorto estaba Onofre habiendo entrado dentro, y viendo tantas salas, todas llenas de enfermos, y deteniéndose á la puerta de una, que su rótulo decia ser de incurables, oyó una lastimosa voz que se quejaba de su afan, con estas razones:

¡Ay miserable de mí, pecador! qué triste fué la hora en que nací, pues jamas he visto la cara al contento, ni he salido en toda mi vida de pesares, nacidos de llagas y dolores! ¿Cuando, ¡ó gran Dios! me sacarás de tantas aflicciones y desasosiegos, pues para mí no hay descanso viviendo, que solo la muerte me alienta en nombrarla, y el ver que tarda basta para renovar mis dolores? ¿para qué es vida tan larga, llena de trabajos.

Con cuidado miró Onofre al que se lamentaba con tanta ansia, y vió era un hombre mozo que en una cama incorporado yacia; y atendiendo á lo continuo de sus quejas, oyó que prosiguia así: Vida con tantos trabajos no es vida, pena es, y su fin el espirar; mis pecados son causa de mis dolores, y mis dolores causa de mi llanto, y el llanto se alienta de no poderme menear de un lado. ¡O lo que pesa el pecado, pues da con el miserable cuerpo en el bajío del mundo! como en pecado fuí concebido, nunca supe salir de pecado, ¡ay pecador de mí! Acabó sus quejas con sobrada copia de lágrimas á tiempo que Onofre, como elevado, decia entre sí: ¡O miserable vida humana! la mas descansada y regalada, que no

eres mas de una flor producida de la tierra, que apenas abre su boton, cuando se sugeta á ser ultrajada, abatida y pisada, y los propios pañales estan formando la mortaja. Aquí llegaba contemplaudo la miseria de el humano poder, cuando acompañada de dos anciauos varones y dos pages, entró una mujer cuyo trage era de viuda, aunque pocos años, á visitar los enfermos de esta sala, despues de haber hecho lo mismo en las otras, y dispuesta á besar el suelo, arrodillada, se llegó á la primer cama, consolando al enfermo, y dejándole un papel de bizcochos y otro de pasas, igualó deste modo á todos los enfermos de la sala, animándolos con piadoso agrado.

Preguntó Onofre á su amigo quién era aquella señora, á quien Juanillo respondió: Un ángel, que gasta su hacienda en estas obras, y no es sola esta, que cada semana verás que viene un criado suyo con uu azafate de hilas y paños, para que curen las llagas á los pobres; y esto hace en los mas hospitales de Madrid. Bien has hecho, dijo Onofre, en dar nombre de ángel á quien gasta el rato ocioso en hacer hilas para curar las llagas de los pobres, pues haciéndolo es fuerza acordarse de la miseria humana, y reparar á lo que nace sujeto el cuerpo mortal. Pues cree, prosiguió Juanillo, que hay de estas señoras muchas en este lugar, y en particular la mejor de todas, aquella que pone el hombro para ayudar á llevar el gran peso de la corona al mayor monarca del mundo que tambien emplea muchos ratos en este ejercicio, acompañada de las hermosas estrellas que la asisten, á quien da ejemplo. Rompió el hilo á su conversacion un hombre, que tocando con un palo en un cascabel, que atado traia en una montera hecha de frisa de dos colores, y aporreándole á compas de su voz, cantaba y se paseaba, todo á un tiempo, sin reparar en nadie, así:

Quien para penaa nace,
Solo á morir despierta,
Que no es vida segura
La que descansa muerta.
Nace el hombre en el suelo,
Sugeto á las miserias,
Y aun contra él la noche
Suele armarse de estrellas.
Sale con el pecado,
De qne fué causa Eva
(No es nuevo en las mujeres
El prevenir tragedias).
Yo triste, qne entre todos
Quiero cantar mis penas,
Pues sus males espanta
Quien canta en las tormentas,
Pobre nací en un dia
Falto de luces bellas;
Y al verle triste, dije:
Mi noche será cierta.
Sentí desde aquel punto
Trabajos que me aprietan,
Que anticipado aliento
A ello dió licencia.
El campo trocó á lutos
Su mas hermosa yerba,
Que á quien verdores sigue,
El mundo le desprecia.
Los arroyos y fuentes
De verme se receian,
Y por mirarse ausentes
Huyendo se despeñan.
Viví con inquietudes,
Que una hermosura honesta
Fué causa de mis males,
Pues por ella me cercan.
Era nu ángel humano:
Harto he dicho, si es cierta
La humanidad estar
A la muerte sugeta.
Pagóme mil desvelos,
Pero con tal prudencia,
Que solo fuera tuya,
Me dijo, si pudiera.

Mi corazon se angustia,
Porque ya la sospecha,
Por abrasarme en zelos,
Se apoderó en mas fuerzas.
Mirábame gustosa,
Pero no es cosa nueva
Que la hermosura mire
Con ojos de belleza.
Atrevime á sus padres,
¡O nunca yo lo hiciera!
Pues solo un imposible
Oi, que heló mis venas.
Voto de religiosa
Desde la edad muy tierna
Me dicen tiene hecho,
Y que cumplirle espera.
A Dios, gustos de el mundo,
Dije, oyendo estas nuevas,
Que mas quiero la muerte,
Que no vivir sin verla.
Al campo salí huyendo,
De donde casi á fuerza
Los mios me trajeron
Atado como á fiera.
Diciendo que estoy loco,
Que locura tan cuerda,
Es estarlo un amante,
Que ha perdido tal prenda.

Lo agradable de la voz, mas que lo humilde del verso, tenia suspensos á los dos amigos, cuando vieron que un mozo platicante del hospital venia en busca del que habia cantado, que amenazándole con un látigo que en la mano traia, le hizo obedecer, llevándole consigo. ¿Qué es esto, amigo Juan, dijo Onofre, que no acabo de admirarme de tantas novedades como á la vista se ofrecen; ¿qué hombre es este que se queja cantando, y por eso le amenazan con el castigo? Sígueme, respondió Juanillo, y verás los locos desta casa, que este que ha cantado es uno, y aquel que le gobierna es el que tiene cuidado con ellos, y á quien tienen miedo. Fueron juntos, y á breve espacio dieron en un patio, donde algunos estaban entretenidos en un juego de argolla; y reparando Juanillo en uno que se andaba paseando, los ojos bajos y las manos cruzadas, mirando donde estampaba la huella á cada movimiento que hacia, conoció ser el que habia cantado, y llamando á Onofre, le dijo reparase en él: no fué el sosiego que en llamarle tuvo tanto que el loco no lo oyese, y acercándose á Onofre, con mucha atencion le empezó á mirar de arriba abajo, y luego le preguntó: ¿Eres cautivo? A quien Onofre respondió: No, pero ¿porqué lo preguntas? ¿Porqué si no lo eres, para qué lo pareces? y si ya estás redimido, y en tierra de cristianos, deja ese alquicel y dámele á mí, pues yo sí que estoy cautivo, y mas sugeto que tu habrás estado, pues con obedecer á tu amo cumplirias, y yo he menester seguir el gusto de cuantos platicantes hay en esta casa sin ser mi amo ninguno. Diciendo esto volvió á pasearse, cantando á compas de sus pasos así:

Aquel pajarillo,
Que está en la prision,
Todas sus endechas
Nacieron de amor.
Que triste se peina
Al rayo del sol,
Llorando su estrella,
Tan hecha al rigor.
A ratos se alegra,
Propio del dolor
Dilatar la pena,
Por darla mayor.
Y si la memoria
Le acuerda un favor,
Al punto le olvida
Su mucho temor.
Sosegado está
Con la suspension,
Que es de la memoria
El mayor blason.

Pero el mal pasado,
Memorias dejó,
En pluma ultrajada,
Y en triste color.
De la libertad
Se olvidaba, y vió
La muerte en los zelos
Que ausencia labró.
Triste se lamenta
De el que le prendió;
Pues le quitó el gusto
Mas casto y mejor.
Pero ya alentando,
Su pena olvidó;
Pues alegre entona
Su agradable voz.
Sacudió las alas,
Y el pico aguzó,
Que aun no se ha olvidado
De lo que es valor:

Y con su armonía
Aquesto cantó,
Por dar gusto á quien
Sus quejas oyó.
Libertad preciosa,
Cuando en ti se vió
El que te ha perdido,
Poco te estimó.
Con ansia te busca
El que te perdió;
Pues si ausente vives,
Verte deseó.
Así lamentaba,
Y abierta notó
La puerta en la jaula,
De donde escapó.
¡Mas ay de mí triste,
Que angelo estoy!
Y la angustia y pena
Mis brios cortó.

Apenas hubo acabado, cuando con un palo que en la mano tenia, jugándole consigo á compas de esgrimidor, empezó á decir: Plaza á la vianda lícita, turbados sentidos, y sacando un pedazo de pan, mas negro que blando, prosiguió diciendo: Retiraos, ojos licenciosos, dejad de mirar ahora, pues por haber mirado estais tan otros de lo que un tiempo fuísteis. Engañados oidos, cerraos á mis mesmas quejas, pues las doy sin tiempo. Ea, olfato, que el demasiado vicio que ya pasó os ha castigado. Huye, gusto, que cosa que siempre fué mala, ¿para qué la quiero? Tacto, si te parece duro el pan, pierde tu ser, y él sera blando y bueno, que hay necesidad, y donde habita todo sabe bien. Potentados del alma, plaza digo: memoria, no me acuerdes de cosas pasadas; y aunque sea tu lugar el primero, véncete á la voluntad de un loco, que aunque para sí no tenga juicio, nunca le falta para dar consejo. Con mucho cuidado atendieron á sus razones Onofre y Juanillo á tiempo que con el mismo deseo escuchaban otras personas, que la ocasion que á ellos les habia llevado, entre los cuales uno de contramangas almidonadas y grandes vueltas de puntas, á quien se acercó el loco, despues de haber dado fin al mendrugo, y tentándole los brazos, le dijo: ¡Jesus, qué blancas contramangas que traes! yo apostaré que cuidas mas de ellas que de la camisa, porque la camisa no se ve tanto: muchas vueltas tienes, malo eres para amigo. ¿Porqué? le preguntó el tal hombre. Y el loco respondió: Porque andas al uso, y quien al uso anda, anda torcido: quítate á un lado, que harto loco me soy yo. ¿Pues qué has visto en mí, replicó el compuesto, que así me tratas? Mucho, dijo el loco, pues he reparado que no es tuyo el cabello que te adorna, pero si lo traes por acordarte que has de morir, bien haces, pues te acompañan cabellos de un difunto, ó fueron de quien la enfermedad se los quitó, por quitarle el engaño que con ellos traia: pero si por el parecer no mas te los pones, mas loco eres que yo, pues es muy

cierto que hombre de buen juicio no ha menester mas adorno que su claro sentido. Apártate, vuelvo á decir, que á quien tanto cuida de la hermosura cerca está el demonio de vencerle, como á la primera mujer, pues la venció ofreciéndola las cosas mas estimadas en el mundo, como son hermosura y sabiduría, y que nunca llegaria á vieja; tampoco tú llegarás á tener canas que se vean, pues las tapas con agenos adornos. Mal consentido es que quieras ir contra la voluntad de Dios, y que procures enmendar la mejor obra de sus santísimas manos. Con mas deseos de oirle atendian todos á sus razones, cuando vieron que con un carbon estaba escribiendo en la pared, y que habiendo acabado, notaron que lo que habia escrito decia así:

No quieras enmendar la tabla al cielo,
Que al fin serás cadáver, todo hielo.

Colores hizo salir en el rostro de el de la cabellera, y Onofre, siguiendo su humor, le preguntó que porque el demonio, siendo tan astuto y sabio, se atrevió á ir á engañar á la primera mujer en forma de culebra, y no se valió de otra mas conveniente. A que el loco respondió: Harto lo sintió el primer volatin; pero como el Todopoderoso era entónces, ahora, y siempre, el que gobierna y manda, no se lo consintió, y porque tú que preguntas das muestras de no saber, escucha.

No hay cosa que mas sientan las mujeres que es el que las digan que son feas, ó que tienen muchos años: y así el demonio (especulando desvelado) la ofreció para vencerla: Yo te daré hermosura, con que atraerás á tí los albedríos como iman. Miraránte todos, y de todos serás querida; tendrás sabiduría en las palabras, con que adquirirás; no llegarás á la senectud. Grande ofrecer fué á una mujer, que lo que mas siente es imagenar: Si llego á vieja, seré desechada de todos, y seré excluida de los adornos que da la naturaleza. Mucho le costó al demonio el ensayarse en estos ofrecimientos, para hacer entrar el pecado por los puertos de el mundo; y tan establecido quedó el tomar las mujeres de mano del demonio cuanto las ofrece dar, que hoy está mas en su punto que ha estado jamas; pero nunca pudo salir de culebra, que él harto trabajó para tomar forma de hombre; pero como esta forma era tan agradable á Dios, y tenia deseos de tomarla, para habitar entre nosotros, no quiso que la estrenase nadie ántes de él, como sumo bien, pues habiendo Dios formado al hombre á su imágen y semejanza, ¿cómo habia de consentir que el demonio tomase la forma del hombre? Solo se lo condeció á Gabriel, cuando le hizo embajador de la santísima Trinidad, á la mas hermosa santa y pura criatura: entónces le dió la forma mejor que pudo dar Dios, pues dió la suya misma; y pues en Dios estan todas las gracias, todo el poder, y todo el querer, siendo sumo bien, sin fin ni principio, y que todo lo que en su divino ser se halla, no puede ser mejor de lo que es, vuelvo á repetir que le dió á Gabriel la mejor forma que pudo dar, pues dió la suya mesma; pero claro está que á la mejor criatura habia de venir el mejor paraninfo del cielo en la forma mejor; pues Gabriel, mirado á

buena luz, quiere decir hombre y Dios; y así, como tan parecido, le fió Dios su mismo retrato, para que le llevase á su esposa, y en premio esperase un *fiat.* Y se puede creer que el engañador, cuando fué en busca de Eva, iba medroso y temblando, mirándose en tal forma, y decia entre sí: A una mujer que huye de un varon, y alborota todo un barrio espantada, ¿qué alborotará y espantarán una sierpe? pero aquí de mi saber, yo la daré con la golosina á la primer vista, y asegundaré con la promesa, con que el interés me hará hermoso; y aunque me vea demonio endemoniado, que es peor que malo, no se ha de espantar de mí, ofreciéndola alhajas tan certísimas de su gusto. ¡Ha ceguedad de todos los nacidos! pues agenos de la verdad no reparamos en que los bienes deste mundo es humo entre dos vientos: la vida es viento que le entretiene, y en llegando el viento de la muerte le desaparece. Acabó el loco con un: ¡Ay de mí, que no sé! A quien Onofre preguntó que porque acababa todas sus razones con una mesma, diciendo: ¡Ay de mí, que no sé! y que por su vida le sacase de la duda. ¿Duda tienes? dijo el loco; no es nuevo en el hombre, pues la tiene de que puede quedarse muerto desprevenidamente en su mas lozana salud, sin reparar que el primer lugar que le dan cuando nace es una cuna, que á media vuelta que la den queda en forma de tumba; licion que dice: Desde hoy empiezas á morir, y así atiende á esta redondilla. Y tomando otro carbon, sentó en la pared, así admirándose todos de que el juicio ya vivia entre los locos, pues ellos le tenian:

En tu sana juventud,
Si haces pruebas, sea una
Dar media vuelta á la cuna,
Y la verás ataud.

Volvió á Onofre, diciéndole: A tu duda respondo. Quitóme Dios el juicio, hállome sin fuerzas para volver en mí; no sé el estado en que me cogió; y cuando he de morir no sé. Aquí llegaba, cuando un mozo tambien orate se llegó á él diciendo: Famoso ha sido el sermon, señor canónigo. No ha sido malo, señor platicante de doctor, respondió el loco, pero conmigo ya sabe que no se ha de burlar, porque es dos veces loco hombre que no respeta á los mayores, y á los que le han hecho bien, como ayer se vió, perdiendo el respeto á quien le habia criado; y quien tiene acciones tan feas no se cuente por hombre; y para que escarmiente (pues el loco por la pena es cuerdo) tome esos catorze palos que le doy, y tocando en el cascabel cantó así:

El que de pobres padres fué nacido,
Y en estado humilde fué criado,
No se olvide jamas de su dechado,
Aunque en fortuna esté favorecido.
Tenga siempre en memoria lo que ha sido,
No despreciando aquel que el ser le ha dado,
Que obedecerle y darle el mejor lado,
Es conocer el bien que ha recibido.

Que extraño á la razon está el que, siendo
Humilde, no conoce que es pequeño,
Pues ama la mentira y el engaño.
Desde el punto que nace va muriendo,
Sin pagarle la vida á Dios, que es dueño,
Y le libró de todo mal y daño.

Así que acabó de cantar, empezó á pasearse muy apriesa, diciendo: Que cosa tan cierta es el pensar aquel que anda entre desdichas, ó nació con ellas, el ser comun hacienda de todos: y que fuera de la razon imagina, pues juzga por sí á todos los demas, como si yo dijera: Loco soy, todo serán. ¡Ha del mundo! decia con grandes voces. A quien imitando otro con muchas mas, respondió: ¿Quién llama? Acercándose al conclave de la gente, y reparando en él el del cascabel, le dijo: ¿Como respondes tú por el mundo? Porque si, replicó el loco, acaso se diferencia de mí el mundo presente en algo, aun mas loco es que yo; y así ántes le doy que le quito; solo me aventaja el traer en sus trages muchas agujetas, y yo no tener una para atacarme. Pues ya que has respondido por el mundo, dijo el de el cascabel, atiende á mis razones, y respóndeme á ellas.

¿Porqué se huelga el hombre de abatir á quien no tiene por enemigo? Ordinariamente, respondió el loco, quien tal hace es hombre de muy baja esfera, y porque le tengan en algo procura avasallar á los que trata, con que para sí le parece que hace algo, y para los que le conocen no hace nada. Bien respondes, mundo loco, dijo el de el cascabel, ¿y porqué no tiene el hombre ánimo compasivo de la miseria agena? Eso preguntas, dijo el loco, sabiendo el mundo cual es? Cree que no trata el hombre de ayudar á su prójimo en mas de en viéndole tropezar, ayudarle á caer, y que la voz vuelve, diciendo: Fulano ha caido, ya no se levantará mas. Bien dices, dijo el del cascabel, ¿y porqué engaña el hombre á quien dél se fia? Porque conozca el mundo, respondió el loco, la profunda bajeza de su espíritu. Pues yo me vengaré de todos, dijo el de el cascabel, como señor de la bienaventuranza del siglo, solo con un instrumento. ¿Tú señor de la bienaventuranza, replicó el loco, de qué suerte? En que hablo con salvoconduto, prosiguió el del cascabel, sin piedra ni palo me vengo, aunque escuchen mis razones como de loco, que eso me acredita en las verdades. Habíanse llegado al ruido de los locos dos muchachos, á quien el de el cascabel dijo: Idos de ahí, hijos del vencejo, que á vuestro padre le levantaron del suelo. para que haya volado hasta un coche: miren que brincó desde un prado de malvas, donde apacentaba ganado, como el hijo pródigo; pero no me espanta, que el mundo como vola ruede Apenas dijo esta razon, cuando el loco, que habia hablado por el mundo, empezó á dar muchas vueltas en el suelo, diciendo: Ruede, si es bola, á tiempo que el platicante de el látigo, viendo la demasía, los encerró, con que se acabó la fiesta, y el dia iba haciendo lo mismo, y Juanillo y Onofre, admirados y gustosos, se fueron ausentando del hospital, como los demas.

DISCURSO XIII.

El animal mas contrario al hombre que crió la naturaleza, es el mismo que le dió por compañía, con quien ha de vivir, y con quien ha de tratar, la mujer en fin, pues muchas dan fin con el hombre. ¡Quién supiera pintar todo su ser, pues apenas es cuando deja de ser! Triste de aquel que la que le cupo en la suerte del mundo es de metalino gusto! ¡Qué triste vida tendrá, si ya no es muerte vida tan llena de desdichas! Dichoso el que la topó Porcia honesta y virtuosa; esta es la mayor dicha del siglo, pues no la iguala cuantos bienes tiene, ¡ y cuantos tienen esta dicha propia y segura, y no la conocen ni estiman ¡qué mal hacen! ¡Qué vida como los casados que su voluntad se parece á las ruedas del carro! ¡y qué muerte como la que se parece á las ruedas de la noria! Si la voluntad de unos casados es una, como la de las ruedas del carro, que si la una anda hace la otra lo mesmo, y si para, la otra la obedece, si ceja, tambien la sigue; esta es vida conforme, pues la voluntad del uno es la del otro, de ordinario estan unos con la de Dios; si no hay que comer se consuelan, como es uno el querer de los dos: si rotos, estan alegres, y con pan y cebolla gustosos; y si lo hay sobrado, gustosos, alegres y consolados. ¡Qué muerte como la vida de los casados que se parecen en la condicion á las ruedas de la noria, que si la una anda por un lado, la otra anda por otro; la una sigue un movimiento, la otra el contrario; cuando la una para, la otra aun no ha dejado de andar, y para que la una ande la otra ha de hacer fuerza! Este no es vivir, muerte es, condenada á eternidades. No hay gusto jamas entre tal gente: si el uno dice cestas, el otro responde rábanos: si estrellas, el otro estopas: si paz, el otro guerra; y aunque haya sobrado lo necesario, como no hay paz, gusto ni sosiego, ni luce, ni parece, y siempre reina la ira, la maldicion, el juramento, el rencor, el odio, la venganza, la murmuracion, y la libertad en la conciencia, y el demonio como gobernador: y si en esta casa falta el sustento, como falta la paz y la prudencia, él procura medios viles, y ella viles medios, siempre cada uno para sí. Pues si por suerte no es matrimonio, qué vida tan mala! que no puede ser buena la vida que se alienta de pecados. Cuando la pretende, si tan presto no la alcanza como quiere, se aburre, cansa y envejece, pierde el sosiego, la quietud y la paciencia. Si la alcanza, á pocos dias se halla mas embarazado que el que trae espada y daga, ferreruelo y golilla, sin haberse puesto jamas golilla, ferreruelo, daga ni espada: si la sustenta, gasta su hacienda y la agena, tal vez adquirida con medios infames; si la quiere dejar, le persigue y da zelos por ver si obran en él, zélale los pasos, y suele ponerle en estado que se pierda, que es la última venganza deste enemigo. Si la quiere, ella lo conoce, obrando con rostro desgraciado, siempre melindrosa y siempre pedigueña: todo la enfada, y nada la con-

tenta, hasta que le deja sin cama en el hospital en la sala de incurables. Y así atencion, barbiponientes de ogaño, que si teneis hacienda teneis flaqueza, y se arma contra vosotros un demonio con dos caras; una que pinta por sus manos; y otra que la verás cuando se levanta. Y aunque te parezca que se lleva los ojos que la miran, no se lleva si no es el hacienda de los que la creen, sin perdonar la salud: y por eso uno, que ántes de caer de todo punto apartado destos tropezones vivientes, donde el hombre se quiebra los ojos, pierde la hacienda y pone á riesgo el alma, dijo así:

¡O qué triste juventud
Es la del que sin medida
Pasa la flor de su vida,
Gastando hacienda y salud!
¡Qué llorosa senectud
Tendrá, si á tiempo no advierte
Que hay rigor y hay dura suerte,
Que su vida se deshace,
Y desde el punto que nace,
Está esperando la muerte!

Y aunque te parezca que te deja el corazon lleno de alegres deseos, te engañas, que solo pretende el quitarle; y si atiendes en el artificioso descuido del taparse, no es descuido, sino aviso de que es traidor, y procura tu mal: y así encubre el rostro, lo uno porque no la vea quien ya la conoce y sus infamias, y á los que no la conocen, para que deseen verla. En fin toda la mujer es presagios tristes, anunciadores de desdichas, y para que veas y sepas lo que encierra en sí las cinco letras de su nombre, lee:

Muerte dice la primera
Letra de su infausto nombre,
Y porque mas nos asombre,
Vicio la seguuda encierra:
La tercera dice guerra,
Cuarta y quinta espada y rayo.
¡A quien no causa desmayo,
Si es que lo quiere entender,
Ver que toda la muger
Es de la muerte un ensayo!

A la puerta de una casa nada grande llegaban Juanillo y Onofre, despues de ausentes de el hospital, á tiempo que las voces que una mujer daba, riñendo con un hombre, los hizo detener disimuladamente: la mujer decia habia de ir á cuantas fiestas hubiese en Madrid, y se habia de holgar miéntras viviese, y que no estaba con él para ser su esclava, y creyese no se habia de dejar ultrajar, que tan buena era como él, y pues ya la conocia la condicion y el humor, se le siguiese, si queria paz en su casa. Mal dice esta mujer, dijo Onofre, que primero es el hombre, que

ella su esclava es; pues para señal de que sale sujeta al hombre, así que nace la taladran las orejas, donde la ponen un eslabon de cadena, señal de esclavitud; y caso que niegue esto, no negará lo que dice la Iglesia, que se avenga con su esposo, como ella se aviene con Cristo. Grandes voces daba la mujer, y el hombre con voz baja la procuraba reportar; pero en ella poco herian sus razones, hasta que enfadado la sacudió el polvo por demasiado. Enfurecióse la tigre, con tal corage que fué causa de alborotar la vecindad; llegó alguna gente, y entre ella un alguacil, desenroscando una vara de junco, con el tono de: Ténganse á la justicia, ¿qué voces son estas? La mujer, que vió al alguacil, levantó el grito con palabras injuriosas, diciendo: Ladron, infame, holgazan, mal nacido, que me has muerto: esto merezco yo por haberte quitado muchos piojos que trujiste á mi poder. Y volviéndose al alguacil, le dijo: Vuestra merced le lleve á la cárcel, que es un ladron, y yo se lo probaré, que no es mi marido. El ministro, que tal oyó, asentando con un escribano que llegó, sacando las escribanías de la pretina, embargaron los pocos tratos que habia, dando con hombre y mujer en la cárcel.

Seguirlos quisieron los dos amigos, pero el ruido que una mujer hacia con una criatura los detuvo, diciendo entre lágrimas y gozo: Querido de mis ojos, ¿qué has hecho sin tu madre? Donde has estado, bien mio? ¿qué ausencia ha sido esta de quien te parió y te quiere? ¿qué fiera te ha detenido, que así te ha parado? pero no era fiera, pues te dejó la vida. Con brevedad juntaron sus tiernas ansias mucha gente, y preguntada la causa, respondió que se habia perdido aquel hijo desde por la mañana, y le hallaba desnudo, habiéndole quitado cuanto llevaba puesto, hasta los zapatos. A cada palabra que la mujer decia, el niño lloraba, y ella aumentaba el amor, dándole besos y abrazos, y envuelto en su manto, vertiendo lágrimas de contento, se fué. ¡Cuanto debemos los hijos á los padres! dijo Onofre, pero admirado estoy que haya quien se atreva á una inocente criatura, desnudándola, hasta dejarla como á esta que hemos visto. No te espantes, respondió Juanillo, que en Madrid suceden muy de ordinario estos despojos por manos de algunas aves que anidan en este lugar, que viendo una criatura bien vestida, procuran cogerla sola, y engañándola con cuatro confites, la meten en un portal, dejándola como á esta que viste; y aunque suelen caer en la tentacion de la justicia, y por sus buenas obras las palmotean, no por eso falta quien ejerza sus habilidades. Pero volviendo á las ternezas de la buena mujer, ¡qué contento recibiria cuando halló á su hijo, pues fué causa el gozo de verter lágrimas! pero no me espanta, que el bruto gime si halla menos en la cueva al hijuelo que dejó; y el perro ladra ó llora si le quitan el cachorro, y el pájaro se entristece si pierde la cria, y si perdida la hallan. El bruto se estriega al hijuelo y le lame, y el pájaro tendidas las alas no se harta de dar vueltas de contento. ¿Qué nombre tan tierno, dijo Onofre, inspiró naturaleza en el de madre tanta ternura, con pródiga liberalidad, que en nombrarla solo despierta amor y respeto? ¿Qué bruto indómito de bárbara nacion, el mas habituado á inhumanas costumbres, no confiesa el rendirle parias de afecto á tan amable nombre? ¿Qué fiera hay que con amoroso dictá-

men no descubre el ser parcial de su madre? Solo á la vlbora se le concede esta crueldad, por ser venenoso aborto de la misma fiereza, pues en naciendo acarrean la muerte á las entrañas que la avivaron, extraña sabandija á todo lo criado, pues las piedras anhelan por volver al centro que las produjo, y los arroyos atraviesan montes de dificultades por juntarse con el mar, á quien tienen por madre; y el fuego exhala deseos, por volver á su soberano asiento, aguzando centellas á lo léjos, para enamorar á su amada esfera. Solo el mal hijo imita á la víbora ó al rayo, que para nacer hace reventar á la nube que le congeló, sin corresponder con la mayor obligacion. ¡Qué cosa tan aborrecida es á los ojos de Dios la ingratitud al beneficio maternal! Y así aconsejan los doctos que en la tierna edad, cuando trabaja la enseñanza, se tenga cuidado con habilitar los hijos á tener vergüenza; pues con ella se adquieren las demas virtudes, que la vergüenza es el reprimir el corazon, para que el espíritu huya de todo aquello que es bajeza; y asl es un temor noble, y el que le tiene procura no caer en falta con los superiores á él: y el no hallarse vergüenza en todos, es, que no todos tienen los ojos claros para seguir lo que les está bien, huyendo de lo malo, sin ceguedad ni pasion. Un sabio dijo que la vergüenza era encubridora de muchas faltas, y dijo bien, en fin, como sabio, pues no hay vestido que mas tape la desnudez de nuestros descuidos, y así yo diré á quien carece de este bien: Si no tienes verguenza, haz lo que quisieres, que todo será malo, y el vergonzoso sabe agradecer el bien que ha recibido, respetando á los mayores, siendo humilde á quien le ha criado, estimando á quien debe el ser, y cumpliendo con esta deuda, como discreto; cierto es el estar pronto para agradecer, y estimar la vida á cuya es.

A la oracion tocaban las campanas, á cuyos golpes se detuvieron Juanillo y Onofre, haciendo lo mesmo cuantos la oyeron, cuando reparando Onofre en dos hombres que juntos iban, oyó que el uno dijo al otro: Vamos, no os pareis, que yo apelo á mi parroquia, que este sacristan (segun se adelanta) debe de tener que hacer. Muy contentos se iban, pareciéndoles haber dicho alguna agudeza, sin atender ni reparar que puede ser la última campanada de su vida, y que la lengua de aquella campana nos dice que bendigan las gentes á María santísima, y se acuerden de aquella misteriosa embajada de Gabriel, pues fué el primero que dijo Ave María, y acordándose de tan dulcísimo nombre, pidan á su dueño interceda con su precioso Hijo perdone las almas que yacen en los senos del purgatorio. Y no tan solo esto, que tambien debemos hacer reparo en que aquellas campanas (que de ordinario son las que á tal hora se tocan las que tienen el eco mas triste) nos dicen: Repara, mortal, que ya se acabó hoy, siendo un dia tan hermoso y claro, y cuando nació le celebraron las aves con sonora música, y entónces parecia que no habia de llegar á oscurecer sus luces la fria noche, ni se habia de atrever á tanta hermosura y resplandor; haz tú lo mismo, contemplándote cerca de la noche de tu vida, que no sabes cuando te llenará de lutos ese ser que te alienta, y pide á Dios por aquellos que fueron vivos como tú, y ya lloran en el purgatorio: hazlo, que así no te faltará quien por ti lo haga, cuando te veas en el

lugar que ellos se ven, suplicando á Dios te guie, para que no tuerzas el camino, y contempla en esa humilde glosa la verdad :

Cuando las campanas tristes,
Con sus golpes dan espanto,
Es porque llames el llanto,
Pues para morir naciste.
Señor, desde que nací,
Sin merecer esta vida,
Te ofendo tan sin medida,
Que no sé si estoy en mí :
Tu gracia y fe mereci,
¡ O gran Dios! pues que me hicistes,
Y con tu aliento infundistes
El alma que el ser me da,
Triste lamentando está,
Cuando las campanas tristes.
Que duerma el hombre en pecado,
Sin mirar que puede ser
No llegar á amanecer,
Si está de Dios decretado :
¡ O qué tiempo mal gastado
Es el que pasa sin llanto !
Mire de la muerte el tanto,
Y le dirá en conclusion,
Que la pala y azadon
Con sus golpes dan espanto.
Mira que aquel que murió
Te dejó escrito un papel,
Para que te acuerdes dél,
Pues ya su vida acabó :
Y solamente dejó
Horror, tristeza y espanto,
Y debajo de su manto,
La viuda dando gemidos,
Y aquellos tristes suspiros,
Es porque llames el llanto.
Apenas nace en el suelo
El hombre, cuando el rigor
Le acomete y el dolor,
Ansias, sustos y desvelo :
Mira que la muerte el velo
Corre ; como te opusistes,
Y disparates hicistes,
Llora, por no haber llorado,
En tiempo tan mal gastado,
Pues para morir nacistes.

Y si esta glosa no te agrada por lo humilde, pues ya tiene estragado al poderoso gusto, contempla en esa segunda, que podrá ser hagan dos avisos lo que uno no pudo, y aunque la copla es antigua, no lo es la glosa :

Cuando tocan la campana
A muerto, no es por el muerto,
Sino porque estés despierto,
Que será por tí mañana.
Deten el curso veloz,
Caminante de esta vida,
Si por suerte está dormida
Tu alma en pecado atroz.
Haga en tu oido mi voz
Que mires la flor temprana ;
Que corta mano tirana,
Y su caida te advierte
Que es reseña de la muerte ;
Cuando tocan la campana.
¡ O tú, aquel que enamorado,
Fué un mayo tu lozanía,
Y cuando nacia el dia,
Dabas tributo al cuidado!
Mira el tiempo mal gastado
Con el discurso despierto,
Y el odio siempre alerto,
Que si oyes alaridos,
Formados de mil suspiros,
A muerto, no es por el muerto.
Pension forzosa al nacer
Es el morir, ¡ ó caso fuerte!
Y como es la vida, advierte
Que suele la muerte ser :
Mira que el amanecer,
En tu vida no es muy cierto ;
Y que puede ser incierto,
El gozar del Criador :
No hablo por darte horror,
Sino porque estés despierto.
La vida es humo que al viento
De la muerte se deshace,
Y apenas el hombre nace
Cuando huye de escarmiento
En lugar de estar atento,
Enseña el alma á inhumana,

Pasando vida profana,
Sin mirar que el que murió
Solamente te avisó
Que será por ti mañana.

La señal de la cruz, que en los rostros se hacia la gente, dándose las buenas noches, daba muestras de acabada la oracion; y despidiéndose los fieles, se dicen : A ensayarnos vamos á morir en el breve sueño que nos ha de servir de descanso; cuando deteniendo Juanillo á Onofre, le dijo atendiese á dos bubos, cubiertos ó envueltos en dos mantillas blancas con su guarnicion negra, y muy angostas de faldas, por ir en faldas menores; llevaban guardapieses, con algo de aquello que relumbra, que como es de noche cuando salen estos morciégalos, han menester mantillas blancas, que aunque estén raidas como su cara, y gastadas como su castidad, es color que resalc, y los relumbrones, aunque sean falsos como ellas, todo brilla de noche, y sirve de señuelo en la paranza de su malicia, con que van diciendo con el pregon de sus meneos : Venid, pajarillos nuevos, que ya estan las varetas llenas de engaño; no queremos á los astutos, que ya nos conocen, y tiran coces sin dar blanca. ¡O hubos, que de ordinario aborreceis el dia, porque la noche encubre las faltas, que son mas que las de un juego de pelota! El buho todos sus antojos son procurar matar á los padres de quien nació y fué criado, y estas todo su anhelar es por quitar la hacienda y la vida á los mismos que las alientan.

Iban estas dos aves nocturnas con mucha color en el rostro, con que encubren ó disfrazan la funda gálica : muchos dicen que la vergüenza arroja colores al rostro, y segun esto ninguna de estas tiene vergüenza, pues jamas se les ve color propio, que el que manifiestan despues de compuestas es artificial.

Iban diciendo la una á la otra : Amiga mia, perdido está el mundo, en todo ayer ni hoy no ha llegado á mí quien diga : Demonio ó mujer, ¿quieres algo? y si no fuera por la vecina de adentro, no me hubiera desayunado hoy. ¿Porqué no ibas á mi casa, dijo la compañera, que fulano llevó ayer dos pollas famosas, y hoy ha llevado medio cabrito y un lomo de carnero, y cierto que lo hace el mozo muy bien conmigo : yo apostaré que está como un ángel aguardándome para cenar, pero segun nos fuere, será á la vuelta. ¿Casóse ya? preguntó la otra. A quien respondió : Sí, y muy bien, que le dieron famoso dote, y una muchacha como una perla. ¿Y á tí te dió vistas? volvió á preguntar. A quien respondió : Amiga, sí, que el vestido de raso de flores y el guardapies de ormesí que tengo, del dote salió; pues era yo boba que á dote nuevo me habia de descuidar : ayer me pagó medio año de casa, y me dió cien reales para dos camisas : el mozo está perdido por mí, y si yo quisiera, las mas de las noches se quedara en mi casa. Yo, amiga, dice la otra, no tengo tanta suerte, que aquel hombre que tuve no llegó á darme unos zapatos; porque se habia encaprichado en decir que ninguna de nosotras cocemos la olla con un carbon solo. Aquí llegaban, cuando las detuvieron dos babones modernos, y despues de breve conversacion ellos guiaron, y ellas los siguieron.

Onofre, que atento habia estado, se hacia cruces, y Juanillo dijo: ¿Ya te espantas? pues aun no has empezado á ver lo que de noche pasa en este lugar; pero dime, ¿qué te parece de aquellas dos trojes de pecados? ¿atendiste á la que dijo que el mundo estaba perdido, porque no habia topado quien la dijese: Demonio ó mujer, ¿quieres algo? Bien dijo en nombrarse demonio, pues estas mas son que mujeres; pero volviendo á la otra, ¿qué vida pasará la recien casada, por causa de la picarona, pues es cierto que aunque mas disimule él dará hartos indicios de su entretenimiento y gastos de hacienda? y mira la lealtad que le guarda su dama; y lo que mas me admira es el que hay muchos hombres que se dejan creer que sus damas son leales, y lo son como Judas, pues estan comiendo y bebiendo con el de el gasto cotidiano, y el sentido en otras partes de gusto ó ganancia, y en apartándose el pobre pagote, ellas se arriman á cualquiera, y con cuatro melindres de los que usan emboban al pobre inocente: y en su casa del tal, todo le enfada, hasta su mujer, porque no gasta dobleces ni melindres, y solo la quiere á faltas: y de verdad que no es muy simple aquel adagio que dice: La mujer propia y la olla cuando faltan son buenas, pues basta entónces no ha sido conocida su bondad. ¡O qué tonto es el hombre que sustenta al mismo que le mata, por un gusto que apenas es cuando no es! sin reparar que aquestos basiliscos no quieren porque las quieren, si no es porque las dan, y en faltando, en ellas falta el amor, como el humo del lugar donde fué congelado, pues habiéndole criado la leña, la niega, y desampara en viéndola quemada, como á cosa que ya no tiene que dar. Por cierto, Juan, dijo Onofre, que todas tus razones son utiles, y que dan tanto gusto al oirlas que jamas me cansaré de escucharte; y ahora dime por tu vida qué ruido y voces son las que escuchamos, que parece tropelia de algun escuadron. Allí, respondió Juanillo, hay una fuente, de las muchas que tiene este lugar, y la gente que va por agua sobre cogerla dan aquellas voces; y pues hemos tocado en las fuentes publicas; donde los aguadores y las mozas de servicio van por agua, escucha lo que estas fuentes alcahuetean, aunque siempre estan parlando lo que ven, pero nó las entiende nadie.

Procura la picarona fregatriz gastar entre dia el agua, empleándola ya en regar ó en fregar, aunque haya pozo en la casa, para que en llegando la noche, con el tonillo de por agua voy, ensillar el cántaro debajo del caparazon de la mantilla, y con apariencia de muy servicial, salen de casa y caminan á la fuente, donde las estan esperando el lacayo, el cochero, el page, el mozo de sillas, el criado del doctor, y otros semejantes, que las que pican mas alto no salen por agua. Allí se juntan cuatro ó seis dellas, y urden sus telas, y suelen tenderlas: córtase entre ellas largamente de vestir. La una dice que su ama tiene mala condicion, y que por su amo está en la casa. Otra dice: A mí, amiga, no se me da nada que mis amos tengan mala condicion; yo hago mi gusto, y tómenlo como quisiere, que á mí no me ha de faltar donde servir. Otra dice: Yo buena casa tengo, que mi amo harto siente que salga por agua; pero mi ama, por vengarse de algunas pesadumbres que por mi causa tiene con mi

amo, me hace salir por ella. Otra la pregunta la ocasion porque riñen sus amos, y dice : Hermana mia, el demonio del hombre dió en perseguirme y solicitarme, y venció, porque ya veis, mi amo, y dentro de casa, cierto es que habia de alcanzar. Oyes, Juanilla, prosigue, en no estando mi ama en casa, de tú le trato, y me ha dado palabra que si muriera mi ama se habia de casar conmigo; él me da lo que he menester, sin que mi ama lo sepa, aunque ella algo zelosa anda; pero á mí no se me da nada. ¿Qué quieres, amiga? dice otra, eres dichosa: yo ha que hablo á fulanillo dias ha, que pasan de cuatro años, y salido de unas medias que me dió, no le debo otra cosa, y teniendo lo que ha menester : todo quiere suerte en este mundo. Al mio se parece, dice otra : ayer me envió con aquella vecina de en frente, que adereza valonas (que es amiga á quien fio mis secretos), un calzado que vale seis reales de á ocho; allá le tengo, hasta que haya ocasion de ponérmele. Llegan á este tiempo otros galanes nuevos, que tienen, y cada una se apartó á hablar con el suyo, y el cántaro se está como salió de casa. Divídense á rincones oscuros, ó portales cercanos á la fuente, á tiempo que la ronda de media docena de alguaciles, con mucha bulla y aquello de : Ténganse á la justicia, ¿quien dirémos? los espanta. Una suelta el cántaro por huir, y á su galan se le cae el sombrero por escaparse : otra, que está en un portal con su guapo, se suben él y ella una escalera arriba : otra da en manos de un alguacil; afígese á vueltas de buen rostro; repara en ella el ministro (porque le ha concedido el verla la luz, que le ha comunicado un bodegoncillo cercano); parécele bien, y en lugar de hacer su oficio, la requiebra ó manosea : dale palabra de qué el dia siguiente se verá con él en tal parte, y despedida se va á casa sin agua. La que subió la escalera arriba con su cuyo, turbada se le cae el cántaro á la puerta de un cuarto de la casa : salen al ruido dos mozos; y al dicho galan de Mariblanca le dan una sotana de palos (creyendo que atrevido con la regla de el medio partir se habia puesto á multiplicar); á ella la ponen de palabra, mejor que merecia. Salen fuera, y ella se va sin cántaro á casa. Otra, que á lo oscuro de un rincon se habia ido con la turbacion que la justicia la puso, se le cae la mantilla, y sin ella se ausenta : vanse á casa al cabo de dos horas; la una dice que no ha podido llenar, por haber mucha gente; otra, que por llenar la han quebrado el cántaro; otra entra muy espantada, santiguándose, diciendo que de milagro de Dios viene con vida, que no sabe como se ha librado de mas de treinta espadas desnudas, que por bien empleado da el haber perdido la mantilla, y no la vida. Los amos, aunque riñen, al fin lo creen; y no creen los pecados que evitan en evitar que vayan á tal hora por agua, y el ahorro que al cabo del año se hallan, dando limosna á un pobre aguador para que lo traiga, excusando la murmuracion, el excándalo, el tiempo mal gastado, con tantos pecados mortales; y cree, amigo Onofre, prosiguió Juanillo, que se me ofrecia harto que decir, pero no quiero detenerme en las calles de Madrid de noche, que huelen mal las verdades, y temo la ronda del mal gusto no me encuentre y murmure las razones.

DISCURSO XIV.

La noche triste, muerte del mas alegre dia, habia tendido su negro manto, con que avisa á los mortales que todo tiene fin. Y ya aquellos que su vida y costumbres no caben en el mundo de dia, se van disponiendo para salir de noche; y Juanillo dijo á Onofre así: Pues nuestro entretenimiento es oir y ver las cosas mas notables que en aqueste mundo abreviado suceden; y ya que no sean todas, la mayor parte no ha de ser posible, atenderemos á las que pudieren registrar. Cuando á la puerta de una taberna vieron que se habia llegado mucha gente, y acercándose Juanillo, preguntó á un mozo la causa, á quien respondió así: Este ruido es que llevaban á la cárcel á un hombre y una mujer, y se han entrado á socorrer en esta casa, como á sagrado, por ser el dueño lacayo de un vizconde, y que por entónces no estaba en ella, que si lo estuviera no se hubiera atrevido la justicia á entrar dentro, porque era Toribio peor que el diablo, y no sufria burlas. Y reparando atentos los dos amigos, vieron que la justicia queria descubrir la cara á la mujer, y ella lo defendia con grande extremo, pues no era bastante el ofrecer dejarla libre si lo hacia, hasta que la mujer de el señor Toribio, atando la boquilla del pellejo que gobernaba, se levantó del puesto donde media, y á fuerza la hizo descubrir, manifestando un bulto de tiniebla ó mendrugo de azabache, pues era una negra, con mas hocico que el de un puerco, pero ladina portuguesa. El hombre que con ella cogieron se quedó turbado, sin saber qué decir, hasta que el alguacil le dijo: Cierto que iba vuestra merced muy bien empleado con tan buena alhaja; ¿es posible que un hombre blanco haga tal? El hombre, absorto y còmo fuera de sí, no hacia mas de mirar y hacerse cruces mal formadas en el rostro, diciendo con medias razones rempujadas á pausas: Por blanca y muy bizarra la he tenido, porque el lenguaje podia engañar al mas avisado, así en lo pulido de las razones como en lo entendido de ellas; no he tenido ocasion de haberla visto la cara, ni aun una mano, porque el manto y los guantes lo han defendido: hela dicho que se descubriese para verla la cara, á lo que me respondió que amor vendado vencia, y otras razones á este tono, á tiempo que vuestras mercedes llegaron, y ahora los suplico la envien con Dios, y á mí me lleven donde gustaren. Púsose de por medio la señora de casa, con que dejaron ir libres el dia y la noche en aquellos dos amantes. Entre la gente que habia llegado fué uno un sacerdote, que habiendo visto lo que habia pasado, y oyendo á algunos que espantados estaban de el engaño de la negra, los dijo así: Mucho me admira que de un rostro negro hagan tanta novedad los hombres, y no la hagan de una alma en pecado, que estándolo no hay cosa mas fea y abominable! ¿Qué mujer hay, de aquestas de mal vivir, pues solo es engañar, que aunque á la vista sea hermosa y blanca, todo aquello no pasa del rostro, pues solo del rostro

cuidan para contentar, dejando el alma mas podrida y asquerosa que las hediondas bafeas que arroja la sierpe cuando se renueva? ¿Pues qué mujer, volvió á decir, hay destas que no procure dejar á un hombre tan feo y espantoso que por no verle cierran los ángeles los ojos? Adelante deseaba Onofre que pasara, pero dió fin á sus razones por la indecencia del lugar, que el que oye hablar á puerta de taberna no repara en el dueño de las razones; pues de ordinario juzga ser la causa la mercaduría que allí se vende.

Su viage siguieron Onofre y Juanillo, y á breve instancia vieron á la puerta de otra tienda de vino cuatro mozos de buena edad y pocas barbas, que tratando de la valentía dijo el uno que sabiendo las cuatro generales no habia menester mas para salir en un juego público: á lo que otro respondió que, aunque eran las principales heridas, no bastaba el saberlas, sin saber defenderlas del contrario. Otro dijo que no habia mas destreza que buen ánimo, y tirar estocadas. El otro que no habia hablado por tener la boca ocupada algo mascando, dijo: ¿Qué destreza como la deste laud, puesto en el ángulo corvo, y no estarnos mareando con sus ángulos obtusos y agudos? Empinó con esto el jarro, y entrególe á otro para que hiciese la razon, á tiempo que dos Estudiantes salian de la taberna sin pagar despues de haber bebido, á quien la medidora daba voces, diciendo: ¿Quién es el que ha de pagar el vino? y los cuatro amigos, que no habian reparado en los estudiantes, creyendo que con ellos hablaba, la respondieron que otra vez mirase la cara á quien echaba el vino, y no fuese bachillera. La moza respondió que no hablaba con ellos, que lo habia dicho por dos estudiantes que se habian ido sin pagar. Llegó á este tiempo el dueño de la casa, y habiendo oido decir que se iban sin pagar, empezó á grunir entre dientes, hasta que rompió con la voz, y dijo que era mucha desvergüenza la que se hacia en su casa (mirando á los cuatro amigos desde los piés á la cabeza), y el uno, enfadado de que los mirase y hablase de aquel modo, no teniendo ellos la culpa, le dijo que se fuese poco á poco, ó trajese espada para hablar como hombre, y no como dueña. Entró por ella como un viento, y la medidora empezó á dar voces, y como le vió salir con espada desnuda, desamparó el pellejo, sin echarle freno en la boca, y fué á favorecer á su amo. Al salir á la calle los cuatro camaradas echaron á rodar una mesa de castañas asadas, y una olla de mondongo, echando al aire las discípulas de Narvaez, y al salir el tabernero le dieron un trasquilon, obrado de un tajo; con que dijo: ¡Confesion, que me han muerto! Llegó justicia, y los cuatro diestros se fueron al cuarto de la salud. Asieron del herido para meterlo en casa, toda alborotada, llena de gente, y el baño y el suelo lleno de vino; llamaron á un barbero para que le tomase la sangre y curase, y despues de curado le tomaron su declaracion, luego á la medidora, castañera y mondonguera, que todos tenian que llorar, una sus castañas, otra su mondongo, otra su vino, y el tabernero su cabeza rota, y por si acaso habia heridos de la otra parte, le llevaron á la cárcel, embargándole cuanto tenia, depositándolo en un bodegonero compadre suyo. Estaban Juanillo y Onofre mirándolo todo, admirados de los lan-

ces impensados que le vienen á un hombre sin buscarlos. Si este hombre, dijo Onofre, hubiera tenido mas prudencia, sin echarse tan presto con la carga, y mas atento supiera quién eran los culpados, y por cantidad qué serian cuatro cuartos cuando mas, se reportara y juzgara que á lo hecho no habia ya remedio; mas quieto se hallara ahora, y no que por haber hablado arrojadamente, se halla herido, preso, y su vino vertido, y que le costará su dinero. Vamos de aquí, dijo Juanillo, acercándonos á la Plaza mayor, pues la noche convida con su quietud y claridad. Así lo hicieron, y ántes de llegar á la plazuela de Anton Martin, vieron que la ronda de unos ministros de corte habian detenido á un hombre, á quien quitaron un broquel y un estoque; y como le hallaron aquellas armas indecentes, le miraron con mas cuidado, y toparon dos pistolas cargadas; y preguntándole quién era, que se atrevia á traer aquellas armas vedadas, respondió que hermano de un despensero, y que él era botiller de un señor, y si le quitaban algo de lo que llevaba, se enojaria su amo, y les pesaria de haberlo hecho, á lo que un ministro enojado, levantando la mano, le sacudió con unas cuantas puñadas, dejándoselas muy bien asidas, y á empellones le fué guiando á la casa donde un ángel tremola la espada de la justicia, para que allí amansase los tufos, como lo hacen los mas valientes. Si este zafio gallego, dijo Onofre, que en el habla he conocido que lo es, se atreve á esto, ¿qué hará quien con alguna libertad puede? Así está todo perdido, replicó Juanillo, pues apenas entran estos monstruos galicianos en Madrid, cuando para comer asen de una esportilla, ó tomando dos cántaros trasiegan agua, y luego subiendo á mayores se acoman á lacayos de un señor; y apenas lo son cuando se echan vaina abierta, y muy tiesos de cola se la van mirando como á cosa que nuevamente sale de aquel bulto, y luego no falta una Dominga, que hecha ama por la leche le da para coleto, con que á pocos escalones sube al extremo que este que va á la cárcel.

Su camino seguian los dos amigos, cuando á la puerta de una tienda de tabaco vieron dos fantasmas amortajadas en seda, mas melindrosos que títeres de vidrio, de estos que lo mas del año traen los zapatos con los talones acuchillados y cosidos con lazos negros, la espada muy limpia y la camisa no tanto, muy barbichechos de rostro y deshechos de vientre, sombrerito trique y vueltas bailarinas, y lazito de color en la negra toquilla: enfin son los que sirven de carga á un macho ó mula, que parece de tahona, acompañando á una silla, donde va una dueña de la edad, atenidos á tres reales cada dia. Estaba el uno muy vejiga en lo hueco, contando al otro las gracias y partes de su dama; alabábala el pié, y por apocarle decia que era un pigmeo, y que muchas veces le parecia duende. Sin reservar lo mas secreto la fué pintando, y luego pasó á las alhajas del cuarto de casa, contando del estrado y colgaduras de la cama, adorno de pinturas, escritorios y demas trastos, hasta que cansado de mentir dió lugar para que empezara el otro. Los dos amigos estaban atentos, y Juanillo, ya cansado de oir á un tonto, dijo á su amigo: Yo apostaré que la tal dama calza sus ocho largos de zapato, y tendrá los piés con mas juanillos que dedos, y apenas llegará de la

ronda cuando se descalzará, para que salgan los malos humores; y aunque salen algunos, muchos entran. Miren este bobo, que quiere sustentar con veinte y cinco cuartos, que el ochavo que falta á tres reales que le dan es la renta de el mayordomo; y si quiere Dios el estrado será un redor de real y medio; la cama un mal jergon, lleno de la pajaza, donde viene el vidrio; las colgaduras las que teje el araña, que el cuarto de la vivienda será el primero donde con mas libertad anidan ratones, y nacen los gatos á riscos. Los escritorios serán una arquilla de seis reales, comprada en la tornería, donde guarda las drogas que la pintan el rostro, que para los vestidos no ha menester encierro, que solo el que trae es el que tiene. Las pinturas serán cuatro papelones enalmagrados de los que traen los franceses. Y aunque fuera verdad cuanto ha dicho, dijo Onofre, y tuviera una dama como un ángel; para qué la alaba á otro hombre, sabiendo que el deseo es ave que vuela, y que todo cuanto habla es poner alientos de verla en el que escucha? ¡O qué tontedad en muchos que hay como este! que aun de sus propias mujeres manifiestan las gracias en públicas conversaciones, sin reparar que el real sitio del Escorial se desea ver por lo que se oye alabar: el que le ha visto apasionado alaba sus partes, y el que escucha labra deseos de verlas: lo mismo sucede alabando el mentecato cuatro melindres de su dama ó mujer, que el que escucha desea el verlos, y procura que se hagan con él para notarlos mejor; y aunque se quede con deseos no mas, ya basta la intencion de ofendelle, por ser hablador. Alabar las partes de la mujer pruebo que es bueno, siendo las del alma, como decir: Tengo una mujer, que me ha dado el cielo, virtuosa y santa; cada dia confiesa y comulga, no consiente la murmuracion donde ella está, ni que se ofenda al prójimo; es caritativa y piadosa. El que escucha estas partes solo dice: Gracias á Dios; ¡quien la imitara! ¡dichosa ella, y quien con ella habita! pero el que escucha gracias del cuerpo y melindres exteriores calla y desea el verlos: y viéndolos procura gozar de aquel cariño, con que ya te ofende con el pensamiento, y se anima á la palabra, y si le surte, ejecuta la obra, teniendo tú la culpa de todo.

Cansados de haber oido aquellos dos tontos, mudaron de sitio Onofre y Juanillo: y á pocos pasos oyeron que de una casa algo oscura la entrada, salia un ay lastimoso, repetido algunas veces; y con el deseo de saber, pues no los movia otra cosa, se detuvieron, y Onofre, como mas animoso, entró en el zaguan, donde oyó formadas razones, y aunque revueltas entre ansias, conoció eran de mujer, y prestando el oido atento, notó que la que se quejaba decia así: ¿Es posible que no baste el llevarme mi pobre hacienda y la agena, sin tenerme á mí y á esa criatura atadas deste modo? ¿qué defensa ven en una pobre mujer sola, sin mas amparo que el de Dios? No hubo menester Onofre oir mas razones, pues en las que habia escuchado conoció que eran ladrones, y sacando la espada entró mas adentro, hasta que el resplandor que salia por el agujero de una puerta, comunicado de una luz, le informó ser alli donde se formaban aquellas amargas quejas, y sin atender al riesgo que le podia venir, dió tan grande golpe á la puerta, que saltando un pedazo de tabla quedó bas-

tante abertura para que viese eran dos hombres, que estaban liando lo que habia en el aposento, y ya turbados con el golpe de la puerta mostraban cobardía en sus acciones, á tiempo que ejecutando Onofre otro golpe en la puerta, quedó franca la entrada, acometiendo y diciéndoles : ¡ Ha, ladrones infames ! ¿ cómo os atreveis á una pobre mujer? dando al uno tan recia cuchillada que obediente besó la tierra, y el otro temblando no sabia lo que le habia sucedido, á tiempo que dos vecinos de la casa, que vivian en el cuarto alto, bajaban con luz y sus espadas desnudas; pero ya Onofre los habia quitando á los ladrones las espadas, y Juanillo habia desatado á la mujer, pues ya se venia á Onofre, agradeciéndole el piadoso socorro; y como hay ministros sobrados por cualquiera parte, en esta no faltaron, pues media docena llenaron el aposento, empezando á preguntar la causa de aquel alboroto, á quien Onofre dijo que la dueña de casa daria mas razon que nadie, y ella medrosa y llorosa dijo así : Yo soy una pobre mujer, lavandera; viniendo esta noche del rio abrí este aposento, y dejando dentro esta criatura salí á encender una luz, y cuando volví con ella hallé á estos dos hombres dentro, que la primera palabra fué decirme que el callar me daria la vida, y asiéndome las manos me las ataron, haciendo lo mismo á esta criatura, sin tener piedad de sus tiernas lágrimas; ví que iban liando toda la ropa, sin reservar nada, en ocasion que estos dos señores, que ángeles deben de ser, echaron la puerta en el suelo, socorriéndome. Lo demás diré yo, dijo Onofre, pues el haberlo hecho fué que, pasando por la calle, oí las quejas de esta pobre mujer, y habiendo notado en ellas la causa; entré á darla socorro, y creyendo que estos hombres se pusiesen en defensa, los acometí con la espada á la mano. A ese tiempo bajamos nosotros, dijeron los vecinos, por haber oido decir : ¿Cómo os atreveis á una pobre mujer? En fin la justicia, atando un pañuelo al herido, maniatándolos, ordenaron de llevarlos á la cárcel, suplicando á Onofre los acompañase hasta en casa de un juez para que dijese su dicho, á quien Onofre obedeció, quedando el juez, y todos los ministros agradecidos de su bizarría, y despedidos se fueron los dos amigos á proseguir su tarea.

DISCURSO XV.

Avisos daban los relojes á la vida humana de su velocidad y carrera, pues apenas la empieza cuando apenas halla carrera que seguir. Mira que tienes una hora menos de vida, ya te aviso : esto hace el primer reloj que se oye, y los demas avisan lo que ya se sabe. Contando las horas estaban Juanillo y Onofre, á tiempo que un agua va de una fregona, dama del esparto molido, los hizo detener con algun temor, aunque estaban léjos, y mintió, segun se vió, pues arrojó bien poca agua; acertó á caer en las costas todo el principal á dos hombres, que, al oir decir agua va, levanta-

ron la vista para huir del relámpago, y les dió el trueno sin perderse nada, pues ántes de llegar al suelo lo recogieron. El uno (que á lo que se oyó no tenia mucha paciencia) empezó á decir razones notables, sin reservar el Eres una tal tú y tu ama. El otro no hacia mas de sacudirse, cuando la luz del farol de un demandante los acabó de rematar la poca paciencia que los habia quedado, pues vieron lo que rato habia que olian, siendo causa para que, coléricos y determinados, quitándole la luz, subiesen una escalera que les pareció ser camino para su venganza, y llamando á una puerta, de donde les pareció habrian salido aquellos trastos digeridos, aunque lo hicieron con palabras injuriosas, viendo que nadie respondia, se bajaron á tiempo que al salir á la calle los cogió las enjuagaduras, de donde participó el pobre demandante: volvieron las razones en el colérico, y el otro con mucha paciencia dijo se fuesen, pues ya iban enjuagados.

A todo lo que habia sucedido estaban Onofre y Juanillo en un portal de enfrente, y viendo que se habian ido los escabechados, hicieron ellos lo mismo, hallándose á breves pasos en la calle mayor, y de una casa que por el hueco de la cerradura de la puerta manifestaba haber luz dentro, oyeron una voz agradable, á quien suspensos atendieron por gozar lo dulce de su eco, que el dueño por divertirse cantaba así:

Corazon, ¿qué pretendes,
Que te atreves á dar
Suspiros á las rejas
De la mayor beldad?
Deten el paso altivo,
No quieras emplear
Tu amor en imposibles,
Pudiendo quieto andar.
Sosiégate, que avisos
Doy á tu voluntad,
Pues teniéndola libre,
La quieres cautivar.
Desvanecerte miro,
Con gran desigualdad;
Pues humilde pretendes
Hasta el cielo llegar.
Amar una hermosura,
Que no se ha de alcanzar,
Es un querer que pasa
A ser locura ya.
Dirás que no hay mas dicha
Que prisionero estar,
Donde es cierto que un ángel
Dulces prisiones da.
Y que atrevido quieres
En sus altares dar
Todo un libre albedrio
A quien puede mandar.
Que teniendo tal dueño,
Es la cautividad
Alegría, y lo libre
Triste prision será.
Concedo que el amor
En ti puede reinar,
Mas mira que es criatura,
Sujeta por mortal.
Amar al Hacedor
Es el mejor amar;
Pues aquello que hizo
Deshacerlo podrá.
Esto un pastor cantaba,
Cerca donde el cristal
De encogido pasaba
A ser corriente ya.
Y desde sus orillas,
Por crecer su caudal,
Lágrimas le ofrecia,
Que le cuestan llorar.

¿Quién será el dueño de tan agradable voz, dijo Onofre, que suspende con la dulzura de su canto? Aquí, respondió Juanillo, viven unos oficiales, que bordan cuanto hacen por sus manos, y sin duda estarán ve-

lando. Divertidos estaban los dos amigos, cuando llegaron á ellos dos pobres, segun sus razones, pues en ellas declaraban serlo, y con mucha cortesía los pidieron una limosna para la posada, diciendo era grande su necesidad, y de pobres soldados estropeados de balazos. Compadecido Onofre, los dijo se cubriesen, echando mano á la faltriquera, cuando otros dos compañeros de los pobres asieron á Onofre y Juanillo por detrás, sin dejarlos ser dueños de sus acciones, ofreciéndose los que pidieron la limosna á mirarlos las bolsas; pero á esta ocasion de la puerta donde oyeron cantar salian cuatro mozos de buen brio, de los que con facilidad sacan la de Alemania de la angosta prision donde descansa, y como vieron bultos se fueron acercando á ellos, y los ladrones, ó pobres de conciencia, viendo el miedo á los ojos, soltaron la presa, y poniéndose en fuga con la diligencia posible; y así que Onofre se vió suelto, sacó la espada con tono de ¡Ha, ladrones! á cuya voz hicieron lo mismo los cuatro camaradas, ofreciéndose al alcance de ellos, pero fué en vano, porque huian, y no es todo un huir con necesidad ó correr por gusto. Dejáronlos, preguntando la causa á Onofre, y sabida se pelaban por no haberlos pelado, ofreciéndose los mozos de servirlos, ó que mirasen si mandaban alguna cosa, de quien agradecidos Onofre y Juanillo se despidieron, echando una calle abajo, donde oyeron de una cueva (que señales de tener luz la misma luz les daba) que salia una voz á lo francés; haciendo reparo, conocieron que era un figon, donde estaban aderezando aves: y atentos vieron que á unos gallos cortaban las crestas muy á raíz, y luego con el palillo de extender la masa los aporreaban las agudas pechugas, dejando las cuadradas alas que parecian perfiles; y luego los mechaban con tocino, y lardeaban con agua azafranada, dejándolos tan capados que por tales pasaban plaza. ¡Ha, ladrones, engañadores de el mundo! dijo Juanillo, no tan quedo que oido de los gabachos los dieron con la trampa en los piés. Mudaron de sitio los dos amigos, y á poco espacio vieron salir luz de otra cueva, y cuidadosos notaron que en lo mas profundo de ella estaban un hombre y una mujer empleándose en ejercicios piadosos, pues cristianaban al hijo de Valdemoro; ella tenia el pellejo, y él con un jarro iba llenando las faltas. Plegue á Dios, dijo Juanillo, que reventados halleis los pellejos aguados por la mañana, ladrones con ganzuas de agua, que lo que Dios envia puro lo poneis tal que no tiene brio para decir que es vino. ¡Que se consienta esto en el mundo! dijo Onofre. A quien Juanillo respondió: No te espantes, que así ha labrado esta casa en que vive, que algun príncipe no la tiene tan buena, y se pasea en un macho que vale ducientos ducados, y no ha muchos años que era mozo de pellejos en aquella taberna de enfrente, y el otro dia corrió gansos en un caballo enjaezado; ¿pero para qué nos cansamos? que ya se pasó el tiempo del remedio, y vino el de la afliccion; ya se acabó el tiempo cuando se vendia vino, y ya ha muchos dias que las lunas tabernales traen muestras de agua: no gastemos el tiempo tan mal gastado, como en cosas que cada dia van á peor; pero escucha, que, si no me engaña el oido, instrumentos suenan cerca, y puede ser que sea para cantar, pues el ruido que hacen parece que es templarlos. Así fué, que ha-

biendo templado y concordado los instrumentos, cuatro músicos, que, amparados de dos embozados, procurando publicar lo diestro de sus voces, cantaron así :

Si de tu hermosura quieres
Una copia con mil gracias,
Escucha, porque pretendo
El pintarla.
Eres dueña del lugar,
Bandolera de las almas,
Iman de los albedríos,
Linda alhaja.
Es tu talle hermoso y medroso,
Todo en un puño se halla,
Que siendo su dueño un ángel,
Me admirabe.
Un rasgo de tu hermosura,
Quisiera yo al retratarla,
Que es estrella, es cielo, es sol,
No es sino el alba.
El atrevido que al pelo
Te mira por su desgracia,
Hallará en cadenas de oro
Prision larga.
Es tu frente toda nieve,
Y el alabastro batallas
Ofreció al amor, haciendo
En ella valla.

Amor labró de tus cejas
Dos arcos para su aljaba,
Y debajo ha descubierto
Quien le mata.
Es tu nariz nada impropia,
De lo ajustado la mapa,
Y aunque cubre dos claveles,
Poco tapa.
Al resquicio de carmin
El dios vendado, en venganza,
Por guarda le puso perlas
En dos bandas.
En tu barba hay un sepulcro,
Donde se sepultan almas,
Y por matador al rostro
Le remata.
Dos azucenas animas
Pequeñas, pero tan blancas,
Que amor sin vista quedó
De mirarlas.
Remataré con el pié,
Trasto que apenas se halla,
Que tan hermoso edificio
Es poca planta.

Apenas hubieron acabado de cantar, cuando de una casa grande, cuyo zaguan no tenia puerta que le cerrase, vieron salir cuatro hombres, que despidiendo de sí las capas manifestaron las manos ocupadas con sus espadas y broqueles, y sin hablar mas razones de á los atrevidos se castiga así, empezaron á jugar el látigo con alentado brio, sin dar lugar á que los pobres músicos pusiesen en guarda sus instrumentos, pues haciendo escudo dellos fueron los primeros que quebraron (en fin como cosa vana). Salieron á su defensa los dos embozados, pero aunque empezaron con buen aire, lo pasaron mal; pues habiéndole quebrado el broquel al uno, le alcanzó una estocada, dando en el suelo el cuerpo, y el aliento en el último vale de su vida; que á un : ¡Ay de mí! muerto soy! se ausentaron los cuatro, y el compañero hizo lo mismo.

Absorto estaba Onofre de lo que habia pasado, á quien Juanillo dijo : El ausentarnos de aquí ha de ser luego, que si viene la justicia puede ser que paguemos los justos por los pecadores. Hiciéronlo con brevedad, y ya léjos preguntó Onofre á Juanillo la causa de lo que habia pasado, qué seria su principal motivo, pues no habian cantado aquellos hombres cosa que ofendiese á nadie, que alabar las partes de la belleza de una dama, y sin nombrarla, permitido era en todo el mundo; á quien Juanillo respondió así : Esta música sin duda se daba á alguna dama para enamo-

rarla (como si el oido se hubiera de enamorar de el que paga la voz, ó el que la tiene, pues mas razon será enamorarse de el que canta bien que de el tonto que se vale de otro para ser querido), y sin duda pretensores ó dueños de la casa de la dama eran los que defendieron el puesto, que son cosas que suceden, y muchas veces está la dama á la vista, holgándose de que por su ocasion haya cuchilladas y muertes, que con eso creé que tiene partes para ser amada, pues por ella se pierden los hombres; y los tontos no reparan que los tiene poco amor quien gusta de verlos morir. Largo trecho se habian apartado, cuando á lo léjos vieron un bulto todo blanco, con una luz, que á ratos andaba hacia ellos, y á ratos se paraba, y que grande cantidad de perros al rededor le ladraban, con repetidos ahullidos, y Juanillo muy arrimado á Onofre le dijo : ¡ Ola! parece que aquel bulto cuando quiere se alarga y se acorta. Así es verdad, dijo Onofre, pero no temas, que puede ser cosa que despues nos haga convertir el temor en risa. Tambien puede ser, replicó Juanillo, el alma de Garibay, que, segun Quevedo dice, siempre anda cargado de perros, ó puede ser la de la lavandera de Toledo, ó el alma de Pedro Grullo, que como andamos entre verdades manifiestas, nos vendrá á hacer compañía. Todo este discurso habia hecho la medrosa imaginacion de Juanillo, cuando ya mas cerca conocieron que era una mujer de las que llamamos traperas, que andaba mirando las basuras de la calle, toda revuelta en una mantilla blanca, con un esportillo en el brazo, y en la mano un palo con un garabato : y ya cobrado Juanillo del susto que le causó el ver que se alargaba cuando queria, haciéndolo cuando se bajaba á las basuras y volvia á enderezarse. ¡O qué de cosas forma en su idea la imaginacion, y mas de noche! decia entre sí Juanillo, cuando, emparejando con ella, la preguntó Onofre : ¿Qué hora es? A lo que la mujer respondió : Las once, y ya es hora de recogerse, y mas quien no tiene que hacer, pues no se gana nada en andar de noche. Pasaron adelante, y á poca estancia oyeron unos golpes, revueltos entre gemidos, y á ratos unos silbos medrosos, á que Onofre preguntó qué ruido era aquel. Y Juanillo repondió : Allí es un obrador, donde fabrican sombreros, y siempre trabajan con este ruido. ¡O miseria del mundo! dijo Onofre, ¡con qué trabajo ganan la comida algunos, y con cuanto descanso comen otros! A tiempo que llegando á la puerta de la casa, vieron por el hueco de la cerradura unos hombres medio desnudos, entre montes de niebla, amasando lana, á cuyo afan gemian y silbaban. Estos hombres, dijo Onofre, cuando gimen se quejan de su fortuna rigurosa, pues del modo que se ve afanan para conservar la triste vida : y á mi entender cuando silban llaman á la muerte, para que dé fin á tantos pesares. En esta contemplacion estaba Onofre, cuando de una casa grande vieron abrir (de un balcon que hacia espaldas á la casa) una ventana, á cuyo ruido un hombre (que aguardando estaba aquel lance) vieron que se determinaba á subir por una reja baja, que se enlazaba con el balcon, donde abrieron la ventana : y reparando atentos los dos amigos, encubiertos en el hueco de un pórtico, vieron que de la ventana sacó una mujer el brazo, arrojando la punta de un cordel, dejando la otra atada al balcon, con que el que subia

se ayudó para llegar arriba con brevedad, entrando por la ventana, y cerrándola. Grande atrevimiento es este, dijo Onofre, y no ha dado señales en la turbacion de ser la primera vez que ha escalado la casa. ¡O mujer determinada, que á tal hora das entrada á un hombre por una ventana, sin mirar tantos riesgos como pueden venir! Eso, dijo Juanillo, ya lo hacen ellas con seguridad bastante. En esta casa vive un caballero, casado con una señora principal; tienen criadas, y alguna será la dueña del atrevimiento: estarán ya sus amos en la fuerza del primer sueño, y ella vigilante habrá aguardado hora, para que su galan entre, sin reparar el que quiebra el precepto de fiel criada que ultraja el sagrado de la casa, que si se entendiera tal caso el dueño imaginara temerariamente en su inocente esposa, pues al oir decir: ¡Un hombre entra á deshoras en tu casa por un balcon! cuantas imaginaciones habian de batallar con su pensamiento! siendo causa de todo una vil criada: y como deben los que se sirven dellas procurar el exámen riguroso de sus costumbres y mañas; y ya que no pueda ser, sea el que habiten lo mas á trasmano de la casa, sin que puedan ser dueñas de ver la calle de noche, pues con eso se corta el hilo á todas sus infames determinaciones. Aquí llegaba Juanillo, cuando vieron que volvian á abrir la ventana: ya salia el hombre que habia entrado, sacando de camino un envoltorio grande, que despues de haber bajado se le echó atado al cordel la señora, y cargado con él guió mas ligero que un viento, y ella quitando el lazo cerró la ventana.

¿Qué te parece? dijo Juanillo; ¡qué lance para llegar la justicia, y asir deste galan cernicalo! Mira qué ocasion para que se descubriera la fiel criada que tal hace, que despues de violar la casa la roba, y se puede creer (pues no es dificultoso el que sea) que la traerá engañada con que se ha de casar con ella: y deste modo vayan sangrando el hacienda de la casa. Ella pensará que en saliéndose ha de hallar ajuar en casa de su galan, y él se luce echando cada dia su gala al tiempo (como muchos lo hacen) sin tener juros ni rentas. El que lo ve juzga el por donde vendrá encañada tanta gala y tanto peregil, y mira los manantiales de donde producen. ¡Ha, mala mujer! que te engañas en engañar á quien se fia de tí: tu castigo te tengo de decir, pues por las obras presentes presto se copia las venideras. Atiende, te las pintaré, que puede ser que el miedo te traiga á la enmienda, diciéndote en lo que has de parar si corres tan desbocada.

Pareciéndote que ya tienes hacienda adquirida, como sabes, sin reparar que lo que es del diablo él se lo lleva, buscas ocasion de reñir en casa de tus amos, para que te despidan; hácenlo, enfadados de tí y tus razones. Mira si supieran quien eres ¿qué hicieran? Sales contenta en busca de la casa de tu galan, imagínasla poblada y hállasla desierta: creíasla compuesta y alhajada, y hallan tus ojos muy poco que ver, pues contemplan una sala de esgrimidor. Preguntas por las alhajas que has ganado á la uña, y por las que con el dinero que le dabas pensaste que hubiera comprado; respóndete que la tiene en casa de un amigo; créeslo por el presente, porque no sabes quien es tu galan: pasa aquel primero dia, y ya te mira junto á sí, y te contempla maza, que la dama en cuánto nueva es buena, pues solo el matrimonio de Dios honesto y virtuoso goza la dicha

de no enfadar. Ya falta de tu lado el dia entero y la entera noche: dícesle que cuando os habeis de casar, y entretiénete con palabras: va rompiéndose el zapato, lo mismo hace la media, el manto pide otro, el vestido se rie de tí, la comida falta, el cariño no sobra: ves en él muchos desvíos: conócesle la flor, y procuras buscar la del berro, porque para tí no hay otro remedio: á él no se le da nada, porque siempre hombres de tal humor son mansos, y no riñen por cosa alguna. Tú te das priesa por lucirte, sin desechar ripio: pasa un dia y otro dia, naturaleza se va cansando, el mal humor reina, y el pecado va arrojando sus ganancias á la vista, disfrazadas en un color entre morado y colorado, que enseña en las narices, allí le arroja, por ser la parte donde toma el primer bocado la tierra: extiéndese este color á la parte alta, sembrando por la frente unas rosas ó manchas que mas son manchas que rosas, y como no se descuida el mal humor que reina dentro, hace madurar estas manchas, convirtiéndolas en gomas. Los mas árboles la crian, y donde la muestran es en parte que ha recibido herida ó golpe, ó fué causa de daño; allí arroja la goma, y el cuerpo humano en el rostro; como parte que fué principal instrumento para adquirir este afan, que tanto desfigura, pues á la hermosura mas salada en gracias exteriores se le muda la forma en arrojando estas flores al rostro, causando desvío en quien mas la solicitó y quiso; aun entónces no procurarás el remedio entre estos golpes, con que dice el pecado: Aquí vivo y no muero, pues á mas no poder harás lo que el mercader de paños, que tapa la buena pieza con el retal manchado, ó con el pedazo que harto de rodar la tienda perdió el color: lo mismo harás (triste) á mas no poder, tapar otras mejores (si acaso hay mejoría entre tal gente) haciendo terceros papeles en tal comedia del demonio, hasta que cumpliendo la condenacion de zarza, quedarás en el espino á vivir muriendo, dando con todo tu edificio en una cama. Dura la enfermedad, vas vendiendo lo comprado á mas de lo que costó, pues costó gustos y pasatiempos, y ahora se vende á peso de dolores, llanto y necesidad El galan en un tiempo ya no te acude, porque no tienes qué te coma; acábase lo que hay que vender, y tropiezos en la puerta de la iglesia con llagas y dolores, y aun mucho mas merecias; pero quiero darte un consuelo, pues á las que son tales como tú, el mal de otros es gozo, que quien tiene entendimiento tambien ha de sentir el ageno como el propio. Escucha la vida de tu galan, que como le faltó lo que por el balcon le dabas, y se le acabó el socorro que hallaba en tí cuando podias trabajar, y como estaba enseñado á galas y paseo, y quedó habituado á sacar lios de hacienda por las ventanas, volvió á ello, pero le duró poco, que lo mal adquirido nunca dura mucho, y de un lance en otro dió en la cárcel; pero salió lucido con brevedad, contando ducientos y diez, repartidos por detras y delante: en esto paró el que querias que fuera tu marido, enseñándole á escalar casas, y harto de tí querias que te diera la mano. Mira como te ha dado el pago el mundo, y contempla en tu galan el que le ha dado la justicia; y pues tienes lugar (en cuanto te dejan los dolores), pide á Dios perdon de tus pecados, y las que han empezado á seguir el rumbo que esta, miren lo que hacen, y procuren la enmienda;

que aunque ven sol en las bardas de su vicio, miren que se pondrá cuando mas descuidados estén.

DISCURSO XVI.

¡Qué cosa tan cierta es ser la vanidad consumidora de la hacienda, inclinando á torpezas y destruyendo el crédito ganado, hasta que pone á uno en el mas bajo estado del mundo; y el que busca alabanza en boca agena, suele hallar su vituperio, y el que no la busca suele asegurarse de ser murmurado! lo mas cierto es engendrar merecimiento con buenas obras, y con eso se adquiere alabanza segura. No consiste la bondad en el adorno exterior, en obras interiores sí : conocerse uno vale mucho, que habiendo conocimiento propio, hay cierto desengaño. Mal suena el don en quien no le merece : que gran donativo fuera el estancar los dones, sin poder llamársele el Rodrigon, el paje ni la fregona, y con eso no se hubiera bastardeado tanto aquella luz de la nobleza. Pues el otro dia casó una mujer á una hija con un mozo, que su padre supo despedaza un carnero : y preguntándola que con quien habia casado á Mariquita, respondió que con un mozo muy bien nacido, que en verdad que tenia su madre don (la vanidad pinto), que ya sé que aunque el sapo fanfarree, no correrá, ni la mona dejará de serlo, aunque se vista de chamelote. El medirse en el estado propio, contento con él, hace mucho para la quietud : el ejercicio ageno caro costó siempre, y para ejemplo de lo que he dicho, prosiguió Juanillo, escucha á este hombre que canta, pues él mismo desengaña á otros del engaño que él tuvo: pudiendo vivir quieto se enzarzó, aspirando á caballero, de tal modo que, cuando volvió en sí, apenas sacó cosa sana del zarzal de la caballería, y salió tan herido que tarde ha de convalecer; y pues cantando dice quien es, quien quiso ser, y quien volvió á ser, escucha :

Zapatero solia ser,
Vuélvome á mi menester.
Que un hombre, teniendo oficio,
Y pasándolo sin justo,
Busque trato de disgusto,
Y se arroje al precipicio,
Mas parece aquesto vicio,
Que no procurar valer.
Si el que tiene trato honrado,
Busca otro disoluto,
Este mas parece bruto
Que hombre experimentado :
Arrime tanto cuidado,
Si quiere tener placer.
Que haya quien, libre siendo,
Se sujete á la justicia,
Solo porque la malicia
Asi le va conduciendo,
No puedo alcanzar ni entiendo
Aquesto qué puede ser.
Aquel que pobre nació,
Y en humildad fué criado,
En viéndose algo sobrado,
A caballero subió,
Su acabamiento buscó,
Por no saberse abstener.
Si el tiempo da desengaño
A cualquiera que nació,
La culpa la tengo yo,
De haber buscado mi daño;
Y pues conozco el engaño,
Que solo estuvo en querer,

Desengáñate cuitado,
Que no hay tal como tu oficio,
O usar del ejercicio
En que estás habituado,
Mirando al tiempo pasado,
Como acabó tu poder,
Zapatero solia ser.

Este, dijo Juanillo, es zapatero; vióse con alguna hacienda, mas que mediana, y con una hija de razonable cara, enseñada á galas, como tenia con qué; y pareciéndole que casarla con oficial lo tendria su hacienda á mucha mengua, la casó con un paseante enredador, porque decian que era muy bien nacido el señor don Fulano, dándole con la hija la mayor parte de la hacienda, y poco á poco se la dió toda; él tuvo tan buena maña que en breves dias dió fin á toda, y pareciéndole á este cuitado loco que un yerno con don y sangre colorada no era razon tener un suegro zapatero, arrimó las hormas, dándose á la caballería de don Quijote, sin mas ni mas, y sin reparar que lo que él tenia por ambar olian otros cerote, se prendió un don cosido á dos cabos, como quien sabia tan bien; pero acabada la hacienda, el yerno dejó á la mujer, y el padre sin poder sustentarla la puso á servir, y él volvió á su tarea antigua, y ahora hacen burla dél los de su oficio, pues en cualquiera ocasion le llaman don, y á él aunque está caido no le suena mal.

Mira tú, amigo Onofre, si el conocerse uno sirve para alivio de la vida, pues si este hiciera reparo en que era un zapatero, y como tal habia de obrar, tratar y ser tratado, y con humilde discurso dar estado á su hija con igual, pues el casarla con otro zapatero no la deslucia de quien era, y si lo hubiera hecho viviera mas descansado; mucho arrastra y acaba el poder el querer ser caballero, y el pobre que no nació para ello, pues le pone en estado tan bajo que llega á pedir limosna, siendo causa el querer tener ostentacion, como el que puede romper mas que vale su caudal, gozar de galas, cuantas fiestas hay, no descuidarse con los mejores bocados que entran en el lugar, y á pocos lances volvemos á lo que ántes, á coser ó á remendar, y haciéndolo continuamente, sin aspirar á fundar torres sobre poco cimiento, viviera el hombre pobre quieto, considerando el que no nació para mas que pobre, y medirse como tal.

Vamos, amigo Onofre, prosiguió Juanillo, acercándonos á la posada; pues ya la hora llama á recoger al sosiego, que en el camino no faltará en que detenernos, y así es menester abreviar el paso, que la mejor fiesta nos aguarda en casa, que ya se irán recogiendo los huéspedes, pues falta poco para las doce, que siendo tu posada cerca de la mia, como lo es, bien puedes gozar un rato de la fiesta que tiene dispuesta aquella tropelía mendiga. Siguióle Onofre, y ántes de llegar en una casa baja, y al parecer de poca vivienda, oyeron que á un tiempo sonaban dos contrarios acentos, pues el uno repetia llanto y tristes voces, y el otro alegría y bulla. Suspensos quedaron los dos amigos oyendo lo que oian, sin poder saber la causa, hasta que de la casa salió un muchacho cantando seguidillas, al ruido que hacia tocando en un jarro con los cuartos que llevaba á depositar en casa de el aguador legítimo, y preguntándole

la causa de su alegría, respondió que habia nacido en su casa un niño, y sin decir mas se fué, á tiempo que salia otro llorando, y limpiándose á las mangas las lágrimas y mocos. Padre mio, dijo mal pronunciado, así que vió gente, sin darle lugar la fuerza de el sentimiento para mas razones, pues aprisionada la lengua con el ansia la faltan fuerzas para quejarse. Preguntóle Juanillo: ¿Qué has, niño, que así te congojas? ¿quién es causa que tan tiernamente lloras? A que respondió el muchacho: Mi padre, que se ha muerto, es quien causa mi pena. Tantas fueron las lágrimas que acudieron al tierno varon, que sin poder hablar mas palabra se fué; cuando vieron que una mujer salia de la propia casa cargada con un esportillo, unos fuelles, un alnafe y un barreño á quemar las pares de la que habia parido, diciendo: ¿Qué mas desengaño quiere el que nace, de lo que oye? ¡O mujer, dijo Onofre, si sientes como dices, qué bien sientes! ¡qué mas desengaño para el que nace que llorar al instante, sin tener en toda la vida cumplido descanso, y para asegurárselo mas, á este que nace, oye entre la queja de mortal el último acento de la vida, causada de los golpes de la muerte! Acercóse Onofre á la mujer preguntándola la causa de todo lo que se oia y via, á quien respondió: ¿Qué quiere usted que sea en el mundo, mas de trabajos, sustos y aflicciones? En esta casa ha nacido uno, á tiempo que otra ha muerto, y por hacer el mundo de las suyas, llora la que ha perdido á su marido, el padre á quien ha venido el hijo le hace reir el alborozo, sin reparar nadie mas de en su provecho y su gusto, pues aquí donde hay alegría con el reciennacido, poco sienten el pesar de los que lloran al difunto; la que ha perdido al esposo llora su pena y pobreza, pues aunque mas la animan siente la falta de su compañía, sin sentir con que enterrarle, si no es valiéndose de la Misericordia, que acude á los pobres; y la que ha parido, viendo á su esposo contento con el hijo deseado, tambien se conoce en ella alegría. En fin, valle de lágrimas, pues á este que nace llorando mañana le llorarán su muerte, ó él llorará la de sus padres, que hoy le estan cantando la gala por recien venido. En el ínter que la mujer habia hablado, ya la lumbre encendida iba quemando las pares, y los dos amigos huyendo del humo se ausentaron, y á pocas casas mas arriba oyeron el algazara de una mujer, que estaba enseñando á hablar á un tordo, á cuyas enfadosas liciones se pusó á reir Onofre. Y Juanillo, que conoció la causa, le dijo: ¿Oyes? esta mujer tiene grangería en esto de criar tordos y perrillos, y el otro dia se le perdió un perrito, y gastó mas de cincuenta reales en pregones, y viendo que no parecia trajo novenario á san Antonio para que se le deparase; y no es sola esta mujer, que hay muchas en Madrid que tienen librado todo su gusto en los perritos de falda, y llega á tanto su desvergüenza y poco miramiento, que cuando están las perritas salidas (que tambien lo deben de estar ellas, pues tal hacen) las tienen en el ínter que el perrito de mi señora doña Fulana las cubre. Mejor fuera que los ratos que gastan en estos entretenimientos los emplearan en rezar por las almas del purgatorio, y reparar que el pregonar á un perro y traer novenario por él no son cosas que agradan á Dios, ni parecen bien á nadie, si lo miran con cristiana atencion. Aquí llegaban los dos amigos, cuando

oyeron una voz tan delicada y suave, que cantaba tan cerca de donde ellos iban, que Onofre conoció era de mujer en lo cariñoso de su eco y quiebros de su voz, y deteniéndose á una ventana donde salia la voz, oyeron que decia así:

En un espejo, á cuya
Luna eclipsada vió
Laura, aquella belleza,
Que amor tanto admiró.
Y con lágrimas tristes,
Sentimiento y dolor,
Así contempla y llora
Las horas que perdió.
Ya solo aquel reflejo,
Que el metal azogó,
Mirando su hermosura
Mortal, así empezó.
Si toda humana rosa,
En lo que yo paró,
Pues el tiempo atrevido
Su beldad ultrajó.
¿Qué importa la deidad,
Si postrada se vió,
Aunque anduviese un tiempo
Muerto por ella amor?
Atiende, desengaño,
Aunque tarde, á mi voz,
Y mira que esa luna
Dice que ha muerto al sól.
Si este pelo es de quien
Amor flechas labró,
El tiempo con su sitio
Barbacana formó.
¡Ay de mí, si esta frente
Es la vaya en quien dió
La edad tantas batallas,
Ella misma venció.
Si sois vosotros, ojos,
Quien de amores mató,
Hoy á vuestras pestañas
Dió asaltos con rigor,
De miedo os escondeis,
Como falta el valor,
Pues no hay seguridad,
En quien mortal nació.
Mejillas, que la rosa
En vosotras halló
Colores que envidiar,
Y uniones que admiró.
Entre vosotras reina,
Cárdeno lirio hoy,
A trechos descubriendo
El alelí el color.
Que es de tanta blancura,
Que entre pechos formó,
Alabastro envidioso,
Nieve con suspension.
Esa boca, en quien hizo
El clavel particion,
Y en tan breve resquicio
Esparció su valor,
Pálida y amarilla
Rasgada la dejó,
Porque ve que la faltan
Las perlas que la dió.
Y las que han quedado
Toman triste color,
Que accion de buen criado
Es dar gusto al señor.
Si la humana hermosura,
Este fin esperó,
Porque cuando podia
Tampoco reparó.
Si pensó de inmortal,
En todo se engañó;
Pues no hay cosa en la vida
Que tenga duracion.
Y si de lo que fuí,
Solo el que fuí quedó,
¿Qué aguardo que no arrojo
Lágrimas de dolor?

Aquí acabó con harto sentimiento de Onofre, pues habia sido parte su voz para que suspenso hubiese reprimido mas de una vez las lágrimas que surtian á los ojos, á querer mostrar que sentian, como quien cantando lloraba, y rompiendo el silencio dijo así: ¿Eres ángel ó eres mujer? ¿eres mujer, ó eres desengaño de la mayor hermosura, que así suspendes con tu voz y avisas del fin tan cierto que nos espera? ¿Quién eres,

cuidado, que así despiertas? Centinela que velando detienes el paso á las vanidades, ¿quién te alienta, que así elevas el alma? Confiésote, amigo Juan, prosiguió Onofre, que me ha enternecido el alma esta voz de un espíritu desengañado del mundo. Pues para que de veras te admires, dijo Juanillo, escucha, oirás el mayor prodigio de la bonestidad. Esta que ha cantado es una doncella sola, á quien dejaron sus padres en tierna edad, porque les forzó á ello la muerte, y se ha sustentado hasta hoy con la labor de sus manos, y aunque la han salido muchos casamientos, no ha sido posible acetar alguno, ni consentir que la vean la cara, y si alguno se la ve lo tiene á grande milagro, admirando en ella la mayor hermosura y la mayor honestidad, y todas las noches está velando hasta esta hora de las doce, y luego reza maitines ántes de recogerse. Suele acompañarla una buena señora deuda suya, que es la que sale fuera por lo necesario, y esta casa se la dan para que la viva los dueños de aquella de enfrente, y si la falta algo para su persona, la socorrén con mucha puntualidad, que á quien bien vive hay en este lugar quien bien le hace, pues al paso que el torpe busca la deshonestidad para darla y alimentarla, así el virtuoso busca la honestidad para socorrerla y acudirla. Ella en fin es un ángel en la tierra, y todo cuando canta es siempre desengaños de la caduca hermosura y edad: y así, Onofre, vuelve en tí, y vamos á la posada, que parece que estás como fuera de ser. Déjame; respondió Onofre, que no sé qué sentimiento interior ha causado esta voz en mí, que sabe pintar las ruinas que el tiempo hace en el edificio de la belleza, de cuya arqnitectura solo quedan señales de lo que fué, basta que tambien las señales dejan de serlo. ¡O bondad inmensa, si reparara el mortal en el empleo de su vida! pues en toda ella cuanto obra todo es maldades, sin atender que bastardea á la memoria, dejándola salir con cuanto quiere, sin encaminarla á la muerte, olvidándose que todos los trabajos fueran gustos, conformándose con la voluntad de Dios; pero somos tan malos y perezosos que solo nos animamos á seguir lo que nos daña, sin volver los ojos á la afliccion de un pobre, á los dolores de un tullido, á la torpeza de un ciego, á la miseria de un huérfano, á la tristeza de una viuda, á las necesidades de una pobre doncella recogida, á las cuitas de un enfermo, á los llantos de un hospital, ni al que va cantando en un ataud, sin haber duda en que habrá sido nuestro amigo, y comido y bebido con él pocas horas ántes: á todo tapamos oidos y ojos, abriéndolos solo para nuestra perdicion, criando alas para ella como la hormiga; empleando el oido en cosas ilícitas y profanas, y no en liciones de buen vivir, sin reparar á lo que huele la tierra de una sepultura, donde solo vive la verdad, y adonde tiene seguro lugar todo este ser que nos anima. Muy bien estoy, dijo Juanillo, con todo lo que has dicho, pero déjalo por ahora, y sígueme. Obedecióle Onofre, y al volver de una esquina, oyeron unas quejas lastimosas, que atendiendo á ella conocieron ser de mujer; y alargando el paso Onofre vió una en cuerpo, y con poca vestidura que la adornase; pues á la luz de la luna reparó que para estar en camisa no la sobraba nada, y preguntándola la causa que la movia á semejantes quejas y peticiones de favor, á tal hora, en la calle, tan falta

de vestidos, á que respondió : Yo me tengo la culpa, pues me creí tan de ligero; hanme desnudado unos ladrones, despues de sacarme de mi casa por engaños. ¿Pues cómo una mujer, dijo Onofre, sale de su casa á estas horas, sin mas atencion al decoro que se pierde en tiempo tan excusado para las mujeres? A que respondió : Yo, señor, soy comadre de las que partean, y como este oficio mio tiene obligacion á dejar la casa, el lecho y el lado de su marido, siendo llamada para un parto llegaron á mi casa dos hombres, diciendo eran criados de un caballero á cuya casa suelo acudir, y me dijeron me vistiese al punto, porque estaba con dolores la señora, y yo, sin examinar si eran de la casa ó no, salí con ellos, guiándome por esta callejuela, que así que entré en ella me amenazaron, que el callar me daria la vida, y así me fuese desnudando, ó que ellos lo harian, como lo hicieron, dejándome como ustedes me ven, y lo que mas siento es las reliquias que me llevan, y así por ser mujer los suplico me acompañen hasta mi casa, que cerca es, pues en el estado que he quedado no es para poder dar un paso sola. Y movidos á piedad los dos amigos, la fueron acompañando hasta dejarla á la puerta de su casa, y prosiguiendo otra vez su viage preguntó Onofre á su amigo si habia muchas mujeres de aquellas en Madrid, á quien Juanillo respondió así :

De aquestas mujeres hay las que bastan; aunque el lugar es tan grande, muchas viven de su trabajo, y otras se meten en cosas graves; hay en estas muchos lazos y nudos encubiertos, mas que los que manifiesta un esparavel; son mujeres de secreto, pues saben, cuando Fulana se casa á título de doncella, si está cancelado el signo de su título, y si sabe ser madre en el parir, aunque no la haya sido en el criar; amparan en sus casas á muchas mujeres, no por ser pobres, si no es que la necesidad de quejarse de gustos pasados las hace salir de sus casas, porque no se sienta en ellas que tienen de que quejarse. Hay otras que saben hacer parir á una estéril aparentemente, llevando consigo lo que esperan que nazca en la casa de la que tiene la barriga de trapos, y siempre andan cargadas de reliquias y piedras preciosas, como la de el águila y el iman, y eso era lo que mas sentia que la hubiesen quitado los ladrones. De ordinario estas mujeres tienen por maridos hombres poco zelosos, que mas que de sus mujeres lo son de las ermitas donde lo hay bueno, y los mas son holgazanes, á título de mujer tengo que lo gana; y si no fuera estos tan buenos, mira tú como consintieran que otro hombre sacase á su mujer de la cama, y se la llevase, que cuando ellos como atun revolcado en lo caliente, y yo conozco algunos hombres que hablan y tienden su red fanfarrona, con la hacienda y favores que adquieren sus mujeres, sin tener vergüenza de en cualquiera conversacion el decir : No temo á la fortuna en cuanto viviere mi fulana; y muchas no son comadres, pero son parideras, y no reparan en el juicio terrible de el mundo, y tambien hay algunas á quien Dios ha dado con que hacer (como hacen) muchas obras de piedad, y no niego alabanzá á las buenas, que solo hablo terrible de las que por terribles lo merecen.

Entretenidos en la conversacion, llegaron á la posada de Juanillo, donde llamando á la puerta fué abierta con grande alegría, por el deseo

que tenian de su venida, á quien recibieron con alegre bulla, dándole nombre de: Bien venido, señor presidente, preguntándole quién era el que en su compañía llevaba. A quien Juanillo respondió que el señor Onofre era primo suyo, y habia de ser su huésped lo restaute de la nóche, dándole licencia para ello: á quien respondieron dos licenciados, destos que barren las dos ceras de una calle á un tiempo, pidiendo con grandes acatamientos y cortesías, sin perdonar casa donde no llaman ó entran, si no es menester llamar, que como son curiosos acomodan lo que hallan mal puesto, á título de pobres, saliendo á estos cursos cuando se pone el dia, que como son tan vergonzosos, porque no los vean el rostro, lo hacen, y con voz grave á un tiempo respondieron á Juanillo que como dueño podia mandar, y con la ceremonia de besar la mano, y arrastrar el zapato, los fueron guiando á un aposento, donde acomodados todos reparó Onofre que en medio dél habia un púlpito grande, labrado en Alcorcon, á quien todos servian de guardas, por estar lleno de aquel licor que prestó sueño á Noé, y encima de una mesa pequeña, á quien cubria una servilleta tullida que por eso no se habia ido á Manzanares á refrescar el color amusco, un cuchillo que estudiaba para navaja, ni bien lo uno ni lo otro, pues era un pedazo de hoja sin tronco de que asir, y bien compuesto, un pan deshecho en pedazos, y á un lado una escudilla de la tierra, llena de aceitunas, aderezadas en casa de un mercader de aceite y vinagre: y despues de acomodados todos en sus asientos, no muy fáciles de quebrar, por ser humildes como la tierra, solo Juanillo se sentó en una silleta de palma, hecha por las manos de un francés, alhaja antigua en la casa, á quien faltaba poco para quebrar, por los demasiados asientos que habia hecho, haciendo sentar á Onofre á su lado, y estando todos en silencio, llamaron á la puerta con grandes golpes, siendo fuerza levantarse uno para ir á abrir, y pareciéndole al que llamaba que tardaban en responder y abrir, dijo con voz alta: ¿Estan dormidos ó es para hoy ó para mañana? Abriéronle, y vieron ser el pobre de Dios te dé Dios: diéronle alguna vaya, y sosegados volvió el silencio, hasta que Juanillo dijo así:

DISCURSO XVII.

Su misma ignorancia sirve al ignorante de entretenimiento, pues se ve que nunca le suena bien la agudeza de la boca agena, ni la discrecion ó razon sentenciosa; y por el contrario al discreto le sirve de divertimiento otro discreto, á quien no se harta de alabar, pareciéndole mas sabio y entendido que él, no como la alabanza del simple, que solo es de las simplezas que oye. Al perezoso sirve de alivio el dia triste y encogido, y la noche larga. Al diligente el dia largo, la noche corta, el buen tiempo, y la buena suerte adquirida con su desvelo. Al ladron la lobreguez de la noche, el descuido, el sueño pesado y la ignorancia, á quien como desvelado procura ofender. Al sano de conciencia sirve de alivio la honesti-

dad, la quietud, el entretenimiento justo, el obrar bien, y el acordarse de la muerte. Al rico descuidado las fiestas, los entretenimientos, aunque sea con daño de otros, conversaciones en la usura, y como se ha de engañar siempre aspirando á mas. El pobre no tiene mas entretenimiento, alivio ni desahogo, que comunicar su pobreza y corto poder á otro pobre como él, con que un rato de conversacion los sirve de alivio y aliento para vivir. Asi nosotros, dijo Juanillo, como pobres, unos con otros nos consolamos con honestos divertimientos; y aunque poco cursados en la estudiosa poética, hacemos academias para entre nosotros no mas; y como la pobreza siempre huye de alabanza y fama, fué causa de que estos señores hayan reparado en que habia forastero que los podia impedir su desahogo, y sentado que el señor Onofre es deudo mio, con toda seguridad pueden ustedes empezar. Así lo hicieron, y para ello el que tenia oficio de secretario, puesto en pié, dijo que al señor licenciado Castellano le tocaba empezar, y que dijese lo que á su cuenta tenia: y él sin dilatarlo dijo así:

A mí, noble academia, se me encargó un soneto, en que se pregunta á una calavera donde dejó el lucimiento que cuando vivia. Es así:

Bulto, que tienes forma de haber sido
Rostro mortal, con ojos y cabello,
¿Adonde te dejaste tanto bello,
Que te contemplo triste y denegrido?
Dime si te quitó lo colorido
(Pues veo que en tu frente dejó el sello)
La muerte, y ya los ojos por no vello,
Huyeron hasta el valle del olvido.
Cáusete horror, viviente, lo que miras
En este triste espejo de la muerte;
Guia tus pasos solo á vivir quieto.
Olvida para el prójimo las iras,
Mira que un esqueleto te lo advierte,
Y te tendrá cualquiera por discreto.

Así que acabó le dieron todos el víctor, y Juanillo dijo á su amigo Onofre: Este que ha dicho se llama el licenciado Castellano, y este que le sigue es el licenciado Guarismo, y segun sus apellidos es gente de gran cuenta.

Levantóse el tal Guarismo, y dijo: A mí se me encargó un soneto á un retrato de una hermosura cuyo original habia muerto. Es así:

¿Es posible que toda esta belleza
Volvió á ser lo que ántes habia sido,
Trocando la memoria por olvido,
Y tanta magestad por la bajeza?
¿Y que duerma el viviente en la pereza,
Empleando en el vicio su sentido,
Sin acordarse para qué es nacido,
Amando á la hermosura y la grandeza?

No se fie la edad, que mas luciente
La parece que vive por hermosa,
Puesto el amor por lazo de su pelo.
Mire junto á las puertas de su oriente
La muerte de su vida (¡ó envidiosa!)
Procurando dejarla hecha de hielo.

Ya cuando acabó estaba en pié un mozo de buena presencia y brio, y Juanillo dijo á su amigo : ¿Ves este mozo? pues el que topamos en la calle del Cármen es; contémplale allí tan lastimado, arrastrando por el suelo, con aquellas lamentaciones que oiste, y mírale ahora si podia jugar una pica en la campaña, y por eso el pobre de Dios te dé Dios le llamó tramoyero entrapajado, pero despues verás lo que anda con ellos. Sosegáronse los víctores que dieron al licenciado Guarismo, y el tercero dijo así :

A mí se me encargó el glosar una copla que en este lugar está al pié de una cruz; no es mia la glosa, sí que es esta :

Aquí dió acero cruel
A un hombre muerte precisa,
Y este epitafio te avisa
Que ruegues á Dios por él.
Hombre humano que al divino
Precepto de Dios olvidas,
Mira que todas tus idas
Van á parar al destino :
Busca otro mejor camino,
Que no te pierdas por él;
Huye al apetito infiel,
Que vas por zarzas y abrojos,
Y muerte al que ven tus ojos
Aquí dió acero cruel.
Vivir bien es lo que importa,
Y guardar los mandamientos;
Y pues que ves escarmientos,
El paso á tus vicios corta;
El amar á Dios conforta,
Pues la vida es indecisa :
Mira que corres aprisa,
Y no quieres reparar
Que suele el castigo dar
A un hombre muerte precisa.
Mira ayer como pasó,
Mira hoy cual va pasando,
Oye que estan clamoreando
Por el que ya se murió :
Solo el obrar bien vivió,
Que lo demas todo es risa,
Mira que la muerte pisa
Muy cerca de tus ombrales,
Ella amenaza tus males,
Y este epitafio te avisa.
Ayer vivia, hoy murió
El que ya enterrado está,
Y el que hoy nace allá se va,
Desde el punto en que nació :
Solo del mundo llevó
Lo que vivió como fiel;
Ya hiere la llama en él,
Y solo son sus demandas
A tí, que en el mundo andas,
Que ruegues á Dios por él.

Alabaron lo bien buscado de la glosa, y dándole víctores, se levantó otro, y Juanillo dijo á su amigo : Este que se ha levantado anda con dos muletas muy poco á poco, y con un tonillo quieto pide limosna, y mira qué sano y qué buena voz tiene. Y él con mucha desenvoltura dijo : A mí, ilustre academia, se me encargó glosar dos versos, que se me dieron, que son estos :

¿Para qué quiero yo vida,
Si la muerte me convida?
Si al instante que salí
Al mundo, empecé á llorar,

Si el dolor vino á buscar
A la forma en que nací,
Si nunca al contento vi,
Pasando vida afligida,
Con trabajos perseguida,
Si sé que todo anhelar
En la muerte ha de parar,
¿Para qué quiero yo vida?
Mas es morir que vivir
El vivir con el dolor,
Conociendo que el rigor
Es quien lo ha de divertir:
Y llegando á discurrir,
Veo la edad abatida
Con miserias condolida,
Y si siempre he de penar,
No quiero mas aspirar,
Si la muerte me convida.

No le dieron á este tantos víctores como á los demas, pero tuvo alabanza en la boca de Onofre, á quien Juanillo dijo: Repara en este peinado tan barbihecho que si le ves mañana no le has de conocer, pues cuando sale de casa parece tiñoso que en su vida tuvo pelos, y mírale ahora, que parece page al uso. Y él componiéndose los bigotes, dijo: A mí se me dieron otros dos versos que glosase, que son estos:

Pasa un año y otro año,
Y nunca pasa mi engaño.
Toda la vida es un sueño,
Que cuando empieza es dormir,
Propio ensayo del morir,
Con que despierta á su dueño;
Riguroso es el empeño,
Que en naciendo enseña el daño,
Con tan claro desengaño,
Pues pasa la edad mayor,
Pasa el contento mejor,
Pasa un año y otro año.
No hay cosa en la edad mas cierta
Que trabajos y dolor,
Sustos del mayor amor,
Pues su esperanza es incierta;
La muerte siempre está alerta,
Igualando en un tamaño
El Señor al mas tacaño,
Sin llegar á discurrir,
Que sé que me he de morir,
Y nunca pasa mi engaño.

Acabó con el alegría que todos, ocupando el puesto un mozo muy risueño, y con muchas cortesías dijo que á él se le habia encargado el pintar un almendro á quien desbarató el cierzo todo la pompa que madrugó á echar. Es esta décima:

O tú, aquel que desvelado,
Sin mirar las tiranías
Del tiempo, abrevias tus dias,
Solo por verte adornado,
Tu anhelar se vió engañado,
Negándote el tiempo paces,
Pues entre mil sustos yaces
Que la hermosura no ataja,
Sirviéndote de mortaja
La camisa con que naces.

Así que acabó, volviendo Juanillo á Onofre con el acostumbrado cuidado, le dijo: Repara en este, que cuando llega á una puerta arroja un ay tan lastimoso y profundo que con él provoca á lastima, y luego llora, con que junta mucha limosna; y mira ahora que la demasiada risa no le ha dejado decir. Diéronle muchos víctores, diciendo: Famoso ha estado el Mortecino, á tiempo que levantándose Juanillo dió licencia que rompiendo el silencio se empezase á consumir lo que hubiese dispuesto; y aprestados todos á la obra, oyeron unas lastimosas voces que repetidas por diversas partes decian: ¡Fuego! fuego! agua! agua! que me abraso!

y entre esta confusion notaron una voz delicada, que decia : ¡Que me muero! ¿no hay quien socorra á una afligida mujer? ¡favor! piedad! cielos! y á este tiempo por la calle hacian pedazos la puerta, hasta que la echaron en el suelo, porque ya el humo rompia por muchas partes, ¡ó confusion de la riguridad deste elemento! pues en breve tiempo ya la posada era un volcan de vivas llamas. Admirado y confuso estaba Onofre, sin saber á qué parte guiar; y en lugar de echar á la calle se entró la casa adentro, donde oyó un : ¡Ay de mí! tan delicado y lastimoso, que arriesgando todo el valor se opuso á las mas encendidas y abrasadosas centellas, subiendo por una escalera; y atendiendo al lugar de donde salia la voz, oyó que era en la casa de pared y medio, que tambien ardia por un pedazo de tejado, y pasando por toda la llama dél, dió en un corredor de la casa, donde notó que de una parte que estaba cerrada salia la voz, y mucho humo : y dando un recio golpe á la puerta, hizo saltar las guardas de la cerradura, franqueando la entrada, donde vió entre humo y fuego una mujer, que habiendo saltado de la cama en que dormia, medio tapada con sus vestidos, ya el humo la habia prevaricado el sentido, dando con ella en la tierra; y Onofre, cogiéndola en los brazos, la sacó hasta ponerla en el corredor, que todo ardia; y viéndose cercado por todas partes de aquel voraz incendio, animoso y determinado de librar dos vidas, se entró por las llamas, bajando por la escalera que habia subido, hallándose en el patio de su posada, y viendo la puerta de la calle, que parecia imposible poder salir por ella, por haberse apoderado el incendio en toda la casa, arriesgando su persona, salió por entre llamas, dejando admirados á los de afuera, viéndole salir de aquel modo. Los alaridos eran grandes, oyéndose por una parte : Ay, hija de mis entrañas, ¿quién te podrá socorrer? y por otra un hombre que determinado se queria entrar por las llamas, á quien detenian para que no ejecutase tal intento, y llegando Onofre á una mujer, la dijo : Tened piedad, señora, de esta, que el desmayo la tiene sin sentido; y la mujer entre copiosas lágrimas conoció ser su hija, ocasionándola el gozo á dar mayores voces, llamando con ellas al hombre que arrojado porfiaba á entrar por el fuego, que era padre de la que Onofre habia librado, que viendo á su hija y oyendo decir quien la habia libertado de la fiera prision del fuego, no se hartaba de abrazarle con amor, diciendo : Libertador de todo mi bien : ¿quién eres? Y la mujer por otro lado asida dél, tambien mostraba agradecimientos á tan gran beneficio, á tiempo que ya el fuego poco á poco iba perdiendo su fuerza, á fuerza de otro elemento, pues mucha gente que habia acudido la mas se habia ocupado en echar agua, con que habian aplacado el incendio riguroso, y los pobres de la posada andaban aturdidos con el dueño della, que tambien habia quedado para pedir limosna como ellos; uno lloraba sus muletas, otro sus trapos, otro su casquete; enfin, todos lloraban sus caudales, y Juanillo andaba perdido en busca de Onofre, que habiéndole encontrado no se hartaba de abrazarle, y mas cuando supo en lo que habia empleado su valeroso ánimo; y reparando Juanillo en la gente que se iba ausentando, vió un hombre que, cargado de ropa y cosas de valor, se iba por la calle adelante, y deteniéndole le preguntó

donde llevaba aquel hato, y turbado, sin acertar á formar razon alguna, lo dejó caer en el suelo; y llegando Onofre, conociendo ser ladron pues su turbacion lo confesaba, le dió de hallazgo unos cuantos cintarazos, y preguntando en voz alta cuyo era aquel hato; lo conoció el padre de la que él habia librado, diciendo: Mucho te debo, amigo, pues me has libertado la vida y el hacienda.

Ibase apaciguando el alboroto, y recogiendo mucha de la gente que habia acudido, unos á matar el fuego, y otros á llevarse lo que pudiesen, como de ordinario sucede. Y el dueño de la casa de el lado, padre de la que Onofre habia sacado de entre las llamas, asiéndole de la mano le hizo entrar en su casa en un cuarto bajo, que aunque habia sido despojado del adorno, no habia tocado el fuego en él, y llamando á Juanillo los hizo sentar, para que conociese Onofre lo agradecido que le estaba, le preguntó la causa de estar á tal hora sin haberse recogido, y hallarse tan á tiempo para socorrer á su hija, que le sacase de la duda, y le dijese por donde le habia guiado Dios. A quien con razones corteses, pocas y medidas refirió el suceso, hasta que la sacó en brazos á la calle. El hombre agradecido los hizo aderezar una cama, donde descansasen lo restante de la noche, suplicando á Onofre se sirviese de admitir aquella casa por su posada, en cuanto fuese su voluntad, y despidiéndose quedaron los dos amigos solos.

Estaba Onofre como elevado, pensando en los sustos de aquella noche, á quien Juanillo dijo así: ¿Qué fuera, amigo, que el incendio que ya ha pasado descubriera camino para que te quedaras en Madrid? pues haber dado socorro á Laura, que es la que sacaste en brazos de entre las llamas, estar sus padres tan agradecidos (y con razon), no tener otra hija, y ser de los mas ricos deste lugar, habernos hospedado en su casa, decirte que no salgas della, tener tú partes para merecer, no sé qué te diga; y así discurre en lo demas en el inter que viene el dia. Persuádete, Juan, dijo Onofre, en que soy pobre y forastero, que son dos partes muy contrarias á tu imaginacion; y así déjate de fábulas, y entreguémonos al sueño. Así lo hicieron, y como estaban cansados, y ya era tarde, con facilidad se quedaron dormidos. Cuando á pocas horas Onofre, en quien poco duraba el descanso, oyó entre el silencio y la quietud un ruido, que al parecer se hacia en cerradura de una puerta, donde procuraban entrase una llave á dar vueltas; desterró de sí el sueño de todo punto, incorporándose sobre el lecho, atento, cuidadoso notó que abierta la puerta procuraban quitar la llave, y levantándose en pié, sacó la espada, diciendo: ¡Quien va? y con el sobresalto que se levantó, tropezando con un bufete, hizo caer un candelero que los habian dejado con luz, siendo parte bastante para que al ruido se alborotase segunda vez la gente de la casa. Salieron sus dueños, que aun no habian rendido al sueño el asustadó cuerpo, y en su seguimiento los criados y gente que le asistian, y hallando á Onofre con la espada en la mano, alborotado de aquel modo, preguntándole la causa, respondió que habia sido el haber oido abrir aquella puerta cercana á su lecho. Reparó el dueño en ella, y como la viese abierta quedó maravillado, por ser de un cuarto algo excusado de la

gente menor de la casa, donde tenia un oratorio, y procurando examinar la causa, así él como todos los demas no pudieron hallar indicio de quien hubiese sido dueño de tal atrevimiento. Habiendo mirado las mas viviendas de la casa, acompañándolos á todo Onofre y Juanillo, repararon en una puerta que hacia paso al zaguan, en que tenia puesta una llave por la parte de afuera; de que admirado el dueño, conoció el no ser aquella la llave de la puerta, y procurando abrirla, y no pudiendo conseguirlo con otra llave, se valieron de la fuerza, dando tantos golpes que saltó el pestillo que la cerraba, y quitando Onofre la luz á un criado que la tenia, se ofreció el primero á mirar el zaguan, y en un rincon, donde habia cantidad de muebles de la casa, que por miedo del fuego habian bajado, y arrimados allí, vieron un hombre que embozado defendia el rostro, procurando conseguirlo por medio de una pistola que en la mano tenia, y apuntando á Onofre, dijo: El dejarme ir libre los estará bien; pero Onofre lleno de cólera le tiró tan fuerte estocada que pasándole el brazo de la pistola, la dejó caer en el suelo, y al asegurarle otro golpe pidió por Dios que no le matasen. Reportóse Onofre, llegó toda la gente de la casa, y preguntándole si habia mas que él, y quien le habia ayudado á semejante atrevimiento, dijo que él solo era el que entre la bulla del fuego se habia metido allí, y que en la calle le aguardaban dos compañeros. Salir quiso Onofre determinado, en busca de aquellos viles hombres, pero los ruegos del dueño de la casa y demas gente le detuvieron, y volviendo á preguntar al herido qué era su intento, respondió que abrir la puerta de la calle para que entrasen los dos amigos, que así habia quedado de acuerdo, y que al irlo á hacer turbado habia abierto dos puertas, sin dar con la que buscaba, siendo causa de haberle sentido. Los criados de la casa querian maniatarle y entregarle á la justicia, pero Onofre, compadecido de verle herido, los suplicó que, pues no habia al presente justicia que lo hubiese visto, le echasen en la calle, pues otra cosa no seria generosidad. Convinieron todos en ello, y Onofre, adelantándose, abrió la puerta, pero no vió á nadie, que el ruido ó las muestras que ya daba el dia habia hecho dejar el sitio á los dos: enviáronle con su mala ventura, y volvióse á sosegar la casa, no para descansar, pues solo fué para admiraciones de lo que en tan bréves horas habia pasado, volviendo de nuevo el dueño de la casa á rendir agradecimientos á Onofre, ofreciéndole su persona y poder, y que como dueño de todo podia mandar de allí adelante, á quien agradecido Onofre retornó estimaciones, y como ya las luces de el dia convidaban á gozarse, y ya quieta la gente se ocupaba en ir acomodando las cosas que el miedo y el fuego habian descompuesto, dando mil gracias á Dios por tan grande dicha, pues solo en el cuarto de Laura habia tocado el fuego, y suplicando á Onofre se sirviese de tomar asiento y contar su peregrina historia, á quien obediente se ofreció, diciendo así.

DISCURSO XVIII.

Nací en la gran ciudad de Nápoles, aunque no de padres nobles, eran limpios del contagio que la fe castiga por medio de su justicia. Criéme á un tiempo, en compañía de una hermana, siendo con igualdad queridos de nuestros padres, amándonos los dos con una union tan estrecha que apenas se hallaba el uno sin el otro. En mí fué mostrando la edad las obligaciones con que nace un hombre de bien, y en mi amada hermana, á un tiempo con alguna hermosura, mucha humildad y vergüenza, que son las partes que mas engrandecen la belleza. Faltónos á los doce años de nuestra primavera la madre, siendo el sentimiento parte para que nuestro padre, postrándole la pena, se ajustase á vivir en una cama, sin poder levantarse della, pues para hacerlo se valia de nuestro alivio, amonestándonos siempre pidiésemos á Dios paciencia, pues es de lo que mas necesita quien con enfermos lidia.

No era la edad la que le tenia tan postrado, pues solo era una profunda tristeza causada de la pérdida de su amada consorte. Justo sentimiento, pues perdió en ella el ejemplo mayor de la caridad, virtud y honestidad. Los años en nosotros iban desplegando las arrugas de la niñez en mí, para atender al servicio de mi padre, y en mi hermana, para que la honestidad la obligase á tanto retiro que no era vista de nadie. Vivia enfrente de nuestra casa un caballero, el cual tenia un hijo casi de nuestra edad, que desde el primer conocimiento de la razon nos habíamos querido con amable amistad. Perdonadme el que abrevie una historia tan larga como la mia, que aunque el mal comunicado dicen que se presta alivios á sí mismo, en mí renueva las llagas de mi pena. Atrevióse á mirar á mi hermana con intento de los que paran en infames fines; pues á no ser así, padre y hermano tenia á quien poder hablar, pues él por su persona no desmerecia el sí para honesto empleo. Este persuadia á mi hermana con todos los medios posibles, en quien halló siempre una resistencia honrada. Supe todo lo que pasaba de la boca de una criada, de quien se quiso valer por medio del interés; pues amparado de ella intentó profanar el sagrado de mi casa: dióme un papel, en que leí sentencia de muerte, fulminada por un ciego á los mandamientos de Dios, pues sus atrevidos caractéres ofrecian dádivas para vencer á aquel muro de la honestidad, y acababa diciendo: Poco han de importar tus resistencias á mi mucho amor, pues es poderoso como su dueño. No pude sufrir desde aquel punto la fuerza que la razon me hacia, en que procurase mi venganza, y así guié los pasos en busca de mi enemigo; halléle en una casa de conversacion, y al llamarle noté que salia desafiado con otro caballero, habiendo sido la causa una suerte del naipe. Seguílos algo á lo léjos; y así que llegaron al sitio señalado, sacando las espadas, á los primeros tiempos que se tiraron, ví que mi enemigo cayó en tierra de

una estocada, y pareciéndome que mi afrenta se quedaba en pié, si perdia la vida á manos de otro hombre que no fuese yo, me puse con brevedad á su lado, defendiéndole de otra estocada, que su contrario le tiraba contra el suelo: y viendo que á un hombre caido se le negaban hidalgas atenciones, y que en un pecho noble no cabe accion tan desatenta, tomé el duelo por mio, y puesto casi encima de mi contrario, reparé un tajo que me tiró, y desviándole, hallando mi espada en buena postura, y la suya algo desviada de la rectitud, le ejecuté una estocada tan bien guiada que fué bastante para añudar la lengua, sin poder pronunciar la última palabra de su vida. Perdió la vital respiracion, y mi enemigo cobró la que tuvo cerca de perdida, levantándole del suelo, viendo que el tiempo me negaba tiempo para mi venganza, procuré el salvar mi persona, y que él lo hiciese, retirándonos á un convento de religiosos, dando cada uno aviso á su casa del suceso pasado. Sintiólo el padre de mi contrario, pero el mio mucho mas, pues solo fué el aumentar penas á sus penas.

Quién creyera que á un beneficio tan grande como librarle de las manos de su enemigo, y de los brazos de la muerte, me pagase con un desprecio el mayor que imaginan los hombres? Sucedió que, algo receloso de mí, como reinaban en él tantas traiciones, mudó de retraimiento, y viendo que yo no salia del mio, y que mi padre impedido no se levantaba de la cama, juzgando ejecutados sus torpes y atrevidos deseos, se determinó una confusa noche, escalando un balcon, llegar hasta el dormitorio de mi hermana, donde estaba ya recogida, y atrevido cuanto desatento, sin atender la vecindad de tantos años, amistad tan estrecha, deuda que me tenia, y la principal, que negaba á las leyes de Dios, la despertó, amenazándola con la muerte si no consentia en su gusto: ella asombrada dió voces, llamando á su padre y hermano, y defendiéndose con varonil valor, dió lugar á que Dios la favoreciese; pues como todo lo ve, y en las mayores necesidades socorre á los suyos, permitió que alentado mi padre tuviese ánimo de levantarse, fiado en la ayuda de un báculo, y mas breve de lo que le concedian sus achaques, llegó á dar socorro á su querida hija, consiguiéndolo, aunque con grave daño de su persona.

No hay animal, en cuantos la naturaleza crió, mas atrevido, mas ciego y pertinaz y perverso que el hombre, pues no hay cosa que le parezca imposible para lograr un infame apetito: y compadecida de su ruina, la misma naturaleza le puso un despertador, para que le avifase de las calamidades que le amenazan, pues los golpes que da el corazon del hombre en los sobresaltos y sustos, no es concedido á otro ningun animal. Yo, que triste con el ausencia de mi amado padre estaba, me determiné esta noche de verle acompañado de un amigo español, que razon es llamarle amigo, pues examinado le tenia en mi retiro, que enfermedad, prision y ausencia es prueba de los leales. Deste me fié, para que fuese en mi compañía, por divertir los latidos que mi corazon daba, anunciándome las ruinas de mi quietud. Llegué á mi casa, y llamando á la puerta, preguntó un criado quién era, y conociéndome en la voz, me dió franca la entrada con mucho gozo de verme. Agradecíle el alegría que mostraba, y dejando

á mi amigo á la puerta, en forma de centinela, dije al criado no cerrase. Bien creí, así que subí el primer escalon, el hallar con quietud mi casa, y que mi padre se holgase de verme, aunque ya llevaba imaginada la reprehension, en fin, como de padre, á quien amparaba la razon; pero aquí de todo mi valor: apenas subí el último escalon cuando oí que entre ansias y lágrimas pronunciaba mi padre estas razones: ¿Para qué me concedes la vida, mano atrevida, si dejas nublado lo cándido de estas honradas canas? ¿Qué te hice? ¿Qué ocasion te dí para tal atrevimiento? ¡Ay, hijo querido! ¡Ay, Onofre amado, quién te llevara nueva de tanta amargura como tiene la congoja en que queda tu padre! Así que acabó la última razon de las que he referido, vi que del cuarto de mi hermana salia un hombre diciendo: Para que sientas y penes, te dejo la vida, bulto caduco. No hube menester preguntar la causa, pues conocí á mi enemigo, á quien dije: Onofre soy, Dios me ha guiado aquí, solo para castigar tu loco atrevimiento, pues aun con la muerte no has de satisfacer á tan grave ofensa como la que has cometido. Ofrecíme con la espada desnuda, y recibióme tirando un pistoletazo; pero á quien Dios guarda en vano se le oponen fuerzas humanas. Faltóle la piedra, bastante desengaño, pues aun las piedras sienten la alevosas intenciones, sin ayudar á quien las comete. Si el hombre falta á los mandamientos de Dios, ¿qué mucho que falte una piedra insensible, para dar luz á su malicia? Soltóla en el suelo, echando mano á la espada, que así que la sacó le saqué la vida por la puerta que le abrió una estocada que le atravesó las entrañas. ¡Muerto soy! dijo, á tiempo que vi á mi lado á mi amigo, diciendo: Antes moriré que dejarte. Soseguéle, guiando los pasos adonde habia oido á mi padre, hallándole en el suelo, que así que me vió me ofreció los brazos, diciendo: Levántame, hijo querido, que no te quiero preguntar quién guió tus honrados brios para mi defensa, pues conozco que ha sido obra divina. Levantéle del suelo, y aunque algo turbado, noté que echó la mano á la una mejilla, y luego la miró. A quien pregunté qué era lo que hacia; y me respondió: Admírame de que tan presto hayas lavado mi afrenta, pues pidiendo sangre se habia asomado al rostro con las muestras de lo que pedia. No hube menester oir mas, para volver adonde mi enemigo, triste cadáver, yacia, y sacando un puñal, le corté la atrevida mano: y como el caso no pedia dilaciones, aunque pude llevar el cuerpo donde, cuando fuese hallado, no se supiese quien habia sido el dañador, no quise sino que se viese castigada su osadía dentro de mi casa. Tenia mi padre una hermana monja en un convento de Nápoles, donde aquella noche se recogió mi hermana, y donde despues quedó monja con todo el dote que pidió el convento. A mi padre, en los brazos de mi amigo y los de un criado, llevé á mi retraimiento, y luego entre todos procuré poner en guarda la hacienda mas importante, y los dos criados que, aunque no tenian culpa en lo que yo habia hecho, bastaba el ser mios, y no era razon dejarlos en manos de la justicia, pues, contraria á la naturaleza del rayo siempre quiebra su enojo en los humildes, no como el rayo, que busca lo mas levantado y copetudo donde ejecutar su golpe.

Pasó aquella noche tan llena de tragedias para mí, y vino el dia,

donde descubierto el caso fueron tantas las diligencias de la justicia, que vinieron á saber donde estaba, y para sacarnos á mí y á mi padre del retraimiento alcanzaron licencia del virey. Llegaron estas nuevas á mi padre, tan de proviso que hallándole lleno de sustos y falto de quietudes, se apoderó de sus flacas fuerzas la muerte, en espacio de veinte y cuatro horas. Enterróse en el mismo convento, y yo acompañado de mí amigo y dos deudos suyos, que habiendo sabido mi historia se fueron á mi amparo (accion en fin española), salí del convento, y fuí hospedado en casa del uno, á quien debí mi libertad por entónces, pues no era posible salir de Nápoles por las prevenciones que para cogerme habia. Pasó aquella primera rigurìdad, y ya mas sosegado ordené el ausentarme de mi patria, pues no habia otro medio mas conveniente, y despedido de mi hermana, en cuya compañía quedó la criada, pasé á Roma con el criado, y á pocos dias que pisé sus hermosas calles, en una conversacion oí alabar la corte del gran monarca de España, lo afable y cariñoso del trato y conversacion de sus hijos, lo milagroso de sus templos y lo real de sus calles y casas, apoderándose en mí el deseo de verla; ordené mi viage (solo sin el criado, que le dejé acomodado en Roma); logréle, aunque con hartos sustos y penas, que despues de muchos dias de viage en el mar, habiendo pasado gran tormenta, viendo que nuestras vidas se habian juzgado muchas veces, impensadamente nos hallamos en el puerto de Cádiz, donde desembarcado pasé á Sevilla; y pareciéndome bien, estuve en ella algunos dias, hallando amigos, que el que vive honestamente en todas partes los halla: y una tarde que el demasiado calor convidaba á desamparar las casas, por gozar de un fresco viento, salí al arenal, acompañado de dos amigos, y apenas le hube pisado cuando ví que dos hombres (así de palabra como de obra) habian maltratado á una mujer, la cual se vengaba con razones, propia accion de femenil brio: y como nos miraba atenta, como quien procuraba favor, volvieron á ella, renovándola el sentimiento á fuerza del dolor; y pareciéndonos mas cobardía que bizarría de varonil ánimo, los procuramos reparar con razones corteses; pero ellos, que la cólera que tenian les pareció la habian de ejecutar con nosotros como con la mujer, empuñando sus espadas dijeron: Excusada diligencia será vuestra defensa á nuestro mucho valor, y mas conociendo el que sin duda os importa esta mujer. Acometiéronnos sin mas causa (sin duda estaban ciegos, pues cualquier hombre lo está si se deja vencer de la pasion); no se meneaban mal si los acompañara la razon, pues no hay escudo mas fuerte para la defensa. El que á mí me cupo me tiró á los primeros tiempos una estocada, sin acordarse de reservar fuerza para la ocasion; pues arrojándose tras la espada, con muy poco desvío que hice en la mia, se estrechó tanto que, alcanzándole con la daga, le pasé el pecho. Muerto soy, dijo, á tiempo que el que lidiaba con mis dos amigos, abierta la cabeza, procuró aprovecharse de los piés. Fué nuestra fortuna corta; pues habiendo salido aquella tarde alguna justicia de Sevilla á cierta diligencia, y no habiéndola logrado, al volverse llegaron tan cerca de nosotros, á tiempo de el suceso, que sin podernos ausentar rendimos las espadas (que la obediencia á la justicia nació de pechos nobles). Fuimos

presos, llevándonos á la cárcel, donde en un encerramiento pasamos harta pena, y mis dineros y joyas harta crujla, pues su favor y el que mis amigos tuvieron (por medio de buena gente que valia en Sevilla) nos minoró la sentencia su desapasionado tribunal, en cuatro años de un presidio. Ofrecióse viage á Larache, por haber otras personas que llevar, y fuimos de los nombrados en esta leva. Entramos en él con brevedad, por ser corto el viage: como la fortuna es varia y aunada con mi estrella, tomaba sus liciones. Sucedió que una tarde, saliendo por seña ocho soldados, y llevando de guarda veinte, nos asaltaron de improviso cincuenta moros cosarios, y despues de haber peleado algun tiempo, con pérdida de ambas partes, nos rendimos diez hombres que quedamos, á veinte moros, que nos sujetaron á su forzosa servidumbre; embarcáronse en una chalupa, y maniatados y maltratados nos llevaron á Argel, donde en su zoco ó plaza de mercados fuimos vendidos á público pregon. No fué mi suerte en todo mala, pues aficionado de mí me compró el presidente del divan ó consejo, llamado Ceni, en cuyo servicio estuve treinta meses, en los cuales no falté dos de su lado. Amábame notablemente, era entendido, ladino español, y díjome haberse criado en Madrid, y habiéndole referido mi peregrina historia, y el deseo que tenia de ver la córte de el gran Leon de España, movido de mis justos deseos, me ofreció libertad en la primera ocasion que hubiese, diciendo que ántes de muchos años permitiese Alá viese él la Puerta del Sol de Madrid. Cumplió la promesa que me hizo, entregándome á la piadosa redencion de los religiosísimos cuanto observantes mercenarios, en cuya compañia vine á este lugar, donde he encontrado con este amigo, de que doy mil norabuenas á mi dicha, pues he conocido en él grande amor á su prójimo, y un discurso desinteresado, pues solo le mueve la caridad y la pobreza como propia.

Muy gustoso habia escuchado Teodoro (que este era el nombre del padre de Laura) á Onofre, y agradecido le ofreció de nuevo que podia mandar en su casa como propia, á quien suplicó que, no siendo otro intento el suyo mas que ver á Madrid, lo podia hacer en su compañía. Agradeciólo Onofre con muy corteses razones, y Teodoro, para que conociese lo agradecido que le estaba, ordenó que mudase de trage; y aunque se excusó lo posible, le vencieron los ruegos de toda la gente de la casa, que ya le habian cobrado amor.

Cada dia iba Onofre manifestando mas claramente su afable condicion, con que Teodoro se determinó á declararle su intento, que era el que se quedase en casa, y así un dia, en compañía de su esposa (habiendo reparado en los ojos de Laura, que algo licenciosos los permitian hiciesen reparo en el buen talle y corteses atenciones de Onofre), le dijo así: Cierto, amigo, que ha dias que batalla mi pensamiento con un empeño bien grande, donde forzosamente ha de haber juicio, y habiendo conocido que vuestro entendimiento es capaz, me he determinado de haceros juez, para que sin pasion lo juzgueis, y por no dilataros el informe, es así. Un hombre deste lugar, de razonable poder, se halla obligado á otro, por favores que le debe, siendo tales que los que confiesa son la quietud

y la hacienda, y me alargo á decir que el vivir conoce este hombre que no es bastante paga á tanta deuda, ofrecimientos ni agasajos; y así, entre las mejores prendas de su casa, una, la mas estimada de todas, que tambien confiesa el deberla, está determinado de darle, pareciéndole no tiene otra paga que equivalga á sus merecimientos, y para esto os he hecho juez. Determinad qué os parece, que lo que vos difiniéreis ha de ser. Bien conoció Onofre, desde el primer fundamento, en las razones de Teodoro que en aquel juicio era juez y reo; y tambien la memoria le acordó lo que dijo Juanillo la noche ántes haber surtido, y viendo tan buena ocasion, pareciéndole para admitir tal prenda, no habia necesidad de informes, pues la bondad es como la hacienda, que luego se conoce donde la hay. Respondió así: Mi parecer, señor, es, que sin saber muy seguramente el que sea capaz y merecedor este hombre de la prenda que decis, no se la deis; y creed que os hablo como dueño. Examinado tengo, dijo Teodoro, el que la merece. Pues si vos gustais de eso, replicó Onofre, por cosa vuestra, es fuerza la trate bien, y en siendo propia la estimacion es debida; y así al dichoso que tal prenda aguarda bien podeis creer que las horas se le harán siglos. No hubo menester Teodoro oir mas para levantarse, y abrazar á Onofre, declarando su intento mas á la luz, quedando la esposa de Teodoro contenta, Laura gustosa, y Onofre tan agradecido que se queria arrojar á los piés de Teodoro, que dándole nombre de hijo, ordenaron las bodas con gusto de todos: ofreciendo á Juanillo el ampararle en cuanto viviese, y abrazándole Onofre, le dijo: Como amigo me has de tratar, que en cuanto yo viva seguro tienes mi amparo, pues no era razon dejar en la calle á Juanillo el de Provincia, ni entre los sueños del olvido del dia y noche de Madrid.

VIRTUD AL USO,

Y MÍSTICA A LA MODA,

DESTIERRO DE LA HIPOCRESÍA, EN FRASE DE EXHORTACION A ELLA;

EMBOLISMO MORAL,

EN EL QUE SE EPACTAN LAS AFIRMATIVAS PROPOSICIONES EN NEGATIVAS, Y LAS NEGACIONES EN AFIRMACIONES,

Por don Fulgencio AFAN de RIBERA (1).

A LA SEÑORA

DOÑA ANTONIA MANRIQUE DE LARA,

PRIORA DEL ILUSTRÍSIMO CONVENTO DE LA ENCARNACION, DE LA CIUDAD DE AVILA.

SEÑORA,

Desde que vuestra señoría me elevó á la honra de nombrarme por mayordomo de las mas preciosas alhajas de su convento, ha vivido avergonzado mi agradecimiento por haber carecido de ocasiones en que darse á conocer. Con el motivo de mi ministerio he merecido desfrutar el apreciable frecuente trato con vuestra señoría, y aunque su elevado juicio es insondable por mi tan limitado talento, he llegado á comprehender que reside en vuestra señoría cierto sidérico númen de distinguir espíritus, como tambien facilidad en la comprehension de genios, con no sé qué especie de ceño á todo lo que huele á superficiales inanimadas exterioridades. ¡Pero cómo no ha de saber distinguir de espíritus quien desde edad de tres años le tuvo (como si al tres se le añadiera un cero) para dejar un suntuoso palacio por la estrechez de una celda, trocando los ricos brocados por una humilde estameña, renunciando dilatados dominios por una ciega obediencia, sujetándose á ser man-

(1) Esta obrita no es propiamente una novela, pero basta que tenga hasta cierto punto la forma de tal, para que esto, unido á la consideracion de ser libro raro y al que ha dado cierta celebridad la circunstancia de haber estado rigorosamente prohibido, nos autorice á incluirle en esta coleccion. Don Benito Maestre, bien conocido por sus grandes conocimientos bibliográficos y por su preciosa librería, riquísimo depósito de novelas antiguas y modernas, el mas completo sin duda que se conoce en España, la reimprimió en 1835. Ya en 1820 se habia reimpreso con este título: *El hermano Carlos del Niño Jesus.*

dada la que dejaba estados donde seria obedecida, admitiendo preceptos en lugar de vasallos! Bien conocidos son en la Europa los altos heróicos timbres de los señores condes de las Amayuelas (de quien vuestra señoría es hija legítima), cuya delineacion, si yo la emprendiera, pudiera tener visos de agravio, pues era como intentar poner coto á lo noble, y agotar un océano que forma sus crecientes de arroyos de sangre real, con que se ceban sus venas.

Luego que vuestra señoría llegó á la requerida edad para ser priora, fué electa por tal con universal aceptacion de todo el cuerpo del capítulo; y de tal modo desempeñó las obligaciones de su oficio, batiendo las dos alas de religiosidad y prudencia, que siendo estatuto y ordenacion pontificia de ese convento, que ninguna priora pueda ser reelecta, acudió esa ilustrísima comunidad con reverentes súplicas á la silla apostólica, pidiendo dispensacion para poder reelegir en priora á vuestra señoría, la cual obtenida, en su virtud ha sido vuestra señoría reelecta muchas veces hasta hoy, sin que sus súplicas á los prelados hayan sido bastantes para exonerarse del yugo de la prelacía, teniendo presente los señores prelados que en la persona de vuestra señoría tiene ese ilustrísimo convento una digna sucesora de santa Teresa de Jesus, manteniendo en su punto la regular observancia que dejó planteada aquel abrasado serafin (antecesora de vuestra señoría) en el tiempo que la última vez fué priora de ese convento.

Contemplo ser motivo de justicia que una obra dirigida á desterrar la peste de la hipocresía con frases que en la realidad es lo mismo que practican, para que descubriendo las tramoyas se huya el cuerpo al engaño, se le ofrezca y dedique á quien, por ser sucesora de la doctora mística de la Iglesia, estará muy diestra en rechazar las invasiones de los qué profesan estas desnudas místicas exterioridades. Me pondré en la matrícula de los felices si esta obrilla (parto de mis divertidas ociosidades) mereciese el grado y proteccion de vuestra señoría, á cuyos piés quedo con el debido rendimiento. Dios prospere á vuestra señoría por siglos, y corone de felicidades.

Madrid, y mayo 30 de 1729.

Besa los piés de vuestra señoría su mas favorecido criado y servidor,

Don Fulgencio Afan de Ribera.

PRÓLOGO AL LECTOR.

Con el motivo de haber venido á esta corte á la prosecucion de un pleito matrimonial, que tengo pendiente en la nunciatura (porque estoy resuelto á morir degollado ántes que casarme), en uno de los cuartos del meson del Peine (que es mi pobre morada), uno de los despojos que habia dejado mi antecesor habitante (á mas de un poco de sarna que me dejó en las sábanas, por lo que me acuerdo de él muchas veces al dia) fué un pliego de papel cuyo título era: *La Virtud al uso, y Mística á la moda.* Leílo, y su contenido me picó en la fantasía, aun mucho mas que la sarna (que tengo) en el cuerpo; y como (gracias á Dios) la bendita leyenda caia en varon constante, preocupado con la misma melancolía (por haber vivido muchos años entre un grandísimo atajo de bribones y bribonas que hacen trato de la virtud, unos para *comer*, otros para *gobernar*, y otros para *suponer*) saqué mi navaja y corté la pluma. Las especies me bullian, y como bandadas de pájaros me

levantaban el casco de mi poco seso. Entre si escribo ó no escribo se me acordó una noticia que oí á mi abuela; y fué que en sus tiempos estaban tan validos los libros de las caballerías, que eran el único y total embeleso de las gentes; y para su destierro los señores obispos tomaron diferentes providencias, ya enviando misiones, ya expidiendo cartas pastorales; pero nada aprovechó, hasta que Cervantes tomó la pluma y escribió los libros de Don Quijote: ¡cosa rara que lo que no pudo conseguir la desnuda verdad, voceada de los prelados y ministros eclesiásticos, fué reservado triunfo á la débil armadura y esfuerzo de una ingeniosa ficcion! Si yo, ó cualquiera otro, quisiera solicitar el destierro de estos bergantes, con serias sentenciosas cláusulas, los engañados se quedarian en su engaño, y los engañantes en su engañadura y garatusa: pues ropa fuera, dije, y veamos si lo que no puede vencer una desnuda verdad, puede ser trofeo de una bien vestida ficcion; si lo que no pueden las veras, pueden alcanzar unas bien afectadas burlas. En este pensamiento estaba, cuando entró en mi cuarto un notario apostólico, con su golilla (acreedora á todos los piojos del hospital general), y me notificó un auto de traslado de mi perseguidora novia: yo que estoy á dar largas al pleito, por ver si este demonio, cansada de esperar, se desespera, en todo traslado me mamo los nueve dias de las tres rebeldías que se me acusan. En este término escribí lo restante al pliego que hallé: alla vá, léelo, si quieres; y sino, déjalo estar, que al cabo, con lo que me pone á la mesa mi mesonera del Peine, y con la otra mitad que me hurta, lo pasaré honradamente, hasta que en mi pleito se dé sentencia definitiva; la que, si fuese favorable, me ahorrará de pesadumbres; y si fuese adversa, en Roma me hallarás, siguiendo en la Rota mi defensa; y finalmente, todo lo peor que podrás ver en mí será verme en las galeras del papa ó ahorcado; pero casado, cristiano lector, no me verás, porque tengo á mas infelicidad lo segundo que no lo primero. A Dios, amigo, y encomiéndame á Dios, que si alcanzases de su Magestad que yo me vea libre de esta mujer, yo conseguiré de la santísima Trinidad que tú te veas libre de caer en manos de la justicia; y siendo esto así, no sé yo cual de los dos quedará mejor. A Dios.

CARTA PRIMERA.

DON ALEJANDRO GIRON A SU HIJO EL HERMANO CARLOS DE EL NIÑO JESUS.

Hijo mio, escribir direcciones para instruir una juventud y labrar un grande hombre, empleo ha sido de hombres grandes. Don Gabriel Vocangel escribió un romance que empieza:

> A la córte vas, Fernando,
> Noble, heredado, y mancebo,

dirigido á un hijo suyo, y está bien escrito, por vida de Euterpe. Un don Fulano Losada, colegial mayor de cierto colegio, escribió otros documentos para un hermano suyo, que se las apuesta á Vocangel, á fe de poeta honrado. Otros papelillos y librotes andan por ahí, para niñas y mozas, con mil cositas; todo esto en romance, que en latin (si yo lo

entendiera) es una bendicion de Dios lo que hay; pero he reparado que todos conspiran en formar un caballero andante, deshacedor de tuertos; y allende de esto, ninguno le señala renta para comer. Considerando yo esto, viéndote ya en edad, bien nacido (pues nada se quedó sin nacer), y sin medios, me afligia, por no poderte acomodar, hasta que se me ofreció un gran pensamiento. Has de saber que yo leí uno como tratado de la *Virtud al uso;* y habléndome gustado, la puse en práctica, y con tan buen pié (el señor sea bendito) que con ella y lo que yo adelanté, he tenido desde entónces una vida mejor que canónigo. He sido estimado de los necios, aplaudido de los camándulos, no mal recibido de los discretos, regalado de los simples, admirado de las beatas, y celebrado de las embusteras; con que viendo lo útil de este estado y lo poltron de esta vida, he resuelto acomodarte en ello; porque tú eres tonto tan sustancialmente, que con dos pistos tuyos se pueden corroborar cien necios: y esta es una partida muy esencial para el empleo, porque en un místico á la moda se cuenta lo necio por santidad, lo tonto por virtud, y lo simple por candidez. Digiere bien estos diez y ocho documentos, y te hallarás hecho persona en cuatro dias, sin verte necesitado á desearme la muerte, para ser hombre acomodado con mis póstumas riquezas.

DOCUMENTO PRIMERO.

Lo primero que has de hacer es reformar el trage, zapato ramplon, rosario grande, medallas que metan ruido y libritos de devocion. Lo exterior del vestido, ni compuesto con afectacion, ni puerco con cuidado; pero no descuidarse en que el interior sea bueno. Ropa delgada en verano, y telas que abriguen bien el invierno; el paso grave; la cabeza algo inclinada hácia los piés; los ojos entre abiertos y cerrados; la frente algo arrugada, en postura de pensativo: y cátate hecha la figura mística, y nos hallamos de la noche á la mañana con un hombre virtuoso en casa, sin saber cómo, ni cuándo, ni por dónde nos ha venido tanto bien. En las iglesias has de estar siempre de rodillas: trabájenlo ellas, pese á su alma, que obligacion tienen á ello, segun dice una filosofía; pues afirma que por el bien del todo debe trabajar cualquiera parte. De cuando en cuando un suspiro, y sonar las medallas, es muy del caso: date muchos golpes de pechos á puño cerrado y recio, que suenen, con el consuelo de que, si lo siente el pecho, luego se alegra el estómago; besa la tierra muchas veces; pon los ojos muy abiertos, y fijos en una imágen, mirándola sin pestañear, y si pudieres echar cuatro lágrimas, ejecútalo, porque eso menos tendrás que mear.

DOCUMENTO II.

Debes tener mucho cuidado de recoger en cualquiera contingencia de cosas lo que pudieres para tí; cuida bien del individuo, y si pudieres ejecutarlo con mucho secreto, y sin que te cueste blanca, hazlo, y no olvides la especie: todo lo que fuere conveniencia propia, dí que no lo deseas, pero solicítalo con toda eficacia. Cuando pretendas algo para tí ó para tus parientes, en viendo que no se compone bien la cosa, clava los ojos en una pintura de las que hubiese en la pieza, y haz una exclamacion; *verbi gratia:* ¡O buen Francisco, y qué ageno vivistes de estos devaneos y vanidades que el mundo aprecia! En asuntos de pillage, tener muy presente aquello de *la caridad bien ordenada*, etc. Tambien en materia de dar, procura que sea poco, á menudo, y en público, ponderando tus buenos deseos de dar y tu falta de medios. Dos exclamaciones, mirando al cielo, valen un millon en estas ocasiones; *verbi gratia:* ¡O válgame Dios, quien tuviera mucho que dar! ¡ó ricas, y lo que perdeis! En atravesándose un interés tuyo, buscar un pretexto místico, y apretar con ello, que en estos casos es teson cristiano la porfía para agarrar. Si acaso por esto, ó por otro motivo alguno, te censuraren de hipócrita ó embustero, trata de echar cuatro reniegos en secreto natural, y llevarlo con paciencia, diciendo: *Mas padeció Dios por nosotros*, y que *siempre la virtud es perseguida*: que como tú logres el alma del negocio, importa poco el negocio del alma.

DOCUMENTO III.

Debes, hijo mio, ser muy desvergonzado, con los ojos bajos, que en siendo con capa de virtud se llama *libertad cristiana*. Si mientras das el pildorazo dijeses ó usases tres ó cuatro veces de esta voz *verdaderamente*, en solfa y tono de ponderacion, harás creer que rebosas mas celo de la honra de Dios que el mismo Elías. Murmurarás de todos, pero cuidado con los *peros*. Quiero decirte que entres alabando, mas luego echar el *pero*, que esta es la quinta esencia de la murmuracion. Ejemplito: Tiene Fulano bellas prendas, lindo genio, *pero* me quiebra el corazon el ver que, etc.; apretarle bien la mano con el *pero*, hasta no dejarle hueso sano, y concluir diciendo: Ya lo encomiendo á Dios, que lo traiga á verdadero conocimiento. ¡Ay, Dios mio, su magestad le dé su salvacion para el alma! Has de murmurar de lo pasado, de lo presente y de lo futuro (nota bien esta máxima). Murmurando de lo pasado, te acreditas de noticioso, y echando la contera de aquello de ¡ó, y lo que habrá visto!

¡ó si volviera al mundo! pasa plaza de virtud, con farfalaes de revelacion. Murmurando de lo presente, te declaras corrector general del mundo, con gages de desengañador. Murmurando de lo porvenir, te acreditas de místico en infusion de profeta. No creas que nadie es bueno, sino tú, y los que te imitaren: á todos los que no fueren por donde tú, desprécialos como pecadores; pero siempre con palabras místicas, que con eso te tendrán muchos por santo, y Dios por fariseo. El dictámen tuyo no lo depongas, aunque te lo predique san Pablo, porque en lo malo ó en lo bueno el ser inflexible es cosa de ángel. Si las razones (por milagro de Dios) te hiciesen fuerza, resístelas como tentacion del demonio, y responde con medias palabras, que suenen á revelaciones y misterios; *verbi gratia*: Eso es verdad, pero yo tengo otros motivos; en lo natural hace fuerza, pero no hay fuerza contra Dios; tiene eso otros principios mas altos. Con esto al hombre mas advertido volverás en tres semanas loco.

DOCUMENTO IV.

La conversacion es el contraste para calificar personas, pero para todo hay reglas. Nota estas: Si hablares con hombres eruditos, críticos y discretos, habla poco, y eso del juicio final, de la muerte y del infierno, con cuatro suspiros entripados, un ejemplo que eche chispas, y los dejarás á todos hechos unos monos; porque estas verdades mazorrales, sin venir al caso, no tienen respuesta ni contraresto. Has de decir mal de todas las ciencias naturales y artes liberales; pero nunca te metas en dar razon de eso, sino decir que saber salvarse es la verdadera ciencia, que en el infierno hay muchos doctos, pero ninguno santo. Si pudieres tener de memoria algunas autoridades de algun santo (que mal entendidas hay algunas) contra astrólogos, poetas y humanistas, darles luego con ellas; y si las quisieren explicar, decir que son cavilaciones de el demonio, y mudar luego de asunto. Con hombres doctos y serios te encargo mucho que en no siendo herejía apoyes todo cuanto digan; y de cuando en cuando decir: Lo mismo dice santa Teresa; lo propio afirma el venerable Puente; y luego dos cositas de las agonías de la muerte, y del juicio universal, que con eso, aunque no logres opinion de docto, queda en duda el crédito de místico. Con los tontos habla mucho de Dios, y pondérales la sagrada Escritura. Con los habladores no porfíes, porque ellos por hablar porfiarán contra la santísima Trinidad. Déjales decir, y luego embócales la muerte, y el infierno, y queda la plaza por tuya. Con las mujeres has de contar muchos ejemplos de Belarmínio, devociones y oracioncitas, para al tiempo de acostarse; y algunas indulgencias para la hora de la muerte, suspirar un poco, y que rezen mucho; con eso las acabas de hacer locas, formando de tí un gran juicio.

DOCUMENTO V.

Los señores tienen el primer papel para representar tu honra y provecho, porque para la opinion los sigue el vulgo, y para dar son ricos. Con estos has de introducirte por una cosa que regularmente les falta, y por otra que comunmente les sobra. Fáltales succesion á los mas, y es raro al que no le sobran pleitos. Promételes de parte de Dios succesion para su casa, y favorables sentencias en sus pleitos: que si no sale como tú dices, con un no conviene, metido en la vaina de dos suspiros, se subsana todo. A las señoras, imponerlas en unas devociones breves, ponderándolas mucho su eficacia: decirles que no ayunen mucho, ni se maten, porque sus personas son muy necesarias en la república. Contarles algunos ejemplos de reinas y señoras que entre galas, carrozas y sainetes, se han ido al cielo. Échales algunas profecías en bruto; *verbi gratia*: ¡Ah, señora, lo que Dios le tiene guardado, ó lo que hemos de ver! no ha de ser solo Abrahan en el mundo. Todo esto á ojos cerrados, sin olvidarte de aquello de: Yo soy gran pecador, pero eso no obstante, gasto mis ratos en encomendarla á Dios. Si encuentras con alguna persona beata, con presuncion crítica (Dios te saque bien, hijo mio) leida en Belarminio, en el Espejo de cristal fino, Vida de san Patricio, los catorce romances, y sus retazos de la Madre de Agreda, alábale mucho su entendimiento, dile mucho mal de las comedias y de los Quijotes pisaverdes; pondérale su aplicacion, y concluye diciendo: Si todas las personas principales se aplicáran así, ¡qué distinto estuviera el mundo!

DOCUMENTO VI.

Una de las principales columnas en que estriba el edificio de esta mística bribonica, es el que hagas creer ser un hombre de una sinceridad columbina, y de una candidez inculpable. Esta bola se emboca en las conversaciones con los señores, pero mas bien con las señoras. El modo ó pala con que dispara es no formalizarte nunca en el tratamiento de las personas, haciendo la punterla muy alta para las medianas, y muy baja para las muy altas. Ejemplito: A las que no tienen mas que *señoria* ó solo la tienen en crepúsculos (como las mujeres de los oidores, á quien se les da de limosna, y los litigantes por necesidad), á estas á la primera palabra llamarlas *su alteza*; hasta otro rato decirlas *su excelencia*; y si la conversacion fuere muy larga, espetarles *magestad*. A las señoras de primera magnitud, que tienen *excelencia* á cielo raso y á cuerpo descubierto, las tratarás de *su merced*; míralas á la cara, y una ligera risa que notarás es evidente señal de que ya prendió la yesca de tu fingida sim-

plicidad: entónces acude de recio con un ***su reverendisima***, que te la dejes temblando, y suelte la risa, basta mearse. Síguese ahora el exámen de tu simplicidad, al crisol de la experencia. Esta suelen fabricarla las doncellas de labor, y los pages de antesala, llevados de las ponderaciones de tu sinceridad, que han oido celebrar á sus amos al palillo de la mesa. El modo de fabricarla es, ó será, proponerte unas bien pensadas mentiras, que excedan todos los límites de la humana credulidad; en este caso has de hacerte cruces del prodigio, ó de lo extraordinario del suceso, dando á entender que lo bas creido poco menos que artículo de fé; y en caso necesario, y si la mentira lo permite, te has de empeñar en que quieres ir á verlo. Luego estos criados cuentan el caso á sus amos, festejan su credulidad, auméntase su buena fe, y crece como espuma tu buena opinion. Sentada esta baza, tienes letra abierta para agarrar todo cuanto te se antojase, y una mina de chocolate, tabaco, oro y plata, sin tener el trabajo de cavar con un azadon; y te aseguro que en pocos años podrás disputarle las riquezas á Creso.

DOCUMENTO VII.

Tendrás dos confesores, uno para el gusto, y otro para el gasto. Mas claro, uno para tu buena opinion, y otro para que lleve los talegazos de tus fechorías. Eres tan tonto que no me fio de tu necedad para la inteligencia de esta importantisima máxima: quiero decir que has de tener dos confesores, para fregar con el uno, y enjuagar con el otro. Vayan dos cuartos á que no me has entendido. Mira, hijo, has de buscar un hombre docto, de mucha fama y opinion en la corte, de estos que tienen planteadas tres ó cuatro pretensiones en la cámara, y acuden mucho á la Covachuela, y que sea ***hombre de rompe y rasga.*** Asimismo has de buscar un clerizonton, capellan de un hospital, ó confesor del Buen Suceso: con este bas de confesar tus picardegüelas; esto es fregar. Para enjuagar irás al sabiondazo, gimiendo y llorando, quejándote de las sequedades que padeces en la oracion, ponderando que son tales que no te da Dios impulsos para formar ni un acto de atricion. Le pedirás licencia para delatarte á la santa inquisicion por herege, pues te hallas en tales tinieblas de lo sobrenatural que casi casi te atreverás á jurar que no tienes fé; porque imaginas que el misterio de la Encarnacion (cuando en la oracion te pones á considerarlo) es una quimera; y como si fuera quimera tal, así sacas los afectos, sin que tu espíritu halle motivo alguno de amor, ni agradecimiento á tan imponderable beneficio. Dirásle tambien que la muerte y pasion de nuestro redentor Jesucristo te se representa como una fábula, sin que la continuada meditacion de sus misterios sea bastante á mover tu voluntad al mas mínimo afecto de compasion; y luego poner por materia (de la vida pasada) la última mentira que echaste, pues aunque fué en materia leve, haces memoria que la dijiste con plena ad-

vertencia y deliberacion. Válgame Dios, qué angélica conciencia! dirá entónces tu confesor. Entónces tu sabiondo confesor procurará sacarte de esos escrúpulos, y te alentará á la perseverancia. Otras tres ó cuatro veces volverás con estas boberías y fingidos escrúpulos. Declarado ya por quieto en ellos, volverás con otro mayor. Irás á pedirle licencia para cortarte la lengua con unas tijeras, porque haces memoria de que, siendo muchacho (cuidado con esto de *muchacho*, no se entienda que tu virtud es de ayer acá), enredado con unas mozuelas, las dijiste unas palabras poco decentes, y que no discurres otro medio para dar satisfaccion al Señor si no es este, y que parece que Dios te da luz para que así lo ejecutes, respecto de que en la oracion, ni fuera de ella, no te se borra de la memoria esta especie. El hombron sabiondon procurará disuadirte, diciendo que es tentacion conocida : otras tres ó cuatro veces volverás, instando sobre esto mismo, y cada dia irá tu confesor formando mejor juicio de tí. Sosegado ya de esto, irás á pedirle licencias que excedan los términos de la prudencia, como son el que te permita estar tres dias enteros sin comer ni beber; que te consienta el tomar todos los dias dos disciplinas de sangre, etc. Supongo que el doctorado te irá á la mano en estos fervores; pero si acaso, por juzgar tu espíritu de clase especial, te diese las licencias que le pides, en este caso su merced se quedará en su casa, y tu te irás á la tuya, y te comerás buenas ollas y buenos gigotes; y en órden á las disciplinas, que el señor doctor te dé nalgas, ó si no que se zurre él, que para eso se ordenó de sacerdote de misa. El fruto que se saca de la práctica de este documento, es que el señor confesor, en los estrados, cuando oiga ponderar tu sinceridad, candidez y alegría en el Señor, dirá: Ven useñorías esa paz interior que manifiesta, pues solo el que está aquí sabe lo que ese pobrecito padece. Con esto queda confirmada tu buena opinion, te tienen por santo, y ruede la bola, que miéntras rueda no es cinca.

DOCUMENTO VIII.

El cuarto, ó aposento de tu habitacion, será el recibimiento de las visitas, porque al olor de tu buena opinion irán unos á darte cuenta de sus trabajos, otros á encomendar en tus oraciones la salud de sus enfermos, y otros para que encomiendes á Dios á sus recientemente difuntos. El adorno de tu cuarto será un fiel testigo de tus buenos ejercicios, y así las paredes estarán llenas de estampitas, y á proporcionados trechos algunos cilicios de diferente echura, y no les endures el hierro, pues bajo del supuesto de que han de quedar vírgenes, cuando tú salgas de esta vida, no los dejes quejosos, por libra de hierro mas ó menos : unas disciplinas colgadas, ya de hierro, ya de cordel, hacen mucho al caso. Tendrás dos camas, la una será una desnuda tarima, y por cabecera una piedra, como medio umbral de puerta, y encima una calavera : pondrás sobre la cama un cruzon de quince piés de largo, con su corona de espinas.

La otra cama constará de tres ó cuatro colchones, sábanas de delgado lino, y cabeceras de ruan ó cambray. La penitente cama llamará á la atencion del mas descuidado entendimiento, y concebirán que es sitio de tu penitencia; pero les moverá la curiosidad á preguntarte : ¿Quién duerme en la otra? A lo que responderás con taimado fingido disimulo : En esa penitente cama duerme cierto amigo mio, que suele acompañarme en mis espirituales ejercicios, y en otra duermo yo, por ser de espíritu mas tibio. Yo te aseguro que, aunque haya estudiado sumulas el que te hizo la pregunta, ha de sudar sangre primero que sacuda esta garrocha : llegará á creer, como artículo de fe, que tú eres el que duerme todas las noches en la desnuda tarima y que la otra cama es cama *solo de perspectiva*, para disimular tu silenciosa verdadera penitencia, y que tu virtud va fundada sobre los sólidos fundamentos de una verdadera humildad, y que esta es la que te obliga á hablar anfibológicamente, diciendo que en la cartujana cama duerme un *amigo tuyo*, porque los místicos de nuestra profesion no reconocemos mas amigos, ni tenemos mas dama, ni adoramos otro ídolo, que á madama *Conveniencia propia*, y á monseñor *Amor propio*, con su hermano el milor *Interés nuestro*, regoldando á todo esto en todas nuestras obras, palabras y pensamientos.

DOCUMENTO IX.

En el referido aposento tendrás un altarito, aseadamente alhajado, no con ricas preseas, pero con cositas muy curiosas y artificiosamente colocadas. En este tendrás puesta una imágen de ingeniosa escultura (de bulto, para que me entiendas) de un niño Jesus (este ha de ser tu apellido, y has de dejar lo Giron á un lado), y si puede ser haz que sea napolitano. Aquí es menester que reflexiones el documento VI. Mira, hijo, los místicos, para distinguirnos de los pecadores, cuando necesitamos nombrar á Dios ó á Cristo señor nuestro, usamos de esta distintiva voz : *el amo;* tú, para ir consiguiente en las expresiones y voces de nuestro gremio, has de apellidar á tu niño Jesus con las voces de el *amo mozo.* La práctica de este documento te la iré enseñando con ejemplitos, porque tu rudeza me pone en estos estrechos. Mira, cuando te se encomiende á tus oraciones la salud de algun señor enfermo, has de responder con tu acostumbrada fingida sinceridad, diciendo: Estos dias estamos algo enojados el amo mozo y yo, y no nos hablamos; pero yo me veré con el amo mayor, y verémos si se pueden componer reyertas. Esta respuesta con tan poco cuerpo tiene mucha alma. Virtualmente das á entender tus frecuentes coloquios con Cristo y el niño Jesus: de camino (y sin decirlo) publicas cierto retiro y sequedad con que Dios está ejercitando tu virtud (pues aunque sean pecadores, por lo que con motivo de curiosidad han leido en las obras de santa Teresa, especulativamente saben las entradas y salidas que hay en la Via Mística); con esto, sin que ellos lo sientan, les espetas, y desarrancas una lanza que les atraviesa el corazon de su

credulidad. Solicitarás saber todos los dias el estado de su salud, y si sanase dirás: Hartas quimeras he tenido con los dos amos, porque lo querian para sí; pero ya se dieron á buenas, y nos lo han dejado acá á su alteza. Esto dirás si es algun oidor; y si fuese algun grande de España, dirás *á su merced;* y cuidado con esto, porque es el crisma de confirmar candideces. Pero si se muriese, te harán cargo los de la casa con aquello de : Bravamente lo ha hecho el hermano Cárlos; bien se conoce que no le pagaba á su excelencia el amor que le tenia. Entónces has de responder: Bastantes quimeras he tenido con los dos amos sobre el punto; pero mejor está su eminencia donde se halla, que no en esta vida miserable : es el amo mozo muy amiguito de comer fruta en sazon. Dos bolas tan grandes como la del chapitel de santa Isabel embocadas de una vez, en solas cuatro palabras. La primera es que das á entender (sin peligro de quebrantar el silencio que guardas y debes guardar de los favores que Dios te hace) que hablas y tienes coloquios con Cristo y el niño Jesus, como los tenia Moisés con Dios. La segunda bola es que, sin decirlo, quedan entendidos en que has tenido revelacion de que el tal señor está ya gozando de Dios, aunque haya muerto con la manceba en la cabecera. ¡Tendrás cuidado de visitar los enfermos que tienen que dar de sí, y encargarles mucho que se encomienden en tu amo mozo, y tengan fe con él, que cuando está de buen humor sabe dar un gusto. Luego añadirás que el autor Biblia, de quien tienes hecho juicio que es verdad todo lo que dice, afirma que toda buena curacion viene de Dios, que se ponga con total resignacion en sus manos : y finalmente, que á Dios rogando, y con el mazo dando. Este es un conceptazo de primera clase. Explicaráselo así : Que se ponga en manos de Dios, como si no hubiera médico; que de tal modo se sujete al médico como si hubiera Dios. Si sanase, te hallas con un milagrito á la márgen, y manos libres para el *agarrantibus, per Christum Dominum nostrum.*

DOCUMENTO X.

Para coger el provecho (que ya te supongo con honra y crédito de santo) es menester su poquito de filis. Ten especial cuidado de echar unas bareticas en las conversaciones contra los que tienen apegado el corazon á los bienes temporales: otras, ponderando ciertas necesidades de que tienes noticia: otras, alabando la liberalidad y limosna. Procura persuadir con toda eficacia que todo es vanidad y tierra, que todo lo hemos de dejar acá, y solo hallaremos lo que hubiéremos repartido. Con esto, y con exclamar : ¡ Ha, si yo tuviera ! ó : ¡Las necesidades que hay ! Enternecerás un peñasco: te constituirán por alcahuete de limosnas, echarás el ramo por de dentro, y algo te se ha de pegar á las manos de la masa. Si acaso vieres á alguno inclinado á hacerte bien, di que necesitas de poco (y esto junto con el documento de las propiedades del alma, manarás en chocolate y regalos), que para alimentar este miserable cuerpo, para que sirva al espíritu, cualquiera cosa basta. En agarrando, dirás que so-

correrás tu necesidad, y lo restante para pobres, que tú sabes. Solicita con maña conocer los genios: al vano, alábale su bizarría; al místico, pondérale los bienes de la limosna; al compasivo, represéntale con viveza, ó tu falta de lo mas preciso, ó las agenas, extremas ó graves: y á rio revuelto ganancia de pescadores; al liberal, empeñarlo á que empieze; al miserable, decirle que todos le tienen por mezquino, pero que tú has sacado la cara por él cuantas veces lo has oido, y que en su defensa has dicho que no tienen razon, y que acusan neciamente su loable economía, y que no ser pródigo es virtud, como tambien el dar en las ocasiones es liberalidad; y será milagro si con esto tú no sacases leche de las tetas de un carnero. A los mayorazgos (que regularmente suelen ser grandísimos majaderos de rabo á oreja, por esencia, presencia y potencia) cuando les oigas decir una borricada, alábales su prontitud; pero no gastes mucha saliva en esto, porque estos tales, cuanto mas borricos son, suelen ser mas desdichados, sin saber leer en otro libro mas que en Salgado, *De Retentione Bullarum*, traducido en romance por el doctor *Primum mihi, secundum mihi, et tertium mihi*; y así con estas bautizadas bestias gastarás solo las generales de la ley, y aplicarte á los segundones y tercerones de las casas, que estos, aunque mas pobres, son discretos; y llevados de tu persuasion (ya por mi instruida), convencidos del peso de su entendimiento, has de sacar mas de ellos, siendo pobres, que no de los otros pollinos, aunque sean mas ricos. Pero en todo caso mas vale morir de atrevido que de cobarde; y así, ojo á espetar la *eternidad* de cuando en cuando: con esto verás que nada te falta, porque unos por liberales, otros por vanos, otros por compasivos, otros por necios (á trueque de no hacer cosa bien hecha en esta vida), y otros por ser acreedores á tus oraciones, irán socorriendo la plaza con lo necesario, y aun algo mas. Procura regalarte, y decir que nada te gusta, pero que es forzoso obedecer á quien te lo manda. Quejaráste de diversas dolencias, pero no les has de dar el nombre de *enfermedades*, sino de *ejercicio*, que Dios te da. Esto mira á tres cositas, muy importantes á nuestro intento: La primera es que con eso no echarán menos si tienes, ó no, muchas horas de pública oracion mental en la iglesia. La segunda es que, aunque te vean gastar rico chocolate, vino generoso, regalado carnero, chorizos de Estremadura, perniles de Galicia, perdigones de la tierra, y pollas de leche al tiempo, nadie lo echará á mal, porque lo considerarán como precito remedio, y ordenado régimen medicinal. La tercera, porque aun los mismos, construidos argos de tus operaciones, aunque tengan sus puntadas de místicos, te han de considerar en el estado de una *purgacion pasiva*, que en la via mística no es el peor estado. Dirás tambien que es precepto natural el mirar por la salud, y que por eso te regalas, aunque con bastante repugnancia, pero que *la obediencia es ciega*. Con esto, y con los documentos que yo te subministraré, como la ocasion lo pidiere, haz cuenta que tienes un mayorazgo en esta vida, que si en la otra te llevase el diablo, allá lo verás. A Dios, hijo, que me voy á descansar.

CARTA II.

EL HERMANO CARLOS DEL NIÑO JESUS A SU PADRE DON ALEJANDRO GIRON.

Venerable padre mio, mi señor y maestro. Recibí, seis meses habrá, la carta monita, místico bribonica de usted, y con ella una India, un Potosí, un Perú, un manantial de oro, plata y chocolate, un ramo del árbol de la vida, la verdadera piedra filosofal, que tantos han buscado y ninguno la ha hallado, y finalmente *es una funcion.*

Su merced me trata en ella (con la libertad de padre) de muy tonto, pues no soy tanto como á su merced le parece: en verdad que cierto amigo mio, y bien sabiondo, me asegura que como yo diera con él leccion de gramática seis ó siete años, que habia de llegar á saber tanto latin como un músico; y que si me metiera en estudios mayores, al cabo de diez ó doce años habia de saber tanta teología y predicadería como el suprior mas estirado; pero quién me mete á mí en estudiar ni uno ni otro, cuando solo con la observancia de los documentos de su merced me rio yo del arcediano de Toledo? Yo tengo un arcazon (que parece á la arca de Noé) lleno de chocolate generoso, un bolsillo de oro y plata de todas monedas; pues con esto, ¿quién me mete á mí en ponerme á declinar nombres ni papelillos? Háganlo eso los pecadores, y los que no saben la ciencia que su merced me ha enseñado.

Considero muy de mi obligacion darle á su merced cuenta de todos mis progresos. Habiendo puesto en práctica los documentos de mi padre, confieso que con el que he sentido muchísimo alivio para mi panza y bolsillo, ha sido la práctica de el documento sexto, en el que se me encomienda la ficcion de sinceridad y candidez; y en prueba de ello, referiré á su merced lo que habrá ocho dias que me sucedió. Como ya tengo bien sentada mi opinion de virtud, tengo letra abierta para encajarme en los estrados, aunque haya visitas: en esta suposicion, habrá de saber mi padre que el dia de San Isidro (con el motivo de ver la procesion que por la tarde con tanta solemnidad se celebra en esta corte) cierta casa de la plazuela de la Cebada (por la coordinacion de sus muchos y muy dilatados balcones) es golosina de la curiosidad de las señoras, para el mejor registro de ella: así que vi tanta gente de estofa, me metí allá, como piojo en costura; pero mi virtud hizo rancho, y me metí enmedio (como Pedro entre ellas, danzando la pavana); á porfía andaban sobre á cuyo lado se habia de sentar el hermano Cárlos del niño Jesus. Yo, por no descontentar á ninguna y contentar á todas, con cada una me arrimé un poquito, les contaba un ejemplito de el libro *Gritos de las ánimas*, y luego me mudaba con otra, y la encajaba aquello de, *caminando un ermitaño por una espesa montaña, etc.* Pasábame á otra, y la embanastaba un retazo de historia de la cueva de san Patricio: y así dí vuelta á todo el ga-

nado. Reconocí el campo, y habia señoras de todas suertes; unas eran mujeres de alcaldes de corte; otras de oidores del consejo de órdenes; otras eran señoras de títulos, recientemente impresos, que aun mantienen el nombre y apellido que tenian en el siglo; otras señoras habia, cuya grandeza y antigüedad se puede disputar con el mismo Adan. En esta confusion de cosas, tuve presente el citado documento sexto, y así á las primeras las dí el tratamiento de *su eminencia;* á las segundas, de *su alteza;* á las terceras, de *su majestad;* y á las cuartas, de *su merced.* Entre triple y bajo celebraban las buenas señoras mi simplicidad, y yo, en secreto natural, echaba el contrapunto con reirme de la suya.

Pasó la procesion, y la gente de la casa, dándose por agradecidos de haber tenido tan buenos huéspedes (aunque era un pobre guarnicionero) sacó el vulgar refresco de hospital, de agua de limon, azúcar esponjado y chocolate: yo me negué al favor, con el pretexto de mis dolores de estómago, flatos, destilacion y vaguíos, de lo que dí tan extensa relacion que quedaron todas lastimadas de mi trabajo: con esto emboqué mi bola, y renuncié gustoso una jícara para adquirir doscientas pastillas de chocolate; pero lo mas cierto es porque entre mi beata y yo teníamos dispuestas ciertas empanadas de tocino de Algarroba, con un buen frasco de lo que se pisa en Esquivias, para eso de las siete de la tarde, á puerta cerrada.

Concluido el refresco, se siguió un rato de diversion; y para que esta fuese mas cumplida, se empeñaron las señoras en que el hermano Cárlos del niño Jesus habia de cantar unas seguidillas. Yo me resistí todo lo posible, y alegaba que desde niño siempre habia estado dedicado á la virtud, por lo que nunca me habia inclinado á tocar instrumento alguno; y que aunque la virtud no se oponia á la música, ántes bien habia oido decir á mi padre que no sé si san Agustin ó Quinto Curcio (aquí dispararon á reirse mas de mi simpleza) decia que el ser aficionados á la música era señal de predestinados, por lo que yo era aficionado á oirla, pero inhábil para practicarla, por el no uso ni ejercicio: que lo mas que yo hacia era, para alegrarme en el Señor, tal vez á mis solas, cantaba, sin instrumento alguno, algunas segnidillas á lo divino, ó un villancito de el nacimiento de mi niño Jesus. Asiéronse de esto, y me instaron á que cantase: me pusieron en las manos un guitarron; y yo, sin pisar trastes, empezé á rascar la guitarra en seco, y canté las cuatro seguidillas siguientes, con sus estribillos:

Por la calle abajito
Va el niño Jesus
Con la bola en la mano,
Y arriba la cruz.
¡Válgame el Cielo,
Y esas calzas azules,
Que traes á el cuello!
A la Virgen de Atocha
Ya no la quiero,
Ni la ven las patas
Con el sombrero.
Vivan las damas,
Que yo las querré mucho
Si fuesen santas.
Rio de Manzanares
Déjame pasar,
Que me voy á una cueva,
Y me quiero azotar.
Mi niño Jesus,
Yo besaré tus llagas,

Tu corona y cruz.
Cuando me desataco
Para azotarme,
Tengo fuerte el espiritu
Y flaca la carne.
Oigan un primor,
Que al subirme las bragas
Siento el descozor.

Con estas cuatro seguidillas (compendio de veinte y ocho desatinos) ponderaron mi sinceridad, y yo interiormente (como un inocente Cain, homicida de sus docilidades) me fisgaba de la suya. Pero dió lumbre mi candidez, porque al dia siguiente, á eso de las diez de la mañana, fué á mi casa un lacayo con un azafate, y en él ocho libras de chocolate, con un doblon de á ocho, de parte de mi señora la duqueza de N., y la respondí un papel del tenor siguiente:

« Mi señora duquesa de N., el amo mozo sea con *su merced*. Al tiempo » que salia esta mañana de la oracion, recibí la caridad que *su reverendisima* me hace, para el socorro de mis necesidades y quebrantada » salud. Yo pondré á *su reverencia* en la presencia del amo mayor (por» que el amo mozo no está estos dias de muy buena guisa conmigo), y le » hablaré despacio; y si ántes de un año no tuviese *su magestad* un du» quesito, tengo de reñir con los amos, hasta enojarme. Ellos guarden » mil años á *su eminencia*, en compañía de el tio duque. Amen. De mi » oratorio, hoy domingo 22 de mayo de 1729.

» Besa la mano de su merced su menor criado, y mayor » pecador del mundo,

» EL HERMANO CARLOS DEL NIÑO JESUS. »

Al lacayo no le dí el real de plata que acostumbra dar la gente relajada; le dí un buen consejo, amonestándole que tuviese recogimiento de sentidos, que eran las puertas por donde entraba la muerte al alma.

Tengo por criada y gobierno de mi casa á una beata de saco y cordon de esparto, con sus cinco nudos y toda repulgada: es de estado doncella, pero tiene las tres comunes propiedades de las viudas, que son el ser *gorda*, *comedora* y *andadora*: y finalmente es tan gentil bribona como yo.

En las consultas que se me hacen, guardo lo mandado por su merced, pero estos dias pasados se me hizo una, en la que no valiéndome, ni pudiendo aprovecharme de la leccion que su merced me ha dado para las consultas, dí de propio Marte salida al caso: yo lo referiré como sucedió.

Llegó á mí una viuda, entre gimiendo y llorando, y me preguntó: Que si cuando una mujer casada, por socorrer sus necesidades, ó por humana fragilidad, incurria ó delinquia en faltas de lealtad al matrimonio, el marido, despues de muerto, si acaso lo sabia allá en la otra vida? Yo reconocí que la pobrecita, tras venir acusada de su conciencia, venia llena de miedo, sospechosa de que su marido vendria desde el otro

mundo á tentarla el bulto. Yo, por consolarla, la dije: **Hija**, lo que yo he llegado á entender en mis ejercicios espirituales, es que, al tiempo de apartarse el alma del cuerpo, viene el ángel de la guarda, y con una navajita de cortar plumas, con mucha curiosidad y delicadeza, tira dos tajos, y no queda cuerno á vida. A esto me replicó: Que si á los que morian en el hospital sucedia tambien eso? A que la respondí: Hija, lo mismo sucede al que muere en el hospital que al que fallece entre brocados y colgaduras de damasco, porque es pension y carga concejil del ángel de la guarda, volver el alma á su Criador *mocha*, como se la entregaron.

Me parece que, aunque hubiera estudiado los nominativos y el libro cuarto, no pudiera haber respondido mejor.

No quiero tomar resolucion grave sobre la profesion mística, sin consulta de su merced. Dos pensamientos se me han ocurrido, á mi parecer buenos. El primero es el quitarme el pelo á *rapa terron*: para el verano es conveniencia, y para el invierno mejor, pues mirando á mi amor propio (que es el ídolo de nuestro instituto) abriga mas un solideito de bayeta negra que no el propio pelo, y de camino doy un superior realce á mi opinion de virtud. Es el segundo que me parece será muy del caso el vestirme de sayal franciscano, en trage de abate, en esta forma: la collarina negra y mi cuellecillo almidonado con sus polvitos de color azul celeste, capa, casaca, chabarreta, y calzon del dicho sayal, y mi sombrero á tres vientos, tambien de contextura franciscana. Lo especial de la figura mística ha de arrastrar las atenciones de los mas divertidos, y con eso el hermano Cárlos será mas conocido en la córte, y con eso tendré olor á clérigo y á fraile: con esto no seré aborrecido de los unos, ni mal visto de los otros. Vea su merced cual cosa es mas conveniente, y lo que me dijese ejecutaré.

El escribir algun librito de devocion me parece adelantaria mucho mi opinion, así por lo devoto del asunto como tambien porque mi nombre ande de molde entre los corros de beatas; y así, padre mio, si á su merced le parece, escribiré un librito, cuyo título será: ***Novena y devocion al niño Jesus, escrita por su devoto y el mas indigno pecador, el hermano Carlos del niño Jesus.***

Tengo un huesecito, cosa de tres dedos de largo, pedazo de una canilla, del Campo Santo del hospital general, y digo que es de la pierna de san Nicolas; pero lo tengo mas blanco que la nieve, y engastado en plata: mas ya pudiera engastarlo en diamantes con lo que me ha valido. Voy á los enfermos, y por este hueso (que hace oficio de embudo) les cuelo á los calenturientos media azumbre de agua: ellos, con la mucha fe que tienen conmigo, y con la mayor sed que ellos tienen consigo, beben que es un milagro. Encargo el secreto, para que no se lo digan al médico: porque esta gentecilla es enemiga de estos embustes de devocion, y si voy á decir la verdad las mas veces les sobra la razon, porque adonde hay paciencia en el mundo para tolerar el que ellos se estén desvelando para el acierto, y que si el enfermo sana le digan los asistentes que el agua que le dió el hermano Cárlos lo ha curado; y si se muere, á facha y

bigote le dicen que él lo ha muerto, porque ó lo sangró ántes de purgarlo, ó porque lo purgó ántes de la sangría. Vamos claros, padre mio, para entre los dos; yo he tocado palpablemente que con mi agua, como yo no sé si el enfermo está en creciente ó en menguante de calentura, muchos enfermos se han puesto de peor calidad que estaban; pero agarre yo, y tiren los médicos: y si no tienen paciencia para sufrir los sofiones que por mí llevan, que dejen el oficio, y se metan á obispos ó á cardadores, y se verán libres de eso, que yo estoy á hacer mi negocio, y no el suyo. Con esto, muera ó viva, siempre llevo presa á mi casa, como tumba que sale dè parroquia, que nunca vuelve sin ella: cuando hace mucho calor, ó mucho frio (como estos extremos son los que debemos evitar los profesores de esta mística), no salgo de mi casa, envío á mi beata, y á fe de bribon que lo hace la niña casi, casi, tan bien como yo.

CARTA III.

RESPUESTA DE DON ALEJANDRO GIRON A SU HIJO EL HERMANO CARLOS DE EL NIÑO JESUS.

Hijo, recibí tu paulina, enmascarada en carta; veo que vas aprovechando, y conozco que, gastando contigo mucha paja y cebada, llegarás á ser un hombre tan célebre que podrás llegar á ser *borrico guion* de una cabaña; por fin, eres fruto de mi vientre, y me es preciso proseguir lo comenzado: y así, recibe los siguientes documentos.

DOCUMENTO XI.

Ahora anda muy valida la academia española; si acaso se ofreciese hablar de ella, di que es la mayor obra del mundo, que mentira mas ó menos será: agua bendita, golpe de pechos, y bendicion episcopal, te sacarán de ese trabajo: frente tiesa, y ese cuerpo derecho, y vamos á lo que importa; y quéjate de mí, si tú perdieres la baza. El motivo de prevenirte esto es porque hay entre los académicos algunas personas de caudal, y alabándoles sus obras los heredarás en vida; ellos se quedarán tan tontos como son, y tú te hallarás mas rico de lo que eres, segun dice una coplilla, que yo sabia, que dice así:

Su renta tiene segura
El que lisonjea á necios,
Que á quien los hace eruditos,
Instituyen heredero.

Si te consultaren algunas dudas (que siendo tú lo que eres, no lo dudo), responde preguntándoles á ellos mismos su parecer; y luego decir, mirando al cielo: Eso mismo me parece á mí. Con eso quedas bien, y ellos van gustosos. Ten muy de memoria esto, para todas cuantas preguntas te hicieren, porque son pocos los que buscan la verdad, y muchos los que buscan solo apoyo. Con esto pasan muchas necedades bien vestidas el título de religiosas y arregladas decisiones, porque si alguno las contradice, responden que las aprobó un santo. Supongo que, siendo tú tan necio y tonto como tú mismo, has de contradecir todo lo que no entendieres, segun lo que dijo un poeta hembra:

Que siempre el que censura y contradice
Es quien menos entiende lo que dice.

Y sobre este punto de contradecir, podia yo darte carta de recomendacion para un *quidam*, clerizonte conjurador, que en dos dias te haria maestro en contradecir *el Credo y las obras de misericordia*: mas no quiero meterlo en ese trabajo, porque me han dicho de secreto que está ahora muy ocupado en aprender construir las palabras de la consagracion.

Pero te advierto que nunca dispútes: porque fiar, esto sí, que para eso no es menester saber: y los que no lo entienden suelen dar mas crédito al que mas porfía, y mucho mas siendo *baqueton*. En concluyendo la porfía, dirás: *Dejemos eso, y vamos á lo que importa;* se quedarán todos mirándote, con atencion de pescador de caña.

El conocer los sugetos es muy dificultoso, pero muy útil para pasar esta vida miserable. Mira, hijo, hay unos tontos por fuera, otros por dentro, y otros por dentro y por fuera. Los tontos por fuera son los que no han estudiado sino una facultad; *verbi gratia:* un gran teólogo, si á este no le hablan de teología, no sabe hablar tres palabras. A estos pregúntales cosas hondas, tocantes á tu conciencia, proponiéndoles varios escrúpulos que te se ofrecen, ponderándoles tus buenos deseos. Los tontos por dentro son los que solo han leido algunas comedias, tal cual libro en romance, y algunos arrapiezos de latin: regularmente hablan mucho, porque presumen de elocuentes, sin saber que no es lo mismo hablar mucho que hablar bien, porque lo primero dice *cantidad*, y lo segundo *calidad*. Toma, para que te acuerdes, esa coplilla:

Es en hablar infinito
El amigo don Pascual,
Y aunque en esto habló poquito,
Yo te digo que habla mal.

A estos alábales su erudicion y tírales algunas jaculatorias hácia la bolsa, porque suelen tener tan divertidas las potencias en centones de Quevedo, de Calderon y Moreto, que *aunque los capes* no lo sentirán.

Los tontos por dentro y por fuera son los que solo saben una mala gramática, y tres quebradillos para una visita. Los hidalgos de aldea son todos así (tambien hay de esto entre los señores); á estos alábales sus ascendientes y su buen genio con algunas cositas devotas, como estas coplas:

El Señor, divina luz,
Con una porra ó un mazo,
Le dió al demonio un porrazo
En el árbol de la cruz.
Dios nos libre y nos defienda
De la muerte y su guadaña,
Porque no hay arte ni maña
Que con la muerte se entienda.
Cuatro pilares tiene esta cama,
Cuatro ángeles la acompañan,
Y la Virgen que está enmedio,
Dios me recoja á buen sueño.

Y para el porte y comercio político, les has de enseñar esa coplilla, que sobre oler á mística, es el centro de nuestra profesion.

En este mundo enemigo
No hay nadie de quien fiar;
Cada cual cuide de sigo,
Yo de migo, y tú de tigo,
Y procurarse salvar:
Mas si alguno me la hiciese,
Un cantazo por detrás.

Suelen ser muy compasivos, y así ponderarles tus trabajos, entre suspiros y medias palabras, y agarrarás algo, que es á lo que estamos. Si te convidan á comer, no seas corto.

DOCUMENTO XII.

El tratar con monjas es contrabando, porque como ellas no dan mas que conversacion, se prohibe á todo beato gastar la pólvora en salvas.

El que no fuere Botero
Con las monjas no me trate;
Que solo trata con monjas
El que trata en cosas de aire.

No obstante, tienen su voto para tu opinion, porque creen de ligero cualquiera virtud, y así visítalas el dia de su patriarca no mas. Los frailes

son un escollo en que te quebrarás la cabeza si los tratas mucho, porque por lo regular son doctos y picarones, con que á dos por tres descubrirás la caca. Busca entre ellos algunos legos que dicen misa, porque estos suelen ser belllsimos para tu intento. Cuéntales tus mentidas virtudes, y los pondrás blandos como un guante, y si tienen algun manejo lo harás comun de dos. Para quien no te doy permiso ni licencia, para que los veas ni oigas (aun desde cien leguas), ni me atravieses las puertas de su iglesia (aunque sea dia de santa Teresa de Jesus) es á los carmelitas descalzos. Estos son unos demoniones blancos para nuestro intento, porque son tan versados y diestros en la verdadera, genuina, y fundamental teología mística, que á dos veces que te echen la vista sobre el bombro, te han de conocer la musa, y no habrá mas remedio que el irte á vivir cien mil leguas de Madrid, ó llevarte en cuerpo y alma á la calle de Leganitos, donde te darán doscientos chocbos por las calles acostumbradas, por embustero. Y así, guárdate de estos animalícos, si quieres guardar el almario.

Con los clérigos (de estos los bay fatales) no tienes que cansarte mucbo, porque lo que únicamente saben es saber negar. No obstante, si fueren de aquellos que compran el ser canónigos como si fuera oficio (con los canónigos de oficio no te metas), bien puedes tratar, porque suele haber algunos muy tontos y muy buenos, de quien se puede decir:

Y tuvimos, de verdad,
Lástima á su entendimiento,
Y envidia á su voluntad.

A estos meterlos á beatos, y ser tú su director, y con eso tienes sobre su prebenda un beneficio simple. Con los clérigos rasos bas menester observar esta regla: mirà, muchos de estos, á título de bien acomodados y de fuerte bolsillo, se constituyen por cabeza y gefe de todo su linage, hasta el quinto grado de consanguínidad y afinidad, *inclusive:* en los congresos y consultas que tienen con sus parientes (en las que presiden con plenitud de potestad, y los parientes están como unas liebres) no se contentan con ostentar su dominio á lo poderoso, sino tambien á lo docto, regoldando á grandes moralistas, diciendo: Ya es opinion muy sentada en la teología moral que la simple fornicacion es pecado mortal, y aun muchos autores graves afirman que tambien la sodomía. A estos les bas de acudir, alabando mucho las obras de Villalobos y Ledesma, que por estar en romance no tiene inconveniente el que el clerizonton diga que las ha leido, y tú haz lo que crees. Prosigue diciendo que es lástima que entierren el talento que Dios le ba dado, y pues es tan grande moralista, que saque licencia para ser confesor, y se meta á ser obrero en la viña del amo, que lo deseas mucho para tu espiritual consuelo, y que te alegrarás mucbo de que lo haga, porque parece que Dios te da luz para suplicárselo, etc. A esto te responderá que ba muchos dias que el señor obispo en las visitas se lo ha dicho, pero que él tomara á bien en dar buena cuenta de su alma, y que no quiere tomar á su cargo conciencias

agenas; apretar en réplicas, y la tempestad vendrá á parar (como si lo viera) en *agarrabundus exultet fidelis chorus*, *alleluia*. Aunque no he estudiado gramática, sé algunos latines volanderos, como, *verbi gratia*, cuando tocan á la Ave María, ya sé que al principio se dice: *Angelus Domini;* y en acabando de rezar, se dice: *Benedicanza Cœli;* y cuando alguno estornuda, se dice: *Dominus teco.* Finalmente, tengo noticia de los latines mas necesarios para un hombre de plaza: ten tu cuidado tu bien en aprenderlos.

DOCUMENTO XIII.

En cosas de monarquía no has de hablar palabra; si oyeres algo de esto, decir que nos hemos de morir, y que solo nos toca el obedecer: que en las manos de Dios están los corazones de los reyes, y que lo que estos ejecutasen esa es la voluntad de Dios. Alaba mucho á los ministros, y di que los encomiendas á Dios muy de veras. En oyendo alguna cosa que no suene bien, por poco decente, haz mil espavientos, y luego échales á cuestas el infierno entero y verdadero, y decir que en esas cosas no gastas chanzas. A cuantos llegasen á tí á hablarte, ríete, y cógeles ambas manos, y sea trabajo ó felicidad lo que te contasen, di á todo cuatro ó cinco veces: Gracias á Dios, gracias á Dios; es brava máxima esta, porque de su práctica se arguye una constancia é igualdad de ánimo, así para lo adverso como para lo favorable; y cuidado con esto, porque es el exámen de los espíritus. Ahora para lo que yo te doy licencia es para que, si alguno te diese algun vejigazo, luego que vayas á tu casa arrojes al suelo la montera ó sombrero, y lo pises, con media docena de votos; y cuidado guardarte de la beata, porque si mañana sale de tu casa, sacará tus faltas á la calle.

DOCUMENTO XIV.

No te se olvide ser muy malicioso, y hacer mal juicio de todo, *con el consuelo de que acertarás las mas veces;* y queda en duda, si lo supiste por revelacion; y si no aciertas, en suma es un pecado mortal, y te queda la disculpa para contigo, de que es genio tuyo, travesura y viveza de natural, que Dios te ha dado, y para con los demas (si acaso lo publicaste): ¡O, que nos engañamos! ¡así fuera yo como el! todas son astucias de el demonio. Le echas un lindo remiendo para este mundo, que para el otro luego lo verás; pero no tienes que buscarme despues de muerto, ni impedirme el santo sosiego de mi cama con aquello de *quitenme este hábito*, porque no entiendo esa gerigonza, y no te conoceré por hijo, enviándote á espulgar un perro, aunque vengas con grillos y cadenas. En las conversaciones de las casas de los señores (en donde ya te discurro introducido) es frecuente conversacion el hablar de la impensada exalta-

cion de algunos ministros, como tambien de la repentina é inopinada caida de otros; no te metas en investigar los motivos de lo uno ni de lo otro, porque el mismo que delante de tí habla en tono de conmiseracion (para disimulo) suele haber sido el cómplice ó conspirante en uno, ó en ambos extremos del verbo que se ha tocado; en este caso lo que has de hacer es levantar los ojos al cielo, y hacer esta exclamacion: ¡Ha, señor! No apetezco bienes que se acaban, ni temo males que tienen fin. Te los dejarás sin habla, porque este es un despropósito como los del doctor Zafrilla, que no tenian ni respuesta ni argumento; y queda lo místico en su punto, con la contera de *Arreñafa me fecit* padre Benito.

DOCUMENTO XV.

Ya no se tiene por hombre de bien, ni de virtud, quien no se queja de destilacion, flatos y vaguios de cabeza. De todo esto te quejarás, y añadirás ciertos dolores de estómago. Estas son unas enfermedades que el médico mas diestro no te puede averiguar que mientes, porque son incognoscibles por el pulso, segun oí muchas veces á maese *Barrientes*, barbero de nuestro lugar. Con esta turba de enfermedades, tienes letra abierta para comer cosas de regalo, cuando te conviden, ó en tu casa, si te las presentan. Dirás donde tú te entiendas que te fatiga mucho una acre mordaz destilacion, originada de ponerte á leer libros espirituales inconsideramente, sin reparar en si estabas recien comido ó recien cenado; que sientes mucho la molestia de los flatos, porque te impiden mucho la quietud de la oracion, y que cuando estos te dejen, cuando mas engolfado estás en la meditacion, recibiendo gustos espirituales, te acometen unos vaguíos de cabeza, que contra tu voluntad te es preciso dejar el santo ejercicio de la oracion; pero que lo que mas sientes es el no poder dar rienda suelta á la santa virtud del ayuno (con esto no te censurarán el que por la mañana tomes por desayuno media libra de solomo en adobo, y medio cuartillo de chocolate, con dos bizcochos tan largos y cuadrados como dos tirantes), por unos acerbos dolores de estómago que padeces, originados de ciertos imprudentes ayunos que seguiste en los primeros fervores de la empresa de la virtud, y que los médicos y tu confesor te estrechan á que tomes una jícara de chocolate, mas tus pocos medios te estrechan á sacrificar tus dolorcitos á Dios, acompañando á Cristo en la cruz, porque si no es tal cual dia que alguna buena alma te socorra, es curativa que no puedes seguir. Añadirás que, para asimilarte á san Gregorio, ya tienes la partida del dolor de estómago, pero quisieras imitarle en sus virtudes; *pero, ¡ó Señor! que soy gran pecador!* Hemos de suponer que toda esta planta no la has de hacer en el barrio del Lavapiés, porque allí no sirve, si no es en casas de estofa; y si no es que tengan corazones de bronce, milagro será si no lloviesen sobre tí libras de chocolate. Concluirás diciendo: *Este es ejercicio que Dios me ha dado.*

DOCUMENTO XVI.

La eleccion de estado es uno de los principales instrumentos con que has de labrar la rueda de tu buena fortuna: eso de *caserio*, ni por pienso, ni imaginacion, ¡Jesus mil veces! La casamienta es un veneno para el instituto de nuestra profesion. Guardaráste muy bien de las doncellas viejas, porque estas, en cumpliendo treinta años, sin que se haya hecho postura á la mercaduría, se arremeten, aunque sea á un *beato pelon* con su solideo. Estas tienen sus argumentos de repostería; para persuadir al santo matrimonio, te introducirán primero en una conversacion de tono humano, y luego te embestirán con aquello de *mas vale casarse que abrasarse*; en el mismo tono responderás que eres un pobre hombre para mantener mujer ni hijos, y que dos árboles secos tarde florecen: sin dejarte respirar te replicarán diciendo que cuando nace un hijo nace un pan. A esto has de responder que cuando nace un hijo nace quien se coma dos panes, y el pan suele estar en Berbería; y sin darles lugar á segunda ó tercera replica, plántate de patas y á pié firme en mitad del infierno, y demonios por aquí, y condenados por allí, Judas a un lado, porque vendió á Cristo, y Pilatos á otro, porque dió la injusta sentencia, con las revelaciones que ha habido sobre el caso (que ya me las has oido á mí). Saldrás en paz; y luego envíales la ropa blanca que tienes que coser (porque estas doncellas viejas regularmente son buenas costureras), y te hallas en tu casa, libre de cuidados, tripa horra, la costura hecha, sin costarte blanca, y ándese la gaita por el lugar. Clérigo no puedes ser, ni te conviene. Es la razon de lo primero, porque para ser clérigo es menester saber gramática, y tú, aunque la estés estudiando quince años, siempre estarás remoto en las declinaciones de los nombres. Es lo de lo segundo, porque aunque en ese feliz estado Dios te librara de la penosa dulce fatiga de tener hijos, el demonio te carreará sobrinos, y estos te han de quitar la hacienda, y aun tambien la honra. Tendrás en ellos una continua é incesable gotera de pesares, que en tu vida podrás comer un bocado de pan con gusto ni sosiego, y como no estamos á eso, gracias á Dios, darle de mano; y hácia fuera, que hace calor, entre tí y tu beata podeis gastar honradamente vuestros perniles, y no te metas á mantener haraganes, porque luego quieren hacer caso ejecutivo de justicia lo que empezó por motivo de piadosa gracia. Y así, cuando te propongan el ser clérigo, tienes la respuesta en la mano, de que no sabes latin, y eres ya grande para estudiarlo; y para quedar mejor y mas bien opinado en la virtud, agárrate de la redoma que mostró el ángel á san Francisco, y dando cuatro ó cinco zampuzones en el abismo de tu indignidad, te acreditas de humilde y contemplativo, y quedarás como un cuarto.

Otro recurso les queda á los amantes de tu virtud; y es que, como en las religiones hay legos, te propondrán, como estado el mas perfecto, el

que te metas fraile. Hijo, no te pase por el juicio; pues aunque te persuadan que con eso tienes la comida segura para toda la vida, sin el afan de buscarla, ten por cierto que en las religiones se halla lo penoso sin peso ni medida, y los alivios con mucha medida y peso. Mas yo te quiero dar de barato, que eligieras la religion mas mitigada que haya en la Iglesia de Dios: dime, aunque fueras sobrino ó nepote del mismo sumo pontífice, quien te podrá librar de que Dios te depare un prelado tonto y maniático? Para esto no hay remedio. Mira, yo soy viudo, y primero me sujetara á remar en galeras que exponerme á esta contingencia. Si sobre esto te instasen, y maceasen con aquello de *lo mas perfecto es lo mejor*, responde que en la casa de tu Dios hay muchas mansiones, y que á unos los quiere para postas, y á otros para postillones: y que finalmente lo pondrás en manos de Dios, y ejecutarás lo que te inspirase: que no te han de acusar rebeldías, para que respondas dentro del tercero dia; y así, hijo, quedemos en esto, tú has de ser un perpetuo celibato, como yo viudo eterno; á mí me ha ido bien, y cada dia me va mejor en esta vida que he tomado, y creo que con mi caudal y el tuyo (producto de nuestra mística bribonica) hemos de fundar un mayorazgo para Martinico, el hijo mayor de tu hermana Margarita.

DOCUMENTO XVII.

El gobierno de tu casa confiarás á una criada (que solemos llamar ama), pero esta es preciso que la busques beata, con su saco y cordon, y fruncida toca; y si puede ser, que sea de estas que se suelen estilar ahora *de torrezno y trago*; y con eso los entrantes y salientes de tu casa dirán, como es evangelio corto, aquel adagio: ***En casa del tamborilero todos son danzantes.*** Porque esto de cotilla, aguja de plata, basquiña con cola, y delantal con farfalaes, es cosa muy extraña de una casa donde se profesa tanta virtud como en la tuya. A esta no te descubrirás en ninguno de los capítulos contenidos en esta Monita secreta. Haz lo que ahora te diga, porque importa. Luego que hayas cenado opíparamente (que para eso y para mucho mas da de sí la práctica de estos documentos), dirás á tu ama beata que te encienda dos velas en tu altarito, para tus ejercicios espirituales de oracion y disciplina. Te cerrarás por dentro con llave ó aldaba: no te quito ni te aconsejo que dejes de rezar el rosario de Nuestra Señora; y no sabiendo la beata si tu oracion es vocal ó mental, ella lo atribuirá á lo mas perfecto. Coge luego tus disciplinas, y da con ellas donde te se antojase (con tal que no sea en tus nalgas) de modo que la beata lo oiga. Luego te acostarás en tu cama de colchones, y miéntras el sueño no te rondase las orejas, ten cuidado de hacer algunas ruidosas exclamaciones á Dios, ya amorosas, ya penitentes: habla recio, fingiendo que hablas con otra persona, ofreciendo ayudar con tus oraciones y espirituales ejercicios, y creerá la beata que estás hablando *con el ánima mas sola*, que viene del otro mundo á mendigar tus oraciones;

pero luego que te venga la gana de dormir, duerme á pierna suelta, hasta que harto ya de sueño despiertes, aunque no haya salido el sol á las nueve de la mañana.

Luego que te levantes harás tu cama, de modo que la beata crea que has dormido en la cama de la penitencia, porque la de los colchones la has de dejar de modo que parezca que nadie ha llegado á ella. Luego abrirás la puerta, y irá tu beata con un jicaron de chocolate, y dos bizcochazos como el puño. Y preguntado de ella cómo has pasado la noche; responderás que de todo ha habido; algunos ratos de sequedad y desamparo en la oracion; y otros (apiadado Dios de tu conformidad) te ha favorecido con algunas espirituales delicias, etc. Cuando tu beata te lleve á la mesa algun plato delicado de regalitos que te enviarán, darás un suspiro, diciendo: ¡O válgame Dios, de cuan buena gana alargára yo este plato á un pobrecito! paciencia; primero es obedecer. Entónces apretar con ello, de modo que dejes poco que hacer á la fregatriz. El fruto de la práctica de este documento es mas de lo que tú piensas, porque su norte no es para cabezas redondas como la tuya.

Enviarás á tu ama beata á casa de los señores (con ligero motivo de cuidado) á saber como estan: por rigurosa ley de cortesía le han de preguntar por la salud del hermano Cárlos del niño Jesus. Aquí entra el conjuro: sin que la den tormento dirá que está pasmada de la vida que traes, que lo poco que comes es á fuerza de ruegos que ella te hace, y por la obediencia de to confesor: que todas las noches duermes sobre unas desnudas tablas, y por cabecera una piedra, sin conciliar mas sueño que suspiros, y hacerte el cuerpo una salchicha á disciplinas; y para descanso toda la noche es entrar y salir ánimas, que del otro mundo vienen á pedir tus oraciones: y esto que lo ha oido ella, y si la aprietan un poco lo jurará por el hábito que trae. La encargarás que no dé puerta franca á todas las visitas que te vayan, si no es que sepa distinguir de colores; esto es, á los que en el vestido se conoce que no pueden dar de sí; que les responda: Está su merced en la oracion, y no se le puede entrar ahora recado. A la gente de estofa, que pase adelante; y ojo á que te encuentren siempre con el rosarion en la mano, ó con el librito Manojito de Flores, ó las obras de Kempis. Está advertido, en que cuando mas engolfado estés en el tragar, y cuando mejor te sepa lo que comes, te has de enderezar (sentado como estás en tu silla), darás á la cabeza cuatro ó cinco veces á un lado y á otro, y has de decir: No puedo, no puedo; no tiene remedio: ¡sobre no poder entrar! Entónces tu beata (sobrestante de tu mesa) te acudirá, diciendo: Vaya señor, por la hiel y vinagre que dieron al Señor, otros cuatro bocaditos, que está el guisado que lo pueden comer los ángeles. Entónces apechugar con ello, hasta roer los huesos. Todo esto lo dirá ella, y aun algo mas sin que tú se lo encargues.

DOCUMENTO XVIII.

No has de dar paso en que no lleves por delante el aumento de tu buena opinion. En la procesiones públicas que suele fomentar la devocion cristiana, para el socorro de las públicas necesidades, como de sequedad, epidemia, langosta, etc., seas tú el primero que asistas á ellas, y cuidado con agarrar la cruz, ó á lo menos menos la campanilla, un cordel de esparto, con sus nudos, al pescuezo, y tu coronita de espinas: esto es cosa que no duele, ni quita las ganas de comer, y encantarás con esto al mas distraido pecador. No será malo que así que cojas la campanilla, ántes que el sacristan entone la antífona, ó *Kyrie eleison*, des dos campanillazos, llamando la atencion del pueblo; y en tono de publicar mision cantes una jaculatoria. Esta es linda :

En la casa de el que jura,
No faltar á desventura.[1]

Las mujeres mal casadas, que entre tempestades de votos y juramentos suelen llevar algunos puntapiés en lo delgado de la rabadilla, te lo agradecerán, diciendo : Bien haya tu pico; y finalmente sabrán todos que estás allí.

No incurras en la vulgar costumbre de ser penitente de azote los jueves ni viernes santos, en las procesiones solemnes de esos dias; porque esa es una penitencia que el mas bergante la suele hacer : no adelantas nada con eso, y puede ser que te haga daño, y á lo menos (aunque no es mucho) suele doler algo la pelotilla de cera y vidrio. Fuera de que no es razon que un espíritu como el tuyo (en la opinion digo, que en lo demas yo te discurro dos dedos menos que ateista) se univoque en tales acciones de virtud que hacen ó suelen hacer los rufiancillos, por especie de galanteo, á sus chuscas. Ahora bien, lo mas que puedes hacer (para que se sepa que en todo lo bueno te hallas) es ponerte un alba con tu cíngulo y el dicho cordel de esparto, con tu corona de espinas, unos grillitos con su cordelito, para ir aliviando su peso, el pelo encenizado, dividido en dos peluchones, que caigan por encima del hombro al pecho, que te tapen parte de la cara, y esto á cara descubierta, y sin capuz, la cabeza torcida y los ojos bajos, parecerás una verdadera efigie de un *Ecce homo;* y dirán las mujeres compasivas, en voz de lamentacion : Dios te lo reciba, Dios te lo reciba. ¿Y es todo esto? pues todo esto no duele nada, cuesta poco y vale mucho.

DOCUMENTO XIX.

Yá es rara la ciudad en España que no tiene erigida escuela de Cristo, religiosa y loable fundacion del señor san Felipe Neri; luego te declararás por pretendiente de tan santa congregacion; y no dudo que segun tu buena opinion, serás provisto, en la primera vacante que haya. Ya que estés en posesion, esta advertido en cuanto te llamen á ser ejercitado; siempre has de decir que por la misericordia de Dios no has faltado en ejercicio alguno de los establecidos por la santa escuela; y que en órden á los afectos, las pocas veces que los has sentido ó llegado á conocer, (aquí tácitamente publicas tus sequedades, desamparos y tinieblas interiores, moneda muy corriente entre los grandes espíritus) han sido de perseverar en el camino que has comenzado (y dile que falte por el repulgo) y deseos de ser de todos abatido, aunque en la realidad tus deseos sean de que te la pague quien te la hiciese, y si no fuese el partido igual por la magnitud del ofensor, á lo menos menos *un cantazo por detrás*, pues por grande que sea el contrincante, de eso no lo podrá librar la madre que lo parió. Te introducirás con los ancianos de la santa escuela, porque en cosas de virtud tienen especial voto para acreditarte; á pocos meses te harán diputado mayor ó menor, y serás uno de los de la junta (y te hallas de manos en la masa), harás ostentacion de que no eres aceptador de personas; y así, en las juntas donde se trate de la correccion ó castigo de algun hermano de la congregacion, justicia seca en él, echarle la ley á cuestas, y salga fuera; pero si fuere pariente tuyo, ó bien quiriente, entónces no ha de haber para tí mas ley que el extremo á que tu pasion te inclina, á pesar de todas las constituciones y acuerdos contenidos en el libro de decretos; y sobre esto no te des á partido, ni cedas á nadie, aunque el mismo san Felipe Neri se empeñe en convencerte. Mas esto con tanta maña, que sin descubrir que procedes apasionado, logres tu gusto y empeño, á pesar de todos, y de la razon. Sobre esto ya te daré dilatada instruccion, cuando llegue el caso.

Ten cuidado de traer entre manos siempre una máxima espiritual, y parlarla en alto estilo. Ahí tienes las Moradas de santa Teresa, y hay bravos bocaditos. Ten habilidad para contraerlos, de tal forma que juzguen tus oyentes que son inteligencias que has adquirido en la oracion. La mas frecuente de la que has de usar (por ser de mas difícil práctica) es ó será esta : Quien quisiere negocios conmigo, hágame agravios. ¡Ha, buen imitador de Cristo! dirá el mas zafio. Dirálo así; pero en todo caso ten cuidado de que cuando te lleguen á dar el viático, no tengas que perdonar á nadie agravio alguno, si no es chico ú grande, que lo tengan ya purgado en esta vida, y como tú seas hombre de habilidad, puedes vengarte de quien quisieres, con capa de virtud (y este es el mayor primor de la tramoya, diciendo : Porque no se pierda esta alma, mas vale que viva corregida en esta vida que no el que la muerte la coja obsti-

nada : y dar un cañutazo contra él, que lo levantes cien varas en alto, como si le arrimaras un barril de pólvora. El superior te lo agradecerá, por el motivo y la ocasion en que lo pones de asentarle la mano en el bolsillo, ó en la persona : quedas acreditado de zeloso de la honra de Dios, y al mismo tiempo te ves vengado de quien te hizo la fechoría disonante.

DOCUMENTO XX.

Síguese ahora dar respuesta á tus consultados pensamientos. Al primero de quitarte el pelo, digo que respecto de ser cosa que redunda en conveniencia de invierno y verano (cebo del amor propio) y en aumento de la opinion de virtud, soy de parecer que luego lo hagas, pero sin afectacion de guedejitas, sino es, como tú dices, á *rapa terron*, y aunque te dejen algunos trasquiloncillos no importa : con eso publicas cierto dejamiento ó renuncia de tí mismo. El segundo pensamiento es como parto de tu necedad. Ven acá, hombre, ¿no ves que eso de echarte el sayal es la ejecutoria de embustero, y cualquiera que te vea te hará una higa, diciendo : Cata aquí la cruz, ántes que á mí llegues? siendo así que nuestro instituto es el ocultar lo artificioso del embuste y publicar la virtud. ¡Jesus, y qué delirio! yo aseguro que, si salieras con ese disfraz, no hubiera alma que te creyera, aunque con una navaja te llenaras la frente de cruces : no, hijo mio, eso menos. Vístete de paño bueno, tu baloncita sin encages, á lo viudo y estilo antiguo, tu sombrero negro, sin forro, con un cordoncito, como sombrero de fraile, y tendrémos una efigie de un místico, que se podrá regalar con ella por Navidad al mismo Herodes. El tercer pensamiento es bueno, pero ahora no es ocasion; lo uno porque aun eres muy mozo para escribir libritos; lo otro, porque ahora anda una tempestad de escribir los médicos unos contra otros, los astrólogos contra los médicos, y estos contra los astrólogos, que no encontrarás prensa desocupada; deje, pues, que se acabe esta tempestad, que luego entraremos nosotros con la nuestra. Ya te avisaré yo.

Si te llamasen á ser medianero y compositor de alguna discordia, no te niegues á eso, porque es relumbron de un místico ser el íris de su pueblo, y el *Pax vobis* de las quimeras. Lo que puedes hacer es estar con ambas partes, y á cada una decirle que le sobra la razon; con eso los dejas peor que estaban, y no te malquistarás con nadie.

Aunque sepas que tu beata hace sus ciertas frituras de torreznos para merendar, haz la vista gorda, y no te des por entendido, aunque luego al cenar diga que ella con un huevecito tiene que le sobra; disimula el engaño, porque si todo lo quisieres llevar por sus derechas veredas, llegará el caso de que anden los cojos á muletazos; y así, lo que conviene es callar, y callemos, que sendas tenemos.

Una solucion tengo que subministrarte á una dificultad, en que todos los dias te verás de piés en ella; y es que esa vida regalona con tu porte

de bribon te saldrá á la cara; estarás gordo como un cebon bien cebado, y colorado como un tomate bien maduro. Tus amigos, cuando te saluden, te dirán: ¡Válgame Dios, qué gordo y colorado está el hermano Cárlos! A este no has de responder: Sí, gracias á Dios; porque en fuerza de esta respuesta, quedarás convicto de poco mortificado, y se cae todo el andamio de todas tus tramoyas, y quedas descubierto en vista, y revista, en la esencia y existencia de hipócrita bribon. Tampoco responderás: Esto lo hace la gracia de Dios; quita allá, está es respuesta de beata fullera, que al primer folio está todo el inventario de sus zorrerías. Yo te daré otra respuesta, que pueda engañar ó hacer suspender el juicio al médico mas diestro; y así, luego que te ponderen tu gordura y buenos colores, responderás diciendo: ¡Cuerpo de Cristo! estos colores que á ustedes les parecen buenos, son mi mayor enfermedad; estos colores son el verdugo de mi salud, porque son originados de un intensísimo incendio de hígado, que me carea unos grandes dolores de estómago, que me impiden el tener las dilatadas horas de oracion, que mi alma desea, con mas el trabajo de una suma destemplanza fria de estómago, que si no bebiera un traguito de lo de Peralta, en veinte y cuatro horas no pudiera cocer ni digerir el poco alimento que tomo. Aunque parece que estoy gordo, la cara me engaña el cuerpo; si este me lo vieran ustedes, me verian las costillas pegadas al espinazo. Cata aquí, que dirás en esto un disparate, y creerán que tu cuerpo es una verdadera efigie del esqueleto del hospital general, á continuadas disciplinas y cilicios. Finalmente, hijo mio, estos documentos se reducen á que consigas la felicidad que contienen esos dísticos de Ciceron, que me los tradujo de latin en castellano cierto amigo músico; y dicen así:

Tenga yo salú,
Con paz y quietú,
Dinerillos que gastar,
Vestir y calzar,
Y ándese la gaita
Por el lugar.

Luego que tengas trecientos doblones de ducha, avísame, para que, juntos con los que yo tengo, se compren unas heredades y un cortijo, para fundar el mayorazgo á Martinico. Si tú salieras tan diestro, como lo ha salido una discípula que tengo aquí, moriria consolado; pero eres un zote, y no tengo mucha confianza en tu práctica. A Dios, hijo, que te guarde muchos años. Granada, y junio 10 de 1729.

Tu padre, que te estima mucho,

DON ALEJANDRO GIRON.

PROTESTA DEL AUTOR.

Aunque el título de esta obra podia servir de protesta, no obstante protesto nuevamente que toda proposicion negativa que en el sentido literal se oponga á los dogmas cristianos, buenas costumbres y máximas de perfeccion cristiana, es mi ánimo que tenga la inteligencia de proposicion afirmativa; y la afirmativa que mostrase tener la misma disonancia, quiero que se entienda por negativa; y esa oposicion protesto que es solo en fuerza de la frase que sigo. Así lo siento y afirmo, como cristiano católico. Madrid, y junio 11 de 1729.

Don Fulgencio Afan de Ribera.

DOS NOVELAS,

Por Don Andres de PRADO,

NATURAL DE SIGUENZA.

LA VENGADA A SU PESAR.

Una noche de las tenebrosas de invierno, que con horrores de densas nubes y fúnebres sombras causaba espanto al mas denodado pecho, ocasionadas de lo proceloso de una deshecha tempestad, que con torbellinos de truenos y borrasca de relámpagos obligaba á temor y anunciaba tímidas aventuras, caminaba Periandro por lo encumbrado de una montaña en el reino de Leon, en un lucido hijo de Erbonas, tan noche en la color que parece esta le tomó por dechado para parecer mas lúgubre. Solo caminaba, mas no tanto que sus pensamientos no le sirvieran de crueles camaradas en su nunca imaginada partida: digo no imaginada por haber sucedido el caso que á esto le obligaba tan repentino. Bajaba, pues, por lo angosto de una senda, deseoso de hallar algun pobre albergue para guarecerse de tan impensado suceso, á tiempo que oyó una voz que de lo oculto de unas intrincadas matas le decia: Si hay piedad en los cristianos pechos, y tú, cualquiera que seas, la tienes, socorre á una desdichada y congojada mujer, que este nombre te puede obligar cuando no te mueva mi voz, que desfallecida te avisa de la pena que mi cuerpo padece. Desmontó apresurado el valeroso jóven, y desnudando la luciente cuchilla, terciando al brazo la capa, fué siguiendo estos últimos ecos; mas llegando al puesto de donde la voz salia, vió en él un bulto que con diversos vuelcos daba muestras de su ahogado espíritu; procuró levantarle, y viendo no ser posible, lo acomodó para que tomara algun aliento, pero quiso el cielo, que siempre socorre á los que afligidos le invocan, divisase algo léjos una pajiza choza, de la cual salian muchos resplandores de encendidas teas; parecióle que para descanso de aquel fatigado cuerpo seria mejor llevarle á donde la luz se divisaba, y tomando su caballo acudió al referido puesto con la diligencia que le fué posible; dió cuenta á los rústicos habitadores de la presente desdicha, los cuales vinieron al ya dicho sitio, y acomodando en sus fornidos brazos á la lastimada señora la llevaron á ella, con cuya diligencia cobró algunos alientos su fatigado espíritu, dando muestras de agradecida con humildes señas, por tener la lengua ocupada de la molestia que la causaban tres penetrantes heridas que en su rostro y gallardo cuerpo por las manchas de la sangre mostraba. Acudieron piadosos á su cura, y habiendo cocido salutíferas plantas en mediano, sino acendrado vino, se las lavaron y aplicaron las

yerbas, dándole alguna aunque rústica refeccion á su postrada persona, dejándola quieta para que pasara sosegada lo que de la noche restaba. Recogióse nuestro Periandro, y los rústicos algo retirados para hacer lo mismo hasta que el dia, bien deseado de todos, les diera luz para buscar el conveniente remedio para aquella afligida señora.

Amaneció lucido el príncipe de los astros y padre de las luces, siendo hora para que nuestro caballero, que cuidadoso habia estado de saber como se hallaba la herida, se levantase, y llegando adonde la habia dejado lo noche ántes, la halló, viendo en su rostro un prodigio de perfeccion; y habiéndola saludado cortes, á que correspondió agradecida, la preguntó cómo se hallaba de sus heridas; á que respondió que con mucho alivio por la diligencia de su amparo, cura y asilo. Quisieron los rústicos dar cuenta al lugar cercano de esta desgracia, mas no lo consintió Periandro, pareciéndole que con el movimiento se le podian nuevamente alterar las heridas á la dama; y á la verdad no era sino pena de que se apartase de su vista aquella que con la suya le habia hecho de libre esclavo de sus lucientes rayos.

¡O amor! ¡de cuántos ardides te vales y vales por ardid! á piedad mueves cauteloso, y es cautela para precipitar el corazon incauto á que ame y pretenda atrevido: tal era la centella que se habia introducido en el pecho de este caballero así que vió la beldad de la herida dama. Fueron los villanos á su cuotidiano ejercicio, y en el ínterin pidió Periandro á su nuevo empeño le diera noticia de su desgracia, de su patria, estado y nombre: á que se excusó diciendo era aumentar su achaque referir lo que le pedia; y por no disgustarla remitió el saberlo para mejor ocasion. A esta sazon pasaba un cirujano del lugar vecino á otro á cierta cura, y avisado de los pastores, Periandro le suplicó viese las heridas á la dama, ofreciéndole satisfacer, á que el cirujano se ofreció con mucho gusto, por haber visto en nuestro héroe un no sé qué de autoridad oculta. Visitóla, y viendo las heridas, dijo no ser de cuidado, cuya alegre nueva satisfizo este caballero con una rica sortija que en su mano traia; y habiéndole aplicado nuevos remedios, se despidió, ofreciendo volver otro dia, y otros si fuese menester hasta dejar del todo sana á esta señora, con que siguió su camino.

Gustoso quedó Periandro viendo habia hallado el remedio á su deseo sin entrar en poblado, y enviando á uno de los pastores (que esta era su ocupacion) al pueblo, dándole dineros suficientes, mandó le trajeran los regalos necesarios para la asistencia de la enferma, á que ella correspondió con muchas gracias del cuidado que su valedor le mostraba en su regalo y cura. Aquí entre las corteses razones vino á descubrir nuestro héroe un mas que mediano ingenio, acompañado de modestos y finos agasajos, incentivos de la voluntad y redes del albedrío, que sirvieron de alimentar la nueva aficion y recien nacida voluntad, para que llegara á crecer gigante, y conservarse firme como se verá.

Ocho dias pasaron en los cuales no sucedió accidente alguno, hallándose muy mejorada esta dama con las visitas del cirujano, que las hizo con mucho cuidado, bien gratificadas de nuestro Periandro; al cual un

dia que se halló á solas le dijo esta dama como era forzosa su ausencia; mas viendo el sentimiento que por ello bacia, le consintió que la acompañara, si bien con el pretexto que no babia de pasar de los límites de la cortesía, que nuestro caballero ofreció con juramento. Satisficiéronles la buena obra á los pastores, con lo cual se partieron por una inculta senda, yendo la dama á las ancas, y Periandro gobernando su orgulloso caballo en la silla. Bien habian andado mas de tres leguas, cuando Periandro le pidió á su ya mejorado dueño le refiriese la causa de haberla ballado en aquel sitio, á tales boras, tan herida y lastimada; á que la dama satisfizo diciendo:

Cuatro leguas poco mas de aquí dista, ó noble caballero, la siempre ilustre Segovia, ciudad rica y abundante, habitada de nobles y ricos caballeros como de discretas y bellísimas damas: esta es mi patria; mi nombre Anarda, tan desgraciada que pudiera por antonomasía llamarme la propia infelicidad. Nací bíja única de heróicos y ricos ascendientes, pero ¡ qué le importa la riqueza á la que nació sin dicba! Criéme de tiernos años con mis padres, que en breve pasaron de este á mejor siglo, heredando yo, junto con la calidad, un cuantioso mayorazgo que pasa de seis mil ducados de renta; quedé sujeta á una hermana de mi difunto padre, señora ya mayor, ejemplo de virtud y archivo de perfeccion. De este modo lo pasé basta los tres lustros de mi edad, que trató esta señora darme estado, viendo los muchos pretendientes que me salian ya movidos de mi hermosura, ó ya de mi hacienda, como ellos decian.

Habitaba pared en miedo de mi cuarto un caballero mozo en la edad, galan en la persona y rico en los bienes de naturaleza, si bien en los de fortuna muy pobre, recien venido de Indias á ciertas pretensiones; á este un dia ví entrar en su posada desde unas celosías, y os aseguro me aficionó su talle y gallarda presencia, porque luego sentí dentro del pecho un volcan en que el corazon dulcemente se abrasaba, víctima que en holocausto ofrecia el alma á su gentileza: reprimí mis deseos, recogí mis pensamientos, y á mi misma me dije libre, desordenada, y otras razones para moderarme; pero ¡qué vale la correccion donde está la fuerza del bado! propuse el no salir á mis ventanas, juré no abrirlas, y traté á mi memoria condenarla á perpetuo olvido; pero ¡ ah inconstante oferta! pues ella misma me inclinaba y excitaba á hacer lo contrario. Pasé algunos dias hasta que uno festivo salí acompañada de mi tia y un gentilbombre, criado antiguo de mis padres, á cumplir con las obligaciones de cristiana, á tiempo que don Antonio (que este es el nombre del forastero) estaba acabándose de vestir en un cuarto bajo cuyas celosías salían á la principal calle por donde babíamos de pasar; fué fuerza vernos, y ó ya sea curioso, ó ya motivado de nuestra vista, salió en breve siguiéndonos hasta la iglesia, en la cual todo el tiempo que estuvimos no apartó un punto los ojos de mi persona, diciéndome con ellos su deseo: los mios os aseguro que aunque cubiertos del sutil manto deseaban, por mas que los apartaba, bacer lo mismo.

Acabóse la fiesta, y con ella esta amorosa batalla: siguiónos don Antonio, y sabiendo nuestra casa, fué vigilante centinela en inquirir quien

yo era, mi calidad y estado: fué informado, muy á su satisfaccion, por una criada mia, la mas allegada; trató declararse por un papel que llegó á mi mano, por las de mi sirviente, y aunque al principio la reprehendí y rehusé, fueron tantas sus persuasiones que me obligaron á tomarle; mas con el presupuesto de no responder, y abriéndole ví que decia:

« Quien padece sin declarar su mal no busca el remedio á su dolencia;
» yo, hermosísima Anarda, os adoro con tan casto amor que solo se di-
» rige á haceros dueño de mi persona, pues lo sois de mi alma: atrevido
» juzgareis mi pensamiento si reparais en vuestros méritos, pero ellos mis-
» mos disculpan mi arrojo, por haber sido el motivo, que quien busca lo
» mejor no es digno de castigo sino de premio; este esperaré yo de vues-
» tra mano, pues ella podrá premiar mi esperanza si la consigo, para que
» os merezca esposa quien os venera esclavo.

» Don Antonio. »

Leí este papel delante de Leonisa (que este es el nombre de mi criada) la cual me exageró las prendas, condicion y calidad de este caballero con tantos hipérboles que pudiera tenerla zelos, á no ver la desigualdad que habia entre las dos. Hice desprecio del papel, y mandéle no me tratara mas de esta materia si queria estar en mi compañía; á lo cual se disculpó ofreciendo no darme enfado. Acertó á venir á visitarme una amiga, por lo cual dejando á Leonisa salí á mi estrado á cumplir con aquella obligacion forzosa: llegó doña Juana (que este era el nombre de mi amiga) algo melancólica, y despues de haber pasado los corteses cumplimientos, la pregunté la causa de su tristeza, ofreciéndole ya que no del todo el alivio, al menos lo que yo pudiese hacer para sublevarle en parte su fatiga; á que respondió agradecida, dándome cuenta de su pasion con algunos sollozos, en las siguientes razones:

Dos años ha, discreta Anarda, que como sabes mudó su casa mi padre de la gran Sevilla á esta ciudad, en los cuales no ignoras la amistad que las dos hemos profesado: tambien tienes noticias, amiga mia, y has visto en mí el recogimiento que siempre he guardado. Pues has de saber que habrá como tres meses vino á sus pretensiones don Antonio de Leiba, vecino tuyo, el cual en Sevilla me miró con las atenciones debidas á las mujeres de mi calidad: este, pues, ha como algunos dias que se ha entibiado en su amor, tanto que me ha movido á saber por tu medio, si es posible, la causa de que nacen estos desvíos; por lo cual estimaria que Leonisa le llevase un papel de mi parte, para entender el orígen de su olvido. Esto es lo que me tiene sin gusto, esto lo que me aqueja, y esta en fin es la inquietud que el alma padece; y pues me ofreciste remedio, ese te pido.

Cual yo quedé bien lo podeis colegir de quien estaba tan á los principios de su voluntad, y aunque tan arraigada disimulé mi pena, ofreciendo hacer lo que me pedia, y llamando á Leonisa, hice llevase el pa-

pel de doña Juana á don Antonio, que ella llevó muy contenta, imaginando ser mio : mas luego salió de esta duda, como vereis, porque habiéndosele dado y conocido la letra, la despidió desabrido, diciéndola respondiera á doña Juana no estaba para obedecerla por cierta ocupacion; y de paso le dijo : Advertid á la señora Anarda no se emplee mas en estas diligencias, pues no conoce los sugetos que las piden, que no hablan verdad en lo que informan, ni tienen razon de lo que se quejan.

Esta fué la respuesta de don Antonio, y aunque yo, viendo el desaire, pude quedar satisfecha, no obstante siempre tuve algun recelo de si me trataba con verdad. Cesó la visita con el dia, yéndose doña Juana con la misma tristeza, á mi parecer, del desprecio referido. Pasamos Leonisa y yo lo que de él restaba en ponderar el desaire hecho, y ella de su parte me encareció lo que don Antonio le habia dicho á la despedida. Al cabo de algunos dias volvió mi amante á insistir en su pretension, y viendo mi desprecio me envió unas décimas glosando esta cuartilla, que se habia hecho á una dama de palacio del propio nombre :

Pues es ya mi vida Anarda,
Y ella no quiere que viva,
Yo me muero porque estoy
Sin esperanza de vida.

Salamandra mi aficion,
Porque ve cuanto interesa,
Se solicita pavesa
En tan rara perfeccion :
Y alegre mi corazon,
Que al mirarla se acobarda,
Dice (con ansia gallarda,
Que ánimos puede infundir)
No temas que he de morir,
Pues es ya mi vida Anarda.
Amoroso me importuna
A que os adore rendido,
Porque siempre al atrevido
Favorece la fortuna :
Todo mi valor se auna
Para adoraros esquiva,
Y con esta llama activa
Que me llega á persuadir,
Vuelvo, señora, á vivir,
Y ella no quiere que viva;
Yo estoy herido con gusto
Del arpon de vuestros ojos,
Y entre tan dulces enojos
Me parece el rigor justo :
No espereis que llame injusto
Este ceño desde hoy,
Que á vuestra presencia voy,
Donde podré blasonar,
Si otros mueren por no estar
Yo me muero porque estoy.
No espero, no, mejor suerte,
Sino que logreis el tiro,
Pues que con ansias aspiro
A tener vida en tal muerte :
Dulce fin mi amor advierte
En dicha tan conocida,
De mi fe bien merecida
Pues podrá blason tener,
Que por vos se llegó á ver
Sin esperanza de vida.

Estas décimas junto con su retrato llegaron á mi poder por órden de Leonisa, que me dijo que, aunque perdia mi casa, no habia de pasar en silencio las penas que yo le causaba á don Antonio, pues por mis desvíos habia estado casi en los umbrales de la muerte. Asegúroos, señor Periandro, que lo sentí, y que me pareció no era razon dejar de aplicar el remedio sabiendo el achaque, y que se originaba por mi desprecio. Obli-

góme por esto á favorecerle, enviándole una banda verde con puntas de oro, para que con su color cobrara esperanza, y sustentara el brazo, por estar sangrado, y las puntas para asegurarle de mi firmeza; juntamente con un papel respondiendo al primero. Aquí le pidió nuestro caballero lo refiriese, á que con algunos colores lo hizo que le ocasionaron sus memorias y recato natural, diciendo:

« Arrojo os parecerá, señor don Antonio, el escribir una doncella á un » caballero libre; pero no lo juzgueis, sino entended que, movida de la » pena que referis, lo hago solo para que no me noteis cruel, dándoos li» cencia para que me veais, con el respeto debido á las mujeres como yo: » ahí os envio esa banda para el descanso de vuestro brazo; yo le tendré » si tratais de pedirme á mi tia por esposa; pues no siendo así vuestro in» tento, dudaré de la verdad que acreditais por el vuestro. Dios os guarde.

« ANARDA. »

Este papel llevó Leonisa muy contenta, por haber alcanzado lo que le pareció imposible de mi condicion, y mas por las albricias que don Antonio le dió, que fueron algunos doblones, que no es pobre amor favorecido en sugeto deseoso de alcanzar lo que pretende. Hizo extremos de alegría viendo le daba licencia para verme; y concertando con Leonisa la hora, la despidió, previniéndose para el dia siguiente de una costosa gala, que lo bien tallado de su persona le daba nuevos realces al adorno. Volvió Leonisa con tanto alborozo, que dudé si acaso era la interesada, y nuevamente me encareció la afabilidad, cortesía y trato de mi nuevo dueño, diciéndome que el dia siguiente estaria muy puntual á visitarme; encarguéle el silencio, á que se ofreció con muchas maldiciones, con que le fié mis ansias, que hasta entónces las habia tenido ocultas, dándole cuenta de mi amorosa pasion y de lo sucedido cuando le ví entrar en su posada, y juntamente el habernos seguido hasta la iglesia, con lo demas que ya sabeis.

Vino el dia y con él la hora señalada en que habia de venir don Antonio, que fué tan puntual como ella: y siendo avisada de Leonisa, dejando á mi tia en su oratorio, salí á recibirle, exagerándome su dicha con tan amorosas razones que engañáran á la mas prevenida: díle crédito, quedando entre los dos ajustada esta correspondencia con la condicion referida, que revalidó con muchos juramentos. Algunos dias duró nuestro amor sin zozobras; pero ¡cuándo no suceden á los infelices, y mas á quien lo era como yo! Sucedió, pues, que llegando á noticia de doña Juana nuestra voluntad, trató su venganza de esta suerte.

Vivia frente de mi casa una señora, ya de mucha edad, y con tan gran miseria que lo pedia para poderse sustentar, á la cual diversas veces yo habia socorrido con tanta liberalidad que su boca era la que me ponia límites; esta, pues, tenia entrada á todas horas en mi cuarto; vió en él un dia á don Antonio, y habiéndole saludado le preguntó su estado y calidad, á que le satisfizo dándole noticia muy á su gusto, de que re-

cibió mucho contento Matilde (que este es su nombre), y habiéndole dicho don Antonio su intento, lo aprobó, ponderando cuán acertada era su pretension por mi hacienda, nobleza y méritos: ofreciéndose sería nuestra estafeta en el ínterin que no se concluia el casamiento, trayendo los papeles que se ofreciesen. Agradecíle este agasajo, y dióle don Antonio algunos reales; despidióse gustosa, llevando estas nuevas á doña Juana, que se las pagó con mucha largueza, valiéndose de esta mujer para vengarse de mí. Encargóle el secreto de su mal deseo, ofreciéndole grandes premios si lo conseguia, alentándola Matilde con el seguro de su favor, con cuya oferta se dispuso á solicitarme todos los disgustos posibles. Con este intento viniendo á visitar á mi tia le dió noticia de mi amor, y cuán adelante estaba la correspondencia entre don Antonio y yo. Hizo mucho sentimiento doña Bárbula (que este es su nombre) con esta nueva, tratando de saber por mas menudo la verdad, siendo de ahí adelante un argos en la custodia de su casa y mi persona, sin darse por entendida hasta averiguar la verdad.

Con estos inconvenientes pasaron algunos dias que no pude ver á don Antonio, y enviando á Matilde á saber la causa de su olvido, la dió un papel en quien venia un retrato que habia hecho en ecos (harto difícil metro) al asunto de haberle yo despedido, por no aumentar los cuidados de mi tia, viendo que si aseguraba sus recelos habia de ser la que padeciese mas zozobra. El papel decia:

« No podrán, bellísima Anarda, los azares que suceden en mi amor ser » equivalentes á borrar del pecho tu imágen; tanta perpetuidad le asegu- » ran mis cariños y tanto merece el idolatrado dueño de mis potencias: » tan fija vives en mi memoria, que el tiempo, que todo lo consume, y » el olvido, que todo lo borra, han perdido del todo sus fuerzas para » conmigo; que te amo firme y tolero constante.

« DON ANTONIO. »

Este junto con el retrato vino á mi poder por Matilde, que regocijada me lo trajo, diciéndome cuan lastimado quedaba don Antonio por no poderme ver. Aquí le pidió Periandro refiriese el retrato, si se acordaba, á que Anarda satisfizo diciendo: Si mal no me acuerdo era este.

RETRATO DE ANARDA EN ECOS.

Tu beldad que me despide
Pide á mi amor que se aniña,
Niña que te haga un retrato,
Trato mi aficion codicia.
Principio por tu cabello,
Bello prodigio que aviva,
Viva esta fe que renace,
Nace de solo su vista.

A tu frente mariposa
Osa mirarla atrevida,
Vida que se pierde en ella,
Ella se gana á sí misma.
Tus cejas que en dos arpones
Pones, con que amor esgrima,
Grima publican y enojos,
Ojos por saetas vibran.

De azabache negras flechas
Hechas, y aunque se retiran,
Tiran el alma tras sí,
Sí que son de iman tus niñas.
La nariz que te conviene,
Viene porque amor lo afirma,
Firma bien proporcionada,
Nada grande, nada chica.
Porque ella al abril socorre,
Corre, y en su rostro admira,
Mira entre bellos desmayos,
Mayos hechas tus mejillas.
La grana en labios provoca,
Boca breve que fulmina,
Mina de Tiro y Sidon,
Don que tributan las Indias.
Su cuello atlante divino
Vino á ser, pues su porfía,
Fia que sustente un cielo,
Hielo que su aliento anima.
En su talle qne se ajusta,
Justa la razon lasciva,
Iba á decir que el donaire,
Aire en su garbo publica.
Tan ajustado prepara,
Para, mueve y solicita,
Cita á todo humano pecho,
Hecho á sentir sus heridas.
Tus bellas manos, zagala,
Gala que el abril mendiga,
Diga que la dan prestado,
Estado á su bizarría.
El vestido que descubre,
Cubre para mis desdichas
Dichas que lograr espero;
Pero no llega su dia.
A tus piés llegué postrado,
Hado feliz me seguia,
Guía que supo en un punto
Punto poner en dos cifras.
Retrato bello de Anarda,
Arda esta llama qne avivas,
Vivas cual fenix ingrata,
Grata mi amor te consiga.

Exageró Periandro lo bien escrito, que no fué poco para quien estaba enamorado alabar en presencia del objeto amado otro sugeto; pero no quiso lucir ponderando faltas agenas, que es de muy ruines pechos acreditarse con pérdida del favorecido: tienen los tales la propiedad del camello, que al tiempo de beber enturbia con sus piés las aguas, no sé si es por no verse, ó porque le parece que les da mayor claridad: ¡ ó condicion brutesca de muchos que entienden que ellos solos son los entendidos, siendo la misma ignorancia!

Viéndome, pues, alabada y cortejada de este caballero, como tengo dicho, determiné resolverme, á pesar de mi tia, á darle entrada en mi casa por una puerta falsa que de un jardin salia á otra calle mas retirada del concurso y trato; y avisándole con Maltilde para la siguiente noche, habiéndole dado la llave para que se la entregara, la despedí diciéndole que yo le esperaria entre dos sauces junto á su fuente con Leonisa, que estaria avisada de todo.

Vino la hora, y dejando retirada á mi tia, me bajé al jardin á esperar á don Antonio, el cual vino, y siendo avisada de Leonisa, sintiendo abrir la puerta le salí á recibir con los brazos, y él con los suyos me correspondió con muy amorosas razones, exagerándome su dicha, y pidiéndome con ruegos premiara sus deseos, volviendo á revalidar la palabra que me habia dado de ser mi esposo, haciendo testigos á los cielos y á Leonisa de su cumplimiento, con que le dí entera posesion de mi honor. No tuvimos tan cumplida esta dicha que no sucediese que dándole un dolor de hijada á mi tia (achaque que padecia de ordinario) no despertase, y llamándome, conociendo mi falta, se levantó, y saliendo á una vistosa galería cuyas ventanas salian al jardin, viese (por estar Cintia en su ple-

nilunio) nuestras personas, y dando muchas voces llamase á los vecinos á su socorro; quien se ofreció mas apriesa fué Matilde, que como tengo dicho vivia frontero; por lo cual fué de las primeras que acudieron á las voces de doña Bárbula. No se tardó mucho doña Juana con sus padres, por vivir muy cerca, llenándose en breve la casa, siendo fuerza á toda priesa el ausentarnos don Antonio y yo por la misma puerta del jardin, sin mas prevencion que la que nos dió lugar el suceso tan impensado de todos.

Llevóme á una casa de una deuda suya, y sin decirle quien yo era, prevenidos dos caballos salimos de Segovia ántes del amanecer, siguiendo inusitados caminos para no ser hallados, si acaso nos siguiesen: llegamos á una poblacion distante de la ya dicha ciudad cinco leguas, y en esta previniendo lo necesario para nuestra jornada, estuvimos dos dias, en los cuales pedí á don Antonio hiciera nos desposase el cura, el cual me dió por disculpa que era fuerza verme alguno de mi patria, que por ser tiempo de feria acudian muchos mercaderes á este lugar á hacer sus empleos, remitiendo esta diligencia, bien deseada de mí, para Sevilla, adonde dijo era nuestro viage. Salimos, pues, de este pueblo un mártes (que para mí lo fué) ya puesto el sol, y habiendo andado á mi parecer dos ó tres leguas, llegamos al bosque donde me hallásteis, cuando el cielo comenzó á fulminar gran copia de truenos y cantidad de relámpagos que nos obligó á retirarnos entre lo oculto de unas coposas matas para guarecernos de tan repentino accidente.

Bien habria mas de una hora que allí estábamos, cuando, llegándose á mí don Antonio, sacando la daga, me dió sin poderme defender las heridas que vísteis, y tengo por sin duda me acabara si á este tiempo no sintiera ruido de unos arrieros que pasaban; con lo cual subiendo en su caballo y cogiendo del diestro el que para mí habia comprado en Segovia, se partió á toda priesa dejándome desmayada, hasta que á largo espacio volví, y no hallándolo y viendo que me iba desangrando, dí voces sin provecho; pero el cielo os trajo, y sintiendo los relinchos de vuestro caballo, os llamé, hallando en vos el amparo que en el ínterin que el cielo me diere vida confesaré para agradecerlo con las obras que tan desdichada mujer puede á quien debe la vida que goza.

Aquí llegaba la discreta Anarda, cuando vieron bajar de la cumbre de un monte dos gallardos mancebos en dos famosos andaluces brutos: los cuales así que fueron vistos de Anarda fueron conocidos, el uno por doña Juana y el otro por Leonisa. Admirada de verdad quedó la dama de verlos en aquel trage; pero disimulando al tiempo que emparejaron con ellos (cubierto el rostro Anarda), les preguntó Periandro adónde caminaban, respondiéndole que á Sevilla, de donde eran naturales, y que venian de Segovia: aquí les preguntó lo que habia de nuevo, ofreciéndoles su compañía junto con la de la dama hasta la misma ciudad; respondióle doña Juana agradecida á su oferta diciendo: Lo que en Segovia hay de nuevo, señor, es que ha faltado una dama muy principal y rica de la casa de una tia suya, yéndose con cierto caballero sevillano, que dicen la sacó una noche por la puerta de un jardin; por cuya falta la tia de esta señora

ha muerto de sentimiento, nombrándola heredera universal, con tal que se case con el sevillano : tambien se decia que de allí á dos noches faltó una doña Juana de Silva, que era grande amiga de esta dama, junto con una criada llamada Leonisa; no hemos sabido yo y este criado otra cosa, por partirnos muy apriesa á nuestra patria.

Disimuló cuanto pudo Anarda su sentimiento, y llegaron á un lugar una jornada de Sevilla, donde descansaron, ofreciendo Periandro no desamparar á Anarda hasta dejarla casada ó vengada, dándole cuenta ella de quien eran los pasageros, y ofreciendo este caballero el disimulo hasta su tiempo.

Aquí le preguntó la dama quién era á Periandro, que aunque sabia su nombre, ignoraba su calidad y estado, y la causa que le obligaba á dejar su patria; pues el trage lo publicaba extrangero, aunque el valor lo acreditaba propio : el cual por pagarle la que le habia dado, estando ambos solos, satisfizo de esta suerte :

Roma, cabeza de la militante Iglesia, digna corte del supremo vice-Dios, es mi patria; célebre en grandeza, magnífica en suntuosos templos, madre y refugio de peregrinos, centro de la nobleza y epílogo universal de la hermosura; mi calidad la que un tiempo se vió en la cumbre de la felicidad, alcázar de la dicha, y en el sagrado monte de la mayor grandeza : esto es deciros tuve ascendientes que ocuparon la excelsa silla de Pedro, sin segundo y primado apóstol. Dejo de referiros mi educacion, pues no se puede poner duda seria en todo correspondiente á mi naturaleza : pasando á lo mas importante, para no cansaros con mi narracion, rico en bienes de fortuna, traté de los acostumbrados divertimientos que los de mi edad cursaban, como son damas, hacer mal á caballos y acudir á las casas de juego, si bien esto último fué lo que menos arrastró mi natural, inclinándome mas á los dos primeros vicios en que la ociosa juventud se ejercita; por lo cual habiendo llegado á los cuatro lustros de mi edad me cautivó la voluntad una principal señora y de la mas conocida nobleza que se hallaba en mi patria : á esta, cuyo nombre es madama Victoria, de la esclarecida casa Farnesia, vi, quedando tan pagado de su hermosura como cautivo de su discrecion : fuí bien admitido á los principios, sí bien fueron presagio de desastrados fines. Habia otro caballero aleman, y de los de mayor calidad en aquel reino, cuyo nombre era Oracio Picolomi, mi igual en sangre, aunque no en riqueza, pero en las partes personales muy aventajado : este puso los ojos en el blanco de mi deseo, iman de mi voluntad y centro de mi amor; por lo cual llegué á sentir el severo rigor de los bastardos hijos del vendado cipriota; era mi competidor dichoso, con que os digo que fué bien admitido. Cursábamos la calle de mi esquivo dueño, procurando cada uno aventajarnos en el lucimiento, haciéndole yo conocidas ventajas por hallarme con mas posibilidad. Acaeció, pues, que hallándonos un dia en la plaza del embajador de Francia, mi competidor quiso oponérseme en cierta disputa, y aunque yo á los principios procuré obviar este lance, anduvo tan poco atento que me obligó á desmentirle, de que resultó el salir á campaña, donde nos acometimos tan valerosamente que pudiéra-

mos poner envidia al guerrero Marte: pero como estaba de mi parte la razon, tuve tanta dicha que lo dejé mortalmente herido, y viendo el riesgo que corria mi persona si me detenia, acudiendo á mi posada tomé el dinero y las joyas que pude hallar, partiéndome á toda priesa para España, dejando un papel escrito para mi dama, en donde le daba cuenta de este suceso. Llegué al cabo de algunos meses á la corte, en quien fuí agasajado de algunos príncipes de mi nacion, y en particular del nuncio apostólico por ser cercano deudo mio; solicitó este príncipe mi perdon del prudente monarca Felipe, pero no se pudo conseguir por ser la parte poderosa. En medio de estos ahogos supe cómo un deudo de mi enemigo habia llegado de secreto á Madrid con intento de darme la muerte; esta nueva me dió un criado que se vino conmigo, el cual queda en la corte para informarme de los designios de mi contrario y mi deudo solícitando nuestras amistades y el perdon. Yo viendo mi riesgo me determiné poner tierra en medio, y con ese caballo hice de noche mi ausencia hasta que llegué á Segovia, donde descansé dos dias, en los cuales tuve aviso por mi criado como otro de mi contrario me seguia; por lo cual á toda priesa dejé la ciudad, siguiendo inusitadas sendas hasta que perdí el camino, llegando al monte donde pude serviros, dando gracias al cielo de haber sido tan dichoso.

Mucho gusto recibió la bella Anarda con la relacion que Periandro la hizo de sus sucesos, dándole las gracias de haberla hecho depósito de su secreto. Pasaron aquel dia en este pueblo, y puesto el sol trataron proseguir su viage: vió doña Juana á Anarda sin rebozo y quiso conocerla; pero no descubrió su pecho, por hallarla algo demudada con la señal de la herida y en poder de Periandro, hombre que ella jamas habia visto; lo mismo le sucedió á Leonisa, que aunque muchas veces quiso llamarla, lo escusó, imaginando no era posible fuese Anarda la que veia. Así pasaron sin declarar sus persuasiones hasta que llegaron á Sevilla, madre de tantos naufragios, y archivo de tantas flotas.

En esta, pues, hicieron su asiento, y tomando Periandro posada competente se acomodaron, despidiéndose de doña Juana y Leonisa, por decirles ir en casa de un deudo suyo que les tenia prevenida posada en las de un perulero, hombre rico y de los de mayor crédito en aquella ciudad; quedando en que el tiempo que estuviesen en Sevilla se visitarian y asistirian en lo que se les ofreciese, sospechando Anarda si doña Juana venia en busca de su fugitivo amante. Cuidó Periandro con toda diligencia buscar á don Antonio en aquel laberinto de forasteros, sirviéndole de hilo para salir con su intento la introducion que tuvo, así con naturales como con extrangeros, con su natural bizarro y cortés agasajo. Hallólo en uno de sus muchos garitos ocupado en sus ejercicios, vicios que habia de privar con toda severidad la república, como fuentes de los que ocasionan, que son deshonor y pobreza al que los cursa; que habiéndole avisado lo habia menester en el arenal, puesto acomodado para su propósito, se levantó don Antonio, diciendo á los tahures le traian una partida, y que el que se la habia de dar se iba, causa de no poder proseguir, pero que volveria en breve con ella y proseguiria con mucho gusto, á que

los camaradas le dijeron acudiese, y de paso uno le acordó la galantería que usaba en esperarle lo que le debia para conseguir la paga. Con esto salieron los dos al puesto dicho, y Periandro rompió el silencio con estas razones:

Por saber no podeis negar lo que os preguntaré, os he sacado á este puesto. Y mostrándole los papeles que Anarda le dió que don Antonio habia escrito, le dijo: ¿Conoceis esta letra? sabeis las obligaciones que á esa dama debeis? responded. A que don Antonio turbado dijo no conocerla, ni menos la dama que le decia. Volvió Periandro á decirle: ¿Nó conoceis á la señora Anarda, que creyendo vuestros fingidos halagos os dió posesion de su persona, de vos tan agradecida que la heristeis de muerte en lo oculto de un monte, y la dejásteis burlada procediendo contra las obligaciones de caballero, que decis que sois, y yo dudo, viendo las acciones tan contrarias que decis? Aquí respondió don Antonio no debia tal, y que le satisfaria con la espada, a que Periandro satisfizo con la misma, dándole dos estocadas de que cayó pidiendo á voces confesion á tiempo que venian dos religiosos forasteros de la órden del humano Serafin, los cuales llegaron, con cuya venida se ausentó Periandro, y sin decirle la causa previno para mudarse á Triana, dando por excusa que no le contentaba aquella posada. Dejemos ocupados á estos caballeros, y volvamos á nuestro herido don Antonio, el cual, viendo que por instantes fallecia su espíritu, le reveló al religioso todo lo que queda dicho, y le dió la mano para que en su nombre se la diera á Anarda; si es que el cielo le daba noticia de su persona, ofreciendo el alma á su Criador en los brazos de aquel padre espiritual, el cual llegó á Sevilla, y dando cuenta al asistente, se enterró el malogrado don Antonio, haciendo diligencias para hallar el agresor; mas no fué posible por haberse mudado (como dijimos) á Triana.

No se descuidó fray Alvaro Cruillas (que este era su nombre) en buscar á Anarda; é informándose de su casa secretamente, y de cómo se habia mudado á Triana, la fué á visitar, hallándola en compañía de Periandro, que luego conoció al religioso, pero disimulando vió como despues de haberlos saludado le dijo á Anarda:

Todos los que ofenden al cielo tienen seguro el castigo, y particularmente aquellos que á las doncellas virtuosas y modestas inquietan; de esto os pudiera decir muchos ejemplos para su crédito; pero ¿qué mayor que el presente, pues á no venir yo á la sazon pudiera ser padeciera el alma de vuestro difunto esposo eternas penas; pero Dios, padre benigno, me trajo á tan buen tiempo que satisfizo como pudo vuestro honor; para cuyo cumplimiento, señora, yo en su nombre os revalido la palabra que os dió, y juntamente os doy el pésame de su muerte.

Aquí comenzó á hacer grandes sentimientos Anarda (muestras de su amor) á que acudió el religioso con entrañables remedios para moderar su pena: en esto estaban cuando se vieron salteados de un tropel de ministros de justicia, que asiendo de Periandro le llevaron en un coche preso á Sevilla, y á Anarda á casa del asistente, por ser esta la órden que traian, ofreciendo el religioso hablarle é informarle de todo.

Ya á esta sazon doña Juana y Leonisa habian mudado de trage; y habiendo ido á buscar á sus camaradas, no hallándolos, fueron informadas como se habian mudado á Triana; y supieron estar Periandro preso y Anarda en casa del asistente por la muerte de don Antonio. Hizo muchos sentimientos doña Juana así que le dieron tal nueva; muchos mas hizo Leonisa, por no haber conocido á su señora, volviéndose á Sevilla á ver en qué paraban estas cosas.

No se descuidó el religioso de su oferta, pues habiendo vuelto á Sevilla, se fué al asistente, y le dió cuenta de lo que don Antonio le habia dicho, y le suplicó fuera servido de librar á Periandro; estando en esta súplica, fué avisado el asistente como dos damas embozadas pedian licencia para hablarle, á que respondió luego se les daria, despidiendo al religioso, ofreciéndole haria todo lo posible por servirle. Salió á una antesala, y dando silla á la embozada, oyó que decia :

Mi nombre es doña Juana de Silva, mi patria esta gran ciudad; bien conocidos en ella mis padres por su riqueza y calidad notoria. Mudaron su casa á Segovia por ciertas disensiones que tuvieron con los Almagros, venticuatros muy antiguos, llevándome consigo, bien contra mi gusto, por quedar en ella don Antonio de Leiba, caballero en quien yo habia puesto mis pensamientos. Poco mas de dos meses habia que en Segovia estábamos, cuando este caballero nos vino siguiendo, en donde proseguimos nuestros amores, con la palabra que me dió de ser mi esposo. Así pasé algunos dias, en los cuales se entibió su amor de suerte que me motivó á sospechar si tenia nuevo empleo: valíme de una dama vecina mia, y á esta declarándole mi pasion la pedí se sirviera de que en mi nombre le llevara un papel una criada suya, que es la que viene conmigo, á que respondió con mucho despego, por tener empleada su voluntad en esta dama vecina mia cuyo nombre es Anarda. Aquí refirió doña Juana todo lo que queda dicho, hasta el hallarla con Periandro demudada por la señal del rostro, y prosiguió : He sabido, pues, señor, como el caballero que le acompañaba lo ha muerto por lo que á Anarda debia; y pues ha sido tan justo el castigo, me ha parecido informar á vuestra señoría para que como juez piadoso ponga en libertad á este caballero junto con Anarda, pues tan inocente padece.

Aquí llegaba doña Juana con su relacion y súplica, cuando, levantándose el asistente, mandó llamar un escribano para que tomase por testimonio lo que doña Juana decia, y habiéndose hecho, la despidió ofreciéndola hacer con mucha brevedad lo que le pedia. Suplicóle doña Juana al asistente le diera licencia de ver á Anarda, y él se la dió, avisando á su mujer para que la recibiera como á dama de su calidad; y siendo avisada que podria entrar, se despidió del asistente, que no la quiso dejar hasta ponerla en el estrado de doña Melchora de Guzman (que este era el nombre de aquella señora), la cual salió á recibirla con Anarda hasta la puerta de la pieza, cortejo debido á señoras de su calidad.

Pasaron grandes pláticas Anarda y doña Juana, en las cuales le dijo como de allí á dos noches de su fuga con el malogrado don Antonio se habia salido secretamente con Leonisa, que desde su falta habia estado

en su compañía; y valiéndose de Matilde, ella les habia buscado los vestidos y comprado los caballos, habiendo empeñado una rica cadena que doña Juana le habia dado, y que no pudiendo sufrir su ausencia Leonisa, y ella la de su Vireno, habian seguido el camino de Sevilla, habiendo primero escrito á un deudo suyo para que las tuviera prevenida posada; el cual le habia reprehendido su arrojo, pero que se habia ofrecido disculparla con su padre para volverla en su gracia.

Mucho se holgó doña Melchora de conocer á doña Juana por ser muy cercana deuda suya; envió un recado á su deudo diciéndole como quedaba en su compañía hasta volver á Segovia, de que don Gaspar (que así se llamaba) recibió mucho contento, ofreciendo iria á cumplir con su obligacion. Pasaron las damas muy contentas, y Anarda contó lo que queda dicho que le sucedió con don Antonio en el monte, hasta el haber sido socorrida de Periandro, su agasajo y cortes proceder; y queriendo doña Melchora que aquella tarde fueran en la carroza á divertirse en su compañía, entró un criado del asistente, diciendo á Anarda que su señor la esperaba para dar sentencia en su negocio; alborozada salió, y llegando á su presencia vió á Periandro junto con fray Alvaro Cruillas y dos caballeros forasteros con la insignia de Alcántara á los pechos, los cuales pidieron al asistente declarara, y él dijo:

Por haber sabido quién es la persona del señor Periandro Colona (esto dijo quitándose el sombrero, y prosiguió), el cual se ausentó de su patria por haber dado la muerte á don Oracio Picolomí, caballero de igual sangre y naturaleza, en desafío con armas iguales, por la cual muerte el rey mi señor lo ha perdonado, como consta por su real consejo; de que estos caballeros (esto dijo señalando á los del hábito) me han hecho relacion; y habiendo visto que con iguales armas dió la muerte en esta ciudad á don Antonio de Leiba por ocasion de la señora Anarda de Bustos: con consejo, y usando de la potestad que el rey mi señor me ha dado, en su nombre declaro y doy por libre al dicho Periandro Colona, junto con Anarda de Bustos, para que hagan lo que les pareciere. Y aquí mudando la severidad de juez en palabras de amistad, les dijo que su parecer era que Periandro diese la mano á Anarda, la cual con algunas lágrimas se resistió por haber perdido á don Antonio, tanto era el amor que á este caballero tuvo; pero viendo que se lo suplicaba de rodillas Periandro y aquellos caballeros, junto con el asistente, la dió, en cuyos desposorios se halló doña Melchora y doña Juana, que tambien se desposó con don Gaspar, habiendo primero precedido la dispensacion de su Santidad, volviendo todos cuatro á Segovia, casando Anarda á Leonisa conforme á su estado, y doña Juana socorriendo á Matilde todo lo que duraron sus dias con mucha largueza, gozándose sus padres por ver á su hija tan á su gusto acomodada: tomando posesion Anarda de su herencia por haber probado el cumplimiento de la palabra que don Antonio le dió con fray Alvaro Cruillas, varon ilustre en letras y santidad, haciéndose en Segovia grandes saraos, donde concurrió toda la nobleza á cortejar á tan grandes caballeros.

ARDID DE LA POBREZA,

Y ASTUCIAS DE VIRENO.

Zaragoza, imperial y siempre augusta ciudad, corona del fidelísimo reino de Aragon, amparo de las extrangeras naciones, archivo de la justicia, enriquecida con el sin segundo templo que á la reina de los angélicos coros erigió el peregrino apóstol, patron de la celebrada España, que hoy en un pilar, columna firme á sus vaivenes, benigna le asiste; erario y sublime mausoleo de tantos ilustres mártires, que por ser tantos el número no comprehende, ni la aritmética alcanza: patria y madre de venerados santos y de heróicos varones que con lo prodigioso de sus hechos han hecho inmortales sus nombres: en esta, pues, por la muchedumbre de mendigos que la inquietan, moscas á todos tiempos de las casas, sin hallar invierno que las ahuyente, se juntaron en las orillas del ya dicho rio cuatro pobres cosarios de toda dádiva, y representantes eternos de la miseria en el teatro de la vida.

Era el uno andaluz, segun decia: este contaba haber estado en Flandes, y que en cierta batalla que tuvo con un tercio de valones sobre un desgarro que tuvieron con el Tiempo, general antiguo de su milicia, se vieron en tanto aprieto que si él no los socorriera con dos mangas perdidas de su tercio, era imposible escaparlos del rigor del capitan Polilla, enemigo capital suyo: con quien tuvo tanta hinchazon su persona, que aun le duraba en una pierna, columna en quien sustentaba su cuerpo, cuba de Sahagun siempre respetado por puro, de cuya puridad tenia un ojo tan señalado que parecia haber nacido en vendimias por criarse tan lagar. Tenia grandes habilidades, pues hacia cantar gallos sin ser media noche, dando con ambas manos y remedando su canto, y esto era para descubrir dónde habitaban las que él no comia, aunque pescaba, por haber nacido tan vallente.

Era el otro un estudiante que habia cursado en Grecia, porque nadie lo entendia, aunque él se entendia demasiado: este contaba que habia estado á pique de ser canónigo, y era tanta verdad que á no faltarle el dinero lo hubiera sido por Yepes y Madrigal, y la calle de la Ilarza, tan celebrada de aquel famoso escribano, afrenta de Morante y terror de Casanova; gran cofrade de los pan y vinos, gentileshombres de su estómago: era maravilloso herbolario, y curaba muchas enfermedades del bazo con su cotidiano ejercicio; y si alguno moria, solia decir: Así convino para el descanso de su alma. Llamábase por antonomasia el Dómine, renombre que habia adquirido por su pura severidad.

El tercero, que lo podia ser de cualquiera renegado por sus flores, iba hecho un cajon de sastre en su persona, por tanta diversidad de remiendos en capa y vestido de diferentes colores; este decia haberse visto en

su patria bien acomodado, y no mentia, por haber andado lo mas á caballo por su oficio, que habia sido cochero tan diestro que por dar una vuelta por las cortinas del coche, sin llevar medias ni vueltas, lo habian puesto de vuelta y media en solfa bien cantada, si mejor entendida de los que le vieron, cuando le cortejaron doscientos cardenales que el papa Correa le envió el dia de su mayor lucimiento, por ser persona digna, como constaba, de su compañía, en cuyo dia se vistió un jubon, que lo hizo sudar por ajustado, gala que le dejó el talle liso como la palma, gracias á sus hijos, digo los dátiles, que pusieron todo cuidado en su adorno; algunos maliciosos dijeron iban corridos los cardenales; y es que se encendian y mudaban colores, viendo la dicha de este caballero; pero ellos no se fatigaron, que fueron con mucha órden y concierto.

Era el cuarto y último de esta junta una estantigua por lo flaco y figura de la parca; este cantaba, y contaba (por hablar en tiple) que habia sido lucido ingenio en sus verdes años, que el tiempo habia agostado con sus vueltas: decia haberse visto cortejado y requerido, así de damas como de galanes, por haber sido célebre poeta, y de los de nombre, habiendo oscurecido con el suyo á los mas memorables de nuestros tiempos; y á la verdad era un remendon de Helicona, y pato en las corrientes cristalinas de Aganipe.

Estos cuatro, pues, se habian juntado á decretar el modo que tendrian para sustentarse á costa de la diligencia de los otros pobres, harto mas necesitados que no ellos por sus verdaderos achaques. Dijo el Sargento (que este era el nombre del primero) era su parecer que el señor estudiante fuera el secretario; por cuya cuenta corriese el tomar por arancel todos los nombres de los otros mendigos, y que los forasteros estuvieran obligados registrarse para saber cuantos se aumentaban en tan honrado colegio: dándole oficio de pesquisidor y visitador de parages al cochero, para que descontara á pié lo que habia vivido á caballo; pues tenia noticia donde le apretaba el jubon, y no los zapatos, porque no los traía por no ponerse en puntos con vinagres, por lo que tienen de cuero. Diéronle la plaza de entretenido en todos puestos al poeta, nombre propio de mendigo, pues ninguno es rico con haber hecho tan linda hacienda que se ve alabada de muchos, cantada de algunos, y codiciada de otros, adquiriendo siempre el nombre de buen caudal, sin tener un cuarto. Quedándose para sí el Sargento con la sobrebevia, digo soberanía, el título de archipobre, como si dijéramos archipoltron en esta vida descarada; pues no se les cae, pidiendo siempre. Distribuyendo las calles por cédulas, como puestos en fiestas de toros en la corte para que no se toparan estos pozales humanos al sacar, dándoles el método de su mano, y refrendado del secretario en la forma siguiente.

Primeramente, sea estatuto inviolable entre nosotros que todos nuestros colegiales y compañeros se hagan sordos al *Dios te perdone*; porque los tales viven, y esa es rogativa para los finados.

Item, que ninguno tome tabaco en público, por quitar la comun costumbre á los oyentes del *Dios te ayude*, y se lo llevan cabo adelante al



tiempo que les pedimos, imaginando que estornudamos, siendo nuestras voces las que les obligan á estornudar á sus bolsas.

Item, ninguno pida cantando como aleman, pues estos mas provocan á risa que á lástima; y solo sea lícito á las damas que viven cantando, y á los clérigos que se sustentan de lo que otros lloran, juntamente con los médicos y cirujanos.

Item, sea lícito á nuestros colegiales el fingir llagas, remedar cojos, y remedar mancos, sin que por ello sean castigados; pues son juros de la pobreza aprobados y consentidos.

Item, en las sopas de los conventos y de casas particulares el que mas veces pudiere tomar, lo haga; pues ve que todas las cosas se mudan, y en los á idos, etc.

Item, bien mirado que somos muchos, me ha parecido repartir las calles mas principales; y valiéndome de la facultad que tengo, las distribuyo en esta forma.

La calle de la Ilarza sea reservada para mi persona tan solamente; pues en ella tengo mi gozo, que no será aguado miéntras no salga.

Tambicn la de San Pablo con sus bodegas y cubas, en las cuales no puedan entrar mis colegiales sino con mi persona, pagándome los gastos que en ellas biciere.

Lo restante de la parroquia sea visitado de nuestro secretario sin inquietud ninguna; la del Coso, con sus callejuelas de Santa Catalina, sea de nuestro hermano el poeta, para que tengan algun alivio las musas en sus fatigas.

Y la callejuela de Monserrate, con la plaza de Santa Marta, quede para el cochero, sin entrar en la calle mayor, por no traerle á la memoria sus prosperidades, y ocasionarle se desvanezca de pensar en ellas con los que suelen ir por esta tan bien cortejados, que los salen á ver de propósito, alabando sus talles y gentileza.

Así repartió el archipobre las calles, quedándose con facultad de enmendar y corregir dichas constituciones, que juraron sobre la hortera de guardar los dichos colegiales, quedando de verse cada ocho dias en el mismo puesto, á que dieron nombre de nuevo areopago, para conferir sus leyes, despidiéndose cada uno para acudir á sus puestos señalados.

CASOS RAROS QUE LE SUCEDEN AL LICENCIADO VIRENO, LLAMADO EL DOMINE, POR ANTONOMASIA.

Vivia en una de las calles de nuestro licenciado una señora viuda al parecer con dos hijas doncellas, probadísimas y codiciadas de muchos, sirviéndoles la madre de sombra, para que los rayos de la malicia no las ofendieran, y para que á esta tuvieran sus entretenimientos, que no eran muy lícitos. Llamábase la mayor Olimpa, sino tan burlada como la de su nombre, tan gozada de muchos, y deseada de otros. La segunda, y menor en la edad, era su nombre Lucrecia, pero sin Tarquino, pues nadie le habia hecho fuerza á su entereza ó rotura. A estas vió nuestro licen-

ciado, y llegando con la sumision ordinaria á pedirles limosna, Olimpa, que era de su natural caritativa, desnudando la blanca mano le dió al pobre licenciado un cristalino cintarazo, que le llegó á las niñas de los ojos, á que el dicho, viéndose herido, hizo esta redondilla:

Para que el mundo te aclame
Serafin el mas humano,
Con tan peregrina mano
No me hieras, pero dame.

No lo dijo tan bajo que no lo entendiera Olimpa, y alabando la lisonja, le pidió si queria enseñarlas á leer á ella y á su hermana, á que se ofreció muy gustoso, diciendo que ese habia sido su ejercicio en Madrid en casa de los mayores señores, de quienes se habia visto estimado; y que por ciertos intervalos estaba con la miseria que le veian: pero que algun tiempo podria ser volveria á verse en su primer estado, ofreciendo traerles dos libros para que aprendiesen los primeros rudimentos, á que doña Sofía (que así se llamaba la madre) le dijo, dándole cuatro reales: Usted los compre, y acuda á casa, que yo le satisfaré su trabajo. Con esto se despidió Vireno, quedando en volver á la tarde, entrándose las damas en su casa, alabando Lucrecia y Olimpa el buen modo de Vireno, diciendo doña Sofía: Ya teneis, niñas, lo que deseábais, pues este señor os enseñará lo que tanto habeis pretendido.

Llegó la hora de las cuatro en que nuestro estudiante fué á esta casa con dos romanceros que habia comprado, alabando la claridad de su autor; y ponderando el romance de Valdovinos, las traiciones de Galalon y astucias de Carloto, con los amores del conde Claros, que con mucho regocijo fué recibido de Olimpa, que la halló sola, por haber ido doña Sofía con su hermana á cierta visita; y habiendo tomado silla á su lado, la comenzó á exagerar su hermosura, y de paso alabarle un rosario de finos arambres que al brazo tenia con una preciosa imágen de oro de nuestra Señora del Pilar, esmaltada con algunos rubíes, á que Olimpa, desasiéndole del brazo, se le ofreció, diciéndole se sirviera de él: algo rehusó nuestro Vireno, pero notando que al segundo envite no le tuviera en su mano, y habiéndolo besado muchas veces, se lo puso en la faldriquera, diciendo era echarle una cadena para confesarse esclavo de su liberalidad en tanto que el cielo le diese vida. En esto estaban cuando fué avisada que le venia una visita; y preguntando Vireno si embarazaba, fuéle respondido que no, por ser una amiga de muchos dias, y muy entretenida; por lo cual componiéndose la esperó nuestro licenciado.

Entró Tirse (que este era su nómbre) haciendo paraiso la pieza; y habiendo sido saludada de Olimpa y Vireno, les preguntó en qué se entretenian; á que respondió Olimpa ser el señor licenciado célebre poeta. No le contentó mucho á Tirse el renombre, por ver estaria baldía su habilidad, que era la de sacar con tanta admiracion que á Midas y á Salazar los hubiera hecho Alejandros; pero consolóse con que el poeta si queria le podia dar á una dama las perlas de Ceilan para los dientes, el óro de

Arabia para los rizos, la nieve de los Alpes para el rostro y manos, el blando céfiro para el garbo del talle, el azabache para cejas, ojos y pestañas, con todos los atributos para una perfecta belleza; y mudando el ceño que le habia ocasionado su facultad en halagüeño cortejo, le dijo: Mucho me huelgo estés tan bien acompañada de este caballero, pues yo ha muchos dias deseaba hallar uno de sus prendas para empeñarle en ciertos versos que me ha de hacer, dándole el asunto, que es alabar la liberalidad de una amiga mia, que es en tanto grado su largueza, que no solo regala y acaricia con los favores, sino tambien con las dádivas; pues se extiende hasta darle los cortes de diversas telas para su adorno, de que estoy admirada. No tiene usted de que estarlo, replicó Vireno, que en las historias antiguas y modernas se halla no ser esa dama el fenix, pues vemos que dieron estas no solo favores, pero dádivas, y yo que soy el mas mínimo de los hombres, pudiera decir he hallado deidad, que no solo me ha favorecido, pero dado alguna alhaja de valor. Bien hubieran hecho estas razones salir colores á Olimpa, si no los reprimiera por estar Tirse delante, la cual dijo: No tiene usted que encarecerlo, que yo con ser en la edad rapaza he conocido algunas. No lo digo por tanto, acudió Tirse, que yo lo creo, y suplico se me haga favor de los versos que le he pedido. Respondió Vireno: El nombre de esa dama y caballero he menester, que lo demas correrá por mi cuenta. A que Tirse dijo: El nombre de la dama se encubre con el de Anarda, y el del caballero se disimula con el de Fuentes; apellido del valeroso conde de este título, cuyos ardimientos han dado tantos timbres á nuestro monarca. Está bien, dijo él, quedando al otro dia el dar las décimas, de que se mostró muy gustosa Olimpa, por haber acreditado lo qué habia dicho á Tirse. Así pasaron entretenidos hasta que se llegó la hora en que habia de venir doña Sofía con Lucrecia, con cuya venida se ausentó Vireno, quedando volver el dia siguiente, diciendo á las hermanas tuvieran prevenida la leccion.

No estaban á esta sazon baldíos los camaradas de nuestro licenciado, pues el sargento no habia dejado de hacer de las suyas, y el cochero por su parage de dar sus vueltas, y el poeta con su entretenimiento habia juntado muy buenas blanquillas, pero no tan buenas para pañales á recien nacidos como para su estómago. Habia este hechóse villancista, con que no lo dejaban los ciegos, con quienes tenia hecho asiento, y le iba muy bien. Componia en tono grave, y enseñaba á rezar con eco y gesto de facciones, que era cosa bien ridícula; hizo unos versos á san Gerónimo, que habian hecho tanto ruido como su piedra, que si mal no me acuerdo decian:

LETRA A SAN GERÓNIMO, DOCTOR DE LA IGLESIA, ETC.

Aunque el discurrir me aqueja,
Cantaré por ejercicio
De aquel santo que aconseja,
Para vivir con juicio
Tenerlo siempre á la oreja.

En un monte solitario
Grande penitencia hacia,
Huyendo del mundo vario;
Y en Roma entonces podia
Estarse como un vicario.

Con un pedernal herir
Solia á veces su pecho;
Y así quiso persuadir
Que le hizo gran provecho,
Pues lo pudo digerir.
De una espina un leon herido
A este gran doctor llegó,
Y siendo de él socorrido,
Hecho un cordero quedó
Para servirle valido.
Era gran Ciceroniano,
Y amigo de leer en él,
Siendo en este error humano,
Y para sacarle de él
Mandó Dios darle una mano.
Si al dormir, de Dios el ceño
Lo sacó de horrores tales,
Al mirar su desempeño
Conoció por las señales
Que no era cosa de sueño.
Penitencia de tal suerte
Por vicios del mundo hacia,
Que en su retrato se advierte
Que en este mundo tenia
Muerte en vida, vida en muerte.
Hizo en diversos lugares
Altares al rey del cielo,
Dando al demonio pesares,
Que le mormuró en el suelo,
Aun viéndole hacer altares.
Y viendo tanta rencilla,
Gerónimo á su contrario,
Quiso darle una papilla;
Armóse con su rosario,
Y metióse en la capilla.

Disimularon los oyentes los yerros que advirtieron en la letra, y él prosiguió.

Ya á esta sazon Vireno habia hecho los versos, yéndose en casa de Olimpa, en la cual halló á Tirse que ya le esperaba cuidadosa de si cumplia lo que le habia ofrecido, el cual saludándolas cortés, y habiendo sido correspondido, sacando del pecho unas cartas viejas, les dijo : Ya tienen ustedes, mis señoras, lo que me han mandado; si bien se habrá de copiar, por estar en borrador, y hacer yo la letra no muy buena; achaque de mi calidad encubierta. Detuvieron la risa, oyendo la ponderacion en un hombre que de todo lo que llevaba no se podia hacer una mecha á un candil; pero él, arqueando las cejas, dijo : Atencion por mi amor, que las décimas dicen :

Anarda la dadivosa,
En el mundo singular,
Que es mucho que llegue á dar
Una mujer siendo hermosa :
De amor prenda generosa,
Que con manos excelentes
Hoy tu riqueza en corrientes
Raudales la desperdicias,
Y con tan grandes primicias
Crecen los rios y fuentes.
Crece tu liberal mano,
Por dar á tu madre un yerno,
El terciopelo en invierno,
El tafetan en verano :
Él te busca cortesano,
Y tú sustentas su porte,
Mas justo es que se reporte
Aquí tu accion liberal,
Que este mal no es tan gran mal,
Que necesite de un corte.
Dádivas quebrantan peñas,
Suele el adagio decir,
Pero suele divertir
Al que conoce sus señas :
Mira bien á qué te empeñas,
Y no te des á partido,
Porque es afan deslucido
Del amor, y no lo dudo,
Que él le pretenda desnudo,
Y tú le busques vestido.
Tirse, tu amiga, dirá,
Si aquesto la comunicas,
Que es bajeza, pues te aplicas
A quien te tiene, y no da :
Concluida quedará
Aquí tu razon, sin duda;

Y si es que acaso te acuda
A responder por tí sola,
Dirá que ruede la bola,
Que á quien muda Dios le ayuda.

Estimó mucho Tirse las décimas, y en encareció lo bien escrito con algunos hipérboles, muestras de su agradecimiento, ofreciendo traer algunos versos del correspondiente de Anarda para otro dia; y para agradecer á Vireno el cansancio, le dijo se sirviera de una curiosa sortija que en su mano lucia á vista de los esplendores que ostentaba cándido hechizo de los ojos y perfeccion atractiva de la voluntad, á que Vireno hizo esta redondilla:

Niña, que el amor prohija,
Y á serviros me abalanza,
No direis sois mala lanza,
Pues me llevo la sortija.

Con mucha risa fué aplaudida la redondilla de las damas, y queriendo despedirse Tirse, le suplicó Vireno la diera licencia de acompañarla, que por pedirlo Olimpa hubo de consentir; y habiendo pasado la tarde con algunos chistes, se despidieron quedando en verse para el dia siguiente.

Iba nuestro licenciado acompañando á Tirse, y sucedió haber de pasar por una de las calles del presidente, y por no descubrir á Tirse sus pactos, hubo de hacerlo, aunque contra su voluntad, porque acertó á topar con el Sargento, que llegándose á ellos les dijo: Usted, mi señora, socorra á un pobre soldado, que en servicio de su rey ha recibido muchas heridas. Rióse Tirse de oirle contar batallas, cuando sabia que jamas las habia tenido sino con Longares y Cariñena, en donde se habia señalado mucho, pues todo lo habia tomado á pechos, diciéndole: Bien se conoce que usted ha peleado mucho, y con muchos, pues las pintas del rostro nos lo dicen. ¿Y cómo, mi señora? esto del ojo fué una bala de artillería, que si no fuera ser valientes mis pestañas, que con un abrir y cerrar la ahuyentaron, lo hubiera perdido. A fe que tiene mal ganado, respondió Tirse, pero quédese á Dios, y tome para que les pueda dar fuerza. Esto dijo, dándole unos dinerillos que el Sargento recibió, diciendo: Loado sea el Hijo de María, que á los postres del dia tope un hombre el principio de lo que desea; y se entró en una ermita á dar gracias. Fuéronse dando carcajadas Tirse y Vireno, y llegando á su posada dijo. Esta es, señor licenciado, mi pobre choza, para lo que se le ofreciere. Despidióse, quedando verse el dia siguiente y acordando los versos á Tirse.

Gustoso al parecer estaba, pero como todos los gustos son vísperas de pesar, le sucedió que pasando por una esquina le ceceasen de una reja baja, á la cual se llegó, y oyó que decian: ¿Es don Francisco? á tiempo que mudando algo la voz respondió: El mismo. Pues esa es la muestra, usted haga como la concierten, que mi señora doña Anastasia lo estimará. Y á este tiempo le pusieron en la mano una bolsa de ámbar, cairelada de

oro, que el licenciado tomó, y dijo haria la diligencia, y cerrando la ventana se quiso ir, á tiempo que se vió embestir de un bulto que con una espada y un broquel á toda priesa le seguia, mas dejándose caer dijo no debia ser él á quien buscaba, á cuyas razones el contrario conoció su inadvertencia, y diciéndole se levantase se despidió; pero diciéndole estar herido, le pidió perdonase, y conociéndolo por pobre le dió un bolsillo con algunos de á ocho para su cura; así se retiró á su posada Vireno, y llamando á un cirujano le halló una pequeña herida en la mano izquierda, que le curó, dejándolo hasta otra dia.

Pasó algo inquieto la noche, cuidadoso de qué podia venir dentro de la bolsa, y luego que amaneció la miró, hallando en ella una muestra de reloj harto curiosa, si bien de poco valor; consolóse con la segunda, por hallar en ella hasta cien reales en moneda doble, que aunque estos le costaron sangre los estimó mas, por ser adagio comun que lo que vale mucho, etc. Vino el cirujano, y diciéndole no ser cosa lo de la mano, se vistió con intento de no dejar de oir los versos del galan de Anarda; y habiendo comprado una banda negra para sustentar el herido brazo, llegada la tarde se fué en casa de Olimpa, que la halló algo melancólica, y preguntándole la causa dijo ser haberle hecho falta cierta paga que le habian de hacer, y hallarse empeñada en dar veinte de á ocho por un treudo que aquella casa hacia; á que el licenciado respondió : No se fatigue usted, que yo me atrevo á buscar el dinero. Cierto lo estimaré, respondió Olimpa, y correrá por mi cuenta la satisfaccion; pero mire que se han de dar cuanlo ántes se pudiere : ¿no le parece á usted que como se den el domingo estará bien? Sí, señor, respondió Olimpa; pues descuide. Aquí llegaban de su conversacion cuando entró Tirse, tan bella como ella misma, que no hay mas que encarecer; y habiendo tomado asiento, dijo : Ya tengo acá los versos. Pues veámoslos, pidió Olimpa. Diciendo Tirse : El asunto es el no poder ver á su dama un galan por estar indispuesto del achaque de habérsele encarnado una uña del pulgar del pié derecho; los versos dicen :

Temiendo, Anarda, tu enojo,
La disculpa te he de dar,
Que no irte á visitar
Es por andar de pié cojo.
De un dedo carne me aruña
Una uña desigual,
Que he dado en quererla mal,
Siendo los dos carne y uña.
Mas en mi desdicha veo
Te tienes, niña, de holgar;
Pues llegarás á alcanzar
Saber del pié que cojeo.
Porque bien claro se ve
Que, aunque lo llegue á encubrir,
No ha de llegar á sufrir
Esta duda estar en pié.

Y aunque estoy muy satisfecho,
Remedio no he de tener,
Que estoy en pié á padecer,
Condenado por derecho.
Pero confié mas, pues
Me dicen y me dan gusto,
Que suele al que calza justo
Irsele este mal por piés.
Yo colijo de su trato
Y de su buen proceder
Que quiere darme á entender
Donde me aprieta el zapato.
Pero dicen mis barruntos,
Viendo sus grandes aceros,
Que un hombre hace mal con cueros
Llegar á ponerse en puntos.

. Celebró mucho Vireno las redondillas, diciendo: ¿A vista de esto qué quiere usted luzca, siendo todo resplandores? Bueno, bueno, dijo Tirse; dejemos eso, y díganos qué le motiva el traer esa banda. Eso mismo queria yo preguntar, dijo Olimpa, que me ha hecho novedad. No es cosa, respondió Vireno, lances qúe suceden á los hombres. Siempre habrá sucedido por alguna dama, dijo Olimpa, que las mujeres de muy antiguo nos viene el ser origen del daño. Levantóse Vireno, y quitándose el sombrero dijo: No habia reparado, perdonadme, señor, que estaba divertido, pues diciendo el Evangelio me estuve con tanto descuido. Bueno, bueno, dijo Tirse, bien acredita usted lo que es tan contra las señoras mujeres. Esto ha sido chanza, respondió, que ya saben les soy muy aficionado. ¿Pues qué ha sido lo de la mano? volvió á preguntar Tirse. A que respondió: Yo lo diré en una redondilla.

Lo de la mano es muy llano,
Que fué caso contingente;
Pues por hallarme corriente
Pude tenerlo en la mano.

Vítor, dijeron las damas; llévese usted el laurel de los poetas. Cese, dijo Vireno, la alabanza, que es poner ramo, etc.

No espere el lector que diga que nuestro licenciado les dió de merendar á estas damas, aunque me oiga decir que las regalaba con estos platos compuestos, pues los poetas no dan manjar menos costoso. Bástemo decir que él tomara si le dieran, como se ha visto; y habiendo recostádose el sol en las bien mullidas espumas, trataron de irse cada uno á su posada.

No se descuidó de hacer la diligencia que Olimpa le tenia encomendada, y para buscar los veinte de á ocho se valió de esta àstucia.

Tenia (como hemos dicho) aquella muestra de reloj Vireno, y para buscar los veinte de á ocho hizo esto: llegóse en casa de un famoso relojero de los mas hacendados, y habiéndole saludado, le mostró la muestrecillà, diciendo: ¿Qué le parece á usted, señor maestro, de esa muestra? Buena, respondió; pero se ha de limpiar, que está algo tomada del tiempo, y es poca curiosidad tenerla asi. Pues usted lo haga, que yo volveré por ella. Está bien, dijo el maestro; siempre que usted quisiere podrá, que esto es negocio de media hora. Despidióse con esto, volviendo muy puntual; y habiéndola alabado y exagerado su fineza, le satisfizo, y le dijo: Usted me ha de hacer favor de tenerla á la vista, porque yo querria deshacerme de ella. ¿Pues cuánto dirémos? preguntó el relojero. ¡O señor mio! respondió, es alhaja que la estimacion hace el precio: pues cierto que he vendido yo otras algo mejores por cinco escudos. Guarda la cara, dijo Vireno, no, señor, mas me costó á mi en Venecia de un insigne artífice: no la ha de dar usted menos de treinta de á ocho, y es darla por un pedazo de pan, y á mas, que si no se vende, esta no le puede á usted hacer gasto: téngala á la vista, y á quien diere lo que digo, dela, que yo satisfaré el agasajo. Está bien, dijo el maestro, pero juzgo será tarde. No

importa, ¿qué le hemos de hacer? respondió el licenciado. Y con esto se despidió y trató la venta de la muestra de esta suerte.

Pasaba á la sazon por Zaragoza un caballero sevillano, llamado don Francisco de Chaves, del hábito de Santiago, el cual iba á hacer las pruebas de este hábito para don Rodrigo Arbizu, que á la sazon se hallaba en Sevilla, á Pamplona, cabeza del nobilísimo reino de Navarra: á este vió nuestro Vireno con grande acompañamiento de pages salir de Nuestra Señora del Pilar; y llegándose á uno de ellos tuvo noticia de la calidad, nombre y prendas de este caballero; y haciéndosele encontradizo lo saludó, diciendo: ¿Es posible, señor don Francisco, que tengamos tanta dicha de verle á usted por esta tierra? ¿cómo queda el señor don Alonso de Chaves? Admirado quedó el forastero de oir su nombre y el de su padre, en hombre que á su parecer jamas habia visto, preguntándole: ¿Pues quién es quien tantas honras me hace? No me admiro que usted no me conozca, que ha muchos dias que falto de Sevilla, pero si el señor don Alonso me viera, presto me conoceria: yo soy hijo segundo de don Baltasar Alderete, veinticuatro bien conocido. ¿Y como que lo es? respondió don Francisco, y el mayor amigo que tiene mi padre; y usted debe ser el señor don Juan, que ha tantos años que allá no se sabe de su persona. El mismo, acudió Vireno, que travesuras de mozo me tienen en este estado. Cierto que me he holgado mucho, por llevar tan buenas nuevas al señor don Baltasar de que se me haya ofrecido esta comision, dijo don Francisco. Yo soy el que he tenido la dicha, respondió Vireno, y mas por hallarme en cierto empeño, de que usted me ha de sacar. Y como que sacaré, dijo el forastero, todo lo que usted tarde en declararse será hacerme muy poca merced. Pues, señor, el caso es que cierta dama ha apetecido una muestra de reloj que está en casa del artífice; el cual llegando yo á comprarla para servir á esta dama, me ha pedido un excesivo precio, tanto que me he llegado á enfadar viendo su necedad, porque os aseguro que no vale de treinta de á ocho adelante, y él me pedia cuarenta con un desuello increible; por lo cual, amigo y señor, vos me habeis de hacer favor de ir, y concertarla en treinta de á ocho, dando estos seis de señal; dejando dicho que al que llevare la resta se le entregue. Esto dijo, dándole á este caballero los seis referidos, que aunque lo rehusó, diciendo que él los daria, no quiso consentir, diciendo: para mayores cosas quiero yo los amigos, que esto es una chuchería. Y dándole las señas de la muestra y de la bolsa, se despidió, habiéndole dicho la casa del relojero, quedando verse á la tarde en nuestra Señora, ó en santa Engracia, á donde dijo este caballero podria ser iria á visitar aquel *Non plus ultra* de los erarios y archivo de las mayores reliquias del mundo.

Fué don Francisco á la casa del relojero; y habiendo visto la muestra, y conociendo ser aquella por las señas de la bolsa, la concertó en los treinta de á ocho, dando los seis de señal, y dejando dicho que se la diesen al que trujera la resta, y se partió á ver lo mas notable de aquella ciudad.

Admirado quedó el relojero de ver que se habia vendido aquella mues-

tra en tan excesivo precio; y así quiso tener algun logro en ella, diciendo no haberla vendido sino en veinte y ocho de á ocho; pues le pareció era repagarla, y que dándole á Vireno esta cantidad luego, no haria reparo, y él no podia perderla por tener la señal dicha. Estando discurriendo esto acertó á pasar Vireno, al cual llamó y le dijo: ¿Qué le parece á usted señor licenciado? ya tiene vendida su alhaja. Siempre habrá hecho usted de las suyas, dijo el licenciado. ¿Cómo? replicó el maestro, juro á Dios que se la han repagado á usted. ¿Y en cuánto ha ido? le replicó riéndose. En veinte y ocho de á ocho, que le aseguro que no entiendo en qué puede estar tanto valor: cierto es que usted no lo entiende, que si lo entendiera no hubiera hecho tal disparate; quédese á Dios, que voy de priesa. Oye usted, dijo el maestro, ya está hecho, paciencia; si quiere el dinero véalo. Échelo acá, dijo Vireno, que yo le aseguro sea la última alhaja que á usted le encargue. Y habiendo recibido los veinte y ocho de á ocho, le dió dos, diciendo: Tome para unas perdices, que aunque me ha desabrido no quiero se queje de mi galantería, y á Dios, que me esperan; dejándole muy contento por ver cuan bien le habia salido su traza.

Sin detenerse se partió en casa de Olimpa, á quien dió los veinte de á ocho, que ella recibió con muchos encarecimientos, diciendo: Muy puntual sirve usted á quien tan poco debe. Déjate, niña hermosa, de eso, y perdona la llaneza. Bueno está eso por mi vida, dijo Olimpa; así gusto yo que me traten los que me hacen favor. Estimo el agasajo, respondió el licenciado, y dándome licencia me voy poco á poco á comer. Si usted es servido, ya sabe que la olla de viuda no puede ser muy regalada. Yo lo estimo como si lo comiera, dijo él ? quédate á Dios hasta la mañana, que esta tarde estoy un poco ocupado. Está bien, dijo Olimpa. Yéndose á su posada, de la cual salió en busca de don Francisco dadas las cuatro, guiando por la calle de la Pelota á Santa Engracia: no se detuvo en esta; lo uno, por no ser aficionado, y lo otro, por no ver murmurar faltas agenas á los que viven tan descuidados de las suyas.

Llegó á aquella portentosa fábrica, y habiendo encontrado á don Francisco en la portalada, despues de haberle saludado, le dió las gracias de la puntualidad con que habia ejecutado lo que le suplicó, y se pusieron ambos á mirar y admirar juntamente aquel sin segundo milagro de alabastro y portentosa ejecucion del arte; visitaron lo mas célebre de este templo, y se admiraron viendo en las argentadas lámparas un milagro continuado, pues, siendo el fuego causa de dos efectos, allí solo se advierte el de lucir sin sombra por faltarles el humo, que don Francisco celebró con debidas admiraciones; adoraron las sagradas testas de aquellos tio y sobrina, honor y lustre de la nacion lusitana, junto con la del famoso labrador Lamberto, cuya heróica planta se cortó en buena luna, pues goza del eterno sol; tambien el *lignum crucis*, pectoral que fué del santo rey don Fernando Católico, catecismo de nuestra fe; las masas tan celebradas de aquellos fieles sin número; la preciosa imágen del corifeo de los ángeles Miguel, cuya hechura es preciosa por su materia, y sin precio por su dibujo, timbre del arte, dechado de la perfeccion; pasaron

al interior de la casa, celebrando la librería por la diversidad de sus cuerpos y compostura de libros. Bajaron á sus claustros á hora que ya la noche se venia, con que se despidieron de los religiosos, dándoles las gracias de haberles mostrado tanta grandeza; y queriendo irse á su posada no lo consintió don Francisco, diciéndole que por ser la última noche que habia de estar en Zaragoza, le honrase sirviéndose de su mesa: hubo de consentir nuestro licenciado, yendo á la posada de don Francisco, en donde hallaron una espléndida cena; y despues de haber cenado se fué á su posada Vireno, quedando, que si acaso volvia don Francisco por Zaragoza, podria ser irse en su compañía á su patria, y á la despedida lo abrazó este caballero, diciéndole habia de partirse ántes del amanecer. No se holgó poco cuando oyó era tan apriesa su partida, temiendo que por este medio podria ser (si se estaba mas dias) se sabria lo del reloj; fuése gustoso á su posada á esperar el dia, para con él ver á su Olimpa, juzgando estaria quejosa de tanta ausencia.

Levantóse muy de mañana, y al tiempo de salir de su posada topó con el visitador de parages, el cual le dijo no dejase de acudir á la junta el domingo, que era el dia siguiente, porque habia muchas novedades, pena de incurrir en la desgracia del archipobre, y que se haria un castigo ejemplar en su persona si faltaba: ofreció hacerlo, y despidiéndose de él guió á la casa dicha: entró en ella, siendo recibido de doña Sofía y sus hijas con mucho regocijo, llamándole su valedor, su amparo y remedio (tanto adquiere un agasajo hecho en oportunidad), y habiendo tomado asiento le pusieron una bien compuesta mesa con dos pastelones, uno de salmon y otro de anguilas, diciéndole tomase aquel desayuno, y perdonase el atrevimiento. Bueno, bueno, dijo Vireno, esto es mucho para quien tan poco merece como yo. Déjese usted de eso, dijo doña Sofía, y almuerce, que esta es corta paga para lo que le debemos: almorzó con mucho gusto, y á los postres vino doña Tirse, que fué bien recibida de todos, á quien nuestro Vireno hizo esta redondilla:

Tu venida, Tirse mia,
No me ha cogido en ayunas,
Que tan lindas aceitunas
Pueden ser postres del dia.

Con encarecidos hipérboles celebraron la bien dicha redondilla, diciendo Tirse: Siempre los postres suelen ser los mejores; aunque por mí no se puede decir, pues al fin de las mayores finezas he hallado el mas infeliz postre que se pudo dar á mi voluntad. ¿Pues cómo? dijo Vireno: ¿tan mal ha correspondido? No es posible sea hombre de obligaciones. Aun por tener tantas hechas, me veo con tantos ahogos, respondió ella. Cierto me pesa, dijo Olimpa, pues no eres digna de tales enfados. ¡Qué quieres, amiga! dijo ella, somos desdichadas las que nacemos enamoradizas. Y como que lo son, dijo Vireno: yo tuve un aficionado mio de mucha edad, y tan cabido con las damas, que ninguna le cerró la puerta; y esto era por haber guardado toda su vida tres cosas. ¿Y cuáles eran?

preguntó curiosa Olimpa. Las de no querer, creer, ni burlar á una dama. No me parecen muy mal, dijo Tirse, las dos, segunda y tercera, pero la primera no apruebo, porque donde no hay voluntad mal se ejecutan las obras; las dos quisiera que se me declararan : las tres explicaré brevemente, y atencion.

Querer á una mujer, decia, no lo haga ninguno; porque son tales como la mona, que conociendo que un hombre la teme, lo que es en la mujer quererla, lo araña, lo cuca y lo muerde : esto es en la mujer, se burla, se mofa y hace chanza de sus amenazas, pareciéndole le tiene tan presa la voluntad que no se ha de poder desasir por mas que haga, por no privarse de sus cariños.

Creerla, menos, porque ninguna habla verdad; esto no se entiende con las mujeres de pundonor, como ustedes, y los mismos cariños usan con Juan que con Francisco en pagárselos, que hasta esto lo han hecho grangería.

Burlarla, tampoco; porque los tales perros suelen llevar maza, que á puros golpes avisan á los demas, con que la que una vez se ve burlada no se deja engañar segunda.

Y en cuanto lo que usted ha dicho del quererla, digo que será justo que se quiera; pero que no se diga, y sáqueme de este ahogo Góngora, donde dice :

Manda amor en su fatiga
Que se sienta y no se diga.

Porque yo no he de seguir la conclusion que dice :

Pero á mí mas me contenta,
Que se diga y no se sienta.

Por ser esto último el crédito de la segunda propuesta de mi amigo.

A fe que no era bobo el tal que llama usted bobo : podia leer cátedra á los novicios en el arte : era perro viejo, y sabia mucho. ¿Y como que sabia? dijo Tirse; yo me hubiera holgado conocerle, para no haber dado en este barranco de aficion tan ciega, que por serlo se pasa con perros, que le sirven de guiarla al precipicio; pero yo abriré los ojos, que mas vale tarde que nunca, pues dice el adagio : Quien yerra y se enmienda, etc.

Así pasaron hasta la hora del medio dia, en que se despidió nuestro licenciado, diciendo tenia mucho que escribir aquella tarde por haberse de hallar en cierta junta el domingo, donde habian de concurrir los mayores hombres del mundo, y haber de dar su parecer.

Aquí fué donde tuvieron por hombre sabio en leyes al señor licenciado estas señoras, á causa de no entender su facultad, cobrándole nueva aficion, porque á esta gente jamas le faltan barajas, acariciándolo de nuevo Tirse, por si acaso se le ofrecia haberlo de menester en sus trabajos; que

las tales siempre tienen uno de cada facultad para sustentar su arte. Despidióse dejándolas gustosas de su empleo.

Llegó el domingo, y con él la hora en que se habia de hallar con sus camaradas, que ya lo esperaban, y el sargento sacando un papel leyó:

CARGOS QUE SE LE HACEN A NUESTRO SECRETARIO, EL DOMINE POR OTRO NOMBRE.

Primo, ha delinquido nuestro secretario en entrar en una de mis calles, y yo soy el testigo, que le topé. Tambien dijo no ser culpa suya, sino el ir acompañando á una dama. No obstante, replicó el presidente, ha de pagar usted la mitad de lo que yo gasté. Está bien, soy contento, dijo el secretario; dígalo usted con verdad, pues ve me fio de ella. Señor, yo bebí cinco tazas sencillas, que á buena cuenta tocan á usted las dos y media, y media por haber incurrido, son tres. No son sino dos y media, replicó. Si son; y de unas razones en otras se empeñaron, con que dándole un sopapo nuestro licenciado, se alborotó el cortijo; y el archipobre voceando: Resistencia y ayuda al colegio, acudieron todos. No lo apaciguaron tan á solas que no se hallaran dos ministros de alguacil que habian salido á caza de gangas, y topando esta se metieron á desplumarla, los cuales asiendo de nuestro licenciado, y del sargento, que estaba amostazado, hasta las narices, los quisieron llevar adonde la sal es lo mejor que tiene: pero reconociéndole las faldriqueras á Vireno, le hallaron el bolsillo, que ellos dijeron ser hurtado, y que conocian al dueño, y que se le habia de acordar: mas dándoles dos rempujones de buen aire, se les escurrió, acogiéndose á los palacios de Castellan de Amposta, donde se aseguró de aquel riesgo.

Estuvo en este palacio hasta la noche, que salió con intento de verse con Olimpa, y trazar el modo que tendria para cobrar los veinte del préstamo ya referido. Por las mas ocultas calles que pudo se fué á su casa, y hallándola cerrada, admirado preguntó á los vecinos la causa, y fuéle respondido estar la madre y las hijas presas, y muy apretadas, la madre por tercera, y las hijas por primas de la música de Cupido; y que juntamente habian preso á otra dama por haber sido la total ruina de un hombre casado, llamada Tirse. No quiso saber mas nuestro licenciado, y yendo á su posada dijo que se quedaba á cenar con un amigo, ausentándose de Zaragoza sin gasto de carruage, por poder decir con verdad lo del caracol: *omnia mea mecum porto*: ofreciendo, si acaso me escribe sus travesuras, dar fin con sus hechos en la segunda parte.

DOS NOVELAS,

Por Don Diego de AGREDA y VARGAS,

NATURAL DE MADRID.

EL HERMANO INDISCRETO.

Granada, la mas insigne ciudad de España, tanto por sus magníficos y suntuosos edificios como por la copiosa muchedumbre de ciudadanos que la habitan, acompañados de serafines que en forma humana gozan del mas amable privilegio de naturaleza, conocida y reputada generalmente por paraiso de España, cuyos amenos carmines exceden los jardines Hibleos, los celebrados pensiles de Persia; hechizo general de forasteros, donde con agradable emulacion igualmente compiten los estimables dones del cielo, salubres aires, abundancia, riquezas y hermosura, centro de grandezas y comodidades, que bastáran á hacer opulento y amable al mas célebre reino del orbe. En esta ciudad, ó mas propiamente paraiso de deleites, vivia un caballero mayorazgo cuyo nombre era don Alonso de Vargas, de moderada hacienda y grandiosa virtud; tan adornado de la librea de la muerte cuanto desengañado de la inconstante fragilidad de las humanas miserias, y con la certidumbre del fin del destierro, como prudente, prevenia el cierto como temeroso camino, la forzosa y estrecha cuenta del recibido talento. Gozaba de una hija y un hijo, cuyo nombre era don Juan, y el de ella doña Isabel, siguiendo el apellido de su padre: eran el único consuelo de sus cansados años, que como vivas imágenes de su alma representaban en su vista la agradable prorrogacion de la frágil naturaleza de los hombres tan deseada, siendo ellos generalmente amados por la buena memoria de sus progenitores, y doña Isabel, particularmente por su honesto recato y prudencia, como él por su cortesía y buenas partes; porque si en la ciudad se ofrecian fiestas, era el regocijo de ellas; si disensiones, el que á costa de su comodidad y hacienda las componia y ajustaba; y finalmente era cortés, liberal y cumplido con sus amigos é iguales, familiar y pródigo con los inferiores, con que llegó á ser un general hechizo de las voluntades. De la suya dependian las mas grandiosas y humildes; en ella sobre una conocida virtud competian cordura, recato, hermosura y agrado, causa de que cuando se ofrecia hablar de sus méritos todo era en sus alabanzas tan justamente merecidas.

Frecuentando don Juan, como es ordinario, la conversacion y trato de otros caballeros mozos, hizo particular amistad con uno que se lla-

maba don Diego Machuca, descendiente de aquel famoso que en la conquista de Sevilla por la falta de la espada hizo con el ramo de olivo tan valerosos hechos; y como suelen ser unas mismas las cosas que los afectos dictan en iguales años, no se hallaban un punto divididos, juntos gozaban de los entretenimientos, sino forzosos, mas comunes á la juventud. En el discurso de esta amistad don Juan dió cuenta á su padre y hermana de la que con don Diego profesaba, y el buen viejo, que conocia la virtud y calidad del caballero, que cuando acompañan á un sugeto de pocos años son dignas de veneracion, y mas en este siglo, donde la juventud hace gala de los vicios, de que debiera afrentarse. Aprobó don Alonso el buen acierto, rogóle que lo continuase, y dejándole á solas con la hermana se retiró á su cuarto, y don Juan, como uno de aquellos á quien la falta de que hablar suele hacer notable daño, prosiguió indiscretamente encareciendo los merecimientos de su amigo, bizarría, liberalidad y discrecion, pintándole el mas perfecto caballero del mundo; de modo que la vana curiosidad, tan peligrosa en las mujeres, despertó en doña Isabel el deseo de verle, llevada de la novedad de tanta perfeccion, que la que mas recato profesa, pocas veces ocasionada sabe librarse; y así á las doncellas es imprudencia alabarles hombres, sino mujeres que estén en opinion de virtuosas, cosa que raras veces causa envidia, porque loarlas, en presencia de damas, de bizarras, entendidas y hermosas, en el mas estrecho parentesco viene á ser grosería, y en la mas entendida engendra sospecha de algun desprecio, cosa que notan con particular cuidado, dándose por ofendidas del mas pequeño descuido, y calificando por imprudente al que en algo falta de la que tienen recibida por ley de cortesía: pues disimulando como saben en las ocasiones, que en esto llevan notable ventaja á los hombres, respondió que se holgaba mucho de verle tan bien empleado, porque demas del crédito que á él se le debia, le tenia en el debido lugar desde el punto que vió la aprobacion de su prudente padre; y que asi le rogaba la continuase, y él lo prometió asi, y prosiguió diciendo que era tanto lo que lo deseaba, que gustara que su amigo fuera á propósito para que el estrecho lazo de parentesco enlazara el de su correspondencia: á quien ella, adornado el rostro de las afectuosas colores, de que con mucha facilidad se valen en los tiempos que les parecen á propósito, representándolos tan vivos que pocos hombres, aunque advertidos de su inconstancia, hay que no los crean; y no obstante que deseaba licitas ocasiones de su visita, respondió: Señor y hermano, no hubiera cosa hoy en el mundo que estando dependiente de mi albedrío no la remitiera á vuestro gusto, así por lo que yo os amo como por vuestros merecimientos; pero ni yo estoy en edad de semejantes ocasiones, ni cuando lo estuviera tengo dispuesta la voluntad; porque desde el punto que pude hacer en mí eleccion, la tengo dirigida á mejor esposo, si ya vuestro padre como verdadero dueño de mi disposicion no ordenase otra cosa, que segun la voluntad con que me hace merced creo que por ser tan justo el intento mio no le opondrá el estorbo de su mandamiento, y mas teniendo, como tiene, á quien dejar en su lugar por cabeza y señor de su casa. Replicó él diciendo que lo propuesto era solo gastar el tiempo en lo referido,

como se habia de gastar en otra cosa, que llegando el de su determinacion hablaba con la cordura que de tanta virtud y entendimiento podia esperarse, dejando su eleccion dependiente del acertado juicio de su padre, de lo que él se sentia nuevamente obligado. Y despidióse diciendo que esperaba en Dios que conociese algun dia, ya que en todo le parecia imposible, alguna pequeña parte de sus deseos, dejándola con muchos de ver el alabado caballero. Él se fué á buscar á don Diego, á quien dió larga cuenta del pasado coloquio, pintándole á su hermana, su hermosura, discrecion y intento; y él muy agradecido á tanta merced procuraba mostrarse con corteses palabras; y siendo del amigo igualmente correspondido, los dos se dieron por satisfechos.

Representándole á don Diego su imaginacion la hermosura de doña Isabel, junto con la ocasion que de servirla se ofrecia, solicitada mas de su próspera fortuna que de su diligencia, animábale la igualdad que entre los dos habia para facilitar toda ocasion amorosa que á su própósito pudiese ofrecerse; y así propuso en su ánimo de remitir á la vista lo que la fama decia, y prosiguiendo en varias pláticas la conversacion, su amigo se apartó de él, que como si le importara la vida hizo una amplia relacion á su hermana de lo que con don Diego habia pasado, tornando á fomentar el fuego que habia encendido el viento de sus indiscretas palabras. Ya solo pensaba como sin ofensa de su recato podria verle, y ofreciéndosele mil imposibles, solo le servian de tormento, viendo tan lejos el efecto de su pretension, que en las mujeres tiene la aprehension de lo que aman ó aborrecen notable fuerza, dejándose oprimir de la furia de los afectos. Pues don Diego, que combatido de pensamientos varios le proponia su déseo diversos caminos, vino á dar en el que, por nuestros pecados, en estos tiempos, es ordinario, que es verla en una iglesia, cosa mal entendida y peor remediada, y en esta ocasion. De una noble y honrada doncella, en cuyo sugeto no se podia esperar sino justas y honestas pretensiones, aunque no es lícito, parece menos culpable; pero esto anda tan libre, que con las que en sus casas por su pública desenvoltura no tienen dificultad ni inconveniente, hace gala la juventud de que en los templos se vea su pública libertad y irreverencia. ¡Ay de los magistrados y eclesiásticos que lo consienten!

Aguardó don Diego con cuidadoso desvelo á que fuese dia de fiesta; puso espías á don Juan, aguardando á que saliese de su casa, y luego fué á buscarle por tener mas ocasion de informarse de los criados, y ofreciéndole la fortuna la que deseaba á su propósito, encontró con uno, á quien preguntó por él, y diciéndole que habia salido fuera, replicó que adonde le podria hallar, si acaso, como era justo, iba acompañando á mi señora doña Isabel, porque sentiria que le dejase por otra compañía; á que él respondió que don Juan huia de su compañía, porque la oia su señora en aquel monasterio de enfrente, y que su padre le acompañaba como uno de sus escuderos, y que esto solia ser tan temprano que ella y el alba se levantaban á un tiempo; que hoy ignoraba la causa de su detencion, juzgándolo él á favor de su fortuna, y por no dar sospecha con

tantas informaciones se despidió diciendo que le importaba hablar á su amigo don Juan. Dijo el criado que le avisaria para que le buscase y cumpliese con sus obligaciones, que es el primero que deseó cumplir las de su dueño, que suelen hacer aborrecibles, y particularmente á los señores; y así deben procurar que sus criados sean generalmente corteses y agradables, y el mejor modo de que lo sean es que no vean lo contrario en ellos. Despidióse, y aguardando á que saliesen de casa, como que volvia á proseguir la propuesta diligencia, entró en la iglesia, donde al descuido, miéntras hizo oracion, fingiendo que no los veia, elevado en la prodigiosa hermosura de doña Isabel, fué mas larga de lo que semejante ocasion pedia. El padre y la hija, que no quitaban de él los ojos, alababan la buena eleccion de don Juan, confirmando con nuevo crédito la opinion que de él tenian; y como los afectos amorosos son un rayo, á cuya imitacion dan en la vista, y dejándola sana rompen y sujetan el corazon, ó segun otros conformidad de aspectos, y mas propiamente de la juventud é igualdad, para trazar la comodidad propia, que hoy está el mundo de manera que hay pocas voluntades que no sea este el principal blanco de su intento, si bien los hombres con la natural libertad que naturaleza les concedió, son mas fáciles en el amar, si menos firmes; y las mujeres por el contrario, oprimidas del freno de la vergüenza, son mas tardas; pero forzadas de la pasion y resueltas son mas firmes en su determinacion, rompen mayores dificultades é imposibles, porque no les concedió naturaleza que variasen en la eleccion, ni que segunda vez probasen su fortuna, poniéndoles por freno de su fragilidad la comun desestimacion que por el perdimiento del honor adquieren, que no hay amor que lo sufra, ni obligaciones que la sobrelleven. A un tiempo heridos los dos de la venenosa flecha, al descuido se miraban, cuando el anciano padre, rompiendo el silencio de los amantes, llamó á don Diego, preguntándole la causa de honrar sus barrios, y asimismo de no le haber hablado, á quien él, despues de los debidos cumplimientos que el lugar requeria, ofreciéndose criado de la que ya era dueño de su alma, y por aficionado servidor suyo. Doña Isabel, con mucha cortesía, pocas palabras, variacion de colores, le dió las debidas gracias, y prosiguió don Diego : Señor mio, prendas vuestras son causa de que yo goce del gusto de acudir á vuestros barrios, obligado de la que del señor don Juan recibo, que pudiera obligarme el no carecer de ella, no á tan corto viage, sino á pisar los mas remotos climas, á navegar los mas procelosos mares, sin que mi amor dejara de trocar todas estas dificultades en contentos y descansos procedidos de su compañía. Desde esta mañana ha que le busco, que he juzgado por siglos los instantes de su ausencia, casi zeloso, que sufre este lenguage tan verdadera amistad, de la causa que pueda divertirle de la mia, y así no sosiego hasta que le vea, ni le tendré hasta que tenga de él larga relacion de lo que digo; y prendas vuestras son, señor, las que en la presente ocasion han dado causa á que muestre algun género de remision en mis obligaciones, á que hubiera acudido desde el punto que entré en esta iglesia, que os ví desde que entré en ella. Mas viendo á vuestro lado á mi señora doña Isabel, no me atreviera á besaros las manos si no fuera

con el apremio fuerte de vuestro mandamiento. Esta misma causa lo ha sido de que en vuestra casa no busque á mi amigo, que aunque me pudiera dar osadía el lugar que ha dado á mis pocos merecimientos, y la merced con que sé que honrais siempre á los que se precian de vuestros, es cortedad mia, de que en primer lugar os pido perdon, el usar con moderacion de las mercedes de los amigos.

Quedó la dama suspensa y obligada del cortés razonamiento, y tan rendida, que solo trazaba en su imaginacion de verse á solas con su querido don Diego, y dejando el lugar á la venerable presencia de su padre, que alegre de verle tan entendido, como de la eleccion de su hijo, le respondió : Grandes son las obligaciones que tengo á mi hijo por la obediencia grande que siempre me ha mostrado, por las pocas pesadumbres de que me ha sido causa, por la afable cortesía con que como galan sirve á su hermana, dirigiendo las demas, y esta accion á mi gusto, sabiendo que es ella la cifra de todas en las que puede agradarme, y cuando creí que no pudiera obligarme mas, hallo que los juicios humanos yerran, pues me hallo mas obligado al ver el buen acierto de haberos escogido por amigo, de que puedo decir que se le puede tener envidia : si la hermosura es carta de recomendacion del cuerpo, las palabras cuerdas lo son del alma; ved cuanto será mas estimada la de tan poderoso superior. Estimo en tanto vuestra cordura, que hallareis en mí el amor igual que á don Juan debo, y sentiré que no se ofrezcan muchas ocasiones en que experimenteis que mis palabras salen de mi corazon, y de aquí adelante tendré por frívola la escusa de vuestra cortedad en visitar mi casa, que haré mucha estimacion de que acudais á honrarla, no solo por ser amigo, sino por mí, que quiero que me tengais en el número de los que mas os estiman. Dijo entónces doña Isabel : Y yo tambien os lo suplico, tanto por mi propio interés como por el gusto que conozco en don Alonso mi señor, que estimo en el grado que en mis obligaciones piden. Don Diego con notables muestras de agradecimiento estimó á padre y á hija tan notable merced, teniendo á felicísimo suceso la recomendacion de la que tenia su voluntad escogida por señora de su alma. Y estando en esto vino don Juan, que habia sabido que su amigo le buscaba, y hallándole como digo, le dió breve cuenta y disculpa de su ausencia, y prosiguiendo le dijo : Vuestras cortedades pienso que han de ser quien acabe nuestra amistad; quejoso estoy que useis conmigo de cumplimientos, cosa entre amigos tan excusada. Y él prometiendo la enmienda que sumamente deseaba, se fueron acompañando á doña Isabel, que con cuidadoso recato no quitaba los ojos de don Diego, siendo igualmente correspondida; y despedidos los dos con las debidas ceremonias, sin un punto de sosiego, se valió don Diego de un page que don Juan tenia, de quien se fingió pariente, por llevar adelante su intento. Pues el page agradecido del nuevo parentesco, que no hay nadie que, aunque sepa lo contrario, excuse lo que le está bien, prometió en su servicio grandes imposibles, no perdonando la vida y otros impertinentes encarecimientos, nacidos siempre mas de propio interés que de verdadero amor. Doró su yerro el pretendiente, facilitando con semejante diligencia, tanto su parentesco

como su pretension. Sucedióle á este criado lo que á algunos maridos, que viendo aparecer en sus casas, no lo que sufre su caudal, sino lo que no se pudiera juntar entre todo su linage, siempre dan crédito á su buena fortuna. Quedó entre los dos concertado que este negocio por el peligro que tenia se tratase con mucho recato, porque los principios son los que yerran ó aciertan los mas importantes casos. Él ofreció que iria descubriendo tierra, y avisando de las ocasiones en que sin peligro pudiese presentarse á sus ojos, y darse á entender que ganada la puerta de la comunicacion tiene facilidad ganar la del alma: despidiéronse, y pasáronse algunos dias, en que con los avisos del criado gozó don Diego la comunicacion y honestos favores de doña Isabel, y llevando los dos el intento que deben, los igualó la suerte, aunque ella le parecia cosa fácil por la disposicion que juzgaba en quien le tocaba la suya. Con todo eso dilataron que la pidiese á su padre, hasta mejor ocasion que la presente.

Don Juan, obligado de la frecuencia del amigo, y de verle acudir sin gusto á las mocedades que ántes solia, el oir en su hermana tantas alabanzas, y algunas sin tiempo, que en los que bien se quieren es imposible la disimulacion, causó en él tan fuertes sospechas, que juzgándolas por ciertas solo sentia que don Diego no le hubiese dado parte: que cuando hay igualdad no es agravio de amistad verdadera enlazarla con parentesco, y si puede haber alguno, es el ocultarlo, que en caso que estén bien, deben los que son cuerdos anteponer á sus amigos. Con esta sospecha andaba cuidadoso de su casa, colgado de sus palabras, examinando sus pasos, que don Diego con mucho cuidado procuraba divertirle y asegurarle. En la ciudad era público este caso, porque estos recelos habian despertado la vana curiosidad de algunos que en las repúblicas, sin que les importe, no dejan vivir á nadie, y son la gente mas perniciosa de ellas, causa de escandalosos alborotos. En este tiempo sucedió un caso que acabó de declarar este negocio, y dió fin á la amistad de estos dos amigos, siendo causa de muy penosos sucesos; y fué que en honra y fiesta del Precursor divino en la ciudad se corrian unos toros, cosa por cierto bárbara y mal entendida en hombres políticos y cristianos, y peor que la apliquen en servicio de los santos, que es cosa cierta que se ofenden con todo aquello que se desirve la Magestad divina, á quien es certísimo que no agradan por la multitud de almas que en semejante caso se ponen á peligro. Si bien esta fiesta podia permitirse que se hiciese con gente de á caballo, por ser de menos peligro, y porque los caballeros mozos se ejerciten.

Despues que la plaza estuvo adornada de varios y lucidos colores, y del mas precioso adorno de las ciudades, que son las damas, cuya hermosura emulaba la misma nobleza, aventajándose entre todas doña Isabel del modo que se aventajaba el sol á las estrellas, entraron en ella don Diego y don Juan en gallardos caballos lucidamente enjaezados, acompañados de muchos lacayos, vestidos de bizarras y vistosas libreas, llevándose generalmente los ojos del vulgo y de las damas, particularmente de sus dueños; que cuando no hubiera esta ocasion los regocijos públicos

obligan á los caballeros que los honren y solemnicen : que por eso sus repúblicas les dan en la ocasion el lugar que se les debe, y los nobles como sea para fin honesto es muy bien que sirvan damas, porque los hace cortesanos, entendidos, liberales, animosos, y de grandiosas acciones, y con el mismo intento lo permiten los príncipes en sus palacios. Entraron tambien algunos de los que en las ciudades ayunan un año por hacer un dia de estos un acto caballeroso. A este propósito dijo un famoso predicador en una fiesta que hacia un hombre, que en materia de su vida no se tenia muy buena opinion; vióle en el discurso del sermon pintado en un retablo de rodillas, y muy devoto, y hablando con él le dijo : Fulano, ó vivir como os pintais, ó pintaos como vivis. Ciudadano honrado, que quizá vuestros abuelos fueron oficiales, si no podeis vivir como os pintais, porque no sois caballero, ¿para qué os pintais en la plaza como tal? ¡Qué! pintaos como debeis, y vivid como nacísteis, ahorrareis de costa y murmuraciones, y tendrá cada cosa su lugar.

Así como don Diego y don Juan se vieron cada uno con una banda atravesada por el pecho, insignia de su empleo que el don Juan servia á cierta dama doncella, cuyo nombre era doña Ana, con quien de secreto estaba desposado, y porque don Juan le babia dado cuenta, era de don Diego conocida. Esta era hermana de otro caballero muy amigo de los dos, cuyo nombre era don Sancho, con cuyo consentimiento se habia efectuado el desposorio, y por gusto de don Juan gustaba que estuviese secreto, porque, aunque iguales en calidad, no lo era en bienes de fortuna. A este por, ser forzoso, dió parte don Diego del justo fin del empleo de doña Isabel, valiéndose de su favor, porque ella visitaba como particular amiga á su hermana, que tambien con tal confianza habia comunicado con ella sus deseos y secreta correspondencia que con don Juan tenia; y siendo pagada de doña Isabel con darle parte del suceso, algunas veces, como por modo de visita, con ocasion de venir á buscar á su hermano, babia hablado á doña Isabel, á que el mismo don Sancho, sabiendo lo que pasaba, habia dado lugar, deseoso de enlazar con tal parentesco la amistad de los tres. Sucedió que, así como los dos se vieron, salió don Juan de toda sospecha, creyendo con certeza que don Diego le solicitaba la hermana, porque reconoció que la banda, aunque no era suya, era de sus colores; y que don Diego en otras ocasiones no usaba de ellas, y haciendo memoria de lo pasado confirmaba lo presente, determinando, aunque desobligado de su proceder, obligado de su amistad, dar cuenta á su padre; y pues que á todos estaba bien que se efectuase, y despues de esta prudente determinacion, incitado de su ira ocasionada de su desengaño, decia consigo mismo : ¿Seré de tan poco valor que como si fuera tierna doncella he de dar cuenta á mi padre para que remedie las cosas que me tocan, como es la injuria del que con la capa de amistad quiso cubrir su deseo sin darme cuenta, ya que no por la engañosa correspondencia, por dueño de la prenda? ¿Pasaré por el perdido respeto de la que sin mi gusto pretendió casarse, que es al fin mi hermana, y no puede entenderse, ni es justo creer otra cosa? mas en las que tienen sus obligaciones, aunque elijan igual compañía, es cosa in-

digna dar oidos á su disposicion, sino es por el gusto y eleccion de sus deudos. Viven los cielos que hasta que de los dos tome la debida satisfaccion, junto con los demas que hallare culpados, que no se ha de saber mi intento, ni aunque me aventajase con el parentesco del mas poderoso príncipe, ni le estimo ni le quiero, que los caballeros no han de pasar por cosa que aunque para sí queden satisfechos, no tengan sus mayores enemigos general satisfaccion; que toda la ciudad debe ya de estar llena de este suceso, que siempre son públicos los que han de dar disgusto. Dió vuelta á la plaza, donde despues que salió á ella un valiente toro, que escarbando la tierra la arrojaba al cielo, prevenidos los dos amantes de rejones, él se retiraba, no temeroso, sino previniendo la ejecucion de su furor. Paróse delante de la ventana donde las dos amigas veian las fiestas, deseando cada uno mostrarse en la ocasion que tan á própósito habia ofrecido la fortuna, y ellas temerosas del suceso por la ferocidad del animal, y toda la plaza en una muda suspension, sucedió que determinándose el toro, arremetió con don Juan, que le aguardaba cuidadoso. Pues don Diego, viendo que no podia mostrarse delante de su dueño, tomando ocasion de favorecerle, se metió enmedio, haciendo una suerte tan á su salvo, que asl como se retiró el irracional con la furia de la muerte, cerró con don Juan, que colérico de verse defraudado de la ocasion que su fortuna le ofrecia, y mas furioso de saber la causa, estaba tan descompuesto y fuera de sl, que aunque con el repentino acontecimiento procuró prevenirse, no fué posible; salió tan mortalmente herido el caballo, que él sin culpa suya desocupó la silla, y cuando quiso, como le tocaba intentar la venganza, ya el toro, falto de los vitales espíritus, media con el valiente cuerpo la arena; fué el efecto de su ira furioso, considerando que ya el vulgo murmuraba la causa: que las acciones públicas son insufribles, y no lo menos de temer en ellas lo que se dice: y procurando disimular su enojo, como el que pensaba satisfacerle, al contrario de aquellos que buscando lo que les falta desean las ocasiones donde pueda haber impedimento, para solo adelantar las palabras.

Llegó don Diego á su socorro, á quien él con razones equívocas dió gracias del cuidado, que no dejó á los demas poco sospechosos. Acabadas las fiestas, tratando del suceso con algunos amigos que culpaban su cólera, abonando la intencion del amigo, dijo que con evidencia conocia su desgracia, pues le estorbó quien deseaba ayudarle, y que la opinion puesta en opiniones estaba muy cerca de perderse. Entró en esto don Diego diciendo: Hanme dicho, don Juan, que teneis queja de mí, cosa que, si fuese cierta, conocerá mi voluntad por notorio agravio, y contraria al deseo que siempre mostré de serviros, que nuestra amistad creí yo que estribaba sobre mas firmes fundamentos: perdonadme si hablaros asl es ofenderos. A quien don Juan, mudando el color del rostro, respondió: Bien fueran excusadas vuestras razones; que si tengo ó no sentimiento, sé cuando quiero declararlo; que si no publico como lo demas vuestras alabanzas es por no recibir de nuevo mayor injuria: que aunque no puede llamarse el recibido, agravio, permitido es á los amigos el sentir las sinrazones, si quiera para excusarlo; y si gustais, se quede

aquí esta plática, por ofenderme, como es justo, la memoria de mi descuido. Metiéronse los amigos de por medio, al modo de algunos que con la paz indiscretamente alteran las mas sosegadas voluntades, á quienes don Diego replicó : ¿Es posible que tan poca experiencia tengais hecha de mi amistad que oiga yo semejantes palabras? Don Juan le dijo : Las obras son los verdaderos afectos del corazon; un golpe de popular aplauso rompe la correspondencia mas firme, y pueden los amigos adelantar su opinion sin ofensa de la agena, porque el mas verdadero modo de alabanza es adquirir gloria en la propia virtud. En fin, si no me engaño, todo el rodeo de vuestras razones, dijo don Diego, tiran á decir que os ofendí, no porque en mí halleis culpa, mas porque segun veo deseais hallarla; y si esto es deseo de que se deshaga nuestra amistad, no le busqueis, sino reportaos, considerando que os soy amigo. No sé si tenga de vos la misma opinion, porque el que no se fia del que lo es, él mismo se hace sospechoso, y tenedme por tan leal que si tuviera ocasion ó pensamiento de ofenderos, escusara las satisfacciones. Pues don Juan, que no deseaba sino esta ocasion, respondió á las postreras palabras de tan honrosa satisfaccion : Cuando fuera importante á mi honor, la supiera tomar del que se juzgue por mas valeroso, que sé mejor satisfacerme de caballero á caballero que con el toro. No sé qué os diga, dijo don Diego, sino que debeis desear romper del todo. Tornáronse los amigos á poner en medio diciendo que eran sin fundamento tantas palabras. Estando las cosas con tanta igualdad, advirtieron á don Juan que era muy apasionado modo de proceder; y él dijo á los que le reprehendian : Pensad lo que quisiéredes, y culpadme; y volviendo el rostro á mirar á don Diego, prosiguió : Yo buscaré ocasion en que se declaren dudas, á quien él replicó, en las que buscareis, conocereis que iguala mi valor á mi cortesía. Él se fué furioso sin que bastasen á tenerle, y reportando á don Diego, le ofrecieron el mismo oficio con don Juan, á quien él rogó que en ningun modo metiesen la mano en nada, porque ocasiones comenzadas, aunque en sí importasen poco, de no fenecerlas podrían nacer penosos disgustos. Dejáronle solo, y él confuso y melancólico, pensando en lo que habia sucedido, entró el criado de doña Isabel, y le dijo cómo su señora iba de visita esta tarde á las cuatro en casa de doña Ana, la hermana de don Sancho, que no perdiese la ocasion; á quien él se mostró agradecido con palabras y generosas dádivas, que suelen no consentir descuido en semejantes embajadas. Apenas habia pasado esto cuando entró un page á decirle que don Juan queria hablarle, y el criado por no ser visto se despidió, y como criado, deseando llevar nuevas, cuya falta es bien ordinaria, y pienso que mayor la de los que las escuchan, se quedó oculto á escuchar lo que resultaba, porque ya eran públicos sus disgustos. Entró él con la cortesía que es justo en los caballeros en la ocasion de mas aprieto, y dijo : Los hombres nobles es bien que procuren siempre que sus palabras y obras lleven por blanco la verdad, porque desdicen mucho de su nobleza los que se obligan á decir con sus razones lo que contradicen con sus obras. Y recompensase mal una ofensa pública con una compuesta arenga, y para mí y para todos los que sienten

bien de las cosas es forzoso que como caballeros lo determinen en el campo las espadas. Y así esta tarde, á las cuatro de ella, os aguardo junto al rio Genil. Traspasóle el alma á don Diego semejante resolucion, y viendo que la hora que aplazaba era en la que habia de ver á doña Isabel, le dijo: Pues no quereis obedecer el juicio de nuestros amigos, sino que el de las armas determine lo que gustais, que á mi pesar sea ofensa, digo que lo acepto; y solo os suplico que mudeis la hora, porque tengo á la que me mandais un negocio tan forzoso, que será imposible dejar de acudir á él. Bien digo yo, replicó don Juan, que jamás procedísteis conmigo con llaneza; nuevo agravio recibo del desprecio de esas palabras: ¿qué cosa puede haber en el mundo que impida negocio en que está vida y honra? pero no importa, que no es esto solo de lo que tengo que satisfacerme, y miéntras lo procurare, obligado de mas agravios, llevaré mas de mi parte la razon. Yo esperaré á la hora que digo, hasta que vayais. Caballero sois, obligaciones os corren, id á la que quisiéreis, y os aseguro, dijo don Diego, que será lo mas presto que yo pueda, y que moriré consolado á vuestras manos por dejar satisfecho el mayor de mis amigos. Apartáronse, y el criado fué al punto á dar cuenta á su señora de lo que pasaba, que con mucho sentimiento no estaba tan temerosa del suceso de su hermano como de don Diego, y nuevamente obligada de la cortesía del amante, pareciéndole que toda procedia de su respeto y amor, le causó en ella de modo que cuando no estuviera dispuesto su corazon, solo este suceso le dispusiera. Y así fué á su visita deseosa de hablarle, porque ya el criado, obligado de su señora, tambien procuraba servirla, que este género de enemigos solo el interes es el norte de su intencion.

Quedó don Diego suspenso del suceso, considerando que de cualquiera manera que la fortuna lo dispusiese no conseguia su intento. Y estando en esta penosa imaginacion, entró don Sancho preguntándole qué habia sucedido, á quien él dijo: Si, debajo de palabra que guardareis secreto, quereis saberlo, lo diré. Proseguid, replicó don Sancho, que, aunque ya imagino el fin á que tiran vuestras palabras, los que lo son verdaderos siempre á la comodidad anteponen la reputacion de sus amigos. Pues á quien tanbien sabe sus obligaciones, bien puedo fiar lo que no hiciera de otro, dijo don Diego: yo estoy desafiado. Y prosiguió contando todo lo que con don Juan le habia pasado, á quien don Sancho le preguntó si pensaba salir, porque á su parecer semejante locura no podia obligarle; demás que tambien le escusaba si no queria llamarla obligacion el ser hermano de doña Isabel, á quien respondió don Diego que se echaba de ver lo que le cegaba la pasion de su amistad, y que esto lo veria en que el respeto referido tan digno por sí de toda veneracion no habia de ser por él respetado. Replicó él: Pues dejad que yo meta la mano en pacificar este negocio, pues nadie podrá presumir que vos me habíais dado cuenta por haberme yo hallado al principio de la pendencia. Él le dijo: Si no quereis que en mis muchas obligaciones haya la falta á que me obliga mi honor, os suplico que no hableis en ello, y que nos vayamos hácia vuestra casa, donde sé que ha de estar de visita doña Isabel, que temerosa de este suceso me ha enviado á aplazar para otro desafío mas temido

de mi alma que el de su hermano, cuyo enojo tiene en su pecho mayor fundamento que en la pequeña ocasion de las fiestas. Así lo pienso, y aun lo sospecha toda la ciudad, respondió don Sancho. Y hablando en este y otros negocios llegaron á su casa, de donde ya doña Isabel salía acompañada de solo el criado, dueño del peligroso secreto, por serle forzoso no confirmar sospechas de su hermano con larga visita, y acudir á las cosas que la tocaban, y encontrándola en la escalera de la casa, bajaron acompañándola hasta el portal, donde puestos á la puerta don Sancho y el criado para prevenir lo que pudiera ofrecerse, doña Isabel, con profundos sentimientos, hablando con los hermosos soles de su rostro, cuyas preciosas perlas regaban la venturosa tierra que ocupaban sus plantas, habló así: No quiero dejar de confesar lo poco que os deben de tener obligado mis cortos merecimientos; pero quiero certificaros que, si hubieran de medirse con mi voluntad, fueran los mas aventajados del mundo: tendré lo que me durare la vida particular queja de mi corta fortuna, que bien sé que es ella la causa de tanta desventura, que mal podré creer otra cosa de vuestra mucha nobleza y cortesía, de la correspondencia que en vos han hallado mis bien empleados deseos, no obligados de fuerza de estrellas, sino de tantos merecimientos. No teneis que referirme lo que pasó con vos y mi hermano, que solo de lo que tengo queja es de que lo haya sabido primero de otro que de vos; pero el medio que tiene escogido nuestra justa correspondencia será el que importe para pedirle á mi padre su hija haberle quitado el hijo; bien pienso que os debo de tener ofendida, pues tal género de desventura en vos viene á ser venganza, y en mí castigo. Y sin poder proseguir adelante suspendieron su lengua los caudalosos cristales que eclipsaron la hermosa luz de sus ojos. Bien sé, señora, lo que os debo, respondió don Diego, bien sé que fuera ingratitud y rudeza no haberme dedicado desde el punto que os ví á vuestro servicio; y creed que el lazo de mi voluntad, la muerte (último fin de los mortales) no bastará á romperle: sabe el cielo lo que excusé el daros disgusto, y que el no haberos dado cuenta de este negocio ha llevado el mismo fin. Si temeis la muerte de vuestro hermano, teneis poca razon, que él es tan valiente caballero que se puede mas justamente temer la mia: demas que os aseguro que cuando fuera al contrario negara á mi persona la debida defensa, sacrificando mi vida á vuestro gusto. Plegue á Dios, replicó ella, que si en esta ocasion me ha pasado tal por el pensamiento, que me suceda la mayor desventura, que es perderos. Suspended las armas, vea yo en vos lo que viérades en mí, si yo pudiera serviros. No será posible, dijo el amante, que es fuerte la ocasion donde se atraviesa honra, y no dudo que vos misma siendo quien sois desestimeis para prenda y compañía al que le faltase la mas importante. Lo que os prometo es procurar todo lo que en mí fuere con palabras y satisfacciones, sí bien no indignas de mi nobleza, sosegar su alterado corazon. Pues con esa palabra, dijo ella, quedaré mas sosegada, y con que me la deis, en este suceso tendreis memoria de mí, que quiero prometerme de vuestra cortesía muchos favores para que se temple tanta desventura. En este y en el mas próspero que me suceda, replicó

don Diego, cuando os diera palabra de lo contrario, fuera imposible que el alma consintiera su cumplimiento. Despidiéronse con esto, y apartándose los dos amigos con palabra, don Sancho de que no habria novedad en aquel negocio hasta que tornasen á verse, y así fué confiado de remediarlo por lo mucho que le tocaba, y don Diego, solo con intento de divertirle, arrepentido de haberle comunicado el caso, con ser la mitad de su alma, que tanta fuerza tiene en los caballeros, y es jnsto que la tenga los casos de honra. Fuése á tomar un ferreruelo de color, y procurar huir el rostro á estorbos, y no ser el postrero á cumplir sus obligaciones. Llegó doña Isabel á su casa, donde, como es ordinario en mujeres, y mas cuando están recelosas, sabiendo que su hermano estaba retirado en su cuarto, empezó llevada de su curiosidad á acecharle, y viendo que andaba entre algunas que tenia previniendo una espada, no pudiendo sufrirlo su corazon, quiso ver si podrian sus palabras disminuir en algo su enojo, que para persuadir son eficacísimas las mujeres; porque no obstante que diversas veces se les niegue lo que piden, jamas pierden ocasion de volverla á proponer hasta que la alcanzan, y esto es forzoso, porque no todas las veces estan los hombres disgustados; y así una vez que otra conceden lo mismo que aborrecen, obligados de una continua persuasion. Entró fingiendo otra cosa donde estaba, y haciendo que se turbaba de la vista del acero, como si tuviera la edad de su padre, le empezó á dar una larga reprehension de sus mocedades, exortándole á la paz y quietud, poniéndole delante la vejez, sentimiento y obligaciones que á su padre tenia, acompañando sus palabras con disimuladas caricias de su amor, cosa que á don Juan confirmó mas en su sospecha, y juzgándolo por demasiada libertad la respondió que no rodease con varios discursos su intencion, porque espantarse de lo que no la amenazaba no era creible, porque su recelo no debia ser de su peligro, que él se declararia al tiempo que tuviese puesto el conveniente remedio, y que advirtiese lo que fiaba de su entendimiento, pues le daba cuenta de cosas tan importantes. Y sin esperar ninguna réplica llamó al criado, y le mandó en secreto que le llevase en casa de doña Ana una espada que le dió y capa de color, porque tomándola allá quiso divertir que no supiesen en su casa donde iba, y con esto se fué, y doña Isabel le preguntó muy congojada qué le habia dicho; y él como criado la dió cuenta de todo, diciendo que pues habia hablado á don Diego no habia que temer, por lo que él deseaba no disgustarla. Ella, cierta de que su hermano salia, empezó á afligirse, y pensando una traza que solo pudiera caber en pecho de mujer que amaba, dijo al criado que llamase á su padre para darle cuenta de lo que pasaba, y que dejase allí la espada, que hasta que lo supiese no consentiria que la llevase, y que tuviese cuidado de saber adonde salian á reñir, y volviese á avisar; él lo prometió, suplicándola que no permitiese que no llevase la espada, pues sirviéndose de la que allá tenia serviria solo de desacreditar su lealtad. Ella le prometió que se haria de modo qne no faltase un punto de lo que debia, que no queria que suspendiese el llevarla mas de cuanto sirviese de testigo de su verdad. Hizo lo que le mandaba, y entró á llamarle, y entretanto ella la

puso de modo que la dejó inútil para lo que su dueño la deseaba; y así como entró don Alonso, ella como que la escondia la entregó al criado, que partió en husca de don Juan.

Doña Isabel dió cuenta de lo referido, y afligiéndose el viejo por no hallar medio para atajar tanta desdicha, entró don Sancho muy alborotado á preguntar por don Juan, refiriendo de nuevo el suceso, y quejándose de que le huhiese engañado don Diego; y estando los dos dudosos, vino el criado diciendo como su señor no habia hecho mas que tomar la espada, y mandándole que le dejase, que él le habia seguido hasta la salida de la ciudad, y le pareció que salian al rio, y por no ser visto no se atrevió á pasar adelante; entónces determinaron de que con algunos amigos fuesen á buscarlos. En este tiempo don Diego y don Juan se hallaron en el campo; el uno tan deseoso de reñir cuanto el otro de sosegarle, poniéndole delante su amistad, á que don Juan replicaba que su enojo era deseo solo de castigar lo mal que de ella hahia usado. No le deis ese nombre, dijo don Diego, que cuando fuera verdad lo qne sospechais en caballero mozo, vuestro igual y amigo, cuando deseaba enlazar estas obligaciones con el lazo del parentesco, no le podais juzgar por agravio; pero si quereis ver cuan injustamente juzgais, volved los ojos á su virtud, á su animo generoso, que, si no ofusca la niebla de vuestra pasion la luz clara de sus merecimientos, vereis que sin causa culpais mi amistad y su inocencia. Dijo don Juan: Confieso la igualdad que decis; pero cuando fuera yo vuestro inferior, me habiais agraviado en tratar sin mi órden semejante negocio, que no la amistad da jurisdiccion á los amigos para que dispongan sin gusto de quien les toca de tan estimables cuanto peligrosas prendas; y cuando los caballeros llegan á la última prueba de sus intenciones, como lo es la campaña, jamas hubo bastante satisfaccion sino esta. Y poniendo mano á la espada, á los primeros tres ó cuatro golpes cayó la mitad de ella en el suelo (oprimida de la diligencia que en ella habia hecho doña Isabel), y él no por eso dejó valerosamente de proseguir su intento; y don Diego, que mas reportado solo buscaba ocasion de salir hien del caso, viendo la que se ofrecia, le dijo: Casos son de fortuna el que os ha sucedido; procurad igualarme en las armas como me igualais en el valor y nohleza, para que yo pueda contra mi voluntad cumpliros la palabra.

Don Juan, viendo por las señales de su espada que no habia sido acaso el quebrarse, turbado y confuso del efecto, imaginando la causa, dijo: Aquí vereis si mis sospechas son justas y mis agravios claros, pues la evidencia de ellos no da lugar á que calle el que ahora veo. En mi casa no vivo seguro, mas pues quiere mi desdicha que en la mejor ocasion falte el instrumento de mi venganza, pues no hay ofensa que ohligue á desagradecimiento, sino á satisfaccion, estimo y estimaré eternamente la cortesía que me ofreceis, hija digna de vuestras muchas obligaciones: yo iré á suplir este defecto, de modo que mi victoria ó castigo no pueda poner nota en tan honrosa opinion; solo os suplico que como os doy palabra de volver presto, me la deis de aguardarme. Él se la dió pesaroso de que tan fuerte ocasion tanta nobleza no hubiese templado algo del pa-

sado enojo; y juzgando á doña Isabel por dueño de la hazaña, receloso que la cortés cuanto hónrada resolucion de no valerse de ella no la disgustase (si puede disgustar la noble correspondencia), considerando tan bastante prueba de amor, combatido de varios pensamientos, y afligido de la propia imaginacion, la divirtieron de ella dos hombres que llegaron á este tiempo, y que les habian venido siguiendo, de estos que por la propia comodidad suelen vivir de la incomodidad agena; y en fin, como gente vil, viéndolos apartados de la ciudad, no se habian atrevido á acometerlos juntos, mas visto la pendencia, sin meterlos en paz, por conseguir su intento, sin saber la causa por que don Juan se apartaba, así como le vieron ido, llegaron, diciendo desde léjos: Alargue, caballero, la capa con lo demas que tuviere.

Don Diego, no turbado del impensado acaecimiento, previniéndose para la defensa, procuraba con el ageno daño evitar el propio, cuando á las primeras venidas se sintió herido, y vió uno de los que le acometian, que midiendo la tierra habia ya rendido el espíritu, y el otro que, mas prevenido de su daño que deseoso de la venganza del camarada, daba señal de que cedia el campo á su contrario; pues como se hallase aguardando á don Juan, y con un hombre muerto á sus piés, y sin mas testigos que los levantados fresnos, cuyas puntas pudieran barrenar los cielos, y los fugitivos cristales que presurosos como todas las cosas del mundo procuraban el fin para qué fueron determinados, resolvióse en fiarles el secreto, encomendándoles el cuerpo del difunto, y al punto que él lo ponia en ejecucion, por lo alto de un peñasco se descubrieron don Alonso, don Sancho, y los demas amigos que habian salido á estorbar el desafío, que reconociendo á don Diego, y que despeñaba al rio un cuerpo, creyendo lo que podia ser, y teniendo por muerto á don Juan, el padre con tiernas lágrimas, con lastimosos alaridos lamentaba tanta calamidad, y llegando todos, como hallaron á don Diego solo y herido de nuevo, tuvieron por cierta su sospecha, sin que bastasen sus disculpas, ni darles cuenta del suceso, y de como por habérsele á don Juan quebrado la espada le esperaba, haciendo el padre notables estratagemas para sacarle la verdad, diciéndole que si valerosamente le habia muerto, no impíamente le negase la sepultura, que como no le tratase engaño no lemiese, que desde luego le ofrecia el perdon; y si recelaba de hacer testigos del cometido delito los que le escuchaban, eran sus amigos, y él era parte. Ayudando á esto los demas con notable porfía, y él con la misma, defendiéndose con la verdad, decia que con la venida de don Juan, á quien esperaba, saldrian todos de duda, y que no se le haria mucha cortesía en aguardar tan breve plazo.

En esto don Juan que venia al sitio, se detuvo suspenso, no de ver lo que con don Diego hablaban, porque no ignoraba la causa de su venida, mas con espanto de verle herido, y esperando á ver en qué pararia, vió que todos se volvian, y él coligiendo lo que podia ser, viéndose imposibilitado de la deseada venganza, temiendo las forzosas paces, determinó de no entrar en poblado hasta vengar su agravio, y mudando de sitio se metió desconocido en unas caserías de pasto-

res, donde vivió con el dinero que llevaba, prevenido para lo que resultase del suceso de su pendencia. Pues como los demas llegaron á la ciudad, y no pudieron descubrir mas nuevas de don Juan, como se habia ausentado, aplicándole los vistos indicios, se certificó de manera su muerte que ya la justicia hacia públicas diligencias, prometiendo entre otras mil ducados al que pusiese en sus manos á don Diego, que ya por el caso andaba ausente, por consejo de sus amigos.

Sucedió en este tiempo, viendo la presente ocasion en lo mas penoso de las tristezas de don Alonso y doña Isabel, que don Sancho, que tambien creyó la muerte de don Juan, y pareciéndole la hermana que era á propósito para su mujer, por ser única, y como tal heredera del mayorazgo de su padre, y él por su vejez imposibilitado de sucesion, y que don Diego con la sucedida desgracia que todos juzgaban por cierta se habia privado de semejante pretension; y así un dia dió cuenta á don Alonso de su deseo, y tambien del oculto casamiento que don Juan con su hermana habia hecho, encareciendo para facilitar su intento que él mismo, aunque eran iguales, habia estorbado, viendo que no intervenia su voluntad, que lo supiese, por no disgustarle; á quien el noble viejo, considerando que don Sancho era caballero, rico y mozo, y con quien justamente podia honrarse, con breves cuanto corteses palabras respondió así:

Siéntome tan obligado como agradecido á tantas mercedes recibidas de vos, que no sé como responderos; y digo solo que los que tienen honra saben darla, como por experiencia se ve de la mucha vuestra y de la que yo he recibido; solo estoy, y con razon, quejoso de que en cosa que yo ganaba tanto no se me comunicase, y quiero conocer de vos si me deseais hacer merced en dos cosas; la primera en que se publique este oculto casamiento, y mi señora doña Ana venga á honrar mi casa por último consuelo de mi vejez, para que, ya que la fortuna me negó á mi hijo, vea yo á mis ojos prendas que lo fueron de los suyos; y la segunda, que vos vengais á ocupar el lugar que mi desdicha quitó á mi único consuelo, siendo amparo de su padre y remedio de mi hija, porque con tan esclarecida sangre se honre y adelante mi linage.

Respondió don Sancho aceptando lo que deseaba con tantos encarecimientos que podia juzgarlos el que los viera á falta de juicio, y poniendo en ejecucion lo referido, juzgándose pacífico dueño, él y doña Ana se vinieron á vivir en casa de don Alonso; y don Diego, que por momentos tenia aviso de lo que en ella pasaba, fué tanto el furor de sus zelos, que olvidando la consideracion de su peligro, que no son verdaderos los que dejan libre el juicio para prevenir el daño, se entró en casa de su enemigo, y dando quejas á su inculpable dueño de tantos agravios, sin que con él bastasen las muchas disculpas de la fuerza de su padre recibida, junto con ofrecerle que primero que consintiese la ejecucion de su agravio padeceria mil muertes en prueba de su fidelidad y correspondencia, no lágrimas ni caricias, con que suelen las mujeres encender la mas helada voluntad y abrasar la mas encendida, fueron bastantes para que huyese de tanto peligro. Dió lugar con su tardanza á que el criado que habia sido parti-

cipe en sus correspondencias, á quien tentó la codicia del prometido interés, olvidando tantos beneficios, que tiene esta pasion naturalmente imperio sobre gente de pocas obligaciones, dió noticia á don Alonso, y él al corregidor, que como andaba haciendo diligencias, con ocasion de ser una de las mas esenciales tomar la confesion de doña Isabel, si bien con el respeto que se debia al recato de semejante persona, diciendo que venia á eso, y como al descuido entró en su casa, y hallando el cuarto en que los dos estaban hablando abierto, que la turbacion y desdicha les habia quitado la advertencia de que se cerrase; admirado el corregidor de ver á don Diego, le pesó de su prision, aunque para sí parece que se enteró del cometido delito; propia accion de pechos nobles, que aunque les es forzoso el castigo del reo, les pesa de su desdicha: no como otros ministros indignos del magisterio que ejercitan, que se encarnizan de modo en los delincuentes como si ellos fuesen los agraviados y no la república, pues no es por su defensa, sino porque aspiran con la sangre de los miserables llegar á mayores puestos, si ya no es por otros mas bajos respectos. La crueldad con los que no tienen defensa es prueba de pechos viles, de ruin intencion y de bajo nacimiento, que Dios, á quien todos deben imitar, iguales son en su omnipotencia, su misericordia y su justicia; pero la experiencia de nuestros defectos puede ser buen testigo que se sirve mas de su misericordia. Llegó con muy corteses palabras, diciendo: Pésame, señor don Diego, de hallaros en este lugar, caballero en efecto, que importa mucho que lo sean los que administran justicia, que es villanía y prueba de mala sangre no usar los jueces en toda ocasion de cortesía, que es menester que entiendan que no dan los príncipes con los magistrados poder para injuriar la nobleza, que son los verdaderos pilares de las repúblicas, que se hallan muchos para que la gobiernen y pocos para que la defiendan.

A este propósito, aunque yo salga del mio, sucedió que llegó el señor don Rodrigo Vazquez de Arce, caballero del hábito de Alcántara, y clavero mayor de su religion, que fué presidente del consejo real de justicia, y del consejo de estado, sugeto para cuyas virtudes eran menester copiosos volúmenes; solo diré que, habiendo servido sesenta años en los mas grandiosos oficios que se conocen, murió pobre, y fué tan libre de codicia que no aceptó mas de quinientos mil ducados de merced, tan merecida de sus servicios, cuya vida y hechos particulares pienso algun dia sacar á luz, porque no pueda la envidia sepultar con olvido tanta virtud y méritos, y porque goce nuestra patria de uno de los hijos que mas la ilustró, y la jurisprudencia de un sugeto que dignamente pueda imitar en sus acciones, tan dignas que se publiquen por todo el orbe. A este caballero se llegó á quejar un ministro de que otro, no de muy claro linage, le habia tratado mal, y despues que él le consoló dándole la culpa, y al ministro, á quien oyó, le hubo dado una reprehension conveniente á su desórden, dijo: ¿Qué diferentes serán los hijos de don Fulano de los del que le trató mal? Fué en efecto hechura del segundo Filipo, santo monarca, gloria de España y amparo de la cristiandad.

Prosiguió el corregidor diciendo: Ya echareis de ver que es forzoso

en semejante ocasion que yo acuda á las debidas diligencias de mi oficio. Él, sin responder palabra, daba tácito consentimiento, á cuyas razones se alborotó toda la casa; vino don Alonso y los nuevos huéspedes. Causó en don Diego tanto furor ver presente la causa de su enojo, que viendo que no podia seguir la deseada venganza, desesperadamente dijo : Sabed los presentes y sepa todo el mundo que el justo cielo no deja, sí suspende, sin castigo la ingratitud; yo, aunque como debe un caballero, en el campo maté á tu hijo y á mi amigo, privándote del último consuelo de tu vejez. Allí de nuevo se vieron diversos afectos, lágrimas en los unos, suspension en los otros; el lastimado padre lloraba el perdido hijo, doña Ana el difunto esposo, doña Isabel la diligencia malograda que dió causa á la pérdida del hermano y á la muerte del amante. El corregidor y don Sancho estaban suspensos y confusos, ponderando lastimados adonde puede llegar la última desesperacion; y don Diego prosiguiendo dijo : No os espante la confesion de mi delito, que lo que no pudieran acabar conmigo los mas rigurosos tormentos, acabó en un punto la mal pagada esperanza mia, causa, como habeis visto, de que aborrezca la vida. El corregidor le llevó preso con general disgusto, y particularmente de doña Isabel, que el repentino suceso la habia dejado fuera de sí, y procurando, ya que á su parecer se habia rematado su amante, que no peligrase su honor, prenda en las mujeres nobles mas digna de estimacion que la vida, dijo á su padre :

Señor, la causa has dado de la prision de don Diego, y pienso que la darás de mi fin; no creas, aunque parece verisímil su confesion, que dió á mi hermano la muerte, sino que la fortuna cuando previene fatales desventuras ataja los términos de la razon humana para mostrar aparentes los engaños. Confieso que sin tu gusto traté con don Diego mi casamiento, causa justa por donde me vienen semejantes castigos, y que ha producido tan contrarios efectos como los presentes; pero es bien que adviertas que fuera de lo que he dicho no he contravenido al honor y justas obligaciones con que nací. El casamiento que deseabas que yo efectuara con don Sancho alcanzó á saberlo don Diego por mi desdicha, y zeloso vino á representar en el teatro de tu casa la miserable tragedia de su muerte.

Quedaron todos conmovidos y lastimados del suceso, y mas el padre, que culpaba á doña Isabel mas que la falta de su voluntad el faltar el efecto, pareciéndole, como era verdad, que eso habia sido la causa de tantos daños. Y el corregidor haciendo las jurídicas diligencias, sirviendo con los pasados indicios de bastante probanza su confesion, en breves dias le condenó su teniente, y lo confirmó el superior tribunal, á quien toca, á que le fuese cortada la cabeza, y sin que bastasen con el ofendido padre ruegos ni persuasiones, le fué forzoso que se previniese para la irremediable ejecucion, y puesto en aquel cruel y temeroso paso, con el sentimiento de doña Isabel, que bien puede creerse, porque le amaba mas que á sí propia, á persuasion de su padre, que por evitar lo que el vulgo previene en semejantes ocasiones, habia tenido modo y diligencia para que los religiosos que en esta ocasion prevenian su jornada

le advirtiesen que no dejase por cumplir la deuda que tan justamente debia á doña Isabel, de lo cual podria haber dado que decir, tanto con la prosecucion de sus deseos, como con la inadvertida como temeraria confesion, que hallándole dentro en su casa habia hecho, y alcanzando su consentimiento, que dió con muchas muestras de cumplir lo que se le advertia, se trazó con su padre que diese doña Isabel un poder, y efectuándolo, por él se desposó con don Diego, cerrando las puertas con esto á mil inconvenientes, dignos en toda ocasion de excusarse.

Estando las cosas en este estado, y habiendo tenido don Juan aviso de como doña Ana, con órden de su padre, estaba en su casa, y que ya él estaba informado de todo su suceso, y tambien como el casamiento de su hermana estaba concertado con don Sancho; apretado de amor y necesidad, dos contrarios poderosos para los hombres, habiendo gastado lo que traia, á que ayudó el juego, que no falta tan virtuoso ejercicio en la mas pequeña aldea, determinó de ir á su casa á ver á su prenda y á informarse del estado de las cosas, para ver el medio mas conveniente que pudiese tomar en la disposicion de sus intentos, y traer dineros para pasar en aquellas aldeas; ó siendo conveniente hacer mas larga ausencia, hasta que del todo cumpliese el mayor de sus deseos, y al anochecer, poniendo los que al presente tenia en ejecucion, con el hábito desconocido en que andaba, caminó hácia Granada, y llegando á su casa le fué fácil la entrada, porque como mozo tenia llave para entrar y salir á deshoras, y entrando con mucho recato, con el primero que encontró su buena suerte fué con su criado, con quien disimuló el enojo del pasado agravio, guardando para tiempo mas conveniente su venganza, y viendo que le habia visto, y que se alborotaba, por no ser descubierto, asióle, y con la daga en la mano le amenazó si no callaba, y él, despues que, desmayado, temeroso y confuso, efectos de su mala conciencia, reconoció á don Juan, se acrecentó su temor de ver delante de sí vivo al que ya en su imaginacion juzgaba por muerto, y volviendo en su acuerdo del pasado susto, prometió todo lo que se le propuso, que el miedo siempre fué liberal; y no fuera malo que ocupara á los poderosos. Lo primero que ofreció fué secreto, cosa al parecer en criados imposible, pero nó era él el que prometia. Sosególe don Juan, y mandóle que le pusiese en el cuarto donde doña Ana vivia, y que la avisase de su venida con mucho recato, porque su vista no le causase algun repentino accidente. Él lo hizo así, cumpliendo con lo que se le mandaba, y mucho mas, cosa bien contraria á lo que se usa en el mundo, aun en los de mas obligaciones. Avisó á doña Ana despues de haber dejado encerrado en su cuarto á don Juan. Ella dudaba lo que oia, con el contento del cobrado esposo, como por parecerle que habia de ser causa de librar de la muerte al inocente don Diego, en quien ya tenia el verdadero desengaño; que la pasion de los zelos le habia reducido á tan miserable estado, cuya vida habia de tener fin el dia siguiente. Disimulando lo mejor que pudo, fingió una indisposicion de poco cuidado, y retirándose á su estancia se enlazó en los brazos de su esposo, que la recibió con el gusto como quien la amaba y habia estado ausente. Informábase de sus sucesos, casi dudosa del pre-

sente, que lo que se desea, cuando se alcanza sin esperarlo, se duda con facilidad, y dándose cuenta de todo lo que pasaba, con piadosas lágrimas le suplicó que la diese licencia para ganar las albricias de tan venturoso suceso como el presente, y poder socorrer en el último trance á don Diego; á que don Juan respondió así : Amada prenda mia, único consuelo de mis trabajos, las cosas que me has contado he holgado infinito de oirte, y mas que don Diego esté tan en lo último, cosa que es muy á mí propósito; porque las que con él he pasado han sido de modo que creyendo que estuviese en diferentes términos, yo le venia á quitar la vida, no digo aunque aventurase la mia, sino el perderte, que estimo en mucho mas. Y pues la fortuna ha prevenido la venganza que por su poca fe me es tan debida, haciendo que la justicia la tome por mí, siendo indigno de que yo le mate como caballero, no pienso perder ocasion tan á mi propósito, porque es llano que aunque es mas de mis obligaciones que como lo intenté primero me satisfaga, ya no ha de ser posible por la publicidad que tiene este negocio; socórreme con las joyas y dineros que pudieres ántes que el alba esparza por el mundo los aljófares hermosos de su rubia madeja, y guarda secreto si no quieres perderme; porque te juro por la prision hermosa en que tienes mi alma de no volver á pisar estos umbrales, y de no presentarme á tu presencia hasta que me vea vengado del que con la fingida capa de su amistad cubrió tantas sinrazones y facilitó tantos agravios. Respondió doña Ana que solo su gusto era el norte por donde se regia su alma, y que no solo con su secreto facilitaria su intento, sino que le guardaria, cuando la muerte de su hermano don Sancho fuera la que causara su disgusto. Y abriendo un escritorio le dió todas las joyas y dineros que en él tenia, ofreciéndole que dispusiese de su vida, si en algo fuese de importancia para el cumplimiento de sus deseos; y despues de las debidas gracias, lo restante gastaron, como es ordinario entre los que bien se quieren, en amorosos encarecimientos.

En este tiempo ya el criado habia dado cuenta de lo que pasaba á doña Isabel, que al principio no le dió crédito, creyendo que fuese mas por divertirla de sus justas melancolías que no porque fuese cierto; mas ofreciéndole que saliese con la probanza de su vista del yerro de su incredulidad, aceptó el partido, y visto, lo dudaba, que tan dudosas son las buenas nuevas cuando se desean, como ciertas las malas que se temen. Cerró por defuera el cuarto, y envió á dar cuenta al corregidor de lo que pasaba, que tan dudoso como alegre vino con la mayor diligencia que le fué posible, y avisando de su venida bajaron á recibirle don Alonso, don Sancho y doña Isabel, que cada momento de su tardanza era en su imaginacion un siglo, y apartándole con su acostumbrada cortesía le dijo : Señor don Alonso, yo vengo á suplicaros una merced que no me habeis de negar, y si me mandáseis la cosa mas dificultosa, hallareis en mi voluntad el cumplimiento de la vuestra. El buen caballero, que no era ménos cortes que agradecido, le dijo que dispusiese á su gusto de su casa y persona, pues me dais licencia para que vea la vuestra. Es mi deseo, replicó el corregidor, asegurándoos que ha de resultar de esta merced la

cosa para vos de mayor gusto que jamas hayais tenido, y porque no quiero perdonar nada de lo que me ofrecísteis, gustaré que me la asegure vuestra persona, porque quiero llevar á mi lado tan segura compañía como la del señor don Sancho, y los demas que están presentes. Y como venia informado y advertido, se fué al cuarto de doña Ana, donde no se habia sentido nada, porque él industriosamente, aunque sabia que estaba seguro don Juan, habia procurado que se hiciese con quietud, y haciendo que don Alonso llamase, así como dentro se sintió su voz, tuvieron por desbaratada su traza, y respondieron, y saliendo don Juan, haciendo de la necesidad virtud, reventando porque imaginó al punto de donde venia semejante prevencion, don Alonso con el contento de ver impensadamente á su hijo quedaron suspensos sus sentidos, la hermana llegó á abrazarle, á quien él no resistió por no dar indicios de su mal intento, si bien le diera mejor la muerte que los brazos.

Llegó el criado con las muestras mismas que si le tuviera muy obligado, y don Juan no le apartaba los ojos, viendo la desvergüenza con que disimulaba. Llegó don Sancho, el corregidor y los demas con mil demostraciones alegres, y el padre, que á este punto habia cobrado el uso de los sentidos, dió tan notables muestras de su alegría, como el que le amaba, y teniéndole con certidumbre por muerto, sin saber cómo le habia cobrado. Todos generalmente se holgaron tanto de verle como de ver que don Diego se habia librado de la injusta muerte que padecia, prueba que acreditó por verdadero su amor, pues temeraria y inconsideradamente le habia puesto en tanto peligro. El corregidor envió luego á mandar que se le trajesen allí con el respeto y decencia que su sangre y poca culpa pedia : fueron con suma diligencia los ministros á ponerlo en ejecucion, deseando cada uno ser el primero; no de virtud, sino que la codicia es muy diligente; llegaron, y dándole cuenta de lo referido, tuvo la alegría que solo podrán ponderar los que se hubieren visto puestos en tan penoso trabajo, aunque si á muchos por los varios sucesos de la inconstante diosa les sucedió restaurar la vida puesto el cuchillo al cuello, pienso que á pocos lo que á don Diego, que de los mismos términos tan penosos como se pueden imaginar de lo que se ha visto saliese á gozar el bien de su alma tan deseado, hallándose con el no imaginado casamiento, en la posesion de su prenda amada, que aunqué sin culpa suya habia sido causa de tantos trabajos, y le habia tenido tan cerca de ver el último. Entretanto que esto pasaba en la cárcel, rogó el corregidor á don Juan que le contase donde habia estado, y como habia dejado llegar las cosas á tales términos, junto con la causa de su pendencia; que don Alonso y su hija estaban tan absortos con el contento de haber cobrado tan amables prendas, que no apartaban de él un punto los ojos; y si acaso los movian á mirar á otra parte, volvian con mucha presteza, temorosos de apartarle de su vista, creyendo no fuese sueño lo que miraban. Don Juan respondió á la pregunta que se le hizo : Despues, señor, que por vanas y mal fundadas sospechas, mas ocasionadas de mi mocedad que de su culpa, saqué al campo á don Diego, sin que para tal resolucion se atravesase caso de honra, prueba bastante de lo que digo, sa-

caimos las espadas... Y prosiguió contando todo lo que con él le habia pasado como se ha referido; y que volviendo á lo concertado, desde una espesa arboleda le habia visto herido, y á su padre y amigos que con él volvian á la ciudad, de que ignoraba la causa, y aqui don Sancho prosiguió, contando el cuento de los ladrones, que ya la experiencia le acreditaba; y don Juan en prosecucion de su historia dijo: Pues yo creyendo, como era forzoso, que sabido nuestro disgusto, los justos medios que siempre se interponen donde no hay caso que obligue, habian de estorbar el fin que yo deseaba que tuviese mi pendencia, propuse, mudando el hábito en que me veis, de no entrar en la ciudad hasta hallar ocasion de proseguirla, que hay casos que cuando la honra no obliga los aprieta el disgusto y mala voluntad de la persona. En este tiempo de mi ausencia me faltó el dinero, y viniendo á mi casa con secreto para hablar á mi hermana, fiando mi intencion de su cordura para que remediase mi necesidad, hallé tantas novedades, y á don Sancho y á doña Ana mi esposa en ella. Refiriendo aquí todo lo que el cuñado habia dicho á don Alonso, y prosiguiendo, dijo: Yo ha un momento que llegué, y así como supe el peligro en que don Diego estaba, quise al punto ir á vuestra casa á manifestarme del modo que veis, porque en él se excusara tan evidente como no merecido castigo: la causa de haberme prevenido vuestra diligencia, no fué otra sino que no me consintió doña Ana, supuesto que una hora mas ó menos no corria el temido peligro, que fuese á veros sino en hábito decente, con deseo infinito de que, pues ya parentesco enlazó nuestra antigua amistad, que vuelva á su punto, pues para satisfaccion de un enfado bastan tantos como nos han sucedido, acompañados de tan graves peligros. El padre y don Sancho, como quien no sabian cuan diferente era su intento, tuvieron por bastante la disculpa. El corregidor, doña Isabel, doña Ana y el criado juzgaron como quien lo sabia bien al contrario de la compuesta arenga.

Ya se habia divulgado por toda la ciudad el suceso, y todos lo habian solemnizado con general alegría, que por sus buenas partes lastimaba la muerte de tan agradable cuanto generoso caballero, que importa mucho ser bien quisto y liberal, para no solo gauar las voluntades, sino para no hacerse aborrecible. A este propósito habia un caballero que por sus canas y autoridad pensaba que todos le debian obediencia, no quebrantara ninguno de los mandamientos de no prestarás, convidarás, ni darás aun á los mismos á quien tenia usurpado parte de lo que gozaba, que ántes rompiera uno de los de la Iglesia. Todas sus quejas eran: Ya no me parece nada bien de lo que ahora cuarenta años me lo parecia; todos me dejan. Acompañaba á este un dia otro caballero, y encareciendo esto mismo, dijo: Hasta vuesa merced me ha dejado. A que respondió el otro cerrando la mano: Señor, quien es así (y tornándola á abrir, y alzando un solo dedo), es forzoso que se ande así. Pues viejo de bien y niño de cien años, con otros tantos millares de ducados sobrados, ganados, como tú y el mundo sabe, ¿en esa edad quieres tener el gusto que de veinte y cinco? ¿verte idolatrado como el tiempo que tiránicamente lo eras, guardoso y acompañado? pasó solia, no conviene, ni puede ser. ¿Sabes qué

pienso? que en castigo de lo mal que lo adquiriste, permite el cielo que no lo gastes, y que lo que te pudo hacer amable, por fuertes aduladores que piensan participar de tus tesoros, para tí inútiles, grangeando tu miserable voluntad con alabar tu miseria, eso mismo te hace enfadoso y cansado y que el vulgo te señale. Para comer un hombre cien ducados le bastan, no le da Dios siete ó ocho mil de renta á uno solo para que se los coma ni los guarde, sino para que los reparta y redima su mal aquisto, sus peores costumbres.

Ya los amigos habian acudido á la cárcel, y con su acompañamiento y de los ministros que por él habian ido entraron todos á ver el preso caballero, donde fueron tantos los parabienes y abrazos, que pueden imaginarse mejor que escribirse, y con el mismo modo llegaron donde el corregidor y los demas aguardaban. Don Juan y don Diego se abrazaron, y volvieron á su primera amistad, que no fué poco en los que una vez la quiebran siendo cuerdos; mas aquí parece que con el parentesco cesaba la causa de tan desdichados efectos. El corregidor y los demas le cargaron de enhorabuenas y parabienes, en ocasion que no es poca cordura, que conozco yo aquí uno de estos que vinculan cintillo y cadena, que á todos cuantos conoce, sea el tiempo que fuere, si los encuentra en las calles cien veces cada hora, no dejará de darles las pascuas, volver á acompañarlos, si le costase la vida; pero son los efectos como de quien tiene tantas palabras; y reprehendiéndole esto, dice que en él es imposible la enmienda, porque esto nace de equidad, y es cortesía natural: Dios lo remedie. Él pidió las manos á don Alonso, que le levantó con mucha cortesía, y con la misma llegó despues á pedirlas á doña Isabel, que con alegre y honesto rostro le hizo los lícitos favores que el presente lugar pedia. Allí se concertó que dentro de ocho dias se hiciesen las bodas, siendo el corregidor y su mujer padrinos, que era casado con una nobilísima dama de la casa de Guzman, ofreciéndose la tercera, porque á don Sancho le dieron una hija suya, por conocerle rico y virtuoso caballero, que de este modo trueca la fortuno las cosas de esta vida: pues de donde necesariamente se esperaban trágicos llantos, tristezas y desventuras, se vieron bodas, parentescos, amistades y regocijos. En el breve tiempo que digo, de unas partes á otras se previnieron vistosas galas, ricas é inestimables joyas, y se efectuaron los casamientos con el mayor aplauso de fiestas cómicas y otros regocijos públicos, opulencia de espléndidos banquetes que fué posible, junto con la asistencia de la nobleza de toda la ciudad, con la mayor parte de la jurisprudencia de aquel insigne senado que en zelo cristiano, letras y buen gobierno exceden á los mas celebrados de la antigüedad, igualando á los mas famosos de nuestros tiempos que asistieron á honrarlas, y despedidos, junto con los demas que habian acudido á semejante efecto, todos contentos y quietos gozaron de sus deseos. Don Alonso pagó al criado los mil ducados prometidos, y él viéndose con bastante caudal para retirarse, no seguro de lo que en las dos ocasiones con don Juan le habia sucedido, y no menos temeroso de que alcanzase su buena diligencia don Diego, se fué á su tierra muy satisfecho, y cargado de dones y mercedes que recibió de sus señores, merecidos de

sus servicios, sino por su mucha lealtad, por el buen suceso de sus avisos.

En don Alonso se nos muestra un viejo cuerdo, prudente, y puntual en lo que debe serlo un caballero que, cumpliendo con las obligaciones de su edad, ya aprobando la amistad de su hijo, y atrasando el casamiento de su hija, y procurando cumplir la obligacion que le pareció que el difunto hijo tenia, dió verdaderas muestras de amor paternal, usando cuerdamente de todas sus acciones.

En don Juan se nos enseña un mozo poco advertido, porque con las hermanas no es lícito, sino pocas, medidas y honestas palabras, que obliguen á respeto, excusándoles que alcancen las propias mocedades, y que no oigan alabanzas de hombre, aunque sea deudo. El agravio que sintió de verse impedir la suerte, enseña el extremo con que se siente delante de la dama que se sirve, y mas en público, cualquiera pequeña demostracion. Excusar la amistad cuando vino á su casa, queriendo ocultarse, el poder y fuerza que tiene un odio arraigado, pues quiso, siendo tan indigno de la nobleza, recibir por la justicia la venganza.

Pasar don Sancho por el oculto casamiento de su hermana, nos avisa que sufren muchas veces los nobles por sus propias comodidades muchas cosas indignas. Aceptar el casamiento de doña Isabel, y solicitarle creyendo que era amada de su amigo, denota que raras veces hay amistad segura, si hay interés de por medio.

El deseo de ver doña Isabel á don Diego, por las alabanzas sin tiempo de su hermano, denota generalmente cuan inclinadas son todas las mujeres á novedades, y cuanto se les deben excusar. Ponerle la espada de modo que se le quebrase al hermano, enseña que el amor del esposo olvida y desprecia la sangre propia.

Solicitar don Diego á doña Isabel por las alabanzas de su hermano, advierte el peligro que hay en alabar las mujeres que nos tocan, particularmente los maridos, que es plática digna de excusarse al mayor amigo, y cuanto deben los que tienen obligaciones de mujeres en sus casas excusar de llevar hombres á ellas, particularmente mozos, porque el amigo igual no ofende la ley de la amistad cuando ocasionado del amigo pretende hermana ó parienta para casamiento, si bien no es cortesía, que esto no se guie por el mismo que le dió la ocasion. Adelantarse en las fiestas, que nadie fie en amistad fundada sobre propio interés. Suspender don Diego la pendencia cuando se le quebró á don Juan la espada, es acto generoso que obliga á todo caballero, porque ninguno que lo sea debe valerse de ventaja, aunque sea, como dicen los del duelo, caso igual; pero no es digno que usen de él los nobles. Sucederle el acometerle los ladrones, matar uno, y por encubrirle el engaño del padre y amigos que le puso en tanto peligro, nos advierte que tal vez los hombres por hacer lo que deben les suceden desgracias; pero que confien en Dios que les sacará de todas; y que así como es mejor ser castigado sin culpa que libre con ella, obren siempre virtuosamente en todo acontecimiento, y no podrán ser defraudados. Meterse don Diego en la casa del propio enemigo, aplicándose el delito que no habia cometido, denota la furia de la zelosa pasion.

Venderle por interés el criado que de él habia recibido tantos beneficios, nos advierte el poder del interés, y cuanto puede en la mala inclinacion de este género de enemigos. Fiar la espada que su dueño le encomendó de doña Isabel, la poca fidelidad y amor con que sirven. Ponerse en cobro con tiempo, temiendo la retribucion de los daños que habia hecho, es cordura, porque no puede esperar provecho quien hace mal. Recibir premio por lo que merecia castigo, nos advierte la falta comun de los poderosos, que raras veces premian la virtud, como lo que sucede en las repúblicas, que se premia tal vez por buena razon de estado, por algunos justos respetos, à los que conociéndolos dignos de castigo desearan dársele.

El pesar que mostró el corregidor de la prision y castigo de don Diego advierte á los ministros que deben aborrecer el delito, y considerar que son hombres, teniendo piedad del que le comete, que hagan lo que les toca sin encarnizarse en la sangre de los miserables, porque haciendo lo contrario cometen grave pecado.

Doña Ana en casarse ocultamente nos advierte de la temeridad que hace una mujer noble en fiar el honor, mas que piense aventajarse, de la inconstante voluntad humana, porque si una vez sucede bien, suele muy raras veces tener el suceso que se desea, y es justo castigo de tanto atrevimiento.

El trocarse tantas desdichas en alegres casamientos nos muestra que los sucesos humanos, sin alcanzar los hombres por donde, muchas veces los mas alegres se truecan en tristes, y por el contrario, como se vió en esta ocasion, porque no hay cosa firme ni estable debajo del globo de la luna.

EDUARDO, REY DE INGLATERRA.

Eduardo, rey de Inglaterra, tan cruel enemigo de la corona de Francia, como las crónicas publican, tuvo reñida guerra con los Escoceses, retirándolos y restringiéndolos en lo mas íntimo de su reino : esta tuvo fin, como otras suelen, con el casamiento del rey con la hija del de Escocia, de quien tuvo algunos hijos, y entre ellos el primogénito, que del nombre del padre se llamó Eduardo, segundo príncipe de Gales, que reinó despues de sus dias, tan belicoso que no cedió en las armas á ninguno de su tiempo, y aventajó á muchos de los mas famosos capitanes del pasado. Tuvo este un vasallo, cuyo nombre era Guillermo de la Roca, tan valeroso y práctico capitan, que por su consejo, como por su valor, llegó al deseado fin las mas dificultosas empresas, que le dieron honroso lugar en el inmortal templo de la fama. A este, despues que el valeroso príncipe por la muerte de su padre heredó el reino, en pago de sus servicios le dió el condado de Salveri, en el confin de Escocia, y casóle con

una nobilísima dama, hija del marques de Belflor, cuya belleza entre las de aquel reino era juzgada por mas que humana, y á pocos dias pasados de los alegres desposorios, como hombres necesarios para negocios importantes del servicio de su rey, fué forzoso que el marques y conde hiciesen ausencia tan sentida en el alma de sus esposas cuanto disimuladas de las muestras exteriores : despidiéronse, no dando aun en el último trance muestra de que se les pudiese conocer menos que un ánimo varonil. El conde, que sumamente amaba su nuevo empleo, tanto por su hermosura como por sus merecimientos, partió atravesada el alma, anteponiendo, como los nobles deben, el servicio de su rey á sus mayores comodidades. No hubieron pasado veinte dias de su ausencia cuando vino nueva que el rey de Francia, émulo antiguo de la corona de Inglaterra, por trato que tuvo, como á hombres tan importantes, porque no le fuesen de impedimento á sus designios, los puso en una cuidadosa prision, cosa que igualmente fué de la madre y hija sentida, y tambien del rey, á quien hacian notable falta; y así como se publicó, los Escoceses con furioso ímpetu asaltaron el castillo de Salveri, donde la condesa vivia, por ser fuerza muy importante de sus confines, y parecerles que estaba falta de defensa. Ella, olvidando la femenil flaqueza, se mostró en su defensa una valerosa Camila, una valiente Pantasilea, capitaneando con mucho valor y gobierno sus soldados, proveyendo lo que juzgaba mas forzoso, y avisando al rey del peligro en que se hallaba, que como agradecido viendo el gran riesgo que corria por la falta de los que por venir á servirle estaban en prision, acudió á socorrer ocasion tan forzosa como lo deben hacer los buenos reyes, repartiendo sus favores y mercedes con los que los sirven apartados de su presencia, mas beneméritos que los que inútilmente en sus cortes los lisonjean. Los Escoceses, conociendo la infructuosa batería por el visible daño, junto con estar avisados de sus espías de la venida del rey, como del intento que traia de hacer jornada, con poca ganancia y menos reputacion se retiraron, de que avisado el rey, y asimismo de la batería que el enemigo habia hecho, prueba de la obstinada determinacion de su voluntad, como de la defensa que se le opuso, admirado del valor de una mujer, quiso ver por sus ojos lo que á sus oidos parecia increible, y hallándose cerca prosiguió su camino, de que avisada la condesa en el pequeño espacio que la breve dilacion concedia, hizo la prevencion posible, porque la marquesa se habia retirado, por hallarse indispuesta, á otro lugar suyo á gozar de mas saludables aires; y teniendo aviso de que ya llegaba, le salió á recibir, haciendo abrir todas las puertas de la ciudad y castillo, dejando prevenido para su entrada que á un tiempo se hiciese una salva real, para que el violentado plomo, impelido del fuego por el instrumento del temeroso metal, avisase de la venida de su dueño.

Era la condesa la mas hermosa y gentil dama de toda la isla; y tanto que á todas las señoras de ella excedia en hermosura, honestidad, recato y gentileza. Como el rey la vió tan ricamente aderezada, dando luz, ser y maravilla á su natural compostura, y la belleza incomparable de que estaba dotada, hicieron en él suspension sus sentidos, y admirando tanta

gentileza, quedó tan enamorado que inclinándose ella para besarle la mano con la debida reverencia, él con mucha humanidad y con sobrado amor la recogió en los brazos, y levantándola del suelo, valiéndose de la usanza de la tierra, la besó en el rostro. Los caballeros que le acompañaban, admirados y suspensos, no apartaban de ella la vista, y el rey fijos en ella los ojos sin desviarlos un punto, con evidentes muestras las daba de su ánimo apasionado; y ella que gozaba de igual discrecion que de donaire, con discretas palabras y conocidas lisonjas dió gracias al rey del socorro, diciendo que los Escoceses con sola la certidumbre de su venida, sin osar esperarle, no solo habian dejado el cerco, mas desampararon los últimos términos de la tierra, amedrentados de solo el glorioso nombre de su valor, y prosiguiendo para entremeterle en la plática de lo sucedido en el cerco, entraron en el castillo como triunfantes, donde el rey se hospedó, y miéntras se aprestaban las mesas, el que vino á ver enemigas baterías, de los poderosos rayos de sus hermosos ojos se halló tan cautivo, que cuanto mas procuró valerse de los reparos de su autoridad y obligacion se hallaba con menos defensa, y ya en su determinada voluntad, expuesto al albedrío de tan agradable enemigo y dueño, pensando solo en el aquisto de la voluntad, arrimado el brazo á una ventana, sobre la mano reclinado el rostro, y señales ciertas de no fingida melancolía. Cuando la condesa le vió tan triste y pensativo, llegando á él con el debido respeto é igual gracia acompañada de un atractivo donaire, le dijo: Señor, en el tiempo que es razon mostraros tan alegre á vuestros vasallos, cuando, sin sacar la espada, solo con la sombra de vuestro valor se confiesan vuestros enemigos vencidos, muestra cierta de que aquí no tiene lugar la lisonja, que no es poco que por breve término huya de los palacios, cuando debieran alegrarse vuestros soldados y pueblo, que depende de vuestras acciones estarlo, ¿cuando vos que sois su padre y cabeza les mostrais el rostro triste? El rey, mas obstinado en su propósito, y al encanto de las suaves palabras, pareciéndole la presente buena ocasion de descubrirle el penetrante veneno de su hermosura, y las abrasadoras llamas que le atormentaban. ¡O portentosos efectos de aquella ciega, sí poderosa deidad! que el que preso de tu poder noche y dia, con impetuoso corriente de palabras en sus ojos y boca, se queja de su mal, determinado de pedir su justicia en el tribunal que le agravia, teme delante de la causa del modo que el discípulo de pocos años en la presencia del riguroso maestro, el que delante de los mas valientes enemigos atrevidamente sabe defender lo que le toca, teme y enmudece de una mujer: otros, así como sienten el peligroso veneno, descubriéndole previenen remedio. De este modo, como fluctuante bajel impelido de dos contrarios vientos estaba Eduardo, que el que sin impedimento puede decir lo que siente, no es verdadero rigor el que padece, sino inflamado deseo de lo que espera: advirtiendo que la condesa callando daba muestras de esperar su respuesta, los ojos hechos lenguas del alma, le dijo: ¡Ay, hermosa condesa, prenda inestimable del venturoso que puede alcanzar el poder de vuestros merecimientos! ¡mísero yo, cuan apartados estan mis pensamientos de aquello que vos podeis imaginar! yo tengo en el alma un cruel enemigo que me atormenta, y no

es posible apartarle de ella; nació despues que llegué aquí, y no acierto á resolverme. Callaba la condesa viendo en el rey semejantes rodeos de sus conocidos pensamientos, cuando él, prosiguiendo con un piadoso suspiro, la dijo: ¿Qué decis, señora? no sabreis darme algun alivio á tanta pena? Ella disimulando dijo: Señor, mal podré dar remedio ignorando el daño. Y desviándose de quererse dar por entendida, prosiguió: Si estais triste porque el enemigo ha talado la tierra, el daño no es tan grande que sea capaz de tanto sentimiento como el vuestro, y á Dios gracias que estais en estado que con muchas ventajas podeis tomar la debida satisfaccion de su atrevimiento, pues tantas veces la habeis tomado con mucho honor vuestro. El rey, algo mas alentado, replicó: ¡ Ay, señora mia! si es que estimo mi vida, es forzoso que os manifieste la ocasion de mi mal: supla vuestra discrecion las faltas de mi atrevimiento, pues nació de la honrosa causa de vuestro respeto, porque me pareció conveniente que nadie si no es vos y yo sepa este secreto. Así como llegué á vuestra casa y os ví acompañada de tal belleza, de tan prudentes y honestos modos, de tanta gracia, gentileza y valor, que como piedras preciosas engastadas en oro finísimo resplandecen en el amable engaste de vuestra hermosura, de modo me abrasaron los rayos hermosos de vuestros ojos, tiranía agradable de los mas libres pensamientos, que para disponer de mí no estoy en mi poder; todo depende del vuestro, y es de suerte que mi vida ó mi muerte está en vuestra mano; y si agradecida á mi amor, teniendo compasion de mí, me recibiéreis por vuestro, viviré el mas contento del mundo, y si, como no lo creo de vos, ingrata á tanta aficion, negáreis el socorro al inmenso dolor que como cera al fuego me consume, brevemente fenecerán mis dias, que del mismo modo puedo vivir sin vos que un cuerpo sin alma. Con esto dió fin á su razonamiento, y con el temor que el reo espera la última sentencia, suspenso en las palabras del que la pronuncia, de quien depende su vida ó muerte, con esta misma suspension aguardaba el rey la respuesta de la condesa, que como vió que esperaba, con grave y honesto rostro, á quien los mas encendidos claveles pudieran envidiar, que su vergüenza depositó en sus hermosas mejillas, con una magestuosa y respetable severidad respondió: Señor, si las razones que me habeis dicho entendiera que no eran mas que por aliviar en parte los trabajos del pasado camino, como me las habeis significado, la mas cortes respuesta que pudiera dar era no responderos; mas oblígame á creer lo que digo pensar que tan católico y generoso príncipe en todas las ocasiones gustará conforme á su grandeza dar ántes honor que quitarle, y mas cuando se os representen los muchos servicios de mi padre y esposo, hechos en tan importantes ocasiones contra el mayor de vuestros enemigos. Lo que os suplico es que quede aquí sepultado este injusto como licencioso deseo, no porque puede padecer detrimento mi reputacion, que en todo tiempo vivirá segura con los que conocieron así mis obligaciones como la puntualidad con que yo acudo á su cumplimiento, sino por el peligro que puede correr vuestra opinion en el juicio de los que no os son muy afectos, cuando se alcanzase á saber lo que me habeis significado, que no solo se usaba de sinrazon

conmigo, quebrantando la ley del hospedage, mas de ingratitud con las prendas mias, que por vuestro servicio estan presos en Francia; y pues os hizo Dios tan valeroso que sabeis sojuzgar poderosos enemigos, venced los mas importantes, que son vuestros mal regidos deseos, atendiendo solo como es justo á nuestro amparo y al gobierno del reino. En esto avisaron al rey que la comida le aguardaba; sentóse, comió poco, pensativo y melancólico, procurando con recato cuidadosamente no apartar la vista de su daño, como el enfermo que ordinariamente apetece lo que le causa la dilacion de su enfermedad, y tal vez el fin miserable de su vida. Estuvo aquel dia en Salveri considerando la batería, de que con los suyos habló largamente, mas por satisfacerlos que por su satisfaccion; que los principes como son de todos mas que propios es forzoso que á todos satisfagan, y mas á la gente de la milicia, dueños de los mas poderosos imperios en ocasiones que en esto hacen conocida ventaja á los profesores de letras, pues dan las leyes que ellos ejecutan, y para mandar y gobernar en la paz sobran hombres, mas para conquistar y defender las monarquías se hallan muy pocos, y son menester muchos.

No apartaba un punto de su consideracion el rey la respuesta de la condesa, que cuanto mas la consideraba imposible mas le atormentaba su resistencia. Es ordinario en los amantes alabar la honestidad y recato en las mujeres, virtud en ellas tan dignamente estimada; pero si en las que aman conocen ánimo casto, voluntad firme, dales notable disgusto, dándoles nombres de ásperas é intratables, como las querrian con los otros, mas para sí fáciles, blandas y amorosas, pareciéndoles que con ellos son crueles, soberbias é inhumanas. Tal estaba Eduardo, que viendo que su dama como incontrastable roca á las furiosas olas de sus persuasiones perseveraba firme, mostrando con sus desprecios notable valor, la culpaba junto con su fortuna. Al fin por no dar sospechas, como por forzosos negocios que le ocurrian, remitiendo para mejor ocasion la prosecucion de sus pensamientos, el dia siguiente se despidió cortesmente de la condesa, dejándola largos recados y cumplimientos para su madre, y suplicándola que pensase con mas acuerdo su remedio. Ella le respondió con mucha gentileza, agradeciendo la recibida merced y suplicando á Dios que le diese victoria contra sus enemigos. Fuése el rey, y de allí á dos dias vino su madre, á quien dió larga cuenta de todo el suceso, y ella como prudente, previniendo los futuros daños, como otros por el contrario los desean, temia semejante favor.

En este tiempo el rey de Francia dió licencia de que el marques de Belflor fuese á Londres á tratar ciertos acuerdos con el rey, y no teniendo efecto volviese á la prision, de que habiendo mandado que hiciese pleito homenage, hizo su camino, llegó á la corte de Inglaterra, y escribiendo á su mujer y hija su llegada, dándoles larga cuenta de sus trabajos y peregrinaciones, consolándolas con que presto iria en persona á darlas mas amplia relacion. Fué para ellas de notable alegría la carta, pareciéndoles que se iba facilitando camino para que sus deseos con la libertad de sus dueños tuviesen buen suceso, y aunque sabian por las cartas que esta dependia de la voluntad del rey, jamas le quisieron escribir suplicándoselo,

cosa que él deseó, y no viendo el efecto no le causó pequeño disgusto su entereza. Respondieron al marques, acompañando las cartas con algunos regalos mujeriles en tal ocasion, que mas es prueba de amor que remedio de necesidad de quien no la padecia. Fué el marques muy bien recibido del rey, dándole muy buenas esperanzas de los acuerdos que venia á tratar, en que consistia la libertad de su yerno, junto con la relacion del aprieto en que se habia visto aquella fuerza, la puntualidad de su socorro, como el valor de la condesa. Él le dió por tantas mercedes infinitas gracias, dando por bien empleados los trabajos que en su prision habia padecido por su servicio, y por bien remunerados con los favores en su ausencia recibidos: y pidiéndole licencia para ir á ver su casa, le pareció á Eduardo que la fortuna le favorecia y ayudaba su intento, facilitándole la vista de la que tanto amaba, y honrándole de palabras, que lo saben hacer muy ampliamente los poderosos cuando les importa, respondió así: Marques, ya sabeis la mucha estimacion que el rey mi señor y padre (que esté en el cielo) hizo de vos, y que yo que heredé sus obligaciones os tengo en la misma: la falta que me ha hecho vuestra ausencia solo la dejo al tiempo, que con la prosperidad de mis sucesos acreditará mis palabras. Yo trato al presente en mi consejo la mas importante resolucion que por ventura haya tenido, ni pienso que podrá ofrecérsele á esta corona. Esto ha de durar muchos dias, y así estoy determinado, por ser tan conforme á razon el agradecimiento, particularmente en los príncipes, que los trabajos que por mi causa ha padecido vuestra casa tengan fin con la libertad del conde; y pues vos sois de mi consejo, y vuestra persona tan importante á la mia, como os he significado, y la causa de que hubiese desamparado vuestra casa la corte, y hallaros ausente, paréceme que vencida esta dificultad con que hayais venido, con su venida podrian excusaros de trabajosos caminos, y á mí de la incomodidad que en una apretada ocasion podria causarme el hallaros ausente. Fué tanto el contento que el marques recibió de las engañosas palabras, que con el cebo de la lisonja traian escondido el mortal anzuelo de su pretension, que creyendo que todos aquellos favores fuesen dignos de sus méritos, porque el amor propio raras veces deja de juzgar apasionadamente; y así le pidió licencia para ir por su casa, y él pareciéndole que con la comunicacion seria fácil que se descubriese su engaño, con mas apretados encarecimientos comenzó á poner las mismas dificultades, y el conde agradecido envió al punto cartas con órden de que su casa se viniese luego á Lóndres con la mayor brevedad posible. Aunque fueron al punto obedecidas, fué con evidentes sospechas, como encarecia en ellas tanto el favor del rey, de que semejante jornada fuese trazada por órden suya.

En este tiempo llegaron al marques cartas de Francia dándole cuenta como en breves dias el conde de Salveri habia pasado á mejor vida, y con ellas su testamento en que deja heredero al rey del condado que le habia hecho merced, encargándole que por sus servicios amparase á la condesa, queriendo obligarle por este camino para que le hiciese merced de él. Venian asimismo cartas del rey, que conmovidó á lástima del suceso, le daba por libre del pleito homenage con que habia salido de la

prision, ya tuviese ó no el esperado suceso el negocio que venia á tratar, á que el marques respondió con el agradecimiento que debia á tan no esperada merced, y dándole cuenta de todo al rey, que aunque fingió tristeza de semejante desgracia, sumamente alegre por parecerle que ya tenia su pretension segura, ó por lo menos en mejor estado, deseando grangear la gracia del conde, le envió á visitar, y junto con el pésame la merced del estado que por el testamento le tocaba para la viuda condesa, con largas promesas de mayores mercedes, y despues fué él en persona con muchas muestras de sentimiento, vestido de luto, procurando consolarle; de que el marques, dando las debidas gracias á tan particulares mercedes como las recibidas, se sintió tan favorecido que templó en parte el suceso del yerno, pareciéndole tal merced pronóstico de mas grandioso empleo en su hija, que avisada una jornada de Londres del lastimoso suceso, no obstante el grande sentimiento, mostró en las públicas acciones el invencible ánimo de su corazon. Entró de noche en su casa, que era muy cerca de palacio, y avisado el rey de un camarero suyo, con quien solo descansaba de su amorosa pena, trazó de ir á verla, que para facilitar esta visita habia hecho la de su padre, y comunicándolo con él, le besó la mano, así por la pasada merced como por el presente favor, y disponiendo las cosas de su casa, fué á acompañar al que con el color de honrarle daba ya que decir, viendo tantas mercedes donde habia tan hermosa causa.

Llegó el rey, y fué recibido de la condesa y su madre con humildes cortesías, y despues de las palabras de cumplimiento que de una parte á otra pasaron, estando algo apartado con la viuda condesa, en sumisa voz la dijo: El presente suceso nos muestra que como justo parece que favorece el cielo el deseo que en vos tengo tan bien empleado; pues habiendo procurado contenerme de amaros, no porque yo lo deseo, pues fuera desear el fin de mi vida, sino por obedecer la primera cosa que quisísteis mandarme, pues tengo con vos tan poca fortuna que en ella parece que cifrásteis toda vuestra voluntad, mas me abraso miéntras mas diligencias intento por serviros: y os doy mi palabra que en lo que padezco por mis pasiones todos conocen que amo, pero todos ignoran la causa. Al punto que os veo, de nuevo os adoro y os estimo por única señora mia. Ella respondió agradecida que hacia la debida estimacion de la recibida merced como de su rey y señor, pero que entendiese que en ningun tiempo la estimaria de otra manera; que si fuera verdadero su amor, como decia, llevara solo, por fin, el de su honor; pero que el que en algo excediese en esto, ni podia tener buen suceso, ni en su pecho ni voluntad tendria jamas estimable correspondencia. Despidióse muy desconsolado el rey, haciendo las mayores diligencias que en un hombre muy enamorado y poderoso pueden imaginarse; y despues que madre y hija vieron que el mal del rey era irremediable, por no dar alguna ocasion en que el poder violentase el respeto y su determinacion, procuraban con mucha instancia que el marques las volviese á su tierra; y viendo que anhelante y engañado con el favor del rey, no solo no condescendia con ellas, mas le disgustaba el oirlo, no osaban declararse, y

así tomaron por remedio el que suele ser en este caso el mas importante, que era el evitar todas las ocasiones que se le pudiesen dar al rey de amarla, excusando el salir de casa, el gozar de las ventanas, y aderezarse con tan poco cuidado que pudiese en parte disminuir su hermosura. Todas estas cosas encendian mas el ánimo del apasionado rey; y vióse tan apretado de la desesperacion, que alentado de su poder admitió por último remedio el de la violencia: mas como el que de veras está enamorado es como el delincuente que con el mas grave delito jamas desespera de su vida, ántes con astucias y diligencias procura prevenir su remedio, tantas hizo el enamorado Ednardo, que aunque fueron con el mayor secreto que le era posible, y ellas con el mismo salian muy pocas veces de su casa, tenia aviso de todas, y poniéndose dos ó tres veces delante, alimentaba la vista de aquel amable cuanto deseado veneno, y con ser su hábito mas conforme al de monja que de viuda, cuyo mongil negro, y largas tocas, en las que se usan, cubren el dia de hoy una florida primavera de colores que generalmente disculpan todas con el humor melancólico, aunque conocidamente se sabe que nace del alegre. El rey estaba de modo que todas estas diligencias eran para él infructuosas, y en la verdad comunmente lo son: porque el diamante engastado en plomo no pierde un punto los brillantes rayos de su resplandor, que ántes sale mas por la poca contradicion que balla cn el bajo metal, como se mostró en el caso presente. No le aprovecharon á Eduardo promesas, dejando el cumplimiento de ellas en su voluntad, buenas palabras, favores, ni humana diligencia para que ella perdiese de vista su primer propósito, que cuando las mujeres vienen á volver la primera voluntad en obstinacion, ni bay peligro que las espanta ni beneficio que las obligue. Pues el rey como enamorado, que quien lo está raras veces deja de ser sospechoso, parecióle que aunque el padre disimulaba, que no fuese él la ocasion de tanto desden, juzgando por imposible qne en el pecho de una mujer cupiese tanto rigor si no fuese alimentado de persona que con autoridad pudiese obligar á la observancia de sus documentos. Esta sospecha le causaba una profunda melancolía, porque es al poderoso cruel injuria el defenderse de la injusta voluntad que desea con justa y cortes resistencia. Combatido de varios pensamientos, despues de mil imaginarios discursos, llevado de la ceguedad y furia de su mal gobernado deseo, se resolvió en uno el mas inaudito é inhumano que puede creerse, y tal que por castigo venia á ser en persona tan calificada cruelísimo, y fué en hablar al marques libremente, acompañando sus razones de favores, caricias y promesas, aunque aventurase en la conquista de la deseada posesion su estado, pues con la dilacion de su deseo aventuraba lo mas importante, que era su vida; y habiendo pensado muy despacio un cumplido razonamiento, y comunicándole con su camarero, le pidió su parecer, y él le dijo que parecia cosa fuera de toda razon que con persona de tanta autoridad y servicios como el marques se le perdiese tan conocidamente el respeto; y que á lo que entendia no podia creer que él supiese que los favores hasta allí recibidos corriesen por semejante camino, porque los excusara; y que era bien advertir que al mismo punto que alcanzasen semejantes deseos se

tendria en él un poderoso contrario, y que tambien se debia mirar que era un hombre valeroso, y que él y su padre se habian criado en la córte, donde siempre habian tenido honrosa reputacion y habian salido bien de dificultosas empresas, y que era amado el marques, y respetado generalmente. Todo esto fué de poco provecho para el rey, que determinado de poner en ejecucion su intento le envió á llamar diciendo que tenia que conferir con él cosas importantes: el marques vino al punto, y halló que el rey le esperaba en un secreto camarin, donde así como entró le mandó que cerrase la puerta.

Estuvo Eduardo sobre una camilla de campo, y quiso que junto á él se sentase en ella el marques, que por el debido respeto no obedecia; viendo que el rey le obligaba se sentó, aguardando lo que le mandase, y él se estuvo un pequeño espacio sin hacer movimiento, y despues los ojos con infinitas señales de lágrimas, con profundos suspiros interrumpidos de las palabras, le habló así: Marques, padre y amigo, híceos llamar á mi presencia para comunicar con vos el mas importante negocio que jamas ha ocurrido, pues no me importa menos que la propia vida, y en muchos que se me han ofrecido peligrosos no me he visto nunca en tan gran peligro, porque me siento combatido de mortales congojas, tan vencido de mis propias pasiones, que sin duda, si con la brevedad que tanta pena pide no se me aplica el conveniente remedio, vendré á padecer la mas desesperada muerte que el mas miserable de los humanos hasta hoy ha padecido.

Dichoso puede llamarse solo aquel que con el freno de la razon puede gobernar sus apetitos, y con la justa medida de la justicia regular sus acciones, que esto es solo lo que de los brutos nos diferencia, que ellos siguiendo su natural instinto corren tras su apetito, y nosotros con la razon podemos elegir y escoger justamente, y cuando nos apartamos del verdadero y derecho camino la culpa es nuestra, pues dejándonos llevar de una falsa y aparente delectacion, nos dejamos precipitar en los abismos profundos de los vicios. Mísero yo, que todas estas cosas comprehendo y veo, y conociendo cuan violentamente me lleva fuera de camino mi propia pasion, ni puedo ni me atrevo á retirarme al verdadero amparo, que conozco ser el que me conviene: digo que puedo, y mas propiamente podria decir que no quiero, pues me dejo arrastrar de mis pasiones. Soy como el cazador que llevado de la codicia de seguir una fiera por un intrincado y espeso bosque se halla tan adelante en su seguimiento, que cuando quiere dejarla no halla el camino, y miéntras mas porfía buscarle mas se imposibilita de lo que desea. Todo esto os he dicho, marques, no porque no conozco mi error, mas porque conociendo vos que no soy mio, que carezco de libertad, y no está en mi mano el prevalerme, tengais de mí compasion. Yo que gloriosamente por tierra y mar vencí mis enemigos, y en Francia hice el nombre ingles respetable y temido, me siento tan rendido y ligado de una depravada voluntad, de un desordenado deseo, que no me puedo desatar ni contenerme; y mi vida, que mejor puedo llamar muerte, la veo tan acompañada de penas y angustias, que soy el verdadero receptáculo de las miserias y desdichas. ¿Qué

excusas tendrá mi yerro que disculpe mis obligaciones, pues compensándolas no hallaré ninguna que no sea frívola y de poco fundamento? Sola una hallo que es el ser viudo y mozo, causa que parece que la misma naturaleza defiende, y haber hecho de mi parte los posibles esfuerzos, y habiéndolos hallado todos inútiles remedios á tan desesperado accidente, el último que me queda ya como desconfiado de mi salud es rogaros que me digais á que está obligado un vasallo cuando la vida de su rey depende de su mano. El marques le dijo: Corrido estoy de que me pregunteis eso, pues su obligacion es poner por su salud no solo su hacienda y vida, sino lo mas importante, que es su honor. Y si voluntad de vasallo os tiene en tal punto, no dudeis que mas importa vuestra vida que todo lo referido; y esto se entienda empezando de mí al primero. ¡O fuerza de la adulacion! ¡ó consejo injusto! ¡ó bien merecido castigo, de quien un punto se aparta de la verdad, pues nadie debe ser obedecido sino en lo justo y honesto! Quedó suspenso Eduardo, y al fin de un pequeño espacio dijo: Ay, marques, amigo, ¡cuan alentado me dejan vuestras honrosas razones! ya no dudo de ponerme en vuestras manos, porque quien mejor que yo sabe que en el tiempo de mi padre y mio habeis sabido derramar vuestra noble sangre, y mucha de los enemigos en nuestro servicio, y en las mas peligrosas ocasiones nos habeis ayudado con prudentes consejos, no menos convenientes para conseguir las dificultosas empresas que los valerosos hechos de ese invicto brazo, y no una vez, sino infinitas, no solo os he hallado incansable, sino siempre que se me ha ofrecido, con nuevo aliento y fuerzas de servirme; ¿porqué en mi mayor necesidad no esperaré de vos todo el favor y ayuda que un hombre de otro esperar pueda? ¿cómo creeré que me pueda negar sus palabras el que nó ha sabido negarme las obras mas importantes su propia sangre? solo de ellas tengo ahora necesidad, marques: porque sé con certidumbre que si de veras quereis servirme, ellas solas harán el fruto que deseo.

En cambio de lo que os ruego, porque no penseis que servis á señor ingrato, os ofrezco que partiré con vos mi reino; y si lo que yo os pidiere os parece difícil de poner en ejecucion, considerad que si no ofreciera lo hiciera yo por vos, y que el servicio tanto es mas agradecido cuanto tiene en sí mas dificultad; mayor prueba hace el amigo de voluntad cuanto mas aventura por su amigo, porque las que solo se hacen con las palabras, con ellas mismas tienen condigna satisfaccion. Considerad, os ruego lo que es disgustar un rey, de quien haciendo lo contrario podreis disponer á vuestra voluntad: si me dejó vuestro yerno por heredero del condado de Salveri, me dejó mi padre por señor de este reino, y con la liberalidad con que os dí aquel, os ruego que dispongais de este. Vos teneis cuatro hijos varones, á quien es imposible dar el estado que vuestra calidad pide: yo os doy la palabra de dársele tal que no les quede ocasion de envidiar al mas poderoso: ya vos sabeis como sé gratificar á quien me sirve; y así pareciéndoos condescender con mi deseo, vereis en breve el fruto que se os sigue, que si á los que con pequeños servicios me obligaron no he sido ingrato, menos lo seré con vos, en cuyas ma-

nos pongo mi vida. Aquí los profundos suspiros y lágrimas que procuraron, queriendo mostrarse, aprobar por verdadero el sentimiento del rey, suspendieron sus palabras, y el marques que le amaba, viendo las evidentes señales de la pasion que tenia, ignorando la causa de verse rogar con tanta instancia, y deseando el aumento de sus hijos, conmovido de piedad hizo una grande oferta, prosiguiendo : Señor, empleadme sin respeto ninguno, que empeño de nuevo mi palabra que desde que os juré por rey y señor os tengo por pleito homenage empeñada, que en todo aquello que con mi entendimiento, fuerzas y lengua valiere para serviros, sereis de mí con la debida fidelidad servido; y si fuere conveniente, no solo la vida que tengo, mil que tuviéramos yo y mis hijos, las emplearemos en serviros. ¿Quién con semejantes ruegos á un rey poderoso que le tenia obligado con sus favores, respondiera al contrario? ¿Cómo tan honrado vasallo pudiera creer que se le propusiera semejante demanda? Mas en toda ocasion los hombres deben ser cuerdos en lo que prometen, que si el marques midiera sus pocas fuerzas con el poder de quien le rogaba, con pequeño acuerdo pudiera sospechar que solo el tesoro de su sangre depositado en el frágil vidrio de una hermosura corria peligro en tan fuerte ocasion.

Las palabras del marques cubrieron el rostro del rey de mil colores, y animado de amor, con temerosa voz le dijo : La condesa vuestra hija es quien me tiene en el estado que os digo; ella sola me aborrece porque la adoro; sin ella ni puedo vivir ni quiero; si deseais servirme, si deseais que viva, haced que me ame. ¿ Creeis vos que á tan leal vasallo, á tan verdadero amigo sin mucha fuerza de pasion me atreviera á lo que os ruego? Mi yerro es inexcusable, discúlpeme con vos amor, que si habeis en algun tiempo pasado por el rigor de su tiranía, bastantemente pienso que estoy disculpado. Acuérdeseos cuantas veces vos y el duque mi primo me habeis reprehendido lo mucho que ocupaba el tiempo en la caza, advirtiéndome el daño que podria causarme el viento, lluvias y vigilias, nieve y hielo : no por mi gusto, como ageno de juicio, corrí los montes y los valles, sino con intento de sujetar mis pasiones, ó por lo menos tener con ellas alguna tregua, y viendo que nada me aprovechaba, acudí al último socorro; tened lástima de mí, y si castillos, villas, tierras, tesoros quereis, ó otra cosa que en mi poder sea, aquí teneis en blanco mi firma, disponed á vuestra voluntad. El marques como noble habló lo que se le ofrecia, diciendo : Señor, yo me hallo reducido al mas estrecho paso que pudo verse hombre de mi calidad, porque cualquiera resolucion que tome ha de ser en mi daño; hállome obligado por el vínculo de mi promesa, si agraviado de que con dádivas y promesas me trateis como á hombre bajo. Yo estoy determinado, porque primero que falte mi palabra querria que falte mi vida, no obstante que no ignoro que no debe quedar obligada sino en lo que fuere justo; pero veo de por medio vuestra vida. Yo le diré á mi hija cuanto me habeis pedido, como de vos lo entiendo, advirtiendo que puedo rogar, y no obligarla con la fuerza; basta que de mí entienda vuestro deseo cuando yo os tuviera muy ofendido : mas, señor, ántes que me ausente os quiero suplicar que ante vos me sea lícito el deciros mi

sentimiento ántes que formar quejas ante otro. ¿ Es posible que en vos haya cabido pensamiento de manchar sangre que para vuestro servicio y acrecentamiento jamas excusó el derramarse? ¿ Este es el premio que yo y mi casa esperamos de nuestros servicios? ¿ Qué pudiéramos esperar del mas ofendido enemigo? ¿ Vos, señor, á mi hija el honor, á mi el alegría, á mis hijos la libertad de poderse dejar ver en público? y el mayor de los agravios ¿ pues quereis que sea el ministro de mi vituperio? Advertid que os toca, cuando otro intentara agraviarme, salir á mi defensa: si vos me ofendeis, ¿ á quién podré quejarme? solo á vuestra prudencia constituyo por juez de mi agravio, que tengo de vos tal confianza que si os juzgo parte en este caso no creeré jamas que apasionado juzgueis tanta desdicha. Estas son las gracias que rendis al cielo por vuestras victorias, volviendo el reino que Dios os encargó, con semejantes excesos, un peligroso bosque de latrocinios, que donde falta la justicia y asiste la violencia, ¿qué puede hallarse que no sea confusion? Si vos con promesas, caricias y dádivas podeis vencer la firme voluntad de mi hija, ¿ podréme quejar de ella? mas si la solicitais, con mas razon me podré quejar de que el cielo la dotó de mas prudencia y obligaciones: la mayor merced que de vos puedo recibir es que no me hagais ninguna, que miéntras mas alto lugar ocupare seré con mas irrision y venganza señalado de mis enemigos; y si lo que he dicho pareciere demasia, atribuidlo mas á mi voluntad que á poco deseo de serviros, y con vuestra licencia voy á poner en ejecucion lo que me habeis mandado. Y sin aguardar otra respuesta se fué.

De modo obraron en el rey las prudentes razones del marques, que rompiendo la poderosa fuerza de la verdad los velos de tanta pasion, conoció su injusta demanda, y estuvo para desasirse de tan penosa prision, mas volviendo la consideracion á su empleo, mudaba de opinion, diciendo: ¿Cómo inconsideradamente procuro romper tan indisoluble lazo? si nació para que la amase, estimaréla siempre. El marques es su padre, y habló como le tocaba: soy su rey, él mi vasallo, ni soy el primero ni seré el último. Pero despues, alumbrado de algun rayo de razon, dificultaba y reprimia sus pasiones, y combatido de mil contrarios pensamientos se mostró á los suyos con alegre rostro, encubriendo la pasion del ánimo, accion de las mas penosas que los hombres hacen, y el marques llegó á su casa pensando en lo que el rey le habia dicho, y despues que consigo mismo discurrió del caso, por no ser comunicable envió á llamar á la condesa, que vino luego á su presencia, y haciendo que se sentase á su lado, la dijo: Que cierto estoy, amada hija mia, que lo que ahora os dijere os ha de causar notable admiracion, y mas cuando juzgueis con vuestro raro entendimiento acompañado de vuestro recato lo poco que á mí me toca: mas que de dos males que forzosamente se haya de padecer el uno, es cordura elegir el menos dañoso, no tiene duda; y asl no dudo yo que vos como discreta, valiéndoos de lo que digo, aprobeis la eleccion que yo tengo hecha. Yo desde el tiempo que alcancé uso de razon hasta el presente estimé siempre mas el honor que la vida, porque segun mi opinion es mejor morir inocente que vivir culpado hecho fábula del vulgo, juez severo de las humanas acciones; el trabajo de vivir debajo

de ageno imperio no solo obliga, mas en muchas ocasiones fuerza á ejecutar lo contrario que los hombres desean atendiendo á la calidad de los tiempos y á la voluntad de los que gobiernan, vistiéndose forzosamente el hábito de sus deseos: digo, pues, que hoy me llamó el rey, y así como llegué á su presencia, despues de largos preámbulos, poniendo en mi mano la conservacion de su reino y vida, me pidió favor. Nací su vasallo, y prometí de hacer cuanto me mandase, y él, valiéndose de mi liberal cuanto inadvertida promesa, acompañando sus palabras de ardientes suspiros y de copiosas lágrimas me contó cuan sin remedio os amaba: ¿quién imaginara jamas que á mí podia comunicárseme caso semejante? Y prosiguió contando todo lo que con él habia pasado: Aquí vereis, dijo, á qué términos me han reducido una oferta indiscreta, una depravada voluntad; respondíle como es verdad que puedo rogaros, forzaros no: yo os ruego que ameis á nuestro rey, que con esto ocasionareis que sean vuestros hermanos poderosos señores en esta isla. Yo he dicho lo que habeis oido por no faltar á mi palabra: pues sois prudente, no dudo que considerado lo referido hagais eleccion de lo mas conveniente. Calló el marques, y la condesa lo que duraron sus palabras de honesto desden y vergüenza tenia de modo encendido el rostro, que no dudo que á los que en tal punto la miraran pareciera mas hermosa, y al fin de una breve suspension respondió:

Padre y señor, si por largas experiencias no conociera vuestro valor acompañado de la mucha merced que me habeis hecho, y el amor que siempre me habeis tenido, con justa razon me admiraran vuestras palabras. Por excusaros el enojo que era forzoso que os causasen semejantes desvaríos procuré siempre apartarlos de vos como de mí la voluntad de quien tan injustamente me persigue, haciendo todas las diligencias que á mis fuerzas han sido posibles. Si, como el rey lo es de este limitado reino lo fuera del mundo, tuvieran el mismo efecto sus deseos, porque mas que el humano imperio estimo vuestra honra, la de mis hermanos y mis obligaciones; y esto es lo de menos estima á quien se debe guardar respeto. ¿Qué mas se le debe á aquel señor á quien nuestras obligaciones son infinitas, y se deben anteponer las primeras? Es verdad que nacimos sujetos; pero el albedrío tan libre que aun el mismo que nos le dejó le dió á nuestra disposicion, pues cosa seria sujetarle á hombre humano contra el precepto de quien nos comunicó tanto beneficio, el poder, las riquezas y señoríos que me ofrece. Yo confieso que adquiridas por justo medio son estimables, cuanto por el contrario aborrecibles; porque aquel á quien faltase la vida, ¿qué le podrian aprovechar los humanos tesoros? Pues al que le faltase la mas importante, que es el honor, cosa vana y de poco fundamento se le ofreceria. Yo estimo vuestros mandamientos en lo que debo, y tengo tomada firme resolucion de ofrecer mil vidas que tuviera primero que dejar la mas pequeña mancha en mis obligaciones.

Conmovido el padre, lleno el venerable rostro de piadosas lágrimas, la abrazó, alabando la discreta y magnánima respuesta de su hija, loando consigo mismo tal valor y grandeza de ánimo, dando gracias al cielo por tanto beneficio, despidióse de ella, que dió larga cuenta á su madre de

lo referido, y entre las dos alabaron la prudencia del viejo, dando la marquesa á la hija muchas gracias por tan honrosa determinacion, y el marques consultando consigo mismo lo que al rey debia responder, fué á palacio, y con él á solas le dijo : Señor, en cumplimiento de lo que os prometí os juro por la fe que á Dios y á vos debo que hablé con la condesa declarándola vuestra voluntad; y rogándola que la cumpliese, se resolvió, despues de largos razonamientos, á que perderia ántes la vida que tal le pasase por el pensamiento. Al principio advertí que podia rogarla, y no serviros con la fuerza; ya hice lo que me mandasteis, cumplí con lo que os he prometido, y para que conozcais en mí hay mayores muestras que me acrediten, con vuestra licencia querria retirarme á mi tierra para prevenir, como quien por mi larga edad está tan de camino, algunas cosas importantes para mi jornada. El rey conociendo el yerro de haberse declarado, mal satisfecho se la concedió, quedando melancólico, revolviendo varias cosas en su imaginacion.

El dia siguiente el marques salió de Londres acompañado de sus hijos varones, y se fué á sus castillos triste y pensativo, considerando su desgracia, junto con el perdido respeto, tan indigno de su lealtad y servicios, sin atreverse á llevar á la hija por no disgustar al rey, y así fué forzoso quedar su madre en su compañía, no mas que por buenos respetos, que su honesto recato y entereza podia dar segura confianza en caso que por su misma seguridad, del rey no podia temerse violencia, que así como entendió la partida del marques y que habia dejado la hija, se enteró en lo que sospechaba de la diligencia del padre. Llegó á tanta desesperacion con el impedimento y resistencia de su voluntad, que en él los dias y las noches eran iguales, pues siempre carecia de reposo, comia poco, y con suspiros continuos huia la compañía de sus mas familiares con la aprehension de la constante crueldad de la condesa, mudando con la mudanza del ánimo de modo las costumbres, que de tres dias que daba en la semana audiencia pública, sin dejarse ver, la daba por sus ministros, cosa que con los príncipes destruyen las provincias; porque importa todo el buen gobierno de ellas que todo pase por su mano, que entiendan las quejas y súplicas de sus súbditos, y la vida de sus ministros, que si en esta parte sienten descuido, se hacen públicos tiranos de los oficios que administran. Y digo en fin que á los reinos es mas conveniente tolerar los yerros de su natural señor que gobernarse por los mas conocidos aciertos de los vasallos; porque cuando yerra el príncipe, ¿quién hay tan mal intencionado que dude que fué con buena intencion y deseo de acertar, yerro que no es digno de juzgarse por agravio? y por el contrario. el que está puesto en su lugar y en sus mas loables resoluciones mira siempre al norte de sus particulares intereses; y si yerra raras veces deja de ser de malicia, llevado del deseo de venganza ó de codicia, ó por adelantarse á sus iguales, ó por oprimir á sus inferiores, y ninguno puede ser tan amado como el príncipe, á quien Dios adelantó. Naturalmente los hombres aborrecen que se les oponga ó aventaje el mas amigo, el mas amable y propincuo deudo: ¿pues qué sentirán de ver que se les adelante el que no nació, ó no juzgan su igual, ó el que si les es superior desaman

y aborrecen por la propia tiranía ó por la que usan aquellos que dependen por varios caminos de su poder? porque raras veces suelen ser los mejores los que alcanzan las privanzas de los reyes; y así no caminan por el camino real de la virtud, porque el propio natural los guia por los atajos de la inclinacion del príncipe, de la adulacion, del interes, de la hipocresía, hasta verse tan apoderados de lo que desean, que llegados á conocer sus defectos hay dificultad en el deshacerse de ellos, por el peligro que tienen los desaciertos de los que de nuevo se han de hacer capaces aunque tengan buena intencion; y así la piedra fundamental del gobierno es examinar con cuidado la vida de aquellos con quien se ha de comunicar, porque es forzoso ser todo gobierno comunicable.

Todas las cosas que al rey solian ser de gusto le disgustaban, como eran justas, tirar hobordos, ejercitar las armas y la caza. Tenia cerca de su palacio una casa de recreacion sobre el Támesis, famoso rio de Londres, y habiendo de ir á ella por tierra ó por agua, que por las dos partes se podia ir, era forzoso pasar por la casa de la condesa, que advertida de que por su ocasion frecuentaba mas que debiera este camino, excusándole ella cuidadosamente todas las ocasiones, él la veia raras veces, de que notablemente se entristecia sin dejar de proseguir su camino, contentándose con solo ver las paredes que ocultaban su tesoro; y como la privacion enciende el deseó, comenzó á continuar de manera su viage, que lo que á todos era oculto fué en muy breves dias público á toda la ciudad, que sabiendo la entereza de la condesa, que ellos llamaban rigor, y lo que el rey padecia, la culparon de ingratitud, y la aborrecian, deseando que remediase tantas penas por su causa padecidas, que generalmente son todos liberales de aquello que no les importa, que siempre el vulgo está pronto en vituperar la virtud, como en aprobar lo que no lo es; y puede tanto la lisonja que muchos hicieron grandes diligencias, solo á fin de mostrarse favorecidos, y viendo la invencible constancia de la condesa, aconsejaron al rey que usase de su poder, valiéndose de la violencia, ofreciéndose á ser los ejecutores de traer á efecto semejante tiranía. Quiso el rey primero ver el ánimo de la marquesa ántes que se valiese de los consejos, que no le parecian mal; y así la envió á hablar con su camarero, que instruido de todo, despues de haber ido á su casa y hecho las cortesías que se pueden imaginar que haria quien iba á rogar cosa tan deseada, la dijo: Señora marquesa, el rey os besa las manos, y de su parte os asegura que os desea todo bien, y de la mia os certifico que mas que otra cosa en el mundo deseo el buen suceso de estos negocios, no tanto por su gusto como por ver que contra toda razon, de donde podia esperarse premio, se puede temer una desdicha. Digo, pues, que dice que él ha hecho todo lo posible, y aun lo no conveniente á su decoro, por aquistar la gracia de mi señora la condesa con el secreto y reputacion que se debe á tantas prendas y á tanto amor, cuyas vanas demostraciones puso en boca del vulgo lo que estuviera excusado; pues no será este el primero ni último suceso que en este caso haya sucedido, que tambien sabe que esto ha sido tal vez ocasion de muchas muertes de príncipes, desolacion de imperios y que tendria por mas piadoso que llegase

la suya que padecer lo que injustamente por vuestra causa padece, pues gustais de tenerle por enemigo. Usando de su poder públicamente llevará á palacio lo que desea con poco honor vuestro y menos estimacion suya, y en lugar de mostrarse amigo del marques y de su casa y hacerle merced, hará que con su destruccion conozcan en él obras de capital enemigo, efectos de su ira y justo rigor; porque tiene deliberado no solo por su parecer sino por muchos, tan doctos como desapasionados, que no es bien que él muera por una obstinacion mal fundada de una mujer, poniendo con la falta de su persona en evidente peligro sus estados; y en caso semejante debe prevaler la causa pública aunque peligre cualquiera particular, y de dos daños con evidencia forzosos es puesto en razon elegir el que pareciere menos dañoso, y con esto quedad con Dios, que ocasion es esta de valeros de vuestra prudencia. La marquesa, oyendo la no esperada respuesta acompañada de tan injusta y tiranica resolucion, oprimida del temor le parecia que ya á sus ojos veia la violencia de su hija, y que sus oidos oian las lastimosas quejas de sus agravios, y ocupada de copiosos diluvios de lágrimas, temblando suplicó al camarero que la conservase en la buena gracia del rey, y de su parte le suplicase la suspension de tal desdicha hasta que ella, advirtiendo á su hija de las obligaciones con que todos habian nacido de servirle, procurase conservarle en la primera resolucion, y desviarle en todo de la segunda. Él prometió servirla, y partió alegre con tal respuesta á ganar en albricias la gracia de su dueño, que incrédulo dudaba de cuanto le decia, y haciendo mayores extremos que le habian costado sus desdenes, esperaba la deseada respuesta, midiendo el tiempo por minutos, y haciéndosele cada uno siglos de dilacion. En este tiempo la marquesa fué al cuarto de su hija, á quien halló entretenida con sus criadas en su labor, cosa en nuestros tiempos conveniente, muy lícita y forzosa, no solo en las mas comunes mujeres, sino en las mayores señoras, que no es excusa la grandeza para gastar mal el tiempo, cosa de que nacen las dificultades y desórdenes que se saben, y quedándose con ella á solas le contó todo lo que con el camarero la habia pasado, acompañando sus razones de copiosas lágrimas, y abrazándola tiernamente prosiguió de esta suerte.

Amada hija mia, ya alcancé tiempo en que, viéndote la mas hermosa y recatada de nuestro reino, me juzgué por madre felicísima, creyendo que los rarísimos dotes de que te adornó naturaleza nos fueran causa de honrosos acrecentamientos. ¡Mas ay, cuan raras veces aciertan los juicios humanos, pues pienso que naciste para nuestra universal destruccion! Vence en algo la dureza de tu condicion, no en nada que no sea lícito y honesto, que esto mas vale padecer mil muertes que exceder un punto de las honrosas obligaciones con que naciste, sino templando el rigor de modo que la justa defensa no se juzgue desprecio; porque si como te digo te dejas gobernar de la ocasion y el tiempo, trocarás mi dolor en alegría. No sabes que mas que á todos tus hermanos te amo, y que las obras pueden contigo haber acreditado mis palabras. Déjate guiar de tu madre, que te estima y adora, y piensa que el rey es poderoso, y que no solo está enamorado, sino loco: que tu virtud indignamente juzgada crueldad

le tiene puesto á peligro de perder la vida, y que somos aborrecibles á todos los que desean su salud, y que sola tú no la deseas. Acuérdesete las injurias y maldiciones que hemos oido del ignorante vulgo y del adulador cortesano. Si esto es verdad, en pago de la deuda natural que nos debes, no quieras ser nuestra destruccion, pues puede remediarse valiéndose de una honesta prudencia, de un agrado cuidadoso. Los reyes cuando ven despreciados sus ruegos de aquellos á quien pueden mandar válense del poder. No quieras que la última cuanto injusta resolucion de un poderoso ocasione nuestro vituperio. Mira tus hermanos y padre desterrados, yo viuda, porque todos temen al rey, y mas á tí que has de ser causa de su afrenta, á que es forzoso que se siga la venganza que ha de ocasionar su destruccion. Dichosa yo si el primero dia de tu vida fuera el último ó el postrero mio, ó si en lugar de tu esposo ocuparas un mármol. No des ocasion á que justamente me queje, que te dé nombre de cruel, de ingrata, y sobre todo de descortes contra tu propia sangre.

Cesó con esto oprimida de un mortal desmayo que la dejó tan helada é inmóbil que se tuviese por cierto que la hubiesen desamparado los vitales espíritus. Lloraba la condesa amargamente tanta desventura, enternecida de materual afecto y oprimida de tantas persecuciones, pues las padecia aun de los mismos obligados á su defensa; si bien no se podian llamar tales, por ser siempre debajo del pretexto de su honrosa defension, mas nunca su invicto ánimo dudó de proseguir en su determinada voluntad. En mano de tantos contrarios, combatida como peñasco en medio del mar, firme al continuo contraste del fluctuante cristal, mas movida á compasion, determinó de librar á los suyos de tantos trabajos con la mas valerosa determinacion que se ha visto en los presentes siglos, ni se oyó en las mas celebradas matronas de la antigüedad, ni podrán esperarse de los venideros; que una alma generosa cuando injustamente se conoce ofendida y estimulada de la ira, de tal modo se enciende en la venganza, que aunque conozca su total ruina produce furiosos efectos; y las mujeres en toda determinacion son mas fáciles, intrépidas é invencibles, una vez determinadas; pues con la última determinacion siendo solo de sí misma, que importa mucho para que las que se desean tengan efecto en no comunicarlas. Despues que con los remedios y caricias vió libre del peligroso desmayo á la marquesa, enviando las criadas fuera, á quien para ayuda del remedio del inopinado accidente habia llamado, y consolándola, respondió: Amada señora y madre, á quien por tantas mercedes recibidas tan justamente debo este título, enjugad las piadosas lágrimas, bastantes á ablandar el corazon mas fiero, el mas inaccesible peñasco, y el mas firme diamante, que ya mi ánimo está dispuesto á que no se le dé nombre de cruel, ni á ser causa de vuestros disgustos, como de la calamidad de mi padre y hermanos, pues si careciera de remedio, con mi muerte procurara su vida. Sabe el cielo que la que intento por serviros es para mí la mas penosa; pero con vuestros consejos, salvo mis obligaciones, que conservaré ántes que mi vida, podremos remediar nuestro daño sin recibir el que mas debe temerse. Cesen las lágrimas, y sin que intervenga mas que vos y yo, como á quien les importa, quiero

que veamos al rey, y que acaben tantos inconvenientes. La madre, con la no esperada respuesta, tan fuera de sí de contento como ántes la habia tenido el pesar, dudaba de haber oido semejantes palabras, dando gracias al cielo por tan grande beneficio, como muchos ignorantes que de los mismos sucesos con que le ofenden por propia malicia le dan agradecimiento, como si él fuese inspirador de maldades, sino fuente abundante y perenne de donde procede todo bien, y abrazando á la hija lloraba de contento; tal es la locura de los mortales que solemnizan su propia desventura como en otros sugetos la fuerza de la codicia, que no perdona la propia sangre, tan imitado en nuestra miserable edad, donde sin ser solicitadas se solicita el precio miserable de propias y agenas culpas.

Era esto por la mitad de julio, cuando el padre universal de los mortales, en el medio dia, con las furiosas saetas de sus rayos obligaba á los humanos á general sosiego, en cuyo tiempo la marquesa hizo prevenir un pequeño batel para ir al jardin ó casa de placer donde el rey estaba por gozar de mas sosiego, que como está dicho era cerca de su casa. La condesa miéntras esto se previno, se retiró á su oratorio, y sin valerse de otros preciosos adornos que de un cerrado cuchillo para la mas apretada ocasion, considerando que en las últimas y forzosas por flacas manos de mujeres habia Dios confundido la obstinacion de mas pertinaces y feroces enemigos, llena de confianza del feliz suceso por las dos causas que ocurrian en el presente caso, que eran la defensa del divino precepto y su honor, se puso de rodillas delante de una devotísima efigie de aquella Señora que ántes de los siglos en la mente divina fué preservada de la original culpa para que gozase de la dignidad de su madre. Tenia asimismo en sus santísimos brazos la imágen de su santísimo Hijo y Señor nuestro, ante quien con devoto y humilde corazon dijo: Señora mia, hija del Padre, madre del Verbo y esposa del Espíritu santo, que os escogió para tan alto ministerio; cosa es cierta que si pudiera ser que fuérais madre de tan inaccesible Señor menos que con el don inestimable y precioso de vuestra santísima pureza, no admitiérais tan grandiosa dignidad; y siendo esto tan cierto como es, las causas que piden la conservacion de castos deseos, como madre piadosa de los mortales, os toca su defensa. Esta parece, Señora, que mas propiamente os incumbe su patrocinio. Ya os consta de la presente necesidad: y asimismo como quien de tan cerca mira la divina Esencia, en quien se ven todas las cosas, lo mas oculto de mi corazon, favoreced delante de aquel Señor, ante quien hallásteis tanto favor, lo que os suplico y veis que esta ocasion pide, sin permitir que por mis culpas prevalezca la parte injusta y depravada de las mortales pasiones de nuestra fragilidad. Acabado este breve razonamiento, confiada en la que pueden confiar el remedio todos los que le pidieren para las cosas justas, salió donde la marquesa su madre la aguardaba, y las dos, cortando la plata del caudaloso Támesis con el pequeño esquife llegaron á las riberas del deleitoso jardin, que estaba de tal modo fabricado que por sola una puerta podia entrarse en él, porque todo lo demas lo circundaba un altísimo muro en torno. La puerta estaba acaso abierta, porque el rey, como estaba melancólico, se entretenia

en las riberas de aquellos cristales, y el camarero algo desviado no perdia de vista la puerta, sentado debajo del dosel que fabricaban las copadas ramas entretejidas de unos ancianos robles, gozando de la fresca respiracion de las crespas olas, y tambien por evitar que nadie entrase, advirtiendo de la ocupacion del rey.

Llegaron madre y hija, ordenando al que guiaba el pequeño barco que de allí no le moviese, y pisando las doradas arenas del caudaloso corriente, las ninfas sacaron las hermosas cabezas coronadas de ovas, espadañas y lirios, admirando con particular suspension tanta belleza: ellas pisaron las gradas de la puerta, vistiendo de nueva luz los deshabitados pórticos. Como el camarero las vió, desengañado de su vista, lleno de notable espanto, recibiéndolas con la debida cortesía, con mil caricias las saludó preguntándoles qué mandaban. Respondió la marquesa: Venimos á ver y hacer reverencia á nuestro natural señor, como ha poco que os dije que lo procuraria. Él con suma alegría hizo meter el estrecho leño en que venian en un pequeño escaño que hecho á mano servía de guardar los que el rey tenia para su recreacion y servicio: cerró la puerta, y entreteniéndolas con la vista de las curiosidades que allí habia, las fué guiando hasta donde el rey estaba, no considerando la crueldad de su dama, que cuando le informaron de lo que pasaba, salió alegre sobre manera á recibirlas, dudando de su vista, pareciéndole ilusion de su fantástica imaginacion lo que tenia presente. Recibiólas con las muestras de voluntad y agradecimiento que pedia semejante visita, y la condesa, así como vió al rey, discurrió por sus venas un improviso hielo; á un mismo tiempo se le encendió el rostro de modo que se le acrecentó hermosura, si mas era posible de la que ántes tenia, y él sin haber podido hasta entónces hablar palabra, ocupándole el repentino accidente los sentidos, y cuando volvió en sí con mucha humanidad las dijo que fuesen muy bien venidas; prosiguiendo: ¿Qué buena estrella mia, qué suceso feliz os ha traido con esta siesta á que goce yo la vista de esta deseada presencia? Y entónces la marquesa, haciéndole la debida cortesía, que la condesa ocupada de la vergüenza y temor no pudo hablar palabra, le dijo: Señor, viene mi hija con deseo de serviros, como disgustada de haberse mostrado rigurosa y de haber perdido un instante vuestra gracia. Mostróse el rey sumamente agradecido, y haciendo las honestas caricias á la condesa que la presencia de su madre pedian, á que ella se mostró siempre desdeñosa, no levantando los ojos del suelo: eran iguales el contento en el rey y el disgusto en la condesa, que no pienso que puedan de otro modo encarecerse tan contrarios efectos.

Juzgando el rey á vergonzoso encogimiento su desvío, ordenó al camarero que entretuviese á la marquesa, y él con varias pláticas se retiró á su cuarto, y llegando á su mismo aposento con la condesa, cerró las puertas, y ella así como las vió cerradas, temiendo alguna violencia, viéndose inadvertidamente en el lugar que jamas pensó, y desamparada, arrojóse de rodillas á sus piés, y le dijo: Señor, nuevo intento del que habeis imaginado me ha conducido al término en que me veis; pero pues solo vuestra salud me ha obligado á serviros, como mujer deseo saber si

son hijas del alma tan exquisitas diligencias, suplicándoos una merced que para vos será fácil, y para mí me obligará eternamente. El rey, que con la congoja y afecto le pareciera mas hermosa, juzgó por tanta ventura que le pidiese algo, como la del fin de su pretension, y con los mas execrables juramentos que pudo, confirmó su palabra de cumplir todo aquello en que le emplease, como no fuese dejar de amarla, porque eso sabia que no habia de poder cumplirlo, y queriéndola levantar del suelo no lo consintió, ántes besando sus manos por el prometido favor, sacó el cuchillo, y con piadosas lágrimas que adornaban sus hermosas mejillas, dijo: Señor, la merced que yo os suplico es que me ameis lo que os durare la vida, y que con este instrumento acabeis la mia ántes que yo vea mi afrenta, pues tengo parte de vuestra sangre, y si no cumpliéredes lo que prometisteis, delante de vos llegará mi muerte, y el cuerpo sin el vital aliento podrá quedar en vuestro poder; pero no el alma, que miéntras le animare, ¿cómo podrá consentir hacer caricias á su mayor enemigo? Cesó con esto inundando por los hermosos soles de su rostro dos océanos; y el rey con nueva admiracion de tanta y tan hermosa resistencia, mas perdido miéntras mas la miraba, nuevamente enamorado de tan piadosa accion, y enternecido, como quien la amaba, de sus trabajos, viendo que sin ella no podia vivir, resuelto en su última determinacion, considerando que como decia era su sangre, y los grandes servicios de sus pasados, con la debida cortesía la levantó diciendo:

Señora, no quiera Dios que yo quiebre mi palabra, y que agravie á la prenda que mas que á mí mismo quiero; pues ántes al que conociese, no digo deseoso de tal ejecucion, sino solo con el intento de ella, procuraria yo acabar la vida como á mi mortal enemigo. Cesen ya las honrosas resistencias de vuestro valor, y venzan, que es justo, las injustas diligencias de mis deseos, porque yo quedaré muy consolado con que me hayais dejado la libertad de amaros, que tanta es la obligacion en que me tiene puesto vuestra virtud, que sin ella, aunque sé que habia de ser á costa de mi vida, no me atreviera á disgustaros; pero yo pienso hacer de modo con vuestra licencia que seais un vivo ejemplo al mundo de lo que debe estimarse la honra, pues por la justa estimacion que habeis tenido y teneis de la vuestra quiero que alcanceis diferente fin del que todos podian esperar de mi locura; y creed que el indigno amor que os tuve está ya tan fuera de mi alma, que aun del tiempo que señoreó mi pecho estoy corrido, y que ha entrado en su lugar el justo y verdadero.

La condesa entónces, dando infinitas gracias á aquella Señora por cuyo medio es de creer que en tan breve tiempo hubo tal mudanza de voluntad, abrió la puerta, y entrando el camarero y la marquesa, que estaba con la pena que puede imaginarse, viendo como su hija se la habian apartado de sí, temerosa de alguna desgracia, si confiada de su valor, hizo que las dos se sentasen, y habló con él en secreto, dándole la órden conforme al intento que tenia, y él partió á ejecutarla, y entreteniéndose el rey con ellas en varias pláticas, en breve espacio entraron todas sus criadas, y luego la nobleza de las damas de la corte, y despues el obispo evoracense, hombre docto, y por cuyo expediente pasaban los mas graves y

arduos negocios, y en su acompañamiento los mas importantes señores del reino, todos admirados de ver sentadas al lado del rey aquellas señoras, y que la viuda tenia los ojos no en todo libres de los copiosos diluvios que la pasada ocasion le habia causado. Callaban todos esperando el fin para que fuesen llamados, cuando el rey, interrumpiendo el confuso silencio, dijo: Nobles y fidelísimos vasallos mios, aquí os he juntado para que veais que puede alabarse mi reino que posee mas valerosas damas que cuantas nos celebra la antigüedad, como lo dirá la historia que hoy tenemos presente. Y contando por extenso toda la referida hasta el estado presente, prosiguió: Y tambien quiero que conozcais que si hay valor, virtud en ellas tan digna de que ciña sus hermosas frentes el lauro de la inmortalidad, digno premio de sus hazañas, es justo que sepais que teneis rey que sabe premiar en algo, ya que en todo es imposible, alguna parte de ánimo tan valeroso, de constancia tan invencible como os lo ha dicho el presente suceso que por notorio no refiero. Hoy teneis delante vuestra reina y mi esposa, como la que mejor lo merece. A que todos respondieron con una profunda cortesía, y llamando al obispo que se acercase, hizo que hiciese la forma del sacramento; y acabado con alegres parabienes y aclamaciones, la besaron todos la mano, y Eduardo hizo algunas mercedes. El contento de la condesa fué grande, como quien habia llegado á tal dignidad por los propios méritos y virtud, que los que las alcanzan por otros caminos no gozan de la verdadera posesion de ellas sino de la injusta tiranía con que las usurpan. En poco espacio la fama de tanta novedad se habia extendido por la corte, que con suma alegría la recibieron todos generalmente, alabando la prudente resolucion del rey.

El marques y sus hijos habian venido á Londres deseosos, el uno de ver á su mujer y hija, y los demas á su madre y hermana, y apenas entraron por la puerta de la ciudad, cuando la nueva, como si fuera mala, salió á recibirlos, y sin ser conocidos se informaron del confuso tropel del vulgo, y llegando á su casa ciertos de la verdad, dejando el de camino, se pusieron en hábito decente, y con uno de sus hijos envió el marques á dar aviso al rey de su venida, suplicándole que le diese licencia de besarle la mano, cuya respuesta fué enviar al príncipe de Gales, su primogénito, acompañado de los infantes y nobleza que ya habian besado la mano á la reina para que le acompañasen, y él con igual contento que en otra ocasion tuvo pesar tan sin culpa suya, porque no hay persecucion que como no proceda de propias culpas no la compense el cielo con la suma liberalidad que paga buenos intentos, que no quiere con los sucesos prósperos ó adversos sino encaminar lo que no nos conviene, que cuando sucede al contrario en nosotros está la culpa, porque no usamos como debemos de sus favores. Despues de las forzosas cortesías y alegres parabienes que de una parte á otra pasaron, con excesivos favores fué del príncipe, infantes y caballeros llevado á palacio, donde le salió á recibir el rey, y honrándole le hizo sentar al lado de su hija, y le mandó que la hablase. Él llegó á quererla besar la mano, y ella no lo consintió, y se abrazáron tiernamente; y como estaban con el referido

acompañamiento, salieron en público por toda la ciudad, donde con mil bendiciones y muestras de amor fueron nuevamente aclamados, y se hicieron las mas grandiosas fiestas que jamas se vieron, acompañadas de infinitas mercedes y perdon general de todos los delitos que sin parte dependian de la voluntad real: toda la nobleza del reino procuró mostrarse liberal, haciendo increibles gastos por el gusto y servicio de su rey, que dió grandiosos premios á los que los ganaron en las justas, honrando particularmente á los extrangeros, que á la novedad del caso de diversas partes acudieron muchos. Ocupó el rey á su suegro y cuñados en los mas preeminentes oficios, y con el tiempo él y todo su reino conocieron la acertada eleccion, siendo la reina un verdadero ejemplo de aquistar la verdadera fama, donde solo se llega por el camino de la virtud, como ella llegó; de modo que cuando no sea por el eterno premio que con certeza se espera, digno de tanta estimacion en quien alcanza el verdadero conocimiento, por los buenos sucesos y felicidades presentes se debe vivir bien, creyendo con certeza que aquel Señor que tanto nos ama, si tal vez consiente la persecucion de los suyos, no les pone lazos, sino ocasiones, deseoso de que se aprovechen de ellas como deben para que ganen el premio de la inmortal corona.

En Eduardo se nos muestra un rey agradecido, pero demasiadamente curioso, pues el suceso de su amor procedió de ir donde no importara su presencia; nos enseña con cuanto cuidado deben los reyes huir las visitas de las mujeres hermosas, y particularmente de las casadas; la prudencia con que procuró encubrir su grande pasion, la obligacion que los superiores tienen á no dar mal ejemplo. El declararse á la condesa, teniendo á su padre y esposo tantas obligaciones, la fuerza de esta pasion. Hablar el rey sin su voluntad con los suyos en la batería, y otras materias de milicia, la satisfaccion que deben dar á todos los reyes, porque generalmente son de todos. Los favores del marques para facilitar su pretension hasta llegarse á valer de él mismo y de la marquesa, y del propio poder para usar de violencia, perdiendo el respeto á su obligacion y decoro, la furia con que las propias pasiones señorean los poderosos á quien todos sus deseos y acciones parecen y juzgan lícitos. El verse vencido y obligado de tan honrosa resistencia, y despues recibirla por mujer, nos enseña que así como el amor que consigue el ilícito fin suele siempre tener mal suceso, así la que solo permitió el lícito abrió los ojos de la razon y conocimiento en el rey, de modo que le llegó el debido premio á la virtud.

Partirse el conde dejando á su esposa moza y recien casada, nos avisa que no es cuerda resolucion casarse los que están sujetos á ausencias que dependen de agena voluntad.

Recibir la condesa al rey sin la compañía de su madre y esposo avisa á las mujeres casadas que huyan la vista de los hombres, particularmente la de los poderosos, en toda ocasion, pues se gana mas honra con el huir de ser vistas que con la mas honrosa resistencia. Las diligencias que hizo para desviar la voluntad del rey; las persecuciones que tuvo mostrándose á todas firme enseña las obligaciones que las mujeres nobles tienen de

estimar en mas el honor que la vida. Acudir por remedio á Dios por la intercesion de su santísima madre nos avisa que quien se valiere de tan poderosos como justos medios, si le conviniere tendrán sus deseos feliz suceso como este le tuvo.

Las diligencias de los vasallos, el deseo del vulgo nos enseña la fuerza de la adulacion, y cuan liberales son todos de lo que no les importa.

Dejar la marquesa sola á la condesa cuando el rey vino, advierte á las madres el cuidado que deben tener, pues muchas veces en unas el descuido y en otras el mucho cuidado es causa de los infelices sucesos de la juventud, de que darán estrecha cuenta y recibirán riguroso castigo.

El marques que ignoró tantos favores y apretados ruegos denota los imprudentes que, no midiendo sus pocas fuerzas, como ignorantes todo les parece que se debe á su ingenio, prudencia y merecimientos. Prometer sin saber lo que se le pedia es cosa inexcusable é indigna, y mas el hacer caso de honra. El cumplir la promesa cuando no es justa, pues no solo no obliga, sino que es bajeza de ánimo su cumplimiento. Dejar él y sus hijos la corte cuando se ven ofendidos del mismo á quien tocaba su amparo nos enseña que ya tengamos ó no razon es cordura huir el rostro á los poderosos. Volver á su casa y hallar tan impensadamente tan alegre suceso de donde podia esperarse tan infeliz, nos advierte que muchas veces se guian las cosas tan diferentes del juicio humano que tal vez los mas encumbrados sin saber cómo se hallan en mil penosas calamidades, y otros sin alcanzar por donde de en medio de las persecuciones y trabajos se ven exaltados y favorecidos en el mas sublime grado de la fortuna.

NADIE CREA DE LIGERO,

POR

Don BALTASAR MATEO VELAZQUEZ.

Nadie crea de ligero,
O por locura ó ignorancia,
Que el mirarlo es de importancia.

Vivia en una aldea de aquellas sierras de la montaña de Buitrago un labrador ó serrano, que todo podemos decírselo, mozo en edad, pero casado con mujer de años mayores. La desigualdad de las edades, y aun de las condiciones, causaba entre ellos una lastimosa y bien inquieta vida, especialmente en la mujer, que como el casamiento hubiese sido de su parte de ella por enamorada del buen talle del mozo, y de la parte de él por gozar de la mucha hacienda que poseia, y él diese en gastar y en aborrecerla, y ella en lastimarse de la pérdida de su hacienda y en zelarle de otras mujeres mozas á quien él visitaba, verdaderamente su modo de cohabitar y estar juntos era una perpetua guerra y continuada discordia, pero nada de esto era poderoso, aunque la pobre vieja veia desengaños notables á sus ojos, pasa que dejase de amar al marido tierna y entrañablemente.

Cierto que la filosofía amorosa, que enseña que cada igual ame á su igual y semejante, y que esta pasion de amar que se apoya y asienta mejor en la sangre hirviendo y en los años mozos que no en las personas y corazones quebrantados con los trabajos y rendidos con los muchos años y tiempos que ya pasaron por ellos, que dijo bien, porque la mocedad toda es amar y hervir, toda es enloquecerse y pretender : pero como esto es verdad, tambien lo es que si en un viejo de años decrépitos, ó en una mujer ciega de alguna pasion, entra esta del amor y se arraiga de veras, peores son de curar estos locos que los otros, porque si hemos de defender la opinion del otro poeta y filósofo que queria que consistiese el amar en apetecer lo que no tiene quien ama, como la ancianidad no tiene lo que halla en la juventud, fáltale brio, y hállalo; busca hermosura, y alcánzala; quiere deleite, y consíguelo; apetece regalo y ternura, y descúbrelo. Con eso no le sacarán á la vejez de esas indias con que se ha encontrado en la mocedad, los mayores desengaños, ni los peores escarmientos. De aquí pienso que nacia que nuestra casada, que se llamaba Polonia, estuviese tan enamorada de su velado y marido, cuyo nombre era Pascual : pero él se daba por tan poco obligado del

desvelo de Polonia, con que en su vestir y comer cuidaba tanto que se olvidaba de sí propia, por acudir al olvidado dueño de su vida y hacienda. Él, como villano y bárbaro, áspero en la condicion y rústico en la correspondencia, porque entre esta manera de gente el agradecimiento no es moneda que corre, ni saben qué es deber, ni se les acuerda qué es pagar; aquella su bestialidad y bruta conservacion los entontece aun mas con el uso que con la naturaleza, y por donde fueron los padres corren los hijos: y como lo que oyen es bestias, y á lo que hablan bestias, y con quien comunican bestias, pégaseles el trato como de bestias: y cuando alguno sobresale de aquí, en vez de dar en saber da en temer y sospechar, porque su prudencia no es sino astucia, y su sabiduría malicia. De todo tenia Pascual, bien comido y mas regalado, querido de su mujer y envidiado de sus vecinas. Dió en quererle una de ellas, llamada Brígida, moza rolliza, gruesa de facciones, de ojos grandes y tez moreno, que para alabarla á fuer de su territorio era mujer que amasaba tres hanegas de pan en un dia, y se comia la una. Esta acudia á los prados á donde llevaba Pascual sus bueyes á llevar sus vacas; allí se decian motes, se referian consejas. Esto de la mucha conversacion aun en los muy cortesanos ahorra de cortesías, y hace desenvueltos á los cobardes, y no perdona á los labradores y aldeanos toscos; si por acá regala carne, por allá piedras, y el mucho fuego tambien arde en la estopa por hilar como en el hilado. Pascual y Brígida vinieron á quererse, ¿y si la seda y el brocado no saben encubrir al amor, qué ha de hacer el sayal, que tiene menos peregiles con que disfrazarlo? y aun el amor urbano va por sus términos á la larga, como la ejecucion en bienes raíces, pero el amor del aldea es con resolucion como quínola al primer descarte. Llegó este negocio á tanto rompimiento, que Polonia vino á entenderlo: y fué tal la desesperacion y rabia que causó en ella, que la puso casi en el extremo de la vida. Convaleció de la enfermedad, digo de la del cuerpo, que del rabioso accidente de zelos siempre padecia, porque tenia la causa presente en Brígida, y á Pascual tan enamorado como siempre. Esto llevó Polonia á no poder mas, ya con pesadumbre, ya sin ella, unas veces usando de medios suaves, regalando al marido, y haciéndole los mejores tratamientos que ella alcanzaba, y aun llegó á tanto el desear la pobre casada el asiento de este negocio, que se hizo amiga de Brígida, y le pidió le dejase á su marido en paz, mezclando algunas lágrimas que derramó en su presencia; promesas de consideracion como cumpliese lo que ya Brígida le habia prometido, que era de no oir ni ver mas á Pascual; pero á la verdad, ni del jugador que lo tiene por vicio, ni á persona amante que ha hecho hábito á estar ciego, ni se puede creer palabra, ni afianzar seguro que dé ni prometa.

La buena de la Brígida cumplió tan mal lo que pusò con Polonia, que ántes se quejó al marido ageno y galan propio, y le pidió venganza del agravio que tenia por tal de haber venido su mujer á su casa á darle quejas y pedirle zelos. De donde resultó que, indignado de nuevo Pascual con Polonia, la dió no sé qué torniscones y empezó á desvergonzarse y á poner las manos en ella á menudo, que cuando llega sin ocasion la liber-

tad y poder del marido á tanto rompimiento, ni hay que esperar de su cortesía, ni con que asegurarse de sus obligaciones. Tal estaba la pobre Polonia de rendida y acabada con tantos repasos de aporreos y malos tratamientos, que, si no estuviera tan ciega de enamorada de su marido, hubiera tratado, como ya se lo aconsejaron, de apartarse de él, á lo menos de la cohabitacion, que es lo que le permitia el derecho : pero ni para la necesidad bastan leyes, ni para el amor cuando es de veras causas razonables, y así la triste vivia muriendo, teniendo por alivio cualquiera palabra oida de la boca de su Pascual, como no fuese para maldecirla. Unas veces se volvia contra sí misma, diciendo que si no se casara tan vieja y con hombre tan mozo, que pudiera ser que no llevara tan mala vida; pero pues que ella lo buscó y lo quiso, que se tomase lo que se tenia, pues quiso y gustó de ser casada cuando estaba mas para la sepultura que para el tálamo, y para acabar de consolarse, una vez remataba esta relacion de desdichas, y este proceso de desengaños con el fin del pregon de los ahorcados : quien tal hizo que tal pague.

Muchos dias y meses vivió engolfada en este mar de pesadumbres la pobre Polonia, y jamás acabó de dar con todo el juicio al traste, hasta que pasando un dia por delante la puerta de Brígida, que era fiesta, y ella salia para ir al baile, como dicen, de veinte y cinco alfileres, volviendo á mirarla con atencion la vió al cuello, entre otras cosas de plata, un joyel que Pascual habia dado á Polonia el dia que se casaron : y habiéndole echado menos los dias atras, por haber sido dádiva de su esposo, y en semejante ocasion no osaba decir que le faltaba, pero viéndole sobre los pechos de Brígida, aquí se le acabó toda la paciencia y el seso, y mas cuando se acordó que cada dia iba echando muchas cosas menos en su casa y hacienda : y con este testigo, aunque singular, dió por verdadera la informacion de que todo cuanto en su casa se desparecia iba á la de Brígida. Con esto Polonia se fué á la suya, y hallando al marido en ella, empezó á dar tan grandes gritos y voces, y el á responderla con tanta ira y cólera, que de las palabras vinieron á las manos y alborotaron no solo la vecindad, pero todo el pueblo : y aunque á Pascual le obligaron los vecinos á sosegarse, reprehendiéndole sus desórdenes, y amenazándole la justicia, como el negocio era público, con la pena y castigo de los adúlteros, pero á Polonia no habia hacerla callar ni sosegarse, porque tras del mal de los zelos se juntaba en ella otro que es intolerable en los viejos, como dijo Aristóteles en el libro cuarto de sus Eticas, que es el de la avaricia, porque ver ella gastar y disipar su hacienda con aquella mozuela, la habia trastornado todo el juicio de suerte que decia desatinos extraordinarios contra el marido, y entre otras plegarias y súplicas que hizo al cielo empezó á decir : Justicia venga por este traidor, que si yo fuera ruin mujer como él es mal hombre, ya no me pudiera sufrir el mundo; desdicha es esta grande para las mujeres casadas, que siendo en razon de pecado tan grave el que comete el marido que es adúltero, como la mujer que es adúltera, no solo las leyes humanas hayan establecido tan desiguales y diferentes penas para el uno que para el otro, sino que tambien en la opinion de los hombres y del mundo es tenido por infame

y afrentado el marido que tiene mujer adúltera, y no lo es la mujer que tiene el marido adúltero, tanto que á ella se contenta el vulgo con llamarla desdichada y mal casada, pero á él le llaman ciervo, buey, venado, y otros nombres ridículos y indignos de un hombre que sabe qué es honra. Justicia del cielo y castigo venga de arriba para este traidor; y plega á Dios, enemigo, que pues tú me haces padecer tanto, que los cuernos que yo habia de tener los tengas tú, y que como por tus deshonestidades adúlteras yo vengo á ser la vaca, el venado y el buey, que por milagro y justo castigo del cielo ántes que Dios amanezca te conviertas en venado y en ciervo, y que lo vean mis ojos.

Pascual, oyéndola tantas locuras y desatinos, unas veces reia y otras rabiaba, hasta que, cansada Polonia de dar voces y llorar, se quedó dormida sobre una mala camilla en que se habia echado. El marido enfadado, y aun corrido de lo que habia sucedido el dia ántes presente todo el pueblo, y viendo que ya no podia entrar en casa de Brígida si no era á mucho peligro y riesgo de ser castigado por la justicia, y aun perseguido de sus parientes, tomó una resolucion propia de un hombre tan apasionado como mal entendido, que fué irse y perder la tierra, pues le obligaban á perder el gusto; y reconociendo que su mujer dormia profundamente, quitándola las llaves sin que lo sintiese, le abrió las arcas y le sacó unos realejos que ella tenia guardados, y se fué como á la mitad de la noche, dejándose la puerta de la casa de par en par abierta, porque al cerrarla hacia ruido, y no despertase Polonia y le estorbase el emprendido viage, con que tuvo lugar para irse y desaparecerse.

Es aquella tierra de suyo frigidísima, y suele hacer unos inviernos terribilísimos de nieves y hielos, y era esta noche una de las del mes de diciembre, y habian caido y caian tantas nieves que no solo los animales domésticos, pero las fieras campesinas y las aves de rapiña se suelen acoger á las casas de las aldeas, y encerrarse debajo de los cobertizos de ellas, porque en lo despoblado se caen muertas á manadas. Habiase venido hácia lo poblado una bandada de venados y ciervos á valerse del amparo de las casas del aldea, y uno de ellos de unas hastas y cuernos bien grandes; como halló aquella puerta abierta, entróse á la cocina, y echóse sobre la ceniza de la lumbre. A este tiempo ó poco despues de como el ciervo entró, despertó Polonia, y como amaba tan tiernamente al desagradecido Pascual, quisiera que le hiciera alguna caricia, porque con cualquiera se desenojara: pero conociendo su desgracia, y estando cierta de que si ella no empezaba á ablandarse él no se humanaria, empezó á llamarle y á decirle: Ea, hermano, seamos amigos; perdóname, que como es tanto el amor que te tengo, han sido tantas las locuras que he dicho y hecho. Pero como no le respondiese, toda alborotada y asustada se levantó, y acudiendo á la puerta, y hallándola abierta, juzgó lo que era verdad, que se habia ido, y persuadiéndose á que por ventura estaria en casa de Brígida, la volvió á cerrar con ánimo de encender luz, y no hallando al marido llamar á la justicia y cogerlos juntos; con esto se fué derecha al fuego para encenderla, y la bestia que estaba allí echada, sintiendo sus pasos, se levantó, y por salirse la dió dos ó tres vueltas muy

bien dadas. Ella que al tocar los cuernos vió y conoció que eran de ciervo, empezó á dar gritos y á pedir á Dios misericordia, creyendo que su maldicion se habia cumplido, y que su marido verdaderamente se habia convertido en ciervo, no pudiendo caer en que realmente lo fuese, ni el modo y causa de haberse entrado allí; y así teniéndolo por milagro, arrepentida de las maldiciones que habia echado á su marido, desasiéndose como pudo del ciervo, bien aporreada de él huyó hácia la puerta y le abrió, y salió dando gritos. El animal que vió luz por la puerta, para salirse de la casa salió tras de ella; aquí fué donde á Polonia se le acabó el ánimo, y pareciéndole que era el marido que la perseguia en aquella figura y forma, se cayó desmayada sobre la nieve sin género de sentido, y como la frialdad era tanta y ella estuviese tan descalabrada y maltratada con los muchos años, poco fué menester para que se le acabase la vida; con todo eso los vecinos que habian despertado al ruido y voces, salieron de sus casas, y llegaron á tiempo que haciéndola los remedios imaginables le ayudaron á volver algo en sí, con que pudo contar su desgracia, pero estaba tal que solo vivió lo que fué forzoso y necesario para acabar como cristiana. Al fin murió Polonia, muerte que muchos la lloraron, aunque la malicia humana es tal que si bien lloraron la muerte no faltó quien riese el suceso: del cual siendo buscado su marido y avisado de él, no quiso volver jamás á su tierra, juzgándose por tan aborrecido como mal quisto de los herederos de Polonia y de los parientes de Brígida, que desengañada de su olvidadizo amante, por quitarse de malas lenguas y pagarle en la propia moneda, se casó con un boyerizo ó guardavacas que vengó á Polonia, porque era el villanzote tan zeloso y tan lleno de malicias, que como le eran notorias las flaquezas pasadas de Brígida, no venia fiesta á mudar camisa, que por hazte allá las pajas, como dicen, no la mudase á ella el pellejo de las espaldas á puros palos, tanto que sobreviniéndole sobre una paliza un calenturon desaforado, acabó de repente siguiendo los pasos de la zelosa Polonia, todo originado y nacido del ruin principio de aquel desigual casamiento, aunque los mayores daños los trajo la facilidad en el creer Polonia tan fácilmente que su maldicion se habia cumplido y Pascual se habia convertido en ciervo.

LA

MUERTE DEL AVARIENTO,

Y

GUSMAN DE JUAN DE DIOS,

Por don Andres del CASTILLO,

NATURAL DE LA VILLA DE BRIHUEGA, EN EL ARZOBISPADO DE TOLEDO.

De varios sucesos que llegaron á mi noticia en el tiempo que asistí en la ciudad de Sevilla, que seria poco mas de dos años, por ser casi todos asimilados á escritas y noveladas tragedias, no me determiné á poner en este libro mas que los acaecidos con Valeriano, extrangero de nacion, avariento de generosidad, si rico de dinero y caudal que lo valia. El cual era tan corto, mísero y poco gastador, que para encarecer su mezquindad me bastará decir que en la harto tasada olla que para su no escusado sustento mandaba cada dia hacer á una gruñidora vieja que por ama tenia, quien se ajustaba á sus miserables acciones, metia un muy pequeño pedazo de tocino enhebrado en un hilo por el espacio de media hora, y cuando le parecia que ya habia tomado el caldo algun gusto de él, lo hacia sacar y guardar para que al otro dia sirviese de lo mismo, y de esta suerte hasta que de puro cocido al tirar de la cuerda se deshacia y quedaba dentro, que era la señal de no poder servir en otra olla. Y supuesto lo dicho, se conocerá cuan abatido traia su regalo, siendo idólatra de su copiosa hacienda, para cuyo destrozo le dió la fortuna un espurio hijo habido en una mujer casada, que ausente su marido en los reinos del Perú, siendo él mancebo, lo habia tenido en ella; y por quitarlo de agena servidumbre, para hacerlo á sus mañas traídolo á su casa, á donde le crió en vez de sobrino.

Llamábase Fernando de Guzman, al cual hizo doctrinar en su niñez por la virtuosa enseñanza de los padres de la compañía.

Creció Fernando, dejando los estudios, como dicen, á media tijera; y aunque el caduco logrero le habia impuesto, por gastar menos, en traer medias de lana, vestidos de mala jerguilla, diciéndole que mas valia subir poco á poco á la estimacion y á fijarse en ella, que no de golpe, y faltando el caudal caer luego : como echaba de ver á lo que tiraba, que era á lo ahorrativo, que ya se lo entendia todo, con lindo arte, haciendo con unos y otros sus conocidos mil mohatras, vendiéndoles muchas piezas de telas holandas y otras cosas que hecho un sutil Caco hurtaba del almacen, dándolas á menosprecio para adornarse de lucidas galas que se ponia, y ostentar con lascivas mujeres y amigos de su edad espléndidos

banquetes que cada dia ordenaban, con que al ordinario y corto de casa no procuraba enmienda. Y luego que con la edad fué entrando mas en el conocimiento de la miseria y avaricia del viejo, solo á fin de investigarle y darle ahogado mate, fingiendo con él grandísima humildad, y diciéndole que la que conocia por madre le acariciaba y daba para lucirse de aquel modo, por solo afrentarlo convidaba á comer cada dia á unos y otros sus paniaguados, á quien daba cuenta de su ficcion, que llevados á casa lo sentia su tio en el alma por haber de ocasionarse añadir siquiera un ochavo de rábanos para postres, de que nunca era mayor piñata. Y entre varios que en diferentes veces llevó á lo dicho fué un gracioso jóven muy recíproco suyo, á quien llamaban don Tomas Bravo, y por otro nombre Metegorras: al cual instruyó en que le dijese á la avarienta senectud en el discurso de la conversacion algunas razones que le obligasen á borrar de sí aquel corto estilo que en tratarse y alimentarse tenia. Y apenas hubo llegado el bueno del convidado á su presencia, y saludádole, cuando trayendo por los cabellos el caso melosamente, y acariciando al extrangero con lisonjeras palabras, le aduló de modo que le obligó á enviar con la anciana cocinera por un cuarto de aceitunas, que fué como sacar fuego del mar, y á decirle que le pesaba mucho de no estar tan prevenido como era necesario para tal persona. A que le respondió el bien advertido y fisgador congregado, que no eran necesarios con él ningunos cumplimientos, pues por la amistad de su sobrino era tan de casa que con un buen asado y unos sazonados pasteles, un gigotillo, un poco de estofado de ternera, una cazuela de buenas aves, unas albondiguillas, y la cumplida olla, con dos ó tres tortas de dulces y sazonados postres, y buen vino que tendria, no era necesario otra cosa. Que oyendo Valeriano tal letanía de guisados, asustado como si desembolsara su valor, le replicó que no variaba su gusto en tantas diferencias de comida por no criar diferente humor en el cuerpo que le instimulase la salud; y que así no tenia mas que la acostumbrada olla, la cual sacaron y comieron, dejándole hacer pocas bazas al desdentado viejo, bebiéndose el vino con mas priesa que era necesario, hallándose Valeriano sin refrigerio para su atragantado gaznate, que rematando en las aceitunas sevillanas por darse priesa á hacer otra entrada en ellas, se quedó con una mal machacada de sus encías atravesada en la garganta, que le obligaba á hacer acciones de parasismos, con que dieron fin al convite.

De esta suerte se burlaba el bellacon de Fernando de su guardoso padre, mas no por eso mudaba de paso en nada, á quien cogiéndole todas las llaves de baules y arcas, puertas y escritorios, que juntas traia, una tarde miéntras dormia la siesta, que por descuido se las habia dejado sobre un bufete, y Elena, que así se llamaba el ama, no las alcanzó á ver, en un papel blanco, con pluma y tinta, á solas en su aposento, señaló el modo de las importantes, volviéndolas despues al lugar donde las habia hallado; y dando la escrita similitud á un cerrajero conocido suyo, le hizo otras que ajustaban famosamente á las seguras cerraduras, y de noche, con poco temor de su conciencia y menos rumor, haciéndose dueño de las encerradas bolsas de doblones, les daba crueles golpes y

impiadosos socabones; y tanto que echando menos un dia el tio en una grande arca de bolsas de reales de á ocho una de ellas, y no la que menos tenia, perdiendo el juicio por la falta de ella, deseoso de saber quién era el violentador de aquella urna que idolatraba, y cargándola á su Inquieto hijo, que bien queria, por no indiciarle y alborotarle sin saber con certidumbre la verdad.

Una noche ántes que el jóven se recogiese á dormir, le dijo á su ama que tomase aquella llave que le daba, que era de la ya dicha arca, y luego que él se metiese en ella, que por ser capaz muy bien cabia con los alivios que Fernando le habia dado, y si su sobrino, venido que fuese, preguntase por él, respondiese que se habia acostado indispuesto, y que reposaba. Hízose como lo ordenó, y tendiéndose el bárbaro codicioso sobre los talegos que habia, á riesgo de ahogarse con el calor de su misma respiracion, en que no reparó su mal talento, llegó el Inquieto mozo á casa con pérdida de quinientos escudos que habia jugado sobre su palabra, que como en otras ocasiones la habia cumplido, tambien á costa de los presos patacones hijos de la avaricia, no faltó quien jugase á su crédito, y preguntando por su señor le fué dada por la vieja la ya advertida respuesta, con que se halló muy contento por considerar tendria mucho mejor lugar y ocasion de poder ejecutar el lance que deseaba. El cual despues que fué media noche no quiso hacer en la arca de la plata, por ser demasiado el peso de la cantidad de que necesitaba, sino en un cofre que estaba junto á ella con muy gruesa partida de doblones. Pues como el encerrado viejo oyó junto á él el ruido, conociendo el robo que se le hacia, estaba indeterminable si daria voces, ó sagazmente se estaria quedo por no dar á entender á Fernando su mañoso desvelo; pero pudo tanto con él su sentimiento y el demasiado dolor de su cosquilloso corazon, que con alta y fingida voz, pensando con ella asustarlo y darle temor con que dejase la presa, dijo desde su encierro y prision: No abras ese cofre, que importa á tu vida, ven á esta arca, que tambien hay aquí doblones. Y aunque mudó el eco, sin embargo le conoció el sobreseguro agresor, y concibiendo de presto en el pensamiento quien estaba dentro del vecino y maderal nicho de acuñado metal, con astuta cautela le respondió: A mí me da la vida el licor que aquí está encerrado, y el oro que ahí tiene guárdele usted, señor fantasma, para mañana en la noche, que á cada puerco le llega su San Martin, y para ahora de aquí llevaré lo que hubiere menester. Y tomando el dinero que sacó, que ántes fué mas cantidad que menos de la que debia, á toda priesa se fué á su aposento, y por lo que suceder podia lo escondió, oyendo que así como él se partió de la sala y sitio del hurto dió voces el caduco á la prevenida criada, la cual fué de presto con luz, y abriéndole salió de la pecuniaria tumba medio ahogado dando tremendos suspiros, aunque no publicaba de qué. Desde entónces, por haber conocido el ladron de casa, mudó su dinero secretamente á diferentes partes sin acelerar el ánimo del juvenil despejo que miraba, ni darle á entender que sospechaba nada de él; si bien, lastimado su avariento corazon, quitándole la ocasion de que habia gozado de delante de los ojos y de las afiladas uñas, le procuraba halagosamente reducir á

que se inclinase al trato y contrato en que él habia adquirido aquella suma de ducados que tenia, considerando que hacia en una dos cosas, que eran sacarle de los vicios de la ociosidad, que no son pequeños, haciéndole dueño de caudal ganado por su mano, le estorbaria el atreverse á arrojarse, por verse falto de él, á hacerle otros arañales robos como los pasados.

Y habiendo llevado Fernando los doblones á quien los debia, oida la proposicion de su tio, la aceptó simulada y fingidamente, diciéndole que él no habia de poner tienda pública, sino en algun conveniente y ganancioso empleo, como hombre de lonja, procurar el acrecentamiento que pudiese á lo que se le entregase. Con que juntos el codicioso y el tramposo le dió liberalmente, cual nunca habia andado, dos mil ducados de plata, con los cuales le dijo comenzase á obrar, y que siendo de mas cantidad la compra que hiciese, necesitando de dinero para ella, se lo daria y supliria, diciéndole no le entregaba mas por no verle ejercitado en aquel modo de vivir á que se conducia. Tomólos, y llevólos á un aposento del cuarto bajo de la casa que se le diputó como hombre de negocios, bastantemente aseado, desde donde en lugar de llevarlos al multiplico, los fué gastando en sus ordinarios desvelos, juegos y entretenimientos, con que en espacio de dos meses quedó el nuevo mercader tan limpio de dineros como un calvo está de pelo; y descubriéndole la flaqueza el zelador Valeriano, se disgustó con él con tanto sentimiento de su malbaratada plata, que riñendo desabridamente los dos, se salió Fernando de su compañía, que trocó por la de Metegorras su amigo. Ya dije que el dia que su tio olvidó las llaves, tomando la señal de ellas en papel hizo otras para usar sus alfarrachados lances, entre las cuales falseó las de las puertas, así de la calle como de algunos aposentos. Usaba de ordinario el lacerado viejo hacer que durmiese junto á sí, á un lado de su cama, la arrugada guisadora, porque como no tenia mas compañía que á ella, le acudiese á servir en lo que menester hubiese, y porque muy continuo le daban unos recios dolores de hijada, á cuya cura le acudia con el socorro necesario; y como su distraido hijo no ignoraba esto, viéndose fuera de la gracia de su padre, y que habia mas de tres meses que no le comunicaba ni poseia un real de que valerse para la continuacion de las mocedades de que usaba, por haber perdido su crédito con haberle visto descompadrado de él, trazó hablando á un grande amigo suyo, alguacil de los veinte de aquella ciudad, hacerle por su medio una hurla de las que usaba, con que arrancarle algun pedazo del ahuchado dinero para los dos. Y así una noche, estando atento detras de la casa en la parte donde caia el aposento en que dormia el cuitado Valeriano, le oyó que se quejaba de su achaque ordinario; y hallando ocasion de dar asiento á su guzmanada, llamando á toda priesa al diligente ejecutor, abriéndole las puertas con sus llaves falsas, y quedándose él en el zaguan, subieron dos corchetes con el que los ministraba; y viendo desde la primera sala la vela encendida, aunque ellos la llevaban en una secreta linternilla, caminando hácia donde estaba entraron hasta la cama del anciano dolorido, á quien hallaron que el esqueleto y talega de huesos, criada suya, estaba

casi encima de él aplicándole unos paños calientes y perfumados sobre la parte donde mas el mal de que se quejaba le afligia : y dando asustadamente con ellos le dijo el instruido alguacil que qué modo era aquel de vivir dos viejazos que estaban cada dia esperando la mortaja, á que mas cercanos los veia por sus años, si en todos no excusada; que se vistiesen, y ambos con él se fuesen á la cárcel, que tal órden tenia muchos dias habia, y de presente la traia de uno de los alcaldes del crimen de aquella audiencia, quien tenia noticia de aquel antiguo amancebamiento en que él los habia cogido besándose sin estorbo de los dientes, que ninguno los tenia, injuriándolos con otras razones oprobiosas.

Quedó espantado y sin sentido el conchudo barbado oyendo tales razones; y viendo aquella cavilosa gente junto á sí, habiendo dejado cerradas todas las puertas y ventanas de su casa, y con mayor admiracion cuando se vió lleno de dolores y imputado de lo que por no gastar medio real cuando sus fuerzas no estuvieran tan flacas habia mucho tiempo que no usaba; y dando gritos, tanto de sus dolores como de corage, sin saber quien fuese el artífice de aquel desasosiego, le dijo al ministro se fuesen con Dios, y le dejase con sus trabajos, pues cuando no fuera falso el delito de que le hacia cargo, siendo su edad y la de su criada no convenientes á intentar tales cosas, sus grandes y continuas lacras se lo impedian, quien habia dado causa á haber hallado á Elena tan cerca de él, á quien culpaba de que se habria dejado por descuido abierta la puerta principal y las demas, diciéndole debia de estar borracha, pues véla delante de sí á los que por ella habian entrado. Pero el mañoso alguacil como iba bien industriado de Fernando, quien sabia le escuchaba, le apretó en que se vistiese, y no replicase mas, que por excusarlo, mascando acíbar entre sus despobladas enclas, le ofrecia el tal doliente un par de reales, y le parecia se alargaba mucho, pero riéndose de la oferta los presentes, haciendo burla de él, porfiaron en que se levantase. Hízolo así Valeriano, entrapajado como estaba, y mandando á Elena tomar su manto, los bajaron ambos despues de haber cerrado todas las puertas, y dejándole á él las llaves para que no les acusase algun robo á llevarlos adonde tenian concertado los de la ficcion. Y aunque uno de los corchetes, por hacer mas bien el papel, se llegó por un lado, y al oido, como á excusa de los demas, le dijo al estítico extrangero que por no verse en semejante lance un hombre tan honrado, de su edad y calidad, y en la presencia de un juez, donde le llevaban á padecêr, cuando no pena, mucha vergüenza, usase de su generosidad, y no fuese tan corto en darle á su amo lo que justo fuese, que él haria le dejase en su casa, no le fué posible, porque estimaba mas un real que toda cuanta reputacion y honra habia en el mundo. Y ya que llegaban á ir fuera de casa, habiendo salido de ella Fernando mediante su astucia, como que acaso por allí pasaba, haciéndose muy de nuevas en lo que veia, agregándose á la turba multa preguntó la causa de aquella que la parecia prision de su padre y criada, que siéndole dada con disimulo por el ministro, cual si no lo supiese, se espantaba, haciéndose mil cruces, diciendo seria mentira, que él á no ser tan interesado lo defenderia; pero que pues les oia los habian ha-

llado juntos, y ellos no se disculpaban, le hacia grande fuerza creerlo, mas que aquella vieja hechicera mala hembra no podia hacer menos que ser parte en la afrenta de que los llevarán delante del alcalde, á que se debia atender en una persona de tantas partes, y estando él de por medio mostrándose como afligido y penoso de lo visto; y así sin mas dilacion, quitándose de debajo de la ropilla unas cuatro vueltas de cadena de oro que pesaba trescientos ducados, se las dió al alguacil, que para hacer aquel fingimiento se las habia prestado, rogándole desistiese de aquella prision, y no dijese que tal habia intentado, pues seria en toda Sevilla tan mal recibida, y de descrédito para su señor; el cual con aquella falsedad podria quedar reputado de hombre liviano, y mas con un monton de tierra sucio como su ama, y que aunque fuera aquella cadena de diamantes la daba por bien empleada, pues caia en manos de un hombre tan cortes, y quedaria mas agradecido de lo que imaginase.

Recibióla el alguacil sin gastar mas preámbulos, y se despidió: y volviéndose adentro Fernando con los viejos, cerradas las puertas se subieron arriba, adonde como si hubiese sido verdadero el negocio le reprehendia á Valeriano, advirtiéndole que ya sus años no estaban para tales divertimientos; ademas de ser justo excusar cualesquiera ofensa de Dios, y recogerse á procurar con su aprisionada moneda hacer bien á pobres y huérfanos, pues llegada la muerte le habia de pedir cuenta nuestro Señor de las buenas obras que podia haber hecho por su amor; y que para quitar aquella carnal ocasion de junto á sí echase de su compañía aquella viejona; pues bien echaba de ver que de no haberse metido él de por medio en aquel negocio, pues su buena fortuna le habia traido á tal tiempo, se habia de ver oprobiosamente tratado en el juicio de una plena sala, adonde era forzoso si le hubiesen llevado haberle de visitar con su concubina; y que qué pareceria en un hombre de sus canas y honra hallarse en tal afrenta, porque él hubiera dado, cuando la cadena que cedió no bastara, hasta la camisa que traia vestida; y esto hablaba con tanto seso y arte que parecia un orador muy prudente, sin que se pudiese sospechar lo malicioso y cauteloso de su disposicion. A que le respondió disculpándose en cuanto al delito, y que en lo demas que decia, ya tenia pensada una cristiana expedicion, si bien con harto furor amohinado contra quien le habia levantado aquel testimonio; pero Fernando le rogó se quietase, y lo padeciese por Dios, y viese cuan bueno era tener tales personas como él en su compañía, pues por su respecto se habian aventajado tantos disgustos, y seria lo mismo aunque fueran de mayor cantidad, con que disponiéndole la cama en su acostumbrado cuarto, se fueron todos á recoger, pasándose mas de una hora sin que Fernando admitiese el sueño, muerto de risa de considerar el bien pegado chasco, ya que no se le habia podido dar hurtándole algo de casa, pues tenia las llaves falsas para abrirla. Pero como ya dijimos habia mudado lo importante á la custodia de otras diferentes, no habia tenido ocasion de ello; y habiendo amanecido, oyendo el jóven á su cuidadoso padre andar como solia, poniendo y quitando alhajas y trastos de una parte á otra, con un nuevo modo de enmienda en sus vagamundas acciones, en calzon

y jubon le salió á ayudar á limpiar y componer lo que él vió era necesario, con que le agradó mucho, y le dió á pensar que seria bastante la necesidad que Fernando habria pasado fuera de su casa quizá á reducirse á entender y ejercitarse en cualquier ejercicio, sin alcanzar en el calumnioso modo con que lo hacia. Y acabando de vestirse unos y otros, hablando el burlador mancebo al ya desenojado caduco, le dijo :

Bien vió vuesa merced la accion que usé anoche con aquel ministro de justicia dándole la cadena á título de redimirle y sacarle de aquel aprieto en que le hallé, lo cual hice con el celo de la conservacion de ese venerable honor que tanto estimo, pues ya como mas desengañado conozco las obligaciones á que debo acudir, y con deseo, como lo tengo propuesto, de tratar verdad de aquí adelante, le suplico no haya sido parte mi liberalidad á padecer en una rigurosa cárcel alguna molesta prision por el valor de ella, pues le hago saber es de un grande amigo mio que me la dió en confianza para empeñarla por mi órden, y pagar una deuda que debia. Y yo, viendo á usted enojado y excusarle el daño y descrédito que le podia venir, usando de cortes generosidad, se la entregué; y asi le ruego no dé lugar á que yo caiga en tal trabajo, pues de no acudir á darle el valor de ella al ejecutor para que él la pueda volver, y yo á su dueño satisfacerle haciendo lo que me encargó como tengo obligacion, será ocasion de quedar yo infamemente reputado, y que juzguen que la he vendido y empleado su monto en los acostumbrados vicios que de mi saben, cosa á que usted por ser su sangre y causa propia en lo que la consumí, no debe dar lugar; que si me hallara con caudal para poder hacer esto sin darle cuenta de ello, crea de mi advertido conocimiento, en que ya he caido, lo hiciera, trocando con mucha voluntad el quedarme destituido de remedio por excusarle este disgusto.

Quedó Valeriano, oyendo este soliloquio, pasmado, porque todo lo que era pedirle aun seis maravedis le causaba notable desconsuelo, y tanto que reventando de sentimiento daba gritos como un loco, diciéndole á Fernando que quien le habia metido á él en hacerse tan magnífico á costa de bolsa agena, y que no servia de mas que de darle pesados disgustos, pues él hubiera compuesto la ejecucion á que aspiraba el alguacil con cuatro reales mas de los dos que le habia ofrecido si á él no le hubiera traido su mala suerte en aquella ocasion, haciendo muy de la magestuosa persona semejantes traiciones contra la idolatrada plata, que con el enojo que tenia no habia reparado en la dádiva. Y oyendo el fingido mancebo este alboroto, callaba humilde y simuladamente, aunque decia que á lo hecho no habia mas remedio que mostrar valor, si bien él estaba muy pesaroso de haberle dado pena con lo mismo que imaginó que mas le agradaba, pero que su mala fortuna no daba lugar á que sus obras pareciesen buenas, y que así él se ausentaba de la ciudad para no ponerse á padecer los daños que por aquello le podrian venir, desterrándose de su patria á trueque de que él guardase su avariciable dinero. Con que el lastimado mohatrero, gimiendo por la que ya juzgaba difunta cantidad, se la entregó con mil maldiciones, diciendo que, si él fuera á dar cuenta á un juez superior, no se hicieran con él aquellas bellaquerías: pero que lo

excusaba por no aventurar, ni su reputacion ni la del ministro, quien podria ser le fuese causa de mayores daños si tal hacia. Tomóla Guzman, y en breve tiempo la partió con el ejecutor, contándole graciosamente las cosas que habia dicho su tio, desposeyéndole de ella, quedando Valeriano dando mil nuevas trazas para hacer alguna crecida logrería para suplir aquel que decia habia sido hurto á letra vista. No se descuidaba Fernando de darle pesadumbres á su anciano padre, ántes se las procuraba por diferentes y no usados medios, á título de acortarle los pocos dias de vida que su senectud prometia, por entrar de hoz y de coz á gozar de toda la recogida pella con nombre de su hijo natural, de que ya habia hecho artificiosamente una falsa informacion para echarse sobre todo luego, que como dicen, cerrase el ojo, suponiendo en ella ser su madre una criada de la que le habia parido, habiendole habido en ella quitándole su honestidad.

Y así, luego que se volvió á agregar á su compañía, trató un dia de sacarle á holgar á una heredad de campo cerca de la ciudad, que era de un conocido suyo, quien le dijo le habia dado licencia para hacerlo, proponiéndole al avaro extrangero desear divertirle de sus muchos y cansados negocios que juzgaba le damnificaba la salud, dándole á entender como hacia el gasto de aquel festejo otro su conocido por el cumplimiento de sus floridos años, quien le habia convidado, y pedídole le llevase á él al convite. Siendo así que el bellaconazo le costeaba todo solo á fin de efectuar sus pensadas burlas, si no sucedia como imaginaba en la salida, teniendo avisados á los de la confederacion que si á las seis de la mañana no estaban allá con ellos, no los esperasen. Y aunque el viejo le replicó por no dejar sola á Elena en casa, le redujo Fernando á que madrugarian, y volverian temprano á ella, pues ya le tenia buscada una buena cabalgadura en que fuese, muy mansa, y de lindo y aseado paso. Con que viendo Valeriano el ruego, y que solo aventuraba en aquella ida el gastar algo mas sus encías comiendo de mogollon, pues los dientes y muelas ya habian pasado su carrera, dijo se prevendria para el domingo siguiente, que era cuando su hijo decia habian de hacer el alegre viage.

En el ínterin que se llegó la hora de la aplazada fiesta, se fué Guzman al meson que llaman del Blanquillo, que está en el barrio del Candilejo, donde sabia se aposentaba de ordinario un mozo de mulas conocido, llamado Animacolorada, al cual contándole la buena obra que á su padre le queria hacer, le rogó le diese la caballería que de mas malas mañas y resabios tuviese, y aderezada con una silla y guarniciones que él le daria, para el domingo que se seguia se la llevase muy de mañana á casa del engañado viejo, diciendo que don Juan su señor le enviaba, pues con esto pensaba acabar de una vez con él para salir de duelos en lo temporal, sin reparar en el delito que cometia contra Dios, ni riguroso castigo que suele dar á quien no pone enmienda en sus pecados, entrando mediante la buena diligencia del cosquilloso y mohino animal, del que ya juzgaba difunto de algun buen porrazo que le diese. Aprendió el mozo, mas bellaco que bobo, la instruccion que se le dió cogiendo un doblon por paga, y con tanta atencion estuvo que llegada la hora señalada fué á casa

del avariento extrangero con una aderezada y peinada mulita, tan compuesta y aseada que parecia una oveja mansa; y dándole á Fernando el supuesto recado, al punto trató de que se pusiesen á caballo, tomando él uno harto brioso que á la puerta tenia, haciendo subir al desanimado viejo en la maliciosa galiciana, ayudándole á ello Animacolorada, á quien como á su dueño conocia el receloso animal, y de quien se dejaba sujetar, y no de otra persona si no era con mucha dificultad, menos que yendo en mucha tropa de cabalgaduras. Y apenas hubo aderezado en la silla á Valeriano, cuando de intento se desvió de junto á él, y á toda priesa se encubrió trasponiendo la esquina de la primera calle; y conociendo la mula el liviano costal de huesos que tenia ácuestas y mala sujecion de freno que se le ponia, cuando empezó á saltar de piés y manos, dando tan temerarios corcovos, bufidos y vueltas, que traia al viejo bailando sobre los lomos, dando dos mil gritos á su hijo, que de astuto intento se habia dejado ir á buen paso con su caballo á título de que guiaba. Y como era la salida luego que amaneció, no habia en toda la calle persona que le favoreciese, de manera que, asido de la silla y clines, rendido como un atun sobre el arzon, se dejó ir adonde la coceadora irracional le llevó, que á toda carrera partió al meson de donde la habian sacado, y tenia su compañera; y al entrar de la puerta, atajándola el mozo de paja y cebada, levantando las ancas por quitar el estorbo que se le oponia, dió un brinco tan alto que, despidiendo la carga le hizo medir el suelo con cabeza y piés al arrepentido caminante. Y viendo la gente de casa aquel anciano espectáculo tan maltratado, decian que babia andado muy mal el mozo de mulas en dar aquel endemoniado animal á persona de tanta edad. Y ya que cargaban al bueno de Valeriano para llevarle á una cama, llegó Fernando á toda priesa, haciendo muy del sentido, diciendo que semejante engaño pedia un cruel castigo, dándole á entender á su padre, y á los demas que allí estaban, haberle engañado á él quien le prestó la cabalgadura, pues le habia dicho que era suya, y no de alquiler, y tan mala, disculpando al mozo dueño de ella, que como se veia habria sido mandado de don Juan, quien á él se lo prometió, por no darle en la que de ordinaria andaba. Y no dilatando el remedio que pedia el daño y tormento recibido de su tio; desistiendo con aquella droga de la ida al campo, y mas por cumplimiento que amor ni pena, le hizo llevar en una silla de manos que buscó á su casa, adonde fué en vla recta, llevando un médico y cirujano que le viesen y biciesen sangrar, como se ejecutó así, vléndole lleno de cardenales, y no de Roma. Mas Fernando lo hacia con fin de enfriarle las venas y dar con él segunda vez adonde la mula, de suerte que en tres ó cuatro dias que le duró el molimiento de los acabriolados corcovos estuvo muy al cabo de la vida, y mas con ayuda de costa de los físicos, que por voto de Guzman dieron en sangrarle muchas veces, por haberle oido á él habia mas de treiuta años que no se le habia roto vena de su cuerpo. Pero sin embargo del buen deseo de su hijo, mejoró poco á poco, teniendo en el ínterin que cobró bastantes fuerzas á Fernando en la inteligencia y manejo de sus fraudalosos cambios, mostrándose en ello para con el dolorido convaleciente muy fiel y puntual, de

donde como á quien andaba entre la miel sacó pegados no pequeña cantidad de reales de á ocho, que despues desperdició en pocos dias, con cuya burla ocasionó á los chulos de la ciudad á que cantasen públicamente estos versos :

Salió la misma avaricia
Una mañana en disanto,
En una mula mohina
A dar langosta á los campos.
Y conociendo la peste
Quien llevaba cargado,
Que hay bestias que huelen luego
El hedor de algun contagio,
Bailando como arliquin
Sobre maromas de esparto,
Al señor amo traia
Sobre la silla danzando.
Tomó las de Villadiego,
Que muchos las han calzado,
Y en lugar de obedecerle
Quiso quebrarle los brazos.
A la puerta del meson,
Que es su aposento ordinario,
Le dijo aquello de interra,
Mas no paz, pues fué rodando.
Entre los piés le traia
Al mísero Valeriano,
Sin que allí le aprovechasen
Plata, ni bolsas de cuartos.
Acuérdate que eres tierra,
Le dijo huyendo y bufando,
Y en la frente se la puso
El golpe de un gran guijarro.
Acudió la mesonera
Compasiva de aquel caso,
Y en pié le puso, que algunas
A ratos hacen milagros.
A su casa le conducen
En una silla de manos,
Y de seguidillas muere
Que el hijo le está cantando.
Que hacienda que no aprovecha
De servir á Dios ni al diablo,
Si no se vuelve carbones
Será una causa de espanto.

Ya estaba medianamente opinado Fernando con su padre por haberle visto tan compadecido de su achaque, pues fingia querer llamar á desafío á quien decia haberle dado tan maliciosa mula, engañando al viejo, el cual se afligió notablemente, y le rogó que dejase aquel intento, que él daba por muy bien pasados los golpes, coces y manotadas de la bestia á trueque de que no se aventurase á perder la vida en el aplazo, proponiéndole serian para él duplicadas desdichas : si bien lo hacia temiéndose de que, si era verdad el caso, como creia, matando Fernando al don Juan que habia dicho que era dueño de ella, le habia de costar su dinero, que sentiria harto; y si él quedaba en la estacada, le causaria no pequeña pena, aunque no sé si tan grande como la contraria, que oyéndole Guzman pedirle lo mismo que él habia de procurar fingir por algun camino, le dijo cesaba solo por darle gusto, aunque pensando habia de armarle otra burlesca zancadilla, si no se lo estorbara, con que sacarle un par de bien embutidos talegos, mas ya que no pudo por aquel medio, no contentándose con lo que le rapaba en lo que vendia, y siendo sucesor entrar á ser dueño de todo, la ejecutó en la forma que se dirá.

Sabia el bellacon de Fernando como Valeriano tenia un hermano en el ducado de Borgoña, de donde era natural, el cual habia que no comunicaba con él mas de veinte años, á causa de haber estado en varias y dilatadas provincias, donde no tenia seguridad de tiempo para entablar continua correspondencia con él, si bien guardaba algunas antiguas car-

tas suyas entre muchos papeles que los dos habian manejado, de donde con linda maña contrahizo la firma en una que escribió falsa, y la llevó y echó por una rejuela en la sala que el correo mayor de la ciudad tenia, donde recibia y daba las que llevaban y traian sus diligentes postillones sobre escrita para Valeriano; y hallada que fué por el oficial del despacho, la puso entre las demas del número de Gibraltar, que era el dia que habia llegado aquella posta, imaginando que al sacar las demas de la balija se habia caido en el suelo; y viéndola entre las otras en el usado cartel que llegó á mirar el engañado viejo, que buscaba las que le venian de sus correspondientes, la tomó, y abierto que la hubo, se le fué á los ojos la asimilada firma de su hermano, y sobre tantos años que no habia sabido nada de él, se alegró sumamente, y dando de mano á muchas que tocantes á sus cambios habia recibido, leyó la fingida, si de él creida por verdadera misiva, que comenzaba como se sigue:

« Hermano y señor mio, porque no pide la priesa y riesgo en que me » hallo dilacion, no me alargo en esta mas que á dar cuenta á usted como » desde la provincia de Sicilia y puerto de Mesina, sin intencion ni registro para tomar este, me ha traido el tiempo y fortuna á él, donde habiendo escapado del naufragio, cuando no procuraba salvar mas que la » vida, fué Dios servido que no perdiese mi caudal, que serán hasta cincuenta mil ducados en mercaderías, tan corrientes como poco voluminosas, para cuyo cobro necesito que nos veamos con brevedad; y porque » quedo con un fatigado achaque, de que no queria dar cuenta por la » pena que sé recibirás, mas considerando tendré mejora de bienes y » salud solo con el gozo de nuestra comunicacion, por prometérmela » temprana, si dilatada á mis deseos, no hiperbolizo ni canso. Salud, etc. » Gibraltar, diez y ocho de mayo. GUILLERMO BATIBILA. »

Y luego que dió fin á la falsa firmada, le saltaba el codicioso corazon de placer, no por ver á su hermano, de quien no ponia duda que era, sino por entrar de hecho al manejo de aquel número de ducados que referia, y hacer con ellos veinte montas mayores de marca cada hora; y ya se consideraba con lo que él tenia pobre y descaudalado, anhelando con ansia de agarrar lo que pensó verdadero. Y así que muy al disimulo se le puso delante Fernando, le dió parte de todo con grandísima alegría, diciendo no adquirirla por otra cosa mas que á él le quedase con que sustentar el honroso pundonor en que su natural le habia puesto, juzgándose dueño de lo que cuando fuera verdadero era ageno: á que Guzman le respondió que lo estimaba como debia, y mas por conocer á su tio, de quien tantas veces le habia oido referir sucesos varios, tratando de que no se dilatase el viage, que era lo que á él le importaba; y aunque se halló Valeriano embarazado con haber de dejar su casa y almacen sin la guarda conveniente, cosa que le entibiaba su placer, dieron órden de variar las mercaderias de él; y por no dejar en confianza á nadie venderlo todo si hubiese quien lo pagase de contado, ó aunque fuese la mitad al

fiado; como en dos ó tres dias, por solicitud y disposicion del mañoso hijo se hizo y entregó á Fabricio Távares, un rico portugues, quien se obligó despues de pagado lo que de presente pudo por el resto que quedaba á que lo daria Fernando dentro de un año, de que le otorgó escritura. Hízolo así el civil àvaro por haber visto en él las simuladas y de él ignoradas muestras de recogimiento, queriendo por aquel camino, haciendo de ladron fiel, asegurarle y darle á entender eran principios de lo que deseaba acreditarle, con que se saboreaba el gastador mancebo. Y de esta suerte efectuado, quedó la despoblada casa con solo el anciano fuste y malas ordinarias albajas que tenia, reduciendo toda la plata y joyas que estaban sepultadas por mano de Valeriano á estimados doblones por moneda de menos bulto y embarazo, y porque con ellos llevaba pretension yendo á puerto de tantas ocasiones si acaso la hallaba á su propósito arrojarse á hacer un grueso empleo con que acrecentar seis ó ocho mil ducados, á mas de cuarenta mil, que eran los que en nueve talegos que encerró en una fuerte, sino moderada arca de incorruptible cedro, donde pensó que iban bastantemente seguros; y de este modo dispuesto, encargando el cuidado de aquella que quedaba desierta morada á la antigua sierva, una tarde se embarcaron en el rio Guadalquivir en una fletada y bien dispuesta falúa, y en menos de veinte y cuatro horas se pusieron en la ciudad de San Lucar de Barrameda, adonde, procurando pasage para Gibraltar, hallaron un barco luengo, capaz, y famosamente aderezado, que iba de allí á cuatro dias á aquel puerto á cargar de diferentes mercaderes cantidad de hacienda.

En estos, pues, ordenó Fernando que á la posada donde se habian aposentado, como que iban á visitarle á él, fingiendo conocimiento antiguo, fuesen dos maestros, uno de carpintero y otro de cerrajero, y con atencion viesen la velada arca, aunque estuviese allí su padre, que un punto no se desviaba de junto á ella, y á toda priesa hiciesen otra de su mismo tamaño, chapeada como estaba; y de suerte que de la vista á la que habian de hacer no hubiese diferencia, prometiendo pagarles la apresurada diligencia, trabajo y secreto que les encargó guardasen, diciéndole al cerrajero que en cuanto á las guardas y tamaño de la llave fuesen las que pedia una que él le dió, que fué de las que antiguamente habia falseado, para que haciendo la de su padre á la nuevamente forjada arca, dudase la causa del suceso que le parecia. Y con esta instruccion dentro de dos dias la tenian los bien pagados artífices hecha tan asimilada en tamaño, madera, labor y color, que no habia diferencia de una á otra: y sin mas dilacion, llenándola parte de trapos viejos y pedazos de pesada madera, carbones y tierra, de suerte que no excediese al peso la otra, poniéndole sobre todo ello un atemorizador epitafio, la cerraron y dejaron cual los cofres del Cid en casa del herrero hasta la hora que conviniese su movimiento.

Descubrióse Fernando al arraez del barco, diciéndole que por haberle hallado persona de capacidad y secreto le fiaba el suyo, contándole el deseo que de quitarle el oro trocándole la caja al guardoso viejo que tenia, pidiéndole favor y ayuda para ello, prometiendo pagarle espléndida-

mente, y que facilitándolo él no tenia que tener escrúpulo de ello, pues por ser su padre, y sin otro heredero interesado bien podia arrojarse á hacerle aquel tiro, que todo al cabo de sus dias habia de ser suyo, y solo se adelantaba á quitárselo por verle tan mezquino, y que no le acudia con lo necesario para sus gastos, y otras tramoyas, como formadas de su fraudaloso y sutil ingenio. Y viendo el maestro de la hija de Neptuno su proposicion, asentaron que el dia y hora que se hubiesen de partir enviase la suya á bordo del barco, la cual esconderia de manera que no se viese; y luego á la primera noche de la navegacion, dormido que fuese Valeriano y marineros, entre los dos con linda maña se la quitarian de junto á los piés del cadelecho, donde decia que la habia de llevar, y le pondrian en su lugar la sin provecho, dándole por memoria á Fernando que en Gibraltar llegados que fuesen la habia de entregar en una casa que le señaló, donde acudir por ella pudiese cuando quisiese, sin que le faltase un clavo de todo, con que quedó contento el mancebo, quien sin otra dilacion envió la arca que él mandó hacer, recibiéndola el barquero, y poniéndola adonde ordenado tenian. A la siguiente mañana trató de partirse, disponiéndose Guzman y su padre con bueno y sobrado matalotage, como cosa que él habia comprado para regalarse, y al ir refrescando la tarde los recibió el asalitrado cristal en sus hombros. Fueron navegando con favorable galerno toda aquella noche, en la cual usaron el arraez y Fernando de su confederado arbitrio; y al ir sacando el arca de los doblones y á ponerle la de las inmundicias pareció que entre sueños decia Valeriano: Llévenlo, que como se ganó se va. Ellos entendiendo que los habia oido respondieron: No la llevamos, sino la mudamos hácia la proa por igualar el peso al barco; ¿quiere vuesa merced que lo hagamos? Y como no respondió mas, aunque prosiguieron en quitarla y poner la otra, se llegó Guzman á él y le tocó, y como vió que dormia, y habia hablado soñando, y no á ellos, aunque á propósito en el delito que ambos cometian, se aseguraron del temor que habian cobrado de ello.

Dieron fin con brevedad á su navegacion llegando á Gibraltar, y tomando posada, si bien el archivo del oro se la dió el arraez y piloto en la parte que habian conferido. Y deseando Valeriano saber donde se aposentaba Guillermo su hermano, el cual tenia y creia, como hemos dicho, que le llamaba, preguntándolo al huésped de casa, y si sabia de unos mercaderes que derrotados, pocos dias habia, habian llegado allí desde Mesina, le dijo como aquella naveta se habia vuelto á hacer á la mar el dia ántes á causa de haber tenido los interesados en ella una muy gran discordia con el corregidor y estado á riesgo de haberles dado por perdido todo lo que traian, imaginando el informador mesonero que otra á quien le habia sucedido lo que le contaba era la porque preguntaban, de que Valeriano recibió grande pesar por entender haber perdido algun gran pillage: y aunque muy dolorido de ello, creyó esta nueva por ser mala; si bien Fernando se holgó mucho por venirle aquello á su propósito para encubrir su traza dada, cuando de él algo se sospechase. Y saliendo otro dia de casa se informaron mucho mejor de algunos hombres ricos mercaderes, á quienes se dió á conocer diciéndolos á qué habia ido, y le res-

pondieron lo mismo que su huésped, aunque no le dieron relacion del conocimiento de su hermano, porque dijeron que no habian estado los cargadores del navío en la ciudad mas que dos dias. Sintiólo mucho el desvanecido extrangero, y su bastardo hijo tambien mostraba sus ceremonías de disgusto, diciendo que lo causaba el ver así á su padre, con que el ansioso Valeriano aun tenia necesidad de consolarle; y queriendo volverse á Sevilla trazaron de no hacerlo sin emplear el caudal que llevaron en algunos géneros que de extraños reinos habia en aquel puerto, para restaurar los gastos del viage, y menos valor de la hacienda que habian vendido, y á todo callaba Fernando, el cual se reia de las proposiciones de su padre, quien en breve espacio efectuó hasta cuarenta mil ducados de plata, comprando cosas ricas y varias, de que juzgó sacaria una gruesa ganancia; y dejando en casa de sus dueños la hacienda apartada hasta remitir á cada cual lo que se debiese en los bien bruñidos doblones que pensó tenia en la posada, yendo á ella, y abriendo la trocada arca, halló sobre las sucias y referidas inmundicias un pedazo de bayeta negro con una calavera de papel blanco curiosamente cortada, y cosida con dos huesos hechos de lo mismo en forma de cruz, y todo como Fernando lo habia puesto, y unos versos que decian:

Luego que de aquella caja
Se convirtió su metal
En este civil caudal,
Se vistió aquesta mortaja:
Tu codicia aquí se ataja,

Valeriano, pues se queda
Mal comida, y sin moneda;
La avaricia la ha causado;
Y así en su mismo pecado
Pobre y castigado queda.

Falto de razones se halló el confuso viejo, y tanto que cayéndose de su estado dió un gran golpe desmayado en la tierra, á que Guzman acudió con fingidas lágrimas, dando voces á la gente de la posada, que subió arriba; y sabiendo lo pasado, y viendo atemorizado y lastimado al cauteloso mozo, se maravillaban del caso, y animándole como si lo hubiera menester hizo que volvia en sí, y Valeriano con temerarios suspiros decia: ¡Ay hacienda mia, y cuánto os habia yo guardado! Y ayudábale Fernando con otros clamores al mismo tono, haciéndose muy del compadecido, diciendo: Yo soy quien pierdo todo esto. Y conociendo los presentes que mas convenia se acordase su padre del alma que no que imaginativo en su pérdida se enagenase del juicio con el pesar de ella, llevado de la aprehension de aquella falta en que el demonio ayudaria su parte para apoderarse de él, le comenzaron á exortar en que no se acordase de los bienes temporales de esta vida, pues eran perecederos y sin provecho, y mas cuando no se usaba bien de ellos, sino que sosegado su espíritu, puesto en la verdadera riqueza, que es Dios, le pidiese buena muerte y conocimiento con dolor de sus pecados; y haciendo á su hijo que le desnudase, se halló arrepentido de haber hecho aquel robo, viendo el espectáculo de su padre, que no entendió sucediese tal, si bien por no afrentarse no quiso volver el dinero aunque pudo; y llevando á la cama al viejo le miró quieto un rato, no tardando de saberse en toda la ciudad aquel caso

de que echaban unos y otros varios juicios sabida la vida del enfermo extrangero.

Llegó tambien á noticia de los mercaderes que le habian vendido la cantidad que se oyó, con que se hallaron desistidos del efecto del trato; y tambien lo supieron algunos religiosos, que en un instante llegaron á la posada de Valeriano, á quien hallaron fatigadísimo, y solo con su hijo y causador de su daño que le acompañaba; y viéndole que todo era suspirar por su dinero, los virtuosos varones le amonestaron se divirtiese de aquel pensamiento, y hicieron que con uno de ellos se confesase con mucho dolor de sus culpas, y que diese grandes gracias á nuestro Señor por todo lo que le habia sucedido, como lo hizo con muestras de un verdadero arrepentimiento. Y luego al punto habiendo sido visitado de un docto médico, quien dijo que la fiebre de aquel repentino achaque le habia acidentado y maltratado el corazon, y que le sentia muy falto de pulsos, y ordenó que le diesen los santos sacramentos, como sin dilacion se ejecutó, y hizo su testamento, dejando por heredero de los pocos bienes que pensó le habian quedado á Fernando, y luego aquella noche murió; con que el travieso mancebo, haciendo excesos de público sentimiento con muestras de mucho amor, le hizo un grandioso entierro, y decir muchas misas por el alma de su difunto padre, para quedar acreditado, viéndole tan compasivo y pesaroso. De allí á cuatro dias trató de volverse á Sevilla, habiendo pagado todos los gastos hechos con el valor de unas vueltas de cadena que de ordinario traia el viejo debajo de la ropilla. Y hablando con el patron del barco, le dió nueva de aquel caso, y le aseguró mas el que no tenia que formar escrúpulo en lo del arca, pues ya como á hijo heredero le competia, si bien habia muerto el dueño de ella con la ayuda de costa del susto que se le dió; y sabiendo que aquella tarde se habian de partir, asentando que sin embargo se metiese la arca con todo secreto para conducir la riqueza de ella á su poder sin temor de persona alguna que se lo estorbase, no reparando en el de Dios, que justamente juzga las obras de los mortales; y así aquella noche dieron la gruesa lona al viento; y apenas habian entrado una legua á la mar, cuando les sobrevino impensadamente una furiosa tempestad que los tuvo anegados, clamando á Dios y á sus gloriosos santos por el favor y misericordia que con los pecadores usa, ofreciendo unos y otros enmienda de sus vidas, misas y visitas de milagrosos sántuarios, con que fué Dios servido se aplacó la tormenta y castigo que les amenazaba; y habiendo amanecido se hallaron mas de veinte leguas la mar afuera para donde habian puesto la proa la noche ántes, aunque con poca vela, por no dar á la costa donde se harian pedazos; y viéndose desvalidos porque cuanto habia en el barco habian echado á la mar, y el arca de la riqueza, pues el arraez decia que ella era la causa, como otro Jonás, de su trabajo, muy enojado con Fernando porque le habia metido en ello, adonde dieron con dos galeotas de moros cosarios, que embistiendo con ellos con poca fuerza los cautivaron á todos, y llevaron á la ciudad de Argel á tan buen tiempo que estaba un religioso de la órden de la Merced tratando del rescate de muchos; y procurando Fernando verle por saber habia ido á con-

solar los cristianos presos, que luego corrió la voz del pillage, le dijo cómo tenia en España cantidad de hacienda con que poder pagar lo que por él diese, y le ofrecia añadir algo mas para ayuda á aquella limosna, rogándole con grandísimas muestras de afliccion procurase sacarle entre los demas rescatados, haciendo que los demas compañeros tambien se lo pidiesen, y particularmente al patron del barco, el cual le dijo al padre redentor cómo era hombre poderoso Fernando, y que le habia prometido á él enviarle luego que volviese á Sevilla lo que costase el sacarle de allí, por haber conocido tener tanta culpa en aquella desgracia á todos sucedida; con que el compadecido conventual trató luego con el amo de Guzman, que ya estaban él y todos los demas repartidos, del precio de su libertad; y dándole trescientos ducados de plata quedó en su compañía libre, y los demas por falta de dinero aprisionados y puestos en público pregon: y volviéndole á asegurar Fernando á su arraez que no se descuidaria de enviar por él, de allí á dos dias se embarcó en compañía del religioso con todos los redimidos, si bien él fuera del número de la limosna como tratado habian. Llegaron á Oran, y de allí á Sevilla, donde habiendo ido el mancebo á la casa de su difunto padre se apoderó de ella como de cosa suya, si bien se lo procuró resistir Elena, que ya habia sabido la muerte y suceso de su amo, diciendo que aquella posesion la habia comprado su señor con dinero que ella le habia dado á guardar recien venido de su patria muy pobre; y como Guzman no enseñaba los papeles y testamento que habia sacado en Gibraltar por habérsele perdido con lo demas en el naufragio, hacia piernas la embelecadora vieja; pero con el primer correo escribió Fernando al mesonero donde habia muerto su padre, á quien habia dejado bien pagado; y dándole cuenta de sus trabajos le envió otro traslado del testamento del difunto avariento, con que se frustró el intento de la engañosa Celestina, que pretendia por aquel camino tomar venganza de la mala tercería que el mozo le habia hecho en el lance del amancebamiento; y vendiendo Fernando la escritura de obligacion que el portugues le habia otorgado de las mercaderías cuando fueron á Gibraltar, le dieron aquella cantidad, si bien con algo de pérdida por haber de esperar el que la tomó á que se cumpliese el plazo. Remitió Fernando al padre redentor la cantidad de su rescate y mil reales mas de limosna, cumpliendo su palabra, y con lo que le quedó, sin acordarse de la dada al patron del barco, volvió á continuar sus malos vicios y gastos, como si no hubiera visto el rostro airado de la fortuna y el pago que el mundo ofrece sin temor de la ofensa de Dios, cuando en menos de dos meses jugó y gastó todo su caudal, y solo quedaba le lóbrega casa, desierta de toda compostura y puesta en almoneda; y el desdichado patron metido en una mazmorra despues de haber perdido su barco y hacienda, sin tener razon de su libertad, que hubiera intentado por otros medios si Fernando no se lo hubiera prometido, aunque le habia escrito dos ó tres cartas que habia recibido encaminadas por Oran, no habia hecho caso de ellas, de manera que considerando el trabajado cautivo que no le respondia ni hacia caso de él, le escribió á un grande amigo suyo lo que pasaba para que le disculpase con los dueños de la hacienda

que habia cargado, y como aquel mal hombre, despues de haber sido causa del daño de tantas personas, pues él no lo atribuia á otra cosa, no habia cumplido con la palabra que le habia dado de enviarle para su rescate, pidiéndole se viese con él, y le hablase sobre aquel caso.

Ejecutóse así, y sacando Guzman al campo por el conocido patron, le fué pedida la causa de aquel descuido que se le escribia; pero Fernando, que se hallaba como aburrido de verse cada dia con malos sucesos, le respondió tan agriamente con tanta cólera, que obligando al contrayente que delante tenia á sacar la espada, y él la suya, recibió dos estocadas que le dió el contrario; y llevado á su casa por la gente que acudió, no se pudo averiguar quien se las habia dado, por haberse ahuyentado con priesa el agresor, ni él querer por su propio honor decirlo por no sacar á luz las tramoyas pasadas, aunque estuvo muy apretado de las heridas. Mejoró un poco, y haciendo venir allí á su amigo don Tomas, que ya era sacerdote, abrevió en la venta de las casas, como se hizo en cantidad de cuatro mil ducados, y de ellos remitió el rescate del arraez, que fueron doscientos y ochenta en plata, por órden del mismo padre redentor que á él le habia traido, como quien sabia en la parte que estaba, y dos mil gastó en misas y sufragios por su alma y la de su padre, y doscientos le dió á la antigua criada, y con lo demas que le quedó despues de hechas algunas pequeñas restituciones que debia se fué á la casa y hospital de San Juan de Dios de Granada, donde tomó el hábito de hermano lego, y haciendo harto penitente vida sirviendo á nuestro Señor en el ejercicio de la caridad y cuidado de curar á los pobres que allí llevaban y pedir con mucho afecto y amor limosna para ellos, se halló gustoso reconociendo los peligros en que por sus pecados se habia visto, dando infinitas gracias á Dios de que le hubiese abierto los ojos, y dado tanta luz del conocimiento de sus yerros.

NO HAY DESDICHA

QUE NO ACABE,

Por un ingenio de esta corte.

Caminaba por aquel cerrado monte que llaman de la Rabida, y tiene su sitio entre la opulenta ciudad de Lisboa y la grande é ilustre villa de Setubal, un caballero portugues de los mas ilustres en sangre y mas rico de renta de aquel reino, acompañado de solo un criado, en sendos rocines de campo, que por tener en aquellos contornos algunas jurisdicciones se permitia á la ausencia de la corte, gastándola en el bellgero ejercicio de la caza. Cogióles la noche, que por ser á la entrada del erizado noviembre vino con ceño, amenazando con su oscuridad y tinieblas ocultar sus sendas al mas advertido y cursado en ellas. Receloso caminaba el caballero, cuyo nombre era don Vasco de Almada, de lo que le sucedió, pues en breve tiempo se halló fuera del camino sin determinarse en la eleccion de los pasos; y despues de algunas vueltas que dieron al intrincado y áspero obelisco, que siendo árbitro de la tierra es atalaya del mar, sin hallar salida alguna, resuelto don Vasco á esperar el dia en aquella maleza, se apeó de su caballo, y asimismo su compañero, y atándolos á un carrasco, de que se inunda la espesura, se sentaron sobre un peñasco, mudo testigo de su fatigado espíritu. Pequeñas treguas habian dado al descanso cuando los alteró el ver pasar y atravesar el monte un bulto blanco. Asombrado quedó el criado viendo la no pensada figura, pero don Vasco, á quien la sangre no permitia algun género de cobardía ni de temor, sacando la espada le siguió algunos pasos diciendo: Fantasma ó sombra temerosa de estos escollos, aguarda; á cuyas razones se detuvo el temeroso y horrible bulto, en quien poniendo la punta del trasparente acero le dijo así: Suspended, gallardo jóven, el hierro noble, que no soy como imaginais fantasma ó sombra, sino un hombre á quien desdichas nunca escuchadas de humano oido persiguen y han puesto en este triste y miserable estado. ¿Pues cómo, le replicó, en este te hallas? Si no tuviérades molestia, dijo el desdichado bulto, el oir mis naufragios, yo los refiriera, porque sino remedio, lágrimas darlais al escucharlas. Mas sintiera, replicó don Vasco, ignorar tus males que perder en perlas la margarita, la plata en flores, y el oro en minas; y así lleguemos allí donde está un criado mio, guarda de unos caballos que estan libando en la menuda grama con dientes de márfil esmeraldas menudas, y allí con piadosa atencion los escucharé. Llegaron al sitio referido, y viendo el criado el bulto, que pensaba ser alguna alma ó vestigio de aquellas selvas, se apartó de allí, huyendo por entre los jarales, dando voces, sin

valerle las que don Vasco le daba para que volviese; y viendo que era en vano, le dejó por entónces, hasta que el alba le descubriese; y así sentado el extraño peregrino, con voz lastimada, atendiéndole el caballero, comenzó de esta suerte:

En Setubal, villa famosa de Lusitania, celebrada así por sus jaspeados muros como por su famoso puerto, edificios y maravillosas fortalezas, que dista de aquí legua y media, nací, no para la vida, ni para una muerte, pues esta conseguida no padeciera tantas como en el discurso de mi historia oireis. Soy de aquellos que en los tales lugares tienen el título de escuderos, que cuando en la propia tierra se llega á decir fulano es noble, no hay mayor calificacion de bien nacido. Faltaron mis padres á las puertas de mi oriente, para que en la misma ternura empezase la fortuna contraria á perseguirme con sus rigurosos y mortales efectos. Dejáronme con su muerte cuatro mil ducados, que su hacienda no era tanta como su honra. Estos y mi persona quedaron á cargo de quien dió muy mala cuenta de mí y de ellos. Era este un hombre honrado de la villa, igual á mi calidad, cuyo nombre era Juan de Melo; quedé en su casa en los brazos y á los pechos de una ama, donde alimenté mi tierna vida. Tenia Juan de Melo una hija de mi edad misma, con quien en los arrullos de la cuna imitaba principios de la vida, y saliendo los dos de la edad balbuciente, fuimos entrando en la puericia, uniéndose las almas con los juguetes, y siendo los dos sola una alma y una voluntad. Fué el tiempo creciendo, y en mí el sentimiento y el amor, en Fenisa el recato y el olvido, que como mi suerte eran tan adversa, apenas me vió con el conocimiento de la razon, cuando comenzó á manifestar su venenoso efecto en mí.

Tenía Fenisa once años, y viendo su padre que aquella edad y la mia eran ya puertas para deseos mas gigantes, díjole un dia que yo, aunque estaba en lugar de hermano suyo, no lo era, y que ya estábamos en edad indecente para tanta union; y como ya en Fenisa hubiese entendimiento, conoció el riesgo, y obediente á la intencion de su advertido padre, se retiró, sino de mi vista, á lo menos del trato hasta allí dichoso, para quien ha experimentado como yo el rigor de su falta. Miraba yo á mi dueño con mas sentimiento entónces que nunca, que siempre la privacion de la cosa amada dobla la actividad del fuego. Bien quisiera yo alguna vez decirla mi tormento y el estado de mi abrasado corazon, pero en mi corta edad eran menos las razones que los deseos. Padeciendo yo en este silencio, y Fenisa firme en sus retiros, llegamos los dos á edad de tres lustros, creciendo tanto en la hermosura como yo en adorarla: quién pensara que despues de tantos años de finezas y union no habia de ser galardonado mi amor, mi constancia y mis afectos! Pues no quiso Fenisa ser excepcion de la demas mujeres en el nombre de mudables y ingratas. La fama de su belleza no solo se dilató en nuestro lugar, sino en todos los demas circunvecinos, donde era tenida por hermoso milagro de naturaleza, emulacion de Vénus, vida de las estrellas, y muerte de los hombres; y así los mozos mejores de la tierra rompian sus paredes y abrian sus ventanas, unos con suspiros, otros con músicas, siendo para mí los ecos

puñales azules, y venenos las consonancias, que unos y otros me atravesaban el alma. Entre todos ellos el que mas se señalaba era Fabio, mancebo gallardo, noble, y con bienes de fortuna. A este pagó Fenisa en cuatro meses de galanteo, desvelos con permisiones, y afectos con voluntades. ¡Ay de mí! que lo que no merecí en quince años alcanzó mi enemigo en tan pocos dias.

Eran mis rabias y tormentos tan grandes que me arrojé á buscar ocasion de hablar á Fenisa, y decirla mi sentimiento, por ver si se dolia de mis males; y hallándola la dije de esta suerte:

Ingrato dueño mio, ¿comó es posible que olvidada de lo que soy y fuiste te acuerdes solo de quitarme la vida? ¿Qué te hizo mi dolor que no bastándole el padecer de tu olvido le aplicas el penar de tu rigor con el desprecio de tu desden? ¿No soy yo el que desde los primeros arrullos de la cuna rendí mi libertad á la tuya, y como estrella á tus rayos participé tu aliento y claridad? ¿Pues cómo, fiera á mi llanto, helada á mi fuego, y ingrata á my razon, entregas á ageno dueño la libertad que el mismo cielo no niega ser mia? ¿Han de poder mas contigo cuatro meses de un cuidado que tres lustros de union hermanable? Mira que tienes mas de ángel que de mujer, y no será razon ostentar lo menos con la mudanza por dejar lo mas con la piedad. Yo me abrazo, ingrato dueño; muévate la causa que mi amante pecho publica; mira que si no lo haces que diré á voces tu crueldad, tu mudanza, y con tan sentidas quejas que solicite venganzas á ese azul pavimento contra tí.

La respuesta que me dió si no fué la mayor desdicha para mí, fué la mayor disculpa para ella; en suma fué esta: Menos debes, Cardenio, á tu suerte que á mi tibieza, pues no sé qué fuerza oculta me aprisiona la razon que tengo para corresponder á tus finezas que pone en olvido su satisfaccion, y así quéjate de los astros, y no de mí, que algunas veces he querido sentirme obligada, y este pensamiento apenas es recien nacido cuando es gigante el olvido; no puedo negarte que lo siento, pero quiero ganar esta disculpa á costa de tu desengaño: en lo demas de que te quejas no puedo darte satisfaccion alguna, que supuesto que no soy tuya, ni tu suerte quiere que lo sea, no hay para que solicitarla.

¿Quién no quedara con este suceso desengañado, ó por lo menos conociendo la adversa fuerza de su estrella con determinacion de olvidar? Pues no fué así, que con mayor violencia me embistió la ardiente flecha de los zelos, cuya activez dió en el polvorin de mi amor, y hallando tierno el pecho de mi juventud, reventó por los ojos su efecto en algunas lágrimas, y así saliendo á la calle, apenas puse en ella los piés cuando lo primero que ví fué á Fabio (que este es el nombre de mi venturoso enemigo, hecho argos de su cuidado y mi desdicha. Pudo tanto conmigo aquel colérico afecto de mis averiguados zelos, que entrando en un aposento de mi tutor tomé una espada suya, y salí á buscar á Fabio, que viéndome venir con ella desnuda, sacó la suya, y juntándonos los dos, como dos coronados leones, despues de algunos lances, fuí entonces mas venturoso para mayores desdichas, que alcanzándole una punta por cerca de los pechos, dió indicio de su desmayo, esmaltando con su sangre el suelo. A

los golpes de las espadas habia salido Fenisa á una ventana, y viendo el desgraciado suceso de su amante, olvidada de mis dolores, empezó á convocar contra mí los vecinos, y con voces á la justicia, mezclando algunas palabras en mi ofensa. Llegó lo que deseaba, y sin resistencia alguna, entre algunos ministros me llevaron á un calabozo, y á Fabio á su casa con un mortal accidente. Supo mi tutor este suceso, y como él vivia ya con la mala intencion de negarme la cantidad que mis padres me dejaron, holgóse de mi prision y desgracia, y empezó á decir mal de mí con desprecio en muchas ocasiones, solicitando mi ruina. Dieron buenas esperanzas de la vida de Fabio los que le curaban; y segun me dijeron Fenisa le regalaba en su enfermedad con grande continuacion y cuidado. En este estado estaban mis desdichas, y en mí el amor mas firme; y así olvidado de mi desengaño quise escribir á Fenisa desde mi prision las noticias de mis cuidados y desgracias, pensando enternecerla con ellas. Tomé la pluma, y mas con llanto que razones le dije de esta suerte:

Oiga quien alegre vive
Males de quien triste muere,
Para que si los leyere
No ignore quien los escribe;
Y tú, dulce ingrata bella,
A quien adorando vivo,
Advierte en lo que te escribo
La desgracia de mi estrella.
Por ausente y por rendido
Merezca, señora, yo
Que lo que el labio dictó
Lo permitas á tu oido.
No espero de tu rigor
Piedad, ni algun dulce engaño;
Porque bien sé que á mi daño
Nunca aplicas el dolor.
Si me acuerdo que te adoro,
Conociendo tu rigor,
Tan fuerte viene el dolor
Que me abraso si no lloro.
Y aun no se apaga mi fuego
En este fuerte pesar,
Ni me da vida el llorar,
Porque en mi llanto me anego.
Que son del infierno cuantas
Penas padezco apercibo,
Pues que muchas veces vivo
Para morir otras tantas.
No es mia mi voluntad,
Pues vive en prision agena,
Y le sirve de cadena
Mi misma infelicidad.
El adorar un desprecio
Disculpa sea á mi llanto,
Que es fuerza que llore tanto
Quien hace de un daño aprecio.
Vivo en prision tan contento,
Aun viéndome aborrecido,
Que por tí lo padecido
Da placer siendo tormento.
¡Ay Fenisa hermosa, en quien
A pesar de mi dolor
Rayo es que hiela el rigor,
Hielo es que abrasa el desden!
¡O si pudieran mis ojos
A tu belleza presentes
Mostrar entre sus corrientes
Las olas de sus enojos!
No lo dice mi dolor,
Señora, por obligarte,
Que si es posible el amarte,
No el merecer tu favor.
No pido clemencia, no,
A tu crueldad en mi suerte,
Porque en brazos de mi muerte
La vida se alimentó.
En carácter convertida
Vive la memoria en mí
Desde el dia en que perdí
Con tus amores la vida.
Mucho pudo tu deseo,
Y mas mi corta ventura,
Pues que ya de tu hermosura
Tan apartado me veo.
No admiro, no, la distancia,
Si advierto la diferencia
Que hay entre males de ausencia
Y el amar una inconstancia.

Yo no quiero algun contento
En esta triste prision,
Que á mi enfermo corazon
Solo es víctima el tormento.

Llegó á las manos de Fenisa este papel tan desgraciado como su dueño, pues sin leerle le admitió, y arrojó en una gaveta, archivo secreto de mis males. Seis meses habian pasado en que viví muriendo en mi prision, y Fabio convaleciendo de su herida: en este tiempo se me fueron ofreciendo algunas necesidades que me obligaron á pedir á mi tutor alguna parte de mi hacienda para mi socorro; en efecto, por no cansaros con digresiones, mi tutor me negó la cantidad que ya os diré. Con esta nueva quedé fuera de sentido, y estuve muchas veces para tomar con mis manos venganza de mí mismo: quise obligarle con rigor de justicia, halléle padre de mi enemiga adorada, y así por este último concepto me dispuse á desistir de mi pretension y dinero, y dejarlo en las manos de aquel que todo lo sabe, y á sus secretos juicios no hay nada que se oculte.

Tratóse de mi sentencia con la salud de Fabio, y fué que saliese desterrado de la patria por cuatro años; sacáronme de la cárcel, y mi tutor como por misericordia me dió algun dinero, bastante para solo mi jornada, solicitándome agradecimientos. Logrólos á mi pesar, y puesto en una mula yo y mis cuidados, salí de Setubal, dejando el alma en dos mitades partida, la una en Fenisa, y la otra en mi naturaleza: llegué á la corte de Lisboa, segunda Babilonia del orbe, mapa de señores, asombro de puertos, pasmo de ciudades, erario de diamantes, mar inmenso de plata y oro, y últimamente emulacion de Atenas, envidia de Chipre, afrenta de Flandes, y crédito del mundo. Era en ocasion de levas para las fronteras, y pareciéndome esta buena para conseguir mi intento con mi muerte en las enemigas balas, senté plaza en una compañía que marchaba, deseoso de hallar piedad en alguna; mas como era buen suceso para mi afligido corazon, me las negó la suerte, no por hacerme lisonja con la vida, sino para darme mas tormentos que sentir.

Cuatro años continué en la guerra, y puedo aseguraros que en todos ellos fuí siempre de los mas arrojados al peligro, con no mas ambicion que procurar mi ruina. Concluidos estos volví á Lisboa, adonde por premio de mis servicios me dieron una gineta; creció en mí el deseo de ver mi patria, y el amor de Fenisa, que pudiendo mas en mí este afecto, me partí á ella, y aunque no hay mas que la distancia de seis leguas, las juzgaba siete mil. Entré por la villa á las cuatro de la tarde, á tiempo que en una parroquia vi entrar y salir concurso de gente, y preguntando la causa, la informacion que me dieron fué que Fenisa se estaba desposando con Fabio mi enemigo; entré desesperado en la iglesia, y viendo en eterno lazo los dos objetos de mi rabia, y yo con otro en la garganta, zozobrando entre mi vida y mi muerte, loco, desatinado y furioso, saqué la espada, y dando golpes á todas partes, sin atender á cosa alguna, sacaron los hombres algunas suyas, quedando la iglesia hecha palestra de Marte, ó laberinto de armas. En este babel confuso, no puedo asegurar que fué la mia, una punta llegó á ejecutar su furor en el rostro de

Fenisa, esmaltando sus mejillas con su púrpura : conociendo entonces mi riesgo me salí de allí y del lugar, y entrando por este monte con intencion de acabar en él mi triste vida en alguna gruta, y en compañía de las fieras que la cursan, esta noche, que fué la siguiente de mis tragedias, hallé una cabaña, albergue al parecer de algunos pastores, y en ella no habia mas compañía que unas teas encendidas. Entré dentro, y hallando hospicio en tan remoto y oculto lugar, desnudé las ropas que me molestaban, por ser aquellas que saqué para mi última desgracia. Estaba en este pobre albergue un sayo pastoril, calzones y abarcas, y pareciéndome á propósito para habitar aquella maleza, quise transformarme en el buriel, y estando de la suerte que ahora me veis, desnudo y horroroso, en solo el lienzo de esta camisa, me vino un sueño tan profundo, que entregado en él quedé fuera del uso de los sentidos. Pasóse algun tiempo en mi sueño cuando en él se me representaba que estaba ardiendo en un volcan de llamas; fué tan fuerte y tan cierto, que despertando del letargo me ví cercado de fuego por todas partes; y fué el caso que de las encendidas teas se habia pegado á unas ramas de que la cabaña se formaba, y caminando por ellas fué creciendo hasta abrasar la silvestre morada. Salí del fuego huyendo, no por escapar la vida, sino por tener tiempo de pedir al cielo socorro y piedad en mis culpas, y no morir como bárbaro anegado en ellas; y viéndome fuera del voraz incendio, vime quedar desnudo, y ví abrasarse mi vestido, que el pulsado tenia, y el de mi remedio, que cuando las desdichas empiezan se van eslabonando unas en otras sin que se las pueda hallar el fin. Comencé á romper ese azul záfir con quejas, el aire con suspiros, y el eco con voces, y llegando á esta parte hallé vuestra piedad, agrado y cortesía, de la manera que me veis, adonde mas estoy para entre fieras que para entre hombres, y así ruego al cielo que os guarde, y á vos que me dejeis engolfar por esta maleza, la cual será centro de mis males y depósito de mis penas.

No permita el cielo, dijo el caballero, que yo os deje habiendo llegado á merecer mi piedad: el alba empieza ya á descubrir los horizontes, guarnecidos de aljófar, y en las flores el líquido rocío; poneos en ese caballo, y dándole un gaban, que en el de su criado venia, para que se cubriese, prosiguió así : Venid conmigo, hidalgo, que á pesar de vuestra fortuna, yo os quiero ayudar á vencerla, y os prometo de no faltaros miéntras el hilo de la vida no diere el último vale. Cortés y agradecido quiso Cardenio (que este era el nombre del desgraciado peregrino) besar al caballero las manos por tan ilustre y generosa accion, y excusarse de aceptarla, pero un empeño bizarro en pecho ilustre aviva la diligencia. Porfió el caballero, y no pudiendo excusarse Cardenio á tan ilustres ruegos, se puso el gaban, y subiendo en el caballo del criado, y el caballero en el suyo, porque ya el admético pastor con rayos de escarlata descubria el pabellon donde se acuesta, y así empezaron á caminar por entre aquellos carrascos, buscando el camino con la claridad de la aurora. Procuró el caballero ver la disposicion y talle del peregrino Cardenio, y vió uno de los buenos talles, rostro y gentileza que pudiera imaginar, cuya edad serian veinte y dos años. Pagado iba de tan buenas partes como reconocia en

él, cuando vieron atravesar á poca distancia al criado, que viendo que era hombre lo que imaginó fantasma, menos medroso que cansado se llegó, previniendo disculpas á su dueño; y puesto en las ancas de su caballo, salieron á la estrada, y desde allí caminaron hasta una quinta que en aquellos contornos está, donde recibieron al caballero sus cuidadosos criados lastimados de su pérdida y mala noche. Hospedaron á Cardenio, á quien al punto trajeron un vestido, y quedó con él tan galan como muchos, y mas que ninguno.

En aquella casa de placer estuvieron algunos dias, ya entretenidos en la caza, ya en visitar parte de la hacienda que allí tenia el caballero, hasta que cansado dispuso su viage para Lisboa, centro y patria suya (¡ qué mucho si aun de los extrangeros lo es!). Era mozo gallardo, y de los amarrados á la concha de Vénus, siendo ocasion el no haber dado consorte á su juventud. Atravesaron el Tajo en una de aquellas marítimas carrozas que todos los dias esguazan sus cerúleos cristales; y llegando á la ciudad de Ulises, lo primero que hizo el caballero en entrando en su casa fué nombrar salario á Cardenio bastante á su lucimiento y gasto ordinario y cotidiano. No vivia muy seguro de ser buscado de la justicia de su tierra, ó acosado en la de Lisboa por el pasado fracaso de la iglesia, y dando cuenta de su temor al caballero, él le ofreció su favor, y aseguró en sus temores.

Tenia el generoso caballero una prima en su casa tan hermosa que nunca halló competencia sino en sí misma, tan discreta que ella sola era bastante aplauso á su entendimiento; su nombre doña Serafina: toda ella formaba un cielo, encerrando en su rostro todo el sol, en sus ojos todas las estrellas, en su garganta y frente la luna, en sus cabellos el metal de Arabia, y en sus manos la nieve. Esta, pues, olvidada de lo divino que ostentaba, y entregada á lo humano, que no tenia, puso los ojos en su nuevo huésped: puedo asegurar que puso los ojos, digo, de manera que viéndolos en ageno dueño, nunca los quitaba de él por cobrarlos. ¡ O enigma de amor! lloraba su perdicion viendo tan inferior el dueño que se los tenia usurpados, y resuelta muchas veces en quitárselos salia de su clausura á ver el tirano, y cuando pensaba en la vista amada cobrar lo que por él habia perdido se hallaba mas presa y con menos prendas del alma: Ay de mí, decia, ¿ qué se hizo mi libertad? ¿ mi altivez qué se hizo? ¿ mi valor y mi corazon cómo se rinden á un amago, á un eco y á un suspiro? ¡ yo á un criado de mi primo! muera yo, pues solo este remedio puede excusarme un pesar ofreciéndome una lisonja.

De esta suerte iba creciendo el incendio en el tierno pecho de aquella hermosura á quien la consideracion de su arrojamiento daba mas vuelo á las velas de su naufragio. Ordenó un dia á todos los criados de casa que hiciesen una academia en que cada uno diese muestra de su ingenio, con intencion de ver el de su amante, y tener en su poder cosa suya. Quedó dispuesto fuese cada uno á escribir, y asimismo Cardenio; y despues de haber dado todos las flores de su ingenio al campo del papel, cada uno segun su caudal, mandó doña Serafina á un secretario de su primo que recogiese los papeles y pusiese el nombre de su dueño en cada uno. Eje-

cutóse así, y teniéndolos juntos, poniéndoles los nombres segun cuyos eran, quiso la suerte que al poner el nombre de Cardenio erró el papel suyo, y puso otro nombre en su lugar. Llegaron á manos de la enamorada señora, que con el deseo de su corazon buscó luego aquel dulce nombre, y hallándole vió que decia estos desconcertados versos :

Ausente estuve algun dia,
Mas ya me veo presente,
Y pues quo no estoy ausente
Ya no tengo que sentir.
Cuando me quise partir
Sentí el irme de mi tierra,
Y volviendo de la guerra
Entré en casa de mi tio,
Y cuando miré aquel brio
De aquella ninfa que adoro,
Mucho mas es lo que lloro,
Porque si yo no la amara,
Pienso que no me matara
Con aquellos lindos ojos,
A quien rindo por despojos
Toda mi vida y mi alma.
No quise quedar en calma,
Sino decirla mi amor,
Porque aquel grande dolor
Que yo amándola sentia,
Pienso que me moriria
Si yo no se lo dijese.

No quiso pasar de aquí la engañada señora quejandóse nuevamente de su rigorosa estrella : Si fué yerro, decia, ó inadvertencia del secretario, de la pluma ó de la envidia, que los versos mal limados de otro acumula á mi amante injusto. En este suceso se verifica cuánto la fortuna se estremaba en su mengua, desprecio y ultrage, pues aun los yerros agenos manchaban la pureza de sus aciertos. Buscaba doña Serafina el olvido; pero imposibilitada de su descarte, atenta á que habia tomado posesion de su pecho, no daba crédito al yerro de los versos : quiso muchas veces decirle su amor y su cuidado; pero atendiendo á la desigualdad se retraia á su silencio, y resuelta á callar ántes que publicarlo, vivia muriendo. El caballero hacia particulares favores á Cardenio por desempeñar la palabra que en el monte le habia dado, y así era su compañero de noche en sus entretenimientos y secretos, y tambien por haber conocido en algunas ocasiones bastante valor en su persona para cualquier acontecimiento. Así fuéronse los dos á pié con solas sus espadas y broqueles, entrando por las puertas de San Anton : serian las diez cuando al emparejar con la iglesia de la Anunciada les salió al paso una mujer tapada, y llegándose á ella le preguntó el caballero dónde iba, y si necesitaba de compañía. A lo que ella respondió así : El cuidado que debeis á quien padece los rigores y largos plazos de vuestra ausencia no se paga con tan dilatado olvido. Oyó estas razones Cardenio, y pareciéndole que la mujer se recataba de él, se apartó á un lado por no ser causa de su silencio. Así estarian un cuarto de hora, cuando la tapada dejó al caballero, y empezó á caminar por la calle de la Fe. Dijo á Cardenio que se fuese á casa, que un negocio que tenia presente necesitaba de ir sola su persona, ó que le esperase en aquel sitio, y con esto fué siguiendo la misma calle de la tapada. Era Cardenio tan leal como desgraciado, y tan valiente como poco venturoso; y así aunque le pareció desobediencia no juzgó por acierto dejar ir solo á su dueño expuesto á los rigores de aquella corte, y así resolvió seguirle oculto, no dándose á conocer. Fué seguiéndole á lo lejos, y despues de

haber atravesado algunas calles vió que entraba en una casa siguiendo los pasos de la que allí le conducia, y últimamente vió que cerraron la puerta. Llegó á ella, y resuelto de esperar oculto á su dueño, se entró en un portal oscuro que enfrente habia : y habiendo estado una hora larga sin que ninguna cosa alterase su espíritu, ni le diese que temer, comenzó la memoria á atormentarle, que no hay mas amarga cicuta ni veneno mas penetrante que esta. ¡ Ay, Fenisa de mis ojos ! decia, tirano y ingrato dueño, que en agenos brazos logras el premio de mis tormentos; vive á pesar de mis penas, que mas me importa tu vida que mi descanso : sola una cosa pediré al cielo, aunque es en daño tuyo y mio, que tu venturoso novio te goce muchos años, que no puede dejar de ser necio quien fué tau dichoso que pudo merecerte. ¿ Pero qué digo? no le goceis sino mucho menos de lo que quisieres, que muy discreto fué quien supo agradarte : muera, y muera yo, que bien sé que ni con su muerte alcanzaria mi dolor alguna piedad de tu esquivo y ingrato pecho ; ¡ ay, dueño mio ! que muero á manos de tu desden.

Pasara adelante el afligido Cardenio en sus amorosas imaginaciones si á este mismo punto no le divirtieran de ellas los violentos y apresurados pasos de un hombre que corriendo por la calle abajo venia. Pasó por él sin detenerse, y habiendo pasado aquel vió que en su seguimiento venian algunos, que conoció ser ministros de justicia, los cuales iban pidiendo favor al rey, y asimismo vió que otro hombre valerosamente se defendia de los otros. Quiso Cardenio recogerse á lo oscuro del portal por excusar los debates que podia tener con la justicia, y por no faltar al cuidado en que le tenia la persona de su dueño; pero apenas lo quiso hacer cuando el hombre que con la justicia peleaba se entró defendiendo y retirando al mismo portal Bien quisiera Cardenio atropellar y romper por todos, y ponerse en salvo en la calle; pero viendo que era imposible por estar la puerta atajada de aquellos ministros, quiso subirse por la escalera que á tiento halló; salióle en vano esta diligencia, que á quien es desdichado por demas es querer evitar los daños : apenas hubo subido diez escalones cuando por la puerta de un cuarto principal salieron dos hombres con espadas y broqueles, que oyendo pedir favor á la justicia venian á dársele, con ellos un page con una hacha encendida, con que se hizo patente el recato de Cardenio, y habiendo tenido mas dicha aquel que buscaban, se les habia ocultado en un sótano, y así viendo á Cardenio á la luz de la antorcha, coligieron que aquel era; y diciendo que se diese á la prision ó que le matarian, viéndose cercado por una y otra parte, se determinó á no dejarse prender, aunque le costase la vida; y así con su broquel y su espada, ocultando el rostro lo mejor que pudo, hizo camino por mas de seis que le defendian. Libre se halló en la calle, pero no tanto de su daño que no llevase una estocada, si bien de poca consideracion; fueron siguiéndole, mas presto los dejó frustrados de su intento y inquietud, pues dando vuelta á algunas calles se vió libre de los que injustamente le perseguian. Ajustó un pañuelo en la herida, dando gracias al cielo que le habia librado, aunque á costa de su sangre, de mayor desgracia. Apenas lo hubo hecho cuando se vió metido en otro empeño grande. Fué el caso

que oyendo ruido de espadas dentro de una casa de aquella calle adonde se habia retirado, y viendo que entre el estruendo de los aceros y el furioso rumor de los golpes se articulaban palabras, puso él oido en la puerta, adonde oyó estas razones: ¡ Ah cobardes, cómo en vuestra traicion dais á entender vuestra infame razon! la mia os dará á conocer, aunque sois tres, que sois infames. Si no se hallara en diferente calle de aquella donde entró su dueño, juzgara que él era el mismo que así se quejaba, y asimismo oyó que le respondian: Bastante razon nos mueve al exceso que veis; conocemos vuestro valor, y para vencerle es fuerza buscaros con desigual partido. Aquí acabó de entender que era el caballero dueño suyo, y discursando en su duda halló que aquella era puerta falsa de la casa en que le vió entrar que á otra calle salia, y que en ella le tenian prevenida alguna traicion. Metió mano á su espada y broquel, y llamando á la puerta, al primer golpe se abrió, porque de industria estaba solamente juntada: subió por una escalera medianamente angosta, que á la luz de una lamparilla no se ocultó, en cuyo remate vió al caballero defendiéndose de tres hombres que denodadamente le procuraban quitar la vida, y lo consiguieran á no llegar Cardenio á tan buen tiempo. Vistióle Marte, y embistiendo como rayo de Júpiter tonante á los tres, se puso al lado del caballero, de manera que no pudiendo resistir su fuerza se fueron encaminando hácia la escalera, donde apretándoles mas su valor y el del caballero, que con el nuevo socorro se habia reforzado, tropezando unos en otros se arrojaron por ella.

No pudo conocer el caballero su gallardo ayudador, el cual salió hasta la calle siguiendo á los tres, y tanto se empeñó en el alcance que se halló en el Rocio; el caballero quisiera hacer lo mismo, pero estaba tan fatigado de su batalla que lo procuró en vano; y lastimado de no saber á quien debia la vida, pretendió seguir el rastro, mas quitóle el intento el ver venir un hombre con la espada desnuda por la misma parte que los otros fueron; era este uno que viniendo acaso por aquella parte, y viendo la fuga de los otros, pensando ser otra cosa, habia sacado la espada, y así se venia siguiendo su camino, viendo que no le importaba nada el suceso. Vióle venir el caballero, y juzgando ser quien le favoreció, haciendo conjetura que si fuera de los tres no volviera por aquel sitio, le dijo así: Caballero, ¿ venis herido? decídmelo, para que pueda pagaros la vida que me habeis dado. Ni vengo herido, ni hice cosa alguna, respondió el hombre: y pasara adelante con su verdad si el mismo caballero no le atajara con estas razones: ¿ Tanto es vuestro valor que aun lo mucho que por mí habeis hecho aun os parece poco, siendo no menos que librarme de la muerte á manos de tres homicidas? Entendió el encubierto el engaño, y tratando darle fuerza le respondió: El veros, caballero, en tan conocido peligro como era el reñir con tres, me dió el aliento que visteis; solo quisiera saber de vos la ocasion de vuestro peligro. Esa es capaz de mayor digresion, dijo el caballero, que la que pide nuestro desvelo; y sacando una cadena prosiguió: Tomad esta corta satisfaccion de lo obligado que estoy á vuestro valor, y porque espero ser mas agradecido y mostraros quien soy, mañana á las diez del dia estareis en el terrero de palacio,

adonde esta cadena en vuestro cuello será señal para que pueda conoceros, y vos á mí por vuestro servidor en cuanto viviere. Señor, dijo el venturoso y cauto Ulises, no pagueis tan presto y tan generosamente á quien tan poco hizo por vos en el socorro presente, y que tiene de costumbre favorecer á los que en semejantes empeños se ven. Excusábase con esto tibiamente de tomar la joya; pero insistiendo el caballero, acabó de aceptarla, diciendo que él estaria donde le ordenaba. Con esto se fué, llevando el premio que el desgraciado Cardenio merecia.

En este tiempo iba Cardenio siguiendo el alcance de aquellos tres que pretendieron dar muerte al caballero; habian los dos de ellos apartádose mucho de su diligencia, y el otro por ser menos ligero se habia quedado mas atrás; y no pudiendo seguir la carrera, pudo Cardenio alcanzarle al tiempo que volviéndose á él el fugitivo le dijo: Caballero, detened el brioso acero, que no se podrá alabar de bizarro con una mujer; no me mateis violentamente, pues me rindo á vuestro alentado corazon. Suspendió el golpe que iba ejecutando perplejo y confuso en lo que veia y escuchaba, conociendo que lo que siguió precipitado le detenia absorto, pues atento á los acentos de la voz conoció ser mujer, á quien respondió: De suerte me tienes, ó enigma fugitivo, que ni sé si crea lo que publica tu voz, ó si dé crédito á tu atrevimiento. Dime quien eres, y la causa del exceso á que te ponias esta noche, y porqué pretendias darle la muerte á quien ya escapó de tus deseos homicidas. Es tanto tu valor, respondió, que no dudo hallar en él toda cortesía y buen pasage en mi desdicha, pues juzgándome despojo de vuestra victoria, alcanzaré por mujer y ofendida el permitir que no diga la causa de mi disfraz temerario y arrojamiento indecente: no permitas que descubra mis males, que si quieres alguna venganza de mí, el dejarme con ellos es el mayor daño que mi corazon puede imaginar. Aunque mi piedad me manda, respondió Cardenio, que por mujer no te disguste, una razon secreta me fuerza saber de tí, aunque me cueste la vida, la ocasion de tus desvelos; no la niegues, que en vano es excusarlo. Pues ya que no me permites, respondió ella, ocultar mis pesares, llévame á tu casa, si es posible entrar en ella, que yo como mujer y flaca estoy aquí con sobresalto y digusto, y tambien porque mis sucesos son largos. Parecióle á Cardenio muy buena ocasion esta de mostrar su fineza, pues entrándola en su aposento podia luego entregarla á su dueño, y así le dijo: Paréceme muy bien, señora, lo que decis; venios conmigo, que con el respeto debido á vuestra persona sereis de mí venerada y servida. Así partieron de aquel sitio y llegaron á la casa del caballero, que por ser de las grandes, y que no se cierran nunca, la toparon abierta; y entrando por ella luego en el aposento de Cardenio, sin ser de nadie sentidos, comenzó la disfrazada á hablar de esta manera:

No será nuevo á vuestros oidos, valeroso hidalgo, el presente suceso de mi cuidado, por la similitud que tiene con tantos como las historias nos cuentan y en las humanas letras se celebran: quiero decir de valerosas acciones de mujeres y honradas venganzas que han hecho algunas, olvidando el mujeril brio y vistiendo el limpio acero, que el agra-

vio en generoso corazon es viento que mas enciende el fuego cuanto mas sopla.

En una villa, no de las mas apartadas de esta ciudad, si bien de las buenas del reino, cuyo nombre no digo por ciertos respetos, nací; pluguiera al cielo que la primera aurora de mi vida fuera el acaso de mi muerte. Puedo asegurar que mi sangre y nobleza son de lo mejor que se conoce en la corte, y de aquella con que se ilustra una altiva familia. El mayorazgo de mi padre, que por su muerte espero poseer, son seis mil ducados de renta: en su paternal compañía servia yo de hija y esposa á un tiempo; digo esposa porque veia mi padre en mí el retrato de mi madre difunta, y porque en el gobierno de casa y de la hacienda era yo la obedecida como señora absoluta, siendo yedra amorosa en la barba cana de mi padre, entre cuyo verdor rejuvenecia envuelto en gusto y llanto.

Estando yo un dia con mis criados, bien descuidada de mi desdicha, entró un page mio donde yo estaba, y me dijo: Señora, tu padre ha tenido una pesadumbre muy grande; anímale lo que pudieres, porque ha sido cosa con que puede perder la vida en el pesar. Dime lo que ha sido, le dije ya casi sin alma, á lo que replicó: Señora, no permitais que yo te lo diga, que como fiel criado tuyo tambien el dolor se anuda en mi garganta; otro te diga lo que yo no puedo; y con esto me dejó. Juzgad vos de qué manera quedaria una mujer, y sola en brazos de un triste éxtasi: quise, vuelta de él, salir como loca á buscar á mi padre, pero mis criadas me dejaron solo llegar á una ventana; y en ella á poco tiempo ví venir el coche de mi padre cerradas las cortinas, y sus criados macilentos, indicios de algun fracaso. Llegó á la puerta, véole apear con vida, cosa que me volvió en mí de un mortal desmayo; salgo á la escalera diciendo: ¿Qué es esto, señor? decidme qué teneis, no os halle mudo quien os admira cuidadoso; rompan vuestros labios el silencio que me quita el aliento poco á poco. A lo que me respondió: ¡Ay, hija, yo vengo sin honor! En fin por no cansaros con digresiones, yo supe de mi padre como un fidalgo de esta corte, que en aquella ocasion era huésped en aquella patria, ó por mejor decir pasagero, que visitando unos lugares suyos en aquel contorno andaba, sobre unas razones que con mi padre tuvo en la diferencia de algunos términos de tierra, le tomó la muleta en que arrimaba la carga de sus años, y repitió con ella ofensas poco bizarras en brios ya desmayados: deciros de la suerte que quedó mi desmayado espíritu con esta nueva, no cabe en razones ni encarecimientos humanos. Desde aquel dia ocupó mi padre una cama, que el pesar junto con la copia de los años son dos contrarios tan fuertes que se duda de la vida del que lo padece. Lloraba tan incesantemente su desgracia, y el no tener hijo que buscase su honor perdido, que viendo su llanto me arrojé despechada al intento de tomar venganza: como lo pensé me resolví, y salí de mi casa dejando á mi padre en su cama una noche con dos criados mios, de quien tenia mas satisfaccion. Dejé mi patria habrá doce dias en el trage que veis.

Ya sabia yo el nombre del fidalgo mi enemigo, porque mi padre me habia informado; llegué á esta corte dispuesta á buscarle y castigar con

su muerte su arrojamiento, lavando con su sangre la mancha que puso en la mia, aunque por este atrevimiento aventurase dos mil vidas. Seis dias habrá que supieron mis dos criados la casa de mi enemigo, porque se dieron tan buena maña en solicitarlo que no solo supieron esto, pero tambien una donde pasaba entretenido las noches con una gallarda dama, donde fué el teatro de mi poca suerte, pues el primero intento ví frustrado por vuestro valor, que sin duda alguna si no fuera por él consiguiera mi venganza.

Resta ahora un miedo que me ocupa el alma, y es el imaginar si sois ¡ó generoso hidalgo! de la parte de mi enemigo, criado ó pariente, pues llegásteis en aquella ocasion, aunque dos cosas me han quitado esta sospecha, y son que si fuérades esto que temí y viniérades con él, no entraríais por la puerta falsa; lo otro que como las mujeres de aquella calidad no tienen la fe en uno solo, pudiérades ser uno del número de su escuela, y en esta imaginacion estuve mas firme siempre.

Aquí llegaba doña Mayor, que este era su nombre, con la historia de su empresa, cuando una lamparilla que daba luz al aposento, ó por algun aire que entró, ó por acabársele el alimento de su llama, se apagó, dando ocasion á nuestro desgraciado á que tomando una bujía saliese á la calle á encenderla en la lámpara de una cruz que estaba á una esquina: habia cerca de ella una reja de hierro cerrada, y pareciéndole que por allí podia subir á encender la luz, fué subiendo, y apenas estuvo arriba cuando por aquella calle que le ocultaba la esquina, salió la justicia, que viéndole subido en la reja, levantaron la voz con estas injurias: ¡Ah, ladron, escalador de casas, favor á la justicia! Tuve este el desdichado por el mas apretado y peligroso lance que en el discurso de su vida experimentó; y aunque con disculpas los satisfacia y con la verdad los solicitaba en su inocencia, no por eso pudo mover aquellos corazones de bronce á su razon, y así le llevaron á la cárcel, donde le pusieron en un calabozo á muy buen recaudo, con título de ladron limpio, que este le dan á los de buena capa; ejemplo se ve en este infelice jóven de cuanto pueden los males cuando se encadenan unos en otros que parecen golpes en la hidra, que á cada uno nacen nuevas cabezas. Dicha fuera perder la vida de una vez aquellos que carecen de la buena fortuna; pero aun esto les niega la fuerza de su estrella errante, para que sientan los males futuros.

Al tiempo que llevaron preso á Cardenio llegó á su casa el caballero, y por contarle á Cardenio sus sucesos, se fué á su aposento, y hallando la puerta abierta, pero á escuras, llamó por él algunas veces.

Habia la afligida doña Mayor entregado los sentidos en brazos de Morfeo, sentada en una silla, con cuya ocasion no fué respondido. El caballero volvió á llamar, y conociendo no haber nadie en el aposento, abrió con una llave maestra una cuadra de su cuarto, tomó una luz, que en ella esperaba luciente todas las noches su venida, y volvió á examinar la estancia de doña Mayor, á quien halló de la manera que oísteis, siendo luego conocida por mujer, aunque en trage diferente, porque la nieve y delicadeza de sus manos, la grana de sus labios, las perlas de sus dientes,

el rizado cabello, que con disimulacion encogia, no dieron lugar á la duda. Abrasado quedó el caballero ó rendido al veneno dulce del nieto de la espuma, y discurriendo por la idea mil diversidades de juicios, decia: ¿ Si será esta belleza aquella que despreció á Cardenio, ó alguna dama á quien merezca estos favores? Así, llevado mas del fuego en que se abrasaba, que de la averiguacion de sus dudas, fué á tocar la blanca mano al mismo tiempo que ella, despertando y conociendo á su enemigo, arrancó de un puñal catalan que á su lado traia, y si el caballero con ligereza no le suspendiera el golpe, cogiéndole el brazo, se viera despojo fatal de aquella que era incendio de su alma.

De esta suerte se puso de rodillas, y dijo estas razones: ¿ Porqué, ó hermosa homicida, quieres escribir con sangre mi muerte? ¿ no basta ya una vez morir á tu belleza, que dos derramando púrpura que á la lumbre de tus ojos se abrasa? Dime quien eres, ¡ ó enemiga celestial! Dímelo, que yo prometo á tu hermosura poner sin resistencia mi pecho, aunque será corta victoria tuya matarme estando ya rendido. A cuyas amorosas razones respondió esto doña Mayor: Pues mi suerte no ha querido en dos lances darme venganza, dame la muerte que te solicité. Yo soy doña Mayor, la infelice hija de aquel á quien tú con el báculo enturbaste el líquido coral de su sangre estando ausente de su casa; yo soy la que intenté lavar con la tuya el borron de mi honor siempre altivo: mátame, digo otra vez, pues sin duda el cielo mas procura mi muerte que la tuya; toma este mismo puñal que habia de ser tu homicida, y escóndele en este pecho para que no publique el desdichado intento suyo. No quiera Dios, respondió el caballero, que en tu femenil y hermoso objeto derrame líquida grana quien enamorado de tu arrojamiento rinde la libertad á tu belleza; y porque veas cuanto me toca tu deshonor, y cuanto yo mismo le defiendo y procuro, digo que soy tu esposo, para que en la ley del duelo se vea que siéndolo, no puedo ser tu ofensor, con que yo quedo logrando dos efectos, que son ser dueño de tu hermosura, y haberte vengado de mí mismo. Tu padre queda con su honra, tú consiguiendo dos victorias, la de rendirme y la de prenderme, que sin duda lo estoy en tus celestiales ojos, en cuyo Argel no pretendo libertad, pues mi cautiverio será la mayor gloria y la mas dulce prision que puede darme el acierto. Preguntóle la causa de su venida á aquella parte, y doña Mayor le contó todo el suceso hasta llegar allí con Cardenio, con que quedó conocido del caballero por verdadero socorredor suyo. Pues porque veas, prosiguió, que lo que te he dicho y el hacerlo son una misma cosa, quédate en mi cuarto, en cuanto voy á buscar á quien nos despose, que ya la aurora, precursora de mis dichas, viene comunicando luces y ilustrando los chapiteles de las mas levantadas torres. Pues si mi venganza surte efectos por ese camino, dijo doña Mayor, yo me tengo por dichosa en ser tuya. Y así tomándola por la mano la llevó á una galería de su cuarto, y despues á una antecámara, todo tan lleno de riquísimos adornos que entretenida estuvo la hermosa dama el tiempo que el caballero dispuso en traer al cura de su parroquia, que los desposó, quedando en eterno lazo.

Trajeron en este tiempo aviso de cómo Cardenio estaba preso, y yendo el caballero á la cárcel con toda diligencia, informado de todos los sucesos de su desgracia, dióse tan buena maña que á las diez del dia estaba el preso Cardenio en su casa libre. Era este príncipe un retrato de Alejandro, porque en su cantidad hizo iguales cosas en el discurso de su vida: quiso, pues, pagar á nuestro desgraciado lo que le debia, y hallando que nada era bastante segun su generosidad, le dió por esposa á su prima doña Serafina, la cual á este tiempo amaba tiernamente á Cardenio, y padecia en el piélago del silencio, y declarado el primo con ambos tuvo efecto el dichoso himeneo, y fin las desdichas de Cardenio con una suerte tan poco esperada de sus infelicidades, dando á entender las estrellas que nadie se llame desdichado hasta el último vale.

FIN.

PARIS. — EN LA IMPRENTA DE FAIN Y THUNOT,
Calle Racine, 28, cerca del Odéon.

DERNIÈRES PUBLICATIONS EN ESPAGNOL.

TESORO DE NOVELISTAS ESPAÑOLES, ANTIGUOS Y MODERNOS, hecho bajo la direccion y con una introduccion y noticias de don Eugenio de Ochoa, en tres volúmenes en-8°, con 2 retratos. 22 fr. 50 c.

Chaque volume se vend séparément 8 fr.

Vol. I. — El Abencerraje, de Antonio de Villegas (1565). — El Patrañuelo, de Juan de Timoneda (1576). — El Lazarillo de Tormes, y sus fortunas y adversidades, por D. Diego Hurtado de Mendoza (1530), edicion aumentada con la 2da parte por de Luna.—La Picara Justina, por Fray Andres Perez (1598). — Los Tres Maridos Burlados, de Tirso de Molina (1621).

Vol. II. — La Villana de Pinto, los Primos Amantes, dos novelas por J. Perez de Montalvan. — El Donado Hablador, por el doctor Geronimo de Alcala (1624).—El Curioso y Sabio Alejandro, por Alonso Geronimo de Salas Barbadillo. — El Castigo de la Miseria, la Fuerza del Amor, el Juez de su Causa, Tarde llega el desengaño, novelas de doña Maria de Zayas. — La Garduña de Sevilla, por Alonso de Castillo Solorzano; y dos novelas por el mismo autor.

Vol. III. — Vida de D. Gregorio Guadaña, por Antonio Enriquez Gomez. — Vida y hechos de Estebanillo Gonzalez, hombre de buen humor (1646). — El Diablo Cojuelo, de Luis Velez de Guevara. — Novela de los Tres Hermanos, por Francisco Navarrete y Ribera. — Novela del Caballero Invisible (Anónima).—Dia y Noche de Madrid, por Francisco Santos. — Virtud al uso y Mística á la Moda. Con siete otras novelas compuestas por los mejores ingenios españoles.

OBRAS COMPLETAS DE DON JOSÉ ZORRILLA, precedidas de su biografia por Ildefonso Ovejas, 2 vol. in-8, à deux colonnes, portr. 18 fr.

Chaque volume se vend séparément :

Vol. 1. — Poesías completas hasta el presente dia. 1 gros vol. in-8°. 10 fr.
Vol. 2. — Obras dramáticas completas. 1 vol. in-8°. 9 fr.

OBRAS ESCOGIDAS DE SANTA TERESA DE JESUS, con la vida y una introduccion de D. E. de Ochoa, 1847, 1 vol. in-8, avec un beau portrait de sainte Thérèse. 9 fr.

VIDAS DE ESPAÑOLES CELEBRES, por D. M. J. Quintana. 1845, 1 gros vol. in-8, contenant les 3 vol. de l'édition de Madrid. 10 fr.

NOVELAS EJEMPLARES Y AMOROSAS, por Doña Maria de Zayas y Sotomayor. Paris, 1847, 1 vol. in-8, br. 7 fr. 50 c.
(Ce volume contient vingt nouvelles.)

OBRAS COMPLETAS DE MARTINEZ DE LA ROSA, 5 vol. in-8, portrait, 45 fr. *Ou séparément :*

Vol. 1°. — Obras poeticas completas : — Poetica española. — Apendices históricos sobre la poesia didactica, la tragedia y la comedia española, 2 tomes en 1 vol. in-8. 10 fr.
Vol. 2°. — Obras dramaticas completas, 1 vol. in-8 à 2 colonnes. 10 fr.
Vol. 3°. — Hernan Perez del Pulgar. — Doña Isabel de Solis, novelas históricas, 1 vol. in 8. 9 fr. *On vend séparément :* Doña isabel de solis, 1 vol. in-8. 6 fr.
Vol. 4° y 5°. — Espiritu del siglo, 6 tomes contenus en 2 vol. in-8. 18 fr.

COLECCION DE NOVELAS ESCOGIDAS, compuestas por los mejores ingenios españoles; que contiene : La Inclinacion española, El Disfrazado, dos novelas por Castillo Solorzano; La Vengada á su pesar, Ardid de la pobreza, dos novelas por Andres de Prado; El Hermano indiscreto, Eduardo de Inglaterra, dos novelas por D. Diego de Agreda; Nadie crea de ligero, por D. B. Mateo Velazquez; La Muerte del avariento, por D. Andres del Castillo; No hay desdicha que no acabe. 1847, 1 vol. in-8°, br. 5 fr.

EL BACHILLER DE SALAMANCA; EL OBSERVADOR NOCTURNO, por Lesage; **EL DIABLO COJUELO** de Guevara, y otras novelas por varios autores. 1847, 1 gros vol. in-8, portrait. 7 fr. 50 c.

VIDA DE LAZARILLO DE TORMES, SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES, por Diego Hurtado de Mendoza. Nueva edicion aumentada con la 2da parte por H. de Luna. 1847, 1 vol. in-8, portrait. 3 fr. 50 c.

LA PICARA JUSTINA, novela por Fray Andres Lopez. Paris, 1847, 1 vol. in-8, br. 5 fr.

Suite des nouvelles publications en Espagnol:

EL DONADO HABLADOR, Vida y Aventuras de Alonso, mozo de muchos amos, por D. Gerónimo de Alcalá. Paris, 1846, 1 vol. in 8, br. 5 fr.

LA GARDUÑA DE SEVILLA, y Anzuelo de las bolsas, por D. Alonso de Castillo Solorzano. 1847, 1 vol. in-8. 3 fr. 75 c.

VIDA Y HECHOS DE ESTEBANILLO GONZALEZ, Hombre de buen humor. 1847, 1 vol. in-8. 4 fr. 50 c.

DIA Y NOCHE DE MADRID, discursos de lo mas notable que en él pasa. 1847, 1 vol. in-8, br. 3 fr.

EL DIABLO COJUELO, verdades soñadas de la otra vida, traducidas á esta, con otras novelas por varios autores. 1847, 1 vol. in-18, br. 2 fr.

VIDA Y HECHOS DE GUZMAN DE ALFARACHE, por Mateo Aleman, 2 tomes en un gros vol. in-8. 7 fr. 50 c.

GUERRAS CIVILES DE GRANADA, por Gines Perez de Hita. *Primera y segunda parte*, 1847, 1 vol. in-8. 7 fr. 50 c.

EUCOLOGIO ROMANO. DEVOCIONARIO COMPLETO DEL PIADOSO FELIGRES compuesto y arreglado conforme al breviario y misal, por el doctor Frey D. P. M. Torrecilla. 1846, 1 gros vol. in-18 de 900 pages, avec six belles gravures, très-jolie édition. 9 fr.

TESORO DE LAS OBRAS MISTICAS O RELIGIOSAS DE SANTA TERESA DE JESUS, MALON DE CHAIDE, JUAN DE LA CRUZ, LUIS DE LEON, LUIS DE GRANADA, Y OTROS.

Hecho bajo la direccion y con una introduccion y noticias, de D. Eugenio de Ochoa. 3 gros vol. in-8, qui se vendent séparément.

Vol. 1.—Obras de Santa Teresa de Jesus. 1 vol. in-8 avec un beau portrait. 9 fr.

Vol. 2-3.—Malon de Chaide, Juan de la Cruz, Fray Luis de Leon, Fray Luis de Granada, y otros. Chacun en 1 vol. in-8 avec portrait. 9 fr.

ESPAÑA LITERARIA, CIENTIFICA, POLITICA Y ARTISTICA. Galeria de cien retratos de los poetas, prosadores, pintores, y otros personages distinguidos en las ciencias, en la política, en las armas y en las artes, con noticias históriças y anecdóticas, por D. Eugenio de Ochoa. Paris, 1847. Un beau vol. grand in-8, contenant cent portraits gravés sur acier, douze planches, avec entourages, attributs, etc. Ce volume sera mis simultanément en vente en 1847, *en français*, à Paris, et *en español* à Madrid et à Barcelone.

DICTIONNAIRE GÉNÉRAL
ESPAGNOL-FRANÇAIS ET FRANÇAIS-ESPAGNOL

Nouvellement rédigé d'après les dernières éditions des dictionnaires de l'Académie espagnole, et de l'Académie française, les meilleurs lexicographes et les ouvrages spéciaux de l'une et de l'autre langue; contenant: 1° Un grand nombre de mots qui ne se trouvent pas dans les dictionnaires; — 2° les mots usuels et littéraires de la langue, anciens et nouveaux; — 3° les principaux termes des sciences, des arts, de l'industrie, du commerce, de la marine, des chemins de fer, des bateaux à vapeur, etc.; — 4° les diverses acceptions des mots, rangées dans leur ordre rationnel et logique, et separées par des chiffres; — 5° un court exemple des acceptions usuelles ou littéraires, et des formes grammaticales qui pourraient être difficiles à saisir; — 6° le genre de tous les substantifs; — 7° la première personne des temps irréguliers des verbes, rangés par ordre alphabétique; — 8° les prépositions que régissent les verbes; — 9° les composés des mots les plus usités, qui ne se traduisent pas littéralement; — 10° les modifications qu'on fait subir aux mots en y ajoutant des adjectifs, des prépositions, etc.; — 11° les idiotismes et les locutions nobles, familières, ou proverbiales les plus usitées, qui diffèrent dans les deux langues; — 12° Un assez grand nombre de proverbes traduits, le plus souvent, par des proverbes correspondants; suivi d'un Vocabulaire de noms géographiques et de noms de baptême qui diffèrent dans les deux langues;

Par DON PABLO DE VALDEMOROS Y ALVAREZ,

PROFESSEUR D'ESPAGNOL À L'ÉCOLE MUNICIPALE DE FRANÇOIS PREMIER,
À L'ÉCOLE SPÉCIALE DU COMMERCE DE PARIS ET À L'ÉCOLE DES ARTS INDUSTRIELS,
AUTEUR DU COURS GRADUÉ DE LANGUE ESPAGNOLE, ET DE PLUSIEURS OUVRAGES SUR LA LITTÉRATURE ET L'ENSEIGNEMENT

Deux tom. en un gros vol. gr. in-8, de 1000 à 1200 pages à 3 col.; caractère neuf et fondu exprès.
Le premier volume est sous presse.

PARIS. — IMPRIMERIE DE FAIN ET THUNOT, 28, RUE RACINE.





